



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

NICOLÁS PIZARRO SUÁREZ

EL MONEDERO

(NOVELA)

Estudio preliminar, edición crítica y notas
que para obtener el grado de
Doctor en Letras Mexicanas
presenta

Carlomagno Sol Tlachi

México, D. F. 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

LA EDICIÓN CRÍTICA DE *El monedero* del escritor mexicano Nicolás Pizarro, realizada como tesis de investigación doctoral, contó con el apoyo académico de la Universidad Veracruzana y del Programa de Mejoramiento al Profesorado (PROMEP), mediante una beca para estudios doctorales de reconocimiento internacional.

Quiero expresar mi agradecimiento sincero al Posgrado en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, particularmente al Doctorado en Letras Mexicanas, espacio sostenido por tutores con alto sentido de la responsabilidad intelectual e indudable ética profesional quienes enriquecieron, sin duda, mi formación en un área de especialización de difícil labor en el ámbito de los estudios literarios actuales. En este sentido, aprovecho este espacio para manifestar mi reconocimiento a la Dra. Belem Clark –directora de esta investigación–, quien con amplia experiencia en la disciplina de las ediciones críticas trabajó arduamente conmigo en la formulación del proyecto y dio rumbo al resultado de lo que aquí presento; a la Dra. Lourdes Franco quien en las sesiones del seminario amplió la discusión y siempre fue objetiva y directa en los avances de la investigación. Agradezco al comité tutorial su lectura y observaciones: al Dr. Fernando Curiel, al Dr. Rafael Olea, al Dr. Alejandro Higashi y al Dr. Pablo Mora sus atentos comentarios, sus atinadas sugerencias. Quiero agradecer, también, a la Dra.

Nair Anaya, Coordinadora del Posgrado en Letras, y al Comité Académico la apertura y buena disposición con que acogieron mi propuesta de elaborar, como tesis de grado, una edición crítica, acción con la cual no sólo se amplían las expectativas para los nuevos estudiantes de doctorado, sino que con ella se está dando reconocimiento al trabajo de investigación realizado por un reducido número de investigadores en nuestro país.

El proceso de investigación y el de edición, que debe seguirse para conseguir una edición crítica, reclama la participación del trabajo conjunto en varias de sus etapas, debido a ello, agradezco el invaluable apoyo de mi hermano Manuel Sol, quien estuvo presente también en todas estas fases y que con su amplia experiencia me sacó de algunos atolladeros y me permitió el acceso a las fuentes originales del siglo XIX. Por otra parte, como se sabe, en el preámbulo a una edición crítica hay una suerte de trabajo artesanal que antecede al de la fijación y anotación del texto; en estas minuciosas etapas tuve la fortuna de contar con el apoyo de los becarios del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana; va para ellos mi agradecimiento.

Para Anabel, Laura y Manuel.

Cuando del romanticismo se habla, es común proyectar la reflexión a la sola esfera de las manifestaciones artísticas, o cuando más a puntos de partida teóricos en la zona filosófica o a la culminante superficie de las costumbres, las modas y el folklore. Se olvida que el romanticismo es un estado del espíritu y que, por tanto, no hay aspecto de la vida que pueda escapar de su influencia.

AGUSTÍN YÁÑEZ

Santa Anna: espectro de una sociedad.

Ésas son las bases fundamentales del romanticismo: la voluntad, el hecho de que no hay estructura de las cosas, de que podemos darle forma a las cosas según nuestra voluntad —es decir, que solamente comienzan a existir a partir de nuestra actividad creadora— y finalmente, la oposición a toda concepción que intente representar la realidad con alguna forma susceptible de ser analizada, registrada, comprendida, comunicada a otros, y tratada, en algún otro respecto, científicamente.

ISAIAH BERLIN

Las raíces del romanticismo.

POR QUÉ UNA EDICIÓN CRÍTICA DE *EL MONEDERO*¹

UNA GRAN PARTE DE la literatura mexicana del siglo XIX se sigue leyendo dentro de un proceso editorial continuado en el que, edición tras edición, se han ido si no acrecentando sí repitiendo las erratas, las supresiones, las adiciones, etcétera, sosteniendo un círculo vicioso de contaminación del texto.

Fuera de la discusión puramente teórica del fenómeno literario, una labor que requiere especial cuidado es, ante la desatención de que ha sido objeto la tradición literaria mexicana, en especial la del siglo XIX, el soporte textual como “texto óptimo” (*codex optimus*) del que sin duda alguna debe ser el mejor de los casos del que deben partir los estudios de literatura mexicana.

La tarea del filólogo se ubica ahí donde haya “versos que restituir, una atribución que discutir, una obra que recuperar, un texto que restablecer y explicar”.² Con este principio, puede verse

1 La tradición filológica, desde la Antigüedad, ha tenido como objeto a la edición crítica, y no ha sido sino hasta el siglo XIX que se han formulado los principios de la moderna crítica textual y la ecdótica. La restauración, fijación y edición de un texto ha sido el objetivo de la crítica textual. Y dado que “el calificativo de «crítica» depende exclusivamente de la intención y metodología con que ha trabajado el editor y de la explicación de las mismas en la obra realizada o en el estudio que precede al texto”, una edición merece calificarse como “crítica” si responde a estos atributos (*vid.* ORDUNA 2005, pp. 17-19).

2 PÉREZ PRIEGO 1997, p. 8.

que la filología, “en su más estricto sentido, esto es como ciencia que se ocupa de la conservación, restauración y presentación editorial de los textos”, tiene como valor fundamental el ser la “salvaguardia de cualquier tipo de indagación crítica. Tanto desde la propia historia de la literatura, como desde la hermenéutica del texto o desde la moderna semiótica, se ha venido proclamando el interés por la restauración y fijación del texto como paso previo a cualquier indagación ulterior”.³

El desempeño del trabajo filológico, en el terreno de la literatura mexicana, es determinante ante la complejidad de la problemática donde la tradición editorial sin escrúpulos ya no debe permanecer ajena a una seria consideración de la crítica textual o ecdótica.⁴ La tradición literaria actual y la crítica contemporánea deben contar con textos no deturpados sino fidedignos, fijados mediante procedimientos metodológicos impecables que posibiliten un auténtico corpus: para el trabajo académico, para la contribución al acervo de la tradición literaria, para la recuperación de nuestro patrimonio cultural⁵ y para la difusión de la cultura.

La filología, a través de ciencias auxiliares como la ecdótica y la crítica textual, se ocupa de la restauración, fijación y edición del texto. El rigor metodológico que representa una edición crítica es competencia, desde la Antigüedad, de la filología, o particularmente en el Romanticismo, donde se consideraba con toda

3 *Ibid.*, p. 9.

4 Las fuentes de crítica textual empleadas para la edición crítica de *El monedero* son: GERMÁN ORDUNA, *Fundamentos de crítica textual*, Madrid, Arco/libros, Instrumenta bibliológica [2005], 345 pp. MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO, *La edición de textos*, Madrid, Síntesis [1997], 175 pp., y ALBERTO BLECUA, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia [1983], 360 pp.

5 “La necesidad de establecer la autenticidad de las obras que construyen el patrimonio cultural de un pueblo, se hace más sensible cuando éste cobra conciencia de aquel legado y se impone como primordial tarea la de preservarlo de los desgastes materiales que inevitablemente ha producido el paso del tiempo” (PÉREZ PRIEGO 1997, pp. 10-11). La preocupación no es sólo salvar los textos del olvido y, en el caso de *El monedero*, de la omisión por parte de la tradición literaria mexicana, sino destacar su valor estético, y quizá en última instancia, rescatarlo del olvido de los problemas históricos –tan actuales– que aquejaban en aquel entonces a nuestro país y de lo cual esta novela es testimonio.

claridad que: “Leer significa satisfacer el impulso filológico, afectarse a sí mismo de manera literaria. De pura filosofía o poesía sin filología no se puede leer.”⁶

La primera edición (*editio princeps*) de *El monedero* (1861), para el filólogo actual y para el lector en general, ofrece algunas características, tales como erratas, errores de formación,⁷ tipos gastados, errores por lectura errónea (*lectio facillior*) por parte del cajista –entre otros–, lo cual hace necesario un trabajo de edición riguroso y con fundamento en la crítica textual. El resultado de nuestra labor consiste en presentar el texto restaurado a partir de esta primera edición (*codex unicus*), sin el recurso y la gran ayuda que hubiera sido la existencia del texto autógrafo que posibilitara una lectura original y fiel con el objeto de publicarlo acorde al deseo ejemplar del autor (*intentio auctoris*).

El significado de nuestro trabajo va más allá de lo que pudiera ser una publicación con fines de divulgación como la adaptación condensada de Promexa y la edición de 2005.⁸ La primera⁹ es una adaptación cuya versión compendiada ha sido efectivamente libre¹⁰ bajo la intención de aproximar brevemente al lec-

6 PORTALES 2005, “Fragmento” 391 del *Athenaeum*, p. 213.

7 En la séptima parte hay un problema de compaginación, ya que entre las páginas 608 y 609 se intercala la 617 y la 618; por tanto, entre la 616 y la 619 se encuentra el lector con dos faltantes. Y, aunque quizá no sea aventurado decirlo, esto nos lleva a la conjetura de que es posible que haya habido omisiones de palabras y líneas de texto.

8 NICOLÁS PIZARRO, *El monedero* (versión condensada). Adaptación Armando Pereira, apéndice histórico y selección de ilustraciones de Alain Derbez. México, Secretaría de Educación Pública-Promexa, Consejo Nacional de Fomento Educativo, [1981], 231 pp. NICOLÁS PIZARRO, *El monedero*, en *Obras*. Edición, recopilación y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval. Recopilación María Esther Reyes Duarte. México, Universidad Nacional Autónoma de México, [2005], vol. 2.

9 Como el propio adaptador dice: “Toda adaptación de una obra, es cierto, es un acto de traición a su autor, pues recorta, elige o desecha un material previo que no pedía, para existir, más que la sola aceptación de su presencia” (PEREIRA 1981, p. 8).

10 A juicio del adaptador: “[...] una adaptación es también un juicio de amor, pues no hay mayor compenetración con un mundo ficticio que la de aquel que asume el riesgo de introducirse en él para modificar el curso de al-

tor al contenido de una novela de 672 en 231 páginas. La segunda tiene algunas características que la acercan a la idea de una refundición;¹¹ sin embargo, pareciera no serlo y responder tan sólo al objetivo de la divulgación de la obra del autor. Las limitaciones que presenta esta última responden a los cuatro tipos de errores que señala Alberto Blecua¹² con relación al *copy-text* o texto-base¹³ (por adición, por omisión, por alteración del orden y por sustitución; los cuatro errores se llevan a cabo desde la unidad más breve: el fonema, a la más larga: el párrafo, no sin pasar por la oración).¹⁴

guna de sus voces, para precipitar un destino o para prolongar el grito de una escritura a la que el tiempo quiso ver confinada en el silencio.” *Ibid.*, p. 8.

11 Una refundición es una obra que se adapta a nuevos públicos, con todas las alteraciones que implica. La finalidad de las adaptaciones consiste en acercar los textos al público. Por sus características, la adaptación es también una refundición (*vid.* BLECUA 1983, p. 111).

12 *Vid.* BLECUA 1983, pp. 47-58.

13 *Vid.* PÉREZ PRIEGO 1997, p. 17.

14 En la edición de *El monedero*, 2005, encontré estos cuatro tipos de errores, *exempla* (como es común en ediciones críticas: en cursivas el texto-base, en redondas, en este caso, la edición de 2005):

Por sustitución

polca : polea
impendido : emprendido
poyo : payo
sí : él
ceño : sello
condena : conduzca
insuflado : inculcado
esperaban : expresaban
sino : sitio
riela : vela
asalta : da
eolina : colina
para : más
caía : cala

Cambio de sintagmas y enunciados completos:

una beatitud tan seductora : unos sentidos tan seductores
ha dejado cosa de un año : hallo
ha de quedar : me ha quedado
empezaba a reunirse : se había reunido alguna

El monedero es la obra maestra de Nicolás Pizarro. Sin embargo, hasta la fecha ha sido un escritor del siglo XIX sin difusión, por tanto, poco leído y, en consecuencia, prácticamente no estudiado.¹⁵

Adiciones que alteran el sentido del texto:

El bandido se enjugó una lágrima y volvió después a tomar las manos de su hija. : El bandido se enjugó una lágrima y no volvió después a tomar las manos de su hija.

En la sala de ésta, como en todas, había unas sillas corrientes pintadas de verde con asiento de tule, pues no permite otras la regla : En la sala de ésta, como en todas, había lunas, sillas corrientes pintadas de verde con asiento de tule, pues no permite otras la regla [El error por adición (“había lunas”) debido, sin duda, a una *lectio facilior* contradice el final de la oración, el cual hace hincapié en la austeridad del claustro y la supresión de las vanidades].

Hay omisiones de palabras, sintagmas y de un párrafo completo:

alta estatura : om.

—¿Qué cosa es gracia? : om.

los teólogos : om.

lo necesario : om.

de la distancia : om

que se aíslan : om

como pueda, pues la : om.

como padrino en ningún desafío : om.

el penoso sendero, se hundía en las entrañas de aquellos montes. La : om.

para hacer las azoteas : om.

Parece que el Otomí esperaba que comenzase el ruido del festín porque se levantó inmediatamente cojeando, mirando a todos lados, al mismo tiempo en que uno de sus dos compañeros fue sin hacer ruido a sacar los caballos que no se habían desensillado. : om. párrafo completo

envuelto siempre en un papel que tenía escritas estas palabras : om.

mal por varios motivos... Lo mejor sería que usted le avisase : om.

algo sin duda la inquietaba, porque entraba y salía repetidas veces : om.

15 La primera ocasión que tuve conocimiento de la existencia de Nicolás Pizarro fue por una plática con la historiadora Margarita Urías, quien me recomendó la lectura de *La coqueta*, ya que en ella se registraba un hecho histórico muy notable: la estancia de Juárez y su gabinete en el puerto de Veracruz, lo cual servía como marco histórico para el desarrollo de una trama novelesca muy interesante. Tras la lectura de *La coqueta* se despertó mi curiosidad por el autor: ¿quién era Nicolás Pizarro y por qué eran tan escasas y superficiales las referencias sobre su obra, y casi nulos los datos biográficos? En la Biblioteca

En esta edición crítica sólo hemos corregido aquellas palabras y sintagmas en que se presentan erratas evidentes y que obviamente se deben al cajista,¹⁶ cuando ha sido necesario aclarar alguna construcción porque la sintaxis revela la ausencia de alguna categoría gramatical, se propone la posible intención en las notas al pie. Se ha procurado, pues, no alterar nada de aquello que traicione el estilo del autor; antes bien, las modificaciones hechas a la *editio princeps* sólo obedecen al objetivo, como se dijo arriba, de restaurar, fijar y editar la publicación de 1861; es por ello que, cabe destacar, tan sólo hemos contribuido en la precisión en el uso de los signos de puntuación, los cuales, en el siglo xx, han ganado, en mucho, claridad, en lo tocante a la facilitación de la emisión y recepción de las estructuras con que se manifiesta el pensamiento, y con lo cual creemos que, más que nada, se gana en transparencia (sobre todo en el párrafo largo, característico de la narrativa del xix). Lo mismo sucede con la actualización en el empleo de los acentos, pues se han suprimido en los monosílabos y se ha precisado el uso del diacrítico. Fuera de ello, se ha tratado de respetar el uso del español de la época, a excepción de las mínimas actualizaciones ortográficas como, por ejemplo, el cambio de la *j* por la *x* y el de la *g* por *j*.

Acompañó la presente edición crítica con un estudio preliminar que, dada la situación de ser una novela poco estudiada, permita hacer notoria la importancia de sus virtudes literarias;

Nacional de la Ciudad de México y en el Colegio Preparatorio de la ciudad de Jalapa, pude conocer gran parte de su obra, pero no así *El monedero*, texto que me fue imposible conseguir en bibliotecas públicas y particulares, o en negocios de libros antiguos; finalmente la hallé en la biblioteca de la Universidad de Austin, Texas (Nettie Lee Benson Latin American Collection), donde amablemente me proporcionaron un microfilm del texto. Su lectura me creó una serie de inquietudes, algunas de las cuales abordé en esta investigación.

16 Una de las conjeturas es que Pizarro no haya estado al cuidado de esta edición (no obstante se haya hecho en la imprenta de su propiedad), lo cual explicaría la abundancia de erratas y errores de formación. Esta conjetura se fundamenta en que los estudios de Pizarro fueron los de todo un humanista que sabía latín y que ejerció la escritura como todo un polígrafo, actividad dentro de la cual debe señalarse que escribió en verso una gramática castellana “como se habla en México”.

no obstante, por el momento histórico del que se ocupa pueda encasillarse como novela histórica, lo sustantivo es ser novela y el teñido es lo histórico; más allá, incluso, por la propuesta de proyecto social que encierra, se trate de una novela que se encuadra dentro de la corriente del romanticismo social.

PRÓLOGO

EL PROPÓSITO DE ESTE trabajo se ubica bajo la perspectiva de compendiar, en este estudio preliminar, una arista que, si bien es tratada en otros libros, tiene aquí como objetivo reorganizar esa “información” con apego a una línea de investigación teórico-literaria y en función de poner en manos del lector otra visión de un movimiento ideológico y estético cuya vigencia trasciende todos los tiempos; precisamente por un problema que toma como foco de atención al sujeto vinculado al punto de vista que ocupa frente a sí mismo y el modo en que el propio sujeto busca construirse un horizonte óptimo donde le sea posible su configuración como ser humano pleno; tal lugar o tal espacio no podría ser otro que la utopía, de allí la apuesta por considerar la utopía no como un lugar imaginario, ideal, en sentido estricto, sino como horizonte, lo que está en la mira, que nos insta a conseguirlo pero que siempre se mantiene allá, al frente nuestro, no se alcanza en realidad pero provoca ser mejores para tener la ilusión de que se ha alcanzado.

La idea de una lectura contextualizada de *El monedero* de Nicolás Pizarro me llevó a considerar, en principio, el liberalismo hasta llegar al Romanticismo y, dentro de éste, el primer socialismo –como se le conoce frente al socialismo científico– para concluir con lo que de sostenible tiene la utopía en la actualidad, y así mostrar que su existencia tiene que ver con una tradición que corre como una veta humanista hasta nuestros

días: se trata de mostrar cómo el problema de la subjetividad y la razón son el fundamento de la utopía.

El estudio preliminar no sólo ubica al autor y a la novela en su contexto –tarea propia de toda edición crítica– sino que, además, traza una línea en la tradición de pensamiento moderno; tal línea puede sintetizarse en el problema de la subjetividad no en antagonismo con la razón sino, desde la fenomenología de Husserl, integrando una unidad, de donde también parte el concepto actual de horizonte tal y como Hans-Georg Gadamer lo emplea en *Verdad y método*. A partir de allí es posible señalar con mayor justeza, en contraste con las lecturas hechas de esta novela hasta ahora, su valor desde varios aspectos.

ESTUDIO PRELIMINAR

I. EL MONEDERO ANTE LA CRÍTICA

LA TEORÍA DE LA novela en México, hacia el siglo XIX, se compendia en la voz del patriarca, Ignacio Manuel Altamirano, registrada en los ensayos compilados bajo el título de *Revistas literarias de México* (1821-1867).¹ Los postulados de Altamirano respecto de la novela se relacionan fundamentalmente con un proyecto de instrucción, ideología, religión y moral, evidentemente social, hechos completamente acordes con las teorías del Romanticismo social en Francia; es decir, en lo que para entonces era la teoría de la novela: requerimientos de carácter temático que deben desembocar en un proyecto de justicia social. Altamirano no predica *a priori* lo que debe ser la novela, sus convicciones surgen de las evidencias y las sustenta con el conocimiento tan vasto que tenía de la literatura, desde la Antigüedad hasta los días en que escribe sus ensayos, sobre lo que en aquel entonces se consideraba como la teoría de la misma. Este conocimiento le da margen para hacer un planteamiento muy preciso acerca de lo que, en materia de prosa narrativa de ficción, trasciende y lo que es mera frivolidad, pasatiempo y origen de “corrupción y extravíos”.²

En los ensayos hace una revisión de la novela universal como pretexto para arribar a la novela mexicana. De José Joaquín Fernández de Lizardi dice que es un “apóstol del pueblo”, calificativo

1 ALTAMIRANO 1988, pp. 29-211.

2 *Ibid.*, p. 48.

que le da Altamirano debido al conocimiento que éste tenía de la recepción popular de *El Periquillo Sarniento*. De Manuel Payno y su *Fistol del diablo*, en comparación al estilo del *Periquillo*, dice que esta obra “tuvo una forma más elegante; su estilo era florido, ameno y escogido”, ya que el lenguaje del *Periquillo* refleja el habla de la sociedad que retrata. No deja de señalar las distancias entre una y otra aparición de las novelas a principios del XIX. Entre Lizardi y Payno hubo una distancia, así como entre Payno y la *Guerra de treinta años* de Fernando Orozco y Berra. De Florencio María del Castillo destaca, como característica importante, la escritura sobre el tema social, muy emparentado con las novelas representantes del Romanticismo europeo. Por su parte, Pantaleón Tovar publica *Ironías de la vida* a la que Altamirano reseña como una novela “de costumbres populares y que entraña también el estudio social”. Dentro de los lapsos que median, entre la aparición de unos y otros escritores, señala: “Pasó el gobierno del general Arista, luego la dictadura de Santa Anna; la literatura tuvo otro de sus períodos de mutismo frecuentes, y durante la administración del general Comonfort volvió a dar señales de vida a la sombra de una paz que duró ¡ay! muy poco tiempo”.³ Para ese entonces aparecen en escena Juan Díaz Covarrubias y José Rivera y Río; hablando precisamente de este último, Altamirano sitúa hacia 1861 la “época de renacimiento literario” en México, época en que estaba muy reciente la presencia, siempre dolorosa y frustrante de la Invasión Norteamericana: “Pasó la administración de Comonfort y volvió a atrasarlo todo la guerra, esa guerra fatal que ha pesado sobre este país como una maldición, y que ha cegado las fuentes de su riqueza material, así como ha paralizado su movimiento intelectual.”⁴ En este “renacimiento literario” de la novela mexicana del siglo XIX (1861) sitúa a Nicolás Pizarro.⁵

3 *Ibid.*, p. 63.

4 *Ibid.*, p. 66.

5 Nicolás Pizarro Suárez nació en la Ciudad de México en 1830 y murió en la misma Ciudad en 1895.

Altamirano confiesa tener antecedentes⁶ de las dos primeras novelas de Pizarro: *El monedero* y *La coqueta*. De esta información puede desprenderse que sería ingenuo hacer de *El monedero* una lectura superficial, pues este hecho revela que hubo suficiente tiempo para la reflexión y la reescritura. Como se verá más adelante en “Personajes y estilo”, los artificios narrativos de Pizarro son muy sutiles y variados. Del contenido, Altamirano dice que se trata de “una novela social y filosófica”, y así lo argumenta: “No sólo es un estudio de las costumbres, de las necesidades y de los vicios de la sociedad, sino un proyecto de reforma, un monumento filosófico elevado al amor del pueblo y propuesto a la consideración de los hombres pensadores para mejorar la educación y la suerte de las clases desgraciadas.”⁷

Los escritos de Altamirano sobre literatura están destinados a privilegiar el género novela. De sus observaciones, destaca que este género se ha caracterizado en México desde *El Periquillo* por tener una misión social que cumplir: la novela para Altamirano

6 “Don Nicolás Pizarro Suárez había concluido y rejuvenecido su *Monedero*, y había escrito nuevamente su *Coqueta*, dos novelas que llamaron mucho la atención y que se leyeron con avidez.

“Decimos que había rejuvenecido su *Monedero* porque recordamos que cuando muy jóvenes y haciendo todavía nuestros estudios de latinidad, esta novela apenas comenzada, nos produjo agradable distracción en los ratos de ocio del colegio.” *Loc. cit.*

7 *Loc. cit.*

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN ha visto en *El monedero* el antecedente de esa otra utopía que presenta Altamirano en *La Navidad en las montañas*. Al igual que en Pizarro, el guía de la comunidad en *La Navidad...* también es un cura. “¿Por qué ha de ser precisamente un sacerdote el encargado de llevar a buen término la transformación de los pueblos? La respuesta está en labios del sacerdote: [...] Los dos autores coinciden en que la reforma de la sociedad estaba en manos de los sacerdotes porque éstos habían alcanzado mayor autoridad sobre las conciencias. El camino más corto era ése, puesto que las ideas de fraternidad humana y de caridad tienen su fuente en el Evangelio cuya ley santa es la del trabajo y la hermandad. Ante esta conquista, Altamirano reflexiona y parece que de súbito tiene la solución. «Comprendí –dice– que lo que yo había creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos viniese en ayuda del gobernante» (MILLÁN 1957, p. 193).

es la “lectura del pueblo”, cuya finalidad se consigue al ser el vehículo que ha tenido influencia “en la educación de las masas.”⁸ Es muy revelador que, señalando al pasado próximo inmediato, aparte de la situación, por cierto, harto crítica, se refiera a las consecuencias dejadas por la Invasión Norteamericana como un hecho “que ha cegado las fuentes de su riqueza material, así como ha paralizado su movimiento intelectual”. Es ésta la realidad en la que se encuentra el pueblo de México. De ahí que para Altamirano sea una necesidad primordial pensar en un proyecto social de educación, y qué mejor vehículo que la novela, la que instruye. Es más: acorde al Siglo de las Luces, la novela tiene una presencia capital en esa eclosión de las masas que son el engranaje de una sociedad industrial y moderna.⁹ Pizarro sustenta,¹⁰ con una argumentación fundamentada, la necesidad de un cambio social dirigido hacia un socialismo, y la práctica la refuerza desde la doctrina cristiana de igualdad y equidad. Más adelante, esta doctrina socialista la expone de manera didáctica y para ello, utili-

8 “Pudierase decir que [la novela] es el género de literatura más cultivado en el siglo XIX y el artificio con que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen. [...] la novela ocupa hoy un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. [...] La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario” (ALTAMIRANO *op. cit.*, p. 39).

9 “Todo lo útil que nuestros antepasados no podían hacer comprender o estudiar al pueblo bajo formas establecidas desde la Antigüedad, lo pueden hoy los modernos bajo la forma agradable y atractiva de la novela, y con este respecto no puede disputarse a este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas. Bajo este punto de vista, la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril e industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor. Ella constituye con todos estos inventos del genio a la mejora de la humanidad y a la nivelación de las clases por la educación y las costumbres” *Ibid.*, p. 48.

10 I, XII (De aquí en adelante, el número arábigo corresponde a alguna de las siete partes en que se divide la novela, y el romano al capítulo.)

zando la efectísimima mayéutica, establece un diálogo donde el vicario don Luis conduce a un Fernando escéptico respecto de la viabilidad del cambio social hacia la inminente puesta en marcha de un plan donde la igualdad sea positiva en bienes materiales, morales, en ganancias...:

Compara los tiempos antiguos y los modernos y verás qué inmensa diferencia; esperemos pues que los que se ponen al frente de las naciones sepan preparar gradualmente ese movimiento que ya se anuncia por todas partes y que me admira ciertamente que la humanidad no haya producido mucho antes, en contra de todos los que se han atrevido a oprimirla, haciendo sobre sí misma un esfuerzo que la purifique de tantas manchas que en vano procura ocultar y que extirpe tantos monstruos a quienes ha abrigado hasta ahora en su seno como a sus hijos predilectos.¹¹

Ese movimiento que ya se anuncia es el socialismo en forma de asociacionismo; se trata del primer socialismo que sólo puede llevarse a cabo por la vía de la práctica de la libertad que, si bien está respaldada por la Constitución de 1857, Pizarro vislumbró que, habiéndose consumado la igualdad ante la ley, el siguiente estadio tendría que ser el del socialismo. El escepticismo de Fernando es el mismo del grueso de la población; pero para ello la pedagogía de Pizarro se ve auxiliada por el método socrático.

El carácter popular de la novela se debe aprovechar en el cumplimiento de un proyecto social.¹² Y es en este sentido que Altamirano percibió con mucha claridad los ejes de *El monedero*: el eje central, el eje de fondo “Es el socialismo en su aplicación práctica en nuestro país”; el segundo eje es el amor, “el amor es

11 2, VII.

12 “[...] la novela instruye y deleita a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aún teniéndolas, no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte” (ALTAMIRANO 1988, p. 56).

el atavío, es el color, es el perfume.”¹³ En estos dos aspectos se cumple la teoría de Altamirano en conseguir el interés del lector pues, a través de las peripecias amorosas de los personajes centrales, recrea, a la vez que este eje es la vía por medio de la cual el lector se instruye en una serie de valores cuya razón de ser es la consecución de esa sociedad igualitaria de la que habla Altamirano como un objetivo prioritario para el pueblo mexicano.

Aunque publicado con años de anticipación, *El monedero* cumple con todas las expectativas que Altamirano¹⁴ señala para la novela; de manera que, no obstante Altamirano no lo especifique directamente cuando reseña a Pizarro, su teoría acerca de la misión de la novela hace pensar en el paralelismo que permite la viabilidad de que se trata de un calco tomado de *El monedero*. Pizarro, el hombre de letras, el político, a través de su novela, “aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, [hace] descender a las masas doctrinas y opiniones”. En ella se halla el hecho histórico; de lo que revela su lectura, en cuanto a que en ella se trasluce el amplio y profundo conocimiento de Pizarro de la realidad de su época, hay alternativas de carácter moral, religioso, político, económico y social. Si, como dice Altamirano, “[l]a novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario”, resulta inevitable pensar que al hablar de la misión de la novela no se estuviera refiriendo específicamente a *El monedero* y, en otra parte, al propio Pizarro: “[...] es el apóstol que difunde el amor a lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente a la tribuna para predicar el amor a la Patria, a la poesía épica para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y a la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral.” Pareciera ser que Altamirano hubiera tomado de Pizarro el deseo por lograr un espíritu nacional,¹⁵ ya que en él, siete años an-

13 *Ibid.*, p. 67.

14 *Ibid.*, pp. 29-70, *pass.*

15 Las “Revistas literarias de México” fue una edición de *La Iberia* publicada en 1868.

tes, ha mostrado, a través de todos los matices que conforman ese mosaico tan complejo que era el país hacia el siglo XIX,¹⁶ ese sentido anhelo.

A pesar de que carecemos de textos en los que Pizarro exprese su arte poética como sucede con el propio Altamirano, aquellos no son necesarios en la medida en que dichas intenciones generales están en la atmósfera del siglo XIX, y, particularmente, en los artículos de Altamirano. Dentro de lo que pudiera llamarse la “tarea del escritor” en este período, los novelistas tenían una, trascendente e impostergable: educar.

La novela histórica fue el adecuado instrumento para poner en práctica aquellos ideales griegos recogidos de la Ilustración: *instruir y deleitar con un fin moral*. Con esta responsabilidad hondamente sentida quisieron llevar a un copioso público no sólo “el espíritu de una época”, sino también las doctrinas sociales, la defensa de las ideas, de los sentimientos, de las creencias, proporcionar juicios históricos, políticos, conmover por medio de la literatura de historia, la conciencia nacional.¹⁷

Como vimos al principio de este apartado, entre una y otra novela de las que se registran en la historia de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XIX existen espacios prolongados.¹⁸ A esta condición, y especialmente a *El monedero*, se le suma, con

16 *El monedero* elogia la gastronomía, la nobleza de los sentimientos, las plantas útiles, el paisaje, etcétera, de México.

17 DÍAZ DE OVANDO 1978, p. 178.

18 Altamirano se refiere a la consideración del lapso que hay entre *El Periquillo Sarniento* (1816) y la publicación tan accidentada de *El fistol del diablo* iniciada en 1844, del mismo modo que lo hay entre ésta y *La guerra de treinta años* de Fernando Orozco y Berra publicada en 1850 y *Horas de tristeza* (1849) de Florencio María del Castillo (vid. ALTAMIRANO 1988, pp. 56-63). Al respecto, John S. Brushwood consigna que “La guerra de Reforma paralizó virtualmente la vida literaria de México. El único novelista que publicó entre 1855 y 1860 fue Juan Díaz Covarrubias” quien observaba que “no faltaría quien pensara que sólo un tonto o un niño podía escribir novelas en aquellos tiempos tan turbulentos” (BRUSHWOOD 1973, p. 172).

excepción del estudio de Altamirano, la nula atención que se le prestó. Muchos años tuvieron que transcurrir para que la obra maestra de Pizarro adquiriera cierto interés por parte de la crítica. Median entre estos estudios algunas notas escuetas como la de Manuel Sánchez Mármol.¹⁹

La nota que Ralph Warner²⁰ dedica a *El monedero*, novela que considera “social romántica”, se caracteriza por la ligereza con que el autor emite sus juicios. Destaca que: “Es un relato sin otro interés que su expresión de la teoría socialista”; y sentencia que: “A pesar de sus abundantes citas bíblicas, no nos fiamos mucho de la moralidad que atribuye Altamirano a esta novela, pues la base financiera de la utopía es el producto de un monedero falso.” Remata su estimación señalando: “Nota final desgarradora: la colonia fue destruida por los invasores norteamericanos”. Lo cual es infundado puesto que, aunque el marco histórico de la Invasión de 1847 forma parte de la novela, nada tiene que ver con la destrucción de la primera colonia. Si bien es cierto que hay un ataque a la primera colonia, ésta es reconstruida y la novela termina no con el logro de una segunda, sino con el proyecto de una tercera.²¹

Luis Reyes de la Maza expresa su extrañeza respecto de que resulta inconcebible que Pizarro esté en el anonimato, dice: “Es inexplicable que Nicolás Pizarro haya sido ignorado por casi todos los investigadores literarios, tanto del siglo pasado como del presente.”²² Esta es una extrañeza ampliamente justificada pues hasta la fecha *El monedero*, aun cuando tiene un elevado valor

19 En “Letras patrias. La novela”, la reseña que Sánchez Mármol hace de Pizarro es brevísima: “Filósofo nada vulgar fue don Nicolás Pizarro, como lo dio a conocer en sus escritos, y señaladamente en el orden sociológico en *El monedero*, novela de costumbres impregnada de espíritu reformista y de nobles aspiraciones por la suerte de la desvalida clase del pueblo” (SÁNCHEZ MÁRMOL 1902, t. I, vol. 2, p. 636).

20 Vid. WARNER 1953, p. 27.

21 Me atrevo a creer en la hipótesis de que las notas adversas de Warner hacia *El monedero* se deben a la actitud antiyanqui de Pizarro y, por supuesto, por la aversión al comunismo del Estado norteamericano.

22 Vid. REYES DE LA MAZA 1957, pp. 572-587.

literario, es una novela ignorada. En dicho estudio, Reyes de la Maza reseña *El monedero*, *La coqueta*, el *Catecismo político constitucional* y el *Catecismo de moral*. *El monedero* es la novela en la que centra su atención, llegando a juicios extremos infundados como el siguiente: “En realidad, si escribe novelas es únicamente para introducir en ellas sus ideas, y le tiene sin cuidado la anécdota. Las ideas son en este novelista el factor primordial y más importante; los demás elementos, estructura, personajes, tema y estilo, se desmoronan ante un estudio minucioso”.²³

En mi opinión, Reyes de la Maza emite juicios contradictorios y equívocos. Por ejemplo, se equivoca cuando asegura que Altamirano “[...] da preferencia, en cambio, a la anécdota amorosa vista desde un ángulo estrictamente literario, que es lo que interesaba a Altamirano para su crítica, pero que a mi juicio [dice Reyes de la Maza] carece de verdadera importancia.”

Suponiendo que esto fuera verdad, ¿de qué otra manera podría verse en una novela “la anécdota amorosa”, si no es desde el ángulo literario? No obstante, lo contradictorio de este juicio reside en la cita que hace de Altamirano inmediatamente después de lo que acaba de decir y en donde establece el común acuerdo con el autor de *El Zarco* en que: “*El monedero* es una novela social y filosófica en la extensión de la palabra. No sólo es un estudio de las costumbres, de las necesidades y de los vicios de la sociedad, sino un proyecto de reforma, un monumento filosófico elevado al amor del pueblo”, etcétera, en el cual se expresa todo lo contrario. La pregunta es ¿de dónde hace estas observaciones Altamirano, si no es en reconocimiento de las ideas liberales de Pizarro?

Sin embargo, pese a los juicios contradictorios con que se refiere respecto al tratamiento por parte del autor de los personajes, al estilo, a la sociedad, Reyes de la Maza termina su trabajo diciendo:

Nicolás Pizarro es, aparte de un reformista por excelencia, uno de los mejores pensadores liberales que hemos tenido, uno de los más

23 *Ibid.*, p.574.

valiosos defensores de la libertad, un escritor que ama a México por encima de todo, un observador que enseña las bellezas y lacras de nuestro territorio, y uno de los primeros socialistas que en México se lanzaron a publicar sus ideas.

En efecto, Pizarro pertenece al grupo de escritores liberales que creían apremiante, ante los abusos y hegemonía del clero, la sanción que representaban las Leyes de Reforma. Inevitablemente, este hecho adquiriría a todas luces un enfrentamiento de carácter religioso. María del Carmen Millán en su artículo “Dos utopías”,²⁴ centra su atención en este aspecto: “Por ser el problema religioso el que de manera tan directa afectaba a la sociedad al cambiar la constitución del clero y sus costumbres, fue ése el tema más apasionante de los escritos que se relacionan con la Reforma.” En este artículo la autora tiene como finalidad hacer un estudio comparativo entre la novela de Nicolás Pizarro y *La Navidad en las montañas* de Ignacio Manuel Altamirano. Como se sabe, Altamirano no es el primero en establecer el oficio de la novela del siglo XIX; sin embargo, como se dijo arriba, él es quien determina el canon de la novela mexicana de su época. No es remoto pensar que hubo comunicación y reciprocidad entre ambos novelistas respecto de estas apreciaciones, de tal suerte que, al comparar a ambos escritores, María del Carmen Millán encuentra varias identidades en *La Navidad...* y en *El Zarco* con *El monedero*:

Parece que Altamirano expresó con claridad su sentir respecto a *El monedero* de Nicolás Pizarro. No olvidó ni los problemas que tan ampliamente desarrolla ni la solución que da, y en *La Navidad en las montañas* vuelve sobre los mismos asuntos y propone un sistema de convivencia que se acerca muchísimo al de la Nueva Filadelfia. En *El Zarco*, personajes como Nicolás o el Tigre, y el ambiente general de la obra, recuerdan cercanamente a *El monedero*.²⁵

24 Vid. MILLÁN 1957, pp. 187-206 *pass*.

25 Con relación a estas observaciones, en las dos notas finales señala: “3. Altamirano presenta en el Nicolás de *El Zarco* a un personaje semejante a

Así, en *La Navidad* también hay un cura quien organiza a la comunidad y los beneficios no se hacen esperar, los cuales van desde la alimentación, pasando por algunos recursos tecnológicos, hasta la distribución del trabajo para lograr mayor rendimiento. La diferencia entre el cura de *La Navidad* y el padre Luis de *El monedero* es que el primero es un hombre maduro y enfermo y el segundo está en la plenitud de sus facultades. Por supuesto, han pasado varios años entre la escritura de una y otra novela. María del Carmen Millán dice ante esta diferencia: “Así se han descartado otros problemas que al autor no le interesaba suscitar.”²⁶ Fundamentalmente, la dificultad que representaba para los lectores de la época un personaje como el cura don Luis, quien sin mayores problemas, debido a la facilidad que presenta la relación de la doctrina cristiana y las ideas del socialismo utópico, se propone la empresa emancipadora de reunir a varias familias en una comunidad socialista; pero, sobre todo, por la propuesta que tiene fuertes ecos del protestantismo donde los curas pueden contraer nupcias.²⁷

Por su parte, John S. Brushwood clasifica las dos novelas de Pizarro como “novelas de asuntos de índole nacional” dada la

Fernando, de origen indígena y despreciado por ello; y es, asimismo, hábil herrero, noble, inteligente... 4. En *El Zarco* aparece un bandolero llamado también el Tigre, igual al de Pizarro, que tiene como campo de acción las regiones azucareras de Morelos. Ambos recuerdan al famoso «Tigre de Álica» de Jalisco” (MILLÁN 1957, p. 206).

26 *Ibid.*, p. 193.

27 Hacia la época en que aparece el texto “Revistas literarias”, Altamirano ya había advertido la semejanza –que no influencia– del vicario don Luis con el padre Myriel de *Los miserables*. La confluencia que representan los curas en Pizarro, Víctor Hugo y Altamirano revela el peso enorme de las necesidades espirituales a satisfacer, característica muy presente en el romanticismo y cuyo origen data de los motivos que dieron origen a la Reforma Protestante. Respecto del padre Myriel y del vicario don Luis de Pizarro, no se puede hablar de influencia, ya que *Los miserables* aparece un año después de *El monedero*. No sucede así en el caso de Altamirano cuya *Navidad*... es de –la primera versión– 1879 (vid. MARTÍNEZ 1986). Es más, al igual que el patriarca francés, hay en Altamirano un hábil, valiente, comprometido defensor de la libertad y del nacionalismo. Al igual que Víctor Hugo, Altamirano en México participa activamente en la tribuna.

expresión en ellas de “ideas políticas, sobre todo en su defensa de la Constitución de 1857.” Dice de Pizarro:

[...] era más observador de la sociedad que muchos de sus contemporáneos y nos dejó dos novelas en que se expresan sus ideas políticas y sociales. Es interesante notar que en cada novela el autor describe una población modelo donde se practican sus teorías más o menos socialistas [...].

La colonia modelo es el punto focal de *El monedero*. [...] En esta novela larga, encontramos muchos detalles referentes a la colonia. La profesora María del Carmen Millán ha anotado que la obra tiene todas las ideas de las Leyes de Reforma y que sirvió de base a algunas novelas que se escribieron posteriormente, entre ellas *La navidad en las montañas* de Altamirano. En este sentido, *El monedero* puede considerarse como antítesis a *La quinta modelo* de Roa Bárcena.²⁸

Años más tarde, hacia 1966, Brushwood retoma a Pizarro en el capítulo IV, “Un proyecto de progreso”.²⁹ En esta revisión, a pesar de algunas aberraciones respecto del argumento de la novela,³⁰ propone cuatro comentarios sociales en los que se funda *El monedero*: 1) La solución del problema indígena estriba en proporcionar una educación que posea valor práctico. 2) La presentación de una comunidad modelo. La comunidad tiene que existir para el bien de todos y todos deben contribuir al bien de la comunidad. 3) Una expresión particular de nacionalismo a través de la defensa del español mexicano, a tal grado que Pizarro escribe

28 BRUSHWOOD-ROJAS GARCIDUEÑAS 1959, pp. 30-31.

29 BRUSHWOOD 1973, pp. 175-181.

30 Señala, por ejemplo, que al encuentro de Fernando con el padre Luis, éste ya había fundado la “comunidad modelo”. El padre de Rosita se llama Diego en lugar de Domingo. Advierte que “[e]l marco cronológico de la novela en el momento de la Invasión Norteamericana en nada contribuye a las finalidades del autor”, cuando en realidad representa uno de los tantos efectos de la falta de unidad nacional que lo lleva a escribir, en forma de novela, la propuesta de reforma social.

un *Compendio de la gramática de la lengua española, según se habla en México; escrito en verso con explicaciones en prosa*. 4) Las acciones del clero deben dirigirse hacia el bienestar social. El padre Luis tiene más de trabajador social que de sacerdote, y en su catequesis quedan fuera las promesas de un mundo después de la muerte; sus esfuerzos se dirigen al mejoramiento del mundo actual.

Por otra parte, Brushwood compara a Pizarro con Altamirano: “Ahí donde Pizarro se muestra militante y optimista, Altamirano prefiere la melancólica persuasión. Es mucho más artista que Pizarro, pero esta diferencia se basa en la mayor capacidad que tenía Altamirano para recrear la realidad visible, más que en una diferencia de tono.”³¹ Aunque esta comparación se refiere particularmente a una actitud frente a la Iglesia, hay mucho más que eso; si de alguna forma el horizonte de la Reforma tuvo su origen en la visión de Hidalgo de construir un país de libertad, justicia y de conciencia nacional, este proceso tuvo varias etapas representadas literariamente por Pizarro, Altamirano y Rabasa. La militancia liberal de Pizarro en pos de la construcción de una nación depositada en una fe extrema en la Reforma adquiere sensatez en Altamirano para más tarde transformarse en un punto de vista de pesimismo realista con Emilio Rabasa.³²

Respecto del entorno en competencia directa con el autor/persona, hacia el año 2000, Carlos Illades y Adriana Sandoval han publicado trabajos³³ que reflejan un transcurso indagatorio

³¹ *Ibid.*, p. 203.

³² *Vid.* CORTAZAR 2006, *Reforma, novela y nación; México en el siglo XIX*.

³³ *Vid.* Illades-Sandoval, “Estudio preliminar”, en Nicolás PIZARRO *Obra I, II y III* de Nicolás Pizarro. Remitimos al lector a este trabajo ya que se trata de una versión ampliada de “La utopía de Nicolás Pizarro”, en *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés, [2000] pp. 15-41, versión modificada ex profeso para la publicación de la *Obra*. *Vid.* también Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta (Sello bermejo), [2005] 193 pp.

que no se había hecho antes.³⁴ El proceso recorrido da por resultado una serie de datos que ubican a nuestro autor en su justa dimensión desde el punto de vista ideológico, en íntima competencia con la ciencia social³⁵ y política³⁶ desde sus inicios.

34 Fruto de esta labor es la publicación de la obra de Nicolás Pizarro.

35 “Su reflexión social corrió por tres líneas: la cooperación, fundamentada en principios asociativos, y condición de posibilidad de la regeneración futura; el orden liberal, formalizado en la Constitución de 1857, marco general en que según él se inscriben la libertad, la igualdad y la justicia; la reforma moral, modificadora de pautas y valores, que harán posible cimentar la convivencia sobre nuevas bases” (*op. cit.*, p. IX).

36 “Estas primeras incursiones en la ciencia política descubren a un Pizarro liberal y moderado, partidario de la división de poderes dentro de un sistema político representativo y bicameral, que conceda el sufragio sólo a quienes saben leer y escribir. Apartan de los derechos ciudadanos a quienes no acrediten un modo honesto de vivir, a los clérigos y a las personas que tienen un vínculo de dependencia con otras, como los servidores domésticos. Proponen elecciones directas a la vez que reconocen el derecho de las minorías políticas a formar parte del cuerpo de electores. Consideran también que el federalismo ha fracasado en México, y apuntan que debe ser reemplazado por otro sistema [...] defendió los principios de la Reforma y llamó a formar una liga de naciones americanas para preservarlas del expansionismo de las potencias” (*op. cit.*, p. X).

II. EL CONTEXTO CULTURAL

1. EL MARCO HISTÓRICO

LA CONSIDERACIÓN DE UN punto nodal que aglutine el proceso histórico, económico, político y social, y la extrema inestabilidad del México del siglo XIX, en el momento en que Pizarro sitúa *El monedero*, converge en el antagonismo entre los liberales y el grupo formado por el clero y los conservadores. Enmarcan esta contienda, y se trasladan al relato, la Intervención Norteamericana, las Leyes de Reforma y la nueva legislación establecida en la Constitución de 1857 (sus orígenes, causas y consecuencias). Dicho de otro modo, ese punto axial en la obra de Pizarro lo representa su credo socialista; en éste desemboca y se proyecta, en la novela, lo que debería ser el inicio de una nueva sociedad (a partir de un futuro no muy lejano –diez años–) en torno a uno de los aspectos que, como proyecto social, se puede desprender de dicha ideología: es decir, la organización del pueblo, para beneficio de sus integrantes, en asociaciones, del modo en que ha sido concebida por los utopistas franceses del período Romántico.¹

¹ Como más adelante veremos, Henri de Saint-Simon y Charles Fourier destacan como dos de los principales ideólogos franceses del primer socialismo.

Durante el siglo XIX, en México se encadenó una serie de conflictos tan diversos, tan profundos y tan tenaces que mantuvieron al país en una zozobra constante. En el marco de la historia de México, es un lugar común señalar que la lucha por el poder marcó las transformaciones sociales y políticas entre liberales y conservadores: los primeros tenían la firme intención de instaurar la República federal que destruyera el *status* heredado de la Colonia; los otros, con un decidido interés de una República centralista, defendían la estructura social heredada de la Colonia. Quizá haya que tomar como referencias que encuadran con mayor amplitud este prolongado momento del trastornado siglo XIX, por la importancia legal y determinante que representaron, la Constitución Federal de 1824 y la restauración de la República (1867-1876).²

Como es natural, al interior del partido liberal había separaciones; estaban divididos en moderados y radicales. No obstante, coincidían en líneas generales en el objetivo de lograr las relaciones públicas de respeto entre la federación y los estados, basadas en el código constitucional; además, buscaban provocar un cambio social y económico con base en la ideología que los inspiraba. Las diferencias que se dieron, al interior de este grupo, residían en que los liberales radicales se proponían cambiar a México de manera rápida y profunda, mientras que los liberales moderados abogaban por la sensatez y el rechazo a todo acto que pudiera desencadenar violencia.³

Las inestabilidades, fricciones, enfrentamientos intestinos y la inminente Invasión Norteamericana –debido a su constante y descarado afán expansionista– constituyen el marco en que se ubica *El monedero*. La fecha de inicio de la novela es el 30 de agosto de 1846. En el curso de la historia, unos meses antes, el 11 de mayo de ese mismo año, James K. Polk apremiado por su gabinete, que ya tenía listos los planes para la invasión, no tuvo más remedio que declarar la guerra.⁴

2 Vid. SALINAS 2000, p. 13.

3 Cf. *Op. cit.*, pp. 13-14.

4 Cf. VÁZQUEZ 1997, pp. 69-73.

El pretexto fue que, en defensa del territorio nacional, las fuerzas mexicanas detuvieron a una patrulla americana, cerca del Río Bravo, cuya intención era provocar precisamente que México apareciera como agresor, consecuencia por la cual Estados Unidos le declaró la guerra en julio de 1846. Se sostuvo la primera lucha en el norte de México, las fuerzas mexicanas se dispersaron y Santa Anna abandonó los campos de batalla durante las negociaciones. Gómez Farías provocó revueltas al interior del país, mientras los jefes norteamericanos aprovecharon el desconcierto mexicano para apoderarse desde Nuevo México hasta el puerto de San Francisco. El general Scott ocupó Veracruz y obtuvo del general Juan Morales una rendición negociada el 29 de marzo de 1847.

Respecto de los orígenes de esta situación, un aspecto se relaciona con el hecho de que, mediante el Destino Manifiesto, John L. Sullivan expresaba que los pueblos vecinos que establecieran un autogobierno podían solicitar admisión a la Unión Norteamericana y ser aceptados.⁵ Tal y como lo señaló Roa Bárcena: “La manzana de la discordia, la causa o pretexto de tal guerra, fue nuestro malhadado Estado de Texas, en que tuvo lugar aquí el primero y triste ensayo de colonización extranjera.”⁶ Los objetivos que tenían los Estados Unidos en su afán expansionista eran varios: extender la democracia, cumplir con el mandato bíblico de multiplicarse, impedir una ocupación esclavista, preservar a su país del peligro británico; pero, fundamentalmente, el objetivo era la apropiación de Texas,⁷ Nuevo México, Oregón y la alta

5 VÁZQUEZ 1997, p. 61.

6 ROA BÁRCENA 2003, p. 29.

7 “[...] vino también a unirse el interés nacional del pueblo vecino, que desistiendo de extenderse hacia su región occidental, hoy todavía relativamente poco poblada, ambicionaba correrse hacia el Sur, aumentando sus costas sobre el Golfo de México, y comenzando a poner en práctica el programa de expansión y usurpación ya trazado entonces por sus más hábiles políticos [...]” (ROA BÁRCENA 2003, 29). El conflicto por esta “manzana de la discordia” tiene sus orígenes hacia 1820 cuando a Moses Austin se le autoriza un contrato para traer 300 familias colonizadoras a Texas (VÁZQUEZ 2005 a, p. 25). Roa Bárcena destaca el problema fundamental: “La extraña población allí implantada y en su mayor parte procedente de los Estados Unidos y de

California con su puerto San Francisco. Lo único que hacía falta era un motivo, de los muchos que podían sucederse para que Polk diera la orden: ante las constantes agresiones de las tropas norteamericanas en la frontera, el 25 de abril se dio un enfrentamiento en el río del Norte entre soldados norteamericanos y las tropas mexicanas. Habiéndose dado el pretexto para dar inicio a los enfrentamientos, el 8 y 9 de mayo se sucedieron las primeras derrotas mexicanas: la de Palo Alto y Resaca de Palma que permitieron al ejército norteamericano, al mando de Zachary Taylor, ocupar Matamoros. Todo estaba preparado, sólo faltaban las órdenes, que finalmente se dieron, para que las flotas norteamericanas del Pacífico y del Golfo bloquearan los principales puertos mexicanos, y así se emprendieran expediciones sobre Nuevo México, California, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y, sobre todo, para que el general Zachary Taylor (quien fue el encargado de provocar el incidente en el río del Norte) prosiguiera su avance hacia el interior. El plan estratégico contempló, además, que otro ejército siguiera la “ruta de Cortés”, de Veracruz a la Ciudad de México.⁸

Estados Unidos estaba dividido política y socialmente, pero la ambición territorial neutralizaba la polarización. Tenía recursos, inmigrantes fácilmente convertibles en voluntarios, un ejército pequeño pero profesional y dotado de armamento moderno. México carecía de todo. Además, las guerras y revueltas no sólo habían mermado la población útil para el servicio militar, sino que la habían desmoralizado. La derrota era del todo predecible;

los países septentrionales de Europa, sin relaciones más que políticas con el centro de México, de que la separaban inmensos desiertos, se asimilaba, naturalmente, mucho más a la raza anglosajona que a la nuestra; y no se había necesitado de 1830 a 34 gran perspicacia para prever los sucesos que se consumarían forzosamente a la vuelta de pocos años” (*Idem.*) Sucesos con que iniciaría lo que años después constituiría el desenlace funesto de la pérdida de nuestro país de dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de su territorio a cambio de paz y quince millones de indemnización.

8 Cf. VÁZQUEZ 1997, pp. 59-73, *pass.*

sin embargo, quizá hubiera sido menos contundente, el resabio legado hubiera sido menos amargo.⁹

Los avances continuaron: Polk nombró a Winfield Scott para que dirigiera una nueva línea de ataque de Veracruz a México, mientras que una tropa de Taylor ocupó Tampico y Ciudad Victoria. Scott arriba a Veracruz el 7 de marzo de 1847, justo cuando tiene lugar el “vergonzoso levantamiento de los polkos.”¹⁰ El bombardeo y los incendios perduraron hasta que sin más recursos se acabó la resistencia en el puerto de Veracruz el día 26 en que se izó la bandera blanca, y posteriormente, el 27, se negoció la capitulación. Los habituales errores de Santa Anna lo llevan de derrota en derrota: el 18 de abril pierde la batalla de cerro Gordo, lugar equidistante entre Manga de Clavo y el Lencero, las residencias habituales de Santa Anna.¹¹ Con tantas bajas durante la trayectoria de asedio cuyo objetivo final era la capital, la junta de generales mexicanos decidió que todas las tropas debían concentrarse para defenderla, pues los norteamericanos avanzaban irremisiblemente; dicha concentración permitió que Puebla fuera ocupada sin resistencia. Una vez más, Santa Anna, empeñado en su actitud de desoír a quienes por estrategia le sugerían fortalecer el Sur por donde era más factible que llegaran los invasores, fortificó el Oriente. El avance sobre la Ciudad de México de las

9 VÁZQUEZ, *apud* SALINAS 2000, pp. 15-16.

10 VÁZQUEZ 1997, p. 91.

11 Uno de los resultados que la historia se ha encargado de corroborar es la conclusión de que Santa Anna era “buen soldado pero mal general” (VÁZQUEZ 1997, p. 95). Por su parte, hacia 1848, los redactores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* ya lo habían advertido: “La falta de plan por parte del general Santa Anna, acaso nos ha privado de alcanzar algunas veces la victoria, pues es ya un hecho incontestable, que no ha acostumbrado este general batir con todas sus fuerzas al enemigo, antes bien nos consta que en el valle de México casi todas las batallas se han empeñado entre el grueso del ejército norteamericano y una parte de nuestras tropas quedando la mayoría de éstas en espera de órdenes para obrar. Si en Puebla se hubiere dado acción con todas nuestras fuerzas, el coronel Childs se habría visto en un gran conflicto para poder resistirlas, cuando menos por la superioridad numérica con que contábamos” (ALCARAZ 2005, p. 396).

tropas norteamericanas se inició el 7 de agosto; una parte se dirigió a Tlalpan y otra a San Ángel. El general Gabriel Valencia, en lugar de tomar rumbo hacia Coyoacán como se le había ordenado, al saber que los invasores avanzaban hacia Padierna se dirigió hacia allá donde resistió el ataque hasta el 20 de agosto. Este suceso ha sido muy connotado debido a que, ante la inminencia de la total derrota, y estando en San Ángel, Santa Anna no lo socorrió, aun cuando tenía una posición dominante desde donde hubiera podido atacar y acabar con el enemigo. Ese mismo día, en el convento de Churubusco, los generales Pedro María Anaya y Manuel Rincón, cuando ya no les fue posible oponer más resistencia, fueron tomados prisioneros y juzgados militarmente. Tras la derrota de Churubusco, el gobierno norteamericano, a través del diplomático Nicholas P. Trist, le propuso a Santa Anna, mediante un tratado que contenía 11 artículos,¹² el fin de la guerra bajo algunas condiciones circunscritas a exigencias territoriales que los tres comisionados mexicanos consideraron inaceptables. Al concluirse el armisticio, no obstante las grandes pérdidas, el ejército norteamericano, después de vencer Molino del Rey, que era la fortificación que defendía el camino hacia Chapultepec, y tomar Casa Mata, almacén de pólvora de la Guardia Nacional, tuvo abierto el camino hacia la Ciudad de México. Sólo quedaba el Castillo de Chapultepec, el cual, resguardado por las tropas del general Nicolás Bravo, las guardias nacionales del general Santiago Xicoténcatl y los pocos cadetes del Colegio Militar, cayó el 13 de septiembre. Ese mismo día, al anochecer, convocado por Santa Anna, el Consejo de Guerra determinó imposible la defensa de la ciudad y decidió que el ejército saliera para evitar su destrucción. El 14, la ciudad despertó sin defensa militar; la afrenta que experimentó la población, cuando vio la altivez y desprecio con que era tratada por parte del ejército invasor, la enardeció. Esto propicia que la gente se reuniera y se agrupara con el deseo de lucha, aunque en gran desventaja a falta de armas.

12 Cf. *Ibid.*, pp. 323-327.

Infinitas versiones hemos oído sobre el lugar en que salió el primer tiro, y aunque entre todas ellas sea difícil descubrir cuál es la exacta, nos atenemos a la más repetida, según la cual, aquel tiro salió del callejón de López.

El coronel Carvajal, de la Guardia Nacional, en unión de otros jefes, había formado un plan para batir al enemigo a su entrada a la ciudad, estando en esta combinación la mayor parte de los vecinos de las calles desde la Alameda hasta el Salto del Agua. Un ciudadano, llamado Esquivel, disparó antes de tiempo el tiro de que hemos hablado y, creyendo que era la señal para el combate, se rompió el fuego por las calles del Hospital Real y San Juan.

El tiro se dirigió al general Worth, que estaba a caballo en la esquina del callejón de López; pero no le dio a él, sino al coronel Garland, hiriéndole una pierna. Los americanos penetraron al punto por las calles, tirando cañonazos, echando abajo puertas, saqueando casas, y cometiendo otros mil excesos. [...]

Entre tanto, el combate se había generalizado ya; en todas las calles que había ocupado el ejército enemigo, se peleaba con arrojo y entusiasmo. La parte del pueblo que combatía, lo hacía en su mayoría sin armas de guerra, a excepción de unos cuantos, que más dichosos que los demás, contaban con una carabina o fusil, sirviéndose el resto, para ofender al enemigo, de piedras y palos, de lo que resultó que hicieran en los mexicanos un estrago considerable las fuerzas americanas.¹³

El eje de la composición que Pizarro da a la novela son los cinco capítulos que constituyen la cuarta parte, de las siete que conforman *El monedero*; los cinco están íntimamente ligados a este pasaje de la historia nacional. Esta digresión permite al relato incorporar el marco histórico que tangencialmente había servido de trasfondo en las primeras tres partes;¹⁴ la intención se rela-

¹³ *Ibid.*, pp. 376-377.

¹⁴ “[...] la digresión [puede] tener un cariz documental como elemento de apoyo con valor referencial, como cuando remite a un tiempo histórico, a unas costumbres, etc., para dar verosimilitud a hechos y personajes de la narración”. Este recurso es una de las características de la narrativa del siglo XIX

ciona con el hecho de dejar constancia de uno de los pasajes más acerbos de un México sumamente fragmentado, y que quedara muy presente en la memoria de los mexicanos a quienes les tocó vivir las repercusiones y resultados de la guerra con los norteamericanos, quienes no se detuvieron hasta no ver colmadas sus desmedidas ambiciones respecto del territorio mexicano.

En los dos capítulos finales de la cuarta parte, Pizarro dejó constancia de la ocupación de los norteamericanos de la Ciudad de México, en tanto no se llevaban a cabo los acuerdos con el gobierno mexicano. Los días que siguieron después de mediados de septiembre fueron de cautela y francachela para los norteamericanos. Como quedó constatado en *Apuntes...*,¹⁵ la Ciudad de México se convirtió en taberna, burdel y diversión desmedida, en un ambiente de represalias constantes y venganzas despiadadas hacia los pobladores, de tal modo que “Los ricos, metidos en su casa o retirados a sus haciendas veían con indiferencia lo que pasaba”.¹⁶

El 22 de septiembre Manuel de la Peña y Peña se hizo cargo de la presidencia y, debido a las previsiones que había hecho Santa Anna a causa de la ocupación, el gobierno se trasladó a Querétaro el 12 de octubre. El 2 de enero de 1848 se iniciaron las negociaciones de paz cuya culminación se llevaron a cabo el 2 de febrero con la firma del Tratado de Guadalupe. El 29 de febrero se acordaron las condiciones de la suspensión de hostilidades. El 3 de junio se hace cargo de la presidencia el general José Joaquín Herrera, y el 12, una vez que salieron las tropas norteamericanas de la capital, se izó la bandera mexicana en Palacio.¹⁷

incluida en la corriente del “realismo crítico” (vid. MARCHESE-FORRADELAS 2006, p. 102).

15 Vid. ALCARAZ 2005, pp. 411-413.

16 Loc. cit., p. 413.

17 VÁZQUEZ 2005 a, pp. 28-29.

La historia ha hecho algunas evaluaciones respecto de esta guerra. Desde la perspectiva de los norteamericanos, son cuatro los puntos que explican las causas:

El primero se refiere a los intereses regionales norteamericanos: los del Sur, que buscaban ampliar el área de esclavitud; las ambiciones comerciales del Norte, o bien el deseo de los del Oeste por expandirse sobre México y aumentar su representación en el Congreso. El segundo hace énfasis en el Destino Manifiesto, cuyos fines eran ocupar toda América del Norte para imponer los valores democráticos. El tercero alude al papel polémico desempeñado por el entonces presidente James K. Polk, como el hombre que obligó a México a la guerra o como el que aumentó el territorio, el poder y el prestigio norteamericanos. Finalmente, el cuarto cuestiona la culpabilidad de alguno de los dos países: aquí las diversas interpretaciones apuntan a señalar que México quería la guerra, por lo que Estados Unidos fue la víctima, o bien que México no quería combatir, pero se vio obligado por la anexión de Texas y las ideas del Destino Manifiesto.¹⁸

Una de las cuestiones que se desprenden en el marco histórico en que se desarrolla la diégesis en *El monedero* es: ¿Por qué resulta importante en el epílogo que Benito Juárez, quien por derecho asume la presidencia de la República, tan sólo mire en el horizonte la comuna de la Nueva Filadelfia?

La novela se adapta al curso de los hechos históricos, deben pasar diez años para que después de la Invasión Norteamericana Benito Juárez llegara a la presidencia legal de la República. Éste fue el tiempo necesario para que después del ensayo de fundar la comuna que fuera asaltada y destruida por el comandante Montemar, se conformara una más y estuvieran ya en posibilidad de fundar una tercera.

Algunos años después de que en 1847 le negara a Santa Anna el paso por el estado de Oaxaca, Juárez, al concluir su período como gobernador:

18 SALINAS 2000, p. 16.

[...] fue nombrado director del Instituto y catedrático de Derecho Civil, pero no los pudo disfrutar, pues la persecución de Santa Anna lo alcanzó en mayo de 1854. Fue conducido a Jalapa, donde trató de ejercer como abogado. Fue apresado y luego desterrado a La Habana. Ahí permaneció hasta diciembre y después pasó a Nueva Orleans donde se habían asilado Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga y Mariano Mata. [...]

Para mayo de 1855, una parte de los exilados se trasladaron a Brownsville y fundaron la Junta Revolucionaria, la que financiaría el traslado de Juárez a Acapulco donde estaba Juan Álvarez, que encabezaba la lucha contra el dictador. [...]

La revolución estaba cerca del triunfo, ya que el general Ignacio Comonfort había logrado unir a varias facciones. Santa Anna, totalmente desprestigiado y agotado el dinero de los pagos de la venta de La Mesilla, decidió huir y el 9 de agosto abandonó la capital y el 16 se embarcó en Veracruz. Mientras los pronunciados avanzaban hacia el centro, los exiliados emprendían el regreso.¹⁹

Siendo gobernador de Guerrero Juan N. Álvarez, en julio de 1855 nombró como secretario a Juárez; al huir Santa Anna, el Consejo de Representantes nombró a Álvarez presidente interino, quien, a su vez, designó a Juárez su ministro de Justicia. El gabinete, incluyendo al mismo Álvarez, no logró acomodarse a las mediaciones entre las facciones políticas sumamente inestables, cuyo origen se debió a que Álvarez incorporó en su gabinete puros y moderados; Ocampo (puro) molesto por las confrontaciones con Comonfort (moderado), terminó por renunciar. “Don Benito, más pragmático y menos dogmático permaneció y logró que se

19 VÁZQUEZ 2005 b, pp. 60-61.

Cabe señalar que durante la estancia de Juárez en Nueva Orleans, aparte de que en las reuniones con los liberales en el destierro se consolidara una amistad y de que los temas recurrentes fueran los problemas de México (VÁZQUEZ 2005 b, p. 61), la influencia de Ocampo sobre Juárez fue determinante: “La prédica de Ocampo hizo que Juárez, por su parte, acentuara su sentimiento religioso de las leyes, su idolatría de las leyes, hasta casi desprenderla de la religión propiamente dicha, hasta casi operar, en su fuero interno, la separación de la Iglesia y el Estado” (KRAUZE 2002, p. 220).

promulgara la famosa Ley Juárez, que suprimía los fueros y facultaba al gobierno federal para nombrar a los miembros de la Suprema Corte de Justicia, «la chispa que produjo el incendio de la Reforma», según su expresión.²⁰

Finalmente, la edad y el cansancio de las intrigas políticas hicieron posible que Juan Álvarez se retirara y, por tanto, que Juárez renunciara el 9 de diciembre.²¹ Nuevamente Juárez fue nombrado gobernador de Oaxaca; sin embargo, este cargo duró escasos nueve meses, pues Ignacio Comonfort lo mandó llamar en septiembre para ocupar el Ministerio de Gobernación. Las elecciones favorecieron a Comonfort y con ello Juárez obtuvo la presidencia de la Suprema Corte de Justicia.

El 1 de diciembre de 1857, Comonfort dejó de ser presidente sustituto para convertirse en presidente constitucional. Cumplía casi dos años en el poder y la pugna entre liberales y conservadores parecía llegar al límite. En la prensa, en los cafés, en las conversaciones se respiraba un ambiente de guerra. En un momento de dudas e incertidumbre, y sin principios políticos firmes, el presidente se arrepintió de haber apoyado las medidas liberales implantadas en el último año, que en vez de conciliar habían agravado la situación. Sumido en una profunda confusión, sin claridad en sus pensamientos, al parecer escuchó las palabras de su madre –perenne influencia– quien le aconsejó no contravenir los preceptos de la Iglesia, y apoyado en los conservadores, el 17 de diciembre desconoció la Constitución que había jurado meses atrás.

Juárez, como ministro de Comonfort, al parecer, sabía todo lo que estaba pasando, pero no actuó ni dijo nada. Esto lo hizo cómplice y resulta difícil saber cuáles fueron sus motivos. De aquella entrevista con Comonfort del día 15 de diciembre, Juárez escribió, lacónicamente en su Diario, haberle dicho: “Toma el partido que te parezca, porque yo ya he tomado el mío.”²² Comonfort se daba un autgolpe de estado.

20 VÁZQUEZ 2005 a, p. 63.

21 Tamayo, *apud* VÁZQUEZ 2005 a, p. 63.

22 ROEDER 1967, p. 219.

El carácter dubitativo del presidente apareció de nuevo semanas después: arrepentido, quiso volver sobre sus pasos pero ya era tarde. Se encontraba solo. El partido conservador le había dado la espalda y los liberales repudiaban la manera en que había roto el orden constitucional. El partido conservador no podía permitir que el bando liberal tomara la delantera y el batallón de Zuloaga ocupó el Palacio Nacional.

El presidente del Congreso fue encarcelado y, al entrar al Palacio, Juárez fue detenido –accidente que salvó su reputación política, convirtiéndolo de un cómplice aparente del pronunciamiento en su más eminente víctima.²³ Juárez estuvo detenido durante tres semanas en Palacio bajo la vigilancia de Payno, quien tenía el encargo de prevenir un atentado a su vida. Después de la toma del Palacio, el 11 de enero de 1858 estalló el segundo cuartelazo de Zuloaga con la consigna de apoderarse de la presidencia. Sin salida alguna, Comonfort dejó el poder el 21 de enero de 1858 y marchó rumbo al destierro a los Estados Unidos. Su tibieza había significado el inicio formal de la Guerra de Reforma.

Puesto en libertad ese mismo día, Juárez abandona el Palacio para salir de la capital al día siguiente, acompañado de Manuel Ruiz. A Juárez, como presidente de la Corte Suprema y como ministro de Gobernación, le correspondía por derecho ocupar la presidencia de la República. Sin embargo, el 22 de enero Zuloaga asumió la primera magistratura apoyado por el partido conservador.

Por su parte, Juárez estableció el gobierno liberal en Guanajuato; de ahí partió a Guadalajara acompañado de Melchor Ocampo, Guillermo Prieto, Manuel León y Guzmán y Manuel Ruiz. A pesar de tener una coalición de diez estados concéntricos de la República y un ejército de siete mil soldados al mando del general Parrodi, dicho ejército sufrió la derrota.²⁴ Ésta se supo en

23 ALCARAZ 2005, p. 221.

24 A pesar de contar con el apoyo de Gutiérrez Zamora en Veracruz, Manuel Doblado en Guanajuato, Santos Degollado en Michoacán y Arteaga en Colima, el 11 de marzo se llevó a cabo la batalla decisiva en el campo de Salamanca; la igualdad del enemigo era numérica, sin embargo superior en ca-

Guadalajara y la guardia de Palacio se amotinó; ahí Guillermo Prieto, con su elocuencia, salvó de morir a Juárez al pronunciar aquellas palabras que muchos años después escribiera en sus memorias: “Los valientes no asesinan”. No obstante, a decir verdad, Juárez nunca mencionó nada acerca de la intervención de Prieto. La nota lacónica en su Diario dice: “El día 13 se sublevó la guardia del Palacio y fui hecho prisionero de orden de Antonio Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad.”²⁵ Es aquí cuando empieza el primer peregrinaje de “la familia enferma”,²⁶ como se le conocía al errante gabinete de Juárez. El primer destino fue Colima; como sede del gobierno civil, por ser un estado liberal, se escogió el puerto de Veracruz. En *La coqueta* nos dice Pizarro:

Aquellos beneméritos mexicanos habían tenido que abandonar la capital de Guadalajara, donde la energía del pueblo y de su digno gobernador el señor Camarena, los había sacado de entre las garras de los traidores, que capitaneados por el teniente coronel 5° de Infantería Antonio Landa, se habían rebelado apoderándose de sus personas. De allí habían pasado a Colima, corriendo un inminente riesgo de caer en poder del mismo Landa en Santa Ana Acatlán, de cuyo peligro los liberó el coronel Iniestra y un piquete de policía de México que tenía a sus órdenes, quienes pelearon en dicho punto contra quintuplicado número de enemigos. De Colima habían pasado a Manzanillo para tomar uno de los vapores del Pacífico atravesando después el Istmo de Panamá, tocando en Cuba y en Orleáns, haciendo un viaje de mil quinientas leguas para llegar a Veracruz, ignorando aún si les esperaba la prisión y la muerte a su llegada, o el aprecio y auxilio de sus compatriotas.²⁷

pacidad militar. Las fuerzas constitucionalistas del general Parrodi sufrieron una derrota desastrosa.

25 Juárez, *apud* ROEDER 1967, p. 235.

26 ROEDER 1967, p. 237.

27 PIZARRO 1861 b, p. 34.

El hecho de que en *El monedero* Juárez no pise la Nueva Filadelfia (pues sólo la otea desde lejos) simbólicamente representa la tarea que, según el proyecto socialista de Pizarro, se espera de su gestión como presidente de la República, acorde al ideal social que debía derivarse de los necesarios cambios de una praxis sociopolítica iniciada en la Constitución de 1857 y en la Reforma, y que decididamente deberían desembocar en una forma de organización social basada en una federación de comunas libres o falansterios, teorías cuyo origen se remonta hacia 1840 con Étienne Cabet y más tarde con Charles Fourier para quienes la vida social debía consistir en tener cosas en común y de propiedad común.²⁸

2. EL MONEDERO, ¿NOVELA HISTÓRICA?

Una de las tareas intelectuales a la que se ha dedicado el ser humano ha sido a la reflexión sobre el ser y el tiempo. El hombre, al adquirir conciencia de sí mismo, se descubre inserto en un tiempo y, además, en un espacio concretos. Estas circunstancias le permiten la creación de perspectivas espacio/temporales en donde ubica a otros seres humanos y sus acciones en el pasado y donde, también, se percibe a sí mismo y su propio devenir. La presencia de estas ordenadas determinan al ser humano como un ser histórico. “Y la literatura, siempre reflejo en mayor o menor medida de la realidad del momento, incluirá en sus creaciones todos esos hechos, tanto los decisivos para el discurrir de la humanidad toda, como los pequeños sucesos particulares, que no por cotidianos son menos determinantes para cada persona.”²⁹

La novela, como género, hace su aparición desde *don Quijote* con una gran característica:

Es una forma literaria crítica, que implica un elemento positivo: la afirmación del individuo y del valor individual [...]; pero también

28 COLE 1980, t. 1, p. 15.

29 MATA INDURÁIN 1998 a, p. 12.

es, y precisamente a partir de esa afirmación primera del valor del individuo, una crítica social extremadamente enérgica. Porque la novela muestra que la sociedad en que viven sus héroes, sociedad basada exclusivamente en los valores del individualismo y del desarrollo de la personalidad, no permite que el individuo se desarrolle y realice.³⁰

Este hecho está íntimamente ligado a la presencia de la novela histórica en la corriente que señala la problemática de la crítica y de la rebelión que va a dar origen a la literatura moderna. Debido a ello, los estudios sociocríticos son los más asistidos cuando se trata de los enfoques hacia la novela histórica.

Del mismo modo que la filosofía y otras disciplinas intelectuales, la historia se entrelaza con la literatura; y quizá no haya que hacer una reflexión muy profunda para determinar si, cuando se habla de novela histórica, se trata de historia o literatura, es decir, si se trata de un documento histórico o de una novela. Ambos discursos gozan de características propias, no obstante que desde la Antigüedad se le consideró a la historiografía como un género de la literatura, y como tal se mantuvo prácticamente hasta mediados del siglo XIX, siglo en que la historia y la literatura adquieran conciencia de su autonomía.³¹

Si se coloca en el centro del debate a la literatura, la respuesta a la pregunta ¿en qué reside la confluencia de filosofía y literatura?, podría darse una respuesta análoga a la pregunta por la relación que guardan historia y literatura: la confluencia reside en que se trata de identidades e identidad, el reconocimiento de una identidad colectiva que a la vez promueve la identidad individual.

En lo que se refiere a la literatura y su hermana consanguínea la historia, fue en el siglo XIX, con el advenimiento del Romanticismo y su fuerte carga de emancipación social y política, el momento en que se origina el cultivo del género novela y, especí-

30 GOLDMAN 1980, p. 48.

31 MATA INDURÁIN 1998 a, p. 11.

ficamente, el subgénero “novela histórica”,³² donde “la base de su existencia es el pensamiento político-social dominante tanto de signo liberal como conservador, siempre estrechamente relacionados con la situación económica y social de cada país”.³³ Si bien no hay una homogeneidad en las novelas, dada la complejidad del momento que se vive, lo que sí es cierto es que abundan los ejemplos de la “historiografía de lo inmediato”.

Acaso por ser el “siglo de la historia”, muchos de los escritores que tomaron la decisión de escribir sobre los hechos que acababan de ocurrir apenas, lograron imprimirles los elementos necesarios para que fueran piezas historiográficas o, al menos, parahistoriográficas. Lo que es indudable es el alto desarrollo de la conciencia histórica, es decir, la cualidad de algunos individuos para intuir la trascendencia de los hechos que atestiguaban.³⁴

Independientemente de las motivaciones interiores que llevan al escritor a crear una novela de carácter histórico, existe la convicción de que “las vivencias históricas, sobre todo en época de crisis y conmoción general, constituyen un poderoso estímulo tanto de reflexión histórica en general como de creación de obras

32 “Al hablar de géneros –y la novela histórica es un género o, mejor dicho, un subgénero– conviene aclarar primero el nivel de abstracción en el que nos movemos. Aunque luego pueden multiplicarse las subdivisiones, para nuestro propósito basta distinguir seis niveles. Yendo de lo más general a lo concreto, son los siguientes:

1. las comunicaciones verbales en general
2. las comunicaciones verbales literarias (todas las obras literarias)
3. las formas literarias fundamentales (la lírica, la dramática, la narrativa)
4. los géneros literarios (como la égloga, la tragedia, la novela)
5. los subgéneros (como la égloga bucólica, la tragedia griega, la novela picaresca)
6. las obras concretas (Primera égloga de Garcilaso, Antígona, Lazariello de Tormes)” (SPANG 1998, pp. 62-63).

33 GRUDZINSKA 1994, p. 9.

34 TREJO-MATUTE 1997, p. 115.

literarias.”³⁵ Hacia 1821, declarada la Independencia, el pueblo de México se hallaba ante una enorme tarea por realizar, ya que, después del largo período de la Colonia, y sin este control, se encontró con un gran vacío entre las manos:

Construir la Nación es elaborar leyes, forjar la economía sana, dictaminar sitios en la sociedad, producir literatura, estipular las reglas de la moral republicana, hacerse de la psicología social relevante. En esa medida, lo más común es el sentimiento utópico, sea de los políticos o de los escritores que, cada quien a su modo, imaginan o sueñan una Nación que es, al mismo tiempo, un espacio moral y cultural.³⁶

Junto con muchos esfuerzos más, la novela contribuyó en el despertar de una identidad colectiva que pugnaba por levantarse y por separarse de las convulsiones en que se debatía una masa informe, que no acertaba a dar paso alguno que le permitiera la seguridad. Mariano Otero, incluso, hacia 1848, exponía: “«En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación.» El periódico *El Siglo* preguntaba, en el mismo año, si México era «realmente una sociedad o una simple reunión de hombres sin los lazos, los derechos y los deberes que constituyen aquélla»”.³⁷ Los hechos que registra la historia en un puñado de años hacia esta época dejan en el espíritu un profundo sentimiento de fatiga después de tantos derramamientos de sangre, de luchas fratricidas, de levantamientos, revueltas, asonadas. Los levantamientos se daban en diferentes dimensiones y con una gran variedad de fines: los había aquellos que buscaban derrocar un gobierno, lo cual involucraba a todo el país, o aquellos en que los pronunciados buscaban obtener ventajas, ya sea un ascenso, ya sea con el fin de obtener algún beneficio económico o algún nom-

35 SPANG 1998, p. 62.

36 MONSIVÁIS 1997, p. 13.

37 Hale. Charles Hale cita a Mariano Otero y al periódico *El Siglo*, *apud*. SALINAS 2000, p. 14.

bramiento. La sensación que prevalecía era la de la anarquía debido a una nación en revolución permanente; los pronunciamientos y las asonadas latían por todas partes bajo la consigna de romper con el gobierno establecido y promover el cambio a través de una revolución. Las conspiraciones eran el medio más eficaz para lograr ascensos rápidos en la carrera de las armas, los militares se levantaban casi por cualquier motivo; no era de extrañarse que detrás de ellas, mediante conciliábulos, el clero respaldara la facción militar conservadora. Finalmente todos conspiraban contra todos, todos conspiraban contra una nación en ciernes.

Desde sus orígenes, la novela histórica no sólo explica sino que funda la identidad nacional. En México, así como en Hispanoamérica, novela histórica y Romanticismo son interdependientes, pero a la vez historia y literatura en este período adquieren autonomía. Sin embargo, en las relaciones historia/literatura hay un punto en común: en ellas existe, poco más, poco menos, el postulado de “una estrecha y cómplice interacción de la ficción con la historia y de la historia con la ficción.”³⁸ Dicha vinculación va todavía más allá: la presencia de la crisis de las ciencias sociales se dio ante la realidad inapelable de que los hechos son lenguaje; la historia y la literatura son ejercicios del lenguaje que a la vez son ejercicios del sentido donde el ser construye, deconstruye y reconstruye; el ser histórico siempre está “orientado hacia la comprensión del mundo que es a la vez aprehendido y constituido lingüísticamente en el mismo acto. La remisión de toda experiencia del mundo a su interpretación del mundo es cooriginaria con la posibilidad de su expresión lingüística y, por consiguiente, como toda lengua, es también histórica.”³⁹

Los estudios hermenéuticos han abarcado ambos hemisferios dado que entre la escritura que registra una realidad factual y la que registra la realidad ficcional, a pesar de que las finalidades sean distintas, hay un punto en común que las iguala: ambas narran.

38 ESCOBAR 2004, pp. 236-237.

39 Koselleck, *apud* ESCOBAR 2004, p. 237.

Si en los primeros estudios sobre la novela histórica existió la preocupación por distinguir las aportaciones de una y de otra, las preocupaciones actuales se centran en el estudio del proceso de narrar.

Dentro del transcurso de las separaciones y conciliaciones de la historia y la literatura, “[f]ue fundamentalmente por medio de la temática histórica como los novelistas románticos consiguieron, en primer lugar, elevar la categoría literaria del género novela [...] y, por otra parte, educar a un público lector hasta entonces muy escaso.”⁴⁰

Walter Scott inauguró el subgénero novela histórica, en sus novelas existen patrones que entendieron muy bien sus seguidores contemporáneos y que incluso siguen vigentes en la actualidad. La contribución de Scott reside fundamentalmente en la reflexión del presente a través de la recuperación del pasado. “Lo que había narrado en *Waverley*, en *Guy Mannering*, en *El anticuario*, aquel mundo de montañas neblinosas y costumbres primitivas, era en realidad, historia contemporánea [...] Scott buscaba la síntesis nacional, la exaltación patriótica de Escocia e Inglaterra.”⁴¹

Son diversos los factores que inciden para que la historia en cuanto tal y la literatura adquirieran su autonomía a partir del siglo XIX,⁴² en el sentido de que: “para que la novela histórica naciera como género autónomo hacía falta la conciencia de la autarquía de la historia y de la literatura que sólo surge con el Romanticismo y el Positivismo”;⁴³ sólo, a partir de entonces, se puede hablar propiamente de “novela histórica”. El canon se sujeta a la apertura establecida por Walter Scott en su *Epístola*;⁴⁴ incluso,

40 MATA INDURÁIN 1998 b, p. 114.

41 SOUTO 1973, p. x.

42 “Pensemos, en fin, que en la Antigüedad grecolatina la historiografía constituía un género literario, y como tal se ha mantenido prácticamente hasta el siglo XIX [...]” (MATA INDURÁIN 1998 a, p. 11).

43 SPANG 1998, p. 65.

44 SOUTO 1970, p. x.

de no haber existido dicho texto, desde sus primeras novelas este subgénero hubiera quedado definido.

De manera convencional puede decirse que la primera novela histórica fue *Waverly*, publicada (anónimamente) por Walter Scott en Edimburgo, el 7 de julio de 1814. Las razones de la paternidad de Scott son muy concretas. De acuerdo con el criterio de Lukács: “A la novela histórica anterior a Walter Scott le falta precisamente lo específico histórico: el derivar de la singularidad histórica de su época la excepcionalidad en la actuación de cada personaje”.⁴⁵

Ciñéndonos al canon, no es arbitrario que, derivado de estos antecedentes y para que una novela pudiera ser considerada histórica, Müller establece un parámetro más o menos razonable: “[...] entre el momento de la creación y la época histórica que se plasma en la novela [...] debe haber transcurrido por lo menos una generación, o sea, un mínimo de 30 años.”⁴⁶ Y es que en un principio y sin que Scott se lo hubiera propuesto, se había establecido una cifra que contenía el período necesario para que una novela pudiera ser considerada histórica, y que estaba contenida en el subtítulo de su primer novela: *Waverley, or, 'tis sixty years since*.

En México la traducción de *Waverly* de Walter Scott se publicó en 1833; sin embargo, los escritores mexicanos tomaron más bien como modelos las novelas históricas de Dumas, Sue y Hugo, así como las del sevillano Manuel Fernández y González. Entre las primeras novelas históricas escritas por mexicanos se hallan *Netzula* (1832), de José María Lafragua; *El misterioso* (1836), de Mariano Meléndez y Muñoz; *El inquisidor de México*, de José Joaquín Pesado, publicada en 1837, y *La hija del judío* (1848-1849), obra de Justo Sierra O’Riley [sic]. Posteriormente se publicaron *Historia de Welinna* (1862), de

45 ORTIZ MONASTERIO 1993, p. 179.

46 Müller, *apud* SPANG 1998, p. 64.

Crescencio Carrillo y Ancona; y dos novelas de Eligio Ancona: *La cruz y la espada* y *El filibustero* (1866).⁴⁷

Desde el punto de vista en que estas novelas citadas cumplen con el requisito de situarse en un pasado remoto, y, en conjunción con los espacios ya sea de 30 ó 60 años que debe transcurrir para que una novela sea considerada histórica, *El monedero*, por haber sido escrita en la inmediatez de los hechos, no es una novela histórica. Publicada hacia 1861, el trasfondo desde el cual se sitúa la narración es entre el 30 de agosto de 1846 y culmina el 22 de marzo de 1858.⁴⁸ Esto quiere decir que tan sólo han pasado tres años entre los sucesos que narra hacia el final de la novela y el momento en que se publica, con lo cual ni siquiera podría darse la remota idea de cubrir al menos 50% del tiempo de distancia entre los hechos, la escritura del relato y su publicación.

Mediante una óptica aplicada con cierto rigor, este requisito no pasa de ser más que una noción. “Definir la novela histórica en un sentido estricto supone decir de ella sencillamente

47 ORTIZ MONASTERIO, *op. cit.*, 180-181. Habría que agregar en esta lista, en primer lugar a la primeras novelas históricas: *Jicoténcatl* de autoría anónima y publicada en Filadelfia en 1826, a *Gil Gómez, el Insurgente, o la hija del médico* (1858) de Juan Díaz Covarrubias; por supuesto, *El monedero* (1861) de Nicolás Pizarro y *El cerro de las campanas* (1868) de Juan A. Mateos, sin contar otras novelas históricas posteriores a la publicación de estas dos últimas.

48 En la novela hay dos interrupciones en lo referente a la secuencia lineal del tiempo: la primera tiene como justificación el viaje de Fernando, el protagonista, a California para traer oro, lo cual permitirá continuar con la construcción de la primera colonia, la Nueva Filadelfia; la segunda interrupción tiene como finalidad la “reconstrucción” de la primera Nueva Filadelfia, la construcción de la segunda y los preparativos para la construcción de una tercera. En realidad, el curso total de la narración se desarrolla en muy pocos meses: un lapso de diez días (un paréntesis de un año –de septiembre a septiembre, 1846-1847–); un segundo lapso de diez meses y, siguiendo esta coincidencia progresiva de diez días, diez meses, hay un epílogo situado diez años después, en dos días: el 21 y 22 de marzo de 1858. Esto quiere decir que hay un total de once años, once días, incluyendo las interrupciones; sin embargo, descontando éstas, y por ello decimos que la narración se desarrolla en pocos meses, el relato efectivo consta de diez días, más diez meses, más dos días, lo cual suma diez meses doce días.

que desarrolla una acción novelesca en el pasado; sus personajes principales son imaginarios, en tanto que los personajes históricos y los hechos reales constituyen el elemento secundario del relato.”⁴⁹ Al parecer, las definiciones relativas a la novela histórica europea, dejando fuera las que se escriben en esta época contemporánea, ya que merecen un estudio aparte, dejan fuera no sólo a *El monedero* sino también a algunas otras de esa época, pues otra de las condiciones es que, tal y como Carlos Mata Induráin glosa a Amado Alonso: “para que una novela sea verdaderamente histórica debe reconstruir, o al menos intentar reconstruir, la época en que sitúa su acción.”⁵⁰ Pues, para Amado Alonso, novela histórica es “aquella que se propone reconstruir un modo de vida pretérito y ofrecerlo como pretérito, en su lejanía [...]”,⁵¹ concepto de novela histórica que el diccionario de la Real Academia Española ratifica.

Sin embargo, dentro de los estudios al respecto, ha habido apreciaciones más cuidadosas y consecuentes en las que se incluyen novelas que a partir de las definiciones anteriores quedarían fuera. No obstante que el subgénero se halle registrado como histórico, y que por tal razón se le considere como un subgénero híbrido en tanto que hay una mezcla de relato factual y relato ficcional, antes que nada es literatura, es decir, lo sustantivo es literatura puesto que nos encontramos ante una novela, y donde lo histórico es lo adjetivo. El eje de estos postulados se centra en la determinación que establece el género: “Porque si es un subgénero de la novela, la novela histórica tiene que ser y no puede ser otra cosa que novela. No «ante todo» o «sobre todo» novela, sino novela de arriba abajo. Después de ser novela, sólo después, puede mojararse, teñirse o colorearse de *histórica*. Pero este adjetivo no puede sustantivarse, so pena de dejar de ser literatura.”⁵² Así pues, se trata de un subgénero por emplear en su construcción elementos y personajes históricos;

49 Buendía, *apud* MATA INDURÁIN 1998, p. 13.

50 MATA INDURÁIN 1998, p. 13.

51 AMADO ALONSO 1984, p. 80.

52 Carrasquer, *apud* MATA INDURÁIN 1998 a, p. 13.

no obstante, y antes que nada, es novela por participar de todas las características del género como lo es estructuración, técnicas narrativas, enfoques, etcétera: lo que hace histórica a una novela es la cuestión del contenido, tema o argumento. Por su parte, Lukács da una variante al respecto: “Es una composición híbrida que nace en parte de la insatisfacción por la novela y, en otra, de la inconformidad con la escritura de la historia de su tiempo.”⁵³

Visto así, *El monedero* de Nicolás Pizarro, no obstante se haya escrito casi contemporáneamente a los hechos históricos que le sirven de trasfondo, con el tiempo que ha transcurrido desde aquel entonces hasta esta época, por el momento en que se recibe, es una novela histórica. Más aún, si para que una novela sea calificada de histórica se requiere que ese pasado sea histórico, no obstante en el momento de su escritura haya sido presente, el único requisito es que el contexto sea histórico, y no un simple pasado.⁵⁴ Esta novela de Pizarro goza de un atributo más en el sentido de que lo que para el lector actual es una realidad histórica, en el momento de la escritura de *El monedero*, era presente; situándonos desde el momento en que se narra no era una escritura *a posteriori* como sucede en la novela histórica por antonomasia. Puntualizo la necesidad de situarnos en la simultaneidad de los hechos y la ficción en concomitancia con la escritura porque es ahí donde está la gran virtud de acortar, en gran medida, la distancia entre la mezcla de los hechos verdaderos y ficticios. Por si esto fuera poco en abono a los atributos de la novela, no sólo hay fidelidad a la realidad factual (que el paso del tiempo se encargó de verificar), sino que la ficción la trasciende, a través de la propuesta central del relato, y se proyecta en la concretización de un futuro donde se hacen efectivas las condiciones de una vida razonable y feliz. Después de todo, característica común a las novelas históricas es la concepción teleológica de la historia donde la condición *sine qua non*, que subyace, es un proyecto de sociedad donde “se concibe el tiempo como un todo defini-

53 Lukács *apud* GRUDZINSKA 1994, p. 19.

54 Carrasquer *apud* MATA INDURÁIN 1998 a, nota 6, p. 14.

tivo e inmutable, como un bloque que evoluciona como tal hacia una meta, llámese [...] sociedad sin clases.”⁵⁵ De este modo, *El monedero* es un punto de partida con todas las implicaciones que tienen los hechos históricos para adelantarse al futuro o para proponer un futuro.

Partiendo de la hipótesis de que, quizá para el momento en que se escribe *El monedero*, la conciencia de que se estaba escribiendo una novela histórica fuera un hecho remoto, y de que quizá más bien se trataba de un sistema escritural latente y por tanto el de mayor predominio, lo que para el lector actual resulta innegable es que la identidad conferida a ese sistema de escritura se debe a una toma de conciencia del tiempo, pero bajo circunstancias que inciden en las intenciones del narrador al escribir su novela y que se sintetizan como “una respuesta a una situación vital”;⁵⁶ ésta es una de las características fundamentales de la novela histórica. Por ello es común a las novelas históricas el partidismo del autor a tal grado que se puede afirmar que no “deja lugar a los lectores para formarse una opinión personal”.⁵⁷ En esta novela, desde los primeros párrafos, el narrador mantiene una postura clara desde qué partido ideológico se está escribiendo.

Por otra parte, intrínsecamente, la novela histórica responde a varios aspectos que la definen como tal. Y es este un rasgo definitorio que debe señalarse en la medida en que “la novela histórica pertenece [...] al género de la novela y, por tanto, encontramos en ella todos los recursos narrativos que se suelen emplear en todos los demás tipos de novela”;⁵⁸ de este modo, se pueden señalar para la novela histórica características que le son comunes a todo relato literario.⁵⁹ Para terminar, en última instancia, lo que hace histórica a una novela es una cuestión de contenido, tema o argumento.

55 SPANG 1998, p. 57.

56 GRUDZINSKA 1994, p. 18.

57 SPANG 1998, p. 77.

58 *Ibid.*, p. 73.

59 Tales como: 1) la presentación de la totalidad de la novela, 2) el narrador, 3) las figuras, 4) el espacio, 5) el tiempo y 6) el lenguaje. *Loc. cit.*

Las características relativas a esta condición han sido objeto de estudio de los críticos de la novela histórica, *e. g.* (sin que los postulados siguientes se den por completo en un solo ejemplo) para Grazyna Grudzinska:

Primero: el mundo presentado en la novela histórica está situado en el paso del plano temporal de los protagonistas al plano temporal del narrador, y los lectores están substancialmente alejados en el tiempo. Cuando se tratan sucesos relativamente recientes, aquella distancia puede ser a veces objetiva, gracias al dinámico carácter de los cambios como históricos.

Segundo: El deseo de “reconstruir el pasado” está ligado por un lado a la tendencia de mostrar la dimensión épica de la génesis de la sociedad, de grandes familias, etc. Y, por el otro la necesidad de un mínimo conocimiento del lector sobre la historia.

Tercero: Los acontecimientos pasados deben ser tamizados por la perspectiva de la comprensión moderna (el llamado principio del “anacronismo necesario” de Hegel).

Cuarto: La importancia del tiempo como clave de la narración.

Quinto: La intriga creada en el contacto entre la realidad inventada (ficción) y la realidad concreta (historia) produce una especie de “diálogo formal” entre lo narrativo emanado de la historia como ciencia y lo novelístico como forma literaria.

Sexto: Es necesario acudir a las fuentes (documentos); así como la arcaización o la estilización del lenguaje, la introducción de personajes y hechos generalmente considerados como históricos, el uso de referencias y otras formas propias del discurso historiográfico. Dichos recursos están sujetos a un fin mayor: reforzar el efecto de la “verosimilitud” y de la “historicidad” de la novela.

Séptimo: Es bien claro el hecho de insistir en la credibilidad sociológica de los personajes así como también en su “tipicidad” (el concepto clave de Lukács). El resultado es la fusión de lo individual con lo colectivo: los “grandes” acontecimientos históricos (guerras, revoluciones, grandes movimientos sociales, etc.).⁶⁰

60 GRUDZINSKA 1994, pp. 16-17.

Por su parte, Carlos Mata Induráin señala particularmente las estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica desde cuatro grupos, según correspondan al narrador, a la caracterización de los personajes, a la intriga o al tratamiento del tiempo y el espacio.⁶¹

En *El monedero* hay una distribución bien equilibrada de los elementos ficcionales y los históricos, a pesar de que generalmente se justifique el falseamiento de los datos históricos debido a una cierta adecuación literaria. Pizarro tiene la certeza de la hibridación de su relato, la cual se refleja en las notas al pie de la página (“Este suceso es histórico [...] Este suceso, en lo sustancial, es histórico [...]”, etcétera). Y con ello mismo se confirma que lo sustantivo es lo literario y lo adjetivo lo histórico.

Como ya vimos, desde el momento en que Altamirano leyó *El monedero* dejó establecido el lugar que de acuerdo al canon de la época determinaba el estudio de la misma: se trata de los criterios fundamentados en la novela de tesis.⁶² Los temas que en ella se abordan son diversos; no obstante destaca el histórico, el cual fluye paralelo, aunque no con el amplitud de tratamiento como lo hace con el tema donde plantea un proyecto social en el marco de una de las vertientes del Romanticismo e influida por las teorías del primer socialismo, como veremos más adelante.

En conclusión, el aspecto histórico es un factor mediante el cual *El monedero* podría ser considerada como una novela histórica; sin embargo, el papel que juega la historia consiste en ser el cañamazo que sostiene la trama sustancial de ella. El telón de fondo es histórico; así, desde el momento en que Altamirano estudia esta novela, con toda razón ha quedado considerada como una novela social romántica cuyo trasfondo es histórico.

La historia juega un papel determinante en la intriga de la novela y, a pesar de que no es el objetivo de estas notas preliminares, debo señalar que un motivo para una futura investigación es el análisis de la función estructural que la historia desempeña

61 Vid. MATA 1998, pp. 113-151.

62 Vid. *infra.*, nota 23.

respecto de toda la trama novelesca,⁶³ es decir, ver cómo se incorpora la historia a los mundos de ficción creados por el novelista. Derivada de la perspectiva de la novela histórica, también puede considerarse a futuro la posibilidad de estudiar el discurso histórico y la narratividad en *El monedero*, desde las teorías apuntadas arriba (Mata, Spang, Grudzinska) y los postulados de Paul Ricœur respecto del relato de ficción y el relato histórico.

3. EL ROMANTICISMO SOCIAL

A pesar de que el concepto de Modernidad tiene varias relaciones y que una de ellas es la oposición de lo actual frente a lo antiguo,⁶⁴ con la finalidad de cumplir con el objetivo de dilucidar cómo es que la dicotomía subjetividad/razón que desde un principio tuvo un curso que no fue paralelo, en el siglo XIX desembocó una y otra en el Romanticismo, aun cuando cada una lo hizo autónomamente, con la misma intensidad. El Romanticismo fue un movimiento que echó raíces profundas y sus repercusiones fueron disímbolas como disímbolas fueron las manifestaciones que lo conformaron, de tal modo que mueven a pensar, antes que nada, en un eclecticismo surgido de la complejidad de líneas estéticas, filosóficas, históricas, sociales, políticas y económicas

Es común, cuando sincrónicamente se aísla una etapa o movimiento, destacar los postulados que siempre son antagónicos respecto de una etapa próxima pasada; así, es usual que Romanticismo se oponga al Clasicismo. Sin embargo, ha habido algo

63 La “trama” (discurso o narración) es el objeto específico de la actividad narrativa. Se entiende como el arte de contar y de seguir una historia de principio a fin, lo cual se lleva a cabo mediante una articulación cronológica y la articulación configurativa. Vid RICŒUR 1999, pp. 157-159.

64 “La palabra «moderno» en su forma latina «modernus» se utilizó por primera vez en el siglo V a fin de distinguir el presente, que se había vuelto oficialmente cristiano, del pasado romano y pagano. El término «moderno», con un contenido diverso, expresa una y otra vez la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la Antigüedad al considerarse a sí misma con el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo” (HABERMAS 1988, p. 19-20).

que trasciende a la historia de los ismos o de las épocas, que en la historia de la cultura, o del pensamiento, ha permanecido y ha quedado formulada desde la cuna de la corriente occidental: la dicotomía ha sido siempre la oposición entre razón y subjetividad, con el predominio constante de la razón. Y es en el auge del Renacimiento en que esta bifurcación se hace más evidente y donde la subjetividad trata de ganar terreno, utilizando muchas veces a la razón para fundamentarse. “[E]l acento en la relación entre el *yo* humano y el mundo exterior se aleja cada vez más de la validez de lo objetivo para acercarse a lo subjetivo. Esto afecta tanto a la teoría del conocimiento y a la ética como a la doctrina social y a la teología.”⁶⁵ El curso de esta trayectoria queda determinado por René Descartes, Immanuel Kant, Johann G. Fichte, Jean Jaques Rousseau, entre otros; en gran medida, lo que los une es su defensa de forma radical “de la idea de participación del sujeto en el acto del conocimiento”.⁶⁶

Siguiendo el curso de esta exposición, fuera, o a través de las épocas o divisiones con que trabaja el historiador o el sociólogo, hay una esencia general por sobre el espíritu de cada época a partir del Renacimiento. Se trata de una tendencia creciente hacia la subjetividad, cuya presencia deja una impronta muy significativa en la historia de las ideas, y que por otra parte ha estado íntimamente ligada a la configuración del humanismo.

El proyecto de Modernidad tiene por objeto la consecución de la felicidad humana. Esta condición está fundada en el hecho de que la Naturaleza ha creado al hombre para ser feliz; pero esta condición no podría alcanzarse sin las condiciones apropiadas, las cuales dependen del goce de la propiedad privada, la libertad y la igualdad. La lección proporcionada por la Ilustración no hubiera tenido existencia si el ser humano no hubiese volcado su atención sobre sí mismo. La trayectoria del concepto de subjetividad ha recibido aportaciones derivadas de perspectivas muy diferentes, las cuales han desembocado en uno de los ico-

65 PÜTZ 2000, p. 6.

66 *Loc. cit.*

nos más representativos del Renacimiento: Leonardo dibuja al hombre que, con sus extremidades extendidas, toca todas las dimensiones representadas por el círculo, el cual, a su vez, lo enmarca como el centro de sí mismo; es decir, el microcosmo centro del macrocosmo.

El referente axial de la ideología humanista es el descubrimiento del valor moral de los antiguos. Es por ello que a partir de ese descubrimiento se produce lo que se ha dado en llamar la disgregación del mundo gótico y el nacimiento de la cultura moderna. Por eso los humanistas son vistos como los verdaderos padres del racionalismo moderno, pero también como los portadores de una nueva experiencia civil y moral para superar el modo de vida y pensamiento anterior. De este modo, la conjunción humanista se entiende como el referente a través del cual se explica la idea de libertad y la dignidad humana como realizaciones de una verdadera “revolución copernicana que hace estallar al cristianismo, colocando al hombre, ética e intelectualmente, en el centro del mundo y haciendo de él sujeto único del universo”.⁶⁷

Si bien es cierto que el concepto de subjetividad surge en oposición a lo objetivo, nada tiene que ver con la remota idea de negar a este último. En continuidad a la exposición de la conformación de la subjetividad y la razón, hemos visto cómo la articulación de la subjetividad inicia su configuración en el Renacimiento y desemboca en el Romanticismo en contribución al concepto del sujeto que piensa, que siente, etcétera,⁶⁸ sin que por

⁶⁷ *Ibid*, p. 97.

⁶⁸ A pesar de que consensualmente “subjetividad” se presenta como algo contrario a “objetivo” o “imparcial”, mucho se le ha devuelto a la subjetividad en el terreno de la historia en la medida en que el yo es el que percibe, el que evalúa y el que inevitablemente podrá ser subjetivo, no el de la errónea acepción de limitado hasta el extremo de considerarse caprichoso, sino a partir de la teoría de la enunciación, donde puede darse por hecho que existe competencia para recibir un enunciado más allá, se entiende, de aquellos que se sitúan en la esfera, por ejemplo, de las órdenes militares.

ello se esté negando la existencia de aquello que lo rodea, de lo que forma parte de algo exterior a él y que requiere de la razón, del entendimiento para ser aprovechado en consecución del objetivo de la modernidad.

El clímax, al que arriba el proceso de la subjetividad, es llevado al terreno filosófico del idealismo por Fichte; el valor trascendental de su propuesta se centra filosóficamente, y en particular, en lo que respecta al yo, en la idea de que en el juicio «Yo soy» en el cual, dice Fichte, «del yo no se afirma nada, pero el lugar del predicado se deja vacío para la posible determinación del yo hacia el infinito».⁶⁹

El razonamiento de Fichte representa intrínsecamente la respuesta al antagonismo subjetividad-razón, pues la tesis del yo fichteano plantea como base fundamental la cuestión de la subjetividad.

La más notable consecuencia de este giro radica en el hecho de que su tarea poético-filosófica ya no pretende dar respuestas a las aporías epistémicas del criticismo ni a su inevitable escisión entre lo teórico y lo práctico, sino que el inicio de su trabajo es identificado inmediatamente con la así llamada *cuestión de la subjetividad*. En este contexto, el carácter *tético* del yo fichteano, tal como éste es escrito por Friedrich Schlegel (*Der Geist der Fichteschen Methode ist THETISCH*) y Novalis (*Was ist Ich? / Absolutes thetisches Vermögen*), significa, sin duda, una adhesión clara a la “revolución” *subjetiva* que sostiene sin remordimientos “racionalistas” la supremacía del *ego* en la constitución de la realidad (*Wirklichkeit*) como autocomposición (*Selbstsetzung*). Sin embargo, esa misma exaltación del yo que se pone a sí mismo, y con ello de la anhelada recuperación del acto *poiético*, percibe tempranamente el significado de una pérdida insufrible: la alienación absoluta de todo aquello que permanece fuera del mismo yo, es decir, de aquel ámbito que en la tradición cartesiana había quedado supeditado a la mera *res extensa*, que Fichte calificara de *No-Yo* y que el joven Hegel rele-

69 *Apud* ABAGNANO 1982, p. 1134.

gará al lugar de la mera *objetividad* de la *substancia* absoluta en contraposición al *sujeto*.⁷⁰

El paso que anula la distancia entre el *yo* y el *no yo* sucede con la definición de la historia en cuanto tal e íntimamente ligada a la cuestión social. Ese acto *poiético* abandona el individualismo y se proyecta hacia el exterior, hacia la sociedad, y más allá, es decir, hacia el universo. “En los historiadores y en los escritores sociales vamos a encontrar los caracteres del movimiento intelectual romántico: la imaginación, el lirismo, el espíritu filosófico, la creencia en el progreso, el amor a la humanidad, la fe en el pueblo y la piedad universal.”⁷¹ A pesar de que el proceso de emancipación de la historia respecto de la literatura fue lento, destaca en esta evolución el despertar de la curiosidad por el rescate del pasado, por la investigación histórica. Napoleón proyecta la creación de la escuela de Chartres, y ahí tienen lugar los primeros avances de la historia como una disciplina autónoma se reflejan en la medida en que se da la conciencia en un expositor como Thiers, para quien “toda exageración, todo efecto artístico obtenido en detrimento de la verdad debe ser desterrado de la historia”.⁷² Sin embargo, hubo una gran tendencia de escritores románticos que recibió la fuerte inquietud que desea explicarse el pasado y que vuelca su interés en él, pero desde el punto de vista literario. François-René de Chateaubriand con *El genio del Cristianismo* (1802) es uno de los escritores que mayor influencia ejercen en esta corriente y, más aún, Walter Scott, a quien un buen grupo de escritores confiesan deberle mucho.

Víctor Hugo es quizás el máximo representante de la novela histórica francesa; *Nuestra Señora de París*, iniciada a finales de julio de 1830 y publicada el 15 de marzo de 1831,⁷³ y *Los miserables*,

70 PORTALES-ONETTO 2005, pp. 340-341.

71 PICARD 1987, p. 208.

72 *Ibid.*, p. 210.

73 GUILLEMIN 1958, p. 188.

“ambiciosa novela en la que trabajaba desde 1845”⁷⁴ y publicada en 1862, son los dos grandes monumentos sobre los que se erige la gran novela romántica histórica y social francesa. A pesar de que las bases respecto de la historiografía estaban muy claras y bien sentadas,⁷⁵ ¿a qué podía responder esa hibridación del relato histórico/literario? No obstante esas premisas que definían en el siglo XIX al discurso historiográfico como una actividad que requería verdad, sobriedad y transparencia, es decir objetividad, no se dejó vencer el predominio de la subjetividad: “Vigny (*Reflexions sur la verité dans l’art*) considera que la historia no es más que el auxiliar de la literatura y que la novela le es superior, porque realza las ideas, refuerza los caracteres y domina o armoniza los hechos contradictorios o confusos.”⁷⁶

Si el Romanticismo se oponía al rígido criterio unificador del Neoclasicismo y si en un principio parecía ser una corriente disgregadora, eso fue lo que le dio riqueza y multiplicidad que desembocó en un criterio trascendental: el de la vida. El lema de la Revolución Francesa halla su plena expresión en el terreno de la literatura; surgidos de un idealismo, del espíritu de independencia y de una actitud originada en el rescate de los sentimientos caballerescos, aunque aislados, los valores del Romanticismo se multiplican y se definen en el terreno de la independencia ideológica en todos los órdenes de la vida. “En los historiadores y en los escritores sociales vamos a encontrar los caracteres del movi-

74 BRUNEL 1988, p. 269.

75 A pesar de que la historia es un fenómeno que surge paralelo al arraigo de la cultura, es con pensadores como Burckhardt que adquiere su propia razón de ser: “La historia comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el transcurso del tiempo, no en función de procesos naturales –ciclo de las estaciones, lapso de la vida humana–, sino en función de una serie de acontecimientos específicos en que los hombres se hallan comprometidos conscientemente y en los que conscientemente pueden influir. La historia, dice Burckhardt, es «la ruptura con la Naturaleza causada por el despertar de la conciencia». La historia es la larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él” (*Apud CARR* 1976, p.182).

76 CARR 1976, p. 212.

miento intelectual romántico: la imaginación, el lirismo, el espíritu filosófico, la creencia en el progreso, el amor a la humanidad, la fe en el pueblo y la piedad universal.”⁷⁷ Definirlo es una tarea casi imposible o más bien ardua por la exhaustividad con que debiera hacerse, ya que se deben atender todas sus manifestaciones, autores, obras, países, momentos, etcétera; sin embargo, en atención a necesidades académicas, el Romanticismo es reivindicación del sentimiento, del impulso, del instinto, de la voluntad del individuo contra la razón, la ley y la regla; pero también ha sido la exaltación de la razón, de la ley y la disciplina; ha sido historicismo y antihistoricismo, individualismo y socialismo, culto al pasado y futurismo, etcétera. Y a pesar de su carácter antitético presenta un fondo unitario y precisamente una concepción de la vida experimentada y vivida como potencia y energía.

Las dos formas sustanciales del movimiento romántico son las expresiones literarias y sociales, de ahí que no es difícil imaginar que las manifestaciones por antonomasia románticas se fusionen en el concepto de “romanticismo social” representado por el género que cobrara gran auge durante la primera mitad del siglo XIX, la novela.

Respecto de haber sido una expresión social, los adversarios del Romanticismo señalaban, como principales argumentos en contra, el ser antinacional, ser el padre de las revoluciones y ser inmoral.⁷⁸ Desde el punto de vista literario, los estudios que se han hecho al respecto apuntan en su mayoría hacia dos grandes vertientes: la primera explica que son tantas las manifestaciones como obras y representantes hubo, por tanto, el movimiento no es un bloque homogéneo de principios teóricos que se pudieran abarcar en una descripción concisa; así que, el Romanticismo es una infinidad de manifestaciones que ofrecen una tarea imposible de abarcar.⁷⁹

77 PICARD 1987, p. 208.

78 *Vid.* PICARD 1987, 22-28 *pass.*

79 *Vid.* BERLIN 1999, 19-24 *pass.*

En segundo lugar, y con fines didácticos, existen algunas definiciones dentro de las cuales hay algunas imprecisas como la de Stendhal para quien romántico era sinónimo de contemporáneo.⁸⁰ Quizás una de las definiciones más justas sea la de Victor Hugo:

El Romanticismo, tan a menudo mal definido, no es en el fondo, y ésta es su verdadera definición, más que el *liberalismo* en la literatura... La libertad en el arte, la libertad en la sociedad; ése es el doble fin a que deben tender por igual todos los espíritus consecuentes y lógicos. Ya hemos salido de la vieja fórmula social; ¿por qué no hemos de salir de la vieja fórmula poética?⁸¹

La primera fórmula a la que se refiere Víctor Hugo, después de 25 años de revolución y de guerra, hacia 1815, es a la tarea de reconstrucción social de Francia; la segunda trata de un mismo hecho que conlleva la fórmula social y que se relaciona con la literatura.

Roger Picard declara categóricamente:

Yo me inclino a fijar los comienzos del período romántico entre 1815 y 1820, época en que aparecieron las *Meditaciones*, las primera *Odas* y las obras de André Chénier, y a terminarlo entre 1848 y 1852, época en que empieza a formarse una nueva sociedad, en que triunfa el realismo en la literatura, en que los estudios sociales tratan de convertirse en ciencias y en que el lirismo romántico ha dejado de renovar sus temas y sus expresiones.⁸²

Del Romanticismo en general se puede señalar que frente al imperio de la razón proclamado por John Locke, Voltaire, Jean Jacques Rousseau, Nicolás Boileau, se impone el imperio de la imaginación como una de las consanguinidades de la subjetividad: el sen-

80 *Vid.* PICARD 1987, *loc. cit.*

81 Victor Hugo *apud* PICARD 1987, p. 14.

82 PICARD 1987, p. 15.

timiento sustituye a la lógica y así el corazón humano con su infinita variedad de emociones pasa a primer plano. El yo se vuelca en la poesía y la hace más intimista; más que personal, la poesía es individual. El individuo se ubica en el centro, y es el yo el que adquiere el centro de atención del artista, sin embargo, la manifestación de éste adquiere el papel de intérprete de la colectividad.

El romántico se forma un ideal de vida que pugna con lo cotidiano y que no cabe en el estrecho marco de lo real, lo cual deriva o desemboca en cuestionamiento de la realidad social. La historia nacional se incorpora a la literatura, y la novela romántica, cuya intención es eminentemente social, se muestra como una doctrina filosófica y patriótica.

La novela ideológica (una de las dos divisiones en que se divide la novela social)⁸³ es la que con mayor profusión se cultiva; los conceptos sociales que este grupo abarca se concentran en el humanitarismo.⁸⁴ La novela es, pues, el género de mayor importancia durante el Romanticismo y se convierte en escuela de historia, de sociología y de moral. “La novela es la forma literaria representativa por excelencia, del mundo burgués y del hombre como individuo, como entidad autónoma, como realidad singular ante el mundo y la sociedad.”⁸⁵

83 “[...] Se pueden distinguir dos clases de novela social [...]: una es la novela descriptiva, en la que el novelista no sólo se interesa por la psicología de sus personajes, sino que además los coloca en sus medios sociales, de los que describe los aspectos exteriores, las costumbres y los sentimientos colectivos; la otra clase es ideológica y en ella la novela trata de que los personajes y los medios que describe expresen conceptos morales sobre la sociedad, ya ofreciendo la crítica de sus instituciones, ya abogando por las doctrinas reformadoras. En este caso, el autor pretende ejercer una influencia sobre el espíritu del lector y hacer algo por la reconstrucción de la sociedad” (*Idem.*, p. 159).

84 Sólo para ejemplificar la variedad tan copiosa respecto de este subgénero, puede hacerse otra división en donde se concentran las obras apostólicas, las políticas y las sociales, y, a su vez, otras subdivisiones donde se ubican las novelas democráticas, las humanitarias y las feministas. Durante el romanticismo son pocas las cuestiones sociales que dejaron de explorarse (*vid. PICARD, op. cit.* p. 164).

85 AGUIAR E SILVA 1975, pp. 241-242.

La lucha del subjetivismo por mantenerse vivo ante el imperio de la razón, engendradora de monstruos, según el proyecto de aguafuertes de Francisco de Goya, es el fiel y vivo reflejo del fondo de la condición humana. La máxima de Thomas Hobbes: “*Homo homini lupus*” ha sido la contienda permanente del fuerte sobre el débil, pero ¿qué es lo que hay detrás de esta práctica? Ahí está la conciencia humana cuya respuesta, entre tantas, está contenida en la necesidad de la creación de ideas reformadoras y de utopías. Si, como se dijo arriba, en algunas de las marcas que coinciden con el fin de la Edad Media, está el descubrimiento del Nuevo Mundo, éste no podía permanecer inalterable a las revoluciones emanadas de Europa.

En México, particularmente, hacia la consumación de la Independencia en 1821, a pesar de que para algunos autores este movimiento no se haya dado con la uniformidad de la sociedad completa, el movimiento originado por esa consumación representa el inicio de lo que posteriormente se definiría como un proyecto de nación. Pero independientemente de que se haya dado en el terreno del acomodo y de los cuestionamientos que se hacía el pueblo de México desde el punto de vista social e histórico, un esquema de pensamiento subyacía acorde a las corrientes que protagonizaban en Europa.

El gran período de los siglos xv y xvi, durante el cual se deshizo finalmente en ruinas el mundo medieval y se sentaron los cimientos del mundo moderno, se caracterizó por el descubrimiento de nuevos continentes y por el traslado del centro de gravedad del mundo de las riberas mediterráneas a las del Atlántico. Aún el menor seísmo de la Revolución Francesa tuvo su secuela geográfica en la entrada del nuevo mundo a restaurar el equilibrio en el viejo.⁸⁶

Después de la consumación de la Independencia de México, y por las constantes pugnas internas y externas del país durante la primera mitad del siglo xix, hay en Pizarro, como en ningún

86 CARR 1976, p. 200.

otro de su época, ante las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857, una tarea de construcción de una sociedad organizada, justa, equitativa, preocupación y empresa que se trasluce consecuentemente en el total de su obra. El lema de la Revolución Francesa repercute en todos los países de América; así, la igualdad vindica al indio, a los marginados o no, criollos o españoles.

De filiación eminentemente romántico social, *El monedero* reúne los requisitos que le permiten pertenecer a este subgénero. Hay en ella los ecos centrales de la novela social romántica francesa.

En las novelas es donde los románticos incorporan más fácilmente sus temas sociales favoritos, porque en ellas tienen más cabida. Bastará con recordar algunos, por ejemplo, la apoteosis del pueblo, del proletariado, representado siempre como virtuoso y bueno, en contraste con la egoísta burguesía, en la que parece ser que abunda el desalmado. La mujer del pueblo, aparece también constantemente honesta y orgullosa (F. Maconnais: *Les grisettes vengüées*, 1838; Clémence Robert: *René l'oubrier*, 1841; Virginie Ancelot: *Gabrielle*, 1839), mientras las grandes damas sucumbían a todas las tentaciones. Otros novelistas sin llegar tanto a esas novelescas imágenes de Epinal, se complacían en disipar los prejuicios de clase y en preconizar la fusión de los grupos sociales. Así es como vemos, en los folletines de Eugenio Sue, a los grandes señores “ir al pueblo” y en los de George Sand, bellos obreros puros y elocuentes que se casan con mujeres de la aristocracia de corazón ardiente y espíritu emancipado. En *Riches et pauvres*, Émile Souvestre pinta las desigualdades sociales y ensalza a la gente del pueblo, mientras Flora Tristan [...] desarrolla toda su fe en el pueblo en su *Méphis ou le prolétaire*, “novela filosófica y social”.⁸⁷

En una suerte de reacomodo, subjetividad y razón son piezas en constante movimiento. En muchas ocasiones se suele encontrar un enfrentamiento común: subjetividad, individualismo *versus*

87 PICARD 1987, p. 165.

razón, Naturaleza, objetividad. Identificar Romanticismo con irracionalismo ha sido una de las aberraciones más usuales. La atribución se da bajo el pretexto del desenfreno de las emociones, pero no hay que dejar de lado que ante este fenómeno está unido un esfuerzo implacable del entendimiento. En un principio hemos señalado que la subjetividad se ha valido de la razón para sustentarse; y en este sentido, el ideal humanista romántico es la eliminación de “las barreras entre sentimiento y pensamiento, de modo que hasta la sensación más sosegada tiene que responder ante el tribunal de la autorreflexión”.⁸⁸ Subjetividad y razón son los elementos fundamentales en el inicio de los estudios hermenéuticos: el origen de la problemática, que se desprende del acto de interpretar, viene desde la Ilustración y trasciende al Romanticismo. Friedrich Schleiermacher, de 1805 a 1833, bajo la idea de “ponerse los zapatos ajenos”,⁸⁹ “se dedica a estudiar la brecha entre el texto y su receptor [...]. Por tanto, consideró la interpretación como la práctica rigurosa de descubrir y aclarar la condicionalidad ramificada de la manera en que se produce la comprensión.”⁹⁰ La Ilustración fue el motor de arranque de lo que, incluso, como veremos al final de este apartado, ha trascendido hasta nuestros días en lo concerniente al concepto de “sí mismo”.

El cambio ocurrido en el mundo moderno, consistente en el desarrollo de la conciencia que de sí mismo cobra el hombre, puede hacerse partir de Descartes, quien fue el primero en establecer la posición del hombre como ser que puede, no sólo pensar, sino pensar acerca de su propio pensamiento, que puede observarse a sí mismo en el acto de observar, de modo que el hombre es simultáneamente sujeto y objeto de pensamiento y observación. Pero este desarrollo no se hizo del todo explícito hasta la última parte del siglo XVIII, cuando Rousseau abrió el camino hacia nuevas profundidades de

88 PÜTZ 2000, p. 13.

89 FERRARIS 2000, p. 32.

90 ISER 2005, p. 93.

la comprensión y la conciencia de sí mismo en el hombre, y brindó a la especie una nueva misión del mundo de la Naturaleza y de la civilización tradicional. La Revolución Francesa, dijo de Tocqueville, se inspiró en “la convicción de que lo que se precisaba era la sustitución del complejo de costumbres tradicionales que regían el orden social por normas sencillas, elementales, derivadas del ejercicio de la razón humana y del derecho natural”. “Nunca hasta entonces –escribió Acton en una de sus notas manuscritas– habían buscado la libertad los hombres sabiendo lo que buscaban”.⁹¹

La discordia entre subjetividad y razón íntimamente ligada al florecimiento de la burguesía y la necesidad de emancipación del pueblo como colonia, de los abusos del clero, de la clase pudiente, de la ignorancia, de los cacicazgos, etcétera, es el origen de una conciencia múltiple que se refleja en la necesidad de un proyecto social. México no podía quedarse insensible a esa misión humanista del romántico, si las condiciones de vida reclamaban identidad nacional y mucho quehacer por delante en cuanto a la reconstrucción del muy abandonado entorno y la impartición de la justicia social. Heredera directa de las revueltas francesas donde la sociedad civil pide justicia social, la novela que publica Pizarro en 1861 es el resultado de un momento que resulta ser el de una expresión acorde con los tiempos de su presente liberal y con la mira puesta en un futuro socialista en un siglo donde el pueblo requiere de un proyecto social fraternal, equitativo e igualitario. El Romanticismo social es una manifestación inherente a la explicación dialéctica del ser humano; es, por tanto, una nueva experiencia civil y moral para superar el atraso, modo de vida y pensamiento anterior en pos de las irradiaciones del progreso. La primera novela en México que representa un intento semejante a los esfuerzos titánicos de los grandes escritores románticos franceses⁹² es *El monedero*. Por ello, se trata de una novela que, de acuerdo con las características de la generación de novelistas

91 CARR 1976, pp. 183-184.

92 AGUIAR E SILVA 1975, p. 333.

como Víctor Hugo y George Sand,⁹³ se ubica dentro de la corriente novelística del Romanticismo social. Hay en esta novela la vitalidad de una época muy bien articulada a las circunstancias del país de la primera mitad del siglo XIX que nos revela ser un heredero directo del Romanticismo francés:

Analicemos brevemente algunas de las contradicciones más importantes del romanticismo [...]. La literatura romántica fue con frecuencia literatura de evasión; pero también fue, no pocas veces, literatura de combate, bien enraizada en la historia y que procuraba actuar sobre la historia. En efecto, si muchos románticos fueron reaccionarios y pasadistas, otros muchos, ante el mundo en crisis en que vivían, procuraron ardientemente contribuir al advenimiento de una sociedad nueva, más justa, más libre y más ilustrada que el *ancien régime*, que se desmoronaba por toda Europa. Heredero del reformismo ilustracionista, con frecuencia impulsado ideológicamente por un socialismo utópico y saintsimoniano, este Romanticismo liberal y progresista cobró vigor sobre todo después de la Revolución Francesa de 1830, que liquidó la Restauración e insufló nuevas esperanzas en el liberalismo europeo.⁹⁴

Casi todo lo que señala la cita anterior concuerda con nuestro autor. La revolución que sensibilizó a Pizarro fue el legado de la Independencia de 1810 aún latente ante el arribo del período del triunfo liberal, no sin antes tomar en cuenta las pugnas entre conservadores y liberales y la Intervención Norteamericana; con lo cual, a través de su obra, dejó testimonio de ser un hombre de su época.⁹⁵

93 A través de su obra, Víctor Hugo sostiene tres tesis: «la degradación del hombre por el proletariado, la caída de la mujer por el hambre y la atrofia de la infancia por las tinieblas», es decir, por la ignorancia». Por su parte, las tesis preferidas de George Sand son: «el fin de la explotación de los obreros por los patrones, de la mujer por el hombre y del pueblo por la miseria» (*vid.* PICARD 1987, pp. 174, 187).

94 *Ibid.*, p. 339.

95 No hay que olvidar que ésta es una gran virtud de Pizarro; ha escrito su novela durante algunos años y ésta se publica hacia 1861; por su parte, *Los miserables*, la obra maestra de Víctor Hugo, se publica hacia 1862.

La obra de Pizarro encierra el valor de ser un eslabón indispensable para la comprensión de la dialéctica, la estética y la ideología mexicanas; sin embargo, dándole su debido lugar a esta pieza que se integra a la configuración de la literatura mexicana decimonónica, vale la pena señalar que el Romanticismo, a través del pensamiento alemán, ha dejado una huella aún vigente.

Siguiendo la opinión de Isaiah Berlin, la trascendencia del Romanticismo llega hasta nuestros días a partir de lo que es la tesis central del movimiento. Al principio heredado del racionalismo “acerca de lo que es ese verdadero conocimiento de la realidad cuya adquisición le permitirá al hombre saber lo que ha de hacer y cómo ajustarse a ella”.⁹⁶ Así, por ejemplo, la ciencia es sumisión; por tanto, el verdadero conocimiento es un conjunto de hechos al que debemos someternos. Ante este principio, el Romanticismo opone dos postulados: el de la voluntad ingobernable y el de que no hay una estructura de las cosas. “El logro de los hombres no consiste en conocer los valores sino en crearlos.” Los seres humanos creamos cuadros de interpretación, “creamos los valores, los objetivos, los fines y, en definitiva, creamos nuestra propia visión del universo [...] nuestro universo es lo que elegimos hacer de él.” Respecto del otro principio, “existe, solamente, un flujo: la interminable creatividad propia del universo”, el cual está en un interminable proceso de transformación y autocreación que va siempre hacia delante y que resulta imposible contener u organizarlo. Sin embargo, “puede ser concebido como algo amigable, porque al identificarnos con él, al crear junto a él, al arrojarnos a ese proceso y descubrir en nosotros mismos las fuerzas creativas que también descubrimos afuera, al reconocerlos, por un lado, como espíritu, y por otro, como materia, al ver la totalidad de las cosas como un vasto proceso autoorganizador y autocreativo, seremos finalmente libres”. La enseñanza del Romanticismo se debe ver a través de la óptica de la “comprensión”; comprender, no la creación de reglas y leyes.

96 BERLIN 2000, pp. 159-163 *pass.*

Siempre que intentamos comprender algo, con cualquiera de los poderes que estén a nuestra disposición, descubriremos [...] que lo que buscamos es inagotable, que estamos intentando apresar lo inaprensible, aplicar una fórmula que se escapa de la nuestra, porque siempre que intentamos aprehenderlo se abrirán nuevos abismos [...]. En tanto que estos hombres operen bajo la ilusión de que es posible, de una vez y para siempre, registrar, describir, atribuirle alguna finalidad al proceso que están tratando de atrapar, de aprehender, su resultado será la irrealidad y la fantasía. [...] de buscar la verdad allí donde no existe, de detener el flujo constante, de atrapar el movimiento por medio del reposo, el tiempo por medio del espacio, la luz por medio de la oscuridad. Ésa es la prédica romántica.⁹⁷

El Romanticismo sigue vigente desde el punto de vista de que ha sido perdurable la imperiosa necesidad de anteponerle, al inevitable sometimiento de los seres humanos a la dictadura de la ciencia, la actitud liberadora del espíritu humano cuya segunda naturaleza es la ingobernabilidad de la voluntad. Subjetividad, como esencia y razón de ser de la condición humana, perdura en tanto que el dominio de las ciencias siempre deja en zaga al propio ser humano: se trata del permanente antagonismo del hiperdesarrollo científico tecnológico ante el, por su propia desventaja, hipodesarrollo humano. Si el proyecto de modernidad, iniciado en el Renacimiento, ha recibido abono constante, es por ser una exigencia del espíritu humano ante la constante aparición de tendencias de minimizarlo o de relegarlo a un segundo término en aras del imperio de la obcecada razón, de la razón deshumanizada.

97 *Ibid.*, 162-163.

III. CÓMO ESTÁ HECHO *EL MONEDERO*

1. COMPOSICIÓN Y ESTRUCTURA¹

EL AUTOR HA DISTRIBUIDO la composición total de su novela en siete partes y un epílogo; cada una de las partes se divide en capítulos. A pesar de que, desiguales en su extensión, tanto las partes como los capítulos, no afectan la estructura finamente cerrada, debido a ello no es posible encontrar cabos sueltos.²

1 Retomo aquí el concepto de “Objeto estético” desarrollado en BERISTÁIN 1998, p. 369.

2 La primera parte consta de 12 capítulos: I. El día de Santa Rosa, II. El Cabrío, III. Don Domingo Diez de Dávila, IV. Fernando, V. El cenador, VI. El sarao y el juego, VII. Una choza, VIII. El padre don Luis, IX. El padre don Luis (continuación), X. Confidencias, XI. Un cristiano muy viejo, XII. Socialismo. La segunda, de 11 capítulos: I. El nueve de septiembre de 1846, II. El nueve de septiembre de 1846 (continuación), III. La carta fuerte, IV. El conciliábulo, V. El lego mercedario, VI. El viaje en diligencia, VII. La Nueva Filadelfia, VIII. La despedida de fray Evaristo, IX. El desafío, X. Laura, XI. El almuerzo en familia. La tercera, de 6 capítulos: I. El puente de Dios, II. Huitzitziqui, III. Fray Gil (continuación), IV. La llegada del Tigre, V. Las cartas del padre don Luis, VI. Las cartas del padre don Luis (continuación). La cuarta, de 5 capítulos: I. La ocupación de México, II. La desolación, III. La paz con los invasores, IV. La familia de Mauricio, V. Montemar y Mauricio. La quinta, de 11 capítulos: I. El payo, II. Enrique Walker y Antonia, III. Los hijos adoptivos, IV. Un nuevo cajón de ropa, V. Las cartas del padre don Luis, VI. San Salvador el Verde, VII. Antonia Hénkel, VIII. Las cartas del padre don Luis (continuación), IX. Un protector,

De acuerdo con la división que registra el índice, cada uno de los títulos se debe a una separación que poco responde a una dinámica interior, la cual, develada paulatinamente durante el curso de la lectura, se deja descubrir cuando la narración se entrelaza respondiendo al discurso. Es decir, el título a que responde cada capítulo desarrolla un aspecto al que alude el nombre, motivo por el cual no deja ver, en principio, la trama más elaborada que en él sucede; el título de cada capítulo señala parcialmente una función, o pretende abarcar con su denominación la totalidad de historias que se dan en él, y en su afán de integración completa reflejan la estructura superficial de cada una de las partes y del total de la novela.

La primera propuesta de lectura, desatendiendo la división composicional que hace el autor, es aquélla que organiza el desarrollo del tiempo de la narración y, dentro de éste, el desarrollo de la trama. En ese sentido, el fundamento de la lectura que aquí sostengo tiene como principio la datación minuciosa que el narrador ofrece y que permite separar *El monedero* en tres bloques, los cuales se demarcan en atención a la función e intencionalidad de la voz narrativa. El narrador establece referencias temporales asociadas a datos específicos, principalmente de carácter histórico que permiten dar una estructura a los acontecimientos relacionados, antes que con el apego a los hechos históricos sucedidos en torno a la Invasión Norteamericana de 1847, más bien con el desarrollo de la trama. En coherencia con la

x. La tentación, xi. Cómo es fácil encontrar una novia cuando se tiene una estrella en la mano. La sexta, de 12 capítulos: i. Las cartas del padre don Luis (continuación), ii. El pueblo de Almoloya, iii. Teotla, iv. Magnetismo. Visión a distancia. Visión retrospectiva, v. La venta y el tianguis, vi. Los enemigos, vii. La última carta del padre don Luis, viii. Lo que vale una rosa, ix. La gruta de Cacahuamilpa, x. La primera velada del enfermo, xi. La realidad es sueño, xii. Historia de un hada. La séptima, de 14 capítulos: i. Un proceso, ii. Otro viaje en diligencia, iii. Última conversación del Gachupín, iv. Dos amigas, v. Una sorpresa, vi. Las dos rivales, vii. La licencia de Roma, viii. Una resurrección, ix. La vocación, x. La llegada del padre don Luis, xi. La pretendiente, xii. La humildad en el claustro, xiii. Amistad, xiv. El día de libertad. Finalmente la novela cierra con un epílogo titulado: Diez años después.

organización estructural que propongo, de acuerdo con el acontecimiento dominante denomino a cada bloque. Así, el primer bloque será el acontecimiento de presentación de personajes; el segundo, acontecimiento de desarrollo de la trama; y el tercero, acontecimiento de desenlace.

Desde la perspectiva del tiempo, la novela inicia el 30 de agosto de 1846 y termina en junio de 1848, el día de la Trinidad, que bien pudo haber sido el primer domingo de ese mes. El epílogo se sitúa los días 21 y 22 de marzo de 1858, diez años después,

El primer bloque lo determina el acontecimiento dominante de la presentación de personajes, conformado por la primera y la segunda parte de la novela (12 y 11 capítulos, respectivamente); abarca del 30 de agosto al 9 de septiembre de 1846 (diez días).

Hay una elisión de un año (de septiembre a septiembre, 1846-1847) entre el primer y el segundo bloque. La narración se reanuda cuando Fernando, el protagonista, viene de regreso de la “fiebre del oro” en California y se halla extraviado cerca de Cacahuamilpa el 13 de septiembre de 1847. La separación de estos dos acontecimientos, por el lapso de un año, obedece a una razón de mucho peso: se trata del tiempo que Pizarro ha considerado perentorio para la fundación y realización de la Nueva Filadelfia, pues al final de la segunda parte, Fernando y el padre don Luis han planeado minuciosamente qué hacer con la donación y encomienda³ hechas por el comerciante que se ha convertido en fray Evaristo.

El segundo bloque se caracteriza por el acontecimiento en que se desarrolla la trama. Como se dijo, el relato se reanuda y sigue su curso normal que dura diez meses, hasta finalizar la séptima parte.

El tercer bloque lo determina el acontecimiento del desenlace. Cabe señalar que en cada acontecimiento hay una coinciden-

3 “[...] reunir algunas familias necesitadas, para que practicasen sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviendo como los primeros cristianos, entre quienes eran todos los bienes comunes” (1, XI. “Un cristiano muy viejo”: 83).

cia progresiva de diez días, diez meses; por tanto, siguiendo esta continuidad el epílogo se sitúa diez años después, en los días 21 y 22 de marzo de 1858: el día 21, Juárez y su gabinete, al inicio del largo periplo que recorren hasta establecer su gobierno provisional en la ciudad y puerto de Veracruz, contemplan desde Atoyac, estado de Jalisco, el portento de la Nueva Filadelfia; en el día 22, los acontecimientos que se narran se relacionan con el éxito que han tenido las colonias.⁴

En realidad, desde la perspectiva del tiempo, que alojan los diferentes relatos que conforman la trama total, el curso de la novela (aproximadamente 850 páginas) se desarrolla en muy pocos meses.

Así pues, al interior del acontecimiento número uno, el primer núcleo está comprendido del capítulo I al VI. La celebración del onomástico de Rosita es el eje que sirve para presentar a Fernando, el protagonista, rodeado por la anticipación de una serie de rasgos contextuales que permanecerán durante la novela. El segundo núcleo, que completa este primer acontecimiento, lo constituyen los capítulos del VII al XII; se trata de la narración de una serie de vicisitudes por las que atraviesa Fernando, las cuales tienen que ver con la discriminación de una sociedad que le hace ver que no pertenece a ella, debido a su origen indígena; situación iniciada con el rechazo de don Domingo Díez de Dávila –el padre de Rosita–, un aparente rechazo por parte de Rosita y un desafío; y culminada, muy sintomáticamente, con un extravío, además de la crisis en que cae debido a una manifestación severa de epilepsia y de la cual es rescatado por el vicario don Luis quien, a partir de aquí, se incorpora al grupo de los coprotagonistas.

En este primer bloque, las alusiones relativas a la situación histórico-social, que son motivo de conversación en el festejo del cumpleaños de Rosita, tienen la finalidad de preparar el terreno

4 Hay un total de once años, once días, incluyendo las interrupciones; sin embargo, descontando éstas, el relato efectivo consta de diez días más diez meses más dos días, lo cual suma diez meses, doce días.

del contexto histórico, relativo a la Invasión Norteamericana a la Capital en septiembre de 1847. En conclusión, el primer acontecimiento, que es un conjunto de eventos que conforman los micro-relatos,⁵ está formado por 23 capítulos comprendidos en la primera y segunda parte: Festejos del cumpleaños de Rosita. Presentación de algunos personajes (Fernando, Rosita, el padre don Luis N., fray Evaristo) y los temas (las facciones, la exaltación de los valores nacionales, la nobleza e inteligencia de los mexicanos, la extrema desigualdad social, la propuesta del socialismo, etcétera) de los que dependerá la trama de la novela.

El acontecimiento principal se articula mediante el manejo de las acciones que unen y separan a los personajes, que los hacen afines, o los oponen: los ejes son Fernando y Rosita, de ahí se vinculan el padre de ésta –don Domingo Diez de Dávila–, el comandante Arturo de Montemar, el padre don Luis, fray Evaristo, el lego mercedario fray Gil. Relacionadas con estos personajes se van a desarrollar una serie de acciones asociadas con uno de los pilares axiales de la novela: la fundación de la Nueva Filadelfia, que figura desde los primeros capítulos (“Un cristiano muy viejo”, “La Nueva Filadelfia”, “Socialismo”) hasta culminar en un final apoteósico desarrollado en el Epílogo; todo ello dentro del contexto, por cierto típico, de la novela del

5 A partir de la progresión intensional del relato, propongo dos líneas de lectura al interior de las cuales es posible distinguir entre una macroestructura y una microestructura narrativas; a la primera correspondería el contenido de la diégesis global de la novela; en cambio, a la segunda le correspondería una serie de relatos más o menos breves respecto a la extensión del relato continente; dispuestos en diferentes combinaciones estructurales, estos micro-relatos van conformando ese sentido global de *El monedero*, pero además, pueden ser comprendidos como una unidad cuyas relaciones significantes son suficientes en los límites de la microestructura en que se ubican, sea un capítulo o una parte de la novela. Desde el punto de vista de la retórica, un micro-relato puede asociarse a la noción de intertexto, en el sentido de que todo micro-relato es una configuración discursiva que coincide más o menos con los motivos, que son formas narrativas autónomas con la virtud de adecuarse a distintos contextos culturales mediante complejos procesos de la traducción, razón por la cual pierden algunas de sus significaciones y obtienen otras nuevas (REIS-LOPES 2002, MARCHESE-FORRADELAS 2006, PIMENTEL 1998).

siglo XIX: los conciliábulos, las asonadas, las invasiones, los forajidos, los valores que exaltan la consolidación del nacionalismo, etcétera.

Lo importante para Pizarro no será detenerse en lo evidente: la construcción de un espacio utópico y mediante él la consecución de un grado más alto de civilización y desarrollo cultural, sino en el significado que ese proyecto tiene al lado del desarrollo social de un pueblo que construye su identidad, pero cuya idealidad no podría suceder sino en las márgenes de la ficción; la identidad de personajes y la identidad de la trama apuntan a ese *horizonte* sin el cual ninguna modificación habría sido posible en cuanto hace a la valoración de la condición humana de los seres que habitan el mundo literario de *El monedero*. Al hablar de *horizonte utópico* se abre la posibilidad de interpretar la utopía no como un sueño, sino como un proyecto de identidad humana.

El segundo evento inicia en la tercera parte, pero en septiembre de 1847; hay un salto de un año, y lo transcurrido en este lapso temporal se va incorporando a través de los capítulos subsiguientes. Dice el narrador: “Era una tarde de otoño;” (3, I) más adelante (3, III): “—Hoy es lunes, estamos a 13 de septiembre...”. Como se dijo, el terreno ha sido preparado para dar cabida al hecho histórico de la Invasión Norteamericana a la Capital. Así, la cuarta parte, la más cruenta, en uno de los capítulos del siglo XIX de la historia de México, se relaciona acerbamente con este hecho histórico. Los capítulos correspondientes a esta parte van a constituir la respuesta del narrador a esta reflexión: “¿Qué mexicano podrá recordar sin lágrimas, sin horror y desesperación, los aciagos días 19 y 20 de agosto, 8, 12, 13 y 14 de septiembre de 1847?” (“La ocupación de México” (4, I)).

A partir de aquí, el narrador aprovecha las posibilidades de bifurcación que caracterizan al discurso literario, gracias a las representaciones del tiempo en sus modalidades pretéritas; aún así, el relato se sitúa en un constante presente, lo cual obliga al autor al apoyo de las fechas a través del recurso epistolar, fundamentalmente.

El tiempo de la narración se mantiene en un presente, con sus respectivos retrocesos (narraciones ulteriores, sin aventurarse al uso de las formas verbales en su inflexión del porvenir). Sin embargo, tan pronto ha hecho estas acotaciones para situar al lector en el pasado, inmediatamente se reincorpora el uso del presente.⁶ El recurso que emplea el narrador para reintegrar, al desarrollo del relato (diégesis), los cabos sueltos del pasado es el sumario, el cual se presenta mediante fórmulas como la siguiente: “Mientras que dejamos a México en poder de sus enemigos, veamos cuál fue la suerte de Fernando, a quien dos hombres conducían narcotizado para la gran gruta de Caca-huamilpa, en la noche del 13 de septiembre en que se perdió la Capital” (5, 1).

A pesar de que hemos distinguido tres bloques, identificados por el acontecimiento dominante, conformados: uno, por la primera y segunda parte; dos, de la tercera a la séptima parte, y tres, por el epílogo, lo que no permite la sensación de alguna irrupción abrupta en el desarrollo de la trama, es en la linealidad del estilo donde la cohesión discursiva tiene un carácter impecable. La calidad literaria de la narración no ofrece recortes ásperos. Es más, a diferencia de la mayoría de las novelas decimonónicas a las que se reprueba por fallas estructurales, en *El monedero* hay una continuidad ascendente que permite ver a un narrador dueño de la trama. En una suerte alternada, en que se entrelazan los relatos, la narración mantiene una dinámica, como más adelante veremos, de calma, intensidad, tensión y distensión.

6 “[...] el lenguaje no dispone sino de una sola expresión temporal, presente, y que éste, señalado por la coincidencia del acontecimiento y del discurso, es por naturaleza implícito” Cualquier enunciación es presente, por tanto no es necesario explicitar este tiempo. Sin embargo, “[...] los tiempos no presentes, ellos sí siempre explicitados en la lengua, a saber, el pasado y el porvenir, no están en el mismo nivel del tiempo que el presente. La lengua no los sitúa en el tiempo según su posición propia, ni en virtud de una relación que debería entonces ser otra que la de la coincidencia entre el acontecimiento y el discurso, sino solamente como puntos vistos detrás o adelante a partir del presente” (BENVENISTE 2004, p. 77).

Tan sólo por considerar el cuidado particular que el narrador tiene en registrar el proceso cronológico en el que se entretienen las acciones de los personajes, señalaremos las fechas.

La siguiente fecha, después de los días aciagos de la Invasión Norteamericana y la toma de la Ciudad de México, se sitúa en la quinta parte (“Enrique Walker y Antonia”), cuando Fernando decide rentar una casa para instalarse después de su regreso de California y de los incidentes inmediatos en su estancia con María, fray Gil y el Tigre cerca de las grutas de Cacahuamilpa:

—¿Ha muerto? ¿Dice usted que el señor Dávila ha muerto?

—Sí, señor.

—¿Pero cuándo? ¿Cómo ha sido eso? ¿Y la familia?

—Según he oído decir hace unos nueve días; ¿no estamos hoy a 23?, cabal, hace nueve días, porque fue en la primera noche después de la entrada de los americanos (5, 11).

A partir de aquí, las fechas resultan ser un cuidadoso hilo de Ariadna que el narrador se esmera en especificar para no perder la minuciosidad con que el relato se desarrolla con sus respectivos saltos (elipsis y narraciones ulteriores) y retrocesos (analepsis).

Más adelante, Antonia ha escrito una carta despidiéndose del mundo al no poder solucionar la ignominia de la miseria, en cuyo encabezado se lee: “México, noviembre 22 de 1847” (5, III, “Los hijos adoptivos”). El progreso de este desarrollo gradual del tiempo se señala en quinta parte, capítulo v: “Tiempo es ya de dar conocimiento a nuestros lectores de varias contestaciones remitidas al fundador de la Nueva Filadelfia, por su íntimo amigo Fernando, lo que antes no habíamos podido verificar empeñados en referir los sucesos que acontecieron luego que llegó este último de California”.

Las cartas de Fernando Hénkel dirigidas al padre don Luis (“Sr. Br. D. Luis... Sayula”) están fechadas: la primera es de septiembre 23 de 1847, la segunda de octubre de 1847 y la tercera de diciembre 5 de 1847. A partir del capítulo vi de la quinta parte (“San Salvador el Verde”), tal y como se puede comprobar por el

registro cronológico muy detallado que da el narrador, el resto de la novela sucede durante la primera mitad del año de 1848: “Era una mañana de enero de 1848”⁷.

El desarrollo de la historia en la sexta y séptima parte es el siguiente: algunas familias de la capital, entre ellas la de Fernando, Fausto Roldán y su comitiva se resguardan de la invasión en Tenancingo. Se habla del ataque de Montemar a la Nueva Filadelfia. Secuestro y reclusión de Fernando en Cacahuamilpa y el rescate de María. Secuestro de Rosita. Viaje a Toluca. Asalto a la diligencia. Muerte del Tigre. Muerte de Walker. Justo Amable recibe heridas de gravedad. Desintegración de la banda del Tigre. Separación del Gachupín y del Coyote. Llegada de María y de Fernando a México. El antagonismo de María y Rosita. Los malentendidos. Decisión de Rosita de entrar al convento. Al padre don Luis le llega la licencia de Roma. Reparición de Justo Amable y otorgamiento de la dote para el ingreso de Rosita al convento. El padre Luis pide la mano de María. Un final de dra-

7 El desarrollo cronológico del resto de la novela es como sigue: “Carta del padre don Luis. Enero... de 1848. Número 13” (5, viii). “Serían las ocho de la noche de aquel mismo día en que don Justo había hecho su ultimátum” (5, xi). “Hemos llegado a mediados de abril de 1848” (6, ii). “Pocos días después, Rosita y Clara se hallaban en el pueblo de Tenancingo, esperando permanecer en él hasta que los americanos, que estaban ya tratando de la paz, abandonasen la capital” (6, iii). “Guadalajara, abril... de 1848” (6, vii). “La última carta del padre don Luis”). En ella se refiere el asalto de Montemar a La Nueva Filadelfia: “«Rancho del Tigre, abril... de 1848. –Arturo María de Montemar. –E. Sr. comandante general de Jalisco.»” “[...] pues no quiso aparecer en calidad de víctima sino hasta que evacuaron la capital los americanos, lo que se verificó a pocos días, pues fue dada la orden al efecto por el general Buttler el 29 de mayo de 1848, es decir, a los doscientos ochenta y ocho días de ocupada” (7, iv. “Dos amigos”). “Fernando sacó de su paltó dos cartas, una más abultada y la otra mediana, y se las entregó a Antonia, quien rompió el sobre de esta última, diciendo: es de don Abundio. / —¿De don Abundio? ¿Y qué dice? / Antonia leyó: / «Guadalajara, mayo 21 de 1848»” (vii. “La licencia de Roma”). Carta de Rosita a Fernando. “Señor don Fernando Hénkel. Mayo 28 de 1848” (x. “La llegada del padre don Luis”). Carta de Fernando para Rosita. “Señora doña Rosa Dávila. Junio 1º de 1848. Muy apreciable Rosita:” (Mismo capítulo). Carta de Clara para Rosita. “Señorita Doña Rosita Dávila. Su casa, junio 1º de 1848” (xi. “La pretendiente”).

ma y comedia: el lado sarcástico e irónico de Justo Amable, los enredos y desenredos amorosos.

En el epílogo se registra, diez años después, la situación de los personajes, cuando Juárez y su gabinete miran desde lejos la región de Atoyac, el lugar de asentamiento de la primera y segunda Filadelfia, y el narrador describe la arcadia que viven los “asociados” que, debido al éxito alcanzado, se preparan para fundar una tercera.

A partir de la composición de la novela y de la sucesión temporal de la trama o historia, en la que coparticipan el tiempo en que se dividen, de acuerdo con el autor, las partes en capítulos y el tiempo a partir de la descripción paulatina y puntual de las fechas relacionadas con los momentos históricos que vive México, además de las cartas y las fechas de las fiestas que celebra la Iglesia, podemos apuntar que, en el caso de la composición de la novela y los nombres de cada capítulo, se persigue una intención estilística que tiene que ver con el objetivo de lograr una relación de intensidad y tensión del relato. El curso de la narración va creando afluentes de los que se desliga la historia central, pero los mismos son retomados después en un movimiento de retroceso, como el ejemplo que destacamos de la quinta parte (I). La experiencia escritural se deja ver a través de la narración a partir del hecho de mantener una dinámica de principio a fin, por medio de la cual el narrador crea escenas en que el lector adquiere la confianza brindada por la placidez de un relato que destensa escenas climáticas para desembocar en otra de carácter tenso inesperado. Esta maestría se deja ver en los últimos párrafos de la séptima parte.

El otro recurso, relacionado con el tiempo (aparte de que cuenta con la finalidad de introducir elementos del contexto histórico-cultural a través de las fechas que muy regularmente abona el narrador a lo largo de la novela), tiene como objetivo introducir al lector al mundo de la narración. Dicho propiamente: tiene como encomienda el desarrollo de la diégesis. Esta otra arista del manejo del tiempo es muy importante en la medida en que resulta totalmente coherente con el paratexto

con el que determina su discurso Pizarro: el de “novela”. La integración de elementos contextuales relacionados con el tiempo, en íntima relación con el proceso histórico en que se sitúa el relato, dejan de ser históricos por el carácter que adquieren al integrarse en un sistema de ficción.⁸ Desde la perspectiva del lector el valor de estos elementos es doble: por una parte, resultan ser por sí mismos un vehículo de reconocimiento de ese discurso histórico; y, por otra, propician, durante la lectura, la consecuencia de incorporarlo a “otro” sistema, el de la propia obra, es decir, al de la ficción. Es en este mismo tenor que tienen sentido las notas a pie de página del autor. Pero, ¿ahí termina el valor de estos recursos? Evidentemente que no, se trata de un recurso que paulatinamente va incorporando al lector hacia la persuasión de aceptar una de las propuestas centrales de la novela: la pertinencia del socialismo en su forma del asociacionismo. El recuerdo de la realidad permite incorporar otra cosa que ya no es esa realidad factual; éste es el recurso que propicia la incorporación de la ficción, las ligas son las referencias a la realidad propiamente dicha cuya identidad permite la aceptación o inadvertencia de incorporación, por así decirlo, de elementos extraños.

Hasta aquí hemos atendido a dos de las directrices de la trama o historia de la novela, debido a la preparación del terreno que podrían representar, si hemos de atender la importancia que juega el epílogo; pues, como quedó dicho, existe un tercer bloque.

8 En el capítulo 1 de la séptima parte, la narración se sitúa en una importante aclaración que, por anteposición ficción-realidad, es muy reveladora de la intención de Pizarro respecto de la conciencia ficcional de su novela: “En ese día se comenzó a hablar en la ciudad de la prisión verificada en la noche anterior de un viejo septuagenario, acusado de proteger la desertión de los americanos, en cuya casa se habían encontrado dos soldados que lo habían denunciado; el viejo, deseando libertarse, había huido por las azoteas y había caído a la calle fracturándose una pierna, en cuyo estado lo habían conducido al cuartel de los texanos que se hallaba en el convento de San Francisco, en unión de dos frailes mercedarios a quienes se creía complicados (1)”. El número corresponde a la siguiente nota del autor: 1) “Este hecho, en lo sustancial, es histórico”.

Aparte de los dos aspectos señalados (la ficción propiamente dicha y la historiografía), se debe considerar uno más: el imaginario utópico; entendiendo por esto esa dimensión espacial y temporal que envuelve toda la narración en una atmósfera del pensamiento utópico. De este modo, la inminencia de lo que viene desarrollándose como la única alternativa positiva para la sociedad, contemplada en el total de la novela, se compendia en una forma de vida socialista en la modalidad de falansterio. Bloque que se abordará en el cuarto apartado: “El horizonte utópico”.

2. CONFIGURACIONES TEMÁTICAS Y DISCURSIVAS

Cuando hablé de la novela histórica, señalé que *El monedero* bien podría pertenecer a este subgénero. Debido a ello es posible hallar algunas identidades señaladas para el subgénero, aunque, por otra parte, existan también algunas diferencias.⁹ Es común que en la novela histórica, con relación a los personajes, haya héroes y heroínas ligados por el amor, razón por la cual su entorno sea la ficción; por ello “lo más frecuente es que los personajes principales sean inventados, en tanto que los históricos reales, si

9 De los estudios que sobre la novela histórica se han hecho (CLEMENCIA DÍAZ Y DE OVANDO, “La novela histórica en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia* xxx, México [1978]. AMADO ALONSO, *Ensayo sobre la novela histórica*, Madrid, Gredos [1984]. GRAZYNA GRUDZINSKA, *(Re) escritura de la historia; la novela histórica hispanoamericana del siglo XIX*, Cátedra de estudios ibéricos/Universidad de Varsovia [1994]. CARLOS MATA INDURÁIN, “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en *La novela histórica; teoría y comentarios*, Navarra, Ediciones Universidad de Navarra [1998]. KURT SPANG, “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en *La novela histórica; teoría y comentarios*, Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, [1998]. GERARDO FRANCISCO BOBADILLA ENCINAS, *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX; la historia y la cultura como testimonio mítico* [tesis], México, El Colegio de México [2002]), por el carácter objetivo y muy específico respecto de las características que le son comunes a este subgénero, voy a seguir, en este apartado, el trabajo de CARLOS MATA INDURÁIN, “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)”, en *La novela histórica; teoría y comentarios*, Navarra, Ediciones Universidad de Navarra [1998].

aparecen, quedan en un segundo plano”.¹⁰ De este modo Santa Anna, Santiago Xicoténcatl, José Frontera, Santos Degollado, Melchor Ocampo, Benito Juárez, dialogan con algunos personajes muy secundarios a los protagonistas. Éstos, para mantenerse como tales, no entablan relación con los héroes de la historia; con ello pareciera ser que, desde la poética del escritor, de lo que se trata es de no identificar la ficción con la realidad.

La atenta lectura de Altamirano ha legado la observación de los dos espacios narrativos que conforman *El monedero*. En uno de ellos cabe el inicio de la narración y en él protagoniza Fernando Hénkel; Fernando es el hilo conductor que enhebra a los demás personajes. En la primera parte en que aparece Fernando también se incorpora el padre don Luis. Es, precisamente, en esta parte donde se definen estos dos espacios narrativos. Uno de ellos rodea a Fernando y el otro al padre don Luis, no sin considerar que Fernando sea una especie de Hermes que va de un espacio a otro, estableciendo vínculos entre los personajes y sus acciones. Es en quien, como sucede en la novela histórica, se deposita el papel de abrir las puertas para conducir al lector a los diferentes entornos de la narración.¹¹

Era el señor [Fernando] Hénkel un joven de treinta años, hábil grabador y maquinista, iniciado en los secretos de la química. Su traje modesto, su fisonomía llena de bondad, su mirada dulce y tranquila, su color trigueño; en todo él se reconocía el tipo fino de los aztecas primitivos: cuerpo alto y bien desarrollado, nariz bien hecha, labios delgados, boca regular, pequeño bigote que le hacía parecer de menos edad y una dentadura simétrica de un esmalte brillante (I, IV).

¹⁰ MATA INDURÁIN 1998 b, p. 130.

¹¹ “El romanticismo, como es sabido, tendía siempre a idealizar el tipo indígena, pero aquí Pizarro exagera al pintarnos al «azteca primitivo» como un adolescente griego” (REYES DE LA MAZA 1957, p. 579). En realidad no se trata de un “adolescente griego”, sino más bien de Hermes, pues reúne casi todas las características que se le atribuyen a este dios griego.

Sin embargo, su papel principal se configura a partir de una serie de acciones de carácter no historiográfico sino ficcional que pueden ubicarse en un campo de acciones típicas de las narraciones románticas; es el personaje de raza pura indígena, de buenos sentimientos que aspira al amor de una mujer quien le corresponde pero de quien lo separa la diferencia de clases. Desde la perspectiva de la novela él es el digno representante de lo que los mexicanos podrán llegar a ser si tienen un respaldo análogo como lo tuvo Fernando de su padre adoptivo, quien le da instrucción en las artes, el oficio y el conocimiento de esa impulsora del Siglo de las Luces: la máquina. Fernando es un hábil grabador, buen maquinista y diestro en los secretos de la química. Aunque ya es correspondido, con su pericia de grabador ratifica además la admiración que Rosita siente por él, cuando Fernando le obsequia un retrato de ella misma y el cual ha reproducido tan sólo “de memoria”. Con la habilidad de maquinista ha forjado una inviolable caja de seguridad, motivo por el cual, a satisfacción del padre de Rosita, le permite asistir a una de sus reuniones en San Ángel y que sirve de pretexto para que en la novela se haga un retrato de la clase conservadora de la época. Pero, sobre todo, con este conocimiento, es decir, con sus habilidades de maquinista, habilita la gran empresa fabril de la Nueva Filadelfia. Finalmente, con el conocimiento de la química, logra, en una suerte de piedra filosofal, multiplicar el oro traído de California, mediante una aleación con platina, para apoyar la construcción de las colonias. Para configurar el personaje de Fernando, Pizarro retoma algunas características del arquetipo romántico “caracterizado por la soledad y melancolía de su persona, enfrentado a unas circunstancias adversas”, sólo que esos rasgos no concuerdan del todo en la figura de Fernando pues a diferencia de aquel personaje que se “enfrenta a un destino fatal que le conduce irremisiblemente a la muerte o a la frustración de todas sus esperanzas”,¹² el de Fernando se libera de ese estigma al grado de ser, ante los de su clase, un héroe.

12 MATA INDURÁIN 1998 b, p. 130.

La recreación literaria que Pizarro hace descansar en el personaje de Fernando, halla su justo equilibrio, centrado en el terreno de la ideología liberal y la Reforma, en el padre don Luis:

Por ser el problema religioso el que de manera tan directa afectaba a la sociedad al cambiar la constitución del clero y sus costumbres, fue ése el tema más apasionante de los escritos que se relacionan con la Reforma. Nicolás Pizarro lo aprovecha para ejemplificar el deber de la religión y de sus ministros en un personaje símbolo, el padre Luis.¹³

Él es el ideólogo y el ejecutor de lo que Pizarro vislumbraba como la aplicación del socialismo utópico surgido en el seno del Romanticismo. Si en él se ilustra el acatamiento de la Reforma, pues es el sacerdote modelo de lo que debiera ser la solución al problema del clero y sus costumbres, la audacia de Pizarro, para una nación en el siglo XIX cuyo lema era “Dios y Patria”, va más allá. Nada ligero resultaba tratar el problema del celibato. En el padre don Luis, Pizarro ve al ser humano que tiene necesidades biológicas como cualquier otro, y de este modo considera sensato que por la vía del propio sistema eclesiástico se otorguen los permisos para que pueda contraer nupcias. Si un hombre debe no sólo dirigir sino encabezar una comunidad en donde las labores son rotativas, ese hombre debe llevar una vida completa como la de los demás. Pizarro cuida muy bien este planteamiento, pues esta necesidad no se da en la forma en que se murmura que el padre de Rosita mira a Clara.¹⁴ En el padre don Luis, “El autor, llevando

13 MILLÁN 1957, p. 189.

14 “Sin el cariño fraternal que le tenía Rosita, el cual la ponía a cubierto de todas las hablillas, no hubieran dejado de tomar cuerpo las murmuraciones de algunos jóvenes, que al ver a Clara tan fresca y rozagante, creían que no era indiferente el señor Dávila al hechizo de unos ojos garzos y chispeantes, cuyo fuego, decían, era posible verlo en medio de la noche y que sólo que fuese un santo podría quedarse pacífico junto a una “china” cuyos húmedos y purpurinos labios, cuyo pie carnoso y perfecto, cuyo salero y gracia en el andar eran de los más atractivos” (I, III).

lejos su audacia, cree resolver en su obra una grave asunto de índole moral [...]. Hay que advertir que los pensamientos atormentados no ocurren bajo el influjo de ninguna mujer”.¹⁵ En efecto, la propuesta se dirige hacia una práctica¹⁶ que, dentro de las costumbres cristianas (avaladas por la libertad de cultos, propuesta por la Reforma) contemplan tales libertades. Pizarro no solamente trata el problema desde el punto de vista de la vida en pareja y la procreación, sino por una finalidad ulterior que es el progreso de la colectividad. Dadas las condiciones predominantes de la religión católica, soslaya las prácticas derivadas del protestantismo.

Cuando Reyes de la Maza dice que “Los personajes [...] no son en Pizarro un factor importante, y únicamente le sirven para crear aventuras dentro de las cuales introduce sus descripciones y sus ideas”,¹⁷ lo primero que se pregunta uno es de dónde, entonces, pueden derivar las acciones. Sin personajes, el discurso se tornaría en ensayo o artículo; pero resulta, precisamente, que los personajes desarrollan acciones y, entre ambos, se genera el discurso literario. Aun resulta más exagerada su postura cuando afirma que: “Gran cantidad de personajes secundarios no tienen más razón de ser que la de complicar o aclarar situaciones, y todos, sin excepción, son caracteres borrosos, mal dibujados, creados por el azar más que por la lógica; cumplen su misión de ser malos o buenos sin descollar de manera notable, y vienen a ser simples sombras”.¹⁸ Creo que María del Carmen Millán da respuesta a esta falsa apreciación cuando reseña a un personaje secundario como don Justo Amable.¹⁹ En Pizarro, los personajes

15 MILLÁN 1957, p. 191.

16 “La vida de cura pobre de aldea que llevaba el padre Luis antes de la constitución de la Nueva Filadelfia, sirve para explicar la situación miserable que le evitaba la posibilidad de ser útil a sus semejantes porque carecía aun de los medios más elementales [...]” (*Ibid.*, p. 192).

17 REYES DE LA MAZA 1957, p. 578.

18 *Ibid.*, p. 579.

19 “Pizarro trata todos los temas relacionados con las costumbres de su tiempo y con la Reforma. Los que se refieren al clero ocupan una buena par-

son simbólicos y quizá no haya mejor ejemplo que en éste, cuyo nombre es una denegación muy ilustrativa.

Al igual que en el personaje Fernando Hénkel, el calco de la protagonista, ni más ni menos, es fiel al de los demás personajes protagonistas femeninos de la novela histórico/romántica: “La protagonista está idealizada al máximo; es una mujer hermosa como un sueño y de bondad sin par, tierna y delicada, rodeada a veces de un aura de tristeza y melancolía [...], con una voz de dulzura celestial (suele cantar y tocar el arpa) [Rosita sabe tocar la cítara y su voz de tiple se acopla muy bien a la voz de tenor de Fernando (1, v)]; es, en definitiva, «un ángel divino hecho para inspirar amor».”²⁰ Así, Rosita, que tiene dieciséis años:

Hacia un contraste inesperado, con esta apariencia, la temprana seriedad que en ella se observaba, muy templada en verdad, por la expresión bondadosa de sus grandes ojos negros, chispeantes y eléctricos; su frente espaciosa, su nariz afilada, sus labios de un rojo subido, tanto más hermosos por la notable blancura de la cara, formaban un conjunto feliz que al mismo tiempo revelaba inteligencia, sensibilidad y fuerza en el carácter [...]. Rosita tenía una de esas voces claras, metálicas y de suave inflexión, que cuando se oyen hacen que busque uno involuntariamente a la persona que la emite, quedando para mucho tiempo grabados en la memoria su timbre y su modulación [...]. Su conversación era salada y divertida; su espíritu naturalmente recto, expansivo, capaz de la mayor cultura y elevación [...] (1, II).

te del libro [...] Ahí está como ejemplo un tipo, don Justo Amable, santurrón con todas las características de los malvados: lascivo tartufo que medra con la miseria de las muchachas desamparadas, servil con los poderosos y cuyas fechorías llevan el sello de la falsa bondad y de la caridad espuria; lobo con piel de oveja a quien es difícil probar sus intenciones perversas. Pero el hombre no es malo por naturaleza, una dura prueba lo hace volver al camino del bien [...]. Hago notar este caso porque no es frecuente en los villanos novelísticos del siglo pasado. Se puede ver aquí que los principios de la reforma consideraban entre sus aspiraciones la regeneración de los perversos y su reincorporación a la sociedad” (MILLÁN 1957, p. 196).

20 MATA INDURÁIN 1998 b, p. 131.

La heroína de este subgénero:

[...] representa a veces el amor salvador típico del Romanticismo [...]; su papel en la novela suele ser bastante pasivo: es víctima de las circunstancias, que siempre oponen algún tipo de obstáculo al amor que sienten ella y su amado. Por ejemplo, será raptada por un rival [tal y como lo trama don Justo Amable con Walker (6, VI)]; o su padre se opondrá a su inclinación amorosa [1, III] por haber encontrado un matrimonio más ventajoso; o alguno profesará y los votos de la orden dificultarán su amor; o ambos amantes pertenecerán a familias rivales enfrentadas con un odio a muerte. A veces se añade el hecho de que uno de los dos enamorados son los últimos representantes de su linaje o estirpe [Rosita queda totalmente huérfana, y no le queda nadie más que su criada Clara (4, II)], circunstancia que introduce una nota más de melancolía. Es habitual el refugiarse en un convento [7, IX, XI, XII], bien para eludir una dificultad, bien, al final de la novela, por despecho o para renunciar al mundo. [...] Al final las soluciones para estos conflictos amorosos sólo pueden ser dos: si los amantes logran vencer el obstáculo que los separaba, su amor y su constancia se verán premiados con un matrimonio dichoso [tal y como sucede con Fernando y Rosita, y el cura don Luis y María]; si no se alcanza ese final feliz, se planteará un caso trágico con la desesperación, la locura o muerte de los protagonistas [...].²¹

Destaca el carácter de los personajes. Cada uno de ellos obedece a una serie de delineamientos que no se confunde; cada uno de ellos, sean principales o secundarios, mujeres u hombres, están descritos con ciertas particularidades que le dan riqueza a las acciones pues éstas se matizan de acuerdo con la gradación social que representan. “Algunos de los personajes más arquetípicos, además del héroe [Fernando Hénkel], la heroína [Rosita] y el traidor [el comandante Montemar] son [...] el mendigo o peregrino

²¹ *Ibid.*, pp. 131-133.

[fray Evaristo], el bandolero [...] [Pedro el Otomí, alias el Tigre], el judío avariento [don Justo Amable] (muchas veces físico o curandero [el propio Tigre o María, su hija]) [...].”²²

Es un hecho dentro de la novela histórica la presencia de varios recursos relacionados con la intriga y empleados por Walter Scott en sus novelas. Así, varios de éstos están presentes en *El monedero*: en esta novela se da el desafío entre Montemar y Fernando, suceden las batallas durante el arribo del ejército norteamericano a la Ciudad de México y que tiene como consecuencia el enaltecimiento de mártires, próceres, héroes anónimos y, sobre todo, el arrojo, heroísmo y valentía del pueblo ante un ejército invasor que lo aventaja en estrategias, adiestramiento, armas y soldados; hay también raptos, conciliábulos, bailes, banquetes, persecuciones, bandidos y salteadores, votos, juramentos, superstición, conspiraciones, intrigas, venganzas; es muy habitual la aparición de videntes y curanderos, disfraces, etcétera, etcétera.²³

Debido a que no nos aproximamos a una buena cantidad de aspectos tanto temáticos como discursivos dentro la riqueza tan variada que desde el punto de vista literario ofrece *El monedero*, sólo queremos abordar el tema del Bien y del Mal, tan constante en la novela romántica. Pizarro aborda este tema a través de toda la novela, pero particularmente es entre el Tigre, fray Gil y María que lo considera. La crítica ha observado que es común que en la novela histórica del XIX los personajes presenten muy poca profundidad psicológica y de que hay una clara división del mundo en dos grupos, los buenos, muy buenos, y los malos, muy malos.²⁴ Como ya vimos, la descripción de los personajes del primer grupo coincide no sólo físicamente sino de manera psicológica también, belleza y bondad van unidas (Fernando, Rosita, el vicario, María) de la misma forma que van juntos el mal y la

²² *Ibid.*, p. 133.

²³ *Vid. Ibid.*, p. 134.

²⁴ *Ibid.*, pp. 128-129.

fealdad.²⁵ Sin embargo, el planteamiento a mayor profundidad respecto de esta dicotomía la hace fray Gil, cuya descripción no es agraciada, pero no es malo; el Romanticismo buscaba la verdad y lo bueno junto a lo grotesco. El total de estos planteamientos desemboca en una especie de sino predeterminado:

No te asustes por esto, María [dice el Tigre a su hija], cada cosa cumple su destino, y aunque quisieras, no habrías podido evitar lo que sucedió. Ya otra vez hemos hablado de estas cosas, yo pienso que sólo hay un destino y que éste es el Mal, tú crees que es el Bien, fray Gil creía que había los dos, el principio del bien y del mal; pero esto nada importa por ahora.²⁶

El aspecto que se debe destacar es que a través de esta exposición, Pizarro hace valer el concepto de voluntad de decisión respecto del fuero interno de cada quien; cada quien es libre de forjar su propio destino, en una suerte de ejercicio del libre albedrío, hecho que en fray Gil se expone como una suerte de lucha constante entre verdad y equivocación:

¡Al mundo no le ha bastado el culto de lo verdadero y de lo bueno, no se ha creído bastantemente protegido con el amor de Dios y ha inventado al Diablo como un espíritu de error, de odio y causa de todo lo malo que lucha siempre con el buen principio!

25 “La palabra fisonomía se repite casi hasta la saciedad en las novelas; debemos recordar que están de moda las fisiologías, así como los estudios de frenología y craneoscopia” (*Ibid.*, p. 129): “Pero lo más singular en la fisonomía de este hombre era la forma de la cabeza, larga en sentido contrario, respecto de lo que generalmente se observa en todos, a causa del gran desarrollo de sus partes laterales, por cuyo motivo los durísimos sombreros de Puebla que usaba, acaban por tomar una figura tan extraña como la horma a que se ajustaban, pareciendo siempre que los tenía puestos al revés. La frenología habría indicado, al observar el cráneo de Pedro el Otomí, entendimiento claro, en la elevación de la frente, falta de benevolencia y veneración, por la depresión en la parte anterior de la cabeza, instintos destructores, astucia y un gran valor por el desarrollo de las partes laterales; finalmente, un amor acendrado a su hija en las prominencias de la parte posterior del cráneo” (3, IV).

26 6, XII.

[...] Ley tan general ha sido ésta, hermanos míos, que a todos los humanos comprende, y el mismo Dios, cuando bajó al mundo, sufrió ser tentado del Demonio, quien tuvo la inesperada avilantez de pedir a la suma virtud, a la infinita bondad de Jesucristo, que rendido le adorase en cambio de no sé qué ciudades prometidas en recompensa. Sin el menor esfuerzo, hermanos míos, se conoce que en este ejemplo hay un símbolo perfecto de la eterna lucha de la verdad y del error, de lo bueno y de lo malo, en cuyo combate la virtud resiste a la persecución y a los halagos, al placer y al dolor...²⁷

El estilo en Pizarro concuerda con la extensión de la novela, es muy variado y responde a todas las perspectivas de enfoque, ya se trate de la descripción del paisaje, el enaltecimiento de los valores nacionales, el reducto náhuatl en la cultura, el discurso cristiano, etcétera.²⁸ Semejante al artículo, algunas aseveraciones las sustenta con argumentos tomados de diversas fuentes, las cuales cita al pie de la página. Por otra parte, este recurso de los llamados a pie de página tiene el fin de fundamentar la credibilidad, en abono al establecimiento del vínculo ficción-realidad. De todo esto, destaca la propiedad destinada al habla, la cual jamás se confunde con la voz del narrador. Quizás algunas de las dificultades de la lectura de la novela se centren en el abuso del párrafo largo, en donde a veces resulta necesario regresar al inicio para tener la certeza de que se trata del mismo asunto.

Dentro de la extensa gama de recursos que Pizarro utiliza en *El monedero*, vale la pena destacar el estilo indirecto libre:

²⁷ 2, v.

²⁸ Particularmente, en lo que respecta al paisaje: “Las descripciones de los diferentes lugares en que Pizarro hace transcurrir la acción son prolijas y detalladas, de una alegre minuciosidad, en la que se nota el gusto que siente al hacerlas. Al hablar del paisaje se solaza con él, se acerca, lo contempla y nos lo describe hasta en sus menores detalles. Este amor y esta observación por el paisaje es el mismo que sentirá José María Velasco, en la pintura, algunos años después. Es el academicismo, el naturalismo y el objetivismo en la literatura” (REYES DE LA MAZA 1957, p. 575).

—Pero, de lo que tengo, ¿qué cosa puedes necesitar? —dijo Fernando, pronunciando como si leyese en un catálogo los nombres de algunas máquinas e instrumentos que visiblemente no eran aceptables; luego añadió: ¿quieres un molino de papel en que pueden trabajar muchachos? (2, VII.)

Pizarro tiene la plena conciencia del manejo de este recurso en cuanto que los signos están colocados con una intención perfectamente definida.

—Tenemos gastados veinte mil pesos —dijo Fernando, y luego preguntó: ¿cuál ha de ser la total extensión de terreno para establecer la Nueva Filadelfia? (2, VII.)

En el primer ejemplo: “luego añadió:”, en el segundo: “y luego preguntó”, no hay guión indicador de que el narrador cede la voz al personaje, sino que, a través de la anulación del guión largo de diálogo, explota el recurso mediante el cual no queda claro si el narrador dice lo que dijo el personaje.

—Precisamente había formado para Luis este ramito —y le presentó a Fernando tres camelias de las que dos eran de un rojo muy apacible, diciéndole: se lo regalo a usted (2, X.)

Laura es la que habla después del guión, pero, sin colocar aparte (con el consabido guión después de los dos puntos) el “se lo regalo a usted”, no sabemos si el narrador dice lo que Laura dijo o lo hace ella misma.

La situación es distinta si el estilo narrativo es directo:

—¡Qué gusto tan exquisito tiene este señor Hénkel! ¿No es verdad, Clara? —Y sin esperar respuesta continuó—: Te aseguro que de todos los regalos que me han hecho en este día, es el que más me agrada (1, III).

O en este otro ejemplo, donde es más claro el estilo directo.

El joven carpintero le dijo, con la mayor urbanidad y aun con respeto, que allí vivía, ofreciéndole que pasara; pero Montemar, a quien no se le había quitado lo petulante, no sabiendo si había de entrar por la carpintería, le dijo con altanería: (4, v).

Con el empleo del estilo indirecto libre, las posibilidades se vuelven más sutiles, de tal modo que hacen más rico el discurso:

El bandido miraba de frente a Fernando con esa plácida satisfacción del buitre que sorprende un nido de pichones y le rebozaba el contento como al gato cuando tiene entre sus garras un ratoncillo mortecino. ¡Un rescate!, decía en voz baja, ¡de diez, de veinte, de treinta mil pesos! ¡Bocado es éste que me pertenece a mí solo y por el cual daría yo un brazo! ¡Está visto! La suerte de mi María queda por siempre asegurada con sólo imponer ese dinero, con las otras cosillas que he ahorrado, en una buena casa, pero veamos estas cartas. ¡Hola!, y están numeradas; comenzaremos por donde se debe, y leyó: (2, v.)

El narrador relata y describe las acciones de este personaje; pero cuando suceden estas interjecciones: “¡de diez, de veinte, de treinta mil pesos!”, no es posible saber si el entusiasmo es del propio narrador, o el narrador relata el entusiasmo del personaje. Pizarro señala invariablemente las acotaciones del narrador entre comas, las cuales, en nuestra edición, hemos sustituido por guiones cortos, tal y como se emplean actualmente; pero en un ejemplo como el anterior, las comas son indispensables pues vienen a reforzar el empleo de un estilo intermedio como el del ejemplo.

Uno de los rasgos característicos de la escritura decimonónica consiste en la acumulación de proposiciones incidentales y de oraciones independientes mediante el uso de la conjunción:

Mauricio entró a la recámara y pudo enterarse inmediatamente de toda aquella escena terrible y, sabiendo que el permanecer en casa por algunos momentos más era exponer a una muerte segura a los

valientes que le acompañaban y algunos ultrajes a las jóvenes, dijo a su hermana con voz resuelta: (4, III).

Dos rasgos son relevantes en la escritura de Pizarro: El primero consiste en la explotación de las combinaciones fraseológicas que permite el castellano, tales como la inclusión de predicados verbales compuestos, frases incidentales y proposiciones subordinadas, separadas por un efectivo uso de los signos de puntuación. En el ejemplo anterior vemos cómo este recurso le permite construir vívidas escenas descriptivas. El otro rasgo es el empleo de oraciones coordinadas que, por el uso de la conjunción copulativa “y” en una mala lectura, puede llegar a confundirse con estructuras sintácticas subordinadas, las cuales se incorporan a las coordinadas:

Mauricio acercó a la cama, en que estaba la huérfana, una mesa blanca de cortas dimensiones, y Clara extendió sobre ella un mantel limpio, pero viejo y algo agujerado; los cubiertos no eran numerosos, y aunque la criada de mandados, que era también la cocinera, había procurado darles lustre, no había podido quitarles las manchas que contrae el latón a poco tiempo de que se usa (4, IV.)

Son frecuentes también las construcciones extensas que no requieren puntuación:

Desde entonces se había persuadido de que necesitaba apoderarse de algún elemento muy influyente en la sociedad para que su consagración a las clases desvalidas produjese resultados sensiblemente benéficos y no viese esterilizar sus deseos y sus grandes proyectos en la impotencia (5, v.)

Pasando a otros aspectos, es muy singular el título de la novela, ya que, a diferencia de otras y donde el título, que forma parte de los paratextos,²⁹ hace referencia o mención al protagonista

29 GENETTE 2001, pp. 7-18.

(*El Zarco*), u otros títulos que anuncian el tema de la novela (*Los bandidos de Río Frío*) o que combinan en el título protagonista y tema (*Astucia, el jefe de los hermanos de la Hoja o los charros contrabandistas de la Rama*), el título de esta novela pertenece a aquellos títulos enigmáticos, “que no cobran todo su sentido hasta no leer la novela” completa.³⁰

Respecto del tratamiento del tiempo y el espacio, en *El momento* estos factores cumplen con una función estructurante, ya que, como se dijo arriba, la cuarta parte, cuyo desarrollo tiene que ver con la ocupación de la Ciudad de México por el ejército invasor, sirve de eje estructural, pues divide al total de la novela en dos partes: tres partes antes y tres después; en las tres primeras el marco histórico se refiere a la llegada de los invasores, en las tres últimas a la desocupación de la capital. Es típico de la novela histórica que aparezca “cierto desorden temporal y el narrador, que maneja a voluntad todos los hilos del relato, hace volver atrás al lector para atar cabos o explicar algo sucedido anteriormente; puede ocurrir que él mismo reconozca lo inconexo de su relato [...]. Es frecuente que nos cuente primero un hecho y después se vuelva para atrás para dar su explicación.”³¹ Para ello son frecuentes las explicaciones del tipo de: “Mientras que dejamos a México en poder de sus enemigos, veamos cuál fue la suerte de Fernando, a quien dos hombres conducían narcotizado para la gran gruta de Cacahuamilpa, en la noche del 13 de septiembre en que se perdió la capital” (5, 1). “Así pues, de la misma manera que el narrador decide a qué personaje debemos acompañar, también a su voluntad maneja el tiempo, como hemos visto; y lo mismo sucede con el espacio.”³² Ejemplo de ello es la ausencia de una explicación manifiesta del salto que hay de un año entre la segunda y tercera parte.

Finalmente, sólo queremos señalar aquí la importancia que tuvo el género espícolar en la novela romántica, donde frecuen-

30 MATA INDURÁIN 1998, p. 125.

31 *Ibid.*, pp. 141-142.

32 *Loc. cit.*

temente las cartas del propio personaje (o personajes) constituyen la novela; los ejemplos más destacados en la novela europea son *Las cartas portuguesas*, atribuidas a Sor Mariana Alcoforado; *La nueva Héloïse* de Rousseau, *Werther* de Goethe, *Las relaciones peligrosas* de Choderlos de Laclos, *Drácula* de Bram Stoker, *Memorias de dos jóvenes esposas* de Balzac, entre otras. En *El monedero* este género juega un papel tan importante que vale la pena hacer un estudio aparte, por la profundidad y trascendencia del tema: el vicario don Luis (quien sólo aparece como personaje al principio y al final de la novela) es el ideólogo y ejecutor de la Nueva Filadelfia y su participación protagónica a veces tan larga se lleva a cabo a través de este recurso.

IV. IDEOLOGÍA Y UTOPIA

1. LIBERALISMO, SOCIALISMO, COMUNISMO

COMO EN TODO PROCESO de pensamiento, el origen de un concepto tiene vínculos remotos y cercanos a su definición. Hay testimonio en Francia, donde se originó gran parte de la teoría socialista, de cómo algunas fuentes, en que se sustentó la Ilustración, se remontan a Platón, a Licurgo o a la organización espartana.¹ Con mayor obviedad se puede entender que los pensadores de la Ilustración encontraran ideas en el socialismo de la *Utopía* de Tomás Moro o en la *Ciudad del Sol* de Campanella.

El desarrollo que tuvo que asumir el hombre en su aspiración por ser él mismo el centro de sus preocupaciones inició en oposición no sólo al teocentrismo como una manifestación aislada del medioevo sino al complejo emanado de esta hegemonía y formado por la aristocracia terrateniente y la Iglesia: “Los privilegios eran aquí el patrimonio de la aristocracia y de la propia Iglesia; eran la propiedad de la tierra y el derecho a regir los destinos de los siervos. Privilegio era también la supremacía moral de la Iglesia y la facultad que tenía ésta de alimentar la

1 COLE 1980, t. 1, p. 24.

esperanza popular con las ofertas del más allá, a cambio de la sumisión y la miseria.”²

El largo proceso de la emancipación del hombre por el hombre mismo inició con el Renacimiento, en él, y frente al mundo “oscuro” de la Iglesia y el de la aristocracia medieval, creció paulatinamente la clase media, generadora de la independencia social. La presencia de los comerciantes y los pequeños industriales formó núcleos que originaron centros de comercio y en consecuencia se formó la ciudad. La lucha fue en contra de una pétrea y avasallante organización feudal, ésta era una muralla muy resistente, y fue esta circunstancia la que condicionó que una nueva sociedad se consolidara a través de la rebeldía ante la inminencia de grandes cambios. Las necesidades aumentaron y con ello surgieron las exigencias de derecho al trabajo, la libertad para invertir e incrementar capital y el requerimiento de una mejor situación dentro de la escala social; dichos factores, esgrimidos forzosamente mediante la razón, indirectamente generaron una nueva concepción del mundo que, como consecuencia, dio origen a dos sólidos bastiones: el Estado y la ciencia. Así, se manifestó una nueva corriente de pensamiento, la cual no se presentó como una doctrina específica, sino como un mosaico de convicciones que formaron un clima ideológico al que se le dio el nombre de “liberalismo”; su doctrina fue el mercantilismo y su filosofía política la doctrina del Estado nacional absoluto. El liberalismo fue un espíritu social y político con valores muy concretos y contingentes. Sin embargo, por ser la filosofía de la burguesía, llevaba consigo el virus de su propia corrosión.

El liberalismo promovió la ética del individualismo; el bienestar terrenal, el enriquecimiento y las satisfacciones materiales no tenían sentido sino en el terreno de lo individual. El eje de donde emanó esta ética era el trabajo, el cual, en sí mismo, era ya un acto moral: trabajar era rezar. A través de la experiencia

2 LÓPEZ CÁMARA 1962, p. 25. Salvo que la referencia sea distinta, de aquí en adelante *Vid.* LÓPEZ CÁMARA 1962, *pass.*

y de la práctica se fue generando una filosofía de la naturaleza que cada vez exigía más de la razón y de los resultados de la ciencia. Como puede verse, una de las condiciones de los efectos fundamentales de este proceso fue la liberación de la razón de la fe religiosa; la razón jugó un papel importante en el proceso de la individualización; el bienestar, el enriquecimiento y los bienes materiales no tenían sentido sino en el terreno de lo individual y para ello era necesario fundamentar a través de la razón que la felicidad, el bien y el goce de los recursos naturales estaban aquí en la Tierra.

De la misma forma que la ética liberal se opuso fuertemente a la ética cristiana, así el aparato del Estado se opone a la nobleza. El Estado implica la libertad individual, es la representación social de un poder delegado por acuerdo común.³ El privilegio divino del príncipe deja de tener significado para el liberal ante el Estado que adquiere el significado de un fenómeno natural. El poder civil petrificado ante la ciudad de Dios se despierta y se activa, de esta forma se sistematiza a través del aparato del Estado y de la ciencia; ante la dogmática concepción teológica y/o sobrenatural del mundo, se opone un nuevo concepto del universo.

El origen del liberalismo se remonta a Inglaterra y tiene como características principales que sus raíces no nacieran en un clima de violencia y enmarcadas dentro del fenómeno de la Revolución Industrial; no fue así en Francia, donde el proceso fue arduo y donde se tuvo que recurrir a las armas.

3 En su primera etapa, la representación más elocuente de los extremos filosóficos del Estado la proporciona *El Príncipe* de Maquiavelo, el cual es una exaltación cínica del poder estatal constituyéndose así el absolutismo liberal. La doctrina que encierra consiste en que el Estado está y debe estar por encima de todo supuesto derecho personal, de todo juicio moral y de toda restricción política que se intente imponerle en aras del ejercicio de la libertad. Se trata del ejercicio del poder absoluto porque no hay nadie a quien tenga que rendirle cuentas: ni a la moral, ni a la religión, ni a la libertad. Después del asentamiento definitivo del Estado Nacional y de su rigurosa fundamentación filosófica, vendría la reacción contraria, aquella en la que el espíritu liberal tendría que poner el acento en el dominio de la libertad individual, *vid.* LÓPEZ CÁMARA 1962, pp. 40-41, 45.

A pesar de que el ascenso al poder, por parte de la burguesía, fue lento, logró su preeminencia. Poco había sido el cambio del que gozaba la nobleza ante el advenimiento de la burguesía, si se advierte que el acceso o goce de la propiedad o la riqueza pertenecía a grupos, es decir, su distribución era parcial. Esto fue algo que no dejaron de advertir los filósofos de la Ilustración, quienes escribieron, frecuentemente y en forma de utopías, las críticas más mordaces de la sociedad coetánea. El virus corrosivo que alojaba el propio liberalismo fue la razón.

Si el liberalismo es la filosofía de la burguesía, el siguiente paso que se dio tuvo mucho que ver con la observación, el análisis y las críticas al individualismo que dejaba desprotegido a un gran sector de la sociedad. Si la razón fue el componente básico de la transformación de la sociedad burguesa o capitalista, ése fue también el elemento que impulsara una nueva ideología que buscaba una nueva actitud, ya no individualista, sino universalizante, denominada “socialismo” y que, aunque no contara con la fundamentación como lo definiera Engels y Marx bajo el concepto de “comunismo”,⁴ era una filosofía que estaba señalando la cancelación de lo particular. Particular era la burguesía como particular era su ideología; el socialismo se postuló por cancelar una y otra. El socialismo es una reacción en contra de una organización social estratificada, en contra de una ideología de una determinada clase social; descubrió que el liberalismo no había sido otra cosa más que la sustitución de un monopolio por otro. Así, el socialismo fue la filosofía de la supresión de todas las clases sociales, y, ante todo, la verdadera y definitiva filosofía universal.

No obstante se trate de una continuidad propiamente dicha, los principales ideólogos del socialismo francés: Henri de Saint-

4 La palabra “comunismo” “[f]ue deliberadamente elegida por el grupo para el cual Marx y Engels prepararon el *Manifiesto Comunista*, porque implicaba más que la palabra “socialista” la idea de lucha revolucionaria y tenía al mismo tiempo una conexión más clara con la idea de propiedad y goce comunes. Era, según ha explicado Engels, menos “utópica”: se prestaba mejor a ser asociada con la idea de la lucha de clases y con la concepción materialista de la historia” (vid. COLE 1980, t. 1, p. 15).

Simon y Charles Fourier tienen como antecedente la Ilustración en pensadores como Morelly, Meslier, el abate Bonnot de Mably y Rousseau. Por su parte, del socialismo en Gran Bretaña, representado por Robert Owen, se funda en pensadores como Francis Place y John Bellers.⁵

La palabra “socialismo” fue utilizada como caracterización de la doctrina saint-simoniana y apareció por primera vez impresa en el periódico francés *Le Globe* en 1832;⁶ no obstante, es ya un lugar común tomar como punto de partida el año de 1789 para señalar el inicio de los cambios revolucionarios que sufrió Europa; este año representa también el “punto de partida para un estudio del desarrollo de las ideas socialistas modernas”.⁷ En efecto, los hechos, que se sucedieron posteriores a la toma de La Bastilla, giraron en torno a la cuestión social, cuyo papel protagónico lo adquirió, no sólo porque se tratara de “un problema moral para un grupo de intelectuales y reformadores, sino como tema práctico y reincidente que implicaba un conflicto real y amenazador entre los ricos y los pobres, entre los propietarios y los no propietarios, entre las clases privilegiadas y la antigua sociedad y los no privilegiados del «tercer estado»”.⁸ Aquí cabe señalar que el socialismo durante la época de la Ilustración y la del Romanticismo no tuvo repercusiones como transformación efectiva en el terreno social debido a que los documentos que dejaron sus representantes, y dadas las circunstancias, fueron esencialmente teóricos.

[...] fueron pensadores casi aislados, que se hallaban en la periferia de un vasto movimiento intelectual con un gran contenido democrático y liberal, pero sin nada específicamente socialista en

5 Vid. COLE 1980, t. 1, pp. 9-18 *pass*.

6 Saint-Simon está considerado como el primer teórico de la sociedad industrial; es, también, el precursor de la “fisiología social”, también llamada “física social”, rebautizada por Auguste Comte como sociología. Por ello se le considera el fundador y primer iniciador de la sociología.

7 COLE, *op. cit.*, p. 19

8 *Ibid.*, p. 20.

sus ideas esenciales [...]. Estos críticos sociales, no eran necesariamente en modo algunos revolucionarios y rebeldes: algunos de ellos hicieron sólo modestas propuestas prácticas de cambio, y la mayor parte de ellos puso su esperanza mucho más en la educación y en el desenvolvimiento de la racionalidad que en un levantamiento de los oprimidos. Tendían a escribir “utopías” o a construir modelos de una sociedad perfecta y reglas para su conducción; pero las utopías del siglo XVIII no eran proyectos prácticos de organización social sino sueños agradables que daban una lección de actitud y conducta moral.⁹

Si se toma en cuenta que las palabras deben hacer justicia a los hechos, el origen del término “socialismo” va íntimamente relacionado con la necesidad de un “orden social nuevo, basado en una concepción económica y social de los derechos humanos”¹⁰. De la cuestión social deriva la aglutinación de las líneas afiliadas al socialismo. Esta “concepción” tiene sus lazos en el ideal de una organización social igualitaria en la propiedad y en los ingresos, ésta fue concebida en una organización de comunas libres. De ahí que de la propuesta de la vida en comuna derivara hacia el concepto de “comunismo”: “Comunismo fue otra palabra que empezó a usarse en Francia durante la fermentación social que siguió a la revolución de 1830 [...] se hizo de uso corriente hacia 1840 para designar las teorías de Étienne Cabet. Tal como la usaban los franceses, evocaba la idea de la *commune*, como la idea básica de la vecindad y el gobierno autónomo, e indicaba una forma de organización social basada en una federación de «comunas libres».”¹¹

El pensamiento de Saint-Simon tuvo un proceso que evolucionó hasta su madurez. En este aspecto final es que se halla reflejado en la obra de Pizarro, principalmente a través de la obra más trascendental de Saint-Simon: *El nuevo Cristianismo* (1825).

9 *Ibid.*, p. 19-20.

10 *Ibid.*, p. 10.

11 *Ibid.*, p. 15.

La difusión del pensamiento de Saint-Simon se hizo a través de sus discípulos y muy probablemente fue así que llegó al autor de *El monedero*, pues en la obra de éste se advierten algunos de los postulados principales que recopilaron los saint-simonianos en la publicación *La doctrina saint-simoniana* (1826-1828), a saber: en primer lugar, la forma adecuada de la organización de la sociedad es la asociación y esta organización debe hacerse bajo una dirección técnica especializada; en segundo lugar, en la industria científica debe cumplirse la misión civilizadora, y en tercer lugar el orden pacífico de una organización industrial, científica y económica, un orden que, una vez establecido, no se necesitaría ningún poder militar o policiaco para asegurar su marcha. A partir de estos principios se pueden derivar algunos aspectos que se cumplen puntualmente en *El monedero*: en principio está la insistencia de que toda acción social ha de ser la mejora de la clase más numerosa y más pobre, la exaltación del trabajo y de los derechos de los productores, la necesidad de una planificación económica central, la defensa de la igualdad de los sexos.¹²

El primer socialismo, el de Henri de Saint-Simon, Charles Fourier, Etienne Cabet y Robert Owen, es un socialismo que no se desprende del concepto de propiedad, pero que tiene el significado de hacer manifiesto el antagonismo entre ricos y pobres. En este socialismo aún no protagonizaban los obreros, no era un movimiento de las masas; la preocupación estaba centrada en los campesinos. Aún hacía falta más tiempo para que la Revolución Francesa surtiera efecto en otros tres cambios revolucionarios: el político y social, el industrial y el agrario.¹³

Pizarro es heredero directo de este socialismo posterior a 1789, tomando en cuenta que este es el año que convencionalmente se toma como punto de partida de las ideas socialistas. A través de su novela aparecerán las preocupaciones del socialismo francés posterior a la toma de La Bastilla, producto de la ideología socialista del siglo XVIII; no obstante aislados por estar

12 Cf. COLE 1980, t. 1, pp. 58-68 *pass.*

13 Cf. COLE 1980, t. 1, pp. 9-18 *pass.*

en la periferia de algo prevaleciente como el liberalismo y la democracia. Sin embargo, hay en Pizarro la creencia derivada de la Ilustración de que la felicidad humana es el objetivo de la política social, y, a través de ello, el progreso continuo de la perfectibilidad humana. Al igual que los filósofos de la Ilustración, que no eran revolucionarios ni rebeldes, denuncia la coexistencia de la riqueza, el lujo y la indigencia; sin embargo, no se queda, como estos antecesores, en la simple intención de la reforma moral o de la crítica social, sino que agrega acciones para transformar un modelo en un proyecto factible de una sociedad rayana en la idea de la perfección, a no ser por la descripción tan detallada de lo que sería la administración de la asociación, que incluso serviría de modelo de lo que debería ser este factor para los administradores del Estado. Con relación al primer socialismo, donde aún se defiende el sentido de propiedad, sólo que distribuida entre todos (en manos de quienes la trabajan), Pizarro va más allá, es decir, a la vanguardia de lo que sería bautizado como comunismo, pues en la Nueva Filadelfia no hay un dueño o un patrón; escribe en el epílogo:

—¿Quién será el dueño de estos terrenos? —preguntó el Presidente—; debe ser un verdadero liberal el que trata tan magníficamente a sus sirvientes.

—Señor —dijo el soldado—, estos terrenos no son de ninguno en particular.

En varias instancias de la novela, hay un franco reflejo en Pizarro de las críticas que los filósofos de la Ilustración hacían a la sociedad burguesa; resulta muy singular y por tanto revelador que antes que utilizar la bandera de la denuncia, nuestro autor exprese, en boca de uno de los ricos comerciantes, la toma de conciencia de abogar y poner su fortuna por la necesidad de los menesterosos y retornar al camino del catecismo cristiano:

Mi buena madre tuvo el gusto de verme rico antes de morir; pero, ¡cosa singular! habiendo sido todo su anhelo en los últimos años de su vida el aumentar nuestro caudal, cuando me hallaba yo cer-

ca de su lecho de muerte, una sola cosa me encargó con repetición: “¡Hijo –me decía, con esa voz apagada de los moribundos–, no basta que socorras de vez en cuando a los pobres, como veo que lo haces; devuélveles luego que puedas lo que has sacado de ellos injustamente por nuestras inmoderadas ganancias, que deben haber reagrado su situación; mejor es sufrir la miseria que causarla [...] (2, VIII).

De lo que Pizarro habla es de los excesos en que caían los comerciantes al no haber una legislación que regulara el comercio, hecho que se aúna, de igual forma y entre otros, a la explotación que en el medioevo se hacía del siervo por parte de la nobleza, y en el siglo XIX al peón por parte del hacendado o del capitalista, origen de donde se desprendería lo que más tarde Marx expone como el excedente económico, bautizado como “plusvalía”, generado por la fuerza del trabajo en el proceso de producción capitalista.

Dos de los aspectos que bien vale la pena destacar respecto del liberalismo es que en la medida en que si bien éste reclamaba la igualdad, ésta era válida solamente ante la ley, pues la base fundamental del liberalismo era la defensa de la propiedad, y, ante este hecho, por su propia naturaleza se anulaba la igualdad económica. El otro aspecto es que el liberalismo no se independizó del dogma; jamás, pero ni siquiera de soslayo, propuso algo con lo cual sustituir al credo cristiano. Circunstancia que pasó tal cual al socialismo, ya que éste, en un principio estuvo fuertemente inspirado por el evangelio del amor al prójimo, la fraternidad y la igualdad. De acuerdo con la congruencia de la época, no era necesario anatematizar estos principios, pues el objetivo del socialismo se argumentaba muy bien desde los postulados de la religión cristiana:

Me parece oír las voces de las milicias celestes que saludaron la venida del Salvador al mundo diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad! Mi alma rebosa de esperanza al pensar que esta pequeña semilla evangélica que ustedes van

a sembrar, que ha estado como guardada por tantos siglos, desde que la religión se ha hecho sólo de signos y de ceremonias, porque sobre la caridad que se difunde ha estado el interés individual que todo lo concentra, producirá la realización de una famosa profecía llenando a los necesitados de bienes sin quitárselos a los ricos, pues que muy al contrario, éstos son los naturales apoyos que la Providencia nos ofrece para hacer algunos esfuerzos en favor de los pobres, llamando a éstos para una vida laboriosa y al mismo tiempo libre, digna de seres racionales, a quienes nunca abatirá el cuidado del alimento diario, en una asociación más perfecta, porque estará fundada en el verdadero cristianismo.¹⁴

El eco de las 95 tesis de Lutero se escucha a través de *El monedero*; como una manifestación de la conveniencia del protestantismo en la novela, se da por hecho la imperiosa necesidad de que los ministros de la Iglesia puedan contraer nupcias. En la primera parte hay un capítulo, cuyo título es por demás revelador: “Socialismo”.¹⁵ El recurso que Pizarro maneja (como sucede en la mayoría de los ideólogos del primer socialismo), para fundamentar la igualdad y el bienestar social, lo confirma en la Biblia, pues están en concomitancia al referirse a un objetivo común: “«reunir algunas familias necesitadas para que practicando sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviesen como los primeros cristianos entre quienes eran los bienes comunes»” (1, XII).

Pizarro señala con especial atención la fuente e incluso la glosa:

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Aún no puede percatarse el lector de las intenciones de Pizarro en las primeras páginas de la novela cuando presenta a Fernando, el protagonista, quien es objeto de calumnias y donde utiliza por primera vez la palabra “socialismo”: “En la carta se le denunciaba a éste el amor que el maquinista profesaba a Rosita, asegurando que se jactaba de ser correspondido, afeando sus pretensiones y su carácter, presentándolo como un espíritu inquieto que en todo meditaba reformas y llamándole corifeo de la canalla a la que predicaba el socialismo” (1, III).

El vicario hojeó rápidamente el libro que tenía en las manos hasta encontrar los Hechos de los apóstoles, leyó enseguida con mucho cuidado el capítulo segundo en que se refiere que el Espíritu Santo bajó sobre ellos, y les dio el don de lenguas; y redoblando todavía más su atención en el versículo 44 que hemos copiado en la nota, repetía traduciendo: *Omnes etiam qui credebant*. “También todos los que creían,” *erant pariter*, “estaban juntos, se trataban de la misma manera, con entera igualdad,” *et habebant omnia communia*, “y tenían sus bienes todos en común” (1, xii).

En *El monedero* se advierte la autoridad del novelista y del pensador. Desde esta última perspectiva, la notoriedad del análisis que hace Pizarro de la situación de México a mediados del siglo xix está destinada a la propuesta de una visión en la que trasciende la Constitución de 1857 hacia lo que debería ser el pueblo mexicano “diez años después” del triunfo de la Reforma. Es decir, *El monedero* ilustra o vislumbra el México del futuro si la Reforma se aplica hasta sus últimas consecuencias. Por ello, respecto del epílogo, María del Carmen Millán reflexiona:

¿Cómo terminar la novela sin que los hombres más prominentes de la Reforma tuvieran oportunidad de asomarse a la Nueva Filadelfia? Cuando Juárez, el presidente legítimo, escapa de las garras de los pronunciados y sale de Guadalajara con dirección a Colima, descansa con sus acompañantes en el pueblo de Atoyac y pasa cerca de la Nueva Filadelfia; Ocampo, Santos Degollado, Manuel Ruiz, León Guzmán, que llevaban como enseña la Constitución del 57, se detienen a contemplar el espectáculo; un guía les da los datos necesarios y explica a Ocampo el porqué del nombre griego, “Filadelfia”. Luego... ¿era posible que aquellos afanes cristalizaran? ¡Qué reconfortante pensar en una realización tan cercana y tan vigorosa!

Ya era fácil seguir adelante.¹⁶

16 p. 191.

Cuando Altamirano asegura que uno de los dos temas centrales en *El monedero* era “el socialismo en su aplicación práctica en nuestro país, [que] es la teoría del falansterio, no enseñada especulativamente por Victor Considerant”, etcétera, evidentemente que se refiere a la pormenorización tan detallada con que Pizarro describe la organización de la Nueva Filadelfia, de ahí que Altamirano la considere una “aplicación práctica”.

Aquí cabe destacar varios de los aciertos de la novela: en primer lugar, Pizarro se anticipa a los socialistas que tocaron diferentes aristas derivadas de las teorías de Saint-Simon y las de Fourier. *El monedero* es la primera exposición muy anticipada del falansterio en México, pues, como se sabe, más tarde Plotino Rhodakanati, en su *Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: el falansterio* (1868), se ocupa en la exposición de este aspecto, pero sin el detalle como lo hace Pizarro al describir cómo debía organizarse la sociedad ideal para abolir las imperfecciones y las desigualdades.¹⁷

Hay también en Pizarro otras anticipaciones. El conocimiento cabal de la situación de su tiempo le permite tener conciencia de las necesidades sociales, va más allá de las alternativas que las corrientes de su tiempo proponen; se adelanta en mucho a la necesidad de la creación de los ayuntamientos y la función que deben desempeñar en la organización social:

Pizarro, diez años antes de la Comuna de París, y anticipándose a la idea que expondría Ignacio Ramírez, veía en los Ayuntamientos el principio de la reforma social: su organización y posibilidades

¹⁷ A pesar de que hay algunos antecedentes, ninguno supera, ni antes ni después de Pizarro en México, la descripción minuciosa con la intención de dejar el diseño de una utopía que se pueda llevar a la práctica:

“En el proceso revolucionario, y en una línea pre-socialista que debe mucho a los autores franceses del tipo de Morelly, Meslier y Babeuf, encontramos al economista y canónigo fray Francisco Severo Maldonado (1775-1823), [...] autor de una obra utópica como es *El triunfo de la especie humana*.

“A su generación, y en algún sentido a su misma orientación perteneció el cura de Tabasco, y senador de la República, José Ma. Alpudre [...]” (vid. RAMA 1977, p. LI1).

“encerraban verdaderamente el germen de todas las mejoras socialistas”, llevando su examen a señalar el deber de la comunidad municipal para los desvalidos; no como proteccionismo, sino adelantándose a las garantías sociales para asegurar a los hombres, a través del municipio, su derecho al trabajo, a la salud y al amparo en la vejez.¹⁸

Hay también en Pizarro la anticipación de lo que cien años después se cumpliría a través del agrarismo y que, en parte, aún persiste en la actualidad en el sistema ejidatario: habiéndose establecido el Ayuntamiento se activa el sistema de los “minorazgos”.¹⁹

No obstante la trama novelesca, es decir, incluso los episodios considerados como meramente ficcionales ante el manejo de los hechos históricos, todo cuanto sucede directa o indirectamente en *El monedero* es resultado del antagonismo entre liberales y conservadores, en medio de ello la espada desenvainada de la Reforma; como desenlace, de una parte de la acción, también, los episodios de la Invasión Norteamericana.

El lapso sucedido desde la consumación de la Independencia hasta la promulgación de las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857 ha sido la duración de los últimos alientos que diera el mundo colonial; uno de los motivos recurrentes a través de la novela es el de las obvenciones parroquiales, las cuales “–por los altos aranceles que imponían, dados los ingresos habituales de la época– encadenaban a los campesinos y a sus familias al hacendado y, a la vez, obligaban a sostener, durante toda la vida, a los párrocos, quienes recibían el dinero que el patrón prestaba al

18 GARCÍA CANTÚ 1969, p. 164.

19 1º Pasarán de padres a hijos, prefiriéndose el menor de los que vivan y por esto se llamarán **minorazgos**.

2º No podrán enajenarse, ni empeñarse, ni dividirse, y el que algo diere por cualquiera de estos motivos lo pierde.

3º El que tenga otra posesión territorial, igual o mayor a la que se va a repartir que es de una fanega de sembradura por cada familia agraciada, sea que esa propiedad le venga por herencia, por compra o por cualquiera otro título, no podrá adquirir un minorazgo.

campesino para cumplir con los sacramentos de la Iglesia”.²⁰ El otro aspecto, que completaba esta cadena insalvable, era aquello que Saint-Simon señalaba que había que acabar, es decir, “con la dominación de los ociosos o sea la nobleza y los militares”.²¹ Estos últimos, a través del ejército, imponían el servicio de los civiles mediante la leva, la cual, de paso, servía al hacendado para deshacerse de aquellos hombres indeseables debido a muchas razones, pero todas ellas injustas.

El reformismo radical de Pizarro viene desde el momento en que trasciende al socialismo utópico y se anticipa al comunismo. Sin embargo, la presencia de su realidad inmediata lo hace partícipe activo de la ideología liberal y, además, la de ser un hombre convencido, ante las injusticias sociales, de la inminencia del socialismo. En el orden en que se da la secuencia de las partes en que se divide la novela y sus capítulos, lo primero que pone en evidencia son sus críticas respecto de quienes integran el partido conservador. La novela comienza con la narración del retiro que las familias acomodadas hacen en San Ángel,²² con el objetivo de evidenciar la falsa aristocracia del México de ese entonces y, aunque en realidad es un pretexto para presentar al protagonista cuyo origen indígena lo tiene predeterminado (y de ahí la aberración de sus aspiraciones por depositar su amor en una joven de la aristocracia), en última instancia el hecho es que este aspecto social es uno de los motivos que generan el arranque de

20 GARCÍA CANTÚ 1969, p. 169.

21 COLE 1980, t. 1, p. 49.

22 El Pedregal de San Ángel está descrito prolijamente con el objetivo evidente de destacar las cualidades de un paisaje que por lo heterogéneo pudiera ser irrelevante; sin embargo, Pizarro crea el precedente de que, por esa diversidad del suelo, San Ángel abriga un especial asombro que la Naturaleza tiene reservado para el visitante y para aquellos que se retiran a sus residencias construidas a propósito para pasar la temporada de primavera y verano. Más tarde, Manuel Rivera Cambas en su *México pintoresco, artístico y monumental, 1880-1883* (402-426), describe con detalle de lo que literariamente ha dejado testimonio Pizarro. Después de Rivera Cambas, Francisco Fernández del Castillo publica hacia 1913 sus *Apuntes para la historia de San Ángel y sus alrededores*.

la novela.²³ La falsa sociedad es, dentro de otros, un parámetro que determina la necesidad apremiante por fundar la Nueva Filadelfia. Ideológicamente es muy significativo el manejo que el narrador hace del término “positivismo”, pues con él define la actitud de esa falsa aristocracia.²⁴

El monedero es la única novela mexicana del siglo XIX que recoge profusamente las ideas de los socialistas franceses de ese siglo; las tesis sociales de Pizarro no sólo quedaron expuestas con amplitud en esta novela, sino que las presentó en un tipo de discurso muy usual en la época, el catecismo. Es aquí donde quizá éste pueda ser una de las atribuciones que expliquen la suerte adversa de la novela respecto de su difusión pues, como sabemos, a Gabino Barreda (*El Semanario Ilustrado*, 1868) le correspondió dictaminar la pertinencia del *Catecismo moral*, escrito y propuesto por Pizarro, ya que éste consideraba que su libro cubría los requisitos que establecía la escuela laica. Barreda advierte un inconveniente: no se puede proponer y por tanto utilizar un texto en que se antagoniza, en el que se propicia el enfrentamiento:

23 En Pizarro se confirma la opinión de que el objetivo de la Revolución Francesa, antes que crear el socialismo como movimiento social, fue el de convertir, de hecho, en una lucha política el antagonismo entre ricos y pobres (*vid.* COLE 1980, t. I, p. 26). Esta misma situación, del mismo modo que fue el origen de la Revolución Francesa, es el germen que presenta Pizarro como inicio y pretexto de todo lo que ocurre en la novela: el antagonismo entre la burguesía y el pueblo, entre la clase acomodada y los pobres y, en última instancia, entre conservadores y liberales; de ahí la prédica de Fernando al artesanado, a los pobres, en fin, a la “canalla”, de la doctrina socialista: “En la carta se le denunciaba a éste el amor que el maquinista profesaba a Rosita, asegurando que se jactaba de ser correspondido, afeando sus pretensiones y su carácter, presentándolo como un espíritu inquieto que en todo meditaba reformas y llamándole corifeo de la canalla a la que predicaba el socialismo” (I, III).

24 “[...] concurren a establecer una especie de fraternidad aristocrática que les hace olvidar los males públicos y privados, dando pleno dominio a la filosofía práctica de este siglo, que muchos encuentran compendiada en la sola palabra, positivismo: «vivir es gozar», he aquí la contraseña universal: el dolor, que según algunos afirman, viene siguiendo siempre las huellas del placer, se detiene ante las puertas de San Ángel” (I, I).

Pizarro no se mantiene en el terreno de lo neutral, sino que esgrime una serie de ideas en contra de la religión católica; se hace portaestandarte de un grupo de ideas en contra de otro. Barreda piensa que aceptar como texto oficial dicho libro viene a ser tanto como declararse en contra de las Leyes de Reforma, así como contra las leyes de la justicia y la equidad, pues a esto equivaldría el mostrar preferencia por una determinada doctrina que, por muy aceptable que fuese, no representaba a los intereses de toda la sociedad. [...] El autor del *Catecismo moral* podía pensar como particular lo que quisiera; lo que no podía era hacer sostener al gobierno sus ideas en contra de las ideas particulares de otros miembros de la sociedad; tal cosa sólo podía llevar al desorden.²⁵

Para sostener esta tesis, Barreda señala lo improcedente que es la propuesta de que los ricos vendan sus propiedades y las repartan a los pobres. Si bien el argumento de Pizarro en el *Catecismo*

25 ZEA 2002, p. 114.

En este sentido, lo mismo se podría decir del positivismo configurado por Comte, pues Gabino Barreda no cuidaba otra cosa al proponer esta “religión de la humanidad” sin provocar el desorden.

La implantación del positivismo como religión hubiese sido contraria a las ideas religiosas de la mayoría de que nos habla Barreda, lo que habría provocado nuevamente el desorden, la guerra civil. Gabino Barreda, consciente de la realidad mexicana, no toma del positivismo sino aquel conjunto de ideas que no provoque en el ánimo de los mexicanos la discusión que podía ser llevada al terreno de las armas. Del positivismo no quiere obtener otra cosa que una base ideológica que haga posible la paz. Se adopta del positivismo su abstención a indagar o interpretar toda teoría tanto teológica como metafísica; por medio de dicha abstención se quiso evitar toda controversia y discusión, y con ello todo motivo de desorden que pudiese degenerar en lucha armada. *Ibid.*, p. 115.

Por este motivo, Horacio Barreda consideraba que los positivistas mexicanos eran incompletos ante los completos y que por ello no se podía dar a los positivistas el nombre de comtianos. “Positivistas completos [...] no son sino aquellos que en todas sus investigaciones aplican el método positivo; y positivistas incompletos son aquellos que se sirven de otros métodos que no son los positivos” (Horacio Barreda, *apud*. ZEA, p. 18).

parte de una cita que hace de Renan,²⁶ esta semilla ya está dada desde *El monedero*. Un próspero comerciante, que decide llevar a la práctica la doctrina cristiana, decide vender todas sus pertenencias, entregar esa riqueza al padre don Luis para que con ella beneficie a los pobres, de donde se origina la multiplicación de la misma, e irse a predicar a la sierra Tarahumara convertido en fray Evaristo. Es con esta tesis que Barreda sostiene la desaprobación del *Catecismo de moral* de Pizarro, con la cual se hace evidente de qué manera la filosofía positiva se adapta en México para justificar los intereses de la clase social acomodada.

En la época de Jesucristo, decía Barreda, la riqueza era el resultado de la conquista y la expoliación sin fin social alguno, por lo que tenía una razón de la que se carecía en los tiempos modernos. Dos mil años después la civilización militar había sido reemplazada por la industrial. La propiedad, entonces, no debía ser atacada ni educados los niños y los jóvenes poniendo en duda sus fundamentos. Barreda se opone también a las ideas de Pizarro para que el Estado interviniera en la economía; dicha tesis la calificaba Barreda de regresiva y opuesta al interés social. “Lo que le reprocho al *Catecismo*, afirmaba, no es el que trate de corregir este funesto abuso –el de la usura–, sino el que quiera recurrir para ello a la coacción civil, que no sólo se convierte en intolerable tiranía y en motivo de nuevas inmoralidades, sino que además es insuficiente para alcanzar el objeto que se busca.” El *Catecismo moral* contenía una lección partidaria de los que nada tenían y, por consiguiente, daba un móvil para que se aspirara a que la riqueza fuera repartida.²⁷

Para la época en que se publica el *Catecismo de moral*, el Partido Liberal se había dividido en dos fracciones rivales por el poder, la que apoyaba al gobierno de Juárez y la que impulsaba a Porfirio

26 “Renan sentencia en su *Jesús*: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y repártelo entre los pobres»” (GARCÍA CANTÚ 1969, p. 170).

27 *Ibid.*, pp. 170-171.

Díaz, la cual fomentaba el levantamiento armado e incentivaba el descontento popular. No es remoto imaginar de qué bando estaba Barreda y de cuál Pizarro; de modo que si Pizarro estaba a favor de la repartición de la riqueza y dado que en la nación sólo había pobreza y riqueza, el motivo era más que escandaloso ante la pequeña burguesía cuya ideología, expresada por Barreda, consistía en la provocación del desorden con un programa ideológico como el de Pizarro contenido en el *Catecismo*.

La única posición razonable era la de respetar el estado de cosas tal cual era sin permitirse juzgar la situación prevaleciente. La riqueza era un instrumento de progreso social y si ella estaba en manos de los ricos, había que dejarla donde estaba. Lo único que a la sociedad debía importarle es que la riqueza sirviera al progreso social; es decir, que fuera instrumento de su adelanto protegida por el Estado. En cuanto a los abusos, lo único que cabía hacer era apelar a la conciencia moral de los ricos. Entre Barreda y Pizarro, en la crítica del uno y el *Catecismo moral* del otro, se advierten los extremos teóricos de la época: en uno la concepción social de la propiedad burguesa y del orden público; en el otro, la aspiración a que la riqueza fuera repartida con equidad y que el Estado la regulara a favor de los desheredados. La Reforma contenía las dos actitudes, las dos ideas.²⁸

Otro aspecto que hipotéticamente puede esgrimirse respecto de la suerte adversa de la difusión de *El monedero* es que, dado el desprestigio en que cayeron los discípulos de Saint-Simon en el sentido de que fueron calificados de “chiflados, o los denunciaron como enemigos de la moral y la sociedad”,²⁹ a la obra de Pizarro pudiera considerársele como un mal social. Visto así, desde el desprestigio en que habían caído las doctrinas saint-simonianas, es muy probable que no fuera ajeno a Barreda el desprecio de los saintsimonianos por la economía no dirigida,

28 *Idem*.

29 COLE 1980, t. 1, pp. 62-63.

auspiciada por el *laissez-faire*, y la total indisposición para trabajar a través de cualquier forma de gobierno político.³⁰

Si en la ideología de Pizarro la preocupación por vigorizar la Reforma y en apoyo a la clase trabajadora se nutrió eclécticamente tanto de la Ilustración, del “primer socialismo”, así como también del llamado “socialismo de transición”,³¹ destacan, particularmente en *El monedero*,³² las teorías de François-Marie-Charles Fourier. Si encontramos en la novela la importancia de las máquinas para efectivizar la producción agrícola, como un eco de las propuestas de Saint-Simon y Robert Owen del uso del conocimiento científico y tecnológico para lograr una producción abundante, eficiente y a gran escala, por sobre esto está la idea fourierista de las comunidades pequeñas, donde destacan las virtudes de la vida sencilla.³³ Si se compara cómo se manifiesta el cultivo de las artes en el México de la novela respecto de la Nueva Filadelfia, notaremos que ésta, semejante a la de la Edad de Oro referida por Virgilio, Ovidio, Hesíodo, Séneca o Cervantes, va acorde a la aspiración de esa vida sencilla propuesta por Fourier;

30 No se debe pasar por alto que “el Saint-Simon de las primeras opiniones fue precursor de Augusto Comte, el Comte de la Filosofía Positiva, más bien que el de la «Política Positiva». El positivismo de Comte fue en realidad, y esencialmente, un desarrollo de las ideas de Saint-Simon, cuando Comte era su amanuense y alumno. A Comte le desagradaba que le recordasen esto. Se apartó pronto de Saint-Simón, sobre todo por su oposición al aspecto religioso de la doctrina última de Saint-Simón; no obstante, Comte mismo, en sus fases posteriores, llegó a una opinión que tenía mucho de la doctrina del «nuevo Cristianismo» de Saint-Simon, y también reflejó la concepción de Saint-Simon acerca de los sabios como dirigentes de la educación y consejeros del Estado” (COLE 1980, t. I, p. 55).

31 “[...] «socialismo de transición», o de la generación del 48 (Pierre-Joseph Proudhon, Louis Blanc, Auguste Blanqui y otros), dominando la escena intelectual de sus respectivos países, donde su presencia es inseparable del período 1800 a 1845 aproximadamente” (RAMA 1977, p. XI).

32 *Vid.* particularmente el capítulo La Nueva Filadelfia (2, VII) y Las cartas del padre don Luis (3, v, VI, etcétera).

33 Fourier consideró como ideal para integrar un falansterio un número de 1,600 a 1,800 personas que cultivasen alrededor de 5,000 acres de tierra (COLE 1977, t. I, p. 73). Por su parte, Pizarro considera que cada una de las Filadelfias debe estar integrada de 200 a 250 personas.

para lograr este fin “era necesidad fundamental que el trabajo del cual tenían que vivir los hombres fuese en sí mismo agradable y atractivo, no sólo beneficioso en sus resultados”.³⁴ Está presente también, como ya vimos, la propuesta por parte de Pizarro en el vicario don Luis, la importancia de las satisfacciones no sólo espirituales, sino también biológicas; así, para Fourier, el “tema fundamental fue que la organización social adecuada no tiene que tender a desviar los deseos humanos, sino hallar la manera de satisfacerlos en forma que conduzca a la armonía en lugar de la discordia”.³⁵ De acuerdo con la experiencia de que la rutina permanente conducía a los seres humanos al hartazgo, hallamos frecuentemente en *El monedero* el rechazo constante hacia este vicio laboral como un reflejo de lo que para Fourier era “que ningún trabajador tuviese una sola ocupación. Creía que todos debían trabajar en ocupaciones distintas, pero en ninguna más que un poco de tiempo”.³⁶ Y, también, lo que en Pizarro hallamos casi como una máxima: “Dentro de cada día de trabajo, los miembros de sus comunidades pasarían continuamente de una ocupación a otra, de modo que nunca sintiesen el fastidio del esfuerzo monótono.”³⁷ Siguiendo a Fourier, para Pizarro la agricultura es la ocupación principal, de tal manera que de fuera hacia adentro la distribución de la comunidad está integrada por los campos de cultivo: trigo, cebada, frutales, viñedos, hortalizas, algodón, etcétera. Se trata de una distribución de círculos concéntricos cuyo centro es una rotonda donde se reúnen todos los colonos. En términos generales, la teoría de Fourier ha sido asimilada por Pizarro y adaptada al contexto mexicano: “Las comunidades de Fourier se llamarían *phalanstères* (falanstérios) de la palabra griega *phalanx*. Debían habitar en un gran edificio común o en un grupo de edificios, bien dotados de los servicios comunes, incluyendo *crèches* (casas cuna) en donde los

34 COLE 1980, t. I, p. 69.

35 *Ibid.*, p. 70.

36 *Ibid.*, p. 71.

37 *Ibid.*, p. 72.

niños pequeños podían ser atendidos comunalmente.”³⁸ Pizarro, en la primera parte de la novela, ejemplifica la vida en común del falansterio de la siguiente manera:

En un hotel, por ejemplo, cada huésped tiene su cuarto, su cama, su luz, su comida, por un precio idéntico al del cuarto vecino, con quien para nada tiene que disputar, ni reñir, ni rivalizar; puede haber cien pasajeros sin que se perciba el ruido de diez; si alguno es díscolo, el administrador le hace salir de la casa en nombre del interés de todos, con la cooperación de todos si es necesaria y los noventa y nueve quedan en paz. Viajan unos pasajeros en la diligencia; se coloca a las señoras en los mejores lugares, los hombres se saludan con urbanidad, comienza a caminar el carruaje, los más comunicativos abren la conversación y toma en ella parte el que quiere; si ocurre algún contrat tiempo, alguna desgracia, se auxilian y el resultado es que, al llegar al término del viaje, se han contratado algunas amistades que suelen ser muy durables. He aquí dos ejemplos de vida común, temporalmente, que a nadie alarma, que todo el mundo acepta siempre que tiene necesidad y que por muchísimas personas se encuentra preferible, y siempre menos costosa, al aislamiento de una casa privada y al viaje en un carruaje particular. ¿Por qué, pues, se limitará a tan pequeños costos, esta vida común, este progreso social? (1, xII).

Resuelta la convivencia social y la distribución de labores, también había que pensar en la distribución económica. Una de las bases consistía en un principio socialista cuyo origen estaba en las teorías saint-simonianas. Juárez, por ejemplo, hacia 1860, deja testimonio en sus *Apuntes* respecto de los fundamentos de la democracia y del socialismo:

1. Nada con la fuerza: todo con el derecho y la razón: se conseguirá la práctica de este principio con sólo respetar el derecho ajeno.

³⁸ *Ibid.*, p. 73.

2. A cada cual según su capacidad y a cada capacidad según sus obras y su educación. Así no habrá clases privilegiadas ni preferencias injustas.³⁹

La distribución del valor producido se reparte proporcionalmente a cada individuo de acuerdo con determinados factores: por el trabajo ordinario, por el rédito del capital invertido, por habilidades. Pizarro hace una descripción hasta el mínimo detalle de esta distribución que llega a volverse tediosa; sin embargo no hay que olvidar algunas de las misiones que cumplía la novela. El capital inicial de estas asociaciones no provenía del Estado, sino que cada socio ingresaba por acción voluntaria y con un capital que, con una administración efectiva, a la larga se convertía en un monto considerable. De aquí se puede deducir que el socialismo de Fourier y, en consecuencia, el de Pizarro no se fundaban en la igualdad económica absoluta, pues el primero consideraba que esto no iba “de acuerdo con la naturaleza humana”, era mejor seguir la ley de que los hombres desean “ser retribuidos con arreglo a su trabajo”.⁴⁰

Fourier, al igual que los demás representantes del primer socialismo, fue un pensador con serias y profundas preocupaciones por dar solución al problema social. En su *Théorie des quatre mouvements* (1808) la tesis fundamental es la de una asociación fundada en una ley psicológica:

[...] creía que había descubierto una ley social de “atracción”, que era complemento de la ley de atracción de Newton en el mundo material. [...] afirmaba que existe una correspondencia entre el mundo planetario y el social, y que todas las pasiones de los hombres, como todos los cuerpos estelares, tienen un lugar en el sistema de la vida humana. Si esto se tiene en cuenta, se llega a comprender que incluso las pasiones humanas, consideradas hasta ahora como un mal, son en realidad un bien, y pueden utilizarse en beneficio

39 GARCÍA CANTÚ 1969, pp. 142-143.

40 COLE, *op. cit.*, p. 74.

de la humanidad si se les da un objetivo adecuado y se les libra de las perversiones a que se someten por una mala organización social. Es mala esta organización porque no está del todo equilibrada y adaptada para dar al hombre una intención inofensiva en la satisfacción de sus necesidades psicológicas fundamentales. Por consiguiente, no es necesario cambiar la naturaleza del hombre sino su medio, y la clave para este cambio es la organización de la sociedad de acuerdo con el principio de “asociación”.⁴¹

En consideración a este principio, las actividades se tornaban atractivas pues eran desarrolladas por propia voluntad libre; de modo que en el extremo opuesto muchas producciones adquirieran el carácter de inútiles, y que además formaran parte del consumo innecesario, pues eran resultado de un trabajo hecho con desagrado. Como en tantas propuestas, Pizarro coincide con Fourier, fundamentalmente en la relacionada con el trabajo; gozar con el trabajo era una dote natural tanto en las mujeres como en los hombres, a partir de aquí establecía un factor muy importante que consistía en la igualdad completa de sexos.

Después de la muerte de Fourier, hubo muchas escuelas derivadas de sus teorías; además de “fourierismo”, las palabras “armonía” y “asociación” fueron las empleadas con más frecuencia. Pizarro prefirió esta última.

Según Goerge D. H. Cole, “En los Estados Unidos el fourierismo arraigó mucho más que en la Gran Bretaña e incluso que en Francia”.⁴² Albert Brisbane introdujo esta doctrina hacia 1840, y a partir de su libro *Social Destiny of Man*, debido a su influencia, se fundaron 29 colonias; el motivo de su breve existencia se debió, como era frecuente, al fracaso financiero; este hecho también estuvo unido a que muchos de los integrantes eran intelectuales e incapaces para el trabajo manual.

Cabe señalar que el socialismo hacia 1840 estaba extendido y que las relaciones de los principales representantes en la ideolo-

⁴¹ *Ibid.*, p. 75-76.

⁴² *Ibid.*, p. 79.

gía de Nicolás Pizarro se deben más bien a una atmósfera común que a influencias directas o declaradas; en realidad, la difusión de las doctrinas saint-simonianas o fourieristas fue, en su mayoría, anónima.

No faltaron tampoco en México, como en todas partes, emigrados franceses, desde liberales o radicales y socialistas, que difundieron en el país ideas que eran predominantes en su país de origen. La colonia francesa de México no es tan amplia ni extremista en esos años [...] pero sí capaz de mantener periódicos, librerías y ejercer un papel de vehículo cultural de trasmisor del nuevo ideario. El fourierismo está vinculado directamente con México, y esto se cumple en forma directa, y a través de uno de los discípulos más famosos del maestro francés.⁴³

Es el caso de Victor Prosper Considérant, el discípulo más importante de Fourier. Considérant, invitado por Brisbane, trató de fundar en Texas una colonia falansteriana, la cual fracasó, también, hacia 1854.⁴⁴ Las referencias a la presencia de las ideas de los socialistas en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos permiten formular la hipótesis de un contexto que no le podía ser ajeno a los intelectuales mexicanos, por ejemplo a Melchor Ocampo, quien influyera decisivamente en la ideología de Benito Juárez, cuando éste, perseguido por Santa Anna, en su arribo a Nueva Orleans conoce a Ocampo.⁴⁵

43 RAMA 1977, p. LV.

44 “Considérant, que había sido diputado en el 48, después del golpe de Estado bonapartista se exilió en los Estados Unidos y allí fundó en 1854 el falansterio *La Reunión*, en la recientemente anexada Texas a los EE. UU. (como también lo haría Étienne Cabet con su famosa *Icaria*). La crisis provocada por la guerra de Secesión desbarató sus planes en 1858. Posteriormente residió en San Antonio, en la frontera mexicana, y viajó por México” (*Ibid.*, p. LVI).

45 “[...] durante su destierro en New Orleans en 1854 había descubrió a Fourier y a Pierre-Joseph Proudhon, y fue considerado –según Justo Sierra– por sus contemporáneos «un socialista poco lírico», que «determinó en el alma del presidente Benito Juárez una evolución completa, causa de una definitiva emancipación de las creencias viejas (y) hasta cierto punto lo mantuvo

No hay testimonios por parte de Pizarro, algo así como un diario o algunas cartas donde dé cuenta de sus fuentes; sin embargo, puede decirse que existen algunas analogías también con Étienne Cabet. Pizarro, al igual que Cabet, formula su proyecto social a través de una novela. Semejante a *Voyage en Icarie* de Cabet, *El monedero* es la formulación de una doctrina socialista que tiene la forma de una novela. Sin embargo, hay que considerar que Cabet aplica a la realidad sus doctrinas expuestas en el *Viaje a Icaria*, y aquí hay que señalar que en la Icaria de la ficción no hay propiedad privada como en *El monedero*; por su parte, en la Icaria real, para llevarse a cabo, se tuvo que dar una transacción. Otro aspecto que estuvo presente en los socialistas franceses fue su creencia en el cristianismo: Cabet es uno de los máximos representantes. Al igual que Cabet, Pizarro creía en Dios y *El monedero* sustenta la formulación de la Nueva Filadelfia a partir de una práctica cristiana regenerada. El libro de Cabet "*Le Vrai Christianisme* (1846) es un llamamiento para que las iglesias siguiesen el ejemplo de Jesucristo y que practicasen el «comunismo» de los cristianos, en sus primeros tiempos, al establecerse como iglesia de los pobres".⁴⁶ Eco muy identificable en la misión del cura don Luis de la novela de Pizarro.

No solamente los socialistas franceses tuvieron influencia directa en México; otros antes que ellos, incluso, y dadas las circunstancias muy favorables para aplicar sus experimentos socialistas, depositan su interés en México.

El primero entre ellos es el famoso Robert Owen, quien visita América fundamentalmente para instalar su colonia norteamericana de New Harmony (Indiana).

Reciente entonces la experiencia de *New Harmony* y el plano desarrollo de un movimiento comunitario internacional alrededor de su personalidad, Owen se dirige en el mes de septiembre

en una especie de vasallaje psicológico». [...] García Cantú señala que aunque Melchor Ocampo conoció el pensamiento socialista, sin embargo, débesele considerar un radical influido [...] por Edgard Quinet [...]” (*Ibid.*, p. LV).

46 COLE 1980, t. 1, p. 85.

de 1828 al gobierno mexicano, a través de su embajada londinense, para plantearle como “ciudadano del mundo”, “un asunto enteramente nuevo”.

Le pedía que se le cediera la provincia de Texas y Coahuila [...]. Owen no desconoce los problemas que a México plantea la expansión imperial norteamericana en Texas y hasta augura la guerra de 1844.⁴⁷

La legión del socialismo utópico, integrada por Saint-Simon, Étienne Cabet, Robert Owen y Charles Fourier, entre otros, fue testigo de lo que fuera uno de los aspectos más sobresalientes del origen del socialismo y por lo que éste fue su respuesta irremediable: el auge de la revolución industrial. Owen fue testigo de las grandes ventajas de esta revolución, sobre todo en la industria textil; tras la admiración por las técnicas, adquirió un dominio completo de ellas. Fourier, por su parte, no estaba influido por dicha revolución, de tal manera que pensaba siempre en la agricultura como medio de subsistencia básica en las colonias falansterianas, de tal manera que su doctrina se sitúa en una etapa más bien preindustrial. Evidentemente que la industrialización por medio de las máquinas y los avances científicos y tecnológicos o el cultivo de la tierra no eran la preocupación central de los socialistas; en última instancia, se trataba de un programa social. Owen estaba profundamente en contra de las repercusiones sociales que contenía la práctica económica del *laissez faire*. Fourier, con base en un sistema de leyes acordes a la naturaleza humana, perseguía, como fin último de su doctrina, la felicidad humana. El punto fundamental en Owen para contrarrestar los horrores crecientes del sistema industrial en los barrios miserables a través de la sobreexplotación del obrero, era la educación, pues el error consistía en la falsedad de creer que los hombres podían formar su propio carácter. En Owen existía la convicción de que todos los hombres tienen derechos y de que todos son capaces de bondad y excelencia.

47 *Ibid.*, LIII.

Pizarro, por su parte, no fue ajeno a su tiempo, es decir, al de las necesidades sociales que dieron origen desde la Independencia hasta la promulgación de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma a la búsqueda de la repartición de la riqueza, y para ello se preparó con una ideología tan actual como lo requerían los problemas por los que atravesaba el país, de tal manera que antes que ser mexicano, por su ideología, era un ciudadano del mundo; como mexicano, fue un hombre comprometido y consecuente con la ideología liberal y reformista que requería el país.

El monedero y, aunque en menos proporción, *La coqueta*, ante la obra total de Pizarro, son dos textos que nos llevan a confrontar una de las circunstancias inevitables cuando de un autor se trata. Esta situación constante se sitúa en la relación autor-obra pese a las propuestas que se han hecho por privilegiar la “autonomía literaria”. Exceptuando las novelas mencionadas, Nicolás Pizarro en su praxis político/social es un liberal. No podía practicar el socialismo o el comunismo en una realidad antisocialista donde la atmósfera que dominaba era la de la defensa de la propiedad, eje central de la ideología liberal. El autor de *El monedero*, como persona inmersa en un momento histórico, político y social específico, fue un liberal; ideológicamente fue un socialista.

Existe un cierto paralelismo entre Pizarro y Víctor Hugo. La figura de Víctor Hugo en Francia fue la del patriarca que guía al pueblo; en él no hubo una adhesión hacia algún partido político en especial, pues su consigna era prodigar piedad para los débiles y los pobres, y su influencia en la sociedad de su época y en la novela romántica ocupa un lugar preeminente. Dice Picard: “Por vaga que sea la palabra *socialista*, no es posible afirmar absolutamente que Hugo lo fuera nunca, y ya veremos al considerarlo como poeta social que al menos se merece que se le llame «socializante»; pero, lo cierto es que fue liberal, demócrata y republicano, en política.”⁴⁸ Esto quiere decir que simpatizaba con

48 PICARD 1987, p. 112.

toda aquella tendencia política que abogara por el bienestar social, pero fundamentalmente por ese sector social que es la masa. Víctor Hugo sabía muy bien que el bienestar social no se podía ejercer con plena libertad si se pertenece a alguna facción.

Si las circunstancias no le permitían a Nicolás Pizarro la viabilidad de disertar en la tribuna, como lo hizo Víctor Hugo ante la masa social, por lo menos practicó lo que podía acercarse a los postulados de la Reforma, a la práctica de la libertad y a la construcción del espíritu nacionalista. Pizarro representa el eslabón del triunfo de la Constitución de 1857 y de las Leyes de Reforma como máximos significados del pensamiento liberal frente al siguiente paso que significaba el horizonte deseable que representaba el socialismo. La historia se ha encargado de dar por hecho que tal anhelo no prosperó y que, si el socialismo en la realidad factual fue una utopía, en la ficcional, no.

2. EL HORIZONTE UTÓPICO

Pizarro tiene el gran mérito de haber asimilado y adecuado de tal manera la filosofía de la utopía que pareciera ser un fenómeno naturalmente surgido por las propias circunstancias del país; como si, independiente de Europa, por la naturaleza con que la define, hubiese sido una doctrina surgida en México consecuencia inevitable del proceso histórico post independencia; por la manera en que lo plantea, no pareciera ser un producto de la ideología europea del momento y sí, más bien, una consecuencia lógica, dadas las circunstancias de que en México se está proponiendo una reforma política y social, donde es inminente la renovación religiosa en el catolicismo y, sobre todo, donde es urgente la construcción de un programa social, como producto del período histórico que se está viviendo.

Incrementa la apreciación del mérito de Pizarro lo que para el utopista europeo, directamente o a través de Estados Unidos, América Latina era: “Una realidad virginal ante la cual [...] estaba desconcertado, y sobre la cual empezó a especular *a priori*

con gran acopio de fantasía y un tanto de prejuicio”,⁴⁹ lo que le da al autor de *El monedero* naturalidad respecto de lo que para los europeos era especulación es que se trata de su realidad inmediata. Para los europeos ingleses y franceses, se trata de aquel fenómeno que tanto los incitara ante “la posibilidad material y geográfica para sus experiencias utópicas”.⁵⁰ Lo que da mérito y ventaja a Pizarro es que, además de oriundo, encuentra un clima sumamente propicio para aplicar las teorías utópicas surgidas al calor de la revolución industrial y, en consecuencia, también de la Revolución Francesa.

Desde el punto de vista pragmático de la aplicación de las ideas utópicas, el antecedente más lejano son las Fundaciones de Vasco de Quiroga, quien “trajo hasta nosotros aquel sentido utópico que, a la sola aparición de América, se apoderó del pensamiento europeo; el que con la masa de nuestra gente, comenzó a modelar un mundo mejor, bajo las inspiraciones de Tomás Moro y Juan Luis Vives”.⁵¹

El tema de la utopía que antecede a *El monedero* fue muy poco tratado en México. Gracias a las libertades concedidas por la aplicación de las leyes gaditanas, José Joaquín Fernández de Lizardi, a través del periódico que él mismo fundara (*El Pensador Mexicano*) y en pleno uso de la libertad de imprenta, es el testimonio más tenaz de las injusticias del gobierno español. Esta empresa, como era de esperarse, dura muy poco (1812-1814). Media entre la publicación de *El Periquillo Sarniento* la publicación de otro periódico de efímera existencia (*Alacena de Frioleras*). Lizardi aprovecha la escritura de *El Periquillo* para denunciar las necesidades del pueblo de México bajo el yugo de la Colonia, y qué mejor vehículo que la novela (no obstante los antecedentes de *El Periquillo* relacionados con el subgénero picaresco) con lo que se demuestra la filiación del género como un modelo *ad hoc* para circunstancias tan semejantes a las europeas. Como las ple-

49 Estuardo Núñez 1972, *apud* RAMA 1977, p. xv.

50 RAMA 1977, *loc. cit.*

51 Reyes, *apud* ALCALÁ 1985, p. ix.

nas manifestaciones de Independencia de México del gobierno español, se hacían apremiantes la necesidad de justicia, de educación moral y, más que nada, de la educación propiamente dicha: “La espada insurgente cedió a Lizardi la abnegación y el fervor de la libertad. Eran tiempos de educar y *El Pensador Mexicano* acometió una empresa que la generación de la Reforma reconocería como su antecedente.”⁵² En la tercera parte (capítulos del III al VI), Lizardi, a partir del naufragio que sufre el barco en que viaja el Periquillo, describe la isla utópica de Saucheofú. La obra de Lizardi, que es el testimonio y “que ha presenciado el tránsito de la Colonia a la Independencia, dicta su código para una república imaginaria”.⁵³ La pluma del “pensador mexicano” deja como testimonio esencial la necesidad en el México independiente de un proyecto eminentemente social. Más tarde, fray Francisco Severo Maldonado, en 1830, publica su obra utópica *El triunfo de la especie humana*.

Inicialmente cabe preguntarse a qué responde la presencia de la utopía, tan constante a través de los tiempos. Si todas tienen como finalidad la propuesta alternativa de una sociedad ideal, también cabe preguntarse si es la única forma en que se manifiesta esa aspiración. El problema que da motivo a las aspiraciones materiales o sociales tiene su origen en la escasez. No todos los habitantes pueden tener lo mismo, considerado esto, como lo mejor: alguien tiene más, o lo mejor, que otro; alguien es más, o tiene mejor posición que otro, pues las posiciones son contadas. Las aspiraciones a un estado ideal (material, moral, espiritual o social) han sido representadas a través de los tiempos por la arcadía, el país de la cucaña, el milenarismo y la república moral perfecta.⁵⁴ Aunque existen otras representaciones (Jauja, El Dorado,

52 GARCÍA CANTÚ 1978, p. 12.

53 *Ibid.*, p. 11.

54 En Arcadía hay una armonía entre hombre y Naturaleza, ésta “es generosamente benévola y no hostil al hombre, pero al mismo tiempo los deseos humanos, en particular los sociológicos, se suponen moderados. [...] Los arcádicos suelen suponer que si se resuelven los problemas de escasez material en un mundo de hombres moderados, también dejarán de existir los proble-

El Paraíso perdido, entre Siglo), estas cuatro manifestaciones las resumen en alguna forma.

mas de la escasez sociológica.” Este mito que aparece en Horacio, también está presente en *Los trabajos y los días* de Hesíodo, en Virgilio, Ovidio, Séneca. La versión moderna de arcadia es el ensayo de Montaigne “De los caníbales”. “Por una parte, [...] los caníbales disfrutaban de un clima saludable y templado, de una abundancia natural de bebidas y alimentos, y un estilo de vida relajado y tranquilo.” El tema de la vida despreocupada, primitiva, natural y feliz ha sido permanente; el entorno natural, por lo aislado, han sido las islas. Un ejemplo en la plástica son las pinturas de Paul Gauguin. En la Tierra de cucaña la vida a placer no requiere de ningún esfuerzo, las cosas necesarias aparecen por su propio gusto. “Cada arroyo corría con vino, y bizcochos de cebada luchaban con bizcochos de trigo por entrar en las bocas de los hombres, rogando ser engullidos [...]. Y los peces, llegando a las casas de los hombres y asándose por sí solos, se servían sobre las mesas.” En otro texto se dice que “Todas las necesidades materiales de los hombres serán cubiertas por «árboles de buena voluntad» de cuyas ramas cuelgan ropajes y joyas para los habitantes de la isla. El árbol estira sus ramas cuando el hombre desea algo, y nadie necesita trabajar.” Peter Brueghel presenta una versión plástica de este tema. Quizás el origen remoto sean las saturnalias que, con motivo del solsticio de invierno, se festejaban del 17 al 23 de diciembre y donde se comía y bebía en abundancia y los siervos y señores trastocaban sus papeles. Por su parte el milenarismo “abarca todo movimiento religioso con una fantasía de salvación que deberá ser colectiva (de ella disfrutarán los fieles, como grupo), terrestre, inminente, total (transformará radicalmente la vida en la Tierra, no sólo para mejorarla sino para perfeccionarla), y será realizada por agencias conscientemente como sobrenaturales.” Lo cual promete el reinado de Cristo sobre la Tierra, Él gobernará; se trata, en realidad, de la solución milenaria al problema colectivo, en términos generales, de un *deus ex machina*. En la visión de la perfecta república moral se le da “un significado moral a la vida humana en la Tierra en función de orden, estabilidad, justicia y felicidad por el esfuerzo moral de unos hombres en emulación de los ejemplos dados por Cristo, el Hijo del hombre, o por los santos o, en un marco más general, por la mejora social en los reinos de los monarcas de gran virtud cristiana”. Esto quiere decir que esta república aceptaba las disposiciones sociales y las instituciones políticas; por tanto, los aspectos que competen a estas instancias no eran el objetivo sino en una práctica moral cristiana que debía extenderse hacia todos, sin excepción alguna, de los integrantes de la sociedad; la consigna era que: “toda la riqueza, el ingenio, el poder y la bondad cualesquiera que sean, de toda persona particular, deben ser conferidos y reducidos al bien común”. La imagen que se recoge de esta perfecta república moral es su exacerbado carácter conservador. “Se insistía en el deber, la lealtad, la caridad y la virtud, practicados por cada individuo como requisito para la regeneración de la sociedad” (*vid. DAVIS 1985, pp. 28-46 pass*).

Lo que destaca en la visión de la totalidad utópica es la perfección; le antecede la idea de corrección o una integración ideal de una situación política, social o religiosa. El paradigma es la *Utopía* de Tomás Moro; la denominación se ha aplicado, por extensión, a toda tentativa análoga, anterior o posterior. De tal manera que todo ideal político, social o religioso de difícil o imposible realización adquiere el calificativo de utópico.

La totalidad de la visión utópica es parte de la perfección, el orden de la utopía. Brota del afán no sólo de mejorar, sino de perfeccionar. Estas tres –totalidad, orden, perfección– son características cardinales de la forma utópica. Están tan interrelacionadas en este marco que parecen aspectos del mismo fenómeno. El orden de una “república perfecta e inmortal” debe ser completo, perfecto en sí mismo y total.⁵⁵

La clasificación de las utopías ha respondido a diferentes criterios. Uno de ellos es aquel en que se ordenan de acuerdo con tres aspectos: las utopías literarias, las teorías políticas y los proyectos de ciertas comunidades alternativas.⁵⁶ Las utopías que tienen el interés en proyectar un medio social total se presentan bajo la forma de ficción literaria debido a que esta forma les permite el detalle de aspectos que tienen que ver con “la conciencia del cambio en cada faceta de la vida, y el ficticio narrador que nos informa de sus experiencias cotidianas”.⁵⁷ Sin embargo, ha habido una tendencia en declarar inexistente en la realidad a la utopía, por el carácter que le diera Platón de que su *República* no estaba en parte alguna de la Tierra y que Tomás Moro continuara.

Partamos de la siguiente hipótesis: ¿Es la utopía una manifestación del pasado y que por tanto, por ser un anacronismo, no tiene vigencia –como lo declaró el socialismo científico– y que,

55 *Ibid.*, p. 47.

56 Neusüss, *apud* ESPINA 1991, p. 14.

57 DAVIS 1985, p. 46.

por si fuera poco, por su carácter de mundo imaginario, se le considera poco seria?

El análisis de la utopía con resultados adversos viene desde Aristóteles, quien no convencido por la teoría de Platón, su maestro, no halla explicación convincente del por qué los conceptos universales, en los que se fundamenta la ciencia, han de estar representados en una dimensión que no sea la de la realidad. Por ello considera irrazonable utilizar el mundo de las ideas cuando el mundo sensible es suficiente; de modo que las ideas son inmanentes a las cosas particulares y concretas, que son las que forman la verdadera realidad. Siglos después, la actitud del materialismo histórico, cuyo fundamento parte del estudio crítico de la sociedad, considera que el pensamiento utópico pertenece al pasado y, por tanto, le resulta anacrónico. La explicación que se da a este hecho, para algunos críticos, tiene su origen en voz griega utopía «cuyo significado es no hay tal lugar», como nos dice Quevedo en la *Noticia, recomendación y juicio* a la traducción española de la *Utopía* impresa en Córdoba en 1637.⁵⁸

Ciertamente, la consideración de la utopía como “manifestación primitiva de ideología” por los marxistas ortodoxos, extendió la consideración general de utopía como proposición poco seria o poco sólida, pero la causa inicial de tal consideración, dice Isaac Pardo, es la connotación negativa que se le dio a la palabra utopía al identificarla con “mundo imaginario” a partir de la aparición, en 1516, de la *Utopía* de Tomás Moro. Mucho después, Carlos Marx y Federico Engels colaboraron en consolidar esa connotación negativa, tanto en la tercera parte del *Manifiesto comunista* como en sus críticas a los socialistas utópicos confrontados con los socialistas científicos por ellos dos representados.⁵⁹

Si el socialismo científico prevé la transformación necesaria del sistema capitalista en sistema comunista, la pregunta es: y ¿de

58 ALCALÁ 1985, p x.

59 ESPINA 1991, pp. 12-13.

qué otra manera se le puede ver entonces a esta teoría social de los marxistas ortodoxos?⁶⁰

En la utopía subyace el concepto de perfección como producto del imaginario renacentista que se proyecta hacia la modernidad optimista generada por la razón. Si bien la hegemonía medieval, a través del ejercicio teocéntrico cristiano, perdura sobre la masa, hay una corriente que busca consolidarse en un mundo y en una realidad concretos, en franco rechazo a un mundo promisorio que de una vez por todas llegará con un Juicio Final. La fuente de poder fue una fe constante en la facultad de la razón; así, el impacto intelectual causado por la exposición de la teoría de la gravitación universal da al ser humano el convencimiento de que la Tierra ya no está en el centro del universo y la búsqueda de una trascendencia del hombre como centro adquiere solidez. La brecha está abierta: los individuos no sólo reciben su condición de ser humano, sino que además, como sujetos activos, pueden y deben tomar la historia en sus propias manos. La Reforma es inminente y la utopía no se hace esperar pues es necesario estudiar y mejorar las condiciones que hacen posible una vida razonable y feliz.

Pero, ¿podemos circunscribir el imaginario utópico a un grupo de ejemplos de utopía?⁶¹ Un catálogo de estudios sobre las utopías registra cerca de setecientos títulos, por lo cual puede

60 En términos generales, “El comunismo será la época en que el hombre viva en una sociedad sin clases y en la que, por lo tanto, no existirá el Estado; en su lugar habrá, no un gobierno de los hombres, sino una administración de las cosas. La producción será organizada de tal manera que cada hombre pueda consumir todo lo que necesite, sin que ello implique la explotación de otro hombre.” Marx, Engels, Lenin a pesar de que no detallaron sistemáticamente su concepción de la futura sociedad comunista, de alguna manera se puede decir que advirtieron que para que esta concepción dejara de ser ideal se tendría que superar el obstáculo que representa el sistema imperialista; por tanto, mientras la revolución no se extienda a todos los continentes es difícil plantearse el paso hacia el comunismo (*vid.* BARTRA 1973, pp. 49-50).

61 “[...] hablamos de imaginario cuando queremos hablar de algo inventado ya se trate de un invento absoluto, o de un desplazamiento de sentido, en el que unos símbolos ya disponibles están investidos con otras significaciones que las suyas normales o canónicas [...] lo imaginario debe utilizar lo sim-

hacerse la inferencia de su importancia y presencia constante a través de los tiempos.⁶² La utopía es una necesidad del espíritu como principio del pensamiento, y debido a ello el horizonte utópico es una constante de la condición humana.

El concepto de horizonte tiene sus orígenes en Anaximandro; el *apeiron* (lo infinito) parte de la idea del Principio como lo que abraza a todas las cosas y las dirige. No es sino hasta el siglo XVIII que Immanuel Kant lo retoma y lo define como el límite o la medida de extensión del conocimiento: “el horizonte concierne al juicio y a la determinación de lo que el hombre puede saber, logra saber y debe saber”.⁶³

La hegemonía del auge científico determinó formas de percepción de la realidad. Pero también con ello se generaron formas que contrarrestaban el objetivismo científico; en este proceso se encuentran Johann G. Fichte y Kant, y no sorprende que Edmund Husserl se reconozca en esta línea de pensamiento. La filosofía de Husserl se halla determinada por la “aplicación de sus ideas a los problemas de las ciencias del espíritu históricas”. Husserl “desarrolla la peculiaridad de las vivencias intencionales y distingue la conciencia, tal como él la convierte en tema de la investigación, como «vivencia intencional» [...] de la unidad real de la conciencia de las vivencias y de su percepción interna. En este sentido ya entonces la conciencia no es para él un «objeto» sino una atribución esencial [...]”.⁶⁴ La confirmación de hacer comprensible toda objetividad implica también la de todo sentido óntico, razón por la cual la subjetividad humana adquiere validez fenoménica y debe ser investigada en toda la variedad de sus modos de estar dada: “Frente al mero estar dado de los fenómenos de la conciencia objetiva, de un estar dado en vivencias

bólico, no sólo para expresarse, lo cual es evidente, sino para existir, para pasar de lo virtual a cualquier otra cosa más” (CASTORIADIS 1983, pp. 221-222).

62 “[...] referimos el libro de A. Nessüs, titulado *Utopía*. Esta obra, en su parte final recoge estudios acerca de las utopías, unos 700 títulos” (BLANCO MARTÍNEZ 1999, p. 19).

63 ABBAGNANO 1982, p. 627.

64 GADAMER 1997, p. 307.

intencionales, esta reflexión presenta la aparición de una nueva dimensión. Pues hay un modo de estar dado que no es a su vez objeto de actos intencionales.”⁶⁵

En cada acto de comprensión de un objeto estético (y por ende histórico) hay que aceptar la limitación de nuestro horizonte. Estamos limitados y circunscritos por el horizonte, pero éste es al mismo tiempo el marco de referencia de toda comprensión, explicación y aplicación. El acto de comprensión hermenéutica implica el distanciamiento consciente del horizonte original de producción (y de todos los subsecuentes de recepción), del horizonte –en cada caso actual– del receptor. El cambio de horizontes no se puede evitar (ni en las ciencias exactas), y por lo tanto hay que incluir este aspecto hermenéutico en la contemplación y en la comprensión hermenéutica de los objetos: “La tarea hermenéutica consiste en *no* ocultar esa tensión, por medio de una asimilación ingenua, sino en desarrollarla conscientemente. Por esta razón, forma parte del comportamiento hermenéutico el proyectar un horizonte histórico que se distingue del horizonte de actualidad.”⁶⁶

La noción de horizonte reaparece con Husserl, quien lo define como “todo el campo temporal y fenomenológico del yo puro, que éste puede recorrer partiendo de cualquiera de sus vivencias en las tres dimensiones del antes, el después y lo simultáneo”.⁶⁷ La presencia de la fenomenología tiene su origen en el estudio filosófico de hacer comprensible toda objetividad y, por tanto, todo sentido óntico. Este planteamiento hecho por Husserl es la apertura hacia nuevas perspectivas donde objetividad y subjetividad forman parte de una misma preocupación. Así, la conciencia del tiempo es determinante dado que el proceso de pensamiento se da ante “horizontes anteriores y posteriores y se funde en última

65 *Ibid.*, p. 308.

66 Gadamer, *apud* RALL 1999, p. 143.

67 *Loc. cit.*

instancia con el *continuum* de las vivencias presentes de antes y después, en la unidad de la corriente vivencial”.⁶⁸

El concepto y fenómeno de horizonte está orientado desde el punto de vista de la “constitución de unidades de y en la conciencia del tiempo, las cuales presuponen a su vez la constitución de esta conciencia temporal”; de este modo, “la constitución de la temporalidad de la conciencia está en el fondo y es el soporte de toda problemática de constitución”.⁶⁹

El horizonte utópico es una unidad que forma parte de esa corriente vivencial que posee el carácter de una conciencia universal del horizonte. El horizonte utópico no es una enunciación que obedezca a corolarios como manifestaciones de condiciones *sine qua non* de épocas determinadas. Es, en realidad, una expresión de la condición humana; se trata de una segunda naturaleza del ser humano que se da en el terreno constante de lo deseable, de la inconformidad que necesariamente se hace permanente pues el horizonte “no es una frontera rígida sino algo que se desplaza con uno y que invita a seguir entrando en él”.⁷⁰

En las postrimerías del medioevo, desde las primeras manifestaciones de un antropocentrismo, se dan asomos de una tendencia por dar validez a lo subjetivo. Los principios filosóficos comienzan a sistematizarse desde el punto de vista de privilegiar la búsqueda de la verdad en la conciencia del sujeto y no en algo preestablecido. En el Renacimiento se enaltece al ser humano como centro del mundo. Ante el “oscurantismo” del medioevo, desde el Renacimiento el germen se reproduce en la Ilustración: la teología y la demología encuentran rivales en las ciencias y en la historia.

[Descartes] fundamenta su dubitativa búsqueda de la verdad en el *ego cogito* (yo pienso) y no en *cogitatum* (lo pensado) [...] Kant y Fichte defenderán de forma aún más radical la idea de la parti-

68 GADAMER 1997, p. 308.

69 *Ibid.*, pp. 308-309.

70 *Ibid.*, p. 309.

cipación del sujeto en el acto del conocimiento [...] un hecho tan trascendental en la historia del arte como el descubrimiento y el dominio de la perspectiva nació del mismo principio. Pues, ¿qué es la perspectiva sino la relación entre el objeto observado y el punto de vista del sujeto observador?⁷¹

Subjetividad y razón, en realidad, son una amalgama que constituye la unidad de la conciencia fenoménica; las utopías en la historia de la cultura son la prueba fehaciente de ello, a diferencia de lo que sucede en muchos casos, en lo tocante a la esfera del pensamiento, pues en este aspecto destaca la presencia de paradigmas en los que la característica principal es la sustitución de uno por otro. Hecho que no es verificable en la historia del pensamiento utópico; una utopía no es producto de otra utopía.

¿Es un paradigma la utopía? No. Pues un paradigma queda parcialmente definido [...] por su capacidad de flexibilidad estructural y transformación, su capacidad de sostener, dirigir y por último sucumbir ante la evolución de las tradiciones. Pero la utopía como estructura de pensamiento es relativamente inmutable. Es su miseria, su constancia, lo que se debe subrayar. Puede hacerse la audaz afirmación de que la utopía, tal como aquí la delineamos, no ha cambiado en los últimos cuatro siglos y medio. [...] la estructura por la cual quedan contenidas las deficiencias del hombre y la Naturaleza sigue comprendiendo los mismos elementos: recursos institucionales, legales, educativos y burocráticos, con sus sanciones. Como modo de visualizar una sociedad ideal, la utopía ha permanecido relativamente constante.⁷²

La vigencia de la utopía parte del hecho de que el antagonismo entre razón y subjetividad ha permanecido a través de la historia del pensamiento, y una de sus manifestaciones ha sido la presencia de la utopía como una respuesta a un estado actual de la rea-

71 PÜTZ 2000, p. 6.

72 DAVIS 1985, p. 15.

lidad que busca trascender hacia un modo deseable de vida. Utopía no es un fenómeno de presencia vertical, de tal manera que, si Tomás Moro no hubiera existido, se hubiera llamado “Politeia” (República), si nos atenemos a la utopía de Platón; es decir, que de cualquier modo hubiera tenido un nombre. De ahí que particularizar que la connotación negativa que se le dio a la palabra utopía es debida a la traducción que hiciera Quevedo y que, por tal motivo se le identifique como un “mundo imaginario”, resulta poco convincente. El carácter gregario del ser humano es la condición insuperable para que exista la sociedad; pero sociedad no es más que un concepto, su complejidad inicia desde el momento en que está formada por individuos cuya colectividad manifiesta una complejidad de intereses, los cuales, sumados, quizás se compendien en la máxima de Hobbes: *Homo homini lupus*; o lo que el determinismo ve como la supervivencia del más apto.

La vigencia de la utopía se sustenta con mayor solidez a partir de un presente en la medida en que hipotéticamente desligada de la tradición que llega hasta la actualidad, la república de Platón sería tan sólo un hecho aislado en aquel presente de la cultura griega. Sin embargo, la tradición de una realidad deseable permanece constante hasta nuestros días. En todo caso el hecho no reside en demostrar la actualidad de la utopía, sino su presencia vital en el ser humano. Actualmente la presencia del feminismo, justamente en su segunda fase,⁷³ demuestra la necesidad, permanencia y actualidad de la utopía.⁷⁴ En última instancia lo

73 La primera fase se caracterizó por la exigencia de las mujeres feministas de más tiempo para realizarse como personas.

74 En la segunda fase, y ante los roles que desempeñan hombres y mujeres en la sociedad, la propuesta consiste en que, a partir de una educación igualitaria, se demostraría la falsedad del condicionamiento biológico y se permitiría cambiar algunos vicios en los papeles de hombres y mujeres en la cultura de la vida del hogar, pues queda demostrado que dichos papeles no nacen, se hacen. “Feministas o no, las mujeres tendríamos que rescatar al hombre al rescatarnos a nosotras mismas, trayéndolo al lugar que también le corresponde: el hogar.” El reparo de lo deseable es que: “Desde luego que devolver al hombre a su hogar y compartir con él el derecho a la regresión y a la sublimación es ya un programa suficientemente revolucionario y alternativo

que se demanda es la construcción de una sociedad en la cual los hombres y las mujeres tengan exactos deberes y derechos.

Pizarro representa una fase en la dialéctica del pensamiento utópico, su trascendencia reside no sólo en haber pensado en la necesidad de un cambio social para el México del siglo XIX, sino en haber descrito con prolijidad el proceso de cambio. El vehículo a través del cual diseñó esta alternativa se incrementa por el hecho de ser una novela, pues con ello se accede al espacio de las utopías estéticas. El papel que cumplía la novela, aparte del deleitar, era el de sostener una tesis, la de un programa para una sociedad mejor. Una de las aspiraciones máximas del novelista europeo del siglo XIX era la de educar, en todas las acepciones del término; sin embargo, adquiriría un doble atributo si aparte de sostener un programa social deleitaba a través del atuendo de la novela, es decir, si además ofrecía entretenimiento; características que, para el caso de México, Altamirano expuso con objetividad.⁷⁵

Quizá haya otras formas sencillas de planteamiento de este hecho: utopía es vida, porque, después de todo la vida transcurre yendo de un ideal a otro, detrás de los cuales alguno prevalece, pero al fin ideal; sin ideal no hay vida, no sólo la espiritual, entendiendo espíritu como principio del pensamiento, sino también

a la sociedad que vivimos hoy” (ESPINA 1991, pp. 176-177). Evidentemente que la utopía es ideal, pero no imposible. Por el proceso que caracteriza a lo verídico (pues el siguiente paso es la veracidad), la utopía permanece vigente (*vid. también Ibid.*, pp.170-186).

75 “Cuando [Altamirano] habla de *El monedero* en sus *Revistas literarias*, hace hincapié en que lo apuntado por Pizarro no es una utopía. Y no lo es, afirma, porque existen todos los medios para llegar a ella y no hay nada que choque contra los intereses establecidos ni contra los principios tradicionales, y porque compagina las máximas del Evangelio de Jesús con las del Evangelio de la Democracia. En realidad la teoría es practicable y puede aceptarse sin inconvenientes, pero... el complemento de la labor de la Reforma debía haber sido la aplicación de sus leyes en toda la amplitud necesaria para hacer de las libertades, no una fuente de abusos, sino la base de la prosperidad pública. Esta dificultad la percibió bien Altamirano, quien sabe que las costumbres inveteradas del pueblo serán el mayor obstáculo para que prosperen por cuenta y riesgo, solas, las brillantes ideas reformistas” (MILLÁN 1957, p. 195).

vida desde la perspectiva biológica. El horizonte utópico es una necesidad del espíritu humano; si bien se ha manifestado con mayor intensidad en algunas épocas por las que ha atravesado la sociedad, es porque en esas épocas ha llegado a una problemática muy aguda la desigualdad social.

La segunda naturaleza de la razón es la subjetividad; la utopía nace de la aplicación racional a la organización social. Pero, a través del desarrollo de las etapas más representativas de la modernidad, es la presencia de la subjetividad como condición humana la que genera el Renacimiento, el liberalismo, la Ilustración, el primer socialismo, el Romanticismo, el socialismo científico.

Me atrevo a decir que ante Pizarro se pudieron haber presentado dos posibilidades: la de proponer la organización de los pueblos como alternativa de un proyecto de nación, como lo hizo con toda la conciencia de la realidad factual a través de sus *Catecismos*, o hacerlo ficcionalmente como lo hizo con la Nueva Filadelfia en *El monedero*. La pertinencia de esta hipótesis va en el sentido de la cordura que tuvo que atender ante lo que le planteaba el *horizonte utópico* frente a la realidad, condicionada por la compleja situación en que se hallaba el país. Finalmente, me inclino a creer que fue esta situación la que determinó su resolución de hacer una novela. El horizonte utópico de los nuevos socialistas, que experimentaron la aplicación de sus ideas en América Latina, fue la de la auténtica utopía: cada paso que dieron hacia ella fue un paso que se alejaba; por ello “no hubo tal lugar” que permaneciera y rindiera los frutos deseados. Pizarro es un autor moderno, crítico y ecléctico; en él hallamos la conciencia de no haber sucumbido al equívoco de confundir imaginación o ficción con los procesos sociopolíticos de la realidad histórica de México: el tiempo y el espacio están en su novela al servicio de la ficción.⁷⁶ A fin de cuentas

⁷⁶ En este punto (relacionado con la novela histórica mexicana del siglo XIX) resultaría ser un verdadero despropósito sujetar o supeditar la ficción al yugo de la historia. Si bien hay elementos de un proceso histórico inmediato

hay un perfecto equilibrio en *El monedero* entre subjetividad y razón, éste es uno de los grandes atributos de la novela.

Hacia 1860, al terminarse la Guerra de Tres Años y haberse verificado la derrota de los conservadores, los problemas para el nuevo gobierno se plurificaban. Juárez conocía las teorías socialistas de las cuales desprende el apotegma del respeto al derecho ajeno es la paz. Tanto Pizarro como Juárez tienen como fuente a Saint-Simon a quien Juárez glosa en el aforismo: “A cada cual, según su capacidad y a cada capacidad según sus obras y su educación”. Juárez y Pizarro tienen ante sí un horizonte a partir del cual se da una bifurcación: la realidad extraliteraria y la ficción. Para esta última, el vehículo idóneo ha sido la novela, cuyo auge se debió, ante las circunstancias políticas y sociales, a ser un medio de apropiación de la realidad. Con ello, la novela juega el papel fundamental de representar y evaluar la realidad extraliteraria específica de una manera conceptual y estéticamente adecuada. Historia factual y ficción generalmente son enfrentadas en un terreno borroso donde pareciera ser que no hay fronteras, auspiciadas éstas por el desatino de aplicar una óptica desde la realidad extraliteraria en donde a la novela se le quiere ver, paralela a los resultados que registra la historiografía del mundo fáctico, como reflejo de la realidad. La noción de apropiación de la realidad promete ser un instrumento idóneo para conceptualizar la especificidad y envergadura de las relaciones complejas entre novela y realidad extraliteraria.

En última instancia, esencialmente la presencia de Saint-Simon en Pizarro se compendia en la concepción saint-simoniana de una economía planificada, organizada, para dar trabajo a todos. Lo que en ningún momento Pizarro concilia con la realidad política de la novela es el papel de Juárez y su gabi-

a la escritura de la novela, donde, de acuerdo a ese mismo proceso, sobresale fundamentalmente la tesis de la necesidad de un cambio del estado actual de la sociedad hacia uno deseable, lo que hay que destacar es que la característica esencial del discurso es literaria: la novela brinda la posibilidad de fusionar historia e ideología, mas no a través de los discursos que le son conferidos sino finalmente resuelto a través del discurso del género novela.

nete en las fundaciones crecientes de las Filadelfias; es decir, la conciliación de las fuerzas políticas y el desarrollo histórico del que se ocupa en la novela con las fuerzas económicas que representan dichas comunas.

Cabet lleva a cabo en la realidad su proyecto utópico descrito en el *Viaje a Icaria*, pareciera ser que por el contexto final, ante la presencia de Juárez en *El monedero*, un horizonte que se vuelca hacia la realidad factual es el de dejar en las manos de Juárez la ejecución de lo descrito minuciosamente en la Nueva Filadelfia.

Cabe recalcar que en Pizarro, a partir de la gran diferencia que hay entre la ciudad y la vida en falansterio (concebida ésta como una vida sencilla donde se da el “menosprecio de corte y alabanza de aldea”), el logro de la meta propuesta en el capítulo La Nueva Filadelfia (2, VII), como la plenitud de la sencillez, establece el alcance último de la vida propuesto por Fourier. En Pizarro, hablar de horizonte utópico podría ser una falacia a partir de que, en la medida que se avanza, ese horizonte se aleja; en *El monedero*, el logro de la vida sencilla semejante a la de la edad dorada elimina el concepto de utopía; se aparta de la teoría saint-simoniana acerca del progreso del espíritu humano y la perfectibilidad (por tanto, siempre sin fin) de la sociedad humana.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

PIZARRO SUÁREZ, NICOLÁS

- 1851 *Catecismo político del pueblo*. México, Imprenta de Juan R. Navarro.
- 1855 *La libertad en el orden; ensayo sobre derecho público en el que se resuelven algunas de las más vitales cuestiones que se agitan en México desde su Independencia*. Méjico, Imprenta de Andrés Boix.
- 1861 a *El monedero*. Méjico, Imprenta de Nicolás Pizarro, calle del Aguila, núm. 4 1/5.
- 1861 b *La coqueta*. Méjico, Imprenta de Ana Pizarro e hijas, calle del Aguila.
- 1867 *Compendio de la gramática de la lengua española, según se habla en Méjico; escrito en verso con explicaciones en prosa*. Méjico. Imprenta de Ignacio Cumplido. Calle de los Rebeldes núm. 2.
- 1867 *Catecismo político constitucional*. Méjico, Imprenta de Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2.

- 1868 a *El catecismo de moral*. Méjico. Imprenta de J. Fuentes y Compañía. 2ª del Puente de la Aduana n. 13.
- 1868 b *El nuevo silabario*.
- 1868 c *La zahorí*, en *El Semanario Ilustrado*. Méjico.
- 1872 *Leyendas y fábulas para niños*.
- 1879 *Libro espírita para niños y adultos de primera enseñanza*. Méjico. José María Sandoval, Impresor. Calle de Jesús María núm. 4.

PIZARRO SUÁREZ, NICOLÁS

- 1981 *El monedero*. Versión condensada de Armando Pereira. Contiene un apéndice histórico. México, Secretaría de Educación Pública/Promexa, 231 pp.

PIZARRO SUÁREZ, NICOLÁS

- 2005 *Obras*. Edición, recopilación y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval. Recopilación María Esther Reyes Duarte. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 3 vols.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL ESTUDIO
PRELIMINAR Y EN LAS NOTAS DEL TEXTO

ABBAGNANO, NICOLA

- 1982 *Diccionario de filosofía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1206 pp.

AGUIAR E SILVA, VÍTOR MANUEL

- 1975 *Teoría de la literatura*. Versión de Valentín García Yebra. Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, Tratados y Monografías, 13), 550 pp.

- ALBORG, JUAN LUIS
1972 *Historia de la literatura española*, t. III. Madrid, Gredos. Siglo XVIII.
- ALCALÁ, MANUEL
1985 “Prólogo” a Tomás Moro, *Utopía*. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 282).
- ALCARAZ, RAMÓN, (*et al.*)
2005 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. “Prologo” de Josefina Zoraida Vázquez Vera (Edición facsimilar de la de 1848.) México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien de México), 455 pp.
- ALMONTE, JUAN NEPOMUCENO
1852 *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. México, Imprenta de I. Cumplido, 638 pp.
- ALONSO, AMADO
1984 *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La gloria de don Ramiro*. Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos, 338), pp. 5-81.
- ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL
1988 “Revistas literarias de México (1821-1867)” I. Panoramas literarios, en *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte I*. México, Secretaría de Educación Pública, pp. 29-111.
- BADENES MASO, GONZALO
1985 “Introducción” a Vincenzo Bellini, *Norma*. Madrid, Barcelona, México, Daimon (Introducción al Mundo de la Ópera), pp. 7-53.

BAJTÍN, MIJAIL

- 1989 “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela; ensayos de poética histórica” en *Teoría y estética de la novela*. Traducción de Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra. Madrid, Taurus, pp. 239-409.

BARANDA, MARTA (y) LÍA GARCÍA (COMPILADORAS)

- 1987 *Estado de México; textos y su historia*. México, Gobierno del Estado de México / Instituto Mora, 2 t.

BARTRA, ROGER

- 1973 *Breve diccionario de sociología marxista*. México, Grijalbo (Colección 70, 127), 149 pp.

BELLINGHAUSEN, KARL

- 1999 “Introducción”, en Melesio Morales. *Mi libro verde*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 49 pp.

BELLINI, VINCENZO

- 1985 *Norma*. Traducción, estudio y comentarios de Gonzalo Badenes Maso. Madrid, Barcelona, México, Daimon (Introducción al Mundo de la Ópera).

BENVENISTE, ÉMILE

- 2004 “El lenguaje y la experiencia humana”, en *Problemas de lingüística general*. México, Siglo XXI, t. 2, pp. 70-81.

BERISTÁIN, HELENA

- 1998 *Diccionario de retórica y poética*. 8ª ed. México, Porrúa, 520 pp.

BERLIN, ISAIAH

2000 *Las raíces del romanticismo*. Edición de Henry Hardy. Traducción de Silvina Marí. Madrid, Taurus, 226 pp.

BLANCO MARTÍNEZ, ROGELIO

1999 *La ciudad ausente; utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. Madrid, Akal, 245 pp.

BLECUA, ALBERTO

1983 *Manual de crítica textual*. Madrid, Castalia, 360 pp.

BRAVO, VÍCTOR

1998 *Rostros de la utopía*. Mérida/Venezuela, Universidad de los Andes/Consejo de publicaciones (Colección América Actual, Serie Literatura), 69 pp.

BRAVO UGARTE, JOSÉ

1962 “La síntesis histórica gubernamental: República federal laica”, en *México 1, Independencia, Caracterización política e integración social, Historia de México*. México, Jus, t. 3, pp. 109-214.

BRUNEL, PIERRE (*et al.*)

1988 *Diccionario de los escritores del mundo*. Madrid, Everest, 622 pp.

BRUSHWOOD, JOHN S.

1973 *México en su novela; una nación en busca de su identidad*. México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 230), 436 pp.

- BRUSHWOOD, JOHN S. (Y) JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS
 1959 *Breve historia de la novela mexicana*. México, Ediciones de Andrea (Manuales Studium, 9), 157 pp.
- CALDERÓN, FERNANDO
 1999 *El torneo, en Obras poéticas; Parnaso mexicano 1844*. Edición, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), pp. 75-154.
- CAMBRE, MANUEL
 1986 *La guerra de tres años; apuntes para la historia de la Reforma*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 534 pp.
- CAMPOS, MARCO ANTONIO
 2005 “Luis Martínez de Castro; el moralista que prefirió ser héroe”, en Belem Clark de Lara, (y) Elisa Speckman Guerra (editoras). *La república de las letras; asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. México, Universidad Autónoma de México (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), pp. 231-247.
- CÁRDENAS DE LA PEÑA, ENRIQUE
 1979 *Mil personajes en el México del siglo XIX, 1840-1870*. México, Banco Mexicano Somex, t. 2.
- CARR, EDWARD HALLET
 1976 *¿Qué es la historia?* Traducción de Joaquín Romero Maura. Barcelona, Seix Barral (Ciencias Humanas, 245), 217 pp.

- CASTORIADIS, CORNELIUS
1983 *La institución imaginaria de la sociedad*. Madrid, Tusquets. t. 1.
- COLE, GEORGE D. H.
1980 *Historia del pensamiento socialista. 1. Los precursores 1789-1850*. México, Fondo de Cultura Económica, 342 pp.
- CORTAZAR, ALEJANDRO
2006 *Reforma, novela y nación; México en el siglo XIX*. Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Dirección de Fomento Editorial, 223 pp.
- CHAMORRO FERNÁNDEZ, MARÍA INÉS
2002 *Tesoro de villanos; diccionario de germanía*. Barcelona, Herder.
- DANTE ALIGHIERI
2001 *La divina comedia*. 7 ed., Madrid, Cátedra (Letras Universales, 100), 766 pp.
- DAVIS, J. C.
1985 *Utopía y la sociedad ideal; estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700*. México, Fondo de Cultura Económica, 397 pp.
- DECAEN, JOSÉ
1855-1856 *México y sus alrededores*. México, Establecimiento Litográfico de Decaen, 37 pp.
- DÍAZ, LILIA
1994 “El liberalismo militante”, en El Colegio de México, *Historia general de México*, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, t. 2, pp. 819-896.

- DÍAZ Y DE OVANDO, CLEMENTINA
 1978 "La novela histórica en México", en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, 30: 175-193.
- DOOYEWEERD, HERMAN
 1998 *Las raíces de la cultura occidental; las opciones pagana, secular y cristiana*. Barcelona, CLIE, 244 pp.
- DOS PASSOS, JOHN
 1972 *Manhattan Transfer*. Barcelona, Planeta, 379 pp.
- ESCOBAR MESA, AUGUSTO
 2004 "La novela histórica: una contradicción realizada", en *Con Notas; Revista de Crítica y Teoría Literarias*. 2(3): 235-261, jul-dic.
- ESCRICHE, JOAQUÍN
 1996 *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense; con citas del derecho, notas y adiciones por el licenciado Juan Rodríguez de San Miguel*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 736 pp.
- ESPINA, GIOCONDA
 1991 *La función de las mujeres en las utopías*. México, Demac, 191 pp.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, FRANCISCO
 1987 *Apuntes para la historia de San Ángel y sus alrededores*. 2ª ed. México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 88), 253 pp.
- FERRARIS, MAURICIO
 2000 *La hermenéutica*. Traducción de José Luis Bernal. México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 179 pp.

GADAMER, HANS-GEORG

- 1997 *Verdad y método I*. Salamanca, Sígueme (Hermeneía, 7), pp. 305-318.

GALEANA DE VALADÉS, PATRICIA (Coordinadora)

- 1991 *Los siglos de México*. Mexico, Nueva Imagen, 436 pp.

GARCÍA CANTÚ, GASTÓN

- 1969 *El socialismo en México; siglo XIX*. México, Era, 514 pp.
- 1978 *Utopías mexicanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 222 pp.

GARCÍA CUBAS, ANTONIO

- 1891 *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. 5 vols.
- 1986 *El libro de mis recuerdos, Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual orden social*. [Facsimile de 1905]. México, Editorial Porrúa (Biblioteca Porrúa, 86), 635 pp.

GENETTE, GÉRARD

- 2001 *Umbrales*. Traducción de Susana Plage. México, Siglo XXI, 366 pp.

GLANTZ, MARGO (Coordinadora)

- 1997 *Del Fistol a la Linterna; homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), 254 pp.

GOLDMAN, LUCIEN

- 1980 “La rebelión de las letras y de las artes en las civilizaciones avanzadas”, en *La creación cultural en la sociedad moderna*. Barcelona, Fontamara, pp. 45-88.

GÓMEZ ORTEGA, CASIMIRO

- 1942 “Prólogo” a Francisco Hernández. *Historia de las plantas de Nueva España*. México, Imprenta Universitaria, t. I, pp. IX-XXI.

GRUDZINSKA, GRAZYNA

- 1994 *(Re)escritura de la historia; la novela histórica hispanoamericana en el siglo XIX*. Varsovia, Cátedra de Estudios Ibéricos de la Universidad de Varsovia, 211 pp.

GUILLEMIN, HENRI

- 1958 *Víctor Hugo por él mismo*. México, Compañía General de Ediciones (Escritores de Siempre, 1), 202 pp.

HABERMAS, JÜRGEN

- 1988 “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster, *La posmodernidad*. Selección y prólogo de Hal Foster. Kairós/Kolofón, Barcelona/México, pp. 19-36.

ISER, WOLFGANG

- 2005 *Rutas de la interpretación*. Traducción de Ricardo Rubio Ruiz. México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 545), 392 pp.

KRAUZE, ENRIQUE

- 2002 *Siglo de caudillos*. México, Tusquets, 349 pp.

- LAFRAGUA, JOSÉ MARÍA (y) MANUEL OROZCO Y BERRA
 1987 *La Ciudad de México*. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 520), 381 pp.
- LARROYO, FRANCISCO
 1979 “Estudio introductivo”, a René Descartes. *Discurso del Método. Meditaciones metafísicas. Reglas para la dirección del espíritu. Principios de la filosofía*. Versión de Manuel Machado. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 177), pp. VII-XXIV.
- LÓPEZ CÁMARA, FRANCISCO
 1962 *¿Qué es el liberalismo?* México, Xalapa, Universidad Veracruzana (Cuadernos de la Facultad de Derecho, 4), 177 pp.
- MALO, JOSÉ RAMÓN
 1948 *Diario de sucesos notables*. México, Patria. t. I.
- MARCHESE, ANGELO (y) JOAQUÍN FORRADELAS
 2006 *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona, Ariel (Letras e Ideas), 446 pp.
- MARTIN, ALFRED VON
 1986 *Sociología del Renacimiento*. México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 40), 132 pp.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS
 1986 “Altamirano novelista”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas III, Novelas y cuentos*, t. I, pp. 7-20.

MATA INDURÁIN, CARLOS

- 1998 a “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en SPANG, K. (*et al.*) *La novela histórica; teoría y comentarios*. 2ª ed. Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, pp. 11-50.
- 1998 b “Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica” en SPANG, K. (*et al.*) *La novela histórica; teoría y comentarios*. 2ª ed. Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, pp. 113-152.

MEZA, VIRGINIA (y) FEDERICO DÁVALOS

- 1977 *Glosario de ciencias histórico-sociales*. México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior. Parte 1 y Parte 2.

MILLÁN, MARÍA DEL CARMEN

- 1957 “Dos utopías”, en *Historia Mexicana*. VII-26, pp. 187-206.

MONSIVÁIS, CARLOS

- 1997 “Las costumbres avanzan entre regaños”, en, Margo GLANTZ (coordinadora), *Del Fistol a la Linterna; homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, pp. 13-22.
- 2006 *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*. México, Debate, 383 pp.

OLAVARRÍA Y FERRARI, ENRIQUE

- 1961 *Reseña histórica del teatro en México; 1538-1911*. México, Porrúa (Biblioteca Porrúa), 5 t.

OLIVERA LÓPEZ, LUIS

- 1998 *Catálogo de la colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, 1854-1875*. Índice analítico

elaborado por Rocío Meza Oliver. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2 vols.

ORDUNA, GERMÁN

2005 *Fundamentos de crítica textual*. Madrid, Arco/ Libros, Instrumenta Bibliológica, 345 pp.

ORTIZ MONASTERIO, JOSÉ

1993 *Historia y ficción; los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México, Universidad Iberoamericana/Instituto Mora, 327 pp.

PAYNO, MANUEL

1855-1856 “Santuario de Guadalupe”, en José DECAEN, *México y sus alrededores*. México, Establecimiento litográfico de Decaen, pp. 11-12.

2000 *Los bandidos de Río Frío*. Edición de Manuel Sol, en *Obras completas*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, t. 1, vol. 9, cap. XL, p. 389.

PEREIRA, ARMANDO

1981 “Introducción”, a Nicolás Pizarro. *El monedero*. México, Secretaría de Educación Pública/Promexa, pp. 7-9.

PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL

1997 *La edición de textos*. Madrid, Síntesis (Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, 20), 175 pp.

PÉREZ TAYLOR, RAFAEL

1976 *El socialismo en México*. México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano (CEHSMO), 120 pp.

PÉREZ VERDIA, LUIS

- 1952 *Historia particular del Estado de Jalisco; desde los tiempos de que hay noticia hasta nuestros días.* Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, t. 2.

PICARD, ROGER

- 1987 *El romanticismo social.* Traducción de Blanca Chacel. México, Fondo de Cultura Económica, 363 pp.

PIMENTEL, LUZ AURORA

- 1998 *El relato en perspectiva; estudio de teoría narrativa.* México, Universidad Nacional Autónoma de México/Siglo XXI, 191 pp.

PORTALES, GONZALO (y) BRENO ONETTO

- 2005 “Subjetividad y naturaleza”, en *Poética de la infinitud; ensayos sobre el romanticismo alemán.* Santiago de Chile, Intemperie (Palinodia), 363 pp.

PÜTZ, PETER

- 2000 “Historia del pensamiento en la Edad Moderna, desde el Renacimiento hasta el romanticismo”, en Rolf Toman (editor), *Neoclasicismo y romanticismo; arquitectura, escultura, pintura, dibujo.* Barcelona, Köneman, pp. 6-13.

RALL, DIETRICH (y) M. RALL

- 1999 “El texto interminable”, en *Paralelas; estudios literarios, lingüísticos e interculturales.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 143.

RAMA, CARLOS M.

1977 “Prólogo”, a *Utopismo socialista*. Prólogo, selección, notas y cronología de... Venezuela, Biblioteca Ayacucho, LXXI pp.

REIS, CARLOS Y ANA CRISTINA M. LOPES

2002 *Diccionario de narratología*. 2ª ed. Traducción de Ángel Marcos de Dios. Salamanca, Almar, 268 pp.

REYES DE LA MAZA, LUIS

1957 “Nicolás Pizarro, novelista y pensador liberal”, en *Historia Mexicana*, VI-24, 572-587.

RICŒUR, PAUL

1999 *Historia y narratividad*. Barcelona, Paidós (Pensamiento contemporáneo, 56), 230 pp.

RIVA PALACIO, VICENTE (Editor)

1884-1889 *México a través de los siglos*. México-Barcelona, Ballescá y comp., t. IV.

RIVERA CAMBAS, MANUEL

1985 *México pintoresco, artístico y monumental; vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica*. Edición facsimilar. México, Editorial del Valle de México, 4 t.

ROA BÁRCENA, JOSÉ MARÍA

2003 *Recuerdos de la Invasión Norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*. Prólogo de Hipólito Rodríguez (Edición facsimilar de la de 1883), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien de México), 367 pp.

ROEDER, RALPH

1967 *Juárez y su México*. México, Secretaría de Educación Pública, t. 2, 542 pp.

SALINAS SANDOVAL, MARÍA DEL CARMEN

2000 *Política interna e Invasión Norteamericana en el Estado de México 1846-1848*. México, El Colegio Mexiquense, 217 pp.

SÁNCHEZ MÁRMOL, MANUEL

1902 “Letras patrias. La novela”, en Justo Sierra (editor) *México, su evolución social*. México J. Ballezá y compañía, t. 1, vol. 2, p. 636.

SOSA, JOSÉ OCTAVIO (Y) MÓNICA ESCOBEDO

1988 *Dos siglos de ópera en México*. México, Secretaría de Educación Pública, 2 t.

SOUTO, ARTURO

1973 “Introducción”, a Walter Scott. *Ivanhoe o el cruzado*. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 138), XXIX pp.

SPANG, KURT (*et al.*)

1998 “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en *La novela histórica; teoría y comentarios*. 2ª ed. Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, pp. 51-87.

TODOROV, TZVETAN

1974 “Las categorías del relato literario”, en Roland BARTHES, *Análisis estructural del relato*. Traducción de Beatriz Dorriots. Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, pp. 155-192.

- TREJO, EVELIA (y) ÁLVARO MATUTE
 1997 “Manuel Payno: de la historia inmediata a la perspectiva histórica”, en Margo GLANTZ (coordinadora) *Del Fistol a la Linterna; homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, pp. 115-121.
- VANDERWOOD, PAUL J.
 1986 *Desorden y progreso; bandidos, policías y desarrollo mexicano*. México, Siglo XXI, 269 pp.
- VÁZQUEZ, JOSEFINA ZORAIDA
 1995 “Los primeros tropiezos”, en El Colegio de México, *Historia general de México*, El Colegio de México / Centro de Estudios Históricos, t. 2, pp. 736-818.
 1997 *La Intervención Norteamericana, 1846-1848*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 170 pp.
 2005 a “Prólogo y cronología”, en Alcaraz (et al.) *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. (Edición facsimilar de la de 1848), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien de México), pp. 13-29.
 2005 b *Juárez, el republicano*. México, El Colegio de México, Secretaría de Educación Pública, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 125 pp.
- VELASCO, ALFONSO LUIS
 1980 *Geografía y estadística del Estado de México* (Edición facsimilar de la de 1889), México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 191 pp.

VELÁZQUEZ DELGADO, JORGE

- 1998 ¿*Qué es el Renacimiento? La idea del Renacimiento en la conciencia histórica de la modernidad.* México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 210 pp.

WARNER, RALPH

- 1953 *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX.* México, Porrúa (Antigua Librería de Robredo. Clásicos y Modernos, Creación y Crítica Literaria, 9), 129 pp.

YÁÑEZ, AGUSTÍN

- 1993 *Santa Anna; espectro de una sociedad.* México, Fondo de Cultura Económica (Colección Popular, 494), 337 pp.

ZAMACOIS, NICETO DE

- 1880 *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días.* Barcelona-México, J. F. Parres y compañía, t. XII.

ZEA, LEOPOLDO

- 2002 “Barreda y su defensa de los intereses de la burguesía mexicana”, en *El positivismo en México; nacimiento, apogeo y decadencia.* México, Fondo de Cultura Económica, pp. 113-121.

CRITERIOS DE EDICIÓN

PARA ESTA EDICIÓN CRÍTICA tomé como texto base la *editio princeps* de 1861, editada por el autor en su imprenta.

Frecuentemente, la página esta edición ofrece tres campos: el superior contiene la lección, en el que sigue van las notas que el propio autor inserta en su obra y, finalmente, van las glosas, notas léxicas, biográficas, históricas, geográficas, etcétera.

Algunas notas proceden de obras especializadas de consulta (obras monográficas, diccionarios, enciclopedias) cuyo objetivo único es facilitar la lectura del texto. Por otra parte, y a pesar de que es de consenso común para las ediciones críticas, no se consignan los vocablos registrados en el *Diccionario de la Real Academia Española*, en esta edición me permití la libertad de incluir aquellas que eran indispensables.

Debido a que, en la mayoría de los casos, las fuentes consultadas son del siglo XIX, actualicé la ortografía.

A pesar de que comparto el criterio de colocar únicamente notas breves, y sólo las pertinentes, en esta edición hice la salvedad, en algunas de ellas de cierta extensión, ya que, siendo una novela que pertenece al subgénero histórico, las alusiones de esta clase están por doquier; apelo a la comprensión del lector la extensión en algunas de ellas, bajo la conciencia de que la contextualización, en muchos casos tan sólo aludida, tiene la función de enriquecer el contexto que da marco a la fábula y que además consolida el objeto central de la novela: la propuesta de las venta-

jas que tiene la organización social en comunidades al momento en que da inicio el gobierno de Juárez, de acuerdo con el modelo de la Nueva Filadelfia. En todo caso, no obstante la extensión de algunos datos, se ha tratado de dar la nota objetiva, concreta y precisa, dentro del vastísimo panorama de la historia de la primera mitad del siglo XIX.

Respeté el uso de negritas, tal y como aparece en la *editio princeps*, por ser la intención de Pizarro llamar la atención del lector hacia ese contenido.

En cuanto a la actualización ortográfica, tomé los siguientes criterios:

- a) Respecto de la puntuación:
 - Modernicé la puntuación, donde ha sido necesario, para aclarar la intención del autor, la cual resulta obvia en la lectura del original.
 - Cuando se trata de acotaciones del narrador, sustituí las comas del original por guiones.
 - Agregué comas para señalar oraciones o frases parentéticas (incidentales).
- b) Suprimí la acentuación de los monosílabos.
- c) En algunas palabras cambié la “g” por “j” (*gefes* por *jefes*) y la “j” por “x” (*mejicanos* por *mexicanos*).
- d) Resolví las abreviaturas, excepto en los encabezados epistolares, ya que reflejan el uso formal del lenguaje de la época en las cartas. Sin embargo, las referencias completas de las citas bíblicas las abrevié del modo como se registran actualmente.¹
- e) No suprimí o aumenté palabras, o alteré la sintaxis; mantuve intacto el original con el objetivo de respetar la *intentio auctoris* y de este modo no alterar el estilo. Cuando ha sido necesario, en los pasajes oscuros o ambiguos, anoté, en el campo de las notas, el probable sentido.
- f) Las voces extranjeras las he escrito en cursivas; sus respectivas traducciones, cuando las hay, las registro entre

¹ Vid. Biblia de Jerusalem (BJ).

comillas. También utilizo comillas cuando el autor le da un sentido fuera del habitual a una palabra o al sintagma.

g) Cuando las erratas son obvias, no las señalo.

El cotejo del original de 1861 con la edición de 2005 arrojó un buen número de errores, dado que no son variantes, no consigno dichos errores en el cuerpo de la novela sino en un apéndice al final.

SIGLAS Y ACRÓNIMOS UTILIZADOS EN LAS NOTAS DEL TEXTO

- AL** RUBIO, DARÍO
1925 *La anarquía del lenguaje en la América Española*. México, Confederación Regional Obrera Mexicana, 2 t.
- BJ** 1975 *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclee de Brouwer.
- CDEM** GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS
2003 *Las calles de México*. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 568), 247 pp.
- CM** MARROQUÍ, JOSÉ MARÍA
1969 *La Ciudad de México*. México, Jesús Medina editor, 3 t.
- CNCP** CHABELAS PÓLITO, JAVIER
sa *Catálogo de nombres comunes de plantas, recogidos por la comisión de estudios sobre la ecología de dioscoreas*. México, Instituto Nacional de Investigaciones Forestales.

- CdePM** MARTÍNEZ, MAXIMINO
1987 *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1247 pp.
- DEA** ESPASA CALPE
1955 *Diccionario Enciclopédico Abreviado*. Madrid, Espasa Calpe. VII vols.
- DEH** JACKSON, W. M.,
sa *Diccionario enciclopédico hispano-americano*. Londres, W. M. Jackson, 28 t.
- DIGE** GARCÍA CUBAS, ANTONIO
1888 *Diccionario geográfico, histórico y biográfico*. México, Antigua Imprenta de Murguía, 2 t.
- DINA** SIMEÓN, RÉMI
2006 *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*. México, Siglo XXI (Nuestra América, 1), 783 pp.
- DGdeA** SANTAMARÍA, FRANCISCO J. DE
1942 *Diccionario general de americanismos*. México, Robredo, 3 t.
- DGH** LEDUC, ALBERTO, LUIS LARA Y PARDO Y CARLOS ROUMAGNAC
1910 *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas*. París / México, Librería de la Vda. de Bouret, 1102 pp.
- DLE** REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
2002 *Diccionario de la lengua española*. 22ª ed. Espasa Calpe, 2 t.

- DM** SANTAMARÍA, FRANCISCO DE
1983 *Diccionario de mejicanismos*. 4ª ed. México, Porrúa, 1207 pp.
- DP** EDITORIAL PORRÚA
1995 *Diccionario Porrúa; historia, biografía y geografía de México*. 6ª ed., México, Porrúa, 4 t.
- DUH** OROZCO Y BERRA, MANUEL
1855 *Apéndice al diccionario universal de historia y geografía*. México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, t. 1.
- DPD** REAL ACADEMIA ESPAÑOLA/ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA
2005 *Diccionario panhispánico de dudas*. Bogotá, Santillana, 833 pp.
- DUE** MOLINER, MARÍA
1998 *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 2 t.
- EdelI** ALONSO, MARTÍN
1988 *Enciclopedia del idioma*. México, Aguilar, 4 t.
- GDM** MUSACCHIO, HUMBERTO
1990 *Gran diccionario de México visual*. México, Andrés León, 4 t.
- HPNE** HERNÁNDEZ, FRANCISCO
1942 *Historia de las plantas de Nueva España*. México, Imprenta Universitaria, 4 t.

- LAO** MEZZANOTTE, RICARDO (ED.)
 1981 *La ópera; enciclopedia del arte lírico*. Madrid, Aguilar, 514 pp.
- LIRE** GARCÍA CUBAS, ANTONIO
 1986 *El libro de mis recuerdos*. Porrúa (Biblioteca Porrúa, 86), 635 pp.
- MPAM** RIVERA CAMBAS, MANUEL
 1985 *México pintoresco, artístico y monumental; vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica*. Edición facsimilar. México, Editorial del Valle de México, 4 t.
- MV** GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS
 1976 *México viejo*. México, Porrúa, 742 pp.
- NDLC** 1887 *Nuevo diccionario de la lengua castellana*. París / México. Librería de Ch. Bouret, 1225 pp.
- RHT** OLAVARRIA Y FERRARI, ENRIQUE DE
 1961 *Reseña histórica del teatro en México*. México, Porrúa, 6 t.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

NICOLÁS PIZARRO SUÁREZ

EL MONEDERO

(NOVELA)

Estudio preliminar, edición crítica y notas
que para obtener el grado de
Doctor en Letras Mexicanas
presenta

Carlomagno Sol Tlachi

México, D. F. 2008

TEXTO Y NOTAS

EL MONEDERO

Al ciudadano José González Echeverría,
ministro de Hacienda de México, en
testimonio de la más alta consideración.

El autor

¹ *José González Echeverría*: “Originario de Zacatecas, se desconoce la fecha y el lugar precisos de su nacimiento. En 1850, al lado de Bonifacio Gutiérrez, es vocal de la Junta de crédito Público. El 1º de enero de 1851 asume la gubernatura zacatecana. Vecino de Fresnillo, en 1857 afrece al Gobierno de la República que, en caso de guerra con España, ha de sostener un escuadrón. Para diciembre de este año es jefe político de Fresnillo. En octubre de 1861 declina el ofrecimiento que le hace Benito Juárez de encargarle la Secretaría de Hacienda; de todos modos, el 14 de noviembre inmediato sustituye a José Higinio Núñez en el ministerio citado. [...] El 4 de abril de 1862 renuncia a la cartera que ocupa. Muere en Fresnillo Zacatecas, el 7 de septiembre de 1864” (CÁRDENAS 1979, t. 2, p. 143).

PRIMERA PARTE

EL DÍA DE SANTA ROSA*

DURANTE LA PRIMAVERA, ALGUNAS de las familias más acomodadas de México emigran a San Ángel, pueblo delicioso situado a la distancia de tres leguas al sur de la ciudad. Formado de pequeños jardines y de ele-

* *Santa Rosa*: Santa Rosa de Lima. Religiosa de la orden tercera de Santo Domingo; nació en Lima, Perú (1586-1617). Fue canonizada por el papa Clemente X, el cual fijó su fiesta el día 30 de agosto.

2 *San Ángel*: Hay varios testimonios acerca de la fundación de este poblado, uno de ellos registra lo siguiente: “El año de 1613, un noble cacique del barrio de Chimalistac, perteneciente a la Villa de Coyoacán, cumpliendo la última voluntad de su padre, cedió a los religiosos carmelitas una huerta de considerable extensión, grabada con algunas obligaciones piadosas [...] Concluido el plano, fue colocada la primera piedra el 20 de Junio de 1615 [...] quedaron concluidos al cabo de dos años la iglesia y el convento, de manera que en 1617 pudo dedicarse solemnemente el templo, bajo la advocación de San Angelo Mártir, lo que ocasionó que el pueblo que se ha formado á la sombra de aquel instituto religioso, se llamara «San Ángel.» [...] El pueblo de San Ángel es pintoresco; su situación en declive hace que luzcan las accidentaciones del terreno ostentando los edificios, algunos de los cuales son notables por el buen gusto que presidió en su ejecución y perfectamente sólidos. La población se extiende por un lado hasta Coyoacán y por el otro lado hasta Tizapam, donde está la famosa fábrica de hilados conocida con el nombre de la *Hormiga*” (RIVERA CAMBAS 1981, t. 2, 401-405).

3 *leguas*: Legua es una medida itineraria, prácticamente en desuso, que equivale, aproximadamente, a cinco kilómetros y medio.

5 gantes casas entresoladas, que casi no se habitan más que
 en la “temporada”, ofrece entonces un indecible atractivo
 a los que, huyendo del ruido aturdidor de la gran capi-
 tal, buscan la distracción de los graves negocios, entre el
 suave perfume de las flores y la fascinación irresistible
 10 de las lindas hijas de México. Éste se traslada allí con to-
 das las falsedades de la óptica social: ricos avarientos que
 quisieran ocultar sus riquezas, pobres vanidosos que de-
 searan tenerlas para mostrarlas a todo el mundo, viejas
 que sólo viven de recuerdos, jóvenes que quisieran me-
 15 ter mucho ruido, personajes políticos en boga o caídos,
 los que suben y quieren ser desde luego considerados, los
 que bajan y no quieren darlo a conocer y, de toda prefe-
 rencia, los que, en las continuas revueltas y desgracias
 de México, han sabido conservar una ventajosa posición
 20 concurren a establecer una especie de fraternidad aris-
 tocrática que les hace olvidar los males públicos y priva-
 dos, dando pleno dominio a la filosofía práctica de este
 siglo, que muchos encuentran compendiada en la sola

5 *entresoladas* : Aunque no se halla el término en los diccionarios, Payno lo define cuando describe la casa en Chalco de Cecilia en *Los bandidos de Río Frío*: “La casa era lo que llamamos en México entresolada; así, al entrar, dos escaleras de ocho peldaños, de piedras también aztecas con relieves extraños, daban acceso a los corredores; y en ellos, y distribuidas sin mucho orden ni simetría, las entradas a las habitaciones, con toscas puertas de cedro labradas ya en cuadrilongos, ya en trapecios, ya en cualquier otra figura geométrica que, examinadas bien, daban una curiosa muestra de la carpintería antigua. Al frente, dos salones espaciosos; en el fondo, un gran comedor capaz de contener cien convidadosñ y en los costados viviendas, recámaras, gabinetes, retretes, cocinas, unaconfusión de cuartos de doble fondo, al punto que el que no conocía el local, se aturdí y extraviaba fácilmente. Los techos, todos de cedro labrado con sus ménsulas terminando en caras de leones o de perros. Las paredes estaban pintadas simplemente de cal; pero en los salones y piezas de honor se reconocía una buena pintura el fresco en los frisos, con sátiros, ninfas, cornucopias, jarrones de flores y cariátides; [...]” (PAYNO 2000, t. 1, p. 389).

6 *temporada*: Como se describe en la novela, con este término Pizarro se refiere a la temporada de primavera y verano. “Los habitantes de Tizapán, además de los propietarios que viven allí por temporadas o tienen sus negocios fuera de la población, [...]” (*vid.* FERNÁNDEZ DEL CASTILLO 1987, p. 196).

palabra, positivismo, “vivir es gozar”, he aquí la contraseña universal: el dolor, que según algunos afirman, viene siguiendo siempre las huellas del placer, se detiene ante las puertas de San Ángel. 25

Era uno de los últimos días del mes de agosto de 1846; muchas familias se habían detenido en San Ángel después de la fiesta del Señor de Contreras, que es la señal de retirada para la mayor parte, por haberse conve- 30
nido en que pasado el día de Santa Rosa se verificaría la despedida y, que para hacerla memorable, sería celebra-

24 *positivismo*: El término fue adoptado por primera vez por Saint-Simon para designar el método exacto de la ciencia y su extensión a la filosofía. Augusto Comte tituló así su filosofía y por obra suya pasó a designar una gran dirección filosófica que, en la segunda mitad del siglo XIX, tuvo muy numerosas y variadas manifestaciones en todos los países del mundo occidental. La característica del positivismo es la romantización de la ciencia, su exaltación como única guía de la vida particular y asociada del hombre, esto es, como único conocimiento, única moral y única religión posible. Como romanticismo de la ciencia el positivismo acompaña y estimula el nacimiento y la afirmación de la organización técnico-industrial de la sociedad moderna y expresa la exaltación optimista que ha acompañado al origen del industrialismo. Se pueden distinguir dos formas históricas fundamentales del positivismo: el positivismo *social* de Saint-Simon, Comte y Stuart Mill, nacido de la exigencia a hacer de la ciencia el fundamento de un nuevo orden social y religioso unitario, y el positivismo *evolucionista* de Spencer, que extiende a todo el universo el concepto del progreso e intenta hacerlo valer en todas las ramas de la ciencia. Es importante señalar que, para el momento en que Pizarro escribe *El monedero*, maneje con mucha anticipación un concepto que después fue introducido por Gabino Barreda en hacia finales de la década de los sesentas (*DF*).

30 *Señor de Contreras*: La iglesia fue motivo de interés por parte de varios historiadores, respecto de su fundación se dice: “Al concluir el siglo pasado levantó fray Juan de Santa María, desde los cimientos, la hermosa capilla consagrada al culto de la imagen de Jesús Nazareno que se conoce con el nombre de «El Señor de Contreras,» al que se le dedica anualmente una solemne función, en el primer domingo del mes de Agosto [...]” RIVERA CAMBAS 1981, t. 2, p. 402. Por otra parte, hay también testimonios de su distribución arquitectónica: “La iglesia tiene la forma de una cruz; en el fondo de uno de los brazos hay un hermoso arco cuya clave ostenta una escultura de S. Elías, y es la entrada a una hermosa capilla, también en forma de cruz, dedicada a un Jesús Nazareno, conocido con el nombre de Señor de Contreras [...] Esta capilla fue construida desde sus cimientos por Fr. Juan de Santa María, en el año de 1777 [...]” (*vid.* FERNÁNDEZ DEL CASTILLO 1987, pp. 70, 73-74).

35 do ese día de un modo extraordinario, en honor de varias jóvenes distinguidas que llevaban muy justamente el nombre de la reina de las flores.

El día de esperada felicidad había llegado: aún no despuntaba su aurora y ya en todas las casas se advertía un movimiento general: las criadas iban y venían trayendo para sus señoras diversos trajes y adornos propios de un paseo matutino, y algunos jóvenes bulliciosos, de esos a quienes por derecho corresponde la iniciativa en los bailes y en las tertulias, pasaban de casa en casa llamando estrepitosamente a las puertas, ofreciéndose para conducir a las señoritas al lugar en que debía verificarse la reunión y animando a las que estaban menos adelantadas en su *toilette*, advirtiéndoles la proximidad de la hora de la cita. Ésta se había dado para la casa del señor Dávila, en la que vivía la más hermosa de las Rosas que debían celebrarse en aquel día. Situada en el recodo que forma la plaza del pueblo, era el punto más a propósito para la reunión de los convidados que de varios rumbos iban llegando y eran recibidos cordialmente por el dueño de ella y su hija en una magnífica sala baja, suficientemente iluminada, en medio de la cual había una mesa cubierta con refrescos. Pronto estuvo completa la caravana y se puso en marcha, a tiempo que tocaban el alba en la iglesia parroquial.

60 Ningún ruido desagradable turbaba en aquellos momentos la tranquilidad de la atmósfera: el saltapared, a pesar de su canto monótono al celebrar la venida del Sol, infundía cierto recogimiento religioso; el gorrión, a quien el amor había despertado más temprano, llamaba con dulces reclamos a la enamorada compañera, formando el concierto más animado con las numerosas aves que se habían albergado entre los árboles; el cielo presentaba las espesas tinieblas de la noche por el Occidente, mientras que, por el lado opuesto, ráfagas violadas, que sucesivamente iban tomando color de oro y

de fuego, se extendían por el firmamento en persecución de las sombras; el grato perfume de las flores, el balido de alguna oveja, la voz de un pastor que sacaba su rebaño, el estentóreo mugido de alguna vaca que se oía entre la selva, el ligero rumor de los árboles y, en algunos puntos descampados, la vaga inmensidad del horizonte; todo este conjunto dejaba una impresión indefinible de esa grata melancolía que sólo se une a las más íntimas satisfacciones del corazón. 70 75

Caminaba a la cabeza de la comitiva una cuadrilla de músicos, después seguían las jóvenes coronadas de flores y cerraban la marcha algunas matronas apoyándose en el brazo que les ofrecían los elegantes, como más necesitadas de aquel auxilio. Era curioso ver allí entre la turba de barbilampiños algunos señores maduros que usurpaban los goces de la juventud y procuraban descargar de quince o veinte años, afectando con poca gracia un paso ligero y airoso. Los jóvenes saben muy bien cuán terribles son estos rivales, que valen en proporción de su caudal, contra quienes el amor ha hecho promesa de no luchar, desde que se sabe la aventura de Danae que, encerrada en una torre, no pudo guardar su virtud, porque Júpiter, para vencerla, tuvo la ocurrencia de transformarse en una lluvia de oro. 80 85 90

II

EL CABRÍO*

EL SOL VESTÍA DE oro la cima de los montes vecinos cuando la comitiva llegó al pintoresco lugar que se conoce con el nombre del Cabrío. Los gigantes de Anáhuac, cuyas nieves eternas se pierden en el azul purísimo del cielo, asistían imponentes y silenciosos a aquella fiesta. Durante el curso de los siglos, el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl

5

* *El Cabrío*: En sus *Apuntes para la historia de San Ángel y sus alrededores*, Fernández del castillo dice: "En Tizapán había una finca de campo que se llegó a acreditar tanto, que ya no se decía: ir a Tizapán, sino al Cabrío. En este lugar, a orillas del Pedregal se criaba gran cantidad de ganado cabrío, de cuya leche se hacían riquísimos dulces [...]" (*ibid.*, p. 196).

3 *Los gigantes de Anáhuac*: Frase que alude a los volcanes Ixtaccíhuatl y Popocatepetl. Este último está situado al extremo sur de la Sierra Nevada, se encuentra a una distancia de 88 kilómetros al sureste de la Ciudad de México. Su cima forma parte de los límites entre los estados de México, Morelos y Puebla. Es, después del Pico de Orizaba, el más alto de México. El nombre Popocatepetl viene del náhuatl *popoca*, humear, y *tépetl*, cerro. Los habitantes de los pueblos cercanos los llaman Don Gregorio (don Goyo) en honor a su santo patrón. Iztaccíhuatl significa "Mujer blanca", volcán también llamado "Mujer dormida". Es también uno de los volcanes de la Sierra Nevada, al norte del Popocatepetl; se halla a 70 kilómetros al sureste de la Ciudad de México; tiene una longitud de 7 kilómetros, de los cuales 6 están cubiertos por nieves perpetuas. Presenta de norte a sur tres eminencias: la cabeza (5, 146 m.) el pecho (5, 280 m.) y los pies (4,470 m.). La formación de este volcán es anterior a la del Popocatepetl, por lo que carece de cráteres.

han visto sucederse generaciones, razas y naciones diversas en aquel mismo sitio, donde nuestras preciosas mexicanas iban a disfrutar los encantos de un cielo espléndido y de una naturaleza exuberante. Algunas centurias de años atrás, las hijas de Tenochtitlan¹ alguna vez habrán venido a la misma hora, por gozar el imponente espectáculo de la cascada que allí se forma, por aspirar los perfumes que exhalan los mismos arbustos y las mismas flores. Otros siglos atrás, estos lugares que ahora son nuestra Patria, fueron de los bárbaros Chichimecas, y antes de éstos pertenecieron a los sabios Toltecas. ¿De quiénes fueron antes? ¿De quiénes vendrán a ser después de nosotros?

1 Éste fue el nombre que dieron los aztecas a su capital, significa “nopal sobre una piedra” [N. del A.].

11 *Tenochtitlan*: Población fundada por un grupo de mexicas en la parte meridional del lago. Etimológicamente significa “donde está el nopal silvestre” *tenochtli*, en alusión al mito del águila parada sobre un nopal y con una serpiente que devora. Otras opiniones consideran que el nombre refiere a Tenoch, uno de los jefes de la primitiva comunidad. La población fue fundada, según fecha oficial dada por los mismos mexicanos, en 1325. No obstante, algunos restos arqueológicos, principalmente de la parte septentrional o sea Tlatelolco, permiten identificar una época anterior de ocupación.

16 *Chichimecas*: Con este nombre se designaba desde los tiempos prehistóricos a numerosos pueblos indígenas, en su mayoría nómadas, que procedentes del norte de la República entraban en contacto con los grupos civilizados de la región central de México.

17 *Toltecas*: Cultura prehispánica que alcanzó su esplendor hacia el siglo IX antes de la era cristiana. En la ciudad de Tula, situada aproximadamente a unos 70 km. al norte de la actual Ciudad de México, hay un digno ejemplo de sus notables creaciones culturales, tanto en arquitectura, como en escultura, en cerámica, *e. a.* Al parecer, los toltecas seguidores del gran sacerdote Quetzalcóatl, habían recibido influencias culturales más antiguas, principalmente del gran centro ritual de Teotihuacán, cuyo florecimiento se sitúa hacia los principios de la era cristiana. Entre los pueblos nahuas posteriores fue tan grande la estimación por todo lo que se refería a la época tolteca que la palabra *toltecatl* vino a convertirse en sinónimo de artista. La dispersión tolteca que siguió a la ruina de Tula, acaecida probablemente a mediados del s. XI d.C., llevó a muchos de sus habitantes al Valle de México, a Cholula en el Valle de Puebla, y a apartadas regiones de Centroamérica.

El Cabrío es la parte más elevada de la ribera de un arroyo que corre por el lado sur de San Ángel, cuyas aguas sirven para la gran fábrica de hilados de Contreras, para la de Atizapám y para dos molinos de papel. Frente de Atizapám tiene la corriente una caída de ocho a diez varas, que en tiempo de lluvias presenta un magnífico aspecto; el cauce va teniendo mayor profundidad a medida que la ribera derecha se eleva, de manera que el Cabrío tiene enfrente una barranquilla. Cuanto se diga de la feracidad de la planicie que se extiende en declive desde este punto hacia el oriente, por la parte que llaman “la otra banda”, apenas podrá dar una idea im-

21 *fábrica de hilados*: Alusión a una de las dos actividades de principales del pueblo de Tizapán: los hilados; deben destacarse las dos grandes fábricas de tejidos: La Hormiga y La Abeja (vid. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO 1987, p. 197).

22 *Tizapam*: La generosidad del paisaje en la región sur del valle de Anáhuac dio lugar al asentamiento de poblaciones que permitían la actividad económica y los lugares de recreo, como lo demuestra la siguiente descripción: “Varios caminos, a cual más pintorescos, conducen a Tizapán, centro fabril de importancia y lugar de amenas diversiones [...] Ese lugar era uno de los preferidos por los vecinos de San Ángel para sus días de campo. Salían grandes caravanas: las señoras y gente seria en carruajes y los jóvenes en sendos burros, formando grandes y alegres cabalgatas, en las que todo era júbilo y regocijo [...]” (*ibid.*, p. 196).

22-23 *dos molinos de papel*: Se refiere al molino de Loreto y al de Peña Pobre.

24 *varas*: La vara es una medida de longitud empleada hasta el establecimiento del metro y todavía en algunos sitios, equivalente a 835, 9 milímetros. Por tanto, la cascada mediría 8,30 m. aproximadamente. Cabe la observación de que, por decreto, el sistema métrico decimal se adoptó el 15 de marzo de 1857, y se fijó para que entrara en vigor en toda la República el 1º de enero de 1862, no pudiéndose aplicar sino hasta el 16 de septiembre de ese mismo año. Francisco Díaz Covarrubias (ingeniero-geógrafo, hermano del escritor Juan Díaz Covarrubias) publicó una tabla de reducción, para disminuir las dificultades de aplicación de este nuevo sistema (vid. OLIVERA LÓPEZ 1998, t. 1, pp. 261-262).

30 *“la otra banda”*: Con esta expresión se hace referencia a los márgenes del río: “La pequeña población [de Tizapán] es muy simpática y risueña: grandes y graciosas fincas de recreo, con grandes huertas y jardines, se levantan a orillas del río, que la divide en dos partes: la banda de arriba y la de abajo, según sus márgenes” (vid. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO 1987, p. 196).

perfecta, porque sin arte y sin abonos, se ve poblada de árboles frutales, a cuyo pie crecen, formando una tupida alfombra, el clavo, los rosales y una variedad admirable de flores silvestres. Antes de comenzar este declive, hay
 35 una pequeña meseta frente a un grupo de casitas que son muy frecuentadas por las familias que van a pasar la temporada a San Ángel. Esta meseta, tan ventajosamente colocada, da indicios de haber sido mejor atendida en otro tiempo, porque en su corta extensión tiene
 40 varias especies de árboles que cubren aquel lugar con su sombra y lo embellecen con sus flores y frutos. Al lado de varios nogales frondosos y de muchos duraznos, se mira el zapote blanco, la morera, el capulín, el granado, el manzano y el tejocote. Constantemente atraviesa por
 45 aquella altura el agua cristalina que pasa frente a las casitas allí construidas, bañando el pie de una encina muy corpulenta, destinada, al parecer, a presidir eternamente aquel pintoresco lugar.

Era un delicioso espectáculo el que ofrecían las brillantes jóvenes que hemos visto salir de la casa del señor Dávila, radiantes de hermosura y de felicidad, preparando por sí mismas, en el Cabrío, un desayuno frugal y campestre. Las cabras, que de ordinario allí se encuentran, azoradas con el estruendo de la música, se refugiaron en los sitios más escarpados de una especie de muralla de lava volcánica que corre tras de las casitas; pero prontamente fueron traídas por los jóvenes más atrevidos a los pies de las bellas, para que les pusiesen collares o algún otro adorno. Una flor rara que se encontraba entre las peñas, un nido de gorriones, una mariposa entumecida, una tórtola sorprendida en su nido, eran objetos que se examinaban prolijamente por la curiosidad femenil y que se adjudicaban enseguida, según la inclinación del que había encontrado aquellos tesoros; no es necesario decir que todos los jóvenes anhelaban conquistarlos,
 65 sin que los detuviesen los mayores riesgos.

Cuando todo estuvo listo para el desayuno, los concurrentes se sentaron en unos petatillos de palma, que había extendidos sobre el césped, formando, los que podían acomodarse a la turca, un semicírculo cuyo centro ocupaban las Rosas, bajo la corpulenta encina de que hemos hablado. Las Rosas eran tres, y por su elegancia y bella figura merecían bien aquella distinción; pero entre todas era fácil distinguir una, la hija del señor Dávila, a quien todo el mundo atendía particularmente y cuyo retrato procuraremos bosquejar. 70

En aquella mañana iba vestida de amazona: un sombrero blanco de castor con pluma amarilla sujetaba su cabello castaño claro, naturalmente rizado, que formando vistosos anillos le llegaba hasta los hombros, lo que a primera vista la hacía aparecer como una niña de doce a trece años, teniendo realmente dieciséis. Hacía un contraste inesperado, con esta apariencia, la temprana seriedad que en ella se observaba, muy templada en verdad, por la expresión bondadosa de sus grandes ojos negros, chispeantes y eléctricos; su frente espaciosa, su nariz afilada, sus labios de un rojo subido, tanto más hermosos por la notable blancura de la cara, formaban un conjunto feliz que al mismo tiempo revelaba inteligencia, sensibilidad y fuerza en el carácter. Su talle, flexible y elevado, adquiriría esa gracia particular que tienen las jóvenes vestidas de hombre, tal vez por la exactitud con que se dibujaban sus formas, pues llevaba un chaleco gros de aguas, cerrado desde el cuello, perfectamente ajustado, sin abrochar el último botón, una corbata blanca de punto, una airosa chaquetilla polca de raso color de fuego, con carteras, como las visitas que después se han usado, y con 80 85 90 95

96 *chaquetilla polca*: Probablemente se refiera a la indumentaria de la clase acomodada relacionada con alguna moda típica de los polkos.

97 *visitas*: "Especie de esclavina adornada y de diversas formas usadas por las señoras" (*Edell*).

100 las mangas hacia arriba para dejar ver el punto de los puños, un chal amarillo ceñido en la cintura y unas enaguas de gros tornasol abronzado y verde, que bajaban hasta la punta del pie calzado del mismo color. Sus manos iban cubiertas con guantes de cabritilla flor de romero, y en la derecha llevaba un latiguillo con mango de oro.

105 Rosita tenía una de esas voces claras, metálicas y de suave inflexión, que cuando se oyen hacen que busque uno involuntariamente a la persona que la emite, quedando para mucho tiempo grabados en la memoria su timbre y su modulación. De tan favorable disposición natural provenía que cantase con suma facilidad algunas grandes piezas; tocaba la cítara con innegable destreza y con una exquisita e inimitable expresión, gracias al empeño que sobre este particular había puesto su padre; y he aquí, en suma, a lo que se reducían sus adelantos.

115 Su conversación era salada y divertida; su espíritu naturalmente recto, expansivo, capaz de la mayor cultura y elevación, se encontraba contrariado y como en tortura por efecto de su misma posición aristocrática que le impedía hacer una exacta apreciación de las cosas, pues
120 tenía que verlas mediante un falso prisma de grandeza y de vanidad. Finalmente, su exquisita sensibilidad parecía provenir más bien de humores pasajeros, que de lo íntimo de su corazón, por las muestras que repetidas veces daba de una voluntad antojadiza. Mas no nos apremuremos a juzgarla desfavorablemente. Asediada por jóvenes truhanes, vanos, pagados de su propia elegancia, que sólo le hablaban de óperas y de bailes, deslizándole pensamientos de amor entre la relación de algún suce-

102 *guantes de cabritilla flor de romero*: El autor se refiere al color azul característico de las pequeñas flores de esta planta.

115 *salada*: Vocablo con el que se designa a una persona o cosa que tiene gracia.

so escandaloso de la ciudad o la murmuración de alguna persona conocida, y al mismo tiempo implacablemente perseguida por la envidia de rivales injustas, que alternativamente la acusaban de fría o de romántica, de altiva o de coqueta, acaso no tenía otro escudo que aquella misma volubilidad aparentemente caprichosa, la cual era también una señal segura de que no encontraba un alma ardiente y delicada que se identificase con la suya o de que temía revelar alguna sincera y profunda simpatía guardada en lo mas íntimo del corazón, como una de esas plantas que tan lozanas crecen en los invernáculos y que se marchitan y mueren si se sacan al aire libre.

Se había presentado recientemente en la casa del señor Dávila un joven de carácter tímido al parecer, de fisonomía franca e inteligente, maneras suaves e insinuantes, a quien había precedido la reputación de ser excelente maquinista, la que contrastaba admirablemente con una visible modestia. Atraído por la brillante seducción que como una atmósfera circundaba a Rosita no tardó en ser uno de tantos satélites que daban vuelta en derredor del astro. Éste no le fue esquivo; y, aunque generalmente se atribuía el favor que tan pronto gozaba el recién venido a un capricho proveniente de la novedad, porque ofrecía la circunstancia de conocer bien la música y ser un buen cantante, gracias a su excelente voz de tenor, la cual es rara en todas partes, no faltó quien observase que, en esta vez, una pasión profunda, ardorosamente sentida y muy delicadamente insinuada, había obtenido una ligera preferencia que la linda Rosita sabía acordar en otras ocasiones sin gran discernimiento. Por una fácil comparación entre los figurines elegantes que hacían delante de ella ostentación de un amor estudiado y el joven de que hemos hablado, era muy natural que prefiriese a éste, cuyo mérito era indisputable, cuyas insinuaciones eran tímidas y apasionadas, sobre aquellos que la pretendían a título de Adonis, vacíos enteramen-

165 te de buen sentido, cuya repugnante afeminación des-
figura y rebaja tanto el tipo de fortaleza que la mujer
desea siempre encontrar en todo hombre. No es neces-
170 no había pensado seriamente, ni entonces era capaz de
ello, en aquel amor que encontraba algún eco en su co-
razón. Le era grata la presencia de un hombre que no
la adulaba, que no manifestaba pretensiones ridículas
y que no dejaba el trabajo, en que casi constantemente
175 estaba ocupado, sino para ir a visitarla; ella se explicaba
su simpatía, advirtiéndole que con él se acompañaba per-
fectamente para cantar, nadie tenía su voz tan alta y tan
sonora, ninguno la seguía tan diestramente en los giros
atrevidos que ella daba a sus piezas favoritas, y de buena
180 gana le perdonaba su color un tanto trigueño, que su
cabello no estuviese impregnado de esencias y que sus
vestidos no le viniesen de París.

Volvamos a la alegre reunión que hemos dejado en
el Cabrío.

185 A tiempo que cada uno de los convidados apura-
ba un vaso de espumosa leche, con unos sabrosos ta-
malitos, cuyo olor suave y apetitoso se extendía a gran
distancia, se notó que faltaba uno de los individuos de
la comitiva, un joven comandante de batallón, cuyo hu-
190 mor constantemente alegre lo constituía una presea, un
miembro necesario de aquella reunión, por sus agude-
zas y bellas ocurrencias: él era quien había ideado aquel
paseo comunicando el programa que fue adoptado casi
en su totalidad, el que más empeñosamente había ido
195 a tocar a las ventanas de las conocidas, a dar su voto
acerca del peinado, traje y adorno de las jóvenes. Sus nu-
merosos amigos se levantaban ya para ir en su deman-
da, cuando apareció el alegre comandante, saliendo de
entre el bosque, empapado de rocío, sin sombrero y con
200 aire de triunfo.

—¡Bravo, bravo! —gritó la concurrencia viéndole llegar con un pequeño colibrí que llevaba cuidadosamente entre las manos, por el cual había perdido su sombrero.

El comandante haciendo una pirueta contestó:

—Ustedes dejan al mejor soldado sin su pre —aludiendo a que no había desayunado. 205

—No, comandante, nadie lo ha dado a usted de baja, al contrario, íbamos en busca de usted —respondió uno de sus amigos.

Antes que el denodado comandante tomara asiento, presentó a Rosita Dávila la avecita preciosa en cuya persecución había empleado todo su tiempo. Rosita al recibirla tuvo por un instante, como un fugitivo deseo, la idea de que fuese otro el que tal obsequio la hiciera; pero esta idea pasó rápidamente, pagó con una mirada encantadora aquella distinción y el comandante se creyó en el apogeo de la dicha, pues no hubiera cambiado aquella mirada ni por la cruz de la primera época de la Independencia. 210 215

205 *pre*: prest. Actualmente vocablo poco usado que viene del francés *prêt* (originalmente préstamo). Pre: Paga que se da diariamente a los soldados.

DEJAMOS A LA CONSIDERACIÓN del lector los curiosos accidentes que debieron tener lugar a la vuelta de aquella alegre caravana, que se verificó en humildes asnos, antes de que la fuerza del sol pudiese molestar a los paseantes. Después de haber llegado sin novedad a la casa de donde habían partido, cada uno de los concurrentes pudo escoger, según su gusto favorito, como objeto de diversión, el jardín, la música, el baile o el juego. 5

Había sido don Domingo Dávila dependiente, desde muy joven, de una casa fuerte de comercio que después de la expulsión de españoles, verificada en 1829, 10

11 *expulsión de los españoles verificada en 1829*: Tras la consumación de la Independencia se originaron varios conflictos, por lo que “[l]os múltiples ataques a las propiedades de los españoles plantearon a los legisladores la necesidad de resolver el asunto. A fines de ese año [1827] se decretó la primera expulsión de españoles, aplicable a los capitulados, es decir, los soldados que habían depuesto armas gracias a los arreglos de O’Donojú, y a todos los que hubieran llegado después de 1821, el clero regular y todos aquellos que fueran juzgados peligrosos”. Sin tomar en cuenta los resultados de las segundas elecciones que favorecían a Manuel Gómez Pedraza y a Guerrero, el mismo día en que el congreso declara vencedores a los generales Guerrero y Anastasio Bustamante, el mismo día “se expedía una segunda ley de expulsión de los españoles, que casi no permitía excepciones” (*vid.* VÁZQUEZ 1994, pp. 753-757).

se le había entregado a partido. Su dedicación al trabajo y su honradez notoria, lo habían hecho digno de esta confianza en aquellos angustiados momentos en que
 15 los dueños de la casa eran arrojados del país. Por costumbre, por agradecimiento y, más que todo, por ese espíritu de imitación que suele desarrollarse tanto en algunos mexicanos, don Domingo Dávila afectaba todas las maneras de los españoles con quienes había vi-
 20 vido. Silbaba la *s*, pronunciaba rigurosamente la *ll* y la *c*, hablaba todo el día mal de México, elogiaba las cosas de Madrid sin conocerlas y, para colmo de extravío, procuraba darse cierto aire aristocrático; y era partidario ciego del gobierno monárquico, seguramente
 25 por no haber sentido sus rigores. Cuando se disolvió la compañía en que había sido socio industrial, por haberse fijado definitivamente en Burdeos sus primitivos
 30 amos, tuvo un capital disponible que desde luego dedicó al comercio, y con su actividad, y el alto crédito que había adquirido, llegó muy prontamente a disfrutar de una fortuna independiente, merced a una muy estricta economía. Su caudal había aumentado con un enlace ventajoso.

Al principio, don Domingo Dávila había llevado modestamente tal nombre, después se añadió el “Diez” por
 35 una historieta que le contaron de unos famosos “Diez” que, allá en España en tiempo de los moros, asombraron al mundo con una gran hazaña, que ahora se halla injustamente olvidada y por la cual los verdaderos descendientes de aquellos Diez, entre quienes se halla el señor
 40 Dávila, no se sabe por qué capítulo, tienen la molestia de agregar a su apellido esas cuatro letras en que nadie pone atención. A todas estas razones juntaba el señor “de” Dávila otra, de no menos peso, para haberse compuesto así

18 *afectaba*: Aparentaba o simulaba un sentimiento, una actitud o una manera de ser que no tenía.

el nombre; se picaba de tener un oído finísimo y hallaba una grata melodía en que sonase cuatro veces la D en la firma de sus libranzas y cinco en los sobres de las cartas que le dirigían. Su hija, que desgraciadamente no participaba de este gusto, insistía en llamarse a secas Rosa Dávila, en lo que realmente daba a su padre una pesadumbre. 45 50

En la época a que nos referimos, el señor Dávila era viudo, como de cuarenta años de edad, robusto, alegre y violento de genio; concentraba todo su amor en la hija única que tenía, en la bella Rosita, poniendo siempre el mayor empeño en agradarla. Esta circunstancia unida a un incidente de que luego vamos a hablar, había hecho que los gastos de su casa creciesen mucho, siendo frecuentada principalmente por cierta clase de personajes que se daban el tono de grandes señores, que halagaban su vanidad y lo fortificaban en sus opiniones retrógradas, si así pueden llamarse los confusos sentimientos que abrigaba desde muy joven en materia política, encaminados todos por el deseo de que en México se estableciese un rey y que fuese español. 55 60 65

El general Paredes, que se hizo presidente de la Re-

45 *picaba*: Presumía o se jactaba de ser cierta cosa, o de tenerse por cierta cosa (*DUE*).

47 *libranzas*: "Libranza. La que se da por escrito para que una persona pague cierta cantidad al sujeto á cuyo favor se expide" (*vid. ESCRICHE 1996*).

66 *El general Paredes*: Nombrado presidente interino el día 3 de enero de 1846, por la Junta de Notables, el general Mariano Paredes y Arrillaga (1797-1849) presentó juramento de presidente de la República al día siguiente. El 12 de junio del mismo año fue reelecto por el Congreso Extraordinario y juró el día 13; la vicepresidencia estuvo a cargo del general Nicolás Bravo. Cesó, de hecho, la administración de Paredes el 28 de julio por habersele concedido licencia para mandar el ejército el 20 de junio de 1846. Se dijo que no llegó a alojarse en el Palacio Nacional, ni recibió sueldo de Presidente. De ideas monárquicas; contrario a un arreglo pacífico con los Estados de Norteamérica con motivo de la cuestión de Texas, y también de los tratados de paz de 1848, y contra ellos hizo pronunciarse al padre Jarauta al que se unió, tomando por sorpresa la ciudad de Guanajuato. El movimiento fue sofocado por el general

pública a fines de 1845, después de haber sublevado las tropas que iban a defender la frontera del norte contra los americanos, había protegido descaradamente a los pocos monarquistas que hasta entonces se habían manifestado en México de un modo vergonzante, y don Domingo, sin haberlo esperado jamás, miraba progresar sus ideas maravillosamente, aunque no le era desconocido que esto provenía, como después se ha publicado, de la distribución de unos millones de pesos que con tal objeto venían de La Habana. Su alegría natural había crecido y los convites que daba eran cada día más suntuosos. Desconfiando al principio de que el régimen monárquico pudiera plantearse seriamente en México, había resuelto trasladarse a España, comprar allí con una corta suma algún pergamino de nobleza, seguro de que Rosita con su hermosura y su caudal encontraría fácilmente un enlace brillante. La elevación del general Paredes le hizo mudar por cierto tiempo de parecer, particularmente luego que fue nombrado, en principio de 1846, miembro del Congreso Honorable, a cuyo cargo estaba allanarle el camino al príncipe extranjero, con que entonces se pensaba regalarnos. Pero esta farsa se destruyó a sí misma, principalmente porque en el seno de la Asamblea hubo suficiente número de liberales que impidieron se consumase la traición, y después con el ridículo que hizo caer a Paredes el 4 de agosto del mismo año. El señor Dávila convencido, desde

Anastasio Bustamante. Se le acusó de haber dispuesto de las fuerzas que pudieran haberse opuesto a la invasión norteamericana en derrocar al general Herrera y fomentar la división de partidos en época tan crítica.

87 *allanarle el camino al príncipe extranjero*: Un sector pugnaba por un gobierno monárquico y debido a ello las intrigas era constantes: “[...] la Corona española organizó una conspiración para establecer una monarquía con un príncipe Borbón en México. El ministro español atrajo a mexicanos desilusionados con el republicanismo para propiciar el cambio y al general Paredes para pronunciarse y establecer un gobierno de transición” (VÁZQUEZ 2005 b, p. 50).

92-93 *el 4 de agosto del mismo año*: Mariano Paredes tuvo no sólo los

que había dejado de ser honorable, de que era imposible la salvación de México, comenzó a cortar sus negocios mercantiles para no tener embarazo en su separación de la República. 95

Una hora antes de la comida, Rosita se había retirado a su tocador, acompañada de una joven que vivía desde muy pequeña con ella y a quien trataba con la mayor confianza. Clara, éste era el nombre de la joven, amaba a su señora, o más bien a su amiga, de un modo entrañable; gozaba si estaba contenta Rosita, sufría si ésta manifestaba alguna pena; en una palabra, su vida no era más que un reflejo de la vida de Rosita. Joven de veinte años, perfectamente desarrollada, tenía el tipo y el atractivo de las hijas de Puebla, en cuya ciudad había nacido. Aseada, hacendosa y vivaracha, era la verdadera ama de la casa del señor “de” Dávila, en todo lo relativo al orden económico. Sin el cariño fraternal que la tenía Rosita, el cual la ponía a cubierto de todas las hablillas, no hubieran dejado de tomar cuerpo las murmuraciones de algunos jóvenes, que al ver a Clara tan fresca y rozagante, creían que no era indiferente el señor Dávila al hechizo de unos ojos garzos y chispeantes, cuyo fuego, decían, era posible verlo en medio de la noche y que sólo que fuese un santo podría quedarse pacífico junto a una “china” cuyos hú-

100

105

110

115

problemas del debate monarquía-república y de la invasión de Estados Unidos. En el interior del país, varias asambleas departamentales mantuvieron oposición al Plan de San Luis, como las de Sinaloa y Nuevo León. La Asamblea de Yucatán, por otros motivos, el 1º de enero de 1846, se separaba de México y desconocía, por lo tanto, al gobierno establecido en la capital de la República. Pero además de la oposición de algunos departamentos, la principal contradicción la tuvo de los federalistas, tanto moderados como puros. De los moderados, porque de alguna manera habían sido lanzados junto con el Presidente Herrera, sobre el que ejercían gran influencia. De los puros, porque venían trabajando por la caída del gobierno de Herrera. El levantamiento de Paredes había frustrado sus planes, pero fue una oportunidad para acelerar los planes conspiradores para acceder al poder. Los puros podían capitalizar a su favor las fuerzas contrarias al régimen pro monárquico de Paredes.

117 *china*: “La CHINA de México era un tipo especial [...] que ha desapa-

medos y purpurinos labios, cuyo pie carnoso y perfecto, cuyo salero y gracia en el andar eran de los más atractivos. Para completar el retrato de la “poblanita”, añadiremos que tenía un pelo negro, abundante y tan largo que le llegaba a la pantorrilla cuando estaba suelto y que ordinariamente lo distribuía en dos hermosas trenzas que ataba por los extremos, suspendiéndolas del mismo peinado para que no la estorbasen durante sus faenas domésticas. En el día de que hablamos, sujetándose a la costumbre general, lo llevaba recogido sobre la cabeza; su traje era de gros, con anchas listas amarillas sobre fondo de fuego; su calzado, color de bronce. Clara mostraba siempre jovialidad en su fisonomía, pero si alguno observase que en ciertas ocasiones se dilataban las ventanas de su nariz, ligeramente remangada, dejando ver a través de su delgado cutis color de rosa las venitas azules de que estaba surcada, comprendería desde luego que era capaz de resoluciones enérgicas. Con algunos años más que Rosita y con el tacto que generalmente se desarrolla en los pobres que no se infatúan cuando viven en la casa de los ricos, era realmente su directora en muchos negocios, sin que se apercibieran de ello ni la una ni la otra; con menos imaginación y conociendo su verdadera posición, enteramente precaria, no avanzaba más allá de donde le era conveniente y, si bien era la única persona que influía en el corazón de la hija del señor Dávila, el afecto desinteresado que la tenía y los servicios que en muchas ocasiones la prestaba justificaban esta influencia amistosa.

recido por completo [...] Pertenece a la raza mestiza, y se distinguía generalmente por su aseo, por la belleza de sus formas que realizaba con un traje pintoresco, harto ligero y provocativo, no menos que por su andar airoso y desenfadado. [...] Después de haber desaparecido de México las CHINAS permanecieron algún tiempo en Puebla, y de ahí les vino el nombre de *poblanas*” (DM). Guillermo Prieto describe a la china “salerosa, de enaguas rojas de castor y verde rebozo de seda, la camisa escotada e hilos de perlas y corales sobre la piel de su pecho apiñonado” (“Viernes de dolores”, *apud*, GONZÁLEZ OBREGÓN, p. 204).

Clara no había ido al paseo del Cabrío, ocupada en disponer todas las cosas necesarias para cuando volvieran los convidados. Después de haber dado sus órdenes y de asegurarse por sí misma de que todo estaría listo a las horas designadas, había ido en busca de Rosita, con objeto de ayudarla a peinarse. Cuando estuvieron en el tocador, seguras de que nadie las escuchaba, Rosita refirió a Clara todos los incidentes del paseo, riendo alegremente de las ocurrencias del comandante, que había empleado la mañana en cortejarla. 150

—¿Y el señor Hénkel? —preguntó Clara, revelando en su mirada una viva curiosidad. 155

—No le he visto —contestó Rosita, buscando distraídamente alguna cosa en el tocador.

—Es increíble —replicó Clara, después de algunos momentos de silencio. 160

Ya antes había notado que Rosita enmudecía siempre que se trataba del señor Hénkel; algo picada por aquella reserva, cayó en la tentación de averiguar la causa y dijo con la mayor naturalidad: 165

—Aquí han traído esta preciosa cajita de concha, con esta llavecita de oro para usted.

—Veámosla, ¿quién la ha mandado?

—Tal vez adentro estará el nombre —repuso Clara, que ya sabía cuál era, porque había abierto antes la cajita. 170

—¡Qué cosa tan primorosa! —exclamó Rosita al tomarla entre sus manos, observando que la pequeñita cerradura podía cubrirse y disimularse con un pavo real esmaltado que giraba sobre un resorte. Abrióla enseguida y vio en el fondo su propio retrato en miniatura y, abajo de él, estas palabras que leyó: “Fernando Hénkel, a la señorita Rosa Dávila.” 175

—¡Qué gusto tan exquisito tiene este señor Hénkel! ¿No es verdad, Clara? —Y sin esperar respuesta continuó—: Te aseguro que de todos los regalos que me han hecho en este día, es el que más me agrada. 180

Clara con penosa resignación respondió:

—Tiene usted sobrada razón, Rosita, no hay cosa mejor que el regalo del señor Hénkel.

185 Apenas acababa de decir estas palabras, cuando se abrió una puerta-vidriera de la pieza en que estaban las jóvenes, presentándose el señor Dávila. Contra su costumbre miró a su hija con cierta severidad, que ella no advirtió desde luego, y le dijo enseguida:

190 —Nada perdono porque tus gustos sean cumplidos, lo ves; quisiera evitarte toda contrariedad.

—¿Pues qué hay, papá? —preguntó Rosita extrañando el preludeo.

195 —Quiero que me ayudes hoy a castigar la insolencia de un miserable que se ha atrevido a asegurar que correspondes a su amor.

200 Rosa miró a su padre sorprendida y de pronto creyó que aquella tempestad amenazaba al comandante Montemar, que en toda la mañana la había importunado con requiebros y chicoleos.

—¿Me lo prometes? —dijo con gravedad don Domingo.

La joven, huyendo dar una respuesta categórica, preguntó luego:

205 —¿De qué modo puedo yo contribuir a ese castigo?

210 —Óyeme, debe venir hoy ese don Fernando Hénkel, que se cree bastante distinguido para aspirar a tu mano, a quien he tenido la debilidad de admitir en mi casa, desde que construyó aquella caja de seguridad que confieso nadie ha podido imitar, pero que no le saca de la esfera de un artesano, de un maquinista a lo más, cuya cualidad principal me había parecido que era la modestia; ¡pero buen chasco me he llevado! Estoy bien instruido de sus ideas exageradas y de sus sentimientos orgullosos,

200 *chicoleos*: de *chicolearse*: “hacerse cariños recíprocos, mimarse, dos o más personas” (*DGdeA*).

gracias a una carta que un buen amigo me ha remitido; hoy, pues, es el día en que haremos sentir todo el ridículo de sus pretensiones a ese fatuo que no cesa de denostar a la gente decente y a los españoles, cuando debiera reconocer, si es que tiene talento, según dicen, que a ellos les debemos todo los mexicanos. 215 220

—Papá —interrumpió con dulzura Rosita, procurando dar un giro diverso a aquel negocio—, ¿no sería mejor dejarlo para otra ocasión?, fuera de que ese señor no me ha ofendido.

—¿No te he dicho que asegura que le correspondes? 225

Rosita se puso súbitamente muy colorada y sus negros ojos brillaron de un modo terrible.

—Déme usted esa carta, papá.

Éste sacó de su inmenso paltó un papel azul y se lo entregó a su hija quien, desdoblándolo apresuradamente, lo leyó con la mayor atención; pero a medida que avanzaba en su lectura, desapareció el ceño que obscurecía su frente y volvían a su posición habitual las arrugadas cejas hasta que, prorrumpiendo en una carcajada, dijo, devolviéndole a su padre el papel: 230 235

—¡Si no tiene firma, papá!

—¡Ya se ve que no tiene firma! Estas cartas no...

—Apostaría a que sé quién ha escrito ese papel.

El semblante de Rosita volvió a anublarse porque, si bien le había sido muy grato poder descubrir que solamente aquella carta anónima era la que aseguraba que Fernando se creyese correspondido de ella y que así lo publicase, había conocido inmediatamente quién era su autor y se indignaba al pensar de qué medios tan rastreros se valían los que querían perjudicar al joven maquinista en el ánimo de su padre, que antes le había apreciado sinceramente. 240 245

En la carta se le denunciaba a éste el amor que el maquinista profesaba a Rosita, asegurando que se jac-

250 taba de ser correspondido, afeando sus pretensiones y
 su carácter, presentándolo como un espíritu inquieto
 que en todo meditaba reformas y llamándole corifeo
 de la canalla a la que predicaba el socialismo. La joven,
 que estaba segura de haberse conducido respecto de su
 amante con la mayor discreción y de haber reconocido
 255 en él desde sus primeras visitas un carácter elevado, no
 dio asentimiento a la terrible acusación de que la difa-
 mase y, deseando reconciliarlo con su padre, sin tener
 presentes las otras calumnias de la carta que en el áni-
 mo del señor Diez de Dávila debían dejar forzosamente
 260 una profunda impresión, dijo:

—No es capaz el señor Hénkel de cometer semejante
 falta; sobre todo —añadió con un noble orgullo—, nada
 tiene que decir y, el suponer nosotros cierta esa jactancia
 que insidiosamente se le atribuye, sería una miserable fa-
 265 tuidad de que, gracias a Dios, estamos muy ajenos.

—¡Pues tienes cachaza! ¡A ti nada te importa el
 qué dirán!

—Papacito, el qué dirán me aburre, me atosiga y creo
 que causará mi condenación: si uno recibe a las personas
 270 que la visitan con semblante halagüeño, ¡qué coqueta!; si
 las recibe con seriedad, ¡es uno entonada, orgullosa!; si
 se viste con gusto, ¡está tirando un caudal y arruinando
 su casa!; si se trata con economía, ¡es una mentecata! Lo
 que yo creo es que en todas estas miserias con que los
 275 prójimos nos agobian, no hay más que envidia y por esto
 no se me da nada el qué dirán.

—Yo no entiendo esas niñerías, estoy por la española
 antigua y para mí el pan es pan y el vino es vino. En mi

252 *canalla*: “Del it. «canaglia» (del latín «canis-is»): conjunto de perros. Chusma, gente soez” (DUE).

266 *cachaza*: “Cualidad, actitud o manera de moverse o hacer las cosas del que no se apresura ni se intranquiliza pase lo que pase” (DUE).

271 *entonada*: “Entonado, -a. De elevada posición social, engréido” (DUE).

tiempo fue siempre cosa muy sagrada la honra de una doncella y, ¡vive Dios!, que la tuya se ha de conservar siempre sin tacha. 280

—En buena hora; ¿pero cree usted que la honra se mancha por lo que se le antoja escribir a algún miserable en una carta anónima?

—No, ciertamente; pero ese señor Hénkel, a quien de hoy en adelante no podré ver con ojos serenos, sí te deshonra, y mucho, con sus insolentes pretensiones. 285

Don Domingo comenzó a pasearse por la pieza hablando consigo mismo, y violentándose gradualmente:

—¡Medrados estamos! Al cabo de tantos años de cuidados, después de procurar infundir en la señorita sentimientos de verdadera nobleza, venimos a salir con que ¡un maquinista!, ¡un herrero!, ¡un indio, en fin, venga a mi propia casa a dar que decir a los murmuradores contra la honra de un Diez de Dávila! 290 295

—El mal estará en haberle convidado —dijo con voz firme aunque reposada la joven.

—No señorita —contestó encarándosele su padre—, el mal está en que usted no ha sabido tener a raya a ese mequetrefe, quien de poco tiempo a esta parte repite sus visitas sin que lo llamen; usted, que en todo ha sido hasta aquí modelo de buena hija, no ha querido aprovechar mis consejos y tomar el tono que le corresponde, siendo amable con dignidad y haciendo discretamente que se retiren esas pobretonas de que suele usted rodearse, y que sólo vienen a sacarle el dinero, y esos pretendientillos que a todo se atreven porque nada tienen que perder. 300 305

Rosita, a quien verdaderamente había sorprendido el enojo de su padre, vio con dolor que no bastaba para desarmarlo el indicarle lo mucho que tiene que sufrir una joven ante la terrible sociedad que siempre está dispuesta a dar pábulo a todo lo que cede en desfavor de otro y no tiene defensa alguna para las personas que quieren conducirse con naturalidad. Rosita se encontraba bien con 310

315 algunas familias desgraciadas que, haciendo un esfuerzo
sobre su mala situación, se vestían lo mejor posible y la
visitaban a hurtadillas para referirle sus cuitas que ella
remediaba generosamente, y su padre la obligaba a no
320 separarse de las gentes de gran tono que iban a curiosear
cómo estaba vestida y a hacer alarde de su propio lujo.
Rosita, naturalmente afectuosa y sencilla, había conoci-
do muy pronto que en cada elegante despreciado tenía
un enemigo, y gustaba dirigirse a los más tímidos, a los
325 menos ostentosos, por benevolencia y para hacer rabiar
a los primeros, y apenas había podido abrigar una na-
ciente inclinación por el joven Hénkel, cuando todo el
mundo y, lo que más sentía, su padre mismo se habían
levantado en su contra.

330 Conociendo el carácter violento y testarudo de éste,
advirtió con profundo sentimiento que el modo de sa-
car algún partido en aquellas circunstancias, en favor
del maquinista, era manifestar que estaba pronta a des-
preciarlo.

335 —Está bien —dijo resueltamente—; yo haré de modo
que ese maquinista no vuelva a visitarnos; pero es pre-
ciso guardarnos de correrle ningún desaire en público,
sería esto de mal tono, y...

340 —Supuesto que te encargas de eso, puedes arreglarlo
con Clara del modo que mejor les parezca. Veo con gos-
to que eres dócil y por esto mismo extrañaba que defen-
dieses tan obstinadamente a ese...

—Yo nada defendiendo papá; los fuertes, los ricos se de-
fenden solos; a los pobres y los débiles es una locura que-
rer librarlos de su suerte.

345 —¿Qué quieres? El mundo es así hace mucho tiempo
y mayor locura sería pretender cambiarlo.

Enseguida salió don Domingo y fue a reunirse con
las visitas que estaban en la sala. Clara y Rosa se miraron

341 *ese...*: Sin acento por ser adjetivo y no pronombre.

sin hablarse y ya no se ocuparon en lo ostensible sino en
terminar prontamente el tocado de esta última, dirigién-
dose después también a la sala donde, a poco de haber
ellas tomado asiento, se presentó don Fernando Hénkel.

350

IV

FERNANDO

ERA EL SEÑOR HÉNKEL un joven de treinta años, hábil grabador y maquinista, iniciado en los secretos de la química. Su traje modesto, su fisonomía llena de bondad, su mirada dulce y tranquila, su color trigüeño; en todo él se reconocía el tipo fino de los aztecas primitivos: cuerpo alto y bien desarrollado, nariz bien hecha, labios delgados, boca regular, pequeño bigote que le hacía parecer de menos edad y una dentadura simétrica de un esmalte brillante. A pesar del nombre alemán que llevaba estaba muy distante de serlo. Muy niño había sido recogido por un herrero extranjero quien le había dado educación y nombre. Advirtiendo desde muy temprano la notable capacidad del indito para las artes y, no teniendo hijos, se esforzó con un amor verdaderamente paternal en darle buena educación, dedicándolo primeramente al dibujo y a la pintura en la Academia de San Carlos, después al grabado. Cuando ocurrió la

5
10
15

16-17 *Academia de San Carlos*: A la llegada a México del hábil grabador don Gerónimo Antonio Gil, con destino de grabador principal de la casa de moneda, la corona española le encargó por el real despacho de 15 de marzo de 1778, el establecimiento y dirección de una escuela de grabado. El señor don Fernando José Mangino propuso al virrey Mayorga formar una academia de las tres nobles

20 muerte del herrero Hénkel, su hijo adoptivo tenía ya su taller de grabado públicamente y dirigía a la vez muchas obras de herrería en que comenzó a llamar la atención general, por el modo exquisito con que las hacía trabajar, enseñando a muchos pobres artesanos que venían a pedirle consejos. La incansable laboriosidad del joven, las relaciones de su padre adoptivo fuera de la República y
 25 las economías de entrambos les habían permitido formar un almacén de instrumentos científicos y máquinas en clase de consignatarios, de cuyo despacho se ocupaba el mismo señor Hénkel, cuando por su salud debilitada había dejado ya los rudos trabajos de su oficio. En dicho
 30 almacén tenía Fernando una escuela práctica que vino a desarrollar extensamente su aptitud natural para la mecánica. Privado después por la muerte de su padre adoptivo de los consejos, del apoyo y del amor que en éste encontraba, sintió que empezaba a apoderarse de él una profunda melancolía, a que siempre había propendido, precisamente al tiempo en que conoció a don Domingo
 35 Dávila, que fue a su almacén con objeto de que se le encargase de Europa una caja de seguridad, que en precauciones excediese a las que entonces se conocían. El joven maquinista, creyéndose ya bastante inteligente para hacerla, se ofreció a trabajarla por sí mismo, conviniendo
 40 con el señor Dávila en mandar traer otra si no le satisfacía

artes: pintura, escultura y arquitectura, bajo la dirección de una junta nombrada *preparatoria*. El rey Carlos III la aprobó y erigió la *academia de San Carlos* por real orden del 23 de diciembre de 1783. Su apoyo tuvo que ver con el envío de varios maestros, artistas, obras, libros, estampas, vaciados de esculturas clásicas y materiales de trabajo. La institución original trabajó hasta 1821 y fue clausurada en 1824, en que se abrió de nuevo con un fondo que le asignó el ayuntamiento. Así fue viviendo de manera precaria. Una segunda y prolongada etapa se inició con el decreto del general Santa Anna (2 de octubre de 1843). Se estableció una lotería para arbitrar fondos; se contrataron en Europa nuevos maestros y se crearon becas en Europa. La institución renovada abrió sus puertas el 6 de enero de 1847 (*vid.* LAFRAGUA-OROZCO Y BERRA, pp. 340-341).

35 a que : a la que.

cía la que hiciese. Concluida que fue, la remitió a la casa del señor Dávila y como, a pesar de las explicaciones escritas con que la acompañó, no podía éste comprender su mecanismo, tuvo que pasar a ella para enseñarle las combinaciones de la caja de seguridad. Entonces vio a Rosita por la primera vez, porque el padre de ésta quiso que aquélla también supiese los secretos de aquella caja, y altamente complacido de tal trabajo, invitó en medio de su entusiasmo al maquinista para que frecuentase la casa, haciendo una notable excepción a la manía aristocrática que lo dominaba.

Como hemos dicho, el joven Hénkel ignoraba quiénes fuesen sus padres; según había oído decir a su benefactor, se había quedado en su compañía desde muy pequeño, porque habiendo venido a México a vender carbón de fragua con su padre, éste fue cogido de leva y ya no había vuelto a verle más.

Él no tenía otros recuerdos de su infancia que los continuados viajes que hacía con su padre, cuyas facciones no recordaba ya, habiendo olvidado también el pueblo en que vivía y solamente conservaba de aquella época, con esa religiosidad propia solamente de los indios, un cotoncito azul de lana,¹ una faja encarnada, un sombrero de palma y unos cacles.² Éste era el vestido que había traído de su casa. Aquellos objetos le recordaban los grandes deberes que tenía que cumplir con la raza infeliz a que pertenecía; y esta idea, asociada con todas las que germinan en el alma de un desgraciado que desde

1 Entre los indios mexicanos se llamaba *huipili* una especie de túnica sin mangas que les pasa de la rodilla y que no tiene cerradura debajo de las arcas [N. del A.].

2 En mexicano *cactli*. [N. del A.]

58 *leva* : Recluta de gente para el servicio del estado (*DUE*).

66 *cacles*: "Especie de sandalia tosca de cuero, usada por los indios y en general por los campesinos pobres" (*DM*).

muy temprano se ha visto en la necesidad de observarse, de conocerse a sí mismo y a la sociedad en que vive, le daban a su carácter un tinte melancólico.

75 El señor Dávila había comunicado la carta anónima
 contra Fernando a algunos amigos, con lo que bastó para
 que todos supiesen su contenido; así es que en el momen-
 to de presentarse el maquinista en la tertulia, se levantó
 un murmullo general. Rosita, en contra de las prevencio-
 nes que acababan de hacérsele, habría querido impedirle
 80 al maquinista el disgusto que le esperaba; pero se mira-
 ba horriblemente atada, no tanto por su padre con quien
 había arreglado una especie de neutralidad por un día, a
 lo menos, sino por aquella tremenda reunión de cócoras
 y murmuradores, a quienes nada hubiera sido más gra-
 85 to que tener algún motivo para zaherir la reputación de
 aquella joven que los humillaba constantemente.

Siempre había salido triunfante Rosita con su genio
 burlón y con su orgullo; pero en aquella ocasión ¿de qué
 podían servirle mientras no se resolviese a sacrificar a
 90 su amante? La misma sociedad que la había precisado a
 ocultar en lo íntimo de su corazón los más nobles y dul-
 ces sentimientos, que la estrechaba a cada momento a ser
 falsa, la obligaba entonces a aceptar el papel de verdugo,
 siendo la víctima un honrado artesano, un joven sencillo
 95 a quien apreciaba instintivamente desde la primera vez
 que se había presentado en su casa y de cuyo ferviente
 amor estaba plenamente satisfecha.

Como nada hay que excite más fuertemente la ener-
 gía de los caracteres generosos que la opresión, la bri-
 llante Rosita, a quien se le había impuesto la obligación
 100 de personificar el modelo de una joven de tono, estaba a
 punto de pronunciarse contra tal exigencia que la preci-
 saba a ser cruel; y si no la hubiera contenido el profundo
 cariño que tenía a su padre, habría protegido decidida-

83 cócoras: "Se aplica a una persona fastidiosa por pesada" (DUE).

mente al artesano, a la vista de todo el mundo, no por amor, sino por el gusto de desafiar la tiranía de que ambos eran víctimas, al menos en aquel momento. 105

Después que Fernando saludó a la concurrencia, fue a presentarse al señor Dávila con suma cortesía.

—Extrañaba, señor Hénkel —dijo aquel en voz alta—, la tardanza de usted; sin embargo, de que apostaba ciento contra uno a que vendría —y dirigió entonces una mirada maliciosa a los que estaban a su lado. 110

—Con mucha razón —repuso inocentemente Fernando—; me es tan grato recibir un convite de la casa de usted, que dejaría cualquiera ocupación por obsequiarlo. 115

—¡Bien! ¡Muy bien! —gritaron por un extremo de la sala, batiendo las manos en señal de aplauso, a causa de que el comandante Montemar improvisaba versos algo picarescos, en unión de varios amigos que habían ido a constituir lo que solemos llamar el “mosquete”. 120

Fernando, que no podía saber por qué aplaudían, algo cortado continuó, dirigiéndose al señor Dávila:

—Hoy es el cumpleaños de Rosita y este solo motivo... 125

Al decir esto, sintió que le subía la sangre a la cara y que le traicionaba, por lo que no pudo concluir.

—¿Por qué no va usted a felicitarla? —interrumpió don Domingo arrugando las cejas.

—Esperaba sólo el permiso de usted. 130

Sin embargo, del deseo que éste tenía de saludar a su amada, apenas se atrevía a moverse, embarazado por ese “no sé qué” de una numerosa concurrencia para gentes poco versadas en la etiqueta; al fin se decidió y fue en derecho a saludar a Rosita. La concurrencia estaba en el mayor silencio cuando Fernando atravesó la sala. 135

—Es mucha satisfacción para mí —le dijo a Rosita,

121 “*mosquete*”: “Mosquetería. Las personas que van a los bailes públicos para verlos desde las galerías destinadas a este fin” (NDLC). El corro.

cuando estuvo en su presencia— acompañar a usted en un día tan feliz.

140 Rosita, mudando de colores, vio a su padre que la miraba fijamente y nada pudo contestar. Fernando, viéndola tan turbada y no teniendo de pronto otra salida, le suplicó cantase alguna cosa.

— Cantaremos —dijo Rosita ya repuesta— el dúo de Romeo y Julieta, si le parece a usted.

145 — Con mucho gusto —se apresuró a decir Fernando, ofreciéndola el brazo, y conduciéndola después al piano, en el que ya los esperaba el distinguido maestro mexicano don Antonio Gómez.

150 Tres veces empezaron el precioso dúo *Si, fuggire a noi non resta* y otras tantas lo interrumpían porque perdían el tono o no se arreglaban al compás. El acompañante, gracias a su destreza consumada, cubría cuanto era posible el desarreglo de los cantantes, hasta que al fin logró que uniesen su voz de un modo tan expresivo y tan patético, que no parecía escrito sino para aquella ocasión, el precioso dúo en que Romeo y Julieta lloran la adversidad de su destino, y bien pudieron decir como ellos Fernando y Rosita:

160 Romeo: Otra más dichosa patria
Propicia nos dará el Cielo
Y acabará todo anhelo
Por nuestro constante amor:

145 *Romeo y Julieta*: El libreto *Romeo y Julieta*, de Felice Romani, fue musicalizado por Nicola Vaccai, cuya ópera *Giuletta e Romeo* (1825) fue presentada en México en el verano de 1841 (BELLINGHAUSEN 1999, p. XIX).

149 Antonio Gómez: “Gómez, José Antonio (1805-1870), pianista y compositor mexicano, n. en la Capital; empezó a componer a los diez años de edad; desde 1854 hasta su muerte, fue organista de la iglesia de Tulancingo; obras: *El amor astuto* (ópera); *Variaciones sobre el jarabe*; Música religiosa para voces y orquesta; valsos, etc.” (DEI).

151 *Si, fuggire a noi non resta*: Sí, huir no nos hace falta.

Giullietta: Un poder horrible y fiero
 Me encadena aquí, infelice, 165
 La alma sola me predice
 Que sin ti no viviré.

La maliciosa concurrencia que llegó a desesperar al principio de que aquella pieza fuese cantada, pagó, al fin, un justo tributo a los cantantes y al pianista, aplaudiendo frenéticamente. El señor Dávila, que en todas ocasiones hallaba modo de explicar todo lo relativo a su hija sin atinar con la verdad, creyó que la falta de compás y de afinación en una pieza que conocía perfectamente, provenía del deseo de deslucir a Fernando y que después, para manifestar su habilidad, había echado, como dicen, el resto, en lo cual miraba que su hija caminaba en el sentido del honor. 170 175

Conocida la habilidad de Rosita en la cítara, recibió incontinenti varias súplicas, a fin de que tocase alguna improvisación en las que era ordinariamente muy feliz. Tocó, en efecto, y el auditorio quedó agradablemente sorprendido al percibir alternativamente los ecos más sentidos, más blandamente melódicos, las transiciones más atrevidas de las que en vano querríamos dar a nuestros lectores una débil imagen. ¿Qué es, en efecto, el sentimiento que se despierta cuando llega a nuestro oído la grata modulación de dos cuerdas que vibran en acordes perfectos? ¿Dónde se guarda ese depósito de suave melancolía, de ilusiones vaporosas, de vagos deseos, de dolorosos recuerdos que parecen levantarse dentro de nuestra alma conmoviéndola en su íntima esencia? Sólo en esas ocasiones en que oímos gemir las cuerdas de un instrumento y en que una voz apasionada nos arrebatara, podemos comprender, podemos palpar, que la armonía es el amor del universo, y que la simpatía, los afectos tiernos y generosos, y esas indefinibles aspiraciones que van como a perderse en la inmensidad del espacio son 180 185 190 195

pequeñas funciones del individuo, comprendidas en la
 200 ley general de la atracción, del orden, de la armonía uni-
 versal que se nos hace sensible con la música.

Fernando, después de haber dejado a Rosita en su
 asiento, buscó la compañía de un amigo: precisamente
 fue a sentarse al lado del comandante Montemar. Era éste
 205 un joven blanco, de mediana estatura, ojos vivos, pelo ne-
 gro, que usaba bigote y perilla, vestido rigurosamente a
 la moda; gozaba entre las bellas la reputación de valiente,
 porque había tomado parte en algunos pronunciamientos
 y le había tocado vencer; en amores era ordinariamente
 210 afortunado, gracias a su buena presencia, a su elegancia y
 a su modo de hablar altisonante y, en cierta manera, elo-
 cuente; pero respecto de Rosita no había podido adelantar
 nada absolutamente, de lo que resultaba que lo que había
 sido en él un capricho de mera galantería se había tornado
 215 en una pasión que empezaba a ser verdadera.

Cuando Fernando se sentó a su lado, lo recibió muy
 obsequioso, diciéndole:

—Ha cantado usted admirablemente en unión de la
 bella Rosita.

220 —Sólo la amistad de usted puede disimular...

—Voy a darle a usted una buena noticia —dijo Mon-
 temar. Las ilustradas opiniones de usted, su amor a los
 artesanos de los que es usted una representación elevada,
 su profunda compasión hacia los indios a los cuales de-
 seara proteger y las nobles esperanzas que tiene usted de
 225 su futuro bienestar han hecho una favorable impresión
 en las personas más caracterizadas de esta sociedad, par-
 ticularmente en el ánimo del señor don Domingo Díez
 de Dávila.

230 Fernando, que sintió tocada la cuerda más sensible
 de su corazón y no sospechando el lazo que se le prepa-
 raba, preguntó con muestras visibles de satisfacción:

—¿Pero cómo han tenido noticia de tales cosas, si
 sólo a usted le he hablado de ellas?

—Me he tomado —respondió el comandante con algún empacho— la libertad de instruir acerca de ellas a algunos señores, de quienes estaba seguro de antemano que las apreciarían debidamente, por no desaprovechar una bella ocasión que se me presentó; creí obrar con las facultades de un amigo discreto... 235 240

Fernando permaneció sin responder por algún tiempo y luego continuó el comandante:

—Tengo ahora una idea que espero merecerá la aprobación de usted.

—¿Cuál es? —dijo con seriedad Fernando, mirando fijamente a su interlocutor, de quien instintivamente comenzó a desconfiar. 245

—Contando con la favorable disposición en que se encuentran los miembros más respetables de esta exquisita sociedad, juzgo que no sería desacertado hablarles de nuevo a todos juntos, con entusiasmo, con elocuencia, acerca de esos grandiosos proyectos de usted de los que tienen ya algún conocimiento. 250

—Sería inoportuno —contestó secamente Fernando.

El comandante, sin darse por entendido, continuó diciendo: 255

—Cuando el vino hubiere comenzado a hacer correr la vida con más velocidad en las venas de estos hombres descreídos, aniquilados, excitando en su corazón los sentimientos generosos, entonces lograría usted un éxito completo. 260

Fernando, en quien eran ya sospechosas las oficiosidades del comandante, por toda respuesta le echó una mirada torva sobre el hombro, que éste no advirtió, continuando enseguida: 265

—La poesía puede mucho, usted ha hecho ensayos que prometen demasiado, ¿por qué no ha de aplicar usted ese talento al logro de sus grandes ideas? Resuélvase usted, yo estaré a su lado y no perderemos tan brillante ocasión. 270

Fernando se quedó pensativo, sintiendo una aversión repentina por el comandante, mientras que éste, seguro de que algún efecto tendría su jesuítica trama, si él mismo presentaba la oportunidad, fue a sentarse al lado del señor Dávila, habiendo logrado ya en su concepto lo principal, que era cubrir para cualquier evento con aquella especie de franqueza su indignidad.

Rosita, que sabía ya que el autor del disgusto que había tenido poco antes era el comandante, pues había conocido su letra por la multitud de composiciones poéticas que con la misma le había dirigido, al verlo tan cortés cerca de Fernando, adivinó fácilmente que proseguía en alguna diabólica trama y, no pudiendo advertir por lo pronto a Fernando el peligro, se propuso protegerlo en cuanto pudiese y vengarle de aquel enemigo encubierto.

EL CENADOR*

SERÍAN LAS CUATRO DE la tarde cuando fue dada la señal para que los convidados pasasen a ocupar su asiento respectivo en el gran cenador. Estaba construido éste en medio del jardín, a la sombra de varios árboles frondosos y elevados; una columnata dispuesta en forma circular, tersa y reluciente, de un blanco mate, con sus capiteles dorados, servía de apoyo a una bóveda de cristales esmerilados, a través de los cuales y de unas cortinas de seda, penetraba durante el día una luz suave y voluptuosa. No es fácil explicar las sensaciones que se experimentaban pasando allí el principio de una velada, cuando la luna majestuosa lanzaba desde la mitad del firmamento sus rayos melancólicos; el aspecto fantástico del inmenso jardín, el sonoro movimiento de las aguas, el rumor del aire entre las hojas de los árboles y el canto repentino de los ceniztos causaban una conmoción tan íntima y tan nueva que parecía que el alma, libre de las cadenas en que vive, se transportaba a una región de placeres indefinibles.

5
10
15

* *cenador*: "Espacio en un jardín o en cualquier sitio al aire libre, cubierto por plantas trepadoras sostenidas por una armadura" (*DUE*).

20 Dentro del cenador, sobre una mesa ovalada de jaspe, se miraba de pie una estatua de mármol blanco, representando la Abundancia en aptitud de derramar los frutos contenidos en un cuerno de oro que tenía en las manos. En las cuatro puertas del cenador que correspondían a otras tantas callejuelas adornadas de arbustos y flores exquisitas, había cuatro estatuas de estuco que representaban a la Fortuna, a Minerva, a Venus y a Cupido.

25 Cuando se sentaron los convidados a la mesa, según el orden de las tarjetas que al efecto se habían distribuido, se vio que la presidían de un lado y en medio de ella el señor Dávila, y del otro un viejecito regordete, colorado, chaparro, con la cabeza y patillas canas, de ojos azules armados de antiparras engastadas en carey. Era persona a quien guardaban todos grandes respetos, escuchando muy atentamente sus narraciones algo largas, en las que hacía contraste su tono gracial con la ironía y sarcasmo de que usaba con demasiada frecuencia. El objeto de la conversación que seguía con varios de los convidados, que parecían pendientes de sus labios, era político:

30 —No hay remedio, señores —decía el viejecito después de un acceso de tos asmática que acababa de darle—; ahora se han apoderado del señor Santa Anna los

37 *gracial*: No existe en el diccionario este término; sin embargo, por el contexto y el tono afectivo (“viejecito”) con que se dirige el narrador a este innominado personaje, el cual aparece varias veces en la novela, se infiere que “gracial” es “afable”, con gracia. Mucho más cercana es la asociación con la idea de “grácil”.

43 *Santa Anna*: Antonio López de Santa Anna (1794-1876). Santa Anna nació en Jalapa, Veracruz. Hijo de un criollo, subdelegado del gobierno español en el puerto de Veracruz, a los dieciséis años se enroló en el ejército realista en el Regimiento Fijo de Veracruz, tras fracasar como comerciante. *Vid.* KRAUZE 2003, *pass.* “[...] fue, de 1823 a 1855, el principal político mexicano, unas veces vencedor y otras derrocado, cuatro [*sic*] veces en la presidencia y dos en el exilio. Fue igualmente el principal militar en nuestras luchas civiles y en nuestras guerras extranjeras, mostrándose gran organizador de ejércitos, que parecía sacar de la nada, y pobrísimo estratega, que luego los perdía. Ver-

liberales, y van a traerle en triunfo; vivirán por algún tiempo como marido y mujer mal avenidos, riñendo con frecuencia y, cuando se divorcien, el señor Santa Anna

sátil y sin ideas fijas, no tomaba en serio la política: jugaba unas veces con los liberales y otras con los conservadores. Al general Obregón le resultaba muy interesante su personalidad, sin duda por las facetas comunes que tenían los dos. Mañoso, audaz, falto de escrúpulos, supo burlarse de sus enemigos, así en el campo militar como en lo político y el diplomático. Durante el segundo imperio y a la caída de éste en 1867, trató aun de meterse en la política nacional; pero su generación había pasado ya y la nueva no podía ya admitirlo. Tiempo después se le permitió volver y y murió, oscuramente, en la Capital el 21 de junio de 1876” BRAVO UGARTE 1962, p. 222-223. Justo Sierra, además de darle el nombre de “seductor de la patria”, escribiría: “la nación estaba a los pies de ese Don Juan del pronunciamiento [...] el gran seductor [...] para quien la patria era una querida, una concubina...”. En total, fue presidente once veces (*vid. KRAUZE, Loc. cit.*).

44 *liberales*: “Como en religión todos eran católicos y [...] en política todos eran liberales, la división en partidos políticos procede en México de esa doble unidad: Religión Católica y liberalismo político. El liberalismo religioso y los diversos grados de liberalismo político produjeron la división en partidos. Los diversos grados de liberalismo político dieron origen a los primitivos *monarquistas* y *republicanos*, y a los *federalistas* y *centralistas*; dentro de los federalistas hay un importante subgrupo, el de los *demagogos*. El liberalismo religioso es causa por su parte de la división en *progresistas* y *conservadores*, y el subgrupo de los progresistas *radicales*. Otras célebres denominaciones son las de *escoceses* y *yorquinos*, que indican la filiación masónica de los partidos [...]; y la de *puros*, que significa la práctica fusión de los federalistas demagogos con los progresistas radicales” (*vid. BRAVO UGARTE 1962, p. 113*).

44 *van a traerle en triunfo*: El general Antonio López de Santa Anna había sido arrojado de la silla presidencial, por sus excesos, en diciembre de 1844. Los federalistas moderados habían sido los artífices del movimiento contra Santa Anna. El general jalapeño había logrado “salvar el pellejo”, y en los primeros meses de 1845 fue amnistiado y exiliado a la isla de Cuba [...] Poner en contacto a Santa Anna con el líder de los puros, Valentín Gómez Farías, no fue difícil, porque el segundo en importancia del Partido Puro, Manuel Crencio Rejón, estaba también desterrado en La Habana, Cuba. Rejón fue el pivote de la conspiración y de la unión de Gómez Farías con Santa Anna. Fue difícil convencer al líder liberal, porque tenía al general jalapeño en el concepto de “oportunista” y “corrompido”. Sin embargo, pesaron más las consideraciones de tipo pragmático. Gómez Farías no podía tener éxito si no contaba con un militar de prestigio que pudiera influir en gran parte en el Ejército. Por su parte, Santa Anna necesitaba una nueva imagen, que lo redimiera de los pecados del pasado (*vid. KRAUZE 2003, pp. 128-144 pass*).

nos buscará. En estas oscilaciones no es posible que se arregle nada de provecho. Yo creo que si el partido del orden vuelve a tener entrada en los negocios, como habrá de suceder seguramente, por ser el único puerto de salvación a que pueden acogerse las naciones que, como México, entran en la vía revolucionaria, por los sueños del liberalismo, debe buscar garantías más sólidas que las que hasta ahora ha solido ofrecer el señor Santa Anna. El partido del orden, al que bien pudiéramos llamar conservador de la sociedad, pues tiene por misión natural defender las garantías generales, es decir, la propiedad, la familia y la religión no debe tener aliados cuando manda, sino instrumentos.

—Es una verdad —dijeron con muestras visibles de aprobación todos los que escuchaban, entre los que se encontraba Montemar. Éste exclamó enseguida con el énfasis de costumbre:

—¡Idea feliz!, ¡fecunda!, ¡salvadora!, la de haber dado a nuestro partido el nombre de “conservador”; un nombre vale a veces el triunfo de una causa. ¿Quién que tenga religión, familia y propiedad no querrá ser conservador? Nuestro partido, por este solo nombre, debe ser no solamente nacional sino cosmopolita.

Desde la caída del general Paredes, los antiguos escoceses, que durante la pasajera administración de su corifeo se atrevieron a llamarse descaradamente monarquistas, viendo el mal éxito de su tentativa, robaron a los moderados su estandarte llamándose conservadores. Nuevos Atlantes de la sociedad proclamaron la defensa de la propiedad, de la religión y de la familia y, aunque para todo el mundo era clara la hipocresía, no faltaron personas que se pusiesen aquella máscara para encubrir sus intenciones, porque en todas partes, pero en México especialmente, la política es un continuo carnaval en que, más o menos, todos los que intervienen saben que puede dirigírseles este apóstrofe: “¡Ya te conozco, máscara!”

No hay partido en el mundo que no pueda decir tan vagamente como el llamado conservador “defiendo la propiedad, la familia y la religión”, pues nadie deja de aspirar a tener algo, a ser propietario; todos amamos la familia, esto es, a nuestros padres, a nuestros hijos y a los que viven a nuestro lado; y todos tenemos religión, porque ningún ser racional deja de esperar o temer algo de la divinidad, cualquiera que sea la creencia en que lo hayan imbuido y, por lo mismo, se esfuerza siempre en practicar aquello que comprende que se la hará propicia; la dificultad ha sido, y será por mucho tiempo, aplicar las consecuencias de una libertad justa y ordenada al régimen de la sociedad y, por lo mismo, la cuestión entre el partido revolucionario y el reaccionario, entre los hombres del porvenir y del pasado, se reduce únicamente para los primeros a hacer inatacable la “libertad”, para los segundos a hacer imperecedera la “servidumbre”. La igualdad de derechos y la “fraternidad” en las relaciones humanas es el sueño dorado de los verdaderos demócratas: sueñan con todos los grandes hombres, sueñan con los pueblos, sueñan en fin, pues con esta expresión pretenden burlarlos sus contrarios, confiando en las palabras del Salvador del mundo que nos enseñó a orar, pidiéndole todos los días: “Que se haga su voluntad así en la Tierra como en el Cielo”, mientras que los aristócratas se apegan, se adhieren, se incrustan en los restos de lo pasado, y no ven que se los lleva la corriente, y que en la transformación innegable que está sufriendo la sociedad, quedan ellos solos cubriendo como pueden su derrota, su necesidad y su vergüenza, aunque los medios de que pueden disponer son tan frágiles como las hojas de higuera que sirvieron a nuestros primeros padres al salir del Paraíso.

Notando el viejecito que, por el respeto que le guardaban, no habían ocupado su asiento los hombres, y que no empezaba a servirse la comida, dijo sentándose para dar ejemplo:

—Estas señoritas —y se dirigió haciendo una profunda cortesía a dos hermosas jóvenes en medio de las cuales estaba su asiento— nos disimularán el que hayamos hablado más de lo necesario de asuntos tan ingratos para sus oídos.

Enseguida comenzaron los criados a servir la mesa. En una de las cabeceras se encontraron Fernando y el comandante Montemar, mirándose con cierta sorpresa uno enfrente de otro, pues no había entre ellos más intermedio que el asiento reservado a Rosita, que todavía estaba vacío. Fernando, al ir para el jardín, había recibido un papelito en el que leyó lo siguiente, causándole una indecible turbación:

“Luego que entre la noche, retírese usted sin despedirse de nadie.”

¿Quién había escrito aquello? ¿Cuál era el objeto de tan terminante prevención? ¿Se habrían equivocado al darle aquel papel? Tales eran las justísimas cavilaciones en que el joven se hallaba preocupado, casi sin atender a lo que pasaba en su derredor y sin tocar los platos que le ponían delante.

La mesa fue servida con el mayor orden y con un gusto muy exquisito, aunque extranjero. No nos lamentaremos de que el respetabilísimo caldo y el suculento puchero de nuestros abuelos, hayan cedido el campo a los raviolos, macarrones, puddings, roast beefs, gelatinas y pastelerías de la cocina francesa e inglesa; tales cambios entran en el movimiento general de un siglo a otro, como consecuencia del roce de diferentes pueblos, como efecto de refinamiento en el gusto o mirando las cosas desde mayor altura como la realización constante del dicho del sabio que no vio en la Tierra más que “vanidad de vanidades”. Los pueblos se han alimentado principalmente de harina y carne y mientras estos artículos se produzcan en México con tanta abundancia y a precio tan barato como el presente, no nos alarma-

mos de que la cocina mexicana tenga cada día, entre la gente acomodada, menor número de sectarios. 155

Algunas botellas de rico madera y espumoso champaña habían sido vaciadas, cuando se presentó Rosita con todo el esplendor de su hermosura causando un murmullo de aprobación hasta entre el bello sexo. Al percibir el aroma que despedían sus vestidos y al crujir éstos rozando contra los asientos, Fernando y el comandante se miraron de un modo tan feroz, que cualquiera que los hubiese visto habría creído que iban a dar principio a un combate, según el odio que se había apoderado de los dos rivales. 160 165

La joven llevaba un vestido de raso aperlado, adornado con pasamanería de oro y tenía en la parte superior del peto una rosa de rubíes, en cuyo centro brillaba un soberbio diamante. 170

—Señor Montemar —dijo sentándose y dirigiéndole una mirada con cierta risita que empleaba siempre que se hallaba distraída, por la cual aparecía provocativa sin intención—, ¿tendrá usted la bondad de...?

—¿De qué, Rosita? —se apresuró a responder el comandante, poniéndose en pie por un movimiento instantáneo, armándose de un tenedor y un cuchillo, en actitud de servir lo que se le ordenase de los platones que estaban a su vista—. ¿Quiere usted que...? 175

—Hágame usted la gracia de retirar un poco su asiento, me está ajando el vestido. 180

El comandante, algo cortado, se apresuró a obedecer y Rosita le dijo casi riendo:

—Usted me tiene miedo, señor Montemar; le digo a usted que retire un poquito su asiento y no que huya de mí. 185

El comandante, que no dejaba el tenedor ni el cuchillo, acercó su asiento algunas líneas al de Rosita con una precisión matemática; pero al ejecutar esta evolución, no advirtió que el cuchillo quedaba detenido entre las dos 190

sillas, por lo que al levantarse violentamente le hizo saltar, escapándosele de la mano y fue a caer desgraciadamente sobre la punta del pie de Rosita que apenas se asomaba por la orilla del vestido. La joven dio un pequeño grito, más por mortificar al comandante que por el dolor que le hubiese causado, lo que, como es natural, atrajo sobre éste una gran mortificación.

195 —Voy a imponerle a usted una penitencia, señor Montemar, por el mal que me ha hecho —le dijo Rosita poniendo una cara hechicera.

200 —El código más severo y más sabio, que es ciertamente la ordenanza militar —dijo él, volviendo a su humor petulante, aunque todavía estaba muy colorado— me absolvería; no obstante me sujeto voluntariamente a la pena que quiera usted imponerme.

205 —Por lo visto, no está usted hoy con muy buena estrella; para contrariarla, beba usted alguna cosa a mi salud y después nos hará favor de explicarnos lo que previene la ordenanza para estos casos.

210 El comandante conoció la ironía y se mordió los labios; pero no era hombre que se dejase vencer por los primeros reveses; llenó inmediatamente una copa con vino del Rhin y brindó con voz clara y sonora, recitando unos versos que para aquel objeto había aprendido de memoria.

215 Concluido el brindis, que era en honor de Rosita, ésta le dio las gracias con una ligera inclinación de cabeza; y dirigiéndose con marcada amabilidad a Fernando, le dijo:

220 —Si tuviera usted la bondad, señor Hénkel, de servirme una jaletina.

—¿Qué no toma usted antes otra cosa? —preguntó Fernando.

225 —Tengo poca gana —respondió con languidez Rosita. Fernando que, a fuer de enamorado, sentía una viva satisfacción por aquella ligera preferencia, procuró re-

primirse para no hacer alguna torpeza y sirvió sin apresuramiento lo que acababa de indicársele.

—He visto —le dijo la joven enseguida— el precioso baulito que me ha mandado usted de cuelga; nos ha agradado mucho a Clara y a mí. ¿Dónde lo compró usted? 230

—Lo hice, Rosita.

—¿Lo hizo usted? —contestó ésta con cierta admiración—. ¿Y el retrato?

—Lo hice también. 235

—No sabía que pintara usted. ¿Y cómo lo ha sacado usted? ¿Le habrá costado mucho trabajo?

—Como al dibujar nos ponen regularmente de muestra lo perfecto, después sólo nos es difícil retratar los seres imperfectos. 240

Rosita sintió que se sonrojaba por aquel elogio dicho con la mayor naturalidad y, variando inmediatamente de conversación y con el tono de ligereza, a que apelaba luego que se encontraba en algún aprieto, dijo, sin advertir que el comandante no perdía ninguna de sus palabras: 245

—A mí no me gustan los brindis.

—¿Por qué? —contestó inocentemente Fernando.

—Casi siempre son aplicables a todos los convites y pueden dedicarse sin inconveniente a todas las personas. 250
Luego que oigo los nombres de Clori o Filis, conozco que no hablan conmigo.

El comandante que acababa de recitar el soneto de Arriaza titulado la “Guarida de amor”, en el que se habla

230 *cuelga*: “Regalo que se hace a alguien el día de su cumpleaños” (*DUE*).

254 *Arriaza*: “JUAN BAUTISTA ARRIAZA (1770-1837) fue primero marino y entró después en la carrera diplomática, en la que sirvió como agregado en Londres y en París. [...] Escritor fecundísimo, de vena tan fácil como chispeante, Arriaza es un señalado ejemplo —dice con justicia Valmar— «de la distancia que media entre el ingenio y la poesía». Fue muy leído en su tiempo y se repitieron las ediciones de sus versos hasta seis veces en vida de su autor. Podría estimársele como poeta de transición entre el neoclasicismo y el ro-

255 de los divinos ojos de una Silvia, creyó que eran dirigidas a él estas palabras y, moviéndose con impaciencia sobre su silla, tragando saliva y tosiendo, dijo a Rosita, sin saber ya ni lo que hacía:

—Confieso que no es mía la composición que he recitado.

260 —Creo que aunque fuese composición de usted la negaría, porque es usted muy modesto —dijo irónicamente Rosita, y luego añadió remarcando pausadamente las palabras y mirándole oblicuamente:

265 —Conozco trabajos de usted en que no ha puesto su firma...

El comandante se convenció entonces que Rosita había visto su carta anónima y se esforzó en vano para buscar una respuesta satisfactoria.

270 En aquel momento se levantó la mesa, y Rosita, apoyándose suavemente en el robusto brazo de Fernando, salió en compañía de otras varias felices parejas de jóvenes por la puerta que guardaba Cupido, mientras que los señores graves y sesudos de la concurrencia salían por la de la Fortuna con objeto de entregarse a Birjan. Excusado, es decir, que entre los que iban a entregarse a tan piadosa ocupación, se encontraban exministros, generales, agiotistas y algunas respetables matronas.

280 Montemar, a quien todos habían olvidado, tenía que ir a desempeñar sus dos horas de “talla”, pues en las escaseces tan repetidas que sufren los que sirven al gobier-

manticismo, pero de hecho no le afectó ninguna de las dos escuelas” (ALBORG 1972, pp. 434-435). “**La guarida de amor**” // *Amor, como se vio desnudo y ciego, / pasando entre las gentes mil sonrojos, / pensó en buscar unos hermosos ojos / donde vivir oculto y con sosiego. // ¡Ay Silvia!, y vio los tuyos, vio aquel fuego / que rinde a tu beldad tantos despojos, / y hallando satisfechos sus antojos, / en ellos parte a refugiarse luego. // ¡Qué extraño es ver ya tantos corazones / rendir, bien mío, los soberbios cuellos, / y el yugo recibir que tú les pones, // si a más de que esos ojos son tan bellos, / está todo el Amor con traiciones, / haciéndonos la guerra dentro de ellos!*

28o *talla*: “En el juego de baraja mano” (DUE).

no, se había visto forzado a poner en práctica la industria de “gurupié”, en la que ciertamente no era zurdo; pero no pudiendo resolverse a soportar impunemente sus calabazas, llevado de los celos, se fue en busca de Rosita y Fernando por esa atracción que suele tener el mal, de la que difícilmente logra uno libertarse antes de que se haya consumado. 285

—Usted es el que más tarde ha llegado —decía Rosita mirando fijamente a Fernando—; apenas hemos cantado un dúo, y eso tan mal... hoy no tiene usted disculpa. 290

—Es verdad —contestó Fernando—; debí dejar todo por venir con la exactitud que yo mismo deseaba, pero me fue preciso dejar despachado el correo para Europa, pensando que la diversión se prolongará hasta la noche. 295

Enseguida, volviendo la joven la cara hacia atrás para ver si alguno los seguía, y no mirando cerca a nadie, dijo con resolución: 300

—No perdamos estos momentos. Cumpla usted exactamente lo que se le dice en el papel que debe haber recibido; no equivoque usted el motivo que me ha hecho escribirlo. No es posible que esté yo con usted más tiempo; convendría que no me volviese usted a ver. ¡A Dios! 305

Al decir estas palabras, retiró sin violencia la joven su mano del brazo de Fernando, y éste, en ademán suplicante, exclamó:

—¡Rosita por piedad! ¡Un solo momento! ¡Tengo que hablarle a usted! 310

283 *gurupié*: “GURRUPIÉ. (fr. croupier) Ayudante de banquero en las casas de juego” (*Edell*).

283 *no era zurdo*: “NO SER ZURDO. Ser listo o hábil” (*DUE*).

285 *calabazas*: “DAR CALABAZAS. Negar a alguien una cosa que pretende; particularmente, rechazar un requerimiento amoroso” (*DUE*).

—¿Tiene usted que hablarme? —interrumpió la joven con extrañeza, clavando sus grandes ojos en Fernando—, y acerca de qué?

315 Fernando tuvo un momento de silencio, procurando combinar sus ideas, palideció y armándose por último de resolución, dijo con un acento apasionado:

—Perdóneme usted, Rosita, si no puedo resistir más al encanto de su hermosura.

320 La joven, con aire indiferente, jugando con los cordones de oro del seductor que llevaba en el cuello, respondió dándose un aire de sencillez.

—Eso mismo precisamente me repetía hoy hasta el fastidio el comandante Montemar.

325 Fernando, a quien debió desconcertar esta respuesta, y que sintió que se levantaban los celos contra el comandante, tuvo bastante pasión para continuar:

—Nadie podrá darle a usted un corazón más sincero ni más ardoroso; ¡por piedad Rosita!, no haga usted mi desgracia, cuando una sola mirada de usted, una palabra sola, harían mi felicidad.

330 En los ojos del joven se leía una pasión verdadera.

—Señor Hénkel —dijo Rosita con cierta gravedad—, usted se engaña.

335 —¿Se engaña quien adora a usted?

—Sí, se engaña el que creyese que una palabra mía haría su felicidad.

340 —Una sola palabra Rosita, ¡una sola!, dígame usted que no rechaza mi amor, que con el tiempo podrá usted amarme y... que...

—Ésa no es una sola palabra —interrumpió Rosita con agrado; y luego, cambiando repentinamente de tono y como completando algún pensamiento que había causado aquella metamorfosis, añadió mirando severamente a Fernando:

345 —Yo quiero ser enteramente libre.

A la seductora y casi infantil amabilidad que un poco

antes se miraba en el rostro de la joven, sucedió la expresión del orgullo y dijo, manifestando enojo:

—Yo no sé lo que autorice a usted para hablarme de esta manera. 350

—Perdón, Rosita, ¡perdón si he disgustado a usted!

Al decir esto, el joven había puesto una rodilla en tierra con el ademán más suplicante. Rosita lo contempló por un momento como indecisa y conmovida; pero en aquel instante percibió muy de cerca el coro de unos jóvenes que venían cantando la *ponchada*. Temió que hubiesen visto la actitud de Fernando, y no quiso participar del ridículo que sobre él iba a recaer, le volvió la espalda y tomó el brazo del primero que se le presentó; era el comandante Montemar. 355 360

—Y bien, Rosita —dijo éste—, ¡qué chistosa ha estado la aventura!

—Sí —respondió con una expresión sarcástica que petrificó al comandante—, la aventura ha estado tan chistosa, tan original y tan desapacible como usted. 365

Clara, que también había sido testigo de la escena que acababa de pasar, se acercó con grande inquietud a Rosita; ésta, al verla, le dijo:

—Vámonos del jardín porque ahora tiene, como siempre, el comandante Montemar ocurrencias muy enfadosas... 370

La alegre compañía de cantantes que desde cierta distancia había visto el desprecio de Fernando, y que después había tomado Rosita el brazo del comandante, recibió a éste con vivas y palmoteos, creyéndole enteramente vencedor. 375

—Comandante —dijo uno de aquellos calaveras—, es necesario escarmentar para siempre a ese miserable —y señaló a Fernando que les daba la espalda, parado y me- 380

357 *la ponchada*: “*La ponchada*, comedia en un acto por Manuel Bretón de los Herreros y Julián Romero” (*RHT*).

ditabundo a la orilla de un estanque cuyo pretil era muy bajo, distrayéndose con la vista de varios hermosos cisnes que flotaban sobre el agua y de innumerables pececillos de diferentes colores que huían rápidamente luego que se les acercaban los cisnes. Entre tanto gritaban los cantantes de la ponchada:

—Sí, comandante, es preciso salir por el honor del pabellón, usted lo ha prometido; sí, sí, un desafío, ¡un desafío!

Hay algo muy poderoso que se desarrolla en el hombre cuando se halla en compañía de otros y que tanto puede servir para el bien como para el mal; de suerte que lo que por sí solo nunca haría, lo que tal vez reprueba en lo íntimo de su corazón, lo pone en práctica por sólo seguir el impulso que otros le dan, y por no saberlo resistir. Fernando no había ofendido a ninguno de aquellos que azuzaban al comandante, y no había alguno que en lo particular no estuviera dispuesto a mostrar deferencias y consideraciones al eminente artesano, cuya industria y buen carácter le habían granjeado hasta entonces un justo respeto. Montemar era el hombre más a propósito para dejarse arrastrar por el tole, tole de la muchedumbre, así es que no tardó en dirigirse orgullosamente al lugar en que se encontraba su rival. Distraído éste con sus téticas reflexiones, no advirtió que se le acercaba la compañía de cócoras, hasta que el comandante le tocó groseramente la espalda, dándole una palmada; al volver la cara vio que éste, lanzándole la mirada más insolente, le arrojaba un guante a sus pies. Fernando hizo un movimiento para abalanzarse sobre el comandante; pero se contuvo, recogió el guante con mucha calma y lo arrojó a la cara de su adversario con desprecio. Éste, que había observado el primer ímpetu de Fernando, creyó que lo había reprimido por cobardía y, cediendo al deseo de humillar a su

402 *tole, tole*: “Jaleo. Griterío y confusión en una reunión de gente” (*DUE*).

víctima a vista de tantos testigos, juzgó que era cosa muy fácil echar al agua a su enemigo que, como hemos dicho, estaba en la orilla del estanque y no esperaría aquel ataque. Fernando advirtió tal intención, y cuando el comandante quiso empujarle, sintió éste que era estrechado entre los robustos brazos del herrero, quien lo dobló como una espiga y, cuando lo vio casi sin aliento, lo balanceó a uno y otro lado y lo tiró al agua. 415 420

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que se ahoga! —gritaban los que antes habían impulsado al comandante a hacer la provocación que tan mal éxito había tenido, sin atreverse a sacarle del agua, dando por resultado únicamente sus gritos que acudiesen varias señoras espantadas. Afortunadamente, el estanque tenía poco fondo y luego que pudo ponerse en pie, el comandante ya no corrió riesgo de ahogarse, le dieron la mano para que saliese, y contaron a las señoras que por dar un salto atrevido había caído en la agua. Al espanto sucedió la risa, porque el comandante salió cubierto de lama y lentejilla. Cuando las señoras se retiraron, el comandante le dijo a su enemigo, de modo que lo oyesen los circunstantes: 425 430 435

—Mañana a las siete, en el Bosque de Chapultepec; lleve usted pistolas y padrinos, haga usted esta noche su testamento, porque el desafío será a muerte.

—Sí, en Chapultepec —contestó con burla Fernando—, junto a la Alberca; lleve usted quien lo saque, porque puede usted ahogarse en ella. 440

El comandante, picado de la respuesta, quiso acometer de nuevo a Fernando; pero variando de resolución a instancias de sus amigos, con grande enojo y apretando los puños, dio la vuelta con ellos repitiendo: ¡Mañana en el Bosque de Chapultepec! 445

VI

EL SARAO* Y EL JUEGO

ROSITA, AL ENTRAR EN SU recámara, sintió que su corazón se desgarraba; si le hubieran preguntado la causa de aquella aflicción, acaso no hubiera sabido explicarla; pero lo cierto es que sentía una especie de remordimiento al pensar que el hombre que acababa de manifestarle su amor estaba en el ridículo más atroz, y ella, que era la causa única de su desgracia, había huido cobardemente, abandonándole al desprecio de todos. Luego que se vio sola, pues Clara, por no ser importuna, se retiró a otra pieza inmediata, echándose sobre un sofá, prorrumpió en llanto. 5 10

Un tanto desahogada, comenzó a hablar consigo misma preguntándose:

—¿Y siempre ha de ser esto así? ¿Siempre ha de estar uno espiada, perseguida y bajo la presión de todo el mundo? ¿Qué vida es ésta en que no podemos tener ni amor ni amistad, sin que cualquiera se crea con derecho de intervenir, de criticar y de conceder o negar su licencia...? 15

Variando luego la dirección de su pensamiento exclamó: 20

* SARAO: "sarao. Reunión o fiesta de sociedad" (DUE).

—¿Y a qué ídolo se hacen estos constantes sacrificios? A la vanidad de todos, a la falsedad, a la hipocresía. ¡Pues bien! Yo no los haré más, viviré sola si es necesario, pero nadie contrariará mis sentimientos. ¿Contrario yo acaso los de nadie? Yo necesito un alma enérgica, como la mía, que me comprenda, que me prefiera sobre todo el mundo, que no se detenga ante ninguna consideración, para que juntos y solos atravesemos el triste camino de la vida. ¡Oh, si el hombre que me amase me debiera toda su felicidad! ¡Que fuese pobre, valiente y sincero sobre todo! ¡Estoy hastiada de ver tanto títere! ¡Tal vez este señor Hénkel es el que Dios me ha destinado, y yo lo he despreciado por vanidad! ¡Cuánta pasión revelaban sus ojos centellantes, su actitud tan suplicante, su figura tan noble! ¡Acaso no se habrá prosternado sino delante de Dios y de mí! Yo quisiera verle otra vez, que me dijese todo lo que tenía que decirme. Yo siento por él desde que le conozco una predilección que mi padre con razón ha notado, pero que no debiera contrariar. Siempre ha sido conmigo respetuoso, nunca me ha mentido, a nadie mira más que a mí cuando nos visita; ¡ah!, ¡él me ama!, ¿y yo?... Creo que si no le amo ya, es el único hombre a quien podría llegar a amar...

En aquel instante entraban los convidados a la sala del baile. El grato aroma que despedían los ramos de flores, que las jóvenes llevaban en las manos, las exquisitas esencias que habían empleado en su adorno y que embalsamaban el ambiente, el brillo de las luces con que estaba iluminado el salón y la gratísima melodía de una obertura de Bellini que tocaba la orquesta, daban

⁵⁰ *Bellini*: Vincenzo Bellini (Catania 1801- Puteaux 1835). Compositor italiano. Nació en Catania, Sicilia, y se educó en el conservatorio de música de Nápoles. El estreno de su primera ópera, *Adelson e Salvini* en 1825, atrajo la atención de Domenico Barbaja, director del teatro de ópera San Carlo de Nápoles y de La Scala de Milán. Barbaja le encargó componer *Bianca e Gernando* para el teatro San Carlo en 1826 e *Il Pirata* para La Scala en 1827. Ambas tuvieron gran

a aquel conjunto un aspecto de felicidad envidiable. Dos personas solas, las más interesantes de aquella reunión, no podían sin embargo gozar de aquel espectáculo: Rosa y su amante debían resignarse desde aquel momento a una larga desgracia. 55

Fernando había permanecido sentado sobre el banco de césped, donde le había encontrado el comandante, desgarrando de cuando en cuando alguna flor que estaba al alcance de su mano. Como es de suponerse, difundida la historia de los sucesos de la tarde y adulterados inmediatamente en su contra, era objeto de las curiosas miradas que furtivamente le dirigían los que pasaban cerca de aquel lugar, y de cuchicheos en que éste no reparaba por la profunda preocupación de que era presa en tal momento. Como por instinto siguió el movimiento general cuando, pronta a extinguirse la luz de la tarde, la alegre concurrencia se dirigió a la sala del baile. Era el último de la comitiva y prefirió quedarse en uno de los corredores. Allí, reclinado sobre un canapé y viendo entrar la luz de la luna al través de las vidrieras de colores que cubrían los intercolumnios, se dejaba llevar de las melancólicas impresiones de la música. Solo, sin un amigo y con el desengaño más cruel en el corazón, se hallaba el infeliz Fernando, sin saberlo, al pie de la ventana de la pieza en que se encontraba su amada. Ambos escuchaban en aquel momento, separados apenas por una vidriera, la obertura de la *Norma*, esa obra maestra de Bellini en que 70 65 75

éxito, así como *La Straniera* (1829) e *I Capuletti e Montecchi* (1830). En 1831, el estreno de sus dos óperas más populares, *La Sonnambula* y su obra maestra *Norma*, le dieron la fama internacional. En 1833 estrenó *Beatrice di Tenda*, con la que no tuvo el éxito esperado, y en 1835 *I Puritani*, su última obra. Bellini fue un artista meticuloso. Compuso para virtuosos del bel canto, forma de expresión lírica que exige gran precisión y agilidad vocal. Daba mucha importancia a la relación entre la música y el texto y sus óperas consiguen gran efecto dramático a través de sus melodías, admiradas por su peculiar belleza (vid. BADENES 1985, pp. 7-53 *pass*).

77 *Norma*: Tragedia lírica en dos actos con música de Vincenzo Bellini

80 tanto rebosa la sencillez junto con el más delicado sen-
 timiento, desde su majestuosa introducción, en medio
 de cuyos acordes brota, por decirlo así, el precioso tema
 que nos recuerda a la gran sacerdotisa druida, engaña-
 da, ansiosa de vengarse, prorrumpiendo en aquella ter-
 85 rible amenaza con que pretende intimidar a su ingrato
 amante, cuando le dice refiriéndose a Adalguisa: *Nel suo
 cor ti vò ferire*, en aquel arranque de pasión y de melo-
 día con que expresa sus celos, y que después forma en la
 ópera uno de los dúos más conmovedores que puedan
 inventarse, hasta el final de la obertura en que se perci-
 90 ben ecos tan blandos, trinos tan delicados, que rematan
 en notas ligadas, que decreciendo van a perderse en una
 escala aguda, como indefinibles gemidos; todos estos ac-
 cidentes, decimos, recibían para aquellos amantes, como
 siempre sucede con la música, un tinte, una expresión
 95 adecuada a su propia situación, suscitándoles mil dolo-
 rosas ilusiones que se desprendían tristemente del cora-
 zón, cayendo después sin prestigio y sin vida, como los
 rayos de luz en un océano yerto, abandonándose cada
 uno al triste consuelo de llorar: sollozaban casi juntos;
 el menor accidente, que los hubiese reunido en tales mo-
 100 mentos, habría cambiado los posteriores acontecimien-
 tos de su vida.

Tiró Rosita del cordón de una campanilla y mandó a
 una criada, quien se presentó con una luz, que llamara a
 Clarita. Vino ésta sin tardanza y, al ver a Rosita, exclamó:

sobre un libreto de Felice Romani, basado en la tragedia de L.A. Soumet y L. Belmontet "*Norma ou l'infanticide*". Es la ópera más característica de Bellini y la que mayor éxito ha tenido siempre. Se estrenó en el Teatro La Scala de Milán el 26 de diciembre de 1831. *Norma* se encuentra en la confluencia de la tradición de la antigua ópera seria italiana y la evolución de la reforma de Gluck. Bellini trabajó bajo el influjo de Cherubini y Spontini, y, sobre todo de Rossini. La obra cuenta, desde el punto de vista musical, con una cuidada instrumentación y riqueza melódica. No es de extrañar, ya que con ella el compositor pretendía acallar las críticas crecientes sobre su excesivamente simple instrumentación musical (*Ibid.*).

—¡Jesús me valga! ¿Qué tiene usted señorita? ¿Qué pálida está!... ¡Usted ha llorado! 105

—Cállate —le dijo dolorosamente Rosita y luego continuó:

—Vamos al baile, donde me esperan muchos ojos ávidos de devorar mi aflicción; allí donde Fernando ocupará un ínfimo lugar, donde mi presencia le llevará el recuerdo más cruel. Dime, ¿no se habrá marchado? 110

—No lo sé, pero es preciso que se presente usted en el baile, para que no se alarme el señor don Domingo al observar que usted tarda mucho. 115

Rosita salió acompañada de Clara, una visible palidez aumentaba su belleza, sus grandes ojos arrojaban miradas fijas y penetrantes que le daban una expresión muy diferente de su antigua alegría y vivacidad; al verla creía uno reconocer otra persona. La niña había desaparecido dejando su lugar a la mujer seria, apasionada y seductora. 120

Cuando cesó la música, el sonido finísimo del oro, que apostaban los jugadores en una pieza cercana a la del baile, llegó a los oídos de Fernando. Nunca había visto éste una partida de juego y se figuró que la novedad del espectáculo serviría de diversión a sus penas. Un silencio profundo reinaba entre los jugadores cuando entró Fernando, pues estaba corriéndose un albur, y no había más señal de vida entre aquellos autómatas que el pequeño movimiento de las cartas en manos del que tenía la baraja, sobre la cual todos fijaban la vista, sin pestañear. 125

A pesar de su estado, sintió Fernando un profundo disgusto, tuvo miedo al contemplar aquellos hombres de miradas feroces, que en silencio y con fina política procuraban devorarse unos a otros; y se hubiera retirado inmediatamente, a no haber sido por la invitación que con la vista le hizo uno de los talladores, señalándole un asiento vacío. Fernando miraba atónito aquellas fisonomías en que se retrataban las más fuertes pasiones; sen- 135

140

tía una verdadera repulsión ante aquellas caras lívidas, huesosas, de miradas torvas y amenazadoras; instintivamente conocía que había un gran peligro en contemplar aquellos semblantes encendidos, de ojos brillantes, alelados, como si un mal espíritu los tuviese absortos por una magia irresistible. El asiento permanecía vacío y Fernando de pie junto a él, cuando distinguió en el lado opuesto de la mesa al comandante Montemar que empezaba a “tallar”, y que le dirigía una mirada de insultante desprecio, por la que se sintió como clavado en aquel lugar.

Luego que se anunció el albur, tomó Fernando cierta afición por una de las cartas y siguió atentamente el cambio de las que iban corriendo, hasta que distinguió con cierta satisfacción la llegada de la que había elegido. Repetido esto mismo por tres veces seguidas, Fernando se persuadió de su buena suerte.

El aire que se respira al derredor de una mesa de juego es contagioso; nunca se deja llevar el espíritu tan fácilmente de puerilidades y de falsas ideas, como cuando se abandona al azar, cual si fuese un oráculo de cuyas respuestas espera la felicidad o la desgracia. Fernando, por sólo el motivo de haber sido desgraciado en sus amores aquella tarde, se convenció después de atinar tres albures de que la fortuna estaba dispuesta a indemnizarle. Sacó, pues, cuanto oro tenía en los bolsillos y lo apostó con tal seguridad, que aún antes de correrse el albur calculaba apostar al siguiente la cantidad duplicada, y se difundía como buen matemático en los cálculos de su crecida ganancia. La suerte no quiso favorecer aquel delirio, porque apenas descubrió Montemar la baraja, vio Fernando, sin poder creerlo, la carta contraria a la puerta. Los gurupíes recogieron el dinero de la carta que había perdido y pagaron a los que apostaron a la otra; barajó nuevamente Montemar, dio a “alzar” y apareció nuevo albur. En aquel momento, Fernando sintió una necesidad irresistible de rescatar su dinero perdido,

buscó con impaciencia algún oro en los bolsillos para apostar, pero nada encontró, ni un doblón con que satisfacer aquella necesidad implacable, porque en su concepto le esperaba una gran fortuna. ¡Qué desgracia! —decía para sí—, ¡que haya apostado todo mi dinero en el primer albur! ¡Un escudito bastaría para desquitarme y ganar! El nuevo albur se corrió y vino la carta a la que Fernando habría apostado cuanto dinero hubiera tenido, por lo que involuntariamente cerró los puños, apretó los dientes y contrajo los labios, de un modo tal, que el sagaz director de la partida que ya había visto la rebusca, que por varias veces había emprendido, conoció que había caído entre aquellos buitres un pichón fácil de desplumar. Se sonrió de un modo satánico el tahúr, habló con uno que estaba a su lado señalando con los ojos a Fernando, preguntando seguramente lo que éste valía e hizo que se le pusieran delante algunas columnas de onzas de oro. En aquel momento se oyó la voz grave de Montemar, un tanto ahuecada para desempeñar el oficio, anunciando el albur.

—¡As!... ¡Rey!

Casualmente era éste el mismo albur con que Fernando había perdido yendo al as, por lo que creyó que no era fácil “se negase” segunda vez, y puso a esta misma carta todo el dinero que le habían prestado aún sin contarlo.

—¡Oro! ¡Copa! —dijo el tahúr; inmediatamente añadió—: “Rey en puerta viejo”. Había venido como en la primera vez un rey deoros.

Hénkel vio delante de sí nuevas columnas de onzas y continuó jugando con poca suerte, principalmente cuando apostaba contra el rey, pues casi siempre venía el deoros. Al cabo de media hora en que por cinco o seis veces le habían refaccionado las columnas de oro que perdía y no teniendo ya nada enfrente, se le acercó muy políticamente el director y le dijo al oído:

—Señor Hénkel, es costumbre que las personas que reciben “caja” digan antes la cantidad que pueden perder, para que en caso de mala suerte no sea muy considerable la pérdida.

El maquinista conoció que era un aviso de que ya no le darían más y apenas se atrevió a preguntar, todo cortado:

—¿Cuánto debo?

—Mil onzas.

—¡Mil onzas! ¡Dieciséis mil pesos! —exclamó Fernando y abrió tamaños ojos, como el que despierta de una pesadilla procurando asegurarse de que no es cierto lo que ha soñado.

La enorme pérdida del señor Hénkel se había divulgado entre los que estaban bailando. Rosita empezaba una contradanza, cuando una voz aguda y desagradable dijo para ser oída de la joven:

—El señor Hénkel ha sido muy desgraciado en este día, todos sabemos lo que pasó en la tarde, y en este momento acaba de perder la pequeña suma de diez y seis mil pesos, y más hubiera perdido si hubiera tenido quien le fiara.

—¡Pobre! —dijo otra voz igualmente chillona—, se ha arruinado ese caballero, ni con todas sus máquinas podrá cubrir tal cantidad.

Rosita y Clara salieron inmediatamente del baile, sin haber vuelto a entrar en toda la noche. En la puerta del salón se encontraron con un hombre que tropezó bruscamente con ellas, sin conocerlas; era Fernando Hénkel que, como un insensato, huía de aquella casa de maldición.

VII

UNA CHOZA

CUANDO SE EXTIENDE EL OSCURO manto de la noche sobre los pobres techos de una aldea que se tiene a la vista y cesa de agitar el viento las sonoras hojas de los árboles, la calma imponente de la Naturaleza apenas interrumpida por el zumbido de los insectos, que se ocultan entre las ramas, parece reconvenir al viajero de turbar aquel majestuoso silencio, aquellas horas de recogimiento y meditación. En esos momentos, el alma se eleva más fácilmente sobre los objetos que nos rodean, las más favoritas ilusiones se alejan, los deseos dejan de oprimir el corazón, los más fuertes dolores se suavizan, lloramos conmovidos de una tristeza plácida, y es que en medio de la oscuridad sentimos más profundamente la presencia de Dios. 5

¡Qué panorama tan delicioso ofrecen entonces nuestros pequeños pueblos con sus lucecitas repartidas de trecho en trecho, con sus sombras caprichosas y gigantes- 15
cas que desaparecen cuando nos acercamos, las casas agrupadas con sus techos formados en declive, dentro de las cuales encienden las mujeres pobres el “comal” y

19 *comal*: “(Del mex. *comalti*.) m. Disco de barro sin vidriar, muy delgado y con pequeño reborde, sobre el cual se cuecen las tortillas de maíz” (DM).

20 cuecen las olorosas, suaves y delgadas tortillas de maíz,
 con que los jornaleros hacen su corta colación! ¡Qué so-
 lemnidad tiene entonces el repentino, compasado y mo-
 nótono son de la plegaria que convida a rezar por los
 25 muertos y que recuerda a cada familia la pérdida de al-
 gún objeto querido! Esos tonos son la voz de la eternidad
 que nos consuela sobre las miserias de nuestra existen-
 cia, son el anuncio de otra vida de verdad y de justicia, en
 que se repararán ampliamente los terribles sufrimientos
 y las iniquidades de que es casi constantemente víctima
 30 la inmensa mayoría de la especie humana...

Fernando, después de haber caminado sin tino y sin
 reflexión como dos horas, desde que salió de la casa que
 tan funesta le había sido, despertando como de un sueño
 por efecto de la fatiga, percibió el eco lejano y prolonga-
 35 do de una campana.

—Ya estoy cerca de México —dijo en voz baja—. No
 necesitaré Gregorio traerme los caballos en la madruga-
 da como le había dicho. Tendré tiempo de arreglar mis
 cosas en la noche y mañana, a las siete, iré a Chapul-
 40 tepec. No me defenderé, haré que me mate Montemar;
 ¿para qué quiero la vida?

Notando luego que el camino se hacía por momen-
 tos más difícil y que a cada paso se veía detenido por un
 matorral o por un peñasco, exclamó:

45 —¿Pero qué camino es éste?, de San Ángel a México
 no hay tanta arena como la que acabo de atravesar, ni esta
 subida que llevo tan fatigosa; ¡si me habré extraviado!

Deseando orientarse, se detuvo algunos instantes, a
 la vez que daban las últimas campanadas de la plegaria
 50 en un pueblo vecino.

39-40 *Chapultepec*: Significa “en el cerro de la langosta.” Al pie de Cha-
 pultepec existieron manantiales, hoy extinguidos, que se utilizaron para pro-
 veer parcialmente de agua potable a la ciudad de México. Está rodeado por el
 bosque de su nombre.

—Vamos allá —dijo—, no faltará quien después quiera guiarme —y dirigió los pasos al lugar indicado por el eco de las campanas.

Fatigado por una subida continuada, se sentó sobre una peña; la luna, que al principio de la noche había alumbrado débilmente, se cubrió de nubes y dejó al viajero en una oscuridad casi completa. 55

—Pasaré aquí la noche —dijo para sí Fernando; luego, buscando un árbol con la vista, añadió con voz ronca y congojosa—: ¡nada se distingue! —y volvió a sentarse. 60

En este momento un espantoso trueno, que pareció recorrer el cielo de oriente a poniente, vino a anunciar la proximidad de una tormenta.

—¿Qué haré yo? —dijo con voz temblorosa por la emoción y por el frío cortante que en aquellos momentos sentía—; ¡parece que el Cielo y la Tierra me persiguen! —y su razón comenzó entonces a debilitarse—; ¿por qué Dios me mira con odio? —se preguntó a sí mismo. 65

El relámpago alumbró en aquel momento una gran extensión y Fernando creyó notar que estaba muy cerca de la cima de la montaña que había trepado: hizo un esfuerzo, y llegó, efectivamente, a dominar aquella altura. ¡Cuál fue su satisfacción al distinguir en lontananza, en una hondonada que seguía por la falda de la montaña en que se hallaba, varias luces que reverberaban entre los árboles y que iban a servirle de faro! ¡Gracias, Dios mío!, exclamó hincando en el suelo las rodillas en la actitud más suplicante, ¿qué obligación tienes, ¡oh, Señor!, de salvarme, para que yo me quejara de lo que me parecía abandono, de lo que me he atrevido a llamar persecución, en los momentos mismos en que me deparas un auxilio? 70 75 80

Algo tranquilo se levantó, procuró darse calor restregándose las manos, y buscando enseguida algún objeto que pudiese servirle como de bastón, arrancó unas ramas gruesas de jara y, apoyándose en ellas para re- 85

conocer su camino, se dirigió hacia el pueblo que tenía delante.

90 Como había extraviado el sendero y la oscuridad era grande, avanzaba muy poco, teniendo algunas veces que retroceder para no caer en un precipicio; entre tanto, las
luces bienhechoras iban apagándose sucesivamente hasta no quedar más que una, hacia la cual se dirigió resueltamente Fernando, haciendo el último esfuerzo, temeroso de que llegase a extinguirse y deseando librarse del
95 aguacero que estaba muy próximo.

Gruesas gotas empezaban a caer cuando Fernando llegó a la choza de donde salía la última luz que le había servido de guía: había caminado como tres leguas desde
100 su salida de San Ángel, siguiendo primero la calle que viene para México, cortando después a la derecha por lo que llaman el Altillo y atravesando la calle recta que va para Coyoacán, hasta tomar el camino de Tlalpam. Desviándose después un poco llegó a la garita que llaman de Santa Úrsula, donde antes cobraban un peaje y que ahora se halla abandonada, distante como media legua de Tlalpam; avanzó enseguida por en medio del arenal que sigue a la garita, siendo muy afortunado en no haberse acercado al pedregal, que se halla a la derecha de
105 la ruta que siguió porque, una vez entrado en él, habría indudablemente perecido. Después de haber subido las elevadas colinas de que ya hicimos mención, y bajando la hondonada que se le presentó enseguida, llegó al peque-

103 *Coyoacán*: Colinda al norte con la ciudad de México, al sur con Tlalpan, al este con Ixtapalapa, y al oeste con Villa Obregón. Sitio de interés histórico, gran centro de población indígena precortesiano, posteriormente residencia de Hernán Cortés. Entre sus edificios coloniales destacan la parroquia y su exconvento anexo, y el Convento de Churubusco.

103 *Tlalpam*: Antes de la conquista existía en la región un centro de población indígena. Durante la época virreinal se llamó San Agustín, de las Cuevas por hallarse muchas de ellas en este lugar; recibió el título de ciudad el 25 de septiembre de 1827; del 15 de junio de 1827 al 14 de agosto de 1830 fue capital del Estado de México.

ño pueblo de San Miguel Xicalco, compuesto de indígenas mexicanos, los más miserables, rudos e idólatras que pueden encontrarse, y esto a la distancia de cinco o seis leguas de la capital. Como era domingo, habían vuelto casi todos borrachos de Xochimilco y de San Agustín de las Cuevas, y se habían dormido sin que velase ninguno por el pueblo. El profundo silencio en que se hallaba fue

114 *San Miguel Xicalco*: “Pueblo de la prefectura y municipalidad de Xochimilco, Distrito Federal [...]. Se halla situado a 9 kilómetros del S. O. de la cabecera” (DIGE).

118 *Xochimilco*. El nombre significa “En el plantío de flores”. Asentamiento establecido en la parte meridional del Estado de México hacia el fin del siglo XII. Su territorio abarca la parte más al sur del valle y las montañas que cercan por el sureste, en la región actual de Milpa Alta. Al vaso de lago de Xochimilco, en la parte sur de la Ciudad de México, lo limitan al oeste el Pedregal de San Ángel, al sur las estribaciones boreales de la Sierra del Ajusco, al norte el cerro de la Estrella y el cerro de San Nicolás que es el extremo oeste de la Sierra de Santa Catarina, y al este una calzada dirigida de sur a norte que va de Tulyehualco a Tlaltenco, pasando por Tláhuac y que, a manera de dique, lo separa del vaso del antiguo Lago de Chalco. Su parte más baja situada al suroeste está ocupada por el lago de Xochimilco, serie de canales que rodean a las chinampas, depósitos flotantes de tierra sostenidos por una armazón de ramas y por las raíces de los ahuejotes, árboles que bordean a los canales. En las chinampas se cultivan flores y hortalizas que surten a la ciudad de México; en los canales abundan las plantas acuáticas. El tránsito por los canales se hace por medio de canoas y las trajineras.

118-119 *San Agustín de las Cuevas*: “San Agustín de las Cuevas es una de las muchas ciudades llenas de población y de movimiento, que existían ya cuando vinieron los españoles a conquistar América. Se llamaba *Tlapam*, que quiere decir *tierra arriba*, y se comunicaba con la metrópoli por medio de magníficas calzadas y por las lagunas y canales que estaban en corriente en esa época, y que existen todavía.

“Su situación es de las más pintorescas. Una calzada, ancha y plana, llena de arboledas en su mayor parte, y teniendo de uno y otro lado las tierras de labor de las haciendas de Nalvarte, Coapa y San Antonio, cubiertas de maíz, trigo y de cebada, conduce desde la ciudad al pueblecillo, que se halla reclinado, tranquila y muellemente, en la anchurosa falda de la elevada montaña del Ajusco” (vid. PAYNO 1855-1856, p. 15).

San Agustín de las Cuevas fue el nombre que tuvo durante la época virreinal la población de Tlalpan, Distrito Federal. El 27 de sept. de 1827 el Congreso del Estado de México al que entonces pertenecía, concedió al pueblo el título de ciudad con el nombre de Tlalpan, aunque por varias décadas se le siguió dando su viejo nombre de San Agustín.

apenas interrumpido cuando Fernando llegó a la choza, por el débil ladrido de algunos perros escuálidos de otras casitas vecinas que habían sentido su llegada.

125 Tenía la choza de que hablamos la apariencia más mi-
serable. Un pequeño patio defendido en otro tiempo por
una cerca de ramas de mimbre, que entonces se hallaba
derribada, tenía a los lados unos arbolitos desmedrados
de zapote blanco y durazno, y era el que daba entrada a la
única pieza de habitación. Allí no había perros, cosa rara
130 en la casa de un indio, se habían trasladado a otra parte
o se habían muerto de hambre. Detrás de la cabaña, una
corta extensión de terreno mal cultivado, en que apenas
se podría distinguir de día un maíz amarillento, dimi-
nuto, entre la multitud de yerbas que habían crecido,
135 daba señales claras de abandono y desolación. La sola
pieza habitable, hecha de ramaje cubierto de lodo, estaba
techada con zacatón; enfrente de la puerta se miraba el
*tlecuile*¹ y sobre una de sus piedras, pequeñas rajadas de
ocote encendido que despedían muy lejos una viva claridad.
140 En el fondo de la pieza se hallaba una india anciana,
flaca e iluminada por aquella luz, reducida, al parecer, a
un completo anonadamiento. No habiendo notado ella
la presencia de Fernando, éste habló primero:

—¡Señora! ¡Señora! Buenas noches.

145 La anciana levantó con trabajo sus ojos espantados,

1 *Tlecuile*: *tetl*, en mexicano, significa “lumbre”; y *cuile*, “bracero”; se compone de tres piedras puestas en el suelo, a cada una de las cuales llaman *tenamaxtli*, de donde seguramente sacaron los españoles la palabra “tenamastles”, para denotar con especialidad las piedras del fogón [N. del A.].

139 *ocote*: “(Del azt. *ocotl*, u *ocotl-cuahuitl*.) Aztequismo empleado como nombre vulgar de las plantas de género *Pinus*, coníferas de la familia especial de las pináceas, que crecen en las montañas y altos valles de clima frío, principalmente en la Mesa Central. [...] La madera es un combustible muy usado, haciéndola rajadas, y sirve como tea para el alumbrado, entre gente pobre y campesina” (DM).

hundidos y con ese brillo particular de los calenturientos, pero no pudo distinguir a Fernando, porque se lo impedía la misma luz que tenía enfrente.

—Señora, me he extraviado, no sé dónde estoy.

La india murmuró unas palabras en mexicano y
150
arrastrándose fue a esconderse en uno de los rincones de la pieza. Sus enaguas,² hechas jirones, no eran capaces de cubrir sus largas y descarnadas piernas; su cabeza blanca y alborotada, dejando ver entre las canas un *tochomilt* verde, y su estatura desmedida podrían hacer que
155
pasara por un fantasma. Para abrigar la parte superior de su cuerpo, no tenía camisa, ni *quechquemilt*, sino un “pachón”, especie de capote de palma con que las gentes pobres del campo se defienden de los aguaceros.

Fernando reflexionó que su aparición en hora tan
160
avanzada, pues pasaba de la media noche, podía considerarse sobrenatural por aquella miserable criatura; y recordando que hay pueblos tan atrasados, en que apenas una o dos personas entienden el castellano, habló en mexicano, que era su idioma nativo, en el que no ha-
165
bía dejado de ejercitarse, muy diferente de otros muchos indios, que teniendo a menos hablar su natural idioma procuran olvidarlo, como si con esto pudieran quitarse toda obligación y semejanza con las infelices razas indígenas de que descendemos, más o menos directamente,
170
casi todos los mexicanos actuales.

La india, asegurada un tanto al oírle, aunque sin dejar su rincón, le respondió a Fernando, quien le pidió hospi-

2 *Cueitli* en mexicano [N. del A.].

154-155 *tochomilt*: “Tochomite. (Del azt. *tochtli*, conejo y *omilt*, pelo.) m. Especie de estambre de lana de colores, con que las indias se adornan el tocado, cubriéndose la cabeza” (DM).

157 *quechquemilt*: “Quechquemilt. s. Tipo de ropa que cubre el cuello. R. *quechtli*, *quemilt*” (DINA).

talidad por aquella noche, con esa delicadeza del idioma
 175 mexicano aún en boca de los más rudos:

—Pasa, señor, esta casita es tuya; pero ten cuidado,
 no te alcance la desgracia que reina en ella; mi primer
 hijo ha muerto; el otro, mírale en esa cama —y señaló con
 su descarnada mano hacía uno de los rincones de la cho-
 180 za—; mi esposo expirará muy pronto, sin que pueda
 yo socorrerle. Soy una mendiganta, que durante el día
 voy a las puertas de los ricos, de noche lloro mi desgracia.
 Pasa, señor, quizá te enviará nuestro Padre, el del Cielo,
 para que cuando me mires recoger como una hormiga las
 185 migajitas de tu mesa, no pongas tu pie sobre mí.

Fernando extendió la vista, miró con espanto los dos
 lechos en que padre e hijo morían sin auxilio ninguno,
 en el más completo abandono.

—Siéntate, señor —añadió la india— sobre ese tronco
 190 de árbol —indicando un “zoquete” que había por el suelo.

Fernando se sentó. La india se acercó con trabajo al
 “tlecuile” para avivar la luz que iba menguando, buscó
 en derredor alguna otra raja de ocote; pero en vano, to-
 das se habían ya consumido. Un ronco estertor que sa-
 195 lía del lado en que estaba el anciano enfermo anunciaba
 la proximidad de su muerte. La india, afectada también
 muy gravemente de la fiebre, fijaba sus tristes ojos en la
 cama de su marido y en la de su hijo alternativamen-
 te, se apretaba las manos y miraba a Fernando, a quien
 200 daba pavor aquel cuadro horroroso. El aguacero vino a
 aumentar considerablemente el frío que ya se sentía, y la
 india, por efecto de su enfermedad, comenzó a cernerse
 dolorosamente; se llevó las manos a su frente abrasada,
 procurando comprimir las sienes y, consciente de su gra-
 205 vedad, dijo, hablándole a Fernando:

—Hace tres días que no puedo salir a pedir limosna;

190 *zoquete*: “Trozo de madera corto y grueso que queda sobrante del extremo de un madero” (DUE).

siete días ha que tengo la fiebre. ¡Me abraso! ¡Me abraso!
¡Me muero! –en aquel momento se extinguió la luz del
ocote y la india empezó a delirar.

Difícil sería referir todos los pensamientos, todas las
penosas sensaciones que asaltaban en tan terrible mo- 210
mento a Fernando. Aquella familia que se hundía a su
vista en la tumba era una rama seca del mismo tronco
de que él era un vástago. Aquellos indios eran sus her-
manos, acaso el anciano era su padre, cuya agonía ha- 215
bía venido a presenciar guiado por la Providencia. ¿Qué
había hecho en favor de aquella raza degradada por una
sociedad injusta? ¿Cuáles eran los esfuerzos que había
impedido, por pequeños que fuesen, en bien de esos
infelices mexicanos para quienes el furor de la Conquis- 220
ta ha durado más de trescientos años? ¡Él, Fernando,
había recibido educación y continuados beneficios de
un artesano extranjero, olvidándose de la ignorancia,
de la miseria, de la abyección en que han quedado sus
hermanos! 225

Las mismas reflexiones podemos hacer a todos los
que entre nosotros se llaman progresistas. ¿Qué han
hecho “prácticamente” en favor de los cinco millones
de indios que tenemos? ¿Cómo es posible hacer bené-
fica, deseable y duradera la libertad en un pueblo que 230
carece de toda instrucción, que se halla agobiado por
las necesidades más apremiantes y que sólo conoce a
los que han gobernado desde la Independencia acá, por
las levas que los llevan a morir miserablemente en con-
tiendas que no les importan, o por las extorsiones que 235
les hacen sufrir los peajeros, los alcabaleros y la casi
totalidad de los curas, que tan desapiadadamente les
exigen los llamados derechos de estola y las obvencio-
nes parroquiales?

El espantoso cuadro que Fernando tenía a la vista 240

219 *impedido*: “impender. Gastar o invertir dinero” (DUE).

no es por desgracia el único, pues se sabe que la fiebre entra a las miserables chozas de los indios y extingue a las familias.

245 —Pero si la sociedad es una cruel madrastra para mis hermanos —se decía a sí mismo Fernando—, ¿por qué me he olvidado yo de ellos?, ¿a quién debo yo el ser? ¿Acaso —exclamó levantándose— estos seres desgraciados y privados de todo socorro, son mis padres! ¡Ah, Dios me castiga en un solo día del modo más horrible!

250 Estos ancianos son mis padres, sí, el corazón me lo dice, ¡y no tengo ni luz para verlos en su última agonía! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

En aquel momento una completa oscuridad reinaba en la choza; el moribundo anciano dio el último suspiro, a tiempo que Fernando, agobiado por tan repetidos golpes morales, había caído al suelo sin conocimiento. Un perro aullaba dolorosamente junto a la cerca derribada y la tempestad, en su mayor grado de violencia, abatía hasta el suelo los arbolitos de la entrada.

260

VIII

EL PADRE DON LUIS

EN MEDIO DEL CAMINO que corre desde Xochimilco hasta Tlalpam, se encuentra una aldea; su iglesia, colocada en una eminencia, se distingue desde lejos rodeada de olivos; conducen a ella ásperas calzadas de piedra sombreadas casi en toda su extensión del tristísimo árbol del Perú. La vegetación es ingrata porque el terreno es, en su mayor parte, pedregoso o arenisco. 5

Algunos “jacales”¹ distribuidos sin orden, una pequeña tienda y la casa del alcalde componen esta población que lleva el nombre de Tepepam;² la casa del vicario es de dos pisos, se halla contigua a la iglesia y, aunque algo arruinada y sin ningún adorno moderno, no guarda proporción con el aspecto miserable del pueblo; las piezas principales tienen ventanas y caen al cemen- 10

1 *Xacali* en mexicano, “casa de zacate” [N. del A.].

2 *Tepepam* significa “sobre el cerro” [N. del A.].

5-6 *árbol del Perú*: “En Méjico *pirul*, o *Perú*, o *pirú* (*Schinus molle*.)” (DGdeA).

10 *Tepepam*: “Pueblo de la prefectura y municipalidad de Xochimilco, DF., 925 habitantes. Se halla situado a 4 Km. Al O. de la cabecera” (DIGE).

15 terio, así como una azotehuela, desde la cual pueden
 disfrutarse las más hermosas vistas del Valle de México;
 el resto se compone de varios cuartos en forma de celdas
 de convento, lo que indica que en un principio sirvió de
 20 monasterio, y que este lugar, ahora tan insignificante,
 fue en otro tiempo de alguna importancia.

 Cuando hay algún sacerdote bastante pobre y des-
 graciado, afecto a su ministerio, quien se reduce a subsis-
 tir con los módicos productos de aquella vicaría, aislado
 de toda sociedad y sin más consuelo que la religión, en-
 25 tonces se ve animarse aquel pequeño rebaño con la pre-
 sencia de su pastor, a quien los indígenas, no pudiendo
 darle en abundancia otra cosa, le destinan cuatro mozos
 con el nombre de semaneros.

 Costumbre es ésta generalizada aún en los curatos
 30 más ricos, que perjudica a los indígenas, a quienes priva
 del fruto de su trabajo en toda una semana, sin que sea
 voluntario el servicio, pues los fiscales de los pueblos de-
 cretan por sí mismos graves penas a los renuentes.

 Algunos de los pueblos, sujetos a la vicaría de que
 35 hablamos, se hallaban apestados; el vicario, con un celo
 verdaderamente apostólico, los visitaba diariamente, lle-
 vaba a las familias hambrientas alimento, a los enfermos
 medicinas y al pecador la salvación; aparecía como el án-
 gel de Dios entre aquellos desolados pueblos que lo ado-
 40 raban como a una providencia.

 No obstante sus infatigables trabajos, la fiebre hacía
 progresos inauditos, cegando familias enteras; y la tierra,
 que había recibido poco a poco en su seno las generacio-
 nes pasadas, parecía abrirse para recibir de una vez a to-
 45 dos los indios vivientes. En esta ocasión, el oscuro vicario
 no había hecho, como luego se dice, “su agosto”, no había

46 “*su agosto*”: “Hacer alguien su agosto. Sacar provecho, obtener mu-
 chas ganancias de ciertas circunstancias: «algunos han hecho su agosto en la
 guerra»” (DUE).

recibido un solo real por enterrar a los apestados. Tenía un justo y santo horror al acto bárbaro de arrancar de la boca de una familia huérfana su miserable pan para pagarse los derechos parroquiales. Verdadero sacerdote de Cristo, en cada huérfano veía un hermano y por esto no se desdeñaba de pedir limosnas a los ricos para socorrer a los pobres, por ser nulos verdaderamente los emolumentos de su vicaría. Al principio, los hacendados a quienes se dirigió le remitieron algunas frazadas y semillas en corta cantidad; después le contestaban sus pedidos alegando disculpas frívolas, diciéndole que el año iba mal, que sus gastos eran muy crecidos; después no contestaban sus esquelas, porque eran ya importunas. 50

En efecto, después de que un rico da alguna friolera, y esto en la suposición más favorable, para auxiliar a un pueblo de donde saca sus gañanes, ¿qué otra cosa tiene que hacer sino dejarlos morir miserablemente? Al fin gente no falta; ¿quién va a cargarse con el cuidado de todos los que necesitan pan en una población? Las suertes están echadas; a unos les tocó trabajar todo el día y comer muy escasamente, apenas lo indispensable para poder seguir trabajando; a otros sin fatigarse, sin salir al sol, sin pena alguna, haciendo constantemente para darse importancia un gesto de desdén, cual corresponde a grandes señores, les tocó toda clase de comodidades. Si a éstos les pregunta, en alguna ocasión, el Todopoderoso: “¿Dónde están tus hermanos, esos que se consumen en la miseria y en el abandono?”; responderán como Caín:³ “No sabemos; ¿estamos acaso encargados de cuidarlos...?” 60 65 70 75

3 Gn 4 9: *Et ait Dominus ad Cain: Ubi est Abel frater tuus? Qui respondit: Nescio: ¿Num custos fratris mei sum ego?* [“Yahveh dijo a Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel? Contestó: «No sé. ¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?»” (B)] [N. del A.].

52 *desdeñaba*: “desdeñarse. No hacer o aceptar alguien cierta cosa por considerarla indigna de su categoría” (DUE).

Para las clases desheredadas de la sociedad no hay otra esperanza que el gran día de la redención, aquel en que Jesucristo en persona dirá a los que fueron poderosos en la Tierra:⁴ “Tuve sed y no me disteis de beber, tuve hambre y no me disteis de comer, me visteis desnudo y me dejasteis en mi desnudez”; y cuando aquellos repliquen: “Señor, no te hemos visto en tales necesidades”; les contestará: “En los pobres y desvalidos me despreciasteis.”

Guiado por la santa doctrina del divino Maestro y procurando que las obras estuvieran de acuerdo con ellas, que no fuesen una palabra vana ni mucho menos un motivo de granjería, el vicario de Tepepam ejercía constantemente con sus feligreses esa ardiente caridad que, por desgracia de nuestros tiempos, sólo se lee en el catecismo. Verdad es, por otra parte, que este vicario tan singular no era profundo teólogo ni consumado canonista y que muy poco sabía de las disputas escolásticas. Desgraciadamente “no podría hacer carrera”, pues que para llegar a cantar descansadamente la salmodia en alguna catedral o para alcanzar una mitra, no hay cosa como haber pasado la *vita bona* en las ciudades, disfrutando muchas capellanías y luciendo en las procesiones un bonete blanco o amarillo.

Al siguiente día de Santa Rosa, el vicario fue muy de mañana a visitar el pueblo de San Miguel Xicalco; y muy cerca de éste, encontró al fiscal que venía a darle parte del estado que guardaban los enfermos.

—Tomás de Aquino, buenos días —le dijo el sacerdote, al verle llegar quitándose el sombrero, doblada la cabeza reverentemente y en ademán de querer besarle la mano.

4 Mt 25 34 y sigs. [N. del A.].

98 *bonete*: “Bonete deriva también de la antigua mitra. Al principio tenía dimensiones reducidas y poco a poco asume la forma actual de gorro cuadrado, con sus tres o cuatro picos o protuberancias llamados *ápices*” (SC).

—Señor *pagresito*, buenos días *te dé Dios a osté*.

—¿Fuiste a la hacienda de ...? ¿Contestaron mi carta?

—No señor *pagresito*, la *lieron* y me *corriero*; que no estaba el tiempo para eso. *Pidí rempuesta* y me *dijiero*: “ya no sabe otra cosa ese cura más que *pidir*”. *Pidí otra vez la rempuesta* y que sin ella no me *vinia* y me *echaro los perros*; uno me mordió mi pierna, vea *osté pagresito*. 110

El sacerdote vio la pierna mordida del fiscal y levantando los ojos al cielo exclamó:

—¡Oh, Dios mío! Los poderosos recogen todos los frutos de la tierra y, cuando alguno les pide en tu nombre el más pequeño auxilio para aliviar a sus hermanos, lo ahuyentan como a enemigo. ¡Señor, perdónales! 115

Mirando después la herida del indio, le dijo:

—Pero no se te ha hinchado, ¿qué te has puesto? 120

—Señor *pagresito*, *conocemo un yerba* como lengua de vaca, que sana las *mordida*; *tambié el yerba del poyo es mijor*.

—¿Qué te dijo el cura de...?

—Señor *pagresito*, cuando *lió* la carta de *somercé* me *pregontó*: “¿Cuántos mueren al día?” *Li dije*: Señor mi cura y *pagre*, primeramente Dios y después *so persona de osté*, porque en mi pueblo *muere* tres, cuatro o cinco cada día, en los otros será lo *mesmo*. *Estonce mi dijo riéndose*: “Pues si quiere el vicario que les dé a *ostedes* lo de los entierros y les sobraré”. *Li dije*: Mi *pagre*, nada *pagamo* por los *entierro*, *somo* muy *probecito* y... *El estonce mi dijo*, muy *nojado*: “Quita *cullá* bribón, ¡siempre vienen *ostedes* con eso ¡ya los conozco bien!” ¿Y le llevo *rempuesta dijí* yo? “Dile al vicario que después no se queje, supuesto que *agora* está echando a perder la vicaría”.⁵ 135

El vicario enjugó una lágrima que involuntariamente se desprendió de sus ojos y, en voz baja, repitió aque-

5 Hemos oído decir a algunos sacerdotes que un curato se echa a perder si el cura no exige puntualmente los derechos de estola [N. del A.].

140 llas palabras de Jesucristo hablando de sus ministros:
 “Vosotros sois la sal de la Tierra... y la luz del mundo,⁶
 sea vuestra luz delante de los hombres «vuestras buenas
 obras» para que glorifiquen al padre celestial”.

El vicario continuó su camino paso a paso, medi-
 tando profundamente, seguido del fiscal que iba a pie; a
 145 poco detuvo el caballo y volvió a preguntarle al fiscal:

—Hijo, ¿cómo están los enfermos?

—¡Ah, señor *pagresito!*, el fiebre es tan *juerte* como el
*matlazáhuatl*⁷ yo no lo vi, ésta es la mera verdad; pero...

150 El vicario, conociendo que la relación iba a ser larga,
 la interrumpió cariñosamente.

6 Mt 5 13, 14, 16, que dice: *Sic luceat lux vestra coram hominibus: ut videant ópera vestra bona et glorificent, qui in coelis est.* [“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos” (BJ)] [N. del A.].

7 “La terrible peste conocida con el nombre de *matlazáhuatl* se declaraba por una calentura devoradora y, al venir un flujo de sangre a la nariz, morían los enfermos. Sus consecuencias fueron tremendas: las familias enteras caían enfermas y no tenían, a veces, quien las socorriese con medicinas y alimentos, y el hambre, los dolores, la desolación, eran lo que las rodeaba en su lecho de muerte. Todo el país se convirtió en un hospital. Las escenas que se presentaban son más propias de referirse por el pincel del autor del cuadro del hambre en el poema ‘El Pelayo’ que para la pluma del historiador. Dos millones de habitantes, el luto en todas las familias y gran parte de las casas, de las aldeas y ciudades vacías, son los trofeos funestos de aquella maligna peste, y cuyos monumentos se encontraron formados de osamentas en todos los cementerios. Tuvo lugar el año de 1576, y el *cólera morbo*, enfermedad que nos vino de las orillas del Ganges, tan destructora como misteriosa en nuestro siglo XIX, no sufre paralelo con el *matlazáhuatl*, pues éste se llevó a su paso mucho mayor número de víctimas.” Marcos Arróniz, *Manual de la historia y cronología de México* [N. del A.].

148 *matlazáhuatl*: El poblado de Tizapán estaba dividido por el río, por lo que se le conocía como la banda de arriba y la de abajo. “Esta diferencia de altura ha dado lugar a una observación curiosa: en tiempos de epidemia, el lado alto casi nada ha sufrido, mientras que el lado bajo ha quedado desolado, principalmente en la del *Matlazahuatl* en 1746, que causó tan gran mortandad en toda la República, y la del *cólera morbo* en 1832” (*vid.* FERNÁNDEZ DEL CASTILLO 1987, p. 196).

—Oye, hijo, ¿cuántos enfermos hay?

—Señor *pagresito*, *tres veinte*.

—¿Y muertos?

—Nomás la tía Marta y tío Chepe y su hijo; ¡ah!, señor *pagresito*, *ora mi* acuerdo que en la casa de la tía Marta está un señor muy decente, creo que tiene *el* fiebre. 155

El vicario no oyó esto último ocupado en buscar en su cartera el nombre de Marta y, no encontrando tal nombre, dijo al fiscal: 160

—La tía Marta no está aquí apuntada entre los enfermos; ¿qué no me has avisado de ella?

—No, *pagresito*, como son *brujo*.

—¿Quién es brujo? —dijo el vicario recelando alguna imbecilidad del fiscal. 165

—El tío Chepe es *nagual*, y cuando era vivo salía por el camino y detenía *el* gente; la tía Marta volaba de noche hecha bola de lumbre y chupaba la sangre de los *chiquitito*; ahora que se murió quién sabe qué perjuicio vendrán a *hacerno*. 170

—¡Válgame Dios! —dijo el vicario, dándose en la frente una palmada—. ¿Y porque era *nagual* el tío Chepe y bruja la tía Marta, no me has dado parte?

—Sí, *pagresito*, el pueblo está muy contento de que se hayan muerto pronto, ahora ya no queda más que el otro *nagual* del cerro; brujas sí hay *mucha*. 175

—¡Silencio! —gritó el vicario con indignación—, usted ha dejado morir sin auxilios a esos infelices por su tontera. Reúna usted al pueblo, voy a quitarle la vara.⁸

8 Los fiscales de los pueblos de indígenas llevan una vara alta que remata con una cruzcita, en señal de autoridad, la cual es muy respetada entre ellos. [N. del A.].

166 *nagual*: “(Del azt. *nahualli*, bruja) com. Entre los indígenas de origen azteca de la América, brujo, hechicero que cambia de forma por encantamiento” (DM).

180 El indio anonadado se agobió humildemente hasta el suelo, diciendo en mexicano a algunos vecinos que ya se habían reunido:

—¡Nunca se ha visto que a un fiscal se le quite así del puesto! ¡Yo me voy a morir de vergüenza!

185 Los fiscales reciben la vara del *Teopixque*⁹ o son electos directamente por el pueblo, según la costumbre; a veces propone una terna el pueblo y el cura elige; otras, al contrario, el pueblo es el que escoge al fiscal de entre los indígenas que propone el cura; pero de cualquier manera que sea el nombramiento, los fiscales se consagran enteramente al servicio del párroco, con la más absoluta sumisión. Ellos son los que, sin apelación, imponen y cobran las contribuciones para las misas, confesiones, sermones, fiestas, etcétera, los que con férrea voluntad designan los “semaneros”, los que meten en el “cepo” y “azotan” a los indios poco inclinados al servicio del cura, y son también los que soportan el enojo de éste, cuando la gallina que se le sirve no está caliente y sazónada o cuando el alojamiento que se le prepara (gratis, por supuesto) no tiene las comodidades que esperaba. Son, en resumen, los fiscales a pesar de las leyes antiguas y de la Constitución que ha eximido a toda clase de personas de estas gratuitas prestaciones, los criados más humildes del cura, sus ministros ejecutores y, al mismo tiempo, una especie de poder legislativo que, de cuando en cuando, impone contribuciones para los santos. Desempeñan todas estas funciones con tal entusiasmo, acaso para darse la importancia de que el indígena es tan ambicioso

190

195

200

205

9 “Cuidador de Dios”, así llaman los indígenas a todos los eclesiásticos [N. del A.].

195 *cepo*: “(Del lat. *cippus*.) m. Instrumento hecho de dos maderos gruesos, que unidos forman en el medio unos agujeros redondos, en los cuales se aseguraba la garganta o la pierna del reo, juntando los maderos” (*DLE*).

y que de otra manera no tiene, que por esto, sin duda, exclamaba el fiscal de Xicalco, cuando le dijo el vicario que iba a apearle de oficio: ¡Yo me moriré de vergüenza! 210

El vicario hizo que le llevaran a la casa de la tía Marta y que convocaran a los principales del pueblo para la sacristía a fin de nombrar otro fiscal, pues deseaba que se supiese generalmente la causa y que sirviese de corrección en lo sucesivo, ya que no podía hacerse otra cosa mejor. 215

Nada más tétrico que el cuadro que se presentó a la vista del vicario cuando entró a la casita: la tía Marta había dado el último suspiro envuelta en su pachón, tendida cerca de la cama de su marido, como una masa informe que nada tenía de humano; el tío Chepe había arrojado lejos de sí, con las últimas convulsiones, la pobre “cobija”, quedando casi desnudo, con los ojos saltados, erizado el pelo y crispados los miembros. En otro rincón de la choza, el hijo vivo aún, luchando con la muerte. Fernando de bruces en el suelo, la faz amoratada, con una respiración fatigosa, arrojando espuma por la boca y sin otro movimiento. 220

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el vicario al ver a Fernando—; ¿qué ha venido a hacer aquí? 230

Ninguno de los circunstantes que habían ocurrido a la novedad respondió.

—¡Pero ese hombre está ahogándose! —dijo al observar el color de la cara e, inmediatamente, le quitó la corbata y llamó a otro para que le ayudara a incorporarlo. 235

El paciente dio un gran suspiro, abrió desmesuradamente los ojos, paseándolos en derredor de sí, volvió a cerrarlos, habló muy de prisa mil cosas incoherentes y dejó caer a plomo la cabeza. 240

El vicario le tomó el pulso, mandó que le quitaran el fraque, sacó un cortaplumas de la bolsa, hizo que le descubrieran un brazo remangando la camisa, buscó la

245 vena que creyó más conveniente, abrió en ella una buena cisura y brotó inmediatamente la sangre, la que dejó correr con abundancia. Cuando observó que el color amoratado de la cara desaparecía, y que en derredor de las órbitas de los ojos se pintaban unas sombras azules,

250 hizo tiras la mascada de Fernando y con ellas le vendó el brazo lo mejor que pudo; encargó a uno de los curiosos que fuese a traer una frazada de las que repartía el fiscal y que las distribuyese entre Fernando y el hijo de tía Marta.

255 —En cuanto a éste —dijo— hay sólo que esperar que haga crisis la fiebre. Ven tú conmigo —le dijo a otro indio—; le harás beber al hijo de tía Marta, en agua tibia, lo que te voy a dar. No te alejes de aquí, yo te pago tu día; llama a tu mujer para que te ayude a cuidarlo. Si sana,

260 yo te buscaré un acomodo en México, en que pasarás buena vida.

Luego, dirigiéndose al que tenía a Fernando:

—Que esté siempre con la cabeza levantada; si despierta, dile que no tenga cuidado. Vuelvo pronto.

265 El vicario se fue para la sacristía en donde había ya algunos ancianos; se hizo nuevo nombramiento de fiscal, encargó que llamasen a misa y, subiendo al púlpito después del evangelio, explicó al pueblo cuál era la mala acción que había cometido el fiscal, por cuyo motivo se le había quitado la vara, y aprovechó la ocasión para enseñar a los presentes que no hay brujas ni naguales.

270

Concluida la misa se formó en el cementerio un gran grupo de hombres que disputaban a su modo sobre lo que había dicho el padre; el más anciano de entre ellos, cuando vio que la disputa se acaloraba, tomó la palabra y dijo a los demás en mexicano:

275 —Es gana disputar y vámonos a nuestro trabajo, que ya es tarde: yo siempre he de creer en el padre don Luis, porque nunca miente; no es como esos curas que dicen una cosa y hacen otra.

280

—Tiene razón el tío Juanillo –dijeron muchas voces a un tiempo–; el padre don Luis nunca engaña y eso de nagueles y brujas ha de ser como él dice: cuentos para espantar muchachos.

IX

EL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

ERA ESTE SACERDOTE UN dechado de belleza varonil; sus ojos azules, límpidos, con una expresión casi constante de dulzura, de bondad y aun de candor; su frente despejada y prominente; su pelo rubio, la nariz recta, la boca pequeña, los labios delgados, el cutis de la cara blanco, suave, sonrosado, sin pelo alguno de barba, por la costumbre que tienen los padres de estar rasurados. Espigado, nervudo, con un talle como de niña. Si no fuera tan vulgar la comparación, diríamos que reunía las perfecciones del *Apolo* de Belvedere que está en nuestra Academia de San Carlos; pero a decir verdad, preferimos que nuestros lectores consideren al pobre vicario por el lado moral y que piensen que ninguna voz humana podría decir con mayor unción que la suya, aquellas consoladoras palabras del Evangelio: “Bienaventurados los pobres, porque será de ellos el reino de Dios”.¹

Vivía el padre don Luis con un muchacho indígena a quien enseñaba a leer, a escribir y a guisar para los dos. Martín, que así se llamaba el “fámulo”, era de una

¹ Lc 6 20: *Beati pauperes quia restrum est regnum Dei*. No dice “los pobres de espíritu”, simplemente *pauperes*, “los pobres” [N. del A.].

20 horrible cara a causa del daño que en ella habían hecho las viruelas; pero, en cambio, tenía un excelente corazón, buenas facultades mentales y deseo de aprender, de manera que servía admirablemente en cuanto le encomendaba el vicario.

25 —¡Martín! —gritó éste al volver de su visita del pueblo de Xicalco.

—Padrino, mande usted —respondió aquél, presentándose luego en la puerta.

30 —Sube en mi caballo, anda inmediatamente a San Agustín y dile a don Rafael Torreblanca, el facultativo, que se venga contigo, que importa mucho.

Martín se apresuró a cumplir lo que se le ordenaba, aunque no sin curiosear antes qué era lo que llevaban unos indios en un “tapextle”² cubierto con unas sábanas, subiendo por la escalera del curato. Será algún enfermo —dijo para sí al oír un quejido y montó en el caballo.

35 Efectivamente, era Fernando a quien conducían y que, con el mayor cuidado, fue puesto en la cama única que había en el aposento del vicario.

40 —¿Quiere usted dormir? —dijo éste al enfermo—, ¿o prefiere que le tengan sentado?

—Sentado —contestó el paciente con voz débil—; pero yo me tendré, me siento mucho mejor.

45 Le pusieron una almohada en la espalda para que se recargase sobre la pared, pues la cama del vicario no tenía cabecera y mandó éste que sólo se quedase un “semanero” al lado del enfermo.

50 El vicario pasó a la sala y empezó a rezar su oficio divino, ínterin que llegaba el facultativo. Esta pieza, como lo hemos ya indicado, tenía una ventana que caía al cementerio y además una puerta que conducía a la azotehuela. La fuerza del Sol, que penetraba por la ventana, se mitigaba, en

² *Tapexhli* llaman los indígenas a las camillas provisionales que se hacen para conducir a los enfermos [N. del A.].

parte, merced a la espesa sombra de los olivos cuyas ramas llegaban hasta ella, recargando algunas sobre los vidrios un racimo de verdes aceitunas. El ajuar se reducía a unas sillas de madera corriente con asientos de “tule”, una mesa cubierta con bayeta verde, encima de la cual se hallaban los útiles que servían para escribir las partidas de bautismo, casamiento y entierros, y un viejo reloj que, con gran solemnidad y ruido, marcaba las oscilaciones del péndulo y hacía mover alternativamente para uno y otro lado los ojos de una cara de sol que estaba arriba de la muestra. 55

De repente fue interrumpido el fervoroso sacerdote por un golpecito dado a la puerta. Era el facultativo quien llamaba. 60

Después de saludarse mutuamente el vicario y el doctor, dijo aquél: 65

—Usted disimulará que a esta hora —en tal momento el viejo reloj daba las doce, formando un gran repiqueteo de muchas campanitas— le haya mandado molestar; pero así lo ha exigido la gravedad de un enfermo que tengo aquí hospedado. 70

—Muy bien hecho, señor cura; muy bien hecho —respondió el facultativo.

El vicario le refirió todo lo que había hecho con Fernando en virtud de las lecciones que el mismo doctor le había dado para contener una apoplejía fulminante y pasaron a ver al enfermo. 75

Éste se había acostado, tenía el semblante algo encendido y desvariaba hablando con una velocidad pasmosa. 80

—¡Maldito rey de oros! —decía en voz baja—, ¡siempre rey de oros! ¡Ah, cuánto, cuánto!, es una procesión de reyes de oros...

El facultativo tomó el pulso al enfermo y estuvo observándole un largo rato. 85

—El ataque no es de apoplejía, señor cura.

56 *tule*: “Tule. Junco o espadaña” (*DUE*).

—¿No? ¿Pues qué tiene, señor doctor?

—Epilepsia.

—¡Quiere decir que he hecho mal en sangrarle!

90 —Si me hubieran consultado antes, no habría opinado por la sangría; sin embargo, parece que no ha probado mal. ¿Aquí le dio el ataque?

—No, señor, en Xicalco, quién sabe desde qué hora de la noche; yo le he encontrado en la madrugada de hoy
95 en una choza.

—¿Y ha soportado el camino sin que le repita el ataque?

—Sí, señor, y después de la sangría que le di ha estado muy tranquilo, volvió a su acuerdo y ha hablado diciendo
100 que se sentía mejor. Yo creía que lo que le había atacado era apoplejía y aún me felicitaba de haber acertado.

—Y tiene usted para ello mucha razón, nadie habría indicado la extracción de sangre y, sin embargo, puede asegurarse que ha salvado usted a su enfermo, al menos
105 en el primer ataque que debe haber sido muy fuerte. Tales son a veces las oscuridades de la ciencia.

En aquel momento dio Fernando un agudo grito.

—¡Ah! ¡Rosa, Rosita! —y luego, en voz baja, añadió, repitiéndolo varias veces y siempre muy deprisa—: ¡Va también en la procesión!... ¡Una rosa es como un rey de oros!
110 —y a pocos instantes gritó con voz terrible—: ¡Mis armas! ¡Mis armas! —y extendiendo el enfermo los brazos y haciendo chorrear de nuevo la sangre por sobre la venda, sentándose muy bruscamente—: ¿No ven ustedes a Montemar? ¡Hipócrita, me la pagarás! —y forcejeaba para pararse.
115

—Si no entra en calma vamos mal, señor cura.

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos? —preguntó éste con visible congoja.

—Háblele usted, mientras le vendo el brazo.

120 El vicario había leído en el reloj de Fernando su nombre.

—¡Señor Hénkel! ¡Señor Hénkel! ¡Fernando!

- ¿Quién me habla? —dijo éste con torvo ceño.
—Yo.
- ¿Quién eres tú? 125
—Tu hermano —dijo el sacerdote con suma dulzura.
—¿Eres tú mi hermano? —contestó el enfermo cambiando súbitamente la expresión de su rostro—. ¿Conque no soy solo en el mundo? ¡Ah! ¿Por qué habías tardado tanto en venir? He sufrido mucho... —y al decir esto abrazaba la hermosa cabeza del sacerdote, sollozando al principio y después llorando. 130
- Había tanto dolor en estas sencillas palabras y se hallaban tan conmovidos los circunstantes, que el vicario lloró también, abrazando al enfermo y el doctor tuvo que sacar su pañuelo sonándose repetidas veces. 135
- La crisis ha sido favorable —indicó este último—, después de un corto rato; dígame usted que se acueste, señor cura.
- Acuéstate, Fernando —le dijo suavemente el vicario, separándose de él. 140
- ¿Qué vas a dejarme tan pronto? No te vayas, tengo miedo. Esta mañana vi a mi padre y a mi madre, muy enojados, dicen que los he abandonado. ¿Es verdad que no tengo la culpa? 145
- Ya se ve que no la tienes; pero óyeme, no quiero que te entristezcas ni que te enojés; si vuelves a hacer esas violencias de hace poco, me voy.
- ¿Pues qué quieres que haga? —dijo humildemente el enfermo, fijando la vista en el sacerdote. 150
- Éste, bañándole el rostro con una mirada magnética, le dijo:
- Quiero que te acuestes y que te duermas.
- El paciente obedeció sin tardanza y a pocos momentos una sonora respiración, tranquila y compasada, dio a conocer que descansaba. 155
- El médico y el vicario dejaron aquella recámara andando de puntitas, y volvieron a la sala en donde aquél

se puso a recetar. Explicó después de qué modo debían aplicarse los remedios que mandaba traer y, tomando su sombrero, añadió:

—Nada tengo que recomendar a una persona que desde esta mañana ha salvado a su enfermo, en quien tiene tanto poder. Yo espero que, con dos o tres horas de reposo, ya no habrá otro ataque; pero si éste volviese, cualquiera que sea la hora, me hará usted favor, señor cura, de mandarme llamar.

—El favor es para mí, señor Torreblanca —contestó el vicario, alargando su mano para deslizar unas monedas en la del facultativo; pero éste, que lo advirtió, repuso separando su mano de la del padre:

—No, señor cura, cuando usted da en todas estas cercanías el ejemplo de una caridad tan ferviente, que recuerda los olvidados tiempos de los primeros días del cristianismo, ¿quiere usted que yo sea mercenario?

Algo mortificada la natural modestia del sacerdote replicó:

—Pero al fin usted vive de su profesión, tiene usted familia y...

—Gano con los ricos mucho más de lo que necesito. Estoy seguro de que ese dinero que quiere usted darme es el único que tiene en casa.

El sacerdote, con un rubor que no podía evitar porque era cierto lo que le decía el facultativo, contestó:

—Pero así le cierra usted a uno la puerta... y como por desgracia tengo ahora tantos enfermos.

—No importa, los veremos a todos.

—¿Pero cómo, señor?, perdería usted, como el otro día, lo menos una mañana; yo me contento con que me dé usted sus instrucciones como otras veces. Ahora precisamente tengo algunos de mucha gravedad...

—¿Allá en la montaña, donde estuvimos días pasados?

El vicario hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, iremos a verlos a todos y le dejaré a usted nuevos métodos; ¿a qué hora sale usted? 195

—A las cinco de la mañana.

—Pues a esa hora me tendrá usted en la puerta del curato.

—Dios le pagará a usted. 200

El médico hizo ademán de buscar el sombrero.

—¿A dónde va usted con tal calor? Comeremos.

—Sentiría ser molesto, señor cura, usted vive solo

Y...

—Permítame usted que le pregunte al muchacho lo que tenemos de comer, para que usted obre con franqueza. 205

—¡Martín! —gritó en la puerta de la sala el vicario, y a poco se presentó el criado.

—¿Qué tenemos para comer? 210

—Cabrito asado; ¿no recuerda usted que ayer trajeron uno de primicia? Fuera de esto, la esposa del alcalde ha mandado varios platones, como es la madrina del casamiento que se verificó hoy a las cuatro de la mañana... 215

—Está usted de fortuna, doctor —dijo en tono de chanza el vicario.

—Ciertamente —replicó éste—, y la mayor es comer con tan respetable persona.

SEIS DÍAS HABÍAN PASADO desde la primera visita del doctor, y Fernando, gracias a la destreza de éste y a los incesantes cuidados del padre don Luis, se hallaba restablecido de su enfermedad física, no así de la moral. El porvenir que se le anunciaba era de lo más sombrío y aterrador. Arruinado en sus intereses, muerto en sus ilusiones, ¿para qué era la vida?, ¿para qué luchar con la adversa fortuna? En sus tétricas meditaciones no encontraba una manera mejor de arreglar sus negocios que dejarse matar por Montemar, haciendo antes cesión de lo que fuese realmente de su pertenencia a favor de lo que le habían ganado en casa del señor Dávila, pues ya hemos indicado al principio que era comisionista de varias casas extranjeras, que le remitían instrumentos científicos y de artes para su realización.

—Muriendo sin defenderme a manos de un rival a quien podría vencer, pero que debe vivir porque es mas dichoso que yo —se decía a sí mismo con amargura—, conocerá “ella” que hasta el último momento de mi vida respeto lo que ama, ya que no puedo dedicar toda mi existencia en servirla, pues rodeada de admi-

radores y de felicidades, nada le importa un corazón más o menos destinado a su adoración.

25 Este monólogo pasaba en la salita del curato que ya hemos descrito, a la sazón que los rayos de la luna penetraban por la ventana deslizándose entre las hojas de los olivos del cementerio. Fernando había querido pasar allí el crepúsculo de la tarde y no había advertido que había llegado ya la noche.

30 —Yo no la culpo —continuó, poniéndose en pie y comenzando a pasearse—, yo no la culpo de que me desprecie; ¿es responsable acaso de que sea yo pobre y de que el color de mi cara revele mi origen? Nació con sentimientos aristocráticos, vive en la abundancia y desea
35 que cuanto le pertenezca sea grandioso, elegante, distinguido, y en esta altura no tengo yo lugar; pero sí la culpo cuanto es posible reconvenir a la que se idolatra, porque desde el primer día que la vi no se ha mostrado
40 altiva, desdeñosa, aborrecible en fin; la culpo de que ha tenido para el pobre artesano suavidad, dulzura, seducción; la culpo de que algunas veces, ¡oh, Dios mío! ha parecido preferirme.

Fernando continuaba paseándose aceleradamente por la sala a la vez que recorría en su memoria la historia
45 de su vida, desde que había conocido a Rosa, recordando los más pequeños incidentes, principalmente si con ellos evocaba la animada figura de la que tan profundamente amaba.

Llegando al término fatal de aquellos dorados recuerdos, se echó bruscamente sobre una silla, anonadado, con aquel acaloramiento de espíritu que no permite
50 ver ni considerar otra cosa que la propia desgracia.

El vicario había estado ausente en la tarde porque había ido a Xochimilco con objeto de suplicar al cura principal que le diese un plazo para pagarle tres mesadas
55 de cincuenta pesos en que se había atrasado, con cuya cantidad contribuía a los gastos de aquél en su calidad de

vicario fijo. Sin haber obtenido la espera, sino por muy poco tiempo, volvía a la sazón en que Fernando repasaba por la centésima vez la historia de sus fugaces dichas. Entró el vicario a la sala y, distinguiendo vagamente un bulto, dijo como dudando: 60

—Fernando, ¿estás aquí?

Había continuado entre los dos la grata intimidad que había comenzado en el delirio de Fernando y por esto se hablaban de “tú”, tratándose en todo con la más sincera y respetuosa amistad. 65

—Sí, Luis, entra.

—Pediré una vela.

Ésta fue traída a pocos momentos. 70

—¿Qué te dijo el cura de Xochimilco? —preguntó Fernando, a quien era satisfactorio tratar sobre cualquiera cosa en aquel momento que le alejase las imágenes que le atormentaban. 75

—Que está muy pobre y que necesita los ciento cincuenta pesos dentro de pocos días. Me dio ocho de plazo para que “se los junte”. ¡Tú dirás! ¿De dónde los he de sacar? Me amonestó para que en lo sucesivo me “enmiende”, porque es un “escándalo” el que estoy dando en la vicaría, pues todos los que van a casarse o a enterrar a sus deudos en las parroquias vecinas pretenden se les baje algo de “lo acostumbrado”, alegando que yo recibo lo que buenamente me dan. Conque ya ves, Fernando, estoy “escandalizando” a los feligreses. 80

—¿Y qué piensas hacer? 85

—Pagar, si Dios me da con qué; y si no, esperar a que me separen de la vicaría.

—Si eso es todo, no te separarán; el primer día que vaya a México te enviaré el dinero.

—Pero yo no puedo aceptarlo, Fernando. 90

—¿Por qué? ¿No lo necesitas?

—Sí, y de nadie lo recibiría con más gusto que de ti; pero...

—¿Qué cosa lo impide?

95 —Ignoro cuál sea tu fortuna y si puedes cómodamente hacer ese gasto.

—Parece que lo dudas —dijo Fernando—, ocultando apenas su turbación.

—Seré franco —contestó el padre—; en tu delirio has
100 dicho algo sobre esto.

—¡Cómo! ¿Qué he dicho? —replicó vivamente Fernando.

—Poco a poco; ¿qué no puedes tratar los negocios con calma? Entonces me callaré.

105 —No, Luis —dijo Fernando abrazándole y sin poder contener su emoción.

—Si has de exaltarte, no te digo nada; prométeme que has de tener calma, fuera de que lo que has platicado no vale la pena que te alborotes.

110 —Mírame, ya estoy calmado —dijo Fernando e inmediatamente añadió, acercando su silla a la del vicario quien también se había sentado—: ¿conque sí?, ¿qué dije?

—Tres cosas muy chuscas; que te perseguían muchos reyes de oros, que habías de matar a un tal Monte... no se qué y que te picaba una rosa. Pero ya te estás
115 poniendo hosco, te lo dije; no pareces sino muchacho malcriado. Si no te sentías bastante fuerte para oír esas boberías, ¿para qué instaste por saberlas? Pero yo soy quien tiene la culpa.

120 Dijo esto el padre poniéndose en pie y fingiendo un enojo que no sentía, con objeto de impedir que Fernando tomara las cosas por el lado serio.

No es necesario que recordemos al lector que los que sufren moralmente después de una peligrosa enfermedad son, al tiempo de la convalecencia y acaso mucho
125 tiempo después, verdaderamente unos niños; así es que no extrañará el giro que procuraba dar el padre don Luis a los pesares de su amigo. Pero éste, que estaba repleto de amargura, necesitaba verterla confiando sus dolores a

otro corazón; y esto es lo que precisamente procuraba el vicario, esforzándose únicamente en impedir el mal que de tal manifestación debía resultar, si no era posible quitarle sus colores sombríos, y se dejaba a la imaginación su terrible prestigio para aumentarlo. 130

—¿Te vas? —dijo Fernando, con voz apenas inteligible, significándole al vicario “no te vayas”, al ver que ponía en su lugar la silla que había tomado. 135

—¿Estarás razonable? —contestó con afabilidad el sacerdote sin soltar la silla.

Y luego, volviéndola a traer junto a Fernando, le dijo resueltamente, fijándole una mirada penetrante, dando a su voz una expresión cariñosa: 140

—Vamos, tú estás enamorado; dímelo, ¿qué puedo hacer por ti?

Fernando dio un largo suspiro y contestó: 145

—¡Desgraciadamente nada!

—No hay que desesperarse, cuéntamelo todo y yo acaso te serviré de algo.

Fernando refirió a su amigo con toda prolijidad sus desgraciados amores, concluyendo su relato con una violencia alarmante. 150

—Ya lo ves, Luis —le decía—, yo no debo alimentar esperanzas; “ella” no puede amarme, se avergüenza de mí y sólo me falta darle pruebas de que tengo el suficiente valor para morir, puesto que me niega la divina luz de sus encantadoras miradas. No la importunaré, no la seguiré locamente al paseo, al teatro, a la lonja, porque 155

157 *lonja*: “LA LONJA. Este establecimiento, en donde se reúnen diariamente los comerciantes para celebrar sus transacciones mercantiles, se sostiene por medio de una suscripción mensual de 5 pesos que paga cada individuo de los que pertenecen a él, con lo cual se hacen los gastos periódicos, de dependientes, etcétera, y se dan de tres o cuatro bailes en el año. A la Lonja no tiene derecho a entrar más que los que son suscriptores; pero no se niega la entrada al extranjero o forastero que desea ver el establecimiento por primera vez” (vid. ALMONTE 1852, pp. 468-469).

no quiero que me odie, pues antes de que tal sucediera le pediría a Dios mi condenación.

160 El sacerdote no pudo reprimir un movimiento de terror que le causaron las últimas palabras de Fernando, se encogió como si sobre su cabeza hubiera pasado un trueno.

165 Fernando, que vio el efecto que había causado, le dijo cambiando inmediatamente de tono:

—Soy un insensato, turbando la tranquilidad de tu alma con mis devaneos; tras de mí se ha entrado en tu casa una ola de ese embravecido mar que se llama el mundo, donde todos naufragan. Pero tú me perdonas, me compadesces, ¿no es verdad?

170 El sacerdote, que conoció la necesidad que había de levantar el espíritu de su amigo, le dijo muy tranquilamente, repuesto ya de su pasajera emoción:

175 —Fernando, no veo yo motivo para esa desesperación.

—¿No? —replicó éste, y en su semblante se pintaron sucesiva y rápidamente mil emociones; su pensamiento vagó primero buscando esperanza a su amor y, como nuevamente desengañado, parecía decir entre sí: Este virtuoso padre, nada comprende de estas cosas.

180 —Ciertamente que no —insistió el vicario cuando vio que el joven estaba dispuesto a escucharle—. ¿Esa niña, esa señorita ha rehusado alguna vez cantar contigo, ha puesto algún pretexto?

185 —No; pero es porque le gusta la música y me ha tomado como instrumento de armonía; no tenía con quien cantar sus dúos de tiple y tenor, sino conmigo.

—¿Alguna vez que has estado de visita en su casa ha dejado de salir a hablarte?

190 —No; pero ya te he dicho que es ligera y...

—También me has dicho que es altiva.

—Si; pero varía de galán, por pasatiempo, cada semana.

- Eso prueba que no tiene ninguno. ¿Recibió tu agasajo el día de su santo? 195
- Sí, y me dio las gracias de una manera que nunca olvidaré; elogió mi destreza y no llevó a mal el que la hubiera retratado sin su consentimiento, ni el de su padre.
- ¿No fue ella quien se colocó intencionalmente en la mesa entre tú y Montemar? 200
- Ciertamente.
- ¿No humilló a éste delante de ti en aquello de los versos que se hacen para cualquiera persona?
- Exacto.
- ¿No salió contigo del brazo a pasear por la huerta después de la comida? 205
- Sí, pero era porque deseaba intimarme que abandonase su casa para siempre, como me lo decía en el papel que antes había hecho llegar a mis manos.
- ¿Pero no adviertes que, al emplear contigo aquellas muestras de atención, te probaba de un modo inequívoco que obedecía a otra voluntad superior? Acaso su padre, por motivos que no comprendo, pero que si fueses más diestro o estuvieses menos enamorado, podrías fácilmente rastrear, la precisó a dar aquel paso y ella, al obedecer, te dio inequívocas demostraciones de que, en cuanto de ella misma dependía, deseaba que no te ofendieses. Si no fuera esto verdad, con no convidarte otra vez y con negarse a salir cuando tú fueses a su casa era negocio concluido, y esto sin tomar en cuenta otros medios verdaderamente humillantes que pudieron emplearse. Pero tú, sin atender a nada, como un frenético, la pusiste en un compromiso terrible, en un disparadero. 215
- ¿Cómo? —interrumpió Fernando a quien tenían, 220
- 225

207 *intimarme*: “Intimar. Conminar. Exhortar. Requerir. Invitar a alguien a que haga cierta cosa, con la autoridad o poder, lo que lleva implícita una amenaza” (DUE).

como luego dicen, de un hilo las justas observaciones del padre.

—En circunstancias tan desfavorables para ustedes dos, tú le saliste con la declaración de un amor que ella
230 conocía mejor que tú y, para que nada faltase, hiciste la pantomima de hincarte, cosa que vista por muchos envidiosos testigos debió producir uno de estos dos resultados:

Fernando aproximó en este momento su silla a la del
235 padre, pesándole que éste se detuviera cuando le venía la necesidad de toser.

—¿Uno de dos resultados, dices? ¿Cuáles son?

—No, tres: o continuaba en el jardín dándote el bra-
240 zo después de haberte visto ella a sus pies en presencia de muchos; es decir, que desde ese momento todo lo sacrificaba por ti, porque la demostración de tu parte había sido muy significativa y hasta ridícula.

En esta vez le tocó a Fernando toser y morderse los
labios.

—O dejaba tu brazo y tomaba el de otro.

—Eso hizo; tomó el de Montemar.

—Pero lo dejó luego y supuesto que éste fue a pelear-
se contigo, no le ha de haber ido tan bien; la felicidad no
250 nos hace malos. Finalmente, no pudiendo aceptarte, así tan de improviso y en contra de la voluntad de su padre probablemente, hizo lo que debía hacer, retirarse.

—¿Con que es decir que no he perdido su estima-
ción? ¿Qué tal vez me ama? ¡Oh, qué felicidad!

—Tal vez te ama —dijo sonriendo el sacerdote, satis-
255 fecho del buen efecto que sus esfuerzos habían producido—; pero no te abandones a una loca alegría. Recuerda que tienes grandes dificultades que vencer y que, para borrar la mala impresión que has dejado, necesitas valer por ti mismo, elevarte, forzar a su padre a que te respete
260 y, llegada la vez, a no negarte a su hija.

Fernando se entristeció profundamente.

—¡Qué intratables son los enamorados! —dijo el vicario de modo que lo oyese Fernando—; siempre en los extremos o gritando de alegría como unos locos, o mustios, y abatidos como hierba seca. 265

—Luis, ¡si sufrieras como yo sufro! —dijo melancólicamente Fernando.

—¿Pero qué otra cosa hay? Amado tal vez de una hermosa joven, con una magnífica profesión, en lo florido de la edad, ¿qué otra cosa quieres? 270

—¡Ah, Luis, me causa rubor el decírtelo!

—¿Pero qué tienes? dímelo; para todo hay remedio y procuraremos hallarlo.

—He sido arruinado en el juego, he perdido diez y seis mil pesos en una sola noche y los debo. 275

El vicario sintió que se le oprimía el corazón; pero deseando no dar a conocer su emoción, que desalentaría a su amigo, dijo en tono de broma, para tomarse algunos instantes:

—¿Con que éstos son los reyes de oros de que tanto hablabas en tu enfermedad? Ah, ¡ya caigo! 280

—Sí, un hombre perverso, a quien castigaré muy pronto, es el que me ha arruinado; conoció mi aversión a los reyes y con arte infernal hacía venir cada vez que quería el de oros para que yo perdiese. 285

En aquel momento avisó Martín que ya estaba la cena.

—¡Gracias a Dios!, que tengo un hambre canina —dijo el vicario, recibiendo aquel aviso como un auxilio momentáneo—; vamos a cenar y no te apures por esa friolera; tengo un secreto de que mañana te hablaré y que mucho te consolará. Ahora a cenar. 290

El vicario no tenía que decir; aquel secreto era una piadosa invención destinada a dar treguas a Fernando, cuya salud podría quebrantarse de nuevo si se le abandonaba a todo el horror de su situación. 295

—¿Pero no me dijiste —preguntó con tenacidad el jo-

ven-, que si no tienes ciento cincuenta pesos te echarán de la vicaría?

300 —¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —respondió el vicario con una estre-
pitosa carcajada hecha muy al natural—; yo tengo lo
que quiero, señor Hénkel, soy rico o pobre, según me
conviene.

305 Fueron dichas estas palabras con tal aplomo que
Fernando comenzó a acariciar la esperanza de que pa-
garía a sus acreedores y, con esta idea consoladora, dijo
a su amigo:

310 —Mira, yo tendré siete u ocho mil pesos, sólo me
apura el resto. Trabajaré, como dices, en hacerme valer,
me elevaré hasta Rosita; pero si no pago dentro de pocos
días, soy hombre perdido.

—A cenar, señor Hénkel —interrumpió el vicario—;
para mí lo mismo son ocho que diez y seis; usted pagará
esa suma y no hablemos más.

AL DÍA SIGUIENTE, SE levantó el vicario más temprano que lo de costumbre, visitó sus pueblos, vio a sus enfermos y explicó lo que debía hacerseles conforme a los métodos prescritos por el doctor, volviéndose sin tardanza al curato para adornar su iglesia, pues debía celebrarse en ella, al otro día, la Natividad de la Virgen. 5

El adorno fue sencillo conforme a la pobreza de aquel templo y concluyó de arreglarse muy pronto con el auxilio del sacristán, de Martín y los semaneros; pero temiendo el vicario que Fernando le preguntase sobre el modo de pagar su deuda y por no verse en la necesidad de desengañarle, mandó decirle que comía en la sacristía y que no se verían sino en la noche. Después de haber comido, se quedó sentado en una butaca de cuero, en la que por la hora o por el cansancio se quedó profundamente dormido. 10 15

Preocupado con el compromiso de Fernando, fue lo primero que le ofreció la imaginación, y en el sueño veía que un hombre cubierto con un traje talar, azul, se llegaba a la sacristía donde él estaba y le ponía en la mesa muchas talegas de dinero. Quiso ver la cara de aquél, que 20

6 *natividad de la Virgen*: 8 de septiembre.

parecía religioso, y creyó reconocerle como si ya le hubiese visto en otra parte; creyó también observar que las facciones de aquel hombre, iluminadas con el rayo de luz que entraba por la ventana de la sacristía, inmediatamente habían presentado un aspecto deslumbrador, como si ellas mismas despidieran la luz. Lleno de admiración, el vicario oyó claramente que aquel hombre le decía: «El divino Maestro ha enseñado que no basta para ser perfecto guardar los mandamientos, sino que es menester tomar su cruz y seguirle, dando antes a los pobres cuanto se tiene.» Tal ha sido el texto que con divina unción ha explicado usted mañana hará un año, en la parroquia de Tlalpam; y yo, deseando ser perfecto, he vendido cuanto tengo y vengo a entregar el precio en manos de tan virtuoso sacerdote, para que lo emplee libremente en aquello que hallare más conveniente al servicio de Dios. Vengo como los primeros cristianos a entregar en manos de usted los que eran mis bienes y no guardo como Ananías y Sáfira parte alguna del precio.»

En aquel instante, el sacristán se acercó al vicario para darle un recado creyéndole despierto, y al ruido que hizo se despertó éste sobresaltado:

—¿Qué hay, sacristán? —dijo restregándose los ojos y sin poder olvidar lo que había creído ver en el sueño.

—Busca a usted don Evaristo el de Tlalpam.

—¿Quién, hombre?

—Ese señor que se ha hecho religioso de San Francisco; dice que desea reconciliar con usted.

Lleno de admiración el vicario y creyendo que todavía soñaba, le dijo al sacristán, sin tener conciencia segura de lo que hacía:

38-39 *Ananías y Sáfira*: Ananías y Safira. No tuvieron la integridad de llevar a la iglesia el valor completo de la venta que realizaron, sino que sólo llevaron una parte. El ejemplo tiene la finalidad de señalar la corrupción de la integridad, por cuya acción el castigo de Ananías y Safira es la muerte. Hch 5.

—Que entre.

Se presentó en efecto un hombre alto, seco, como de cuarenta años, que dobló la cabeza para saludar al vicario. Éste, sin saber si estaba despierto o si continuaba soñando: 55

—Señor don Evaristo —le dijo al recién venido—, ¿usted por acá? Buena falta me ha hecho, porque los que traspasaron su tienda no me han dado ni una frazada para mis inditos. ¿Recuerda usted que hace más de un año me mandó cincuenta? Y eso que la fiebre no se extendió mucho entonces entre ellos... Tome usted asiento. 60

—Gracias, señor cura —dijo el recién venido sentándose, pero sin levantar la cabeza que tenía inclinada y cubierta con la capucha del hábito. 65

—Se nos ha transformado usted, señor don Evaristo, ¡todo un opulento comerciante envuelto en un sayal! ¡Bueno! ¡Muy bueno! ¿Y la familia? 70

—Soy solo.

—¡Ah! —exclamó el vicario con semblante embobado y sin saber lo que decía.

—Usted no cree lo que ve —dijo con voz reposada el franciscano.

—Se digna a veces Dios enviar a algunos de sus hijos resoluciones tan heroicas, tan santas,... —contestó el vicario, quien conoció que, dormido o despierto, tenía que desempeñar su deber—; que aunque algo me maravillaba antes... ahora me parece hasta cierto punto natural y sencillo, como todo aquello en que Dios quiere hacer manifiesta su intervención. De todas maneras, señor don Evaristo o, más bien, hermano Evaristo, le quedo a usted muy agradecido de que se haya acordado, que por estas pobres tierras tiene un amigo. 75 80

—Como voy a hacer un largo viaje, no quise echarla sin despedida. 85

—¿Pues a dónde va usted?

—Mañana salgo para Zacatecas, Dios mediante; ya tengo mi patente y mi báculo —y enseñó en efecto un
90 bordón.

—¿Y por qué se va usted tan lejos? —dijo sencillamente el vicario.

—Deseo salir a misiones entre las tribus de la Tarahumara; si he tomado mi cruz conforme al precepto del Salvador, ha de ser en utilidad de mis prójimos, porque
95 los preceptos son dos, ¿no es verdad señor cura?

—Así es la verdad: “Debemos amar a Dios y al prójimo;” y san Lucas nos dice que: “Más fácilmente pasarán los Cielos y la Tierra que el que caiga un solo ápice de la ley”¹. Debe pues cumplirse toda entera, cualquiera que
100 sea la condición en que uno viva.

—Por esto me voy a visitar a las tribus semisalvajes de Durango, creyendo obedecer a Dios que quiere se difundan pacíficamente las verdades de la revelación, y para
105 servir en algo prácticamente a mis semejantes. Al separarme de estos lugares, acaso para siempre, deseo que me haga usted un favor, señor cura.

—Con mucho gusto, hermano, mándeme usted.

—Concluya usted la obra que ha comenzado...

110 —¿Cuál? —repuso admirado el vicario.

—Mañana hará un año que usted, con una irresistible unción, enseñó en la parroquia de Tlalpam esta santa

¹ Lc 16 17: *Facilius est coelum et terram praeterire, quam de lege unum apicem cadere* [N. del A.].

89 *patente*: “patente. Documento que dan los superiores de las órdenes a los religiosos cuando tienen que viajar” (*DUE*).

93-94 *Tarahumara*: (Corredor a pie.) “Sierra extensa que forma parte de la cresta principal de la Sierra Madre Occidental y que abarca los estados de Chihuahua, Durango, Sinaloa y Sonora; lo más fragoso de ella se halla entre los 26° de latitud Norte y el límite septentrional del estado de Durango; la atraviesan barrancas muy profundas que recorren numerosos torrentes que se precipitan hacia Sinaloa y Sonora formando los río Mayo y del Fuerte” (*DGH*).

doctrina del Salvador:² “No basta para ser perfecto guardar los mandamientos, sino que es menester tomar su cruz y seguir a Jesucristo, dando antes a los pobres cuanto se tiene.” 115

Estas benditas palabras fueron en derechura a mi corazón y lo conmovieron; desde entonces me hice el propósito de dejar las riquezas que había acumulado, porque si bien el mundo me ha creído lleno de honradez, la conciencia no ha dejado de decirme que al vender en cinco lo que me costaba cuatro y al comprar en dos lo que valía tres, algo me quedaba fuera de lo que pertenecía a mi capital e industria que no era mío y que estaría mejor empleado en los pobres a quienes seguramente he reagrado, con mi contingente de explotación, su triste suerte. Bien he comprendido desde ese día con cuánta justicia se ha elevado la voz de usted en el templo exclamando:³ “¡Ay de vosotros ricos, porque habéis disfrutado solos vuestra felicidad! ¡Ay de vosotros que estáis repletos al lado del pobre que desfallece, porque tendréis hambre! ¡Ahora reís, tiempo vendrá de gemir y llorar!” 120 125

—Yo, señor cura —continuó el religioso—, no quiero gemir y llorar en la eternidad y vengo como los primeros, como los verdaderos cristianos⁴ a entregar en manos de usted los que eran mis bienes, y no guardo como Ananías y Sáfira parte alguna del precio, del cual he deducido únicamente una pequeña cantidad que di a mi convento 135

2 Mt 19 21: *Si vis perfectus esse, vade, vende quae habes, et da pauperibus, et habetis thesaurum in coelo: et veni, sequere me* [N. del A.].

3 Lc 6 24-25: *Vae vobis divitibus quia habetis consolationem vestram! ¡Vae vobis qui saturati estis, quia esurietis! Vae vobis, qui ridetis nunc, quia lugebitis et flebitis!* [N. del A.].

4 Hch 4 34-35: *Neque enim quisquam egens erat inter illos. Quotquot enim possessores agrorum, ant domorum erant vendentes afferebant pretia eorum quae vendebant, et ponebant ante pedes Apostolorum. Dividebatur autem singulis prout cuique opus erat.* “Porque entre ellos ninguno era pobre ni rico. Los que tenían casas o campos, los vendían y traían el precio a los pies de los Apóstoles; de esto se repartía a cada uno según necesitaba.” [N. del A.].

140 el día de mis votos. Para llegar a Zacatecas me basta el báculo y la caridad de los pueblos por donde pase.

Al decir esto, puso sobre la mesa de la sacristía unos papeles enrollados.

—¿Pero eso qué es, hermano Evaristo?

145 —Es la escritura que tengo hecha donando a usted todos mis bienes. El precio de ellos, pues todos se han vendido, le será entregado a usted en México, luego que presente las libranzas que hay dentro de la escritura.

—Yo no sé que hacer con eso; usted podría darlo a persona más entendida para que lo haga fructificar.

150 —No, señor cura; yo no quiero correr el riesgo de que pase primero un camello por el ojo de una aguja que yo alcance mi salvación. Es necesario todo el poder de Dios para que se verifique este milagro y yo deseo ir a su gloria sin tan difíciles condiciones.⁵

155 —Y bien, ¿qué quiere usted que yo haga?

—Que reciba usted ese dinero, y que lo emplee en lo que mejor le parezca, pues yo estoy seguro de que será todo en bien de los pobres, porque conozco a usted demasiado.

160 —Pero eso no es posible, señor; yo nunca he tenido dinero e ignoro el empleo que pueda dársele.

165 Porque es usted pobre voluntariamente, lo he preferido sobre todo el mundo. Un rico empezaría luego a echar sus cálculos avarientos con objeto de sacar más ganancia; para ellos un montoncito de oro debe atraer otro montoncito, dos montones deben hacerse cuatro,

5 Mt 19 24-25: *Et iterum dico vobis, facilius est camélum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum. Auditis autem his discipuli mirabantur valde, dicentes: Quis ergo poterit salvus esse? Aspiciens autem Jesús dixit illis: Apud homines hoc impossibile est: apud Deum autem omnia possible sunt.* «Vuelvo a deciros: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos». Oyendo esto, los apóstoles se admiraban mucho y decían: «¿Quién pues podrá ser salvo?» Viendo esto, Jesús les respondió: «Para los hombres esto es imposible, para Dios todo es posible.» [N. del A.].

éstos ocho, diez y seis y así sucesivamente, y como todos lucran o procuran lucrar, resulta que alguien es el objeto de estas indefinidas especulaciones; y para que estos ganen, no siendo por la agricultura o por la industria, ese alguien debe siempre perder. Pues bien, ese alguien es la reunión de los pobres y yo no deseara que el que fue mi dinero, y ahora es de usted, siga ganando del pobre; al contrario, suplicaría que se dedicara a disminuir sus miserias. 170

—¿Cuál es netamente la idea de usted? —dijo el vicario. 175

—Bien conozco —contestó el franciscano— que una cantidad tan pequeña relativamente no puede servir para cambiar la suerte de muchos en poco tiempo; pero algo puede hacerse con doscientos mil pesos. 180

—¡Doscientos mil pesos! —interrumpió admirado el vicario.

—Sí, doscientos mil pesos que le entregarán a usted en casa del señor Cavalier inmediatamente que usted los pida. ¿Qué no podrían emplearse, señor cura, en reunir algunas familias necesitadas para que practicasen sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviendo como los primeros cristianos, entre quienes eran todos los bienes comunes.⁶ Debe usted quedar tranquilo respecto de la procedencia de ese dinero. Yo heredé un regular patrimonio 185

y al casarme lo aumenté, no porque trajese mi esposa, que es difunta, dote, sino porque sus economías, sus incesantes cuidados y el arreglo de conducta en que me hizo entrar, me facilitaron grandes ahorros. Sólo tuve un hijo que murió pequeño. Mi dinero ha fructificado sin esfuerzo: en una mediana población como en la que yo 195

⁶ Hch 2 44 : *Omnes etiam qui credebant, erant páriter, et habebant omnia comunia*. “Se reunían los creyentes, se trataban con igualdad y tenían en común todos sus bienes.” [N. del A.].

he vivido, puede casi siempre un comerciante, que tiene
 200 buenos fondos y disfruta crédito, monopolizar, como yo
 lo he hecho, algunos ramos importantes, y entonces to-
 dos los otros comerciantes reciben la ley o se arruinan,
 de manera que todos trabajen por uno; y al subir, por
 ejemplo, cuartilla en cada libra, o en cada vara, la mitad
 205 es la contribución que dedican al más fuerte de quien
 reciben los efectos. Esto lo sostiene la ley y lo alaba la
 sociedad; es, según dicen, el benéfico efecto de la con-
 currencia, es decir, de la lucha, del antagonismo entre
 210 hermanos, cuyas consecuencias van a refluir en otra par-
 te hasta donde la ley no va, donde la sociedad nada ve.
 Yo, señor cura, me he dicho a mí mismo: antes deseaba,
 como desean casi todos los ricos, abarcarlo todo, poseer-
 lo todo; pues bien, en lo sucesivo no tendré nada mío y,
 devolviendo a los pobres cuanto he atesorado, podrán
 215 remediarse algunas familias que, ansiosas de vivir con
 su trabajo personal, se hallan ahora en la indigencia por
 falta de recursos anticipados para subvenir a las necesi-
 dades que los agobian, antes de poder recoger el fruto de
 su industria, que de ordinario requiere tiempo para rea-
 220 lizarse, en el cual tienen que sacrificarse a favor de otros
 que las explotan. Siento en el alma que la cantidad de
 que ahora puede usted disponer sea relativamente corta;
 pero si fuera posible plantear con ella algún estableci-
 miento durable, que por sus benéficos efectos moviese el
 225 corazón de algunos ricos que al morir dejan inmensos
 capitales sin saber cómo devolverlos al pueblo de donde
 los han extraído y que sirven sólo para promover ruidos-
 sos pleitos entre sus parientes o para alimentar la sober-
 bia y el fausto de algunos holgazanes, se habría hecho,
 230 intentando al menos, la mejor de cuantas reformas se
 agitan hasta ahora.

El vicario, a quien había realmente aterrorizado tener que manejar suma tan considerable, mientras no vio un objeto caritativo, una beneficencia inmediata, contes-

tó después de las explicaciones del ex comerciante con un verdadero alborozo: 235

—Probaremos, pero si la empresa no se logra por mi impericia, por la novedad del objeto que acaso encontrará resistencias inesperadas...

—Por mi parte está usted libre de toda responsabilidad, no sólo en el caso de que se emplee el dinero con mal éxito en esa “Asociación” que ligeramente he indicado y que, estoy cierto, usted sabrá plantear mejor que nadie, sino aun cuando por creerlo usted más conveniente lo dedique a otra cosa, pues para todo tiene libertad; ese dinero es suyo y así lo reza esta escritura. 240 245

El franciscano puso los papeles en manos del vicario y añadió:

—Ahora sólo resta que me dé usted su bendición; deseo reconciliar para recibir mañana el sagrado viático de manos de usted y partir inmediatamente para el colegio de franciscanos de Zacatecas. 250

Ambos pasaron a la iglesia y, en la imponente soledad del santuario, acompañados solamente de los gorriones y los mirlos que hacen sus nidos en las cúpulas y vienen a enseñar a cantar a su prole en las cansadas horas de la siesta, un justo recibía la bendición de otro justo; ambos eran de aquellos por los que Dios habría perdonado a Sodoma y Gomorra, si hubiera podido hallarlos Abraham. 255 260

250 *reconciliar*: “Recibir una confesión ligera, por ejemplo para comulgar, alguien que se ha confesado recientemente” (*DUE*).

250-251 *sagrado viático*: “Viático. Última comunión llevada en modo solemne a un moribundo” (*SC*). Se entiende que el personaje Evaristo muere en su vida mundana y renace en la vida sagrada como fraile franciscano.

ERA YA DE NOCHE cuando el vicario pensó ver a Fernando, pues había pasado la tarde en profundas meditaciones que rápidamente procuraremos referir. Desde luego, se hizo a sí mismo esta pregunta: ¿Daré a Fernando lo necesario para que pague su deuda? 5

Verdad es que el donante le había dicho que podía gastar el dinero en lo que hallase más conveniente; pero también le había suplicado lo emplease en “reunir algunas familias necesitadas para que practicando sus respectivas industrias, seguras de que no les faltaría lo necesario para la subsistencia, viviesen como los primeros cristianos entre quienes eran los bienes comunes”. 10

—Como yo no había esperado ser rico jamás desde que abracé el estado eclesiástico —se dijo para sí el sacerdote— me parece muy embarazoso, muy difícil realmente, disponer con inteligencia y con acierto del dinero del franciscano; pero no hay que volver atrás, ya sé sus caritativas intenciones, y si Dios me concede su protección, por sí solos irán venciendo los obstáculos que contra cualquiera empresa se presentan siempre. 15 20

Veamos lo que la divina sabiduría ha inspirado a los primitivos cristianos —añadió—, porque me parece segu-

ro que mientras la actual civilización no se depure, vol-
 viendo a las doctrinas que han regenerado al mundo y
 25 que ahora parecen olvidadas, no podrá levantarse de la
 abyección en que la ha hundido el egoísmo, ni libertarse
 de la impotencia para el bien, en pos del cual se fatiga
 vagamente. Todos los días hacen progresos admirables
 las ciencias y las artes, se mide el cielo, se encadena el
 30 rayo, se habla a centenares de leguas de distancia en al-
 gunos instantes y la situación de las últimas clases de la
 sociedad es la misma que la de ahora mil años. Verdad
 es que no tenemos en toda la América, como en la vieja
 Europa, artesanos honrados cuyo incesante trabajo no
 35 baste a mantener a su familia, y que no puedan comer
 carne sino uno que otro día en la semana; aquí todo lo
 da abundantemente la Naturaleza y sin grandes esfuer-
 zos; pero bajo este cielo espléndido, ante esta primave-
 ra permanente, se arrastran millones de seres degrada-
 40 dos, máquinas humanas con que se obtienen mezquinos
 productos, de manera que a poco que se desnivela el co-
 mercio, el rico pierde, siendo por este temor, por la falta
 de movimiento social y por otros motivos derivados de
 nuestro atraso moral, miserable la retribución del que
 45 trabaja en el campo, con disgusto y en lucha constante
 más o menos pronunciada contra el amo, y a la vez las
 ganancias de éste muy módicas, nulas, desde el momen-
 to que quiere mejorar la condición de sus trabajadores.
 Esto causa vicios muy profundos, muy generalizados,
 50 ante los cuales son impotentes las buenas intenciones de
 algunos pocos ricos, que quisieran poner en armonía su
 interés natural y debido con la caridad cristiana de que
 deben dar muestra, si es que quieren salvarse.

Pobres siempre hemos de tener entre nosotros, se-
 55 gún nos dice el Salvador;¹ pero nada impide que se pro-
 cure instruir, moralizar, mejorar el alma y el cuerpo de

1 Jn 12 8: *Páuperes enim semper habetis vobiscum...* [N. del A.].

los que tememos, disminuyendo en lo posible su crecido número, sin herir los derechos de nadie, sin anunciar ninguna doctrina que alarme, sin otro resorte que la aplicación genuina del Evangelio, tal como lo comprendieron los primeros cristianos que, en vida común con los apóstoles, y puede decirse con el Espíritu Santo, enseñaron a su posteridad con las obras, la verdadera, la exacta, la única significación de las palabras que oyeron de la misma boca del hijo de Dios. 60

El vicario hojeó rápidamente el libro que tenía en las manos hasta encontrar los Hechos de los Apóstoles, leyó enseguida con mucho cuidado el capítulo segundo en que se refiere que el Espíritu Santo bajó sobre ellos, y les dio el don de lenguas; y redoblando todavía más su atención en el versículo 44 que hemos copiado en la nota, repetía traduciendo: *Omnes etiam qui credebant*. “También todos los que creían,” *erant pariter*, “estaban juntos, se trataban de la misma manera, con entera igualdad,” *et habebant omnia comunia*, “y tenían sus bienes todos en común”. 65

Al concluir esta traducción² cerró el libro y comenzó a pasearse con aire pensativo. ¡Cuánta profundidad encierra esta doctrina! –exclamó–, ¡y no me había llamado la atención hasta ahora que el franciscano ha venido a ponerme en el camino de practicarla más fácilmente! Verdad es también que no son necesarias grandes riquezas para que dos, diez, veinte familias hagan, por ejemplo, una cocina común y vivan como hermanos, ahorrando desde luego diecinueve cocineras, diecinueve mandaderos y otras muchas cosas, según la manera con que se junten y quieran practicar las palabras del texto *erant pariter*; cuanto más pobres sean, el lazo que las una será más durable, y como en tal caso pueden sin inconveniente ninguno conciliarse los intereses 70

2 Es la misma que trae el padre Scio. [N. del A.]. 85

particulares de todos, cuidando siempre de que haya una perfecta igualdad en aquello que han convenido se aproveche en común, cada familia sentirá el abrigo, la protección, el amor de las diecinueve restantes y a la vez obtendrá con mayor seguridad, y acaso con menos afanes, sus adelantos particulares. En un hotel, por ejemplo, cada huésped tiene su cuarto, su cama, su luz, su comida, por un precio idéntico al del cuarto vecino, con quien para nada tiene que disputar, ni reñir, ni rivalizar; puede haber cien pasajeros sin que se perciba el ruido de diez; si alguno es díscolo, el administrador le hace salir de la casa en nombre del interés de todos, con la cooperación de todos si es necesaria y los noventa y nueve quedan en paz. Viajan unos pasajeros en la diligencia; se coloca a las señoras en los mejores lugares, los hombres se saludan con urbanidad, comienza a caminar el carruaje, los más comunicativos abren la conversación y toma en ella parte el que quiere; si ocurre algún contratiempo, alguna desgracia, se auxilian y el resultado es que, al llegar al término del viaje, se han contratado algunas amistades que suelen ser muy durables. He aquí dos ejemplos de vida común, temporalmente, que a nadie alarma, que todo el mundo acepta siempre que tiene necesidad y que por muchísimas personas se encuentra preferible, y siempre menos costosa, al aislamiento de una casa privada y al viaje en un carruaje particular. ¿Por qué, pues, se limitará a tan pequeños costos, esta vida común, este progreso social?

Viven también en común los frailes y los soldados. Los primeros se han perpetuado hace muchos siglos, a pesar de sus terribles rivalidades intestinas y no obstante la ociosidad corporal que los enerva, que los predispone a los vicios y que los consume, como todo resorte natural que está sin ejercicio, gracias al poder de la comunidad. Los soldados revelan por otros aspectos el efecto de la asociación. La diez milésima parte de una

nación subyuga a las demás, porque los miembros de éstas se encuentran separados, divididos, mientras que los soldados parecen en igualdad de circunstancias invencibles, porque están unidos, tienen vida común, intereses comunes. ¿Y cómo no han bastado estos elocuentes ejemplos para cambiar el régimen actual de la sociedad? Por dos motivos: porque los pueblos nunca han sido realmente libres y porque al hacer un esfuerzo en favor de su propia libertad, sólo muestran los vicios de que están plagados, y la profunda ignorancia en que están nutridos. ¿Saben siquiera lo que les conviene? Pues si ignoran a qué objeto deben dirigirse, ¿cómo se extraña que nunca lleguen a dar con él? Mostrarles con hechos cuál es el modo más ventajoso con que pueden unirse las familias y después reunir los grupos de familias en municipalidades bien arregladas, he aquí lo que debieran practicar y lo que con el auxilio de la Providencia intentaré yo hacer. Beneficio al niño que nace, beneficio al joven que se educa, beneficio al hombre que desea ser padre de familia, dándole una compañera honesta, instruida, “trabajadora”, que lejos de ser una pesada carga, le sea un auxiliar efectivo, por su destreza en algún arte de positiva utilidad, por su instrucción, por su moralidad, por su piedad sólida, elevada, libre de miserables supersticiones; he aquí los inmediatos resultados que traerá para la familia el régimen de íntima asociación. Unir a las familias con lazos íntimos de amor, de justicia “y de mutuos intereses” para que formen municipalidades patrióticas, ricas, poderosas; he aquí el fundamento más seguro de la reforma política. Por último, “reunir”, es decir, abrazar con cuanta fuerza es posible a estas municipalidades en un centro común, que las dirija con energía, con alta inteligencia y constante previsión en sus intereses generales y que en todas las empresas grandiosas, en todo lo justo sea el primero, el iniciador o, cuando menos, el sostenedor, que nunca se

doblegue ante la fuerza, que sólo aplique ésta para castigar las grandes ofensas contra el derecho, reconociendo
 165 amplísimamente el de los pueblos; ¡he aquí lo que para mi Patria, tan abatida ahora, pueden llegar a producir “unidas la verdadera religión, la santa libertad”!

El sacerdote, movido en aquellos momentos por un espíritu poderoso, cubierto con su traje negro talar, de
 170 pie, su frente elevada hacia el cielo, su mano en actitud de mando, sus ojos, ordinariamente tan apacibles, llenos entonces de entusiasmo, aparecía con la fe del patriota, con el arrobamiento del santo, leyendo en un cercano porvenir la dicha de México.

175 Volvió a sentarse en la butaca de cuero en que se había antes dormido y, hablando consigo mismo, dijo:

—¡Qué cosas tan singulares! Si yo refiriese mi sueño de esta tarde y el cristiano desprendimiento del hermano Evaristo, el mundo se hallaría perplejo al decidir cuál de
 180 las dos cosas son más difíciles; si la coincidencia de mi sueño con la realidad o el encontrar un hombre de “conciencia tan recta que practica lo que cree”, a pesar de un crecido interés. ¡Y, sin embargo, así obraban los primeros cristianos! Mucho deben haber cambiado los actuales,
 185 cuando ahora se presenta como una excepción increíble, fabulosa, lo que entonces era la regla general y tan estrictamente llevada, que los que se atrevieron a quebrantarla, Ananías y Sáfira, que se guardaron una parte del precio de cosas suyas que habían vendido, cayeron primero
 190 el uno y luego la otra y murieron repentinamente a los pies de san Pedro, que les increpaba por haber pretendido engañar al Espíritu Santo.

Los tiempos son muy diferentes y ya nos daríamos por satisfechos, no de que los ricos repartiessen todos sus
 195 bienes entre los pobres, sino de que los socorrieran con largueza en sus necesidades y que sus especulaciones y

180 *son más difíciles* : es más difícil.

ganancias se fundasen en hacer dar más a la tierra y a la industria, sin defraudar al operario lo que legítimamente le pertenece. Verdad es que hay laudables excepciones, pues no faltan personas acomodadas de intachable conducta, de trato sencillo, dotadas de un excelente corazón que se mueve a mitigar la aflicción del pobre honrado, sin demora, sin buscar evasivas; ¿pero qué valen unos cuantos hombres generosos, si la casi totalidad de los ricos prefiere sobre todo deber, sobre toda creencia, las exigencias torpes del egoísmo y la vanidad?... 200

El vicario volvió a preguntarse:

—¿Daré a Fernando lo necesario para que satisfaga su deuda? No, —contestó resueltamente—; este dinero es de los pobres que sufren sin culpa propia y Fernando tiene mucho de que arrepentirse. 210

—Es mucha dureza —se dijo a sí mismo—, cuyo corazón siempre ávido de hacer el bien se revelaba contra aquella decisión, dictada por la cabeza. Además —añadió, poniendo un ceño de la mayor severidad—; al dar este dinero irá a verterse en derechura a la caja de algún avariento, de un jugador en jefe; no, no pago —y volvió a pasarse violentamente por la sacristía. 215

—Pero, en fin —volvió a decirse el sacerdote, después de muchas vueltas, dando entrada a sus sentimientos, capitulando con su razón, o más bien haciendo plena justicia a entrambos. 220

—Fernando es maquinista, ¿no es verdad? —se preguntaba como si alguno le escuchase—; la “Asociación” necesitará establecer alguna empresa fabril, para elaborar lanas, algodón, ¿y qué sé yo cuántas cosas más? Pues bien, si Fernando tiene la maquinaria que pueda emplearse, ventajosamente se entiende, se le compra y, como además deberá hacer un viaje para colocarla donde sea conveniente, deberá pagársele decentemente. Un extranjero llevaría un sentido por cualquiera friolera y para éste sólo sería poco el dinero. Conque negocio concluido, facilita- 225 230

235 ré a Fernando el importe de lo que necesite comprarle,
le haré algún suplemento, como lo haría con cualquiera
otro, garantizando su pago por supuesto y si con todo ello
puede cubrir su deuda, allá se las avenga.

240 Luego que el sacerdote entrevió que podía salvar a
Fernando sin faltar a los deberes que a sí mismo que-
ría imponerse al emplear el dinero que había recibido,
su semblante cambió súbitamente; radiante de alegría y
saltando como niño que sale de la escuela, buscó su som-
brero y su breviario, exclamando:

245 —¡Voy a decirle que se ha salvado! —pero, al tomar
la puerta, le asaltó una idea terrible—. ¿Qué voy á hacer?
¿He visto acaso los documentos? ¡Si será todo esto una
ilusión!

SEGUNDA PARTE

EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846*

SI NUESTROS LECTORES TIENEN la complacencia de Sacompañarnos a la calle de Santa Isabel, les mostraremos la habitación del comandante Montemar. Es una modesta vivienda de esas que llaman de taza y plato, porque constan generalmente de un cuarto bajo y otro alto; tiene medianas dimensiones y la entrada directa 5

* 9 de septiembre de 1846: Fecha en que arriba Santa Anna a la ciudad de México después de su destierro iniciado el 3 de junio de 1845, día en que se embarca hacia La Habana. Santa Anna prestó juramento el 4 de julio de 1844 como Presidente constitucional y salió con licencia el 7 de septiembre del mismo año. En estos años de mando absoluto inició algunas tácticas para instaurar la monarquía en México que respondían, quizá, a su gusto de mandar no desde el trono sino fuera de él. Pero en esta última ausencia, Paredes y Arrillaga se levanta en armas en su contra en la Ciudad de Guadalajara el 1° de noviembre de 1844 y Santa Anna va en contra de él sin permiso del Congreso; en México, la guarnición se pronuncia; a Santa Anna se le acusa de violar la Constitución, y el pueblo derriba su estatua y profana la sepultura en donde yace la pierna amputada en 1839. Santa Anna, Presidente con licencia, ve a su ejército diezmado por las desertiones, huye pero es aprehendido y trasladado a Perote: se le instruye juicio y se le declara culpable de haber atacado al gobierno emanado de las Bases Orgánicas y por haber disuelto la Asamblea Departamental de Querétaro. Una ley de amnistía le permite abandonar la República.

2 *Santa Isabel*: Esta calle se ubicaba en lo que hoy es el Palacio de Bellas Artes, entre San Juan de Letrán y la Alameda Central (*vid.* DECAÉN 1855-1856, Láminas).

por la misma calle. Desde la elección de ésta, se marcaba el buen gusto de Montemar: amplia, limpia y céntrica. El cuarto bajo servía para los asistentes de Montemar, pues
 10 tenía dos: el de arriba, tapizado de una rica alfombra y dividido en sala de recibimiento y alcoba por medio de una cortina encarnada, era para el comandante. El ajuar se reducía a un espejo mediano con un lavamanos, sobre el cual había varias navajas de afeitar y pomitos de per-
 15 fumes, dos butacas, un sofá y algunas sillas cubiertas con indiana, así como el sofá, lo que haría suponer que eran de damasco o de brocatel.

En esta ocasión daremos a conocer más detalladamente la figura y carácter de nuestro comandante. Según hemos dicho en la primera parte, tendría veintiocho años, de mediana estatura, de buena complexión; ostentaba en esta época unos bigotes a la don Quijote, largos, negros y duros, que el cosmético reducía difícilmente a imitar la figura de cuernos de alacrán; su perilla
 20 espesa y recortada, la ceja que bajaba sobre los ojos, con un gesto que sería amenazador si no se notara que era estudiado; el pelo negro, corto y recio. Su mirada era fija, como de enojado, pero en realidad de hombre astuto; sus ojos daban a la fisonomía algún interés por ser
 25 negros, cuyo color contrastaba con el blanco cutis de su cara; la nariz y la boca eran de forma regular, el cuello y sus espaldas anchas. Era hombre de valor sereno; pero supo, desde muy temprano en la milicia, que más daño se hace a los enemigos personales encubiertamente, y prefería los medios indirectos y ocultos. Tenía particular
 30 disposición para los cuentos y sabía proporcionarlos según la calidad de su auditorio, de manera que en realidad era buscado por sus conocidos cuando querían matar el tiempo. En el cuartel era cínico, en los estrados fino y atento; ninguno era más pronto que él en ofrecerse para alguna comisión que, conocía, no le habían de
 35 dar; ninguno más remiso en cumplir sus obligaciones.
 40

El día del santo de su coronel era el primero para felicitarle en una arenga bien hablada, pero se olvidaba tanto de los soldados que casi no le conocían. En las representaciones que había que hacer en favor de sus compañeros y del cuerpo todo, era el más animoso, pero el día de una batalla sabía encontrar tan oportunamente jefes que le dieran órdenes de ir por una batería, de hacer avanzar un batallón, que por una fortuna continuada no había recibido ni un golpe contuso; y sin embargo, nadie podía decirle que había huido ni que se había escondido, por cuya razón siempre era comprendido en esa lluvia de promociones que han acostumbrado hacer nuestros gobiernos después de una insignificante escaramuza, relatada en términos pomposos y melodramáticos por nuestros generales. Siempre estaba quejoso Montemar de los presidentes de la República, pues aseguraba que había recibido postergas en su carrera y que las sufría pacientemente sólo por patriotismo.

Tres años hacía que había ingresado a la milicia por haber sido nombrado capitán de “cívicos” en Tulancingo, donde era tendero. Montemar había promovido entre sus compañeros solicitar de Santa Anna el que se veteranizara el cuerpo que allí se levantó, y vino en comisión a México con tal objeto. Al principio no conseguía ni el ser oído en el ministerio de la guerra; pero tuvo el atrevimiento de hablarle a Santa Anna, quien entonces mandaba como absoluto, en virtud de la famosa sépti-

58 *presidentes de la República*: Considerando los tres años de servicio, como lo aclara el párrafo siguiente. Los presidentes que transcurren durante ese periodo son Antonio López de Santa Anna, Valentín Canalizo y Valentín Gómez Farías.

62-63 *Tulancingo*: Es la cabecera del municipio del mismo nombre en el estado de Hidalgo. Después de Pachuca es la sede más importante del Estado.

64-65 *veteranizara*: “veterano. Se aplica a los soldados que han servido mucho tiempo” (*DUE*). Se jubilara.

70 ma base de Tacubaya, le echó una arenga apellidándole
héroe del Pánuco y padre de la patria, y el decreto se
extendió sin demora. Al retirarse Montemar de la pre-
sencia de Santa Anna, había dicho éste con esa burla
75 mímica que tan perfectamente sabe hacer: “El tenderi-
llo no es lerdo; me ha comparado con César y Napoleón
con la misma prosopopeya que Tornel. ¡Bah!, yo junto
la cría; cuando estos pollos tengan espolones, trabajo
dará cortárselos; pero así es todo, el que no siembra no
coge.”

80 Al organizar el cuerpo veteranizado fue necesario
llevar capitanes de ejército, por lo que Montemar, aunque
pretendió hacer valer su personal influencia con Santa
Anna, sólo quedó de teniente, y he aquí una de las poster-
85 gas de que se quejaba, alegando que a él se le debía el de-
creto de veteranización, y que bien podía quedar de capi-
tán para empezar su carrera, cuando tantos otros habían
sentado plaza de coronel y aun de general.

Muy poco tiempo fue teniente, pues en dos años lle-
gó a comandante, y estaba aburrido de servir en tal cla-
90 se hacía ya un año en el batallón de San Blas. Verdad es

70 *famosa séptima base de Tacubaya*: Vid. Bases del Plan de Tacubaya, en ZAMACOIS 1880, t. XII, 1841, pp. 230-239. “[Bases] Expedidas por el general don Antonio López de Santa Anna jefe del ejército revolucionario que operaba contra el gobierno central de Bustamante (quien se había separado temporalmente para combatir la revolución) el 28 de Septiembre de 1841” (DGH). La séptima base dice: “Las facultades del Ejecutivo provisional, son todas las necesarias para la organización de todos los ramos de la Administración pública” (vid. RIVA PALACIO 1884-1889, t. IV, p. 469).

71 *héroe del Panuco*: (1829) “Desembarco y fallido intento de reconquista española al mando del brigadier Isidro Barradas, derrotado en Tampico por Santa Anna y Mier y Terán” (vid. GALAEANA 1991, p. 186).

76 *Tornel*: “Tornel y Mendivil, José María (1789-1853). Militar [...]. N. en Orizaba, Ver. [...] Se adhirió al Plan de Iguala en marzo de 1821, poniéndose a las órdenes de Santa Anna, a quien sirvió como secretario [...] Oficial mayor de Guerra y Marina en 1832, de cuya carrera fue ministro siempre que el general Santa Anna ocupó la Presidencia. Se puede decir de Tornel que fue «más santanista que Santa Anna»” (DP).

que tenía que habérselas en este cuerpo con un militar antiguo y severo en la disciplina, que a la sazón estaba encargado de su mando.

Eran como las tres de la tarde del día con que hemos encabezado este capítulo, y Montemar estaba rasurándose enfrente de su espejo. En el plan de aseo entraba por esa vez quitar absolutamente la perilla y no dejar otro pelo en la cara que el de los terribles bigotes a la don Quijote. Su barba, que era gruesa, se resistía a la operación, mas Montemar, después de cambiar las navajas, creyó que alguno de sus asistentes las había usado, y echando una mirada severa al que tenía delante:

—¡Rivera! —le gritó— ¿Quién ha tomado estas navajas?

—Ninguno, mi comandante —contestó el soldado poniéndose firme y erguido.

La barba sangraba, y Montemar, más enojado, dijo a media voz:

—Siempre es así la canalla; ladina, igualada y mentirosa.

—Mi comandante, nadie ha tomado las navajas.

—¡Calle usted! —replicó con voz de trueno Montemar, que acababa de darse una ligera cortada, y luego añadió con menos violencia:

—Ésta es la buena disciplina que tanto alaba el coronel, replicar a sus jefes, contradecirles. ¿Dónde está el polvo de haba? —preguntó después buscándolo por varias partes.

—No lo he visto, replicó con impavidez el veterano.

—¿Cómo es eso, bribón?

—Mi comandante, no me diga usted bribón.

—Mucho que sí, ¡bribón!, sí, ¡bribón! —y se encaró con el soldado, viniéndose cerca de él, dirigiéndole una mirada feroz que éste sostuvo sin inmutarse y sin bajar los ojos, como si estuviese formado en cuadro, resistiendo una carga de caballería.

A esta sazón llegó el otro asistente, trayendo en la

mano muy envuelto un jaboncito de olor que el comandante acababa de encargarle.

—¡Viñas! ¿Dónde está el polvo de haba?

130 —¿El polvo de haba? —contestó maquinalmente el soldado—; el polvo de haba, mi comandante, está... está...

Montemar, que por un extraño prestigio no se había atrevido a tocar a Rivera, dio un empujón a Viñas que por poco cae a la escalera, saltándosele de las manos el jabón.

135

El comandante se agachó a recogerlo, porque Rivera fingió no haberlo visto caer, lo que le valió una mirada de tigre de parte de su irritado jefe. Éste desenvolvió el jabón y, encontrando que era prieto y que no olía bien pues lo esperaba blanco y aromático, lleno de rabia agarró por los hombros a Viñas y lo echó por las escaleras. Por fortuna de éste, dos personas, que se habían cansado de llamar a la puerta de la calle, habían penetrado a la casa y subían en aquel momento la escalera.

140

Eran dos militares vestidos de riguroso uniforme. El primero, alto, rubio, de ojos garzos, con el cutis de la cara tostado por el sol, llevaba sombrero montado, casaca azul ricamente bordada, con solapa encarnada, dos charreteras de oro y en medio de ellas un águila, banda verde y espadín con cubierta dorada. Era éste el general graduado don José Frontera. El otro, algo bajo de cuerpo, enjuto de carnes, trigueño, ojos negros, de mirada altiva y semblante severo, llevaba un chacó con chorro trigarante, dos charreteras de oro con estrellas, sobre una casaca de paño azul sin bordado, pantalón del mismo color con franja encarnada, banda carmesí

145

150

155

151 *José Frontera*: Nació en Jalapa en 1798, murió en la ciudad de México en 1847. Cadete en el ejército realista de 1814. Se adhirió a Iturbide en 1821, y tomó parte en los sitios de Puebla y México. En 1832 estuvo en la campaña de Oaxaca. Fue general de Brigada. En 1840 se unió al General Valencia que defendía a Bustamante, y en 1847 estuvo con el mismo general en la batalla de Padierna en la que muere.

y espadín dorado. Era el coronel graduado don Santiago Xicotécatl.

Montemar, que no se esperaba estas visitas, al notar que el pobre Viñas no había rodado mucho, y al oír que hablaba alguien en la escalera, se asomó a ésta, en mangas de camisa, llevando en una mano la toalla y en la otra el malhadado jabón. 160

—Parece que vamos tomando esta escalera por asalto —dijo Frontera al ver rodar al soldado. 165

Xicotécatl, por toda respuesta, frunció el entrecejo más de lo que habitualmente acostumbraba.

—¿Estás loco, Montemar? —dijo, mostrando buen humor, Frontera.

—Entra, chico, siéntate —respondió Montemar, dándose cierta importancia, por hablarle de “tú” a un general, y al divisar que también llegaba Xicotécatl, cambiando súbitamente de tono, haciéndose afable y respetuoso, exclamó: 170

—¡Mi coronel! ¿Usted por aquí? ¡Tanta honra! 175

El soldado Rivera dio dos pasos para atrás militarmente, para hacer lugar a sus jefes, sonrió con malignidad al ver la bajeza de Montemar y clavó después los ojos en su coronel Xicotécatl, como esperando órdenes. Éste, sin contestarle a Montemar y sin desfruncir el gesto, dijo, dirigiéndose al soldado: 180

157-158 *Santiago Xicotécatl*: Felipe Santiago Xicotécatl (1805-1847). Militar. Nació en Tlaxcala. En septiembre de 1829 es teniente. En 1833 combatió en defensa de Puebla. Tomó parte en la pacificación de los departamentos de Yucatán y Tabasco. “El 7 de julio de 1847 es nombrado jefe del batallón activo de San Blas. El 13 de septiembre siguiente, cuando los norteamericanos atacan Chapultepec, Santa Anna le ordena que con los 400 hombres que componen su batallón vaya a unirse al general Bravo. No puede llegar al Castillo porque en el camino se encuentra con los mil soldados yanquis comandados por el general Pillow, el cual, ante el empuje de los bravos mexicanos se ve precisado a pedir refuerzos al general Worth, quien le envía la 1ª división de sus tropas. Las huestes que dirige Xicotécatl no quieren ceder ante el enemigo, y él muere combatiendo, acribillado su cuerpo por 14 balas” (CÁRDENAS 1979, p. 649).

—Rivera, llévese usted a Viñas, parece que se ha roto la cabeza. Ustedes no volverán aquí hasta nueva orden —Rivera obedeció inmediatamente—. Es un abuso —añadió el coronel— que los oficiales distraigan así a los soldados de la nación del servicio público; desde el tiempo del gobierno español se les aumentó la paga para que tuviesen criados con el nombre de “asistentes”, previniéndose que ni los jefes de alta graduación tuviesen de los cuerpos más que “ordenanzas” para los asuntos de oficio.

Después, echándole una mirada a Montemar que le penetró como hierro candente:

—Es lástima —dijo— que así maltrate usted a tan buenos soldados. Señor mío, de jabones y de aguas de colonia no saben nada; pero en cambio se baten como leones. Los he experimentado en la defensa de Guadalajara, y usted los verá cuando vengan los americanos.

—O no los verá —dijo irónicamente Frontera, a quien desde un principio había indignado el trato que Montemar daba a sus asistentes; pero luego, compadeciéndose

197 *defensa de Guadalajara*: “[...] los señores Cumplido, Angulo, Dávila y López Portillo unidos a los militares Yañez, Montenegro y Xicoténcatl, todos de ideas liberales, convinieron en hacer en Guadalajara una revolución contra Paredes y al efecto el memorable 20 de mayo de 1846 a las diez de la mañana, aprovechando la circunstancia de que daba la guardia de Palacio una compañía del batallón de Lagos, el coronel don Felipe Santiago Xicoténcatl, que lo mandaba, se echó sobre ese edificio al frente del resto del cuerpo al grito de «Viva la República! Muera el príncipe extranjero»! [...] La ciudad se fortificó abriendo en las calles fozos profundos con trincheras de dos varas de altura.” Se hicieron todas las diligencias para defender, estratégicamente, Guadalajara desde diferentes poblados. El 13 de julio, General José Arévalo, quien llegó con el objetivo de someter a los pronunciados, se acuarteló en el convento de Santa María de Gracia. Sin embargo, Xicoténcatl, escalando los muros del convento, emprende temerariamente el asalto, con lo cual toma por sorpresa al batallón de Arévalo, no sin darse una lucha cuerpo a cuerpo entre Xicoténcatl y sus soldados y los guardias de Arévalo (PÉREZ VERDIA 1952, pp. 402-415).

198 *cuando vengan los americanos*: En marzo de 1846 las fuerzas norteamericanas iniciaron las primeras escaramuzas contra las tropas mexicanas. Las tropas norteamericanas arriban a la capital en septiembre de 1847.

de éste, que como es de suponerse estaba muy turbado, añadió, echándose sobre el sofá y dando a su voz un tono de broma y ligereza:

—Dime, Montemar, ¿por qué te has quitado la perilla? 205

Montemar sonrió graciosamente a Frontera, y dirigiéndose a Xicoténcatl con fina cortesía, le dijo:

—Tenga usted la bondad de tomar asiento, mi coronel, y de dispensarme que le reciba de esta manera. Con permiso de usted, voy a ponerme mi bata. 210

Xicoténcatl se sentó al lado de Frontera, echando fuego por los ojos, y, sin advertir que la pared que dividía la pieza era de lino, le dijo a éste:

—Es imposible soportarlo por más tiempo, nunca se aparece por el cuartel sino para recetar bancos de palos sin el menor motivo, porque nada entiende de soldado. Precisamente hoy hace diez días que no se deja ver la cara, y ha sido necesario encargar la papelería del cuerpo al capitán Romero, porque este Adonis ni la ve ni la entiende. La guerra con los americanos va a seguir encarnizadamente y yo no quiero que mi cuerpo quede en ridículo con un comandante tan... 215

—Nos esta oyendo —dijo Frontera en voz baja, y poniéndose el dedo en la boca. 225

—No importa —contestó en voz alta Xicoténcatl—, he venido a decirle que se separe del cuerpo por bien o por mal.

En aquel momento, Montemar volvió a salir de su alcoba, con paso mesurado, semblante risueño aunque un poco contraído, cubierto con una bata de seda con grandes florones y una cachucha bordada de oro, con una borla que le caía elegantemente hasta cerca del hombro. Una palidez muy notable en su semblante era lo único que traicionaba al hábil diplomático. 230

Frontera, por evitar un lance serio, le dijo con socarronería: 235

—Muy bien, excelentísimo señor Montemar; ¡vaya una bata!, y ¡qué cachucha!, algunos dedos de rosa se habrán lastimado en ese bordado.

240 Montemar sonrió como un rey que concede una gracia a un favorito, y contestó distraídamente:

—En casa del señor don Domingo Diez de Dávila me hicieron este obsequio —y un ligero carmín que se pintó en sus pálidas mejillas vino a revelar que la mentirra era muy gorda.

Frontera, quien conocía a Rosita Dávila, preguntó con cierta cándida admiración que muy frecuentemente se ve unida en los guerreros a las malicias de otra especie.

250 —¿Quién te hizo el obsequio, aquella niña de los cabellos de oro, que siempre los lleva rizados?

Montemar contestó con un aplomo inimitable:

—Yo sólo te he dicho que en casa del señor Diez de Dávila me han hecho el obsequio; lo demás queda a la malicia del prójimo.

Frontera vio de soslayo a Xicoténcatl para investigar si había ya pasado el enojo y, observando que continuaba con el mismo gesto, volvió a reanudar la conversación.

260 —No me has dicho por qué te has quitado la perilla, Montemar.

—¿No recuerdas que hoy llega el excelentísimo señor general de división y presidente interino de la República don Antonio López de Santa Anna?

265 —¿Y qué tienen que ver tantos títulos con tu perilla?

—Que no le agradan los barbudos; recuerda la primera circular que da luego que manda, previniendo a todos los militares el uso de riguroso uniforme y que ninguno lleve barbas.

—¡Qué previsión! —dijo a media voz Frontera.

270 La conversación languidecía y Xicoténcatl se disponía a hablar cuando se oyó que comenzaba un repique en la Catedral. Frontera se puso en pie diciéndole a su compañero, que también se levantó:

—Vámonos, ya llegó el general.

Xicotécatl dijo resueltamente a Montemar: 275

—Ya ha oído usted a lo que he venido.

Montemar inclinó ligeramente la cabeza en señal de afirmación, dejando traslucir alguna insolencia.

—Pues bien, ahora que llegó el general Santa Anna, pídale su pase a otro cuerpo, porque la verdad, si me toca morir en esta guerra, yo deseo que no haya uno solo en mi batallón que deje de disputar a los americanos palmo a palmo la tierra de mis padres. 280

—Mi coronel, usted no puede decir que yo rehúse nunca un combate y mucho menos contra enemigos de mi patria. Aquí está toda mi sangre que derramaré hasta la última gota por defenderla. 285

Frontera se interpuso cuando Xicotécatl iba a responder, y dijo al comandante:

—Mira, Montemar, ustedes ya no han de estar bien, y así pide tu pase; en todas partes se puede servir a la patria, que vengan los americanos y haremos nuestro deber. 290

—Lo haré —contestó Montemar, dominando apenas su emoción, y luego, más respetuoso, añadió con afabilidad: 295

—Pero ése no es motivo para que usted quede disgustado conmigo, mi coronel; vengan esos cinco —y alargó la mano a Xicotécatl, quien le dio la suya.

Frontera y Xicotécatl se retiraron. El primero había dicho a Montemar: “Que vengan los americanos y haremos nuestro deber”, y lo cumplió: en la madrugada del 20 de agosto del año siguiente recibió orden del general Valencia de cargar con su cuerpo sobre los americanos, que se habían apoderado de un bosque cercano al campo 300

302-303 *Valencia*: Gabriel Valencia, Ciudad de México (1799-1848). En 1810 entró como cadete en el regimiento de caballería de Tulancingo. Tras varias vicisitudes, se adhirió al movimiento de Iturbide en 1821. En 1836 estaba en la expedición de Texas. En 1840 era uno de los defensores de Bustamante y en 1841 se pronunció contra él. Llegó a general de División.

305 de Padierna, desde donde diezmaban a nuestros soldados. Frontera conoció que aquella orden era disparatada, pero obedeció y cayó a pocos instantes muerto al frente de su escuadrón. El segundo dijo a Montemar: “Deseo que no
310 los americanos la tierra de mis padres”; y el coronel y casi todo el cuerpo de San Blas se sacrificaron por México a los pies de Chapultepec, en la mañana del 13 de septiembre del año siguiente. No dijeron “la guardia muere y no se

305 *Padierna*: La batalla de Padierna se libró los días 19 y 20 de agosto de 1847, entre las fuerzas mexicanas que mandaba el general Valencia, y los norteamericanos, en el rancho de Padierna cercano a la capital. Valencia, al saber la aproximación de las tropas enemigas a Tlalpan y su marcha hacia Peña Pobre se situó en los terrenos de Padierna. El 18 de agosto general Santa Anna mandó retirar sus posiciones y replegarse a Coyoacán, órdenes que Valencia no obedeció debido a que se frustraban sus planes de defensa. El 19, al medio día, comenzó la batalla. Los norteamericanos atacaron de flanco las posiciones de Valencia, quien trató de contener al enemigo, enviando para ello a la caballería del general Frontera y pidiendo auxilio inmediato a los generales Pérez y Santa Anna. Pérez se presentó en los momentos más difíciles y cambió momentáneamente la situación. Santa Anna apareció con 3,000 hombres y, cuando todos esperaban que atacara flanqueando a los americanos, se dedicó a contemplar la batalla. Valencia, haciendo un gran esfuerzo, recuperó Padierna. Valencia se preparó para la lucha, esperando que Santa Anna entrara en batalla al día 20, que era el siguiente; pero Santa Anna se retiró ese mismo día con su división hacia San Ángel; Valencia se vio rodeado, y emprendió la retirada hacia Churubusco, lo que hizo inevitable la pérdida de la capital de la República.

312 13 de septiembre: Estados Unidos logra la anexión de Texas en 1845 y, siguiendo una política expansionista, extiende sus límites hasta el río Bravo. En defensa del territorio nacional, las fuerzas mexicanas detienen a una patrulla americana cerca del río Bravo y de esta manera México aparece como agresor, por lo que Estados Unidos le declara la guerra en julio de 1846. Se sostiene la primera lucha en el norte de México, las fuerzas mexicanas se dispersan y Santa Anna abandona los campos de batalla durante las negociaciones. Gómez Farías provoca revueltas al interior del país, mientras los jefes norteamericanos aprovechan el desconcierto mexicano para apoderarse de Nuevo México, San Francisco y Ciudad Juárez. El General Scott ocupa Veracruz y obtiene del general Juan Morales una rendición negociada el 29 de marzo de 1847. Antes de que los invasores llegaran al Castillo de Chapultepec, se libraron varias batallas: El 18 de abril, en Cerro Gordo, Santa Anna fue derrotado. En agosto las fuerzas mexicanas son nuevamente vencidas en Padierna. Otro combate se efectuó en Churubusco, cuya defensa estaba en manos del general Pedro María Anaya,

rinde”, como la guardia de Napoleón; pero, tendidos en el campo de batalla, cubrieron con sus cuerpos exánimes el mismo sitio que se les señaló estando vivos. 315

Xicotécatl, indígena de las parcialidades de Santiago, selló con su muerte una carrera gloriosa en que sirvió a la libertad y a la independencia de su patria. Guadalajara no olvida aún, a pesar de tantos hechos heroicos que en esa ciudad se han repetido, el esfuerzo con que combatió allí, después del famoso 20 de mayo de 1856, contra las tropas que Paredes envió a sujetar a los liberales, lo que nunca pudo lograr. Xicotécatl, en nuestras 320 325

quien tampoco pudo impedir la victoria de los norteamericanos. Los invasores arriban a Chapultepec, plaza defendida por el Batallón de San Blas, al mando del General Bravo, el Coronel Xicotécatl y los cadetes del Colegio Militar. Estos últimos murieron después de la intensa resistencia presentada, el 13 de septiembre de 1847. Por último, los defensores de las garitas no pudieron evitar que los americanos se apoderaran de la capital al día siguiente. Como resultado de esta guerra, a las pérdidas humanas, México hubo de sumar el quebranto de más de la mitad de su territorio: Texas, Arizona, Nuevo México y la Alta California.

318-319 *parcialidades de Santiago*: Probablemente signifique partidario de Santiago Matamoros.

323 20 de mayo de 1856: Obviamente se trata de una errata, el año es 1846. El 20 de mayo, la guarnición de Guadalajara se pronunció contra el gobierno del general Paredes y Arrillaga. El “Plan” era una copia casi exacta del anterior de Mazatlán con dos adiciones importantes. Todo apuntaba hacia el restablecimiento de la república federal, pero con la participación de la “benemérita” clase militar. El 4 de agosto de 1846, el régimen pro monárquico de Mariano Paredes Arrillaga vivió su drama final. En la ciudadela, el general Mariano Salas y Valentín Gómez Farias hicieron el pronunciamiento. El Plan de la Ciudadela constaba de seis artículos y reproducía las ideas del Plan de Guadalajara a la letra. El 6 de agosto las fuerzas del gobierno capitulaban y el 7 el general Mariano Salas tomaba el poder ejecutivo, mientras que el General Santa Anna llegaba a la ciudad de México. “[...] el 20 de Mayo, en los momentos más amargos para el país, cuando mas necesaria se hacía la union de todos los partidos y el olvido de las rencillas políticas para vengar las derrotas recientes, la guarnición de Guadalajara se rebeló contra el gobierno, protestando contra la «Convocatoria expedida por el denominado *presidente interino y sus ministros*, como eminentemente atentatoria á la soberanía de la nación, y decretada con el objeto visible de hacerla aparecer como invocando la soberanía de la nación, y decretada con el objeto visible de hacerla aparecer *como invocando la monarquía, con un príncipe extranjero que la gobierne*»” (vid. ZAMACOIS 1880, t. 12, p. 485).

dos grandes capitales, dio ejemplos que han hecho recordar la invencible bravura de aquellos aztecas que disputaron palmo a palmo el terreno de México contra la superioridad de las armas que trajeron los soldados de Cortés, contra las enfermedades que asolaban a la antigua Tenochtitlán y contra la traición de los tlaxcaltecas y de muchos aliados del imperio de Guatimoc.

De Frontera hemos dicho ya que murió víctima de la disciplina militar y de su valor, expiando una falta antigua que más bien debe recaer sobre el general Paredes porque, mandando aquél el regimiento de Querétaro, fue de los que desde San Luis Potosí vinieron a derribar al gobierno legítimo que les había confiado la defensa nacional.

Los muy pocos soldados del bizarro batallón de San Blas, a quienes respetaron las balas enemigas, se retiraron pausadamente en el luctuoso día a que nos hemos referido, mandados por el mayor Romero¹ que, pocos días

1 Este jefe, al retirarse de México todo nuestro ejército en la noche del 13 de septiembre de 1847, guardó la caja del cuerpo en uno de los nichos mortuorios de San Diego, a fin de que pudiesen examinarse después sus cuentas y se conociese su integridad. Éste es un ejemplo que tiene pocos imitadores [N. del A.].

331 “Los tlaxcaltecas tuvieron sangrientos encuentros con los alcolhuas o texcocanos, sin embargo lograron conservar su independencia aun durante el apogeo del imperio azteca, dentro de cuyos dominios constituían un enclave, no obstante los esfuerzos de los mexicas para sojuzgarlos, y quienes llegaron a cortarles las rutas al Golfo de México [...]. Moctezuma II había intensificado esta lucha y de ahí que a la llegada de los españoles se hubiesen unido a éstos los tlaxcaltecas para luchar contra sus enemigos los mexicas” (DP).

332 *Guatimoc*: Cuahutémoc (1502?- 1525) gobernó al morir Cuitláhuac y en forma heroica hizo la defensa de Tenochtitlan. Fue mandado ejecutar por Cortés en un punto llamado Izancanac, la noche del 28 de febrero de 1525, junto con Coanacoch, señor de Tezcoco y Tetlepanquetzal, señor de Tlacopan.

333 *Paredes*: “[...] marchó a la ciudad de México antes de partir a defender el norte del país desde San Luis Potosí. De tendencias monárquicas, favoreció a los comerciantes acaudalados, pero se enmistó con burócratas, pueblo y miembros del ejército, de tal forma que al tratar de dirigirse en serio a combatir a los norteamericanos, sus propios soldados lo apresaron en Querétaro, luego de intentar gobernar durante seis meses” (vid. VÁZQUEZ 1997, p. 66).

después de la entrevista que hemos descrito, había sido nombrado para reemplazar a Montemar.

Éste, luego que se vio solo, se puso apresuradamente el uniforme, dando algunas vistas al espejo; buscó la llave de la puerta de abajo, maldiciendo porque tardaba en encontrarla. Cuando la halló, se dirigió a la escalera y, al empezar a bajarla, exclamó con acento rabioso, apretando en sus manos la llave y levantándola como si fuera cetro: 345

—¡Ah, Xicoténcatl, indio engreído, tiempo vendrá en que te humilles ante mí! Y tú, Rivera, si ahora te has librado del banco de palos que te había recetado, yo te asentaré la mano en otra ocasión. 350

Los americanos libraron a Montemar de cumplir su promesa, porque el coronel y el soldado sucumbieron en Chapultepec. 355

II

EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846 (CONTINUACIÓN)

EL REPIQUE QUE HABÍAN oído Frontera y Xicoténcatl se hizo general en la ciudad; anunciaba la llegada de Santa Anna, después de un destierro de cerca de dos años.

El memorable 6 de diciembre de 1844, la nación entera había arrojado del poder a este hombre funesto y apenas habían corrido dos años cuando entraba triunfante a la capital, tirada su carroza por el pueblo, atronando el aire los cohetes, las campanas, los vivas y el estallido del cañón. 5

En el carro triunfal que al efecto se le había preparado, le acompañaba un patriota venerable, que ha bajado 10

5 6 de diciembre de 1844: Desafuero de Santa Anna, luego de que gobernara durante el período 1841-1844 (vid. VAZQUEZ 1997, p. 57).

12 *Patriota venerable*: Valentín Gómez Farías nació en Guadalajara, Jalisco, y murió en la ciudad de México (1781-1858). “Médico por la Universidad de Guadalajara (1807), de la que fue profesor. [...] sustituyó en la Presidencia de la República a Antonio López de Santa Anna en cuatro ocasiones. [...] Durante estos interinatos Gómez Farías afrontó las actividades sediciosas del clero y los centralistas así como la epidemia del cólera que causó muertes por decenas de miles. Encabezó el proceso conocido como la Primera Reforma, mediante el cual los bienes de los descendientes de Cortés pasaron a poder de la nación y se destinaron a las tareas educativas, fueron secularizadas las misiones en Cali-

15 a la tumba, respetado de todos los partidos como modelo de integridad y de firmeza en sus principios políticos. Entre Santa Anna y don Valentín Gómez Farías, que era el personaje a que nos referimos, venía colocado un cartel de la Constitución de 1824. Un grande arco muy adornado que se puso en la bocacalle de Plateros

fornia, se confiscaron las posesiones de los misioneros filipinos, se pusieron en subasta los bienes que detentaban los misioneros de San Camilo, los diezmos pasaron a ser voluntarios, desapareció la obligatoriedad civil de los votos eclesiásticos, se prohibió al clero vender los bienes que se hallaban en su poder, fue suprimida la censura de prensa en materia religiosa, la pena de muerte por delitos políticos quedó abolida, se creó la Dirección General de Instrucción Pública para el distrito y territorio de la Federación, la cual quedaba encargada de regir la educación y administrar las rentas destinadas a este objeto, así como a custodiar los monumentos históricos y antigüedades, abrir nuevas escuelas públicas, impulsar el sistema lancasteriano de enseñanza y vigilar y normar el funcionamiento de los colegios a cargo de particulares; fueron cerrados el Colegio de Santa María de Todos los Santos y la Universidad de México, se decretó el establecimiento de la Biblioteca Nacional y la apertura de seis centros especializados de educación superior; se ordenó al representante de México ante el Papa que pidiera la disminución de días festivos y el Congreso resolvió que el patronato, institución que durante siglos había dado a la corona española la atribución de nombrar curas, obispos y arzobispos, era aun derecho de la nación. El regreso de Santa Anna a la presidencia, con el apoyo de la asonada conservadora, y la casi inmediata disolución del Congreso acabaron con este proceso” (GDM). “Radical, federalista y anticlerical, Valentín Gómez Farías se opuso al esclavismo que introdujeron los norteamericanos en Texas y a la creación de un gobierno local en dicha provincia. Mandó a apresar a Esteban Austin en 1833, quien permaneció detenido y arraigado en la ciudad de México hasta 1835 en uno de los prolegómenos de la separación texana” (VÁZQUEZ 1997, p. 38).

17-18 *Un grande arco muy adornado*: “Entre doce y una hizo su entrada en General Don Antonio López de Santa Anna por la garita de San Lázaro y por varias calles que se dirigen al poniente, tomó otra vez el rumbo de oriente para pasar un suntuoso arco que se hallaba colocado en la calle de Plateros que desemboca en la Plaza Principal. En el Palacio recibió las felicitaciones de las oficinas y corporaciones y después de haber asistido al *Te Deum* salió para Tacubaya. Tanto en este día como en los dos siguientes, destinados a solemnizar el aniversario de la Independencia, a que se han agregado ahora los regocijos por el restablecimiento de la carta Federal y la entrada de Santa Anna, han estado iluminados los edificios públicos y con especialidad la Diputación [...]” (MALO 1948, p. 306).

18 *Plateros*: “De las calles de San Francisco sólo la primera y segunda se llamaron de Plateros, pues la siguiente se llamó de la Profesa y las tres restan-

y Empedradillo, bajo el cual pasó el carro triunfal, sostenía, en la parte más elevada, una pintura alegórica de la fusión del pueblo y del ejército, representados por un hombre de blusa y por un soldado dándose la mano en señal de esa fraternidad que, tantas veces y de un modo tan sangriento, hemos visto después interrumpida. ¿Qué significa, dirá tal vez alguno, esta veleidad del pueblo mexicano? ¿Cómo inciensa hoy al ídolo que derribó ayer? ¿Cómo tira de la carroza del proscrito, quitando su oficio a las bestias, por las mismas calles en que arrastró frenético el pie que aquél había perdido contra los franceses en 1837 y que reposaba en un panteón?

Esta veleidad, a nuestro modo de ver, significa que la nación, herida en su dignidad por las batallas de Palo

tes continuaron con su nombre primero, hasta nuestros días que se les cambió a todas por el de Av. Francisco I. Madero” (*CdeM*, p. 115).

19 *Empedradillo*: “Llamada así por haber sido una de las primeras que se empedraron en la ciudad. Hoy se llama del Monte de Piedad, por estar situada en ella la benéfica institución fundada por don Pedro Romero de Terreros” (*ibid.*, p. 112).

29-30 *el pie que aquél había perdido contra los franceses en 1837 y que reposaba en un panteón*. : “Realizado el plan de dar una sorpresa, posesionándose de los baluartes de Veracruz aunque fallida la intención de apoderarse del general en jefe, retirábase los franceses a sus buques, cuando un accidente vino a reforzar la gravedad de la fortuna lograda en Pánuco y menguada en San Jacinto: un disparo tocó al caudillo, donándole un muñón ensangrentado [...]” Parecía tan grave la herida que el caudillo pensó que moriría, por lo que con ese lenguaje hiperbólico que, a juicio de Yañez, constantemente adquiriría tintes de paranoia, dice Santa Anna en sus memorias: “«¡Ah!, cuántas veces he deplorado con amargura en el corazón que la Majestad Divina no se dignara a acoger aquellos humildes ruegos... ¡Arcanos incomprensibles!... Mi enojosa vida se conserva y los nueve individuos heridos conmigo fallecieron en poco tiempo, y fallecieron alternativamente los cinco cirujanos que me operaron y no confiaban en mi curación.» Efectivamente, si entonces hubiera muerto, ahora siquiera le estaría dedicada una calle, acaso algún monumento, en ciudades mexicanas. No murió, pero el santanismo tenía ya una reliquia. El campamento de Santa Paula sería pronto la meca de esta religión” (*vid.* YAÑEZ 1993, pp. 173-178)

30 1837: por errata, se refiere a 1838 en que se lleva a cabo la Guerra de los Pasteles (1838-1839).

Alto y de la Resaca que nos habían sido adversas, que-
 ría a toda costa ser vengada y olvidaba todo, y perdo-
 naba a Santa Anna sus repetidos extravíos si vencía a
 los norteamericanos. Paredes había vuelto la espalda al
 enemigo extranjero pronunciándose contra el presidente
 Herrera, cerca de San Luis Potosí, y había venido a ocu-
 par a México deseando establecer la monarquía extran-
 jera que algunos ilusos, fomentados por España, abri-
 gaban, y había caído ante el desprecio universal. Santa
 Anna, pues, venía a reparar muchas faltas, las suyas y
 las de otros; podía conquistar de nuevo el amor de sus
 conciudadanos y el aprecio del mundo; ¿qué es lo que le
 faltó, genio o fortuna?

Otra consideración de mayor importancia debemos
 exponer: ¿cómo es que la revolución del 6 de diciembre,

32-33 *batallas de Palo Alto y de la Resaca*: “Las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma fueron las últimas acciones bélicas del ejército mexicano más allá del río Bravo, en territorio texano ya anexado a Estados Unidos. Como tantas veces en este conflicto, los combatientes mexicanos se batieron con heroísmo y denuedo, reconocidos en innumerables ocasiones por sus enemigos; su derrota sería determinada por las diferencias, celos, desconfianzas, rivalidades e ineptitud de varios de sus jefes” (*vid.* VÁZQUEZ 1987, p. 73).

38 *Herrera*: “n. en Jalapa Ver., y m., en la ciudad de México (1792-1854). Fue militar realista y desde 1809 y combatió a los insurgentes hasta 1820. [...] En 1844 era presidente del Consejo del Estado cuando el senado nombró presidente a Valentín Canalizo, pero debido a su ausencia Herrera ocupó su lugar del 12 al 21 de septiembre. El 7 de diciembre de ese año fue otra vez nombrado presidente de la República por el Senado y por Santa Anna. Ocupó el cargo hasta 1845, fecha en que fue elegido presidente constitucional y lanzó un manifiesto para reorganizar el ejército y concertar la paz con los texanos, pero el 30 de diciembre de ese año fue destituido por la rebelión que encabezó Mariado Paredes” (*GDM*). “México estaba en una encrucijada: en bancarota, sin aliados, carente de un ejército profesional, de armas, de municiones y de recursos económicos y, como si fuera poco, dividido entre monarquistas y federalistas, moderados y radicales. Paredes que ambicionaba el poder, aprovechó la ocasión para asaltarlo y acusar a Herrera de negarle recursos al ejército para emprender la defensa. Sin tomar las delicadas circunstancias con el general Zachary Taylor avanzando hacia la frontera, distrajo al mejor ejército con que éste contaba y marchó hacia la capital. El primero de enero de 1846 [Paredes] asumió, por la fuerza de las armas, la presidencia de la república” (VÁZQUEZ 1997, p. 67).

tan gigantesca en sus esfuerzos, tan uniforme en la opinión, que aún pareció acercar los partidos a una conciliación, cayó al impulso de algunos batallones rebeldes y retrogradó tanto que, a poco tiempo, vino a pedir, para defender el suelo patrio, la cooperación de aquél a quien había aprisionado en Perote, como avergonzada de haber sido tan grande, tan impotente y tan nula en sus resultados? 50 55

El movimiento del 6 de diciembre, que se conserva en la memoria de los mexicanos como un grato recuerdo por lo que pudo producir, se “esterilizó”, a nuestro modo de entender, porque se suscitó el cambio político y olvidaron los gobernantes, “del todo”, la reforma social en pos de la cual camina México desde 1810. 60

Los que toman sobre sí la dirección de un pueblo que ha entrado en el movimiento revolucionario, es decir, que quiere cambiar el orden antiguo de las cosas, para estar mejor, debieran reflexionar, primero, que no hay término medio posible entre favorecer el impulso o reprimirlo, y por esto juzgamos que los que gobernaron inmediatamente después del 6 de diciembre no comprendieron su posición, no supieron descifrar las notas que convenía hacer sonar, no hicieron nada duradero, y aquel esfuerzo glorioso se agotó en pocos días porque le faltó objeto que apasionase al pueblo, interés positivo que le impidiese desmayar en sus esfuerzos; hubo, como es costumbre, palabrería política sin ningún beneficio a la generalidad. 65 70

Entre el partido que avanza y el que quiere retrogradar, comprendemos que puede haber, con infinitos ma- 75

53 *Perote*: “El 4 de noviembre de 1844, Mariano Paredes y Arrillaga se levantó contra el gobierno en Guadalajara. Santa Anna fue aprehendido y encarcelado en Perote, pero consiguió un indulto de José Joaquín Herrera y salió del país. Vivió en Cuba y en Jamaica ” (*GDM*). Perote. Cabecera del mun. del mismo nombre. Situada en la región de los llanos que se extiende al oeste del Cofre de Perote, a 255 km. de la Ciudad de México, en la carretera y el FC (Interoceánico) México-Jalapa-Veracruz.

80 tices, otra reunión de hombres que quieran “conservar”
la *vita bona*, que teman el arranque de los radicales y las
exageraciones de los retrógrados, horrorizándose, y muy
justamente, de toda tiranía; pero ponerse al frente de un
pueblo en revolución para no hacer nada que lo mejo-
re, que le haga sentir algún bien, es preparar traidora o
torpemente el triunfo de los enemigos, por la calma y
confianza en que entra el mismo pueblo mientras espe-
85 ra, y por la indiferencia con que ve los negocios públicos
cuando se desengaña.

Montemar, a quien hemos dejado cerrando su casi-
ta de la calle de Santa Isabel, atravesó rápidamente las
de San Francisco y de Plateros sin detenerse en admirar,
90 como otras veces echando el lente, a la multitud de her-
mosas jóvenes que se asomaban a los balcones; pasó bajo
el arco triunfal sin concederle una mirada a su alegoría,
atravesó la gran plaza llamada de Armas, entró al pa-
lacio y se instaló en el salón de las asistencias oficiales,
95 arrellanándose en un sillón de los más cercanos al dosel,
limpiándose antes el sudor y las botas. Poco a poco fue-
ron llegando las comunidades religiosas, los colegiales,
los empleados de las oficinas públicas y algunas comi-
siones encargadas de felicitar al nuevo jefe del Estado,
100 quien, después de algunos momentos, llegó al palacio,
entró por la puerta excusada a las habitaciones que dan
al jardín y mandó decir a los concurrentes, por medio
del gobernador del mismo palacio, que agradecía mucho
aquella atención, pero que el cansancio le impedía reci-
105 bir tan gratas felicitaciones.

Todos se retiraron, menos Montemar que entró de-
nodadamente al salón que después se ha llamado de Itur-
bide, por el retrato de cuerpo entero de este caudillo que
allí se mira; penetró por las piezas, que están antes y des-
110 pués del baluarte del sur, y, repentinamente, se encon-
tró de manos a boca, como dicen, con el general Santa
Anna. Éste venía acompañado de algunos “íntimos” que

le seguían con gran veneración, y, luego que distinguió a nuestro comandante, frunció el entrecejo de un modo amenazador. Montemar se adelantó sin cortarse y le dijo de un modo muy marcial: 115

—Sólo por dar al ilustre desterrado en Cartagena un respetuoso abrazo, me he atrevido... —y abrió los brazos.

Santa Anna no pudo evadirse; se dejó abrazar de Montemar sin conocerle de pronto; pero fijándole más la atención lo reconoció al punto, pues tiene una prodigiosa memoria. 120

—¡Ah! —dijo—, ¡Montemar! de Tulancingo, ¿eh?

—Por favor de vuestra excelencia ingresé a la car...

—Ya, ya... ¿En qué cuerpo esta usted empleado? 125

—En San Blas, mas yo deseo servir cerca de vuestra excelencia.

Santa Anna le echó una mirada escudriñadora que aquél sostuvo sin perturbarse, y satisfecho del examen:

—Bien —dijo; y luego, dirigiéndose al oficial mayor del Ministerio de la Guerra, que estaba presente: 130

—Ponga usted las órdenes para que desde hoy quede agregado a mi estado mayor el teniente coronel Montemar.

—Soy sólo comandante —dijo éste con torpeza estudiada. 135

—Gracias al noble pueblo mexicano, tengo facultades para premiar a los buenos y leales servidores de... la Nación, ¿estamos?

—El más profundo agradecimiento —dijo Montemar, inclinándose casi hasta perder el centro de gravedad—, quedará eternamen... 140

—A empezar el servicio, señor teniente coronel; pase usted al salón de anuncios y diga a cuantos se presenten que no estoy visible para nadie, ¿estamos? —luego añadió con cierta causticidad que el grado concedido a Montemar parecía disculpar y que hizo reír estrepitosamente a los “íntimos”—; no quiero recibir hoy muchos abrazos. 145

150 Montemar se volvió a inclinar, aunque un poco menos, ruborizándose, y fue a instalarse lleno de contento al lugar de su guardia.

155 Uno de los defectos de Santa Anna es creerse sinceramente amado y admirado por los que lo adulan y como, por otra parte, es modelo de mezquindad, paga con larga mano las más insignificantes demostraciones hacia su persona, prodigando empleos, cuyo gravamen reporta después la Nación; éste es el secreto que atrae a sus numerosos partidarios.

160 Poco después de la excusa que hemos bosquejado, apareció en el corredor cerrado con vidrios, que está frente a la entrada de la presidencia, la oficialidad de un cuerpo de caballería, y la de otro de infantería; sus jefes, que eran Frontera y Xicoténcatl, entraron al saloncito que está después del cuarto de los ayudantes y encontraron a
165 Montemar, paseándose muy estirado delante de algunas pobres viejas pensionistas, que habían ido a ver si conseguían algún socorro hablándole a Santa Anna.

—¿Qué estará loco? —preguntó Frontera a su compañero, luego que vio al nuevo teniente coronel tan estirado.

170 —No lo creas —dijo Xicoténcatl—, ése no come lumbré.

Al dar la vuelta, Montemar vio a los dos amigos que hablaban y se dirigió a su encuentro con la mayor afabilidad, aunque sin decirle ya a Xicoténcatl “mi coronel”.

175 —Pasen ustedes, compañeros.

Los dos amigos se miraron mutuamente, no sabiendo qué pensar de aquel ofrecimiento hecho con el tono de uno de la casa. Montemar, sin darse por entendido, continuó:

180 —Su excelencia ha llegado muy fatigado, creo que tiene jaqueca; no recibe hoy a nadie, lo que siento mucho por ustedes y por estas señoras —y designó con la mano a las pobres viudas que salieron luego diciendo: ¡Tiene jaqueca el Presidente!

Los oficiales, que habían ido a felicitarlo, también se retiraron, despidiéndose antes muy secamente de Montemar, Frontera y Xicoténcatl. Al día siguiente apareció en el Diario Oficial una larga lista de ascensos concedidos por el Excelentísimo Señor General en Jefe Encargado del Ejecutivo, en la misma tarde de su llegada, con que había premiado los méritos de los buenos servidores de la Nación. En la lista figuraba Montemar como renumerado de sus fatigas en la Sierra. Al leer el diario, el nuevo ayudante se puso a recapacitar a qué época de su vida corresponderían aquellos trabajos, pues no recordaba haber hecho otro camino que el de Tulancingo a México, que dura, a lo más, dos días, y aun entonces había exclamado, al rendir su primera jornada en Pachuca, como un general que se ha hecho célebre: “¡Qué grande es la República!”

185

190

195

200

185-187 Se infiere: “Los oficiales, Frontera y Xicoténcatl, que habían ido a felicitarlo, también se retiraron, despidiéndose antes muy secamente de Montemar.”

192-193 *renumerado*: remunerado.

III

LA CARTA FUERTE

LA CASA DE DON Domingo Dávila se hallaba en la calle de Medinas número 8; y en ella, el escritorio para despachar los pocos negocios que aún tenía pendientes; pues ya hemos dicho que deseaba quedar expedito para marchar a España; su familia, es decir, Rosita y sus criadas habían vuelto de la “temporada”, y a la vez que el piano, los pájaros y el alegre trafago de los sirvientes, animaba la parte superior; abajo se recibían y despachaban algunos cargamentos, conservando siempre don Domingo su actitud reposada y severa en el escritorio que estaba arriba, desde donde observaba tanto a las visitas que pasaban a ver a Rosita como a los que entraban en el almacén. 5 10

El escritorio y la caja de seguridad, que había hecho Fernando Hénkel, estaban en una pieza amplia que se encuentra al lado derecho de la escalera con verjas que dan al corredor. Esta pieza, casi independiente del 15

9 su familia (es decir, Rosita y sus criadas habían vuelto de la “temporada”), y a la vez que el piano, los pájaros y el alegre trafago de los sirvientes, animaba la parte superior; abajo se recibían y despachaban algunos cargamentos,

20 resto de una espaciosa casa como es la que hemos indi-
 cado, se comunicaba por una especie de asistencia des-
 pués de la cual hay varias recámaras hacia la izquierda
 del que entra, un comedor y otras dependencias hasta
 los cuartos de la azotea por la derecha. Las personas de
 distinción que no podían ser introducidas al escritorio,
 25 después de pasar dos elegantes puertas de fierro, una al
 entrar al patio y otra en lo alto de la escalera, seguían de
 frente hasta encontrar la antesala y enseguida un her-
 moso salón amueblado con el más exquisito gusto. La
 antesala, que en un tiempo era probablemente tan an-
 cha como la sala, estaba dividida por una pared, for-
 30 mando de este modo una bonita recamara que ocupaba
 de preferencia el señor Dávila, porque quedaba preci-
 samente enfrente del escritorio y permitía ver, desde el
 balcón que cae al patio, a todas las personas que entra-
 ban y salían de la casa, a cuya ocupación era muy afecto
 35 el dueño de ella porque celaba a su hija y porque cuidaba
 de su dinero.

La indicada pieza sólo se comunicaba con la recá-
 mara de Rosita sin tener otra salida.

40 En el mismo día de la llegada del general Santa Anna
 a la capital, ya por la tarde, a la hora de cerrar el escri-
 torio, llegó a buscar a don Domingo el individuo que había
 dirigido la partida que se puso el día del santo de su hija
 y, saludándolo, le presentó un papel.

45 El señor Dávila lo recorrió con la vista y, poniendo
 una cara de vinagre, se lo devolvió al director de la par-
 tida diciendo secamente:

—No estoy conforme, don Tiburcio.

50 Era éste nuevo personaje alto, algo cargado de hom-
 bros, de constitución nerviosa; los ojos estaban medio ce-
 rrados por lo mucho que bajaban los párpados superiores
 y apenas podía distinguirse que eran verdes y siniestros,
 la frente rugosa, la nariz fina y rematando en un filo, el
 labio inferior un poco saliente y la punta de la barba ar-

mada de un escaso pelo, entrante hacia la boca. Todo este busto colocado en dos anchas espaldas mediante un cuello largo, rígido y lleno de músculos visibles. 55

En el momento que don Domingo Dávila le manifestaba con disgusto que no estaba conforme con la cuenta que le presentaba en el papel, el jugador hizo un gesto moviendo la quijada inferior como si mordiese freno y alargó el labio con una mueca diabólica para contestar con cierta audacia: 60

—¿Por qué?

—¡Qué me lo pregunte usted, don Tiburcio! ¿Qué tengo yo que ver con los diez y seis mil pesos perdidos por ese joven Hénkel? 65

—Comensal de la casa de usted, ¿cómo habíamos de desairar su pedido? Bastaba que...

—No basta nada, señor. ¿Respondo yo acaso por lo que pierden todos los que me visitan? 70

—Nos hubiera usted advertido al menos...

—¿Qué había yo de advertir?

—Que ese joven no tiene capital propio y que las maquinas que vende están en comisión.

—Yo no sabía eso y, además, no acostumbro contar lo que pasa a mis prójimos. 75

—Pero es el caso que usted es el que sale perjudicado.

—¿Cómo es eso?

—El fondo efectivo quedó muy disminuido, porque todos apostaban contra ese señor Hénkel cuando perdió, y con la caja del señor L..., a quien no se le puede cobrar, es ya muy poca cosa. 80

—¿Y por qué no se le puede cobrar?

—En estos días se le ha buscado y no ha podido encontrarse; ahora, según corre la voz, va a subir a ministro... 85

—¿Cómo? ¿Se atreverá a aceptar una cartera? He ahí señor mío lo que pierde a este país, esa veleidad de sus hombres públicos. ¡Voto a mil...! ¡Pero al caso, don Ti-

90 burcio, cobre usted a uno y otro sujeto que algo se podrá recoger; la pérdida debe prorratearse entre los tres socios, es cosa muy sencilla, una compañía a pérdidas y ganancias, en la que yo puse la mitad del capital; pero cobre usted, van ya nueve días, don Tiburcio!

95 —Y pasarán mil; el maquinista se ha escondido, el otro va a ser ministro; ¡dinero perdido!

—No, señor, eso no puede ser; como usted esta ya indemnizado de su trabajo, no tiene empacho en decir “¡dinero perdido!”; pero sepa usted, señor mío, que ahora se consigue un peso con mucho trabajo y que yo acostumbro ser muy testarudo para defender mis fondos. ¡En buena me ha metido usted!

100 —¿Pero qué quiere usted que yo haga?

—Parece usted chiquillo, y que es la primera vez que se halla en estos lances; yo nunca he jugado ni he puesto en riesgo mi dinero sino por las seguridades que usted vino a ofrecirme de que en ningún caso se perdería; y ¡ahora me pregunta lo que ha de hacer!

110 —Contando con que las personas de la tertulia de usted serían solventes...

—¡Qué solventes ni qué demonio! Aquí todos son unos tramposos; no se puede fiar un saco de alacranes; no así en Madrid donde, según me han asegurado, un bigote puede ser garantía de millones.

115 Al decir esto, dos escribientes que estaban copiando facturas y haciendo varias sumas, algo apartados del lugar en que se hallaban los interlocutores, se dijeron a media voz:

—Ya empieza el vejete con Madrid; saldremos muy tarde porque la relación siempre es larga; ¡ahora que hay tan poco que hacer por estar fuera el dependiente principal!

125 Pero en aquella vez no se verificó lo que temían los escribientes, pues el señor Dávila continuó con voz alterada:

—Cobre usted; visite a los deudores, escríbales, estrechélos, ¿cómo se ha de quedar esto así?

Don Tiburcio, viendo que el viejo se enojaba, amainó un poco y se limitó a decir:

—Muy bien, les cobraré, los estrecharé; ¿pero qué respetabilidad tengo yo?, déme usted unas cartas que me autoricen... 130

—¿Unas cartas? —dijo el señor Dávila reflexionando—; sí, para ese Hénkel no hay inconveniente; mas para el otro, que según dice usted va a ser ministro..., lo pensaremos. 135

—¿No ha vuelto el dependiente principal? —preguntó a los que escribían.

—No, señor —contestó uno de éstos.

—Pues saque usted papel; una carta como quiera se pone, escriba usted: “Señor don Fernando Hénkel” 140

—¿Ya escribió usted la fecha?

—Sí, señor.

— “Muy señor mío:

“Es ciertamente una desgracia —el escribiente iba repitiendo las últimas palabras— que usted haya dejado en descubierto su honor por los dichos diez y seis mil pesos.” 145

El escribiente se detuvo no atreviéndose a poner los “dichos”, leyó todo lo que había escrito y se quedó mirando al que dictaba. Éste le preguntó con enfado: 150

—¿Qué detiene a usted?

—Señor, como no hemos hablado de los diez y seis mil pesos...

—Pues bien —replicó don Domingo poniéndose colorado—, ya sabe usted el objeto de la carta, conclúyala; pero que esté fuerte, muy fuerte; dígame usted que ha sido indigno de la distinción con que se le ha tratado en casa y que lo que ha hecho es una fullería. 155

A poco concluyó el escribiente y presentó la carta al señor Dávila, quien la firmó sin leerla y cerrada se la entregó a don Tiburcio. 160

Iba a hacerle a éste nuevas recomendaciones, cuando se presentó un criado con librea, vestimenta muy poco usada en la República, por lo que conoció que venía de casa de algún personaje de noble alcurnia; preguntó el
 165 criado por el señor “de” Dávila y entregó a éste un papelito cerrado y sellado. Lo abrió y leyó estas palabras de una letra que le era muy conocida:

“Esta noche a las ocho, contamos con la casa de
 170 usted.”

El señor Dávila dobló el papel, despidió al criado con una señal de cabeza, dio la mano a don Tiburcio, quien comprendió que debía irse, y mandó cerrar el escritorio.

Dispuso se sirviese la comida y durante ella conservó
 175 un semblante adusto; pero no regañó, por la costumbre que había contraído de no afligir a su hija, a pesar de que tenía muchas ganas de desfogarse. No encontrando una transición oportuna para romper su silencio y explicar el profundo dolor que le causaba pensar que había perdido neciamente una cantidad no pequeña en el juego, que había costado a sus tertulianos en San Ángel con el loable fin de ganarles algo, dijo bruscamente:

—¡Eso logra uno por llamar a su casa a esos peles!

—¿Pues qué ha sucedido, papacito? —preguntó Rosa
 185 a media voz.

—¡Una niñería! Ese Hénkel, que tanto me disgusta, perdió mil onzas la otra noche y tengo yo ahora que lastarlas; y lo peor de todo es que no aparece, se ha escondido.

La joven se puso encendida y vio a Clarita, que estaba frente de ella, como si le suplicara que no juzgase mal de Fernando.

El portero entró en aquel instante y dijo respetuosamente al señor Dávila:

¹⁸⁸ *lastarlas*: “lastar: Pagar algo por otro, con derecho a reintegrarse” (DUE).

—Un señor esta ahí, que insta mucho por ver a usted. 195

—Dígale que no es hora de verme, que esta ya cerrado el escritorio.

—Se le ha dicho eso, pero replica que usted lo ha llamado para esta tarde y que no puede esperar. 200

—Yo no he citado a nadie para esta tarde —contestó don Domingo recapacitando—; dígame que vuelva mañana.

Salió el portero y se oyó, desde el comedor en que estaba la familia, un altercado que pasaba en el corredor entre el criado y el que instaba por ser recibido. 205

—Dígale usted —exclamaba este último— que ha de ser ahora mismo.

—Pero si esta comiendo...

—Yo también comía cuando he recibido su insolente carta y, supuesto que no quiere usted avisar, yo entraré. 210

—¿Quién es ese atrevido? —exclamó el señor Dávila saliendo al corredor.

—¡Yo! —contestó lleno de ira un joven vestido de negro, a quien nuestros lectores conocen ya, pues era Fernando Hénkel—. Yo, que he recibido una carta grosera firmada por usted y que se la vengo a devolver —y se acercó al señor Dávila dándole un papel que éste tiró al suelo con desprecio. 220

Acordándose enseguida don Domingo de la carta fuerte que había firmado poco antes, y apechugando con las consecuencias, gritó:

—¡Eso merece el que pide dinero bajo su honor y se esconde después por no pagar! 225

El joven dio un grito agudo, desgarrador, como si le hubiese sobrevenido algún grave accidente, y se agarró la frente en ademán de contenerse. Algo repuesto de su terrible emoción y con voz ronca, entrecortada por la cólera, respondió: 230

—No ha de ser pequeña la parte que a usted toque en este robo, pues tan implacable se manifiesta... Sáciese, ahí esta el oro que reclama y sea en otra ocasión menos grosero.

235 Al decir esto, arrojó a los pies del señor Dávila un taleguito que tomó de manos de su criado Gregorio, que le acompañaba cargando dos bultos dentro de su zarape. El talego se rompió al chocar con el pavimento del corredor y dejó correr las onzas de oro que contenía, describiendo éstas varios círculos y produciendo un sonido muy
240 fino. Algunas de las lucientes monedas al rodar fueron a tocar los pies de Rosita, que salió con Clara espantadas de aquella cuestión. Al ver tal escena, Rosita lanzó una terrible mirada al joven, mientras éste, que ya había tomado el segundo bulto de mano de Gregorio para arrojarle sobre el viejo, luego que la conoció y sufrió el influjo de aquella mirada en que se pintaba un orgullo infinito, dejó caer sus brazos, aflojó sin sentirlo sus manos, y de
245 entre ellas se deslizó el bulto cayendo a sus propios pies, sin causar más que un sonido confuso.

250 El señor Dávila gritó, se enfureció, vino hasta muy cerca del joven con ademán amenazador; pero éste, silencioso como una estatua, arrancándose con los dedos de la mano izquierda su pequeño bigote y descansando el dedo gordo de la derecha en los botones del chaleco, ni
255 oía, ni quería ver otra cosa que a Rosita.

Ésta logró, al fin, hacer entrar a su padre, y el joven viéndose rodeado de los criados que habían venido a la novedad, se retiró después de haber observado con profundo dolor que Rosita no se había dignado volver a verle, aunque
260 hubiera sido con enojo, cuando se retiró de la escena.

Clara, al notar que se alejaba el joven, dio orden de que recogiesen el dinero, levantó la carta y se la transmitió a Rosita.

242 *espantadas*: Rosita que salió, con Clara, espantada de aquella cuestión.

El señor Dávila, que se creía triunfante por el silencio de Fernando, pronto se restableció de su emoción. 265

—¡Te aseguro —le decía a su hija ya recuperado, aunque todavía apretaba los puños—, que si ese mozalbeta no se ha humillado, hubiera sabido quien soy!

Rosita, que había conocido perfectamente el poder que tenía sobre su amante y que había leído ya el papel que había recogido Clarita, viendo a su padre ya tranquilo, le dijo: 270

—Pero papá, esta carta esta muy desatenta.

—¡Cómo! ¿Tú también? ¡Ésa faltaba! 275

Rosa, sin inmutarse por el enojo de su padre que empezaba de nuevo, le dijo: Tenga usted la bondad de oírla —y leyó:

“Señor don Fernando Hénkel.

“México, septiembre 9 de 1846. 280

“Muy señor mío:

“Es ciertamente una desgracia que no haya usted cubierto su honor, olvidándose que debe diez y seis mil pesos y que yo tendré que satisfacerlos. Más que el pago, me duele considerar que se haya usted mostrado tan indigno de la distinción con que se le ha tratado en casa y que, a la fullería con que se ha manchado, añada una vergonzosa ocultación de su persona y, según me han asegurado, de sus bienes. 285

“Espero, no obstante que, haciendo usted un esfuerzo, pagará en esta misma tarde, siquiera alguna parte de su deuda, para probar que, si hasta ahora no ha sido usted decente, con el tiempo podrá llegar a serlo.” 290

Esta carta, leída con la sonora voz de Rosita un poco alterada y con una grave puntuación, pareció a su padre 295

excesivamente dura e insultante, como efectivamente lo era; pero no sabiendo disculparse noblemente ante su hija, echó la culpa al pobre dependiente que, por no estar presente el encargado de la correspondencia, la había escrito, sujetándose a las prevenciones del amo, quien le había recomendado que pusiese una carta muy fuerte.

300 Olvidando adrede esta recomendación, exclamó:
—¡Oh! Son insoportables los dependientes mexicanos, siempre hacen las cosas al revés. Mañana echaré al escribiente que puso esa carta excediéndose de mis instrucciones.

305 Observando después que habían colocado los dos talegos de oro sobre la mesa que tenía delante, dijo:

—Que lleven ese dinero al almacén y que le den entrada. Rosita —añadió, dirigiéndose a su hija con amabilidad—, esta noche no es de tertulia, ¿no es verdad?

310 —Es de teatro —contestó la joven—, y a fe que es una linda pieza la que van a dar, ¿no, Clara? ¿Cómo se titula?

—*Cora o la sacerdotisa del Sol* —respondió la joven sin tardarse.

315 —La Cañete y Mata hacen en esta pieza su papel admirablemente; ¿no va usted, papacito?

314 *Cora o la sacerdotisa del Sol*: Llama la atención que en ninguna de las obras más completas (*Reseña histórica del teatro en México* de Enrique Olavarría y Ferrari o *Dos siglos de ópera en México* de José Octavio Sosa), que reseñan la actividad operística en México, mencionen esta obra.

316 *Cañete*: María Cañete de Laimón (?-1884). “En mayo [20 de 1884] ocurrió la sentida muerte de una distinguidísima, de una eminente actriz española, a quien en este libro he consagrado muchas páginas, que se honraron con la relación de sus obras y triunfos por pocas actrices superadas en teatros en México. Ese fallecimiento fue el de la insigne María Cañete que, con su talento superior, millones de veces conmovió, con los aplausos arrancados al público, las paredes de los Teatros de los Gallos, Nuevo México, Principal, Nacional y Arbeu. Apenas su primera juventud pasó en España. Su patria de nacimiento; todo el resto de su vida, hasta llegar la ancianidad, lo pasó en México, su patria por elección y por cariño” (*RHT*).

316 *Mata*: Juan de Mata Ibarzábal (1810-1871). Olavarría y Ferrari sentencian lo siguiente: “[...] fue, sin embargo, muy distinguido actor el buen don Juan

—No —contestó el señor Dávila, ladeando un poco la cabeza después de haberla erguido—, tengo un grave negocio. 320

—Yo había convidado a unas amigas mías; con ellas iré, si le parece a usted.

—¿Quiénes son?

Rosita dijo el apellido de sus amigas y su padre, que no las conocía, frunció el entrecejo en señal de disgusto: 325

—Siempre te acompañas tú así, con gente desconocida, de baja esfera...

—No, papá, usted mismo las llevó un día a San Ángel; son las ex marquesas de...

—¡Ah! ¡Ah! Eso es otra cosa; entonces muy bien, vaya usted con sus amigas, las ex marquesas. 330

—¿Le hará a usted falta el coche?

—No, y para mayor seguridad déjame uno de los lacayos, que sabe de cochero, y en caso indispensable se pondrá el nuevo landó, aunque yo deseaba que lo estrenase mi hija. 335

—Gracias, papacito —contestó Rosita dándole un abrazo que el anciano recibió con ternura, besándola en la frente.

de Mata Ibarzábal. Había nacido en Santoña, puerto de la costa de Cantabria, el 8 de febrero de 1810: por trastornos políticos preparatorios para la carrera de abogado; allí conoció al notabilísimo actor don Diego María Garay, de quien tomó lecciones de declamación aplicada a la oratoria, y como al maestro sorprendiese el talento del discípulo, hubo de aconsejarle el cambio del foro jurídico por el foro escénico. [...] Mata se dejó llevar de tales consejos y sus primeros pasos en la carrera cómica le animaron a proseguirla [...] Después de brillantes campañas artísticas en Matanzas y La Habana, Mata fue contratado para México [...] se acreditó como distinguido primer actor, conquistándose el aprecio que jamás le negó el público de México" (RTH).

IV

EL CONCILIÁBULO

SERÍAN LAS NUEVE DE la noche cuando empezaron a entrar en el salón de la casa del señor Dávila unos bultos oscuros que de pronto no era fácil distinguir, porque el alumbrado del corredor intencionalmente se había disminuido. Tocaban la puerta del zaguán los que iban llegando, y la cadena no se destrababa hasta que no daban su tarjeta, la cual era llevada a un dependiente que había en la antesala, y que miraba si el nombre de la tarjeta estaba comprendido en una lista que tenía delante, y si llevaba la contraseña convenida para dar la orden de que abriesen, pues el señor Dávila para nadie estaba en casa y había encargado que respondiesen que había ido al teatro con la señorita. 5 10

Sucesivamente fueron entrando a la sala, que tampoco estaba muy iluminada, dos mayordomos de monjas, gordos, colorados, cincuentenos, gachupín el uno, que había venido a buscar fortuna a la América con la bendición de sus padres y que, gracias a sus mañas, no le había sido esquiva; el otro era mexicano, furibundo demagogo hasta 1833, después del partido de la Iglesia y, como tenía que acreditarse en éste, mostraba una actividad y un entusiasmo contra sus antiguos compañeros llamándoles impíos, 15 20

que edificaba. Llegaron después dos canónigos, acatarra-
 dos, gotosos, seguramente por no trabajar, quejándose del
 25 mal tiempo, aunque el esplendente sol de México no había
 dejado de calentar el aire en todo el día, y no se sentía en
 aquella noche más que una suavísima brisa; uno de ellos
 era inmensamente rico, por cuyo motivo le guardaba el
 otro las más atentas consideraciones.

30 Se presentó también un viejecillo, de bigote crecido,
 tieso, con aire muy marcial, de un físico tan destruido
 que no prometía acabar el año con vida.

Finalmente, el viejo colorado, de tos asmática, que
 vimos en San Ángel en la comida que dio el señor Dá-
 35 vila, entró acompañado de otro personaje que llevaba
 peluca y a cada momento se componía los anteojos en-
 gastados en oro; el semblante de éste era rubicundo, su
 cuerpo grueso, su modo de andar afectado, con la cabeza
 echada para atrás y, por una manía inexplicable en per-
 40 sona tan pretenciosa, no sabiendo qué hacer con sus ma-
 nos, llevaba siempre en una de ellas la mascada extendi-
 da que dejaba caer y ondeaba como bandera. Éste era el
 secretario de aquella junta y también había sido, como el
 mayordomo de que hemos hablado, furioso demagogo,
 45 o como en otro tiempo se decía, “yorquino”. Viéndose
 pobre y sin negocios, pues seguía la carrera del foro, y
 observando que el partido liberal nada tenía que dar, y
 que en el otro daban “tajada”, se dijo a sí mismo: “me
 paso al moro”.

50 Después de recibir cada uno de los concurrentes los
 cumplimientos del señor Dávila, según la categoría de

45 “yorquino”: “Iniciada la República surgieron dos grupos dentro de la masonería por razones políticas, cuya diferencia se basaba en el sistema de gobierno que el país debía adoptar. Los exaltados, que deseaban una República Federal, encabezados por el P. José M. Alpuche, se separaron para formar otro rito con el apoyo de Joel R. Poinset y obtuvieron de la Gran Logia de Nueva York su Carta Patente. Así surgieron los yorquinos, entre cuyos principales miembros estaba Manuel Ramos Arizpe, Ignacio Esteva y el Cor. Antonio Mejía” (DP).

los personajes, abrió la sesión el viejecillo de la tos asmática, diciendo, con una pronunciación rigurosamente española, que encantaba al dueño de la casa, y con una acentuación muy reposada: 55

—Solamente nos faltan dos personas, que no tardaran en venir; aprovecharemos estos momentos, porque según dice el refrán: “El tiempo perdido los santos lo lloran”.

Los circunstantes acercaron sus sillas y se oyó cierto rumor de aprobación que animó al viejecillo. 60

—Me harán ustedes la gracia de recordar que todas las predicciones que hice en la última junta que tuvimos en esta casa se han realizado. El señor Santa Anna ha entrado hoy a México, con don Valentín Gómez Farías, en una carroza, llevando con gran veneración un ejemplar en cartel de la constitución de 1824, remedando los vítores de la Merced. Esto, por ser tan ridículo, no es de importancia; pero lo que sí debe alarmarnos mucho es esa fusión del pueblo y del ejército, porque luego que adviertan los señores liberales que el partido de la Iglesia esta defendido solamente por sus armas espirituales, les darán furiosos ataques. 70

67 *vítores* : El *víctor* o *vítor* “lo formaba un grupo de numerosos hombres, en su mayor parte muchachos, que con banderolas en grandes carrizos de hojas verdes, que llamaban *cañaverales*, recorrían las calles próximas al templo en que había de efectuarse la función titular. Esa bulliciosa agrupación iba delante de un carro engalanado, en cuya testera se veía, bamboleando, la escultura de un santo o de la virgen, rodeada de niños vestidos de ángeles. El objeto de tal *vítor* era el de invitar al vecindario para la compostura de las casas durante las noches del novenario, y para este fin varios individuos iban repartiendo en casas y tiendas invitaciones en versos disparatados e impresos en cuartillas de papel en diversos colores. Las invitaciones eran de este tipo: *De las fiestas son sáinetes / cohetes; / adornan casas y esquina / cortinas y luces [o bien] ¿No hay leña, carbón o cisco? / ¿O vivimos en Ginebra? / ¿O aquí nunca se celebra / a Domingo o a Francisco? / ¿O no somos del aprisco / del Patriarca san José? / ¿O habrá de decirse que / somos no más unos rotos? / ¿O habrán de ser más devotos ellos que nosotros eh?* A la invitación hecha solamente al vecindario, se seguía la recolección de fondos para sufragar el gasto de las funciones de iglesia y de la procesión, o por lo menos para ayuda de ellos” (GARCÍA CUBAS 1986, pp. 285-286).

Los canónigos tosieron y el militar se retorció el bigote. El de la tos asmática continuó:

75 —Nosotros, que antes que todo deseamos morir en la fe católica de nuestros abuelos...

—Ciertamente —dijeron a una voz los mayordomos y el señor Dávila.

80 —...debemos prepararnos a defender la Iglesia, estorbando primero, con cuanta energía nos sea posible, que esta nueva federación se consolide y, en caso necesario, que por desgracia puede ser muy próximo, acudiendo a otras armas que no serán las espirituales.

85 El orador pasó la vista por los concurrentes, pretendiendo adivinar cómo era recibido este grave anuncio de guerra civil, pero nadie respondió. Un silencio de algunos segundos se hizo sentir, el cual fue interrumpido por un toque suave dado en la vidriera de la sala. Salió el señor Dávila con una ligereza de joven, dejando a sus
90 visitas en grande inquietud, y volvió inmediatamente diciendo:

—Dos padres mercedarios están en la puerta del zaguán y pretenden entrar; pero no traen ninguna contraseña.

95 —¡Qué imprudencia de padres! —exclamó el secretario—. ¡Venir en ese traje y sin la contraseña!

—Que entren —dijo el presidente.

100 Efectivamente, dos frailes vestidos de blanco estaban en la puerta de la calle esperando ser admitidos y llamando la atención de algunas gentes del pueblo que pasaban y decían:

—¿Qué andarán haciendo estos frailes? ¿Ésta es la clausura que guardan?

92 *padres mercedarios*: Religiosos pertenecientes a la orden de la Merced; el hábito es como el de los dominicos, pero sin capa negra, pues viste todo de blanco, con el escudo de la orden en el pecho. "Orden religiosa y militar fundada por San Pedro Nolasco, en tiempo del rey don Jaime el Conquistador, cuyo principal objeto era redimir cautivos" (*DUE*).

—¡Clausura! —decía otra voz—, si ninguno vive en el convento. Ya podían dar a los pobres sus celdas, que ellos para nada las necesitan. 105

—Ya se ve —replicó la primera—, para andar revolucionando buenos son ellos; ¿no ves que tocan en la puerta de don Domingo el gachupín?

De esta suerte, aquellas gentes, con ese admirable instinto de que Dios ha dotado al pueblo, adivinaban con sólo el indicio que ofrecían aquellos mercedarios que tocaban de noche a la puerta de un aristócrata, que en aquella casa se tramaba algo contra su sosiego, y manifestaban el modo de poner en paz a aquellos conjurados, diciendo: “¡Ya podían dar a los pobres sus celdas pues para nada los necesitan los religiosos!” O de otra manera más general, pero con el mismo pensamiento: “¡Ya podían darse a los pobres los bienes del clero, pues esto, además de ser eminentemente cristiano, pondría a éste en la imposibilidad de pagar a los eternos trastornadores de la República!” 110 115 120

Luego que entraron a la sala los religiosos, uno de ellos, de mirada astuta, aunque de ojos aviesos y de pronunciación confusa por la celeridad con que pretendía hablar, comenzó a abrazar a todo el mundo, disculpándose de su tardanza; el otro, en quien nadie reparó, se sentó tranquilamente fuera de la rueda que formaban los que escuchaban al de la tos asmática, hasta que fue invitado para acercarse al corro. Restablecido el silencio, continuó el orador: 125 130

—Como ya hemos hablado sobre este mismo punto antes de ahora y se ha reconocido unánimemente la necesidad de poner un coto a los avances de los demagogos que en la actualidad se hallan en el poder, me parece conveniente formular de una manera más precisa los pensamientos en que estamos más de acuerdo para que nos sirvan de regla de conducta. Al efecto, el señor secretario va a leer las proposiciones que hemos redactado, a 135

140 las cuales pueden los señores, que están presentes, hacer las correcciones que gusten.

El secretario dijo una introducción banal y llena de exclamaciones que había estudiado de memoria, destinada a captarse la estimación de los mayordomos y los
145 canónigos; y después leyó:

Primera proposición.

Hacer que los llamados liberales se destruyan, creando al efecto una distinción que marque dos o más banderías entre ellos.

150 Segunda

Atraer a los militares al partido de la religión, haciéndoles creer que los demagogos los han de perseguir siempre y que, si ahora han transigido con ellos, es sólo porque los necesitan.

155 Tercera

Atraerse al general Santa Anna, haciéndole creer que lo que ha hecho es ridículo, lisonjeándole sus pasiones, llamándole grande hombre en todos nuestros periódicos y en lo privado, siempre que se presente la ocasión, y
160 procurar, al mismo tiempo, que los exaltados lo ataquen y que lo traten con desprecio.

Cuarta

Poner un fondo considerable que garantizarán personas respetables a disposición de... (Callamos el nombre
165 de la persona porque desempeñaba un cargo muy elevado en la jerarquía de la Iglesia mexicana) para que, cuando llegue la ocasión, se emplee en pagar a la tropa que se logre convencer, comenzando desde luego por comprar algunos sansculotes que siembren la discordia entre los demás.

169 *sansculotes: sans-culotte*. Nombre que los aristócratas de Francia die-

Quinta

170

La ocasión de que habla la proposición anterior será llegada luego que el congreso, que va a reunirse, o cualquiera de las llamadas autoridades impongan algún préstamo al clero o destierren alguno de sus altos preladados. En tal caso, sólo se esperará para obrar la resolución de... (El mismo personaje de quien se habla en la cuarta proposición.) 175

Sexta

Se comunicarán estas proposiciones en calidad de acuerdos del Directorio central a los directorios de Puebla, Morelia y Guadalajara, encargándoles que, sin pérdida de tiempo, digan cuál es el fondo que tienen disponible y el progreso de sus trabajos; en concepto de que la cantidad por ahora señalada para los de esta capital es de trescientos mil pesos que han garantizado personalmente... (Aquí seguían los nombres de los dos mayordomos y los dos canónigos que estaban presentes.) 180
185

El canónigo rico tomó la palabra enseguida, echó un sermón indigesto contra los impíos y concluyó con esta pregunta: 190

—¿Estará el señor “de” Dávila en disposición de facilitar el fondo indicado?

—¿Cómo? —respondió éste con estupefacción—, yo no tengo ese caudal, y...

—No se necesita todo junto —replicó el canónigo—, usted podría ir dando al reverendo padre que está aquí presente, o por su orden, quince, veinte y, a lo más, trein- 195

ron a los republicanos en 1789. “Significa «sin calzones» y se aplicó al popula-
cho del tiempo de la Revolución Francesa. Según Littré la causa de aplicarles
tal calificativo fue que abolieron la moda de los calzones, que regía antes de la
Revolución, y adoptaron el pantalón largo. Lo cierto es que los excesos revolu-
cionarios dieron a la palabra un mal sentido, equivalente al de descamisado”
(DEA).

200 ta mil pesos, los cuales, desde luego, ganarían el uno por ciento mensual. Ahora la Iglesia está muy pobre y apenas tiene dinero disponible, pero muy pronto habrá y de sobra, porque está ya dado el acuerdo para que se cobren algunos capitales que están vencidos, sólo que esta operación necesita algún tiempo y suma discreción.

205 —Efectivamente —añadió el otro canónigo—, hay que escoger de entre los deudores aquellas personas que, por sus opiniones ya manifestadas, no den seguridades al partido de la Iglesia, para exigirles...

210 —Pero ¿cómo quedo yo asegurado? —repuso tragando saliva el comerciante—; yo tengo necesidad de...

—Muy sencillamente —contestó el canónigo rico—, usted comenzará a dar el dinero cuando yo le avise y no antes; el conducto forzoso para la distribución será el reverendo padre... —y señaló al mercedario que había dado abrazos a todos—; y el dinero que usted ministre comenzará a ganar el uno por ciento inmediatamente, siendo reembolsable a los dos o tres meses.

215 —¿Y con qué garantía? —dijo el señor Dávila entrando resueltamente en el negocio.

220 El canónigo sacó un papel doblado que dio a leer al comerciante. Éste se puso las gafas, lo desdobló, lo vio al revés y al derecho, lo leyó muy despacio y luego le dijo devolviéndolo:

—Muy respetable, ciertamente, pero...

225 —¿Pero qué? —repuso con voz breve el canónigo.

—Yo no presto bajo esa garantía; esas responsabilidades colectivas no me gustan. Buenas firmas, aunque sean pocas; dos me bastarían.

—¿Cuáles?

230 —La del reverendo padre, girando, y la de usted, aceptando, cada vez que se necesite alguna cantidad.

Llegó entonces al canónigo la vez de titubear y dijo:

—¿Yo? ¡Soy muy pobre! Y... además sería hacer una injuria a las respetables personas que suscriben el docu-

mento que usted ha visto. 235

—Ésa puede ser la garantía de usted.

El negocio se aclaró tanto, era tan comercial, que no es extraño que llevara la ventaja “aparente” el de la profesión, por lo que el padre dijo:

—El dinero no se necesita inmediatamente, así es que si llega a ser urgente no echaremos en saco roto la propuesta. Mañana daremos cuenta. 240

—Pero yo necesito aviso anticipado —replicó el comerciante sintiendo un vago terror al considerar el compromiso que había contraído; mas luego se tranquilizó diciéndose a sí mismo: el negocio es excelente, fuera de que yo me detendré donde me convenga. 245

El presidente, que había llevado las cosas hasta donde deseaba y a quien había chocado el silencio e inmovilidad del otro mercedario, para conocer al menos el metal de su voz, dijo, dirigiéndole la palabra: 250

—¿Qué le parece a usted esto, reverendo padre?

Creendo el mercedario de los abrazos que a él se dirigían, respondió:

—A mí, excelente; todo por la gloria de Dios y de su Iglesia. 255

—Le hablaba yo al otro padre —interrumpió el presidente y reiteró la pregunta:

—¿Qué dice usted reverendo padre?

—Que todo esto es muy malo y que Dios lo ha de castigar severamente. 260

A estas palabras dichas con voz grave, clara y solemne como si saliera de un sepulcro, sucedió un profundo silencio que nadie se atrevía a romper, semejante, sin duda, al que debió causar en el festín de Baltasar la prodigiosa aparición de aquella mano que escribió los misteriosos caracteres que anunciaban la ruina de Babilonia. 265

El religioso volvió a quedarse con la misma inmovi-

270 lidad que antes, cubierta su cabeza con su capucha blanca, como si fuese un muerto a quien se diera por un momento la facultad de hablar.

275 Todos los circunstantes se miraron atónitos, cogidos *in fraganti delicto*, y con muda y ansiosa expresión apenas disimulada, demandaban al mercedario de los abrazos cómo había venido aquel hombre a la junta.

—Señores, no tengan cuidado —dijo al fin el padre grave—, es el lego de mi prelado y tiene la manía de chancearse.

280 Inmediatamente se levantaron todos manifestando que no gustaban de aquellas chanzas y se despidieron brevemente del señor Dávila. En la escalera iban diciendo:

—¡Qué imprudencia haber traído a este lego o, más bien, este loco!

285 El padre grave se disculpaba con el viejecito de la tos asmática diciéndole:

—Ya sabe usted que yo no vengo en nombre propio y se ha querido que me acompañase ese hermano, porque el otro compañero que ahora se halla enfermo tiene seguridad de que le referirá cuanto ha pasado. Yo esperaba deshacerme de él, antes de entrar, y por eso he llegado 290 tarde; pero es imposible, ese lego es el diablo.

Pero entonces estamos perdidos, porque ira a referir a todo el mundo lo que ha oído.

295 —A todo el mundo no; aunque le dieran tormento, no revelaría una sola palabra; pero al que debía acompañarme le instruirá de lo que ha visto y oído, pues le tiene una decidida adhesión y posee una prodigiosa memoria; pero en esto no veo inconveniente.

—¡Debió usted habernos advertido!

300 —No tuve tiempo y usted no vio las señas que le hacía; sólo por no faltar a la cita entré con el lego, esperando que habría modo de impedirle que oyese y presenciase...

—Bueno será tomar algunas precauciones para que

no hable, ¿no es verdad, padre?

305

El padre no respondió, porque vio que se acercaba el lego, y dio de codo al presidente, quien, deteniendo el paso con pretexto de su asma, en el descanso de la escalera, para ver con la luz del farol que había allí, la cara del lego; así que pasó éste delante de él por la seña que le hizo el padre grave de que avanzase, dijo para sí, después de haberlo conocido bien:

310

—Es indispensable impedir que hable este hombre. ¡Por desgracia no hay muchos modos de cerrar para siempre una boca! ¡La vida política suele traer crueles necesidades!

315

FRAY GIL SE LLAMABA el lego que hemos visto en la casa del señor Dávila. Era de muy alta estatura, nervudo, de ojos verdes saltones, de frente abultada y de color amarillento. Había sido llevado al convento de la Merced de México desde pequeño, por la prodigiosa memoria de que había dado pruebas, pues siendo niño de doce años, repetía el calendario y respondía sin titubear qué santo correspondía a cualquier día del año que se le preguntase. Acólito al principio, vistió el hábito de mercedario por la protección de un religioso, que lo defendía contra otros que primero se divertían con él haciéndole preguntas extrañas, a las que solía dar soluciones inesperadas, y cuando se enfadaban de la diversión, lo maltrataban. Educado así, entre la caridad de unos y las molestias de otros, se había acostumbrado tanto a creer que en la vida hay una continua disputa entre los buenos y los malos genios, que cuando empezó a estudiar filosofía, porque la gramática latina la despachó en muy pocos meses y vio en el padre Jaquier, por principio de cuentas, la caída de Adán y Eva causada por la serpiente, se fijó para siempre en un sistema de seres buenos y malos, de ángeles rebeldes y sumisos, del principio del bien

5
10
15
20

25 y de la virtud luchando eternamente con el principio del mal y del vicio, que ya nada pudo desarraigar en su ánimo ni modificar esta creencia fundamental. Lógico inflexible, de un talento singularmente profundo, siempre imprudente, imprevisivo, publicaba sin empacho que el imperio del mundo lo dividen, entre sí, Dios y el Diabolo, atribuyendo al primero lo bueno y al segundo lo malo, 30 de manera que era doblemente fatalista.

Fray Gil se dispensaba a sí mismo de creer muchas cosas que un católico, y sobre todo un fraile, debe creer. Su frase favorita cuando cuestionaba era ésta: “Supongamos que es cierto,” y después presentaba terribles argumentos cuya respuesta escuchaba sin replicar jamás. 35 Daba cuanto le pedían y, en cambio, pedía a todo el mundo, siendo todavía lo más notable, que una vez fijada su demanda no había esperanza de hacerlo retirar sin lograrla, porque era implacablemente tenaz; aunque, en obsequio de la verdad, debemos decir que sus pedidos 40 eran por grande necesidad y siempre muy módicos; fuera de este caso, cedía casi en todo a la menor insinuación, y aun sin ella por el gusto de ser agradable; pero en las cosas que negaba una vez era persistente hasta la temeridad, pues se consideraba siempre como un soldado del principio del “bien” y tomaba a su adversario como soldado del principio del “mal”. 45

Para dar una idea, aunque imperfecta de su carácter, referiremos lo que pasó a fray Gil al presentar en su convento el examen de filosofía, que le valió le prohibiesen estudiar teología y recibir órdenes. 50

El sinodal, que era un padre maestro, le preguntó con toda la elación de un doctor, al ver la gran concurrencia que había de padres y coristas de varias órdenes, 55 atraídos por la fama de fray Gil:

—¿Qué quiere decir filosofía?

53 *elación*: “Soberbia o envanecimiento” (DUE).

—Dicen que se compone de dos palabras –contestó con voz clara fray Gil, fijando sobre el réplica sus terribles ojos como si quisieran salirse de las órbitas–, de dos palabras griegas que significan amor a la sabiduría. 60

—¿Cómo es eso de “dicen”? ¿Lo sabe usted o no?

—Padre, yo no sé griego.

—¿Por qué no define usted a la filosofía conforme a su autor: *cognitio rerum naturalium per causas*, (conocimiento de las cosas naturales por sus causas). 65

—Porque el hombre rara vez conoce la naturaleza de las cosas y casi nunca sus causas.

—¿Qué dirá usted de las cosas sobrenaturales?

—Que de éstas conoce mucho menos.

—¿Pues qué es lo que en general sabe el hombre? 70

—Andar, comer, amar, odiar, hacer bien y hacer mal.

Una general y estrepitosa carcajada acogió el fin de esta respuesta, dicha de la manera más imperturbable. El réplica muy amostazado continuó después que se restableció el silencio: 75

—Fray Gil, este acto es muy importante; es necesario que responda usted con seriedad.

—Nunca me río –respondió fray Gil con una impasibilidad pasmosa; y el concurso que ya estaba excitado, viendo que el padre maestro tomaba por su cuenta ponerse en ridículo, continuó por algún tiempo haciendo ruido y gozando la mortificación del doctor con un alborozo creciente. 80

Éste, para salir de aquel aprieto, pensó mover alguna de esas debatidas cuestiones que han ocupado mucho a los teólogos y, olvidando que el examen era de filosofía, preguntó muy erguido, porque en realidad era un controversista consumado: 85

—¿Qué cosa es gracia?

—¡Gracia! –repitió fray Gil, haciendo un gesto y alzando después la cara como quien recuerda; volvió a repetir a media voz–: ¡Gracia! 90

Casualmente había asistido a un acto de borla y en ése se había ofrecido una acalorada cuestión sobre la gracia entre un tomista y un escotista. El lego con su prodigiosa memoria habría podido repetir las innumerables distinciones, definiciones y sutilezas que ofrecen los teólogos al tratar de la gracia; pero había sacado en esta materia, como en muchas, sus particulares conclusiones, por cuyo motivo respondió al fin resueltamente y con voz muy sonora:

—La gracia es nada.

—¡Cómo nada!

—La gracia es todo.

105 —¡Cómo todo!

—La gracia es todo o nada. Dios ha dado por gracia —añadió fray Gil—, la fuerza al elefante, la ligereza al cerro y la fidelidad al perro; para todo se ha necesitado “su gracia”, y a mí me ha hecho la de ser lego, y a usted: padre maestro; pero si se cree que la gracia es una acción particular de Dios, una cosa que da y que quita, que sirve y que no sirve, entonces, unas veces es todo, otras veces es nada.

110 —¿Con que nada, eh? —y dio una fuerte palmada el reverendo sobre la mesa que tenía delante.

115 —¿No sabe usted que la gracia es el don más precioso de la divinidad?

—¿La gracia?, es todo o es nada.

El doctor triunfante dio su definición de gracia diciendo:

120 —Debía usted saber, fray Gil, que la gracia “es una acción particular de Dios sobre las criaturas para hacerlas justas y felices” —y dividió después la gracia en una infinidad de especies: universal, particular, suficiente, insuficiente, eficaz, etcétera, etcétera, por la cual el hombre ya no es libre *in sensu composito*, pero lo es *in sensu diviso*, etcétera, etcétera, etcétera.

125

Fray Gil, simplemente impasible, contestó con su frase favorita:

—Supongamos que eso sea cierto.

—¡Cómo supongamos! —y el doctor casi se puso en pie, pintándose la ira en su rostro. 130

Fray Gil continuó, volviéndose réplica.

—¿Uno que tiene gracia “suficiente” puede condenarse?

—Si resiste a ella y no hay duda alguna, ¡vaya una pregunta! 135

—Luego para el que se condena con gracia suficiente, la gracia es nada; después de esto no dirá su paternidad que sea gran cosa la gracia “insuficiente”. Todavía más en general —añadió fray Gil—, la gracia, viniendo directamente de la Divinidad, debe ser constantemente una misma; pero como su reverencia sostiene que puede uno condenarse a pesar de la gracia, resulta forzosamente esta consecuencia: para el que se salva por la gracia, la gracia es todo; para el que se condena con ella, es nada. 140 145

Aunque el fondo de la cuestión llamaba fuertemente la atención de los frailes, todavía era para ellos más curiosa la manera singularmente fría, desapasionada, con que argumentaba el hermano lego y, como a la vez hacían un precioso contraste los gritos y los gestos del maestro, la concurrencia gozaba como en una comedia y causaba interrupciones prolongadas con su hilaridad. 150

Fray Gil, como hemos dicho, no volvía a replicar después que presentaba su argumento, así es que aunque el doctor dio nuevos golpes en la mesa, dirigiéndole terribles interpelaciones, aquél no pensó en responder hasta que no se moviese otra cuestión menos desgraciada que la de la gracia. 155

El examen ya no siguió adelante por este motivo y los maestros de varias órdenes, a quienes se consultó el caso, fallaron que no se permitiesen a fray Gil estudios mayores, hasta que no sanase de la enfermedad que so- 160

165 lía padecer, pues realmente era cataléptico, la que parecía haberle desarreglado las facultades mentales, insinuando, a la vez, que acaso estaba tocado del demonio, quien únicamente podría haberle insuflado aquellas extrañas opiniones que había manifestado hasta entonces, por lo que recomendaron que después de emplear el agua bendita, la flagelación y los ayunos, se hiciesen algunos esfuerzos que para siempre librasen a su cuerpo y a su pobrecita alma de los terribles efectos de la influencia del inmundo espíritu. Fray Gil fue sometido inmediatamente a un duro régimen y se le amonestó que al hablar del demonio y de la gracia tuviese mayores miramientos; pero el mal físico y moral se aumentó hasta hacerse incurable, en términos que, cuando bajó a verlo a su calabozo toda la comunidad con vela en mano y gran cantidad de agua bendita, porque esperaban los padres ver salir al diablo del cuerpo de aquel precito con su acompañamiento de llamas y olor de azufre, y querían estar a cubierto de cualquier desmán que al mal espíritu le ocurriese causarles, oyeron, con grande admiración, que el lego, en una especie de arrobamiento originado por una fuerte calentura que a la sazón sufría, desde su lecho de tablas, cubierto apenas con su pobre hábito y accionando violentamente con sus descarnados brazos, exclamaba:

185 —¡No hay duda, hermanos míos! ¡Al mundo no le ha bastado el culto de lo verdadero y de lo bueno, no se ha creído bastantemente protegido con el amor de Dios y ha inventado al Diablo como un espíritu de error, de odio y causa de todo lo malo que lucha siempre con el buen principio! Arismane y Orosmane representaban en la imaginación de los persas, hace tres o cuatro mil años, lo mismo que entre nosotros Luzbel y San Miguel, si bien éstos no han dado sino una batalla grande y decisiva en que triunfaron los ángeles fieles y perdieron los rebeldes, y aque-

179 *precito*: “Condenado a las penas del infierno. Réprobo” (*DUE*).

llos las daban diariamente disputándose hacer bien uno y mal otro a los pobres humanos, a semejanza de lo que hoy, según se afirma, hacen los demonios y los ángeles de guarda, que luchan constantemente por ganar almas para su respectivo imperio. Ley tan general ha sido ésta, hermanos míos, que a todos los humanos comprende, y el mismo Dios, cuando bajó al mundo, sufrió ser tentado del demonio, quien tuvo la inesperada avilantez de pedir a la suma virtud, a la infinita bondad de Jesucristo, que rendido le adorase en cambio de no sé qué ciudades prometidas en recompensa. Sin el menor esfuerzo, hermanos míos, se conoce que en este ejemplo hay un símbolo perfecto de la eterna lucha de la verdad y del error, de lo bueno y de lo malo, en cuyo combate la virtud resiste a la persecución y a los halagos, al placer y al dolor...

La comunidad, llena de admiración, dejó al enfermo lentamente, a la vez que comenzaba éste a recitar hincado sobre su lecho, con inimitable fervor, el salmo 97 que comienza: *Cantante Domino canticum novum: quia mirabilia fecit.*¹

Los padres definidores se reunieron para deliberar lo que debían hacer con fray Gil y se suscitó una terrible cuestión entre ellos, porque no faltó quien defendiese que todo lo que hacia y decía, era señal de que estaba poseído del demonio, mientras otros sostuvieron que estaba más bien tocado de la gracia de Dios. El protector de fray Gil, que por fortuna de éste no era muy fuerte en teología, suplicó y obtuvo que se lo entregasen, prometiendo cuidarlo y alimentarlo en calidad de lego. Éste, en justo agradecimiento, le profesaba un cariño entrañable y le prestaba una ciega obediencia en todo lo que no tenía que ver directamente con el bueno y el mal principio, pues ya hemos indicado que era un decidido antagonista de este último.

¹ “Cantad al Señor nuevos himnos, porque ha hecho cosas admirables.” [N. del A.].

VI

EL VIAJE EN DILIGENCIA

POCOS DÍAS DESPUÉS DE las escenas nocturnas que hemos bosquejado, acaecidas en casa del señor Dávila, el fraile y el lego que en ellas se encontraron caminaban en la diligencia para Toluca. Fray Gil, que jamás había salido de México, encontraba un encanto difícil de explicar al recorrer con la vista las pintorescas perspectivas que ofrece este camino. 5

—¡Qué hermosos jardines! —exclamaba al pasar el carruaje por Tacubaya— ¡Qué palacios! ¡Oh! ¡Qué felices deben ser las gentes que habitan en ellos! ¡Qué buenas deben ser! Después se extasiaba mirando desde las lomas que siguen a Tacubaya, a los lados del camino, alguna vega sembrada de maíz, que a fines de septiembre se ostenta en el valle de México, con esa elegancia, con esa perfecta simetría, con esa exquisita belleza propia de dicha planta; o distinguiendo no muy lejos un campo de cebada a medio dorar, inclinadas sus cabezas y sus largas aristas que presentaban a la vista un conjunto como espejo de plata, como un lago en que riela la luz del sol cuando las ondas son suavemente impelidas por las brisas de las cañadas. 10 15 20

El padre grave le miraba al soslayo siniestramente, con sus ojos torcidos, y decía a los compañeros de viaje:

—No extrañen ustedes esa admiración algo estúpida, porque fray Gil nunca ha viajado y, además, como es...

25 Y no se atrevió a concluir la frase, pues iba a decir “es un loco”.

Entre estos pasajeros iban en el carruaje dos señoras, madre e hija; ésta dijo, dirigiéndose al lego:

30 —Padrecito, yo le llamaré a usted la atención sobre algunos lugares hermosísimos que tiene este camino, pues parece que usted no lo conoce.

El lego se sintió dulcemente atraído por aquella voz y contestó con rubor:

—Hermana, no soy padre; soy lego.

35 —Nada importa, admiraremos juntos estos paisajes que siempre me llenan de contento; crea usted que si no fuera por los ladrones, yo siempre estaría viajando.

—Por aquí no hay ladrones —dijo con aire distraído el padre grave.

40 Después, fijando una mirada investigadora y mundanal sobre la joven, satisfecho de tal examen, añadió con cierto aire de protección y de socarronería, componiéndose el hábito y dejando ver en el dedo meñique de su mano izquierda un magnífico solitario:

45 —Nada tema usted, si algo malo amenaza, aquí estoy yo, que aunque nada valgo...

—¡Oh! Mucho —replicó la joven sin haberse apercebido del fuego que empezaba a arder en los ojos del reverendo, y que no era por cierto de amor divino.

50 La joven continuó, dirigiéndose al lego:

—¿Qué dice usted padrecito, tendremos hoy ladrones?

—Yo no sé —respondió cándidamente el lego—; ¿pero qué nos han de hacer?

55 —¿Qué nos han de hacer? ¡Virgen María! Si son buenos ladrones, nos registrarán a todos, harán acostar sobre el suelo boca abajo a los hombres, les quitarán el dinero, y a las señoras nos pedirán nuestras alhajas; si son malos, ¿quién sabe cuanto nos harán?

—Yo, si tuviera, les daría de buena voluntad cuanto trajese. 60

—¿De buena voluntad?

—Sí, pero no tengo nada. Lo que no he de hacer es echarme al suelo boca abajo.

—Lo echarán a usted.

El lego hizo un gesto que significaba la más tranquila y profunda resignación. 65

La joven, que iba gustando de la ingenuidad del lego, continuó sólo por oírle hablar:

—¿Y si ve usted que me hacen bajar los ladrones y tratan de llevarme por ahí? —y señaló el monte que empezaba a ofrecerse a la vista de los viajeros. 70

—¿Usted quiere ir? —preguntó sin malicia el lego.

—¡Jesús me valga! —exclamó la joven, y puso tal gesto de repugnancia, que el padre grave creyó necesario decir, procurando meter alguna baza: 75

—No sea usted pesado, Fray Gil.

Éste no respondió y la joven volvió a preguntarle:

—¿Qué haría usted en ese caso? ¿No rogaría usted siquiera por mí a los ladrones?

—Me pondría delante de usted para que huyese. 80

—¡Oh! Si yo no sé correr, ¡me alcanzarían luego!

—Pues, entonces, no se separe usted del que sea más fuerte de todos nosotros —y recorrió con la vista a los viajeros, sin ver alguno que ofreciese en su físico garantías de gran fortaleza, y continuó diciendo: 85

—Agárrese de mí.

—Nos llevaran a los dos —replicó la joven, no creyéndose segura con la protección de los dos frailes.

Fray Gil dijo entonces, chanceándose acaso por primera vez desde que había salido de la prisión en que lo vimos: 90

—¿Y, si a mí me llevan, que hará usted hermana?

Los viajeros soltaron una carcajada y la joven se puso seria porque se le presentó a la imaginación el es-

95 pectáculo de los ladrones que llegaban y maltrataban a los pasajeros, especialmente al lego, porque se atrevía a defenderla, llevándoselo después a la espesura del bosque para matarlo.

100 El padre grave se apresuró a mudar de conversación, pues desde que habían empezado a hablar de los ladrones, con la terquedad que es costumbre entre los que viajan por nuestros abandonados caminos, no cesaba de toser y hacer gestos de desagrado.

105 La conversación que suscitó fue más divertida, y puede decirse inagotable, porque empezó a tratar de casos raros que le habían ocurrido al salir de noche en México a hacer algunas confesiones, y de aquí pasaron a la relación de espantos que cada uno había oído referir, sin haberlos experimentado jamás. Este último asunto en México, y
110 suponemos que en todas partes, es un zurcido de patrañas que el vulgo cree y trasmite de generación en generación, mezclando siempre algo de limosnas que no se pagaron a la Iglesia, pecados callados, que vienen a decirse en público, en medio de los tormentos del infierno que se hacen
115 visibles para escarmiento de los vivos.

 Fray Gil, entre tanto, se regocijaba con la vista de los prados, de los ganados que había cerca del camino y de los montes que se dibujaban con azul más o menos diáfano según que la niebla iba retirándose en el dilatado horizonte; y decía para sí, al divisar alguna choza de pastores:
120 ¡Viviera yo en el campo! Creo que moriría como un justo, alabando siempre al Señor por sus maravillas.

 Los viajeros llegaron a Cuajimalpa y se apearon con objeto de almorzar y dar algunas paseadas que les volviesen la elasticidad de sus músculos, hasta allí magulla-
125

123 *Cuajimalpa*: “Una de las 13 municipalidades en que quedó dividido el D.F. conforme a la ley de Organización Política y municipal de 1903. [...] El pueblo cab. de la misma se encuentra situado en un lomerío que no deja de darle aspecto pintoresco. Carece de vías de comunicación férreas y está unido á México por una línea telefónica dependiente del Gobierno del Distrito” (*DIGE*).

dos y comprimidos. Todos almorzaron excepto la joven que antes había estado tan parlera y que había entrado en absoluto silencio por la preocupación en que había caído, creyendo indefectible e inmediato el robo.

El viaje continuó y también la conversación de los aparecidos. Cuando el carruaje acabó de vencer la penosa subida que hay antes de llegar al lugar que se llama Las Cruces, la joven acordándose del ofrecimiento que había hecho a Fray Gil, de enseñarle algunos lugares pintorescos del camino, le dijo: 130

—Ahora, padre, ahora vea el valle de México hasta Texcoco. 135

El lego sacó la cabeza por la portezuela y vio efectivamente el más delicioso panorama que puede imaginarse. México rodeado de lagos, con su inmenso caserío, con sus cien torres, especialmente las muy imponentes de la Catedral, que anchurosas como pirámides y de un color parduzco se distinguen a una inmensa distancia, apareció a los ojos del religioso como un sueño, como una ilusión vaporosa. 140 145

El carruaje entró de lleno a la carretera de Las Cruces, a ese lugar célebre en que la independencia tiene un venerable monumento que recuerda a Hidalgo y sus cien mil soldados, a esos redentores de nuestra esclavitud política, a los primeros mártires del progreso de la humanidad en nuestro suelo. 150

La conversación iba languideciendo, porque el padre grave que a cada momento sacaba la cabeza por la portezuela ya no la alimentaba y porque se había hecho contagiosa la preocupación de la joven. De repente se oyen 155

132-133 *Las Cruces*: “Las montañas de las Cruces se ligan: por el Norte por la cordillera de Monte Alto, y por el sur con la serranía de Ajusco, la cual por el Poniente va á unirse por una serie de eminencias con el Nevado de Toluca”.

“En las Cruces tuvo lugar, el martes 30 de Octubre de 1810, la célebre batalla entre los insurgentes mandados por el generalísimo D. Miguel Hicalgo y Costilla, y los realistas al mando de D. Torcuato Trujillo” (*DIGE*).

gritos terribles y tiros al aire; el carruaje se detiene y el padre baja de él rápidamente. Estaban ya los viajeros en poder de los ladrones. Voces amenazantes se hicieron oír inmediatamente en derredor de la diligencia, acompañadas de horribles juramentos:

160

—¡Abajo todo el mundo! –gritó una espantosa voz que dominaba las demás; y los pasajeros, temblando, obedecieron inmediatamente aquella orden, excepto el lego y la joven; ésta porque se había desmayado y el otro

165

porque cuidaba a la que había desfallecido. Cuando los viajeros se apearon, vieron un bulto blanco sobre el suelo que parecía crucificado, y era el padre mercedario que se había echado de bruces abriendo los brazos; imitaron esta postura conforme iban dejando lo que llevaban en

170

los bolsillos en poder de dos hombres de a pie y sin careta que se habían colocado por donde tenían que bajar aquéllos. Los demás ladrones, en número de ocho o diez, bien armados, montados en excelentes caballos y con la cara cubierta, vigilaban la operación.

175

Uno de los de a pie, viendo que el lego no se apeaba, vino muy enojado a decirle:

—*Pagre*, ¿a qué hora te bajas?

Desde luego se conoce que el que así hablaba era un indio infeliz.

180

El lego le miró indiferentemente y le enseñó a la joven desmayada.

El indio, a quien seguramente acababan de sacar del monte, pues traía un hacha filosa con que probablemente rajaba leña, no entendiendo la pantomima del lego, le dijo:

185

—¿No te bajas?, pues yo te bajaré –y alzando el hacha le asestó un golpe al religioso que éste por fortuna pudo evitar haciéndose para atrás, mientras que el hacha quedó clavada en la madera del pesebrón.

190

Al ruido vino el otro ladrón de a pie, que también era hachero, y halló que el lego se había arrojado rápida-

mente sobre su agresor, derribándole por el suelo; inmediatamente el lego hizo frente al otro indio quien, antes que pudiese herirle, había ya perdido el hacha que aquél le arrebató.

195

Este combate atrajo como era natural a los de a caballo, y el lego estaba a punto de ser muerto, pues sólo tenía defendida la espalda con el carruaje, si la Providencia no le hubiera socorrido, porque el capitán de los ladrones, que había presenciado la lucha, arrojó de un salto su caballo sobre el lugar en que pasaba tal escena y con aquella voz de trueno que ya antes se había oído, gritó:

200

—Nadie le toque, es un valiente. —Se acercó enseguida al lego que tenía levantada el hacha, en actitud de suprema defensa, y le pidió aquella arma que en tales manos podía ser verdaderamente terrible.

205

El lego la bajó diciendo:

—Doy el hacha, pero se ha de respetar a esa niña —y señaló a la desmayada joven.

Los viajeros se habían entre tanto incorporado y presenciaban todo lo que pasaba.

210

—Se respetará —contestó el capitán—; pero no hay garantías más que para ella, yo no engaño.

El lego entregó al capitán el hacha que había conquistado, diciendo: Yo no las pido para mí.

215

—¡Juan! —gritó el jefe y salió inmediatamente de la hilera, que formaban los bandidos, un hombrón cubierto como todos ellos con una careta.

—Monta a ese padre en ancas y con otros dos adelantate por el monte; ya sabes.

220

El hombrón hizo con la cabeza una señal afirmativa y se acercó al lego dejándole el estribo para que montara, lo que verificó con mucho trabajo.

—No tenga cuidado padre; la yegua es mansa y aguanta doble carga.

225

—¡Chist! —dijo el capitán, y se calló el bandido Juan que tenía trazas de hablador.

—Todo el mundo deje la ropa –gritó el capitán–, me-
 230 nos la blanca –e hizo seña a dos de los suyos que fueron
 a vigilar el cumplimiento de esta orden marchando él
 mismo paso a paso.

Mientras que se alejaba de la diligencia el capitán,
 uno de los otros ladrones se apeó del caballo dando el
 cabestro a uno de los indígenas y subió al carruaje para
 235 recoger lo que hubiesen dejado los viajeros. Cargado ya
 de algunos objetos, no pudo resistir a la tentación de
 esculcar y robarse lo que pudiera traer la joven desma-
 yada. Ésta, que empezaba a volver en sí, abrió los ojos
 y, al ver delante la horrible figura del bandido a quien
 240 se le había caído la careta, dio espantosos gritos. Al oír-
 los volvió rápidamente el capitán y encontró al bandi-
 do que ponía un pie en el estribo de la diligencia para
 bajar, y le dijo:

—¡No robarás más a quien ya he prometido prote-
 245 ger! ¡Por esto se deshonra la profesión! –y le descargó en
 la cabeza tan furioso tajo con el hacha, que todavía tenía
 en la mano, que le dividió el cráneo en dos pedazos, sal-
 tando los sesos palpitantes.

Después, haciendo una seña a los indígenas que ha-
 250 bían quedado espantados, les dijo:

—Alcen a ese hombre y aprendan a manejar el hacha.

Entre tanto, ya los viajeros habían entregado su ropa
 y recibieron la orden de seguir inmediatamente su ca-
 255 mino. Solamente el padre grave no había perdido cosa
 alguna, y nadie vio que fuese registrado, acaso por ser
 padre o sencillamente porque la orden del capitán había
 sido que no quitaran a los pasajeros la ropa blanca, y el
 padre había cubierto con su hábito los pantalones, que
 era lo único que llevaba de color.

260 Al subir la madre de la joven al carruaje y, cuando
 éste comenzó a andar, la cogió entre sus brazos rogán-
 dola que se tranquilizara porque todo había pasado ya.
 La joven, que no había vuelto a desmayarse, pero que

estaba terriblemente acobardada, pues a su vista había sido muerto el ladrón por su jefe, preguntaba con la mayor ansiedad: 265

—¿Y el padrecito?

—Ustedes lo han visto –contestó el sacerdote con un gesto de pronta resignación–, ¡se lo han llevado al monte! ¡Era tan imprudente fray Gil! 270

Las pobres mujeres, al oír que “era tan imprudente”, comprendieron que en aquel instante corría seguramente un gravísimo riesgo y, recordando la madre de la joven su generosa acción, gracias a la cual ésta se había salvado, empezó a llorar acompañada de su hija, orando fervorosamente por él. 275

274-276 *gracias a la cual está salvado, empezó a llorar acompañada de su hija, orando fervorose habiasamente por él* (en el original por error de formación).

VII

LA NUEVA FILADELFIA

TIEMPO ES YA DE que expliquemos cómo adquirió Fernando el oro que tan ostentosamente fue a arrojar a los pies del padre de Rosita.

Acaso no se habrá olvidado que cuando el padre don Luis iba a subir a la vicaría a comunicar a Fernando de qué manera inesperada era hombre de posibles y que podía prestarle lo necesario para que pagase la deuda que tanto le agobiaba, le asaltó la duda de que los documentos no fueran suficientes; en cuyo caso, el dar a su amigo noticia de lo que le había pasado serviría solamente para hacerle más cruel su situación. 5 10

El vicario, por tal motivo, leyó y releyó la escritura de donación y cuatro libranzas que estaban dentro de ella, por valor de cincuenta mil pesos cada una, pagaderos a cortos plazos, endosadas a su favor y a cargo de don José Claro Cavalier en la segunda calle de la Monterilla número 3. Faltaba en la escritura solamente la aceptación 15

16 *calle de la Monterilla*: “Los agustinos dieron nombre a las *calles que iban al monasterio de San Agustín*, después 1ª y 2ª de la Monterilla, por los *alcaldes de montera* que asistían al Ayuntamiento y cuyas oficinas estaban en la 1ª de estas calles que son hoy las *del 5 de Febrero*” (*CdeM*).

20 y para manifestarla se le concedía el término de toda su vida. Lleno de contento subió a ver a su amigo, quien ya le esperaba con impaciencia, y desde la puerta de la sala le alargó las libranzas preguntándole:

—Dime, Fernando, ¿son buenas estas letras?

Éste las examinó cuidadosamente y, devolviéndolas, contestó:

25 —Yo puedo decirte que ésta es la firma de don José Claro Cavalier, banquero que vive en la segunda de la Monterilla y que allí no se hace aguardar al que cobra. ¡Pero tanto dinero a tu orden!

30 —Eso es —dijo el vicario chanceándose—. ¡Ya un pobre no puede tener cuatro tlacos!

—¿Cómo cuatro tlacos? ¡Doscientos mil pesos! —y volvió a leer las libranzas.

—Vamos, Fernando, tú sabes más que yo de dineros; ¿qué se puede hacer con estos doscientos mil pesos?

35 —¿Pero son tuyos?

—Lee esa escritura.

Fernando leyó la escritura y luego dijo, recapitando:

40 —Una pura y simple donación para cuya aceptación tienes toda tu vida, autorizada por tres escribanos, con sus firmas y signos.

—¿Qué dices, acepto?

—¿Y me lo preguntas?

—¡Pues no te lo he de preguntar!

45 —¿Tiene esta donación alguna condición privada que sea difícil de llenar?

—Júzgala, el donante me ha dicho en esta tarde las siguientes palabras, que se me han gravado profundamente: “Ha habido hasta ahora tantas ricas donaciones

30 *tlacos*: “Tlaco. (Voz azt. que significa medio, mitad.) m. Octava parte del real columnario, o mitad de la antigua cuartilla. Moneda ínfima que se usó mucho en el país en la época colonial y aún algún tiempo después, por valor liberatorio de centavo y medio (Parece que también hubo una moneda azteca de igual nombre)” (DM).

destinadas a alimentar la soberbia y la vanidad, como los mayorazgos o a entretener el ocio y consiguientemente el vicio, como las capellanías y las prebendas, que me ha ocurrido como un medio de expiación por lo poco o mucho de mal habido que pueda tener mi capital, entregárselo a usted, a fin de que lo emplee si no halla otra cosa mejor, en reunir algunas familias necesitadas para que, ejercitando sus respectivas industrias, seguras de que no les faltará lo necesario para la subsistencia, vivan como los primeros cristianos entre quienes eran los bienes comunes.” ¿Te parece fácil de cumplir esta condición?

—¡Cáspita! Quiere decir que eso no es tuyo y que sólo vas a tener obligaciones que cumplir.

—Así es la verdad.

Los dos amigos se quedaron pensativos por algunos momentos, profundizando cada uno su respectivo pensamiento.

—Tú, tan generoso, tan caritativo, tan cristiano, en fin —dijo Fernando—, ¿has podido vacilar?

—Sin ser todo eso que dices, pues solamente procuro cumplir mis obligaciones como ministro del Señor, te confesaré francamente que vacilé al principio, pero al fin acepté.

—Era seguro.

—Ahora que sabes la condición privada, responde a mi primera pregunta: ¿qué puede hacerse con ese dinero?

—En primer lugar, comprar una casa para reunir esas familias necesitadas de que te habló el donante; ¿no te parece?

—¿Comprar la casa? No, construirla. En todo lo que hasta ahora se ha edificado, se ha llevado la idea del aislamiento, de la rivalidad entre las familias aun de hermanos y, para nuestro objeto, es necesario hacer precisamente todo lo contrario: reunir con discreción y por medio de los lazos de la simpatía y de la utilidad común a las

85 gentes que quieran seguirnos. Y digo seguirnos porque cuento que me prestarás tu inteligente cooperación.

—Sí, iré contigo, te auxiliaré, aplicaré a la obra mis escasos conocimientos. No sé por qué me siento tan consolado desde que he penetrado bien tu pensamiento, y hasta mi maldita deuda me agobia menos. Mañana mismo marcharé a México, buscaré a mi acreedor, le entregaré lo que tengo mío, todo absolutamente, y daré en comisión la maquinaria que tengo encargada, y quedo desde entonces a tu disposición.

95 —¡Qué bueno eres, Fernando! ¡Tu excelente corazón y tu probidad te hacen formar esa resolución heroica para pagar tu deuda; pero no te apures, yo he encontrado medio de que sin que te cause humillación el recibir de mí un favor, o más bien de la Divina Providencia, y sin que yo falte a los deberes que he contraído aceptando la donación, pagues lo que debes.

—¿Será cierto? ¿Y cómo, Luis?

—¿No tienes maquinaria?

—Sí.

105 —¿No podemos aprovecharla, así como tus conocimientos en esta nueva empresa?

—Pero, de lo que tengo, ¿qué cosa puedes necesitar? —dijo Fernando, pronunciando como si leyese en un catálogo los nombres de algunas máquinas e instrumentos que visiblemente no eran aceptables; luego añadió: ¿quieres un molino de papel en que pueden trabajar muchachos?

—Sí.

115 —¿Los útiles de una fábrica de plumas de acero, en que los obreros pueden ser todos mujeres?

—¡Magnífico!

—¿Máquinas para cardar e hilar lana?

—Precisamente.

—¡Pues, gracias a Dios, me he salvado! —y como si no pudiese soportar Fernando solo tanta dicha, exclamó—: ¡Abrazame, amigo mío! Ángel que Dios ha puesto en mi camino para que no me pierda, mándame, indícame cuanto quieras que yo haga y lo cumpliré al punto, pues me bastará seguir tu huella luminosa. 120

El padre don Luis no estorbó aquella efusión, porque gozaba un placer inefable, viendo que volvía la esperanza, la vida y la energía a aquel corazón antes tan abatido. 125

La cena, que a poco fueron a ofrecerles, se pasó en medio de la mayor alegría, combinando cuidadosamente los dos amigos el plan de la grande obra que tenían entre manos, que, como nueva absolutamente para ellos, requería muchas enmiendas y cuidadosas previsiones. 130

Al volver de la cena, le decía Luis a Fernando:

—Mira, vamos escribiendo lo que acordemos, porque de lo contrario todo se nos irá en hablar y nada de provecho llegaremos a hacer. 135

Fernando tomó inmediatamente la pluma con que en días anteriores había estado escribiendo por ayudar a su amigo las partidas de casamiento y de bautismo, y se colocó sobre la mesa de la pobre carpetita verde, de que ya hemos hablado, en actitud de mero escribiente. 140

—¿Cómo me dijiste que ha de llamarse la colonia? —preguntó el vicario—; me agradó el nombre por su sonido eufónico y todavía más por su significado. 145

—La Nueva *Filadelfia*, como si dijéramos: la “Amistad Fraternal”.

146 Resulta inevitable establecer la asociación del nombre de “La Nueva Filadelfia” con la referencia bíblica de La Nueva Jerusalen (Ap. 21 9 y sigs.); además es curioso cómo la distribución de la Nueva Filadelfia es muy semejante en la descripción de su diseño, ya que es muy específica tal y como se describe en la biblia.

También se asocia a la denominación de La Nueva Armonía, falansterio fundado por Robert Owen en Texas hacia 1828 (*vid.* RAMA 1977, p. LIII).

—Bien, muy bien; dirán algunos que es algo pretencioso el tomar el nombre de una ciudad populosa, para una reunión de pocas familias; pero no importa, principio quieren las cosas. Escribe:

“PLAN DE LA NUEVA FILADELFIA
O SEA COLONIA DE LA FRATERNIDAD”

Fernando escribió rápidamente.
El padre don Luis continuó dictando:

155 “La primera línea de habitaciones se establecerá formando un círculo de una legua de circunferencia, de lo que debe resultar que cada una de ellas distará del centro...” ¿Cuántas varas me dijiste?

160 —Tomando la relación entre la circunferencia y el diámetro de veintidós a siete que es la fracción de Arquímedes, el radio de una circunferencia de cinco mil varas corresponde a una extensión lineal de setecientas noventa y cinco varas, es decir, que andarán los trabajadores de las fábricas que deben ponerse en el centro y los niños que vayan a la escuela como tres grandes cuadras de México. Pero no anticipemos —se dijo a sí mismo Fernando y escribió enseguida:

165 “Cada una de las habitaciones de la primera línea distará del centro unas setecientas noventa y cinco varas.

170 “Dicha primera línea de casas no será construida hasta que la Nueva Filadelfia llegue a cierto grado de prosperidad, y será solamente al principio una zanja de mediana profundidad, y de ancho suficiente para impedir que la salven los toros y caballos, dejando cuatro entradas hacia los vientos cardinales, con puertas sólidamente adheridas a unos arcos, junto a los cuales se construirán dos habitaciones para que en ellos vivan los encargados de cerrarlas.

175 “A la mitad de la distancia que esta primera línea debe tener del centro, es decir, a las trescientas noventa y

180

siete varas, se formará la segunda línea de casas que desde luego tendrá efecto, formando una circunferencia...”
 ¿De cuánto?

—De dos mil quinientas varas. 185

El vicario siguió dictando:

“Dando a cada casita diez varas de frente, para que tengan sala y recámara, saldrán en las dos mil quinientas varas de la segunda línea, doscientas cincuenta habitaciones.” 190

—Habíamos hablado que para comenzar llevaríamos solamente cien familias —observó Fernando— con doscientas cincuenta subirá mucho el gasto.

—Después harás la reducción proporcional.

“Doscientas casitas de adobe, de diez varas de frente, seis de fondo y cinco de alto, que formen salita y recámara, divididas por un tabique, de manera que la recámara tenga cuatro varas de frente y la salita seis, la primera con una ventana que dé al campo y la segunda con puerta hacia las oficinas centrales, con cimientto de piedra y cubierta de teja; calculando una con otra en cien pesos, costarán veinticinco mil.” 195

—Es decir —observó Fernando después de escribir—, que el gasto de las habitaciones para cien familias será de diez mil pesos. 200

El padre don Luis continuó dictando:

“En el centro de la circunferencia formada por las casitas, se construirán jacalones que gradualmente irán sustituyéndose con elegantes y sólidos edificios destinados: 205

1° Para templo cristiano. 210

2° Escuela que alternativamente servirá para niños y adultos.

3° Para cuidar de los infantes que no puedan acompañar a las madres al campo o a los talleres sin estorbarles mucho su trabajo. 215

4° Para refectorio y cocina de la comunidad.

5° Para las diversas fábricas que se establezcan.

220 6° Para que se reúnan de noche, después de la cena, las familias, que buenamente quieran, a cantar, bailar, platicar, representar comedias, etcétera, etcétera. Este edificio será de grande extensión y, después del templo y la escuela, el que reciba las mejoras de mayor consideración, según los fondos de que se logre disponer.

225 7° Habitaciones para el director, el capellán, el preceptor de los niños y adultos, el médico y el maquinista.”

—¡Bravo! –gritó Fernando al acabar de escribir lo que precede–; ya tengo allí lugar. ¿Cuánto señalamos para los jacalones centrales?

230 “Tiempo vendrá en que tales edificios puedan ser un modelo de perfección arquitectónica, gastándose en ellos cuanto sea necesario para la belleza, la solidez y la comodidad; pero al comenzar debe uno limitarse a lo que de pronto es absolutamente indispensable y, por tanto, yo señalaría para ellos diez mil pesos.”

235 —Tenemos gastados veinte mil pesos –dijo Fernando, y luego preguntó: ¿cuál ha de ser la total extensión de terreno para establecer la Nueva Filadelfia?

240 —Debe buscarse una de esas dichosas localidades en que tanto abunda nuestra patria que, situadas en temperatura templada, tienen cerca por diferentes lados la temperatura fría y la caliente.

245 —Yo conozco algunas –dijo Fernando–, muy ventajosamente colocadas; Tenancingo, por ejemplo, que tiene a corta distancia el pino y el encino de las temperaturas frías en los montes que lo defienden por el lado del norte; en varias llanadas, que le cercan por los otros rumbos, produce muy buen maíz, excelente trigo en las haciendas de la Tenería, Tlapizalco y Santa Ana; y a tres leguas al oriente, bajando la cuesta de Malinalco, tiene los frutos tropicales, como naranjas, plátanos, café, algodón y caña de azúcar. Una cosa semejante sucede en Zacualpan de Amilpas, en Zacatlán de las Manzanas y, para no cansarte, en todas las cañadas que se atraviesan al bajar

250

la meseta central de nuestra República. Tienes, pues, de pronto los tres lugares que te he nombrado, con terrenos muy adecuados para el proyecto, sin necesidad de recorrer grandes distancias, porque de todos ellos no dista, el que más, cuarenta leguas de la capital de la República. 255

—Pero en esos lugares vale mucho la propiedad; ¿cuánto costaría, por ejemplo, la primera hacienda que has nombrado hace poco? 260

—La Tenería debe valer de sesenta a ochenta mil pesos; pero podrían adquirirse las otras en menor cantidad y todas tienen una grande extensión de excelente terreno.

—Mira, Fernando, además de buscar la baratura, creo que es necesario alejar a nuestros trabajadores de esos grandes centros de población en que hay tantos vicios, porque si nos establecemos frente a frente de ellos, además de que fácilmente nos perjudicarían arrojándonos sus vagos y sus ladrones, también nos tendrían ojeriza y nos tratarían con rigor, a pretexto de que somos demasiado atrevidos en querer mejorar la condición de los pobres y dar lecciones de virtud. Vámonos lejos, muy lejos, donde ni siquiera se sospeche que haya un germen de nueva vida, para que cuando las eternas rivalidades en que la actual sociedad agota sus fuerzas pretendan perjudicarnos, más bien nos aprovechen. En otras naciones es una seria dificultad, aun para los filántropos más fervientes y llenos de recursos, proporcionarse una considerable extensión de terreno en buen clima y con variadas producciones, por la concentración de la propiedad relativamente a las necesidades de la población; pero en nuestra patria, en esta tierra de bendición que casi no conoce invierno en sus doscientas mil leguas cuadradas,¹ y 270

275
280

1 Téngase presente que en la época a que se refiere esta conversación, aún no habíamos perdido definitivamente a Texas, ni la muy considerable extensión de terreno que vendió Santa Anna a los Estados Unidos por el famoso tratado de la Mesilla. Según Malte-Brun, al hacerse nuestra independencia,

285 en que únicamente faltan hombres inteligentes y morali-
zados que la hagan producir, la adquisición de cuatro le-
guas cuadradas, por ejemplo, de un terreno virgen, hacia
el interior, por los Estados de San Luis, Zacatecas, Jalisco,
290 cuestan mil veces menos y son de una suprema calidad
respecto de lo que puedan ofrecer de mejor la España, la
Francia y la misma Italia.

—Oye, Luis —dijo Fernando como saliendo de una
grave consideración—. Veo que por momentos va cre-
ciendo la importancia de tu proyecto...

295 —¿Y por qué no dices de “nuestro” proyecto? Yo te
asocio a él, no solamente como amigo, sino como sos-
tén. Tú eres el hombre de conocimientos prácticos, yo
nada sé; y te aseguro que si no hubiera estado cierto de
tu cooperación, no habría aceptado el encargo que me ha
300 hecho el reverendo franciscano.

—Pues a fe que me has dejado admirado al mostrar
los conocimientos exactos y profundos que parece te
guían al redactar nuestro proyecto, como si este asunto
te hubiese ocupado desde antes.

305 —No te negaré que hace mucho tiempo cavilo idean-
do el modo de mejorar la suerte de los trabajadores pobres;
pero como hasta ahora yo he sido un obrero de los más in-
significantes en la viña del Señor, no esperaba ver realiza-
das algunas de mis fervientes esperanzas. Ahora que por
310 esta donación entro al terreno de la práctica, conozco por
propia experiencia las graves dificultades de la empresa y
me asalta una terrible ansiedad, al pensar que si, por la
mala dirección que yo le dé o por falta de suficientes previ-
siones, se llega a desgraciar, mi patria verá esterilizarse en
315 su seno la única semilla de esperanza que a mi entender

teníamos doscientas diez mil leguas cuadradas, ahora nos quedarán apenas cien mil. Solamente, en el tratado que hizo Santa Anna en 1853, perdimos más de cinco mil leguas cuadradas, fuera de la Mesilla; es decir, como cuatro veces el territorio de la Bélgica [N. del A.].

existe para la mejora radical de la actual civilización que me parece hallarse como los sepulcros blanqueados de que nos habla el Salvador.

Verdad es que la humanidad da siempre pasos vacilantes, inciertos, pero tenazmente dirigidos a su propia mejora, y que lo que unos proyectan imperfectamente, otros lo corrigen al ejecutarlo, por lo que cobro ánimo y me siento fuerte ante la terrible consideración del mal éxito. Sembremos esa preciosa semilla que acaso ha sido reservada para que germine en la América, pues Dios ha querido, tal vez, que, cuando la civilización que brotó de la anunciación del Evangelio se malease con la liga que tiene de intereses que ya no son cristianos, el mundo nuevo ofreciese su seno virgen para que las verdaderas consoladoras del género humano echasen raíces profundas e imperecederas que levanten, vigoricen y depuren a esas generaciones nacidas en medio de tradiciones visiblemente falseadas, realizando un porvenir de dicha, velado ahora por toda clase de tiranías. Tengamos valor para romper este velo, que por fortuna es ya algo transparente para todo el mundo, sin temor de quedarnos solos, pues nos basta estar armados de la verdadera doctrina evangélica y con la vista y la esperanza fijas en Dios.

Fernando no respondió, abismado en una profunda preocupación: su alma hasta entonces repleta de amargura por las humillaciones que había sufrido en toda su vida, no miraba a la sociedad, sino por el lado malo, por sus injusticias; y aquella nueva doctrina, sencilla y verdaderamente cristiana, le había bañado como un suave rocío que cayese sobre un terreno abrasado por el sol tro-

317 *sepulcros blanqueados*: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mt. 23 27).

pical. Absorbió, pues, aquel rocío y volvió a su anterior ceguedad, solamente que se sintió más excitado, furioso contra la sociedad que con tanta dureza le había tratado así como a los suyos, cuando hubiera podido, hubiera debido hacer su suerte más soportable.

El vicario le dejó sumergido en aquella meditación, mientras que buscó una nueva vela de cera que enseguida encendió y colocó en el candelero, y se puso a pasear por la sala; Fernando, con los codos sobre la mesa y la cabeza sobre las manos, continuaba penosamente distraído.

Después de algún tiempo vino a sacarle de su arro- bamiento la voz suave del vicario que le repetía esta pregunta:

—¿Conviene en que pongamos la Nueva Filadelfia lejos de México, allá en algunos de nuestros estados del interior?

—Estoy enteramente de acuerdo —dijo Fernando, procurando vencer su preocupación—; ¿qué cantidad apartamos para comprar el terreno?

El padre respondió y Fernando continuó escribiendo: “Cuatro leguas cuadradas, por ejemplo, en cualquiera de nuestros estados de San Luis, Zacatecas o Jalisco, que tengan las felices condiciones expresadas y que costarán a lo más cuarenta o cincuenta mil pesos, bastarían para todas las faenas de una colonia de quinientas familias.”

Después dijo el vicario:

—Lo relativo a las máquinas, díctalo y escríbelo.

Fernando escribió leyendo según escribía:

“Un molino mediano para fabricar papel por medio de muchachos y de mujeres, a precio de factura, sin comisiones ni gasto para ponerlo en corriente: seis mil pesos. La maquinaria de fabricar plumas por medio de mujeres: diez mil. Las cardas para lana, los malacates para hilarla y los telares para tejerla: tres mil.

“Si el fondo llega a ser suficiente, una máquina para despepitar algodón y otras para hilarlo y tejerlo.”

—¿Tenemos, pues, de primeros gastos? —preguntó el vicario.

Fernando formó un resumen y leyó: 385

RESUMEN DE LOS PRIMEROS GASTOS MÁS NOTABLES

Habitaciones rústicas para cien familias	\$ 10,000	
Edificios centrales	\$ 10,000	
Cuatro leguas cuadradas de buen terreno en alguno de nuestros casi desiertos		390
estados del interior	\$ 40,000	
Maquinaria a precio de factura para hacer papel, plumas de acero y frazadas, con la economía de no pagar al maquinista	\$ 19,000	
	\$ 79,000	395

—Nos quedan —dijo el vicario— ciento veintiún mil pesos, para transporte de trabajadores y de las máquinas, compra de semillas y de animales, mueblaje de las habitaciones, herramientas y, en fin, para gastos de subsistencia de toda la colonia mientras que se obtienen las primeras cosechas y puede remitirse el sobrante de ellas, así como las plumas, el papel y los zarapes a las poblaciones inmediatas para su consumo. 400

—Me parece que tanto en el gasto de las habitaciones como en el de las oficinas andamos escasos. 405

—Tú olvidas una cosa esencial —repuso el vicario—; y es que “el poder de la asociación íntima, del trabajo en común, voluntario, entusiasta y fecundo, debe hacerse sentir desde el primer día. Allí no tendremos operarios a quienes sea necesario espiar, regañar, ni mucho menos maltratar, para que cumplan su deber: los más activos estimularán a los perezosos y el que no se sienta capaz de emulación saldrá inmediatamente de la asociación, porque sería el zángano que robara la miel de las abejas. Además, las prodigiosas economías que vamos desde 410 415

luego a alcanzar, ni comprenderse pueden ahora en toda su extensión: nosotros fabricaremos teja, buena y barata, haremos adobes y ladrillos, arrancaremos laja y si encontramos en nuestro terreno piedra caliza la quemaremos; 420 tendremos madera abundantemente en un monte cercano, pues es condición esencial para nuestro establecimiento; y la mano de obra se pagará parcialmente, dando desde luego comida sana, abundante y bien condimentada a los colonos; y al fin del año, después de recogidos 425 los frutos en común, cuidados en común y vendidos en provecho de todos, se hará la liquidación general, y cada familia sabrá el ahorro que ha conseguido, el cual ganará, desde luego, un módico y seguro interés.”

—¡Cuántas fuerzas perdidas! —Exclamó Fernando 430 con su idea siempre fija de acriminar a la sociedad por el mal que hace o permite y el bien que ha dejado de hacer. ¡Cuántos afanes que se esterilizan, cuántas vidas que se gastan en el orden, o más bien en el desorden actual, en ese eterno antagonismo de individuos, de clases y aun de 435 pueblos, cuyo término es siempre el aniquilamiento, más o menos absoluto, del que no logra preponderar!

¡A todo ser viviente —continuó— comprende la ley inmutable del antagonismo y, para que no se escapasen de ella las naturalezas incorpóreas, hemos prestado a los ángeles 440 nuestras rivalidades y, a los dioses, nuestras pasiones. Esta ley impera sobre el arbusto cuya sombra mata al liquen; sobre el árbol que seca al arbusto que está bajo su pie; sobre el pez que vive de las lombrices y de los moluscos, como la araña de las moscas, para perecer después 445 por la voracidad de otros animales de especie superior o por los combates de los individuos de su misma especie: sobre la paloma que sucumbe en la garra del gavilán y que no puede vivir en paz con sus compañeras y llena de furia se bate con ellas por hambre, por celos y, a veces, 450 por nada. El antagonismo es más ardiente, más impetuoso e implacable, cuanto más elevados son los instintos: el

gallo, el perro y el caballo no pueden vivir entre varios individuos de su especie sin que se establezca entre ellos el dominio del más fuerte o del más orgulloso!

¿Y el hombre? –se preguntó a sí mismo Fernando–; 455
 nace en el antagonismo como en su natural elemento; se desarrolla con la emulación y vive siempre excitado alternativamente por el amor y el odio; el amor para sí mismo y para lo suyo, y el odio para todo lo que se le opone, para todo lo que le limita y no le pertenece; su ley es la expansión y cuanto le estorba le irrita; su destino es luchar para 460
 gozar con el triunfo o para llorar su impotencia...

—Escúchame, Fernando –interrumpió el vicario–, los animales que no se ayudan, que se aíslan, tienen ciertamente una vida miserable; pero los que se asocian gozan 465
 respectivamente una vida dichosa, que bien pudiera servirnos de ejemplo que imitar, como el de las hormigas y el de las abejas. El antagonismo de que hablas parece ser un resorte universal y poderoso entre todos los seres sensibles, al que la divinidad ha librado la conservación de las especies y la mejora de los individuos; y si entre los hombres produce la injusticia y la opresión, es porque hasta ahora ha sido impulsado ciegamente por el mero instinto animal; es necesario, pues, que lo contenga, lo dirija y lo 470
 ilustre la razón. Hasta hoy se ha aplicado a la destrucción que origina el odio; es preciso forzarlo a que sea reparador y benéfico, que recoja todas las fuerzas que se pierdan aisladas, que las concentre para vencer más fácilmente las resistencias de la naturaleza y para alcanzar de ella frutos más abundantes, haciendo gozar el mayor bien posible a 480
 la humanidad toda entera. Tal me parece que es el objeto que se afana por conseguir la sociedad, aunque hasta ahora con poco suceso y muy lentamente.

—¿La sociedad? –replicó Fernando– ha errado miserablemente los medios. ¿No ves que excita a sus hijos a 485
 una pugna sin tregua desde chiquillos? Les enseña primero a rivalizar en la escuela y en el taller, en los juegos

y en los trabajos serios. El mejor de los hombres, según ella, se anuncia dominando luego a sus hermanos, y esta disposición natural se aplaude, se exalta, sin cuidar de encaminarla rectamente.

En las cátedras hay uno que tiene el primer lugar; en la lucha hay otro que queda siempre encima de sus compañeros; pero nadie se acuerda de inculcarles que aquel poder que Dios les da, moral o físico, debe aplicarse al bien de sus semejantes y que debe guiarse en todo por el amor a los desgraciados y por una estricta justicia. Después en el trato de los hombres, cuando ya es grande, el que antes fue niño mimado, si se dedica al comercio, por ejemplo, ¡como es más vivo, más inteligente y atrevido!, arruina a sus vecinos y esto es lo que se llama un hombre que sabe hacer su negocio, y éste es a quien la sociedad honra y considera, siendo seguro que en cualquiera asunto en que tenga participio, sabiendo por experiencia propia que el éxito lo justifica todo, hará cuanto pueda traerle utilidad, sin acordarse de que hay leyes de Dios que le mandan evitar lo injusto. No hay camino alguno de subsistencia que para recorrerse no exija vencer primero la rivalidad, para ser después objeto de odio; pero esto no interesa, entre ser gavilán o paloma nadie vacila, mientras la elección le es posible. Apoderarse por asalto o por traición, a viva fuerza o con astucia, de los mejores puestos del orden social, de aquellos en que se gana más y se trabaja menos, es toda la ciencia de vivir con felicidad en este mundo.

—Para evitar hasta donde es posible los abusos, las violencias y las injusticias —repuso el vicario— se han establecido los gobiernos. A éstos corresponde buscar, alentar y premiar esos talentos que por modestia se ocultan y que se retraen de esa lucha encarnizada que confieso ser cierta pero que comúnmente es menos irracional conforme va extendiéndose el benéfico influjo de la civilización.

Compara los tiempos antiguos y los modernos y verás qué inmensa diferencia; esperemos pues que los que se ponen al frente de las naciones sepan preparar gradualmente ese movimiento que ya se anuncia por todas partes y que me admira ciertamente que la humanidad no haya producido mucho antes, en contra de todos los que se han atrevido a oprimirla, haciendo sobre sí misma un esfuerzo que la purifique de tantas manchas que en vano procura ocultar y que extirpe tantos monstruos a quienes ha abrigado hasta ahora en su seno como a sus hijos predilectos.

—Yo espero muy poco o nada bueno de los hombres políticos —dijo con profunda tristeza Fernando—. Los gobiernos son en cada pueblo respecto de las luchas en que se debatan sordamente los intereses dominantes, lo que el “veedor” en las carreras, lo que el “asentista” en los gallos; sirven sólo para marcar estúpidamente quién pasó primero la meta o a quién faltaron primero las fuerzas en el combate. Representantes no de la “mayoría” ni de la “minoría”, sino de los intereses dominantes buenos o malos, sin discernir los justos de los injustos, tanto asistieron los hombres de Estado al circo con los emperadores romanos para ver cómo morían los verdaderos cristianos devorados por las fieras, como a los juicios de Dios en la Edad Media, como a los actos de fe en que antes se quemaba a los herejes por amor de Cristo. El gobierno es el que destierra o hace beber la cicuta a los buenos ciudadanos en Atenas y es el que se presenta a presidir los juegos olímpicos inventados en honor de dioses, también inventados, pero cuyos sacerdotes dominaban. ¿Qué hay pues que esperar de la actual organización de la sociedad ni de los gobiernos, cuando en medio de la tan elogiada civilización presente miro yo a mis hermanos los indígenas de este suelo, abandonados a su propia miseria y a la voracidad de sus amos? Yo no puedo esperar que tan desgraciada situación mejore, cuando observo que en to-

560 das las naciones, aun las que a sí mismas se llaman ilustradas, hay algunas clases infortunadas que soportan el peso todo de la sociedad. ¡Rusia, con sus parias y su horroroso despotismo; los Estados Unidos con sus esclavos y su mentida libertad, hacen lo mismo que la Inglaterra en las Indias, que la Francia en la África, que la España en Cuba y que México con los infelices indígenas!

565 —Tú calumnias a nuestra patria —dijo con voz firme el vicario—; porque, desde que se rige por sí misma, jamás ha hecho con ninguna de sus razas lo que esas naciones que acabas de mencionar.

570 —Dices que la calumnio —contestó Fernando con amarga sonrisa—, porque no puedes comprender todas las humillaciones que tiene que sufrir un indio luego que hace un esfuerzo para salir de la esfera en que se encuentran los demás. No las comprendes porque tú has pasado en medio de esta sociedad maldita, con tus cabellos rubios y tus ojos azules como con un salvoconducto, y no has sentido ese hierro encendido que quema nuestras orejas cuando llega hasta ellas esta voz acompañada de algún signo despreciativo: ¡Es un indio!, como quien dice: ¡un paria!, ¡un nada! Madrastra cruel de los hijos que la alimentan, México sólo piensa en favorecer los vicios cobardes y las ambiciones raquíticas de sus mestizos y mulatos, porque tienen la cara menos trigueña, olvidando insensata que esos indios, a quienes desprecia, hace medio siglo que derraman su sangre por darle libertad unas veces y otras por servir a sus caprichos y locuras, como aquellos gladiadores romanos que saludaban a los emperadores para ir a darles el gusto de que los viesan morir sin temblar.

585 ¡Calumnio a mi patria! Dime, ¿a quién debo mi educación y el nombre que tengo? ¡A un extranjero! ¡Oh, Dios mío!, porque en mi patria solamente he podido encontrar la leva para mi padre, que habrá ido a morir mutilado y en absoluto abandono en algún lejano lugar, y para mí,

595

después de mil esfuerzos y viglias, después de un trabajo incesante de más de veinte años, el que me echen como si estuviese apestado de la casa de un rico orgulloso.

—Eres injusto, Fernando —le dijo el vicario con voz insinuante, clavándole aquella mirada magnética con que hemos visto que lo sosegó pocos días antes cuando se hallaba enfermo. 600

—¿Por qué? —preguntó éste manifestando síntomas de obstinada rebeldía. 605

—Porque pides —contestó dulcemente el vicario, con un acento penetrante—, de una sociedad desfallecida y en constante guerra, los beneficios que sólo puede traer una larga paz; en la hora del combate ¿quién tiene derecho a pedir su descanso? Sin embargo, México te ha dado sus escuelas, su Academia de San Carlos, su Colegio de Minería, aunque es verdad que por la solícita protección de un extranjero; ¿pero quién no necesita alguna vez de la caridad de los propios o de los extraños? Fuera de esto, desconoces que México es sin duda alguna el país donde menos se estorba la carrera de los que quieren elevarse, cualquiera que sea la raza a que pertenezcan; recuerda cuántos sacerdotes, cuántos abogados, cuántos médicos y cuantos artistas notables de todo género hay en la capital y en toda la República, que no tienen en sus venas una gota de sangre europea. Si fueses a los Estados Unidos te escandalizarías, te morirías por la afrenta de que te arrojasen de las banquetas porque no eres blanco. Verdad es que esta barbarie la emplean con los negros y con los mulatos; pero México cuenta, entre sus grandes glorias, la de haber establecido prácticamente la igualdad civil de todas las razas. 610 615 620 625

611-612 *Colegio de Minería*: Está ubicado sobre la acera de Tacuba (antes calle de San Andrés), entre Condesa y Filomeno Mata antes calle de Bethlemitas. Obra arquitectónica de Manuel Tolsá, sede del seminario de Minería Real. La severidad de las formas clásicas, tanto del exterior como del interior del edificio, producen un efecto majestuoso.

—¿Y qué otra cosa podría hacer un país en que casi la totalidad de sus habitantes, excepto los indígenas puros, son mezclados? —dijo Fernando.

—Podría haber oprimido sistemáticamente a esos indios puros aun después de la Independencia.

—¡Pues a fe que no han andado cortos los descendientes de los conquistadores!

—Si hablas con absoluta generalidad, te repito que eres injusto; porque si bien reconozco que el abandono, ignorancia y miseria en que se hallan los indígenas son lamentables, no puede culparse de todo ello a los que no lo son, pues mucho o nada absolutamente hemos podido

hacer para mejorar su situación, y los que hay verdaderamente culpables, porque los oprimen debiendo darles protección o los ven con desprecio pudiendo favorecerlos, son aquellos egoístas que abundan en cualquiera nación, acaso en mayor número que en la nuestra, los cuales

explotan impiamente a cuantos tienen la desgracia de necesitarlos, indios y no indios. Observa también que por lo general los peores enemigos de los indígenas, los que más los humillan y, cuando pueden, los maltratan, son los que sin mérito alguno personal se elevan de entre ellos; pero

esta chocante conducta no es por desgracia exclusiva de los indios, lo mismo sucede con los negros. Sobre todo lo dicho, hay otra grave y, para mí, decisiva consideración: bien sea por carácter peculiar de la raza indígena o, lo que es más seguro, por un cúmulo de desgracia que

“pesan sobre ellos desde antes que se verificase la Conquista”, presentan por sí mismos invencibles dificultades para traerlos de pronto de la vida semisalvaje en que se encuentran a un estado de regular comodidad, en que la industria, la moral y, como resultado de ésta, la verdadera libertad, vengan a hacerlos olvidar las penas sufridas.

Empresa es ésta que requiere la cooperación de muchos y la activa solicitud de los curas y de nuestros gobiernos, aun que tú no quieras esperar de éstos nada bueno.

635

640

645

650

655

660

Fernando, que gradualmente se sentía desarmado, se sonrió al oír que el vicario no olvidó lo que había dicho acerca de los gobiernos. 665

—Modera por tanto tu impaciencia –continuó éste–, guarda en tu corazón todo el amor que tienes a los de tu raza para extenderlo noblemente sobre todos los que sufren en este suelo, que no son, por cierto, únicamente los indígenas; arma tu brazo con los instrumentos de la civilización, pues por imperfecta que sea contiene todas las conquistas que la humanidad ha hecho sobre la naturaleza en muchos siglos; fuerza a la ciencia para que ponga a tu disposición nuevos elementos de poder y te enseñe recursos de una acción pronta y vigorosa y vamos a fertilizar los inmensos terrenos con que nos brinda nuestra patria, esta adorada patria a quien más debemos compadecer por su desgracia, que culpar por los extravíos de algunos de sus malos hijos. 670 675 680

A estas palabras siguió un silencio de algunos minutos. Los ojos, ordinariamente apacibles del sacerdote, se fijaban ardientes sobre el indígena, bañándole el rostro con una especie de fuego que lo fascinaba.

—Sufro –dijo al fin Fernando, después de un prolongado suspiro– el poderoso influjo que en mí ejerces; debes tener razón en todo lo que me has dicho, porque eres imparcial, porque eres bueno, porque imitando a Jesucristo vas por tu vida haciendo bien; pero piensa que yo he sacado hasta aquí la fuerza que me sostiene, pensando en mi pasado y en el de mi raza... te confieso, también lleno de rubor... que... he alimentado un odio profundo... un deseo de venganza... 685 690

El sacerdote lo estrechó entre sus brazos y completó la frase diciéndole con profunda ternura: 695

—Que abjuras para siempre, ¿no es verdad?

—Sí –contestó Fernando, estrechando a su vez al vicario y diciéndole con voz reposada y acento seguro–. Sí, ¡para siempre! Porque era una insensatez el pretender

700 mejorar la situación de mis hermanos recurriendo a la
violencia; porque solamente Dios puede cambiar en bre-
ves días la suerte de los pueblos...

705 El eco de una música, lejana al principio y que se iba
acercando por instantes, aumentó la emoción del sacerdo-
te y de Fernando, sorprendiéndolos muy agradablemente.
Cuando la música llegó a la puerta de la casa cural, una
salva estrepitosa y los sonoros repiques del alba fueron la
señal de que empezaba a celebrarse, en aquel nuevo día, el
nacimiento de la Virgen, madre de Jesucristo.

710 Los dos amigos habían empleado toda la noche, sin
sentirlo, en discutir el plan de la Nueva Filadelfia, que aun-
que imperfectamente hemos deseado bosquejar, ya que no
nos es dable reproducir todas las interesantes reflexiones
que a cada artículo debió forzosamente suscitar.

VIII

LA DESPEDIDA DE FRAY EVARISTO

LOS DOS AMIGOS, CUBRIÉNDOSE la cabeza con su sombrero y envolviéndose en unas mangas, salieron a la azotehuela del curato para participar del júbilo del pueblo y del hermoso espectáculo que ofrecía la alborada, que lentamente se iba aclarando por el reflejo de algunas nubes amarillas y rojas, a las cuales el sol, oculto todavía tras los altos montes de oriente, había prestado algunos rayos de luz en razón de la elevación en que se hallaban. 5

Luego que distinguieron los feligreses a su vicario, subieron a la azotehuela a saludarle muy afectuosamente, bajando enseguida a continuar con mayor furor la tarea de echar cohetes. El vicario hablándole al alcalde que se había quedado acompañando a los dos amigos, le dijo: 10 15

—¿No pudiéramos conseguir hoy algunas flores, compadre?

Había echado el agua bautismal a uno de sus hijos y por esto le llamaba así.

—Sólo muy corrientes, compadrito, como zempoal- 20

xóchitl, tlemolito, rosa de Castilla, amapolas, claveles... ¿Quiere usted algunas de mejor clase? Mandaré un semanero a Xochimilco, que ya sabe usted no dista de aquí ni una legua.

25 —Me bastan, compadre, las que ha nombrado usted; todas las flores me parecen siempre un excelente adorno.

—Pues de las que he referido habrá hoy en abundancia para los altares y las enramadas.

30 —Yo deseara que se regase con ellas la sala y que en la puerta y en los corredores se pusiesen arcos de tule.

—Se hará así compadrito, pierda usted cuidado.

—Hoy tendré una visita a quien deseo agasajar, así, de un modo sencillo; probablemente vendrá a desayunar conmigo un padre franciscano.

35 —¿Sí, fray Evaristo, no es verdad? El que era comerciante en Tlalpan hará cosa de un año; ¡todo un caballero!, sin agravio de lo presente. El alcalde hizo una señal con la cabeza como reverenciando a Fernando.

40 México republicano no ha sacudido hasta hoy las frases del régimen monárquico; así es que en el lenguaje común ha conservado por ejemplo, “camino real” sin que tengamos rey, y llama a un hombre acomodado “caballero”, aunque no tenemos órdenes de caballería.

El alcalde continuó:

45 —Vimos ayer a fray Evaristo que atravesaba a pie la calzada, trayendo en su mano un báculo; y dijimos mi esposa y yo, que casualmente estábamos en la puerta: fray Evaristo va a ver a nuestro compadrito.

20-21 *zempoalxóchitl*: “Cempasúchil. (Del azt. *cempoalli*, veinte y *xochitl*, flor.) Planta herbácea, mexicana, de la familia de las compuestas que produce flores amarillas muy usadas para adornar las tumbas. Llámese también por esto, *flor de muerto*, y en España *clavel de Indias*” (DM).

21 *tlemolito*: “Tlemole. (Del azt. *tetl*, fuego; *molli*, mole.) Planta compuesta. Una especie de solanácea” (DM).

21 *rosa de Castilla*: “Especie de rosa ornamental cultivada en los jardines; flores dobles, rojas y aromáticas. *Rosa centifolia*” (CdePM).

- Efectivamente, vino ayer tarde.
- Dicen que le rebajaron mucho del tiempo del noviciado y que muy pronto recibió las sagradas órdenes, porque tuvo dispensa; como de joven fue estudiante, en un decir Jesús repasó la gramática, y como es bastante rico...
- ¡Cuántas cosas sabe usted, compadre!
- ¿Qué quiere usted que se haga en los pueblos, si no es indagar la vida del prójimo y murmurar sobre ella, siempre que no está uno jugando?
- ¿Qué, usted, siendo como es autoridad, juega?
- Si la luz hubiera estado más fuerte se habría podido ver sobre la cara del compadre algo de sonrojo al contestar:
- ¡Libreme Dios de tal cosa! Desde que usted se volvió de la puerta de mi casa por haber encontrado en ella un “encierrito”, ya no he permitido a los que allí van a beber su pulque que se queden, y lo que hago, en los momentos en que el ocio me aburre, es irme a trabajar con mis propias manos a la milpa.
- ¡Perfectamente! Eso quiere decir que usted sacará más provecho y que yo puedo ir a visitarle sin inconveniente. Entraremos —añadió el vicario—; ya acabó la salva y la luz alumbra lo bastante para que podamos ir a ver a mis enfermos. ¿No vas, Fernando?
- Con mucho gusto —respondió éste; y a poco rato después de haberse despedido del alcalde, los dos amigos atravesaron un pequeño llano que está frente al curato y comenzaron a subir una elevada cuesta para ir a San Miguel Xicalco, precisamente por el lado opuesto al que había seguido Fernando en su nocturna expedición.
- Habrían pasado como dos horas después que el vicario y Fernando habían subido las colinas, que están arriba de San Agustín Tlalpan, cuando llegó Gregorio, el mozo de Fernando, montado en un caballo alazán, trayendo del cabestro otro caballo retinto golondrino, con freno plateado y silla ricamente bordada.

85 El criado de Fernando era de una arrogante figura
pero de un natural taimado, de tal manera que casi nunca
podía saberse si comprendía o no lo que se le explicaba,
por la necia manía de preguntar por segunda vez lo
que efectivamente comprendía y darse por entendido de
90 lo que realmente no alcanzaba. Por lo demás, el “Payo”,
con este nombre se le conocía, era un guapo domador de
caballos sobre los cuales sabía ostentar un cuerpo doblado,
nervudo y ligero. Su cara nada expresaba y por esto
parecía serio; cubierta casi enteramente de una barba negra
95 y fina, apenas dejaba sobresalir una nariz regular y,
bajo las espesas cejas que parecían dos anchas líneas de
tinta tiradas con regla que dejaban entre una y otra el
claro necesario para no dar a la fisonomía una sospechosa
expresión, brillaban dos ojillos negros que, bien considerados,
100 revelaban astucia; finalmente, la frente, que sólo
dejaba ver cuando no tenía el terrible sombrero poblano,
era muy estrecha a la vista y no podía saberse a punto
fijo si la abundancia de pelo que casi la cubría del todo le
quitaba sus verdaderas dimensiones. En aquel día, además
105 del sombrero poblano forrado de hule con chapetas,
toquilla gruesa en forma de víbora y barboquejo, llevaba

90 “Payo”: “Montuno, jíbaro, montaraz; dícese de la persona campesina o de poblados pequeños, que se engenta en la ciudad y, especialmente, en las grandes ciudades” (DM).

105 *chapetas*: “«Dim. de CHAPA.» Por CHAPETA entendemos especialmente una pieza pequeña, redonda, comúnmente de plata, que se pone por adorno en varios lugares de la silla de montar, en las cabezadas y en las correas de espuelas. Las que se ponen a ambos lados de la copa del sombrero jarano, aunque retienen el nombre de CHAPETAS, se hacen de diversas figuras, y con adornos de todas clases” (DM).

105-106 *toquilla*: “(De «toca».) Gasa u otro adorno que se ponía alrededor de la copa del sombrero. Pañuelo pequeño, a veces de forma triangular, usado para cubrirse la cabeza o el cuello” (DUE).

106 *barboquejo*. “(De «barba».) Correa con que se sujeta el sombrero, gorra, etc., pasándola o atándola por debajo de la barbilla” (DUE).

una “cotona” de cuero de venado con dibujos realzados y agujetas de plata, calzonera azul de paño con gruesos botones también de plata, botas llamadas campaneras en la parte de la pierna en que no se abrocha la calzonera, sujeta con vistones ataderos de seda e hilo de oro y, por remate sobre otras botas amarillas que le cubrían el pie, unas terribles y vistosas espuelas de enormes rodajas y con campanitas que iban marcando el trote del alazán que montaba. Para ir a ver a su amo, de quien había recibido noticias y orden de que le llevara los caballos, ya no a San Ángel como lo había verificado ocho días antes sin encontrarle, sino a la vicaría de Tepepan, se había puesto sus mejores adornos, a los que añadió entonces una camisa muy limpia con anchas randas en la pechera, y por corbata una mascada de cuadros amarillos y verdes, cuyas puntas después de pasar de un modo opuesto por una tumbagón que le cerraba el cuello, estaban sujetas a una banda color de café que llevaba fuertemente ceñida. Había sospechado, en su natural malicioso, que acaso se ofrecería pasear algún caballo delante de las damas, a

107 “cotona”: “Hoy se entiende por COTONA una chaqueta de gamuza; pero antiguamente se hacía también de varios géneros y a veces cerrada por todos lados, de suerte que era preciso vestírsela por la cabeza” (DUE).

108 calzonera: “Más usado en plural. Pantalón de paño o gamuza, abierto de arriba abajo por ambos costados, donde hay ojales y botones para cerrarlos a voluntad, en todo o en parte. Usábase antes más que ahora, en especial para montar a caballo” (DM).

109 botas llamadas campaneras: “De CAMPANA O CAMPANERA. Parte del traje de rancheros y charros, que consistía en una pieza grande de gamuza con que se envolvía la pantorrilla, sujetándola abajo de la rodilla con un atadero, y bajaba hasta tocar a la espuela. En la parte exterior tenía corte diagonal y avanzaba hasta la punta del pie, lo que le daba cierta semejanza con una media campana. Las había también de lujo, primorosamente bordadas de seda y metales, con ataderos de estas mismas materias” (DM).

120 randas: “Randa. Encaje puesto como adorno, encaje de bolillo” (DUE).

123 tumbagón: Anillo o pulsera de tumbaga. Tumbaga. Aleación muy quebradiza compuesta de oro y aproximadamente igual cantidad de cobre que se emplea en joyería (DUE).

quienes era muy aficionado, o llevar a alguna en la silla, y no quería que su amo quedase mal en la persona de su criado, no pareciéndole posible que el maquinista, tan constante en el trabajo, lo hubiese dejado por ocho días, a no ser por algún gran casamiento de esos en que la alegría y el festín duran mucho tiempo, o tal vez por algunos solitarios amores. La circunstancia de haberle mandado decir Fernando que le encontraría en la vicaría de Tepepan justificaba en el pensamiento del “Payo”, hasta cierto punto, la primera suposición; pero luego se decía a sí mismo con cierta claridad de percepción que solía tener, examinando sus propias suposiciones a las que era muy dado: “Al curato viene uno a casarse, o cuando tiene recién nacido a quien se quiere bautizar o para «ajustar» algún entierro; pero nunca se está uno ocho días”. Después de estas reflexiones, Gregorio creyó que toda la cuestión estaba reducida a uno de estos dos extremos: o el casamiento a que había asistido su amo se había celebrado en el mismo curato, porque habría sido de la casa el novio o la novia, o su amo había estado en estos días muy distraído y le habría dado la cita para el curato con el fin de no revelar dónde había estado.

Esta última suposición, la más maliciosa, le pareció muy verosímil cuando preguntó en la puerta de la vicaría por el señor don Fernando Hénkel y le contestaron unos indígenas que estaban tejiendo arcos de tule, bajo el pequeño pórtico que sostiene la azotehuela, que estaba fuera y que no tardaría en venir.

Gregorio recorrió con la vista la localidad en que se encontraba, como un general que tantea el terreno y, en lugar de las damas que esperaba, vio sólo a los indígenas, y que uno de ellos se le acercaba con objeto de pasear los caballos. Entonces se apeó con cierta gravedad cómica, entregó el cabestro de su caballo al semanero que se presentó y comenzó a pasearse dirigiendo algunas miradas de protección a los indígenas, quienes por su parte, mi-

rándole al soslayo y hablando en mexicano, empezaron a murmurar de él, cosa que hace fácilmente el indio con cierta sal, para desquitarse de este modo de aquellos a quienes la suerte hace más dichosos. 165

Un alegre repique anunció a los del pueblo que el vicario bajaba las lomas y que pronto sería la misa. Entre tanto, Gregorio continuó imperturbablemente las paseadas bajo el pórtico sin interrumpirlas más que un momento para facilitar el paso a un fraile franciscano que, con la capucha calada y un báculo en la mano, atravesó la portería. 170

El vicario y Fernando llegaron a pocos momentos y Gregorio fue a saludar a su amo con verdadera satisfacción, porque aparte la natural bellaquería del criado, por la cual estaba como en guardia para todo el mundo, hacía una excepción para Fernando, por quien hubiera dado sin vacilar la vida. Tan viva era en Gregorio esa adhesión apasionada que los domésticos llegan a mostrar en favor de las personas que los tratan con la debida consideración. 175 180

El vicario preguntó si había venido fray Evaristo y, habiéndosele dicho que estaba en la sacristía, mandó que diesen el último repique y las tres “dejadas”, especie de reclamo particular que hacen los campaneros en los pueblos, sonando primero varias veces una campana grande e inmediatamente otra chica, con lo que los fieles comprenden que la función religiosa, para la que llaman, va a comenzar. 185

Fernando había afinado el órgano y ensayado a unos niños que cantaban en el coro, corrigiéndoles sus desentonos y enseñándoles sencillas melodías para el gradual, el ofertorio y la comunión. Había emprendido este trabajo cuando estaba ausente el vicario, con objeto de darle una grata sorpresa, tanto con su ejecución en ese poderoso instrumento que el culto católico ha reunido a casi todas sus solemnidades, como por el coro de niños a quienes era difícil reconocer después de las correcciones 190 195

de aquel maestro que los encaminaba con su propia voz,
 200 fuerte, sonora y de muy elevadas esferas.

La misa comenzó con esa pompa que tanto arre-
 bataba al creyente. Nubes blancas de oloroso incienso se
 elevaban hasta la cúpula del templo; una abundante ilu-
 minación en el altar mayor hacía brillar el oro y plata
 205 del tabernáculo, así como unas flores de cera primoro-
 samente trabajadas que estaban distribuidas en jarrones
 de porcelana sobre el altar; el órgano con sus cien voces,
 atronando el aire unas veces con toda su fuerza, gimien-
 do otras como el Céfitro que pasa por las cuerdas de la
 210 “eolina”, dejaba oír entonces las voces puras, argentinas,
 inimitables de los niños, que parecen siempre las únicas
 propias para entonar las alabanzas del Señor.

El vicario desempeñó sus oficios sin precipitación,
 sin estudiada tardanza, sin esas miradas orgullosas que
 215 a veces dirigen desde el presbiterio los malos sacerdotes,
 que piensan estar allí sólo por darse en un imponente
 espectáculo; fue ayudado del padre Evaristo quien reci-
 bió como había pedido, el sagrado viático de manos
 del celebrante, a la vista de una numerosa concurrencia,
 220 sencilla pero profundamente admirada al contemplar a
 un hombre pocos meses antes poderoso según el mundo,
 envuelto en un triste sayal, con la verdadera humildad
 del que no se gloria sino en la cruz de Jesucristo, confor-
 me al ejemplo de San Pablo.¹

¹ Ga 6 14: *Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.* [¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro señor Jesucristo (B)] [N. del A.].

210 “eolina”: “Instrumento músico, que consiste en una plancha cuadri-
 longa de madera dentro de la cual están embutidas las lengüetas de metal, que
 producen el sonido. Éste se excita por un fuelle, que pegado por debajo de la
 plancha se tira con la mano izquierda, mientras que con la derecha se sostiene
 el instrumento de una asa, y con el dedo pulgar, dejando libres los otros para
 abrir por una palanca acodada los discos que tapan el conducto de aire, que
 corresponde a cada lengüeta” (DUE).

El vicario subió al púlpito y dijo una sencilla oración tomando por texto la doctrina del mismo Apóstol² quien enseña que “La caridad es mayor que la fe y la esperanza, y sin la caridad nada vale tener ciencia, ser **profeta, ni mártir.**” 225

Concluida la función, invitó a fray Evaristo para que lo acompañase a tomar el chocolate, y subieron a reunirse con Fernando, quien ya los esperaba, porque la subida al coro está en el mismo corredor en que se halla la puerta de la sala, y recibió los más entusiastas parabienes por el desempeño en el órgano y por el precioso concierto que había llegado a formar con los niños. 230 235

El vicario desde un principio se propuso consultar al franciscano sobre lo que habían escrito él y Fernando en la noche anterior, y pedirle su aprobación y sus consejos; así es que luego que tomaron el desayuno, el maquinista comenzó a leer el plan de la Nueva Filadelfia. El franciscano escuchó hasta el fin dando señales de aprobación entusiasta en cada uno de los pocos artículos que hasta entonces se habían redactado. Luego añadió: 240

—Me parece oír las voces de las milicias celestes que saludaron la venida del Salvador al mundo diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!³ Mi alma rebosa de esperanza al pensar que esta pequeña semilla evangélica que ustedes van a sembrar, que ha estado como guardada por tantos siglos, desde que la religión se ha hecho sólo de signos y de ceremonias, porque sobre la caridad que se difunde ha estado el interés individual que todo lo concentra, producirá la realización de una famosa profecía llenando a los necesitados de bienes⁴ sin quitárselos a los ricos, pues que muy al contrario, éstos son los naturales apoyos que la 250 255

2 1 Co 12 [N. del A.].

3 Lc 2 14 [N. del A.].

4 Lc 1 53 *Esurientes implevit bonais* [N. del A.].

Providencia nos ofrece para hacer algunos esfuerzos en favor de los pobres, llamando a éstos para una vida laboriosa y al mismo tiempo libre, digna de seres racionales, a quienes nunca abatirá el cuidado del alimento diario, en una asociación más perfecta, porque estará fundada en el verdadero cristianismo.

—Mucho celebramos —dijo el vicario— que sean de la aprobación de usted las bases en que hasta ahora hemos convenido el señor Hénkel, que está presente y que es mi colaborador, y yo, y deseáramos, porque nos sería muy satisfactorio, que tuviese usted a bien acompañarnos y ayudarnos con su experiencia a plantear con buen éxito nuestra asociación.

—¡Imposible! Cada uno de nosotros debe seguir su vocación; a ustedes los llama Dios para ejecutar esa gran obra, y a mí me manda a batallar con las tribus salvajes. Si salimos bien cada uno de nosotros con su respectiva empresa, nos veremos alguna ocasión en este mundo; pero si a mí me arrancan la cabellera o ustedes encuentran cualquier grave contratiempo, entonces hasta el seno de Dios, si se digna concedernos esa ventura.

—Ya que está usted tan resuelto a dejarnos... —añadió casi a media voz Fernando, con aquella natural timidez que le impedía manifestar desembarazo.

—Sí, hijo mío —contestó el sacerdote—, hoy mismo, dentro de breves instantes, emprenderé mi primera jornada...

—¿Podría usted indicarnos, porque juzgamos a usted mucho más experimentado, hacia qué rumbo de nuestra república debemos dirigir nuestros primeros pasos, en busca del lugar más a propósito para establecer nuestra Nueva Filadelfia?

—Exactamente sobre este particular pensaba dar a ustedes algunos consejos. Yo soy hijo de Jalisco, de ese estado tan extenso, que tiene más de doscientas leguas de largo y más de cien en su mayor anchura, con dos puertas

en el mar Pacífico, San Blas y Manzanillo,⁵ siendo así que su población será apenas de unos ochocientos mil habitantes. Nací en el pueblo de Atoyac,⁶ que es municipalidad del cantón de Sayula, y pasé los primeros años de mi juventud recorriendo los amenos campos que circundan el país de mi nacimiento, porque mi padre tenía un rancho llamado El Tigre, al pie de una hermosa sierra que lleva el mismo nombre y que dista dos o tres leguas de Atoyac. Es tan hermosa la llanura en que se halla el rancho, así como otras cortas propiedades cercanas, la Hacienda de los Puentes, por ejemplo, que también fue de nuestra familia, que a pesar de haberme separado de aquellos lugares hace unos treinta años, nunca puedo olvidarlos, ni en cuanto he recorrido de la República he encontrado cosa mejor. Figúrense ustedes una elevada cadena de montañas al oriente de Atoyac, poblada de magníficas arboledas de pino, roble, cedro, tepehuaje, palo-dulce y otros mu-

5 En la época a que se refiere esta conversación, Colima, al que pertenece hoy el Manzanillo, aún no era Estado [N. del A.].

6 *Atoyatl* significa ojo de agua. Hasta el año de 1856 fue declarado villa [N. del A.].

309 *tepehuaje*: “TEPEGUAJE. (Del azt. *tepetl*, cerro y *huaxin*, guaje./ *Aca-cia acapulcensis*.) m. Árbol de las leguminosas, de corteza astringente, goma sucedánea de la arábica y madera dura, resistente, elástica, empleada en construcciones rurales, especialmente para árboles de trapiche” (DM).

309 *palo-dulce*: “Coate. Variante de CUATE. m. Nombre vulgar de una leguminosa, cuya área de dispersión alcanza hasta Arizona; conocida también por *taray* y *palo lefrítico*. Fue conocida y notable desde los primeros días de la conquista, por las raras propiedades colorantes de su madera, la cual, sumergida en agua, da, al principio, un bello color de oro, que se torna enseguida en anaranjado, y conservado en envases produce a largo tiempo fluorescencias azules. Es madera flexible cuyos tallos usan para hacer guacales. Los aztecas le llamaban *tlapalezpatl* o *chapalezpatl*, que quiere decir medicina sangre roja. El follaje del árbol es aromático y sus flores de exquisita fragancia. En el norte del país hacen dornajos de este palo, para dar de beber a las aves de corral y prevenir las de ciertas enfermedades, o echan un trozo en el agua, para ese mismo objeto. Se administra como bebida refrescante contra el estado febril y contra afecciones renales y vesicales. *Eysenhardtia polystachya*, *Eysenhardtia adenostylis*” (DM).

- 310 chos que no recuerdo, entre los cuales se pasean orgullosos el león, el tigre, el lobo y no pocas serpientes; algunos manantiales brotando naturalmente entre el gorjeo de los cenizontes y de los jilgueros, llevando la abundancia, la lozanía a una llanura como de seis leguas en cuadro en que
- 315 se da el melón, la sandía, la chirimoya, nogal, aguacate, naranja, lima, membrillo y otras frutas, el maíz, el trigo y la caña de azúcar que beneficiábamos en la Hacienda de los Puentes por medio de un molino de tiro. Contemplan ustedes qué delicioso panorama ofrecerá esta llanura tan fértil surcada por arroyitos de agua que van a perderse
- 320 formando un río que pasa muy cerca de Atoyac, a la laguna que se halla al poniente del mismo, en cuyo centro se miran dos islitas con hortalizas, y una de ellas con agua termal muy afamada. Agreguen ustedes a este cuadro el tránsito continuo por Atoyac, de atajos que vienen del puerto de Mazatlán, rumbo al norte o que caminan hacia el poniente para el Manzanillo. Ciertamente este paisaje, tan imperfectamente descrito, tiene bellezas no comunes que ustedes sabrán apreciar si se deciden por establecer su asociación en dicha municipalidad.
- 330 —No sé qué dirá Luis —contestó el maquinista—, pero yo por mi parte no creo que haya cosa mejor.
- Soy de la misma opinión —contestó el vicario—, y tanto, que me admira que el reverendo padre haya dejado tan amenos lugares, a lo menos voluntariamente.
- 335 —Por mi gusto jamás los hubiera dejado; pero la guerra de independenciamos envolvió a casi todos los hijos de

315 *chirimoya*: (Del quichua *chiri*, frío, *muyu*, simiente, cosa redonda; o *mota*, fruta) f. Fruto del chirimoyo es una baya verde rugosa, de pulpa blanca y pepitas negras, de agradable sabor; semejante a la anona, pero más dulce y empalagosa. (*Anona cherimola*)” (DM).

327 “Manzanillo/Municipio costero de Colima situado en los límites con Jalisco. [...] Su cabecera del mismo nombre, es puerto de altura y cabotaje. [...] Benito Juárez partió de allí a Panamá el 11 de abril de 1858, cuando huía de los conservadores [...]” (GDM).

aquel cantón y mi padre siguió a los insurgentes que se refugiaron en la Sierra del Tigre. Los españoles por vengarse de mi padre o por estar cerca del lugar en que se refugiaban las partidas de insurgentes, que salían a expedicionar a las órdenes de Gordiano Guzmán o de sus hermanos, situaron un destacamento en el rancho del Tigre, del que no volvió nuestra familia a tener producto alguno, así como tampoco de la hacienda que los españoles quemaron, apropiándose los ganados y ahuyentando a los sirvientes. Mi padre y mi hermano mayor murieron en la lucha como por el año de 20, en que yo tenía cosa de diez y siete. El comandante español impuso destierro al resto de la familia, confiscando nuestros bienes, por cuyo motivo vinimos a México donde padecemos espantosas miserias a las que solamente pudimos sobrevivir mi madre y yo, pues fallecieron... creo que de hambre... dos hermanitas menores... y nos quedamos solos.

El franciscano sacó de entre su manguillo un pañuelo burdo de cuadros, dejando ver que tenía el hábito sin camisa, pegado al cuerpo; se enjugó algunas lágrimas y continuó:

—Desde entonces me ha conmovido mucho la suerte de las pobres mujeres, a quienes no se les facilita el aprendizaje de alguna industria productiva, que cuando llegan a la desgracia no tienen otra esperanza, como mis hermanitas, que una muerte pronta, causada por el abandono y las innumerables penas que vienen acompañando a la miseria. Mi madre sabía “empuntar”⁷ y lo que ganaba

7 Trabajo que consiste en hacer nudos simétricamente, con los hilos de los flecos, que al efecto se dejan en los extremos de los rebozos, chales y otras telas [N. del A.].

342 *Gordiano Guzmán*: “N. en Tamazula, Jal., y m. en Cutzamala, Gro. (1790-1854). Insurgente. Se acogió en la amnistía en 1813. Seis años más tarde volvió a la lucha, se unió a Guerrero y derrotó al realista Manrique. Se adhirió al Plan de Iguala y fue de los consumadore,s de la independencia. Déca-

apenas bastaba para los dos, para ella y para mí, después que enterramos a mis pobres hermanas... porque yo nada sabía hacer... –el franciscano volvió a enjugarse las lágrimas que se le rodaban y, algo desahogado, dijo a los dos amigos, que también se sentían muy conmovidos:

370 —¿Para qué he de afligir a ustedes con el relato de unas penas que yo mismo creía olvidadas?

—Mucho nos interesamos –dijo el vicario–, porque lo que ha tenido usted la bondad de decirnos es una prueba más de que no hay familia, que tenga tan segura su posición, que no pueda llegar a sufrir la escasez y de que entonces desearan, las señoras especialmente, haber aprendido alguna industria para no sucumbir de miseria. ¿Qué hubiera sido de usted y de su virtuosa madre, si ella no hubiese sabido empuntar?

380 —Nos habríamos muerto de hambre... A los dos años de estar en México pude yo volver a Atoyac, por haberse hecho nuestra Independencia, y vendí el rancho y la hacienda en lo primero que me dieron, regresando con la mayor prontitud para reunirme con mi madre, por cuyo consejo salimos de México a poner un comercio en San Agustín de las Cuevas, que entonces era un pueblecillo sin importancia; pero nos tocó la fortuna de que en él se estableciera por algunos años la capital del Estado de México, y este suceso vino a dar impulso a nuestro giro, que progresó rápidamente por la estricta economía que el miedo de volver a la pobreza nos infundió siempre. Mi buena madre tuvo el gusto de verme rico antes de morir; pero, ¡cosa singular! habiendo sido todo su anhelo en los últimos años de su vida el aumentar nuestro caudal, cuando me hallaba yo cerca de su lecho de muerte, una sola cosa me encargó con repetición: “¡Hijo –me decía, con esa voz apagada de los moribundos–, **no basta que socorras de vez en cuando a**

das después se adhirió al Plan de Ayutla. Fue fusilado por las fuerzas adictas a la dictadura santanista” (GDM).

los pobres, como veo que lo haces; devuélveles luego que puedas lo que has sacado de ellos injustamente por nuestras inmoderadas ganancias, que deben haber reagrado su situación; mejor es sufrir la miseria que causarla. 400

Acuérdate de tus hermanas, que más dichosas que nosotros se fueron al Cielo: ruégale a Dios que me perdone, para que pueda yo volver a ver a todos mis hijos y a tu padre, que murió por su patria, reunidos en la eternidad!" 405

El franciscano, profundamente conmovido, enjugó por última vez sus enrojecidos parpados, guardó en su manguillo su paliacate, empuñó su báculo y dijo al vicario:

—¡Lo demás ya lo sabe usted! —y tomó tan resueltamente su camino, que el vicario y Fernando no creyeron deber detenerle y salieron acompañándole hasta el principio de la escalera, pues no negó absolutamente a que lo llevaran más adelante. 410

—¿Hasta la Tarahumara? —le preguntó el vicario estrechándole la mano. 415

—Primero a Zacatecas y después hasta la Tarahumara.

Dio enseguida la mano a Fernando y éste le preguntó:

—¿Y no nos volveremos a ver? 420

—Espero que sea en el rancho del Tigre, transformado en Nueva Filadelfia, si los bárbaros no tienen antes la ocurrencia de quitarme la cabellera o más bien el solo pellejo, pues ya ve usted que el tiempo ha despoblado enteramente el cráneo. 425

El franciscano se puso su ancho sombrero blanco, se apretó el cordón con que iba ceñido y comenzó a bajar las escaleras perdiéndose a pocos momentos de la vista de los dos amigos.

Éstos montaron después a caballo, acompañados de Gregorio, y se dirigieron a México con objeto de hacer formal aceptación de la donación hecha por fray Evaristo y de cobrar las libranzas endosadas a favor del padre don Luis. 430

LOS DOS AMIGOS RECIBIERON en aquella misma tarde el importe de una de las cuatro libranzas en la casa del señor Cavalier, y el dinero se depositó en el almacén de instrumentos y máquinas de Hénkel y compañía, situado en la calle de la Profesa.

5

Fernando invitó a su amigo para que se quedase con él, pero éste le recordó entonces que tenía que ir a abra-

5 *calle de la Profesa*: Actualmente avenida Francisco I. Madero. En 1585 los padres de la Compañía de Jesús compraron las casas de Fernando Noriega, con el fin de establecer una casa en las cercanías de la Plaza Mayor. En febrero de 1592 dieron principio a la edificación del templo. Ahí se alojaron los frailes mendicantes (San Francisco, Santo Domingo y San Agustín). El templo vino a ser edificado hasta 1720. Cuando en 1767 los jesuitas de la compañía fueron extrañados del territorio, el edificio pasó a las temporalidades, que eran la forma de apropiación de los bienes de la iglesia en los días virreinales. Dieron las autoridades el edificio a los colegiales de San Ildefonso. Se les mandó llamarlo San José el Real, y, aunque lo hicieron y la calle que pasa frente al templo tuvo tal nombre, nadie se lo dio popularmente. Entonces, como hoy, se llamó y se sigue llamando La Profesa. Los padres del Oratorio dispusieron una casa de ejercicios y comenzaron su obra en 1774. La casa se edificó hasta 1779-1802, bajo la dirección de Tolsá. Cuando en 1871 fueron suprimidas las congregaciones de religiosos, por las Leyes de Reforma, pocos días estuvo la iglesia cerrada al culto, pero se dejó abierta en noviembre del mismo año. La casa se demolió para hacer la avenida 5 de mayo. Quedó un mínimo a los Oratorios, que aún hoy tienen en su poder la iglesia, y una minúscula casa (*vid.* LAFRAGUA 1998, pp. 178-183 *pass*).

zar a su anciana madre y a una hermanita menor, que eran el total de su familia, y que por este motivo no podía aceptar el ofrecimiento, prometiendo venir a verle al día siguiente.

Fernando preguntó al principal de sus dependientes si le habían buscado con instancia, y si tenía alguna carta: el dependiente le presentó dos, una del extranjero y otra sin sello del correo; añadiendo que por mañana y tarde venía a buscarle un desconocido.

—¿Qué señas tiene?

—Alto, cacarizo, cargado de hombros.

—¡El director de la partida! —dijo entre dientes Fernando; luego añadió con visible angustia— ¡Y no haberle preguntado a Luis si puedo pagar ya mi maldita deuda!

Abrió enseguida la carta que tenía dos sellos, uno de Nueva York y otro de Veracruz, y se enteró de que por un buque, que llegaría a este último punto dentro de poco tiempo, le remitían máquinas de nueva invención para cortar y trillar el trigo, para despepitar algodón, para hacer vestidos, etcétera, y que en el mismo buque vendría un ingeniero alemán, recomendado con mucha especialidad como muy inteligente, para plantear toda clase de maquinarias. Concluía la carta indicando se pusiese en la primera conducta el importe de lo que se hubiese hasta entonces realizado.

—De manera —dijo para sí Fernando— que, al recibir el préstamo que tengo ofrecido, aplazo por un corto tiempo mi apuro, supuesto que luego que salgan algunas máquinas de la casa deberá cargarse su importe como valor recibido, ¡desgraciadamente todo lo que poseo, realmente mío, apenas llegará a la mitad de los diez y seis mil pesos que debo!

Abrió Fernando enseguida la otra carta y leyó desde luego la firma que decía: “Arturo de Montemar”.

—¿Qué me querrá este fatuo? ¿Vendrá con lo del desafío?

La carta estaba concebida en estos términos:

“Muy señor mío: 45

“La persona que debe servirme de padrino en el lance de honor que se halla pendiente entre usted y yo no ha logrado encontrarle; y como no supongo que usted quiera esquivarlo, pues aún recuerdo que señaló usted como lugar más a propósito la Alberca de Chapultepec, sírvase usted decirme en contestación quién es la persona que deba apadrinar a usted para que se arreglen las condiciones. 50

“De usted muy afecto servidor.”

—Hay personas —dijo Fernando— a quienes no basta sumergir en la agua para volverles la razón, es necesario ahogarlas; verdaderamente, yo deseo que se verifique este desafío, porque no faltan militarzuelos que se juzgan iguales al Cid luego que se dejan crecer el bigote y se ciñen una espada, que jamás saben llevar con honra. Nada sé de estas farándulas de caballería, ni tengo a quién molestar con la ocurrencia de que vaya a presenciar mi muerte o la de mi adversario; contestaré a éste que mañana a las seis esté en Chapultepec, y negocio concluido. 55 60 65

Fernando se acercó a su bufete, tomó una pluma, la mojó en la tinta después de preparar el papel, pero al empezar a escribir debieron asaltarle mil reflexiones, porque la pluma quedó inmóvil entre sus dedos. Después de algunos minutos gritó: 70

—¡Don Abundio!

Éste, que era el dependiente principal, se acercó inmediatamente al lugar en que estaba Fernando para saber el objeto con que lo llamaba.

—Dígame usted ¿cómo deben hacerse los desafíos? 75

—¿Los desafíos? —preguntó con asombro el dependiente.

—Sí, los desafíos; usted que ha viajado por Europa debe saberlo.

80 —Señor, no he presenciado ninguno.

—Habrá usted oído decir.

—Pero don Fernando ¿qué le ha sucedido a usted? Yo bien conozco que no tengo derecho para investigar... mas póngase usted en mi lugar, y si después de una ausencia de nueve días que nos ha causado la mayor alarma, viese usted que llegaba el amo con una cara triste, sin hablar casi a sus dependientes, enflaquecido, y enseguida le preguntasen a usted....

85 Fernando, que no había considerado nada de esto, tuvo vergüenza de decirle la verdad a su dependiente, cuyo profundo afecto le era conocido.

—Tranquilícese usted, don Abundio, he estado algo indispuerto en estos últimos días y esto es todo; pero un amigo me manda preguntar si sé con qué requisitos deben hacerse los desafíos, y si puedo proporcionarle un padrino, y yo pensaba que lo fuese usted...

95 —¿Yo, señor don Fernando? ¿Ha dicho usted que yo?

—Sí, don Abundio, usted.

—Supongo que usted continuará permitiéndome que le hable con ingenuidad, y que no llevará a mal que me rehúe absolutamente...

100 —¿Por qué? —preguntó Fernando, esforzándose por mostrar indiferencia.

—Porque soy cristiano —respondió con voz firme el dependiente.

105 Fernando sintió que le subía la sangre a la cara y apenas pudo balbucear las siguientes palabras:

—Muchos cristianos se batien en duelo... y otros cristianos los apadrinan... sin perder nada ante la sociedad.

110 —Sí —repuso el dependiente—, porque la sociedad ha reglamentado el quinto precepto del decálogo, que dice:

“No matarás”, y en virtud de tal reglamento, si uno mata o hiere a otro después de haberle insultado, infamado o perjudicado de cualquier modo, queda este otro bien muerto o herido, con tal que lo haga delante de testigos. Para matar así no hay ante Dios ni la disculpa de la ira; para la sociedad basta tener destreza y no hacerlo precipitadamente; no señor, se avisa a algunas personas, diciéndoles, tal día, a tal hora y en tal lugar voy a colocar una bala en el cráneo de fulano, que antes era mi amigo y que ahora ya no lo es; convidó a ustedes para que presencien la operación, en la que llevo poco riesgo, porque seré el primero en tirar y tengo muchos años de ejercitarme; ¡conque no falten ustedes!

Fernando, confundido, no queriendo manifestarse vencido, dijo:

—Yo sólo le proponía a usted el que fuese padrino...

—¡Padrino! ¿Quién lo será mío ante Dios, cuando me haga el terrible cargo de haber concurrido y tomado parte moralmente en un asesinato?

—Pero, en fin —dijo Fernando, no pudiendo dominar la profunda emoción que le causaban las sencillas reflexiones de su dependiente—, ¿qué hace un hombre que se ve formalmente retado?

—¡Nada!

—¡Cómo nada! ¿Después de que insulten a uno y lo maltraten de obra?

—Si el insulto es de obra, lo repele “en el acto”, como pueda, pues la defensa es de derecho natural.

Los ojos de Fernando brillaron de alegría, porque pensó que había obrado de acuerdo con la opinión de don Abundio, a quien en aquel momento respetaba como a un oráculo; pero luego volvió a arrugar el entrecejo, recordando la carta que iba a contestar.

—Y cuando la ofensa se repele con buena fortuna y por esto mismo se atrae uno algún desafío, ¿qué deberá uno hacer?

—No admitirlo.

150 Fernando creyó que don Abundio flaqueaba en este punto, por ignorar acaso las “exigencias del honor”, y conociendo que las fútiles razones derivadas del qué dirán y de la falsa opinión del público ninguna mella podrían hacer en el ánimo de un hombre sencillo que prefería la ley de Dios sobre todas las cosas, se abstuvo de todo
155 argumento, quedando, a pesar de todo, resuelto a no rehusar el desafío después de tentar algunos medios decorosos para evitarlo.

Su alma se había fortalecido a medias desde que se había convencido de que el proponer un desafío es un crimen; pero aún no sabía que, para rehusarlo abiertamente,
160 es necesario mayor virtud que para admitirlo.

Pasó la noche Fernando en profundas cavilaciones, tomando resoluciones diferentes, hasta que la nueva luz vino a aliviarle en parte el peso de sus males. Voy a ver
165 —dijo— a Luis, tengo en él un verdadero amigo que sabrá aconsejarme; y cuando creyó que habría vuelto de decir misa, se encaminó a su habitación.

Era ésta una vivienda alta, situada en la calle del Puente de la Leña número 1, y para llegar a ella era necesario atravesar un pequeño patio rodeado de cuartos bajos habitados por gente pobre, pues la casa era de “vecindad”. En la parte alta había varias demarcaciones correspondientes a otras tantas familias de la clase media, y en
170

168-169 *calle del Puente de la Leña*: “Llamóse en lo antiguo este puente de Cozótlan y no dio su nombre á la calle. El comercio de leña que se hizo en ese lugar de tiempos muy atrás hasta en nuestros días, todavía fue ocasión de mudar el nombre al puente, llamándole de la leña, sin embargo, la calle aún no se denominaba así en fines del siglo xvii, sino que conservaba el nombre general de la Acequia. [...] El comercio de leña se hacía en carros, es cierto; porque podían llegar á los montes; mas no por esto no dejaba de entrar mucha por el canal y en este caso, obedeciendo a la orden de venderla públicamente, no se llevara hasta la plaza, por ahorrar gasto y molestia, sino que se vendiera á la orilla del canal en este puente y de allí tomara el vulgo ocasión de llamar al puente de la Leña” (CM).

el rincón de la derecha, hacia el lado que mira al canal de la Merced, estaba la antigua residencia de la familia del vicario. Fernando, después de preguntar a la casera, subió la escalera y llamó en un portoncito que marcaba los límites de aquella vivienda; salió una hermosa niña como de doce años e introdujo a Fernando, diciéndole, sin afectación y sin cortedad, que adentro estaba su hermano el padre. Fernando encontró, en la pequeña salita a que fue introducido, una matrona como de cuarenta y cinco años, perfectamente conservada y cuyas facciones limpias, como si fueran de una joven, tenían una singular semejanza con las del vicario. Éste acababa de llegar del convento de Jesús María, donde decía misa siempre que estaba en México, y estaba desayunando en unión de la señora que le había esperado al efecto. Luego que el vicario divisó al maquinista, le dijo:

—Entra, Fernando, precisamente iba a buscarte, pero me has ganado y lo celebro, porque puedo presentarte el total de mi familia.

La niña vino a reunirse con su hermano, y el maquinista pudo contemplar a su amigo en medio de aquellas dos figuras: cariñosa, apacible y digna la de la madre; cándida, vivaracha e inteligente la de la hermana.

El maquinista, absorto de contemplar aquel precioso grupo, se hallaba por primera vez en su vida con esa grata sensación de bienestar que suelen comunicarnos momentáneamente las personas felices; contra su costumbre no se sentía cortado, y para expresar sus conceptos clara y aun elegantemente, no necesitaba hacer esfuerzo alguno.

La señora se retiró con la niña después de un rato de amena conversación que suspendía por intervalos todos los dolores de Fernando, considerando que algún negocio de importancia habría traído a éste tan temprano.

—Fernando —dijo el vicario luego que estuvieron solos—, ¿qué tienes que estas tan preocupado?

210 —Ya recordarás —contestó el maquinista con amargura— que tres eran las causas de mortificación...

—Sí —interrumpió el vicario—, Rosita, el rey de oros y un señor militar cuyo nombre no he podido retener.

215 —Montemar me ha remitido esta carta —y le dio el papel de que ya hemos hablado.

El vicario lo leyó con atención.

—Pero esta carta tiene fecha 4 de septiembre y hoy estamos a 9.

220 —No había reparado en eso; pero es una nueva razón para...

—¿Para qué?

—Para dar una respuesta.

—Ciertamente.

225 —Pero es el caso que no sé lo que debo responder y vengo a consultarte lo que debo hacer.

—Pues no sé por qué dudas; tú no debes ponerte en riesgo de matar o ser muerto sino por causa justa.

—¿Y eso le contesto a Montemar?

—Eso.

230 —Se reiría de mí todo el mundo.

—Pero tú habrías cumplido tu deber.

—No me atrevo a soportar la rechifla de amigos y enemigos.

235 —Y dices la verdad: los que se desafían lo hacen por el “miedo” del qué dirán; los que rehúsan un desafío necesitan un esfuerzo que el mundo no sabe apreciar, porque no les detiene el que se atribuya a cobardía lo que es efecto de respeto a la ley civil y a la ley de Dios.

240 —Perdona mi necesidad, Luis, o más bien mi debilidad; pero yo no puedo hacerme a la idea de que Montemar, a quien realmente deseara escarmentar, se jacte de que me ha hecho un desafío que no he aceptado.

245 —Hoy es la cuestión con Montemar y mañana será con otro; de manera que, de aquí en adelante, si sales

con bien de este combate vas a tener profesión de espadachín, porque siempre dirás que no puedes hacerte a la idea de que otro se jacte de que has rehusado un desafío.

—No, Luis, si salgo bien de este duelo jamás volveré a admitir otro; te lo prometo delante de Dios que nos oye. 250

—Pues bien —dijo el sacerdote—, vamos a este desafío, ¡soy tu padrino!

—¿Tú?

—Yo. Extiende una carta en que sin decir mi nombre me des autorización para arreglar las condiciones. 255

—Pero Montemar dirá que le mando un eclesiástico para impedir que se verifique el duelo.

—Yo haré que diga lo contrario.

—Pues sea —y Fernando se puso a escribir. 260

El vicario le interrumpió:

—¿Cuáles son tus instrucciones?

—Que el desafío sea a muerte —contestó Fernando—, chispeándole los ojos llenos de ira.

—Ruega a Dios te dé tiempo para arrepentirte... 265

Fernando no oyó o no quiso oír aquella solemne reprobación de su amigo, y luego añadió:

—Ya pongo en esta carta mis condiciones: pistolas o espada, lo que quiera Montemar; pero he de tirar primero porque soy el desafiado. 270

El vicario tomó la carta y le dijo:

—Si quieres encomendarte a Dios, quédate solo en esta pieza; si deseas distraerte mientras vuelvo, corrígele a Laura sus dibujos, o que trabaje delante de ti sus flores de cera. 275

El vicario se puso una turca y un cuello de mala traza, dándose ese aire de estudiante perdido que mos-

276 *turca*: “**manteo**: capa larga que llevan los eclesiásticos sobre la sotana” (DUE).

traban antes los “capences” del seminario y salió de la casa dejando solo a Fernando en la sala.

²⁷⁸ “*capences*”: “Capence. m. Estudiante que no vive en colegio, y sólo acude a las lecciones” (*DM*).

ERA LA HERMANITA DEL vicario de unos doce años, Erubia, de ojos azules muy apacibles, llenos de inteligencia y bondad.

Las facciones de su cara, sin ser tan bellas como las de la madre, eran de una notable regularidad, cubiertas de un finísimo y transparente cutis, débilmente sonrosado, tal vez por estar casi siempre a la sombra o por tener ya en la sangre el principio de la “clorosis”, que tan pronto marchita a nuestras más lindas jóvenes a quienes se ve llegar a la plena pubertad con una apariencia de cadáveres, con ese pálido color de cera que no es bastante para alarmar la ternura de muchos padres, cuya ignorancia les hace creer que lo mejor que pueden hacer con sus hijas es guardarlas en una inacción permanente, sin advertir que la inacción y la inmovilidad son para la juventud la muerte.

Laura solía contrariar su fatal predisposición para la clorosis, yendo de tarde en tarde al curato con su her-

8 “clorosis”: “f. Med. Enfermedad propia del bello sexo, y especialmente de las doncellas y viudas caracterizada por una languidez general, por el cambio del color de la piel y por varios accidentes nerviosos acompañados casi siempre de desarreglo en la menstruación” (NDLC).

mano, donde jugaba, saltaba y recorría los campos; pero esta diversión no se repetía, porque el vicario no quería dar ocasión a que creyesen mal de su persona y supusiesen las gentes mordaces que era su hija, pues por efecto de las crueles preocupaciones que el mismo clero ha formado, un eclesiástico no puede tener cerca de sí una joven sin que sea motivo de escándalo.

Laura tenía otra ventaja sobre las niñas de su edad, porque además de estar dedicada a los varios ramos de su educación, recibía lecciones de baile cada tres días y así compensaba, en parte, la falta de aire libre y de ejercicio corporal, cosas que con nada se suplen, y por cuya ausencia es casi siempre tan raquítica la población femenina de las grandes ciudades. Sus días estaban distribuidos de este modo: por la mañana, a las seis, salía a misa con su mamá; de las ocho a las diez, estudiaba un día el francés, y otro el inglés; de las diez a las doce, hacía flores de cera o dibujaba, si era día en que debiese venir el maestro; comía entre doce y una y descansaba hasta las tres, limpiando sus macetas o aseando las jaulas de sus pájaros; de tres a cuatro venía el maestro de baile un día y otro el de aritmética, después escribía un poco, para ejercitar la letra, poniendo en limpio sus traducciones que guardaba para enseñárselas a su hermano; por la noche, solía hacer alguna visita con su mamá, quien estaba constantemente a su lado al tiempo de recibir la lección de los maestros.

Se ve, pues, que a este método de educación solamente faltaban dos cosas para corresponder al adelanto moral y físico de una joven: el aire puro del campo en épocas más repetidas y el desarrollo de la sociabilidad de que en México se carece casi absolutamente, pues se cree que con hacer una que otra visita en cada semana han concluido todas las obligaciones que el Criador nos impuso en calidad de hermanos de una gran familia.

Fernando continuó un largo rato solo en la salita, sufriendo el efecto de una reacción molesta.

En tropel vinieron a su imaginación los ensueños de gloria, de poder y de felicidad que habían impulsado su juventud, la imagen de Rosita, a quien nunca olvidaba, y las esperanzas que había concedido del futuro bienestar de sus hermanos, mediante el proyecto de asociación que había redactado con su amigo. 55

¡Ah! –se decía, comenzando a pasearse– yo, que esperaba eclipsar a mis rivales con el poder de mis buri- les, con la inspiración de mi genio, acaso no seré dentro de breves instantes más que un cadáver o un prófugo cubierto con la sangre que quiero derramar. ¡Qué terror! Y yo he comprometido en este lance a mi mejor amigo... 60 65

Rosita, la elegante Rosita, ¿podrá jamás recibir con agrado al que se ha manchado con un crimen? Y yo que había prometido a Luis ayudarle en su generosa empresa, ¿qué podré hacer si quedo herido, inutilizado o con la necesidad de pasar una vida errante, llena de agitación y de zozobra, como Caín? ¡Oh, Dios mío!, ¿y todo por qué?, porque hay un necio que quiere arrastrarme en su frenesí. 70

¡Pero esto ya no tiene remedio! ¡La suerte esta echada! Acaso en este momento vendrán a avisarme que ya me esperan, ¡y yo no tengo ni a quien decirle a Dios! –al decir estas palabras se paseaba a grandes pasos por la sala, lanzando terribles imprecaciones. 75

¡Sí –continuó–, hoy me arrastras al infierno, Montemar; pero no voy solo, porque te mandaré por delante para que me enseñes el camino y después moriré como hombre de corazón, para que otros farsantes como tú aprendan a respetar a las personas con quienes viven y a quienes insultan sin motivo! 80 85

La ira se pintaba en el rostro de Fernando cuando se abrió una mampara de la pieza en que estaba y apareció Laura con un traje color de rosa y un peinado elegante, diciendo:

90 —Señor, usted perdone la interrupción; pero desde mi recamara he oído que estaba usted representando y, como soy aficionada..., ¿estaba usted declamando el Otelo? Yo sé algunas piezas; ¿quiere usted que digamos algo del Torneo?

95 —Sí, sí –contestó Fernando avergonzado, sin saber lo que decía–; del Torneo, eso es, del Torneo.

—Pues si le parece a usted comience aquella escena en que Alberto hablando con Isabel, le dice:

100 Recuerda cara beldad,
 aquella noche preciosa,
 en que tu labio de rosa
 colmó mi felicidad.

—Es que –dijo Fernando muy turbado–, sin apuntador...

105 —Yo le iré diciendo a usted lo que necesite...

—Si se me ha olvidado del todo...

En aquel momento entró a la sala la señora y se impuso de que Fernando representaba.

110 —¡Muy bien!, ¡muy bien! Así podrán estudiar algún drama nuevo usted y Laura, que es aficionadísima. Yo no la he permitido hasta ahora que tome parte en ninguna de esas comedias que se llaman caseras, porque es muy chica y puede tomar algunos resabios que después sea muy difícil quitarle; y como nosotras no podemos ir al teatro, sino uno que otro domingo por la tarde, mi pobre Laura no adelanta en la declamación, a pesar de sus felices disposiciones.

115 —¡Es una lástima! –dijo Fernando, esperando hallar alguna salida a su embarazosa situación, porque jamás

94 *del Torneo*: Fernando de Calderón. Poesías dramáticas. *El Torneo* (Drama en cuatro actos).

99-102 Primer acto, Escena IV, p. 87.

había pensado representar, ni estudiar la declamación y temía que se le instase para continuar lo que inocentemente había creído Laura que era representación, por lo que se apresuró a preguntar a la señora: ¿Laurita dibuja, no es verdad? 120

—Sí, señor, y debía estar ya empezando a pintar; pero Luis quiere que aprenda bien el dibujo lineal además del natural, y ahora está la pobre muchacha muy atareada con los diversos órdenes de arquitectura. 125

—En el dibujo sí podré ayudarle a usted algo, Laurita, pero en la representación estoy perdido. 130

—Ahora lo estaba usted haciendo muy bien, según pude percibir...

—No, niña, fue una humorada; figúrense ustedes que soy incapaz de estarme quieto; me encontré solo y me puse a recitar un trozo de una comedia antigua, sin advertir que sería tal vez molesto. 135

—No, señor, de ninguna manera —dijo la señora—; basta que sea usted amigo de Luis para que pueda disponer libremente de esta pobre casa; seguro de que recibiremos muy bien cuanto usted haga. 140

Fernando dio las gracias y preguntó si tenía Laura algunos dibujos ya hechos, siempre con el objeto de variar el giro de la conversación.

Laura fue a traer algunos, y el primero que le puso a la vista representaba una terrible escena de desafío. 145

—Vea usted primero el original —le dijo Laura; y vio, en efecto, en un cuadro pintado al óleo, dos hombres decentes, sin casaca, espada en mano, cayendo a un tiempo en opuestas direcciones, traspasados de parte a parte, arrojando chorros de sangre; un sacerdote indeciso, sin saber a quién ocurrir primero y la policía aprehendiendo a los padrinos. 150

Fernando sintió un vértigo tan fuerte que casi soltó el cuadro que tenía en las manos.

—¿Qué tiene usted, señor? —le preguntó asustada la 155

señora; parece que le da a usted vahído; ¿quiere usted una poca de agua?

Laura se lanzó a la cocina y trajo un vaso de agua que Fernando al principio no quería tomar, diciéndoles:

160 —¡No es nada!, ¡no es nada!, suelo padecer esos desvanecimientos cuando dejo de purgarme; pero me pasan pronto.

—Pero está usted muy pálido, una poca de agua no le puede perjudicar...

165 Fernando la tomó y, procurando reprimir su emoción, volvió a tomar resueltamente el cuadro, y dijo a la niña:

—Compararemos con el original.

Laura acercó su copia hecha a dos lápices.

170 —¡Oh, muy bien!, este golpe de luz sobre la frente del combatiente de la derecha es muy bien imitado, muy feliz; ¡y qué hermosa fisonomía tiene el sacerdote!

—¿No lo conoce usted?

—Sí, sí, me parece...

—Es Luis.

175 —Ciertamente, el mismo.

—¿Y por qué se hizo retratar en tan crítico lance?

—Porque realmente le pasó el lance que aquí se representa: yendo para una confesión cuando servía de vicario en Tacubaya, oyó cerca del camino ruido de espadas; pero al llegar vio que caían moribundos los dos combatientes y desde entonces aborrece a todos los que se desafían.

185 —Tiene razón —dijo Fernando—, pues sólo los que tienen miedo del qué dirán, y poca firmeza para seguir las inspiraciones de su propia conciencia, son los que pueden aceptar un desafío, medio bárbaro que hay, para demostrar que se tuvo razón cuando se insulta a un hombre si después se le mata.

190 —Iremos a ver las flores de cera que está haciendo Laura; tal vez poniéndose usted en pie se le quitará el vahído, porque según estoy notando le sigue a usted.

—Es verdad, señora —contestó Fernando—; ahora me ha durado más que otras veces; ¡como he estado enfermo allá en Tepepam!

—¡Y qué mal la habrá usted pasado en ese páramo! 195
Luis se obstina en no tener criadas...

—Pues he estado muy bien, a pesar de mi enfermedad, gracias a los exquisitos cuidados de su hijo de usted.

—Mira, Laura, abre la vidriera que cae al canal, así verá el señor mejor las flores y recibirá el fresco. 200

Laura abrió efectivamente la puerta de un balcón y se asomó por él para divisar el canal.

—Aquí paso las horas enteras, cuando escribe Luis que debe llegar; como se embarca en Xochimilco por la noche, viene entre siete y ocho de la mañana. 205

—¡Qué abundante verdura!, ¡cuántas flores!, ¿no quiere usted verlas, señor Hénkel?

El joven se acercó al balcón y vio en efecto multitud de canoas y de chalupas llenas de verdura, que iban llegando de Xochimilco, Ixtacalco y Santa Anita por el canal que llaman de la Viga, y que atraviesa parte de la ciudad hacia el oriente, a espaldas del convento de la Merced. 210

210 *Ixtacalco y Santa Anita*: “Entre los paseos públicos que cuenta la ciudad de México en sus alrededores, merecen preferente atención los de Santanita e Ixtacalco, situados a la orilla del canal que conduce por el centro de la ciudad de México, las aguas de la laguna de Chalco al lago de Texcoco. Esos pueblecillos se visitan embarcándose los viajeros en las canoas que alquilan en el paseo de la Viga, ancha calzada con árboles verdes y frondosos que se retratan en el fondo azuloso de las aguas, cuya superficie tranquila apenas se mueve [...]” (MPAM).

212-213 *Convento de la Merced*: Los religiosos calzados de la Merced fueron los primeros regulares que llegaron a la Nueva España. Comenzaron a levantar el convento de la Merced y la iglesia el 8 de septiembre de 1602. Este convento fue rico en libros y pinturas de varios maestros célebres y varias veces convertido en cuartel, por lo cual estas riquezas fueron maltratadas y destruidas por la soldadesca ignorante. Los mercedarios abandonaron el convento en diciembre de 1860 en virtud de las leyes de Reforma; y se comenzó a derribar el edificio en agosto de 1862 (MPAM).

—¡Cuanta animación! —dijo Fernando al observar
 215 el tráfico que hacían los indígenas de las chalupas y los
 rescatadores que, con enormes canastos, acarreaban las
 lechugas, las coles, los nabos, zanahorias, cebollas, ajos,
 etcétera, etcétera, para los mercados de la ciudad.

—Increíble parece —dijo el joven— que se consuma en
 220 México tan enorme cantidad de verdura y que se com-
 pren tantas flores.

—¡Ah, señor Hénkel!, ¿qué diría usted si viese los
 viernes de Dolores que todo el canal se cubre de canoas
 de flores? En esa mañana tenemos un paseo muy concu-
 225 rrido, porque innumerables familias vienen a comprar
 ramilletes para sus altares.

Fernando encontró, en aquellos momentos, que la
 vida, por angustiosa que sea, tiene momentos de apacible
 bonanza y que, ante un sol tan esplendente como el de
 230 México, al lado de una jovencita completamente sencilla
 y candorosa, admirando las producciones de la natu-
 raleza y sintiendo el ambiente tibio de nuestro delicioso
 clima, era tan prosaico morir o matar voluntariamente
 que sólo un loco podría pregonar como bueno el sistema
 235 de los desafíos, cuando todo lo que le rodeaba impulsaba
 la vida. Por desgracia, esta reflexión, este sentimiento,
 era una acusación contra Fernando en tal momento; po-
 dría servir para lo sucesivo, pero el que va a batirse, sin
 necesidad, es como el que prepara un suicidio: no tiene
 240 porvenir, no tiene mañana.

La señora, que no perdía de vista a Fernando, creyó
 que le seguía la indisposición y le dijo:

—Señor Hénkel, a usted le sigue el malestar, tenga
 usted confianza; está en su casa, díganos si quiere repo-
 245 sar o tomar algo...

—Mil gracias, señora —contestó Fernando visible-
 mente conmovido—; esto no es nada y debe pasarme muy
 pronto.

—Así decía usted antes —observó Laura.

—Pero ya me siento mejor; ¿no me iba usted a enseñar sus trabajos en cera? 250

—Es verdad –contestó Laura; y recorrió una cortina con que cubría los objetos que tenía formados.

—¡Qué magnífica colección de dahalias! –exclamó realmente admirado Fernando–, ¡cuántos colores!, ¡cuántos matices!, ¡y cuánta verdad en la imitación! 255

—Pues me faltan algunas –dijo Laura, a cuyo rostro había subido la sangre causándole un sonrojo no muy vivo, pues ya hemos indicado que empezaba a estar clorótica–; apenas tengo poco más de cien clases. Esta colección debía haberse llevado desde antier a Santiago Tianguistengo, pues iba a servir para adornar los altares de la iglesia en la función de nuestra Señora; pero no han venido por ella, y voy a venderla al convento de Jesús María de donde me han instado por comprármela, y cuando vengan de Santiago, les diré a los del pueblo que han sido unos informales y que más palabra tiene una mujer. 260

—¡Bien dicho!, y aun eso es poco. ¿Y qué flores son esas que están después de las dahalias? 265

—¿Qué no las conoce usted? 270

—Tengo idea de haberlas visto, pero no puedo recordar dónde, ni cómo se llaman.

—Son camelias.

—¿Camelias?

—Sí, hace poco que han empezado a mostrarlas los extranjeros en sus jardines, y yo me he apresurado a imi- 275

261-262 *Santiago Tianguistengo*: “La cabecera es la villa de Tianguistenco de Galeana, situada á 19 kilómetros al noroeste de Tenancingo, y á 25 al Sureste de Toluca” (*vid.* VELASCO 1980, pp. 114-115).

264-265 *Convento de Jesús María*: Iglesia y convento de México. El convento fue fundado en 1580 para religiosas donde fuesen admitidas las hijas de los conquistadores sin que tuviese dar dote alguno. Las monjas de este convento se trasladaron al de Regina, donde permanecieron hasta la época de la exclaustación definitiva, en 1863 (*DGH*).

273 *camelias*: “Camelia.- Arbusto originario de Asia, cultivado como ornamental. *Camellia japonica* L.- Teáceas.” (*CdePM*).

280 tarlas. Son las flores que salen mejor en la cera por el lustre que sacan y porque se les puede dar cuerpo. He vendido muchas; ¿cuáles le agradan a usted más, las blancas o las encarnadas?

—No es fácil decidirse; son tan lindas unas como otras; pero, en fin, prefiero las encarnadas.

285 —Precisamente había formado para Luis este ramito —y le presentó a Fernando tres camelias de las que dos eran de un rojo muy apacible, diciéndole: se lo regalo a usted.

—Pero lo había usted trabajado para su hermano.

—Le haré otro.

290 Fernando aceptó el ramo pidiendo antes permiso a la señora y dio las gracias a la niña elogiando justamente su destreza.

La señora le explicó enseguida cuál era la distribución que el vicario había hecho del tiempo de Laura y de qué manera en una edad corta y, lo que es más notable, trabajando sin compañeras que tanto excitan y estimulan, había conseguido aquellos adelantos.

295 —Pero los maestros vencerán mucho en cada mes.

300 —Luis le ha cedido a su hermana el rédito de una capellanía de sangre a cuyo título se ordenó, diciéndome: las pobres mujeres son las que necesitan capellanías y no los hombres. Además de esto, como no vienen los maestros diariamente, el honorario es mucho menor. Desde que consiguió Laura alguna perfección en las flores de cera, ella misma paga a sus maestros de inglés y francés que ha querido aprender, y compra los pocos vestidos
305 que solemos necesitar.

297-298 *capellanía de sangre*: "Fundación hecha por alguna persona, y erigida por el ordinario eclesiástico en beneficio, con la obligación de celebrar cierto número de misas o levantar otras cargas espirituales. Las de esta clase son colativas, a diferencia de otras que son puramente laicales, en las cuales no interviene la autoridad de lo ordinario [...]. Si llamó el fundador para disfrutarlas a sus parientes o a los de las personas que señaló como tronco y cabeza de línea, llámense entonces colativas de sangre" (DEH).

—¡Excelente criatura!

La madre continuó el elogio de Laura que se había vuelto al balcón, en parte por modestia y en parte por esa curiosidad de que siempre dan muestra las jóvenes, con la misma repetición que los pájaros saltan en sus jaulas en busca de su libertad, pues a decir verdad, la mujer vive siempre tan aprisionada como ellos. 310

—Ha tenido mucha fortuna porque nunca le faltan compradores para lo que trabaja. Ahora está muy enojada con los de Tianguistengo y dice que por ningún dinero hará para ellos una sola flor. 315

En este momento, la joven interrumpió la conversación diciendo en voz alta:

—¡Ya viene Luis!, ¡ya viene Luis! Acaba de bajarse de un coche, ¡voy a encontrarle! —y de un salto se puso en el corredor, y luego en el portón. 320

Fernando se sintió desfallecer; pero sabiendo que debía hacerse superior a toda emoción, se hincó un colmillo en el labio inferior para que el dolor le diese energía y salió acompañando a la señora que también fue a recibir a su hijo hasta la puerta de la sala, a la sazón en que éste atravesaba el corredor abrazado de Laura. 325

XI

EL ALMUERZO EN FAMILIA

EL VICARIO LLEGÓ FIJANDO desde luego una mirada profundamente investigadora en su amigo que, involuntariamente, se estremeció como si estuviese delante de su juez y hubiera cometido un crimen, y le entregó un papel que éste se apresuró a leer. Las señoras por discreción iban a retirarse, pero el vicario les hizo seña de que estuviesen quietas, porque llevaba generalmente la máxima de dar a la mujer el mayor participio posible en los negocios, creyendo con razón que muchas cosas se hacen mejor y se comprenden más pronto por ellas que por los hombres, y que otras no pueden absolutamente desempeñarlas porque se les aleja intencionalmente de todo negocio serio y después se les culpa de una ignorancia que no han tenido oportunidad de vencer.

—Puedes leer recio —dijo el vicario.

Fernando leyó lo siguiente:

“El general N. de N. (suprimimos el nombre), certificado:

“Que habiendo conferenciado como padrino nombrado por el comandante de batallón don Arturo de Mon-

temar, con la persona autorizada al efecto por don Fernando Hénkel, a fin de arreglar las condiciones del duelo convenido entre estos últimos, después de haber examinado detenidamente, como era nuestro primer deber, las
 25 circunstancias del caso que han dado origen a la cuestión, hemos “declarado”: que no hay motivo suficiente para que el duelo se verifique; con cuya resolución quedaron conformes los interesados firmando conmigo por duplicado esta constancia para resguardo de su honor.

30 México, septiembre 9 de 1846.”

Firmaban enseguida el general que certificaba y Montemar.

—¿Pero cómo te has compuesto —preguntó lleno de gozo Fernando—, para llegar a este resultado?

35 —Muy sencillamente. Después de preguntar en varias casas de la calle de Santa Isabel, porque te olvidaste de decirme el número, llegué a una especie de accesoria que tiene al lado de la puerta una Y griega y arriba en el marco un número 9; vi allí dos soldados y dije, para mi
 40 sotana, aquí debe ser. Efectivamente, subí una escalera que hay en la misma pieza de abajo y, sin esperar que me anunciaran, al llegar a la pieza de arriba dije ahuecando la voz y haciendo el ceño más terrible que pude:

—¿Esta aquí el comandante Montemar?

45 —Se presentó un joven de ojos negros, robusto, con bigote y perilla poblada, que con la mayor atención contestó:

—Servidor de usted, padrecito; tome usted asiento si gusta —y me señaló un sofá.

50 —Yo no acepté el asiento del sofá, dejé caer intencionalmente mi turca por el lado derecho, y pasándola por debajo del brazo con ese ademán amenazador que ostentan a veces algunos padres que se pasean por las calles columpiando el brazo derecho, tomé una silla or-

dinaria y di con ella muy marcialmente un golpe en el suelo diciendo: 55

—No me agradan los asientos blandos.

—Al golpe que di volvió la cara un militar viejo que se había puesto a escribir después de mi llegada y que, cuando yo llegué, hablaba acaloradamente con Montemar. El viejo me lanzó una mirada en que se retrataban a la vez el enojo y la sorpresa. 60

—Estoy a las órdenes de usted –me dijo con estudiada afabilidad el comandante.

—El negocio que traigo –contesté con voz breve– es muy sencillo; lea usted esta carta –y le entregué tu respuesta. Montemar muy pausadamente se paró después de leerla y la pasó al viejo militar, quien después de imponerse de ella, acercó una silla al lugar donde yo estaba y se puso delante de mí, manifestando una admiración extraordinaria. 70

—¿Usted es el padrino nombrado por don Fernando Hénkel para un desafío? –me preguntó el viejo, remarcando estas palabras: “¿para un desafío?”

—Sí –contesté secamente. 75

—¿Y el carácter de usted?

—Ése es negocio mío, mientras no se encuentre en las leyes de los caballeros alguna que excluya a un eclesiástico de prestarle a un hermano sus auxilios en un lance de honor. El duelo es una especie de juicio de Dios, y ustedes saben que antes asistían los prelados y las comunidades religiosas a estos juicios y daban en ellos su voto. 80

Considerando que me las había con unos ignorantes, añadí luego muy erguido. 85

—Esto nada tiene de particular, y la misma Escritura nos encomienda cuidar nuestra honra; yo voy en esta vez al duelo por la honra de mi hermano.

—¡Su hermano!, –se dijeron mutuamente los dos militares y enseguida, volviendo Montemar a su fingi- 90

do aplomo, me dijo, bajando sus pobladas cejas hasta cubrir casi los ojos:

—¡Está bien!, ahí tiene usted mi padrino y pueden arreglar las condiciones del desafío.

95 —¿Las condiciones? –dije yo mostrando extrañeza–. Están ya determinadas en la carta que acaban ustedes de leer y, por cierto, que son muy claras: usted elegirá las armas entre espada y pistola; mi hermano tirará primero y el desafío es a muerte. Como el bosque de Chapultepec
100 es muy frecuentado, podría sorprendernos la policía y por esto iremos a las lomas de Tacubaya, por ejemplo. Son las diez del día, tengo en la puerta un coche que puede conducirnos en el acto...

105 —Algún motivo particular tendrá usted para señalar las lomas de Tacubaya.

—Escoja usted cualquiera de los alrededores de México; por la Villa de Guadalupe, por el Peñol o por la salida de San Agustín, me es igual y, sobre todo, debiendo yo de entenderme con el padrino de usted –dije
110 dirigiéndome groseramente a Montemar– él es quien debe elegir.

—¡Pero, padre! –me dijo entonces el viejo– permítame usted que le haga observar que los desafíos no se

107 *la Villa de Guadalupe*: “La Villa de Guadalupe se halla situada al Norte, a distancia de una legua de la capital, en las orillas del lago de Texcoco. Conducen a ella dos calzadas; una piedra, construida a la izquierda sobre los potreros cubiertos de agua la mayor parte de la estación del verano, y otra a la derecha, de tierra, con dos líneas de álamos blancos que forman una escena óptica, si bien algo triste por la aridez de los contornos y por la tinta deslavada de las hojas de los árboles” (*vid.* PAYNO 1855 y 1856, p. 11).

108 *el Peñol*: “El Peñol o Peñón de los Baños. Al oriente de México y a una legua de distancia, se halla un espaciosos llano que antiguamente estaba cubierto de agua [...]. En medio de él se presenta un cerro aislado de 25 a 30 toesas de alto [...]. Junto a la falda del cerro, que comúnmente se conoce con el nombre de *Peñol de Baños*, hay un manantial de agua termal bastante copioso, pues no baja de seis a ocho pulgadas su surtidor, y se llama como le cerro, *Agua y baños del Peñol*” (DUH).

108 *San Agustín*: *Vid.* nota p. 251 .

arreglan así con tanta precipitación, la vida de un hombre es negocio de mucha gravedad... 115

—¿Pues cómo se arreglan? —le interrumpí.

—Primero discuten los padrinos si la causa que motiva el duelo es suficiente; ésta es precisamente la parte más importante de su oficio.

—Sea en buena hora. 120

—¿Está usted al tanto de los hechos?

—El señor —dije señalando a Montemar— le dio un golpe en la espalda a mi hermano y enseguida le tiró un guante que éste le echó a la cara, empujándole después a un estanque lleno de agua, del que salió sin novedad. 125

—¿Y el motivo de esta disputa?

—Creo que una pura broma.

—¡Pues bien! —dijo el militar como triunfando de mí— yo declaro que tal motivo no es suficiente para un desafío.

—Si es de la misma opinión el señor —dije, señalando a Montemar. 130

—A mí no me corresponde hablar y usted me lo acaba de recordar.

—Pues en tal caso que retire el señor su carta de duelo... 135

—No es necesario —replicó el viejo— ni sería suficiente. En estas ocasiones se acostumbra que los padrinos den una certificación, declarando que las causas que se han presentado no son motivo suficiente para el desafío y, si los interesados se conforman, es negocio concluido. 140

—Yo sólo podría aceptar esa certificación en nombre de mi hermano, si fuese igualmente honrosa para ambos contendientes.

—Por supuesto. 145

—Pues extiéndala usted.

Extendida que fue la leí, la releí y manifesté al fin mi conformidad; la firmaron como ves el viejo general y Montemar. He traído los dos ejemplares para que tú

150 también los firmes y sólo te diré en conclusión que, al despedirme de los militares, el viejo me apretó la mano, diciéndome:

—¡Ah, padrecito! Un consejo quisiera darle a usted.

—¿Cual es, mi general?

155 —Que no vuelva usted a intervenir como padrino en ningún desafío, porque tiene el genio muy belicoso.

Una estrepitosa carcajada dada al mismo tiempo por las tres personas que escuchaban al vicario, acogió estas últimas palabras, como la señal de que había pasado una terrible tormenta y de que a la ansiedad del principio sucedía una ingenua alegría. Fernando firmó los dos ejemplares de la certificación, guardó uno y devolvió el otro al vicario, quien saliendo al balcón hizo seña al cochero para que subiera una persona que estaba en el coche y que había acompañado al padre para recoger el ejemplar que correspondía a Montemar.

160 Fernando, lleno de júbilo, quiso darle las gracias a su hermano, pues así comenzó a llamarle desde aquel instante, pero éste se apresuró a cortarle la palabra, exclamando con tono festivo y ligero:

—Ahora, a almorzar; casi todos los desafíos acaban así.

175 —Pero dime, Luis,— dijo la señora— ¿qué tenías pensado hacer para el caso de que el desafío se llevara adelante?

—Nada.

—¡Cómo!, ¿y así impulsabas con tanta fuerza a los contrarios?

180 —Sí, porque necesitaba reconocer primero, cuánto había de verdad en sus intenciones; yo quise ser padrino de Fernando, porque ya lo conozco bien, es tenaz, y se hallaba en un estado tal de aturdimiento que no escuchaba razones; y es claro que mientras yo fuese persona necesaria en el desafío, éste no se había de verificar. Ya sabe usted, madre, que así obro siempre, sigo el

185

impulso de mi corazón encomendándome al Todopoderoso y casi siempre salgo bien. Con que Laura, danos de almorzar.

—Es necesario esperar un poquito para que traigan el almuerzo. 190

Fernando tomó la palabra diciendo:

—Es probable que no esperando ustedes tener compañía, por mí se demore el almuerzo y... así, con permiso de ustedes... e hizo señal de buscar su sombrero.

—De ningún modo, señor Hénkel —dijo la señora—, no hay retardo ni molestia por usted; al contrario, tenemos mucho gusto con su compañía. 195

Fernando dio las gracias y la señora continuó:

—Antes teníamos cocina, como en todas las casas, y nos quitaba el tiempo a Laura y a mí, aunque hubiese cocinera; por fortuna una pobre señora, viuda, con varias 200

niñas y que no tenía recurso alguno, nos propuso que en unión de otras varias familias “pobretonas”, costeásemos en común un gasto módico y que ella y sus niñas cuidarían de guisar, comportándose de modo que tuviésemos todos alguna economía y ella sacase del “montón” la subsistencia de su familia. Al principio hubo pocas que se prestasen; pero yo luego admití la oferta por el empeño de que Laura no se distrajese en esos enfadosos oficios domésticos, sino que adelantase en su educación, y no me he 205

arrepentido, porque unas diez familias que a poco tiempo se han “reunido” han experimentado inmediatamente que gastan poco menos de lo que antes gastaban y economizan el sueldo de la cocinera y, lo que es todavía mejor, evitándose el enfado de cuidarla, dirigirla y regañarla, 210

están muy bien atendidas, hacen una obra de caridad beneficiando a otra familia y ésta logra, a veces, hacer sus pequeños ahorros que con gusto le hemos cedido, siendo de notar que es la comida tan abundante, que ahora que 215

hemos pedido para cuatro personas, verá usted que podrían comer seis cómodamente. Tenemos que esperar un 220

poco, porque nunca despachan las comidas sino después de dar las doce, punto en el que hemos convenido gustosas, porque en estas asociaciones es indispensable que se
 225 traten los asociados con verdadera igualdad, sin preferir a nadie ni en cuanto a la hora ni en la calidad y cantidad de los alimentos, porque de lo contrario se destruye completamente el equilibrio y entra inmediatamente la rivalidad, las odiosidades y la anarquía.

230 Al concluir estas, palabras avisó Laura que ya podían acercarse a la mesa.

El vicario, durante la comida que pareció en efecto a Fernando abundante y muy bien condimentada, acaso por estar al gusto mexicano, y después de brindar con un
 235 poco de pulque del que todos participaron, aumentando así la natural alegría, comenzó a hablar con entusiasmo del proyecto que empezaban a coordinar los dos hermanos, poniendo al alcance de la familia con sencillas explicaciones sus imponderables ventajas y, anunciando que en la vida semicampestre que iban a tener, Laura recobraría su buena salud, que miraba algo marchitada.

240 La señora, que con su natural comprensión alcanzó toda la importancia de la idea, dijo con cierto dolor, por tener que contrariar la extremada alegría que mostró desde luego la niña:

—Pero, hijo mío, esas ideas no son para los pobres, sino buenos deseos enteramente irrealizables. Los ricos no conocen las aflicciones de las clases desdichadas y por esto seguramente no dan traza de remediarlas, siendo
 250 los únicos que pueden hacerlo; ¿qué vas tú a lograr sin los recursos suficientes?

—Es que no faltarán tales recursos, madre mía.

—Entonces no te demores ni un solo día y cuenta con que te seguiremos si es que en algo podemos servirte; de lo contrario déjanos; esos benéficos proyectos, en
 255 que se interesan tantos pobres, no deben estorbarse por las consideraciones de una familia.

—Por fortuna —dijo el vicario—, lejos de embarazar-me ustedes, me ayudarán muchísimo.

—En tal caso te seguiremos luego que te parezca oportuno; ¿qué dices Laura? 260

—Que sí, mamá; pero que sea sin tardanza, porque yo necesito la vida del campo, el aire libre, el sol, aunque tenga que vestirme como pastora y seguir mi ganado cuando vaya al monte. 265

—Muy pronto veremos si sabes cumplirlo —dijo el vicario.

—Lo veremos, ya sabes que tengo palabra.

—Hoy me vuelvo a Tepepam; encargaré al doctor Torreblanca los pocos enfermos que aún quedan en Xicalco; entregaré la vicaría y dentro de dos o tres días marcharemos Fernando y yo hasta cerca de Sayula a fundar la colonia en la municipalidad de Atoyac. 270

—Por tu parte debes expeditarte, Fernando; arregla tus cuentas, paga si debes, cobra, etcétera, para que marchemos en la semana entrante. 275

Fernando se volvió a su almacén para cambiar en oro los diez y seis mil pesos que le hemos visto arrojar a los pies de don Domingo Dávila; y el vicario en la noche de aquel día se embarcó para Xochimilco, a fin de avisar al cura principal que dejaba la vicaría, y para encargar los pocos enfermos, que quedaban en San Miguel, al médico de Tlalpan. 280

TERCERA PARTE

EL PUENTE DE DIOS*

ERA UNA TARDE DE otoño; la tempestad bañaba las Escabrosas serranías que tiene el camino de Taxco para llegar al paso del río llamado Huajintlán, y el rayo, hiriendo las rocas volcánicas que obstruyen el penoso sendero, se hundía en las entrañas de aquellos montes. 5 La fuerza del huracán era tan grande y la oscuridad que producía tan densa, que una caravana, que a la sazón pasaba por aquella serranía dirigiéndose a Cuernavaca, perdió el camino, descarriándose los viajeros por

* *El Puente de Dios*: “Loma del Edo. de Mor. cerca de la cual y en el cerro de los Ídolos se encuentra una gruta con cinco bóvedas y que está tapizada de estalactitas. Pertenecen a los terrenos de aluvión de la villa de Xochitepec” (DGH).

2 *Tasco*: Taxco. “Municipalidad del departamento de Alarcón, estado de Guerrero. [...] su principal elemento de riqueza es la minería, y fue una región conocida antes de la Conquista pues se sabe que de allí se mandaban, como tributo a Moctezuma, ladrillos de barro que contenían metal. [...] ha producido inmensas riquezas, es notable además por su hermoso templo parroquial que se edificó a expensas del rico minero José de la Borda” (DGH). “Centro de turismo conocido en el país y en el extranjero, por su arquitectura virreinal, sus calles inclinadas, empedradas y angostas, sus casas y construcciones a distinto nivel que le dan un sello característico” (DP).

3 *Huajintlán*: “Río llamado también de Amacuzac, en el Edo. de Mor.; desembocan en él los ríos de Coatlán ó Tetecala, Tembembe, Yautepec y Cuautla; sus aguas corren de O. á E. en la parte más baja y meridional de dicho Edo” (DGH).

10 diferentes lados. Uno de ellos, después de errar en varias direcciones, atravesando algunas quebradas y precipicios, llegó felizmente, algo disminuida la tempestad, a una meseta casi plana, de una grande extensión, especialmente de norte a sur, que no parecía contener
15 pueblo alguno.

El viajero tenía como una idea fija llegar al paso del río que había dejado a la derecha y, por tanto, creía que caminando al sur llegaría a encontrarle, por lo que dirigió hacia este punto un arrogante caballo retinto en que
20 venía montado, el que, a pesar de los esfuerzos que había hecho para salvar a su amo en aquella penosa travesía, no daba señales de cansancio.

El viajero dejó el llano, siguió una pendiente barrosa y resbaladiza por la mucha agua que caía, continuando después algunos senderos que al acaso solía distinguir,
25 muy quebrados, llenos de esas piedras blancas y azules de formación plutónica, que tanto abundan en las cañadas de nuestra tierra caliente.

—¡Oh, Dios mío! —dijo con inquietud—, ¿dónde estoy? Sin duda me he vuelto a extraviar, porque aquí no hay señales de camino alguno y si llega la noche sin haber salido de este laberinto ¡soy perdido! ¿Qué habrá sido de mis compañeros...?

30 El viajero se hallaba en aquellos momentos, sin saberlo, en el Puente de Dios y sobre la gruta de Cacahuamilpa, dos maravillosas creaciones de nuestro suelo, que no tienen igual en el mundo.

27 *formación plutónica*: "plutonismo. Teoría que atribuye la formación de la corteza terrestre al fuego interior que se manifiesta en los volcanes" (DUE).

35 *gruta de Cacahuamilpa*: "Cerca del pueblo de Cacahuamilpa, municipio de Tetipac, distrito de Alarcón, E. de Guerrero, situado a 7 leguas al N. de Taxco, se encuentra la famosa caverna de Cacahuamilpa. Los accidentes exteriores del terreno se relacionan notablemente con esa gigantesca obra natural. Son dos cavernas, de las cuales, una ve al N. y otra al S. reuniéndose frente de la primera los dos ríos que forman el Amacuzac" (DGH).

El Puente de Dios es la última prolongación de una planicie medianamente elevada y en declive que corre hacia el sur, probablemente desde la falda del Nevado de Toluca, en una extensión como de veinte leguas y que en su trayecto ha sufrido infinidad de quebradas en la misma dirección, a las que varios ríos más o menos caudalosos se han encargado de profundizar, en un trabajo continuado por muchos siglos.

Estos ríos, desde el pintoresco salto de Tenancingo hasta el torrente llamado de Pregones, que baja del cerro Huisteco, cerca de Taxco, van sucesivamente confundiendo sus aguas hasta formar dos grandes masas, la una en la barranca de San Jerónimo, la otra cerca del pueblo de Chontalcuatlán, separadas únicamente por la parte alta del llano de que hemos hablado.

Estos dos caudalosos ríos llegan a perderse, porque sin exageración alguna “se los traga la tierra”, y caminan ocultos, el de San Jerónimo como unas dos leguas, y el otro todavía mayor extensión de terreno, porque se hunde primero para salir después los dos en un paraje que se llama las “Bocas”, en dos corrientes tan cercanas una de otra que a muy poca distancia confluyen formando el caudaloso Huajintlán que no puede vadearse y que se pasa en balsas aun en tiempo de secas.

Viniendo de Taxco por Acuitlápam,¹ se divisan hacia

1 Significa “más allá del agua” y, en efecto, yendo para dicho pueblo se le encuentra en una elevación después de los ríos. Las indígenas pronuncian Acuitlápam acentuando la tercera sílaba [N. del A.].

40-41 *Nevado de Toluca*: “Nevado de Toluca o Xinantécatl. Hermosa montaña en el Edo. de Mex. al N.O. de la Sierra de Temascaltepec; situado a los 19° 11' de Lat. N. y 0° 45' de Long. E. del Mer. de México; dista unos 22 Km. de la Cap. del Edo. Su altura S. N. M. es de 4578 ms. En el Pico del fraile, que es el más elevado de esta montaña” (DGH).

51 *Chontalcuatlán*: Chontalcuatlán o Malinaltenango. Río de los estados [sic] de México, Guerrero y Morelos. Nace en el Nevado de Toluca, corre

la izquierda las dos bocas o narices despidiendo enormes cantidades de agua, y viniendo de Zacualpam por el Mogote,² pasa el caminante entre los dos “Sumideros”, terribles Aquerontes que absorben por un lado, como hemos indicado, el caudaloso río de Chontalcutlán, y por otro, el no menos considerable de San Jerónimo.

65
70 Réstanos añadir que sobre este Puente de Dios está el pueblo de Cacahuamilpa, que se ha hecho famoso por la gruta del mismo nombre que tiene a muy corta distancia, cuya existencia no han revelado los indígenas sino hasta el año de 1835...

75 El viajero estaba a punto de contramarchar a la tierra plana, que antes había dejado, abandonando la idea de llegar al paso del río, cuando acertó a divisar un grupo de árboles que sobresalían en un recodo formado por varias colinas, hacia donde dirigió su caballo con la esperanza de hallar algún abrigo. Conforme fue acercándose, pudo distinguir una casita en la que se resolvió a pedir posada. A la entrada de aquel rústico albergue, vio algunos corpulentos aguacates, cuyo espeso follaje cubría la casita, resguardándole de la lluvia, y de cuyo tronco estaban atadas unas vacas.

80
85 El viajero, luego que estuvo cerca de la casita, comenzó a dar voces, y salió de ella corriendo un muchacho que con cierta alegría iba a tomar la rienda del caballo; pero

2 El Mogote no es más que una mala posada de arrieros; se ha hecho célebre por un árbol magnífico, bajo cuya sombra, según asegura la tradición, colocó Pedro Asensio, tercer jefe de la Independencia, seiscientos caballos [N. del A.].

subterráneamente 5 kilómetros a su paso por las grutas de Cacahuamilpa. Al salir se une al San Jerónimo para desembocar en el Amacuzac” (GDM).

73 *hasta el año de 1835*: “Parece que fueron conocidas desde antes de la conquista, y después los indios de los pueblos circunvecinos siguieron conociendo su existencia, pero ocultándola a los españoles, hasta que en el año de 1834 dieron asilo en ellas a un acaudalado propietario de Tetecala para retraerlo de la acción de la justicia. Este fue el motivo de su descubrimiento, y de que empezaran a acudir los visitantes” (DP).

luego que desconoció al jinete desapareció. Enseguida salió una anciana de tez morena, facciones gruesas y mal gesto, vestida de enaguas azules y camisa blanca que dejaba ver los brazos y parte del pecho, quien con voz des- 90
templada preguntó al viajero ¿qué buscaba?

Éste, como la lluvia continuaba, le suplicó que por un momento le permitiera descansar, porque se había extraviado, añadiendo que pagaría al que le sirviese de 95
guía. La vieja alzó los hombros diciendo:

—¡Aquí yo sola vivo con mi sobrino —y señaló al muchacho que estaba ya a su lado contemplando al viajero con estúpida admiración—; y no hay ningún hombre que pueda salir al camino! 100

El viajero suplicó entonces le diese posada por aquella noche; a lo que contestó secamente la anciana que allí no podía quedarse. A este tiempo habían salido de la misma casita una joven cubierta con un rebozo fino y un hombre muy alto que se quitó de la cabeza un sombrero de palma que traía puesto y teniéndolo en la mano impedía que la 105
joven se mojase, porque continuaba lloviendo. Ésta habló algunas palabras en mexicano a la anciana, y el viajero, oyendo aquel idioma, reiteró, en el mismo, su súplica.

La joven, dulcemente sorprendida de oír al pasajero que la hablaba así, respondió con inimitable candor y con la delicadeza tan natural en el idioma azteca: 110

—Esta noche descansaréis aquí, yo le diré a mi padre, si viniere, que sois buen caminante y tendrá mucho gusto en veros. 115

La anciana la dirigía miradas muy inquietas y como de reconvención, mientras el hombre alto, que no comprendía el mexicano, estaba admirado; pero la joven hizo seña al muchacho para que tomase el caballo e invitó al viajero para que pasase a guarecerse del agua bajo una especie de portalito que tenía la casa, enfrente de una huerta de mediana extensión. Allí se sentaron en unos bancos de madera, el pasajero y el hombre del sombrero de paja, 120

125 después de que aquél se quitó el zarape que estaba empa-
pado y sacudió las chaparreras y el sombrero. Entre tanto,
la joven fue a ver a la anciana con objeto de que prepara-
se alguna merienda, lo que inmediatamente comenzó a
cumplirse, a juzgar por el ruido del “metate”³ y según el
130 empeño que mostraba el muchacho, después de desensi-
llar el caballo, por ordeñar una de las vacas.

El viajero, que no había tenido tiempo de fijar su
atención en el hombre que salió con la joven por la grata
sorpresa que la hermosura y amabilidad de ésta le ha-
bían causado, habiéndose quedado en el portalito solo
135 con él, tuvo que dirigirle la palabra:

—No sé qué hubiera sido de mí —le dijo, procurando
al mismo tiempo examinarle con la vista—, si no hubiese
logrado llegar a esta casa, porque he perdido completa-
mente el camino, sin saber qué ha sucedido con mis com-
pañeros; ¿está cerca de aquí el paso del Huajintlán?
140

Su interlocutor, sin mostrar la menor curiosidad, con-
testó muy tranquilamente:

—No sé, aquí sin duda le ha traído a usted un mal
espíritu; ¿cree usted en los malos espíritus?
145

El viajero frunció las cejas, lleno de sorpresa, y no
contestó sospechando que tenía que habérselas con un
loco, ya por lo inesperado de la pregunta, como porque
la persona que la hacía tenía unos terribles ojos verdes
saltones, de una expresión particular, casi extática.

150 —Le pregunto a usted ¿si cree en los malos espíritus?

—No.

—¿No cree usted en los malos espíritus?

—¡En los malos! —replicó el viajero, llamando en su
auxilio todos sus recuerdos, porque la pregunta del que
creía loco empezaba a serle embarazosa—. ¡En los malos
155 espíritus, no!

3 Es una piedra en forma de plano inclinado, que tiene tres pies en que
recarga y sirve para moler el maíz [N. del A.].

—Y cuando va usted en un camino y rueda desde alguna altura una piedra que viene a matar su caballo o a herir a usted, ¿quién desprende esa piedra, Dios o el diablo? ¿Y cuando sale usted con ánimo de hacer una buena acción y encuentra usted inesperadamente a su paso algo que le desvía y le hace cometer una cosa mala, quién le puso a usted este obstáculo, el principio del bien o el principio del mal? 160

El viajero, envuelto en este terrible laberinto metafísico, atacado tan de improviso por un hombre cuyo poder en la argumentación le parecía irresistible, vio con júbilo que volvía la joven a reunirse con ellos diciendo muy alegremente y dirigiéndose al mismo. 165

—No tarda la tía Antonia en traer alguna cosa para merendar... 170

El de los argumentos interrumpió:

—Oye, María; como este señor estará muy poco tiempo con nosotros probablemente, pues ya la tarde empieza a aclarar y pasará muchísimo tiempo antes de que volvamos a hablar con alguna otra persona que pueda confirmarte lo que ahora te explicaba acerca del principio del bien y del mal, me he apresurado a proponerle la cuestión. 175

—¿Y qué dice usted? —preguntó María al viajero—; ¿cree usted en los espíritus malos? 180

Había tanta naturalidad en la pregunta, era tan insinuante la voz de María, que el viajero al contestar se atrevió a comenzar su respuesta diciendo:

—Mariquita...

—Dígame usted María; ¿y usted cómo se llama? 185

—Fernando Hénkel.

—Yo soy solamente María, y éste, Gil.

—Sí, sólo Gil; antes me llamaban Fray Gil; pero he creído que me basta la segunda palabra, al menos mientras no haya aquí otro Gil, lo que no es de esperarse. 190

Fernando estaba cada vez más sorprendido y, después de una ligera reflexión, dijo:

—Verdaderamente yo no soy más que Fernando...

Gil, con una insistencia atormentadora, le preguntó:

195 —Fernando, qué dices de... Estoy tan acostumbrado a no emplear el usted desde que dejé mi convento... y aún cuando vivía en él, lo usaba poco... ¿Nos hablaremos de tú?

—Sí —dijo Fernando.

200 —Qué dices de la pregunta de María; ¿hay o no hay espíritus malos?, es decir, seres superiores al hombre que le causen todo lo que llamamos mal y que no sean Dios, que es principio de todo bien.

205 Fernando, que antes había respondido, desde luego, negativamente, vaciló:

—Yo —dijo María—, le he contestado que acaso los habrá; pero que no los conozco, ni he experimentado sus efectos.

Gil replicó:

210 —Atiéndeme, Fernando: si ahora que perdiste el camino, en lugar de venirte para este lado, logrando evitar los espantosos precipicios que hay por todas partes, hubieses desviado un poco más tu rumbo despeñándote sin remedio, ¿quién te habría descarriado, Dios o el diablo?, ¿y quién te trajo aquí, un espíritu bueno o un espíritu malo?

Fernando, que se había resuelto a seguir las sencillas inspiraciones de María, cuyas facciones contemplaba con admiración, colocada de medio perfil, contestó:

220 —Aquí me ha traído un espíritu bueno, ¿no es verdad, María?

Ésta lanzó sobre Fernando una mirada de agradecimiento, porque comprendió instintivamente todo lo que aquel deseaba insinuar, y contestó:

225 —¿Por qué preguntas, Gil, la causa de lo que no ha sucedido, de lo que no sucederá? Si quieres que comprenda, así como cuando me enseñabas las propiedades de los cuerpos, háblame de lo que existe, de lo que puedo perci-

bir, de lo que llegaré a alcanzar. Fernando perdió hoy su camino y ha llegado a nuestra casa, esto es un bien para nosotros...

Fernando, no hallando oportunas las frases vanas que la urbanidad ha inventado, confió a sus ojos el expresar todo su reconocimiento y seguramente desempeñaron bien la comisión, porque la joven, después de la mirada que le dirigió, manifestó en su rostro una complacencia tal, un atractivo, una beatitud tan seductora, que Fernando sintió que le daba vuelcos el corazón, impulsado de una sensación inexplicable.

La joven continuó:

—¿Pero qué se puede inferir de una desgracia que no ha sucedido? Tú me has dicho que no es buen discurso pretender sacar la realidad de la suposición y que con la nada, nada puede hacerse; la nada es aquí tu suposición...

—No, María, mi suposición sería la nada si el mundo no estuviese plagado de “desgracias”, palabra con la cual comprenderemos todos los perjuicios que sobrevienen a los humanos sin ser ellos parte en causarlos. Pero mira, yo también te he dicho que lo que más oscurece una cuestión es la multitud de razones; si las mías no te parecen buenas, no insisto, ni me enojo, porque no quiero parecerme a los doctores de que te he hablado, sólo sí te aseguro que mis más fervientes deseos son que nunca llegues a convencerte, por una experiencia dolorosa, de que hay perjuicios que resentimos sin dar motivo y que hay desgracias que causamos sin mala intención, guiados, y muchas veces obligados, sólo del principio del mal.

—Oye Gil, desde que me explicaste lo que era Dios, en aquella preciosa tarde que teníamos enfrente tres iris, asomándonos al mirador de las bocas, he percibido con tal claridad lo que antes sentía con tanta fuerza, aunque con alguna confusión, que Dios lo dirige todo, lo anima todo y lo gobierna todo, sin que sepamos cómo; que la idea de

265 otros seres que se ocupen en descomponer sus trabajos me parece contradictoria y, por lo mismo, absurda.

Gil no contestó, ni dio señales de haber oído, sumergido al parecer en un arrobamiento o como si padeciese en aquel instante un ataque de catalepsia.

270 María sabía que en tales casos era preciso variar de conversación, porque su maestro ya no respondía sobre los puntos en que daba definitivamente su opinión.

—¿No quieres, Gil, que vayamos al mirador? Están formándose en el cielo los arcos de la otra tarde y ya ha dejado de llover.

275 —Pueden volverme los fríos con la humedad; vayan ustedes, yo los esperaré meciéndome en la hamaca.

Fernando le ofreció a María el brazo a estilo de corte, pero ella, que no sabía esta usanza, apoyó francamente su mano izquierda sobre el hombro derecho del joven, indi-

280 cándole con la otra mano la dirección que debían seguir.

—¡Tía Antonia! —gritó enseguida con una voz limpia, sonora, de esas que cuando se oyen una vez, nunca se olvidan, con una entonación que pareció a Fernando muy musical—; ¡trae la merienda al mirador; vamos a divisar si llega mi padre!

285

II

HUITZITZQUI¹

SENTADA SOBRE UNA ROCA color de pizarra, a la orilla
de un despeñadero, desde donde se divisa por un lado
los dos ríos que brotan en las Bocas y, por el otro, la en-
trada a la inmensa caverna que ha tomado el nombre de
Cacahuamilpa, teniendo a sus pies por alfombra la rica 5
vegetación de la tierra caliente, sobre su cabeza la bóveda
del cielo, que ya estaba serena, y a su frente tres arcos es-
plendentes de aquellos que el Señor pone entre las nubes
para asegurarnos que ya no habrá diluvio, ostentaba Ma-
ría una cabellera sedosa, color de castaño oscuro, suelta 10
sobre un rebozo de bolita “coyote”, a la vez que con una

1 Significa colibrí. Para formarse una idea de la hermosura de esta voz, es preciso oírla de boca de uno que posea bien el mexicano, para percibir el silbido particular del pájaro-mosca, cuando se encuentra con otro de su especie [N. del A.].

11 *rebozo de bolita*: “El rebozo se hace en escala ascendente de lujo y coste: de hilaza, de hilo, de hilo mercerizado y de seda. Los de hilo, llamados «de bolita», nombre que se les da por la forma del tejido, son admirablemente tejidos, de un acabado casi perfecto, y son de los que para ponderar su manufactura se dice que pueden pasar por un anillo del dedo meñique” (AL).

11 “*coyote*”: “color que se califica de semejante al de ese animal, aunque en realidad no lo sea mucho, pues tira más a café que el del original” (DM).

mano mórbida, de un cutis apiñonado, extendía la falda de su vestido, hecho de una ligera tela color de rosa, que se había remangado un poco, dejando ver un pequeñito
 15 pie blanco, carnoso, perfectamente contorneado, dentro de un zapato corriente de mahón negro, que hacía resaltar su blancura. El busto de esta mujer era imponente, porque todo su físico tenía un desarrollo perfecto, y sus facciones se destacaban como los altos relieves griegos,
 20 anunciando en su frente grande y prominente, en su nariz proporcionada y en sus labios rubicundos y en erección, majestad, pureza, inteligencia y energía, templándose el efecto de tal conjunto por la suave, muelle y lánguida expresión de sus grandes ojos pardos, velados por enormes
 25 pestañas que aumentaban la sombra de unas ojeras que hacían parecer a María dominada por vagas pasiones y por acendrados sentimientos.

Fernando admiraba tanta perfección sin atreverse a hablar, de miedo que aquella dichosa visión desapareciese, embargado por una conmoción semejante a la que
 30 había experimentado cuando había hecho su primera declaración de amor a Rosita. La imagen de ésta vino a turbarle en su arrobamiento, presentándosele radiante de hermosura y de lujo, con su pelo claro rizado, con sus
 35 ojos negros, de miradas vivaces y como de relámpago, con todos los atractivos de la sociedad, y luchó en su fantasía por un momento, como el amo que pretende aprisionar de nuevo al esclavo fugitivo; pero al compararle voluble y rodeado de fausto, con aquella otra criatura tan sencilla,
 40 tan amorosa, tan buena, cometió la primera infidelidad de pensamiento, experimentando lo que hubiera creído antes imposible, que prefería a la hija de la naturaleza, acaso por hallarse ausente el objeto de su antiguo amor.

La primera que habló fue María.

45 —Qué bien te expresas en mexicano, Fernando.

—Soy indio puro.

—Lo mismo que mi padre; pero es otomí.

- ¿Cómo has aprendido entonces la lengua de los aztecas?
- Desde pequeña vine a vivir a este retiro con mi madre que era una “tapatía”.² 50
- Debe haber sido muy hermosa.
- María se sonrió y contestó:
- Apenas la recuerdo; mi padre sí es muy bien formado. 55
- ¿Y qué vinieron a hacer aquí?, ¿por qué estás tan aislada?, ¿qué nunca has salido para alguna población?
- Sólo para el Santuario de Chalma.
- ¿Quieres seguirme? Te llevaré en medio de la sociedad que no conoces, para que brilles, para que te admiren, para que yo me sienta orgulloso y feliz de verme a tu lado. 60
- María abrió desmesuradamente los ojos, fijando una ardiente mirada en Fernando; pero apagándola inmediatamente con sus largas y espesas pestañas y tomando cierto aire de melancolía. 65
- Es imposible –dijo–, yo debo vivir aquí siempre en expiación de...
- ¿De qué?
- La explicación que iba a darte, la hará mejor Gil... 70
- y luego añadió con inefable dulzura–, ¿qué quieres afligirme?

2 Se llama tapatíos en Guadalajara a los que nacen en la capital [N. del A.].

58 *Santuario de Chalma*: “Edo. de Mex. Uno de los más famosos del país. Entre 1540-1550 se halla colocada la imagen en una cueva en que era venerada por los ocuiltecas una representación de Tezcatlipoca, que los escritores de la época virreinal llaman *oztoteotl*, lo que no es sino «dios de la cueva». [...] En 1809 y 1814 hubo incendios que destruyeron parte de la obra. De 1814 a 1838 hubo una serie de priores de índole renovadora, a su modo, que destruyeron los retablos dorados y otras bellezas del santuario. [...] Entre 1940-1950 fue renovada y decorado el santuario por empeño del prior Fr. Antonio Durán. La casa es un muestrario de estilos y en el convento e iglesia hay antiguas pinturas dignas de interés” (DP).

Fernando se acercó a la peña en que estaba sentada María y, tomando una mano entre las suyas, le dijo, poniéndola sobre su pecho:

—¿Sientes con cuánta fuerza late mi corazón?

—Sí, tanto como el mío —contestó María, llevándose la otra mano a su pecho.

—Pues él me dice que preferiré mil veces la muerte antes que afligirte y que cuando deje de estar a tu lado, nadie volverá a conmoverte.

María le dirigió a Fernando una mirada profunda, apasionadamente tierna, y ambos quedaron en un silencio que dejó oír el mugido lejano de las espumosas olas del Huajintlán que, chocando contra las rocas, iban presurosas a regar las sandías y melones de la playa, y el silbido de algunos colibrís que se disputaban el néctar de alguna flor, muy cercana de aquella dichosa pareja. Una brisa tibia que subía por el despeñadero, viniendo de las partes más bajas de la tierra caliente, después de jugar entre las ondas que formaba la cabellera de María, iba a sacudir las perlas de rocío que habían quedado en el follaje de los tamarindos y de los mameyes, meciendo majestuosamente sus altas copas.

Después de algunos instantes, Fernando volvió a insistir en sus preguntas:

—¿Y cómo pasas aquí tu vida, María? ¿Con quién tratas, a quiénes ves?

—Los indios de las cercanías me vienen a ver frecuentemente, me traen las flores más exquisitas que encuentran en las grietas de las peñas y en la profundidad de las barrancas, semillas que siembro en mi jardín, calabacitos de las ferias primorosamente pintados y otros pobres regalos. Mi padre me deja dinero para que lo distribuya entre ellos, quienes por cariño me llaman desde

93 *mameyes*: Mamey (Voz car. *Mammea americana*, L.) Voz caribe es ésta, porque caribe es la planta" (DM).

muy niña *Huitzitziqui*. Cada año, en la época que comienzan a florear los duraznos, va toda la familia a visitar al Cristo de Chalma y nos volvemos después de tres días que mi padre y yo pasamos casi constantemente en el templo; no salgo a otra parte. 110

—Y tu vida, dime hermoso huitzitziqui, ¿es agradable?, ¿no te pesa la monotonía?

María se puso sonrosada al oírse llamar así por Fernando, pero nada respondió, porque en aquel momento llegó la tía Antonia con unos “jarros” llenos de leche, trozos de cecina asada que exhalaba un olor apetitoso, salsa de chile colorado, queso muy fresco y tortillas calientes. 115

—¿Y Gil ya merendó? —preguntó María.

—Todavía no. 120

—Pues llévale; vuelve por la servilleta y los trastos.

María invitó a Fernando para que hiciese colación dándole el ejemplo; enseguida le dijo:

—No recuerdo el tiempo que hace desde que me quedé sola; era yo muy chica y pasaba todo el día trepando las peñas y subiendo a los árboles. Un día me dijo mi padre: tienes ya diez años y debes aprender a leer y a escribir; y me trajo una maestra que duró con nosotros como dos años. Desde que supe leer me ha regalado mi padre muchos libros que he leído, porque me divierten muchísimo, particularmente en los ratos de profunda tristeza que de dos años a esta parte se apodera de mí. Mi padre se negó por mucho tiempo a la súplica que le hice de traerme un maestro para que me explicase muchas cosas que no entendía en los libros, hasta que un día, cuando menos lo esperaba me trajo a Gil, quien me ha enseñado 125

130

135

135

106 Huitzitziqui: “uitzitzilin s. Colibrí del que se conocen varias especies que se distinguen por su tamaño y sobre todo por el color [...]” (*DINA*). En esta fuente se registran cinco nombres diferentes, cada uno con su propio nombre en náhuatl.

los rudimentos de algunas ciencias, explicándome con mucha paciencia cuantas dificultades me ocurren en los libros o por efecto de mis propios pensamientos.

140 Me ha enseñado también el modo de adorar a Dios y de cumplir su voluntad, diciéndome que la regla principal que debemos observar en toda nuestra vida, mientras nos llama a la mansión de los espíritus, es no hacer a nadie mal y procurar hacer el posible bien a todos los
145 desgraciados que peregrinamos en esta triste tierra, cuya desgracia mayor consiste en que los que debieran ayudarse y fortalecerse, se perjudican y persiguen despiadadamente, olvidando que son hermanos y reagravando sus propias miserias.

150 Como Gil me permite siempre dirigir mis pensamientos con toda libertad, esta tarde le manifesté la grave dificultad que tengo para admitir la existencia de esos seres superiores, a los que él llama diablos, ocupados siempre en encender las malas pasiones de los hombres, espiando las
155 oportunidades para hacerles toda clase de males. Cuando llegaste estábamos en lo más fuerte de la disputa, lo que es muy raro, porque ni Gil ni yo disputamos con el calor que en esta vez; ya oíste sus razones, yo sólo puedo asegurarte que, al pensar en la muerte de mi madre, que me dejó casi
160 sola en el mundo, pues mi padre me ve pocas veces y al sentirme tan infeliz por no tener a quien “amar”, casi me rendía a las razones de Gil, especialmente por no saber responder a ellas; pero hay algo que invenciblemente me dice en el alma que basta Dios para el gobierno del mundo
165 y que acaso el hombre inventó los malos espíritus para tener una disculpa ante su propio orgullo, por sus naturales imperfecciones, y para paliar el mal que, según he leído en los libros de historia, no tiene mucho reparo en cometer, cuando se deja llevar de sus pasiones, lo cual le sucede casi
170 constantemente.

Ahora que según dice mi padre tengo cerca de quince años, me ocurren muy tristes ideas, lloro muchas veces

sin saber el motivo, figurándome que estoy aprisionada y deseando por lo mismo dejar esta casita en que antes he sido tan dichosa, sin saber a dónde quiero ir... 175

—¿Y Gil? —preguntó tímidamente Fernando.

—Gil ha pretendido consolarme al principio; después más bien ha necesitado consuelo. Cuando llegó, andaba casi todo el día dándose terribles porrazos y recibiendo insolaciones que le causaban calenturas; poco a poco se fue entristeciendo, hasta que al fin, en fuerza de su tristeza, se venía a mi lado, me apretaba las manos y se quedaba como si fuese muerto, con los ojos inmóviles y entreabiertos; por este motivo, luego que le veo ponerse triste, lo dejo, pues, cuando procuro manifestarle cariño para alentarle, se pone peor y le da ese extraño accidente. 180

Fernando permaneció meditabundo, porque sin mucho trabajo conoció cuál era la causa de los ataques catalépticos de Gil y pensó para sí mismo, con esa rápida lucidez de una imaginación fuertemente excitada: ¿Y yo vendré ahora a mancillar tanta pureza, a hacer sensible, a los ojos de esta cándida criatura, la existencia de esos malos espíritus que rechaza muy justamente su candoroso corazón? ¿Qué idea tendrá en lo sucesivo de los hombres y de la sociedad esta niña, cuya ardiente expansión la impele a buscarla, cuando yo deje en su alma los amargos recuerdos de una terrible decepción? Y yo mismo, ¿cómo acallaré mis remordimientos cuando mi conciencia me repita de día y de noche que lo más santo como es el amor, lo más exquisito como es la inocencia y lo más débil como es la mujer, no han sido para mí objetos de veneración? No; esperaré que venga su padre; le suplicaré me permita llevarla a mi lado como si fuese una hermana, a donde él podrá verla siempre que quiera, feliz en cuanto de mi parte dependa; pero si hay algún grave inconveniente, algún secreto terrible que sólo al pensarlo me hace estremecer, 195

200

205

que impida el que se cumpla tal pretensión, me separaré
 210 para siempre de este paraíso en el que he encontrado a
 la Eva lavada de su culpa, pura y apasionada como las
 tórtolas del Edén, llevando el inefable consuelo de ha-
 ber visto una criatura celestial sobre la tierra, respecto
 de la cual no me he permitido ni la profanación del de-
 215 seño, porque ella, que rechaza la existencia de los malos
 espíritus, como la luz a las tinieblas, demuestra con su
 presencia que hay ángeles a quienes Dios permite venir
 a anunciar a los hombres su eterna misericordia, su in-
 finita bondad...

220 —Seguramente no viene mi padre, pues ya pasó la
 hora en que suelo divisarle; ¿quieres que veamos las flo-
 res de mi huerto, antes que se oscurezca la tarde?

—Con mucho gusto.

—Voy por delante para enseñártelas.

225 Fernando se puso de pie y sintió hasta entonces la
 mucha humedad de sus botas y la dureza que con la agua
 habían adquirido sus chaparreras, y siguió muy de cerca
 a María.

230 Las callecitas del jardín eran formadas por duraz-
 nos que entonces estaban cargados de fruto, alternando
 con los naranjos, cuyos blancos azahares embalsamaban
 el ambiente que, gracias a la tibia temperatura de aquel
 sitio, se sentía casi seco, lo mismo que las callecitas que,
 por estar cubiertas de arena y un poco más altas que los
 235 lugares sembrados de hortaliza, se habían ya oreado.

Rodeaba el jardín una espesa cerca de plátano que
 extendía majestuosamente sus anchas, lustrosas y larguí-
 240 simas hojas, al lado del mamey, con su follaje de un verde
 muy oscuro, que tarda mucho tiempo para dar frutos,
 y que mostraba los últimos de aquel año; se miraba el
 ciruelo enteramente desnudo, mientras que la frondosa
 chirimoya ofrecía sus olorosas flores de tres pétalos
 en forma de pequeñas azucenas blancas ligeramente te-
 ñidas de plomo.

El floripondio con sus dobles embudos exhalando un grato perfume, el *yoloxóchitl*, flor del corazón, que cura varias enfermedades de esta entraña; el *coatzentecoxóchitl*, flor de cabeza de víbora cuya hermosura no tiene rival; la flor del tigre, *oceloxóchitl*, y otras muchas que sería largo enumerar, engalanaban el pequeño paraíso de que María disfrutaba por el incesante desvelo de su padre, que deseaba verla rodeada de cuanto pudiera distraerla en aquella casi perpetua reclusión. 245

María recogió las más hermosas flores que pudo alcanzar su mano y formó un precioso ramillete que regaló a Fernando. 255

—¿Vamos por última vez —le dijo— a divisar si llega mi padre?

Y Fernando siguió otra vez a María que se asomó desde cierta distancia por el despeñadero que, formando un corte casi perpendicular, era el primero que recibía las sombras de la noche. 260

—Ya nada se distingue a grande distancia —dijo María—, ¿quieres que nos retiremos para reunirnos con Gil o pasamos aquí los últimos momentos del crepúsculo? 265

245 *floripondio*: “Nombre vulgar, muy extendido de varias plantas del género *Datura*, de las solanáceas, de grandes flores, blancas por lo común” (DM).

246 *yoloxóchitl*: “Yolosóchil. (Del azt. *yolotli*, corazón, y *xochitl*, flor/ *Ta-lauma mexicana*, DON.) Planta del país que produce florecilla rosada muy olorosa, que se emplea en infusión para enfermedades del corazón. Parece que la flor cerrada tiene la forma de este órgano y que a eso debe su nombre” (DM).

247 *coatzentecoxóchitl*: “Coasontecosúchil. (Del azt. *coatl*, culebra; *tezon-tecomatl*, cabeza o tocomate con cabello, y *xóchitl*, flor.) Planta de la familia de las orquidáceas, de hermosas flores de pétalos y sépalos morados en el interior, blancos en el medio y rosados en el ápice, con manchas o puntos blancos y amarillos; tienen la forma imaginaria de una cabeza de víbora y a esto obedece el aztequismo; vulgarmente se les llama *toritos* (*Stanhotea tigrina*, BATEM)” (DM).

249 *oceloxóchitl*: “Ocelosúchil. (Del azt. *ocelotl*, tigre, y *xochitl*, flor. / *Tigrida pavonia*.) Planta que produce la flor del mismo nombre. Llámase también *cacomite*, y *yerba de la trinidad*. Flor de la planta anterior; de tres pétalos puntiagudos, rojos, con manchas blancas y amarillas, a lo cual debe su nombre por semejanza al color del tigre” (DM).

—Es tan preciosa esta hora... —contestó Fernando.

—Continuaremos aquí y veremos salir la luna. Siéntate junto a mí, trátame como hermana... ¿Oyes el ruido del arroyo que corre bajo nuestros pies y se precipita por
270 entre las peñas?

—Sí, y me conmueve pensar que así se precipita nuestra vida hacia un desconocido mar... percibo también el susurro de los colibríes que revolotean sobre tu cabeza y pienso que acaso serás como ellos, que no puedes dejar sin morir la vida de la simple naturaleza...
275 Oigo el canto del grillo que salta al pie de los *cacaloxóchitl* y me parece que remeda mi voz, siempre desconsolada y monótona...

—¡Yo quisiera cantar! —interrumpió con exaltación
280 María—; a pesar de cuanto estás diciendo me siento alegre como pocas veces; ¿sabes cantar, Fernando?

—Sí...

—Pues cántame luego.

Fernando obedeció, entonando un aire melancólico
285 que había compuesto con los versos de un malogrado poeta mexicano que ha muerto en la flor de su edad,³ y que dicen así:

³ Mariano Esteva y Ulíbarri publicó esta composición en el *Museo* [N. del A.].

276-277 *cacaloxóchitl*: "Cacalosúchil (Del azt. *cacalotl*, cuervo, y *xóchil*, flor. /*Plumeria rubra*, L.; *P. bicolor*, R. & P.; *P. acutifolia*, POIR. Aztequismo con el cual se designa una planta apocinácea de ramas abiertas y acodadas; flor blanca, amarillenta o rosada, con cuatro pétalos como folículos grandes, hasta de 25 centímetros de largo, muy olorosa, y que entre los antiguos aztecas era signo de nobleza" (DM).

285-286 *malogrado poeta mexicano*: Mariano Esteva y Ulíbarri (¿-1857). Abogado y poeta. Nació en Veracruz. En 1842 ya era Magistrado suplente del Tribunal Superior de Justicia en la ciudad de México. Colaboró en diversas publicaciones, en el primer *Presente Amistoso* de Ignacio Cumplido; en el periódico *La Cruz* y otros. Como poeta dejó su obra dispersa. Murió en la ciudad de México" (DP).

Tú, que habitas el cielo y que de paso
del mundo en el desierto apareciste
tú, que en la oscuridad brillar hiciste
un destello de amor... 290

Preséntate a mi vista toda entera,
dí tu patria, tu nombre, tu destino...
¿Eres emanación del ser divino,
o tu cuna en la tierra se meció? 295

[...]

Pero si alzas el vuelo y te remontas,
hermana de los Ángeles, al cielo,
tu desgraciado hermano sin consuelo,
errante sin tu luz se quedará... 300

Cuando Fernando acabó de cantar, María lloraba
conmovida por el inexplicado influjo de la melodía y
acaso por la idea de que aquellos goces inocentes eran
fugaces como la luz del crepúsculo, que había desaparecido
cediendo su lugar a la melancólica claridad de
la luna. 305

—Vamos —dijo, dejando correr sus lágrimas—; vamos
a reunirnos con Gil, también es nuestro hermano...

Detrás de los dos jóvenes, venía la tía Antonia que,
oculta entre unos matorrales, había estado escuchando
lo que hablaban. Esta anciana tenía el encargo de vigilar
a María, especialmente desde la llegada de fray Gil, de
quien no había tenido que decir otra cosa al padre de
aquella, sino que le daban ataques en que se quedaba sin
movimiento por algunas horas. 310 315

María introdujo a Fernando en la salita donde se ha-
bía quedado meciéndose fray Gil; cuando llegaron estaba
profundamente dormido. Ardía en aquella pieza una vela
de cera en un candelero de latón, puesto sobre una mesa

320 tosca de madera. A la luz de aquella vela podían distinguir
 325 guirse dos cuartos adyacentes a la sala, el uno estaba iluminado y era una especie de oratorio, el otro era la recámara de María.

Tomó ésta la luz de la sala para alumbrar su recá-
 325 mara, invitando a Fernando para que entrase en ella con el fin de enseñarle sus libros y los pobres regalos de los indios. Alrededor de la pieza había varios bancos sobre los que estaban colocados muchos hacesillos de yerbas más o menos secas y olorosas y, sobre una mesa,
 330 semillas envueltas en unos papelitos que tenían escritos sus nombres de letra de María. Las yerbas le servían para curar las enfermedades de algunos pobres indios que venían a la casa y eran asistidos en unos cuartitos que estaban construidos en un extremo de la huerta,
 335 junto al *temaxcali*, que entre los indígenas sirve para darse baños de vapor, a cuya medicina son muy afectos. María había empezado a tener algún conocimiento de remedios para su padre que siempre que estaba con ella le explicaba las virtudes de muchas plantas y
 340 de algunos minerales; después había encontrado en sus libros recetas que procuraba retener en la memoria, encargando a su padre los simples que hallaba indicados, cuando podía comprender su uso, y de ellos tenía gran cantidad en un roperito al que llamaba su botiquín.
 345 Enfrente de éste, se hallaban en un estante cosa de cien volúmenes en su mayor parte de historia, algunos compendios de gramática castellana, física, ideología, otros de medicina y el resto de literatura. Los que parecía que había leído más eran de historia.

350 Fernando se puso a examinar las yerbas y María fue diciéndole sus propiedades:

335 temaxcalli: “Temascal. (Del azt. *tema*, bañarse, y *calli*, casa.) Aztequismo con que se conocen los baños de los antiguos indios, que eran piezas cerradas y a vapor” (DM).

Como purgantes, la célebre raíz de Michoacán llamada por los mexicanos *talantlacuitlapilli* y del mismo género el *ixticpatli* y el *amamaxtla*, conocido vulgarmente por ruibarbo de los frailes.

355

Como eméticos, *mexóchitl* y *neixcotlapatli*.

353 *talantlacuitlapilli*: “Calancuiclatil. (Del azt. *tlayan*, debajo tierra; y *tlacuatzin*, tlacuache, *cuitlapilli*, cola.) Nombre vulgar anticuado, de la raíz de Jalapa, planta de la familia de las convolvuláceas (*Ipomoea* [sic] *xalapa*.)” (DM).

354 *ixticpatli*: “*iztac patli*, hierba medicinal (Hern.)” (DINA). Francisco Hernández registra tres variedades de esta planta: HOITZMECATL, TEMECATL y CUECHPATLI. De la primera dice: “Es una planta voluble espinosa con hpjas como de albahaca, mayores, nada aserradas, delgadas y blandas, que en el extremo de las ramas se juntan en grupos de tres semejando una sola hoja trífida; raíz larga, transversal, fibrosa y por dentro verde; flores grandes, rojas, redondas y con hediduras. Es de naturaleza fría, por lo que las cortezas de las ramas machacadas y tomadas con agua en dosis de media onza, quitan los dolores del vientre que provienen de calor, y aplicadas o untadas extinguen el calor febril y alivian las inflamaciones. También aprovecha, en la misma dosis, a los que han sido golpeados o arrojados de alguna altura. Nace en las regiones húmedas de Quauhtla y también en regiones frías, junto a las rocas y a los árboles, a los cuales abraza. Algunos lo llaman *yztacpatli* porque es medicina fría, y otros *hoitzpatli* porque s medicina espinosa” (HPNE).

354 *amamaxtla*: (*Rumex mexicana*, MEISSN.) “Del AMAMAXTLA purgante, o ruibarbo de los frailes. La raíz de esta planta de tal modo reproduce e imita la raíz del verdadero ruibarbo en sabor, color, olor, substancia y propiedades, que si no se diferenciara de él por las hojas, que terminan en punta (en tanto que aquéllas son angostas en su nacimiento y más anchas en su extremo), cualquiera que examinase ambas plantas diría que éste es el mismo ruibarbo alejandrino; por todo lo cual creemos que esta romanza de huerto es congénere del verdadero ruibarbo y puede sustituirlo en su defecto y hacer casi sus mismos oficios, pues desde luego purga la bilis suavemente con cierta tonicidad, que proviene de sus propiedades crasas y astringentes [...]” (vid. HPNE).

355 *ruibarbo*: “(Alter. del lat. «*reu bárbarum*», del gr. «*rheon* [rha]», ruibarbo, adj. «*barbarum*» para diferenciarlo del «*rheu póniticum*». [...] Planta poligonácea, cuya raíz, llamada con el mismo nombre, se emplea como purgante” (DUE).

356 *mexóchitl*: “s. (Hernan., Clavijero.) Hemético. Arbusto cuyas hojas sirven para curar las llagas, las heridas; se lo nombra también *omexochitl*. R. *metl, xochitl*” (DINA).

356 *neixcotlapatli*: “s. Emético (Clav.). R. *ixco, patli*” (DINA).

Diuréticos, *agixpatli*, *agixtlácotl*.

Antídoto, *coanepilli*, lengua de sierpe, vulgarmente contrahierba, llámase también, *coapatli*, es decir, remedio contra las serpientes.

Estornutatorio, *zozoyatic*.

357 *agixpatli*: AXIXPATLI. Francisco Hernández registra 7 variedades de esta planta. DE la primera dice: “El AXIXPLATLI *ocimoide* tiene raíces delgadas y blancas, tallos delicados, cilíndricos y rojizos, hojas como de albahaca, de donde le viene el sobrenombre, pero más pequeñas y un poco onduladas, flor purpúrea y menuda, cerca del nacimiento de cada hoja, y semilla mediana, blanca primero y después negra, contenida en cápsulas oblongas. La raíz que es lo que principalmente se usa en medicina, no tiene sabor notable, sino sólo un poco dulce y salivoso, y es de naturaleza refrescante y húmeda. Tomada en dosis de un dracma (la dracma equivale, aproximadamente, a 36 dg.) con alguna bebida aperitiva o con agua de fuente evacua la orina, limpia los riñones y quita el ardor de los mismos y de la vejiga; mezclada con *cacaoatl* aligera suavemente el vientre” (vid. HPNE).

357 *agixtlácotl*: No identificado.

358 *Coanepilli*: *Coanepilli*. (*Passiflora* sp.) Francisco Hernández registra tres variedades, una de ellas es: “Del arbusto COANENEPILLI que tiene hojas con forma de corazón. Es un arbusto voluble con raíz larga y rojiza de donde nacen tallos delgados, cilíndricos y verdes, y en ellos hojas blanquecinas con figuras casi de corazón, y flores menudas blancas con amarillo. La raíz machacada y tomada en dosis de una onza dicen que aleja las fiebres; mezclada con *yztacquahuil* o sola provoca orina, arroja el semen retenido, los coágulos de sangre y las piedrecillas. Tiene sabor dulce y naturaleza fría o templada” (HPNE).

359 *coapatli*: “Coapacle. (Del azt. *coatl*, culebra, y *patli*, medicina.) M. Planta medicinal, llamada también *yerba del pollo* o *ruda* (*Commelina tuberosa*, L., o *Texcocana*) de la familia de las comelináceas” (DM). Francisco Hernández registra por lo menos 13 variedades de *coapatli* (vid. HPNE).

361 *zozoyatic*: (*Stenanthium frigidum* (Schl. et Cham.) Kunth?) “Echa raíz y hojas como de puerro con cepa o como de palma chica, de donde toma el nombre, y en el tallo flores largas y purpúreas con forma de cálices. La raíz triturada y aplicada a la nariz provoca al punto estornudos y evacua las mucosidades, de suerte que los médicos indios llamados *ticiti* auguran mediante ella cuáles de los enfermos que atienden van a morir, y cuáles sanarán. Tomada la misma en dosis de una dracma dicen que provoca la orina y cura a los disentéricos. Mezclada con carne mata a los ratones, y los piojos lavando la cabeza con su cocimiento. Es también ésta la famosa planta que menudamente partida y puesta sobre miel, extermina todas las moscas que andan por la casa, tan impertinentes y molestas sobre todo el verano, atraídas por el dulce manjar. Es acre, y caliente y seco en cuarto grado. La raíz hecha píldoras y aplicada al intestino recto, alivia el pecho, evacua las mucosidades y restablece a los que se consumen por exceso de las mismas” (HPNE).

Febrífugo, *chatalhuic*.

Para las fiebres intermitentes, *chiantzollí*, *ixtacxalli*, *huehuezontecomatl* y el *ixticpatli* recomendado con particularidad.

365

Sería largo referir los nombres de otras muchas sustancias medicinales que María había acopiado, leyendo algunos libros antiguos y preguntando a los indígenas, entre los que hacía sus experiencias, bastando indicar que el catálogo que hemos empezado es muy diminuto, si se atiende a que el célebre doctor Hernández, en un tiempo en que

370

362 *chatalhuic*: No identificado.

363 *chiantzollí*: (*Salvia hispanica*. Linn. *Nama pringlei*?) “Tiene el CHIANTZOTZOLLI raíces ramificadas, de donde nacen tallos cuadrados de palmo y medio, hojas como de hiedra pero más grandes, flores blancas, menudas contenidas en cápsulas oblongas donde al fin se produce y contiene la semilla, que es blanca y aplanada en forma de lenteja. Huele a nuestro tomillo, pero se desvanece el olor inmediatamente; las hojas y las raíces no parecen del todo desprovistas de calor o de cierta astringencia y amargor. La semilla es fría o de calor moderado, con cierta viscosidad y naturaleza salivosa, y suele tomarse en dosis de una onza por la mañana y por la noche contra las fiebres, las disenterías y demás flujos, con admirables resultados, siempre que se aplique dos o tres veces al vientre un emplasto compuesto de telas de araña, aceite rosado y algunos huevos recién quebrados. Se prepara con dicha semilla, condimentada con azúcar y miel y agregándole a veces almendras peladas o semillas de melones o de otras plantas, confituras muy agradables y bebidas refrescantes como la llamada *chiantzotzollatolli*, que es muy eficaz para mitigar el ardor de la fiebre y constituye un alimento bueno y agradable. Se utilizaba principalmente en tiempo de guerra de suerte que llevando consigo un saco lleno de ella, creían que nada les faltaba de lo necesario para alimentar el cuerpo. Mezclaban esta semilla hecha harina con maíz tostado y molido, par que se conservara por más tiempo sin descomponerse, y cuando la ocasión lo pedía preparaban una bebida a la que solían mezclar *metl* hervido, que es apenas inferior a nuestra miel, y algo de pimienta” (HPNE).

363-364 *ixtacxalli*: “*ixtac xalli*, arena blanca que se usaba para curar las fiebres (Hern.)” (DINA).

364 *huehuezontecomatl*: No identificado.

371 *doctor Hernández*: “Hernández, Francisco (1517?-1587). Médico español nacido en Puebla de Montalbán, Toledo, Esp. Estudió en la Univ. de Alcalá de Henares [...] el rey le nombró protomédico Gral. de todas las Indias, islas y tierra firme del mar Océano y con este motivo, en sep. de 1570, embarca para América. Residió en la Nueva España desde 1571 a 1577 [...]” (DUE).

“Creo que no habrá ninguno tan extraño a la historia de las letras que no

los mexicanos habían ya degradádose en todos los sentidos, conoció por los médicos indígenas mil y doscientas plantas, cada una con su nombre muy adecuado, más de
 375 doscientas especies de pájaros y un número considerable de cuadrúpedos, reptiles, peces, insectos y minerales.⁴

De la recámara de María pasaron a la de su padre que era el mismo oratorio; cosa muy frecuente entre
 los indios, cuya devoción hace que aun los más pobres
 380 tengan en su casa imágenes de santos y altares rústicos cubiertos de flores naturales y artificiales, alumbrados frecuentemente con velas de cera. Ardían dos constantemente en aquel oratorio que exhalaba, como las iglesias, el olor del estoraque y del *copalli* (copal) que María
 385 quemaba por la mañana y en la noche al poner nuevas

4 Clavijero, tomo 1º, libro 7º [N. del A.].

haya oído o leído que a fines del siglo XVI, Francisco Hernández, hombre de instrucción vastísima, fue escogido por el Rey de España y de las Indias, Felipe II, de quien era médico, para que pasando a las Indias Occidentales examinase y describiese los géneros y formas de las plantas, animales y minerales de México, cuidando de que fuesen dibujados y de investigar sus virtudes y usos para beneficio de la comunidad humana.

“Hernández, después de casi siete años de asiduo trabajo, dio fin a la obra que le había sido encomendada. Mas no sé por qué suerte infausta y calamitosa para las ciencias, los diecisiete grandes volúmenes en que no sólo había dilucidado diligentemente con descripciones, dibujos e índices los productos naturales de aquella región, sino también la topografía y antigüedades del Reino Mexicano, fueron entregados por mandato del mismo Rey a Nardo Antonio Reccho, médico italiano y Protomédico General del Reino Napolitano, para su examen y publicación. Reccho con pretexto de poner en orden y reducir a un compendio el contenido de todos los manuscritos, escogió poco, que más bien transcribió que abrevió, excluyendo temerariamente toda la parte de Historia Natural que le pareció no tener uso en la medicina, y aun despreciando algunas noticias útiles para la salud. Omitió los monumentos antiguos de los indios cuyo conocimiento por su rareza es tan precioso para los eruditos” (vid. GÓMEZ ORTEGA 1942, Prólogo a *HPNE*, t. I, pp. XI-XII).

384 *estoraque*: “m. El liquidámbar típico (*Liquidambar styracifla*), planta saxifragácea resinosa” (DM).

384 *copal*: “(Del azt. *copalli*, resina.) m. Aztequismo con el cual se designa la resina producida por varios árboles de la familia de las burceráceas, que

luzes. Solitaria vestal de aquel santuario, acostumbraba elevar al Todopoderoso, arrodillándose delante de una imagen de la Virgen de Guadalupe y del crucifijo que se hallaba arriba de la Virgen, una sola oración, el Padre Nuestro que fray Gil le había hecho aprender, diciéndole que lo había enseñado el mismo Jesucristo cuando estuvo en la tierra. Sin embarazarla entonces la presencia del viajero, cambió las velas que colocó en unos candeleros lucientes como de plata, quemó el incienso en un brasero del mismo metal y, arrodillándose según su costumbre, recitó su breve oración. Concluido el rezo descolgó un frasquito, que entre otros muchos se hallaba pendiente de la pared, le quitó el tapón de cristal, y pidiéndole a Fernando su mascada, dejó caer en ella algunas gotas que exhalaban una deliciosa fragancia, tan penetrante que se percibió inmediatamente a pesar del humo del estoraje que se había extendido por la pieza. María dio a palpar el frasquito del bálsamo a Fernando, y éste, después de darle varias vueltas sin distinguir otra cosa más que un líquido espeso y a la luz artificial blanquecino, leyó *Huitziloxitl*.⁵

5 Cuando este bálsamo fue llevado de México a Roma, se vendió a cien ducados la onza, como lo atestigua el doctor Monarde en su historia de los simples medicinales de América. Clavijero, tomo 1º, libro 1º [N. del A.].

los antiguos mexicanos usaban principalmente como incienso en sus templos y que hoy tiene numerosas aplicaciones comerciales” (DM).

406 Huitziloxitl: “*Toluifera pereirae* (Klotz.) Baill. Hist. Pl. 2:383. 1870 [...] Los caracteres señalados por Hernández corresponden a la especie indicada: árbol de 15 a 20 m. de alto, de corteza gris, hojas compuestas de 7 a 11 hojillas alternas, ovaladas u ovals, de 3 a 7 ½ de largo, acuminadas, delgadas, lustrosas. Algo coriáceas. Llenas de puntos y rayas transparentes. Flores pequeñas, blanco amarillentas.

“El bálsamo se obtiene de sus frutos y del tronco. El de mejor calidad es el obtenido de los frutos: es un líquido viscoso de color ambarino primero y café después, un poco rojizo oscuro, de olor agradable, de sabor amargo y quemante. Se emplea vulgarmente contra el asma, los catarros, bronquitis, reumatismo, gonorrea, úlceras (Martínez)” (HPNE).

Tomando después otro frasquito que tenía escrito *Xochiocotzol* (liquidámbar), vertió María alguna cantidad en su mano del líquido que contenía y se ungió con él los cabellos y el rostro, diciendo que era para tener sueños agradables. Se acercó enseguida a un pequeño espejo que estaba sobre una mesa, se limpió el rostro y se alisó el pelo, echándolo graciosamente para atrás y recogiendo con una cinta de hilo de oro que se ciñó en la frente, dándola vuelta por la parte posterior y amarrándola por debajo de la mata de pelo que era muy abundante.

—¿Estoy bonita así? —preguntó con inocente coquetería.

—Sí, muy hermosa, adorable...

—¡Lisonjero!

Fernando le preguntó después si conocía las virtudes de las sustancias contenidas en los demás frasquitos, a lo que María contestó negativamente, por no hárselas enseñado su padre, añadiendo que entre ellas había sutilísimos venenos. Fernando echó entonces una mirada investigadora sobre el cuarto y no vio más que una estera fina, sobre un tosco banco de cama, y algunas armas sumamente limpias y relucientes suspendidas de las paredes, como escopetas de dos tiros y espadas con sus cintos de cuero muy negro y hebillas de oro al parecer.

408 *Xochiocotzol*: “Del XOCHIOCOTZOQUAHUITL o árbol de liquidámbar indio. Es árbol grande con hojas como de acebo, divididas en tres puntas y dos senos, blanquecinas por una parte y más oscura por la otra, aserradas, y fruto semejante a un erizo. Es de naturaleza caliente y seca y de olor agradable. Haciendo incisiones en la corteza de este árbol, que en partes rojiza y en partes verde, mana el llamado liquidámbar de Indias por los indígenas españoles y *xochiocotzol* por los mexicanos, muy semejante al estoraque en la suavidad del olor, y de naturaleza caliente y secante en tercer grado; mezclado con los tabacos fortalece la cabeza, el estómago y el corazón, produce sueño y mitiga el dolor de cabeza [...]” (HPNE) “liquidámbar: (*Liquidmabar styraciflua*; *L. styraciflua mexicana*.) m. Árbol de las hamamelidáceas, que crece desde México hasta Honduras y produce por exudación el conocido bálsamo copal del mismo nombre” (DM).

Cuando volvieron a la sala, había ya despertádose fray Gil; María le dijo a éste con tierna solicitud:

—¿Qué, vuelves a estar malo? ¿Por qué te has dormido tan temprano? 435

—Parece que quieren volverme los fríos; siento algo de calentura...

—¿Quieres beber el *ixticpatli*?

—Ya sabes que nunca me curo o mi naturaleza tiene por sí sola bastante energía para extirpar el mal y, entonces, para nada necesito el remedio, o no tiene tal energía 440

y entonces, además del riesgo que se corre al aplicarse lo que acaso venga a perjudicar, por infinidad de motivos,

se causa uno otro mal especial, y es la necesidad que se establece en la economía de aquel auxiliar para hallar 445

un alivio pasajero, lo que a la larga forzosamente viene a ser nocivo. En cuanto a las causas morales, el punto está

más claramente decidido: en este momento luchan en mi cuerpo los buenos y los malos espíritus, y estos son los

que llevan alguna ventaja; si los primeros vencen, sano enteramente; si los segundos, muero y mi alma irá a au- 450

mentar el número de aquéllos; entre tanto, a mí me toca cumplir y resignarme con mi destino.

—Lo único que puedo decirte, Gil, es que muchos se han curado con *ixticpatli* y que, cuando quieras tomarlo, 455

te lo prepararemos.

—Te lo agradezco mucho, María.

Ésta se encaminó hacia su recámara.

—¿Y qué, vas a acostarte? —le dijo Gil.

—Sí, quiero madrugar para ir con Fernando y contigo, si amaneces aliviado, a la gruta de Cacahuamilpa. 460

¡Hasta mañana, Gil; adiós, Fernando...! ¡Ah!, se me olvidaba decirte, Fernando, que te acuestes en el oratorio, en

la cama de mi padre, que seguramente ya no vendrá.

La tía Antonia no entró a la recámara de María como de costumbre y sólo fue a acompañarla el muchacho sobri- 465

no de aquélla.

III

FRAY GIL

(CONTINUACIÓN)

QUEDARON SOLOS FRAY GIL y Fernando en la sala; aquél, meciéndose en la hamaca; éste, procurando explicarse la serie de sorpresas que había recibido desde que había llegado a aquella casa, donde tantas cosas singulares había hallado, entre las que contaba justamente las ocurrencias excéntricas del hombre que tenía delante de sí y que se balanceaba lánguidamente y con aire distraído con la hamaca, sin ocuparse para nada de su compañero. 5

—¡Gil! —dijo Fernando, y esperó algunos momentos que éste le respondiera... y no obteniéndolo volvió a repetir la misma voz con el mismo resultado. 10

—¡Si estará con el ataque cataléptico!... —murmuró entre dientes y se acercó tanto a la hamaca para observarlo, que por poco iba a caer al suelo en una fuerte medida que Gil se dio entonces y, para no caer, tuvo Fernando que agarrarse materialmente de las largas narices de Gil. 15

—¿Por qué me interrumpes? —dijo éste con algún enfado—; ¿fui acaso a interrumpirte en la plática que tuviste con María casi toda la tarde? 20

—¡Celos! —dijo para sí Fernando—; ¡en todas partes el antagonismo! Más bien yo debo —respondió con voz clara— darte el sentimiento.

25 —¿Por qué?

—Porque hubiéramos estado más alegres con tu presencia y con tus ocurrencias...

—¡Con mis ocurrencias! ¿Pues qué tienen mis ocurrencias?

30 —Muy originales.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no se parecen a las de los demás hombres.

—¡Ah!, eso es porque los demás hombres dicen una cosa y hacen otra, y nunca puede saberse si lo que dicen es como lo creen y lo sienten.

35

Aunque estas palabras estaban exentas de ironía, Fernando creyó que tenían un sentido particular con relación al mismo y, como podía quedar en la ignorancia de lo que deseaba saber de Gil si se embrollaba en cualquier cuestión de amor propio, le dijo resueltamente:

40

—He venido a interrumpirte porque deseo saber cómo has venido aquí...

—¿Y por qué lo deseas?

—Porque quiero mucho a María...

45

Fray Gil se revolvió sobre la hamaca, puso un pie en la tierra para detenerla y dijo como si amenazara:

—¿Con que quieres mucho a María?

—Sí, y además me interesa tu suerte.

—¿Te interesa mi suerte?

50

—Mucho.

—Que quieras a María —dijo Gil exhalando un suspiro— es muy natural... ¡Pero que te interese mi suerte!, sólo a un hombre he oído que me diga esas palabras tan consoladoras, al prelado que me recogió y me sacó de la prisión en que estuve por... quien sabe por qué...

55

Advirtiendo Fernando que ya había abierto brecha en aquel carácter cuya dureza no conocía, le dijo:

—Yo deseara sacar a ustedes de este aislamiento, llevarme a María y que tú nos acompañaras...

—¡Silencio!, ¡silencio! —dijo fray Gil poniéndose en pie y acercándose bruscamente a Fernando—. ¡Silencio, porque eres perdido! —y señaló hacia la puerta de la sala donde se oyó un ligero ruido como de persona que se arrastraba. 60

Fernando con la mayor ansiedad le hacía señas a Gil para que le explicase. 65

—Es la tía Antonia que nos escucha y que se lo dirá todo a su padre de María.

—¿Pero quién es ese hombre, al que tú temes tanto? —dijo Fernando en voz baja. 70

Gil en respuesta tomó del brazo a su interlocutor y, llevándole para el oratorio, le dijo:

—Yo no temo a nadie, me es igual morir o vivir... en el convento, porque me maltrataban; aquí, por otras causas; pero tú corres un gran riesgo y acaso no estás preparado para él... Como me has dicho “que te interesas por mi suerte”, aunque nada espero de ti, he creído que debía decirte que conviene estés en cautela, respecto de la tía Antonia, y que te vayas de esta casa lo más pronto posible. 75 80

—¿Pero si hay algún riesgo en permanecer en ella, porqué estás tú aquí?

—Porque he dado mi palabra de avisar algunos días antes cuando quiera partir y porque me han hecho gracia de la vida, bajo la condición de que comunicara a María los conocimientos que tuviese. Yo no había visto a esta niña, pero me hicieron la propuesta en un día en que la vida me parecía muy grata, en que había atravesado los campos y los bosques por primera vez, y no me resolví a morir... No tengo por qué arrepentirme de haber aceptado la propuesta, he cumplido ya mi destino, he ayudado en sus primeros esfuerzos a un entendimiento poderoso, he afirmado la virtud en esa niña a 85 90

quien Dios ha dotado con tan preciosos dones y puedo
95 ahora morir tranquilamente...

—Me pareces un hombre extraordinario, tanto como lo ha sido tu venida a esta casa.

—Te la explicaré, porque no he dado ni me han pedido palabra de callar...

100 —Hará cosa de un año, caminaba yo con un hermano de mi orden, porque has de saber que yo soy lego mercedario, para Toluca, habiendo salido de México. Embelesado con la perspectiva del camino, ni advertí cuando fue asaltada la diligencia por una cuadrilla de ladrones
105 que nos mandaron bajar del carruaje, lo que yo tardé en verificar porque enfrente de mi asiento se había desmayado una joven a quien no debía abandonar en tal estado; un malvado quiso herirme con una hacha creyendo que yo me negaba a bajar. Salté de la diligencia y le quité el
110 hacha resolviéndome a morir primero que consentir que en mi presencia se ultrajase a la joven, que desde antes me había suplicado la defendiese en tal lance si se presentaba, lo que yo le ofrecí gustoso. Pronto me vi rodeado de todos los ladrones sin que ninguno de los viajeros me ayudase
115 y, estando yo dispuesto a vender cara mi vida, se apareció un hombre que con voz de trueno dijo a los otros: “¡Nadie lo toque!, ¡es un valiente!” Desde entonces sé yo que soy valiente. Enseguida me pidió el hacha que yo le rendí, exigiéndole antes garantías para la joven desmayada, las que me prometió, añadiendo estas palabras: “No hay garantía más que para ella, ¡yo no engaño!”
120

De pronto no comprendí todo lo que querían decir estas expresiones, y como ya estaba yo declarado valiente, creí que me correspondía decir, como efectivamente dije: ¡Yo no las pido para mí!
125

El jefe mandó a dos de sus hombres que me condujeran al monte y uno de ellos que después me dijo le llamaban Juan el Coyote, quien efectivamente mostraba en su cara cierta semejanza con este animal, me hizo

montar en las ancas de su yegua, cosa que me costó algún trabajo porque nunca había cabalgado, pero que me fue muy agradable. 130

Habíamos llegado a lo más espeso del bosque cuando nos apeamos. Yo no atendía sino a la prodigiosa elevación de los árboles, cuya dirección seguía con la vista, admirando la extremada rectitud y corpulencia de algunos de ellos, a la vez que me sentía dulcemente conmovido con las sonoras cadencias de los jilgueros que confundían sus voces con el eco de los arroyos y con los gemidos de las tórtolas. De repente, el Coyote, que es como yo de esta estatura, me agarró las manos por detrás; creí que se chanceaba, aunque me pareció el modo muy grosero, especialmente cuando sentí que me pasaba por los codos una reata que había quitado de la cabeza de la silla, hice un gran esfuerzo que sin duda Juan no esperaba y perdió el equilibrio a tiempo que yo le empujaba decididamente ya libre de sus manos, y fue rodando hasta una gran distancia; me previne para seguir defendiéndome, pero él me dijo, dirigiendo la vista de un modo siniestro hacia sus armas que colgaban del caballo, el cual estaba cerca de mí: 140

—Tiene usted chanzas muy pesadas, padrecito.

—Yo no me chancoo —le dije—, y usted es un grosero en venir a sorprenderme seguramente con malas intenciones. 145

El compañero de Juan le hizo una seña con la vista a la que respondió éste con una señal afirmativa y fue a buscar algo entre una gran mata de zacate, donde encontró unos instrumentos de labranza; trazó con ellos un cuadrilongo y comenzó a cavar una fosa que involuntariamente me hizo estremecer. 150

A pocos momentos llegó el jefe de la cuadrilla en un soberbio caballo, se apeó de él y, dirigiéndose a Juan, le preguntó con visibles señales de enojo, sin cuidarse de que yo lo oyera: 155

—¿Por qué no lo has amarrado?

—Porque no se deja, tiene unas fuerzas del demonio.

Al oír estas últimas palabras, conocí que tenía que habérmelas con hombres dominados por el mal espíritu.

170 —¡Siempre son así ustedes, cobardes! —dijo el jefe—, y tiene uno que enseñarles lo bueno y lo malo. A tu compañero Chamorro acabo de darle una lección que no podrá olvidar: se la he metido en el cerebro partiéndole el cráneo.

175 A lo que parecía, el jefe era hombre de pocas palabras, porque sin ceremonia se echó sobre mí, lo que yo esperaba advertido sin duda por el buen espíritu. El primer empuje fue terrible y poco faltó para que me derribase en tierra, pero pude apoyarme en el tronco de un
180 árbol hasta donde había yo ido a chocar con la espalda; enojado por tal ataque y recordando que Dios ayuda a los que no quieren darse al poder de los malos, hice a mi vez un esfuerzo aprovechando el momento en que mi contrario acababa de agotar el suyo, y le hice recular hasta la fosa que estaba abierta a medias, metió en ella un
185 pie y perdiendo el equilibrio cayó soltándose de mí. En este momento, el Coyote que había ya descolgado su espalda, se vino sobre mí trayéndola desnuda, y me hubiera muerto sin remedio, pero su jefe dio un grito espantoso que no puedo expresarte, dirigiéndole a Juan una mirada
190 llena de cólera, quien se retiró de nosotros.

El capitán echó una maldición y me dijo: ¡ahora va de veras! Le esperé y nos abrazamos en lucha, acordándome
195 que yo vencía a todos los legos y coristas de mi convento. Como el capitán es doblado, me llevaba alguna ventaja, pero yo le contrabalanceaba alzándole del suelo y haciéndole oscilar para que perdiese el equilibrio, lo que nunca pude lograr porque siempre caía con las piernas abiertas y tan tiesas que parecía de hierro. Él se empeñó
200 entonces en meterme la zancadilla, pero yo que lo conocí, le atacaba en tales momentos, poniéndole en gran

trabajo para hacerle frente, cuando se apoyaba en una sola pierna. Después de varios esfuerzos infructuosos por una y otra parte, me convencí de que prolongándose la lucha debía yo sucumbir, porque mientras sudaba a mares y sentía desfallecerme, pues me faltaba la respiración, mi contrario estaba tan fresco como si empezase la lucha. Quiso Dios poner en el ánimo de éste la idea de hacer un esfuerzo desesperado, me alzó por lo alto, me dio vueltas como si fuese rehilete en las que perdí todo el aplomo, pero al arrojarme al suelo, él también se cayó, sobre el lado derecho quedando los dos abrazados. Se desembarazó de mí violentamente buscando algo en la bota campanera lo que sin duda no encontró, y echando espuma corrió hacia su caballo, que desconociéndole arrancó desafortadamente por el monte. Juan subió en el suyo y fue en su seguimiento.

—¡Es igual! —dijo el jefe encontrado en la pierna derecha lo que había buscado en la izquierda que era un puñal, viniéndose inmediatamente sobre mí.

—¿Me va usted a matar? —le dije.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque he prometido hacer que usted desaparezca.

—¿Entonces para qué me salvó usted en el camino?, ¿sólo por el gusto de ser mi asesino?

—Tuve un arranque que no pude reprimir, porque me gustan los valientes.

Entre tanto, el hombre que hacía mi sepultura continuaba tranquilamente su trabajo.

—Pero si ha prometido usted hacer que yo desaparezca —le dije a mi enemigo—, no es preciso matarme.

—¿Pero dónde he de poner a usted?, sólo que quiera usted seguir nuestra vida.

—¡Jamás!

—Si las órdenes que usted tiene se lo impiden, puede usted ser simplemente nuestro capellán.

—Yo no soy padre.

240 —¡Cómo! ¿No es usted mercedario? —y se quedó mirando los jirones de mi capa blanca, única vestimenta que llevaba de religioso, la cual en la lucha había perdido enteramente su forma.

—Soy lego.

245 —¡Ah!, pues lo haré con menos escrúpulo; ¡prepárese hermano a morir!

En aquel momento había ya alcanzado Juan el caballo del jefe y, adivinando la intención de éste, le traía su espada.

El capitán parecía vacilar.

250 —Usted ha prometido —le dije otra vez— sólo hacerme desaparecer, ¿qué necesidad tiene de matarme?

255 —Ciertamente —se atrevieron a decir los otros dos ladrones que se habían acercado al lugar en que estábamos. El capitán los miró con enojo, haciendo una señal al que estaba cavando la fosa, que quería decir: ¡vaya usted pronto a concluir su trabajo!, y luego, acercándoseme con una mirada en que yo leía la traición:

260 —¿Pero por qué niega usted que es padre, siendo así que tiene corona abierta?, si fuera lego, no se rehusaría a seguir nuestra vida; algunos he visto que han salido muy buenos chicos.

—He negado ser padre porque efectivamente no los soy, yo siempre digo la verdad.

—¿Siempre?

265 —Siempre.

—¿Aun a costa de la vida?

—Lo ve usted ahora en que quiere usted matarme porque digo que soy lego.

—No por eso, sino por mi promesa.

270 —¿Qué promesa es esa?, ¿y por qué se cree obligado a cumplirla?

—Pero ¿qué he de hacer con usted?, ¿qué sabe usted hacer?

- ¡Nada!
- ¡Pues no es buena recomendación para vivir! 275
Enseguida se puso a reflexionar, deponiendo el gesto de traición que le había yo estado observando.
- ¿Ha estudiado usted?
- Sí, toda mi vida.
- ¿Y tiene usted intención de ordenarse? 280
- Sí, pero no lo conseguiré.
- ¿Por qué?, yo conozco a muchos padres que no saben ni leer la misa.
- En un examen que me hicieron, dije con verdad todo lo que sentía, sobre los puntos que me interrogaron, y me prohibieron recibir órdenes... ahora voy a morir por no ser padre y quién sabe por qué otros motivos... 285
- El capitán se sentó sobre el tronco de un árbol derribado por un rayo, mientras que yo permanecía en pie lleno de desconfianza. 290
- Siéntese si quiere –me dijo–, que, aunque me llaman el Tigre, no me lo he de comer.
- Me senté sobre el césped, mientras el capitán permanecía sumergido en una meditación profunda y, al parecer, en lucha consigo mismo; el de la sepultura adelantaba su trabajo, causando con la azada un ruido seco que iba a repetirse en un eco no muy lejano que pronto

293 *Tigre*: María del Carmen MILLÁN señala que muy probablemente el antecedente de este personaje sea el Tigre de Álica (*Op. Cit.* nota 4, p. 206). Napoleón Rodríguez dice: “Cuando no había concluido la mitad del siglo XIX, brotó en tierras nayaritas un hombrecillo que trocó el arado por el arma homicida. En aquellos dominios dejó constancia de su ferocidad, a tal grado que pasó a la historia con el apodo singular de *El Tigre de Alica*. Su verdadero nombre fue Manuel García González, pero cambió su primer apellido por el de Lozada, en agradecimiento a un tío que lo protegió en su infancia; éste fue José María Lozada. [...] [El Tigre] era un pacífico labriego a quien las circunstancias adversas de la vida hicieron que cambiara su camino [...] para huir de la justicia se escondió en la sierra de Alica y reunió alrededor a un grupo de malhechores que bajaban para cometer fechorías en haciendas, caminos y ranchos” (*vid.* RODRÍGUEZ 2000, pp. XIV-XV).

300 se ahogaba en ese sonoro movimiento de las hojas, que da a los bosques un rumor tan característico.

Inesperadamente se oyó un ruido más fuerte entre las zarzas por el lado en que estábamos, el cual hizo poner en pie al capitán, dejando el de la azada su faena para ir, así como Juan, en busca de su caballo, sólo yo que no tenía nada que temer si no era al capitán, me quedé en mi lugar sin moverme, continuando mi pensamiento de fugarme, aunque fuese dejándome ir por una barranca que teníamos enfrente muy cercana, contando, para la primera carrera, con mis enormes zancas.

310 Aquel ruido era causado por el resto de los malhechores que traían un hombre muerto a quien sin duda se refería el Tigre cuando le dijo a Juan que le había dado a Chamorro una lección inolvidable. El Tigre se acercó a donde yo estaba, haciendo antes seña a los demás para que se apartasen.

315 —¿Qué haría usted? —me dijo en voz baja, con acento breve y con una especial pronunciación algo estridente en que trabajaban mucho los labios que tiene muy pronunciados—. ¿Qué haría usted si le pusiese en un lugar secreto y le confiase la educación de una niña en quien tengo puestos todos mis amores?

—Cumpliría lealmente el cargo sin abandonar ese lugar.

325 —Me bastará que cuando quiera usted partir me avise, para que yo le indique antes, quiénes son sus enemigos, a fin de que se libre de ellos, pues son muy poderosos.

—Lo prometo.

330 —Yo no me obligo a tener a usted por poco ni por mucho tiempo; esto dependerá de la conducta que observe, que si desgraciadamente no es buena... —y me hizo una seña con el puñal, la cual entendí perfectamente.

Cuando acabó de hablarme, dijo en voz alta: “¡Entierren a Machorro y aprendan a ser caballeros! Aquí el padrecito le encomendará el alma”.

Yo me acerqué al cadáver del infeliz Machorro que estaba ya en la huesa, recé en voz alta, en presencia de los bandidos que se descubrieron y arrodillaron, incluso el jefe, la lección de Job que comienza: *Parce mihi domine*; experimentaba una sensación extraordinaria al pensar que aquella sepultura se había preparado para mí, y esto daba a mi oración un gran fervor. Hice después seña de que le echasen la tierra y concluí mis oficios diciendo el *Pater noster*; uno de los presentes, a quien después oí llamar la Pulga porque era muy pequeñito de cuerpo y muy vivo, puso en el montón de tierra que cubría el cadáver una rama de árbol que hacía la figura de una cruz y nos retiramos silenciosamente, montado yo en el caballo de Machorro.

El jefe dio a su tropa algunas órdenes que yo no pude percibir y acompañándonos de Juan el Coyote y otro, a quien según supe después llamaban el Gachupín porque cierra los dientes al hablar, emprendimos por sierras y montes una caminata de toda la tarde y la noche siguiente, llegando yo a esta casa en tal estado de cansancio que no puedo decirte cómo llegué ni lo que hice inmediatamente, porque caí al suelo sin conocimiento.

Al despertar, ya no estaba en la casa el capitán y encontré a mi lado una preciosa criatura que se esforzaba por echarme en la boca no sé que licor. Te aseguro, Fernando, que creí estar en el Paraíso, y que Dios premiaba mis sufrimientos dándome aquella compañera. Quise abrazarla, pero se escapó de entre mis brazos y, desgraciadamente, desde entonces me ha repetido con más o

336 De aquí en adelante “Machorro”; antes lo ha llamado “Chamorro”.

341 *Parce mihi domine*: “Perdóname, Señor”. (Pizarro refiere aquí Job 42 en el que se hace alusión a la disculpa final que Job le da a Dios.)

menos frecuencia un ataque de catalepsia que desde chico he experimentado.

Desde ese día, he cumplido religiosamente lo que
 370 ofrecí al Tigre, quien seguramente no tiene queja de mí, pues me ha dejado cosa de un año al lado de María, no obstante que siempre me vigilan, por una parte, la tía Antonia y, por otra, los peones del jardín, que son hombres que dependen del capitán y que más se ocupan de
 375 cuidar la joya de la casa que es María, observando todas mis acciones, del mismo modo que habrán observado las tuyas.

—Efectivamente —dijo Fernando—, ahora los miraba yo trabajar del lado en que estábamos María y yo.
 380 Cuando empezábamos a hablar sentí ruido en la puerta de la sala...

—Yo también lo sentí y por eso te impuse silencio cuando me expresaste el deseo que tenías de llevarte contigo a María, lo que ésta no consentirá mientras viva
 385 su padre, aunque no sea más que por el peligro en que estaría tu vida constantemente, si tal cosa hicieran. Ella conoce perfectamente su situación y dice que le corresponde expiar las faltas de otro, por cuyo motivo no admitirá tu oferta de modo ninguno.

—Pero tú, Gil, acaso vas a quedar expuesto en esta
 390 casa, particularmente si te han escuchado.

—No, porque no han de suponerse que hemos entrado al oratorio, donde la misma María solamente penetra en las horas en que viene a poner velas nuevas.

—No creo me amenaza ningún peligro; pero, si así
 395 fuese, ¿qué tengo que perder?

—La vida.

—Estoy fastidiado de ella, y creo, no se por qué motivo, que su término ya se acerca. Pero no hablemos de
 400 eso. Yo te he referido de qué manera vine aquí, para que te salves; algún espíritu que te favorece ha impedido que esta noche venga el Tigre, pues ya hace más de ocho días

que no viene y nunca deja pasar tanto tiempo sin ver a María; aprovecha la mañana que va a llegar para alejarte de este lugar que te sería funesto. ¿A dónde vas?, ¿de dónde vienes? 405

—Voy a México, vengo de California, de donde me han arrojado los americanos, después de unos meses de residencia, en que he recogido algún oro ayudado por varios compañeros que contraté desde mi salida por el puerto de Mazatlán. Vengo a pedir protección al gobierno de mi patria y a proponer el armar una expedición bajo sus auspicios con la que espero arrojar de aquellas felices regiones a los aventureros que se ha apoderado de ellas. Desgraciadamente, según he sabido esta mañana en Taxco, el gobierno podrá hacer poco en mi favor, porque los americanos han llegado al Valle de México, han dado ya algunas batallas que les han sido felices y pronto atacarán la capital, ¿sabes tú algo de esto? 410 415

—Poco antes de que tú vinieras, estuvieron aquí unos indígenas quienes dijeron a María que habían oído desde el monte de Ocuila un cañoneo espantoso, hacia el rumbo de México; acaso hoy habrá sido la batalla que dices. 420

—¿A cuántos estamos? —pregunto Fernando.

—No sé, antes era yo un calendario viviente; pero como aquí para nada se necesita... 425

Fernando sacó una cartera muy abultada, buscó en ella su itinerario y leyó las jornadas que había hecho; computó el tiempo y dijo:

—Hoy es lunes, estamos a 13 de septiembre... Siento una terrible ansiedad por el resultado de ese cañoneo de que me hablas, pues mi corazón me predice algo funesto... Será acaso por la impresión que me ha dejado el relato que me has hecho; pero cualquiera que sea el resul- 430

422 *monte Ocuila*: Montes que dividen el Valle de México con el Valle de Cuernavaca y que se desprenden de la parte suroeste de la sierra del Ajusco. Sus eminencias más notables son los cerros de Zempoala y Hutzilac.

435 tado de la lucha con los americanos, y si mis compañeros no han tenido un grave contratiempo, me quedan aún recursos suficientes para poder ofrecerte algún bienestar, si quieres salir de este lugar, avisándole primero al Tigre que deseas separarte.

440 —¿Y por qué me haces este ofrecimiento?

—Por dos motivos que ya te he indicado antes; porque así será más fácil que María se resuelva a seguirme...

Fray Gil hizo un gesto de profundo desagrado...

445 —Y porque tienes un gran talento que deseara yo ver aplicado a otra cosa mejor que las disputas metafísicas.

—¡Me quedo!

—¿Y qué va a ser de ti?, ya no tienes en qué ocuparte...

450 —Seguiré, como todos los hombres, mi destino, impulsado por los buenos espíritus y contrariado por los malos. Estoy resignado y tranquilo.

—¿Y si el Tigre te pregunta por mí?

—Le digo todo cuanto ha pasado.

—¿Hasta lo que me has referido?

455 —Sí.

—Pues óyeme, Gil, si los buenos espíritus me protegen, como tú dices, deteniendo a ese hombre, yo no me ausento de esta casa sin despedirme de María, a quien acompañaré mañana a la gruta de Cacachumilpa, después Dios dirá; ¿vas tú?

460 —No, y puesto que te obstinas en permanecer aquí, me voy a recoger porque siento calofríos; ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, Gil!

IV

LA LLEGADA DEL TIGRE

FERNANDO SE QUEDÓ SOLO en el oratorio, sumergido en profundas cavilaciones, sin que interrumpiese otra cosa el silencio que reinaba en la casa más que la crepitación de las velas de cera y el ronco, aunque tranquilo, estertor de fray Gil, que dormía. Para evitar que este último ruido le impidiese dormir a su vez, entornó la puerta del oratorio que comunicaba a la sala, tuvo antes la idea de atrancarla por dentro y buscó algún objeto a propósito; pero no encontrándolo se dijo: De nada serviría, valdrá más manifestar plena confianza, el peligro que ahora me amenaza no puede ser mayor que los que he corrido en California y, sin embargo, me veo libre de ellos... ¿Qué habrá sido de Gregorio y de los mozos...? Hasta ahora concedo un recuerdo a lo que más me interesa. ¡Si llegara a saberse que las mulas de nuestro equipaje, que van cargadas de una poca de fruta, llevan oro, seríamos perdidos! ¿Cuánto tiempo durará la excursión que me ha propuesto María para Cacahuamilpa? Acaso en ese tiempo vendrá el Tigre y... perderé la oportunidad de pasar el río de madrugada para llegar hoy a Cuernavaca y alcanzar a mis compañeros... ¡Pero suceda lo que sucediere, yo he de acompañar a María en su paseo!

¡todavía tengo en el cinto un par de pistolas para no temblar delante de un hombre!

25 Fernando se acostó vestido sobre la cama del Tigre, aflojándose el cinto en que estaban las pistolas y procuró dormir. Al principio no podía conciliar el sueño, una tras otra se le presentaban en la imaginación las escenas del día y despertaba sobresaltado, creyendo unas
30 veces que había caído en un precipicio; otras, que presenciaba la lucha de Gil y del Tigre, o que éste llegaba y le sorprendía hablando con María. La imagen de ésta, fija, inalterable, comenzó a dominar sobre todos sus recuerdos, a la vez que sus sentidos se embargaban y sus
35 ideas se confundían de una manera extraña, refiriéndose siempre a aquel objeto principal; su sueño en tal estado se hizo de tal manera profundo, que no pudo llegar a sus oídos o, cuando menos, a su sensación, el ruido que formaron varios caballos al llegar cerca de la casita,
40 como a la media noche, ni el golpe que dio la puerta de la recámara de María al salir ésta violentamente a recibir a su padre, que llegaba, acompañado del Gachupín y de Juan el Coyote.

45 María encontró a su padre antes de que penetrase en la sala, y en la luz de la luna pudo distinguir a la tía Antonia que le hablaba al oído.

Pedro el Otomí, así se llamaba el jefe de la cuadrilla de ladrones que había arrebatado a fray Gil, abrazó a su hija con ternura y le dijo enseguida, sin dar la más pequeña muestra de disgusto, pero observándola con la mayor
50 atención:

—Antonia me decía que ha venido hoy una persona de distinción...

—Es un viajero a quien descarrió la tempestad.

55 —¿Y se fue después que pasó?

—No, como no sabía el camino para volverse...

—¡Ah!..., y ¿dónde está durmiendo?

—En tu cama.

—¡Hum!... –murmuró el Otomí procurando siempre reprimirse. 60

—¿Qué te desagrada? Si conocieras al viajero lo habrías de querer.

El Otomí se rascó la cabeza haciendo a un lado su sombrero poblano y preguntó:

—¿Qué señas tiene? 65

María le dio las señas de Fernando, mostrando por éste un interés que no se le escapó a su padre, y concluyó pidiéndole licencia para ir a pasear con aquél a la Gruta en la mañana siguiente.

—Si ese viajero quiere acompañarnos por algún tiempo, yo también iré con ustedes; pero si desea irse muy de madrugada, por ejemplo, no podremos detenerle; acaso le importará mucho concluir pronto su viaje y puede dejarnos, es decir, dejarte hasta sin despedida. 70

—No lo creas padre, me quiere mucho y no se irá sin despedirse de mí. 75

—Mejor. Vete por ahora a dormir, que es media noche, y mañana hablaremos.

—¿Pero tú dónde duermes?

—¡Aquí en el portal... no deja de hacer algún calor... conque... hasta mañana, María! 80

El Gachupín se acercó enseguida a su jefe y le preguntó si desensillaba los caballos.

—No –respondió el Otomí, cuyas facciones habían ya tomado la rigidez que ordinariamente mostraba entre sus subordinados–; anda, examina despacio un caballo que está allí debajo de los tamarindos y dime si te gusta. 85

El Gachupín volvió a poco con el Coyote, diciendo:

—¡Ah, qué hermoso animal! Retinto golondrino, de más de siete cuartas, dos patas blancas y unas orejitas muy finas, ¿no es verdad, Juan? 90

—¡Y qué bravo! –añadió éste–, por nada me deshace la cara, porque me desconoció y se me vino en dos patitas...

95 —¿Y vieron la silla de montar, que debe estar por allí colgada?

—El Gachupín fue quien anduvo cerca de ella...

—No; tú fuiste, Juan, quien la esculcó...

—¡Algo te habrás cogido de ella, Juan! —dijo Pedro
100 levantando la voz....

—Le saqué estas pistolas... para que no se tomaran con la humedad... y por eso las traigo...

—Juan, ¡un día te he de partir la cabeza como a Machorro! Vamos, deja esas pistolas donde estaban..., es
105 necesario ser alguna vez hombre de bien.

Los dos bandidos se alejaron y Pedro llamó a la tía Antonia.

—Mira —le dijo— entra al oratorio muy quedito para no despertar a ese señor que duerme allá adentro, ni al
110 padre Gil... A propósito ¿cómo sigue éste?, ¿qué tal se porta?

—¡Ah!, el pobrecito es un alma de Dios: por la mañana explica la lección a Mariquita, si no le da ese ataque en que se queda como santo; por la tarde se duerme, porque le han vuelto los fríos...
115

—Pues que no despierte... Pon unas buenas brasas del tlecuile en el braserito del oratorio, quiero echar sahumero...

—Ya sahumó Mariquita...

—No importa, échale buenas brasas como te digo, y al salir quita la aldabita de la ventana y, si ésta tiene alguna rendija, la tapas, ¿entiendes?
120

—Sí, señor.

—Apaga una vela de las dos que deben estar ardiendo...
125

La tía Antonia cumplió al pie de la letra las órdenes del Otomí, y éste entró enseguida al oratorio. Contempló

101 *tomaran*: "Tomado -a. Como adjetivo, oxidado" (*DUE*). Aquí, como verbo: oxidar.

por un momento a Fernando, que estaba profundamente dormido, y dijo de un modo imperceptible:

—Es indio mexicano; éstos son astutos y tenaces, pero no son fuertes. Tomó enseguida unos pedazos de goma que colgaban de la pared, reconoció la ventana por ver si tenía quitada la aldaba y cubiertas las rendijas, y prendió en la vela que estaba ardiendo unos de los pedazos de goma que tenía en las manos, los que inmediatamente comenzaron a exhalar un grato aroma y un humo espeso; echó el resto en el brasero, apagó la vela y, saliéndose a la sala, cerró la puerta del oratorio con cuidado, haciendo lo mismo con la de la sala. 130 135

Cuando llegó al corredor encontró a sus compañeros que se preguntaban: 140

—¿Qué no dormiremos? Estamos muy cansados. ¿Para qué se han quedado los caballos con la silla?... Si quiera les echáramos un “pienso”...

—No, pronto vamos a necesitarlos —dijo el Otomí, respondiendo a la última pregunta que oyó distintamente, luego añadió: 145

—Anda, Gachupín, ensilla ese caballo retinto que está en los tamarindos, y tenlo dispuesto.

El Coyote no quiso quedarse solo con su jefe y se alejó con el pretexto de ayudar al Gachupín; entre tanto se paseaba el Otomí en el portalito que estaba alumbrado por la luz de la luna, y miraba repetidas veces la muestra de su reloj hasta que, pasados unos diez minutos, dejó aquel lugar, dio vuelta por detrás de la casa y fue a empujar las dos hojas de la ventanita del oratorio que inmediatamente se abrieron, dando paso al humo que se había condensado en la pieza. Volvió a pasearse en el portalito y después de algunos minutos se entró a la casa a tientas, porque cerró la puerta de la sala y todo quedó completamente a oscuras; después entró al oratorio, encendió con un fósforo las velas, vio que ya no quedaba goma ni lumbre en el brasero y se sentó a 150 155 160

contemplar de frente a Fernando que parecía comple-
165 tamente dormido.

—¡Buenas armas! —dijo tomando una de las pistolas
que éste tenía en el cinto; pero han de ser de pequeño al-
cance, aunque el cañón está muy reforzado, ¡y tiene seis
170 tiros cada una!, pues hay para hacer frente a doce hom-
bres, si el brazo es firme...

El Otomí siguió viendo con creciente avidez las pis-
tolas; pero, cediendo a otro sentimiento más poderoso,
las puso sobre el altar y buscó la cartera de Fernando,
en la que vio desde luego el nombre de éste. ¡Es extran-
175 jero! —se dijo; y luego alumbrándole la cara con una de
las velas—. ¡No, es indio mexicano! ¿Y por qué vendrá tan
armado? ¡Sí será de la cofradía! Veamos los papeles.

El Otomí acercó un banco al altar y empezó a sacar
los documentos que estaban dentro de la cartera.

180 —¡Cartas, puras cartas! —dijo cuando acabó de sacar-
las; en ellas debe haber revelaciones importantes. Abrió
una de ellas y leyó:

“Sr. D. Fernando Hénkel.

“México, agosto 1° de 1847. Acapulco.

177 *cofradía*: Probablemente se trate de un reducto de la Acordada, cuyo establecimiento fue una “providencia *acordada*” en un Real Acuerdo (1719), y que estuvo vigente hasta el 31 de mayo de 1813 (*Vid. DP*). “A principios del siglo XVIII se hicieron intentos de una recentralización política con la cración de la Acordada, fuerza especial de policía controlada por el virrey, el cual era la máxima autoridad colonial y representatnte personal del rey. Los orígenes de esta policía se hallaban en España, donde las ciudades organizaban *hermandades* montadas, tropas de a caballo destinadas a luchar contra la delincuencia en sus inmediaciones” (*vid. VANDERWOOD 1986, p. 41*). Otra hipótesis es que esta palabra esté relacionada con la hermandad de ladrones. “COFRADE 4. [...] *lat. frater, -is* oc. Fraire ‘hermano’ > con-frater ‘cohermano’ > cofrade. [...] COFRADÍA 3. Junta de rufianes: «Vale también en la Germania la junta deladrones o rufianes» [...] Cerv. «Cerv. Nov. 2. pl. 108. Pusieron los ojos de través de Rincón y Cortadillo, a modo de que los extrañaban; y llegándose a ellos le preguntaron, si eran de la *Cofradía*» (Aut)” (*vid. CHAMORRO 2002, p. 251*).

“Muy estimado señor: 185

“Escribo ésta para Acapulco, calculando que dentro de pocos días llegará usted a ese puerto conforme al aviso que me dio usted en su última.

“Aunque pronto deberemos vernos, necesito que por el primer correo me indique usted si he de seguir pagando las letras que contra la casa está girando el padre don Luis desde Sayula y Guadalajara, en razón de que ha suspendido los pagos la casa del señor Cavalier, y ha quedado sin poderse cobrar la última de las tres libranzas de a cincuenta mil pesos que fueron endosadas a mi favor. Aunque he procurado poner en conocimiento de usted este inesperado suceso, en las varias cartas que le estoy dirigiendo hace algunos meses, seguramente se han extraviado, pues nada me dice usted en la única suya que he recibido de California, por vía de Mazatlán, en que me anuncia su pronta vuelta que mucho deseo. 190 195 200

“Acompaño a la presente las que he recibido para usted del padre don Luis quien ya supone a usted en México, y en espera de tener pronto el gusto de verle, me repito su afectísimo servidor. 205

“Abundio Torres”

“Posdata: Los americanos han llegado a Puebla, en donde no les hicieron resistencia ninguna, después de haber tomado Veracruz que no pudo ser socorrida, porque aquí se pronunciaron los cuerpos de guardia nacional llamados: Victoria, Hidalgo e Independencia, pagados por los padres. Nuestros pobres soldados están llegando después de una derrota que han sufrido en Cerro Gordo, en un estado lastimoso. México se está fortificando y, según dicen, nuestros militares no la tomarán sino cuando los edificios estén hechos polvo y pasen los enemigos sobre sus cadáveres. No tarde usted mucho en venir porque ya 210 215

no encontrará el almacén, supuesto que va a ser destruida la misma capital, en donde parece que se intenta hacer lo que los rusos en Moscú.”

Al calce de esta carta estaba el borrador de la respuesta dada por Fernando, que decía:

“Sr. D. Abundio Torres

“Acapulco, septiembre 7 de 1847

225 “Muy apreciable amigo:

“En los últimos cuatro meses no he recibido otra carta de usted que la que me ha dirigido con fecha 1° de agosto próximo pasado y, contestando los puntos a que se refiere, le manifiesto que sentiría yo mucho que dejase de pagarse alguna letra girada por el padre don Luis, a quien no es conveniente comunicar el contratiempo que usted ha experimentado por no haber podido cobrar la última letra de las tres que se endosaron a su favor. Yo llegaré muy pronto a esa capital y arreglaremos todo; esto se entiende si no se han sepultado bajo sus escombros las valientes tropas que la defienden como usted lo espera, aunque yo lo dudo muchísimo.

240 “Supe por los diarios en California el motín que en esa capital armaron los padres, por no contribuir para la guerra con los once millones que les asignó el Congreso. Luego que los americanos supieron tal suceso, lo celebraron estrepitosamente, asegurando que la toma de Veracruz sería inevitable pues quedaba abandonada a sus propias fuerzas como sucedió... Los mexicanos que estábamos en California hemos llorado amargamente tales sucesos por la humillación de nuestra patria y porque luego que nuestros enemigos supieron

que Scott se había apoderado de Veracruz, comenzaron a perseguirnos de un modo horroroso, lo que nos ha hecho emigrar a casi todos. 250

“A nuestra vista informaré a usted muchos pormenores; esto se verificará pronto, pues también desea verlo su amigo.”

—¡Este hombre debe ser inmensamente rico puesto que no parece arruinarlo la pérdida de cincuenta mil pesos! —dijo el Otomí, cuyos grandes ojos, redondos y hundidos como los de la águila se fijaban sobre Fernando que continuaba durmiendo profundamente. La cara del bandido abultada y de color bastante oscuro, ya por el rigor de la vida que llevaba como por la raza a que pertenecía, manifestaba en aquel momento esa profunda meditación de los hombres de fibra, cuando está escogiendo tranquilamente los medios más eficaces para ejecutar algún proyecto. Su nariz prominente, su frente ancha, sus labios bien formados y con esa elevación que marca un carácter atrevido, y el extremo de su barba de una curva suave y sin pelo, hubieran podido dar a aquella fisonomía, que revelaba inteligencia, algo de atractivo; pero el hábito de mando y de hacer cumplir inexorablemente sus órdenes le había dado una expresión ordinariamente feroz y no podía verse de cerca a tal hombre sin sentir esa invencible repugnancia que se experimenta delante de los que se han cubierto con la sangre de sus semejantes. Las manos del bandido, que en un ejercicio pacífico habrían sido tersas y agraciadas, estaban llenas de costurones y manchas oscuras, a causa de algunas pequeñas heridas mal curadas, y por los golpes contusos que en ellas había recibido; su cuerpo musculoso, de mediana elevación, 255
260
265
270
275

249 *Scott*: Winfield Scott (1786-1866). Militar. Se le dio el mando en la guerra con México, en 1847. Tuvo grandes conflictos con N. P. Trist, en las negociaciones de paz, desde que las fuerzas de Scott estaban en Puebla.

280 manifestaba, aun estando sentado, cierta depresión en la
 nuca, originada tal vez por la costumbre de andar caute-
 losamente, y una notable curvatura en las piernas por el
 continuado ejercicio a caballo. Pero lo más singular en la
 fisonomía de este hombre era la forma de la cabeza, larga
 285 en sentido contrario, respecto de lo que generalmente se
 observa en todos, a causa del gran desarrollo de sus par-
 tes laterales, por cuyo motivo los durísimos sombreros
 de Puebla que usaba, acaban por tomar una figura tan
 extraña como la horma a que se ajustaban, pareciendo
 290 siempre que los tenía puestos al revés. La frenología ha-
 bría indicado, al observar el cráneo de Pedro el Otomí,
 entendimiento claro, en la elevación de la frente, falta de
 benevolencia y veneración, por la depresión en la parte
 anterior de la cabeza, instintos destructores, astucia y un
 295 gran valor por el desarrollo de las partes laterales; final-
 mente, un amor acendrado a su hija en las prominencias
 de la parte posterior del cráneo.

La vida del bandido era un reflejo de todas estas cua-
 lidades y defectos. Había crecido en la cuadrilla de una
 300 hacienda del partido de Ixtlahuaca; y hasta la edad de
 dieciocho años, había tenido lo que se llama felicidad del
 indio, esa ausencia de goces, esa vida miserablemente ve-
 getativa y trabajada de los de su raza. Los capataces de
 la hacienda habían ya notado que cuando se le hacía al-
 305 guna dura advertencia, aunque fuese merecida, arrojaba
 por el suelo los instrumentos de trabajo, retirándose a los

300 *Ixtlahuaca*: Municipio de México, colinda al norte con Jocotitlán; al sur con Almoloya de Juárez; al este con Jiquipilco; al oeste con Felipe del Progreso. Terrenos de llanura atravesados por el río Lerma, que con el Sila son las dos corrientes que se hayan. En la parte sureste se tiene la serranía de la Luna, con bosques y buena producción forestal. Hay dos lagunas: la de Enyegé y la de la Concepción. Posee arroyos y manantiales, uno de ellos es de aguas termales llamado Atotonilco o Concepción de los Baños. Producción agrícola, recursos forestales; en algunas antiguas haciendas hay ganadería; la cercanía con la capital de Estado favorece el comercio y el trabajo en las industrias. Hay grupos indígenas de habla otomí y mazahua.

montes hasta que el hambre le hacía volver y ya sabían que con él no se empleaba el chicote porque, una sola vez que se le había aplicado, había dado una terrible herida con el azadón que tenía en las manos al que se atrevió a pegarle, quien estando a caballo apenas pudo librar la cara y recibió el golpe en la pierna. Pedro, después de aquel suceso, no había huido a los montes como cuando no quería trabajar, esperó a pie firme a los encargados de prenderle y opuso una desesperada resistencia antes de ser conducido a la cárcel. 310 315

La causa se concluyó pronto porque el culpable no negó el hecho, alegando sólo que había recibido, antes de herir, un chicotazo en la cara sin dar motivo; pero el juez consideró de poco peso esta excepción, acaso por ser costumbre general que los indios sean impulsados al trabajo, cuando no a cintarazos como en algunas haciendas de la tierra caliente, a latigazos como en muchas de la tierra fría. Pedro fue puesto en el grillete por espacio de un año, habiendo sido horriblemente maltratado el día en que por primera vez le fijaron la argolla de hierro en el pie, a lo cual se opuso decididamente hasta que fue sujetado por la fuerza. Salió de la cárcel con mayor altivez de la que antes se le había conocido y no quiso volver al trabajo, yéndose a vivir a un pueblo inmediato en donde había nacido y al cual lo siguió su pobre madre que, para mantenerlo en la cárcel, había sufrido inauditas aflicciones. El pueblo, donde se había refugiado Pedro, era enemigo de la hacienda en que antes trabajaba, a causa de un antiguo litigio sobre aguas que con ella seguía. Desgraciadamente, la cuestión se había exacerbado mucho por la carestía de maíz que entonces se experimentaba; los indios esperaban remediarla con la cosecha inmediata, pues la anterior se había perdido generalmente. Sembraron en abril esperando que el riego del cielo los protegiese, pero vieron llegar y concluir el mes de mayo sin tal auxilio. Había entre ellos la tradición, y aun los 320 325 330 335 340

recuerdos de algunos viejos, de que en casos semejantes
 habían regado sus milpas con la agua que le disputaban a
 345 la hacienda, y mandaron una comisión al administrador
 pidiéndole aquel favor sin perjuicio de pleito, pero el ad-
 ministrador se negó. Consternada, la población miraba
 llegar la miseria a sus puertas, siendo así que una poca de
 agua de la que desperdiciaba la hacienda podía volver la
 350 lozanía a sus milpas, que se marchitaban y retorcían bajo
 los rayos del sol que las iba secando. Una sorda desespe-
 ración fermentaba en el pueblo cuando Pedro comenzó
 a excitar a los que venían a platicar con él.

—Si hubiera diez hombres de valor, yo me pondría a
 355 la cabeza de ellos e iría a tomar cuanta agua necesitase el
 pueblo para su riego.

—Sí —le respondían—, y después te pondrían en la
 cárcel y te sacarían a las obras públicas.

—Puede que no, porque primero me dejaría matar.

360 —Precisamente así murió tu padre, rompiendo el
 caño de la agua para regar las tierras del pueblo.

—¿Y después de la muerte de mi padre que hizo la
 justicia?

—Nada, ¡como hubo un gran tumulto...!

365 —¡Ah!, ¡conque el grillete es sólo para los pobres!

No faltaron otros jóvenes que se resolvieran a seguir
 a Pedro y el día menos pensado apareció éste con su cua-
 drilla dividida en dos trozos, uno de los cuales se ocupó
 en romper el caño que conducía la agua y repartirla entre
 370 las milpas, y el otro se dispuso para combatir. Los de la
 hacienda no vinieron a impedir el acto, de manera que el
 riego fue tan abundante como quisieron los del pueblo.
 Pedro no quedó satisfecho con esto y cuando concluyó el
 riego hizo dos cosas injustificables: la primera fue impe-
 375 dir que los trabajadores cubriesen con césped la abertura
 que habían hecho en el acueducto según lo pretendían;
 la segunda, gritar que, si había algunos valientes, lo si-
 guiesen, y con unos cuantos se dirigió a la habitación de

la hacienda donde maltrató a todos lo que no pudieron
 esconderse, hiriendo gravemente a algunos, robándose 380
 todo lo que encontró de más valor y de fácil transporte.
 Concluida esta operación, dijo a sus camaradas: El que
 quiera que vuelva al pueblo para que allí lo vayan a co-
 ger; yo me voy a vivir a los montes. Todos los que habían
 ido con él a la hacienda tomaron caballos para huir; en- 385
 tre ellos iba el que después fue conocido con el nombre
 de Gachupín, el único que continuó invariablemente al
 lado del Otomí, porque los otros fueron sucesivamente
 al presidio o habían muerto.

Pronto se extendió la fama de Pedro el Otomí por 390
 sus crueldades, en los asaltos que verificaba, lo que le va-
 lió el seudónimo de Tigre haciéndose también muy nota-
 ble por la religiosidad con que distribuía la presa y, sobre
 todo, por su valor, de manera que venían de muchas par-
 tes a seguir sus banderas los hombres perdidos a quienes 395
 buscaba la justicia y los desertores del ejército.

Desde luego conoció Pedro la necesidad en que se ha-
 llaba de sacudir su profunda ignorancia, pues no sabía ni
 leer y por esta causa tenía que sufrir la dependencia de
 alguno que le sirviese de secretario, lo que le desagradaba 400
 mucho. Se dedicó por tanto a aprender a leer, a escribir y
 a hacer algunas cuentas, y lo consiguió en poco tiempo;
 después, la necesidad de curar a sus heridos y a los que se
 enfermaban por otras causas despertó en él cierta dispo-
 sición natural que tenía para la medicina, y preguntan- 405
 do, a los indios que trataba en los montes, las virtudes de
 muchas plantas, llegó a adquirir un pequeño caudal de
 conocimientos en este ramo, al que era muy afecto.

Después de cuatro o cinco años de vivir en la sole-
 dad dando asaltos o huyendo de los gendarmes, se abu- 410
 rrió de aquella vida miserable: ¿Yo para quién trabajo?
 —comenzó a decirse—: ¡Mi madre ha muerto de las pesa-
 dumbres que le he dado! ¡Todos mis compañeros tienen
 donde ir a descansar aunque sea una parte del año y a

415 disfrutar de lo que adquieren en poblaciones donde pa-
 san por hombres de bien! ¡Yo, solo, siempre entre los ve-
 nados y los lobos o en medio de cobardes que a cada paso
 me comprometen! ¡Yo, el tigre que se ha escapado de mil
 420 lazos, no puedo tener descanso porque mi filiación la
 tienen todos los alcaldes, entre los cuales hay algunos a
 quienes he tenido bajo mis órdenes y son los que más
 desearan echarme garra para acreditarse de hombres de
 provecho; pero antes de que tal suceda han de sentir lo
 que es el Tigre!

425 Casi siempre, a estos soliloquios seguían espanto-
 sas escenas de sangre en que el jefe iba a recordarles a
 sus antiguos camaradas que no se le perseguía impune-
 mente; pero el Otomí había llegado a esa desesperada
 430 situación que solamente experimentan los grandes cri-
 minales cuando llegan a abatirse ante la enormidad de
 sus delitos y que no pueden recordar sin temblar el nú-
 mero de sus víctimas. ¡Sangre, siempre sangre! –decía
 el bandido–. ¡Odio, rencor, rabia! ¡He aquí mis goces
 infernales! Yo no puedo dirigirme a Dios porque a mí
 435 mismo me causo espanto; ¡ah!, qué cruel situación es
 la de no amar a nadie, ¡ni un hermano, ni un amigo, ni
 un hijo! ¡Pero qué mujer no me tendrá horror? ¿Quién
 puede abrazarse conmigo para caminar en derechura
 al infierno?...

440 ¡No, no es la muerte la que me espanta –exclamaba
 el bandido–, ni la idea de que algún día mi cabeza, pen-
 diente de un árbol, avise a los viajeros, haciendo silbar
 el aire al pasar con ímpetu por las cuencas de mis ojos,
 que pueden caminar sin cuidado porque el Tigre al fin
 445 ha caído; lo que me causa horror es mi pobre corazón
 que me dice que nadie me ama, y que yo no tengo a
 quien amar!

¡Acaso yo no debí ser tan malo! Acaso hay en Dios
 tanta misericordia que pueda yo llegar a ser bueno; pero
 450 estoy solo y necesito que alguno me guíe en el sendero

de la vida, sacándome de este camino que sigo porque no sé otro... ¡Un momento, oh, Dios mío, un momento de misericordia y estoy salvado!

Algún tiempo después, el Tigre había cambiado los instrumentos de muerte por los de labranza, retirándose, cerca del pueblo de Cacahuamilpa, a un lugar solitario y de muy difícil acceso. Allí dividía su tiempo entre el trabajo corporal y la lectura, construyendo primero, ayudado del Gachupín, una casita y sembrando después árboles frutales y flores; y su existencia se deslizaba dulcemente como el arroyo con que regaba su jardín, porque ya no estaba solo; había encontrado el complemento de su ser, tenía a quién amar; Dios había oído su ruego y le había dado como a nuestro primer padre una compañera... 455
460
465

Pasados algunos años, el lugar antes solitario y yermo al que se había retirado el Otomí presentaba el aspecto de una felicidad envidiable. Los arbolitos iban levantándose con presteza, ayudados del clima templado que allí se experimenta y ostentaban esa gentileza y frescura de la primera edad; a su sombra jugueteaba, cuidada por el Gachupín, una niña que era la delicia de toda la casa; pero esta felicidad no fue durable. Arrebatada por la muerte la madre de la niña, más que ésta, quedó huérfano otro corazón que sólo había sido sensible a los encantos del amor conyugal, cuyo hueco nada pudo llenar después. El Tigre se sintió arrojado a un nuevo abismo del que apenas podía sacarle, al menos, por entonces, el cariño de su hija. Comenzaron a parecerle insípidas las ocupaciones domésticas e impropias de un corazón enérgico y de un brazo vigoroso; vinieron las tentaciones de falsos amigos que había encontrado en las ferias de Chalma, a donde concurría anualmente y hasta el mismo amor de padre vino a darle una descarriada previsión: 470
475
480
485

—Reuniré algo para mi hija —se dijo, y llamó al Gachupín proponiéndole volver a su antigua vida.

—¿Y la niña, cómo se queda? —preguntó éste.

490 —Tengo ya vistos dos hombres que cuidarán del jardín y velarán principalmente por María. Ahí abajo, en el pueblo, tienen su familias y con su cabeza y la de sus hijos me responden de que no la sucederá mal alguno, al menos de los que pueden evitarse a fuerza de valor y de

495

—Pues yo te digo que te seguiré a donde quieras... pero de veras, pensaba que se la habíamos ya pegado al diablo...

—¿Cómo?

500

—Sí, porque al morir, el asunto de la otra vida se arregla según...

—Si tienes miedo, quédate, cuidarás a María.

505

—Ya sabes que los otomíes no tenemos miedo; si a otros les asusta la sangre, a nosotros nos embravece... Te decía eso de la otra vida, ¡porque así me lo enseñó la madre de María!...

510

Después de aquel día revivió la fama del Tigre, jefe de bandoleros que alternativamente se presentaba en el monte de las Cruces, en la cañada de Cuernavaca o en el camino de Querétaro. Los que solían caer en sus manos no eran maltratados como en otro tiempo, pero se le siguió llamando Tigre, porque con los de su cuadrilla era verdaderamente feroz, castigándolos de muerte siempre que faltaban a sus órdenes.

EL BANDIDO MIRABA DE frente a Fernando con esa plácida satisfacción del buitre que sorprende un nido de pichones y le rebozaba el contento como al gato cuando tiene entre sus garras un ratoncillo mortecino. ¡Un rescate!, decía en voz baja, ¡de diez, de veinte, de treinta mil pesos! ¡Bocado es éste que me pertenece a mí solo y por el cual daría yo un brazo! ¡Está visto! La suerte de mi María queda por siempre asegurada con sólo imponer ese dinero, con las otras cosillas que he ahorrado, en una buena casa, pero veamos estas cartas. ¡Hola!, y están numeradas; comenzaremos por donde se debe, y leyó: 5 10

Nº 1

“Sr. D. Fernando Hénkel

“Nueva Filadelfia, enero de 1847.

“Hermano mío, predilecto: 15

“Mucho he sentido tu ausencia, por la costumbre que he contraído de comunicarte todos mis pensamientos y

de oír tus acertadas reflexiones; y aunque bien conozco
que esta carta no llegará a tu poder sino después de al-
20 gunos meses, te la dirijo a México según tu encargo, ha-
ciéndome la voluntaria ilusión de que pronto recibiré tu
respuesta; en todo caso, si alguna de las mías se extravía,
avísamelo para que te mande el duplicado, pues a este fin
van numeradas. Desde tu partida para California, que se
25 verificó precisamente hace un mes, hemos avanzado no-
tablemente en nuestra empresa. Como recordarás, des-
de fines de septiembre último que fue cuando llegamos a
Atoyac, comenzamos a ocuparnos en arreglar los varios
contratos que han sido necesarios para la compra de todo
30 el terreno que hay desde la Sierra del Tigre, inclusive, has-
ta la rivera de la laguna de Atoyac, no comprendiendo las
salinas que allí están situadas. Este trabajo que al princi-
pio se dificultó mucho, por las desconfianzas de los cam-
pesinos, se fue allanando luego que comprendieron bien
35 el objeto que nos hemos propuesto, es a saber:

“«Que los trabajadores del campo y los de las fábricas
sean socios que participen de las ganancias o pérdidas de
la Asociación, teniendo asegurada al mismo tiempo una
módica subsistencia.»

40 “Para inculcarles esta nueva especie de vida, este
paso hacia una mejor sociedad, sirvió admirablemente
el que los indígenas te oyesen hablar en su idioma y que
viesen corroborados tus asertos por mí, en quien, des-
de luego, han confiado por el carácter sacerdotal de que
45 estoy revestido, principalmente porque han visto que ja-
más cobro cosa alguna cuando me encargan que ejerza
con ellos los actos de mi sagrado ministerio.

50 “A pesar de la eficacia con que procedimos, no pu-
dieron terminarse sino a fines de octubre las operacio-
nes de medir el terreno y distribuirlo convenientemen-
te, escogiendo el más a propósito para situar las oficinas
centrales. Por fortuna encontramos en medio del llano
una pequeña eminencia, muy propia para tal objeto, y en

poco tiempo se terraplenó la parte más alta, abriendo inmediatamente los cimientos de los nuevos edificios que se están construyendo conforme a los planos que me dejaste. El ingeniero que vino con nosotros, don Guillermo Ulseman, espera poder sacar agua de buena calidad de los pozos artesianos, que está ya taladrando en la meseta céntrica; entretanto, nos surtimos de uno de los ojitos de agua que tenemos más cerca. 55

“En los dos meses que me acompañaste, mis afanes eran menos porque mientras tú dirigías a los trabajadores de los edificios centrales, que tú quisiste fuesen de sólida construcción, yo avanzaba con los colonos en la formación de la primera línea de habitaciones y salía al campo para recibir los bueyes, caballos y mulas que hemos comprado y a disponer la conducción de las semillas que ha sido indispensable acopiar para el año entrante. 60

“Tú viste el empeño de los primeros colonos para construir sus casitas y así no tengo más que decir sobre este punto sino que su entusiasmo ha aumentado conforme han ido viniendo otros nuevos, por lo que se me ocurrió dividirlos en grupos para ponerlos a trabajar en diferentes rumbos; la emulación ha sido tal entre los individuos de un mismo grupo, tanto para sacar la mejor calidad de la obra, como en la prontitud, que he logrado casi duplicar al avance sin poner más gente, porque la que se ha presentado, de mediados de noviembre a la fecha, la he ocupado en la siembra de trigo. 70

“Considerando bien lo que una tarde me dijiste: «Los que trabajan todo el día en una misma cosa matan su inteligencia para cualquier otro ramo y deben sufrir un tormento infernal con el fastidio», dispuse que los que se ocupan por la mañana en edificar salgan por la tarde a la «pizca» del maíz, a barbechar las tierras en que se ha ido echando el trigo o a sembrar y cubrir esta semilla. Del mismo modo, los que van un día a cortar leña, en otro hacinan zacate y a veces desgranar, cui- 75 80 85

90 dando siempre que los trabajos más fuertes no sean continuos en un mismo individuo.

“Esta distribución les ha agradado tanto a los colonos, que ninguno se rehúsa a los trabajos más pesados, pues saben que les corresponde un día o dos en cada mes, por ejemplo, porque se reparten entre todos los que
95 ganan lo mismo y, en esta igualdad proporcional, experimentan prácticamente lo que todos deseamos siempre, que es la justicia.»

“Luego que se establezcan las fábricas, pienso dar
100 más extensa aplicación a tu pensamiento y que todo el trabajo se desempeñe en faenas de tres horas, continuando sucesivamente entre diversos grupos, de manera que, a la vez que el mismo trabajo sea constante, varíen en dicho periodo de tiempo los operarios, porque efectivamente el enfado de hacer constantemente una misma
105 cosa es mortal y enerva las facultades del individuo que quedan sin ejercicio y como en suspenso, causando, por un lado, esa terrible enfermedad moral que se llama desaliento y, por otro, esas deformidades que se notan en los que trabajan diariamente de un mismo modo, lo que en poco tiempo acarrea debilidad y aniquilamiento. El trabajo de esta manera, tal cual hoy se acostumbra en todas partes, es el mayor enemigo de la especie humana, cuando debiera ser, siguiendo tu consejo, el principio del desarrollo progresivo de todas las facultades del hombre,
110 una fuente perenne en que se renuevan las fuerzas y, lo que todavía llama mucho más la atención, motivo de satisfacción a la vez y de prosperidad.

“Poniendo en inmediata práctica este sistema, los
120 peones del campo y de las fábricas, que vengan a tomar parte en la asociación, tendrán la siguiente distribución de su tiempo:

“A las cuatro y media de la mañana sonará la gran campana de la Nueva Filadelfia, colocada en la puerta más
125 alta de los edificios centrales, y su toque será repetido por

las campanas situadas al principio de las cuatro calzadas de comunicación en cada uno de los cuatro vientos en la primera línea de habitaciones, para que los colonos asean a su familia, la que vendrá toda al templo a suplicar al Todopoderoso que nos continúe su protección. Este acto solemne comenzará a las cinco en punto.» Y en él se cantará un himno cuya letra y música desde ahora te encargo. 130

«Enseguida pronunciará el capellán alguna plática moral, de poca duración, que debe terminar antes de las cinco y media. 135

«De esta hora a las seis y media, leerán, escribirán y harán cuentas los adultos, y los que sepan estos ramos aprenderán matemáticas, física, mecánica, etcétera, sirviendo de catedrático el Director. A los que no supieren las primeras letras, les darán lección uno o dos colonos, los que sean a propósito y más adelantados. 140

«Los niños entrarán a la escuela después que salgan los adultos, y no permanecerán en ella sino dos horas por la mañana y dos por la tarde, destinando el tiempo restante al aprendizaje en las fábricas o en las faenas agrícolas que puedan desempeñar. 145

«Las mujeres tendrán su escuela aparte a la misma hora que los hombres, y, cuando salgan aquellas a sus labores, entrarán las niñas, permaneciendo dos horas por la mañana y dos por la tarde, ocupándose también gradualmente en las faenas agrícolas o fabriles que requieran poca fuerza. 150

«La primera faena será de seis y media a nueve y media, comenzando unos en el campo y otros en las fábricas.

«La segunda faena de nueve y media a doce para que continúen en el campo los que hayan hecho la primera faena en las fábricas y, recíprocamente, para que vengan a las fábricas los que hayan empezado el trabajo del día en el campo. 155

«De doce a una, comida. 160

«De una a tres de la tarde, descanso.

«De tres a seis, la última faena con la misma alternativa que la segunda.

165 «Según sea la urgencia del trabajo, porque haya gran demanda de artefactos o porque el campo requiera en ciertas épocas mayor número de brazos, comenzarán muchos operarios la primera faena en donde más se necesitare.

170 «La distribución antecedente es aplicable a las mujeres y a los niños, teniendo solamente en consideración que por ser más débiles deberá reservárseles las ocupaciones que requieran menores esfuerzos.

«La colación será a las siete de la noche.

175 «Después de ella, hasta las nueve, pasarán las familias de los colonos a la Gran Rotunda formada de una extensa galería circular que abrazará todos los edificios centrales, bien ventilada, cubierta con vidrios en lo que no tuviese pared, profusamente iluminada y con muebles de comodidad, a fin de que se diviertan en lo que guste cada individuo, a cuyo objeto habrá juegos de billar, de damas, 180 de ajedrez, música para que bailen y canten los jóvenes, un pequeño teatro para que se preparen algunas representaciones y, en una palabra, todos aquellos placeres honestos que se pueden proporcionar en una asociación íntima, sin etiqueta ni vanas rivalidades, haciendo observar una 185 decencia estricta y la más pura moralidad.

«Para no concurrir en alguna noche, necesitará, el que faltare voluntariamente, obtener licencia del Director y, si fuese mujer, se retirará con su esposo, padre o hermano; si fuese casado, con su esposa y, si es soltero, 190 con la madre.

195 «El Director distribuirá todos los trabajos y señalará a cada uno el que le convenga; pero en todos los casos graves o no previstos por el reglamento, obrará de acuerdo con la Junta de Ancianos compuesta de los siete socios de mayor edad, la cual puede en cualquier caso suspender lo determinado por el Director, siempre que haya en tal sentido cinco o más votos.

“La Junta se reunirá todos los días después del desayuno y, no ofreciéndose cosa que consultarle, se disolverá, haciendo antes constar en una acta su simple reunión o lo que acuerde. 200

“El reglamento de la Asociación se fijará en la puerta del Templo y en las de los obrajes...”

“Temo que te haya parecido muy larga mi primera carta y por esto la suspendo aquí. 205

“Por lo que te he referido conocerás cuánta falta nos haces, y así apresura tu vuelta y no tengas en una expectativa penosa a tu hermano.

“Luis

“Posdata: se me pasaba decirte que Laura es la maestra de las mujeres y que a las seis y media de la mañana, que acaba este primer quehacer, se sale al campo con un enorme sombrero de paja a cosechar, capitanea a los jóvenes de su edad y vuelve a las nueve y media a trabajar sus flores de cera o a dibujar; ha engordado y el color de sus mejillas, antes tan pálido, anuncia ahora una excelente salud. Mi buena, mi excelente madre, ha querido ocuparse en enseñar a las pobres mujeres, que tienen chiquitos, el modo con que deben criarlos y está muy vigilante en el cuarto en que se quedan los que no pueden ir con ellas al trabajo, para que las cuidadoras cumplan su obligación. Con que ya ves, todos trabajamos mientras que el Director, que eres tú, se pasea...” 210
215
220

—¡Si yo hubiera encontrado al principio de mi vida —dijo con amargura el Otomí, soltando la carta—, una asociación como ésta, no me hubiera descarriado! Mis malos instintos se habrían corregido con el buen ejemplo, lejos de exacerbarse como sucedió con el mal trato. Habría aprendido a leer y a escribir desde mis primeros años, pronto y fácilmente, y ese terrible trabajo del 225
230

campo continuado y sin intermisión que tanto me desesperaba, tan mezquinamente retribuido, que no ofrece porvenir diferente a los que son sus siervos, no me habría lanzado a esta espantosa vida en que me acompañan
235 noche y día las furias del infierno...

¡Pero yo no puedo quejarme! Dios me había llamado a la felicidad de una existencia tranquila..., verdad es que me quitó a María, al ángel de consuelo que me trajo al camino del bien y que al subir al cielo me dejó,
240 en prendas de un amor infinito, a ese bello retrato suyo, a esa inocente niña cuya cándida virtud, cuya inefable ternura me detiene aquí en la tierra; ¡pero veo con dolor, siento anticipadamente que a la vez que esos dos ángeles, madre e hija, tienen asegurado un lugar al lado de la di-
245 vinidad, yo me hundo en ese abismo de desesperación en que mi mayor desgracia será ya no poderlas ver!

Pero dejemos estos tétricos pensamientos que cada día más y más me dominan y me debilitan; yo debo ser fuerte hasta el último momento de mi vida, soy Tigre y este animal nunca se doma...
250

Veamos lo que dice esta otra carta.

VI

LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

E

L BANDIDO LEYÓ:

Nº 2

“Sr. D. Fernando Hénkel.

“Nueva Filadelfia, febrero de 1847.

“Hermano mío, predilecto:

5

“Siguiendo la instrucción que me dejaste, he formado ya el *Libro de inscripciones* y en esto, como en todo, me ha prestado grande auxilio Ulseman, quien cada día se hace más apreciable. ¡Qué buenos, qué inteligentes son estos alemanes!

10

“«El *Libro de inscripciones* comprende las partidas en que se expresa la cantidad con que cada uno de los asociados contribuye en la Asociación. Aunque no todos ponen dinero contante, bien puede valorizarse el trabajo de cada uno de ellos, considerándolo como el rédito de un capital.» Así es que un jornalero, por ejemplo, que

15

generalmente gana real y medio al día, posee un capital que le produce al año, incluyendo los festivos, cincuenta y seis pesos. Pero el jornalero tiene que mantenerse y
20 que alimentar a su familia y necesita por lo mismo una anticipación del rédito, el cual se llama salario o jornal y, como las necesidades en que vive son muy apremiantes, «se ve forzado» a renunciar toda esperanza de mayor ganancia y aun ha olvidado su carácter de socio productor,
25 por la costumbre que tiene al ajustarse de no mirar sino por el día de la necesidad, sin avanzar su previsión hacia un porvenir más dichoso, porque hasta ahora este goce inocente de la esperanza le ha sido negado.

“Las consecuencias de este desarreglo son palpables: por un lado, el jornalero trabaja mal; por el otro, no tiene ocupación segura y he aquí que lleno de zozobra por el porvenir, se apropia siempre que puede alguna cosa del amo, ya pidiéndole prestado con ánimo de no pagar, ya hurtándose las herramientas o los frutos en las sembreras, por lo que establece una especie de guerra con el dueño, quien se ve en la precisión de defenderse.
35

“Este «hecho», cualesquiera que sean las causas que lo producen y sostengan, sean o no los propietarios los responsables, es la acusación más flagrante del desorden presente de la sociedad, cuyas relaciones vitales se hayan desnaturalizadas.
40

“En la nueva Asociación, las cosas pasarán de una manera muy diferente, porque el colono se sentirá impulsado de una venturosa esperanza que le dará nuevas fuerzas en medio de sus fatigas, al considerar que, a la vez que tiene asegurada la subsistencia de su familia, por numerosa que sea, y que puede abandonarse sin reserva a la satisfacción de verla aumentada sin ese continuo temor que acibara la vida de los que no tienen bienes de fortuna, se encuentra con ahorros que en pocos años harán su suerte independiente. Feliz con sólo la idea de que ya
50 no es siervo del trabajo, ni llegará a intentar el separarse

de la Asociación, porque en ninguna parte, fuera de ella, encontrará tanta protección de muchos hermanos sobre cada uno de ellos, tanta sencillez y verdad en las relaciones sociales, purificadas por el influjo verdaderamente divino de la caridad. 55

“Copiaré algunas partidas tales como se hallan en el libro para que me digas tu parecer:

“«1ª Fray Evaristo, sin trabajo personal, por capital impuesto desde 1º de noviembre de 1846, doscientos mil pesos. 60

“«2ª Hénkel, don Fernando, Director (esta partida se halla en blanco).

“«3ª El padre don Luis, limosna diaria de un peso desde la fecha antes expresada, con obligación de decir misa, adoctrinar a los colonos y servirles espiritualmente, cuya limosna hace al año trescientos sesenta y cinco pesos, rédito a razón de seis por ciento del capital con que se le inscribe de seis mil ochenta y tres pesos. 65 70

“«Ulseman, don Guillermo, indemnización de mil quinientos pesos anuales desde el 1º de noviembre de 1846, como maquinista, la cual corresponde al seis por ciento, al capital con que se le inscribe de veinticinco mil pesos. 75

“«Hidalgo, don Miguel, real y medio cada día por trabajo personal, desde el 15 de noviembre de 1846, lo que hace al año cincuenta y seis pesos, rédito al seis por ciento del capital con que se le inscribe de mil ciento cuarenta pesos. 80

“«Morelos, don José María (igual inscripción).

“«Guerrero, don Vicente (esta partida aún no está liquidada y es referente a un individuo que ha contribuido para la asociación con todos sus bienes).»

“Notarás que a todos los indígenas, que no tienen apellido, les he puesto al inscribirlos los de nuestros héroes, para que nunca se olviden los sacrificios que hicieron por nuestra libertad.” 85

90 «Las mujeres tienen también inscripción, a razón de un real diario, es decir, con el capital de setecientos se-
 95 senta pesos, desde que cumplen catorce años; los niños la mitad, desde diez años hasta doce si son mujeres y hasta catorce si son hombres, desde cuyo tiempo les corre a éstos y aquéllas el rédito de setecientos sesenta pesos ya expresado hasta que se casan los hombres, después de lo cual tienen el de mil ciento cuarenta, siendo de advertir que no se les permite contraer matrimonio, sino cuando los maestros de obra y los capitanes certifican que saben trabajar la mujer y el hombre. La expresada capitalización es el *minimum* de lo que pueden tener los hombres y mujeres en la Nueva Filadelfia, pero se aumentará en proporción de la destreza que adquiera cada individuo, de manera que una familia que se componga de cinco personas, tres mujeres y dos hombres, por ejemplo, útiles para el trabajo y dedicados a perfeccionarse, podrá llegar a reunir un capital de setecientos sesenta pesos por la joven de menos edad que apenas empiece a trabajar y otro tanto por el joven no casado, de mil ciento cuarenta por la joven mayor que supongamos acreedora a real y medio diario, de mil novecientos el padre de la familia, a quien suponemos capitán ganando dos y medio diarios y de dos mil doscientos ochenta a la madre si es maestra de obra, todo lo cual hace un total de seis mil ochocientos cuarenta pesos, cantidad no despreciable tratándose de familias pobres, para quienes principalmente se ha establecido la Nueva Filadelfia.»

115 «Los que se distinguen por algún servicio notable hecho a la Asociación o por alguna aptitud particular que pueda aplicarse al beneficio común tendrán un aumento proporcional en el capital de su inscripción, pero ninguno de los asociados puede pedir, excepto los casos extraordinarios, más de lo que necesite para la satisfacción de sus necesidades, sino desde la primera liquidación general que ha de hacerse en cada año, con objeto de saber

120

cuáles han sido las ganancias totales y lo que corresponde a cada uno de los socios. De suerte que lo que se les señala diariamente como sueldo es lo que se les computa que tendrá que anticipárseles en alimentos y gastos comunes; si algo se economiza en la Mayordomía, como forzosamente ha de suceder, pues he calculado que bastará un real por persona para que tengamos todos una regular asistencia, el sobrante se aplica a la manutención de los niños menores de diez años y a gastos imprevistos, todo lo cual dará, por último resultado, que en los años en que Dios no nos mandare alguna calamidad que arruine nuestras sementeras, quedará un pequeño capital a cada familia proporcionado a la ganancia general, el cual se impondrá en la misma asociación y devengará un rédito, sirviendo así de reserva para un año de mala cosecha, cuya desgracia se procurará neutralizar constantemente por la siembra de varias semillas en épocas diversas y en terrenos diferentes, contando siempre con el auxilio y producto de la industria manufacturera que, aunque tiene otra clase de contratiempos, nuestra Asociación puede hacer frente a ellos con mayor ventaja que cualquiera otro establecimiento por ser a la vez esta empresa agrícola y fabril, y porque en todos sus ramos preside, dirige y vigila el interés de todos los asociados.

“Te acordarás de que fray Evaristo nos dijo que en la sierra de el Tigre se paseaban éstos impunemente; yo me figuraba que sería cosa muy rara verlos, pero pronto me he convencido de lo contrario. Como necesitamos grandes vigas para el techo de nuestro templo, que es lo primero que vamos a cubrir, pregunté, días pasados, cuál sería el tiempo más oportuno para cortarlas. Me dijeron que en éste de invierno; pero que era preciso remontarse mucho para encontrar los mejores palos y que los hombres que fuesen a cortarlos y a conducirlos se prepararan para el caso de que encontrasen como era posible algún leopardo. Pedí a los conocidos de Atoyac armas de

fuego y me prestaron dos carabinas viejas, que entregué a los colonos que, en número de ocho o diez, fueron por la madera. Después de una semana volvieron los que habían marchado a la expedición trayendo tiradas por bueyes las vigas que habían labrado y sobre la primera de ellas un animal horrible que habían muerto, a manera de tigre como de dos varas de largo, de color leonado, oscuro sobre el lomo y blanco debajo del vientre, salpicada la piel con manchas negras como formando anillos. Era una pantera que tenía asolados estos contornos y que estuvo a punto de causar a los colonos una gran desgracia, porque la primera carabina con que se le apuntó no dio fuego, al tiempo mismo en que afortunadamente el otro tirador que se atrevió a esperarla le dio en el pecho. Los peones traían en sus frazadas los cachorrillos porque, herida gravemente, la fiera huyó hasta su cueva donde acabaron de matarla, cogiendo enseguida la cría. Yo hice recibir a los de la expedición, luego que supe el riesgo que habían corrido, con mucho agasajo y mandé traer la música de Atoyac para que pasearan con ella en el pueblo la pantera muerta y los cachorros vivos. Escribí delante de los demás colonos, en un libro que he titulado *De premios*, los nombres de los que habían esperado al feroz animal a pie firme, los hice capitanes para el trabajo, aumentándoles un poco el capital de su inscripción, y de esto ha resultado que muchos me pi-

167-170 Pizarro se refiere al jaguar (*Panthera onca*), cuya descripción concuerda con este felino más famoso de toda América. El color puede variar notablemente: el fundamental es el amarillo rojizo. El pelo aparece jaspeado por todo el cuerpo, en parte por manchas negras, pequeñas, redondas, alargadas e irregulares y, en parte, por otras más grandes de forma anillada y que van del rojo amarillento al negro y en cuyo interior se encuentran uno o más puntos negros. En el dorso las manchas están dispuestas de tal manera que forman una raya irregular, que en la región del sacro se divide en dos partes: a cada lado del cuerpo forman rayas longitudinales, más o menos irregulares. Por lo general la hembra tiene un color característico, más pálido que el del macho. Los jaguares negros son muy raros y sobre su pelaje oscuro apenas se distinguen las manchas.

dan por favor ir a traer la madera que falta, a lo que no he accedido, esperando la llegada de unos buenos rifles que he encargado a Guadalajara, con los cuales nos ejercitaremos todos, tirando al blanco, pues aseguran los hijos del país que en mayo y junio bajan los lobos hasta el llano, pero te prometo que hemos de disminuir mucho las familias dañinas.” 190

—¡Yo tampoco habría errado el tiro —dijo el Otomí, suspendiendo la lectura de la carta—; tengo buena vista y brazo firme; pero mi mala suerte o, como dice fray Gil, el mal espíritu, en lugar de cazador, me ha hecho fiera! 195

Después de un rato de penosa divagación en que pasaron con la velocidad del relámpago por la imaginación del bandido mil ideas que le hacían poner un gesto horroroso, continuó leyendo: 200

“He fijado ya el reglamento a que deben sujetarse los trabajadores poniendo en orden los apuntes que me dejaste, pues aunque creo que le falta mucho para corresponder a los grandiosos objetos que comprende, se ha hecho absolutamente indispensable la observancia de alguna regla, pues hay ya en la Nueva Filadelfia unos quinientos individuos y, aunque todos están animados de las mejores intenciones y muestran gran docilidad, esto mismo me ha estimulado a adelantar su enseñanza moral con la estricta observancia de lo que bien podemos llamar «ley del pueblo», pues no tiene otro objeto que el bien procomunal. 205 210

“En mi primera carta te expliqué de qué modo tu hermoso pensamiento de alejar en lo posible el fastidio del ánimo de los colonos y procurar el desarrollo gradual de todas sus aptitudes me había hecho dividir el tiempo y los trabajos. Ésta es la primera parte del reglamento tal como se halla detallado en dicha carta; la segunda parte está redactada en forma de principios generales, de cuyo espíritu van instruyéndose los asociados a la vez que los ponen en práctica. Dice así: 215 220

225 «La Nueva Filadelfia se compone de familias cuyos individuos quieran trabajar auxiliándose mutuamente en todas las necesidades de la vida, con un espíritu de verdadera caridad cristiana.

230 «Dicho establecimiento, con todos los edificios de que se compone, con todos los seres vivientes que encierra, con todas las semillas y artefactos que produce, no es de alguno en particular, es de todos los asociados. Aquí no hay siervos ni señores, amos ni criados; cada individuo desempeña los oficios que se le encomiendan con humildad y presteza y, por esto, unas veces sirve a los demás y, otras, le sirven, sin que puedan redimirse por modo alguno de su obligación, sino en caso de impotencia que otros calificarán con equidad.

235 «Presiden la Asociación el Director, el Consejo Administrativo y la Junta de Ancianos.

240 «El Director será elegido anualmente por mayoría absoluta de votos que al efecto emitirán todos los padres de familia existentes en la Nueva Filadelfia y podrá ser indefinidamente reelecto.

245 «El Director será casado y residirá con su esposa en el establecimiento, con la obligación, si tiene hijos, de sujetarlos a la disciplina general para dar ejemplo.

250 «El Consejo Administrativo se compone del capellán, del maquinista y del médico de la Asociación, y entenderá en todo lo relativo al régimen anterior de ésta, en que el Director o la Junta de Ancianos quisieren consultarle.

255 «La Junta de Ancianos se compondrá de siete individuos, los más avanzados en edad existentes en la Nueva Filadelfia, sin que esta dignidad los exima de desempeñar sus respectivas labores como miembros de la Asociación, sujetos bajo este respecto a los reglamentos y al Director, que es el primer encargado de hacerlos cumplir.

«Cuando en la Junta de Ancianos se ofrezca tratar algún asunto referente a cualquier persona del sexo fe-

menino, se asociarán matronas, prefiriendo en todo caso a las maestras de obras, y nada podrán determinar en contra de la opinión que éstas manifestaren, la cual se hará constar en el libro de Actas. 260

“Para ser admitido en la Asociación basta el acuerdo unánime del Consejo Administrativo, si no se opone el Director. 265

“Las faltas de éste se suplirán por el Consejo Administrativo, el cual asumirá las facultades que el reglamento concede al primero.

“Para despedir a cualquier individuo de la Asociación, es necesaria la orden del Director y el acuerdo por mayoría de la Junta de Ancianos; si ésta se opone por cinco o más votos, la providencia se suspende, así como cualquiera otra dictada por el Director, pero en tales casos puede éste convocar a todos los asociados para que libremente decidan sobre el punto en cuestión. Siempre que la Junta de Ancianos ni apruebe por mayoría, ni repruebe por cinco o más votos los negocios que son de su incumbencia, continuará en sesión permanente sin que pueda separarse ninguno de sus individuos hasta obtener uno de los dos acuerdos expresados. 270 275 280

“Se exceptúan, de lo que antes se ha prevenido, las disposiciones que tomare el Director para cumplir cualquier contrato que hubiese hecho en nombre de la Asociación con alguno de fuera de ella, pues en todos estos negocios el Director es la única persona que puede representarla, y sus promesas, luego que tuvieren las formalidades necesarias, se cumplirán religiosamente por todos los asociados. 285

“En el mismo caso de excepción se colocan las disposiciones que tomare en uso de las facultades que el Reglamento le confiere, pues ofreciéndose en tales ocasiones alguna diferencia, lo que únicamente se discutirá es si tal facultad corresponde o no al Director, y nunca si hace buen uso de su derecho. 290

295 «El secretario de la Junta de Ancianos será forzosamente un individuo del Consejo de Administración, designado libremente por aquéllos.

300 «La autoridad del Director se ejerce en cada grupo de trabajadores por medio de sus respectivos capitanes y, en cuanto a las mujeres, por las maestras de obra; éstas y aquéllos serán nombrados anualmente por los mismos colonos en el número necesario para que corresponda a cada veinticinco hombres un capitán, y por cada veinte mujeres, una maestra.

305 «En el tiempo de tal investidura, éstas y los capitanes, entre varias preeminencias de menor cuantía como la de montar los hombres a caballo en los días de fiesta y usar las armas de fuego que hubiere en la Asociación para cazar y las mujeres no fregar el suelo ni servir la mesa a las demás, tendrán un aumento en el capital de su inscripción proporcionado a la destreza de que den pruebas en las fábricas o en la agricultura, a juicio del Director.

315 «Cuando no fueren reelectas las maestras de obra o los capitanes, continuarán con el aumento de su inscripción en el caso de que sigan trabajando con la misma eficacia y cumpliendo todos sus deberes.

320 «En la Nueva Filadelfia solamente se admitirán familias y no personas aisladas cuya procedencia se ignore; respecto de aquéllas no se hará otra indagación sino en lo relativo a su aptitud para el trabajo, a fin de distribuir convenientemente a los individuos de que se compongan. Los objetos que recibirá cada familia para su uso, cuyo importe se cargará en su cuenta excepto la habitación, serán los siguientes:

325 «Una vivienda compuesta de salita y recámara.

 «Un banco de cama de madera blanca.

 «Un zarape para cada individuo de la familia.

 «Cuatro sábanas, *idem*.

 «Una mesa.

330 «Seis sillas.

“«Un sombrero propio para el trabajo a cada uno de los trabajadores.

“«Dos camisas para cada hombre y dos para cada mujer; en la misma proporción la ropa interior necesaria.

“«Dos blusas y dos pares de pantalones para cada hombre, y dos vestidos para cada mujer. 335

“«Zapatos para trabajo, cada vez que sean necesarios.

“«Los capitanes y las maestras tienen la obligación de avisar diariamente quiénes son los colonos que faltan al trabajo o que llegan tarde y, asimismo, quiénes son los que mejor han cumplido, a fin de que se anote en el libro correspondiente y se tenga presente al hacer su liquidación a cada individuo. 340

“«En los días festivos, la distribución será la siguiente: 345

“«De cuatro y media de la mañana hasta las cinco, pasarán los colonos con sus familias, como en los demás días, a orar en el templo.

“«Desde las cinco hasta la media, desayuno.

“«Desde las cinco y media hasta las nueve, pasarán a sus habitaciones los colonos a completar su aseo y el de sus hijos, para asistir, enseguida, a la misa. 350

“«A fin de que no falte ropa limpia a los colonos, estará exceptuada de otro trabajo en cada sábado una mujer de cada familia, que se ocupará en recocer, lavar y planchar una de las dos mudas de ropa que cada asociado recibirá en la Nueva Filadelfia. 355

“«Concluida la misa, que se procurará sea, en lo posible, solemne, pasarán a la Rotunda con objeto de que se repartan los premios semanarios a que se haya hecho acreedor el grupo de trabajadores que más se hubiere distinguido, sea de hombres o mujeres. 360

“«Esta calificación la hará el consejo de administración, oyendo a los capitanes, para distribuir por lo menos tres premios entre los individuos del grupo que saque la ventaja. 365

370 «Si en los grupos restantes hubiere algunos individuos que, a juicio del Director, merezcan ser premiados, lo recibirán de manos del Consejo, así como los individuos del grupo distinguido, que serán designados por sus compañeros del mismo grupo.

375 «Los premios consistirán en objetos de algún valor y de utilidad inmediata para el premiado, como sombrero con galones, calzoneras de paño, camisas finas, rebozos de bolita o chales de seda, si la persona premiada es mujer, cortes de vestido, etcétera.

380 «Concluida esta muy importante operación, quedarán en libertad los colonos para estar en su habitación o continuar en la Rotunda hasta las doce en que se verificará la comida.

385 «Por la tarde saldrán, si quisieren, a algún pueblo inmediato a la Nueva Filadelfia o a cazar por los montes cercanos, o en la misma casa, dentro o fuera de las habitaciones, se divertirán en lo que hallasen por conveniente, siendo honesto. De esta licencia general para salir, quedarán exceptuados aquéllos a quienes toque estar de celadores, los cuales nunca deben faltar, aun en las horas en que están todos los colonos presentes.

390 «Las correcciones que suelen imponerse a los colonos, únicamente por el Director, son el mudarlos de un grupo a otro sin su consentimiento, no cambiarles el trabajo dejándolos uno o muchos días en el campo o en las fábricas, repetirles las faenas pesadas o desagradables, privarles de salir los días de fiesta y arrojarlos de la Asociación temporalmente o para siempre, en cuyo último caso no tienen opción alguna a la participación de las ganancias del fin de año.

400 «La caja del dinero se depositará en el templo y tendrá dos llaves, una que se guardará por el Consejo de Administración y otra en la Junta de Ancianos, todos los cuales estarán presentes siempre que se haya de sacar alguna cantidad por orden del Director y recibo del Ma-

yordomo, cuyo documento quedará en lugar del dinero, tomándose antes razón de su monto y del objeto a que se destina la cantidad en el libro de caja.

405

“En este mismo se apuntarán las entradas de nume-
rario sin que el Director lo reciba ni toque, bastándole el
aviso que la Junta y el Consejo deberán darle de haberlo
ya depositado en presencia del que hace el entero si es de
la Asociación o del Mayordomo.

410

“Fuera de los capitales que impongan los socios,
pueden llevar a la Nueva Filadelfia cuanto tuvieren sin in-
cluirlo en su inscripción, empleándose en lo que les con-
venga, con la condición de dar aviso al Director, a fin de
que mande tomar noticia circunstanciada de tales bienes y,
si fueren de los semovientes, convenga con el propietario la
cantidad que ha de cargársele por su mantención.

415

“A fin de que los socios no carezcan de algunos ar-
tículos menos necesarios para la vida, pero cuya adqui-
sición y libre goce puedan desear, especialmente cuando
tengan algunos ahorros, se pondrá una tienda bien sur-
tida por cuenta de la Asociación, con ropa, comestibles y
objetos de mercería, sin que por esto se permita a ningun-
a familia llegar a poner cocina aparte, pues el objeto de
esta disposición es proporcionar a los asociados cuanta
libertad y goces individuales son compatibles con la aso-
ciación íntima, de manera que mientras a nadie le falte lo
necesario, puedan tener algunos, especialmente los más
trabajadores y los que han traído algún capital, la posible
comodidad y gusto.

420

425

430

“Podrá exceptuarse de las faenas del campo y de
algunos servicios que el consejo administrativo detallará
en cada caso particular a las señoras que ingresen al

416 semovientes: “(Del lat. «se movens, -entis». Adj. y, particularmente pl., n.) Se aplica a los bienes consistentes en animales, especialmente en ganado” (DUE).

417 mantención: “f. fam. Manutención” (Edell).

establecimiento inscribiéndose con un capital físico que
 435 no baje de mil ciento cuarenta pesos, que es el *minimum*
 de la inscripción de los que ganan real y medio diario,
 quedando siempre obligadas a trabajar por la mañana o
 por la tarde en las fábricas y a desempeñar los otros ser-
 vicios que no se hayan exceptuado expresamente.

440 “«Siempre que el Director juzgue conveniente mo-
 dificar el Reglamento, propondrá la reforma al Consejo
 Administrativo y a la Junta de Ancianos; si fuere acep-
 tada por la mayoría de aquél y la de éstos, se sujetará a
 la ratificación de todos los asociados, sin cuya conformi-
 445 dad se entiende desechada la innovación.»

“Te hablaré ahora del progreso material que hemos
 alcanzado en la Nueva Filadelfia.

450 “Se ha cubierto provisionalmente nuestro humilde
 templo, la escuela y parte de la Rotunda, pues esperamos
 que asienten las paredes y que se concluya el acopio de
 madera para hacer las azoteas de los edificios centrales.

455 “He escrito a tu dependiente principal para que me
 mande la maquinaria, pues las piezas destinadas a las
 fábricas están casi concluidas.

460 “Las habitaciones de los colonos van muy adelanta-
 das, hay ya concluidas más de doscientas. Unos a otros
 se han convidado para hacer «sus casas» como ellos las
 llaman y, como por encanto, se ha presentado en el lla-
 no una línea de azoteas blancas que majestuosamente va
 dando vuelta al derredor de los edificios centrales, los que
 ya se distinguen desde lejos dominando la Vega.

465 “Recordarás que pusimos este nombre a toda la pla-
 nicie comprendida en la circunferencia en que están las
 casitas. Cuando saliste para California apenas había bro-
 tado el trigo que sembramos en la Vega: ahora que ha
 crecido como media vara cubre enteramente la tierra
 con su color de esmeralda, interrumpido solamente por
 los cañitos que sirven para el riego, y que a lo lejos bri-

llan como fajas de plata. A la orilla de estos cañitos he- 470
 mos puesto, según tu consejo, millares de pequeñas pa-
 rras que van prosperando admirablemente; también he-
 mos apartado algunas melgas para hortalizas que se han
 dado muy pronto, pues ya tomamos en nuestras comidas
 algunas de ellas y, si no me ciega el amor que siempre se 475
 tiene a lo que se produce, son de suprema calidad. ¡Vie-
 ras por la noche a los pobres inditos, que tanto me re-
 comendaste, tomar una abundante ensalada de lechugas
 que recogemos de la Vega, y su sabroso trozo de ternera
 frita en manteca, sirviéndose del tenedor y del cuchillo, 480
 bendecirías a Dios como yo lo bendigo en lo íntimo de
 mi corazón, por habernos dado los medios de establecer
 la Nueva Filadelfia, el pueblo de hermanos!”

—¿Dónde?, ¿dónde está ese lugar en que el pobre ya 485
 no es humillado, en que el trabajo es distinguido y recom-
 pensado? —gritó el Tigre poniéndose en pie—. ¡Iré, sí, iré
 inmediatamente con mi María, seré allí el último de los
 colonos, depositaré mis riquezas en manos de los direc-
 tores y moriré tranquilo, porque cuando yo le falte a mi 490
 hija, le quedarán mejores padres que el que ha tenido!

Las exclamaciones del otomí habían despertado a
 María que, llena de sobresalto por Fernando, se había
 acostado vestida en su cama, y la hicieron acudir al ora-
 torio cuyas puertas abrió con ímpetu, temiendo que los 495
 gritos de su padre fuesen por alguna cuestión con el via-
 jero o por otra desgracia mayor. María al entrar se arro-
 dilló abrazando a su padre, a quien le dijo:

—¡Padre!, ¡padre!, ¡por el recuerdo de mi madre, a
 quien tanto amaste, no le hagas mal a este viajero... por- 500
 que yo moriría!

El Otomí, perplejo al oír la revelación que impruden-
 temente acababa de hacerle María, no pudo de pronto
 responder. Ésta se levantó y fue a ver a Fernando, le mo-
 vió con ímpetu, y no advirtiendo en él señales de vida: 505

—¡Muerto!, ¡muerto! —exclamó— ¡Oh, Dios bueno!,
¡no has querido oír la súplica que acababa de hacerte,
que me concedieras vivir para siempre a su lado! —y cayó
desmayada.

510 El Tigre, confundido, acudió a levantar a su hija y la
tomó en sus brazos, prodigándola los socorros de que en
aquel momento podía disponer, llamándola con los más
dulces nombres a la vida y, cuando observó que volvía en
515 su acuerdo, la llevó a su cama encargándosela a Antonia,
que había acudido a la novedad. El ataque fue de poca
duración, y algo tranquilizado el Otomí, se dijo a media
voz: ¡Lo cree muerto!, mejor; ya no lo volverá a ver! Y sa-
lió apresuradamente a despertar a sus compañeros.

—¡Arriba muchachos! ¡Gachupín! ¡Coyote!

520 —¿Qué hay?, ¿qué sucede?, viene la tropa —respondió
uno de ellos, medio dormido.

—¡Tú, Juan, trae los caballos; Gachupín, sígueme!

Entraron al oratorio y sacaron el cuerpo, al parecer
inanimado, de Fernando.

525 —¡Juan!, tú que montas mejor a caballo, lleva a este
hombre en la silla y entre los dos lo meterán hasta lo más
hondo de la cueva; cuidado con una caída, porque la en-
trada es muy escarpada.

—¿Y después? —dijo el Gachupín.

530 —Se vienen tú y el Coyote, como si nada hubiera
pasado.

—¿Pero qué, está muerto este hombre?

—No.

—¡Entonces se va a morir de hambre!

535 —Sí.

—Pero...

—¡Gachupín! —gritó con voz de trueno el jefe de los
bandidos; y estos tomaron inmediatamente el camino de
la célebre Gruta de Cacahuamilpa.

540 Al verlos que se alejaban alumbrados por la luz de la
luna, se dijo para sí el Tigre, con cierta aparente satisfac-

ción, pretendiendo adormecer el penoso remordimiento que experimentaba, estas irónicas palabras:

—¡Quería el señor Hénkel conocer la gruta y se le ha
dado gusto!... ¡Sólo que sabrá por experiencia propia... 545
que tiene algún riesgo sorprender la candidez de la hija
del Tigre!... Dos o tres leguas de camino subterráneo,
absolutamente oscuro, con barrancas profundas y ca-
vernas inmensas, son suficientes para distraer el hambre
que sentirá cuando despierte de su letargo... 550
probablemente olvidará a María...

CUARTA PARTE

LA OCUPACIÓN DE MÉXICO

¿QUÉ MEXICANO PODRÁ RECORDAR sin lágrimas, sin horror y desesperación, los aciagos días 19 y 20 de agosto, 8, 12, 13 y 14 de septiembre de 1847? México, la ciudad de la primavera eterna, a la que hermocean tantas bellas flores y tantas graciosas mujeres; que indolentemente se ha consumido bajo el cielo más diáfano y espléndido que se conoce, en medio de un lujo creciente; que cada día desfallece más y más con sus discordias insensatas, como un hombre amputado a quien no le ligan una arteria, vio repentinamente interrumpidos sus placeres cuando tronó el cañón de alarma en la plaza mayor, y cuando el toque de rebato, compasado, monótono y aterrador por su misma novedad, vino desde la torre de la Catedral a noticiar a sus habitantes que el enemigo extranjero, por el mismo rumbo que Hernán Cortés, había llegado a la encumbrada meseta del Anáhuac.

¡Frontera, víctima de Padierna; Martínez de Castro

17 *Martínez de Castro*: Luis Martínez de Castro (1819-1847). Escritor periodista nació en la ciudad de México, colaboró en varios periódico y revistas. En la defensa de Churubusco, el joven Martínez (ya se había terminado el parque) quiso regresar a bayoneta calada a su regimiento del que había sido aislado y las balas lo alcanzaron. "Muertos y heridos fueron llevados a la nave de la

y Peñúñuri, héroes de Churubusco; Balderas y León,

iglesia de San Diego, dentro del convento. [...] A los pocos días, en el centro de la Ciudad de México, Martínez murió: se habían gangrenado las heridas. Manuel Carpio perpetuó en alejandrinos lamentosos la memoria de Martínez de Castro. En una de las conclusiones, con la cara llena de vergüenza, Carpio dijo que si los demás mexicanos se hubieran comportado como el joven Martínez, si hubieran seguido sus huellas, «jamás el pabellón de las estrellas/ flotara en la ciudad de Moctezuma»; [...] Guillermo Prieto recordó en páginas laudatorias a quien la Fortuna no le permitió ver cómo unos meses más tarde México ya sólo sería la mitad de México. «Vida tan breve y llena de honor y de virtudes, fue coronada por la gloria de los héroes, en la defensa de Churubusco» (vid. CAMPOS 2005, pp. 231-247).

18 *Peñúñuri*: “Francisco Peñúñuri (1820-1847). Militar. Nació en la ciudad de México. Participa en la defensa del Valle de México en 1847. Murió combatiendo en el convento de Churubusco” (DP). “La batalla empezó a las diez y cuarto de la mañana y terminó a las tres y media de la tarde. Por culpa de Santa Anna, como dijimos, los defensores se quedaron sin parque a las tres de la tarde. Hacia el final de la batalla Luis Martínez de Castro y Francisco Peñúñuri, entre otros, se lanzaron en una carga suicida a balloneta calada contra el enemigo para romper sus líneas del parapeto alzado frente a la parte sur del convento. Peñúñuri cayó en la acción y Martínez fue herido de suma gravedad” (*ibid.*, p. 235).

18 *Churubusco*: “En Churubusco se libró una de las batallas más inútiles y estériles del conflicto armado; 1980 soldados mexicanos resistieron tres horas y media a 6 mil norteamericanos, hasta que se quedaron sin parque. Antonio López de Santa Anna escapó sacrificando a aquellos valientes y Winfield Scott se apoderó de un reducto militar improvisado, aislado e indefinible” (vid. VÁZQUEZ 1997, p. 13).

18 *Balderas*: Lucas Balderas (1797-1847). Nació en San Miguel el Grande. Pasó a la capital muy joven y trabajó en una sastrería. Ingresó al batallón de Realistas Fieles del Fernando VII. En 1827 fue ascendido a capitán y poco después recibió el cargo de inspector en el Distrito federal. Tomó parte en la revolución de la Acordada, en 1828. Al año siguiente recibió el grado de teniente coronel y poco después el de coronel. Al triunfo de Santa Anna, éste le ofreció a Balderas el grado efectivo de coronel, pero rehusó. Murió en el Molino del Rey combatiendo a los norteamericanos (DP).

18 *León*: Antonio León (1794-1847). Militar. Nació en Huajuapán, Oaxaca. Formó parte de los ejércitos realistas y en 1821 se unió al trigarante. Tomó el fuerte de Yanhuitlán, haciendo posible la entrada a la ciudad de Oaxaca, que se adhirió al Plan de Iguala. Fue nombrado coronel en agosto de 1821. Partidario de Iturbide, pero de ideas demócratas, lo combatió al coronarse Emperador. El 14 de enero de 1823, de acuerdo con los generales Bravo y Guerrero, se pronunció en Huajuapán. Fue comandante de Oaxaca y en 1832 fue diputado al Congreso General; de 1834 a 1837 pacificó las Mixtecas, y Chiapas al año siguiente. Hizo posible la incorporación del Soconusco a la república el año de 1842. En

vencedores en el Molino del Rey; Gelati, Pérez y Xicoténcatl, muertos, pero no vencidos, en Chapultepec, habéis bajado a la tumba con otros miles de buenos mexicanos, mostrando, a los que hemos sobrevivido, quién es el enemigo contra el que debe emplearse ese encarnecimiento de que hemos dado tantas pruebas en medio siglo de guerras fraticidas!

La pérdida de la capital verificada en la noche del 13 de septiembre de 1847, por haberla evacuado nuestro ejército, es un suceso de tan inmensa trascendencia para toda la América, que verdaderamente sorprende cómo no ha sido bastante para fijar invariable e incesantemente el curso de nuestras ideas, refiriéndolas todas a la salvación de nuestra Independencia. La falta de energía que se advierte entre nosotros, siempre que se trata de este punto vital, el olvido increíble en que estamos de que la primera ley de todos los seres animados es la propia conservación, aterra verdaderamente cuando se piensa en el amenazante porvenir acaso reservado a las razas hispanoamericanas. Por lo demás, la ocupación de la capital por un enemigo extranjero nada tiene de nuevo en la historia de los pueblos más belicosos. Los galos tomaron a Roma después de tres siglos y medio de su fundación, la quemaron y estuvieron sitiando por siete meses el Capitolio, que fue lo único que quedaba a los romanos, hasta que Camilo vino a alcanzar con las armas la paz que sus conciudadanos estaban comprando a peso de oro; con el Capitolio hubiera perecido Roma y seguramente su his-

1843 fue ascendido a general de brigada y el mismo año a su villa natal se le agregó su nombre. En la invasión de 1847, se ofreció para combatir al frente de una brigada oaxaqueña. Murió en la batalla del Molino del rey” (DP).

19 *Gelati*: “Gregorio Vicente Gelati (1805-1847). Militar. Nació en San Miguel de Allende, Guanajuato. Cadete en 1817. Durante la guerra de Texas combatió a los invasores, sirviendo a las órdenes de Santa Anna ya con el grado de coronel. Murió en la defensa del Molino del Rey, el 8 de septiembre de 1847” (DP).

19 *Pérez*: Juan N. Pérez. No identificado.

50 toria, que ahora llena el mundo, habría sido tan diminuta como la de los Sabinos y Albaneses cuyo territorio fue el primero que aquéllos se anexaron. Nosotros pudimos dejar sin perecer la capital en manos de los enemigos, porque nuestro Capitolio se halla en nuestros estados del interior; allí existen nuestra nacionalidad y todas nuestras esperanzas, contra ese pueblo ambicioso que a toda costa espera apropiarse de nuestro territorio.

55 A la llegada de Breno, rey de los galos sobre la Italia, había precedido el terror que infundían las estaturas gigantescas de los invasores; y aún ahora, leyendo a Plutarco, parece que el destino de Roma era ser dominada por aquellos hombres que se presentaban como invencibles; y, sin embargo, nadie ignora cuál fue el destino de las Galias y aun de la Germania que costó más de doscientos años de guerra, y de casi toda la tierra conocida entonces, que fue sojuzgada por los descendientes de aquellos que, para
60 empezar a vivir como pueblo, tuvieron que robar mujeres. Roma triunfó de sus enemigos por la virtud, comprendiendo en esta palabra el valor y todos los sacrificios que impone una noble entereza; pero cuando a la libertad de aquellos altivos ciudadanos sucedió el despotismo, cuando el falso esplendor y la ambición de subyugar a
65 muchos pueblos quitó a aquellos patricios la justificación y la prudencia con que se habían gobernado por varios siglos, cuando, en fin, en nombre de la fuerza y atropellando todo derecho sus emperadores, pretendieron quitar a la humanidad su conciencia y a la naturaleza sus leyes, el poder de Roma desapareció para siempre dejando grandes lecciones, ruinas colosales y haciendo ver al mundo que un pueblo verdaderamente libre jamás es sojuzgado y que las naciones más prepotentes nada pueden contra él, mientras que defiende la razón y el derecho.

80 Estamos llamados los mexicanos a sostener una lucha eterna; débiles, por nuestras discordias, atrasada en civilización la mayoría de nuestro pueblo, por efecto de

la educación teocrática y las preocupaciones en que se le ha imbuido, tiene no obstante un glorioso destino que cumplir porque es el antemural que debe sostener la libertad y las nacionalidades amenazadas del continente de Colón. A la democracia desbordada debemos oponer la democracia pacífica; a las instituciones liberales, pero falseadas en su base por contenerse en ellas la esclavitud y la despreciativa distinción de castas, debemos oponer el orden verdadero, que es la genuina libertad aplicada a todas las clases, a todos los hombres que quieran vivir bajo nuestro cielo. 85

Vicios hay en la constitución de los norteamericanos que continuamente amenazan destruir la Unión Federal, y tal peligro se ha aproximado mucho desde que Polk ha impulsado a sus nacionales lanzándolos a la conquista de inmensos terrenos que en mucho tiempo no lograrán poblar y que difícilmente podrán defender. 90

El mayor enemigo que tiene México son sus propios hijos, mientras continuaren destrozándose; esta horrible discordia es la que nos hace aparecer en el mundo con tantos vicios y defectos que la pluma se niega a estampar las expresiones enérgicas que inspira el patriotismo, a los pocos que consideramos la lucha de las facciones como muy miserable ante el peligro que está corriendo nuestra independencia. ¿Qué entusiasmo pueden sentir los pueblos para defenderse cuando hace medio siglo que experimentan toda clase de males sea cual fuere el partido que se haya apoderado del mando, cuando sólo 100

97 Polk: "James K. Polk (1795-1849). Llegó a la Presidencia en 1845. Su política fundamental, además de algunos cambios fiscales, fue absorbente en su Gabinete y siguió los lineamientos de los expansionistas esclavistas de los Estados del Sur, que hacia décadas pregonaban el despojo de los territorios mexicanos del norte. La cuestión de Texas, cuya anexión fue resuelta del 1º de marzo de 1845, propició sus finalidades. Todo ese año fue de preparativos de guerra contra México, buscando un pretexto para invadirlo" (DP). 105

han cosechado, como fruto de la libertad, levas, contribuciones inmoderadas, injustamente repartidas, ob-
 115 venciones parroquiales y judiciales, aduanas interiores, concurrencia desfavorable de efectos extranjeros, rui-
 nosa del todo para los pocos productos del país? ¿Qué
 ha podido producir, sino males, esa concentración de
 la propiedad raíz y de inmensos capitales en manos de
 120 los que enseñan el desprecio de las riquezas, esos com-
 mandantes generales viciosos que han ido a alimentar
 su fausto de sátrapas en los estados, esos gobernadores
 tiranos e impotentes que no han sabido ni querido, tal
 vez, proteger a sus súbditos de las depredaciones de los
 salvajes y que sólo se han ocupado de facilitar el contra-
 125 bando arruinando al erario?

La gran república norteamericana, que sabía todo
 esto porque en mucha parte lo ha causado, lejos de tra-
 tarnos como hermanos según era de su deber y aun de
 su conveniencia, ha despachado sus ejércitos para inva-
 130 dirnos, sin razón, sin motivo plausible, para pavonearse
 después ostentando laureles alcanzados en las victorias
 que nosotros mismos les hemos proporcionado, con el
 pronunciamiento de los llamados Polkos, con la insu-
 bordinación inaudita del general Valencia, con el desobe-
 135 decimiento de algunos gobernadores, con la ineptitud y
 cobardía de nuestros jefes, y con las tramas constantes

133 *Polkos*: “Polkos (Pronunciamiento). Ocurrido en la ciudad de Méxi-
 co, desde el 26 de enero hasta el 22 de marzo de 1847, ya invadido el país por
 las tropas de EUA. Lo encabezó el general Matías de la Peña Barragán. Fue
 el pretexto la ocupación de bienes de la iglesia, después del decreto dado por
 Gómez Farías, para que ésta proporcionara recursos para hacer frente a los
 gastos de guerra contra los americanos. El plan de los pronunciados exigía la
 derogación de la ley y el retorno de Santa Anna, que era el Presidente, ya que
 Gómez Farías era Vicepresidente en funciones. Se llamó de los “polkos” por
 ser un miembro de la aristocracia su jefe, y porque muchos de los rebeldes eran
 jóvenes bailadores de “polkas” (de ahí el nombre), baile que estaba de moda, o
 quizá por su actitud en plena invasión, como partidarios del entonces Presi-
 dente de los EUA, Polk” (*DP*).

que en contra del poder público se han puesto siempre en juego entre nosotros, cuando se ha tratado de salvar algún gran interés nacional.

¡Oh, México! ¿Qué hiciste a las otras naciones para recibir tantas afrentas? ¡La hez de todos los pueblos de la tierra ha venido a arrojar la ignominia sobre tu frente... Y para que el dolor fuera aún más acerbo, los criminales sacados de las prisiones de Puebla han venido a triunfar de ti, con la osadía más inaudita, con el descaro más brutal, porque “tal fue el presente de civilización que te prepararon desde muchos años atrás nuestros hermanos los americanos del norte”!

¡Honor a los valientes que en medio de tanta ignominia prefirieron una muerte segura a sobrevivir después de una paz vergonzosa! ¡Gloria al pueblo de la capital, porque consultando solamente a su valor, después que fue abandonado por nuestras tropas, se arrojó casi inerme a una lucha desesperada contra un ejército victorioso, mostrándose verdaderamente invencible! Sí, invencible, porque contra tan heroica y espontánea resolución, nada pudieron las balas ni la táctica de los enemigos, porque nunca rindió sus pocas armas, las que, por el contrario, supo aumentar quitando no pocas al invasor, pues cuando el soldado americano perdía la vida en las calles de México, el hijo del pueblo ganaba sus armas y sus municiones. ¡Parque!, ¡parque! ¡Este era el grito del pueblo más sumiso del mundo en el día 14 de septiembre de 1847, desafiando a un ejército que traía enormes trenes de artillería, al que disputó palmo a palmo la ciu-

143-144 *los criminales sacados de las prisiones de Puebla*: Esta práctica quizá se hizo con la finalidad de reclutamiento; sin embargo, después de la caída de Chapultepec, y durante la estancia del ejército invasor en varias ciudades, se dieron asaltos y saqueos a iglesias y vecinos. “La delincuencia interna del país y la invasión extranjera incrementaron la inseguridad pública. Esta combinación se agudizó cuando las tropas invasoras abrían las cárceles para dejar salir a los presos” (vid. SALINAS 2000, p. 188).

dad de sus padres! Faltos de centro común y de jefes, con muy pocas armas y escasísimas municiones, sin combinación anterior, entregados a sus instintos generosos, combatían los mexicanos en guerrillas, inutilizando la artillería del enemigo, que no podía enfilear sus piezas sobre calles, al parecer, desiertas, de las que salían sobre los americanos fuegos certeros que los hicieron retroceder en muchos puntos. El pueblo no disputaba posiciones, y cuando no podía hacer frente con buen éxito por la multitud de enemigos que llegaron a cercar a varios grupos, desaparecieron éstos para volver a presentarse por otra calle; pero pronto concluyó el parque y el terror, que justamente inspiraba tan comprometida situación, hizo que apareciesen como al medio día del 15 banderolas blancas en los balcones de las casas con que se indicó al vencedor que había cesado toda resistencia.

El pueblo se retiró silencioso, llevando su arma al hombro y fue a curar las heridas de sus amigos y a llorar sus muertos...

II

LA DESOLACIÓN

ACABABAN DE SONAR COMPASADAMENTE en el reloj de la Catedral de México las doce de la noche, anunciando que el nefasto día 14 de septiembre de 1847 había terminado su curso; la luna, velada casi enteramente por nubes espesas, alumbraba débilmente los edificios de la ciudad, sumergida en un silencio profundo, interrumpido, a veces, por tiros de fusil que el eco repetía distintamente, volviendo a quedar la ciudad en aparente calma. Al concluir las doce campanadas, mil voces prorrumpieron en un prolongado grito, diciendo: “¡Centinela! ¡A...ler...ta!”, que otras voces más distantes repitieron añadiendo: “¡Mueran los yanquis!”, a cuyo grito respondieron las primeras: “¡Mue...ran!”

En las calles del centro, ocupadas ya por los americanos, se cruzaban cargados de despojos varios merodeadores, mientras que otros procuraban forzar las puertas de las casas disparando sus armas sobre las cerraduras. Entre las que sufrieron, en esta horrible noche, el saqueo, se encontró la de don Domingo Dávila, que ya nuestros lectores conocen.

Este señor se hallaba enfermo y desahuciado, hacía algunos meses. Su enfermedad le había venido de la pena

moral que le había causado la pérdida de casi toda su fortuna en un negocio que ofrecía ganancias muy pingües y, al parecer, seguras, por la respetabilidad de las personas que habían intervenido, comprometiéndolo a que prestara gruesas sumas, de las que no había logrado reembolsarse. Su mayor desgracia consistía en que no había tribunal a quien humanamente pudiese ocurrir porque las personas, que para garantía habían firmado unos documentos que tenía en su poder, gozaban “fuero” y tenían una muy alta influencia en el tribunal privilegiado. El negocio de que provenían aquellas obligaciones, que habían quedado por tales causas sin valor, no era de los que pueden publicarse para buscar el apoyo de la opinión; y en tan desesperada situación, obligado el señor Dávila a sostener las grandes apariencias de su casa, había llegado a dos ruinas a un tiempo, la de su caudal adquirido en continuados afanes por espacio de muchos años y la de su salud.

Su hija Rosita, que ignoraba absolutamente el estado de su casa, siguió ostentado su hermosura y sus galas, hasta que la gravedad en que se encontraba su padre la había hecho abandonar toda diversión, constituyéndose en la más cuidadosa enfermera a la cabecera del paciente, a cuyo lado estaba en la hora de que hemos hablado al principio de este capítulo.

La pieza que ocupaba el señor Dávila era aquella recámara de que hemos dado noticia en la segunda parte, desde la cual podía observar a los que entraban y salían, y cuidar, en días más felices, de su dinero guardado en el despacho que tenía enfrente. Dicha pieza sólo comunicaba, según recordaran nuestros lectores, con el resto de la casa por una puerta sin tener otra salida.

La veladora, que arrojaba una luz azulada, daba, en el momento de que hablamos, un aspecto sepulcral a la pieza en que se encontraban, cuidando al enfermo, Rosita y Clara, vestida la primera de negro, sentada en la

misma cama de su padre, en quien clavaba una mirada
desconsolada, y la segunda dormitando sobre un sillón. 60
Los síntomas del paciente eran terribles: no había habla-
do en las últimas veinticuatro horas, una palidez mortal
se extendía sobre todo su rostro, los ojos cerrados, con
profundas ojeras, los labios casi blancos, rodeados de
una mancha oscura y circular que llegaba hasta el extre- 65
mo de la barba. Repentinamente dio un profundo sus-
piro, entreabrió los ojos y recorrió los objetos que tenía
delante, con una mirada lánguida y vaga, y los volvió a
cerrar diciendo con voz apagada:

—¡Rosa... Rosita! 70

—Aquí estoy, papá; ¿qué ya no me conoces? —la jo-
ven se puso a llorar.

—¿Qué va a ser de ti, hija mía?

Rosita no pudo responder, la ahogaban los sollozos
que en vano pretendía reprimir. 75

Seguramente costó un grande esfuerzo al paciente
el proferir aquellas palabras, porque enseguida le atacó
una tos cavernosa y seca que lo puso en absoluta postra-
ción. Clara, que se había dejado vencer por el sueño, se
despertó; entonces propuso a Rosita el que le dieran al 80
enfermo una bebida que estaba preparada; pero éste te-
nía apretados los dientes y no pudo tomarla, lo que hizo
prorrumpir a Rosita en un llanto deshecho.

La tos le volvió luego al enfermo con mayor fuerza,
oyendo llorar a su hija, la palidez de su rostro se volvió 85
lívida, sus ojos se quedaron fijos y sin brillo, y podría ha-
bérsele creído muerto si no se le hubiera oído pronunciar
muy difícilmente estas palabras incoherentes: ¡Rosita...
el pronuncia...miento de fe...bre...ro! Niegan la deu...
da. ¡Hija... mía! 90

89 *pronuncia...miento de fe...bre...ro!*: La desamortización de los bienes de la Iglesia. La prohibición al clero y al ejército intervenir en asuntos de política y destituir a los militares que se hubiesen pronunciado en contra del go-

En esto se oyó un ruido horroroso, como que se derumbaba la puerta del zaguán, después de algunos tiros, y las jóvenes se miraron llenas de espanto, al tiempo mismo en que todos los criados de la casa, en confuso tropel, fueron entrando a la recámara de don Domingo, casi sin aliento, diciendo con la mayor angustia: “¡Ahí están! ¡Ya vienen!”

Rosita conoció entonces el inminente peligro en que se hallaban todos; pero por la más cruel fatalidad, no había remedio alguno; la pieza en que se habían reunido no tenía otra salida que aquella por donde se sentían ya venir los que habían forzado la puerta de la calle; nin-

bierno; la clausura de la Universidad Pontificia (porque en ésta se concentraba un grupo contrario a las ideas de un México independiente y democrático) y su reemplazo por una Dirección de Instrucción Pública, que se encargaría de todo lo relativo a la educación de los mexicanos; la extensión de la educación por medio de la apertura de escuelas nocturnas para que un mayor número de jóvenes tuvieran la oportunidad de aprender, además de la creación de escuelas normales para maestros; la libertad de pensamiento y expresión, entre otras leyes y decretos postulados por el vicepresidente Valentín Gómez Farías, en ausencia de Santa Anna y con auxilio de José María Luis Mora, ocasionó que, tras de algunos conciliábulos y el acopio de recursos, análogamente como lo relata Pizarro en la segunda parte de *El monedero*, el partido conservador y el clero se pronuncian el 27 de febrero de 1847 con la intención, detrás de todos los aspectos que tuvo su plan, el de arrebatarle el poder a Gómez Farías. Mientras los ejércitos invasores avanzaban, el partido moderado y los polkos retaban a los 3 300 hombres bajo el mando de los generales Canalizo y Rangel, y derrochaban ociosamente municiones (*vid.* ROA BÁRCENA 2003, pp. 197-199; y ALCARAZ *et al.* 2005, pp. 173-186). El precedente que se establece se compendia en una declaración pública del partido conservador. “nosotros nos llamamos conservadores... porque queremos primeramente *conservar* la débil vida que le queda a esta pobre sociedad, a quien habéis herido de muerte; y después restituirle el vigor y la lozanía que puede y debe tener... porque no queremos que siga adelante el despojo que hicisteis: despojasteis a la patria de su nacionalidad, de sus virtudes, de sus riquezas, de su valor, de sus esperanzas... nosotros queremos devolvérselo todo” (*El Universal*, *apud.* BRAVO UGARTE 1962, p. 116). En particular, pretendía este Partido conservar el patrimonio ideológico del Cristianismo en todas sus prácticas, fundamentalmente sociales y políticas. El triunfo de los postulados de Gómez Farías, quien sólo quería que México tuviera un gobierno que respetara la libertad de los individuos y la igualdad para todos, lo vio realizado más tarde en la Constitución de 1857.

guna otra puerta intermedia podría siquiera detenerlos, porque las rejas de fierro, que había en el contra-portón y en la cima de la escalera, se habían quedado abiertas para poder ir con prontitud a traer los auxilios que el enfermo necesitase, de manera que no quedaba ningún recurso. “¿Qué haremos?”, decían todos con acento desesperado, a la vez que se oían muy distantemente las pisadas y la confusa vocería de los que habían invadido las piezas inmediatas. Clara, como inspirada, con voz sofofocada, dijo: “¡El ropero!”, y enseguida señaló la puerta que ya estaba cerrada. Todos la comprendieron al momento y cargaron con aquel mueble para que sirviera de tranca, echándose sobre él para aumentar su peso. Apenas habían ejecutado esta breve operación, cuando oyeron un grito penetrante y prolongado: cada uno vio con espanto a los demás, indagando quién faltaba de la familia, pero todos estaban presentes; los sollozos comprimidos, que se oyeron inmediatamente después, vinieron a probar, a los que estaban allí refugiados, que alguno había quedado abandonado. Rosa dijo entonces con una voz desfallecida:

—¡La pobre enfermera y su hija!

En efecto, por una fatalidad y contra su oficio de veladoras, se habían quedado dormidas por haberse desvelado algunas noches anteriores, en compañía de Rosita y de Clara.

Las pisadas brutales de los yanquis (ellos eran los que habían entrado) y el ruido de los fusiles que descansaban estrepitosamente en el suelo, indicaron a los refugiados que los enemigos habían llegado a la pieza más cercana, de los que les separaba solamente una débil puerta atrancada con el ropero. Clara advirtió entonces que la luz que tenían iba a perderlos, si la distinguían los invasores, e inmediatamente la apagó, quedando el cuarto en una completa oscuridad. Los hombres que había dentro de él continuaron cargándose sobre el ropero con todas

140 sus fuerzas, como si ya hubiese llegado el momento del
ataque, por cuyo esfuerzo se hubiera podido percibir una
respiración anhelosa y sofocada, si no lo impidiese el es-
trépito con que vaciaban las cómodas y rompían los baú-
les aquellos ladrones, dándoles de culatazos, dominando
145 sobre todos estos ruidos el guirigay de muchos que gri-
taban a un tiempo.

Advirtió Clara que no atacaban la recámara del
moribundo, se atrevió a curiosear por una rendija de la
puerta que no cubría el ropero, y distinguió un grupo
de americanos vestidos con chaquetas azules color de
150 mortaja franciscana, con pantalones del mismo color
hechos tiras, lo que les permitía lucir la pierna pelada.
Vio también que ninguno de aquéllos traía ropa interior,
porque de un baúl abierto estaban sacando ropa blanca,
de la que se proveyeron todos sin dejar harapo ninguno
155 de camisa ni calzoncillos. El ejemplo lo daba siempre un
hombre alto, de ruda fisonomía, ojos azules sin brillo ni
expresión, de una melena rubia que le bajaba en desorden
hasta los hombros y con una barba muy poblada y cre-
cida. Los americanos venían acompañados de algunos
160 mexicanos que se miraban en segundo término y que no
se atrevían a tocar las cosas hasta que los primeros no se
despachaban; estaban vestidos como los charros pobres
del país y sólo se distinguían en su calidad de “contra
guerrilleros”, que así se llamaban, por una cinta encar-
165 nada puesta en el sombrero. Éstos eran de los que el ge-
neral Scott mandó sacar de la cárcel de Puebla. El ame-
ricano de las melenas, que era el único que no mostraba
estar borracho pues los demás no podían tenerse en pie,
cada vez que hacía seña a los suyos de que se apoderasen
170 alguna cosa, pues él solo había tomado una camisa que

¹⁴⁴ *guirigay*. “Lenguaje difícil de entender. Jaleo o bulla; ruido confuso de voces o gritos o de sonidos discordantes. Escena de confusión y desorden” (*DUE*).

en el acto se puso, dirigía la palabra a un mexicano horriblemente chato, que tenía a su lado, diciéndole: “Esto por mí, mexicano, ¿eh?”; a lo que el chato respondía con una señal afirmativa inclinando la cabeza. 175

Al abrir una gran cómoda, aparecieron a los ojos de los bandidos los vistosos trajes de Rosita, y el jefe hizo una seña a los americanos para que se los distribuyeran, como lo hicieron inmediatamente. De repente los ojos del de las melenas se dilataron brillando extraordinariamente, mientras que el chato fingía la mayor indiferencia, y era que habían distinguido entrambos una caja de alhajas, que el primero abrió y volvió a poner como estaba. El resto de americanos y mexicanos pasaron a otras piezas llevando las luces que a su tránsito habían encontrado y no tardaron en presentarse los primeros vestidos de fraque, levita o chaqueta, con sombrero catrín, remediados algunos de la gran necesidad de botas con las cuales volvían ya muy ufanos, mirando el lustre y dando recias pisadas, remedando una mojiganga que en circunstancias menos desgraciadas habría causado la mayor diversión a Clara que los atisbaba. La comparsa volvió a recorrer las piezas por donde había entrado, sin que el americano de melenas ni el chato se separasen de la cómoda en que habían distinguido la caja de alhajas. A poco oyeron los de la casa ruido como de dinero desparramado por el suelo, y vio Clara que el yanqui de las melenas hizo un impulso en ademán de ir a ver lo que causaba aquel ruido, que luego fue seguido de un tumulto espantoso entre americanos y mexicanos; pero el chato no se movió ni el yanqui llegó a separarse del objeto que había fijado su codicia. Éste emprendió enseguida la vía diplomática; habló mucho, mucho, sin lograr darse a entender del chato, hasta que al fin, convencido de que nada adelan- 180 185 190 195 200

190 *mogiganga*: “Fiesta que se hacía antiguamente con disfraces grotescos, especialmente de animales” (*DUE*).

205 taba, le hizo a éste seña con las manos de que partirían.
El mexicano accedió retirando la mano derecha que en
todo este tiempo había tenido puesta sobre el puño de
una daga oculta entre su camisa y la banda; pero apenas
había hecho esta demostración de paz, cuando el yanqui
210 le atacó furiosamente empujándole sobre una consola de
mármol que fue a romper el infeliz con su cabeza, dando
en una esquina, lo que le hizo caer sin sentido, oyéndose
un terrible estertor. El yanqui se sonrió satisfecho, y Cla-
ra sintió tal espanto, que no le permitió distinguir lo que
215 continuaron haciendo enseguida los americanos.

Algún tiempo después, y algo repuesta, vio Clara que
el yanqui salía de las piezas donde los otros habían aca-
bado de vestirse y traía puesta una levita y otros panta-
lones, pero sin sombrero, porque seguramente no habían
220 alcanzado para él; se dirigió enseguida al espejo en que se
peinaba Rosita, se untó pomada y se alisó el pelo dando
muestras de quedar muy contento, se puso la cachucha y
sin duda le pareció que no correspondía al traje por lo rota
y mugrosa y la botó al suelo, yéndose en derechura a la re-
cámara de don Domingo en que estaba toda la familia.
225 Clara no dijo nada a sus compañeros de infortunio,

temiendo que un grito imprudente acelerase su desgra-
cia; pero cuando vio que el yanqui venía en derechura
a la puerta, en busca de sombrero sin duda, y notó que
230 para abrirla preparaba una pistola, el exceso mismo del
terror embargó sus sentidos y se despidió de la vida.

El yanqui tropezó con el cuerpo del Chato atravesado
cerca de la puerta que pensaba descerrajar y, perdiendo
el equilibrio, dejó caer la cajita de alhajas que tenía
235 debajo del brazo, se agachó a cogerla y, echando un hor-
rible juramento en inglés, descargó la pistola en la cara
del contraguerrillero; vio entonces tirado por el suelo el
sombrero de éste, lleno de galones, y lo tomó, le quitó
la cinta colorada que tenía en la copa, se lo puso y fue a
240 verse otra vez al espejo. Concluida esta operación, arrojó

sobre la luna del espejo el candelero que tenía en la mano y la hizo mil pedazos, cayendo al suelo la vela apagada, cuya pavesa ardiendo todavía describió un gran círculo. El yanqui se alejó a paso lento, guiado por la luz que en la pieza inmediata habían dejado sus compañeros. 245

En ella se hallaban la enfermera y su hija. Ésta era quien había dado aquel grito desgarrador que tanta ansiedad había producido en la familia. Cuando los americanos y contraguerrilleros penetraron a las piezas altas de la casa, el chato que los guiaba preguntó a la enfermera, que se despertó con el mayor espanto, dónde estaba el dinero y la familia. La anciana no respondió; y enfadado de tal mudismo que calificó de resistencia, le había dado un puntapié en el pecho. Entonces la hija había comenzado a gritar y, para callarlas, un americano les repartió a diestra y siniestra culatazos a la madre y a la hija, dejando a la primera sin vida y a la segunda sin sentido. Cuando el yanqui de las melenas volvió a aquella pieza, la hija de la enfermera, que empezaba a reponerse, no acordándose de lo que les había sucedido, procuraba despertar a la madre creyéndola dormida, haciendo penosos esfuerzos para incorporarse, pues se lo impedían los dolores que en aquel instante sentía. 250 255 260

—¡Madre!, ¡madre mía! ¿Qué nos ha sucedido?

El yanqui, atraído por aquella voz quejosa, se acercó a la joven que ya había logrado sentarse, a tiempo que ésta se apretaba la frente como para librarse de aquella visión que le parecía sueño. El yanqui le habló en inglés, mezclando algunas palabras en castellano, sin que la joven comprendiese nada más que “mucho bueno”, repitiendo por aquel con tenacidad. 265 270

Dominada entonces por el terror, dio un nuevo grito y procuró esconderse bajo la muerta.

En aquel estado le pareció al conquistador americano hermosa la hija de la pobre enfermera... y un mismo lecho vio la muerte de la madre y la violación de la hija. 275

III

LA PAZ CON LOS INVASORES

POCO DESPUÉS DE QUE abandonaron la casa de don Domingo Dávila los ladrones nocturnos, apareció la nueva luz poniendo un término a los horrores de aquella pavorosa noche y, al distinguir sus primeros rayos, se pusieron de rodillas los criados, siguiendo el ejemplo de Clara; sin poder articular oración alguna, llorando de un modo entrecortado y lastimoso. Clara comenzó a preguntar por Rosita y, como no respondía, dijo levantando la voz y llena de inquietud: “Quitemos el ropero para ver lo que ha sucedido”. Mientras esto se verificaba, comenzó a buscar a tientas, pues no había claridad bastante, hasta que guiada por el vestido que caía al suelo, encontró a Rosita sobre la cama de su padre. “¡Aquí está!, ¡aquí está!” gritaba alborozada mientras que ponían el ropero en su lugar, que entonces les pareció muy pesado; iban a abrir las hojas de la puerta, cuando oyeron de nuevo el ruido de mucha gente que entraba por la asistencia y exclamaron con acento desesperado: “¡Ya vuelven!, ¡ahí están!” Y cada uno de los criados fue a ocultarse según pudo por los rincones y por debajo de la cama del señor Dávila, deseando en aquel momento ser tragados por la tierra.

Una veintena de hombres armados había entrado, pero eran hijos del pueblo de la capital, que se habían batido denodadamente el día anterior y parte de la noche. Rendidos de cansancio, se habían dispersado citándose para la madrugada del día que había llegado ya, con el fin de renovar la lucha. Un joven carpintero, cuyo arrojo había ganado la admiración de sus compañeros a quienes mandaba, era hermano de Clara, e inquieto por la suerte de ésta, había venido a verla a la cabeza de su gente, deseando proteger a la familia del señor Dávila, si lo necesitaba.

Dominado por una vaga inquietud, Mauricio, éste era el nombre del carpintero, no había aguardado que llegase la aurora para ir acompañado de un gran perro prieto de Terranova, que nunca lo dejaba y al cual llamaba Alteza, a esperar a sus amigos al punto convenido, que era el callejón cerrado de Dolores, por tener allí los combatientes cubierta la espalda con el convento de la Concepción y la derecha con las casas, a la vez que su retirada era muy expedita hacia la plazuela de la Concepción y el barrio de Santa María. A poco de estar allí el carpintero, llegaron los compañeros, excepto uno que había recibido el día anterior un balazo en la mano, a

40-41 *convento de la Concepción*: “Tiénese este convento por el primero de las religiosas, fundado en México veinte años despues de la toma de la capital por los conquistadores españoles” (CM). “Fue fundado este convento por fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México. En 1540 recibió la cédula del emperador Don Carlos y, del Papa Pablo III, la bula” (DP).

42-43 *plazuela de la Concepción*: “Del convento de la Concepción tomaron nombre una calle, un callejón y una plaza, que aunque grande, por no serlo tanto como la mayor, llama el público plazuela” (CM).

43 *barrio de Santa María*: “El barrio de Santa María se conocía antiguamente con el nombre de *Tlaquechiucan* que, según Betancourt, quiere decir *lugar donde se hace esteras para las camas*. Allí se labró una capilla dedicada á la Asunción de María Santísima [...] Dáse á esta parroquia el sobrenombre de Redonda, porque se le dedicó un panteón semejante al de Santa María la Rotunda de Roma” (CM).

tiempo de quitar el arma y la cartuchera a un yanqui muerto, pero en lugar del herido venía un pariente suyo trayendo el rifle que tan caro había costado. Venían también, pero sin fusiles, otros paisanos a quienes difícilmente se logró persuadir para que se fueran a su casa porque, para un combate en que todo lo decidían las balas, aumentar el número de gentes sin armas era ofrecer otra desventaja, además de las que naturalmente tenía el pueblo. Mauricio repartió unas tortas de pan que había traído consigo, diciendo a sus compañeros: “No tengo por ahora otro desayuno; pero prometo mi zarape al que primero matare un yanqui y un par de pesos al que ganare un rifle”. Todos acogieron con gusto la proposición y gritaron subiendo gradualmente la voz: “¡Viva México!, ¡mueran los yanquis!” Y oyeron que otras voces repetían con un eco prolongado “¡Mue...ran!” Eran las de otros valientes que se estaban reuniendo en las calles de la Pila Seca.

—¡Muchachos! —dijo Mauricio a los suyos—, voy ahora a pedir a ustedes un favor... quiero que me acompañen a la casa de don Domingo Dávila que no dista mucho de aquí, pasada la calle de la Águila, en el número 8 de Medinas.

63 *calle de la Pila Seca*: “Estas calles son dos: primera y segunda, ambas situadas de Sur a Norte; la primera sigue de la del Esclavo: comienza en la esquina de la calle de los Medinas y acaba en la calle de San Lorenzo; la segunda sigue de ésta y termina en la esquina de la calle de la estampa de la Misericordia” (CM). Hoy 3ª y 4ª de la República de Chile.

“Una fuente sin agua dio a estas calles el nombre que llevan” (CM).

67 *calle de la Águila*: “La calle corre de Oriente a Poniente, sigue de la de los Medinas y precede a la de los Dolores. [...] El nombre actual de la calle parece que viene de que en su esquina Noroeste hubo una tienda de pulquería con puerta para las dos calles que forman dicha esquina. Para adorno de la tienda, y distinguirla de las otras, pintaron en el lado que ve al Poniente, un león que representaba a España, sujetando con una cadena al águila de Anáhuac, que estaba pintada en la pared de la tienda que daba al Sur. Por efecto de esta pintura comenzó a llamarse del Águila esta calle, y a la de la vuelta del León” (CM).

—Allí vive un gachupín muy rico –dijo una voz.

70 —No es gachupín.

—Ese hombre es malo –gritó otro–, maltrata siempre a los hijos del pueblo.

No sabiendo qué responder Mauricio a esta observación dijo:

75 —Yo les proponía a ustedes que fuéramos un momento a esa casa, porque en ella tengo una hermana; pero si ustedes no quieren ir, voy yo solo...

—Por ti, iremos –respondieron muchos a la vez y se pusieron en camino yendo a su cabeza Mauricio, quien les encargó no se pusieran unos cerca de otros, para que si recibían el fuego del enemigo no les hiciese mucho estrago.

Mauricio se sorprendió mucho, al llegar a la casa, de encontrar abierto el zaguán y sin alma viviente en el patio y la escalera. Pasaron el corredor y entraron no sin algún recelo a la asistencia, que todavía no estaba bastante iluminada por la luz natural y en donde ardía con una llama azulada y triste pronta a extinguirse, una pavesa en una palmatoria. La hija de la enfermera fue el primer objeto que se presentó a vista de Mauricio con los ojos hinchados y alteradas todas sus facciones. Luego que ésta distinguió a los compañeros de Mauricio, se arrastró medio desnuda por el suelo sobre las manos y los pies y huyó hacia un rincón gritando: “¡Martín! ¡Martín!, ¡despabilate el ojo!, ¡no te encandiles!” Atónitos, Mauricio y sus compañeros se miraban unos a otros ignorando la causa de aquel extraño espectáculo. Mauricio se encaminó a las otras piezas, encargando a su gente que le esperase y que vigilase la calle. Entró hasta la última recámara sin encontrar a nadie y empezó entonces a llamar a media voz, diciendo: “¡Clara! ¡Clara!”

89 *palmatoria*: “Utensilio para sostener la vela, generalmente de forma de platillo con un receptáculo en el centro donde se mete ésta” (DUE).

—¡Mauricio!, ¡mi hermano! —respondió ésta, abriendo inmediatamente la puerta de la recámara en que estaba y precipitándose en los brazos de éste, que de pronto fue rodeado de personas que sollozaban. 105

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Ha muerto el señor Dávila? Aquélla fue la vez primera que pensaron los sirvientes en su amo, teniendo que lamentar una nueva desgracia, porque éste había expirado sin que ninguno supiese a qué hora. 110

—Abre un balcón, Clara, no veo nada.

La joven obedeció y, entrando la luz, todos empezaron a distinguir algunos bultos informes que estaban regados por el suelo, y eran los desechos que habían dejado los americanos como pantalones, cachuchas hechas pedazos y algunos sombreros de petate. 115

—¡Un muerto! —gritaron varios a la vez, y Mauricio pudo reconocer a un famoso contraguerrillero que en el día anterior los había perseguido mucho.

Clara refirió a su hermano todo lo que había visto y éste le dijo: 120

—Vámonos de esta casa; no estás aquí bien.

—¿Y Rosita? —dijo Clara— ¿Y el Señor Dávila?

—Nos los llevaremos, porque no tardarán en volver los americanos y les inculparán a ustedes la muerte de este hombre. 125

Clara entró a la recámara del señor Dávila, a la vez que todos los criados desaparecieron como por encanto, y abrió un poco el balcón. Al reflejo de aquella media luz, que penetró suavemente por entre las cortinas, se miraba a Rosita inmóvil, vestida de negro, blanca como el mármol cual si fuese la estatua del dolor, sentada a los pies de la cama, junto a su padre exánime. 130

—Rosita —le dijo su amiga al oído, temiendo incomodar al señor Dávila—, es preciso llevarnos al señor don Domingo, porque los americanos seguramente volverán y... 135

Rosita no respondió.

140 —Mauricio ha venido con gente que podrá trasportar cuidadosamente al señor don Domingo...

—¡Sólo que lo lleve a la tumba!

—¡Cómo!, ¿por qué dice usted eso, Rosita?

—¡Porque ha muerto!

145 No pudiendo prolongar por más tiempo la hija el esfuerzo supremo que había hecho para soportar la muerte de su padre, desde que en la oscuridad había reconocido que no daba señales de vida, le comenzó un hipo convulsivo que tanto parecía un sollozo como una agonía.

150 —¡Mauricio! ¡Mauricio! —gritó Clara— ¡Que se muera Rosita!

Mauricio entró a la recámara y pudo enterarse inmediatamente de toda aquella escena terrible y, conociendo que el permanecer en casa por algunos momentos más era exponer a una muerte segura a los valientes que le acompañaban y algunos ultrajes a las jóvenes, dijo a su hermana con voz resuelta:

155 —¡Clara, valor! ¡Toma a la señorita del brazo y sígueme! De lo contrario, somos perdidos.

—¡Pero si se ha privado!

160 Salió inmediatamente el joven y llamó a cuatro robustos compañeros con los que volvió a entrar.

—Clara, cubre a la señorita con una capa, para que dos de estos buenos muchachos la lleven.

—¿Y el señor don Domingo?

165 —No se quedará aquí. Ve luego para nuestra casa con la señorita, yo cuidaré de que sea enterrado el señor don Domingo. Ningún criado apareció más en aquella casa para que pudiese encargársele.

170 Clara salió guiando a los que cargaban a Rosita, y Mauricio hizo conducir al señor Dávila para el camposanto de Santa Paula; al pasar junto a la pobre loca, que

171 *Santa Paula*: “El arzobispo Haro y Peralta [fundó] el hospital general

no dejaba de repetir su extraño grito: “¡Martín, Martín, despabilate el ojo!” No pudo el noble carpintero resolverse a abandonarla y encargó a sus camaradas que, envolviéndola en una sábana y tapándole la boca para que no gritase, la condujesen a su casa y así esta vez, como otro carpintero caritativo que fue el primero en recoger en México a las dementes, Martín daba asilo a la hija de la enfermera y a otra joven desvalida encargándose de los funerales del padre de ésta. 175

Domingo Dávila había sido lo que se llama un poderoso; había ostentado repetidas veces esa magnificencia que alimenta la envidia de la mayor parte de los que viven en las grandes ciudades; siendo un plebeyo había aspirado a la alta distinción social, había soñado en la nobleza haciéndose servir por criados a quienes degradaba poniéndoles librea, que éstos se habían apresurado a abandonar sin guardar el más ligero afecto por el que los había marcado con una señal de ignominia. Nada había quedado del rico, del poderoso, del político, sino unos restos inanimados que marchaban a una huesa ignorada. 180

En otras circunstancias, la multitud de carruajes enlutados, el triste clamoreo de las campanas en unas exequias suntuosas y una vanidosa inscripción habrían

con más de 400 camas, considerando que para las necesidades de este grande establecimiento era corto aquel espacio, resolvió hacer un camposanto propio del hospital, y le hizo en un sitio llamado Santa Paula, próximo a la parroquia de Santa María la Redonda” (CM).

177-178 *el primero en recoger en México a las dementes*: El “hospital para mujeres dementes el Divino Salvador, fue fundado por un carpintero llamado José Sáyago, quien en compañía de su mujer se dedicó a recoger a las locas que andaban vagando por las calles y las llevaba a su casa frente a la iglesia de Jesús María para cuidarlas y mantenerlas. Sabido aquello por el ilustrísimo señor don Francisco de Aguiar y Seijas, ayudó a Sáyago con el sustento para las enfermas y pago de la casa, haciendo mudar el establecimiento a otro mayor, frente al colegio de San Gregorio, donde permaneció hasta 1698 en que muerto el señor arzobispo, la congregación del Divino Salvador se hizo cargo de todo, y comprando la casa de la calle de la Canoa, erigió allí el hospital por el año de 1700” (DP).

195 dado al mundo la noticia de que algo muy elevado, muy
soberbio, pero muy inútil, había caído; pero en esta vez,
ese mundo siempre falso perdió la ocasión de hacer os-
tentación de su vanidad; unos pocos hombres del pueblo
200 llevaban con visible repugnancia y sólo por complacer
a su jefe, el cadáver de Domingo Dávila, sin ataúd, sin
mortaja y sin dolientes.

El cementerio estaba solo; los naranjos dispuestos en
calles y las flores esparcidas en aquel lugar disminuían
la natural repulsión que siempre se experimenta al pe-
205 netrar a la morada de los muertos. La comitiva llegó a
la pequeña iglesia de Santa Paula que está en medio del
cementerio y depositó dentro de ella el cadáver, mientras
que con unas azadas, que por acaso se encontraron, ca-
varon los hombres del pueblo una fosa en que pusieron
210 el cadáver cubriéndolo de tierra.

—¡Muchachos! —dijo entonces Mauricio—, hemos
cumplido con un doloroso deber, vamos ahora a buscar
a los yanquis: ¡Viva México! —la comitiva respondió con
entusiasmo repitiendo este grito, y se alejó apresurada-
215 mente tomando la calle que viene directamente para la
Concepción a fin de volver a ocupar su sitio favorito.

Serían las ocho de la mañana cuando emprendie-
ron la vuelta los que habían enterrado al señor Dávila;
el fuego de fusilería, que en el día anterior había llega-
220 do a ser muy nutrido, porque salía de todos los ángulos
de la ciudad, había cesado desde la noche sin volverse
a repetir sino muy débilmente, se reanimaba a veces y
luego decaía sensiblemente, porque los americanos ha-
bían ocupado ya las alturas importantes y cazaban a los
225 mexicanos.

Al llegar cerca de la Concepción, vieron los del gru-
po, que seguía a Mauricio, que la torre y la azotea de esta
iglesia estaban coronadas de americanos y tuvieron que
variar de plan yéndose a unir con los que desde la ma-
230 drugada habían respondido por la Pila Seca.

Al encontrar a sus camaradas, hubo entre ambos grupos gran algazara que fue interrumpida por una guerrilla de norteamericanos que se desprendió de la Profesa y que cuerpo a cuerpo vino a batirse con los mexicanos. Aceptaron el combate replegándose a los quicios de las puertas de las tiendas que estaban cerradas, logrando así estar a cubierto de los rifles enemigos hasta que éstos se detuvieron porque empezaron a sufrir alguna pérdida, y se desviaron un poco extendiéndose por la calle de Donceles y la de la Canoa, desde cuyas esquinas hacían fuego. De repente, Mauricio vio que se aproximaba otra guerrilla que había salido de la Concepción y que venía a cortarlos por la calle de la Misericordia, avisó prontamente a sus compañeros el peligro y, advirtiendo que se atolondraban por no saber qué hacer, dio la voz: “¡A San Pedro y San Pablo, por Santa Catarina que no está ocupada!”

239-240 *calle de Donceles y la de la Canoa*: “CALLE DE LOS DONCELES. Una de las más antiguas de México, pues data su nombre desde 1524; ahora se han vuelto a llamar así las que fueron conocidas antes de 1910 con los nombres de Chavarría, Monte Alegre, Cordobanes, Canoa y Puerta Falsa de San Andrés” (CM p. 108).

243 *calle de la Misericordia*: Lo fue de recogimiento en donde se recluían mujeres casadas, y que eran allí mantenidas por sus maridos. Era una especie de convento, y fue fundada por la mitra de México. Se estrenó y dedicó la iglesia de esta casa en 1709. En 1792, hubo necesidad de cerrarla, debido al mal estado en que se encontraba. Fue derribada la iglesia en 1796, así como la finca. Se encontraba dicha casa en la calle que lleva su nombre, cerca del convento de San Lorenzo. El nombre de esa casa fue tomado del Cristo de las Misericordias que era llevada para acompañar al suplicio a los ahorcados. Esta imagen fue trasladada a la iglesia de Santa Veracruz (CM).

246 *San Pedro y San Pablo*: Ésta, como otras tantas, se llamó así por haberse fundado en ellas colegios que llevaron esos nombres. “Esta calle, que es el pedazo comprendido desde la esquina occidental de la calle de Chavarría hasta la oriental de la calle de San Ildefonso, debe su nombre al colegio de San Pedro y San Pablo” (CM).

246 *Santa Catarina*: Parroquia de las más antiguas; ya en mal estado se reedificó debido a doña Isabel de la Barrera. Se abrió la iglesia de nuevo en 1662.

Llegados los combatientes a la esquina de San Ildefonso, penetraron algo en esta calle y se ocuparon en batir una partida que había invadido la calle de Medinas y había pasado a la de Encarnación. El tiroteo continuó por un largo tiempo con pérdidas por ambas partes, sin que unos ni otros avanzaran hasta las once del día en que apareció en las esquinas una proclama al pueblo expedida por la municipalidad, en que se recomendaba a éste hiciese cesar los horrores de una resistencia sin esperanza, retirándose a sus hogares. Al mismo tiempo aparecieron en muchas casas banderas blancas, pidiendo la paz al vencedor.

260 Mauricio, dirigiéndose a los de su barrio, les dijo:
—El ejército nos ha abandonado después de que Santa Anna y los padres excitaron al pueblo para que resistiese a los invasores hasta morir; ahora nos manda la única autoridad, que ha quedado, que nos retiremos; obedezcamos, para que no se nos culpe después de haber atraído sobre la capital mayores desgracias y se pretenda juzgar como una falta el que defendamos nuestro suelo contra unos aventureros. Vean ustedes, todas las casas piden con bandera blanca la paz; retirémonos, acaso vendrán mejores días, se hará entonces justicia a los que hemos venido a protestar derramando nuestra sangre contra la dominación extranjera. Muchachos, ¡viva México! —y todos respondieron lanzando el mismo grito, retirándose enseguida por diferentes rumbos.

IV

LA FAMILIA DE MAURICIO

MAURICIO VIVÍA CON SUS ancianos padres en la calle de la Amargura, en una casa de vecindad; dos piecitas en alto servían para la madre y otras dos piezas en bajo, una de las cuales tenía puerta a la calle, servían para la carpintería en que se empleaban Mauricio y otros oficiales dirigidos por su padre en clase de maestro. Luego que el trabajo de uno y otro empezó a dar lo suficiente para una subsistencia módica, Mauricio había instado mucho porque se volviese Clara al seno de su familia; pero el efecto y consideración, con que era tratada en la casa del señor Dávila, habían impedido que se

5
10

1-2 *calle de la Amargura*: “Dos son ahora estas calles, distinguidas en primera y segunda; ambas situadas de Oriente a Poniente, seguidas la una de la otra. Comienza la primera en la esquina septentrional de la del puente de Santo Domingo y termina en la del callejón de los Gachupines, al mismo viento. La segunda sigue de la primera al Poniente; pero es de formación casi nueva : a fin del siglo pasado, y todavía el año 1830, sólo había una pequeña parte de ella, desembocando en basureros que eran todos sus alrededores, por cuya razón se le llamaba *callejón de la Viña*, ahora es ya una calle en forma, con muy regulares edificios, poblada y aseada.

“¿Cuál es el origen de su nombre? creen algunos que le debe á que por este barrio fue lo más reñido de la guerra de la conquista, y que los conquistadores, en recuerdo de las penas que padecieron en él, bautizaron la calle con ese nombre” (*CdeM*).

realizase el justo deseo del joven carpintero que, naturalmente activo y de carácter independiente, miraba como una deshonra el que su hermana continuase sirviendo en la casa de un rico, cuando él podía trabajar para la subsistencia de la madre y la hija. Los padres de ésta no se atrevían a separarla de su “acomodo” por dos razones principales; primera, porque en la modesta casa que tenían no podían proporcionarle a Clara los goces, las comodidades y el lujo a que ya se había acostumbrado, y, segunda, porque recordaban que al venir de Puebla, de donde eran todos nativos, no habían encontrado otro asilo que la casa del señor Dávila. Así habían continuado las cosas, hasta el momento en que el curso de los acontecimientos había hecho que no tuviese otra protección la hija mimada del poderoso, en cuya casa servía Clara, que la de aquella honrada familia.

Serían las doce del día cuando Mauricio llegó, seguido de su perro, a su casa, lleno de polvo, sin el zarape que había sacado en la mañana, porque lo había dado al primero que había muerto a un yanqui, con su rifle terciado al hombro, trayendo sobre la chaqueta, que era de paño azul, una cartuchera. Había sido sargento del Batallón de Guardia Nacional, que mandó el licenciado don Guadalupe Perdígón, y había creído que antes de rendir el arma que la nación había puesto en sus manos, debía perder la vida. Se había encontrado con su Bata-

35 *Guadalupe Perdígón*: “La guerra americana continuaba desastrosa para nuestras armas, distinguiéndose en todas partes por su valor los soldados de Jalisco.

“Se enviaron dos brigadas a reforzar el Ejército del Norte, la primera llegó a san Luis el 26 de octubre, estaba mandada por el Coronel don José Guadalupe Perdígón Garay, y se componía de los batallones de infantería Mixto de Santa Anna, 1º de lagos a las órdenes del teniente coronel Xicoténcatl, y el 1º de Guardias republicanas a las del teniente coronel don Juan N. Mora, artillería permanente con tres piezas de 24 y nueve de varios calibres mandada por el Teniente coronel J. M. Castañares y una compañía de tiradores de a caballo” (PÉREZ VERDIA 1952, pp. 418-419).

llón en Cerro Gordo, en Churubusco, y finalmente en la defensa que el pueblo hizo de la capital según hemos ya referido. 40

Al llegar a su casa, le esperaba lleno de ansiedad su pobre padre.

—Mauricio, me has tenido con el mayor cuidado; entra, entra hijo mío, que bastante has hecho para que ninguno te crea cobarde. 45

El joven se sonrió con ingenua satisfacción y preguntó inmediatamente por Clara.

—Está allá arriba; sube y consuélala, porque toda la mañana ha llorado al lado de doña Rosita.

El joven se miró entonces las manos tiznadas de pólvora, su pantalón blanco muy sucio y sus zapatos rotos. 50

—¿Cómo he de subir así?

—Te bajaré tu ropa limpia.

El padre de Mauricio deseaba mucho que su hijo se cambiase la ropa para que, si como temía, lo buscaban los americanos o los contraguerrilleros, no dieran con él por las señas del vestido, y conociéndolo puntilloso, no se atrevía a decirle cuál era el verdadero motivo, y así añadió: 55

—Es necesario que la señorita te vea bien tratado.

Esta conversación pasaba en uno de los cuartos de la carpintería a la sazón en que se oyó salir del otro un grito. 60

—¿Qué es eso, padre?

38 *batalla de Cerro Gordo*: Librada el 18 de abril de 1847. Después de la batalla de Angostura, otro poderoso ejército invasor al mando del general Scott, desembarcó en Antón Lizardo. Santa Anna, que era entonces ya general en jefe del ejército mexicano, comprendió la necesidad de cerrarle el paso a la capital. Escogió como punto de resistencia adecuado el árido Cerro del Telégrafo o Cerro Gordo, distante seis leguas de Jalapa y cerca de 25 de Veracruz. Desoyendo las estrategias de sus ingenieros de que el enfrentamiento se llevara a cabo en las lomas de Corral Falso. Cuando Santa Anna quiso enmendar su error, era demasiado tarde. Aprovechando los norteamericanos la victoria, ocuparon a Jalapa y poco después a Perote y Puebla. El camino a la capital de la República estaba abierto (*vid.* VÁSQUEZ 1997, p. 95).

65 —¿Cómo qué es eso? La muchacha loca que mandaste...

—¡Pobrecita!

—¿Y qué haremos con ella?

—Cuidarla mientras Dios dispone otra cosa. Voy a verla.

70 El joven se introdujo al segundo cuarto donde estaba la loca, y corrió ésta en cuatro pies escondiéndose entre unas tablas puestas en un rincón. Mauricio quitó las tablas y las colocó sobre las virutas en forma de cama, se acercó a la loca que dio entonces muy fuertes gritos,
75 le tomó suavemente las manos y comenzó a acariciarla, con lo cual cesó de gritar.

Su padre bajó con la ropa, la puso sobre uno de los bancos y con algún disgusto dijo a Mauricio:

80 —Si continúa dando esa infeliz tan espantosos gritos como los que ahora estaba dando, será necesario llevarla a la Canoa.

Mauricio no respondió, continuando su caritativa empresa de tranquilizar a la enferma.

85 —Aquí está tu ropa, pónela, te está esperando tu madre y dice que la engaño, que has muerto y que yo se lo oculto.

—Voy luego, pero antes hágame usted un favor.

—¿Qué quieres?

—Baje usted mi colchón.

90 —¿Para qué?

—Para esta pobre.

—En tu cama está doña Rosita.

—¡Ah!, pues alguna ropa... ¡Cómo se ha de quedar esta pobrecita en las virutas! Vea usted, casi está desnuda.

95 El anciano subió y trajo una sábana y un zarape viejo con lo que Mauricio hizo una cama provisional sobre las tablas.

—¿Y tu zarape fino? —dijo el anciano—; no lo he encontrado allá arriba.

- Lo regalé, padre. 100
- ¿A quién?
- Al herrero de esta calle, que hoy fue el primero de los míos que dobló a un yanqui... ¡Ah, qué puntería tan buena!
- Sí, puntería buena; pero mucho tiempo ha de pasar para que juntes para otro zarape; el trabajo no “anda” ahora nada, y mientras que has ido de seca en meca, va para cuatro meses, nada has ganado. 105
- Dios dará, padre, Dios dará.
- El joven carpintero tomó entre sus robustos brazos a la loca, que no opuso resistencia, y la llevó a la cama que había improvisado. 110
- Padrecito, otro favor.
- ¿Qué quieres?
- ¡Tantita sopa, de esa que toma mi madre por enferma! 115
- El anciano trajo la sopa, y Mauricio, con admirable paciencia, fue dándosela a la loca, quien al principio la rehusaba; la hizo tomar también una poca de agua y le dijo: 120
- ¡Ahora a dormir! ¡Quietecita! —y la acostó con suavidad, saliendo después del cuarto, padre e hijo; éste, enseguida, se lavó las manos y la cara, se peinó y se cambió la ropa.
- Mauricio era delgado, bajo de cuerpo y de facciones finas; al verle no se creía que fuera un artesano sino por el vestido que llevaba y menos podía sospecharse que aquel mozo, a quien apenas le había pintado el bozo, pues tendría dieciocho años, abrigase un corazón indómito y tuviese un brazo nervudo, muy pronto en castigar cualquier insulto. Atrevido aunque generoso, vivo, desinteresado y muy amante de su familia, era verdaderamente el tipo del artesano de México, sin que afeasen estas cualidades, como generalmente sucede en los demás, los vicios de la borrachera y de la informali- 125 130 135

dad que tanto degradan a nuestros menestrales, porque afortunadamente su padre le había dado en esto buen ejemplo, apartándolo de las malas compañías que lo hubieran pervertido.

140 Mauricio subió a abrazar a su madre, que hacía algunos años padecía una enfermedad habitual, y fue después a acariciar a su hermana, quien permanecía sin hablar al lado de Rosita quien, inmóvil, era presa de un dolor acerbo.

145 Mauricio indicó en voz baja, después de saludar con una inclinación de cabeza a Rosita, que era necesario comiesen, a lo que la hermana accedió con la esperanza de que Rosita quisiese tomar alguna cosa.

150 Mauricio acercó a la cama, en que estaba la huérfana, una mesa blanca de cortas dimensiones, y Clara extendió sobre ella un mantel limpio, pero viejo y algo agujerado; los cubiertos no eran numerosos, y aunque la criada de mandados, que era también la cocinera, había procurado darles lustre, no había podido quitarles las manchas que
155 contrae el latón a poco tiempo de que se usa.

Clara rogó, suplicó a Rosita que tomase algo de aquella pobre comida, y ésta, para mostrarse deferente, se incorporó; pero al verse por primera vez sin su padre en el momento de comer, al considerar el aspecto miserable de lo que se le ofrecía, pues en lugar de los lucientes
160 platones de porcelana y las jarras de cristal con que era servida en su casa, vio unos platos que parecían sucios de puro viejos, una cazuela para la sopa y un cántaro en el suelo para el agua, prorrumpió en un llanto copioso
165 que afortunadamente no vino acompañado con el hipo que en toda la mañana le había estado repitiendo por intervalos.

Algo desahogada con aquel llanto y consolada en lo posible con las caricias de Clara, apenas pudo indicar

que después comería y que la familia no se detuviese por ella; de lo que resultó que casi ninguno comiera. 170

Mauricio y su padre se bajaron a la carpintería para concluir una obra de que se había encargado éste y cuya paga interesaba recibir cuanto antes. Mauricio vio con mucho gusto tranquila a la pobre loca y se puso a trabajar arduosamente hasta que desapareció la luz natural. Entre tanto, Rosita y Clara continuaron sumergidas en un mar de aflicción: la primera, por el amor que siempre le había tenido a su padre, y la segunda, que por éste mismo había sabido cuál era el estado de ruina a que había llegado, preveía que la suerte de su amiga iba a ser de lo más desgraciada. 175

¡Pobre huérfana! Cubierta aún con el traje de la opulencia, era la mujer más infeliz. Sola en el mundo, no debía esperar que hubiese personas dispuestas a enjugar sus lágrimas, porque los personajes con quienes su padre había llevado relaciones son duramente egoístas y las pocas familias con quienes había hecho ella un mediano conocimiento y que pertenecían no a la mejor sociedad de México sino a la parte más vana y pretenciosa, encontrarían la ocasión de desquitarse con el desprecio, y acaso con la burla, de la envidia que les había causado en los días de su pasada opulencia. 180

La mujer en la sociedad es una débil hiedra que se seca y muere cuando no tiene en qué apoyarse. ¡Pobre Rosa!, tan frívola, tan agraciada, era la obra más acabada de lo que llamamos nuestra civilización y progreso; pero la fortuna entre sus vueltas caprichosas la había arrojado a otra atmósfera, a círculos desconocidos, de los que difícilmente podría salir. Aquella alma que no había experimentado más que goces inocentes aunque fastuosos, iba como a cerrarse con las aflicciones continuadas, con el trabajo diario, a que de ningún modo estaba acostumbrada. Aquellas gracias delicadas, aquella seducción que parecía seguirla a todas partes en sus días felices, iban 195

200

205

a eclipsarse, a marchitarse entre las paredes de una humilde accesoria, si llegaba a faltarle la protección de la familia de Clara, entre los chismes de una vecindad y al feroz contacto, tal vez, de la indigencia... sin otro recurso que el vicio... porque, ¿cuál es el amparo de la mujer virtuosa siendo pobre? Un trabajo continuo como es el de la aguja, de muy mezquinos resultados y destructor de las constituciones más robustas y, además, humillante, por el modo inhumano con que lo encargan y lo reciben las grandes señoras; he aquí el recurso principal con que podría contar la pobre huérfana. Iba a experimentar en su propia persona una transformación dolorosa, porque tendría el remordimiento de no haber sido muy sensible a las aflicciones que sufren las mujeres que quedan sin apoyo en el mundo; iba a reconocer las virtudes de que dan testimonio todos los días las clases pobres y, aunque no había sido aristócrata como su padre, no había sido muy solícita en dulcificar las aflicciones de aquellos hermanos suyos que pertenecen a esas últimas clases, los había visto casi con indiferencia, como si no existiesen, porque estaba muy alta y había bajado para aprender a amarlos y aun a respetarlos, dando un terrible ejemplo de la verdad de aquella sentencia del Dante: “¡No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria!”

207 *accesoria*: Casa contigua a otra principal y dependiente de ella. Habitaciones bajas que tienen entrada y uso distinto que el resto de la casa.

230 DANTE, *La Divina Comedia*. Canto v, versos 121-123, p. 108.

PASADOS ALGUNOS DÍAS EN que Rosita no dejó de ser objeto de las más exquisitas y tiernas atenciones de parte de Clara y de su familia, conociendo que les era realmente gravosa, pues había advertido que empeñaban algunos objetos de poco valor para la subsistencia, cosa en que de ningún modo había pensado, tuvo con su amiga la siguiente conversación: 5

—Oye, Clara, yo estoy agradecida a toda tu familia, especialmente a ese excelente Mauricio, que constantemente me da pruebas las más delicadas de cariño; verdaderamente, yo no le conocía a pesar de haberle visto muchas veces en casa. 10

—Nosotros deseamos solamente que en lo posible esté usted a gusto.

—Bien, yo te lo agradezco; pero sin que te ofendas, te diré la verdad: creo que estoy siendo gravosa para ustedes y he pensado que sin esperar los nueve días, pues este término de vana etiqueta no es el que aliviará mi dolor, establezcamos la casita en que al fin tendremos que vivir. ¿Qué dices? 15

Clara, no queriendo dar un nuevo y terrible golpe a su amiga, desengañándola acerca de su verdadera posición, se puso muy colorada y apenas pudo decirle: 20

—Como en la terrible noche del día 14 los americanos...

25 —Sí, saquearon mi casa y se llevaron mi ropa y mis alhajas; pero aunque es una nueva desgracia, no nos arruina, compraremos otros muebles de menos lujo por supuesto, nos haremos otros vestidos...

30 —¿Pero quien podrá ir a la casa? Mauricio dice que viven en ella unos americanos...

—Lo que más importa es que se recojan los papeles de mi padre; ¿quien podrá ser bueno para esto? Ya te acordarás cuánta gente nos importunaba diariamente, ¡y ahora no hay quien se acuerde de la pobre huérfana!

35 Cuando esto hablaba Rosita, subía con un médico Mauricio; acababa aquel de reconocer muy prolijamente a la pobre loca y, aunque la había encontrado algo tranquilizada, sobre todo por la presencia del joven a quien le había cobrado cariño y confianza por los cuidados que
40 tenía con ella, manifestaba los síntomas más desconsoladores de una demencia rematada y casi continua, que tal vez podría curarse en el hospital teniendo todos los auxilios indispensables, los que en la casa del carpintero no podrían facilitársele. El médico, que era don Rafael
45 Torreblanca, a quien hemos conocido en la vicaría de Tepepan y que había pasado ya a radicarse en la capital, subía a poner una carta a la Rectora del Hospital llamado del Divino Salvador y a reconocer a la enferma habitual. Concluidos estos quehaceres, se sentó a platicar un momento con las jóvenes por ser ya conocido de Clara desde
50 San Ángel, fijando especialmente su atención en Rosita, cuyo porte elegante y cuya interesante palidez hicieron que naciera en él una respetuosa curiosidad. Clara aprovechó los momentos para lo que acababa de preguntarle Rosita y, dirigiéndose al facultativo, le preguntó:

—¿No conoce usted al comandante Montemar?

—Uno que era ayudante del general Santa Anna.

—No sabemos.

—Pues yo conozco a un coronel que se llama Arturo Montemar, a quien he asistido algunas veces, vive en la calle de Santa Isabel. 60

—Será el mismo probablemente; es muy elegante, tiene un bigote negro muy retorcido.

—El mismo.

—¿Y por qué preguntas, Clara —interrumpió su amiga—, por el señor Montemar? 65

—No me decía usted hace poco que se necesitaba una persona para que recogiese los papeles de...

—Sí... pero... el señor Montemar es militar... no debe estar en México, y sería tal vez mejor... caso que... el señor quiere hacernos el favor de... 70

—Cuanto usted guste, señorita.

—Bien conozco —dijo Rosita—, que no es muy propio encargar a un médico una comisión que lo distrae de sus enfermos; pero el asunto es tan importante... y además, como es necesario explicar el objeto por el cual deseamos llamar a alguno de los amigos de mi padre... una carta tendría inconvenientes... 75

—Llamaré a quien usted guste, señorita.

—A don Fernando Hénkel. 80

Clara miró a Rosita sorprendida, y el facultativo contestó:

—¿Un joven que tiene un almacén de máquinas en la calle de la Profesa?

—Sí, señor; ¿le conoce usted? 85

—Perfectamente; le he curado hace cosa de un año, de una epilepsia, y en su almacén he comprado varias cajas de instrumentos; y a fe que es un excelente sujeto.

Rosita se hallaba tan pálida que se hizo notable un ligero sonrojo que experimentó al oír aquel elogio de Fernando y al saber que hacía cosa de un año que había estado enfermo, porque tal tiempo correspondía probablemente a los días que siguieron a la fiesta con que en San Ángel se había celebrado su natalicio. 90

95 —Pero es el caso que el señor Hénkel ha marchado a California hace algunos meses y sólo que en estos últimos días haya venido...

Rosita suspiró involuntariamente, porque pensó que aquel apoyo conque había contado, también se le imposibilitaba, y porque le pasó como un remordimiento la idea de que alguna parte tendría ella en aquel largo viaje.

100

—Iré, señorita, inmediatamente a buscar al señor Hénkel y, en caso de no encontrarle porque aún no haya regresado de su expedición, buscaré al señor Montemar, y le diré...

105

—Si tiene usted la bondad de decirle que tiene un negocio que encomendarle Rosa Dávila, noticiándole el fallecimiento de mi padre y sirviéndose usted darle las señas de la casa, se lo agradeceré.

110 —Voy al momento, señorita; y se despidió.

En la tarde se verificó la traslación de la loca a la calle de la Canoa y vino el coronel Montemar, pues había alcanzado otro grado más en aquel mismo año, aunque entonces no tenía, como de costumbre, las charreteras puestas ni el bigote, pues traía la cara enteramente limpia de barbas y venía vestido de paisano a la última moda.

115

Mauricio, que había vuelto muy triste después de haber ido a dejar a la loca al hospital, se hallaba en la puerta de la carpintería cuando se presentó el coronel preguntando por la señorita Rosa Dávila.

120

El joven carpintero le dijo, con la mayor urbanidad y aun con respeto, que allí vivía, ofreciéndole que pasara; pero Montemar, a quien no se le había quitado lo petulante, no sabiendo si había de entrar por la carpintería, le dijo con altanería:

125

—Anúnciele usted a esa señorita que aquí está el coronel Montemar.

El carpintero, picado del tono y, principalmente, al oír que era un coronel el recién venido, le dijo:

130

—Sí, voy a anunciarle que aquí la busca un coronel desertado...

—¡Insolente! —gritó Montemar alzando un bastón que traía en la mano y amenazando con él a Mauricio, mientras éste continuó con una tranquilidad insultante, cruzándose los brazos: 135

—Un coronel que se ha quitado las charreteras y que se ha rapado la cara.

Afortunadamente, el padre de Mauricio salió a tiempo de poder impedir la lucha, que iba a comenzar entre el joven carpintero y Montemar, por haber aquel agarrado el bastón con que fue amenazado pretendiendo quitárselo; lucha peligrosa para el coronel, porque el Alteza, que nunca abandonaba a Mauricio, había empezado a tomar parte y porque, como se verificaba en la calle, empezaba a reunirse gente que tomaba el partido del carpintero al saber que su contendiente era un coronel. 140

Mas la reyerta no tuvo consecuencia; Montemar, conducido por el anciano, entró por el zaguán a la casa y subió a ver a Rosita con la misma gravedad cómica que habría empleado aun cuando no hubiera tenido ningún contratiempo. Saludó a Clara, apretándole la mano y guiñándole el ojo, se compungió al hablar con Rosita, lloró al recibir la noticia de la muerte del señor Dávila, aunque ya lo sabía, y al tomar el encargo de recoger los papeles de su casa, protestó la mayor eficacia, en cuya promesa no engañaba porque al punto había formado su plan de casarse con la huérfana, si los bienes de ésta correspondían, como él creía, a sus locas esperanzas. 155

Lleno de júbilo, Montemar ni se acordó, al salir a la calle, de los insultos que le había inferido Mauricio. En la misma tarde sacó una orden del general Scott para que se le entregase todo lo que hubiera en la casa en que había vivido el señor Dávila, donde con gran asombro del coronel no encontró nada que pudiera darle algún indicio de lo que buscaba, porque los estantes estaban vacíos, los 160 165

baúles rotos, así como los pocos muebles que quedaban, pues la casa había sido enteramente saqueada.

170 En la misma noche de aquel día, había ido a visitar a algunos banqueros para preguntarles por el estado en que probablemente habría dejado don Domingo Dávila su fortuna, y quién sería depositario de sus bienes. Unos se negaban a responder absolutamente, otros decían medias palabras que le daban mucho en que sospechar, y 175 algunos, en fin, le aseguraban que en los últimos meses la firma del señor Dávila ya no corría ni con gran descuento en la plaza.

No dándose por satisfecho del resultado de estas indagaciones, visitó al siguiente día, casi de madrugada, al 180 viejecito de la tos asmática que conocimos en el convite que el señor Dávila había dado en San Ángel hacía poco más de un año y que después vimos una noche en el número 8 de la calle de Medinas. Montemar sabía cuán íntimas eran las relaciones que habían existido entre este 185 viejecito y el señor Dávila, y refiriéndole el frenético amor que aseguraba sentir por Rosita, le aseguró que venía a consultar sobre la conveniencia de enlazarse con ella, especialmente en las circunstancias en que se encontraba, por carecer de todo apoyo, retrayéndole únicamente que 190 el vulgo llegase a creer que lo hacía por las riquezas de la joven, lo cual le desagradaba infinito.

El viejecillo, calándose los anteojos engastados en carey, le había respondido:

195 —Lo que es el temor de creer que se casa usted con esa interesante joven por su dinero, debe usted del todo desecharlo, porque no tiene un maravedí.

—¡Cómo!

200 —En el último año de su vida hizo el señor Diez de Dávila malos negocios, que según dicen le arruinaron, y si a esto se agrega el saqueo que sufrió su casa la noche en que murió, ya podrá usted inferir que en cuanto a dote nada puede ofrecer la niña. Usted no obstante hará muy

bien en casarse con ella, porque tiene excelentes prendas, supuesta la resolución que está usted de no enlazarse con persona rica. Tiene usted por lo mismo una novia a pedir de boca. 205

—Sí... ciertamente... sólo que será preciso diferir el enlace un poco de tiempo, ya ve usted que las circunstancias...

El viejecillo supo que se estaba vendiendo el coronel y, para ahorrarle nuevas mentiras o tal vez por no profundizar algo sobre las causas de la ruina del señor Dávila, se puso en pie indicando con esto que le despedía, lo que comprendió sin dificultad Montemar, tomando inmediatamente su sombrero. 210

En aquel mismo día buscó el coronel al facultativo, le instruyó extensamente del resultado de sus indagaciones, y le suplicó transmitiese las malas noticias a Rosita, añadiendo que él no lo hacía en persona por el dolor que le causaba tan enorme catástrofe, de la que parecía estar en completa ignorancia la desgraciada joven. 215

El facultativo cumplió con aquella infausta misión, cuyos terribles efectos nos abstenemos de referir, porque sobrepasan a cuanto pudiera describir la pluma; solamente indicaremos que el mismo facultativo concurrió desde aquel día con la mayor asiduidad, acompañado a veces de otros médicos, porque Rosita sufrió una gravísima fiebre cerebral de la que con mucha dificultad se salvó... 220

Nos es indispensable referir un incidente que vino a empeorar la situación de aquella angustiada familia, afligiéndola de un modo extremadamente cruel. 225

Aunque México posee el arte de disimularlo todo, y, a pocos días de invadido por los americanos comenzó el acostumbrado ruido, se abrió el comercio y apareció la opulencia con sus sedas y sus carruajes, las calles ofrecían el más triste aspecto transformadas en verdaderos muladares, por las inmundicias amontonadas y en putrefacción que en ellas arrojaban los yanquis y porque 235

constantemente se miraban sembradas de ebrios pertenecientes al ejército invasor. Los frecuentes y escandalosos robos y los asesinatos perpetrados particularmente de noche, venían a recordar a los indolentes habitantes que se hallaban enteramente a merced de la soldadesca. A veces se hacían correr voces alarmantes de que desaparecían las patrullas que formaban los vecinos por cuidar de sus intereses, sin saberse su paradero, y de que azotaban en los cuarteles a todos los mexicanos que pasaban cerca de ellos por la noche.

Estas voces que eran de por sí exageradas, tenían sin duda fundamento en algunos hechos aislados que entonces se repetían sin contradicción y cuya relación de boca en boca tomaba incremento.

Mauricio y su padre habían salido una tarde con objeto de colocar una puerta que habían hecho, en una casa de la calle de Santa Inés, y habiendo concluido su trabajo, ya entre dos luces, volvían muy satisfechos con lo que habían ganado, especialmente el hijo, por contribuir con aquello a la asistencia de Rosa que a la sazón estaba muy grave, pues aunque el facultativo la visitaba sin llevar estipendio alguno y aun a veces facilitaba las medicinas, había otros pequeños gastos que cubrir para los cuales no había bastado lo que en el Montepío habían prestado por dos anillos de Rosita, únicas alhajas salvadas y que la mala suerte había querido que fuesen las de menor valor.

La noche estaba oscura, se miraba brillar a lo lejos algunos relámpagos y aun empezaba a lloviznar; las calles se hallaban enteramente solas, de manera que Mauricio y su padre no encontraron, al volver para su casa, un solo mexicano. Al llegar al atrio de la catedral no quisieron pasar al pie de la torre, aunque así abreviaban su camino, porque estaba lleno aquel tramo en su parte alta de americanos echados en el suelo y en su parte baja de acémilas que allí tenían su corral; se fueron, pues, por las

cadenas, donde a poco encontraron un soldado que iba
 arrastrando un sable, dio al pasar junto a ellos un fuerte
 empujón a Mauricio el que, comunicándose al padre de
 éste le hizo caer al suelo. Mauricio, que había jurado no
 recibir impunemente un insulto de los enemigos de su
 patria, cogió entre sus brazos al soldado para impedirle
 el uso de la espada y, empujándole hacia uno de los pila-
 res de que están pendientes las cadenas, le dio un recio
 golpe que lo atarantó por algunos momentos, que apro-
 vecharon los carpinteros ganando un corto trecho; pero
 levantándose el yanqui, dio un horrible grito diciendo:
 “¡Hurra, american!”, el cuál llamo la atención de una pa-
 trulla que pasaba por allí y que trató luego de aprehender
 a los fugitivos. Mauricio, viéndose en tal aprieto, para
 dar lugar a que su padre se salvara, se presentó a la pa-
 trulla que lo apresó inmediatamente. El otro carpintero
 siguió por creer que su hijo lo había adelantado y no co-
 noció el peligro en que éste quedó hasta que llegó a su
 casa y le preguntó a la casera si ya había entrado Mauri-
 cio, lo que no había podido verificar por la carpintería,
 porque el anciano tenía la llave en su poder.

La casera contestó negativamente, añadiendo con
 una oficiosidad que en aquellos momentos era muy cruel
 para el anciano:

—¡Vaya usted, señor don Antonio, a buscar a su hijo
 inmediatamente, pues los mexicanos que caen en manos
 de los yanquis por la noche ya no vuelven a ver la luz del
 día, porque los matan a fuerza de azotes!

Un sudor de muerte corrió por todo el cuerpo del
 anciano, quien, sin responder a la casera, volvió al atrio
 de catedral, se paró un momento junto a los arbolitos,
 que estaban entonces recién plantados, y, sin saber qué
 partido tomar, dirigió sus ojos vagarosos por entre la
 oscuridad de la plaza que no tenía encendidos sus faro-
 les. Algunos yanquis borrachos, de los que no se ocupa-
 ba, a pesar de que le daban empellones, y una que otra

patrulla, fue lo único que logró distinguir. Armándose de resolución se fue en derechura a la puerta principal de Palacio y preguntó a uno de los centinelas que allí se paseaban si acababa de entrar un preso. El centinela no le prestó atención, tal vez por no comprender el idioma, y, al observar que pretendía introducirse en el Palacio, le dio un fuerte empujón que le hizo caer abajo de la banquetta. El anciano no se desanimó por esto y esperó a que mudaran centinelas, que acaso serían más humanos; pero nada logró. Entre tanto, el reloj de Catedral y el de Palacio daban los cuartos y las horas, oyendo el viejecito las nueve, las diez y las once en medio de la más terrible ansiedad. Al fin se presentó un jefe que salía del cuartel, cerca de la media noche, preguntó al anciano lo que quería, a juzgar por el ademán que le hizo cuando éste, muy respetuosamente y con el sombrero en la mano, estuvo en su presencia. Desgraciadamente, el carpintero comenzó a hacer una larga relación del suceso, creyendo en su inocente solicitud que no debía omitir ninguna circunstancia, y el jefe, que seguramente entendía muy poco el castellano o que estaba enfadado por la hora en que lo había despertado, le cortó la palabra diciendo con acento breve: “¡Tu moro, tu moro!”, que el desolado anciano no comprendió absolutamente, viendo sólo que aquél le había vuelto la espalda.

Se sentó entonces muy abatido en la orilla de la banquetta sin saber qué resolución tomar hasta que sonaron las doce; entonces le ocurrió que su familia estaría con grande cuidado y además sin un real para amanecer, hallándose Rosita en el mayor peligro; lo único con que se contaba era el precio de la puerta que habían llevado en la tarde él y su hijo.

—¡Pobrecito! —murmuró en voz baja y casi sollozando—; no quiso tomar nada absolutamente del dinero que nos pagaron. “¡Déselo usted a Clara —me dijo—, para que

no falten los alimentos a mi madre y la señorita!” ¡Ignoraba que ahora se hallaría preso y que mañana no tendrá qué desayunarse!...

El viejo sintió que se le saltaban las lágrimas y, queriendo que los americanos no oyesen sus sollozos, tomó el camino de su casa, resuelto a volver muy de madrugada. 350

Al llegar a ella, abrió la puerta de la carpintería donde se había quedado encerrado el Alteza que lo abrazó haciéndole mil fiestas y se salió a la calle buscando a la persona que faltaba, mientras que el carpintero encendía una luz. El perro volvió inmediatamente oliendo en todas direcciones y, cuando vio que cerraban la puerta sin que entrase Mauricio, comenzó a aullar de un modo lastimoso, lo que hizo prorrumpir al anciano en un llanto desecho. Como era preciso subir para tranquilizar a la familia, procuró serenarse, castigó al perro para que no aullara, volvió a encerrarlo y fue a presentarse entre Clara y la madre de ésta, buscando un pretexto para explicar su tardanza y cubrir la ausencia de su hijo. Clara, que velaba a la cabecera de su amiga, se levantó luego que vio entrar solo a su padre, preguntándole: 355

—¿Y Mauricio?

El anciano fingió que no había oído la pregunta, y dijo: 360

—¿Cómo sigue la señorita?

—El facultativo me ha dicho esta tarde que ya da esperanza... ¡Pero Mauricio no entra! 365

—Mira, Clara, aquí te traigo este dinero que nos pagaron en la tarde; y el anciano dio un hondo suspiro. 370

—¿Pero dónde está Mauricio?

—Calla, no levantes la voz, se ha quedado a dormir allá abajo porque... porque está muy cansado... y yo también... conque hasta mañana. 375

—¿Pero que no cena usted, ni Mauricio?

—¿Quién piensa en eso? Mauricio ya estará roncando, y yo voy luego a hacer lo mismo. Duérmete y hasta ma- 380

ña. El anciano se entró a la otra pieza en que estaba su
 esposa a quien encontró dormida, se sentó sin hacer ruido
 385 en una silla ancha que servía para que descansara la señora
 en las pocas veces que la sacaban de su cama y comenzó a
 cavilar en todo el resto de la noche, acerca de lo que debería
 hacer para sacar a su hijo del poder de los americanos.

Dejamos a la consideración del lector cuán horrible
 390 sería el insomnio de aquel desventurado padre que esta-
 ba tan cerca de perder para siempre a su hijo.

¡Calcúlese por este solo infortunio cuál fue el ho-
 rrendo cúmulo de males que trajeron a la República los
 americanos, siendo así que las familias, que por su ve-
 nida quedaron desoladas, se podían contar a millares!
 395 ¡Gócense en este resultado las facciones que devoran las
 entrañas de México, gócense los gobernantes ineptos
 que han asaltado los puestos públicos, los soldados co-
 bardes que corrieron ante el enemigo extranjero y que
 400 sólo tienen energía para maltratar a sus paisanos y los
 malos sacerdotes, en fin, que pagaron la asonada del mes
 de febrero de 1847 y que antes y después han tenido tanta
 parte en la inestabilidad de nuestros gobiernos y en el
 cambio frecuente de nuestras instituciones!

El primer rayo de luz que entró en la pieza en que
 405 estaba el anciano lo encontró hincado, rezando, y ape-
 nas lo percibió cuando un estremecimiento convulsivo
 se apoderó de él, porque presintió que había llegado la
 hora de un horroroso desengaño respecto de la suerte
 410 de su hijo. Buscó, con mano trémula y paso vacilante, su
 sombrero, se colocó bien su zarape, y se dirigió sin rui-
 do a abrir la puerta que daba al corredor, la que volvió a
 entornar; bajó enseguida a los cuartos de la carpintería
 para sacar al perro, porque necesitaba el auxilio, la com-
 415 pañía al menos, de algún ser sensible que se interesase
 por la suerte de su hijo.

La mañana era fría, el suelo estaba húmedo por ha-
 ber llovido en la noche, pero el tiempo se había serenado

del todo y el cielo ostentaba ese azul límpido que casi siempre tiene nuestra atmósfera. Dieron las cinco en varias iglesias sin que tocaran el alba y sin que apareciese en las calles ningún ser viviente. El anciano, seguido del Alteza, atravesó apresuradamente las calles que corren desde Santa Catarina hasta las cadenas de Catedral y, encomendándose a la cruz de piedra que se encuentra en el ángulo que éstas forman por el lado que mira al portal llamado de Mercaderes, se encaminó a la puerta principal del Palacio, donde encontró a los centinelas americanos paseándose impassibles por la parte de afuera, envueltos en sus pequeñas capas azules. Quiso entrar y lo detuvieron, por cuyo motivo se resignó a esperar la llegada de algún oficial. Apenas se había sentado a la orilla de la banqueta, cuando vio que sacaban dos grandes piezas de artillería que acostumbraban los americanos dejar todo el día en la plaza, del lado del atrio; tras de las piezas salió un carro cubierto que exhalaba alguna fetidez como de sangre que empieza a corromperse, seguido de unos quince o veinte hombres. Al ver aquel carro, recordó involuntariamente el carpintero lo que en la noche había oído decir a la casera y le pareció que la tierra huía debajo de sus pies, sufriendo un doloroso vértigo que lo precisó a apoyarse en la pared, quedando verdaderamente anonadado y fuera de sí, hasta que los gritos las-

427 *portales de Agustinos y Mercaderes*: El portal de los Agustinos fue construido por los religiosos que le dieron nombre y se ubica junto al portal de los Mercaderes. “El portal de los Mercaderes es sin duda el punto de más reunión; en los días de trabajo sirve de punto de citas a todos los que tienen negocios; es como la Puerta del Sol en Madrid. En los días de fiestas solemnes como la Semana Santa, el 16 de septiembre, y el de Todos los Santos y de Finados, es un paseo tanto de día como de noche. El comercio que en él se hace es principalmente de mercería y de librería; hay también sombrererías y dos cafés, además de varios puestos de dulces. Para los niños es el primero de todos los lugares, porque allí se surten de los juguetes, que aunque no son los mejores ni los más baratos, están más a la vista y son por lo mismo más notables” (LAFRAGUA 2003, p. 262).

445 timeros de su perro, a quien maltrataban los americanos porque iba olfateando el contenido de aquel misterioso carro, vinieron como a despertarle de un sueño. Maquinalmente fue siguiendo el anciano el curso del carro, impulsado de esa terrible necesidad que se siente, en los más dolorosos trances, de asegurarse por sí mismo de la realidad de una gran desgracia. El carro caminó algún tiempo en línea recta pasando por las calles del Reloj, hasta entrar en los potreros que se hallan a la derecha del que va hacia la parroquia de Santa Ana, en el lugar que se llama Tepito.

455 A una regular distancia de la gran acequia que por allí corre, pusieron centinelas con objeto de impedir que algún curioso se acercase, y los demás americanos se ocuparon de cavar una ancha y profunda huesa, sacando del carro los instrumentos necesarios. En esta
460 operación se estarían hasta las ocho de la mañana y, entre tanto, se habían juntado muchos curiosos que desde lejos atisbaban qué cosa podría ser lo que iban a sepultar allí los americanos, sin que pudieran distinguir más que unos bultos azules que iban depositando en el hoyo.
465 En este acto, el anciano hizo un esfuerzo desesperado para acercarse a la fosa, pero un centinela lo derribó de un culatazo y sólo pudo ver clara y distintamente que su perro, a quien no habían podido impedir que pasase y que se había adelantado hasta la gran sepultura, daba
470 vueltas en derredor de ella buscando un paraje a propósito para descender, aunque se lo estorbaban los americanos y que, cuando cubrieron el hoyo con la tierra que habían sacado, empezó a dar aullidos espantosos,

453 *Parroquia de Santa Ana*: “la primitiva iglesia perteneció a los franciscanos, como visita de la Parroquia de Santiago Tlatelolco, se hizo una solicitud, se fabricó una nueva, bendecida el 16 de marzo de 1754. Edificada dedujeron derecho a ella los clérigos, por estar cerca de Santa Catalina Mártir, para ayuda de parroquia. Quedó erigida en 1772 por el arzobispo Lorenzana. Quedó abierta al culto por decreto del 14 de diciembre de 1869” (DP).

removiendo la tierra con mucha precipitación, lo que
 habiendo sido observado por el jefe de la partida, ha- 475
 bía originado la muerte de aquel generoso animal, pues
 sacó el americano una pistola giratoria y le dio seguida-
 mente dos balazos.

El anciano, en aquel momento, dio un grito exclamando: 480

—¡Mi hijo!, ¡mi hijo!, ¡allí... allí lo están enterrando!
 —y cayó al suelo sin sentido.

El pueblo, entre tanto, se había reunido en derredor
 del anciano; las mujeres lloraban, los hombres echaban
 juramentos y maldiciones y recogían piedras que ocultaban 485
 entre sus frazadas. ¡Haremos —decían— lo que el 27
 de agosto cuando estos gringos vinieron por víveres!

Concluida aquella faena mortuoria, los americanos
 se retiraron seguidos de los muchos curiosos, que se ha-
 bían ido deteniendo al saber, de boca en boca, la noticia 490
 que daban las mujeres, de que los yanquis habían ido a
 enterrar a los mexicanos, a quienes habían hecho morir
 a fuerza de azotes la noche anterior.

Al llegar la comitiva al Puente Blanco, una nube de
 piedras cayó sobre los americanos que, cuando oyeron la 495
 voz de “¡Mueran los yanquis!”, ya habían sido derribados
 muchos de ellos al suelo. En el aturdimiento que les causó
 este ataque inesperado, no supieron de pronto qué hacer y,
 aunque algunos dispararon después sus armas, fue al aire,
 porque los agresores se ocultaron con la rapidez de la 500
 exhalación en los callejones inmediatos.

Los americanos aceleraron el paso, echando a los
 que estaban lastimados en el carro y llegaron sin otra
 novedad al Palacio, de donde salió inmediatamente una
 partida de caballería en busca de los que habían tirado 505
 las piedras; pero no encontró sino un viejo a quien traían
 desmayado unos dos hombres del pueblo. Los dragones
 recorrieron las callejuelas inmediatas al Puente Blanco y
 sacaron de las casas indistintamente a cuantos varones

510 encontraron, los tuvieron presos algunos días y después
escogieron de entre ellos a los que juzgaron más a pro-
pósito para azotarlos en la plaza de armas, precisamente
en el ancho zócalo destinado para sustentar algún día el
monumento que hace diez y seis años comenzó a erigirse
515 en memoria de nuestra independencia.

QUINTA PARTE

MIENTRAS QUE DEJAMOS A México en poder de sus Menemigos, veamos cual fue la suerte de Fernando, a quien dos hombres conducían narcotizado para la gran gruta de Cacahuamilpa, en la noche del 13 de septiembre en que se perdió la capital. 5

Para cumplir tal orden, necesitaban los bandidos salir primeramente al camino del pueblo del mismo nombre y, enseguida, tomar el de la gruta; pues aunque ésta se divisaba desde el mirador de los arco iris (así le había puesto María), para llegar a ella era necesario hacer un gran rodeo por un camino pedregoso y lleno de precipicios. 10

—¿Sabes, Gachupín —dijo Juan el Coyote, después que habían caminado como dos horas—, que el capitán ha dado en encargarnos comisiones muy molestas? 15

El Gachupín no contestó y su interlocutor continuó:
—Unas veces, ¡cargue usted con ese muerto para ir a enterrarlo!; otras, ¡lleve usted al vivo para que se muera!; ¡qué diablo de comisiones!; ¿y todo por qué?, el capitán se ha vuelto muy mezquino, todo para él, nada para nosotros; parece que estoy en el cuartel en que 20

sólo servía por el rancho. Si uno cambia de oficio es para mejorar. ¿No es verdad, Gachupín?

Éste permanecía en silencio.

25 Apuesto a que nada trae este pichón en las bolsas –y comenzó a registrar a Fernando que, como dijimos, iba montado en la silla, sostenido por el Coyote que iba en ancas.

30 —¡Nada! ¡Absolutamente nada! Porque esta gran cartera, que muy bien habrá registrado papá Tigre, se halla enteramente vacía. ¡Vaya! —exclamó prosiguiendo el registro—, algo me darán por estos juguetes de pistolas que trae en el cinto.

35 —¡Déjaselas! —gritó el Gachupín—, el capitán me encargó que nada se le quitase.

—¡El capitán!, ya desplumó al pollo y ahora manda que nada se le quite. La verdad, Gachupín, yo no voy hasta la gruta.

—¿Por qué?

40 —Porque en esa gruta penan muchas almas. Yo he oído decir que era un grandísimo camposanto de los antiguos indios, y no entraría en él de noche, aun cuando me dieran todo el oro del mundo.

—Pero si allí siempre es de noche.

45 —Entra tú.

—No, tú eres quien ha de entrar.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré afuera esperándote .

—Nos quedaremos los dos.

50 —¿Y quién mete a ese hombre?

—Vendrán por él los diablos que deben abundar en la cueva.

El Gachupín se santiguó y, acercándose a su compañero, le dijo:

22 rancho: “Comida que se da a los soldados y a los presos y, en general, que se hace de una vez para muchas personas” (DUE).

—Juan, si tú fueras hombre de secreto, haríamos una cosa, pero eres un hablantín, sobre todo cuando te emborrachas, que es gana... 55

—Di, hombre, di; también tengo recámaras para guardar los secretos de los amigos.

—Lo que ha hecho Pedro, con este pobre señor, no es de hombres. 60

—Pues es lo mismo que te digo.

—Sorprender a un hombre dormido, atarantarlo con no se qué yerbas, y luego despacharlo a que despierte en esa cueva sin salida, son cosas que... 65

—¡Gachupín!, creo que ya está despertando; ¿no oíste qué resoplido acaba de echar? Si quieres lo dejaremos debajo de un árbol, a bien que ya salimos al camino, y después que lo mate Dios que lo crió.

—Voy pues a apearme para que te bajes y, mientras, yo lo estaré deteniendo. 70

Entre los dos bandidos bajaron del caballo a Fernando, lo colocaron debajo de un árbol y amarraron cerca de él a su caballo.

—Ahora Juan, vuélvete por todo el camino, ya pronto debe amanecer, y probablemente encontrarás a las gentes de este señor que lo vendrán buscando, les darás las señas como si fueses caminante que de casualidad has visto a un hombre dormido bajo un árbol. Yo estaré cuidándolo desde lejos y, luego que lo encuentren, me iré a juntar contigo, allá por la peña grande que está sobre la barranquilla, a la que llaman Púlpito del Diablo. 75

—Pues adelántate, yo me quedaré cuidando —dijo con malicia el Coyote. 80

—No, porque quieres volverlo a esculcar y robarte cuando menos las pistolas, si es que no lo desnudas.

—¿Y quién me asegura que tú no harías lo mismo?

—Pues nos quedaremos los dos.

—Es que si yo he consentido en dejarlo aquí, es por 90

experimentar si esas pistolas que trae el viajero son de grande alcance, y por probar si su caballo es brioso.

—Es que cuando yo hago una cosa buena, no me gusta que otro la eche a perder... conqu... ¡chitón! que ahí viene gente.

Los bandidos distinguieron en aquel momento un grupo considerable de personas que, llevando hachas encendidas, no obstante que hacia buena luna, manifestaban buscar alguna cosa en el camino, del cual se desviaban a alguna distancia para volver a él inmediatamente. El Gachupín y el Coyote se alejaron un poco para no ser vistos, y observaron que las gentes que venían, atraídas hacia el lugar en que acababan de dejar al viajero por haber relinchado su caballo, se rodearon de aquél, creyéndolo muerto, y oyeron después gritos de alegría porque lo vieron despertar como de un profundo sueño.

Los bandidos se retiraron entonces, lamentándose Juan de la molestia que había sufrido en aquella caminata sin haber ganado cosa alguna.

Gregorio, criado muy fiel de Fernando a quien nuestros lectores conocen ya, le decía a éste, luego que despertó completamente:

—Pero, señor amo, ¿si hemos andado más de seis leguas buscando a su merced!

—¿Por qué?

—¡Cómo “¿por qué?”! Este camino no es el del paso del río y, creyendo nosotros que su merced se había adelantado, llegamos hasta el río, preguntamos a los de las balsas si había pasado un caballero, nos dijeron que no y nos echamos a buscar a usted.

—¿Pero, dónde estoy? —dijo Fernando.

—¡Toma!, ¿pues dónde ha de estar, sino bajo de un árbol, con tres piedras de cabecera? ¡Y a fe que ha soñado

muy largo! Despierte, pues, y vámonos, que la carga se ha quedado de este lado del río. 125

—¡Ah!, ¡cómo me duele la cabeza! —dijo Fernando llevándose sus manos a la frente.

—Con razón, esto de dormir a los cuatro vientos; si no le parece mal a su merced, se la amarraré. 130

—Sí, Gregorio, envuélvela con mi mascada.

—¡Caramba!, ¡qué bien huele! —dijo el criado al sacar la mascada.

—Sí, ese aroma es el suyo; una sola gota es la que causa tanta fragancia... 135

—¿De quién dice su merced que es esa “olencia”?

—No es sueño, ¡oh, Dios mío!, ¡no es sueño! Aún tengo fija en mi memoria su hechicera imagen... ¡María! ¡María!

—¡Señor de Chalma! ¡Mi amo se ha vuelto loco! 140

Fernando continuó:

—Yo no te dejaré; aunque no comprendo cuál es el misterio que en este momento te oculta; aunque antes dudaba si era una idealidad tu existencia, mi corazón me dice de un modo indudable que el mismo poder, que te tiene velada de la vista de los mortales, es el que en este momento me ha arrojado en este desierto, y que a fuerza de constancia llegaré a descubrirte de nuevo... 145

—¡Señor, señor!, ¡por todos los santos del Cielo, que no siga usted diciendo cosas tan extrañas, porque yo también me volveré loco! 150

—¡Loco!

—Sí, señor amo, loco; sin duda ese árbol, bajo el cual usted se ha dormido, es peligroso para los caminantes, como otros muchos de la tierra caliente. Vámonos, señor amo, vámonos de aquí y no me dé usted el pesar de verlo perder la razón. 155

—¡Perder la razón! ¿Y por qué?

—Está su merced llamando a una señorita que ase- 160

gura haber encontrado entre estos breñales; nosotros hemos corrido toda la noche por ellos, en busca de usted y no hemos visto nada. Con que así, o es sueño el que todavía tiene su merced, o es locura.

165 —¡Sueño!, ¡puede ser! Porque siempre ha sido sueño la felicidad; ¿pero ese olor que a ti mismo te ha parecido sorprendente?

—Señor amo, vámonos de aquí, este árbol debe ser hechicero, porque todavía estoy percibiéndolo, y le aseguro a su merced que si yo también pierdo aquí el seso, no habrá quien nos lleve a San Hipólito. Monte usted en su hermoso caballo retinto que está relinchando desde que ha oído mi voz, impaciente por dejar estos peligrosos árboles; quién sabe si también el pobrecillo estará sufriendo algún fatal encantamiento.

175 —¿Dices que ahí está mi caballo?

—Sí, señor amo, y voy a traerlo inmediatamente para que suba usted en él y nos pongamos en camino; no vayan a tener alguna novedad las cargas.

180 —¿Pero tú por dónde has venido, Gregorio?

—Por el camino real.

—Qué cosas tan extrañas me han pasado... Tráeme el caballo, veré si puedo tenerme en él; me siento muy desvanecido... ¿Y tan hermosa, tan angelical criatura? —dijo para sí Fernando mientras le traían el caballo—; ¿habrá sido sólo una creación de mi acalorada fantasía? ¿Y aquel delicioso jardín del que me cortó ella misma algunas flores? ¿Y la corriente de aquel espumoso río que divisamos teniendo frente de nosotros tres arco-iris? ¿Y el lego, aquel que me ponía argumentos acerca del principio del bien y del mal?... Si todo esto no es más que un sueño, daría gusto la mitad de mi vida por soñar en la otra mitad del mismo modo.

195 Fernando montó a caballo con dificultad y, al comenzar a andar, no podía sostenerse, hasta que gradualmente se fue desentumeciendo.

En aquel mismo día pasó el Huajintlán y, al llegar a su ribera, le dijo a Gregorio:

—¿Creerás que en la fuerza de mi sueño he visto este río que no conocía? 200

—Por María Santísima, señor amo, no vuelva su merced a darme el susto que esta mañana, porque le aseguro no lo he recibido mayor, ni en aquella ocasión en que los americanos fueron a quitarnos a balazos el placer de oro que habíamos encontrado. 205

—Ya viste que defendimos nuestra posición sin que nos arredraran los rifles, y que sólo hemos cedido al número y al hambre, retirándonos con el oro que habíamos recogido...

—Sí, señor amo; usted se arrojó a los mayores peligros y yo no dejaba de estar a su lado. 210

—Pues bien, defendería con más decisión si fuese realidad lo que desgraciadamente no es más que un sueño.

—Quiere su merced hacerme la gracia de contarme lo que soñó. 215

—Sí, Gregorio, pues deseo quede en mi memoria grabado para siempre.

Enseguida Fernando contó a su criado cuanto le había pasado en la casa del Tigre.

Al concluir su relación, le dijo Gregorio muy sentenciosamente: 220

—¿Sabe su merced lo que hay en eso?

—¿Qué?

—Que su merced ha pensado al dormir en unas cosas que nos hacen delirar a todos estando despiertos. Una Eva, un jardín, la ciencia del bien y del mal, una serpiente que en el caso presente fue un tigre, que viene a ser lo mismo. 225

—¡Pues el viaje a California te ha hecho todo un filósofo! 230

—No, señor amo, fui como vengo; sólo que allá en mi tierra, siendo muchacho, asistía a todos los sermones

235 y pude conocer lo que ya los del pueblo habían notado,
y era que siempre que el cura se le olvidaba el sermón se
iba al Paraíso, y dale con Eva, con la ciencia del bien y
del mal y con la serpiente; ya verá su merced que hace
tiempo vengo oyendo estas cosas.

240 En aquel mismo día llegaron Fernando y los criados,
que cuidaban las mulas cargadas, al parecer, sólo con
fruta, a Cuernavaca, en cuyo lugar se detuvo Fernando
algunos días, ya para restablecerse del malestar que sen-
tía desde que se había dormido bajo del árbol donde lo
halló Gregorio, como porque el camino de México es-
245 taba muy inseguro a causa de los muchos dispersos que
había en el monte después de las acciones del Valle.

En esos días no ocurrió de notable en Cuernavaca sino
que habiendo llegado las tropas del sur al mando de su ge-
neral don Juan Álvarez, se difundió la noticia de que iban
a ser fusilados unos americanos que, después de la toma
250 de México, imprudentemente se habían avanzado hasta
Tlalpam, con el objeto de saquear las casas de esta ciudad
donde antes había tenido su centro de operaciones el ge-
neral Benfield Scott. Una partida de pintos que se había que-
dado en Huitzilaque, recibió oportunamente aviso, bajó a
255 Tlalpam e hizo prisioneros a los merodeadores.

Fernando traía algunas cartas de recomendación para
el general suriano, a quien tuvo que hacerle una visita para
presentárselas y suplicarle le proporcionase una escolta que
lo condujese con su equipaje hasta el punto a que pudiesen
260 llegar sin riesgo las tropas mexicanas.

El anciano general lo recibió muy benignamente y
mandó expedir la orden necesaria y, mientras ésta se ex-

253 *Benfield Scott*: Winfield Scott.

254 *Huitzilaque*: Huitzilac. Municipio de Morelos, situado al extremo
noroeste del estado. Es una región montañosa. "Huichilac. Pueblo de escasa
importancia, municipalidad y departamento de Cuernavaca, Estado de Mo-
relos; en una época fue estación de las diligencias que hacían el servicio entre
México y Cuernavaca" (*DGH*).

tendía, comenzó a platicar de los sucesos de la guerra en los que Fernando dijo que no estaba instruido por haberse hallado en la Alta California, de donde los mismos americanos lo habían expelido con grave riesgo de su vida y la de los mexicanos que lo acompañaban. La conversación fue rolando así hasta que el general le dijo que sus tropas habían aprehendido a unos americanos en Tlalpam *in fraganti* delito de robo, según el parte que acababa de darle el mayor general de la división, quien añadía que iba a fusilarlos. 265

—¿Y usted, señor general, ha confirmado esa disposición? —preguntó Fernando. 270

—No he determinado cosa alguna, pero tal es el derecho de la guerra. 275

—Conozco que haría mal en dar opinión sobre asunto tan grave, especialmente cuando usted no me lo pregunta; pero... 280

—Hable usted con toda confianza. 280

—Iba a decir que, aunque hay muy buen derecho para castigar de muerte a los merodeadores, porque separados de los ejércitos a que pertenecen no tienen ya la protección del derecho de gentes, en las circunstancias que, según usted se ha dignado referirme, nos hallamos, podría traer graves consecuencias a nuestros prisioneros el fusilar a aquéllos, porque los americanos han de procurar hacer creer que son simples prisioneros de guerra e intentarán tal vez una sangrienta represalia. 285

—La observación de usted es muy prudente y le doy sinceramente las gracias por esta prueba de su ilustrado patriotismo. Muchas ocasiones, y ésta es una de ellas, el derecho debe subordinarse a una alta conveniencia política. 290

—¿Entonces, qué vamos a hacer con esos gringos? —dijo un capitancillo que había estado oyendo la conversación, porque era el mismo que había redactado la 295

orden para la escolta en calidad de secretario *ad latere*
300 del general.

—El señor —contestó el general, refiriéndose a Fernando— podrá conducir los presos a México con la escolta que vamos a darle y procurará canjearlos por algunos de los nuestros que están en poder del enemigo.

305 —Lo haré con mucho gusto, señor general.

—No deje usted, señor secretario, de hacer mérito en el oficio con que se remitan los prisioneros al general en jefe del ejército americano, de la grave consideración que se ha tenido presente para no castigarlos cual merecen.

310 El secretario escribió el oficio que acababa de mandársele, lo leyó en voz alta y lo presentó para la firma haciendo un gesto de desdén, como poco acostumbrado a ver que otro diese su parecer al general, y se salió de la pieza en que éste se hallaba sin saludar a nadie, llevando una pluma tras de la oreja, con el sombrero de lado y ostentando una figurita trigueña, magra y raquítica que hacía un visible contraste con aquella arrogancia.

315 Fernando se despidió con gran cordialidad y atención del general, y al día siguiente salió de Cuernavaca, trayendo a los prisioneros americanos, cuyo canje iba a proponer, escoltados, así como su equipaje, por unos cincuenta hombres de caballería.

299 *ad latere: adlatere*. Persona subordinada a otra, de la que parece inseparable.

II

ENRIQUE WALKER Y ANTONIA

ENTRE LOS PRISIONEROS SE hacía distinguir uno que merecía bien la calificación de hombre hermoso, aunque su fisonomía, falta absolutamente de animación, causaba una instintiva repugnancia, especialmente para los mexicanos, cuyo carácter peca en lo general por demasiado afectuoso, lo que a la larga suele atraerles injustamente el epíteto de falsos. 5

Enrique Walker, éste era el nombre del yanqui a quien nos referimos, tenía una estatura elevada y musculosa, el pelo de la barba de un rojo subido y su cabellera rubia. Sus ojos que por ser azules podrían templar lo áspero de su fisonomía, no tenían brillo, y sus facciones regulares si algo expresaban era una constante seriedad: aquel hombre seguramente nunca se había reído, nunca tampoco había llorado: Iba vestido con una levita de paño fino color de café, bien hecha, aunque parecía no venirle bien, y que le estaba muy ajustada, a la que había cosido las presillas de teniente; el pantalón era de paño azul corriente que no hacía buen maridaje con la levita y menos con un soberbio diamante que llevaba en un anillo de oro colocado en el dedo meñique de la mano izquierda. Era el jefe de los merodeadores, y sabiendo que Fernando les había 10 15 20

librado de la muerte y observando que la escolta recibía las órdenes de éste, se le acercó cuando se detuvo la caravana en la Venta del Guarda para comer, después de un camino de diez leguas; y tocándose ligeramente la cachucha, le dio las gracias en nombre de sus compañeros de infortunio, por los buenos oficios que había hecho, por haberse opuesto a que viniesen amarrados y a pie, según había determinado el comandante de la escolta.

Fernando se excusó primero de no entender perfectamente el inglés, y después le significó que las consideraciones de humanidad eran las que lo habían impulsado a hablar al señor general Álvarez, a cuya bondad debían la vida. En aquel momento Fernando empezaba a comer acompañado del comandante de la escolta y de su fiel Gregorio, pero el yanqui, sin ser convidado y sin cuidarse de ceremonias, se sentó a la mesa devorando más cantidad de viandas que los otros tres.

Fernando llegó a México, entregó a los prisioneros y recibió en canje algunos oficiales surianos que estaban detenidos porque no habían querido juramentarse para no volver a tomar las armas contra los americanos; escribió al general Álvarez acerca del resultado de su comisión y no volvió a ocuparse de tal asunto.

Pasados algunos días, y estando en el almacén, vio entrar a Walker sin llevar insignias militares y con un traje muy decente, perfectamente ajustado a su cuerpo, significándole que tenía que hablarle en secreto. En la conversación que enseguida tuvieron, éste le refirió que había venido de voluntario por sorpresa, porque habiéndosele convidado a comer en un buque que estaba anclado frente a Boston, después de la comida había habido un gran acaloramiento por efecto de los licores y que allí se había alistado para venir a México, dándose inmediatamente a la vela, pero que cumplido su tiempo ya no había querido reengancharse. Añadió también que deseaba cambiar su patria por México y que si Fernando, que le

había salvado la vida, y que por esto era su padre, quería darle su protección como lo esperaba de su buen corazón, él podría llegar a establecerse en esta República; que era católico, y le enseñó una medalla de oro que traía colgada de un rosario, y que no quería ningún auxilio pecuniario pues tenía el dinero suficiente, y en su tierra algunas proporciones, pero que siendo extranjero y habiendo venido como enemigo, aunque no lo era de México, necesitaba una persona de respeto que lo protegiese.

Fernando no sabía qué pensar ni qué resolver después del larguísimo relato del yanqui que hemos extrac-tado, porque era costumbre entre ellos hacer una peroración de horas cuando tenían que sostener alguna cosa. Walker, con una destreza notoria, había dejado de tocar el punto crítico de su aprehensión por merodeador, y Fernando, que no quería ofenderlo, no sabía cómo pedirle explicaciones sobre el particular. Al fin se resolvió a hacerle una insinuación, diciéndole:

—Pero usted ha tenido la desgracia de...

—¿De qué ?

—Allá en Tlalpan...

—¡Ah!, fue una calumnia que se ha desvanecido plenamente ante el general Scott, mediante una información de testigos muy respetables.

—Pero el hecho es que...

—Que habíamos salido a pasear, nos sorprendió la noche y, por robarnos, nos han aprehendido... A mí sólo me han quitado los pintos diez onzas y, para que no me despojasen de este anillo —y le enseñó el diamante que tenía en el dedo— he tenido que echarlo en la bota... ¡y después de esto querer fusilarnos!; pero mi buena estrella hizo que usted llegase a Cuernavaca y nos diese la vida.

—Pues bien —contestó Fernando, sin quedar muy convencido de la inocencia de Walker—, dígame usted en qué puedo servirle.

95 —Por ahora en nada, quiero solamente su amistad y, en algún remoto caso, su protección.

El yanqui se despidió a pocos momentos y Fernando se quedó cavilando involuntariamente acerca de lo que aquél había venido a manifestarle.

100 Antes de continuar la narración de los sucesos referentes a Walker, debemos indicar que Fernando, luego que llegó a México y se instruyó por su dependiente principal, que entonces era su socio, de que el estado de la caja era de lo más comprometido, a causa de las libranzas del padre don Luis, que no había dejado de cubrirse, y por la suspensión de pagos de la casa de Cavalier, procuró tranquilizarlo diciéndole que todo estaría arreglado y que se ocupase personalmente en buscar una casa que necesitaba con singulares condiciones.

110 Entonces había en México muchas casas vacías por la multitud de familias que habían emigrado al aproximarse los americanos y, sin embargo, se pasaba el maquinista buscándola los días enteros sin encontrar una que le acomodase, siendo de advertir que no se paraba en precio.

115 El mismo día en que Walker había ido a verle, encontró afortunadamente la casa que le convenía, pues pasando por la calle de Medinas vio que los balcones del número 8 tenían papeles blancos. Entró a aquella casa sin acordarse desde luego que era la misma en que había conocido a Rosita, pero al pasar acompañado del que estaba encargado de enseñarla por el corredor en que había regado las onzas de oro que vino a pagar por su deuda contraída por el juego, preguntó:

—¿Aquí vivía el señor don Domingo Dávila?

125 —Sí, señor.

—Habrá salido de México a la llegada de los americanos; probablemente volverá la familia a esta casa, cuyo arrendamiento por poco tiempo no me conviene.

—Puede usted entonces estar tranquilo por toda una eternidad.

130

- ¿Cómo?
- El señor Dávila ha muerto.
- ¿Ha muerto? ¿Dice usted que el señor Dávila ha muerto?
- Sí, señor. 135
- ¿Pero cuándo? ¿Cómo ha sido eso? ¿Y la familia?
- Según he oído decir hace unos nueve días; ¿no estamos hoy a 23?, cabal, hace nueve días, porque fue en la primera noche después de la entrada de los americanos.
- ¿Y la familia? 140
- ¡Ah!, la pobrecita niña, que era el total de la familia, salió al siguiente día de la casa.
- Pero eso es muy extraño, sin esperar siquiera...
- Y sin que le haya quedado a la pobre señorita ni para el luto... esto me han dicho los vecinos. 145
- Pero el señor Dávila era muy rico.
- Al tiempo de morir dicen que no; aunque lo hubiera sido, como esta casa fue enteramente saqueada...
- ¿Y no sabe usted a dónde se ha ido la señorita?
- No, señor, y sólo puedo decirle a usted que hará unos cinco días que vino un señor muy decente a recoger en nombre de la señorita todo lo que a ésta perteneciera, pero como aquí nada había quedado, nada se le dio.
- ¿Qué señas tiene ese señor?
- Cuerpo regular, ojos negros, fornido... 155
- De bigote y perilla.
- ¡Oh!, no, señor, absolutamente sin pelo de barba.
- Entonces no es Montemar —dijo para así Fernando—; fuera de que éste no ha podido estar en México después de la ocupación; pero sea quien fuere, celebro que no le falte quien mire por sus intereses. 160
- Parece que era usted amigo del señor Dávila —dijo el conductor.
- Amigo... precisamente amigo, no... ¿pero decía usted que vino un caballero a recoger las cosas de la casa? 165

—No, señor; ¿qué había de recoger? Trajo una orden del general en jefe para que se le entregase lo que hubiera, y como en la orden se prevenía que se desocupase la casa, nos redundó el bien de que en el acto la dejaran los oficiales que aquí vivían.

170

—¿Pero usted no sabe dónde está la señorita Dávila?

—Ya he dicho a usted que no.

—¡Cuánto deseara yo saberlo!

175

—Es cosa bien difícil, por cierto; ya sabe usted que México se traga a las gentes, especialmente siendo pobres.

180

Fernando exhaló un profundo suspiro y penetró en aquella casa solitaria y sin muebles, evocando en vano las sombras de sus antiguos habitantes y diciendo para sí, según iba pasando por las piezas: Aquí tocaba la lira y hacía resonar estos cielos con su armoniosa voz; aquí tendría probablemente su tocador, de donde salía impregnada de gratos aromas a cautivar muchos corazones tan incautos como lo fue el mío; aquí se sentaba a coser y por esta puerta salió a lanzarme aquella mirada despreciativa cuando se ofreció la reyerta con su padre, sin indagar primero si yo tenía razón; pero la perdono, porque si fue conmigo injusta, quiso sin duda ser buena hija.

185

190

—¿Ya conoce usted el entresuelo?

—Sí, señor, y por él tal vez me convendrá la casa.

195

—Pero falta aún que ver la vivienda que tiene en la azotea completamente sola y aun con la facilidad de darle entrada directa por el segundo patio o dejarle la que tiene por la cocina.

200

Fernando y el conductor subieron a las piezas de la azotea, en donde aquel notó que dichas piezas dominaban completamente todas las azoteas vecinas y que el único punto desde donde puede verse lo que pasa en ellas es el convento de San Lorenzo, lo que se impediría fácilmente haciendo un tránsito cubierto de tablas.

—Decididamente —dijo Fernando, bajando la escalera de la azotea— me quedo con la casa.

—Perfectamente; pero ya sabrá usted que es carita. 205

—¿Cuánto gana?

—El señor Dávila pagaba dos mil pesos anuales.

—Pues avise usted que la tomo y, si no hay inconveniente, que se me mande razón al almacén de máquinas de la calle de la Profesa en esta misma tarde, allí estaré esperando. 210

—Iré yo mismo, ¿por quién he de preguntar?

—Fernando Hénkel —respondió éste dándole una tarjeta.

—¿Y el fiador? 215

—Lo daré a satisfacción del dueño.

Muy poco tiempo después recibió aviso de que la casa corría desde aquel momento por su cuenta y se le entregaron las llaves.

Fernando hizo mudar desde luego la maquinaria que tenía en bodegas alquiladas a los bajos de la nueva casa, devolvió los entresuelos que antes habitaba, y fue a instalarse a los de la calle de Medinas, cuyo piso principal dejó en el estado en que lo encontró. 220

Abrió una comunicación del entresuelo para la escalera de la azotea y se dedicó, desde que estaba practicada la comunicación, a un trabajo incesante de todo el día y de gran parte de la noche, sin que supiese nadie en qué trabajaba y sin que se sospechase siquiera dónde pasaba el día, pues era visible solamente en el almacén de la Profesa de ocho a nueve de la mañana, hora en que, como si fuese sombra, se aparecía vestido de negro, pálido y flaco, apeándose de un coche para hablar de los negocios de mayor entidad con don Abundio, pues en todo lo demás éste determinaba. 225 230 235

No faltó quien comenzase a difundir la voz, que se hizo general entre el vulgo, de que don Fernando Hénkel, que había vuelto muy rico de California, hastiado de la

240 vida por haber recibido unas “calabazas” cuando era pobre, no tenía otro placer que el de fumar opio y dormir todo el día, costumbre que había tomado de unos chinos. Añadían que en su casa no entraban visitas ni las hacía, porque padecía un esplín formidable.

245 Habrían pasado unos dos meses de llevar esta vida, cuando un día a la hora en que estaba en el almacén, se le presentó una joven enlutada, con los ojos llorosos, diciéndole:

—Soy hija de un valiente militar que ha muerto gloriosamente en el Molino del Rey; vivo con mis hermanitos sin tener quien nos dé para la subsistencia y, sabiendo que usted es muy rico...

—¡Don Abundio! —gritó el maquinista.

El dependiente se acercó a Fernando, quien le dijo en voz baja:

255 —Dé usted a esta señorita dos pesos.

La joven los recibió y volvió llorando por el lado del mostrador en que estaba el maquinista.

—¿No le han dado a usted los dos pesos? —le preguntó éste distraídamente, pues ni aún le había visto la cara.

260 —Sí, señor.

—¿Pues por qué llora usted?

—Lloro porque recuerdo dolorosamente cuán equivocado estuvo mi padre cuando al marchar a la campaña me repitió varias veces: “Si muero, en lugar de un padre tendrás el apoyo de muchos buenos mexicanos, que sabiendo que te dejo pobre y sin recursos, te impartirán una protección generosa...” He recorrido con mi traje de vergonzante las casas de varios ricos, que me han despedido sin dignarse escucharme; otros me han dado algunos reales que he recibido humildemente para no tener responsabilidad ante Dios por la resolución que tengo tomada; y cuando, en fin, arrastrada de una verdadera desesperación, he encontrado

al mejor de mis benefactores, éste me manda dar dos pesos por mano de su dependiente, honrándose a sí mismo con esta dádiva, pero deshonrando mi luto... 275

Alzó entonces los ojos el maquinista, que se ocupaba en revisar una cuenta de varios pliegos, y vio delante de sí una joven como de veinte años, cuyas facciones nada tenían de notable, excepto la frente que era bien hecha, y los ojos que lanzaban miradas fijas y resueltas. 280

Algo turbado, Fernando, como le sucedía casi siempre cuando tenía que entrar en una conversación difícil, le preguntó:

—¿Me decía usted que había tomado una resolución? Si quiere usted indicarme cual sea... 285

—Vuelvo a mi pobre casa, de la que está queriendo arrojarme un cruel mayordomo de monjas; llevo a mis hermanitos los dos pesos que ha mandado usted darme, y algunas pesetas que he recogido; cuando este dinero se me acabe, empeñaré el vestido que traigo, y cuando se consuma lo del empeño... 290

—¿Cuándo se consuma lo del empeño?, decía usted... 295

—Me dejaré morir de hambre con mis hermanitos, porque juro que no he de volver a pedir limosna. 295

Y al concluir la enlutada estas frases, salió del almacén, dejando estupefactos a los dependientes y al amo.

Pasados algunos momentos en que se agolparon mil reflexiones a Fernando, llamó apresuradamente a su criado que había traído los caballos para invitar al maquinista a que hiciese ejercicio, y esperaba inútilmente, como otros varios días, a la puerta. 300

—¡Gregorio!, sigue a esa joven, observa minuciosa-

292-293 “Cuando se consuma lo del empeño”, decía usted...; Por el sentido reticente de la conversación de Antonia con Fernando, debe ir sin interrogaciones y sin acento enfático. Se trata de la función fática, la cual tiene como fin “establecer, prolongar o interrumpir la comunicación”.

mente cuanto haga; ve dónde entra y vuelve luego a dar-
 305 me razón de todo.

El payo marchó a desempeñar su comisión, dejando a su amo en un profundo mar de reflexiones.

¡Acaso una resolución semejante, se decía éste, habrá ya tomado la hija del señor Dávila y tal vez estará pronta a sucumbir en medio de los tormentos que siempre acompañan a la miseria! Esta joven ha venido a referirme su indignancia y la he socorrido; ¿por qué ha dicho en tono de amenaza que se dejará morir de hambre? ¡Ah!, necio que soy; porque en primer lugar la he humillado, encargando a otro a quien ella no se había dirigido, que le diese la miserable cantidad que designé; y, en segundo lugar, porque mi “caridad” de puro mezquina viene a ser una gota de agua arrojada con intención de apagar un incendio, de manera que soy doblemente necio. Pero en fin, así es como se acostumbra hacer la caridad, y aun, según me ha dicho la pobre huérfana, yo he sido el que ha manifestado mayor largueza. Estoy, pues, en lo más avanzado de la beneficencia –continuó diciendo, dejando asomar en sus labios una ligera sonrisa, que indicaba que en aquel elogio había una merecida ironía...
 310
 315
 320
 325

No sé por qué estoy intranquilo, la conciencia me dice alguna cosa que no comprendo bien... ¡Si cuando me quedé huérfano en la casa del herrero que me dio educación y porvenir, hubiera encontrado con un hombre tan altamente caritativo como yo, de seguro que estaría a buen componer rajando leña, o arrastraría una existencia miserable y horrorosamente degradada, si después de haberme arrojado un miserable pan, me hubiera despachado a mendigar en otras partes. No, no es esta ciertamente la caridad que Jesucristo quiso que ejerciéramos los unos con los otros; esta caridad que humilla, que abate, que degrada, no es caridad, porque el verdadero amor del prójimo,
 330
 335

337 al prójimo: por el sentido de la oración.

que se halla en desgracia, debe ser afectuoso y reparador de los hondos sufrimientos, de los terribles destrozos que en lo moral viene siempre a originar el infortunio; la verdadera caridad es una voz del cielo que dice al desgraciado como Jesucristo le dijo al paralítico: “¡Levántate y anda!”, pero por ti solo, sin necesidad de recurrir otra vez al que te ha dado la mano. 340

—¡Don Abundio! —dijo Fernando, dirigiéndose a su dependiente con cierta impaciencia—, ¿no le parece a usted que tarda mucho en volver Gregorio? 345

—Acaba de irse, señor don Fernando. 350

En aquel momento entró Enrique Walker, quien no había cesado de visitar a Fernando y, con la mayor cortesía, se excusó de no haber venido toda una semana. Enseguida preguntó a Fernando si había algún inconveniente en que se le guardasen en la casa unas treinta onzas de oro que había ganado en el juego. 355

—Soy generalmente afortunado —dijo el yanqui—, y yo deseara, si continúa mi buena suerte, reunir poco a poco un capitalito para comprar algún terreno, pues ya le he indicado a usted que deseo quedarme en esta bella República. 360

Fernando dio orden de que se recibiese el dinero del americano, y éste continuó:

—Si tiene usted la bondad de prevenir que no se me dé nunca en junto sin licencia de usted, a fin de que aún cuando pida lo que me he apartado, para volver al juego, no pueda yo arriesgar todo lo que he ganado. 365

Fernando tradujo a don Abundio el encargo del americano, y éste se retiró a pocos momentos, porque hacía un estudio particular en no ser importuno para su papá —así llamaba al maquinista—. 370

Fernando miraba repetidas veces el reloj, pues la hora en que acostumbraba estar en el almacén había pasado, hasta que al fin vio entrar a Gregorio, que era a quien únicamente aguardaba y, llamándole aparte, le preguntó: 375

- ¿La seguiste?
 —Sí, señor amo.
 —¿Y que hizo en el camino?
 —Se ocupó de varias frioleras.
 380 —Dímelas.
 —Pero ¿cómo va su merced a ocuparse de...?
 —Conque salió de aquí... y...
 —Entró a la panadería de la calle del Esclavo, compró
 seguramente su pan, porque salió cubriendo con su tápa-
 385 lo un pequeño bulto; se volvió hasta la esquina de la Ca-
 noa y se fue por esta calle, entró a la calle de la esquina de
 la Estampa de San Andrés, compró algo que no pude ver,
 porque mi alazán se impacientaba mucho de ir tan des-
 pacio y, al querer detenerlo cerca del Baratillo,¹ dio unos

¹ Éste se hallaba entonces donde está ahora el hermoso Teatro de Iturbide [N. del A.].

383 *calle del Esclavo*: “Después 2ª de Manrique y hoy de la República de Chile. Los señores Medina y Torres que dieron nombre a la calle de Medinas por haber tenido su casa en el número 11, esquina N.O. con la que nos ocupa, tenía alojada a su servidumbre en el fondo de la casa, y entre ella figuraba un esclavo negro, que por sus buenos servicios le dieron libertad. No quiso él abandonar sus buenos amos, y éstos le fabricaron una casa pequeña espaldas de la suya, con zaguán para la calle que tomó el nombre de Calle del Esclavo, por haber vivido en ella el liberto” (*CdeM*, p. 112).

387 *Estampa de San Andrés*: Calle de San Andrés, hoy 1ª de Tacuba. “Los hospicios dieron sus nombres a las calles *del Hospicio de San Nicolás y de Pobres* y los hospitales a las calles *del Hospital de Jesús, del Amor de Dios de Real de los Indios, de San Hipólito, de San Lázaro, del Espíritu Santo, de San Juan de Dios, de Betlemitas y de San Andrés*” (*CdeM*, p. 213).

389 *Baratillo*: Antiguamente en lo que hoy se conoce como el Centro Histórico se ubicaban los comercios, se trataba de “[t]ípicos mercados que han variado en la ciudad de sitio y modalidad. En los primeros siglos del dominio español estaba el baratillo en una parte de la Plaza Mayor. Revillagigedo los trasladó al sitio que hoy ocupa la Cámara de Diputados. Al ser construido el teatro Iturbide, que aloja a aquélla, fue trasladado el baratillo a la Plaza Villamil, por el 1850 [...]. Después una parte se trasladó a la Lagunilla y otra a Tepito [...]. La demoninación, que es un mexicanismo, proviene de que se supone que los objetos se dan más baratos que en los comercios de cosas nuevas” (*DP*). Teatro Iturbide: “El 16 de diciembre de 1851 el entonces presidente de la República don Mariano Arista puso

brincos terribles y me hizo ir muy lejos; cuando salió de la tienda la señorita, siguió la calle de la Estampa de San Andrés y se metió en el número 3. Yo dije entonces para mí: el amo desea seguramente que yo indague quién es esta señorita, y nada adelantaré con saber que compró pan y chocolate. Entré resueltamente a la casa alborotando a los perros con el ruido que hace la anquera, salieron las vecinas a ver qué sucedía y entre ellas, afortunadamente, divisé a una antigua conocida.

—¿Qué anda usted haciendo por aquí, don Gregorio? —me dijo.

—Nada, señora Pascuala —le contesté—; tengo que hacerme unas camisas y, acordándome de usted...

—Ya sabe usted que para coser ropa blanca estoy incapaz; ¡fuera como en otros tiempos!

Me bajé del caballo encargándoselo a un chicuelo y dije después a la buena señora:

—Aquí ha entrado hace un momento una señorita y tal vez le convendría hacer las camisas.

—¡Ah!, conque usted venía...

—No, doña Pascualita, no piense usted nada malo...

Fernando hizo una señal de impaciencia; y Gregorio, que lo advirtió, le dijo:

—Para no cansar a usted, doña Pascuala me llevó a hablar de las camisas con la señorita y entramos a una habitación baja que hay en el fondo de dicha casa, com-

la primera piedra, en el sitio que había sido Baratillo o Mercado del Factor. La obra la costeó don Francisco Abreu, según los planos del ingeniero don Santiago Méndez, la decoración fue realizada por el escultor Santiago Evans. El teatro se inauguró el 3 de febrero de 1856, domingo de carnaval, con un baile de máscaras; pero la primera función teatral que en él se efectuó fue el 25 de marzo de ese mismo año, con el drama *¿Y para qué?*, del mexicano Pantaleón Tovar" (DP).

396 *anquera*: "Especie de caparazón de cuero sujeto al borrén trasero de la silla, con que se cubre el anca del caballo y baja hasta cerca de los corvejones. El borde inferior se guarnece con una hilera de piezas pequeñas de hierro colgantes a manera de campanillas llamadas higas. Sirve para amansar potros, enseñándolos a derribar, y para defensa del caballo en las corridas de toros" (DM).

puesta de dos piezas en que parece que nunca entra el sol. Yo me quité mi sombrero con gran respeto y puse mi cara de payo. Doña Pascuala refirió a la niña el deseo que tenía yo de que se me hicieran unas camisas, a lo que
420 contestó la señorita con mucha amabilidad:

—Bien quisiera ocuparme de eso; pero no sé coser... para remendar a mis hermanitos tengo mil trabajos.

Yo, sin esperar a que me ofreciera asiento, tomé una silla vieja que había allí y, a la seña que me hizo señora
425 Pascuala como de reconvención, respondí diciéndole que me iba a componer una bota, en cuya operación tardé mucho tiempo, haciendo que el atadero se me cayese varias veces. La señorita, sin tener embarazo por nuestra
430 presencia, indicó a mi compañera se sentase en una pobre cama, que allí se miraba, y se puso a dar el desayuno, que acababa de comprar, a unos dos angelitos que desde que yo llegué se habían apoderado de los gruesos botones de mi calzonera, divirtiéndose mucho al ver en ellos sus caritas como en un espejo.

435 —¡Anda, Aurelio! ¡Pepe!, desayúnense, que hasta ahora no ha faltado, gracias a Dios; de aquí a mañana nadie sabe lo que sucederá...

—Cómo se llama esa señorita —interrumpió Fernando dando la última vista a su reloj.

440 —Yo oí que los niños le llamaban Antonia.

—Está bien; has desempeñado perfectamente el encargo; vete a pasear hoy, si te parece; lleva mi caballo retinto.

—Precisamente iba a decirle a usted que se está avejigando de no montarlo...

445 Estas últimas palabras ya no las oyó Fernando, quien subió al coche que le aguardaba en la puerta y se alejó rápidamente.

443-444 *avejigando*: Avejigado. Abotargado. Abotargarse o abotagarse, hincharse, desfigurarse el cuerpo o una parte de él por hinchazón o por gordura excesiva.

III

LOS HIJOS ADOPTIVOS

EN LA NOCHE DE aquel día, salió el maquinista, contra su costumbre, envuelto en su capa, habiendo prevenido antes a su cochero que lo esperase con el coche en la esquina del Baratillo desde las siete. Leyó en la cartera el apunte que había tomado referente a la desconocida Antonia y se encaminó a la calle de la Estampa de San Andrés; entró al número 3 y se dirigió a la vivienda del rincón a cuya puerta tocó con suavidad. Viendo que nadie salía a abrirle, aplicó el oído con objeto de percibir algún ruido de alma viviente y oyó claramente que una voz dulce rezaba fervorosamente, y que respondían unos niños. Bien hubiera querido no interrumpir aquella santa ocupación; pero continuando en la puerta llamaría la atención de las vecinas que afortunadamente no le habían visto entrar y acaso daría motivos para que murmurasen de la pobre huérfana. Repitió por tanto sus golpes a la puerta con más fuerza y, notando que el rezo se había suspendido, esperó a que abriesen la puerta.

Vino efectivamente a abrir la misma joven que en la mañana había ido a verle al almacén, trayendo en la mano un candelero de barro en que estaba encajada una vela.

La joven abrió sin titubear después de haber preguntado el “¿quién es?” de costumbre y, luego que pudo
 25 distinguir y conocer a Fernando, le ofreció que entrase, exclamando con verdadera sorpresa: —¡Ah!, es el señor del almacén a quien vi esta mañana...

—Pase usted señor, pase usted, ya que por desgracia ha dudado de lo que le he dicho; convéznase usted por
 30 sus propios ojos...

—Señorita, yo no he dudado de lo que usted me ha dicho; y si hoy he venido es con el deseo de reparar una falta... porque, después que salió usted del almacén, he pensado que, supuesto que está usted sin abrigo y
 35 no cuenta con auxilio ninguno permanente, podría yo proporcionar lo necesario para que, ejerciendo alguna industria...

—Gracias, señor, muchas gracias, porque lo que me dice usted me causa un gran consuelo: ¡Oh, Dios mío!, qué feliz soy en no haber desesperado de tu bondad! No era la muerte, no, la que me infundía el menor pavor, pues al contrario, la deseo para ir a reunirme con mi padre, sino el horror que me infundía ir a tu presencia maldiciendo, execrando a la especie humana! ¡Aurelio, Pepito, vengan a abrazar a su salvador!
 45

Y, tomando al más chico que era como de cuatro años en los brazos y al mayorcito de la mano, los presentó a Fernando diciéndoles:

—¿No se acuerdan de que papá nos decía que no nos
 50 habían de faltar otros padres?

—Sí, Tonchi —respondió el mayor—, antes de que se muriera nos lo decía muchas veces llorando; así nos lo decías también ahora, pero como estabas tan triste, creía yo que no era verdad...

55 Fernando abrazó a aquellos niños inocentes con un transporte de la más íntima alegría, pensando para sí en

los momentos de silencio solemne que siguió a esta especie de adopción: ¡Oh!, ¡qué crueles remordimientos habrían acibarado mi existencia, si por demorar mi venida, estos preciosos niños hubieran perecido!

Antonia, entretanto, lloraba de alegría viendo que Fernando ponía sobre sus rodillas a los dos hermanitos.

—Señorita, ya he indicado a usted cuál es mi intención y por qué motivo he venido a buscarla... No volverá usted a impetrar la caridad para subsistir, al menos mientras yo tuviera algunos recursos... Sólo falta que usted me diga si acepta mi ofrecimiento y de qué manera quiere que lo realice.

—¡Ah!, verdaderamente estoy confundida; porque aunque yo deseaba alguna cosa así que me proporcionase el modo de asegurar una pobre subsistencia sin pedir más a nadie... pero es el caso...

—¿Qué hay?

—Que yo no sé hacer nada.

Fernando se quedó pensativo.

—Sin embargo, señor —continuó la joven—, me siento capaz de aprender todo, de entrar a cualquier empresa por arriesgada que pueda ser; pero debo decir la verdad, yo no sé hacer nada... Esto me desconsuela mucho... Nada me han enseñado. Mi padre, mientras tuvo algunos recursos, me consintió demasiado, sin querer que me molestase... Como él tampoco había tomado desde joven alguna profesión, luego que se vio pobre, entró a la carrera de las armas y murió en el Molino del Rey. Cuando supe su muerte busqué esta casita y después me he ido manteniendo con la venta de los pocos muebles que teníamos.

—¿No sabe usted escribir?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted enseñarme su letra?

65 *impetrar*: Conseguir algo que se ha suplicado. Implorar. Rogar.

—Con mucho gusto. Lea usted esta carta —y sacó del seno un papel—; la escribí calculando que lo que hoy recibí de limosna se me acabaría mañana, pues pagué en la tienda lo que me habían fiado, y deseaba que, cuando
95 nos encontrasen muertos en esta casa, supiesen que antes había yo dado a conocer mi miseria.

Fernando leyó la carta que decía:

“México, noviembre 22 de 1847.

“¡Muero de miseria y desesperación! Seres tan desgraciados como hemos sido mis hermanitos y yo, lo mejor que puedan hacer es desaparecer de entre los vivos, para no servir de estorbo a la sociedad, de disgusto a los ricos y de acusación a los falsos cristianos. El mayordomo de una corporación religiosa me atormentaba con sus amenazas, me sacaba citas de jueces ¡a mí, pobre mujer!,
100 ¡a mí, mendiga!, ¡con objeto de que nos apresurásemos a desocupar estos dos cuartos húmedos y oscuros, porque a la corporación de monjas que se recogen para hacer vida de perfección cristiana, les hacían urgente falta los
105 cinco pesos de esta pocilga! Para los mayordomos y para las monjas nuestra infausta vida era un estorbo; deben pues quedarnos agradecidos.

“Los ricos, a quienes ayer he visto por la última vez exponiéndoles mis sufrimientos, ya no oirán el plañidero de mis importunas visitas, aunque, a decir verdad, no les he llorado muchas veces. Considero que debe serles enfadoso a los que siempre son felices, el contacto, la intermediación de la miseria y, antes de parecerles asquerosa, antes de volver a serles despreciable, me doy por satisfecha de no haberles sido importuna y quiero que también
110 me agradezcan mi delicadeza para con ellos.

“Hoy vi a un señor bondadoso que me dio para una semana de comida, aunque la necesidad de pagar mis deudas, pues no quiero que ninguno sienta nuestra

muerte, la redujo a dos días; estaba tan ocupado en su- 125
 mar sus grandes riquezas que, con aire distraído, mandó
 se me diese una limosna. Si él en persona me la hubiera
 hecho, si hubiese prestado una atenta consideración a mi
 dolor y a mis lágrimas, porque con él lloré más que en
 ninguna otra ocasión, volviera a suplicarle otra vez; pero 130
 he jurado delante de él no pedir ya limosna, y ni ante la
 muerte retrocedo de mi juramento. En castigo de su in-
 diferencia le voy a dejar un extraño legado, pues quiero
 que pague nuestro entierro, supuesto que las puertas de
 la eternidad se abren así como las de la vida, con llave de 135
 plata... que se le busque en el almacén de máquinas de la
 calle de la Profesa.

“¡Oh, Dios mío!, conozco, siento íntimamente, que
 alguna cosa buena pude hacer en el mundo; pero tú lo has
 dispuesto de otro modo y muero en la fuerza de la juven- 140
 tud, mirando antes la lenta agonía de mis hermanitos...”

La carta no estaba concluida; Fernando, que estaba
 conmovido desde que había oído el rezo de aquella joven
 casi suicida y que veía entre sus brazos a las dos inocen- 145
 tes criaturas, no pudo contener al fin sus lágrimas, por-
 que sintió la necesidad de llorar; así como otras veces se
 siente la de cantar; pero, deseando dar a aquella escena
 un aspecto menos desgarrador, le dijo a la joven:

—Puesto que no está terminada la carta, dígame us- 150
 ted como la terminaría ahora.

La joven, con el mayor despejo del mundo, continuó
 diciendo:

—Ahora escribiría yo esto: Tengo que variar del todo
 la carta precedente. Marchaba a la tumba conducida por
 la desesperación, porque no había encontrado, en mi pe- 155
 noso camino, a la caridad; ahora que tengo pruebas se-
 guras de que existe en el mundo, aunque por desgracia es
 muy rara, esperaré tranquila, resignada y aún contenta,
 la suerte que la Providencia divina me depare, pues que

160 me siento renacer a la sola creencia que acabo de adquirir, de que el amor al desgraciado no es para todos como antes había llegado a pensarlo, una palabra vana.

—Y qué nombre pondría usted después de esta preciosa posdata.

165 —Antonia.

—¿Nada más?

—Para poner el apellido necesito saber el de nuestro padre... y miró al maquinista de un modo tan suplicante que éste, comprendiendo el objeto de aquel ruego mudo, respondió:

170 —¡Cómo! ¿El mío?

—Sí, el de usted.

—¡Oh!, ¡Dios mío!, si yo no tengo apellido propio; un hombre generoso que me recogió de las calles, que me salvó de la miseria y me dio educación, me dejó también su apellido.

175 —¿Y cuál es?

—Me llamo ahora Fernando Hénkel.

—Pues yo, en lo de adelante, Antonia Hénkel.

180 —¡Cuánto se regocijará en el cielo mi padre adoptivo al ver que pasa su nombre a una tan interesante criatura, bajo tan buenos auspicios!

—¡También mi padre, que habrá rogado a Dios para que usted se haya dignado venir a esta casa, verá cumplida su predicción, porque siempre esperó que, después de su pérdida, la Providencia nos depararía nuevo padre!

185 En aquella misma noche condujo Fernando en su coche a sus hijos adoptivos al Hotel de la Bella Unión, donde encargó que se les atendiese en cuanto necesitaran, previniendo a su lacayo se quedase desde luego a servir a

190 la señorita doña Antonia Hénkel.

IV

UN NUEVO CAJÓN* DE ROPA

SATISFECHO FERNANDO, DEL PASO que había dado, se retiró a su casa a continuar el incesante trabajo en que, según hemos dicho, estaba ocupado. Al principio, le había ocurrido, como lo más natural, llevar a sus hijos a la parte alta de la casa en que él mismo habitaba. De pronto le detuvo la consideración de la falta absoluta de muebles, y después desechó del todo esa idea, diciéndose en medio de su trabajo que, por estas consideraciones, interrumpía momentáneamente: 5

—¡No!, yo no debo hacer a Antonia partícipe de los riesgos que corro; sería una cruel fascinación que soñase con la opulencia y despertase después con la desgracia en que de un momento a otro puedo yo ser envuelto. Le buscaré una casa modesta, haré que se adiestre en alguna cosa, en el comercio de géneros, por ejemplo; al menos, mientras crecen los hermanitos, les traspasaré un cajón y, si por mi 10 15

* CAJÓN. “CAJÓN DE ROPA. Lencería: tienda en que se venden géneros al menudeo, y hoy día otros muchos artículos, como muebles, papel tapiz, ornamentos y objetos para la iglesia, etcétera. Créese que este nombre vino de que antiguamente había en la Plaza Mayor muchas tiendecillas de madera, llamadas CAJONES. Tenían ruedas, y se trasportaban a otra parte, para despejar la Plaza cuando había que celebrar en ella alguna fiesta” (DM).

mala estrella tengo algo que sufrir, el recuerdo de haber hecho una buena acción me alentará en mis sufrimientos.

Al siguiente día, no queriendo quitar de su trabajo más que la hora que destinaba al almacén, pasó en el coche a éste y sin apearse preguntó a don Abundio si se había ofrecido algo, a lo que el dependiente contestó negativamente. El cochero recibió entonces orden de dirigirse a la Bella Unión.

En el camino se decía Fernando: ¡Qué claridad de talento tiene Antonia!, y, sobre todo, ¡qué carácter!; lástima es que con tan excelentes disposiciones, que no son raras en las jóvenes mexicanas, se queden éstas en la más completa ignorancia y expuestas a ser presa de la miseria el día en que les faltan sus padres o maridos. Pero lo que verdaderamente es conmovedor —continuó Fernando— es aquella inocente probidad de Antonia, que antes de resolverse a morir de hambre, no quiso quedar debiendo al tendero algunos reales, con los que calculaba poder prolongar su existencia por algunos días más. Sí, así es el carácter femenino en México, elevado, heroico...

El coche llegó a la Bella Unión, y Fernando subió lleno de gozo al cuarto en que estaban sus hijos y tocó suavemente a la puerta, entrando después.

—¡Buenos días, Antonia!

—Papá, buenos días.

—¡Qué bien peinada está usted, hija mía! Me gusta que sea tan aseada.

—Vea usted a mis hermanitos.

—También están peinados; ¡muy bien, señorita, muy bien!

Antonia vino enseguida a sentarse cerca de su padre.

—¡Estoy muy contenta! Toda la mañana he cantado.

—¿Sabe usted cantar?

—No, yo no sé nada; pero he estado cantando después de haber rogado a Dios permita que en todo le vaya a usted bien.

—Gracias, hija mía.

Viendo entonces Fernando la casi desnudez de los chiquitos llamó al lacayo, le dio una tarjeta y le dijo: 55

—Anda con esta tarjeta a donde venden ropa hecha para niños y trae una docena de vestidos para Aurelio y otra para Pepito; tómales medida como puedas.

—¿Una docena? —preguntó Antonia—; no señor, ¿para qué son tantos vestidos?, con dos para cada uno sobra. 60

Fernando se había olvidado muy pronto de la mediocridad en que deseaba colocar a su nueva familia.

—Dice usted bien, Antonia; supongo que con igual número de vestidos se contentará usted. 65

—De vestidos, no señor.

—Pues que le traigan a usted lo que guste —dijo Fernando riéndose, por figurarse que era económica con sus hermanos y no consigo misma.

—Mucho menos. 70

—Pues qué desea usted.

—Como casi en toda la noche no he dormido, he estado pensando en muchas cosas.

—¿En muchas cosas?

—Sí, y una de ellas es la promesa que he hecho de no ponerme jamás un vestido que yo misma no cosa. 75

—¡Pero criatura!, anoche me dijo usted que no sabía coser.

—Yo no le he dicho a usted eso, papá; pero es verdad.

Fernando procuró hacer memoria y recordó que quien le había dicho que no sabía coser era Gregorio. 80

—Pues bien, va usted a sufrir mucho antes que pueda cambiar ese vestido de luto.

—No importa, lo he prometido, y sólo que usted no quiera, dejaré de cumplirlo. 85

—Yo deseo que haga usted en todo su gusto, especialmente porque cada vez me convenzo más de que tiene usted excelente juicio.

90 Antonia se sonrió con tal agrado que le hizo parecer hermosa y luego dijo:

—Pues deseo que venga una modista para que me enseñe a cortar y a coser.

95 —Será usted complacida y yo mucho más. Pero me ha dicho usted que ha pensado anoche en muchas cosas y deseara saberlas, si no hay inconveniente.

—Todas, todas, voy a decírselas a usted.

—Pues ya escucho.

100 —Primeramente, supuesto que es usted mi padre debe hablarme de “tú”.

—Concedido.

—No he de llevar mucho orden en lo que tengo que decir; pero en lo sucesivo yo procuraré ser ordenada en todo.

—Perfectamente.

105 —Yo no debo continuar en este hotel; en primer lugar, porque debe ser muy caro, sirven unas cosas excelentes que no se han hecho para los pobres; y, en segundo lugar, porque cuando uno tiene su padre debe vivir con él.

110 —¿Y si esto no es posible?

—¿No es posible? —preguntó muy alarmada Antonia y exclamó luego como herida de un pensamiento doloroso—. ¡Qué desgraciada soy por efecto de mi propia necesidad! ¡Hasta ahora no había pensado que usted tuviese otra familia que acaso me rechazará!

115 —Antonia, tranquilícese usted, pues no es ése el motivo.

120 —¿No es ése el motivo? ¡Ah!, bendito sea Dios, porque ya se me había caído el gozo en el pozo... Y supuesto que no hay tal inconveniente, y como un padre que no tiene otros hijos debe tener confianza en su hija, dígame usted por qué no puedo ir a su lado a las piezas bajas de su casa, con los criados si es necesario, pero con la facultad de verlo aunque sea por un momento todos los días,

cuidarlo cuando estuviere enfermo y defenderlo con mi vida, si por desgracia llegare a verse en un peligro. 125

—¡Adorable criatura!, ¡cuánta felicidad derraman en mi corazón tan dulces palabras!

—¿Conque iré a vivir a la casa de usted?

—Oígame usted, Antonia. 130

—¡Cómo “oígame usted”!, ¿y el “tú” que estaba ya concedido?

—Pues óyeme, Antonia, porque así lo quieres, y sabe que mi vida está amenazada de terribles azares y me sería muy doloroso el ver que en mi desgracia quedabas envuelta. 135

—¿Hay peligro?, ¡oh!, ¡qué felicidad será luchar con él, especialmente si se sucumbe salvando a la persona que se ama! Horroroso es ser vencida por la impotencia, por el anonadamiento, por la miseria; pero la lucha es un bien supremo que aumenta nuestras fuerzas y nuestros goces. 140

—Parece que a nada tienes miedo.

—Al lado de usted, padre mío, a nada, absolutamente a nada; ¿no soy un muerto a quien han vuelto del sepulcro? No vacile usted, cualquiera que sea el riesgo que haya en vivir a su lado, yo sabré mostrarme digna de él y de usted. 145

—No puedo resolverme hoy mismo; lo pensaré y dentro de breves días te responderé. Dime en qué otras cosas has pensado. 150

—En no casarme mientras usted sea solo.

—En esto, como en todo, harás tu gusto, y yo siempre seré tu padre.

—He pensado también en la necesidad de educar a estos niños y de darles oficio o carrera, según sus aptitudes. 155

—Luego que estés en tu casa los mandaremos a la escuela.

—Repararé la aritmética y me ejercitaré en escribir, para ayudar a usted en algo. 160

—¿Sabías ya la aritmética?

—Sí, señor, en un certamen me dieron el premio de cuentas, aprendí en muy poco tiempo todas las que trae el Urcullu en su catecismo comercial.

165 Antonia siguió refiriendo otros arreglos de menos importancia que había proyectado, mientras que Fernando permanecía en una meditación profunda.

—¿Qué ya no me oye usted, papacito?

170 —Sí, ¿dime qué harías si te pusiese al frente de una negociación en que se manejasen muchos fondos, teniendo que habértelas frecuentemente con personas duras y de mal corazón?

—Las tendría a raya y haría que cumpliesen todo lo que usted me ordenase.

175 —¿De veras?

—No lo dude usted.

—¿Y si por ser mujer te tratasen con menos respeto, procurando siempre engañarte?

180 —Sólo deja de ser respetado el que es indigno de que lo respeten, y al que quisiera engañarme, si llegaba a descubrirlo, lo haría apalear por mis criados.

185 —Pues bien, yo no te llevaré a mi casa; pero voy a asociarte a una grande empresa en que me ocupo noche y día. Para que en ella me ayudes eficazmente, aunque para mí serás siempre mi hija, ante el público aparecerás como enteramente extraña. Tomarás tu primer apellido y te tratarás como una joven independiente, dueña de una fortuna considerable alcanzada en la gran lotería de La Habana.

190 Algunos meses después de esta conversación, Antonia se miraba al frente de un gran cajón de ropa, en una

164 *Urcullu*: Durante el siglo XIX proliferó la folletinería en forma variada, por analogía con el catecismo cristiano escrito a base de preguntas y respuestas algunas publicaciones recibían esta denominación. Del mismo modo que el *Catecismo de retórica* (JOSÉ URCELLU, *Catecismo de retórica*. [1858]. París, Librería de Rosa, Bouret y Ca.) probablemente este *Catecismo* se refiera a una publicación semejante.

de las calles de la Monterilla, del que se contaban con elogio varias particularidades, pues se aseguraba que había en él una gran existencia de especies metálicas y que allí se cambiaba, con menor premio que en otra parte, el oro por plata y la plata por oro, cualquiera que fuese la cantidad; que los géneros eran baratos y de excelente calidad, y que nadie salía de él descontento por el buen modo que empleaban con toda clase de marchantes “las dependientes”, pues eran mujeres; finalmente, que por esta circunstancia habían querido robar la negociación unos bandidos, alquilando las piezas del entresuelo que caían sobre el cajón, por cuyo techo se habían descolgado horadándolo, pero que descubiertos, afortunadamente, las dependientes se habían defendido con mucho valor, disparando algunas armas de fuego, en cuya ocasión la dueña de él, que según se decía había puesto aquella negociación con el gran premio que se había sacado en la lotería de La Habana, había mostrado un ánimo enteramente varonil.

Don Fernando Hénkel solía hacer en el cajón (que empezaba a llamarse de las mujeres) algunas compras y visitaba muy de tarde en tarde a la propietaria, y aunque el almacén de máquinas, que tenía el primero, llevaba con el cajón cuentas muy considerables, en el libro correspondiente, que manejaba únicamente la dueña, sólo aparecía el nombre de don Abundio Torres. Éste, por su parte, ya no se quejaba del mal estado de su caja como lo había hecho seis meses atrás con su principal, en razón de que ya estaba cubierto el saldo que aparecía en un principio contra el padre don Luis.

TIEMPO ES YA DE dar conocimiento a nuestros lectores de varias contestaciones remitidas al fundador de la Nueva Filadelfia, por su íntimo amigo Fernando, lo que antes no habíamos podido verificar empeñados en referir los sucesos que acontecieron luego que llegó este último de California. Indicaremos desde luego que el estado de ruina en que halló su casa le dio el último impulso para poner en práctica una empresa que había meditado por mucho tiempo, desde que el vicario le había dicho en la última noche que pasó en Tepepan: “Fuerza a la ciencia para que ponga a tu disposición nuevos elementos de poder y te enseñe recursos de una acción pronta y vigorosa, y vamos a fertilizar los inmensos terrenos con que nos brinda nuestra patria.”

Desde entonces se había persuadido de que necesitaba apoderarse de algún elemento muy influyente en la sociedad para que su consagración a las clases desvalidas produjese resultados sensiblemente benéficos y no viese esterilizar sus deseos y sus grandes proyectos en la impotencia. Luego que estuvo unos dos meses en el terreno escogido para la Nueva Filadelfia, levantando los planos necesarios y calculando el desarrollo natural de aquel

establecimiento, percibió muy claramente que, para dar
 al ensayo de mejora social que se intentaba todas las
 25 condiciones necesarias de buen éxito, era indispensable
 contar con mayores recursos y, a fin de proporcionarlos,
 había marchado a California, de cuya riqueza comenzaba
 ya a hablarse entonces. Sus previsiones habían empezado
 a confirmarse, porque la falta de pago de la última letra de
 30 cincuenta mil pesos, en cuenta de la cual había hecho sus
 libramientos el padre don Luis, hubiera causado un tras-
 torno irremediable en la Nueva Filadelfia, si el maquinista
 no hubiera hallado el modo de suplir tal desfalco, aún sin
 decirle a su amigo el gran riesgo que había corrido, pues
 35 juzgaba indispensable no debilitar el ardiente entusiasmo
 de aquel obrero evangélico comunicándole cualquier con-
 trat tiempo que forzosamente limitaría el ensanche prodi-
 gioso que continuaba dando a la Asociación.

Mejor que referir las elevadas miras del que antes era
 40 pobre maquinista, nos parece darlas a conocer con sus
 propias expresiones en las cartas que dirigía a su amigo.
 La primera decía así:

Número 1

“Sr. Br. D. Luis... Sayula.

45 “México, septiembre 23 de 1847.

“Amado hermano:

“Te escribo bajo una impresión dolorosa y voy a ha-
 blarte luego de... Rosita. ¿Podría dejar de hacerlo cuan-
 do trazo estas líneas en los mismos aposentos en que ella
 50 habitaba con su padre en tiempos más felices para todos?
 ¿Podría no comunicarte a ti, mi único amigo, el espanto

que me causa considerar la inestabilidad de la fortuna, que ha arrojado a la más bella criatura a la miseria con sólo haberla privado de la solícita protección de su padre, pues el señor Dávila ha muerto hoy hace precisamente nueve días? Y bien, yo, que inesperadamente y por razones que a su tiempo te explicaré, ocupo la que antes fue casa de Rosita; yo que he recogido detallados informes acerca de la indigencia en que esta persona tan amada debe hallarse, yo que he venido a encontrar en algunas piezas de esta casa como restos mortuorios y de absoluta destrucción, fragmentos despreciables y sin valor de un lujo que me deslumbraba, de una opulencia que formaba una invencible barrera a mi amor, nada, absolutamente nada puedo hacer por la infeliz huérfana, al menos hasta estos momentos, porque no tengo dato ninguno que pueda guiarme hasta la triste morada en que al presente llora; yo para quien el oro se ha vuelto familiar desde que llegué a California, pues he traído de esta dichosa región más de mil marcos, yo que daría la vida por Rosita, no puedo hacerle el más ligero presente porque la Divina Providencia ha dispuesto, según parece, que entre ella y yo sea igualmente un obstáculo que impide acercarnos la miseria que la opulencia. Perdona este desahogo, querido hermano, compadéceme y, si te es posible, ámame mucho más, porque siento un gran desaliento al contemplar que casi llego al término en que esperaba por galardón de mis afanes ver feliz a mi lado a Rosita y, como si el cielo quisiera castigarme de mi osadía, no sólo me niega la dicha de partir con ella mi riqueza, pero ni aún el consuelo de participar de sus aflicciones y hacerla conocer todo el cariño que la tengo...

“Extraña introducción es, por cierto, para contestar tus interesantes cartas que he recibido juntas al principio de este mes en Acapulco. Terminaré por lo mismo aquí la presente, pues mi principal objeto, después de avisarte mi llegada, es decirte que, aunque están ya consumidos

los doscientos mil pesos que Fray Evaristo tuvo a bien
 señalar para la Asociación, a cuya formación te has con-
 90 sagrado, te ruego y, en calidad de Director, te amonesto
 muy seriamente para que no dejes de librar contra mi
 casa las cantidades que acaso puedas necesitar todavía,
 pues con tal fin te hago saber que estoy rico (tú me perdo-
 narás la vanidad que uso solamente contigo) y me sería
 95 fatalmente sensible que no empleases todos mis recursos
 en el adelanto y perfección de la Nueva Filadelfia, hacia
 donde se dirigen incesantemente todos mis esfuerzos, en
 donde tengo vivas todas mis esperanzas.

“¡Adiós, Luis!, pídele al Todopoderoso me mande el
 100 consuelo que necesito y que permita pronto el ir a re-
 unirse contigo a tu hermano y verdadero amigo.”

“Fernando Hénkel”

Debemos advertir únicamente, respecto de la carta
 que precede, que a la fecha en que fue escrita aún no es-
 105 taba cubierta la cuenta del padre don Luis y que el con-
 siderable déficit que por esta causa había en la caja y los
 grandes compromisos, que por tal motivo se habían oca-
 sionado, hacían repetir casi todos los días a don Abun-
 dio rascándose un poco la cabeza: “¡La casa va a quebrar
 110 indubitablemente! ¡Verdad es que siento la pérdida de
 la mitad de utilidades que me había asignado el señor
 don Fernando; pero mucho más siento desde ahora su
 deshonra!”

Número 2

115 “Sr. Br. D. Luis... Sayula

“México, octubre de 1847.

“Amado hermano:

“Si no comprendo mal el espíritu de tus cartas, las que desgraciadamente se me han perdido no sé en qué parte del camino, y te ruego me las dupliques, te has propuesto al establecer las nuevas bases de la Asociación los siguientes grandiosísimos objetos: 120

“1º Infundir en los pobres trabajadores del campo, de las fábricas y de los varios llamados oficios, que no son sino ramas del árbol de la industria, a cuya sombra únicamente pueden prosperar las naciones, la seguridad de que no les faltará la subsistencia mientras sean honrados, mientras fueren hombres de buena voluntad. 125

“2º Que por esta seguridad bendigan, y no maldigan, como ahora lo hacen muchos, el día en que nacieron y aun aquellos en que nacen sus hijos. 130

“3º Proporcionar a éstos una educación física y moral, que comprenda el desarrollo de fuerza de que sea capaz cada individuo, destreza para emplear esta fuerza, adquisición de conocimientos en los ramos que hasta aquí se han llamado de primeras letras, instrucción secundaria en algunas ciencias exactas para los que mostraren aptitud y, para todos, una estricta moralidad, una piedad sólida exenta de supersticiones, y la práctica constante de la mutua caridad, todo esto en medio de continuos ejemplos que les hagan familiares y necesarios el orden y la equidad, sin presenciar, como ahora lo verifican a cada paso los niños de nuestras ciudades y pueblos, escenas desgarradoras de violencia, de injusticia y, casi a todo momento, de inmoralidad, en sus propias familias o fuera de ellas. 135 140 145

“4º Cuidar del desarrollo oportuno y natural de todas las otras facultades del individuo que no se comprenden en la primera educación, ya sea hombre o mujer, niño o adulto, facilitando a éste los medios de «suplir» la imperfectísima educación que desgraciadamente recibe en nuestros infelices pueblos. 150

“5º Hermanar las justas aspiraciones de todo hombre hacia su adelantamiento individual y el de su fami-

155 lia, con el interés de otros hombres y de otras familias,
 hasta el grado de que sienta toda calamidad ajena como
 si fuera propia y para que, cuando su corazón, exento
 de esa perversidad que los opresores del género humano
 han querido hacer creer que es innata en éste, y que no
 160 proviene sino del desorden social, experimente las gra-
 tas sensaciones de la simpatía, de la amistad, del amor y
 el arranque sublime de la caridad; ni se vea contrariado
 por las malas pasiones de otros hombres, ni el vil interés
 o la cruel necesidad, que mata tantos preciosos gérme-
 165 nes, vengán a dar una extraviada dirección a las más no-
 bles facultades del hombre, que son sin duda aquellas en
 que se ve impulsado de lo que llamamos sensibilidad en
 todas sus interesantes variedades.

“Pasando de las ventajas de cada individuo, que for-
 zosamente redundan en bien de la asociación, al movi-
 170 miento general que la humanidad tomaría hacia el ver-
 dadero progreso que justamente desea, busca y necesita,
 si se reformara convenientemente la base elemental de
 las grandes reuniones de hombres, si se estableciera el
 «embrión municipal», teniendo por mira no una vana
 175 teoría política sino la justicia y equidad para todos, y el
 bienestar común, estos nuevos núcleos de poblaciones se
 asegurarían por su misma organización contra la «ab-
 sorción de los grandes propietarios territoriales» que
 cada día quisieran tener más terreno y pagar menores
 180 jornales; contra la «absorción de los comerciantes al me-
 nudeo» que están siempre atisbando el momento de mer-
 mar la mercancía o de aumentar su precio, y que prestan
 numerario y efectos con grandes y seguras ganancias y,
 en fin, contra la «absorción del comercio extranjero» que
 185 ha hecho a los mexicanos tributarios de las fábricas de
 Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, como lo éra-
 mos de la España antes de nuestra Independencia.

“Tenemos abundantes recursos naturales, en la agri-
 cultura, en la minería, y mucho promete nuestra nacien-

te industria fabril; pero todas estas fuentes de prosperidad van cayendo como en la vieja Europa o están desde mucho tiempo en manos de los monopolistas, es decir, que son especulaciones cuyas ganancias no se reparten entre los trabajadores. Es fácil conocer que las malas consecuencias de los monopolios las reportamos todos, porque suponen la apropiación de una gran parte de los productos hecha a favor del que no ha intervenido en la producción. Por lo mismo, todo lo que sea disminuir directa e indirectamente esta injusta distribución de los frutos del trabajo, haciendo que participen con mayor equidad todos los que real y verdaderamente concurren a la producción, es el verdadero progreso social , y todo lo que sea obrar en contra de tal principio marca el retroceso.	190 195 200
“En pos de los grandiosos objetos que quedan detallados y otros análogos que llenaban nuestras conversaciones en Atoyac, hacen todos los hombres y todos los pueblos esfuerzos, más o menos prolongados, pero frecuentemente infructuosos y, por el mal éxito que hasta ahora generalmente se obtiene en los ensayos que todos solemos emprender en lo particular, especialmente siendo jóvenes, es por lo que desde esta edad comenzamos a quejarnos de amargas decepciones, y por lo que se llama a este mundo «valle de lágrimas», cuando, bien considerado, nada hay en él que pruebe que Dios le ha formado para que nos atormentemos. El hecho es éste, convengo: en lugar de la paz hay guerra, en lugar de la caridad hay odio; pero observando bien, se convence uno fácilmente de que los males, de que con razón nos quejamos, vienen casi siempre de nosotros mismos, mientras que la divinidad incesantemente envía a raudales el agua para la fertilidad de los campos, el aire para la vida de los animales, la luz para la hermosura de lo creado y, sobre todos estos y otros muchos dones naturales, esas elevadas aspiraciones de la humanidad que la salvan de sus propios desca-	205 210 215 220 225

rríos, que nos hacen presentir otra vida de justicia y de perfección, cuya imagen nos sigue a todas partes, como un tipo que todo hombre, con más o menos ardor e inteligencia, quisiera siempre realizar.

230 “El mérito principal en materia de adelanto social consiste en acumular probabilidades en favor de esa reforma cuya necesidad sentimos todos, facilitando los medios de ejecución, señalando escollos en que fracasan las buenas intenciones y, si cabe, el modo de evitarlos con toda seguridad. Éste es precisamente el camino que vas siguiendo con notable firmeza, querido Luis, y por ello me permitirás que, sin que se sobresalte tu modestia, me enorgullezca en llamarme tu hermano.

240 “Cuando tu obra llegue a obtener todo el desarrollo que debe adquirir y los pueblos vecinos a la Nueva Filadelfia palpen la felicidad que en ella disfrutaban los colonos, todo el trabajo de aquellos se reducirá, si quieren adelantar, a imitar lo que tú has logrado ya establecer.

245 “Para todas las calamidades no naturales de que siempre son víctimas los pueblos, existe un remedio que generalmente han desdeñado por ignorancia o por otras causas que no son sino variedades del mismo mal, cuyo remedio se reduce a una sola palabra: «Asociarse»:

250 “Aisladas unas de otras las familias, aunque en aparente concentración, necesitan considerables recursos para una regular comodidad y, como muy pocas pueden proporcionárselos, resulta forzosamente que la mayor parte de ellas soportan lo que suele llamarse una mala suerte y que frecuentemente no viene a ser sino un efecto necesario de muchos desórdenes sociales que ellas no han causado, ni pueden aisladamente remediar.

255 “Cualquiera que sea el ramo de producción que se tome para servir de ejemplo, siempre se encontrará probado que el pobre, es decir, la casi totalidad de la especie humana, se sacrifica al rico; que el producto, esto es, el conjunto inmenso de valores creados, lo adquieren los

260

empresarios con sólo la anticipación de las primeras materias y de las subsistencias que necesitan los trabajadores, renunciando éstos a su carácter natural de socios; y que el numerario, que es solamente signo de la riqueza y, cuando mucho, una riqueza mínima en sí misma, se sobrepone en importancia a todos los otros valores, ya consistan en producciones naturales o artificiales. 265

“A estos males que por todas partes se ostentan y se hacen sentir bajo mil formas, los ayuntamientos, que encierran verdaderamente el germen de todas las mejoras socialistas, no han puesto el más ligero correctivo. Ven, por ejemplo, que un anciano cargado de años y familia no siembra su pequeña tierra por falta de semilla, de bueyes y de aperos, y, como si el estado de sociedad no fuese para proporcionarse los hombres mutuos auxilios, abandonan a aquel desgraciado y a otros muchos, que están en su caso, a una evidente miseria. ¿Por qué, pues, esas corporaciones no han pensado en adquirir, para que sirvan temporalmente a los pobres, esos indispensables objetos que tanto les ayudarían a sobrellevar la vida? 270 275 280

“Llega la época de la cosecha y casi no hay labrador en pequeño que no la enajene, al menos en parte, antes de recogerla, para ocurrir a los gastos que demanda; y, sin embargo de que estas ventas anticipadas y por mayor anuncian que se prepara el monopolio y, consiguientemente, el alza de precio en las semillas de primera necesidad en beneficio de algunos pocos, los ayuntamientos no piensan proteger a la población, auxiliando a los agricultores en pequeño que quedan a merced de los capitalistas. 285 290

“Pero no solamente los agricultores en pequeño sufren la tiranía de los capitalistas, sino que la sufren también los grandes hacendados por sólo el abandono de no constituirse los propietarios de un partido o Distrito en **sociedad de crédito con la hipoteca de sus propiedades**, a fin de dar un innegable valor en la plaza a los vales 295

que por la misma sociedad se emitieran. Y así, en el caso
de que un agricultor en gran escala tuviese necesidad de
300 recursos para hacer frente a una calamidad inesperada
o para emprender alguna mejora de consideración, no
saldría a mendigarlos ofreciendo la aislada garantía de
sus bienes, sino que pediría a la sociedad un vale que
negociaría en la plaza con un corto descuento, siendo
305 responsable a la «Sociedad de crédito» con hipoteca es-
pecial de sus bienes, de la cantidad que se le entregase en
papel, por el plazo de un año, y con un interés menor que
el legal, el cual bastaría para que se cubriesen los gastos
de la “sociedad” y aun dejaría algún fondo para objetos
310 de beneficencia común, como construcción de puentes,
mejora de caminos, etcétera.

“Finalmente, y para no pasar los límites de una carta,
te anunciaré la opinión que he formado de lo muy perju-
dicial que es a los pueblos la manera con que actualmente
315 se hace el comercio, la cual me ha venido de una de las
prevenciones que contiene el reglamento de la Nueva Fi-
ladelfia en que se manda que el comercio de objetos que la
asociación no suministra se haga por cuenta de la misma,
porque, indudablemente, con sólo permitir a alguno en
320 particular de dentro o fuera de la Asociación, que esta-
blezca el comercio por cuenta propia, desde el primer año
se vería que ganaba incomparablemente más que muchas
familias y que a la larga absorbía la riqueza de todas ellas.
Y si este resultado se experimentara en la Nueva Filadel-
325 fia, donde el empleo y repartición de los productos son
tan ordenados y equitativos, ¿qué sucederá con nuestros
pueblos en donde no reciben las familias objeto alguno
de consumo que no venga por terceras manos? La es-
cala social queda ya con lo dicho en perfecto relieve. La
330 agricultura, que es la fuente de grandes riquezas y el más
sólido apoyo de las naciones, produce por cada hombre
acomodado cien pobres más o menos; el comercio inte-
rior empobrece a los acomodados y esquilma a los jorna-

leros; el exterior, en fin, pone a fuerte contribución a los pequeños comerciantes que no son verdaderamente más que sus dependientes, desarrolla el lujo y da pábulo a la vanidad, se hace al fin insolente con la nación que le da abrigo y emplea los cañones de las naciones de que procede para humillar a aquellos que consumen sus géneros y sus baratijas, les quita sus naturales riquezas dándoles en cinco lo que vale uno y casi siempre acaba por robarles su independencia; ¡todo esto se llama civilización!, ¡y de esto se envanece el siglo XIX!

“Se me dirá: El comercio interior es necesario, y las grandes ventajas que la especie humana reporta del trato que entre sí tienen las naciones lo hace igualmente indispensable. Concedido; ¿pero ha cuidado cada pueblo de garantizarse contra una absorción indefinida de parte de sus negociantes?, ¿han previsto nuestros gobernantes y han establecido las garantías suficientes para que el comercio extranjero deje de ser, como lo es ahora, absolutamente ruinoso a los nacionales? Y, volviendo al interior de nuestras poblaciones, ¿se ha pensado siquiera en el modo más expedito de librarlas de los funestos efectos de la concentración actual de la propiedad territorial, si quiera para que no se aumente y para dar lugar a la esperanza de una mejor distribución, aunque sean en un lejano porvenir?

“Deseaba someter, a tu ilustrado examen, algunas ideas que se me han ocurrido al hacerme las anteriores preguntas; pero esta carta es más larga de lo que esperaba.

“Hasta ahora no he tenido noticia alguna de Rosita; ¿habrá salido de México?, ¿tendrá los recursos necesarios?, ¿se habrá casado? Tales son las indagaciones que deseara practicar, pero nada adelanto en ellas porque no puedo hacerlas por mí mismo y no debo absolutamente confiarlos a nadie mientras ignore cómo recibiría la misma Rosita mi empeñosa solicitud.

370 “Hazme favor de saludar a tu buena madre y de felicitar a Laura por sus adelantos, diciéndole que espero los tendrá todavía mayores por su aplicación.

“No he recibido carta tuya desde mi venida y por esto queda con cuidado por tu salud, tu verdadero amigo.”

375

“Fernando Hénkel”

Número 3

“Sr. Br. D. Luis... Sayula.

“México, diciembre 5 de 1847.

“Amado hermano:

380 “No sé como he podido demorar unos días sin decirte que tengo ya una hija o, más bien, tres hijos; sí, Luis, ¡tres hijos a un tiempo!

385 “Es el caso que estando una mañana revisando la cuenta que don Abundio ha llevado con la Nueva Filadelfia, entró al almacén una joven vestida de luto, en quien de pronto no puse atención alguna, absorto como estaba en aquella operación y, si te he de confesar toda la verdad, por esa indiferencia que habitualmente contraemos

390 los que vivimos en México, hacia las quejas que tan repetidamente nos asaltan en las calles o en nuestras casas, de personas que vienen a referirnos sus sufrimientos verdaderos o falsos. Unas veces es un militar mutilado o

395 enteramente sano, que nos comunica que se halla en la miseria por la persecución del gobierno y que carece aún de lo necesario para dar sepultura a un hijo que se le ha muerto; otras, una señora viuda que tiene muchas niñas expuestas a mil riesgos por carecer de lo necesario, y con multitud de causales se tiene que sufrir el aspecto terrible que imprime la miseria en sus víctimas. En la ocasión de

que te hablo era una joven que con voz clara, aunque con semblante enrojecido tal vez por haber llorado, me dijo que era hija de un militar que había muerto en defensa de la patria, y que no tenía ella para alimentar a sus pequeños hermanitos. Por librarme de la que en aquel momento me importunaba, encargué a don Abundio le diese un corto auxilio; ¿pero cuál sería nuestra admiración, cuando en lugar de darnos las gracias, se acercó la joven a decirme con un tono firme, aunque entrecortada a poco la voz por las lágrimas, «que había cumplido ya, ocurriendo en su miseria a los ricos, que de éstos había recibido una mezquina limosna y que iba a consumirla con sus hermanitos; pero que me hacía saber que jamás volvería a pedirla.» De pronto casi me incomodó la especie, pero a poco encargué a Gregorio que siguiese a la joven y me trajese las señas de su casa. Las noticias que me dio mi criado, aunque poco tenían de particular, picaron mi curiosidad y aumentaron un pequeño remordimiento que la amenaza de aquella joven me había causado. Al principio, me dije lo que en tales casos creo que dicen todos: «Que haga lo que quiera; yo no la he causado su desgracia ni estoy obligado a dar lo que tengo a todo el que venga a contarme que se muere de hambre.» Durante el día volvió mi pensamiento muchas veces hacia aquella joven que, de paso te diré, no es hermosa, y algo había dentro de mí que me inquietaba y que me repetía: «Si eres cristiano no debes considerarte sino como administrador de los pobres respecto de los bienes considerables que ya posees. Has reconocido el principio de hacer con los otros lo que quisieras que hiciesen contigo, supuesto que has dado a esa pobre una limosna; sabes que no volverá a pedirla, puedes remediar su situación muy fácilmente y, sin embargo, la dejas morir. »

“Haciendo un esfuerzo, mi egoísmo se hallaba dispuesto a replicar: «Que vuelva a pedir y yo la daré.» Mas luego me preguntaba a mí mismo: «¿Tiene obligación de pedir de nuevo? ¿Esperará hallarme siempre dispuesto a socorrer-

la?» Y, sobre todo, no se trata de lo que debe hacer ella, sino de lo que debo hacer yo; si ella y sus hermanitos mueren de miseria, ¿quedo yo sin responsabilidad alguna, pudiendo fácilmente librarlos de ella, consolarlos y aún establecerlos para algún tiempo? ¿Cómo es que me quedo tranquilo diciéndome: «Yo no la he causado su desgracia?»

440 “En aquellos momentos me vino a la memoria la explicación que me hiciste una vez en la vicaría acerca de la excelencia del cristianismo sobre toda otra religión: «Advierte –me decías– que no solamente serán echados de la presencia del Señor los grandes criminales, sino que serán arrojados a la desesperación, aniquilados por la maldición de Dios, renaciendo siempre para el dolor, los que pudiendo hacer bien a su prójimo no lo hicieron, a quienes dirá Jesucristo: «He tenido hambre y no me habéis dado de comer; he tenido sed y no me habéis dado de beber; id malditos de mi padre a llorar para siempre.»

445 “Impulsado por este recuerdo, pasé a ver a Antonia (así se llama la joven) y la encontré rezando con sus hermanitos. Desde luego me llamó mucho la atención que sin gazmoñería, sin miedos ridículos de recibir a un hombre solo, y sin ostentación de miseria, pues ésta tiene también su vanidad, me abriese las puertas de su casa en la que pude palpar que su situación era de lo más desgraciada.

460 Le manifesté entonces mi disposición de darle lo necesario para un pequeño giro, y ella, no pudiendo mostrarme de otro modo su agradecimiento, añadió a su nombre mi apellido, o más bien, el de mi padre adoptivo. Esto me hizo pensar que no podría honrar mejor la memoria de aquel virtuoso herrero que me salvó del abandono en que como te he dicho quedé, por haber sido cogido de leva mi verdadero padre, que transmitiendo el nombre que aquél me había dado a otras criaturas tan desvalidas como yo.

465

450-452 Mt. 25 42-46.

463-468 Quizá deba leerse: “Esto me hizo pensar que no podría honrar

“En los días que inmediatamente siguieron a mi primera entrevista con Antonia, he podido convencerme de que tiene talentos naturales poco comunes, enteramente descuidados, y una energía de carácter que involuntariamente impone. En poco tiempo se ha perfeccionado en la aritmética, porque la he significado el deseo que tengo de que sepa llevar los libros de una casa, y, a la vez, ha mejorado mucho su forma de letra, que desde antes era muy regular. 470 475

“El acendrado cariño que me tiene, el carácter varonil que manifiesta y el deseo que la consume de manifestarme su adhesión y agradecimiento me han decidido a confiarle la dirección de un establecimiento comercial que ya me era urgente, y con el cual daré complemento al trabajo que me he impuesto para ser verdaderamente útil a la Nueva Filadelfia, en cualquier contratiempo. Algo te dije de este pensamiento antes de marchar a California, y si ahora te lo recuerdo, aunque entonces fue solamente una insinuación que no te pareció mal, es porque espero excuses mi larga ausencia de ese establecimiento, del que has tenido la bondad de nombrarme Director. 480 485 490

“Quedo, no obstante, tranquilo pensando que tú no faltas de él y que nadie como tú mismo habría llevado a tal grado de adelanto la empresa que hace más de un año nos ocupa.

“Escríbeme porque llevo dos meses de estar en México sin recibir carta tuya, cuando sabes que tanto necesita tus consuelos y tus inspiraciones tu hermano.” 495

“Fernando Hénkel”

mejor la memoria de aquel virtuoso herrero que me salvó del abandono en que —como te he dicho, quedé, por haber sido cogido de leva mi verdadero padre— recibiendo el nombre que aquel me había dado, se continuaría hacia otras criaturas tan desvalidas como yo.”

475 comunicado.

VI

SAN SALVADOR EL VERDE*

ERA UNA MAÑANA DE enero de 1848. Muchas campanas, por diversos rumbos de la Ciudad de México, anunciaban que era día festivo. Fernando, acompañado de su fiel Gregorio y de Walker, caminaba por las calles de Necatitlán. Walker, constante en su sistema de hacerse grato al primero, habiendo sabido que en algunos domingos salía a pasear un rato a caballo, había comprado un gran frisón con el que obstinadamente esperaba dentro del zaguán de la casa de Fernando, junto a la puerta de hierro que no se abría sino hasta la salida de éste, por más astucia que el yanqui desplegab para entrar al patio y aun para entablar conversación con Gregorio o con el cochero, únicas personas que solía divisar por la parte baja de la casa, y que le tenían al americano una decidida antipatía.

5
10
15

* SAN SALVADOR EL VERDE. Municipio de Puebla. Limita con San Martín Texmelucan, Huejotzingo, Tlahuapan y el Estado de México.

4-5 *calles de Necatitlán*: “En lengua mexicana quiere decir esta palabra «junto a la carne» y le pusieron este nombre a dichas calles los indios por tener hacia el Oriente el Rastro y Matadero de la ciudad. Hoy se llama a la que fue 1ª 9ª del Cinco de Febrero y 8ª de este nombre a la 2ª de aquél. Sólo la Cerrada de Necatitlán conserva su designación antigua” (*CdeM*, p. 114).

Cuando bajaba Fernando procuraba excusarse con él diciéndole en inglés:

—Míster, me causa pena encontrar a usted en la puerta... tal vez sería mejor que yo le mandase avisar los domingos en que salgo, por si quiere usted acompañarme.

—No, yo esperaré tranquilamente aunque sea todo el día, hasta que usted me mande avisar que no sale; los criados no me quieren y por esto no abren la puerta, pero no importa, yo esperaré, pues tengo mucho gusto de acompañar a usted.

En aquella mañana, notando el maquinista que salían de las calles de Necatitlán y de varias callejuelas adyacentes muchas gentes del pueblo, pobre pero limpiamente vestidas y que entraban por un callejón que está a la derecha al terminar dichas calles, preguntó a Gregorio:

—¿Dónde irán estas gentes?

—A misa, señor amo.

—¿Pues qué iglesia hay en este arrabal?

—San Salvador el Verde; ¿no ha oído su merced que está llamando una campanita hace mucho tiempo?

En efecto, el eco agudo y sonoro de una campanilla se extendía a gran distancia avisando que iba a empezar la misa del barrio. Las madres de familia habían dado la última peinada al pelo rebelde de los chicuelos; el hombre del pueblo, echándose el zarape sobre el hombro izquierdo, dejando intencionalmente ladeado el sombrero poblano; una que otra criadita luciendo las enaguas de gros y el chal de seda, se apresuraban por ir a tomar lugar en la bien reducida capilla de San Salvador el Verde.

Pocos son los vestigios que quedan en las cercanías de ésta para que pueda colegirse, como parece indicarlo su nombre, que haya sido un barrio ameno. Tras de la iglesita se extienden unos grandes potreros siempre verdes porque son pantanosos y en ellos se divisan algunos sauces formados en líneas. En las calles de Neca-

titlán, uno que otro árbol antiguo de alguna casa baja, y en una pequeña huerta que se ve a la derecha, es todo lo que constituye el verdor de aquel barrio. Las dos calles, que ahora están unidas y forman una sola, perennemente inundadas de agua fétida y cenagosa, no ofrecen sino unos pobres edificios, bajos, de un solo piso, y en lo general bastantes antiguos, alumbrados en todo tiempo por un radiante sol. 55

Instruido Fernando de que iba ya a comenzar la misa, propuso a Walker que pasasen, a la capilla, para oírla, lo que aceptó el americano sin dificultad. Cuando llegaron al pequeño cementerio que rodea al frente de la capilla, vieron que se hallaba repleta y que la gente se había formado para oír la misa, hasta en el cementerio. 60

Fernando y Walker se acercaron a la puerta de la capilla más bien con el deseo de divisar algo de ella que de asistir a la misa, que desde allí no podían ver porque se los estorbaba la mucha gente. Una anciana, que llevaba en la mano un plato de metal, dijo con voz como de mando, dirigiéndose a los que ocupaban el primer lugar, cerca del quicio de la puerta: 65

—¡Vaya señores! Hagan ustedes un lugar a estos caballeros, no se diga que cuando viene a nuestro barrio la gente decente, no sabemos tratarla. 70

El pueblo de México, que es sin duda el más dócil del universo, obedece hasta la orden de una pobre vieja; y así, en esta vez, los que ya estaban colocados proporcionaron a Fernando un ancho espacio para que pudiese cómodamente oír la misa, pero luego que vieron al yanqui que quiso acercarse, se apretaron unos contra otros echándole miradas amenazadoras en las que Walker fingía no reparar. La misma anciana luego que vio colocado a Fernando, pasó delante de él su plato, diciendo en voz alta, aunque sin dirigirle la vista: 75

—¡Para la misa que se está celebrando, por el amor de Dios! 80 85

90 Fernando echó en el plato un peso duro que fue a colocarse con mucha distinción al lado de los tlacos de cobre con que habían contribuido los pobres.

95 Concluida la misa y después de haber salido alguna gente de la capilla, Fernando hizo señas al americano para que entrasen, llevado del deseo, como artista, de examinar los cuadros y los santos de bulto en que abunda aquella iglesita y con la idea de que, viendo entrar al yanqui, tuviesen los del barrio intenciones más pacíficas, pues no se le habían escapado las miradas amenazantes que a éste le dirigían desde que llegaron. Ambos se colocaron en el rincón de la derecha que, por la sombra que
100 sobre él proyectaba una de las hojas de la puerta, estaba oscuro respecto del cuerpo de la capilla; desde este lugar miraban, sin ser vistos, a todos los que iban a tomar agua bendita, porque la pequeña fuente a que acudían se halla colocada en medio de la capilla, pegada al muro de la derecha. Ya había salido casi toda la concurrencia y Fernando se disponía a hacer lo mismo, cuando vio sin querer dar crédito a sus ojos la figura imponente y esbelta de una mujer que tomaba agua bendita sacando una mano como si fuera de alabastro, perfectamente contorneada;
105 iluminada de medio perfil presentó a la vista de Fernando la figura pálida de Rosita con sus ojos que parecían más negros y brillantes, con su pelo corto, pues lo había perdido en la fiebre que había sufrido, lo que daba una grata extrañeza a su fisonomía, porque en las hermosas todo queda bien.

115 Fernando, cual si viese un espectro terrible evocado por el poder de un mago, cual si hubiera pasado repentinamente a la mansión de las sombras, permaneció sin movimiento, siguiendo con la vista a aquella mujer adorada, cuya interesante palidez se hizo todavía más notable cuando salió a la parte más alumbrada del templo y pudo reconocer en ella, con el mayor dolor, una expresión de profunda tristeza y aun de abatimiento, que es-
120

taba muy en armonía con el traje negro, ya muy usado, que llevaba y un pobre rebozo que había sustituido a la lujosa mantilla que en mejores circunstancias acostumbraba usar. 125

No sabiendo que hacer de pronto, el maquinista se quedó inmóvil, discutiendo confusamente si la seguiría desde luego, aunque de lejos, para informarse de su habitación o si debía ir a ofrecerle su brazo y sus recursos. Se decidió contra este partido porque temía el orgullo de la joven, que se hallaría tanto más excitado cuanto más desgraciada fuese, y se resolvió a seguirla de lejos, saliéndose inmediatamente y con cierto apresuramiento de la capilla, sin acordarse de Walker que lo acompañaba y que había observado la profunda impresión que en el maquinista había hecho la joven, hasta que dirigiéndole a éste la palabra, creyendo sin duda congraciarse, le dijo: 130

—¡Mucho buena, mexicana! 135

Fernando, por toda respuesta, hizo un gesto de desagrado, pareciéndole que el americano profanaba su amor sorprendiéndolo, y se encaminó resueltamente a la puerta del cementerio para divisar por dónde había tomado Rosita, a quien, según le pareció, acompañaba Clara. Desgraciadamente, en el mismo cementerio esperaban al maquinista unos herreros que lo habían visto entrar a la iglesia y que deseaban saludarle. 140

Apenas había dado algunos pasos, cuando lo detuvieron formando una especie de semicírculo impenetrable. 145

—Buenos días, señor don Fernandito —fue diciéndole cada uno, apretándole la mano, que siempre les daba.

—¿Qué milagro, señor don Fernandito, que haya usted venido a este triste barrio?... —le decía uno.

—Usted ya se ha olvidado de los pobres —añadía otro más atrevido. 150

—¿Por qué dice usted eso? —replicó con alguna impaciencia el maquinista, dando algunos pasos para romper el semicírculo que se oponía a su paso. 155

160 —Antes –dijeron varias voces– nos daba usted trabajo, nos enseñaba varias cosas; pero hoy no podemos ver a usted a ninguna hora del día, porque según dicen está usted muy rico.

165 El yanqui abrió desmesuradamente los ojos, pero sin que nadie notase aquella manifestación, y volvió a quedar enteramente tranquilo.

—Vayan mañana, hijos míos, al almacén, a las ocho en punto, y verán como soy el mismo.

170 Los herreros comenzaron a despedirse y le abrieron paso al maquinista. Ya empezaba éste a andar de prisa, cuando uno de ellos, que no se había despedido, le dijo:

—Pero compadrito, ¿será capaz que pase usted cerca de nuestra casa sin que vea usted ni un ratito a su ahijada ni a su comadre?

Fernando detuvo el paso, volvió la cara y, reconociendo al pobre hombre que le hablaba, se acordó de que hacía unos dos años había ido éste a suplicarle llevase a bautizar una chiquita.

180 —¡Habrá crecido mucho, mi ahijada!

—Sí, compadrito, ya corretea todos los días; véala usted, ahí la trae su comadre de usted.

185 Efectivamente, se acercó a ellos una pobre mujer, trayendo a remolque una chicuela que tenía vergüenza de ver a su padrino. Fernando sacó un tostón de la bolsa, lo puso entre los dedos de la ahijada, diciéndole cariñosamente, aunque violentándose mucho:

—Vaya para dulces.

190 —¿Qué no pasa usted compadrito, aunque sea un rato a esta pobre casa? –al decir esto, la comadre había ya abierto la puerta de la casita.

—No, comadrita, estoy de prisa.

—Pero un ratito...

185 *tostón*: “Moneda de plata de a cuatro reales” (DM).

—Les prometo a ustedes que en la semana entrante los vendré a visitar.

195

En esta promesa había una verdadera súplica y, gracias a ella, se vio Fernando libre de los compadres, de quienes se despidió a toda prisa, con la esperanza de divisar, aunque de lejos, a Rosita y a Clara, si por fortuna habían tomado la dirección que llevaba, que era la del callejón que desemboca a las calles de Necatitlán viniendo de San Salvador; pero ya era tarde porque, cuando llegó a estas calles, no distinguió a ninguna persona que tuviese semejanza con las que buscaba. A mayor abundamiento, no encontró ya los caballos en aquella esquina que era donde los había dejado, y pareciéndole que si los hubiese hallados listos habría dado alcance a las jóvenes, lleno de mohína fue seguido de Walker hasta donde estaba Gregorio, sentado a la sombra en el poyito de un tendejón, teniendo en la mano los cabestros de los caballos.

200

205

210

—¿Por qué has traído hasta aquí los caballos? —le dijo Fernando con semblante iracundo.

—¡Ah!, señor amo... por el sol... se estaban abrasando los pobres animales.

215

Fernando nada tuvo que replicar, subió en su retinto, lo sofrenó sin motivo, y enojado el pobre animal, comenzó a encabritarse.

—Mire señor, amo, ese caballo es muy delicado, no está hecho a esos tirones...

220

Fernando, despechado y lleno de vergüenza porque estaba obrando como un niño caprichoso, abandonó la rienda a su caballo y se cruzó los brazos. Gregorio, para distraerlo y con cierta malicia que antes no había juzgado prudente manifestarle, le dijo:

225

—Señor amo, si hubiese usted oído lo que decían de ese caballo...

—No estoy por oír sandeces.

—Pues unas señoritas que pasaban junto a mí...

- 230 Fernando comenzó a escuchar involuntariamente.
 —Como no hacían ningún caso del pobre payo, pude percibir bien:
 —¡Qué hermoso caballo retinto! —dijo la más bajita de cuerpo a la señorita pálida y vestida de luto que iba con ella.
- 235 Fernando, deseando no perder palabra, detuvo con la rienda su caballo que se adelantaba.
 —¡Quisiera montarme, contestó la señorita alta, en ese lindo animal e irme lejos, muy lejos, donde no volviera a oír hablar de México!
- 240 —Bueno —dijo entonces la bajita de cuerpo— yo te acompañaría en el alazán que, aunque no tiene adornos de plata y oro, también es muy hermoso.
 Gregorio omitió decir que al oír decir aquel elogio de su caballo en boca de la joven bajita de cuerpo, según él mismo la llamaba, había ofrecido el caballo y el jinete a la disposición de la joven.
- 245 —¿Y en dónde entraron esas señoritas?
 —Aquí, señor amo, en esta casa de la Palma, mire bien su merced, es número 3.
- 250 El semblante de Fernando, sañudo hasta entonces, manifestó una grande satisfacción.
 —¿Y qué es lo que te movió a no perder de vista a esas señoritas? —preguntó con afabilidad el maquinista.
- 255 —En primer lugar, señor amo, se me ocurrió que su merced podría desear saber quiénes eran...
 —¿Y por qué?
 —Como su merced me hizo indagar el otro día dónde vivía aquella otra señorita enlutada...
- 260 Fernando echó una carcajada que acabó de volverle su natural buen humor.
 —¡Según eso, te ocupas de saber dónde viven todas las enlutadas!
 —También tenía otra razón en este caso, señor amo.
- 265 —¿Sí?

—La chaparrita que acompañaba a la señorita pálida es mi conocida.

—¡Hola! ¿Dónde la conociste?

—En San Ángel, cuando su merced me mandó llevar aquel baulito que me parece era regalo para... 270

Fernando volvió a ponerse serio, miró al soslayo al americano, quien mostraba una completa distracción, y dijo a su criado:

—Está, bien Gregorio, eres un excelente servidor; ya sabes que hace tiempo deseo recompensarte. 275

En aquel momento llegaban a la calle de la Monterrilla, a la casa de Antonia, donde acostumbraba apearse Fernando. Mortificado éste con la serie de desprecios que había sufrido el americano y, principalmente, porque el gusto de haber hallado a Rosa lo había predispuerto a la bondad, invitó al yanqui, ofreciéndole presentarlo a la señorita de la casa, en la cual después almorzarían. 280

Walker aceptó mostrando la mayor humildad.

Al subir la escalera, Gregorio los alcanzó y, quitándose el sombrero, cosa que no hacía sino rarísimas veces, llamó al maquinista. 285

—¿Qué quieres, Gregorio?

—Como decía usted que deseara recompensarme, yo quisiera... y se rascaba la cabeza con aire de tonto.

—Háblame con confianza. 290

—Quisiera casarme, señor amo.

—Yo seré tu padrino y haré el gasto que se necesite sin cargarlo a tu cuenta.

—Pero, señor amo... yo quisiera...

—¿Qué otra cosa? 295

—Yo, señor amo... no es por decir; pero usted sabe que lo he servido como si hubiera sido mi señor padre, y que cuando se ha ofrecido he estado siempre al lado de usted... ¿se acuerda usted en California?

—¡Pues no me he de acordar! Siempre te has portado bien y con valor... aunque tienes una cabeza vizcaína y 300

cuando no quieres hacer una cosa no la haces, con sólo decir que no entiendes, yo te conservo todo mi cariño; conque en este supuesto háblame con confianza y sin rodeos, que ya sabes me disgustan mucho.

305

—Pues señor amo, la verdad, antes de casarme, quisiera una tiendita.

—Muy bien, la traspasaremos, ahora dime, si ya se puede saber, ¿quién es la novia?

310

—Doña Clarita, señor amo, la que iba con la señorita pálida, hace un momento; como esa niña se ha criado en casa grande no me ha de querer si no me mira de otro modo.

315

Fernando se sonrió al saber cuál era la verdadera causa de que Gregorio hubiese seguido la pista de las dos jóvenes.

Luego añadió con notable seriedad:

—Me parece que no has debido fijar tu elección en esa señorita.

320

—¡Ah, señor amo, ya no puedo cambiarla!

—Pues bien, si no puedes variar tu elección, yo te ayudaré para que te cases, si es que puedes hacerte querer de Clarita.

325

—Veremos cómo se vence; pero dígame usted ¿porqué no le parece buena la novia?

—Clarita está llena de cualidades apreciables, según he podido saber cuando visitaba la casa del señor Dávila; ella gobernaba toda la casa y a fe que lo hacía muy bien.

Gregorio escuchaba a su amo abriendo tanta boca.

330

—Temo —continuó Fernando— que no se crea feliz contigo, y entonces tú no podrías serlo.

—¿Pero cómo, señor amo?, llegando a ser doña Clarita mi esposa por la Iglesia, todas las dificultades se acaban, principalmente ahora que va usted a comprarme la tiendita.

335

—Quieres tomar la plaza amagándola con baterías de pan, chocolate, velas, etcétera.

—Señor amo, esa niña no ha de querer casarse con un simple criado.

—¿Pero no adviertes que así se decidirá por tus baterías, especialmente ahora que está pobre y que te despreciará cuando haya tomado posesión de la tienda? Yo quisiera que se casara con el pobre Gregorio y después lo haríamos tendero. 340

—Cómo guste su merced; pero yo decía... su merced dijo... que le hablara con toda confianza... y... 345

Fernando reflexionó un momento, y no queriendo que el criado atribuyese aquel consejo al deseo de eludir la promesa de comprarle la tienda:

—Anda y tráeme a don Abundio —le dijo— ahora debe estar en su casa. 350

—Pero su merced ¿me dará la tiendita?

—Ya te dije que sí y también que seré tu padrino.

Lleno de satisfacción se fue el payo en busca de don Abundio, mientras que Fernando y Walker subieron la escalera de la casa en que habían entrado. 355

VII

ANTONIA HÉNCEL

MIENTRAS QUE HABLABA FERNANDO con su criado, bajaron los niños a recibir a su papá, llevándolo hasta el corredor en que Antonia, elegantemente vestida, disimulaba la impaciencia que le causaba el que éste tardase tanto, regando unas macetas, ocupación que dejó inmediatamente que oyó sus pasos en el segundo tramo de la escalera. 5

—Ha tardado usted mucho, padre —le dijo, estrechándolo entre sus brazos.

—Sí, ha tardado usted mucho, papá —repitió el más pequeño de los hermanos. 10

—Son apenas las nueve y media —contestó el maquinista mirando el reloj.

—Quiere decir que hemos perdido dos horas y media de la mañana que nos ha concedido usted, porque creíamos que llegaría a las siete, que enseguida nos llevaría al bosque de Chapultepec y que al volver almorzaría usted con nosotros. 15

—Haremos esto último, dejando el paseo para cuando haya entrado la primavera. 20

—Demasiado adelantada está ya.

—Si apenas está concluido enero.

—Pues bien, vea usted la Alameda, todos los árboles se han revestido de nuevo; como usted casi nunca pasea, siempre trabajando tanto que ya deberá estar enfadado, no sabe estas cosas.

Esta conversación se verificaba mientras pasaba Fernando de la escalera a la sala, sin acordarse para nada de Walker, que impasible caminaba en pos de aquel animado grupo, como un fantasma y, al sentarse la familia en la sala, se hizo forzosamente visible.

—Te presento —le dijo entonces Fernando a Antonia— a míster Enrique Walker.

—El señor es... —dijo Antonia dudando.

—Americano.

—De los que han venido ahora... en la invasión.

—Sí, pero se ha retirado ya y desea ser mexicano.

A pesar de la recomendación de Fernando, Antonia miró al yanqui de un modo severo, sin ofrecerle cosa alguna. Walker que no se cortaba por tan poca cosa, tomó un sillón y sin cuidarse, al parecer, de lo que hablaban, empezó a divagar su vista por los cuadros que había colgados por la pared, admirando después la hermosura de los muebles, cuya solidez se paraba a reconocer como si tratase de comprarlos.

—¡Qué elegante está tu vestido, Antonia! ¿Tú lo hiciste?, ¿cómo has tenido tiempo, pues sé que vives muy ocupada?

—No falta quehacer en el cajón; pero como no recibo visitas ni voy al teatro, me queda libre la noche para estas frioleras.

—Bien podrías ir al teatro ya que estás ocupada todo el día.

—Es necesario dar buen ejemplo a las dependientes y no ser desperdiciada. El teatro es entre nosotros, y quién sabe si en todas partes, más que diversión, motivo de ostentación y de ruinosísimo lujo para las señoras.

—Y a propósito de las dependientes, ¿qué tal te va con ellas? 60

—Perfectamente, no hay cajón más aseado ni más vistoso en todo México que el mío, y en ninguna parte queda el público más complacido. Aquí el precio es fijo, pues el regateo se lo hemos dejado a los hombres; y a todo el mundo se le trata con afabilidad, excepto a algunos truhanes que piensan divertirse con nosotras y a quienes pegamos terribles zumbas. 65

—¿Les has dado como te dije, el carácter de socias?

—Por supuesto.

—Enséñame tu libro de cuentas generales si lo tienes a mano. 70

—Siempre lo tengo arriba y muy guardado; traigo de noche mis apuntes y los pongo en limpio.

Abrió Antonia una cómoda de rosa muy negra y brillante cuya llave pendía de un cordón que traía al cuello y presentó el libro que se le pedía, poniéndose un poco encendida. 75

—Muy bien, señorita, perfectamente —dijo Fernando hojeándolo todo—; está con la mayor limpieza y claridad. —Leyó el índice y buscó enseguida la partida correspondiente a este rubro: Inscripciones. 80

Decía así:

“Capital con que una persona caritativa ha dotado esta negociación que lleva por nombre «Cajón de La Esperanza»: sin incluir los gastos de muebles ni otros de establecimiento de casa, veinticinco mil pesos. 85

“*Idem* de la Directora de la negociación Antonia P... a razón de un peso diario, que considerándose como rédito al seis por ciento anual, da la cantidad de seis mil ochenta y tres pesos. 90

74 *cómoda de rosa*: “Palo de rosa. Madera de un árbol de las borragináceas, que es muy compacta y olorosa, con vetas negras en rojo y muy estimada en ebanistería, sobre todo para muebles pequeños y delicados” (DM).

“*Idem* de la primera dependiente y socia doña Leona Vicario a razón de cuatro reales diarios que, considerándose como rédito al seis por ciento anual, dan la cantidad de tres mil cuarenta y dos pesos con que se inscribe.

95 “*Idem* de la segunda dependiente y socia con igual inscripción.

“*Idem* de la tercera, etcétera, etcétera.”

Cuando acabó de leer Fernando estas partidas, preguntó:

100 —¿Y respecto del gasto diario, cómo te arreglas?

—Muy sencillamente: a cada una de nosotras se le carga en su cuenta particular dos reales diarios por comida, que se procura que sea de mediana calidad. Si algo más tiene que gastarse en ella, se aplica a gastos
105 generales, como el salario de la criada, renta de casa, etcétera, etcétera. A las dependientes se les da, además, los géneros necesarios para que se presenten con decencia y, sobre todo, esto pueden pedir hasta ocho pesos al mes para lo que les convenga. Al fin del año, se
110 hará balance y se distribuirá la ganancia entre todos los capitales, proporcionalmente, aumentando, antes en la utilidad para sacar cuál sea la verdadera, el rédito con que se considera a cada una de nosotras en la inscripción y, después, al hacer la distribución efectiva, se
115 descuenta lo recibido; y así, por ejemplo, si resultaran en el balance seis mil pesos ganados, se hará la cuenta de este modo: —Fernando sacó su cartera y ofreciéndole a Antonia lápiz y una hoja blanca hizo ésta la siguiente distribución:

120 Se aumenta a la ganancia líquida de seis mil pesos (6,000) la cantidad de novecientos doce (912) que suman nuestros sueldos, y diremos: si a la suma de los capitales de inscripción que es de cuarenta mil doscientos nueve

102 *reales*: “Real. Valor equivalente a la octava parte de un peso, o sea doce y medio centavos” (*DM*).

pesos (40,209) corresponde la ganancia total de seis mil novecientos doce (6,912), al capital de cada socia dependiente corresponderá la ganancia de quinientos veintitrés (523), de la que, rebajándose lo recibido en comida, vestidos y suplementos antes expresados, quedará por lo bajo un ahorro de doscientos pesos. 125

—¡Sería un magnífico resultado! —exclamó Fernando. 130

—Especialmente si se considera que estas jóvenes, que ahora tienen ya algún porvenir, eran costureras que ganaban real y medio diario, sin descansar en todo el día y sin garantía alguna de que no les faltaría impensadamente el trabajo, por sólo el mal humor de la señora a quien sirviesen. 135

—¿Y dónde están ahora tus dependientes?

—El día festivo lo pasan en sus casas, vuelven antes de la oración de la noche y ocupan en toda la semana las piezas del entresuelo, que he resuelto no alquilar a nadie desde el lance aquel de los ladrones. 140

—¿Me dijiste que taladraron el techo, no es verdad?

—Sí, en dos días de fiesta seguidos, y si no ha sido por la excelente caja de seguridad que usted nos regaló, se hubieran llevado todo el dinero. 145

—Esa caja la hice yo mismo para el difunto señor don Domingo Dávila; después he podido recobrarla porque, habiendo llegado este señor a pobreza o tal vez por otro motivo, la mandó vender, y don Abundio, a quien se la ofrecieron y que conoció, desde luego, que era la que había yo trabajado, la rescató. 150

—He oído decir aquí a las dependientes que ha quedado arruinada la hija de ese señor Dávila, y que ha sido muy hermosa... —Fernando, para impedir que la conversación siguiese aquel giro, interrumpió diciendo: 155

—Pero fue una imprudencia haber arrendado el entresuelo a personas desconocidas.

—Trajeron una fianza que después resultó falsa. De-seando yo ahorrar una buena parte de la renta de la casa

160 y esperando que aquellos hombres, decentes al parecer, le darían más respetabilidad, no hice mayor reparo.

—Pero al ir a abrir el cajón por el patio, a la sazón en que estaban dentro los ladrones, has corrido un gran riesgo, Antonia.

165 —¿Y qué había de hacer? Figúrese usted que iba yo del todo desprevenida, con un platillo en la mano, en que le llevaba carne a mi gato, cuando al abrir la puerta oigo ruido por el lado del escritorio; como allí tengo siempre el dinero, y entonces había una suma considerable, pues no se
170 había cubierto la cuenta de don Abundio, conocí que era el momento de probar que las mujeres servimos para algo, o morir. Me adelanté fingiendo que nada había advertido, aunque llena de miedo, a un lugar en que tengo siempre puestas las pistolas que me regaló usted. Afortunadamente
175 los ladrones no las habían visto, y luego que las tomé entre mis manos, me dirigí preparándolas y disparando hacia el lugar en que oí que se cambió el ruido, y era que por los aparadores se subieron al techo que habían agujereado. Uno solo de los malhechores se quedó debajo del mostrador, a quien yo no había visto; pero como bajaron pronto
180 las dependientes, luego que oyeron los dos tiros que disparé, comenzaron a buscar por todo el cajón y encontraron al hombre escondido que no opuso resistencia alguna, porque vio que todas estábamos armadas. Era un poco más
185 de la oración, vinieron los serenos, recibieron al preso y se pusieron a buscar por toda la casa a sus compañeros; pero como no habíamos tenido la precaución de cerrar el zaguán, sin duda por él se fueron con el portero, a quien desde entonces no hemos vuelto a ver. Por tal motivo ningún
190 hombre se queda ya en esta casa, pues hasta el mozo, que muda los tercios, tiene que ir a dormir a la suya.

—Éste es por tanto un estado gobernado por amazonas.

—Simplemente una casa en que no hay hombres y
195 que, por ahora, para nada se necesitan.

—Aurelio —continuó la joven—, trae la plana que le has dedicado a papá; y tú, Pepito, dile la fábula de la cigarra y la hormiga.

El chico no se hizo rogar y, con voz clara aunque un poco afectada, comenzó y terminó felizmente su fábula. 200

La plana de Aurelio fue presentada con esa interesante modestia de los niños de talento precoz y mereció muy justas alabanzas, juntamente con un escudito que le regaló su papá, así como al primero.

Antonia salió enseguida, pretextando que iba a activar el almuerzo y llevándose a Pepito, quien a pocos momentos vino a llamar al maquinista. Éste encontró llorando a Antonia: 205

—¿Pero qué te sucede, hija mía?, ¿no tenías tanto gusto?, ¿por qué lloras? 210

—Lloro por la pena que me da contrariar a usted.

—¿Pero en qué me contrarías?

—¡Yo que deseaba tanto que viniese usted a almorzar con nosotros!

—¿Y bien? 215

—No puedo estar ahora en la mesa.

—¿Pero, por qué?

—¡Por ese americano...! ¡Acaso será el que haya matado a mi padre! —Y la joven prorrumpió en un acerbo llanto. Fernando no sabía que decirla porque él también sentía una secreta repugnancia hacia los invasores; pero el compromiso estaba hecho, había tenido la imprudencia de convidar a Walker y no había manera decente de evitarlo. 220

En aquel momento le avisaron que don Abundio, a quien había mandado llamar, estaba en la sala esperando. 225

—Antonia —dijo entonces—, me aflige verte llorar; yo no puedo ni debo oponerme a que manifiestes sentimientos tan nobles, que elogio cordialmente, y que quisiera ver generalizados en mis compatriotas. Tranquilí- 230

zate, la venida de don Abundio me da un motivo para pretextar negocios urgentes; me llevaré al americano sin que se despida de ti y, si me es posible volver, almorzaremos sin esa visita que tan justamente nos incomoda.

235 —Gracias, padre mío, siempre es usted muy bondadoso con nosotros y obliga nuestra gratitud que no conoce ya límites. Esperaremos a usted si es necesario, todo el día.

—Volveré pronto.

240 Llamó enseguida Fernando a su dependiente y le dijo:

—Don Abundio, usted que no solamente es mi socio sino un amigo verdadero, debe saber sin reserva alguna el objeto con que le he llamado. Hacía algunos meses que deseaba saber de una persona que me es muy querida.

245 —¿De la señorita Dávila que ha quedado huérfana?

—La misma; ¿y cómo sabía usted esto?

—No han faltado personas que, al notar que no está usted en el almacén sino cuando más una hora en cada día, me han dicho: “Su principal está perdidamente enamorado y, como no encuentra a la persona que lo hace desvivir, se encierra todo el día fumando opio, lo cual puede hacer sin cuidar mucho el almacén, porque es inmensamente rico desde que vino de California.”

255 —Don Abundio, voy poco al almacén porque teniendo usted la negociación a partido y mereciendo como merece toda mi confianza, estaría allí de más. Respecto de mi constante ebriedad por el opio, deje usted que lo digan, no es un mal para nadie.

260 —¿Cómo no, señor? De día en día se hace más visible la decadencia física en que usted se halla, y a este paso...

—Aún no me falta la fuerza, que es cuanto necesito. Además —añadió con innegable satisfacción—, en lo sucesivo ya iremos mejorando en salud, porque ha aparecido la persona que según usted dice me ha desvivido. Lo que ahora importa es serle prontamente útil sin que llegue a saberlo nunca.

—Mejor sería que lo supiese desde luego, señor.

—No, don Abundio, se creería tal vez humillada; los que han sido ricos tienen mil caprichos raros... Casualmente Gregorio desea casarse con una joven que siempre acompaña a la señorita, y me ha pedido una habitación para poner una tienda, antes de verificar su enlace. He llamado a usted, pues, para que me haga el favor de ir hoy mismo a proponer traspaso por alguna tienda que esté muy cercana a la calle de Necatitlán, que es donde vive la señorita, y si es posible en la misma calle. Gregorio hará por visitar a las jóvenes y, a título de obsequiar a su amada, procurará que no falte nada en la casa. 270 275 280

—Pero señor, Gregorio no sabe de comercio...

—¡Ah!, se me olvidaba decirle a usted que dejase a los cajeros que encuentre, en la tienda, al menos hasta que Gregorio aprenda a dirigirse.

El dependiente hizo un gesto como de resignación, y Fernando, para tranquilizarlo, añadió: 285

—Probaremos don Abundio; Gregorio quiere esta recompensa a sus servicios y yo se la he prometido; además no carece, en medio de su rusticidad, de una buena dosis de malicia, con la que basta para el comercio; es la carrera en la que se prospera más fácilmente. 290

Fernando volvió enseguida a la sala y manifestó a Walker que casi se dormía ya, acompañado sólo del niño Aurelio, quien no cesaba de contemplar sus barbas rojas, que debiendo ocuparse inmediatamente en un negocio importante iba a salir. 295

—Aquí esperaré —contestó con grande socarronería el yanqui.

—Tal vez no volveré en todo el día —replicó Fernando.

Walker comprendió entonces que se le despedía, sonrió de una manera extrañamente feroz aunque rápidamente, tomó su cachucha y siguió con aire indiferente a Fernando. En el corredor encontraron a Gregorio a 300

quien Fernando explicó aparte lo que había encargado a su dependiente principal.

305 —De hoy en adelante —añadió— es necesario transformarse y recortar esa barba tan larga que acaso espantaría a los marchantes; esa “cotona” debe desaparecer juntamente con las calzoneras y botas de campana, para dar
310 lugar a la chaqueta, al pantalón y a la bota negra; cuando vaya usted a ver a las “vecinas”, podrá añadir, a todo lo dicho, una capa a la española antigua; así es como los pretendientes dan golpe. Y a propósito de vecinas, es necesario asegurarse, antes que todo, si verdaderamente
315 viven en la casa de la Palma...

—Lo que es eso, señor amo, ojalá tuviera tan segura mi salvación o cuando menos mi casamiento.

—¿Pues qué ya has ido?

—Varias veces antes de ahora.

320 —Estarás muy adelantado.

—Nada, señor amo, absolutamente nada; y precisamente por este motivo he pensado lo de la tiendita...

—¿Pues qué te han dicho?, ¿has escrito?, ¿te has valido de otra persona?

325 —Todo eso he hecho y siempre he obtenido la misma respuesta.

—¿Cuál es?

330 —Que soy un payo grosero, y lo que más me puede, señor amo, es que he visto entrar a la casa un señor ya grande que dicen que es rico y muy enamorado y, como dádivas, quebranta corazones...

—Has hecho mal en no decirme pronto estas cosas —contestó Fernando con muestra visible de inquietud...— Es necesario que hoy mismo termine el trato del traspaso y que todas las noches estés de visita en esa casa y aún de
335 día, a horas inesperadas; en un hombre que hace proposiciones formales de matrimonio, todo esto es permitido.

—¡Don Abundio! —continuó Fernando, llamando a aquel al lugar en que hablaba con Gregorio que iba a de-

jar de ser su criado—, después que convenga usted en el 340
 traspaso, me hará favor de llevar a Gregorio, quien desde
 este momento deja de ser mi criado, a una peluquería
 para que le arreglen el pelo, le comprará usted la ropa
 necesaria para su nuevo oficio, sin olvidar un vestido en- 345
 teramente decente, con reloj, cadena de oro, prendedor
 y un anillo de algún valor, porque esta noche misma sin
 más ceremonia irá usted a pedir la mano de la señorita
 doña Clara...

—Nájera, señor amo.

—De aquí en adelante procure usted olvidar esa 350
 eterna muletilla de “señor amo”; bastante se lo he re-
 comendado hace mucho tiempo; quizás ahora que va a
 entrar en otra situación se corregirá, pensando que a su
 esposa no le ha de parecer bien el oírle decir a cada paso,
 “señor amo”. 355

—Esta muy bien, señor amo.

El dependiente y Fernando no pudieron dejar de
 sonreírse al ver que todavía infringía Gregorio la pro-
 hibición.

—Le decía yo a usted —continuó Fernando— que esta 360
 noche misma pedirá la mano de la señorita doña Clara
 Nájera para don Gregorio Roldán. ¿Está usted confor-
 me? —preguntó dirigiéndose a éste.

—Sí, señor amo... sí, señor don Fernando. Quisie- 365
 ra sólo llevar de aquí en adelante mi otro nombre de
 bautismo.

—¿Cuál es?

—Fausto.

—Pues se llamará usted así. Habrá seguramente al- 370
 gunas dificultades, plazos, etcétera, que nunca dejan de
 poner las señoras y que de ningún modo contrariará us-
 ted, don Abundio; es bastante por ahora obtener desde
 luego permiso para que vaya a visitar la casa don Faus-
 to Roldan, cuando las ocupaciones de su comercio se lo
 permitan. 375

Don Abundio y don Fausto (tendremos que añadirle el don en lo sucesivo, siquiera porque va a ser dueño de tienda, que otros con menos fundamentos lo reclaman) se despidieron entregando antes el primero a Fernando una
380 carta en que éste reconoció la letra de su amigo Luis.

—Vayan ustedes con toda confianza —les dijo—, hoy es un día feliz por muchos motivos.

Fernando y Walker se alejaron también de la casa montando a caballo sin despedirse más que de Aurelio, a quien el maquinista encargó avisase a Antonia que
385 por un negocio del momento tenían que retirarse violentamente.

El maquinista llegó a su casa y encargó que se pusiera el coche en el que a breve rato volvió a ver a Antonia, deseoso de leer en su compañía la carta del padre don
390 Luis que acababa de recibir.

Al apearse, estaba ya divisando Walker desde la esquina de los dos portales de Agustinos y Mercaderes para la casa de Antonia; no podemos decir si por ver a
395 Fernando cuando volviera o por reconocer bien la habitación de la que creía realmente hija del maquinista.

VIII

LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

LUEGO QUE VOLVIÓ FERNANDO a la casa de Antonia, se pusieron a almorzar las cuatro personas que con él formaban la familia. “¡No estoy solo en el mundo!” se decía a sí mismo el maquinista, al tiempo mismo en que Antonia pensaba: “¡No soy ya aquella desvalida huérfana, próxima a morir de hambre y de desesperación!” Los niños referían con interesante animación las diferentes peripecias que casi siempre acontecen en la vida infantil a los que temprano se sujetan al reglamento monótono, severo e inconsiderado de las escuelas; Antonia, entre algún obsequio delicado que le hacía a Fernando, ensalzaba de cuando en cuando el mérito de los géneros que acababan de llegarle de Veracruz, y la pronta salida que de ellos esperaba.

—¿Y el cambio qué tal va? —preguntó con aparente distracción el maquinista. 15

—Admirablemente, ya casi no queda oro.

—Será necesario hacer nueva provisión, y si la caja necesita de don Abundio, haré que venga mañana a darle una sangría. 20

—Cuanto antes.

—¿Y cómo has hecho los asientos del oro que te trae Gregorio? Te diré de paso que quiere llamarse en lo venidero don Fausto Roldán.

25 —¡Vaya un capricho!

—Es que va a casarse y desea ser un hombre nuevo.

—Eso es loable. ¿Me preguntaba usted de qué modo apunto la entrada del oro?

—Sí.

30 —Sin poner la especie metálica, simplemente valor recibido en depósito a disposición de don Abundio Torres.

—¿Y la salida?, ¿no se ha ofrecido hasta ahora dificultad respecto de las onzas de oro, no las examinan mucho los directores de juego que, según me han dicho, son los que se proveen principalmente de tu casa?

35 —Al principio sí, las sonaban repetidas veces y las pesaban, y aún llegaron algunos a traer agua fuerte para probarlas; pero, no observando que les hiciese mella, han acabado por recibirlas sin el menor examen.

—¿Y qué has pensado de esto, Antonia?

40 —He pensado que cuando mi único protector me ha puesto a cambiar su oro en lugar de hacerme barrer su casa, a lo cual estoy muy dispuesta, es porque he llegado a merecer toda su confianza y esto me satisface íntimamente haciéndome probar un placer que creo desconocido para las demás personas de mi sexo pues, para darle a usted una idea de él, sólo puedo decirle que me siento “hombre”.

50 Fernando, mirándola con indecible ternura, le preguntó:

—Y si esta confianza llegara a...

55 —... ¿A tener algún inconveniente? —dijo Antonia completando la frase con esa resolución de que solamente son capaces las mujeres cuando aman, y todavía más cuando agradecen—. Por no desafiar a la Providencia y porque me acuerdo de que en el lance de los ladrones tuve miedo

mientras no me vi armada, no le digo a usted que deseo se presente cualquier riesgo que haya de llegar; pero sea cual fuere, comprendo muy bien que, sin que nadie me lo exija ni mucho menos como condición impuesta por un beneficio, estoy aquí para sufrirlo sola. 60

—¿Pero no piensas, Antonia, que tanta generosidad puede exaltar la de algún otro?

—Ese otro, que es mi querido padre, nada puede hacer sobre este particular, porque yo he dispuesto las cosas de manera que no tenga la menor intervención, a no ser la de empeorar el asunto en un lance adverso, y como esto redundaría en mi contra, de seguro que nada hará. Una persona que vende y compra todos los días por gruesas cantidades, que cambia plata u oro según le piden sus marchantes, está enteramente segura de que nadie pensará obligarla a que responda a esta pregunta, ¿de dónde ha tenido usted ese oro?, porque la respuesta de puro sencilla demostraría la necedad de la pregunta, pues yo diría: del comercio. Esta respuesta se haría, no obstante, insostenible si alguien, por no parecer menos generoso, viniese a interponerse diciendo: yo acostumbro remitírselo con un criado de confianza. 70 75

El maquinista experimentaba la más grata emoción admirando aquella adhesión tan decidida que se sublimaba con la consideración del sacrificio, y al reunir esta fruición casi celestial, con el inocente atractivo que ofrecía la vida íntima de aquella familia antes tan desgraciada, ahora dichosa, conocía, sentía, que era tan feliz como puede serlo el hombre en la tierra. 80 85

Ya lo hemos dicho, Fernando era en aquellos momentos tan feliz como puede serlo el hombre en la tierra, pues inmediatamente vino a herirle un recuerdo penoso: ¿Por qué —se dijo— no puede ahora Rosita partir conmigo de esta ventura? Salvar a un alma tan elevada, tan enérgica, de la desesperación que trae la absoluta miseria; ser el medio providencial, que transforma el más intenso dolor 90

95 en la más pura alegría, es cuanto puede ambicionarse en la tierra como verdaderamente glorioso; pero al mismo tiempo, ver y no poder impedir, al menos de pronto, que la mujer, a quien se adora, sufra los males que en otra parte han podido remediarse tan fácilmente, es un tormento verdaderamente infernal; por un lado un placer inocente, 100 profundamente conmovedor; por el otro, la sombra que opaca la luz, el dolor inmerecido que se empeña en matar el gozo. ¡Casi estoy por creer que es cierto aquel sistema de doble fatalidad que soñé sobre el Puente de Dios!

105 Fernando, llevado de esta sed hidrópica que todos sentimos de volar hacia donde todavía no podemos llegar, repasaba en su mente cuál era la actitud de Rosita al tomar la agua bendita en la capilla de San Salvador, con aquella mano tan blanca, tan finamente torneada, en otro tiempo tan mórbida, ahora tan enflaquecida; y de aquí pasaba a 110 otras mil divagaciones hasta asistir en espíritu a la primera presentación de su ex-criado en casa de Clara, recordando que ésta solamente le había contestado a sus cartas, a sus emisarios y a sus atrevidas manifestaciones hechas en persona, que era un “payo grosero”: ¿Desaparecerá –se decía– lo payo y hasta lo grosero, cuando vea que puede 115 disponer de una fortunilla que la salvará de la miseria? ¿Cuál será la influencia que ejerza este casamiento de Clara, si llega a efectuarse, en su compañera de infortunio? Porque nada hay más contagioso –pensaba para sí– que 120 un casamiento. ¿Representaré a mi vez el papel de payo grosero ante esa joven tan aristócrata? Desde luego renuncio a vencerla por hambre... si en su corazón no hay una chispa de amor y un concepto de estimación para el maquinista en otro tiempo despreciado, cuidaré siempre de 125 su subsistencia, de su felicidad, pero jamás me haré perdonar esa falta de simpatía a fuerza de dinero.

—Está usted muy distraído papá.

—No, Antonia..., esperaba solamente que acabasen de tomar el dulce los niños para darte, en primer

lugar, las gracias por tu excelente almuerzo y, en segundo lugar, para proponerte una cosa que tal vez no te desagradará. 130

—Propuesta por usted, no puede desagradarme.

—Voy a leerte una carta que acabo de recibir de mi hermano Luis. 135

—¿De ese virtuoso sacerdote de quien me ha hablado usted siempre que nos viene a ver?

—Sí, Antonia; no he querido leer solo su carta porque deseo que tú le quieras tanto como yo.

—Basta que usted me lo indique. 140

—No, es necesario que palpés por ti misma que la religión tiene todavía fieles intérpretes; y la caridad, fervientes apóstoles que no solamente la predicán y la inculcan en tono magistral e iracundo, sino que la practican con tanta humildad como paciencia. 145

La familia se trasladó a otra pieza que servía de asistencia, encargando a la criada, que había servido la mesa, que llevase el café. Allí, con una media luz que se teñía de color de rosa al pasar por unas espesas cortinas, sentados Antonia y Fernando en un confidente, teniendo aquélla a su hermano menor sobre sí y el maquinista al mayor, comenzó la lectura de la siguiente carta: 150

Número 13

“Sr. D. Fernando Hénkel. México.

“Nueva Filadelfia, enero... de 1848 155

“Hermano mío predilecto:

“No he cesado de escribirte en cada mes y extraño me digas en todas tus cartas que no has visto mis letras sino en las que recibiste en Acapulco y que después perdiste en el camino. 160

“Cuidaré de que se te remitan las copias, pues aunque conservas muy buena memoria de su contenido, importa que tengas íntegro el reglamento de la Nueva Filadelfia, que según recuerdo fue inserto en las dos primeras.

- 165 “En cuanto a las tres tuyas que he recibido, aunque a todas he dado contestación especial, te diré sucintamente, esperando que el conducto que lleva ésta sea seguro, para repetirlas, que yo no miro como un mal sino como un bien providencial la suerte de Rosita, a quien, por otra
- 170 parte, compadezco mucho, y que aún la circunstancia de que no hayas podido ofrecerle hasta ahora tu fortuna es conveniente para todos. Antes que te impacientes contra mí, reflexiona que si al carecer esa distinguida señorita de la protección de su padre, hubiera encontrado inmediatamente la tuya tan espléndida y desinteresada cual
- 175 cumple a un enamorado caballero que ha vuelto rico de California, nada habría aprendido esa apreciable niña, supuesto que no llegaba a tocar ni con la punta de los pies la triste morada de la miseria, de esa escuela única que nos hace buenos, purificándose, y enseñándonos a comprender los males ajenos. Sufrirá Rosita, lo conozco y lo siento y, si pudiera, lo impediría con el solícito afán que tú mismo; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, lo que seguramente vendrá a ser mejor para ella.
- 180 En cuanto a ti, no te diré que debes alegrarte de este suceso, por temor de despertar el egoísmo que en nadie llega a estar perfectamente dormido; pero en realidad has ganado, porque a pesar de los consuelos que procuraba darte acerca de tu amor hacia esa señorita, pensé siempre que mediaban muchas dificultades para que llegasen
- 185 al término que anhelabas y aun, en este caso, no miraba yo garantizada de modo alguno tu felicidad. Ahora las circunstancias son enteramente diferentes y todas conspiran, a lo que creo, decididamente en tu favor.”
- 190

175 tan espléndida e interesada.

Al llegar a este punto, Fernando hizo una pausa con objeto de dar alguna explicación a Antonia en lo relativo a Rosita, pues en medio de cierto consuelo que le causaban las reflexiones del padre don Luis, había conocido que casi era una imprudencia poner el cariño verdaderamente filial de aquella joven, que podemos comparar a una llamita permanente y de una luz suave, junto a aquella pasión impetuosa que como un incendio terrible había hecho tanto estrago en el corazón de Fernando. 195 200

Antonia, que advirtió este contraste primero que su protector, aunque experimentó impensadamente un dolor agudo, y aun podemos decir desencanto, porque a la vez que ella no ponía barrera alguna ni límite conocido a la veneración, al acendrado cariño que profesaba a su padre adoptivo, conoció, con pena, que aún el amor más puro y santo debe limitarse si no en el sacrificio, en lo cual está su verdadera grandeza, sí en el objeto mismo a que se dirige, pues sólo para Dios puede ser infinito; tuvo no obstante tiempo de ponerse en guardia, y cuando Fernando pretendió, con la delicadeza que le era genial, protestarle a Antonia que, en medio de aquella inexplicable pena que le causaba la triste situación de Rosita, el único lenitivo que había encontrado era el amor de su hija adoptiva, ésta le contestó inmediatamente: 205 210

—Para que el remedio sea completo, a mí me corresponde hacer una cosa. 220

—¿Cuál es? —preguntó con alguna inquietud Fernando.

—Buscaré a la señorita Dávila hasta encontrarla y haré que ame a mi padre; he oído decir que para estos casos tenemos las mujeres recursos especiales, y sólo que la empresa fuera absolutamente imposible, dejaría yo de realizarla. 225

—¡Antonia!, lo que acabas de decir es adorable y me harías quererte más si en mí estuviera; sin embargo, hay dos motivos para que no apruebe tu generosa resolución. 230

—¿Y son?

—El primero es que Rosita, de quien no había tenido noticia alguna, se ha presentado hoy a mis ojos inesperadamente, y Gregorio, es decir, don Fausto, ha averiguado donde vive; y el segundo, porque no quiero absolutamente el amor de esa niña, siempre que para atraerlo necesite de cualquier manera dejar de parecer lo que he sido a su vista; me ha despreciado porque soy indio y porque era pobre, y yo no quiero disimular ninguna de estas circunstancias para sorprender su imaginación. Tú le harías muchos elogios de mí, que ciertamente no merezco, y esto sería casi engañarla. Las mujeres, Antonia, perdóname lo que voy a decir, porque de ningún modo te comprende, prefieren frecuentemente una posición deslumbradora, que en secreto las llene de humillación y de vergüenza, a las castas satisfacciones de un amor verdadero; se venden. Yo podría desplegar a los ojos de Rosita tanto o mayor lujo que el que disfrutó en vida de su padre; pero me disgustaría mucho el comprarla y cuanto más me costara, tanto más rebajaría en mi consideración. Quiero mejor que perseverare en su orgullo de otro tiempo, con el que despiadadamente me ha herido, que verla junto a mí degradada, pues en todo caso me bastaría el inocente amor de mis hijos para pasar una vida siquiera tranquila.

Después de un breve silencio, el maquinista continuó leyendo:

“Un consuelo verdaderamente admirable te ha deparado la Providencia en esa familia que has adoptado y cuya afectuosa adhesión es tan acendrada. El carácter de Antonia, tal cual hasta ahora se presenta, atrae tanto mi simpatía como mi admiración. Dile de mi parte que aquí en este ignorado rincón del mundo, tienen lugar las almas nobles como la suya, que aprenden si no saben el arte de ganar una subsistencia independiente y que, si llega a fastidiarse de la lucha continua en que es

necesario vivir para hacer lo que se llama fortuna en el comercio, al que según me dices la has dedicado, venga a la Nueva Filadelfia, donde ya la esperan las simpatías de muchas familias a quienes he enseñado tu carta de diciembre último, y principalmente el cariño de mi madre y de mi hermana.” 270

—¿Qué respondes, Antonia? —preguntó Fernando gustosísimo de poder indemnizarla de la pena que juzgaba le había causado con la inesperada revelación de su amor a Rosita. 275

—La respuesta le toca a usted —dijo ella sonriéndose.

—Pues diremos que aquí también estás ganando tu subsistencia sin depender de nadie; pero que por el gusto de ir a conocer a tan buenas gentes, como son las que se han reunido en la Nueva Filadelfia, iremos a visitarlas dentro de poco tiempo. ¿Te parece bien? 280

—Ahí falta una cosa.

—¿Cuál es?

—Decir que iremos a visitarlos luego que acabemos de cambiar las onzas de oro. 285

—¡Ah, maliciosilla!

Fernando continuó leyendo:

“Hemos tenido aquí una solemnidad, para la cual te convidé desde diciembre en carta, que parece no has recibido. 290

“El día primero de este año, vestidos los colonos con ropa nueva, construida casi en su totalidad dentro de la Asociación, trayendo al templo con una mano al menor de la familia, pues el resto ya estaba dentro de él y, con la otra, algunos de los productos del campo, como cañas de maíz con gruesas mazorcas, espigas de trigo o de cebada, hortaliza, flores, algunos corderitos, pichones y hasta pequeños becerros, hemos venido todos, presidiéndolos yo que traía en la mano el Nuevo Testamento, y estando de rodillas ante la fachada del templo que entonces estrenamos, alumbrados por los rayos de un sol espléndido, 295 300

mandé correr primeramente unas cortinas que cubrían las siguientes inscripciones puestas con letras de oro:

- 305 «Ésta es la ley de Dios¹
 «No adulterarás.
 «No matarás.
 «No hurtarás.
 «No dirás falso testimonio.
 310 «No codiciarás.
 «Y si hay algún otro mandamiento, se comprende sumariamente en esta palabra:
 «AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO.»

315 “Cantamos enseguida acompañados por la música, algunas estrofas del himno que nos mandaste, que produjeron un grande efecto; entramos luego al templo, donde ya esperaban algunos de nuestros amigos de Atoyac, y con la mayor pompa celebramos el sacrificio del Cordero, acercándose a la mesa los que voluntariamente se habían dispuesto, que fueron casi todos.

320 “Como esta iglesia no necesita crecidos gastos, ni fondos especiales, no quise que me regalaran las pequeñas ofrendas que había traído cada padre de familia, y que compraron a la Asociación, y les exhorté a que las conservaran, a fin de que tuviesen muy presente que Dios envía sus dones indistintamente para todos sus hijos y que la Iglesia para nada quiere los bienes materiales.

325 “Del templo pasamos a la Rotunda; invitando a nuestros amigos de Atoyac, que estaban verdaderamente sorprendidos de ver que esta Asociación no tiene semejanza alguna con las haciendas que todos conocemos, en que sólo se ven peones miserables e idiotas.

¹ Rm 13 9: *Non adulterabis, non occides, non furáberis, non falsum testimonium dices, non concupisces, et si quod est aliud mandatum in hoc verbo instauratur, Diliges proximum tuum sicut teipsum* [N. del A.].

“En el frontispicio de la Rotunda están escritos también con letras de oro estos consejos de San Pablo:²

«Tened entrañas de misericordia para que seáis elegidos y amados de Dios, ejerciendo en todo, como los Santos, la Benignidad, la Humildad, la Modestia y la Paciencia. 335

«Soportaos mutuamente perdonando cualquiera motivo de queja, así como Dios nos perdona.

«Sobre todo esto tened Caridad, que es el vínculo de perfección.» 340

“Se leyó después una Memoria en que consta el capital efectivo invertido en la Asociación, que llega a doscientos treinta mil pesos, porque además del importe de las libranzas que se han pagado en tu almacén, se ha computado el precio real de los terrenos con que se han inscrito algunos colonos, y otras pequeñas cantidades que han entregado varias familias. 345

“En dicha memoria aparece también toda la suma de trabajos que se ha impendido, los frutos que se han recogido, los consumidos y los que aún existen en el campo y así mismo los artefactos. 350

“La suma total de valores existentes hoy en la Nueva Filadelfia asciende a unos trescientos mil (300,000), de los cuales, rebajando la cantidad efectivamente gastada de doscientos treinta mil (230,000), queda la utilidad líquida de setenta mil pesos (70,000) en poco más de un año. A esta utilidad existente debe agregarse la consumida en alimentos y gastos generales, que por cada persona de las mil trescientas que existen en la Asociación, excluyendo los niños menores de diez años, debe calcularse, a real y medio diario, en sesenta y ocho pesos anuales (68), 360

2 Col 3 12, 13 y 14: *Induite vos ergo sicut electi Dei Sancti et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam: supportantes invicem et donantes vobismetipsis si quis adversus aliquem habet quae-relam: sicut et Dominus donavit vobis ita et vos. Snper omnia antem haec, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis* [N. del A.].

lo que da para todos ellos un gasto de ochenta y ocho mil
 365 cuatrocientos pesos (88,400). De esto resulta que el be-
 neficio efectivo de la Asociación llega a la suma de ciento
 cincuenta y ocho mil cuatrocientos pesos (158,400).

“Distribuido este beneficio entre todos los capitales
 inscritos, físicos y morales, que ascienden a un millón
 370 quinientos treinta mil pesos (1,530,000), resulta de ga-
 nancia para cada mil pesos (1,000), es decir, para cada
 persona una con otra, ciento tres pesos (103) y, como
 cada una ha recibido sesenta y ocho (68), viene a quedar-
 les, por término medio, un ahorro de treinta y cinco pe-
 375 sos (35), que en unos años será mayor y en otros menor,
 según lo que produzcan la agricultura y las fábricas, y
 conforme al precio en que se vendan los productos.

“Puedo entre tanto asegurarte que la lana hilada y
 teñida va teniendo un aumento muy considerable, pues
 todos los tejedores de las cercanías se afanan por com-
 380 prárnosla, por cuyo motivo te encargo me mandes una
 nueva maquinaria.

“Ya comprenderás que el aumento que hemos tenido
 de colonos, pues con los chicos llegan a mil quinientos,
 nos ha obligado a subdividir varias distribuciones y a au-
 385 mentar nuestras oficinas, entre éstas, principalmente, la
 cocina, pues tenemos cuatro y apenas bastan, por lo que
 estoy resuelto, y el Consejo de ancianos ha aprobado, no
 admitir aquí mismo nueva gente, sino buscar otra loca-
 lidad a propósito, inmediata a ésta, para establecer la se-
 390 gunda Filadelfia.

“Hoy mismo, muchos vecinos de Atoyac, que como
 te he dicho estuvieron presentes en nuestra acción de
 gracias al Todopoderoso, me han instado porque los ad-
 mita como socios de pequeños capitales, deseando a la
 395 vez dedicarse a la industria con sus familias, y yo les he
 contestado que fundaremos otra Asociación, vecina de
 ésta, protegida por todos nosotros, a lo que están anuen-
 tes. Les he prometido en tu nombre un auxilio de veinti-

cinco mil pesos en calidad de socio protector, ¿estás conforme? Si te parece que me he excedido, ¿para qué has hecho conmigo ostentación de tu riqueza? Aguanta ésa y mándame un repuesto de la maquinaria de cardar e hilar lana, al fiado, se entiende, porque hecha la liquidación han de pedir algunos socios sus ahorros y no quiero que tengan inquietudes al ver que no hay dinero disponible, el cual no tardará en volver a entrar por la tienda que se halla perfectamente surtida. Por remate de regocijos te diré que pronto vamos a tener aquí muchos matrimonios a la vez; los capitanes y las maestras han dado su informe acerca de la aptitud en que se encuentran para adquirir la subsistencia varias parejas de pretendientes, a la cabeza de la cual están... adivina quién... ¿Te rindes? Pues son nada menos que Ulseman y Laura.

“Una sola cosa, bien insignificante por cierto, nos ha detenido, y es que el cura de Atoyac quiere cobrar inexorablemente a cada pareja, conforme al arancel de Guadalajara, dos pesos por la información, cinco por la velación, tres reales para las arcas, cera que deben ofrecer para el altar y para las manos, y por cada amonestación cuatro reales, todo lo cual hace en los casos más llanos y menos costosos en que no hay informaciones difíciles, ni velación fuera de la parroquia, ni toma de “dicho” en la casa de la novia, ni exhortos que harían subir mucho los gastos, unos doce pesos.

“Ya comprenderás que el haberme opuesto a dar esta suma que estoy ya dispuesto a entregar era porque nunca he creído que la administración de los sacramentos debiera sujetarse a arancel, sino que los interesados diesen lo que buenamente pudieran, principalmente los habitantes de esta Asociación que ningún beneficio espiritual, ni siquiera una visita de curiosidad deben a su llamado cura; pero no hay remedio, les ha dicho, o pagan o no se casan. Le he llevado la cuenta a este párroco, y con lo que va a recibir de los matrimonios, bautismos y en-

435 tierros, nos sacará al año unos seiscientos pesos, lo que
 equivale a que lo inscribiésemos graciosamente en nues-
 tro libro con un capital de diez mil pesos, salvo el caso de
 peste en que crecerá mucho más, de suerte que podemos
 decir que en la Nueva Filadelfia hay dos o tres familias
 440 ocupadas constantemente en mantenerlo.

“Te confieso que este negocio me pone de mal humor
 y me hace concluir mi carta antes de lo que me había pro-
 puesto, pues al charlar contigo no tengo medida.

445 “¡A Dios, querido hermano! Recibe afectuosas me-
 morias de mi madre, de Laura y de varias familias que
 siempre me preguntan por ti, y el cariño de tu amigo que
 acaso con el tiempo sabrás no es tan «feliz», como lo su-
 pones, y como deseara que tú lo fueses.

“Luis”

450 Fernando encargó en el mismo día a su dependien-
 te principal que mandase disponer toda la maquinaria
 indispensable para una segunda Filadelfia, cuya factura
 le extendió, y que si alguna cosa le faltaba en los almace-
 nes de la casa, la comprase inmediatamente y que busca-
 se una letra de veinticinco mil pesos sobre Guadalajara
 455 para remitírsela al padre don Luis, a quien le contestó en
 estos breves renglones:

“Te mando, querido Luis, una letra de veinticinco
 mil pesos sobre Guadalajara, para que se dé principio a
 460 la segunda Filadelfia, y dentro de pocos días recibirás la
 maquinaria que destino para el mismo objeto. Mucho
 me ha alarmado la especie con que concluye tu carta nú-
 mero 13, relativamente a tu persona, pues ciertamente te
 creía envidiablemente feliz; ¿qué tienes, querido amigo?,
 465 ¿por qué es menor tu confianza hacia mí? Contéstame
 sobre este particular, desde luego, y no dudes que en toda
 ocasión te probaré que soy tu verdadero hermano.”

DESPUÉS DE LA DESAPARICIÓN de Mauricio, Clara tuvo que multiplicarse para asistir a sus enfermos, y más todavía para que no faltase a toda la familia la subsistencia, porque el jefe de ésta cayó en una casi insensata atonía, desde el momento en que unos conocidos lo levantaron sin sentido en los potreros de Tepito para traerlo a su casa. Clara, ayudada de la mandadera, disponía lo más necesario para los enfermos desde muy temprano en cada día, y salía inmediatamente a empeñar o vender alguno de los pobres objetos que había en la casa, incluyendo la herramienta y aún las tablas de la carpintería, la cual desde entonces quedó cerrada. Mas aquellos cortos recursos pronto se agotaron sin que el carpintero hubiese vuelto al uso expedito de sus facultades, pues muy al contrario, con la inacción le reaparecían algunos males ya olvidados, que hicieron de él un ente inútil y gravoso. La mandadera, cansada de la miseria y de no recibir su sueldo, se despidió a la sazón en que Rosita comenzaba a convalecer; de suerte que mientras Clara salía a hacer los últimos esfuerzos para adquirir la miserable subsistencia de todos, Rosita cuidaba de los ancianos y de ella misma. Clara no desmayaba y se mantenía como un ro-

5
10
15
20

ble; pero no basta hallarse con buena salud y fortaleza, especialmente siendo mujer para adquirir lo necesario a la subsistencia, y, por tal motivo, comenzó a poner en práctica un arbitrio que no quiso consultar a Rosita. Visitaba sucesivamente algunas familias que le eran conocidas desde que vivía el señor Dávila, y después de sufrir humillaciones o antesalas de parte de los domésticos, exponía a los amos la situación a que había llegado Rosita.

—¡Pobrecita! —le contestaban las señoras más compadecidas—; nosotras bien decíamos, que tanto boato y tan grande lujo nunca había de parar en bien.

—Ella no tenía la culpa —replicaba tímidamente Clara—, obedecía a su padre y...

—Pues, hija mía, sentimos en el alma la situación a que ha llegado esa pobre niña, dígaselo usted así; pero desgraciadamente nosotras estamos casi lo mismo y, como las circunstancias actuales son tan malas... nada podemos hacer por ustedes.

Las más caritativas solían sacar de su gasto uno o dos pesos que recibía humildemente Clara y con los cuales iba gozosa a prolongar uno o dos días la miserable existencia de sus padres y de su amiga.

Esta situación que ya era demasiado amarga, vino a complicarse por la demanda inconsiderada, y podemos llamarla impía, del casero que, cansado de esperar los cortos plazos que al principio fue concediendo para el pago de tres meses de renta que se debían, acudió a la justicia, a esta justicia humana que con razón la pintan ciega, porque necesita muchas veces vendarse los ojos para no conmovirse ante las iniquidades que autoriza.

Llevaron la cita por la tarde y se la entregaron a Rosita, porque Clara estaba en la calle; cuando volvió se sorprendió de ver a aquella más triste que lo de costumbre, aunque muy afanosa componiendo la casa.

—¿Qué tiene usted, Rosita? —preguntó Clara, haciéndole un cariño.

Rosita comenzó a llorar. Clara la abrazó suplicán-
dole le dijese lo que había sucedido; entonces le entregó
aquella la tira de papel en que estaba el mandato judicial,
concebido en los siguientes términos: 60

“Don Antonio Nájera compadecerá en éste de mi car-
go, mañana a las diez, a contestar la demanda que en jui-
cio verbal le promueve el mayordomo del convento de...
don Justo Amable, sobre pesos y desocupación de casa,
apercibido de sentencia en rebeldía si no concurre.” 65

Seguía la firma del juez y después esta nota: “Segun-
da cita”.

—¡Nos van a echar de la casa! ¿A dónde nos iremos,
Clara? 70

Ésta, que para todo era expeditiva, sintió terribles ca-
lofríos al pensar que era un negocio de justicia el que las
amenazaba. Volvió a leer el papel y le dijo a su amiga:

—¿Pero por qué dice aquí “Segunda cita”? 75

—Será para echarnos más pronto.

—No será así, porque yo iré mañana a ver al juez y
le diré: Señor juez, no hemos recibido primera cita, y así
mande su merced...

—¡Qué su merced! —interrumpió Rosa—, ahora ya no
se usa decir su merced. 80

—Pues usía.

—Usía, pase.

—Mande usía que nos lleven la primera cita (por-
que donde hay segunda debe haber primera) y que reco-
nozcan a mis padres que se hallan enfermos, para ver si
es posible que nos mudemos; y luego ¿a dónde?, dígame
usía, ¿a dónde me mudaría no teniendo otra casa? 85

—Con todos tus alegatos creo que nos pondrán en
la calle. 90

—No lo creas, Rosita, yo me opondré hasta el último
momento. Además, esta casa es de convento de monjas,
es decir, de una reunión de cristianas perfectas y no es
posible que éstas hayan dado orden para que arrojen a

95 la calle a unas pobrecitas como nosotras, cuando deben dar ejemplos continuados de amor al prójimo. Todo esto le haré ver al juez y también al mayordomo.

Rosita, no dándose por convencida, suspiró dolorosamente.

100 Clara concluyó de preparar la cena, hizo que sus padres la tomaran, lo que también verificó Rosita, vencida por el apetito que suele traer la convalecencia, fingió ella misma que cenaba, pero ni cenó ni durmió, pensando en la terrible entrevista que debía tener con el juez. Sa-
105 lió en la siguiente madrugada a traer lo necesario para el desayuno, se aseó en lo posible, se puso un tapalillo, prenda de lujo que había reservado para lances como el que se le presentaba y estuvo muy pendiente oyendo las horas para ir con oportunidad al juicio. Cuando dieron
110 las nueve y media se encomendó a la Virgen de Guadalupe, única imagen que quedaba en la casa, porque había vendido hasta los santos, y se fue a la del juez, que en la misma cita estaba señalada.

Desde luego fue muy bien recibida por éste, cuyo aspecto tanto había temido, y encontrándose con cierta libertad inesperada, le dijo cuanto creyó que convenía al buen éxito de su negocio. Clara, casi triunfante al observar la benevolencia del juez, pensaba ya que los negocios de justicia humana no son tan terribles como se los había
115 figurado, cuando entró en el juzgado don Justo Amable, armado de unos anteojos azules, arreglándose la peluca, que algo se había descompuesto al quitarse el sombrero, disculpándose de su tardanza.

120 Era éste un hombre chaparro, obeso, sin pelo de barba porque iba completamente rasurado, dejando ver unas mejillas abultadas y algo colgantes, de un blanco enfermizo; la nariz chata, los ojos verdes y pequeños, muy vi-
125

106 *tapalillo*: "tápalo. Chal, mantón, rebozo con que se tapan el rostro las mujeres" (DM).

vos, que cubría con los anteojos, la frente muy grande, por no tener límite conocido hacia la parte superior del cráneo, enteramente calva, pero tendida, lo que daba a su fisonomía la apariencia del gato; finalmente, la parte posterior de la cabeza ancha hasta la nuca. Este hombrecillo, cuya pronunciación era enteramente española, en cuyo semblante dominaba sucesivamente la audacia o la hipocresía, según las circunstancias, y cuya fama era muy equívoca, fue el que entró al tiempo que Clara se creía tan asegurada, haciendo caravanas a los escribientes, fue a apretar la mano del juez y fingió que no ponía la menor atención en Clara, quien sintió hacia él una instintiva repulsión, aun antes de saber que era su contrario. 130 135 140

—Santos y buenos días, señores; ¿despacharemos pronto, señor juez? ¿No ha venido nuestro hombre? Mejor, nos ahorraremos todo de una mortificación, porque lo es ciertamente oír la relación de las miserias en que viven nuestros artesanos; pero ellos tienen la culpa, viciosos, informales, creen que no deben pagar la habitación que se les proporciona, sin acordarse de que las pobrecitas monjas no tienen otra cosa de que vivir sino del producto de sus fincas. Con que el señor juez que nos hizo favor de darnos desde luego segunda cita, se servirá sentenciar en rebeldía... 145 150

El juez conocía de antemano a don Justo, y sabía que detrás de aquella verbosidad en que tan pronto habían salido a figurar las pobrecitas monjas, había suma dureza e hipocresía. 155

—Esta señorita —le dijo— es hija del demandado.

—¡Ah!, su hija. Perdone usted señorita —y le dirigió sus terribles anteojos azules, a través de los cuales nadie pudo percibir una mirada libidinosa, desprendida de aquellos ojillos verdes que quedaban ocultos y cuya fatal influencia seguramente sintió Clara, porque experimentó un malestar indefinible, y su antipatía hacia el mayordomo creció desmesuradamente. 160

—Ha manifestado –continuó el juez– que tiene va-
 165 rios enfermos en su casa, entre ellos a su padre, que se
 halla enteramente impedido de trabajar...

—El señor juez –contestó don Justo poniendo una
 carilla algo compungida y seráfica– observará que la se-
 ñorita no tiene “personalidad”.

170 —¿Qué dice usted, señorita?

Clara había ya perdido su aplomo y había olvida-
 do cuanto tenía que decir, por lo que repitió maquinal-
 mente:

—¡Personalidad!, yo no sé que es eso.

175 —¿No tiene usted, poder, señorita? ¿Ni siquiera una
 carta para venir al juicio en nombre de su padre? –le dijo
 un anciano que estaba allí por otro negocio y que, com-
 padecido de ella, quiso ayudarla.

180 —No tengo nada, ni le he avisado siquiera, porque ha-
 bría reagravado sus males, casi está loco... desde la muer-
 te de mi hermano.

—Lo ve usted, señor juez, está usted en el caso de fa-
 llar en rebeldía... porque la señorita no tiene personali-
 dad... ni podía tenerla, porque es bien sabido que las mu-
 185 jeres no pueden comparecer en nombre de otro, *feminae
 ab omnibus officiis civilibus remotae sunt*.

—De manera –dijo Clara, ahogándose de la congo-
 ja– que una hija nada puede hacer en un juicio en defen-
 sa de su padre impedido.

190 —¡Nada! –contestó del modo más estoico don Justo.

—Y si por sacar a su padre enfermo de una miserable
 vivienda, le sobreviene un grave accidente, ¿su hija no
 puede hacerlo presente a la justicia...?

—La justicia no ve, mi querida señorita, sino lo que

169 “personalidad”: Como más adelante se aclara: “Representación legal y bastante con que uno interviene en un juicio” (DUE).

185-186 *feminae ab omnibus officiis civilibus remotae sunt*: Las mujeres han sido alejadas de todos los asuntos civiles.

está en el papel *secundum acta et probata*: aquí no consta sino que un propietario pide su casa, que usted llama miserable vivienda, a un inquilino que no paga y que legalmente no se presenta a responder; estamos, pues, señor juez, aunque yo lo siento muchísimo, en el caso de sentenciar de rebeldía. 195

Un largo silencio siguió a estas palabras dichas con cierto énfasis, como lección aprendida de memoria, pudiéndose conocer que el juez y todos los circunstantes, excepto el mayordomo, participaban de la angustia de Clara; entre tanto, don Justo Amable jugueteaba con los sellos de su reloj y tosía dándose una importancia ridícula. 200

Clara, en medio de su turbación, conoció, como todos los que se hallaban presentes, que el hombre que la atormentaba, entre otros defectos tenía el de la vanidad, y armándose de resignación, tomó un tono humilde, dejó caer su tápalo al hombro y enseñó, como al descuido, sus hermosas trenzas y los graciosos contornos de su cuello, y le dijo: 210

—Señor don Justo, tal vez he hecho mal en llamar miserable vivienda una casa en que por la bondad de usted vivimos sin pagar hace algunos meses... 215

Don Justo tosió o, más bien, gruñó, poniendo el gesto más amable que pudo, como el gato que echa el malacate, o como el cerdo que se decide a perseguir a la hembra. Clara continuó: 220

—No le pido a usted, señor don Justo, que nos permita vivir en ella para siempre, sino que espere unos días, siquiera mientras se alivia mi padre.

El juez, traspasando el límite de sus funciones, dijo al mayordomo: 225

195 *secundum acta et probata*: Según los hechos y las pruebas.

219-220 *como el gato que echa el malacate*: como el gato que echa su red, su señuelo.

—Vamos, señor don Justo, sea usted generoso; ¿dónde podría llevar esta señorita a sus padres si se decretase la desocupación? Las monjas que usted representa son
 230 demasiado ricas para necesitar el que sea lanzada esta infeliz familia de la casa en que vive. Señor don Justo, un plazo, dé usted un plazo, de lo contrario...

El mayordomo conoció que era el momento de echarla de generoso. Había estado recreándose en la atractiva
 235 figura de Clara, y cualquiera que fuese el giro del asunto, había ya tomado una resolución.

—A mí no se me puede hablar de aflicciones —dijo—, sin que desde luego me enternezca; ¿qué quieren ustedes? soy así; verdaderamente no sirvo para los negocios
 240 y por esto mando casi siempre un apoderado. Señor juez, tenga usted la bondad de mandar poner una nota en el expediente para que conste que queda en suspenso a la voluntad del actor.

Así que se aseguró don Justo Amable de que se había
 245 puesto la constancia tal cual había indicado, haciendo ver las muecas a los que se hallaban presentes, se despidió, y Clara hizo lo mismo dando las gracias, casi llorando, al juez y al anciano que le había explicado lo que era “personalidad”.

Don Justo, que sabía perfectamente cuál era el camino que debía seguir Clara para llegar a su casa, se adelantó hasta la contra esquina de Santa Catarina, donde se
 250 puso a leer un bando, divisando entre tanto a Clara que, al llegar a dicha esquina, se apresuró a variar de acera con objeto de ganar pronto la calle de la Amargura; pero
 255 don Justo le salió al paso como de casualidad y le ofreció el brazo. Clara creyó que se le oscurecía la calle y, aunque deseaba negarse a llevar tal compañero, no se atrevió a ello, acordándose que podía hacer cuando quisiese que
 260 continuara el juicio. Tomó, pues, el brazo que se le ofrecía, como si tocara una serpiente, y fue a dar a Rosita la noticia de que podían continuar en la casa.

Su amiga le esperaba con la mayor inquietud y, creyendo que abreviaba el momento de saber el resultado, había salido por la primera vez al balconcito que tenía la casa, para adivinar el resultado por el semblante que pusiese Clara. 265

—¿Qué calle es ésta? —se había preguntado a sí misma; no la conocía absolutamente. Enseguida, diviso para la esquina, distinguió el azulejo en que están puestos los nombres de las calles y leyó “Amargura”. ¡Qué bien le conviene su nombre! —dijo. En aquel momento le pareció distinguir a Clara que daba vuelta a la misma calle viniendo de la del Puente de Santo Domingo—. Pero ¡qué veo!, no viene sola; ¿habrá buscado alguno de nuestros antiguos amigos para que la acompañase al juicio? Tal vez viene con el señor Hénkel... ¡Oh!, ¡no es conveniente que me vea así! —Y se echó a sí misma una mirada que la desconsoló mucho; pero armándose luego de resolución—: ¡venga quien venga —exclamó— es necesario que me vea tal cual estoy ahora! 270 275 280

Pocos momentos después entraron a la casa Clara y don Justo Amable. Ya sea que Rosita por haber consentido en que el acompañante de aquella fuese un antiguo amigo o que la ingrata fisonomía de don Justo por todas partes sembrase antipatías, éste no recibió de la huérfana, en cambio de su saludo muy ceremonioso, sino una acogida glacial y desdeñosa. 285

—Clarita —dijo don Justo—, no me había usted dicho que tuviese una hermana tan... tan simpática. 290

Rosita frunció el entrecejo y, extrañando la especie de familiaridad que la palabra “Clarita”, dicha con una voz aguda, parecía indicar entre ésta y el recién venido, hizo a aquélla una seña imperativa sin cuidarse de la presencia de don Justo para que la diese explicaciones. 295

Clara obedeció como deseando descargarse de un gran peso y le refirió cuanto había pasado.

—¿Quiere decir que estamos absolutamente a merced de este señor?

—Señorita –contestó el mayordomo inclinando la cabeza y mirando a Rosita por arriba de los anteojos–, yo celebro infinito haber tenido la inspiración de suspender el negocio de la desocupación, pues nunca me perdonaría el causar el menor disgusto a tan dignas personas.

Rosita estuvo a punto de creer que su antipatía era infundada e iba ya a contestar de un modo más cortés; pero advirtió algo muy siniestro en aquel hombre cuyos ojillos verdes y relucientes parecían untados de aceite, y las palabras expiraron en su garganta.

Don Justo, como hombre versado, sabía por experiencia propia que hay tiempos de acometer y tiempos de retirar; y para quitarse de la presencia de Rosita o tal vez para dar principio a un plan que ya se había formado, pidió a Clara que le presentase con sus padres, a lo que ésta accedió, esperando que la situación miserable en que se hallaban conmoviera tal vez su corazón.

Al salir don Justo de la recámara con Clara, la dijo con voz conmovida:

—Es muy lamentable el estado que guardan y lo peor es que no pueden tener los auxilios necesarios... no digo esto por la desocupación de la casa, que ciertamente no se verificaría en mucho tiempo siuviésemos que esperar el alivio de los señores, pues para este caso puedo facilitar a ustedes otra viviendita de menos renta... sino porque aquí no podrán curarse.

—¿Pero qué podremos hacer, señor don Justo?

—¡Oh!, esto es muy fácil, hay establecimientos en que se atiende a los enfermos mejor que si estuvieran en su casa, por una módica pensión.

—Nosotras no tendríamos con qué pagarla.

—Ya he dicho a usted Clarita, que en oyendo yo hablar de aflicciones...

—¡Muchas gracias, señor don Justo! Pero yo nada puedo aceptar sin consentimiento de mis padres. 335

—Propóngaselos usted, y acaso el deseo de recobrar la salud los moverá a aceptar mi ofrecimiento; en todo caso no deje usted de decirles que he prometido ya esta casa y que, aunque quisieran, no podrían ustedes continuar en ella... 340

Observando el efecto que estas palabras causaban en la joven, continuó:

—No hay por qué afligirse Clarita, ya le he ofrecido a usted otra vivienda a la que podrán trasladarse, aunque ciertamente estarán en ella con menor comodidad que en ésta. 345

—Supuesto que es absolutamente preciso el mudarnos...

—No tiene remedio... 350

—Nos trasladaremos a esa viviendita que usted nos ofrece...

—Está algo retirada.

—Tanto mejor, los pobres están bien donde nadie los vea. 355

—Ya he dicho a usted que allí estarán con alguna incomodidad.

—La sufriremos.

—Allí no podrán estar sus padres de ustedes, lo que por otra parte no es un inconveniente, porque va usted a hacerles saber mi oferta de llevarlos al Hospital de Jesús, 360

361 *Hospital de Jesús*. “Hospital de Jesús (Nazareno). Recibe este nombre el hospital ubicado en las calles de Pino Suárez y Salvador, actualmente modernizado y puesto al día como uno de los más modernos, y, sin embargo, es el más antiguo de México, pues proviene del que fundara Hernán Cortés a raíz de la Conquista, bajo el nombre de Hospital de la Purísima Concepción de Nuestra Señora. El nombre de Hospital de Jesús, que en la actualidad ostenta, lo adquirió a mediados del siglo XVIII como consecuencia de una imagen de Jesús Nazareno que fue donada al hospital por una india llamada Petronila Jerónima y a la que se le atribuyeron muchos milagros. En la iglesia anexa se conservan los restos de Hernán Cortés” (DP).

en donde nada les faltará, mientras que aquí no tendrán ni médico, supuesto que el que antes los visitaba según me ha dicho usted ha tenido que salir de México. Mientras sigan así no hay esperanza de que sanen... conque ¡adiós, Clarita!, piensen ustedes lo que más les convenga y sólo les suplico no me dejen en el compromiso en que estoy por haber ya prometido esta vivienda; así me lo han mandado las monjas. Créame usted, si no fuera por esta precisión, ni hubiera pensado en molestarlas con el juicio, que ya sabe usted ha quedado pendiente... Esta noche, si no hay inconveniente, vendré a saber la resolución de ustedes.

Don Justo saludó con el mayor respeto a Rosita, para quien realmente había dirigido toda la conversación, y se retiró. Clara y la huérfana, así que se alejó, se abrazaron llorando. Después de desahogarse de este modo y de consolarse mutuamente, preguntó la huérfana:

—¿Quién es este hombre?

—Don Justo Amable.

—¿El mayordomo del convento de...?

—El mismo.

—¡Ah!, debe ser muy mala persona, porque mi padre me dijo una vez, según ahora recuerdo, que este don Justo y otro mayordomo cuyo nombre se me ha olvidado, le habían hecho entrar en un negocio que tal vez causaría nuestra ruina. Yo que trataba todo con ligereza, al ver que seguíamos viviendo con la misma comodidad, pensé que no habrían sido tan fatales las consecuencias del negocio de que me había hablado mi padre, como por desgracia ahora lo experimento.

NUESTROS LECTORES HABRÁN YA comprendido por qué Rosita y Clara vivían en la calle de Necatitlán, donde Gregorio había llegado a descubrir el objeto de su amor.

Don Justo Amable, amenazando y halagando, había logrado separar a las jóvenes del lado de los padres de Clara, decidiéndolos a entrar en el Hospital de Jesús, con la esperanza grata para todos de su curación. 5

Por un cambio natural en hombres gastados como don Justo, la afición lúbrica, que había sentido primero por Clara, se había pasado gradualmente a Rosita, irritándose y creciendo sucesivamente por los desprecios que de ésta recibía. Al principio sus sollicitaciones habían sido atrevidas, después fueron sumisas y, viendo que eran acogidas con verdadero desprecio, llegó a ofrecer a la huérfana su mano, juzgando en su necia vanidad que ninguna joven de mérito llegaría a rehusarla, pues se figuraba que las repulsas de Rosita eran una fina y calculada coquetería con objeto de asegurar tan ventajoso enlace. 10 15

La casa en que vivían, como hemos indicado, se hallaba en la calle de Necatitlán. En medio del patio se elevaba una corpulenta palma de dátil, planta verda- 20

deramente exquisita en el Valle de México, cuyo clima templado no permite que se multiplique, y en el fondo, hacia la derecha, había un enverjadito de madera, que
25 daba entrada a dos pequeñas piezas bajas que servían para las jóvenes. Clara había hecho trasladar las mace-
tas que le habían quedado por invendibles, y como la primavera había empezado ya a hacer sentir su influen-
30 cia, daban a aquella pobre habitación un aspecto agradable los geranios que empezaban a florear, los mas-
tuerzos y las yedras que iban vistiendo el enverjado, y algunas rosas.

Sin los dolorosos recuerdos que ambas jóvenes ha-
35 cían involuntariamente, su existencia pudiera haber llegado a ser tranquila, que es acaso la única felicidad a que puede aspirarse en la tierra, probando así que lo que se
necesita para sobrellevar la vida realmente es muy poco; pero la huérfana tenía que llorar a su padre y la fortuna
40 que había perdido; y Clara, a su hermano.

Don Justo Amable, aunque las visitaba todas las noches, cosa que mortificaba mucho a las jóvenes, limitaba sus pretensiones a familiarizarse con ellas, proponiéndoles juegos de cartas y sufriendo pacientemente las humillaciones crueles que le hacía sufrir Rosita, siempre
45 que se propasaba a hacerle una insinuación poco respetuosa. Después de estos nublados, todo seguía pasablemente porque Clara había encontrado una casa en que le daban costuras, y Rosita, que al principio tenía gran
50 dificultad para coser siquiera una hora, había ya vencido su delicadeza y trabajaba al igual de su amiga. La posición de ambas, sin embargo, no podría ser más precaria porque don Justo llegaría a enfadarse y las quitaría la casa y, cuando no encontrasen qué coser, tendrían que
55 ayunar, porque su protector con un cálculo verdaderamente diabólico, esperaba que se le rindiera Rosita por hambre. Tal porvenir amagaba constantemente los días de aquellas jóvenes.

Una mañana, precisamente la de aquel día festivo en que Fernando, según hemos visto, fue a San Salvador el Verde, las dos jóvenes se levantaron muy temprano para concluir un túnico, lo que no habían podido hacer en la noche anterior, porque don Justo había prolongado tanto su visita que, rendidas de sueño, habían resuelto acabarlo de madrugada. Esto era tanto más urgente, cuanto que con el precio de la costura habían de comprar el desayuno. Después de más de dos horas de trabajo lo habían terminado, y Clara, cerca de las siete, había salido a entregarlo, dejando enteramente sola a su amiga.

Pocos momentos después entró al enverjado don Justo Amable desatando muy quedo la puerta, que Clara había amarrado por precaución, y se entró sin tocar a la pieza que hacía la salita. Sin duda aquel había previsto que impidiendo a las jóvenes con su presencia concluir su trabajo en la noche, tendría que salir Clara a dejarlo en aquella hora en que ya podía hallarse en la calle el mayordomo, pues más temprano se lo impedía el reumatismo que padecía.

Rosita, como es de suponerse, se sorprendió y aún se indignó de aquel atrevimiento; pero don Justo había contado con la misma exaltación de Rosita que le sirvió de cómoda introducción.

—¡Señorita, no hay que poner esa cara de vinagre; cansado estoy ya de desdenes!

—¿De veras? —contestó con exaltación nerviosa Rosita, acercándose resueltamente al mayordomo y dominándole con la mirada, pues era más alta que él—; ¡no lo ha de estar usted tanto como yo, pues ya sabe, porque se lo he repetido muchas veces, que los beatos me apestan!

El mayordomo se puso más pálido que de costumbre y seguramente sufrió un vértigo porque buscó el apoyo de una silla. Por su desgracia, la silla estaba coja y dio con él en tierra de bruces, aunque sin otro accidente que hacérsele pedazos los anteojos.

95 Rosita pudo entonces contemplar el rostro de su pre-
tendiente, sin careta, pues los anteojos le servían al efecto
tan bien, que realmente hasta entonces podía asegurar la
huérfana que no le conocía, por cuyo motivo experimen-
tó algún miedo que antes no le había aquél inspirado, al
100 observar que los ojillos verdes del mayordomo la seguían
por todas partes, y aun la causaban una penosa fascina-
ción como si tuviese delante de sí una víbora enojada.

—Hasta ahora he sufrido pacientemente cuantas hu-
millaciones ha querido usted ejercitar en mí, pero estoy
105 ya resuelto a ponerles término.

Rosita, haciéndose superior al miedo que experi-
mentaba, le dijo con socarronería:

—Hay un modo muy fácil y que depende de usted
solo.

110 El beato equivocando el sentido de lo que decía la
joven, contestó:

—Ya se lo he propuesto a usted varias veces, pero us-
ted me ha desairado siempre.

—¿De qué cosa habla usted?

115 —La he ofrecido a usted varias veces mi mano, que
otras personas no hubieran dejado de aceptar pronta-
mente.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, si yo me refería a otra cosa más fácil.

—¿Más fácil dice usted? ¡Será posible!

120 —Sí, muy fácil, porque consiste en que usted no
vuelva a poner un pie en esta casa.

—¿Olvida usted, señorita —replicó lleno de cólera el
mayordomo, empinándose sobre las puntas de los pies—
quién es el que la paga?

125 Rosita sintió que le subía la sangre a la cara; pero
dominando la vergüenza que le causaba aquel reproche,
dijo al mayordomo:

—Es usted un reptil inmundado, por más que se em-
pine para alcanzarme, ¡miserable!; ¿cuatro o seis pesos
130 que habrá usted pagado de renta, cree usted que le auto-

rizan para ser atrevido? Pues se equivoca mucho. Verdad es que le debo a usted esa ratería y esto hace una de mis mayores desgracias, pero yo soy la inquilina y si se atreve usted a faltarme en lo más pequeño, llamaré a los vecinos para que echen a usted de aquí y sepan quién es el hipócrita mayordomo de monjas. 135

—Verdaderamente —dijo éste, cambiando de tono por la amenaza de llamar a los vecinos y mirando tristemente sus anteojos rotos e inservibles que estaban en el suelo—, no sé, “Rosita”, por qué nos hemos extraviado tanto... 140

—Para usted no quiero ni debo ser más que señorita, evite usted por tanto toda manifestación de confianza, que de parte de usted me repugna.

—Pues, “señorita” —dijo el mayordomo mordiéndose los labios—, no sé por qué nos hemos alejado tanto del pacífico objeto que aquí me trajo. Venía yo creyendo dar una grata sorpresa... 145

—¡Ha sido muy ingrata!

—A proponer a usted y a Clarita un paseo a Chapultepec o a Tacubaya; pero ni una silla me ha ofrecido usted ¡Ya se ve! Aquí hasta los muebles me son hostiles. 150

Rosita no respondió, mientras que don Justo reconoció otra silla en que se sentó; pues no podía estar mucho tiempo en pie por sus reumas. 155

—Tendríamos hoy un magnífico almuerzo bajo los ahuehuetes en lugar de pelearnos.

Téngase presente que las jóvenes, por economía, no cenaban y que aquella mañana aún no habían desayunado; todo lo sabía muy bien el mayordomo, pues había atisbado la primera salida de Clara. 160

—Mole de guajolote, frijoles gordos, enchiladas y pulque; o si el gusto no está por lo nacional, ostiones, anguilas, capones rellenos con trufas y algún vinillo, de lágrimas, por ejemplo, hacen una comida succulenta, que vuelve la alegría y quita para mucho tiempo el mal humor. 165

Rosita, para no dar conversación al mayordomo, había tomado los útiles de peinar y se ocupaba en esto dándole la espalda.

170 —Dirá usted, tal vez, que el vestido de luto no se aviene con estas inocentes distracciones; pero México es una providencia sempiterna, a cualquiera hora en casa de una modista se encuentran los trajes que más puedan apetecerse; eso sí, con una condición bien sencilla para las hermosas como usted y es la de hacer buena cara a los que vienen a visitarlas.

—Eso exige otra condición —dijo la joven despechada.

—¿Cuál es?

180 —Que los que vienen a hacerle a uno visitas no tengan la cara de mico.

Don Justo de pálido se puso lívido; pero continuó imperturbablemente.

185 —Después del almuerzo se vendría la señorita en un coche, no tan lujoso ni con blasones como el que usaba en vida de su padre, pero sí con buenos muelles. Dormiría su siesta tomando posesión de una buena casa, la mejor de las que tiene el convento de... pues para alguna cosa es uno mayordomo; cuando despertara se la serviría el té en vajilla de plata, por criados que adivinarían sus pensamientos; después iría al teatro la señorita, porque los mayordomos de mejor fama vamos solamente el domingo en la tarde, volvería a comer opíparamente como en los mejores días que haya tenido; y todo esto verdaderamente en cambio de una bagatela, por consentir el que a su bonito nombre Rosita Dávila se le una “de Amable”.

—¡Del infierno! —gritó con voz terrible la huérfana.

200 Don Justo buscó su sombrero y enseguida la puerta, desde la cual dijo con una socarronería cual suponemos que emplearía el Diabolo cuando teniendo hambre Jesucristo en el desierto y enseñándole varios rei-

nos, le decía: “Todo esto te daré, si me adoras.”

—Creáme usted, Rosita, es mejor esa vida que le propongo a usted y que desde este momento puede realizarse, que estar sin desayuno... —y desapareció. 205

Rosita exhaló un grito desgarrador, se cubrió la cara con ambas manos, como deseando apartar de sí aquella horrible visión y, cayendo al suelo de rodillas en un arranque que parecía desesperación porque era el último esfuerzo de la esperanza, pidió a Dios mitigase sus penas. 210

Muy consolada con aquella rápida oración, fortalecida con el mismo exceso del dolor que ella nunca se hubiera juzgado capaz de resistir, vio entrar a Clara que, siempre que llegaba, manifestaba alegría, haciendo un gesto del mayor enojo, trayendo el mismo bulto que había llevado. 215

—¿Qué te ha sucedido Clarita?

—Me han devuelto el túnico.

—¿Qué tiene? 220

—Le han puesto mil “peros” y me lo han arrojado a la cara.

—Pobre hermana mía, ¡cuánto habrás sufrido!

Clara, sorprendida de la ternura con que le hablaba su amiga, olvidando sus propias penas, le dijo: 225

—Lo que siento es que usted no se ha desayunado y ya han pasado como cuatro horas desde que nos levantamos; y esto sin haber cenado...

—No te apures.

—¡Cómo no me he de apurar, si ya no tenemos qué empeñar! 230

—Empeña el túnico, Dios dirá después.

—Dice usted bien, voy inmediatamente a empeñarlo; aquí en la esquina a la tienda de la Estrella; sólo que lo empeñaré en muy poco para poderlo sacar con lo primero que tengamos. 235

Clara volvió a breve rato trayendo algunos comestibles y se puso a hacer el chocolate.

240 —¿Oyes Clarita? Están llamando una misa en San Salvador, ¿no vamos?

—Si está usted dispuesta, con mucho gusto, desde que vivimos aquí no había usted querido salir.

—No me hables de usted, ¿no somos hermanas?, ¿no estamos padeciendo juntas?

245 —Pero yo no me atreveré...

—Entonces yo tampoco te hablaré así.

—Pues obedeceré.

250 —Sabes, Clara, que sería conveniente me llevases esta tarde a ver a tus padres; desde que entraron al Hospital de Jesús no los he visitado y creerán, tal vez, que soy ingrata.

—Iremos, Rosita; pero no pienses que te quieren menos porque no has ido; todos los domingos me preguntan por ti y tienen mucho gusto de saber que estás muy mejorada.

255 Las dos jóvenes desayunaron con buen apetito y, habiendo acabado de peinarse mutuamente, operación que era algo larga en Clara y muy breve en Rosita, pues como hemos dicho le habían recortado el pelo en su enfermedad, se dirigieron a oír misa en la Capilla de San Salvador.

CÓMO ES FÁCIL ALCANZAR UNA NOVIA
CUANDO SE TIENE UNA ESTRELLA EN LA MANO

SERÍAN LAS OCHO DE la noche de aquel mismo día en que don Justo había hecho su ultimátum, cuando la vivienda de Rosita en la calle de Necatitlán presentaba la escena siguiente:

Las dos jóvenes habían ido a ver a los padres de Clara y los habían encontrado muy aliviados, y creyéndose libres de la visita del mayordomo, se habían puesto a jugar “porrazo” en una pequeña rinconera en que estaba la vela. Una media docena de sillas, que no tenían ya color conocido, completaban el ajuar de la casa. 5 10

—¡Bendito sea Dios! —dijo Clara—, que no ha venido ese posma del mayordomo. Anoche casi acabamos la vela y hoy tendremos que acostarnos temprano. Mira, apenas tiene unos tres dedos.

—¿Y qué has pensado que hagamos —preguntó la huérfana— para sacar el túnico? ¿En cuánto está? 15

—En cuatro reales, no quise pedir mucho por temor de no poder sacarlo después, y me dieron dos reales en dinero y dos en recaudo, de los que apenas nos queda para desayunarnos mañana. 20

8 “porrazo”: “Cierta juego de naipes” (Edell).

—Entonces será mejor que la de hoy, porque comenzó sin desayuno.

—¿Pero qué haremos para sacar el túnico? No nos quedan más que dos prendas que quieran recibir en la tienda, el rebozo de usted...

—¿Cómo de usted?

—Tú rebozo y mi tápalo.

—Empeña el rebozo que al fin es menos necesario, yo no salgo como tú...

En medio de aquella conversación llegó don Justo, diciendo:

—¡Santas y buenas noches, mis queridas señoritas!

Rosita no respondió.

—Pase usted a sentarse, señor don Justo —dijo Clara a quien todavía duraba el contento de haber visto aliviados a sus padres.

—Fue usted a ver hoy, como todos los domingos, a sus señores padres.

—Sí, señor don Justo, y están muy aliviados.

—Lo celebro mucho porque desgraciadamente... ¡ah!, es una mala noticia... pero...

—¿Qué ha sucedido, señor don Justo?

—Nadie está exento de un accidente, yo tengo que ir a Morelia por efecto de una quiebra que allí ha tenido una persona a quien había prestado mi fianza, y como este acontecimiento merma mucho mis cortos recursos, me he visto en la necesidad de retirar la responsabilidad que había dado por la pensión de sus padres de usted...

—Afortunadamente están muy aliviados, los traeremos aquí...

—Debo también decir a ustedes que por ausentarme, según he indicado, he recogido la fianza de esta vivienda. En lo de adelante ustedes verán quién responde por la renta... Todo esto me es muy sensible; pero pónganse ustedes en mi lugar... la caridad, bien ordenada, por casa entra.

—Quién sabe que hagamos, señor don Justo, porque no tenemos fiador; procuraremos pagar la renta cumplida...

—Según me dijo el cobrador, porque esta casa es del Convento de..., no se admite en la mayordomía a ningún inquilino sin fianza ni por un día... les digo a ustedes esto para que con tiempo vean lo que hacen, porque tal vez mañana vendrán a exigirla. 60

Clara y Rosita se quedaron estupefactas, sin responder cosa alguna; a esta sazón se oyó que tocaban suavemente en la puerta del enverjado. Clara salió a ver quién llamaba y, aprovechando este momento, el mayordomo dijo en voz baja a Rosita: 65

—Todavía es tiempo, ¿paz o guerra? 70

Rosita no respondió, admirada de que a tanto llegasen las tramas de los beatos. Don Justo tomó su sombrero, al ver que entraban dos caballeros, y se despidió brevemente, no sin procurar inquirir quiénes fuesen; pero nada pudo adelantar porque Clara, a quien al paso preguntó, le contestó que no los conocía. 75

Tomaron asiento los recién venidos a instancia de Rosita, que los trató desde luego con grandes atenciones, temiendo que viniesen a exigir la fianza de la vivienda, que era lo que más la preocupaba de cuanto había dicho el mayordomo. 80

Nuestros lectores habrán adivinado que los visitantes eran don Abundio Torres y don Fausto Roldán. Ninguno era fuerte en esto de conversar con las damas; así es que Torres creyó cosa muy conveniente empezar por hablar del tiempo, para llegar después al matrimonio y a la consiguiente demanda de que estaba encargado. Roldán, mientras que su compañero preparaba tan diestramente el terreno, sacaba el reloj luciendo su cadena de oro y el anillo que había mandado Fernando se le comprase; pero como no entendía los números de la carátula, volvió a guardarlo tan ignorante de la hora como antes. 85 90

Clara, a quien llamaba algo la atención el de la cadena de oro por cierta vaga semejanza que creía reconocer, le preguntó:

—¿Qué horas tiene usted?

—Hace un rato que estaban acabando de dar los “clamos”; respondió don Fausto, no atreviéndose a mentir en esto de minutos.

100 Rosita echó una mirada triste a la vela que mermaba a gran prisa.

Don Fausto iba con la barba recortada, con el pelo de la cabeza aderezado hacia arriba, pues el peluquero decidió que era lo que más le convenía a causa de lo muy pequeño de su frente; no pudiendo sufrir la corbata, que algún enemigo de la libertad natural sin duda inventó, procuraba ensancharla metiéndose los dedos en el cuello, cuidando después de no olvidar la lección que le había dado don Abundio de ponerse erguido.

110 —Pues, señorita, no extrañe usted nuestra visita —se atrevió en fin a decir don Abundio, dirigiéndose a Rosa.

Ésta se encomendó a todos los santos, creyendo que empezaba el asunto de la fianza. Torres continuó:

115 —Gregorio, es decir, don Fausto Roldán, que es este señor que me acompaña...

El interesado se limpió el pecho y ejercitó la lección de ponerse erguido.

—Desea... desea... diga usted don Fausto “de” Roldan lo que desea.

120 —Que se case conmigo la niña Clarita —dijo éste sin el menor empacho.

El más completo estupor se apoderó de ambas jóvenes, hasta que Rosita, rompiendo el embarazoso silencio que había seguido a la petición y haciendo de madre de familia, preguntó:

—¿Qué dices, Clarita?

—¡Pero si yo no conozco siquiera al señor!

—¡Como no!, recuerde usted que le he mandado cartas.

—¿Usted?

—Sí, doña Clarita; y varias veces la he hablado, aunque de paso; esta mañana... 130

—¡Ah!, ¡si es el payo Gregorio! —exclamó la novia, sin reflexionar lo que hacía.

Don Fausto no se cortó por esto y, haciéndose superior a todo, le dijo: 135

—No lo niego, señorita, era yo el payo Gregorio; mas ahora que Dios me ha dado una mediana fortunilla, he querido tener la satisfacción de ofrecérsela a la persona a quien amo desde la primera vez que la vi.

Don Abundio se felicitaba de la buena salida de su compañero y Rosita se divertía admirablemente con aquella escena; Clara seguramente se disponía a contestar, cuando la pieza quedó completamente a oscuras por haberse acabado la vela, cuyo pabilo se precipitó repentinamente en el cañón del candelero, sin haber dado siquiera el anuncio fatal de lo que llamamos pavesear. 140 145

Don Abundio, que conoció la horrible mortificación en que estaban las jóvenes, se apresuró a poner término a la conferencia, diciendo:

—Señoritas, no se tomen ustedes la molestia de encender vela por nosotros; el objeto de mi comisión está cumplido y sólo pido a ustedes permiso para que el señor don Fausto de Roldán pueda venir libremente a la casa. 150

Rosita contestó: 155

—Creo que en esto no hay inconveniente alguno, aunque debo advertir a ustedes que, siendo Clara hija de familia, nada puede responderse a lo que el señor Roldan solicita sin consultar primero a sus padres.

La licencia para que visitase el novio la casa que tanto había encargado Fernando, estaba concedida, por lo que se retiraron de ella los que habían ido a pedir a la novia. 160

Al día siguiente, los marchantes de la Estrella del Sur que es una tienda que se halla en una esquina de la calle

165 de Necatitlán, se encontraron con la novedad de que había cambiado de dueño.

Efectivamente, un hombre muy decente que a cada momento miraba su reloj, se paseaba de un extremo al otro del mostrador, sin despachar nada; ocupado al parecer en alguna difícil combinación de comercio, pensaba en aquellos momentos cómo haría pasar alguno de los grandes manojos de velas, que tenía allí colgados, al número 3 de la misma calle de Necatitlán sin que se ofendiesen las niñas que vivían en la habitación interior.

175 A don Fausto Roldán, pues éste era el personaje de que hablamos, le pareció que era cosa muy propia de un nuevo dueño pedir al cajero mayor el último balance, que había servido de base al contrato.

Había, no obstante, un ligero inconveniente para que el señor de Roldán, como a sí mismo se llamaba, se impusiese de su contenido, y era que no sabía leer; pero, arrojando con todo inconveniente, tomó el libro y fue a fingir que lo leía, retirándose a un extremo de la tienda, tras de una pequeña celosía, desde donde miraba a todos los marchantes sin ser visto.

185 De repente le dio un gran vuelco el corazón, porque vio entrar a Clara y que llamó al cajero mayor, a quien mostró un rebozo negro, pidiéndole que en cambio de aquella prenda le diese otra que había traído el día anterior y que, si era posible, se le aumentara en algo el empeño aunque fuese en recaudo. El cajero le contestó con muy buen modo, diciéndole que había variado de dueño la negociación y que iba a pedirle a éste permiso para hacer lo que solicitaba. Roldán, que había estado observándolo todo, no queriendo perder tan oportuna ocasión de manifestarse en toda su grandeza, salió al encuentro de su dependiente y le dijo en alta voz:

195 —A esta señorita cuanto pida, sin prenda alguna, haga usted que se le vuelvan las que tenga aquí y despache usted, además, a su casa con el mozo, todo lo ne-
200

cesario para una despensa bien provista, sin olvidar un manojo de velas de la mejor clase, cargándolo todo a mi cuenta particular.

Temeroso Roldán de echar a perder lo que acababa de hacer, en su concepto, muy bien, saludó a Clara, con una rendida inclinación de cabeza, vio la muestra de su reloj y volvió dizque a imponerse del balance, muy satisfecho de haber cumplido la orden que Fernando le había dado desde la noche anterior, cuando fue a comunicarle el resultado de su visita; pero desgraciadamente había añadido la publicidad y, aún, cierta ostentación, que no dejó de mortificar a Clara; pero era tan grande la penuria en que ésta se hallaba, que la idea de proporcionar a Rosita aquella inesperada abundancia de parte de su novio, hizo que la aceptase sin mucha resistencia. En el mismo día tuvo Roldán ocasión de lucir nuevamente su munificencia, porque habiendo ocurrido el cobrador de la casa de la Palma, a exigir a las jóvenes no solamente la fianza de la renta para lo venidero como ellas habían entendido, sino también dos meses vencidos; Rosita, que no consideró conveniente que su amiga pidiese nada a su futuro, salió llena de vergüenza a suplicar a éste le facilitase ocho pesos y su fianza, la cual inmediatamente mandó extender; y, aunque respecto de la firma se ofreció la dificultad de que no sabía escribir don Fausto, todo quedó allanado, firmando por él su cajero.

Roldán no era hombre que se dormía en sus negocios, así es que hablándole a Rosita, cuya influencia en Clara debía ser a juicio de él muy grande, la dijo:

—No es necesario que su “merced”, es decir: usted, se moleste viniendo, pues con un papelito a cualquier hora mandaré cuanto tenga usted a bien pedir, no solamente frioleras como ésta, porque cuanto tiene esta pobre casa es de ustedes. Las personas que como su “merced”, (aquí se le olvidó corregirse) han tenido grandes proporciones, deben experimentar mucha molestia cuando les falta al-

guna cosa y, por lo mismo, con toda confianza, dígame usted cuando vaya a visitarla, o con un papelito, lo que guste, y será servida.

240 Ésta era también orden de Fernando, que había de cumplir en la primera visita, y no creyó don Fausto que se perdía nada anticipándola.

Rosita, profundamente conmovida, de las finezas de aquel hombre, volvió satisfecha a su casa a despachar al casero y sintió renacer toda su noble dignidad cuando pudo decirse:

—Nada debo a ese sátiro que ayer vino a tentarme con sus trufas y su vino de lágrimas.

Ambas jóvenes se pusieron a componer el túnico conforme a lo que Clara recordaba que le había dicho la dueña de él; pero, con grande admiración de entrambas, dieron las doce sin haber adelantado nada, porque toda la mañana la habían pasado charlando del novio, de las ocurrencias de la noche anterior y de la longanimidad del futuro, que tan hermoso contraste hacía con el sátiro (así llamaban a don Justo) quien les había vendido el favor de pagar por ellas la casa sin que hubiera dado un maravedí. En esto se ocupaban cuando llegó un mozo del Hospital, a quien ya conocían, trayendo una carta que leyó Clara. En ella le decía su padre que, habiendo pasado dos meses sin pagar la pensión y no habiendo quien respondiera por ellos, el director le había significado formalmente que saliesen él y la señora para su casa.

265 —¿Qué dices, Rosita, lo que es el sátiro? No sólo no ha pagado la pensión; pero ni ha dado responsiva alguna. ¿Qué haremos?

—Busca en la vecindad un tintero.

—¿Qué vas a hacer?

—A pedir a don Fausto el dinero.

270 —¿Sesenta pesos que importa la pensión de los dos en el tiempo corrido?

—¡Sesenta pesos!

—¿Y si te los niega?

—Eso vamos a ver. No sé por qué el ocurrir a ese buen hombre no me humilla; voy a pedirle sesenta y dos pesos para que traigas a tus padres en coche y para que hoy nos demos un gran día, pues mientras vas por ellos yo me pondré a guisar. 275

Rosita escribía mientras Clara levantaba la costura en que poco habían hecho y buscaba una vecina que se encargase del mandado. Apenas empezaban a hablar las dos jóvenes acerca del atrevimiento de Rosita en mandar pedir la cantidad, cuando ya estaba de vuelta la mandadera trayendo el dinero. Rosita lo contó y encontró que eran setenta pesos, llamó a la vecina y le suplicó que fuese a devolver ocho pesos que venían de más; pero volvió ésta a decir de parte del nuevo dueño de la tienda que su ánimo era completar cien pesos y que por no tenerlos en aquel momento sólo mandaba setenta; pero que en la tarde mandaría el resto. 280 285 290

—¿Sabes, Clara, que te has encontrado un novio como hay pocos?

—¡Y yo le había contestado a todas sus cartas y a todos sus recados que era un payo grosero!

—¿Que quieres?, no siempre se tiene el don de acertar. 295

Clara se fue a traer a sus padres, no sin echar una mirada de curiosidad y también de agradecimiento hacia la tienda de la Estrella del Sur, al pasar por su frente.

El dueño de ella no vio pasar a la poblanita, ocupado en decirle a su cajero: 300

—Aunque le dije a usted esta mañana que cargase a mi cuenta particular lo que pidiera doña Clara Nájera o la señorita Dávila, apunte usted esto en la cuenta del señor don Fernando Hénkel.

—Está muy bien. 305

—Se me olvidaba decirle a usted que, en lo sucesivo, seremos socios. ¿Cuánto tiene usted de sueldo?

—Una friolera, veinticinco pesos mensuales.

—¿Y el otro dependiente?

310

—Quince.

—Pues en lo sucesivo, además de su sueldo, tendrán una parte de las utilidades.

Sacó enseguida don Fausto de su bolsa un papel en que había escrito Fernando lo que debía convenirse con los dependientes y, dándoselo a su futuro socio, le dijo:

315

—Lea usted, éstas son las condiciones: “Los dependientes deben tener parte en las utilidades capitalizando su sueldo actual a razón de seis por ciento anual, porque el capital moral que de esta operación resulta, junto con el capital físico, son los que producen las ganancias, y como el sueldo mensual de los dependientes, así como el jornal de los trabajadores más pobres, es un verdadero anticipo de ganancias, al repartir éstas, en proporción de los capitales morales o físicos, debe rebajárseles a los socios lo que se les haya dado en efectivo o en gastos para su individual subsistencia.”

320

325

—¿Qué le parece a usted? —preguntó Roldán a su dependiente.

330

—Señor, yo pensaba dejar la casa si no se me adelantaba el sueldo; pero, con la propuesta que usted me hace, continuaré con mucho gusto, pues aunque las ganancias que deban tocarnos como socios industriales deban ser poco considerables sobre nuestro sueldo y gastos de subsistencia, el carácter de socios nos dará satisfacción en el trabajo y aumentará forzosamente nuestra dedicación y cuidado y hará que veamos la negociación como propia.

335

Cuando esto decía el primer dependiente, ya el segundo se le había reunido para apoyar lo que manifestaba. El propietario, dándose cierta importancia, terminó la conversación repitiendo lo que varias veces había oído decir a Fernando.

340

—Todos podemos alcanzar un poco de bienestar, ayudándonos mutuamente; yo no soy avaro, señores; el avaro tiene que seguir una lucha eterna, hasta consigo

mismo; yo confío enteramente en ustedes y, supuesto que hay un modo de reunir los intereses de todos, no seré nunca el primero que rompa nuestra asociación. 345

Don Fausto pasó a la trastienda para reconocer las existencias de efectos, mientras que el segundo dependiente preguntaba al primero: 350

—¿Qué el amo no sabe escribir?

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque no firmó la fianza.

—Yo no sé...

—Creo que tampoco sabe de comercio, ¿no vio usted que, ahora que vinieron a ofrecer frijol, no examinó la muestra sino que se la pasó a usted? 355

—Pero ninguna de estas circunstancias hará que cuidemos menos de la negociación; ya ve usted, somos socios y no simples dependientes. 360

—Ciertamente, y yo le aseguro a usted que si no fuera por el ofrecimiento que nos ha hecho, me daría mucho disgusto estar trabajando en favor de un ignorante, como tantos amos que he tenido.

—Por ahora, sepa o no sepa —replicó el primero— nada absolutamente nos toca, supuesto que él es socio capitalista y nosotros socios industriales. 365

SEXTA PARTE

LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS
(CONTINUACIÓN)

LA SIGUIENTE FUE RECIBIDA por el maquinista en persona de manos de un viajero que venía de Sayula y que fue a buscarlo repetidas veces al almacén hasta que logró encontrarle.

No tenía número ni fecha, decía así: 5

“Sr. D. Fernando Hénkel.

“Hermano mío predilecto:

“Adjuntas a esta carta recibirás unas preces que dirijo a su Santidad, y te suplico que, valiéndote de personas influyentes, hagas que se recomienden a nuestro encargado de negocios en Roma, para su pronto y favorable despacho, expensando liberalmente y con anticipación los gastos que pueden originar. 10

“Necesito explicarte su contenido depositando en tu amistad algunos íntimos y aun secretos pormenores, que solamente a ti puedo comunicarlos, contando con la exquisita eficacia de la persona que te ha de entregar esta carta, la cual, por precaución, dejaré sin firma y sin fecha. 15

20 “Por mucho tiempo, y aún pasados los primeros
veinte años de mi vida, experimenté tal adormecimien-
to de mis sentidos, una ausencia tan completa de deseos
inquietantes, que juzgándolo como un signo de mi vo-
cación, abracé el estado eclesiástico y llegué a los altares
25 del Señor, después de mis cortos estudios, con mi alma
tranquila, con mi cuerpo puro.

“Los primeros ecos mal sonantes que tocaron mis oí-
dos y aun llegaron a mi corazón con una extraña nove-
dad los causaron las fervorosas revelaciones que algunas
30 jóvenes inocentes fueron a hacerme acerca del estado de su
naturaleza. Sorprendido de sus narraciones animadas, lo
que más profunda sensación me causaba al principio era
la viva satisfacción que manifestaban al hacer sus minu-
ciosos recuerdos y la pertinacia con que volvían a caer en
35 sus mismas debilidades. No pasó mucho tiempo sin que el
hálito contagioso de semejantes relaciones me causase el
efecto que yo no había temido y que no conocí, hasta que
con espanto pude advertir la exquisita complacencia que
me producía el estar oyéndolas. Lleno de inquietud y de
40 rubor consulté a eclesiásticos de experiencia lo que debía
juzgar acerca de lo que me pasaba y, sin haber obtenido
respuesta alguna satisfactoria ni consejo bueno, me retiré
con el disgusto de haber vislumbrado que mis preguntas
cándidas habían hecho asomar alguna sonrisa y me quedé
45 en la duda de si era por compasión o por burla. Guardé mi
pena y resolví evitar en lo posible confesar personas de di-
ferente sexo, y pensando que fuera de México encontraría
costumbres más inocentes y sencillas, que me pondrían a
cubierto de todo riesgo, pues entonces todavía lo juzgaba
50 remoto, pedí y obtuve sucesivamente las vicarías de Tacu-
baya y de Tepepam, sin dejar de reconocer en ambas que la
naturaleza humana es idéntica en todas las razas, en cada
uno de sus individuos, en todas las posiciones sociales.

“El mal continuaba haciendo estragos, tanto más
55 terribles cuanto que no era ya su simple conocimiento,

sino que era además una profunda conmoción en todo mi ser, penosas aunque involuntarias fantasías que me perseguían sin darme tregua, que marchitaban mi existencia y me robaban mi natural alegría. Para contrariar esta tendencia huía de la sociedad, me mortificaba de mil maneras, sin llegar a obtener resultado alguno favorable, sino cuando lo rudo de los trabajos físicos que me imponía, o que a veces mi ministerio exigía, rendían mi cuerpo. Pero este respiro era de poca duración, porque el mal renacía con la luz del día, y no pocas veces venía a arrebatarme la tranquilidad de la noche.

“Tal era el estado en que me encontraba cuando, llevado del deseo de divertir mis dolores, disminuyendo en parte los ajenos, te conocí en San Miguel Xicalco.

“¿Juzga cuál sería el perjuicio que me causarás, cuando me hacías tan apasionadas relaciones acerca de tu amor a Rosita? Yo, en cambio, tuve desde luego la mayor compasión por tu desgracia, figurándome que por haber dado rienda suelta al deseo y concentrado todas tus afecciones en un objeto, debías sufrir infinitamente más que el pobre sacerdote que no luchaba sino contra su propia imaginación por habersele convertido en su más implacable enemigo, y a la cual pensaba que llegaría a dominar en el transcurso de pocos años, luego que se agostase la flor de mi primera juventud. ¡Cuánto me equivocaba!

“Vinimos a fundar la Nueva Filadelfia y al principio alcancé algún alivio; no oía yo confesiones, tú me hablabas menos de Rosita y el trabajo corporal era bastante fuerte para rendir al cuerpo. Comenzaron a llegar familias a la Asociación, las reunía por la noche y vigilaba sus juegos inocentes; sorprendía a veces miradas ardorosas entre jóvenes de diferente sexo, observaba la predilección y el disimulo con que se buscaban, la tristeza de que daban repetidas muestras cuando no estaban cercanos, el gusto cuando se reunían, volví a recibir las confidencias de las madres o de las mismas jóvenes que,

impregnadas de una atmósfera de irresistible seducción, me arrojaron de nuevo al abismo de mis tormentos. Buscaba mi lecho solitario lo más tarde posible, para llenarlo
 95 como David con mis lágrimas, recordando la historia de Betsabé como una peligrosísima incitación, y me levantaba primero que nadie procurando dar una tranquila expresión a mi rostro descolorido, a mis ojos enrojecidos, y moderar la violencia que empezaba a introducirse
 100 en mi carácter.

“Todos mis esfuerzos han sido inútiles: el invierno me atormenta lo mismo que el verano, el sueño me tortura como la vigilia, sufro lo mismo a la luz del día que en las tinieblas de la noche; pero, sobre todo, cuando
 105 viene a herirme directamente la tranquila existencia del padre de familia que, rodeado de sus hijitos y de su compañera, se retira de la Rotunda a descansar de los trabajos del día, y cuando siento el abrazo inocentemente apasionado que suelen darme las jóvenes al despedirse, y
 110 que yo no puedo rehusar sin alarmarlas, corre por todo mi cuerpo un sudor congojoso, anunciándome que va a comenzar lo más rudo de mis sufrimientos. ¡Ah!, ¡Fernando!, si supieras que esa vaga e indefinible sensación que siempre produce la vista de los campos y el ruido misterioso de la selva se ha vuelto para mí ocasión de
 115 fervientes deseos, porque viene a recordarme que estoy solo, me volverías la gran compasión que te tuve, porque ahora envidio la suerte de todos los padres de familia. ¡Ah!, ¡de qué manera tan terrible me ha mostrado el Señor que al decir en el Paraíso: «Conviene que el hombre no esté solo.»¹ ¡Hablabla con los hombres de todos los
 120 tiempos y condiciones!

¹ Gn 2 18: *Dixit quoque Dominus Deus. Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adiutorium simile sibi* [N. del A.].

“Me ocurre a veces la idea de huir de la Asociación, pero esto no me es posible estando tú ausente. ¿Y a dónde podría ir, si dentro de mí mismo llevaré el origen de mi sufrimiento? 125

“Mi cruel situación se ha hecho muy pronto insostenible, porque mis deseos, que no eran definidos, hallaron un objeto en quien fijarse creado en un sueño, por mi implacable imaginación. ¡Oh!, si pudiera describirte cuántas son las perfecciones de esta imagen, de este ser que, como si fuera mi sombra, me sigue a todas partes, comprenderías por qué tu desgraciado amigo se encuentra al presente pálido, enflaquecido, sin poder dormir sino poquísimas horas de la noche, casi siempre de pésimo humor y con otros sufrimientos físicos, como jaquecas, dolores de estómago, etcétera, etcétera. 130 135

“Un estado tan alarmante no se ha escapado a la solícita ternura de mi madre, quien hablando días pasados con su nuevo hijo Ulseman le manifestó toda la pena que le causaba el verme sufrir. Esta conversación que me ha referido Ulseman, fue pocos días después de que tuvimos aquí varios casamientos, a la vez que se verificó el de Laura, desde cuyo tiempo mi sombra, mi ídolo y mi tormento se ha hecho verdaderamente implacable. Mi nuevo hermano no fue muy reservado con mi madre, al juzgar de mi enfermedad, pues la dijo que yo no tenía más que un remedio, el casarme. Al principio, mi piadosa madre se alarmó mucho más del remedio que de la enfermedad; pero habiéndole explicado Ulseman que el Santo Padre solía conceder permiso para que los sacerdotes se casen, le instó mucho para que me lo insinuase. Yo había pensado ya en este mismo medio, porque en la horrible situación a que he llegado, mi mayor temor, y puedo asegurarte, casi el único, es el de ser vencido alguna ocasión en tan rudo combate y dar un escándalo en esta Asociación cuyas virtudes severas forman el fondo de conducta en todas las familias. ¿Qué sería de mí si, 140 145 150 155

después de haber inculcado la más estricta moralidad,
 160 que hasta ahora no se ha quebrantado con un solo caso
 grave, viniese a desmentirla con los hechos? ¿De qué
 modo podría restablecer la sencillez y, al mismo tiempo,
 el respeto con que ahora me tratan todas las jóvenes, si
 llegasen a ver cambiado su pastor en lobo? He pedido
 165 continuamente al Todopoderoso la muerte antes que pa-
 sar por la vergüenza de la relajación de uno de mis votos,
 pero no me ha concedido tal favor y ocurro por esto al
 único camino que me queda para salir sin macha de mi
 desventurada situación, en que no recuerdo tener otra
 170 culpa que ser hombre.

“Entre los documentos que se acompañan a las preces,
 encontrarás los certificados de varios facultativos de Gua-
 dalajara, que dan a mi petición un pleno fundamento.

175 “¡Mi querido Fernando!, con cuánto dolor he reco-
 nocido en medio de tormentos verdaderamente infer-
 nales, aquella sublime sentencia de San Pablo: mejor es
 casarse que quemarse.²

“Y luego, el mundo califica tan ligera, tan limpia-
 mente la conducta de algunos sacerdotes. ¡Si supieran
 180 cuánto sufrimos!...

“A Dios, amigo mío, el más amado de mi corazón;
 guarda en lo más recóndito las dolorosas confianzas de
 tu amigo, que espera verte feliz, al lado de tu Rosa, sin
 que compres tu dicha a precio tan caro como yo deseara
 185 adquirirla...”

Inmediatamente que Fernando leyó esta carta, se
 apresuró a cumplir el encargo de su amigo, remitiendo
 a Roma las preces y haciendo entender, por medio
 de otras personas, a nuestro encargado de negocios en
 190 aquella corte que, además de la fuerte suma que se po-
 nía a su disposición, se pagaría cualquier otro gasto a

² 1 Co 7, 9: *Quod si non se continent nubant. Melius est enim nubere quam uri* [N. del A.].

fin de que se despachase la petición pronta y favorablemente, lo que varios sujetos versados en estos asuntos le aseguraron que se verificaría infaliblemente con la cantidad remitida.

II

EL PUEBLO DE ALMOLOYAM^{1*}

HEMOS LLEGADO A MEDIADOS de abril de 1848. Una alegre cabalgata atraviesa la pequeña distancia que media entre el pueblo de Santiago Tianguistenco, de donde ha salido, y el de Almoloyam a donde se dirige. A la derecha del camino se divisa un lago naciendo a raudales de derredor de un pequeño cerro, en que se halla situado el último de dichos pueblos; a la izquierda y al frente terminan el horizonte altas montañas teñidas de azul y coronadas de nubecillas blancas que caminan al occidente, suavemente impulsadas por la brisa de la mañana. 5 10

En el pequeño valle formado por la falda de estas montañas, se mira a los labradores seguir a los pesados bueyes que trazan hondos surcos para allegarle tierra al maíz que, fecundado por la primavera, ostenta sus hojitas en figura de gallardetes, formando líneas paralelas 15

1 Significa un lugar en que brota el agua a borbotones [N. del A.].

* *Almoloyam*: "Almoloya del Río, municipio de México. Límites: Atizapán, Texcalyaca, Tianguistenco y La Isla. Es una región llana, de él salen las fuentes que originan el río Lerma" (*DP*).

color de esmeralda, que van a confundirse con la vegetación de los montes.

20 Los de la comitiva manifiestan la mayor alegría y cruzan rápidamente por el frente de las cabañas, causando primero inquietud y después admiración en el ánimo de los pastores que salen a contemplar a dos lindas jóvenes que pasan a galope, seguidas de muchas gentes. La una va en un caballo retinto golondrino que
25 ufano de la carga que lleva levanta con arrogancia la cabeza, sacude su ensortijada crin, pasea sus grandes ojos por el campo y relincha de alegría sin abandonarse a los retozos que acostumbra cuando lleva a su amo, porque al parecer conoce los miramientos que debe guardar a la delicada persona que conduce; junto de esta
30 primera joven va otra en un caballo alazán tostado, de la misma alzada y fuerza que el primero, pero más reposado, aprieta la carrera cuando el retinto avanza y, si éste se detiene, no pasa adelante. En pos de estas jóvenes, que llevan trajes de montar muy elegantes, siguen
35 varios jinetes entre los que sobresale la efigie adusta de un americano, que va galopando pesadamente en un frisón, y cierran la marcha varios coches en que van algunas señoras. El objeto de aquel paseo es presenciar el matrimonio de doña Clara Nájera con don Fausto
40 Roldán, que va a verificarse en la vicaría del pueblecillo de Almoloyam, donde repartirán después los padrinos doña Rosa Dávila y don Fernando Hénkel unos lotes de tierras entre las familias indígenas más necesitadas y meritorias. Esta última noticia se ha difundido por
45 todos los pueblos vecinos y ha hecho que concurra mucha gente pobre que llena el camino, deseosa de presenciar tan inaudito espectáculo. Luego que desde la torre del pueblo divisan la caravana, repican las campanas y llaman a la misa; el vicario, que llega con la cabalgata
50 provisto de la licencia correspondiente para verificar el matrimonio, se apresura a preparar lo necesario, pues

tiene que desempeñar otros actos de su ministerio a grandes distancias y desea estar de vuelta antes de que termine la fiesta. 55

La comitiva llega a una calzada ascendente en que está el pueblo y pasa al son de una música de viento bajo los arcos de tule que los hijos de éste han dispuesto para obsequiar a su benefactor don Fernando Hénkel; se apean los que van a caballo en la casa cural adyacente a la iglesia y esperan la llegada de los coches en que vienen los padres de Clara y otros convidados, para dar principio a la ceremonia. 60

Aquel momento de espera es verdaderamente terrible para la novia, porque la precisa a considerar la gravedad de las circunstancias en que se encuentra. Mientras sólo ha tenido presentes las humillaciones continuadas y el dolor sin tregua que ha experimentado en la orfandad de su compañera Rosita, el enlace con Roldán se le ha presentado como un puerto de salvación; ahora que parece alejada de tan mísera suerte y que ha abierto su pecho a la grata sensación de verse amada en presencia de un sol que todo lo reanima, impulsada de su propia juventud, cuando las flores comienzan a mostrar sus pétalos y los pájaros han dado a sus trinos y a sus escalas esa fuerza tan apasionada, ¿será posible que una novia deje de amar?, no lo sabemos; y lo único que podemos asegurar es que, cuando llevadas Rosita y Clara por los corceles que las conducían llegaron al término de su viaje, la novia, con signos de verdadera inquietud y, aún podemos decir, de espanto, apeándose en el lugar ya dicho y entrando a mudarse vestidos, preguntó a su compañera: “¡Qué! ¿Ya?” 70

Por fortuna el tiempo corre y resuelve por sí mismo muchísimas cuestiones, que nunca quedarían bien decididas siuviésemos que esperar a que calmasen nuestras vacilaciones, a que se disipasen nuestras dudas. Los padres de Clara y los otros convidados llegaron en los co- 85

ches y, como ya nada había que esperar, el padrino dio el
 90 brazo a la novia y Roldán ofreció el suyo a la madrina, y
 fueron al templo a oír de la boca del sacerdote las severas
 admoniciones con que la Iglesia advierte a los esposos su
 deberes, y a impetrar las bendiciones del Altísimo sobre
 95 aquel matrimonio, en que los esposos acaban de prome-
 terse felicidad y mutuo auxilio para toda la vida.

Concluida la augusta ceremonia, los padrinos pasa-
 ron a convidar al vicario para que los acompañase en
 todo el día, lo que éste no pudo prometer en razón de que
 tenía que caminar algunas leguas a fin de recibir unas
 100 confesiones, y ofreció volver por la tarde.

Este duro trabajo de los vicarios y de los curas pobres,
 que podemos decir que es continuo, prueba que en la je-
 rarquía eclesiástica, como en todas las carreras de la socie-
 dad, los que más trabajan son los que menos gozan.

105 Todos los concurrentes bajaron al delicioso lago que
 nace de la colina en que está el pueblo de Almoloyam,
 y forma inmediatamente el caudaloso río de Lerma, que
 según los estados que va atravesando toma diversos nom-
 bres. Algunas canoas y chalupones enflorados, de los que
 110 salían gratas melodías de flauta y bandolones, esperaban
 a los paseantes. Cada uno de éstos, según su inclinación,
 se colocó, o en el gran convoy de las embarcaciones, que
 iban atadas unas a otras para mayor seguridad de los via-
 jeros, o en chalupas aisladas con ánimo de hacer excu-
 siones lejanas, dedicarse a la pesca o probar sus fuerzas
 115 bogando con la posible ligereza. Fernando y el americano
 fueron de estos últimos, mientras que Roldán, por con-
 sejo del primero, fue a colocarse en la canoa principal en
 que iban su esposa y los padres de ésta con Rosita.

120 Al principio, el americano, que no era otro sino
 Walker, no pudo absolutamente conservar por sí solo el
 equilibrio en la chalupa, se cubría de agua al remar y ca-
 minaba a la ventura sin poder darle dirección fija, lo que
 hacia reír a los demás, hasta que se hizo acompañar de un

remero que le enseñó las maniobras que debía ejecutar y que aprendió inmediatamente. Fernando se encontró desde luego como en su elemento y, en medio de las confusas ideas que brotaban en su cerebro, tuvo por un momento la creencia de que aquel lago le era muy conocido; pero esta creencia fue tan vaga que, al recordar que ya había navegado del mismo modo en varios paseos de los lagos de la capital, la desechó sin grande examen, tomándola por mera fascinación. 125

Sin necesidad de muchas explicaciones, nuestros lectores encontrarán que el plan del maquinista iba realizándose. Su deseo era acercarse a Rosita sin ningún prestigio facticio, y observar por sí mismo el grado de aprecio que buenamente aquélla le manifestara. Muy oportunamente había venido el casamiento de Clara para hacer primera prueba, porque después de que Roldán convidó a Rosita para madrina, observando ambos que no conocían persona que convenientemente pudiese servir de padrino, dijo el novio, cumpliendo al pie de la letra con la lección que le había dado el maquinista: 130

—¡Ah!, me acuerdo en este momento de una persona que podría servirnos muy bien y que, francamente, me sería muy grato que apadrinase mi matrimonio... 145

—¿Cómo se llama? —preguntó Rosita que era la que había arreglado el casamiento.

—Don Fernando Hénkel. 150

—¡Oh!, ¡si está en California!

—Ya ha venido, señorita.

—¿De veras? ¿Lo sabe usted bien?

—¡Pues no lo he de saber! Si yo... le conozco mucho.

—¿Oyes, Clara? 155

—Sí, dice el señor Roldán que conoce a don Fernando Hénkel.

—¿Pero te parece bien que sea tu padrino?

137 *facticio*: "(Del lat. *facticius*.) adj. Que no es natural, artificial" (DEL).

—En todo lo que disponga mi madrina estoy conforme, y mucho más —añadió con una sonrisa picaresca— en lo que a ella misma pueda serle agradable.

160 —No seas maliciosa, Clara.

—¿Por qué?

—Porque entonces diré de ti y de tu futuro, a quien voy también conociendo, que Dios los cría y...

165 —Puede que venga un tiempo en que yo diga otro tanto de mi madrina y de mi padrino.

Aquella conversación minuciosamente repetida a Fernando le decidió a desempeñar en el matrimonio de don Fausto el papel de padrino, que desde un principio se había señalado, sin esperar tener en tales funciones tan grata compañera, uniendo a esta ceremonia la distribución de unas fanegas de sembradura que había mandado comprar para ensayar la institución de los “minorazgos”, de que luego hablaremos.

170 El día anterior al matrimonio habían pernoctado todos en el pueblo de Tianguistengo con objeto de salir al siguiente entre siete y ocho de la mañana, como lo verificaron, para el pueblecillo de Almoloyam, que apenas distará una legua.

180 En las ocasiones en que se reunía la caravana, Fernando y Rosita tenían que tratarse con cierta intimidad que a ninguno de los dos podía desagradar; sin embargo, el primero, llevado del deseo de no ser importuno a su amada, a la vez que se desvivía porque tuviese cuanto gusto fuera posible, se alejaba discretamente conociendo que cualquier incidente desagradable que viniese a estorbar su renaciente amor lo haría imposible para siempre. Excusado, es decir, que tal reserva que al principio alarmó seriamente a Rosita, fue después para ella motivo de la más viva y secreta satisfacción, porque experimentaba que lejos de menguar las consideraciones siempre delicadas que el maquinista le había tributado en el tiempo de su grandeza, habían aumentado realmente cuando

190

la veía huérfana. Tal era el motivo que había hecho preferir a Fernando el bogar en chalupa, cierto de la facilidad en que quedaba de acercarse a la canoa en que iba Rosita, apostando al efecto carreras con la otra chalupa en que iba Walker, que aunque dirigida e impulsada por un buen remero, el llevar dos personas hacía que siempre le sacase la de Fernando notoria ventaja. Estos juegos, en que tomaban parte algunos otros de los concurrentes, divertían de tal manera a los que iban en las canoas que llegaron sin apercibirse de ello a la orilla opuesta del lago en la que se había preparado una sombra. 195
200
205

Allí esperaba un almuerzo al estilo del país y los más exquisitos platos a la extranjera, que hicieron recordar involuntariamente a Rosita los groseros ofrecimientos de don Justo Amable.

Conmovidas las dos jóvenes por los ecos blandos de una música de cuerda hábilmente desempeñada, que con sus melodías les traía a la memoria los días felices que habían pasado en San Ángel, y al suave murmullo de las ondas cristalinas que nacen en aquel lugar para ir a visitar los alrededores de Guadalajara y de Colima, excitadas como sus amantes por el olor balsámico de las ninfas acuáticas que huyendo la presión de las chalupas enseñaban sus dorados pétalos, y por esa brisa tibia, voluptuosa de nuestro suelo que en la primavera nos da nueva vida y nueva sangre, en medio del ruido que hacen al destaparse las botellas de la champaña, en esa grata confusión que da una verdadera alegría cuando cada uno de los individuos de una reunión se siente feliz, dos miradas ardientes cruzaban como relámpagos el aire, la de Fernando que buscaba a Rosita, la de ésta que encontraba la de su amante. 210
215
220
225

En aquel momento de suprema felicidad, un grito agudo que dio repentinamente Clara turbó la general alegría; la causa era que acababa de reconocer en la persona de Enrique Walker al jefe de los americanos y contraguerrilleros que habían asaltado la casa de su amiga, 230

cuyo reconocimiento no había hecho antes, porque en el viaje de México a Santiago, el americano había ido a caballo y Clara en coche, y en las pocas horas que habían corrido de aquella mañana, sólo se había ocupado ella de la imponente ceremonia de su matrimonio.

235 Cuando el maquinista y Walker dejaron las chalupas para ir a almorzar, este último se había colocado a gran distancia de los novios y padrinos; pero cuando vio desde su lugar que habían abierto una lata de salchichas con trufas, y que tardaba algo en llegarle su plato, se dirigió
240 muy marcialmente al lugar en que estaba la novia, porque cerca de ésta servían, y presentó su plato vacío con la mano izquierda. Clara tuvo primero la simple curiosidad femenina de examinar el hermoso diamante que el
245 americano llevaba; pero apenas lo vio con cuidado creyendo reconocer el anillo en que estaba engastado, buscó la cara del que lo llevaba y, no pudiendo dejar de reconocer al jefe de los que habían asaltado la casa del señor Dávila, poseída de terror se le escapó involuntariamente
250 un grito. Su esposo y Fernando fueron los primeros que acudieron a ver lo que había sucedido; pero ella, temiendo las consecuencias que se seguirían si decía la verdad, ocurriéndosele también la duda de que fuese realmente aquel americano el jefe de los bandoleros, dijo, con mal
255 fingido continente, que le había picado en el brazo seguramente un alacrán. Se quitó el velo blanco, se sacudió el vestido, buscaron por todas partes la perjudicial sabandija sin encontrarla, con gran sentimiento de Roldán que deseaba despedazarla. Walker, a quien no se había
260 escapado la emoción que había causado en la desposada, no sabiendo a qué atribuirle, se quedó como siempre impávido con su cara de palo y no se quitó del frente de la novia hasta que le llenaron su plato de salchichas.

265 Concluido el almuerzo volvió la comitiva a la sala cural, donde a poco se presentó el Ayuntamiento, seguido de casi todas las familias del pueblo y de muchas personas que

de los contornos habían venido a presenciar la repartición de los lotes de tierra que se habían comprado por disposición del maquinista para fundar los “minorazgos”.

Conforme al deseo que él mismo había indicado, se guardaba en absoluto secreto los nombres de los jefes de familia que iban a ser premiados; así es que la multitud de éstas, deseando saber quiénes fuesen, se apiñaba en la puerta. Entonces pareció conveniente que saliesen a un pequeño corredor que allí se encuentra, el Ayuntamiento que iba a hacer la adjudicación, las personas notables de las cercanías que habían sido convidadas y los padrinos del casamiento que pondrían los títulos de propiedad y sus condiciones en manos de los agraciados. En un extremo del corredor se colocó el Ayuntamiento y en el otro Fernando y Rosa, coronada aún con las flores que había llevado al paseo y que conservaba por distracción.

El secretario del Ayuntamiento leyó las condiciones con que iban a distribuirse aquellos terrenos, reducidas sustancialmente a las que siguen:

1º Pasarán de padres a hijos, prefiriéndose el menor de los que vivan y por esto se llamarán **minorazgos**.

2º No podrán enajenarse, ni empeñarse, ni dividirse, y el que algo diere por cualquiera de estos motivos lo pierde.

3º El que tenga otra posesión territorial, igual o mayor a la que se va a repartir que es de una fanega de sembradura por cada familia agraciada, sea que esa propiedad le venga por herencia, por compra o por cualquiera otro título, no podrá adquirir un minorazgo.

Leídas estas proposiciones al pueblo que estaba presente, se le preguntó si estaba dispuesto a apoyarlas y sostenerlas en todo tiempo, transmitiendo a sus hijos el encargo de perpetuarlas, y todos contestaron afirmativamente como si fuese la voz de un sólo hombre.

El secretario comenzó a llamar a los jefes de familia que a juicio del Ayuntamiento merecían y necesitaban

aquel auxilio, y gritó primeramente este nombre: ¡José Rafael! Un murmullo de aprobación se escuchó inmediatamente entre todos los campesinos; pero el agraciado no se presentó a pesar de que fue llamado otras dos veces. Entonces el presidente del Ayuntamiento mandó al secretario para que suplicase a Fernando no extrañase la tardanza de aquél, que era un pobre soldado retirado, cojo y manco, cargado de numerosa familia, compuesta de nietos, porque a sus hijos se los habían arrebatado para el ejercito así como lo habían hecho con el mismo José Rafael, abandonándolo después de herido e inutilizado para que pidiese limosna. Fernando contestó al presidente que lo que el Ayuntamiento dispusiera estaba muy bien y dijo para sí, tristemente: Así como este pobre José Rafael habrá quedado inútil y en el mayor abandono mi infeliz padre, a no ser que más afortunado que otros hayan muerto peleando por la fuerza, contra sus hermanos en favor de algún ambicioso. Este recuerdo anubló por algunos momentos la frente del maquinista; pero el día había sido tan dichoso, tenía tanta necesidad de abandonarse a la grata satisfacción de verse correspondido de Rosita, que se evaporó tal pensamiento así como la vaga reminiscencia que tuvo en el lago cuando le pareció que le era conocido y casi familiar, y pronto volvió a manifestar una viva satisfacción, especialmente cuando se acercaban los indígenas agraciados a la hermosa joven quien les ponía en la mano el título de su propiedad y pasaban después a dar las gracias a su benefactor.

Cuando el secretario concluyó de llamar a los indígenas designados, leyó también que en poder del Ayuntamiento quedaban doce yuntas de bueyes con sus aperos a fin de que los más necesitados, y que tuviesen tierras que labrar, pudieran emplearlas sin pagar estipendio alguno, lo cual sirvió de consuelo a los que no habían alcanzado lote, pues éstos no habían sido más que doce.

La música y las campanas, llenando los oídos con su estruendo, anunciaron que había terminado la distribución de los minorazgos; pero repentinamente una gran vocería, que venía de entre el pueblo que ya había empezado a retirarse, anunció que algo nuevo ocurría, porque se vio que los indígenas volvían al patio de la casa cural. La vocería continuaba creciendo en proporción que se acercaban hasta que los del Ayuntamiento, al divisar que traían un hombre elevado sobre los demás, conocieron y comunicaron a Fernando que habían encontrado los indígenas al tío José Rafael y que lo traían en triunfo para que recibiese su premio.

Cuando los que cargaban al tío José Rafael llegaron donde estaba Fernando, cesaron la música y los gritos; el anciano, apoyándose en una muleta, se puso en pie, manifestando un continente militar; Fernando, que también estaba de pie y que había dado el brazo derecho a Rosita para retirarse, le presentó a aquél el documento de la cesión diciéndole con la mayor afabilidad y en mexicano:

—Ya sabemos, señor, que sois un honrado padre de familia y que, si habéis tardado, es seguramente por vuestros males. Yo bendigo a la Divina Providencia, porque me permite, en este día, reparar en una pequeñita parte las desgracias que otros os han causado.

El anciano no pudo contestar; sus ojos expresaron diversas emociones que sólo Rosita, que estaba muy inmediata a él, pudo notar; primero se pintó en su rostro el respeto, luego una indefinible ternura, después un aturdimiento completo que lo hizo vacilar, buscando el apoyo de uno de los que le habían traído.

Fernando creyó que la dificultad de mantenerse en un solo pie, después de subir la calzada, era lo que había ocasionado al tío José Rafael aquel vahído; Rosita quedó pensativa creyendo haber observado en la fisonomía del viejo y de Fernando una gran semejanza, dato de que

375 absolutamente carecía Fernando porque nadie se conoce a sí mismo.

—¿Pero qué le sucede a usted, tío Rafael? —le decían varios amigos que volvían a cargarle para conducirlo a su casa.

380 —Hombres, no sabré decirles a ustedes lo que sentí cuando ese caballero me dirigió la palabra en mexicano; lo habla tan perfectamente.

—¡Vaya! ¡Pues como no lo ha de hablar si es también indio como nosotros; sólo que le han enseñado buenos oficios y por eso es una persona tan decente! —dijo otro de los circunstantes.

385 —Pues a mí me pareció —contestó el viejo— que estaba delante de mi coronel.

—¿Pero no viste cuánto se parece el señor don Fernando al tío Rafael? —dijo uno, hablando con otro indígena que estaba cerca del anciano.

—¿Y eso qué? —contestó el interrogado—. Todos los indios mexicanos nos parecemos.

El tío Rafael se quedó pensativo diciéndose a sí mismo:
 395 ¿Será este caballero tan generoso mi Juanillo, que se quedó en México cuando me cogieron de leva? ¿Esa voz que me conmovió en lo íntimo de mis entrañas! ¿Esa semejanza con mis otros hijos que están en el ejército! Pero no, la vejez me hace delirar; mi pobre Juanillo, sin protección, y aún sin conocer las calles de la ciudad, se habrá muerto sin
 400 duda de hambre o, si encontró quien le diese un pedazo de pan, luego que haya crecido, lo habrán cogido de leva como a mí, como a sus hermanos, y ahora estará tal vez mutilado en un hospital o pidiendo limosna...

405 —¿Qué tiene usted, tío Rafael? ¿Por qué se le ruedan las lágrimas? —le preguntó uno de los que tenía más cerca.

—Nada, hombre, nada —contestó el anciano dando a su rostro una expresión de fingida alegría, a pesar de las lágrimas que surcaban sus tostadas mejillas—; los viejos
 410 somos como las calabacitas... muy tiernos.

—Vamos, ya tiene el tío Rafael su buen humor de siempre. Adiós, tío Rafael; ya sabe usted que es dueño de una fanega de excelente tierra de sembradura y que no le faltarán bueyes para beneficiar la milpa que ya está sembrada.

415

—Sí, hijos míos, gracias a ese excelente señor que se ha acordado de los pobres indios; rogaremos a Dios porque en todo le vaya bien.

Al decir estas palabras, pasaba delante de la cabaña del tío Rafael la caravana de los que habían ido al campamento, que se volvían a comer al pueblo de Santiago, porque Fernando había exigido de los indígenas de Almoloyam que nada preparasen el día en que fuese al pueblo, precaución enteramente indispensable, porque el carácter de los indígenas generalmente hospitalarios y algo vanos, hace que verdaderamente se arruine por obsequiar a aquellos que aman o respetan, si van a visitarlos.

420

425

—¡Allí va! —exclamó el anciano al ver que pasaba Fernando delante de la cabaña, y levantando las manos al cielo en la actitud más suplicante, añadió:

430

—¡Protégelo, Dios mío!

Aquella voz era la bendición de un padre y el eco de un pueblo agradecido.

III

TEOTLA¹

POCOS DÍAS DESPUÉS, ROSITA y Clara se hallaban en el pueblo de Tenancingo, esperando permanecer en él hasta que los americanos, que estaban ya tratando de la paz, abandonasen la capital. Una ligera indicación hecha por la huérfana a Fernando, de lo penoso que le era vivir entre los invasores, había bastado para que don Fausto, que hacia de jefe de la expedición, propusiera a su esposa y a Rosita el pasar en Tenancingo algunos meses hasta que la capital estuviese libre. Las dos jóvenes aceptaron la proposición con entusiasmo, sin sospechar la parte que en tal determinación tenía el maquinista. Éste, a quien llamaban negocios urgentes a México, fue invitado por don Fausto para ir a la nueva expedición, juntando sus instancias Rosa y Clara a las del comerciante, y prometió reunírseles dentro de breves días, por cuya causa marcharon Rosita, Clara y don Fausto para el pueblo indicado, mientras que el maquinista volvió a México con Walker, acompañado de los padres de Clara, que fueron a instalarse a la habitación de la Estrella del

5
10
15

1 Significa en mejicano lugar de los dioses; los hijos del país han corrompido este nombre pronunciando *Quiotla* [N. del A.].

20 Sur. Fernando dispuso sus negocios convenientemente y a pocos días emprendió la marcha para Tenancingo, acompañado de Walker, que por la sola costumbre se había hecho ya un compañero necesario.

25 La tarde en que debía llegar a dicho pueblo, Rosita y Clara, acompañadas de Roldán, salieron a esperar a Fernando a la hacienda de Chalchihuápam, que es una pequeña posesión situada en la falda de la montaña que tiene el pueblo hacia el oriente, a cuyo fin había manifestado la mayor deferencia Rosita luego que Clara había
30 leído la carta dirigida a su esposo en que le participaba Fernando el día de su llegada y, aun, aproximadamente, la hora, deseando dar una prueba el maquinista del cambio que se había operado en su persona.

Tenancingo se hallaba, a principio de 1848, poblado
35 de familias de la capital que, huyendo de los americanos, le daban grande animación. Al ruido de sus telares unía el estrépito de numerosas caravanas que salían a recorrer sus pintorescos alrededores, a la amenidad de sus campos sembrados de trigo, la hermosura de muchas jóvenes que
40 salían por las mañanas a admirar la estruendosa cascada llamada el Salto y a gozar por las tardes los rayos amorosos de un sol que tiñe de esmeralda los elevados cerros, de oro los renuevos de los álamos y de rosicler las nubecillas ligeras que suelen coronar la cumbre del Calvario o el
45 cerrito de Tepetzingo.

Las hijas del país enseñaban a las mexicanas algunos de los puntos más ventajosos para admirar las florecien-

45 *Tepezingo*. «Tepetzinco. «cerro chico», cerrito. Nombre actual: Peñón de los baños ya en la ciudad de México. Era una de las colinas que emergían del lago de México. De origen volcánico y con una fuente de aguas termales de alta temperatura, hasta de 60 grados centígrados. En la época prehispánica fue sitio de mitos, tales como la muerte de Copil, hijo de la hermana de Huitzilopochtli, de cuyo corazón arrojado a medio lago nació el nopal legendario en que habrá de posar el águila. Por esta razón el nombre de los baños en nahua «acopilco» o sea «en la aguas de Copil» (DP).

tes campiñas de aquel dichoso país y, unas veces, las conducían a la altura de las Capillas, desde donde se divisa el pueblo formado de calles a cordel aunque de pobres edificios en lo general, en cuyos patios o “corrales” no falta algún árbol de durazno, de capulín o de naranjo, que florecen y fructifican sin el menor cultivo, y otras veces las llevaban a la orilla de la tenebrosa barranca de Tecualoya, sembrada de ocotes y encinos, donde cantan multitud de jilgueros y en cuyo fondo corre serpenteando un pequeño y cristalino río. 50

Muy bello debe haber parecido este pueblo a las familias que en él se refugiaron en la época referida, y muy hospitalarios y trabajadores sus habitantes, que entonces no habían abrazado con el furor que después lo han hecho en la guerra civil, impulsados por pésimos ejemplos que aquella gente sencilla no ha tenido reparo en seguir. 60

Luego que Fernando distinguió a Rosita y a los recién casados, que venían a encontrarle, se apeó del caballo, creyendo que era buena ocasión para abrazar a sus amigos. Walker dejó también su frisón para que se lo llevaran los criados y, después de apretar la mano a don Fausto y de hacer una inclinación a las señoras, tomó su escopeta esperando encontrar alguna caza entre los trigales, que hay a uno y otro lado de la calzada, que media entre la hacienda de Chalchihuápam y la población. 65

Después de los saludos de costumbre, Rosita fue la que abrió la conversación, porque Fernando, después de abrazarla, se figuraba que cualquiera otra pretensión sería un enorme atrevimiento. 70

—Sabíamos ya la venida de usted, señor Hénkel y...
—Y se han dignado ustedes venir a molestar. 75

—¡Qué molestia!, si todas las tardes salimos a los alrededores del pueblo, ¿no es verdad, Clara? 80

—Y tanto —respondió ésta— que ya conocemos la mayor parte. La Marmolera, el Salto, el río de Santana, la orilla de la Barranca, el puente de Tepetzingo, la Trini-

dad, las Capillas, hemos ido hasta la cascada de San Si-
 85 monito, pero a caballo porque está lejos; solamente nos
 falta Teotla, a donde podríamos ir esta tarde si mi padri-
 no no está cansado.

Fernando había sentido algún cansancio a pesar de
 que no hay más de diez leguas de Toluca a Tenancingo,
 90 por el largo tiempo que llevaba de trabajo sedentario;
 pero desde que llevaba a Rosita, lo había olvidado ente-
 ramente, así es que le contestó a Clara:

—No tengo cansancio, ahijadita; pero aunque lo
 tuviera; creo que desaparecería con la vista de tan amenos
 95 lugares, principalmente por ser ahora tan afortunado en...

Ya hemos dicho que Fernando era de genio muy cor-
 to y por esto no concluyó su frase que Rosita comprendió
 en todo su pensamiento.

100 —¿Ve usted, padrino —preguntó Clara—, la sombra
 que arroja hacia nuestra derecha, ese gran cerro que tie-
 ne tres cruces?

—Sí, ahijadita, y por cierto que ocupa una gran ex-
 tensión dando a los muchos árboles que hay por ese lado
 105 un tinte oscuro, alumbrados por el sol poniente.

—¿Divisa usted un pequeño campanario que sobre-
 sale entre esos árboles oscuros?

—Sí.

—Pues ésa es, según me han dicho, la capilla de
 110 Teotla, y si no se ha de asustar usted, le diré también que
 es un camposanto.

—Muy bien escogido en cuanto a lo poético del lu-
 gar —contestó Fernando—; y si las sombras de la muer-
 te son como la que extiende el cerro de las tres cruces
 115 sobre Teotla, lejos de inspirar ningún terror, parece que
 atraen aún a los más medrosos para disfrutar de su di-
 chosa calma. Pero es el caso, ahijadita, que ese precioso
 lugar que estoy ya comparando en mi imaginación con
 los Campos Elíseos, pues me parece que tiene con ellos

la semejanza de la amenidad y de una luz suave, ofrece la dificultad de que no sabemos por dónde se llega a él. 120

—Calma, padrino; yo me he hecho algo entendida en esto de senderos; tenemos ya un punto de mira que es la torrecita y nos colaremos por la primera callejuela de carrizos y floripondios que veamos abierta, hasta llegar a los Campos... ¿Cómo dice usted, padrino? 125

—Elíseos.

—No sé qué es eso, ¿lo sabes tú Rosita?

—No.

—Los Campos Elíseos –contestó Fernando– eran unos lugares amenos, a los cuales, según suponían los antiguos, iban las sombras de los buenos. 130

—¿Y cómo se hacía este viaje? –preguntó distraídamente Rosita.

—En la barca de un viejo despiadado llamado Carón, que rechazaba a las almas que no llevaban para pagar su pasaje. 135

—Pues lo que es pagar por irse a la otra vida –dijo Don Fausto, cuyo genio mercantil y calculador se había despertado desde que tenía tienda– todavía se acostumbra. 140

—Yo he leído –dijo Clara– que había un río cuyas aguas producían el olvido; si era el mismo que se atravesaba en la barca de Carón, entonces estaba bien ganado el dinero por este viejo.

Las aguas que se atravesaban para ir a los Campos Elíseos –replicó Fernando– formaban una laguna cenagosa y fétida, llamada Estigia. En cuanto al Leteo, que así se llamaba el río de que habla mi ahijadita y cuyas aguas producían al beberlas un absoluto olvido de lo pasado, parece que se hallaba distante. 145

—Lástima que se haya perdido –dijo Rosita– porque yo me bañaría en él con mucho gusto; y confieso una propensión de mi carácter, seguiría bebiendo frecuentemente por renacer en mis impresiones para la naturaleza, y especialmente para mis amigos. Volver a conocer- 155

los, volver a apreciar su carácter y, al mismo tiempo que mis ojos sintiesen la primera impresión de la luz y mi cuerpo el placer de andar como si fuese la primera vez, todo sería muy delicioso.

160 —¿Y en cuanto al corazón? —preguntó Fernando, que empezaba a sacudir su cortedad.

—Ese pobre también ganaría, porque hasta ahora solamente he amado de veras a mi padre...

El semblante de Rosita se anubló un poco.

165 —Pero, si no ha amado usted hasta ahora —observó Fernando—, es como si acabara usted de bañarse en ese afortunado río, que yo también quisiera hallar... que en vano he buscado.

—¿Lo ha buscado usted, Fernando?

170 —Sí, Rosita.

—¿Y por qué?

—Porque he amado mucho, con toda el alma, más de lo que Dios permite para ser feliz...

175 Rosita, cuyo bello color había vuelto a sus mejillas desde que había dejado de ser presa de la miseria, se sonrojó un poco oyendo aquella indirecta declaración, y contestó, con aquel aire terriblemente dominador que solía mostrar, aunque en esta vez con una expresión seductora en sus ojos, medio cerrados, medio dormidos
180 que dejaban una ternura indefinible, y que parecían alentar a su amante, así como en otra ocasión lo habían abatido:

—Entonces para usted es inútil ir a ese río, supuesto que solamente “ha amado”; a no ser que sus aguas tengan también la virtud de dar recuerdos...

185 —¡Oh, Rosita! Siempre la misma, torturando sin piedad el corazón del que ama a usted más que a su vida.

190 Fernando no había advertido que él y su compañera, siguiendo a sus ahijados, habían tomado la callecita que buscaba Clara para dirigirse a la capilla de Teotla, a cuyo frente habían llegado ya.

Don Fausto y su esposa seguían impávidos un camino que continúa siguiendo el que conduce a la iglesia. Walker se había empeñado en seguir a una liebre; quedaban pues solos el maquinista y Rosita. 195

Feliz ésta por encontrar el amor de Fernando tan ferviente y tan delicado como en otro tiempo, tuvo alguna inquietud, cuando comparando las dos épocas, le ocurrió la duda de si Fernando la estimaría menos porque aceptaba su cariño cuando era pobre y desvalida. 200

—Señor Hénkel —le dijo—, yo no puedo recibir esos homenajes, que siempre he apreciado por sinceros, sin indagar primero qué juicio formaría usted ahora de la pobre huérfana, si correspondiese a un amor que le fue ofrecido en tiempos más dichosos sin dar muestra de que la conmoviese. 205

—Yo diría —contestó Fernando, ebrio de felicidad— que cada día que ha pasado ha sido mayor mi pasión; que no esperaba pudiese crecer más y que, no obstante, siento en este momento que antes casi no había amado, porque esa delicadeza me exalta y me enloquece de un modo enteramente desconocido. 210

—¡Oh, Rosita! ¡Rosa! —continuó con un verdadero delirio, sentándola en las raíces de un árbol que está en frente de la iglesia y tomándole con la mayor ternura una de sus manos: 215

—Dime, hermosísima mujer, que ya no desprecias al artesano que se atrevió a dedicarte su corazón; dime que no repugnarás el ser la compañera de mi vida después de que hayamos recibido la bendición santa; dignate, en fin, decirme, y no me arrojes con tu negativa al infierno, ¿me amas? 220

Rosa no respondió, sentada sobre las raíces del árbol que se elevaba como ofreciendo un asiento, tenía delante de sí a Fernando de rodillas; poseída de una conmoción nerviosa, atrajo la cabeza de éste, iba a decir: “Sí”, pero se lo impidieron los labios de su amante. 225

Un silencio de algunos segundos en todo el bosque dio a aquella transfusión de dos almas una grave solemnidad; después se oyó el tierno arrullo de dos tortolitas a quienes inflamaban el suave calor primaveral. Aparecieron a poco Clara y Roldán que no habían podido ver el término de la vereda que habían seguido porque se perdieron en un espeso monte y volvían en busca del maquinista, acordándose de que acaso no habría comido y temiendo que estuviese disgustado de aquel paseo.

Los ojos centellantes de Fernando y el grato sonrojo de su amada no confirmaban tal suposición.

Walker se les reunió a poco y traía colgando del cañón de su escopeta unas tórtolas y una liebre ensangrentada. Parecía que el destino del americano era el ser repelido bruscamente por los mexicanos a quienes trataba; porque habiéndose acercado a Clara algo humanizado y muy satisfecho de su caza, le preguntó ésta:

—¿Mató usted esas pobres tortolitas?

—Yes, contestó el americano.

—Ha hecho usted mal.

El yanqui hizo un gesto como de interrogación a Fernando, deseando que le explicase lo que aquella decía, y sabiendo que desaprobaba su acción, alzó los hombros con grosero desdén, añadiendo en inglés que aquellos animales eran excelentes en la sartén y que él los guisaría.

—Esta noche se verá nuestra casa con buena tertulia —dijo Roldán— porque nos toca recibirla, y yo celebro mucho la llegada de nuestros padrinos porque soy incapaz para los cumplimientos.

—No soy en ellos muy fuerte —contestó Fernando—, pero haremos lo posible por dejar complacidas a nuestras visitas.

—Según me dijeron, esta noche nos será presentado un personaje de quien se hacen grandes elogios en la población y para quien están abiertas todas las casas.

—¿Le conoces? —preguntó Clara.

Le vi esta mañana en la misa del Calvario; es hombre así como de cuarenta años, algo calvo, muy devoto, por señas que se daba terribles golpes en el pecho. Aseguran que ha prometido costear en cada día primero una función de iglesia muy solemne; ha regalado ya unos ornamentos a la parroquia y aún dicen que va a repartir unos pequeños dotes para huérfanas pobres, porque es muy caritativo, especialmente con las huérfanas a quienes siempre ha tenido la mayor compasión. 265

—¿Cómo se llama ese señor? —preguntó Fernando movido de tales recomendaciones. 270

—Don Justo Amable —contestó Roldán, con el mayor respeto, mientras que Clara y Rosita se miraban llenas de sorpresa. 275

—Pues sea bien venido —dijo indiferentemente Fernando.

IV

MAGNETISMO—VISIÓN A DISTANCIA—VISIÓN RETROSPECTIVA

AUNQUE HEMOS VUELTO A hablar de María, nuestros lectores habrán tal vez considerado ya cuál debió ser la triste situación en que se encontró después de la desaparición de Fernando.

La aflicción de aquella solitaria joven era profunda; y, sin embargo, no tenía nada de violenta: consistía verdaderamente en una continuada melancolía, que se aumentaba en la hora del crepúsculo en que iba siempre a sentarse al mirador de los arco-iris, agostando su ser, matando todos sus deseos. Soñar con Fernando, buscándolo en vano al despertar, para llorarlo muerto, hacerle ramos con las mismas flores que había visto cuando paseó con ella en el jardín, y guardarlos después en unión del primero, que había dejado; suspirar por muchas horas a la sombra de los tamarindos o divisar el río de Huajintlán, he aquí su vida, que podemos comparar a la del botón de una rosa que no se abre por falta de savia, a la de una crisálida que no puede romper su capullo por falta de calor, a la perla que empieza a cuajarse en la concha.

Pedro el Otomí había conocido muy pronto el efecto que había causado en su hija la desaparición del viajero, y en su terrible carácter sólo había podido abrigar, desde

entonces, un celo terrible, creyendo que María lo amaba menos, y una rabia mayor contra todos los hombres.

25 Al siguiente día de la desaparición de Fernando, María salió de su cuarto como una sombra para ir a visitar el oratorio, con ánimo de saber lo que había sido del cuerpo de Fernando a quien creyó siempre muerto. Al ver la cama vacía se volvía llorando, cuando se encontró con fray Gil, quien le preguntó:

—¿Por qué lloras, María?

Ésta no respondió.

—Ayer, a esta hora, te levantaste alegre y ligera como una mariposa, fuiste a llenar tu canastita de frutas y volviste a estudiar conmigo; ¿es posible que el simple paso de un desconocido te haya cambiado tanto, que no quieras ahora ni hablarme?

35 María se acercó a donde estaba Gil y, apoyándose en su hombro, lloró largamente, mientras que éste le pasaba la mano cariñosamente sobre su cabellera.

40 La joven se retiró enseguida a su cuarto, deseando que su padre no la viese llorar. Fray Gil salió al corredorcito de la casa donde encontró al Tigre que estaba espiándolo.

45 —¿Porqué abrazaba usted a mi hija? —preguntó con voz de trueno el bandido.

—Yo no la abrazaba —contestó tranquilamente el ex-lego, sentándose a tomar el sol—; procuraba consolarla y esto es todo.

50 —¿Y por qué llora?

—No me lo ha dicho; pero supongo...

—¿Qué supone usted?

—Supongo que llora por la desaparición del viajero.

55 —¡Miserable! Yo no he traído a usted aquí para que juzgue las cosas que pasan en mi casa.

—Yo no juzgo, solamente veo.

—Pues yo le sacaré a usted los ojos —dijo el bandido ya rabioso, acercándose al ex-lego que, con la mayor

tranquilidad del mundo, había extendido sus enormes zancas de manera que les diese el sol. 60

Sin embargo, aquella amenaza de privarle de la vista, le causó un horror espantoso y se apresuró a contestar:

—Si le ha disgustado a usted mi presencia en la casa, saldré de ella cuando usted quiera, sin necesidad de que me saque los ojos. 65

—Sí, es lo mejor, supuesto que, aun cuando vienen personas extrañas, usted se pone a dormir, sin avisarme que en mi propia cama se halla un desconocido.

—En primer lugar, yo estoy enfermo; en segundo lugar, ese viajero era una persona pacífica. 70

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me ha platicado largamente.

—¿Qué le dijo?

—Que traía oro de la California y...

—¿Qué traía oro? —interrumpió el bandido. 75

—Sí, y que ya que el destino le había conducido a esta casa, le iba a pedir a usted la mano de María.

—¿Y no le preguntó a usted por qué estaba aquí esa niña retraída y por qué ha venido usted a vivir en su compañía? 80

—Sí.

—¿Y qué le contestó usted?

—Todo cuanto sé.

Un grito confuso que solamente arrojaba el bandido cuando entraba en el mayor furor, hizo retemblar la cabaña; de un salto se puso el Tigre en el oratorio de donde salió con una espada desnuda en la mano, al mismo tiempo que María, saliendo de su cuarto, se interpuso entre su padre y fray Gil, diciéndole al primero con acento desgarrador: 85

—¡Perdón padre mío! ¡Perdón para este desgraciado; ya que ha muerto el otro, que éste viva! 90

La espada levantada que amenazaba la vida del ex-lego cayó al suelo, y centellando todavía de furor los ojos del indio, gritó:

95 —¡Que desaparezca en este momento de mi vista!
¡Que huya hasta donde no pueda saber de él, porque lo
mataré sin piedad donde lo encuentre; y, sobre todo, que
olvide que ha vivido aquí! ¡Gachupín! Dale a este hom-
bre un caballo y dinero.

100 El ex-lego tomó el báculo en que se apoyaba para
andar en razón de su enfermedad, se negó a recibir el
caballo y el dinero y vino a besar, arrodillándose, la
mano de María; echó una larga mirada sobre aquella
105 casa en que había sido feliz hasta entonces, tanto al me-
nos cuanto le era posible con su enfermedad, y enju-
gándose con la mano dos lágrimas que rodaron por sus
mejillas, tomó el estrecho sendero que los conductores
de Fernando habían seguido en la madrugada de aquel
mismo día.

110

Los tristes días de la inocente joven pasaban con la
misma regularidad que los antes felices, sin ofrecer una
inmediata perspectiva de cambio; y esa letal agonía de
un corazón que ya no espera la hacía desmejorar visible-
115 mente, hasta el grado de alarmar a su padre.

—¿Qué quieres? ¿Qué deseas? —le decía una tarde
que la acompañaba a su paseo favorito del mirador de
los arco-iris.

—¿Qué deseo? Nada, padre mío.

120 —Te veo muy triste, Mariquita, y si dependiera de
mí devolver tu antigua alegría, no habría sacrificio que
me detuviera.

—Pero eso ya no depende de nadie en el mundo;
Dios sólo podría... yo al menos todos los días le pido,
125 después de rezar mi oración, que me conceda verle otra
vez, del modo que sea posible ver a los que han pasado a
otra vida y que después me muera.

—¡Verle otra vez! —murmuró el Tigre, poniendo un
ceño torvo—, ¿de quién hablas?

130

—¡Ah, padre mío!, no me mires así...

El Otomí cambió inmediatamente la expresión de su mirada y, acercándose a su hija, le dijo con dulzura, acariciándola:

—Mariquita, tienes razón, yo no debo verte con enojo; eres el único recuerdo vivo que me queda de un tiempo en que fui bueno y que, para mi desgracia, corrió rápidamente. Yo deseara también, ¡oh!, ¡y con toda mi alma!, ver otra vez a tu madre, aunque inmediatamente me cayese un rayo. 135

María se estremeció entre los brazos de su padre. 140

—No temas, hija mía; tú eres amada de Dios, porque eres buena y porque desde el cielo te ampara tu madre...

Al decir esto el Otomí, que tenía sobre sus rodillas a su hija, la estrechaba las manos en las suyas, pasando el brazo izquierdo por la cintura. María lloraba recostada suavemente en el hombro de su padre. 145

—Sí, Mariquita, continuó éste; comprendo cuánto poder encierra esa atracción que unos seres ejercen en los otros, porque mientras vivió tu madre, yo no vivía sino para estar a su lado, para obedecerla, para besar la huella que dejaba su pie... 150

El bandido se enjugó una lágrima y volvió después a tomar las manos de su hija.

—Yo te he tenido retirada, porque en la sociedad, vi- viendo yo, serías afrentada por mi causa; esperaba ase- gurarte una fortuna para poder desaparecerme, deján- dote los medios para ser feliz; pero tú te has adelanta- do un poco; no te riño por esto; ardiente como yo, pura como tu madre, tu inocencia no te advirtió que amando se esclaviza el corazón; y, persiguiendo una felicidad im- posible, se alcanza una desgracia verdadera. 155 160

María, entrecerrando los ojos, exhaló un suspiro y, cediendo a la debilidad que en aquel momento comenzó a sentir, dejó caer enteramente la cabeza sobre el hombro de su padre. 165

—Pero no te aflijas de este modo –continuo éste, ba-
ñándola con una tierna mirada–; yo no seré por mucho
170 tiempo obstáculo para tu felicidad... demasiado he vivi-
do... Yo te trasladaré a México y haré que, a la sombra
de personas influyentes y bien conceptuadas que no me
faltan, conozcas los placeres de la mejor sociedad; y si en
ella logras encontrar persona que reemplace...

—¡No, padre mío, jamás! –dijo esto la joven endere-
zándose y dilatando las pupilas de sus ojos que inmedia-
175 tamente volvieron a cerrarse porque no pudieron resistir
la fuerza de los del Otomí. Éste quedó en silencio, aterrado
por la persistencia que mostraba María en atormentarse.

—Allí le dejé... en el oratorio... viniste luego y lo
180 dormiste...

—Es verdad –hija mía– le hice dormir y...

—Hiciste después que le llevasen el Gachupín y
Juan... lo colocaron debajo de un árbol y lo llevaron otros
hombres por el río...

—¿Otros hombres? –preguntó el Tigre y vio enton-
ces que su hija, al parecer, dormía profundamente.

—Siguió caminando hasta una gran ciudad... hasta
México... Allí le veo; sobre una casa muy alta, muy alta...
185 tiene en sus manos varios instrumentos... se halla muy
agitado, cerca de un gran fuego. Su frente muestra una
gran concentración, ansiedad... ya... ¡ya!, ¡ha logrado su
objeto!, corre a raudales un metal amarillo, ¡qué satis-
facción se pinta en sus miradas!, ¡qué feliz es! Leo en este
momento su pensamiento íntimo. No crean que busca
190 el poder para sí; anhela ver felices, menos desgraciados
siquiera, a los que sufren. Este noble fin es el que purifi-
ca, eleva y diviniza el barro vil que sirve de instrumento
y de compañero necesario al rayo de espíritu que viene
de Dios para animarnos. El alma, sí, el alma reconoce su
195

171 *influyentes*: influyente. Cultismo. Verboide participio presente de “in-
fluere”, o también como sustantivo: influens –entis.

origen en esas esperanzas de recompensas después de la vida, busca la armonía con los otros seres espirituales y, deseando imprimirla en los objetos materiales, ya que no puede hacerlos caminar en la relación de igualdad y de justicia, hace un esfuerzo sobre sí misma e inventa la beneficencia y la caridad, la ley de protección que los seres perfectos se ven obligados a ejercer respecto de los seres imperfectos o desgraciados, buscando siempre la armonía, la perfección en el gran todo...

Al padre de María solamente le llamaba la atención el aspecto singular que ella mostraba, porque sobre sus facciones, habitualmente tranquilas, se había extendido una especie de inefable dulzura, de beatitud. Sonreía la joven como el niño en el regazo de la madre; brillaban sus facciones con una luz que parecía propia y que animaba el rostro de la joven, pintándole de un suave carmín sus mejillas y sus labios, al mismo tiempo que entreabría los párpados como si tuviesen que dejar escapar una ternura indefinible. Había llegado al éxtasis.¹

Su padre conoció instintivamente que tal estado no podría prolongarse sin perjuicio de la joven, y procuró llamarle la atención sobre los objetos que acababa de referir.

—¿Y ese hombre que estaba en la casa muy alta quién es?

La joven no respondió, y su padre volvió a preguntar.

—¿No has visto ya al viajero?

—¿El viajero? ¿Fernando?

—Sí, decías que estaba mirando correr un metal derretido.

1 Remitimos a nuestros lectores, que deseen tener pruebas de los prodigiosos efectos observados en las personas felizmente dotadas para el magnetismo, a la obra de monsieur Charpignon en el capítulo que trata del éxtasis, en una obra titulada *Fisiologie, médecine et metaphisique du magnetisme* [N. del A.].

—Ya sale con él; lo ha dividido en pequeños tejos, como monedas. Va vestido como los pobrecitos indios y lleva un saquillo con sus tejos... Ya entró a la casa de otros indios... ha tomado un... un... volante se llama, y está haciendo moneda... de oro... no... no es oro... es la mezcla que antes ha fundido...

235 —¡Monedero falso! —murmuró el Tigre y luego añadió:

—¿Pero ahora dónde está? Búscalos bien.

240 —¿Ahora? ¿En este momento?

—Sí, porque antes me has dicho lo que hacia en otros días, cuando se fue de acá.

—Cuando lo llevaron.

—Es verdad, cuando lo llevaron; pero eso pasó hace muchos meses; dime ahora dónde se halla y qué hace.

245 —Espera, voy a buscarlo.

Permanecieron en silencio un gran rato.

—¡Qué tarde tan plácida! —exclamó después la joven con una voz tan suavemente articulada, que apenas pudo el Otomí descifrar las palabras siguiendo el movimiento de los labios.

250 Creyendo el padre que había despertado, le preguntó:

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

La joven continuó:

255 —¡Allí! ¡Allí le veo!... Entra ahora a la sombra que arroja una montaña, pero no va solo...

—¿Quién? —preguntó suavemente el Otomí.

—¿Qué no le ves? ¿No le conoces? Es Fernando; siempre que quiero, le encuentro, le veo; sólo que no puede hablarme.

260 —¿Y no va solo?

—No.

—Haz por ver con quién se acompaña.

265 María comenzó a dar señales de que sufría, su respiración era muy fatigosa y varios sacudimientos nerviosos indicaban su malestar.

- ¿Con quien va Fernando?
- ¡Cállate! ¡Cállate! Va con una mujer... no te oiga.
- ¿Qué señas tiene esa mujer?
- Es alta, rubia, lleva el pelo corto y ensortijado, como de niño, vestida de amarillo... ¡Qué linda es! 270
- Los ojos del bandido perdieron la pasajera bondad que antes había tomado, preguntándose en voz baja: ¿Qué vivirá ese hombre? ¿Se habrá escapado de la cueva?... Entonces todavía es posible la felicidad de mi hija. 275
- Se han quedado solos Fernando y esa niña... ella se ha sentado bajo de un árbol... se ven muy tiernamente... Mira, mira,... ¡Ah!...
- Un terrible grito dado por la somnámbula, seguido de copioso llanto, hizo que el Otomí no pusiese ya límites a su furor. Tomó a su hija en brazos, la llevó a su lecho y llamó apresuradamente a sus compañeros el Coyote y el Gachupín. 280
- Sí, le mataré –decía mientras que ensillaban su caballo–; supuesto que ha robado la paz de mi hija... ¿pero dónde voy? sólo que ella pudiese decirme... parece que tiene la facultad de ver muy lejos. 285
- El Otomí volvió al lecho de su hija y la encontró todavía llorando y sin despertar.
- ¿Dime, María, dónde esta Fernando? 290
- María se incorporó súbitamente y, pasándose las manos por la frente, haciendo esfuerzo por despertar, contestó:
- ¿Quién me habla? ¿Qué me quieren?
- Te habías dormido y hablabas cosas muy extrañas... decías... 295
- ¿Qué decía yo? Dime, padre mío, lo que decía.
- Decías que en un pueblo lejano, a la sombra de unos altos montes y debajo de un árbol estaban unos conocidos... 300
- Pues de nada me acuerdo...
- Tú llorabas.

—¿Yo?

—Sí, mira como has dejado la almohada.

305 —Está empapada; yo no sé cómo haya podido ser
ello, porque mi sueño ha sido tranquilo y profundo.

—¿De nada te acuerdas?

—Absolutamente de nada, sino es de que antes nos
hallábamos en el mirador de los arco-iris y, sin saber
310 cómo, me hallo en mi cama.

—Te traje en mis brazos porque empezabas a dormirte. Adiós, hija mía; nos vamos en este momento.

—¿Tan tarde?

—Sí.

315 —¿A dónde?

—A mi vuelta te lo diré. Entre tanto no te aflijas, pues tu padre vela por tu felicidad. Abrázame.

María estrechó entre sus brazos al Otomí y éste salió de la casita acompañado del Gachupín y del Coyote.

EN EL CAMINO, LOS tres bandidos tuvieron la siguiente conversación que a veces era interrumpida al pasar por un precipicio o cuando percibían algún rumor.

—¿Te acuerdas, Gachupín, de aquel viajero que llevaste a la gruta? —dijo el capitán. 5

—Yo no lo llevé, fue Juan.

—Los dos fuimos; contestó éste con rapidez.

—Sí —dijo el capitán—, ya me acuerdo que los dos fueron, pero esto ahora no importa. Lo que yo quería decir a ustedes es que el hombre que llevaron a la gruta parece que anda por el mundo. 10

—¡Ave María purísima! —exclamó el Coyote santiaguándose—; yo siempre había dicho que algunos muertos vuelven ¿No es verdad, Gachupín?

—¡Hum!... —contestó éste, que parecía caminar de mal humor o que le desagradaba mucho la plática. 15

—¿Empiezas con tus supersticiones, Juan? —preguntó el Otomí.

—No, mi capitán; pero esto de que ande por esos mundos de Dios un hombre a quien el Gachupín y yo hemos dejado en la terrible Gruta de Cacahuamilpa, es cosa que hace “escrapelar” el cuerpo. 20

—No es necesario creer que sea alma de la otra vida que haya vuelto a penar; bastaría que ustedes no hubiesen llevado muy adentro al viajero y que haya despertado a poco rato, logrando dar con la salida.

25 Ninguno de los que acompañaban al capitán contestó cosa alguna.

—Verdaderamente es una gran fortuna que ese hombre viva, si es que conforme me han asegurado, está por no sé qué pueblo, creo que no muy distante, porque lo necesito mucho.

—¿Lo necesitas? —preguntó el Gachupín, que hasta entonces se había mostrado taciturno.

35 El capitán contestó en otomí, explicándole al Gachupín todo lo que había observado en María y las revelaciones que había logrado tener en la tarde. Juan el Coyote se picaba siempre de que sus compañeros hablasen en un lenguaje que no comprendía; pero en esta vez se sentía tranquilizado de haber salido bien de un lance cuyas consecuencias hubieran podido ser muy graves, si en lugar de necesitar el Tigre a su víctima viva, la hubiese necesitado muerta.

—¿Y en qué pueblo dicen que está ese hombre? —preguntó Juan cuando los vio callados—. Yo deseara probar si como ha sabido librarse de la gruta, sabe evitar mi sable.

—¡Librete Dios de tocarlo, en caso que lo encuentres!

—¡Cómo! Pues antes...

—Antes no te importaba lo que yo hacía, ni ahora tampoco.

50 Juan se mordió los labios de cólera, sin que nadie viese aquel gesto, porque había desaparecido la luz del día. Los bandidos caminaron gran parte de la noche hasta una ventecilla conocida, cerca del pueblo de Ocuilam, en la que descansaron.

54 *Ocuilam*: "Municipio de México que limita al norte y al oeste con Tenancingo, al sur y a l este con el estado de Morelos. Tiene cuatro pueblos y muchos de

El ventero, que era compadre del Tigre, se levantó a abrirles la puerta luego que reconoció la voz de aquél, encendió vela y les ofreció pan, aguardiente y queso. El Otomí sólo tomó el queso y el pan.

Enseguida le preguntó el ventero: 60

—¿Y ahora para dónde, compadrito? —mas, observando que éste recibía con disgusto la pregunta, se apresuró a añadir—: ahora hay mucha gente de México en Tenancingo que ha venido huyendo de los americanos.

El capitán permaneció taciturno aunque por distinto motivo del que antes había originado el que le frunciere las cejas al compadre. La indicación casual del ventero le había alumbrado, presintiendo súbitamente que en Tenancingo estuviera Fernando, que era el objeto de su viaje. 65

—Tío Lito —éste era el nombre del ventero y, al dárselo, olvidó el Otomí su parentesco espiritual con aquel hombre—, ¿no podrá ir usted mañana a Malinalco? 70

—Ya sabe usted compadrito que nunca digo no.

—Pues yo deseo que vaya usted a comprar las mejores limas que pueda encontrar, para que yo lleve una carguita a Tenancingo. 75

—¿Usted?

—Sí, pero que sean de la mejor clase.

—De eso pierda usted cuidado: en la huerta de otro compadre que tengo, hay unos palos reservados de los que solamente se lleva la fruta de regalo para México; eso sí, pagándole bien. 80

—No importa, procure usted únicamente que las limas estén recogidas mañana mismo, ¿no es sábado?

—Sí, compadrito. 85

—Pues cosa de las cuatro o cinco de la tarde iremos a alcanzar a usted arriba de la cuesta y allí, sin mucho

sus habitantes conservan la lengua matlatzinca. Terreno muy montañoso. Algunos de sus municipios San Juan Atzingo, Chalmita y Santa Mónica. Dentro del territorio de este municipio se halla el convento y santuario de Chalma” (DP).

hablar, nos pasará usted la carga. Compre usted también una de buen frijol.

90 —Pero no tengo bestias.

—Lleve usted nuestros caballos.

—¿Sabrán de carga?

—Sabén de todo. En el mío pone usted las limas y en cada uno de los otros un tercio de frijol. Que acompañe a usted el Gachupín; él lleva dinero para lo que se necesite.

95

—Según entiendo, ¿usted quiere ir al tianguis de Tenancingo?

—Precisamente.

—Pero pueden conocer a usted

100

—No, con un sombrero de palma, de ala muy ancha, y con un pañito en la cara no dejaré a los curiosos más que un ojo y la boca, y para eso sé hacer un gesto de insultado, que les dará compasión el considerarme. Vea usted —el capitán hizo un magnífico gesto de insultado torciendo la boca, apachurrando un ojo y desfigurando de tal modo la cara que el ventero le dijo:

105

—Pues ni yo, que conozco a usted hace tantos años, podría decir a quién pertenece esa cara plegada. ¿Y puede usted sostener ese gesto por mucho tiempo?

110

—Por horas enteras; y además como soy cojo cuando quiero, vea usted.

—¡Excelente cojo! Nadie onocerá a usted

Durante esta conversación, el Gachupín y Juan habían apurado los vasos de aguardiente que tenían delante y dormían profundamente, apoyando la cabeza sobre una mesita en que los pasajeros, que siguen el camino de Chalma a Ocuilam, solían tomar algún refrigerio. El capitán, después de haber tomado el pan y el queso, imitó a sus compañeros y se puso a dormir sobre los brazos que recargó en la mesita. Al día siguiente, el ventero bajó a Malinalco a disponer las cargas y el Otomí con el Coyote se metió al monte, yendo después a la cuesta de dicho pueblo a recibir las cargas.

115

120

El día de tianguis es, en los pueblos, el término a que se dirigen todas las actividades, el objeto de muchos esfuerzos. Es la ocasión en que los más pobres acuden temprano a la misa para salir después a la plaza, a fin de cambiar sus producciones y emplear en los objetos más necesarios a la vida, el alcance líquido de su trabajo semanal. En un pueblo tan industrial como fue Tenancingo, al menos en la época a que nos referimos, la animación era mucho mayor, porque no había familia, por humilde que fuera, que no tuviera un rebozo o un ceñidor que vender; y como no faltaban tampoco compradores de lejanas tierras, que venían a hacer acopio de tales productos, la actividad comercial tenía en ese día una regular importancia. 125 130 135

Tal espectáculo era de un atractivo particular, tanto por la multitud de producciones naturales que en el tianguis se ofrecían como por la concurrencia de todas las familias que iban a hacer su provisión. Las que se habían refugiado en dicho pueblo en el año de 1846 salían a pasear y a comprar en el tianguis y esto era precisamente lo que había calculado el Otomí, esperando que, si Fernando estaba en ese pueblo, saldría a dicho paseo probablemente con su familia, lo que no podría averiguar tan fácilmente por otros medios sin infundir sospechas. 140 145

Instalado como unos de tantos vendedores de limas, llamaba la atención el Otomí de las gentes por lo muy grande de ellas y por lo caro que las vendía, de manera que tenía muy poca salida y muchos elogios por la calidad de su mercancía. Enfrente de él, se había colocado Juan el Coyote con su frijol, que se expendía con menos dificultad. El Gachupín se había quedado en la posada, para cuidar de los caballos y, de vez en cuando, venía a divisar a sus compañeros, que con la mayor tranquilidad del mundo hacían de comerciantes. 150 155

El Otomí, poniendo un desagradable gesto como de persona que padece insulto, examinaba a todas las fami-

160 lias que, después de salir de misa, paseaban por la plaza, pero sin haber reconocido en toda la mañana lo que buscaba. Cansado de sufrir el sol y de sostener su gesto, estaba a punto de dejar la empresa cuando divisó una
165 joven elegante que traía un vestido amarillo y que daba el brazo a un hombre alto y delgado, cuyas facciones creyó reconocer inmediatamente; en pos de esta pareja, venía otra que parecía de la misma familia, compuesta de una joven fresca, baja de cuerpo, muy salerosa, que daba el brazo a un personaje muy repugnante, gordo, pálido,
170 que se limpiaba el sudor de la calva y se componía unos anteojos azules; finalmente, otros dos caballeros, el uno de barba muy negra y otro de barba amarilla, cerraban la marcha. Todo esto fue observado por el bandido con la rapidez del relámpago: sacó las más grandes limas que
175 tenía apartadas y, poniéndolas en una jícara, se las ofreció al pasar a la joven del túnico amarillo.

—¿Son toronjas? —preguntó ésta con una voz vibrante.

180 —No mi ama, son limas de Malinalco —respondió el bandido con voz balbuciente por su aparente enfermedad

—Mira, Clara, ¡qué hermosas limas! —dijo la misma señorita.

—Son muy grandes, Rosita —contestó ésta.

185 —Y muy dulces —añadió el bandido, presentándole a la que se llamaba Clara, la jícara, con objeto de ver mejor al caballero que traía del brazo a la primera joven, porque en aquel momento estaba tras de la segunda.

—Después mandaremos por ellas —dijo ésta.

190 —Pueden acabarse —observó el caballero, sin notar la mirada atenta que le dirigía el vendedor—; y si a usted le parece, Rosita, las tomaremos todas para mandar algunas de regalo a México, pues aunque nunca falta allí la mejor fruta, será bueno probar a nuestros amigos que no
195 los olvidamos. ¿Cuánto quieres por toda la carga?

El bandido sintió un estremecimiento al oírse llamar así, con esta especie de confianza despreciativa; pero disimuló, hizo lo mejor que pudo su gesto y contestó:

—Tres pesos, mi amo.

—Es cara, pero la tomo; tráela. 200

—Éste es el del oro –dijo para sí el Otomí; y comenzó a recoger su puesto, a cuyo efecto salió cojeando a llamar a su compañero el Gachupín, que en aquel momento se hallaba a pocos pasos, a quien por precaución no quiso llamar en voz alta, no pareciendole fuera de propósito mostrar que estaba impedido. 205

—¡Pobrecito! –dijeron a una voz las señoras–, ¡está cojo! –y el que acompañaba a la baja de cuerpo, sacando dinero de la bolsa, le dio al Otomí, con grande ostentación, un par de pesos. 210

—¿Qué su mercé paga? –contestó éste encarándose con el calvo.

—No, pero te doy ese auxilio al verte impedido.

—Yo no pido limosna –respondió el Otomí, haciendo un gesto verdaderamente horroroso y tirando al suelo aquel dinero. 215

Nuestros lectores comprenderán que esta acción, aunque algo inesperada, porque es muy raro que un pobre desprecie así una dádiva, agradó a Rosita y a Clara que deseaban ver humillado a don Justo Amable, que era el personaje que hipócritamente había logrado introducirse en la casa de Roldán. Al salir de misa las jóvenes, había ofrecido el brazo a Rosita, quien lo despreció abiertamente y entonces Clara lo había tomado para evitar el escándalo. Roldán venía disgustado de tal compañía, apretando los dientes, y aplaudió secretamente el orgullo del vendedor de limas; Walker vio todo aquello con su habitual indiferencia. Fernando, que era el que traía del brazo a Rosita, se ocupaba de escoger para ésta la mejor lima cuando oyó el ruido que hizo el dinero al caer por el suelo. 220 225 230

—¿Qué es eso? –preguntó.

—Este hombre que se da por ofendido de que le regale dos pesos y dice que no pide limosna –contestó don Justo, mirando con dolor su dinero que por vanidad ya no podía recoger.

235

Pedro el Otomí se ocupaba de levantar su puesto con su compañero, para no entrar en más cuestiones, y sólo pudo oír que Fernando contestaba:

240

—Si este buen hombre trabaja estando impedido, será porque no quiere que lo humillen con socorros que no pide.

—¿A dónde hemos de llevar la carga, mi amo? –preguntó el Otomí.

—A la calle de las Dahalias, junto a la Aduana.

245

—El Gachupín se echó a cuestras el tercio y el Otomí lo siguió cojeando, apoyándose a veces en una muletilla.

250

Rosita y Clara, después de haber dado unas vueltas por la plaza, volvieron a la casa donde esperaba ya el Otomí, quien, al ver llegar a la primera, dijo exhalando un suspiro, como su hija había dicho en el sueño: ¡Qué linda es!

255

El bandido entregó la mercancía, sin quitarse el enorme sombrero que tenía puesto, y recibió su dinero sonándolo primero, en el suelo, como persona muy desconfiada.

—¿No conoces, hombre, alguno que quisiera llevar a México estas limas? –le preguntó Fernando.

260

—Sí, mi amo, puede ir mi compadre, el mismo que las ha traído de la plaza; es persona muy segura, yo respondo por él.

—Pues que venga esta noche por una carta.

—Si mi amo nos diera licencia...

—¿De qué?

—De traer aquí nuestros animalitos.

265

—Sí, hombre, tráelos, y dile a tu compadre que saldrá temprano.

—Muy bien, mi amo.

Fernando se quedó considerando el singular orgullo de aquel hombre casi impedido, que despreciaba dos pesos dados por un desconocido, y pedía favor para sus animales. 270

Después de un rato vio que entró el compadre del cojo trayendo tres caballos flacones pero no despreciables, y en pos de ellos venía éste apoyándose en su muleta.

VI

LOS ENEMIGOS

EL MAQUINISTA HABÍA LLEGADO a una situación tan
llena de satisfacciones, que muchos llamarían en-
vidiable. Había favorecido poderosamente el estableci-
miento de la Nueva Filadelfia, supliendo una fuerte can-
tidad perdida en la quiebra del comerciante que debía 5
pagar las letras de Fray Evaristo, y también había remi-
tido un regular subsidio para que empezase a plantearse
una segunda asociación. El recuerdo de haber salvado a
Antonia y sus hermanitos le llenaba de gusto, y no me-
nos la consideración de que Roldán y Clara serían felices, 10
al menos cuanto en esta pícara tierra puede serlo una pa-
reja en que el hombre pone el dinero y el amor, y la mujer
el buen humor que dimana casi siempre del bienestar.
Fernando, además de esto, se sentía orgulloso de su con-
ducta hacia Rosita, porque sin abatirla y sin humillarse 15
él mismo, pues que las manifestaciones de rendido amor
no tienen este nombre sino lo que degrada el carácter,
había alcanzado el ser sinceramente amado; y decimos
sinceramente porque a los ojos de Rosita no había deja-
do de ser el pobre maquinista que por sus economías lo- 20
graba algún desahogo, gracias al exquisito cuidado que
aquél había tenido de no determinar por sí mismo nada

de importancia en la casa de Roldán, de manera que todo partía de éste, quien llevaba por tanto los honores de la amplia liberalidad con que se trataba la familia.

Esta situación tan ventajosa de Fernando tenía algunos enemigos ocultos que trabajaban decididamente por cambiarla, y eran: el Otomí, que venía a cometer un plagio; don Justo Amable, que preparaba hipócritamente un rapto, con suavidad, sin escándalo, sin comprometerse; y Walker, que estaba a punto de consumir un plan hacía mucho tiempo concebido y que se reducía a estafar alguna fuerte cantidad al maquinista para marcharse con ella a su patria.

Desde la visita matinal y diabólica de don Justo Amable, en que había librado todo el éxito de sus pretensiones amorosas a las terribles necesidades que experimentaba Rosita, y cuando supo que los dos meses de la casa y de la pensión de los padres de Clara se habían pagado, todos sus planes habían venido a tierra, comprendió, a pesar de su colosal vanidad, que estaba en completo ridículo. Empezar inmediatamente el ataque, bajo cualquier otra forma, era un absurdo; así es que esperó al tiempo para que ofreciese una coyuntura favorable. Tuvo don Justo facilidad de indagar de dónde había venido a la familia, al menos en lo ostensible, la comodidad que experimentó, luego que se presentó como novio Roldán, a quien suscitó algunas dificultades respecto a la casa, porque también era del convento en la que estaba la Estrella del Sur; pero sus malos oficios se nulificaron ante otro poder superior que era el de Fernando, a quien el mayordomo de dicha casa tenía por qué considerar. Tuvo, pues, que acallar su rabiosa concupiscencia y los gritos de su vanidad ofendida, quedando vivos y excitados los resortes de su carácter, aunque comprimidos por efecto de su misma necesidad.

Luego que supo la partida de la familia para Tanguistengo, se alarmó sospechando que en tales paseos

mediaba alguna otra persona de mayor importancia que el dueño de la tienda de la Estrella, quien, según supo, iba a casarse con Clara; emprendió el viaje para Tianguistengo, pero llegó tarde, pues recogió únicamente la noticia de que había verificádose un matrimonio muy rumboso en Almojita y que los novios se habían marchado a Tenancingo. No pudo don Justo emprender inmediatamente para allá el viaje, tuvo que regresar a México para arreglar varios negocios urgentes de la mayordomía y, después de algunos días, llegó a dicho pueblo, donde le fue fácil hacer una indagación algo semejante a la del Otomí, aunque en distinto teatro, porque todo su trabajo fue asistir a la misa llamada de “renovación”, a la que concurren “de rigor” las familias notables de la población, y después de reconocer en el templo a Clara y a Rosita, procuró ser presentado en casa de don Fausto Roldán.

Don Justo y Walker se entendieron muy fácilmente desde la primera vez que se vieron en la casa de Roldán porque, cuando fue presentado Amable, procuró sondear diestramente a las personas que no conocía y desde luego no pudo hallar eco, ni en Fernando, a quien instintivamente repugnaban los santurriones, ni en Roldán que, hallándose en la luna de miel, se enclaba hasta de su sombra y miraba con enojo las confianzas que pretendía tomarse don Justo para darse el aire de antiguo conocido. Sonriéndole a todo el mundo, don Justo solamente halló propicio al yanqui, sea porque éste recibía de todos malas miradas o, lo que es más probable, porque los perversos se conocen y se atraen mutuamente aun sin hablarse.

Al día siguiente de la llegada de Walker a Tenancingo, pasó con su acostumbrada impavidez a la casa donde estaba hospedado don Justo, con objeto de visitarlo, pues desde la noche anterior se habían citado; a uno y otro importaba obrar con rapidez y con el mayor secreto, así es que ambos deseaban abordar pronto su respectiva cuestión. El americano era profundamente observativo

95 y astuto, y no se le había escapado ninguno de los movi-
 mientos del mayordomo y, lo que es más, había percibi-
 do cuanto éste se atrevió a decirle a Rosita, cuando por
 la atención debida a la concurrencia se separaba de ella
 Fernando; decimos que había percibido la plática porque
 100 comprendía ya regularmente el castellano, fingiendo que
 nada alcanzaba.

—Rosita, me ha tratado usted muy duramente en
 nuestra última conferencia —le decía don Justo.

—Pero la ha olvidado usted muy pronto.

105 —Al contrario, la tengo constantemente en la me-
 moria.

—Pues entonces debe usted recordar que le advertí
 desde entonces, y desde mucho antes, que se abstudiese
 de toda confianza hacia mí; si a esto quisiera usted unir
 110 la amabilidad de no visitarnos, habría usted encontrado
 el medio de serme verdaderamente agradable.

—¿Piensa usted, señorita, que, al seguirla desde Méxi-
 co hasta este pueblo, será para no ver a usted y que, cuando
 logro estar cerca de usted, no le hable de este amor tan terri-
 115 ble que amenaza causarnos a usted y a mí infinitos males?

—¿A mí, por qué?

—Porque he resuelto que ha de ser usted mía, por
 bien o por mal...

—Pero teniendo yo la resolución contraria...

120 —Vencerá el más fuerte.

—Otras veces ha llegado usted a infundirme algún
 miedo, señor don Justo —contestó Rosita, sonriendo con
 malignidad—; tenía usted trazas de terrible seductor con
 aquello de la gran casa, del teatro, del coche y del paseo a
 Chapultepec; eran éstos unos resortes que daban idea de
 125 que usted puede mucho; pero cuando hemos tenido que
 pagar la miserable renta de la casucha que usted dizque
 nos regalaba, hemos conocido, Clara y yo, que era todo
 ello una purísima y vana ostentación, como lo de las ca-
 sullas viejas que ha regalado usted a la parroquia de este
 130

pueblo, en señal de los dotes que ha prometido en favor de huérfanas pobres a quienes usted tanto ama.

Fernando había interrumpido con su presencia la continuación de esta conversación sarcástica, y don Justo, componiendo su cara desencajada ya por la más violenta cólera, había dicho a éste: 135

—La señorita, de quien tenía ya el honor de ser conocido, puedo decir, amigo, va a acompañarme a fundar en este pueblo la Congregación de la Vela Perpetua; es una devoción que hace pocos años se ha establecido en México y que ciertamente le hará mucho honor a Rosita. 140

Después no se le había presentado ocasión favorable a don Justo para poder hablar a ésta, y se había ocupado de atraerse al yanqui mientras que los concurrentes a la tertulia cantaban o se divertían en juegos de prendas. 145

Por estos antecedentes, se comprenderá que el anuncio de la visita del americano fue recibido por el beato con el mismo júbilo que si hubiese ganado indulgencia plenaria.

—*Good morning* —dijo el yanqui, afectando no saber nada de nuestro idioma, al entrar a la pieza en que se hallaba el beato y de la cual no había salido, porque estaba rematado del reumatismo con la desvelada que había sufrido, que para él había sido de toda la noche porque la había pasado revolviéndose sobre su lecho y cavilando el modo de robar a Rosita sin escándalo. 155

—Muy buenos días, mi querido señor; ¿cómo me dijo usted anoche que se llamaba?

—William Walker.

—Hablemos como buenos amigos y sobre todo en lengua de cristianos: ¿William es Guillermo? 160

—*Yes* —contestó el americano con dureza.

—Le prevengo a usted que nada sé del inglés; con que así, hablemos en castellano, lo que usted pueda; y ya he dicho a usted, como buenos amigos.

El yanqui se sonrió de un modo imperceptible para cualquier otra persona que no fuese el mayordomo, que 165

oculto entre sus anteojos atisbaba todos los movimientos de su interlocutor. Él mismo, observando que nada hablaba éste y que escudriñaba todo, le dijo:

170 —¿De dónde es usted?

—Boston.

—¿Dónde queda eso?

—Massachussets.

El santurrón hizo un gesto.

175 —Tres mil dólares para volver a Massachussets...

El yanqui vio con suma desconfianza a su interlocutor como si le hubiera sorprendido algún secreto pensamiento.

—Sí, tres mil dólares daría yo...

180 —¿Por qué? —preguntó en buen castellano el yanqui.

—Por una persona.

El yanqui hizo un recuerdo y maliciosamente soltó una sola palabra al oído del santurrón diciéndole:

—¡Rosita!

185 El santurrón, a pesar de su palidez, se volvió rojo. Los dos sabían ya a qué atenerse uno respecto del otro; el yanqui buscaba una fortuna, el beato una mujer.

—Pero es el caso —añadió luego que se repuso este último— que daría esa suma en Toluca, por ejemplo, después que me fuese entregada la persona.

190

—¿Garantía?

—Mi palabra.

El yanqui se sonrió.

—Una libranza.

195 El yanqui se sonrió otra vez.

—Pues dando y dando.

—¿En dónde?

—En Toluca.

—¿Cómo?

200 —Fácilmente; usted tiene amigos americanos en la guarnición que hay ahora en esa ciudad...

—Sí.

—Que pueden hacer prender a don Fausto y a su esposa porque protegen, por ejemplo, la fuga de los voluntarios a Querétaro. Una vez presos estos dos, se lleva a esa otra persona de quien hemos hablado al lugar que yo diga, donde se entregarán los tres mil dólares. 205

—Sería preciso aguardar que volviese la familia a México, y a su paso por Toluca...

—Podemos hacer que se vayan mañana. 210

—¿De qué modo?

—Acusando a ese señor que ha llegado con usted ayer por cualquier cosa; yo tengo grande influencia con las autoridades de esta población y callarán mi nombre, o, mejor, emplearé otra persona para que lo denuncie, verbi gracia, por monedero falso; aprendido el que me parece ser el más temible de la familia, ésta se volverá a México, inmediatamente, si usted, que es su amigo íntimo, dice eso de parte del preso. 215

—¿Quién se encarga de la acusación? 220

—Yo —dijo el beato.

—Convenido.

—Convenido.

—¿A qué hora será el golpe de la justicia?

—Cosa de las ocho de la noche. 225

—¿Hoy?

—No, mañana, que han de dar un baile.

Walker se despidió para ir a combinar sus planes personales. Su pertinacia en seguir por todas partes a Fernando tenía por objeto el aparentar que llevaba con él relaciones de intimidad, y al haber depositado, en poder de don Abundio, el oro que dijo había ganado en el juego, y que provenía realmente de la venta de algunas de las alhajas de Rosita, quiso mostrar que no era la necesidad de recibir algún favor sino una especie de respetuosa simpatía la que le acercaba al maquinista. 230 235

Se había dado maña para conocer la letra y firma de éste, ofreciéndosele en una ocasión para dejar en la casa

240 de correos unas cartas interesantes, las que había retenido. Estando lejos de México el maquinista, le era fácil a Walker llenar unas libranzas contra don Abundio Torres y contra doña Antonia Hénkel, en cuyas casas sospechaba el yanqui que tenía dinero Fernando y que no sería desairada la firma. Tal proyecto recibía una casi seguridad, si la acusación de don Justo Amable surtía todo el efecto que era de esperarse, porque detenido Fernando por algunos días en Tenancingo, podría el yanqui, en calidad de amigo íntimo, ir a México e indicar secretamente a don Abundio y a Antonia que la sumas de 250 que hablaban las letras tenían por objeto la libertad del maquinista. De esta manera, el proyecto de aprisionar a Roldán y a su esposa para entregar a Rosita en manos del beato era verdaderamente complementario del suyo, porque además de los tres mil dólares prometidos por 255 el mayordomo, los cuales, llegado el caso, podrían hasta duplicarse con sólo no largar la prenda, el tener a buen recaudo a las personas que podrían contrariar su robo era una precaución importante.

260 Si a estas maquinaciones se agregan las del Otomí, se comprenderá que la situación de Fernando y Rosita estaba muy seriamente comprometida.

VII

LA ÚLTIMA CARTA DEL PADRE DON LUIS

MUCHA ANIMACIÓN HABÍA EN la casa de don Faustino Roldán cuando se acercaba la noche de aquel día en que le hemos visto acompañar a Fernando en su paseo al tianguis. La sala estaba alfombrada, las paredes recibían cuadros y arandelas y la techumbre soportaba por la primera vez el peso de un candil. Por un lado salían los que iban a contratar la música, por otro los encargados de cuidar a las familias que debían asistir a la velada, a la que, por indicaciones de Rosita, no fue invitado don Justo Amable. Todo anunciaba que se disfrutaría de una sencilla diversión sin etiqueta, y consiguientemente sin disgustos, cuando un correo que venía desde México con gran velocidad, le entregó a Fernando una carta de don Abundio en que le significaba que por saber la urgencia de la que le remitía el padre don Luis había puesto aquel propio. Esta carta, que inmediatamente abrió el maquinista, decía así:

“Sr. D. Fernando Hénkel.

5 *arandelas*: “arandela. Candejea o candelero adecuado para fijarlo lateralmente (*DUE*).

“Guadalajara, abril... de 1848.

20 “Hermano mío predilecto:

“Todas las calamidades juntas han venido sobre mí.
¡Bendito sea el señor!

25 “Salí de la Nueva Filadelfia hace tres días y quiso el
Todopoderoso que entonces llegase una comisión arma-
da, a llevar gente de leva por orden del comandante de
Sayula. De pronto la comisión entró sin resistencia, pero
cuando los colonos comenzaron a observar que la co-
misión escogía a su placer a los de mejor cuerpo y los
30 apartaba, se fueron retirando para sus habitaciones en el
mayor silencio. Los que habían sido aprehendidos creye-
ron al principio que sus compañeros los abandonaban,
y marchaban ya sin saber a dónde; pero, cuando vieron
que querían amarrarlos como si fueran criminales, co-
rrieron también a sus habitaciones, perseguidos, sable
35 en mano, por los de la comisión. Ésta fue la señal para
que los que tenían rifles saliesen a contener a los solda-
dos, a quienes, sin causar desgracia alguna, redujeron
y desarmaron. Yo volvía a la casa al oír las campanas
que llamaban al refectorio y, muy quitado de la pena, en-
40 tré a comer, cuando me dieron parte los capitanes de lo
que habían hecho, llevándome a un taller donde habían
puesto a los prisioneros.

“Inmediatamente conocí que nos amenazaban serias
dificultades; pero nunca me figuré que serían tan terri-
45 bles como después se presentaron. Invité a los soldados
para que comiesen con nosotros en el refectorio, y así lo
verificaron de buena voluntad, al menos en la aparien-
cia; hice que les volvieran sus armas, y al despedirme del
que venía haciendo de jefe, le dije que para evitar lances
50 como el que acababa de pasar, había yo convenido con
el Ayuntamiento de Atoyac que, siempre que se pidiesen
reemplazos, nosotros contribuiríamos con el dinero ne-

cesario para pagar a los que fuesen a cubrir los lugares que nos tocasen. El oficial dijo que daría parte al comandante y yo quedé con mucha ansiedad. 55

“Al día siguiente, no quise salir de la casa esperando los resultados; pero pasó la hora de la comida sin que ocurriese nada, y ya empezaba a creer que no habría otras consecuencias, cuando me avisaron los vigías que se veía venir tropa en dirección de la Nueva Filadelfia. 60

Salí al camino y, efectivamente, vi no sólo que llegaba la tropa, sino que se formaba de una manera amenazante, dividiéndose en cuatro grupos como para enbestirnos por las cuatro calzadas que conducen a los edificios centrales. Mandé inmediatamente parlamentarios que pre- 65

guntasen cuál era el objeto de tan amenazantes disposiciones, y volvieron corriendo a decirme que nos daban cinco minutos para que nos rindiésemos a discreción. Esta noticia produjo un efecto terrible: los trabajadores que en aquella hora, por ser de descanso, se encontra- 70

ban en sus habitaciones querían repeler la fuerza con la fuerza; las mujeres, unas lloraban trayendo a sus hijos junto a mí creyéndolos así fuera de peligro, y otras alentaban a sus padres o hermanos para no dejarse, y todo en resumen era una horrible confusión. En tal extremo, 75

les dije a todos: vámonos para los talleres y allí resolveremos. Como todos me hablaban y tenía que atender a muchas cosas, no advertí que se pasaban los cinco minutos que habían dado los invasores y apenas habíamos entrado a los talleres cuando el estallido del cañón anun- 80

ció que comenzaba el ataque. Todavía en este momento me rogaban los colonos, capitaneados por Ulseman, que los dejase combatir; pero yo me negué obstinadamente, hice que se juntasen las armas en un rincón y que cada uno fuese a su puesto como si se tratara de un día enteramente pacífico. 85

“Como debes suponer, pronto tuvimos sobre nosotros a los soldados que entraron echando horribles blas-

90 femias, disparando sus armas a quema ropa contra los
inermes colonos, saqueándolo y quemándolo todo. Yo no
puedo describirte lo que pasó en este terrible momento;
sólo me acuerdo de que, al ver entregada a las llamas la
obra que tan ímprobo trabajo nos ha costado, y huyendo
como rebaño que persigue el lobo a mis queridos colonos,
95 me precipité hacia el lado en que me pareció que venía el
jefe, corriendo innumerables peligros para pedirle piedad
para tantas inocentes familias.

“En la cara de este hombre, a quien de pronto no co-
nocí, se miraba una diabólica satisfacción, que parece se
100 aumentó cuando me vio cerca de sí. También me pareció
que estaba ebrio.

“De allí fui conducido a Sayula con otros treinta y
tantos colonos que no quisieron huir, y después nos han
traído pie a tierra a esta capital. En los periódicos ha apa-
105 recido el siguiente parte de la acción, que copio para que
comprendas de qué modo procuran cubrir los coman-
dantes militares y los jefes de tropa sus depredaciones,
porque debes saber que lo primero que se perdió fue una
considerable suma de dinero que teníamos depositado
110 para ocurrir a los grandes gastos del año.

“Dicho parte es así:

«Comandancia principal de Sayula. –E. Sr. –Como
dije a V. E. en mi comunicación anterior, el enemigo se
115 posesionó de una hacienda que dista como dos leguas
del pueblo de Atoyac, y fuerte por su número, que era
décuple del nuestro, y por sus posiciones, se atrevió a de-
safiar la nunca desmentida bravura de los leales que ten-
go la honra de mandar.

«Pero tomando mis disposiciones, y después de diri-
120 gir a mis valientes la alocución que respetuosamente re-
mito a esa superioridad, la cual según advertí les aumen-
tó su natural decisión y denuedo, emprendimos el asalto
sufriendo un nutrido fuego de fusilería, hasta desalojar
a la bayoneta a la fuerza enemiga, que en su mayor parte

quedó prisionera, huyendo el resto, que dejó en nuestro poder un cañón, porción de lanzas, tercerolas y rifles, conociéndose, por los regueros de sangre que han marcado sus huellas, que llevan no pocos heridos. 125

«No hago especial mención de algunos de mis subordinados porque todos la merecen, cabiéndome la satisfacción de que ninguno de ellos haya salido herido de gravedad. 130

«Felicito a V. E. y a la Nación por este nuevo laurel que han alcanzado las tropas leales sobre los facciosos, protestándole mi adhesión y respeto. 135

«Rancho del Tigre, abril... de 1848. –Arturo María de Montemar .–E. Sr. comandante general de Jalisco.»

“Este parte, continuaba la carta, ha causado en Guadalajara una gran sensación, porque aunque generalmente no faltan por estos rumbos partidas, levantadas en contra del que manda, no se tenía noticia de que anduviese por el cantón de Sayula alguna fuerza pronunciada, ni menos de que ésta fuera capitaneada por un sacerdote, así es que, desde que me han conducido preso a la casa del obispo, he recibido muchas visitas a quienes he contado la verdad que las ha dejado escandalizadas, por lo que no dudo de que nuestra inocencia prevalezca al fin. Pero no es esto lo que me inquieta y desconsuela, sino la terrible miseria en que estarán nuestros pobres colonos, dispersos muchos de ellos por los campos, aunque sé que otros se han refugiado en la segunda Filadelfia que se estaba ya construyendo, la cual no podrá darles la necesaria subsistencia. ¡Juzga cuál será mi dolor! 140

“No dudo que al recibir estas líneas, que mojo con mis lágrimas, ocurrirás a salvar a tu hermano y, lo que es más importante, a reunir los restos de nuestra Asociación. 155

“No dejaré de indicarte, al terminar mi luctuosa carta, que en mi prisión me asaltan dos crueles ideas que debilitan mucho mi acongojado espíritu. ¿Te acuerdas que yo fui a arreglar las condiciones de un desafío que 160

te habían propuesto? Pues bien, aunque mi intención fue siempre impedir el que se verificase tal duelo, me parece que Dios me castiga, por haber representado un papel indigno de un sacerdote cristiano... La otra duda que
 165 me atormenta proviene de que pienso que acaso no he hecho bien en pedir la relajación de mi voto...

“No tardes, hermano querido, pues la esperanza de verte pronto es la que únicamente me sostiene.

“Luis.”

170 ¡Pobre hermano mío!, dijo con amarga tristeza Fernando al acabar de leer la precedente carta; la desgracia le trastorna su excelente juicio, porque no estuvo el mal en que interviniese en el desafío con el laudable objeto de impedirlo, sino en que se haya quedado sin castigo
 175 ese tigre de Montemar. En cuanto a lo del voto, si el santo Padre permite se relaje, no hay por qué suponer que la petición hecha con tal objeto pueda ser nunca una cosa mala; pésima es sin duda que por sí mismos den nuestros sacerdotes rienda suelta a sus alegrías y hagan lo contrario de lo que dicen. Pero esto no me
 180 toca; allá se la avengan; solamente quisiera yo que, supuesto que todos somos flacos, muy flacos, fuesen ellos muy tolerantes.

185 Inmediatamente escribió el maquinista a su socio don Abundio Torres que marchase a Guadalajara, llevando en libranzas cuanto dinero le fuese posible, y que él llegaría después para reunírsele en el camino con el mismo objeto, que era salvar al padre don Luis de las garras de Montemar, y reunir a los colonos dispersos de la
 190 Nueva Filadelfia. Le adjuntó abierta la misma carta que había recibido para que le sirviese de instrucción y encargó al correo que procurase llegar a México en la madrugada siguiente, caminando toda la noche. El cochero partió mudando antes caballos y Fernando entró a dar

sus disposiciones a fin de caminar también en aquella noche y tomar la diligencia en Toluca para llegar horas después que el correo a México y allanar cualquier inconveniente que se presentase a don Abundio a efecto de que sin pérdida de tiempo marchase a Guadalajara, lo que el maquinista se proponía hacer a los pocos días, por no estar preparado para semejante viaje. 195

El Otomí, acostado en el corredor, estaba con grande inquietud temiendo que se frustrasen sus intentos; Walker, con igual suspicacia, se paseaba por otra parte del mismo corredor, sin hacer caso de los que parecía que dormían, y cuando oyó a Fernando prevenir que ensillasen sus caballos, pensó que todo se había descubierto y salió a dar parte de aquella novedad a don Justo. 200

Rosita, extrañando que Fernando no la buscase, salió a reunírsele, diciéndole en tono de amable reconvención. 205

—Muy pronto se ha cansado usted de nuestra compañía, señor Hénkel.

—De ninguna manera, Rosita.

—Pues en toda la tarde no ha ido usted por la sala, precisamente cuando todo el mundo dice: “¡Quién sabe si le parecerá bien a don Fernando cómo ha quedado el candil! ¡Si estarán bien distribuidas las luces! ¡Si así deseará que se ponga la alfombra!”; no hay cosa como hacerse interesante. 215

—¡Burlona! ¿Para qué soy yo necesario donde está usted? 220

—Para que esté yo a gusto.

—Gracias, Rosita.

Muy complacido Fernando por la amabilidad de la joven, tuvo sin embargo necesidad de indicarle la urgencia que tenía de partir en aquella misma noche. 225

—Voy a decirle a usted Rosita, una cosa que me causa gran pena.

—¿Cuál podrá ser?

—Que debo partir esta noche para México. 230

El Otomí, que estaba oyendo la conversación, se incorporó y el yanqui acortó su paso, con objeto de aperebir algunas palabras.

235 —¡Ésa faltaba! —dijo Rosita—. ¿Entonces para quién es el baile?

—Para usted, para Clara, para todos los que tengan gusto en bailar...

—Dejémosos de bromas y vamos a ver cómo ha quedado el salón.

240 —No es broma, Rosita, esta misma noche debo partir.

—¿Y por qué tanta exigencia?

—He recibido esta tarde una carta en que se me avisa que un amigo, el único tal vez que tengo, se halla en un gran peligro en Guadalajara y voy a hacer algo por ayudarle.

245

—¿Entonces el viaje no es sólo para México?

—En la capital me detendré pocos días.

Rosita reflexionó que todavía la perseguía su mala suerte, supuesto que no podía decir “yo te acompañaré” y, habiendo detenido el aliento en todo el tiempo que duró aquella divagación, le fue absolutamente necesario dar un largo suspiro. Fernando conmovido, no sabía qué decirle.

250

—Pero ya que es tan necesario ese viaje —añadió la huérfana con tristeza—, ya que ni un día más se puede conceder a la amiga, al menos que no sea esta noche la partida.

255

—Había ya mandado ensillar los caballos.

Rosita no volvió a decir una palabra y se retiró a poco pretextando un quehacer, dejando a Fernando que luchaba entre el deber de ir a socorrer al amigo y el deseo de complacer a su amada. Haciendo una transacción entre ambos, se decidió a permanecer en el baile, hasta la media noche, y marchar enseguida a Toluca para tomar de allí la diligencia del día siguiente. Esta resolución lo perdió.

260

265

VIII

LO QUE VALE UNA ROSA

AÚN NO SONABA EL toque de las ánimas, cuando ya los convidados comenzaban a llegar a la sala del baile que extendía a gran distancia sus resplandores y sus ecos armoniosos. *El vencedor*, rumboso vals dedicado al general Valencia algunos años antes, y que en aquel momento era una desgraciada antítesis porque recordaba a los mexicanos que por la desobediencia de ese general vinieron los fatales sucesos de Padierna y Churubusco, conmovía deliciosamente la organización delicada de las bellas hijas de Tenancingo, que muy animadas y entusiastas dieron luego principio al baile. 5 10

Parece que el Otomí esperaba que comenzase el ruido del festín porque se levantó inmediatamente cojeando, mirando a todos lados, al mismo tiempo en que uno de sus dos compañeros fue sin hacer ruido a sacar los caballos que no se habían desensillado. 15

El Otomí se acercó a una de las vidrieras que caían al corredor; vio que pasaban varios criados y llamó a uno de éstos diciéndole:

—A mi amo don Fernando, dígame usted que quiere hablarle el de las limas. 20

—Está ocupado.

—Me dijo que me había de dar una carta para México; voy a llevar la carga.

25 El criado llamó a Fernando, que salió en traje de baile, restirándose los guantes.

—Pensaba —le dijo al Otomí, luego que pudo distinguirlo— que llevaras las limas a México; pero he mudado de parecer.

30 —¿Por qué mi amo?

—Te las regalo.

—No, mi amo, yo no las quiero; lo vendido, vendido; mejor me hiciera su “mercé” otro favor.

—¿Qué quieres?

35 —Es reservado...

—Vuelve mañana.

—No, mi amo, ya nos vamos; ¿no ve usted que ahí están ya nuestros caballos?

—Pues dime pronto lo que quieres.

40 Durante este diálogo, el Otomí había ido reculando con objeto de atraerse a Fernando hacia la parte más oscura del corredor; el maquinista creía que se alejaba en señal de respeto y le iba siguiendo para oírle pues hablaba muy quedo, especialmente cuando le indicó que era secreto el favor que le pedía; pero notando que nada le hablaba, presintiendo súbitamente algún mal por la fijeza de la mirada del bandido, que en la oscuridad brillaba como la de los animales feroces, y porque le pareció que no cojeaba ya, le dijo:

50 —Pronto, ¿qué quieres?

Por toda respuesta sintió que le oprimían por detrás la garganta de un modo terrible y que le metían la cabeza en un saco rasposo, alzando inmediatamente su cuerpo en el aire. Una voz cavernosa y estridente dijo enseguida de modo que le oyese Fernando:

55

—Si grita, le hundes tu daga.

Los caballos de los bandidos fueron saliendo de la casa muy pausadamente conducidos por Juan el Coyote,

mientras que los dos otomíes cargaban un tercio al parecer inanimado. 60

Empezaba el baile como hemos dicho por haber mandado avisar el gobernador del Estado, que entonces se hallaba en Tenancingo, que no concurría, cuando se presentaron en el salón varios hombres armados que acompañaban a los ministros de justicia. Don Justo Amable, al hacer su denuncia por interpósita persona, se entiende, había encargado que se aventurase la especie ante el juez de que, en la casa del monedero falso, podría encontrarse unos cien mil pesos en oro y algunas barras de plata, magnífico y tentador cuerpo de delito para el juzgado más pacato. 65 70

Los ministriles hicieron cesar el baile en nombre de la ley; los concurrentes se miraban atónitos unos a otros; las señoras comenzaron a pedir sus tápalos, luego que se oyó esta orden imponente:
—¡Preso todo el mundo! 75

62 *Estado*: “Con la elección de la ciudad de México para sede de los poderes federales, comienza en el estado el problema de la capital nómada. No existía en toda la entidad otra ciudad que cubriera los requisitos de una capital, habría pues que habilitarla”. Texcoco lo fue de febrero a julio de 1827, al pasar los poderes a San Agustín de las Cuevas, se convirtió en la ciudad de Tlalpam a partir de septiembre de 1827, Toluca a partir de julio de 1830. “El 19 de septiembre de 1847, durante la intervención Norteamericana, el gobernador Francisco Modesto de Olaguíbel pasó los poderes estatales a Sultepec, en vista de que Toluca estaba punto de caer en manos del enemigo. De Sultepec, el Gobernador Manuel Gracia Gracida trajo los poderes a Metepec el 22 de febrero de 1848. Pasados los peligros, ya en condiciones normales, los poderes regresaron siempre a Toluca que, por ello mismo, se puede considerar que ha sido la capital del Estado de México desde 1830” (vid. BARANDA 1987, t. I, pp. 167, 261).

63 *Tenancingo*: “Cabecera del municipio de Tenancingo [...] en el margen izquierdo del río Tenancingo, que baja de la vertiente sur de los montes de Ocuilan y vierte sus aguas en el río Amacuzac, afluente del río Mezcala, que después recibe el nombre de río Balsas. 49 Km. al sur de la ciudad de Toluca, en la carretera Toluca-Ixtapan de la Sal-Axixintla. Clima templado, con pequeña oscilación térmica. Lluvias en verano y principios de otoño. Centro agrícola importante. Producción: frijol, haba, chícharo, durazno y aguacate en grandes cantidades. Tiene como industrias típicas regionales la elaboración de vinos de frutas y la fabricación de rebozos” (DP).

Clara, que en lances críticos conservaba alguna sangre fría, se dirigió al ejecutor preguntándole:

—Pero señor, ¿por qué es este atropellamiento en mi casa? Usted ha padecido alguna equivocación: ¿Cómo es
80 que quiere usted apresar a todos? ¿Qué motivo hay para que venga usted a molestar a estas señoritas?

—¡Por monederas falsas! —contestó con gravedad cómica el esbirro.

Una risa general le desconcertó; pero sacando fuerzas de la esperanza que tenía de participar del gran comiso de los cien mil pesos y las barras.
85

—¡Bien! —dijo—. Las señoras saldrán, pero los hombres no; buscamos unos monederos falsos y es forzoso que entre ustedes estén.

—¿Quién de ustedes es don Fernando Hénkel?
90

Ninguno respondió.

Hallándose todos en tal embarazo, porque ni los ministriles sabían a quién debían aprehender, pues sólo estaba denunciado Hénkel y no tenían los otros concurrentes licencia de salir, no faltó quien diera la noticia de que habían llegado los del sur y que el pueblo iba a ser quemado por no haberse pronunciado por la continuación de la guerra contra los americanos y por haber dado hospitalidad al gobernador del Estado de México don Francisco Modesto Olaguíbel, con quien el general don Juan Álvarez tenía serias desavenencias.
95
100

100 *Francisco Modesto de Olaguíbel*: “(1806-1865). Abogado. Nació en Puebla. Inicia su carrera política en 1827, fue catedrático de historia y periodista liberal. Fue gobernador del estado de México en 1846. Reinstala en 1848 el Instituto Literario de Toluca. Desterrado por Santa-Anna en 1853, se radica en París. Al triunfo del Plan de Ayutla es nombrado ministro en Francia el 31 de octubre de 1855, renuncia en 1857. Regresa a México en 1861. Su biblioteca, que había empezado a formar en París, se distinguía por sus ediciones aldinas y elzevirianas. A su muerte fue vendida al Ayuntamiento de la ciudad de Veracruz para la Biblioteca del Pueblo, en donde el tiempo y el clima mermaron considerablemente la colección” (DP).

Temiendo por su propia seguridad los que venían a hacer la aprehensión de los monederos falsos, desaparecieron como por ensalmo en unión de los concurrentes. Walker, que había salido a dar parte de sus primeras observaciones a don Justo, tranquilizado por éste, esperaba con él, en una esquina de la calle, que se verificase la aprehensión de Fernando cuando observaron que salía en tropel la gente del baile; se despidió inmediatamente de su cómplice citándose para Toluca y fue a decir a Rosita de parte de Fernando que en la misma noche se fuese la familia para dicha ciudad. Tal recado trasmitido a Roldán, que no las tenía todas consigo, fue inmediatamente creído, y encontrándose los caballos ensillados, salió la familia en unión de Walker creyendo cumplir una prevención de Fernando.

Al pasar por la esquina en que estaba emboscado el mayordomo, vieron un hombre que tosió, respondiendo del mismo modo el americano; pero tal incidente no se juzgó de importancia alguna.

Al día siguiente sólo se hablaba en el pueblo de la prisión del gobernador del Estado y de su marcha para el sur,¹ sin que nadie se admirase de la desaparición de la familia de don Fausto Roldán, a quien suponían muy ofendido de la mala pasada que le habían hecho

1 Este suceso es histórico. El Padre Alcocer, capitaneando una partida de gente armada, entró al pueblo de Tenancingo durante la invasión de los americanos y apresó al licenciado Olaguíbel, gobernador del Estado de México, llevándose para Tetecala. El padre Alcocer sucumbió atravesado de una bala, en un asalto que dio al mismo pueblo, tres años después [N. del A.].

122-123 *la prisión del gobernador del Estado*: En el periodo del mandato de Francisco Modesto de Olaguíbel, se produjo la invasión norteamericana, Mientras la nación esperaba impaciente el resultado de las pláticas sobre la paz, los invasores se aproximaban a Toluca y las autoridades se vieron obligadas a abandonar la ciudad el 17 de enero de 1848, los poderes estatales serían trasladados a Sultepec, en donde por conflictos internos fue hecho prisionero y obligado a renunciar a sus funciones como gobernador.

los ministros de la justicia, la cual atribuían a una broma de muy mal gusto, pues nadie podía creer que el juez hubiese llevado a lo serio la denuncia de los monederos falsos.

130 Don Justo Amable, tomando por pretexto el desorden ocurrido en la noche anterior con la prisión del gobernador, y creyendo que quedaba en la cárcel Fernando, así como lo había creído Walker, salió del pueblo, a pesar de sus reumas a las cinco de la mañana.

Sería poco más de la media noche cuando los bandidos llegaron a la Venta de Ocuilam con Fernando a quien, luego que estuvieron en despoblado, lo sacaron del gran costal en que lo habían metido, le quitaron el frac, lo cubrieron con una manga, le pusieron un sombrero de palma que habían comprado, subiéndolo en un caballo que al efecto tenían dispuesto. El Tigre le había dicho, al comenzar a caminar en esta nueva traza, procurando quitar a su voz el acento terrible que involuntariamente tomaba en estas ocasiones:

145 —¡Mucho silencio! No se trata de hacer a usted mal ninguno; es sólo una cuenta atrasada la que tenemos que arreglar.

150 El Gachupín tomó el ronzal del caballo en que iba Fernando, mientras que el Coyote y el capitán le cuidaban la espalda. Así caminaron como por espacio de cuatro horas por entre bosques muy frondosos alumbrados por los rayos de la luna, que difícilmente penetraba por entre las hojas.

155 El ventero, que estaba avisado, los esperaba y abrió inmediatamente las puertas de la venta ocultando a los recién llegados. El Tigre continuaba haciendo el amable y pidió de cenar, ofreciéndole a Fernando que tomara alguna cosa porque tenían que caminar largo. Fernando se negó diciéndole:

160 —Supongo que se puede hablar.

El Tigre inclinó la cabeza como en respuesta que significaba “sí”, sus compañeros y el ventero se retiraron por discreción. 165

—Lo que has hecho conmigo —continuó el maquinista— es infame; has perjudicado a muchas gentes sin necesidad, porque si lo que quieres es dinero, sin venir hasta aquí...

—No lo siento —contestó con aparente tranquilidad el bandido, engullendo un pedazo de queso y mojándose los labios en un vaso de vino que le habían puesto delante, lo mismo que a Fernando—; mi vida es el mal, no me acuerdo haber puesto el pie en alguna parte sin que broten desgracias. 170

—Pero, ¿quién eres tú?, ¿qué quieres de mí? —exclamó Fernando dominado por cierto terror involuntario—; esta mañana cojo, paralítico, con los ojos torcidos, ahora con apariencia de demonio; verdaderamente no sé si estoy soñando. 175

—Pues te despertaré y perdona que te hable de tú; sigo solamente tu ejemplo, porque desde esta mañana al hacer el trato de las limas, me “tuteabas” sin pedirme permiso. 180

En seguida, revistiéndose el Otomí de esa grave autoridad de un indio que tiene la conciencia de su poder, le preguntó fijándole su fascinadora mirada: 185

—¿Quieres vivir?

Un silencio de muerte que dejó oír los descomunales ronquidos de los otros bandidos que dormían echados en el suelo, hizo más imponente aquella escena. 190

—Te pregunto si quieres vivir; respóndeme, y te prevengo que no estoy hecho a demoras.

—Mi vida no es tuya, ¿quién te ha dado poder sobre mí? —dijo Fernando queriendo ponerse en pie.

El Otomí le tomó un brazo sujetándolo con mano de fierro y obligándolo a sentarse. 195

—Ya te he dicho que mi poder viene del mal; pero se me ha metido en la cabeza hacer una cosa buena y por

esto ando descaminado. El demonio, que sin duda me
200 guía, no sabe de estas cosas.

Después de un cierto intervalo en que Fernando contempló con espanto las facciones del capitán, que por haberse querido sonreír estaban horriblemente feroces, continuó éste:

205 —Óyeme y no me precipites a un abismo. Dime, si
tuvieras una hija a quien amases como a tus ojos, más
hermosa que el sol y cuya felicidad pesara sobre ti por va-
rios motivos, ¿no se la procurarías aun a costa de tu vida,
sin que te detuviera ningún obstáculo, ninguna conside-
210 ración?... ¿Y si vieras padecer a esta hija idolatrada por la
ingratitude de un hombre que, después de infundir en su
pecho inocente el amor, la olvidara por otra, perdonarías
a este hombre?... ¿Y si por razones poderosas, por dificul-
tades invencibles, este hombre fuera el único capaz de ha-
215 cerla feliz, no lo arrancarías de donde se encontrase y lo
arrastrarías hasta los pies de tu hija adorada, sacrificán-
dolo sin piedad en caso de que se negase a salvar con su
ternura el objeto más caro de tu alma? Pues bien, ese que
robó la paz del corazón de mi hija eres tú y serás sacrifica-
220 do sin misericordia si resistes a lo que voy a mandarte.

Fernando, que no comprendía de qué manera pudie-
ra ser el instrumento de la desgracia de la hija del hom-
bre que le hablaba, le contestó manifestándole una ver-
dadera tranquilidad:

225 —Aquí hay una equivocación que te perdono, con tal
de que me dejes volver sin demora a Tenancingo, donde me
esperan negocios importantes: Yo no conozco a tu hija.

—¡Infame! —gritó el Otomí poseído de indecible có-
lera. Tú has engañado a mi hija. ¡Tú!, y dices que no la
conoces, ¡oh rabia! y amenazó con los puños a Fernando
230 que permaneció sentado.

A los gritos que dio el bandido se levantaron asus-
tados sus compañeros y se acercaron al lugar en que es-
taba su jefe.

—Es en vano que te violentes —repuso Fernando—, te repito que no conozco a tu hija y ésta es la verdad; pero, aunque la conociera, tengo formados serios compromisos acerca de mi matrimonio a los que no faltaré de ningún modo. 235

—¡Amarren a este hombre! —gritó el capitán. 240

Juan el Coyote y el Gachupín amarraron fuertemente las manos de Fernando juntándolas por la espalda, a lo que no opuso éste resistencia, porque todavía no se convencía de que le esperaba una gran desgracia.

—¡Por última vez! —dijo el bandido con voz ronca por la cólera—, escoge entre mi hija y la muerte. 245

Fernando no respondió. El capitán le dijo a uno de sus compañeros:

—Dame el frasquito, Gachupín.

Éste le presentó un pequeño objeto envuelto en una bolsita de cuero, de donde el Otomí sacó un frasquito de cristal, con un líquido amarillento. 250

—¡Bebe! —le dijo a Fernando.

—¿Que beba? —preguntó éste con indecible angustia—. ¡Me vas a envenenar! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué va a ser de mi hermano Luis y de la pobre Rosita! 255

—Sí —contestó el Otomí con sangrienta ironía—, tu camino ha estado sembrado de rosas y lloras porque has encontrado una espina. ¡Cobarde! ¿Tanto te espanta la muerte? 260

Fernando, entre tanto, hacia inauditos esfuerzos para romper sus ligaduras hasta quedar rendido.

—¿Bebes?

—No, es un veneno.

—Pues volvamos a lo del principio: ¿quieres vivir? 265

—Sí.

—Deja a la Rosa.

—Nunca.

—Pues bebe, es para que duermas y camines sin hacer escándalo; después morirás, pero con una agonía 270

275 cruel, tendrás sed y no beberás, tendrás hambre y no comerás, solo, entregado a tu desesperación. Ya otra vez te has librado de la gruta en que mandé meterte; sin duda te pusieron muy a la entrada; ahora yo mismo te llevaré, te encenderé lumbre para que cuando despiertes veas, sientas todo el horror que te cerque y te dejaré hachas para que con ellas te extravíes y te precipites.

—¡Juan!, hazle beber por fuerza, me he cansado ya de tanta plática.

280 Fernando quiso oponer alguna resistencia, pero estaba fuertemente amarrado; cerró los dientes, pero tuvo que separarlos porque el bandido le apretó las narices, y cuando le faltó la respiración, con la primera bocanada de aire, entró el licor del frasco que le pareció horriblemente amargo.

285 Largo tiempo permaneció Pedro el Otomí contemplando a su víctima con ojos feroces, cruzados los brazos sobre el pecho, furioso de no haber podido rendir aquella fuerte naturaleza que únicamente había opuesto una resistencia pasiva.

290 —¡Acabemos! —gritó—. Pónganle en el tlapextle y marchemos. Este hombre despertará dentro de unas doce horas y morirá a las treinta.

295 —¡Compadre! —dijo el Otomí al ventero—, ¿ya tiene usted los peones?

—Sí, compadre, están esperando allá afuera.

—¿Son seguros?

—Como yo mismo.

300 —Pues que entren y carguen a este hombre. ¡Juan!, tú por delante, si preguntan en el camino dirás que llevamos un enfermo a Cocoyotla. Los peones de que hablaba el ventero entraron luego y pusieron en el suelo una especie de parihuela hecha de ramas, cubierta con

276 *hachas*: “hacha. Antorcha. Trozo de madera resinosa o mecha hecha con esparto y alquitrán, que se hace arder por un extremo para dar luz” (DUE).

sábanas, de manera que no podía verse por ningún lado a la víctima que pusieron dentro. 305

Fernando oyó la última conversación del Tigre, ya metido en el tlapextle, y pocos momentos después sintió que empezaba a caminar. A los primeros balanceos se apoderó de él una basca tenaz que le duró por mucho tiempo, hasta que una pesada nube se puso ante sus ojos y su inteligencia comenzó a mostrarle sus recuerdos vagos, indecisos, como en el momento en que nos sobrecoge un sueño muy profundo; la imagen de Rosita vino a consolarlo por algún tiempo, la miraba primeramente alegre, rozagante, después triste, vestida de luto, desmenada, llorando sobre un féretro, enseguida se apareció un sacerdote que echó sobre el mismo féretro agua bendita; la cara de este sacerdote estaba muy pálida, sus ojos enrojecidos de llorar, creyó haber visto en otra vez sus facciones hermosas, quiso dar un grito porque reconoció a su hermano Luis; pero seguramente sólo exhaló un quejido, pues que uno de los que cargaban el tlapextle dijo a otro: 310

—Se va quejando mucho.

—Pues no se ha de quejar —contestó el primero— si es un enfermo de gravedad que llevamos a la hacienda de Cocoyotla. 325

—¿Has oído cómo se ha vomitado?

En todo el resto del camino no volvió a quejarse el enfermo, pues continuó tan profundamente dormido que cuando el Gachupín, en un momento en que se quedó atrás el capitán, lo desató, se quedaron los brazos en la misma postura en que habían estado antes, como si continuaran ligados. 330

DESPUÉS DE DIEZ O nueve horas de camino, es decir, como a las ocho de la mañana del siguiente día, llegaron cerca de la hacienda de Cocoyotla los que llevaban al enfermo. Allí despidió el capitán a los cargadores pagándoles liberalmente e hizo que el Coyote y el Gachupín llevasen el tlapextle hasta la entrada de la gruta, ayudándoles a veces el mismo Otomí a causa de las dificultades que ofrecía el terreno muy desigual y pedregoso. El Tigre entró primero a la boca de la gruta que está sobre unas peñas de difícil acceso, a fin de recibir el cuerpo de Fernando, y se hizo acompañar del Gachupín, dejando de observación al otro. En el camino había comprado un gran rollo de hachas y encendieron algunas para penetrar en la cueva, lo que verificaron como hasta trescientos pasos, dejando de trecho en trecho hachas encendidas para que les indicasen la ruta. 5
10
15

—De aquí ya no se volverá a salir —dijo el capitán—; antes de dar con el camino se extraviará cien veces; el que no conoce bien esta gruta, de seguro que encuentra en ella su sepulcro, con sólo penetrar unas cien varas. Trae algunos palos, Gachupín, encenderemos una luminaria. 20

El Gachupín salió a recoger leña muerta, observando bien el camino que le marcaban las hachas encendidas y,
25 al volver con la leña, fue dejando caer intencionalmente algunos fragmentos para tener, en caso de que se apagasen las hachas, alguna señal que lo guiase.

Encendida la luminaria, dejaron cerca de Fernando el resto de las hachas y se salieron.

30 —Cuando despierte —dijo el capitán a sus compañeros después de salir de la gruta, a la vez que tomaba el camino de su casita— apenas tendrá el tiempo necesario para conocer lo terrible de su situación, vagará sin encontrar la salida y morirá desesperado. Esta muerte
35 causará la de María, y la de María mi condenación, pero él lo ha querido...

Desde aquel momento no volvió a hablar con nadie el Otomí, y fue a encerrarse en su oratorio devorado por un remordimiento que nunca había sentido.

40 Fernando no tardó mucho en despertar, después que lo abandonó el Tigre, que anduvo muy exacto en calcular la hora; en lo que no anduvo atinado fue en juzgar la fuerza del veneno, que apenas pudo causar su efecto soporífico, porque casi en su totalidad fue expelido en los
45 vómitos que, inmediatamente después de tomado, atacaron al paciente.

Éste, por un movimiento maquinal, luego que estuvo solo y que empezó a sentir el calor de la lumbre que le habían puesto enfrente, quiso recoger sus piernas que
50 estaban heladas, pero no pudo lograrlo porque experimentó una pesadez invencible en todo el cuerpo, la vida estaba entorpecida en casi todos sus órganos. Después de un breve rato en que el calor fue haciéndose más intenso, logró abrir los ojos, pero tenía las pupilas tan dilatadas
55 que no pudo percibir con claridad la hoguera que tenía delante y cuyas emanaciones sentía, pues tuvo solamente la impresión vaga de una luz fuerte, sin acertar de dónde pudiese venir. Por una singularidad que suelen experi-

mentar los que se envenenan con opio, después de esta ausencia de percepción clara en la retina, le vino repentinamente tal susceptibilidad que, sintiendo dolores muy agudos en los ojos, los cerró y, no bastándole la defensa de los párpados, dio sobre sí mismo una vuelta para oponer la espalda a la luz. 60

Por fortuna, el malestar de los ojos duró poco tiempo, pues comenzó a distinguir Fernando, con el auxilio de la luz de la hoguera, enormes masas blanquecinas que le parecieron como fantasmas presentes a sus funerales. Un dolor agudo, como si le perforasen la pierna que tenía debajo, le hizo llevar la mano, aunque con entorpecimiento, al lugar lastimado y reconoció confusamente, por el tacto, una materia dura y húmeda, trajo la mano recorriendo el lugar que le servía de lecho y halló que estaba acostado sobre una piedra llena de concreciones salientes que le magullaban su carne. 65
Trató entonces de incorporarse, lo que con alguna dificultad y muchos dolores llegó a conseguir. ¿Dónde estoy? –dijo–, pasándose la mano por la frente como queriendo hacer memoria de lo que le había acontecido y fijando su vista, debilitada todavía, en una enorme masa piramidal cuya parte superior se perdía entre una muy densa oscuridad. 70
Enseguida se puso en pie y, aunque con paso vacilante, procuró reconocer aquel recinto que le pareció inmenso. ¿Dónde estoy? –volvió a preguntarse–, ¿por qué he venido aquí? Y a cada una de estas preguntas respondían varios ecos que se iban reproduciendo como si las ondas sonoras recorriesen varios aposentos. 75
80

Bajó la cabeza Fernando en actitud de reflexión y empezaron a venirle algunos recuerdos. ¡Rosita! ¡Luis!, ¿qué será de ellos? ¡Antonia!, ¿qué harán en mi memoria? Me llorarán y... al cabo del tiempo me olvidarán; esto es lo que se hace con los muertos. ¿Habré llegado ya a la vida de la eternidad? ¡Quién sabe si, en los diversos destinos que esperan a los hombres, a mí me ha tocado 85
90

95 sufrir alguna extraña transformación en este horroroso lugar, antes de pasar al del descanso eterno!

¿Pero dónde estoy? ¿Por dónde dirigiré mis pasos?...

Un hombre de aspecto terrible, de mirada espantosa se interpuso en mi camino, sí, lo recuerdo bien, y me hizo
100 beber un veneno... después me he muerto en medio de horribles dolores. Me acuerdo también de que estaba yo atado... ¿Qué haré yo? ¡Me duele tanto la cabeza!... Y todo aquello que me habían enseñado acerca de la otra vida, ¿dónde está? Por todas partes la inmensidad, lo desconocido... Si volviera a ver a las personas que he ama-
105 do, les diría que la otra vida es una inmensa oscuridad... A no ser que, para cada uno que muere, la eternidad sea diferente cosa...

Después de hacer estas reflexiones que pasaron por su mente con la rapidez del relámpago, sintiendo que las
110 piernas le flaqueaban, se fue a sentar junto a la lumbre, cubriéndose los ojos con una mano en forma de visera. ¿Qué haré yo cuando se acabe esta lumbre?... ¡Unas hachas! ¡Qué alegría! –dijo cuando distinguió las que intencionalmente le había dejado el Tigre–: ¿Pero quién me
115 ha dejado aquí estas hachas? ¿Qué objeto tienen? ¡Oh, Dios mío! –exclamó recordando las terribles palabras que le había dirigido su verdugo: “Después morirás; pero con una agonía cruel... ya otra vez te has librado de la gruta en que mandé meterte.”

Sin duda estoy loco –dijo para sí con gran espanto–; antes me creía muerto y casi me alegraba de ello; ahora recuerdo amenazas que no puedo explicarme; pues mi
125 enemigo dijo, según creo, que ya me había escapado otra vez de la gruta... ¿pero, qué gruta es ésa? Yo no he estado en ninguna... ¿Y por qué ese hombre o, más bien, ese demonio se ceba en mí?... ¡Por su hija a quien yo no conozco! ¡Qué equivocación tan espantosa!

Encendamos una hacha y veamos si éste es mi sepulcro.
130

El infeliz Fernando encendió una de aquellas hachas de resina que le habían dejado y avanzó como unos sesenta pasos, sin saber en qué dirección; pero siempre con la esperanza de hallar la salida. Su espanto y su admiración crecían juntamente porque vio que caminaba en medio de columnas al parecer de alabastro y otras figuras caprichosas, entre las que le pareció distinguir una momia cubierta de un sudario, cuyo contorno marcaba sus descarnadas formas, no lejos un anciano con larga cabellera sosteniendo en sus brazos un niño.

—¿Es esto una iglesia?, ¿un panteón? ¿Cuánto tiempo deberé estar aquí?

Fernando se volvió con tristeza al lugar de que había partido e inclinó, con el mayor abatimiento, la cabeza, considerando que no tenía otro abrigo que aquella lumbre pronta a extinguirse. En tal actitud vio que las piedrecillas del suelo brillaban, tomó algunas para examinarlas y notó que eran pequeños fragmentos calcáreos cristalizados y conoció que estaba en una de esas maravillosas cuevas en que la filtración del agua produce concreciones semejantes al alabastro. Reuniendo sus ideas, recordó que alguna persona le había invitado para visitar la gruta de Cacahuamilpa y aun le había enseñado fragmentos semejantes. ¿Dónde fue esto? —se preguntó y, después de alguna pena, se dijo—: todo es delirar; ¡viene ahora a mi imaginación aquel sueño de que se burlaba Gregorio, asociado con el recuerdo de la gruta de Cacahuamilpa!

Tal pensamiento le afligió, porque le confirmó en la idea de que si estaba en la gruta de Cacahuamilpa, le era casi imposible salir de ella por sí solo. Pero, en fin —se dijo resueltamente—, he de morir de hambre y de sed, he de soportar la espantosa oscuridad en una agonía desesperada, pues voy a encontrarme con la muerte o con la salida.

Tomó todas las hachas, encendió dos juntas y, dirigiendo una tierna mirada a la protectora lumbre, que no

debía volver a ver, ya que se salvase, ya que pereciese, echó a andar disimulándose a sí mismo la debilidad de sus piernas.

170 Su punto de partida fue la tercera galería de la famosa gruta de Cacahuamilpa, avanzó sin vacilar unas cien varas y entró en la cuarta. Se detuvo entonces asustado por el ruido de sus propios pasos, creyendo que alguno lo seguía; el eco repitió sus últimas pisadas y todo quedó en un
175 silencio tan completo que sólo percibió después la caída de las gotas de agua que elaboran las estalagmitas.

Al contemplar una bóveda inmensa, suspendidas sobre su cabeza algunas peñas desencajadas que parecía esperaban el momento en que algún ser viviente pasara
180 para desprenderse, sentía Fernando un estremecimiento involuntario, y un sudor frío le corría por todo el cuerpo, a la vez que sufría un penoso alucinamiento por la luz que reflectaban las superficies lisas de las concreciones calcáreas, que por todas partes le cercaban y que a
185 veces brillaban con la misma fuerza que las piedras preciosas. De este modo llegó sin novedad como a la mitad de la cuarta galería; después de haber caminado como trescientos pasos desde el lugar de su partida: se sintió cansado y, para tomar algún respiro, se recargó en una
190 de aquellas corpulentas estalagmitas que el agua ha formado gota a gota en el espacio de siglos; dicha estalagmita era tan elevada que se unía con las estalactitas que penden de lo alto de la bóveda, de manera que formaba una gruesa columna como de un templo. Todas estas gigantescas creaciones están formadas, por lo regular, de
195 tal manera que el menor desequilibrio hace precipitar enormes masas; así es que apenas se apoyó Fernando, confiado en el espesor de la columna, cuando se dividió ésta en muchos pedazos que, al caer, causaron un horroso estruendo. Fernando cayó aturdido al lado opuesto
200 del que ocupaban los fragmentos y no comprendió lo que había sucedido hasta que, levantándose y recogien-

do sus hachas, vio que el lugar en que antes se hallaba
 había sido ocupado por una gran peña que se había des-
 prendido al desmoronarse la columna. Se había salvado
 de un nuevo peligro por efecto de su propia debilidad
 que no le permitió quedar en pie después de que le faltó
 el apoyo. Conociendo que aquella salvación era un favor
 especial de la Providencia, se arrodilló exclamando con
 los ojos, llenos de lágrimas: ¡Oh, Ser omnipotente cuyos
 designios sobre cada criatura se escapan a la débil pen-
 tración del hombre! ¡Tú, cuya mirada recorre incesan-
 temente todo el espacio que media desde el cielo en que
 moras hasta el abismo en que me encuentro; si quieres
 que deje de vivir y que mi cuerpo quede sepultado en
 esta caverna sin que algún hermano mío venga a echarle
 una poca de tierra y sin que nadie recoja mis cenizas, lí-
 brame de los horrores con que me amenazó ese hombre
 malo a cuyo poder me entregaste y muestra que oyes
 a los que se refugian bajo tu protección, aunque estén
 como yo sepultados en vida!

Después de esta oración de palabra, siguió otra más
 íntima, más fervorosa que no puede traducirse en nin-
 gún idioma, una comunicación entre el pequeño espíritu
 que animaba a Fernando y el espíritu infinito que anima
 al universo.

Fortalecido Fernando con aquellas oraciones, en-
 cendió otras dos hachas, y lleno de valor tomó nueva-
 mente su camino. Salió de la cuarta galería y en la quinta
 tropezó con un objeto quebradizo, lo alumbró y conoció,
 no sin una profunda conmoción, que eran dos esquele-
 tos lo que tenía a sus pies, casi intactos y perfectamente
 disecados; el uno era de un hombre y el otro de un perro
 que seguramente había venido a morir a los pies de su
 amo. Fernando se apresuró a seguir una especie de co-
 rredor volado, que hay en esta parte de la gruta, formado
 por una ancha cornisa que va elevándose gradualmen-
 te en proporción de lo que baja al suelo, sostenida por

240 pilares naturales labrados al parecer por corrientes de
 agua subterráneas que los han dejado carcomidos. Fern-
 nando pudo haber tomado el camino de abajo, pero el
 atolondramiento que le produjo la vista de los esquele-
 tos le hizo desviarse y seguir aquella ruta peligrosa. A la
 245 mitad del corredor, dirigió la vista para abajo y, temero-
 so de caer por verse muy alto, quiso retroceder, pero un
 silbido fuerte y prolongado que salió de entre las peñas,
 se lo impidió, llenándole de indecible pavor porque, se-
 guramente, con la luz que llevaba, se había despertado
 algún terrible reptil. Efectivamente, una serpiente de
 250 cascabel salió a tenderse sobre la cornisa, interceptando
 absolutamente el camino por donde acababa de pasar el
 maquinista. La situación de éste sólo la podremos cono-
 cer, aunque imperfectamente, acordándonos de lo que se
 255 sufre en esos horrendos sueños en que sentimos impo-
 tencia para movernos a la vista de un monstruo que va
 a devorarnos.

Después de un rato en que la serpiente hizo brillar
 sus ojos, agradada tal vez de gozar de la luz, Fernando,
 que de pronto se había quedado inmóvil, algo repuesto
 260 se alejó con cuanta velocidad le fue posible, hasta llegar a
 lo más alto del corredor. Su turbación no le permitió dis-
 tinguir que, en este punto, la cornisa, por un corte irre-
 gular y repentino, termina bruscamente a la orilla de un
 abismo, donde se precipitó el desgraciado. Mil ecos res-
 265 pondieron con voz de trueno al estrépito de su caída; la
 luz se extinguió, y la gruta volvió a quedar en su habitual
 oscuridad. La serpiente dio un nuevo silbido y arrastró
 por entre las peñas sus cascabeles; las gotas de agua que
 continuamente se filtran por entre la fofa cubierta de
 270 aquella magnífica gruta, que por esto lleva el nombre de
cacahuatl, destinadas al parecer para marcar el curso

271 *cacahuatl*: "Cacahuate. (del mex. *tlalcacahuatl*, de *tlalli*, tierra, y *caca-*
huatl, cacao: cacao de tierra. *Arachis hipogoea*)" (DM).

del tiempo, siguieron en el trabajo sempiterno que tienen señalado por la divina providencia, construyendo estalactitas, adheridas a la bóveda, y estalagmitas que se van incrustando en los riscos.

LUEGO QUE EL TIGRE dejó en tan horroroso abandono a su víctima, experimentó, según hemos insinuado, un extraño remordimiento; y decimos extraño, porque obcecado en un camino de perdición, cometía toda clase de violencias sin guardar la menor inquietud. 5

Para que puedan apreciarse los diversos sentimientos que tal escena produjo en el ánimo de sus dos cómplices, es necesario que digamos algo acerca del carácter de entrambos.

Juan el Coyote era un sargentón doblemente endurecido, primero en el servicio militar, especialmente cuando había sido cabo y le encargaban que diese esos horribles bancos de palos, en que los jefes militares hacen consistir la buena disciplina de la fuerza armada, y después con las crueldades del Tigre de quien era una especie de ministro ejecutor. El Gachupín había sido terrible como su capitán en sus primeros tiempos de salteador, pero esto provenía de una profunda ignorancia acerca de toda clase de deberes; así es que desde la época en que, por haber vivido en familia con el Otomí y su esposa, había aprendido de ésta varias interesantísimas verdades acerca de la necesidad de ser bueno en la tierra para tener descanso en otra 10
15
20

parte, sus sentimientos habían cambiado radicalmente, se había operado en él una completa transformación. De aquí resultó la visible repugnancia con que había vuelto a la mala vida arrastrado por su compañero Pedro, de quien dependió siempre y a quien nunca quiso oponerse abiertamente.

Por estos antecedentes se comprenderá que la violencia ejercida en Fernando le pareció al Coyote un negocio desagradable por no haber sido productivo, de manera que en su concepto debió su capitán desembarazarse sencillamente con su espada de aquel hombre, cuya aparición le había dado tanto susto al mismo exsargento. Al Gachupín, por el contrario, le pareció muy fuera de camino el buscar novio a Mariquita, amenazando con la muerte a aquel desgraciado, por sólo el motivo de querer sostener un compromiso ya contraído; el Gachupín era muy fiel en el cumplimiento de sus promesas. Por tal opinión, sin esperar la orden del Otomí, le había quitado las ligaduras a Fernando después de que había sido puesto en el tlapextle para caminar, y cuando sin poder evitarlo fue éste conducido a la gruta, tiró unos leños con la esperanza de que al volver en sí le fuese fácil encontrar la salida. Desgraciadamente el maquinista había seguido un camino diametralmente opuesto, de suerte que en lugar de acercarse a ella se alejó cosa de quinientos pasos más.

El Gachupín iba combinando, en el camino para la casa de María, el modo de librar a Fernando, lo cual le era verdaderamente imposible mientras tuviese que estar cerca del Tigre.

Éste, que rarísima vez bebía aguardiente, ni aun en pequeña cantidad, quiso ahogar el disgusto que sentía emborrachándose.

Algún tiempo después, que se había encerrado en el oratorio, salió y llamó al Gachupín y le ofreció de beber. El Gachupín era un fuerte bebedor; pero se abs-

tuvo de tomar aguardiente por el vago temor que le
ocurrió de que el Tigre quisiese envenenarlo, pues te-
nía muy presente la escena últimamente ocurrida en la
venta de Ocuilam. 60

—Pues si no quieres –le dijo el Otomí, poniéndole
mal gesto– llama a Juan, no quiero beber solo; tú nos
cuidarás. 65

Esto pasaba en el oratorio, y saliéndose de allí el Ga-
chupín, mandó al sargento.

No tardó en trabarse una horrible disputa, entre los
dos bebedores, porque el Coyote, alentado con la bebida,
le dijo a su jefe muchos desahogos, especialmente sobre
el punto de participación en los objetos robados, que el
capitán solía ya tomar para sí por entero. 70

—Ya me cansa servirte, Pedro –le decía encarándose-
le con el vaso en la mano, y sin poder conservar el equi-
librio–; te has hecho muy mezquino. ¿Para qué quieres
tanto que atesoras? 75

El Otomí, que en aquel momento no tenía tan pro-
nunciada, como generalmente sentía, la dignidad de jefe,
le decía, aproximándosele también hasta tocarse con las
caras: 80

—Cállate Juan, todo lo que busco es para la niña,
¿estás?, para María.

—¡Que niña, ni qué diablos! ¿Por ella te hemos de
servir de balde?

—Son muy estúpidos los borrachos –dijo con tono
sentencioso y con pronunciación difícil el capitán, a la
vez que llenaba con poco tino los vasos puestos sobre la
mesa del altar, en la que derramó parte del líquido–; por
eso nunca bebo... 85

—¡Pues! –respondió el compañero empinándose su
vaso–, no bebes por tacaño. 90

—¿Por qué?

—Por tacaño.

—Me está pareciendo que me miras mal, Juan.

95 —Pues a mí sólo me parece que no me pagas bien y verdaderamente no sé por qué te sigo.

—¿Tú me sigues? ¿Y por qué me sigues? —dijo el Otomí equivocando el sentido de la frase, y enojándose súbitamente, después de haber sufrido la terquedad de su
100 compañero.

—¿Por qué me sigues? —volvió a preguntarle arrojándose sobre él y procurando apretarle la garganta para ahogarlo, cosa que no pudo lograr, porque los dos contrincantes estaban completamente borrachos a causa de
105 haber bebido sin comer antes alguna cosa.

Por fortuna, todo paró en que se dieran algunos golpes, cayendo ambos al suelo y con tanto ruido que el Gachupín ocurrió muy azorado a saber lo que pasaba. Separó a Juan llevándolo a la cocina, donde no tardó en dormirse, y cuando volvió a ver a su capitán lo encontró sin poder levantar del suelo echando juramentos. Fácilmente lo persuadió a que se acostara en la cama y, observando el estado de absoluta postración a que había llegado, salió inmediatamente a buscar a María, que lánguida y triste
110 bajo la sombra de los más apartados árboles de yoloxóchitl ni sabía la llegada de su padre.

—¡María, Mariquita! —iba gritando el Gachupín, no sabiendo dónde estaría la joven, hasta que, oyendo ésta su nombre, le salió al encuentro.

120 —¿Qué me quieres? —le preguntó con dulzura—, ¿ha venido mi padre?

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Le ha sucedido algo?

—No, sino que yo quería hablarte de otra cosa urgente.
125

—¡Urgente! ¿Cuál puede ser?

—¿No te acuerdas de un viajero que vino aquí una tarde y que?...

—Y que después desapareció para siempre... —interrumpió dando un largo suspiro la joven.
130

—No te aflijas, Mariquita; demasiado descolorida y flaca te has puesto... ¡Ah! ¡Si te viera tu madre!... Pero no llores, ese viajero de que te hablaba... vive.

—¿Vive? —preguntó llena de júbilo la joven—, ¿dónde está?, ¿cómo le has visto? 135

—Vive; pero...

—¿Qué hay? Tu rostro me dice alguna cosa muy funesta.

—Está en la gruta... lo ha echado tu padre.

—¿Cuál gruta? 140

—Aquí cerca, en Cacahuamilpa.

—¡Infeliz!, a esta hora habrá ya caído en algún precipicio; ¿y por qué no me lo habías dicho? —añadió con el tono de la más dolorosa reconvención; y, sin esperar respuesta, añadió con precipitación: 145

—Vamos, inmediatamente, ensilla los caballos, Gachupín, no perdamos más tiempo; acaso llegaremos con oportunidad; corre, los caballos. ¿Por qué no te mueves?

—Los caballos están dispuestos, tu padre duerme, pero nos faltan dos cosas. 150

—Dilas al momento, que me está matando tu tardanza.

—Hachas de brea y algún remedio, esto es lo más necesario y tú que sabes de eso...

—¡Remedio!, ¿para qué? 155

—Óyeme —le dijo a María el Gachupín, hablándole en voz baja y como si temiese que los árboles le escuchasen—; esta mañana le ha hecho tomar tu padre a ese pobre señor una mala bebida, con la que ha vomitado por mucho tiempo, durmiéndose después. 160

—¡Oh, dolor! —dijo María enclavijando las manos y mirando al cielo; ¿por qué es mi padre el que siempre causa mi desgracia?

—Vamos, María, no te abandones a la pena; saca alguno de los remedios que usas y marchemos; en el pueblo compraremos las hachas. 165

—¿Pero cómo puedo saber cuál es el veneno que ha bebido ese señor?, ¿no viste siquiera el color que tenía?

—Sí, era amarillento y aceitoso.

170 —¿Y a qué olía?

—No olía a nada, al menos yo no percibí, porque Juan fue el que...

—¿Pero no dices que vomitó mucho?

—Sí, muchísimo.

175 —¿Y no percibiste entonces algún olor?

—¡Ah!, sí, recuerdo que olía como azafrán.

—Probablemente fue láudano y, si como dices, vomitó mucho, entonces se ha salvado. Voy luego a que hierva la tía Juana un poco de *coapatli*, mientras, vas sacando los caballos, yo iré a montar allá abajo, adelántate; sé una vereda que acorta mucho el camino, servirá también de que no me vean montar estos que están trabajando en la huerta.

180

El Gachupín se adelantó como lo había mandado María, y ésta a poco fue a alcanzarlo por la vereda que sabía, llevando colgado un frasquito con el cocimiento del antídoto que había indicado, cubriendo su cabeza con un ancho sombrero de paja. Al pasar por el pueblo de Cacahuamilpa, muchos inditos vinieron a saludarla besándole la mano, ofreciéndole acompañarla luego que supieron el objeto que la hacía caminar, pues temieron que se fuese a extraviar en la gruta, de suerte que cuando penetró en ella llevaba un numeroso séquito.

185

190

Aunque el aspecto de la gruta es muy imponente y María sólo conocía los dos primeros salones, entró muy animosa siguiendo a los guías, llevando así como ellos una hacha de resina en la mano, siguiendo los fragmentos de leña que había esparcido el Gachupín hasta llegar al punto en que se miraban los restos ya apagados de la lumbre, cuyo calor había reanimado a Fernando. Muy desconsolada María de no encontrarle allí, según esperaba conforme a la relación que hacía el Gachupín, pre-

195

200

guntó a sus otros compañeros si por las huellas que ve-
 nían reconociendo se echaba de ver que hubiese vuelto a
 salir, a lo que contestaron negativamente siguiendo con
 mucha atención el rastro, perceptible sólo para aquellos
 indígenas, que a sus naturales y exquisitas potencias re-
 unían el conocimiento práctico de la gruta. Se adelanta-
 ron en la dirección que lo había hecho Fernando, se de-
 tuvieron a contemplar la enorme columna que se había
 desecho por haberse recargado en ella el maquinista y
 con gran júbilo recogieron los cabitos de las hachas que
 en tal lugar aquél había dejado. Siguiéron con admirable
 exactitud el rastro y, en pos de ellos, María, detenién-
 dose todos al principio de la cornisa que había seguido
 Fernando, en cuyo lugar creyeron haber perdido la hue-
 lla, porque no se figuraron que pudiese haber tomado
 tan peligroso camino, hasta que uno de los más jóvenes
 subió algunos pasos por el corredor volado, y dijo: ¡por
 aquí va el rastro! Los más prácticos conocieron entonces
 que se había precipitado y, en lugar de seguir la cornisa,
 caminaron por la parte baja que iba en declive hasta des-
 cubrir en una hondura un bulto informe, que se hallaba
 como enterrado en un lecho arenisco por el que sin duda
 había pasado en otro tiempo algún arroyo, que a la sazón
 se había ya retirado, pues corría a una pequeña distancia
 del mismo lugar.

María dio grandes gritos que resonaron pavoro-
 samente por todos aquellos antros cuando, habiéndole
 traído aquel cuerpo exánime al parecer, reconoció las
 facciones de Fernando que eran para ella inolvidables.
 No había pensado sino en traer el contraveneno y, por
 tanto, carecía de alguna sustancia espirituosa con que
 poder reanimar a Fernando, pero uno de los guías venía
 provisto de aguardiente, que por todos los pueblos cerca-
 nos de Cacahuamilpa es muy barato, e indicó a la joven
 que inmediatamente le diesen una friega con aquel alcoh-
 ol como lo verificaron, cubriéndole después con varias

240 frazadas. Fernando conservaba un resto de vida pronto a extinguirse y de ella dio una muestra cuando, al repetirse la friega pasando con fuerza la mano del que se la daba por la espinilla, exhaló un pequeño quejido a causa de que la tenía quebrada.

—¡Vive! —exclamó María llena de contento—, ¡vive!

245 Enseguida le fue echando en la boca poco a poco parte del cocimiento que había preparado, el cual, sirviendo a la vez como tónico y como antídoto, aumentó un poco la fuerza de la respiración del enfermo, que al principio era debilísima.

250 Los indígenas veían muy admirados el empeño que mostraba María porque volviese aquel desconocido a la vida y, como la amaban sinceramente, presentaron cuantos auxilios les fue posible, hasta llevar al enfermo a la casa de ésta, en cuya entrada, por precaución, despidió
255 casi a todos, no permitiendo que la acompañasen sino los que lo iban cargando, hasta ponerlo en un cuartito que había cerca del *temaxcali*, en donde muchos de los acompañantes habían pasado alguna enfermedad, recibiendo toda clase de cuidados de parte de María.

260 Ésta se constituyó desde aquel momento en asidua enfermera del paciente, expiando, con el mismo afán empeñoso que una madre cuando tiene en la cama a su hijo pequeñito, el momento en que se quejaba y la hora en que había de recibir su gradual alimento.

265 En esta tarea tuvo que asociar a la tía Juana, suplicándole antes le guardase el secreto, lo que aquella anciana prometió y cumplió, acaso por el remordimiento que tenía de haber causado la infelicidad de María, a quien quería entrañablemente, por la denuncia que hizo
270 del maquinista a Pedro el Otomí.

El paciente se hallaba en estado verdaderamente lamentable. Su cuerpo parecía haberse achiquitado; te-

261 observando.

nía una pierna rota y sufría las consecuencias de un fuerte golpe recibido en el cerebro al caer, que le impedía usar de sus miembros, privándole por algunos días de todo conocimiento. A esta paralización de funciones parece que contribuía bastante el hallarse completamente ciego. 275

María estaba doblemente afligida de ver a Fernando en aquel estado y de que no alcanzase sus conocimientos para volverle la salud, pues ella sabía algo de las enfermedades comunes de aquellos climas, como fiebres, piquetes de animales ponzoñosos, disentería, etcétera, y, no pudiendo acertar con lo que conviniese dar a su enfermo, dejaba que obrase la naturaleza el restablecimiento de éste, lo que se verificaba muy lentamente. 280 285

Sus primeros cuidados fueron entablarle la pierna y, viéndola en esta operación, un anciano de Cacahuamilpa que había sido de los que había transportado el cuerpo de Fernando, después de ayudar a poner la venda, le dijo en mexicano: 290

—¿Conoces, Huitzitziqui, el *ojite*?

—No, padre.

—Pues no le pongas nada al enfermo, voy a traerte de mi casa esa medicina, que en pocos días hará que sane completamente la pierna. 295

Cosa de una hora después volvió el indígena, trayendo una ollita de barro que contenía una especie de bálsamo negruzco y pegajoso, que como una bizma le puso al enfermo sobre la pierna ya entablada. 300

—¿De qué se compone esto, padre? —preguntó la joven.

—De semilla del árbol del Perú, copal y una yerba que llaman *ojite*, todo lo cual se calcina y es tan eficaz que

292 *ojite*: *Oxítl./Brosimum alicastrum*, Sw.

299 *bizma*: “Cataplasma que se suponía confortante, hecha con estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes” (*DUE*).

305 compone los reblandecimientos de los caballos, los espavanes y aun las fracturas, con sólo ponerles la composición y meterlos después a la agua fría.

—Pero esto último no podremos hacerlo con nuestro pobre enfermo.

310 —No, y sin embargo sanará. En los lugares en que se produce la yerba que da el nombre al medicamento, acostumbran bañar la parte enferma después de cubierta con el bálsamo en un cocimiento de la misma yerba, lo cual acelera la curación, pero desgraciadamente aquí no la tenemos. Sólo que quisieras, iría a traerla.

—¿Hasta dónde se produce?

—Yo la he conocido por Puebla, en las cercanías de Cholula, donde hay un pequeño pueblo que se ocupa de preparar ollitas de ojite como la que te he traído.

320 —Pues sí, yo deseara que fuese usted a ese pueblo y trajese la yerba; ¿cuánto tiempo se emplea en ese camino?

—Unos seis u ocho días de ida y vuelta.

—Sería bueno traer, además de la yerba, también unas ollitas para el caso de que alguno del pueblo se lastime; sólo que para eso iré a sacar el dinero que sea necesario.

325 —Muy poco necesito, hija mía, puedo traer cuatro ollitas con un peso.

—¿Pero los gastos del camino?

—Ya sabes que nosotros los indígenas gastamos poco; 330 llevaré mis *tlaxcali*, sal y un poco de chile. Cortaré flor de *yoloxóchitl* de tu jardín y la venderé en México, donde tiene muy pronta salida, y con esto quedará pagado mi viaje.

—Pues si quiere usted ir a recogerla, precisamente es el tiempo en que están cargados los árboles de flor, y 335 Dios quiera llevar a usted y traerlo bueno.

305-306 *espavanes*: “**esparaván** (veterinaria). Tumor en la parte inferior interna del corvejón, que puede llegar a producir una cojera incurable” (*DUE*).

330 *tlaxcali*: “(Del azteca *tla*, cosa, e *ixcalli*, cocido.) Por antonomasia, entre los indios descendientes de nahoas, la tortilla, lo cocido por excelencia (*DM*). “Tortilla, pan de maíz” (*DINA*).

Cuando concluyó de cortar la flor de *yoloxóchitl*, recibió el indígena de manos de María el peso, que según había indicado, necesitaba para traer cuatro ollitas de ojite de las cercanías de Cholula.

Fernando, desde que había empezado a volver a la vida, manifestaba sufrir agudos dolores siempre que por cualquier incidente quedaba mal colocada la pierna fracturada. Estos dolores parecía que habían ido en aumento a proporción que recobraba el uso de sus potencias; como por encanto cesaron casi del todo después de la curación hecha con el *ojite*, a juzgar por la quietud en que desde entonces entró disfrutando, al parecer, de un sueño tranquilo.

Atenta, María, para darle alimento en el momento que diese señales de despertar, velaba a la cabecera de la cama, compuesta de otates, sobre los que había tendido unos petatillos finos de Puebla.

Las primeras palabras que el enfermo pronunció fueron éstas:

—¡Luis!, hermano mío... Rosita... 355

—¿Quien será esta Rosita? —se preguntó a sí misma la joven.

Tentando después el enfermo cuanto tenía a su alcance, con la misma incertidumbre que los niños de pocos meses, sintió que estaba cubierto con alguna cosa.

—¿Qué es esto? —dijo—, ¿dónde estoy?

María quiso responderle, pero de pronto no supo qué decirle.

—¿Habré perdido el juicio?... En aquel instante creyéndose con fuerza suficiente, que muy poco a poco comenzaban a volverle, intentó sin lograrlo, dar una vuelta sobre su lecho.

—¡Ah! —exclamó—, ¡cuánto me duele mi pierna!...

—¿Habré perdido el juicio? —volvió a preguntarse, y luego continuó diciendo—: un hombre feroz, con ojos terribles, cuyas pupilas se escondían en los párpados... des-

pués una horrorosa gruta... de la que no saldré... mis ha-
 chas se han apagado... ¡ah!, fue tan repentina mi caída...
 ¡oh! ¡qué caída tan espantosa!, perdí el equilibrio por huir
 375 de la maldita serpiente... ¡Dios mío!, ¿qué será de mí?, lo
 que más me atormenta es esta oscuridad...

El cuarto, en que estaba el enfermo, se hallaba ilu-
 minado con una vela de cera, semejante a las que ardían
 constantemente en el oratorio; pero María había templa-
 380 do algo su fuerza, impidiendo que llegasen sus rayos al
 lecho de Fernando. Al oír a éste que se quejaba de oscuri-
 dad, fue muy quedito a poner la vela de modo que alum-
 brase directamente la pared hacia la cual estaba vuelto
 Fernando, y se sentó de nuevo cerca de la cabecera, oyen-
 385 do al paciente que decía:

—¡Cuánto padecimiento! ¿Me habré ya muerto? ¿Es-
 taré enterrado? ¿Habré sufrido una terrible fiebre en que
 mis delirios han sido ese hombre funesto, y la espantosa
 cueva, y después de haber sucumbido por la fuerza de
 390 la enfermedad me habrán transportado a un camposan-
 to!... No, yo siento, yo me toco, yo vivo... vivo para mo-
 rir de hambre... ¡qué situación tan lastimosa! ¡morir de
 hambre!... tengo hambre, sí, mucha hambre...

—¿Quieres un poco de alimento? —le preguntó María
 395 en mexicano, dulcificando su voz extraordinariamente.

369-376 No es necesaria la distribución con puntos y aparte del original ni la raya de diálogo por ser obvia la exposición de una sola idea por parte del narrador y del personaje:

¿Habré perdido el juicio?... —En aquel instante, creyéndose con fuerzas suficientes, que muy poco a poco comenzaban a volverle, intentó, sin lograrlo, dar una vuelta sobre su lecho—. ¡Ah! —exclamó—, ¡cuánto me duele mi pierna!... ¿Habré perdido el juicio? —volvió a preguntarse, y luego continuó diciendo—: Un hombre feroz, con ojos terribles, cuyas pupilas se escondían en los párpados... después una horrorosa gruta... de la que no saldré... mis hachas se han apagado... ¡ah!, fue tan repentina mi caída... ¡oh! ¡qué caída tan espantosa!, perdí el equilibrio por huir de la maldita serpiente... ¡Dios mío!, ¿qué será de mí?, lo que más me atormenta es esta oscuridad...

—¡Esa voz! Yo la he oído otra vez... ¿Qué habrá en esta terrible gruta seres tan desgraciados como yo, condenados a perpetuas tinieblas?

María acercó a los labios de Fernando una cuchara y dejó caer gota a gota en su boca entreabierta, un poco de atole, que saboreó el enfermo. 400

—¿Quién sois, generosa criatura, que así te dignas venir a socorrer a este miserable que se halla a las puertas de la muerte? Debéis ser el ángel puesto por Dios en esta espantosa caverna para guiar a los desgraciados que vienen a sepultarse en sus entrañas. Sí, ya sabía que la bondad divina así como da al hombre un ángel de guarda que le cuide, así ha dado a los árboles, como a las maravillosas creaciones, espíritus que los protejan; pero llegas tarde, porque muy pronto deberé espirar... he recibido una terrible caída, no tengo luz ni fuerzas para caminar, me duele muchísimo mi cuerpo... Sin embargo, te agradezco mucho el cuidado que has venido a tener conmigo, porque servirá para que no muera desesperado, pues se digna el Todopoderoso enviarte para que me consueles en mi última hora... Rézame; nosotros los cristianos rezamos antes de morir... y yo, que tantos trabajos he tenido para hallar mi sepulcro, quiero ya morir... para descansar... ¡Pero tú lloras! ¿Será posible que tanto te haya interesado mi suerte? ¿Qué, lloran los ángeles? No llores, no, porque ya pronto voy a descansar. 405 410 415 420

María continuó sollozando por algún tiempo y Fernando volvió a preguntarle:

—Dime, ¿por qué lloras?

—Lloro porque te oigo delirar... y porque dices que deseas morir... 425

—¿Pues qué, no es mejor?

—No.

—Pero siéndome imposible salir de esta gruta, ¿qué espero ya, sino morir? 430

—Yo te sacaré de ella.

—Pues vamos, inmediatamente, y el enfermo hizo tales esfuerzos y sufrió tales dolores, que tuvo luego que sosegar, quejándose dolorosamente.

435 —Yo te sacaré —le dijo María—, pero debes estar tranquilo; te has lastimado en tu caída y necesitas algunos días para aliviarte... Yo que vivo hace tiempo en la gruta, al oír tu caída vine a prestarte algún auxilio.

—¿Vives en la gruta?

440 —Sí... Poco faltaba ya para que salieses de ella; pero te fuiste a extraviar.

—¿Poco faltaba ya?

—Sí.

445 —Me extravié por el miedo que me infundió una serpiente.

—¡Cobarde!, si es muy mansa, vive conmigo, es la que me cuida.

—¿Pues tú quién eres?

450 —Una pobre mujer condenada a no salir nunca de esta gruta.

—¿Por qué?

—En otra ocasión te lo diré; ahora toma un poco de alimento. Abre bien la boca.

—No puedo más, me duelen las quijadas.

455 —Pues sea así.

Y María le dio con admirable paciencia una taza de excelente atole de leche, confeccionado por la tía Juana.

—¡Qué buena bebida! —dijo Fernando saboreándose y volviendo inmediatamente a sus anteriores preguntas.

460 —¿Cuál es tu nombre? —dijo abriendo desmesuradamente los ojos, en los que no había lesión alguna aparente, y volviendo la cara hacia donde estaba María, sin distinguirla absolutamente.

465 —¿Mi nombre? —repitió maquinalmente la joven, dándose tiempo para responder.

—Sí, tu nombre.

—Yo no tengo nombre.

—¡Cómo!

—Para qué necesito nombre viviendo sola.

—Es verdad –murmuró el paciente, convencido por la lógica de la respuesta, y luego añadió–: pero ahora que no te hallas sola, algún nombre has de tener. 470

—Ponme el que quieras.

—No sé por qué tu voz, tan suave y tan pura, me ha recordado un precioso sueño que tuve en otro tiempo, hará cosa de un año... En otra vez te lo contaré. En ese sueño vi una joven muy linda, como tú debes serlo seguramente, a quien los pobres de las cercanías daban un nombre singular; comparándola con el chuparrosa, la llamaban... déjame hacer bien mis recuerdos. ¡Ah!, sí... le llamaban Huitzitziqui... 475

—¿Con que ése fue un sueño? –preguntó con indefinible expresión la joven–. Pues tienes sueños muy bonitos.

—¿Por qué me hablas con tal seriedad y con ese tono?

—Porque... porque con los enfermos no es bueno ser muy complaciente. Ya es la media noche y estás hablando como un perico; duérmete y mañana tendrás tal vez otros bonitos sueños que contarme. 485

—¿Te has enojado, Huitzitziqui?, ¿en qué te he ofendido? Ten compasión de este infeliz, que sin ti moriría; hace un momento que deseaba yo el sueño eterno de la muerte, porque me encontraba solo en esta gruta, pero desde que he oído tu voz, no sé que grato perfume de vida y de felicidad he probado, que me hace desear la luz del día para conocerte, para testificarte mi reconocimiento... mi amor fraternal. 490 495

La joven le dijo en castellano:

—Cállese usted y duérmase, señor don Fernando Hénkel; mañana, si está usted aliviado, le daremos licencia para que refiera sus sueños. 500

—¿Y cómo sabes mi nombre, Huitzitziqui?

—Yo también he soñado, repuso la joven, o más bien adivinado ese nombre; las hadas, que vivimos en lo inte-

rior de las misteriosas grutas, tenemos para indemnizar-
 505 nos de ver muy pocas veces la luz del día, la facilidad de
 adivinar algo de lo que pasa en la tierra, aquello que por
 fantasía suele parecernos interesante.

Fernando no sólo se hallaba, en aquellos momentos,
 débil de cuerpo, sino también de juicio; y creyéndose que
 510 estaba aún dentro de la gruta, no le pareció cosa difícil de
 admitir el que le hablase una criatura incomprensible, a
 la que su imaginación encontraba bien representada con
 la palabra “hada” que a sí misma se daba María.

Todos tenemos, aun en la más cabal salud, cierta
 515 predisposición para lo maravilloso, y no debe por lo mis-
 mo extrañarse que cuando oyó el enfermo que en la pro-
 fundidad de la tierra, como si estuviese fuera de nuestro
 planeta, había quien supiese su nombre, creyese que esto
 era por arte sobrenatural.

—Procuraré dormirme —dijo—, porque según voy
 520 experimentando te enojas fácilmente con tus enfermos y
 empleas conmigo el rigor, tal vez porque te estoy desve-
 lando, pues según aseguras, es ya la media noche. ¡Hasta
 mañana, mi protectora hada; ven a despertarme tempra-
 525 no, pues tu voz me suena más agradablemente que el su-
 surro del Huitzitziqui!

—Hasta mañana, Fernando; cuida de tener gratos
 sueños, para que refiriéndomelos cuando estés aliviado,
 530 deponga el enojo que tengo y el rigor con que pien-
 so tratarte.

De esta manera se pasó la primera velada.

DESPUÉS DE LOS OCHO días que como mínimo había pedido el indígena, que se había encargado de ir a comprar la yerba que se llama *ojite*, volvió trayendo varias ollitas del bálsamo y una abundante provisión de la misma yerba, con cuyo cocimiento se dio luego a Fernando repetidas lociones en la pierna enferma, cuyos movimientos eran difíciles, sin que mostrase otro síntoma de malestar. 5

El enfermo pasaba su tiempo durmiendo casi siempre, y algunas veces sentado, porque María no le había permitido hacer un ensayo de sus fuerzas, temiendo que la curación se atrasase. 10

Sintiéndose Fernando muy aliviado después de varias lociones dadas con el cocimiento de la yerba medicinal, quiso moverse de la cama y, notando alguna mayor facilidad de movimientos en todo su cuerpo y aun en la parte antes fracturada, se puso en pie, con grande admiración suya y de María, sin que siquiera se quejase.¹ 15

¹ Hemos oído referir, a personas de credibilidad, curaciones, hechas con el *ojite*, de sujetos que se han quebrado una pierna y que han podido montar a caballo a los ocho días mediante tal remedio [N. del A.].

—¡Bendito seas, Dios mío –exclamó–, que me vuel-
 20 ves, aunque poco a poco, la fuerza y la salud! Ven, Huitzitziqui, dame el brazo, quiero andar un poco y temo darme un tropezón por la oscuridad de esta cueva...

María le dio el brazo, y el enfermo, muy gozoso, pudo experimentar a los primeros pasos que su pierna
 25 estaba casi curada.

—Dime, Huitzitziqui, ¿por qué estás siempre a obs-
 curas? Decía esto Fernando al mismo tiempo que entra-
 ba, por la puerta de la pieza en que se hallaba, un es-
 plendente sol. María, por toda respuesta, sollozaba, co-
 30 nociendo que estaba ciego.

—¿Cómo no te desesperas de esta oscuridad? ¡Pero tú lloras! Hoy que me encuentro tan aliviado...

—Sí, lloro –respondió María–, pero... de gusto.

—Eres conmigo tan buena, me quieres tanto, que com-
 35 prendo el motivo de tu llanto... yo también lloro, Huitzitziqui, lloro de gratitud hacia ti, a quien el Todopoderoso ha encargado que me salvases.

—Cuéntame ahora tu sueño, Fernando.

—¿Cuál sueño?

—Aquel de que me hablabas una de estas últimas no-
 40 ches, diciéndome que te habías encontrado una joven...

—Ah, sí; voy a referírtelo con mucho gusto, en cele-
 bridad de que he dado mis primeros pasos.

—Pues sentémonos; ya te escucho.

—Era una tarde muy lluviosa del mes de septiembre,
 45 en la que yo me había extraviado separándome de mis compañeros de viaje; venía de Taxco. No recuerdo bien cómo fui a dar debajo de un árbol en cuyo lugar pasé la noche; pero allí fue donde tuve ese precioso sueño de que
 50 te he hablado, y que nunca olvido. Se me apareció una linda joven, conducida por un hombre muy alto para darme hospitalidad en su casita, pues me había cogido un fuerte aguacero. Su casita era un pequeño paraíso, porque a las exquisitas flores que cultivaba en su jardín se unía la gra-

ta vegetación de corpulentos árboles que sacudían majestuosamente sus pesadas copas. La joven, que como te he dicho era muy hermosa, me invitó a que fuésemos a un mirador, desde donde se divisaba a la derecha un caudaloso río, a la izquierda, la enorme boca de esta gruta en que estamos, y al frente, en el cielo, tres arco-iris. 55

Embelesado yo con el aspecto de la naturaleza, y más aún con la belleza de la linda joven, daba entrada en mi corazón a un torrente de indecible ternura, y la propuse que fuera mi hermana, único título que me pareció bastante puro y respetable para que pudiese aceptarlo sin mancilla... 60

—¿Y la joven, que dijo?

—Me parece ver en este momento sus grandes ojos color de castaña, su espesa y sedosa cabellera, así como la tuya, a tiempo que tenía entre mis manos, así como ahora tengo las tuyas, tan suaves, tan mórbidas... 70

—Te preguntaba yo lo que respondió la joven, y no te pedía elogios.

—Aceptó con satisfacción mi ofrecimiento, llamándome desde luego su hermano, me llevó por su jardín, me hizo un ramo de flores y fuimos enseguida a reunirnos con el hombre alto, que según te dije, la acompañaba al principio; pero éste se hallaba durmiendo en una hamaca. 75

—¿En qué se ocuparon después?

—Pasamos a examinar muchas plantas medicinales que ella guardaba, y me explicó sus virtudes; después entramos a un oratorio y sacó, de entre varias botellitas, un frasco de cristal del que vertió en mi mascada algunas gotas del líquido que contenía, las que exhalaban un perfume tan exquisito que pronto dominó aquella esencia sobre el olor del estoraque que se acababa de quemar en el oratorio. Pero lo que sin duda va a admirarte, y lo que jamás he podido explicarme, es que al día siguiente, cuando mis criados fueron a buscarme y me encontraron en el lugar en que había dormido, según te he dicho, 80

85

90

bajo de un árbol, al sacar mi mascada no solamente percibí yo aquel olor tan penetrante que en mi sueño creí disfrutar, sino también ellos.

—Ésa fue una ilusión —dijo con amargura María.

95 —Ciertamente que fue una ilusión, y yo sólo te refero estas cosas como de un sueño; pero es ciertamente inexplicable cómo pudo percibirse un aroma por varias personas, siendo así que tal aroma había existido solamente en mi imaginación.

100 —¡Es cosa sorprendente! Y después de haber echado en tu mascada la joven aquellas gotas de la esencia, ¿qué sucedió?, ¿sabes que tu historia está muy trunca?

—Fue a acostarse a su recámara prometiendo despertarme temprano, para que viniésemos al día siguiente a visitar esta gruta. Entretanto, el hombre alto había despertado, y me contó una extraña historia, acerca del padre de aquella joven, que ni te he dicho, se llamaba María...

—¿Qué te contó acerca de su padre?

110 —Que era un hombre malo, semejante al que me trajo aquí, y que tenía allí retirada a aquella niña.

—¿Pero el hombre alto qué hacía allí?

—Era el preceptor de la joven; la enseñaba los rudimentos del saber humano.

María suspiró, preguntando enseguida:

115 —¿Y tú no llegaste a ver al padre de la joven?

—No.

—¿Pues en dónde pasaste la noche?

—Bajo el árbol.

120 —Te pregunto si en el sueño creíste que llegada la noche dormiste en alguna parte.

—¡Ah, sí!; llegada la noche me acosté en la cama vacía del padre de la joven.

—¿Y después?

125 —Ya no supe más; un criado muy fiel que tenía me buscó con el mayor empeño y fue a encontrarme como te he dicho.

—Por estar tu cuento tan diminuto, te voy a imponer una pena.

—La cumpliré con mucho gusto, mi bella hada.

—Quiero que me refieras tu historia. 130

—Voy a hacerlo inmediatamente.

—Pero ha de ser muy minuciosa, especialmente respecto de todos los amores que hayas tenido; es una fantasía de hada, instruirse del modo como aman los hombres; pero te advierto que yo conozco cuando me engañan, y que te trataré con sumo rigor si algo me ocultas. 135

—Antes de empezar mi historia, te voy a confesar una prosaica debilidad que experimento.

—¿Cuál es?

—Con el relato que te acabo de hacer se me ha despertado... 140

—Habla pronto, ¿qué cosa?

—El hambre.

La hada se echó a reír y Fernando, que se sintió animado, se atrevió a añadir: 145

—Si a la buena sopa de arroz que sueles darme, se juntase como ayer un pedazo de pollo... Yo no sé dónde te proporcionas tan buenos alimentos; pero en verdad, que con excepción de la luz, que con tanta ansia deseo gozar, nada me falta aquí para creerme dichoso, especialmente cuando estoy a tu lado. 150

—Vas a ser servido al momento; pero mucho cuidado en no faltar a la verdad en la relación prometida, porque el almuerzo se te volverá en el estómago sapos y culebras. Es otra propiedad de las hadas el convertir en mal los bienes que hacen cuando quiere alguno engañarlas. 155

Fernando se rió de buena gana y tomó a poco rato unos tiernos pichones que le parecieron aun más succulentos que el pollo del día precedente.

Refirió después todos los incidentes notables de su vida, como la protección que había encontrado en casa del herrero que le había dado su nombre, su educación, 160

165 sus varios ejercicios, su primer amor hacia Rosita, el des-
 precio de ésta, el viaje a California y la vuelta en que ha-
 bía dormido bajo el árbol del sueño, el extraordinario
 trabajo que había emprendido sin decirle cuál era, para
 170 ayudar eficazmente al establecimiento de la Nueva Fila-
 delfia, cuyos objetos le explicó, la adopción de Antonia y
 sus hermanos, el encuentro de Rosita, el casamiento de
 Clara y el viaje a Tenancingo, de donde había sido arre-
 batado por el hombre malo que lo había llevado a la cue-
 va, sin omitir los extraños cargos que éste le hizo antes
 de envenenarlo.

175 María permaneció en absoluto silencio por un largo
 rato, discurriendo sobre las extrañas aventuras que ha-
 bía alejado de ella a Fernando, y lo disculpable que era de
 haber conservado solamente como un sueño el recuer-
 do de aquella tarde tan feliz en que se habían conoci-
 do, porque su padre lo había hecho trasportar después
 180 de narcotizarlo seguramente, rompiendo bruscamente
 el enlace de los acontecimientos tan indispensable para
 la certidumbre. Disculpaba también a su padre de sus
 procedimientos con Fernando, porque conocía las terri-
 bles pasiones de aquél y el amor acendrado que la pro-
 fesaba. De todo esto salía no obstante una consecuencia
 185 cruel para las ilusiones de la joven, y era ésta: Fernan-
 do tenía ya otro amor, y el recuerdo del de María sólo
 existía como la grata memoria de un sueño feliz. La jo-
 ven se preguntaba: ¿me es posible considerar también
 190 como un sueño este ferviente amor, que me ha ocupado
 tantos meses, día a día y hora por hora? ¿He salvado a
 este hombre que tan pocas probabilidades tenía de exis-
 tir, para que vaya a hacer la dicha de una mujer a quien
 debe todas sus desgracias? Fernando ama a otra, es ver-
 195 dad; pero es en el supuesto que yo no exista realmente;
 para considerarme vencida, necesito experimentar si la
 prefiere sabiendo quién soy. Tengo una gran ventaja, lo
 conozco sobre cualquiera mujer para interesar su cora-

- zón, y es que nunca puede desconocer que lo he salvado; pues bien, “ella” se ha valido de un error en mi contra, yo me aprovecharé de la realidad. Sobre todo, el hombre que ahora tengo delante de mí no es el mismo a quien “ella” conoció en la fuerza de sus ilusiones, es ahora un ser débil, enfermo, y lo que es peor, carece de la vista... Acaso ella le despreciaría si lo encontrase en este triste estado, cuando yo lo acojo con todo el ardor de mi corazón, con tal que, sabiendo quién soy, me prefiera sobre todo el mundo. 200
- ¿Huitzitziqui, qué tienes que no me respondes? Te he hablado varias veces. 210
- ¿Me has hablado? No te había oído, ¿qué quieres?
- ¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan callada? ¿Te ha desagradado mi historia?
- Al contrario, me ha agradado muchísimo, y me ha dado envidia de contarte la mía. 215
- ¿De veras?
- De veras; ¿no quieres saber la pasajera historia de un hada?
- Ardo ya en impaciencia por saberla.
- Pero no vayas a figurarte una cosa extraordinaria; mi historia es bien sencilla, monótona, y acaba tristemente; pues aunque consiento en que me llames hada, y tengo encargada esta gruta, pertenezco a la última clase de ellas, y así, bien harías en irme considerando como una simple mujer, si deseas acertar quien soy. 220
- Empieza, por tanto, tu historia. 225
- En ellas figuran ciertas cosas que voy a traer inmediatamente.
- En efecto, María salió y volvió después de unos minutos. 230

XII

HISTORIA DE UN HADA

AUNQUE YA TE HE repetido que soy una pobre mujer –dijo María–, dejo a tu imaginación que se figure que nací como una mariposa, llena de colores, aun antes de desplegar sus alas, o como una luciérnaga que siembra luz por donde pasa. No extrañes, por tanto, que cuando he llegado a tener los años necesarios para llamarme joven, no tengo un nombre que dar a los que me preguntan, propio ni ajeno. Acepto el que me has puesto porque me recuerda los primeros años de mi vida. Efectivamente, corría de flor en flor como el colibrí, me sombreaba debajo de los árboles, que para mí se habían plantado, y jugueteaba con mis pececillos de rosa, entre la suave corriente de un arroyo, revolviendo los pequeños guijarros. No te admires si te digo que para mí había sido conducido este arroyo, pues algo he de tener como hada, cuyo nombre has querido prestarme.

Así pasaron mis primeros años creciendo yo en fuerzas y robustez, sin que faltara quien me dijese que también en hermosura, hasta que mis cabellos, que al principio fueron rubios, se cambiaron en castaño oscuro, color que según dicen, tienen también mis ojos. De la suavidad de mi pelo has hecho antes un elogio lisonjero, que

para decirte la verdad no me ha disgustado el recibirlo,
y ya te habrás, sin duda, asegurado por el tacto, en las
25 varias ocasiones que me acaricias, de que mi frente y las
demás facciones de mi rostro son algo regulares. Hubo
un viajero que me llamó perfecta, seductora, hechicera;
pero nunca di pleno asentimiento a estas palabras, por
parecerme moneda corriente de los hombres que tratan
30 con las jóvenes desconocidas.

—¡Alto ahí!, que eso me toca, pues aunque desgra-
ciadamente carezco de luz, para juzgarte con toda exac-
titud, yo aseguro que ese afortunado viajero de quien
hablas tenía muy sobrada razón en decirte...

35 —No interrumpas, que al cabo la historia no es larga.

—Puedes proseguir, pero yo sostengo lo dicho.

—Pasaba así mi vida, ligera como la niebla de la ma-
ñana, recorriendo las colinas que cercan esta gruta, cui-
dando mis pájaros y mis flores, cuando tuve la ocurrencia
40 de querer “saber”.

—¿Saber?

—Sí, parece que ésta es la general tendencia de todo
ser que piensa. Una hada, aunque de ínfima clase como
yo, no puede desear mucho tiempo una cosa sin que se
les proporcionen los medios de lograrla. Así es que, el día
45 menos pensado, vi entrar a esta gruta un hombre alto,
flaco, narigón, de muy grandes ojos saltones, pero de ex-
presión muy amable...

—Ya he visto a ese hombre —interrumpió Fernando.
50 María, poniéndole su mano en la boca:

—No interrumpas —le dijo—, yo te dejé contar tu his-
toria hasta el fin.

—Pues como iba diciendo, el día menos pensado se
me presentó el maestro, que era todo un sabio, aunque a
la vez el hombre más sencillo que en todas mis historias
he podido conocer. Un año de lecciones dadas con pa-
ciencia y recibidas con docilidad y atención me pusieron
55 en estado de seguir por mí misma el impulso que mi es-

píritu había recibido, y este impulso hacía que se desarrollasen mis facultades intelectuales, con gran satisfacción de mi director, hasta un día, no sé si llamarle funesto o feliz, en que un acontecimiento inesperado vino a dar una desconocida fuerza a mis facultades afectivas. 60

Según te decía yo antes, un viajero acertó a pasar por estos contornos y le ofrecí hospitalidad, así como me decías que te pasó en tu sueño, sólo que como lo que yo refiero es una realidad, te diré que el motivo de habérsela ofrecido fue porque llovía mucho. 65

—Por el mismo motivo me la ofrecieron a mí...

—Ya te he dicho que no interrumpas; si has de seguir cortando el hilo de mi historia, me callo. 70

—Sigue, Huitzitziqui, sigue, que te escucho con toda el alma, sintiendo solamente no ver el fuego de tus ojos que deben de ser muy lindos.

—Algo te parece al viajero de que hablo, en las li-sonjas. 75

Mi maestro me explicaba, en aquella tarde de la llegada del viajero, el principio del mal y del bien, que me aseguraba están en continua guerra uno contra otro, todo con el fin de hacer beneficio el uno, y perjuicio al otro a los humanos. Yo sostenía y sostengo todavía que el único principio que existe es el del bien, pues que lo que llamamos mal es la privación de lo que nos agrada. 80

—Me parece haberme puesto a favor de esta misma opinión en alguna otra vez. 85

—¡Chist! —dijo María—, y cumpla usted su palabra de guardar silencio hasta el fin.

—Alguna semejanza hay entre tu sueño y lo que me pasó en esa tarde, porque llevé al viajero, que de paso te indicaré me decía muy dulces palabras que nunca olvidaré, a un mirador... 90

—¿Tienes mirador en esta gruta?

—En esta gruta no; pero cerca de una entrada que yo solamente conozco, sí, tengo un hermosísimo mirador, delante del cual también se ponen, rara vez, es verdad, sorprendentes arco-iris. Le hice después un precioso ramillete con las flores de mi jardín, dentro del cual paseamos juntos...

95
Fernando manifestó en este momento gran excitación.

—Temiendo que no me creyeses —dijo después María—, porque acaso te figuras que mi verdadera historia es imitación de tu sueño, he ido a traer al comenzarla varios ramilletes, que después he hecho con las mismas flores que le regalé entonces al viajero, de las cuales traigo, en este momento, algunas frescas, por si quisieses aspirar su aroma.

100
Fernando las recibió de manos de María y dijo después de acercárselas al olfato con avidez:

—Esto es pasmoso; cuanto me sucede me hace dudar si estoy despierto o si todavía sueño.

María no hizo, al parecer, aprecio de estas frases y continuó diciéndole, dando a su voz una inflexión como de sentido histórico:

115
—Pues como te decía, llevé al viajero a que paseara por mi jardín, que le pareció delicioso y, acercándose la noche, fuimos a reunirnos con mi maestro que estaba algo enfermo y que en aquel momento dormía.

Entramos a una pieccita, en que yo guardaba varios espíritus y remedios, cosa indispensable para un hada y, tomando un frasquito, eché unas gotas de esencia muy exquisita y olorosa en la mascada del viajero... Lo mismo que en tu sueño; pero con una sustancial diferencia.

—¿Cuál? —preguntó Fernando, mostrando la mayor inquietud.

125
—La diferencia de que hablo consiste en que tu mascada no conservó por mucho tiempo aquel aroma, acaso porque según he leído, no sé en qué libro, las co-

sas se parecen a sus dueños, mientras que la esencia de mi frasquito siempre está pronta a exhalar su deliciosa fragancia. 130

María echó en aquel instante unas gotas del frasquito, que había llevado a prevención, en un pañuelo de batista, y al momento toda la pieza se impregnó de un aroma suavísimo. 135

—¡Sí! —exclamó Fernando, poniéndose súbitamente en pie luego que lo percibió, buscando con las manos a la joven y sin poder articular las palabras, porque se lo impedía el gozo: ¡Sí!, tú eres Ma...

Una voz grave, sonora y reposada se hizo oír en aquellos momentos, haciendo que Fernando se envolviese súbitamente con sus cobertores, y que la joven saliese a la puerta como para impedir que entrase el que hablaba, pues parecía dirigirse a donde ellos estaban. 140

—María, ¡Mariquita! —repitió la voz como llamando y luego continuó diciendo: 145

—Hace un buen rato que te busco por todo el jardín, ¿qué haces aquí?

—Tengo un enfermo, padre mío.

—¡Ah! —dijo el de la voz grave; ¿pero no sabías que había yo venido? 150

—No, como el pobrecito se halla muy delicado, no me he despegado de su cabecera.

—¿Qué tiene? —dijo el que hablaba con María, manifestando que deseaba entrar, lo que ésta no pudo impedir, por cuya causa le temblaba la voz al hablar. 155

—Está cie...go; en este mo...mento du...erme.

—¿Y de qué le vino la ceguera a este hombre? —preguntó examinándole atentamente el Otomí, a quien habrán ya conocido nuestros lectores, al oír que María le llamaba padre. 160

134 *batista*: "Tela muy fina, casi transparente, de hilo o de algodón. Se usa especialmente para pañuelos, blusas y prendas delicadas" (*DUE*).

—Primero tuvo sarampión, luego fiebre y finalmente le vino la ceguera.

165 —¡Qué rareza! —dijo para sí el Tigre en ademán de reflexionar—. ¡Yo creo que he visto a este hombre, pero no sé dónde! ¿Cuánto tiempo hace que ha venido aquí, María?

El paciente que oía todo lo que el Otomí hablaba, se estremeció involuntariamente, por la última pregunta, a
170 lo que María contestó con cierta aparente tranquilidad, pues entonces ya había logrado dominar su temor y estaba resuelta a defender a Fernando hasta con su vida.

—¡Oh!, mucho tiempo: diez días tuvo el sarampión, catorce la fiebre y después es cuando ha cegado.

175 —Entonces tiene razón —contestó el Otomí, engañado con el tono seguro que tomó la joven; y, como librándose de un gran peso, volvió a decir—: tienes mucha razón, ése debe ser mucho tiempo.

Variando luego de conversación y poniendo a su hija
180 un rostro halagüeño:

—¡Qué aroma tan grato se percibe aquí! Será por estas flores... Me alegro mucho de verte más animada, hija mía; hace algunos meses parecía querías morirte. Luego que puedas dejar un ratito a tu enfermo, concédele unos
185 momentos a tu padre, porque tengo que salir pronto.

—Vamos luego, luego —contestó la joven, deseando alejar a su padre del lugar en que estaba Fernando.

En aquel día, se había olvidado María de encender
190 nuevas velas en el oratorio, y cuando su padre llegó, lo encontró oscuro, cosa que éste juzgaba como un mal presagio. Por tal motivo, luego que salieron de la pieza en que estaba el enfermo y comenzaron a pasearse por el jardín, la dijo:

195 —María, tal vez considerarás infundados mis sentimientos; yo mismo no sabré decirte por qué les he dado siempre crédito; pero jamás me han engañado: días hace que mi pensamiento me inquieta trayéndome fre-

cuentemente a la consideración cuál será tu suerte cuando yo desaparezca de este mundo, que me tiene ya tan aburrido, y tal inquietud no me deja descansar noche ni día: ¿lo creerás? En mis arriesgadas empresas tengo miedo, siempre que al ejecutarlas viene a mi memoria tu imagen. Bien sé que en la carrera de mi vida, sembrada de innumerables peligros, debe estar señalado su término, el hasta aquí; pero he dado en sospechar que toco ya este último punto. 200 205

—¿Pero cuál es el motivo particular que te ha infundido hoy tan tétricas ideas?

—Iba a decírtelo: llegué hoy a medio día, después de algunos de ausencia, y me he encontrado una cosa que sólo en otra vez ha acontecido. Las velas del altar se habían extinguido y te habías olvidado de poner otras nuevas. 210

María se asustó mucho por aquella omisión, temiendo que su padre la regañase.

—No te asustes por esto, María, cada cosa cumple su destino, y aunque quisieras, no habrías podido evitar lo que sucedió. Ya otra vez hemos hablado de estas cosas, yo pienso que sólo hay un destino y que éste es el mal, tú crees que es el bien, Fray Gil creía que había los dos, el principio del bien y del mal; pero esto nada importa por ahora. Recuerdo, sí, que otra vez en que se apagaron las velas sin encender otras inmediatamente, recibí dos días después un par de balazos que me pusieron a la muerte. 215 220

—¡Oh, padre mío! ¿Qué necesidad hay de que sigas una vida tan azarosa? ¿Por qué no la cambiamos? Y si el residir aquí te parece monótono, ¿por qué no nos vamos a otra parte; por ejemplo, a esa Nueva Filadelfia de que hablan las cartas de ese viajero que estuvo aquí una noche en el mes de septiembre del año pasado? 225 230

—Me ha ocurrido hacerlo y pensaba hablarte sobre ello; si te parece bien, nos trasladaremos allí.

—Con mucho gusto, padre mío.

—Sí, lo haremos dentro de unos días, porque ahora tengo negocios de importancia. Quería, sin embargo, decirte, que en cualquier evento desgraciado, el Gachupín, que sabe todos mis secretos, te comunicará uno que es de gran importancia para ti.

¡Adiós!, hija mía, dentro de cuatro o cinco días nos veremos y arreglaremos lo necesario para trasladarnos al punto que más te convenga. Sólo te suplico que no vuelvas, como otras veces, a vivir afligida, quiero verte como ahora, alegre, de buen color; parece que te has convencido ya de que muchas cosas, que nos parecen irremediables, son muy fáciles de componer. Abrázame, hija mía, no sé por qué he experimentado hoy más que otras veces la necesidad de despedirme de ti.

Te encargo sólo que no dejes que se apaguen las velas; sea de esta preocupación lo que se quiera, así caminaré más tranquilo.

El Otomí, después de abrazar a su hija con mayor cariño que de costumbre, montó a caballo seguido de sus fieles compañeros, y María se fue a ver inmediatamente a Fernando.

Éste, por su parte, no creyéndose seguro en un lugar al que podía volver inmediatamente su enemigo, reunió todas sus fuerzas y saltó de la cama olvidando la fractura de su pierna; era tal la excelencia del remedio que le habían puesto en ella que no sintió dolor alguno. Pero sus ojos sin vista no pudieron indicarle por dónde estaba la salida, y sus tentativas por hallarla fueron por algún tiempo vanas; le parecía estar perdido en un inmenso espacio, y aun dudó nuevamente si estaba, como ya había creído, en la casa de María o en la terrible cueva. Inmóvil, en medio de la pieza, no acertaba ni a volver a su cama debajo de la cual esperaba hallar alguna defensa; se puso en cuatro pies, y percibiendo entonces el ambiente fresco que penetraba por la puerta, y le daba en la cara, le sirvió de indicio para hallarla. ¿Dónde iba el

pobre ciego, sin guía, y sin el menor conocimiento local? 270
 Pensando en esto, oyó un ligero ruido como de persona que se acercaba, caminando por entre la yerba y pisando la hojarasca del suelo, creyendo que era llegada su última hora, dijo para sí el infeliz: ¡Ese feroz bandido viene a darme la muerte! 275

El instinto de la propia conservación lo impulsó para buscar algún refugio y, andando por el suelo en la postura que había tomado, se alejó un poco de la puerta. Por momentos esperaba el golpe fatal, cuando percibió cerca de sí el roce de unos vestidos de mujer y enseguida una voz dulce muy conocida que gritaba: 280

—¡Fernando! ¡Fernando!

Era María que había llegado hasta el lecho del enfermo sin haberle encontrado. Éste contestó con el mayor gozo:

—¡María! ¡Mariquita! 285

—¿Qué es eso?, ¿por qué estás ahí?

—Tuve miedo.

—Vamos, dame la mano; yo bien me esperaba algo de esto y he vuelto pronto para impedir que te desbarancararas en esta horrorosa gruta. 290

—Llévame María, a donde no me vuelva a encontrar tu padre, donde vea yo la luz; dime dónde estoy y cuál es la suerte que debo esperar.

—No temas ya, Fernando, mi padre no te hará mal; y en cuanto a tu suerte, yo bien quisiera mejorarla, mas, por ahora, no es posible, resígnate a que yo vea por ti. 295

—¡Ciego, Dios mío! ¡Ciego para siempre! ¿Por qué me has salvado, si no he de volver a gozar de la luz del día?

—No llores, Fernando, y espera en el Todopoderoso que te vuelva la vista. Conozco que soy nada para poder compensar tamaña desgracia; pero si algo puede consolarte el tener a tu lado una hermana que tanto te quiere, que te servirá de la misma docilidad que un báculo, mientras la Divina Providencia te vuelve la luz, modera tu aflicción, pensando que el padre común que tenemos 300 305

en el cielo prueba las almas en proporción de lo que valen a sus ojos; sígueme amando como a una tierna hermana, evoca todos tus poéticos recuerdos y sírvete aun de tu falta de vista para no considerar mis defectos, y si éste es un ligero consuelo, piensa en que hay otros más desgraciados que no le tienen.

310 —¿Y tu padre?

—Mi padre no te tocará: ¿no recuerdas que te llevó a la cueva porque te negaste a vivir al lado de su hija? Ahora celebrarí­a ver cumplidos sus votos que no son sino los de mi felicidad, según me lo dice frecuentemente, y aun acaba de decírmelo ahora mismo; pero en todo caso, vive seguro de que antes de tocarte un cabello, tendría que traspasar mi corazón.

320 —¡Oh, adorable mujer!, yo no merezco ni el más pequeño de tus sacrificios.

—Pienso para quitarnos de toda zozobra decirle quién eres.

—No, María, porque me matará.

325 —Te he dicho ya que nada tienes que temer.

—¿Pero qué le dirás?

—Le referiré muy sencillamente tu historia, y abrazando después sus rodillas, le diré en medio de mis lágrimas: Padre mío, he encontrado a mi hermano, cuya pérdida hacía mi desgracia: Dios me ha permitido volverle una vida que se le había quitado por mí, y solamente pido, como el favor más singular que puedas concederme en nombre de mi virtuosa madre, que me permitas entregárselo a la mujer que mi hermano ama en su corazón, a la linda Rosita Dávila, que en estos momentos le llorará muerto. Yo sólo había pedido al cielo volver a verle una sola ocasión para morir dichosa; esta gracia me ha sido concedida con mayor largueza que nunca pude llegar a esperar, porque he reanimado en mi querido hermano la última chispa de su vida, y al morir quedaré viviendo, aun cuando él no quiera, en su memoria.

340

—¡María!, ¡María!, eres lo más perfecto de la creación, a nadie quiero pertenecer más que a ti...

—No hagas promesas insensatas; acuérdate que eres hombre de honor y que yo siento el orgullo de mi pureza. Si esa linda mujer a quien estimo como a mi hermana llega a tenerte en menos por el estado en que te encuentras, entonces yo estaré cerca de ti, para acompañarte en toda la vida. 345

—¡María!, lloro en este momento de felicidad; dame tus manos para besarlas con respeto, porque siento hacia ti la veneración que infunden los santos; si quieres, te amaré como a una hermana, si lo deseas te idolatraré como esposa... Mi suerte en lo de adelante dependerá absolutamente de ti y seré lo que quieras, con tal de que nunca te separes de mí, porque eres el único ser que puede hacerme la vida agradable. Sí, María, nos iremos a México; tengo aún lo suficiente para rodearte de toda especie de satisfacciones. Yo no veré la luz de nuestro hermoso sol, es verdad, pero la verás tú, y me transmitirás tus impresiones; oiremos juntos los gratos sonidos de los espléndidos conciertos que se darán para que goces; suntuosos carruajes te conducirán a los paseos, las joyas más valiosas serán tu adorno, y eclipsarás a las más bellas mujeres con tus gracias; vivirás en palacios, en continuos placeres, y una palabra tuya valdrá más que la de un presidente y que la de algunos reyes... porque soy muy rico, y el dinero es el dios de la tierra. ¿Qué dices, estarás contenta? 350 355 360 365

—A tu lado lo estaré siempre, y mucho más cuando compadecido Dios de tus sufrimientos por tu resignación, comience a darte, como lo espero y como le suplificaré incesantemente, poco a poco tu vista. 370

—¡Oh!, cuánta felicidad me haces disfrutar anticipadamente, porque lo primero que voy a ver será tu hermosura; tu talle esbelto, el brillo de tus ojos, tan cándidos, tan amorosos, el color de tus labios; veremos después las 375

plantas, admiraremos juntos los animales, porque quie-
ro examinar entonces todas las cosas una a una; distin-
guiremos los colores, pues ya sabes que hay una inmensa
380 distancia desde el rojo hasta el anaranjado, el amarillo, el
verde, el azul, el purpurino y el violado; y después debes
saber que todos estos colores principales y sus infinitos
matices salen de la luz blanca, es decir, que es el color por
385 excelencia...

—Mucho me agrada que estés tan instruido en la fí-
sica, porque tengo una excelente obra que me trajo mi
padre y que te leeré todas las tardes para que me la ex-
plices; así, al envidiable título de hermano, reunirás el
390 muy respetable de maestro.

—Con mucho gusto, María, y el primer tratado de
que nos ocuparemos será la óptica; no tiene mucha de-
pendencia con los demás, y aun cuando no sepas todos
los preliminares necesarios, yo procuraré suplirlos.

—Estudiaremos por las tardes y por las mañanas;
395 apoyándote en mi brazo saldremos a hacer pequeños ejer-
cicios por el jardín.

—Sí, muy bien pensado; y tú procurarás decirme
con mucha minuciosidad de qué manera se coloran las
400 copas de los árboles cuando reciben los primeros rayos
del sol; y, como supongo que has de venir a despertar-
me temprano para sorprender en las hojas las gotas de
rocío, cuidarás de examinar y decirme de qué modo va
dividiéndose la luz, al refrangirse al través de esos pe-
queñitos cristales, y verás qué multitud de matices son
405 necesarios para pasar de un color principal a otro.

María ahogó un suspiro, con el fin de que no le per-
cibiera Fernando, al notar la insistencia con que el pobre
ciego hablaba de colores.

SÉPTIMA PARTE

OCUPADOS EN REFERIR A nuestros lectores los diversos incidentes que tuvieron lugar por el “plagio” cometido en la persona del maquinista, no habíamos tenido oportunidad de volver a hablar del viaje de la familia de don Fausto a Toluca y México. 5

Recordamos solamente haber insinuado que, por orden que Walker supuso emanada de Fernando, la familia se puso inmediatamente en camino. Desgraciadamente ninguno de ella lo conocía, se extraviaron a la salida de Tenancingo, en el espeso monte llamado de Pozo, y les fue necesario emplear casi toda la noche para hallarse en la madrugada a una legua de la capital del Estado de México, en cuyas cercanías comenzaron a sentir ese aire purísimo, frío y cortante que corre siempre en aquel valle. 10

Rosita y Clara sufrían un gran dolor en todo su cuerpo, particularmente la primera, que había perdido sus zapatos desde el principio de la caminata y que tenía entumecidas todas las extremidades de su cuerpo. 15

La perspectiva que se ofrecía a los ojos de los viajeros, aunque su situación no les permitía fijar en ella su atención, era verdaderamente encantadora. A la derecha del camino, una larga cadena de montañas, como barre- 20

ras de gigantes puestas para dividir los valles de México
 y Toluca, mostraban sus cimas iluminadas por los pri-
 25 meros rayos del sol; a la izquierda, el volcán, que lleva el
 nombre de la última ciudad, ostentaba su plateada nieve,
 sus arenas rojizas que matan toda vegetación cerca de
 la laguna que tiene por cráter, y sus bosques de pinos,
 30 desde el punto en que acaban los arenales hasta los ricos
 sembrados del valle. Pronto distinguieron los caminan-
 tes, para consolarse de su cansancio, la ciudad como re-
 costada en los despoblados cerros de Huichila y el Tolo-
 che, que la defienden por el norte; y su alegría fue mayor
 cuando comenzaron a percibir desde una gran distancia
 35 las sonoras campanillas de la Merced, el Carmen y San
 Francisco, cuyo timbre parece que se hace más agudo
 con el frío, cuando llaman a las primeras misas que se
 dicen en dichos conventos.

Luego que pasaron los viajeros por la garita del Bea-
 40 terio, que se halla casi al pie de un enorme promontorio
 de peñascos, a que se ha dado con mucha propiedad el
 nombre de Calvario, porque ninguno de los que existen
 entre nosotros puede presentar mayor semejanza en ari-
 dez y aspecto salvaje con las peladas rocas del Gólgo-
 45 ta, empezaron a encontrar personas muy cubiertas para
 resguardarse del frío, que iban a misa o a sus quehaceres;
 notando Clara, a pesar de su cansancio, en las mujeres
 que salían a las puertas o a sus ventanas a ver a los viaje-
 ros, una admirable tez blanca y sonrosada, observación
 50 que le comunicó a Rosa y que ésta no pudo apreciar por
 hallarse atacada ya de una muy fuerte calentura. La casa
 en que entonces paraban las diligencias se hallaba poco
 distante en una callejuela sin nombre y fueron a descan-
 sar allí los fugitivos.

55 Walker salió inmediatamente, Rosita se acostó y
 Roldán comenzó a analizar con su esposa, recargados en
 un barandalito del balcón del cuarto que caía a la calle-
 juela, los extraños sucesos de la noche anterior.

—Es necesario —decía Clara, con ese tono de superioridad que toman las mujeres vivas sobre los tontos— ponernos en juicio; ¿a qué vienen esos continuos gastos que estás haciendo desde el día de nuestro matrimonio? Yo convengo en que un marido que estima a su esposa haga alguna demostración de su contento; pero tú has pasado, según creo, los límites de tu posibilidad... Ese viaje a Tenancingo ha sido verdaderamente una ostentación cara, bajo muchos aspectos. 60 65

—Cuando te lo propuse fue muy de tu gusto —dijo Roldán, muy satisfecho de tener una buena respuesta que darle a su esposa. Ésta, sin ocuparse de ella, añadió: 70

—Plegue a Dios que en esto pare...

—¿Pues en qué ha de parar? —interrumpió Roldán, celebrando en su interior la fortuna de hallarse a una regular distancia de los ministros de la justicia.

—¿En qué ha de parar? Yo no soy adivina, pero no teníamos necesidad alguna de que a nuestra casa fuesen a buscar monederos falsos... 75

—¡Clarita! —exclamó el marido poniendo un semblante severo, pues deseaba a toda costa que no se tocara el asunto de la moneda falsa—, parece que algo vas a decir contra el señor don Fernando... 80

—Líbreme Dios de ello; pero, ¿por qué se ha desaparecido?

—¡Oh!, esto es muy sencillo... porque...

—¿Por qué?, dime. 85

—En primer lugar... porque es muy dueño de su voluntad.

—¡Bonita respuesta!

—En segundo lugar... ¡ah!, ya caigo, por los surianos.

—Y bien, debió venirse con nosotros. 90

—Eso de que “debió” no lo paso, porque tiene muchos negocios en México, y sin duda se fue directamente a la capital; así me lo ha dicho Walker en el camino, que ya sabes que es su grande amigo.

- 95 Clara hizo una señal como de duda.
 —¿No lo crees?
 —No, ¿dime por qué dejó su caballo ese señor, si tanto le interesa llegar pronto a México?
 —Es la misma pregunta que le hice a Walker y me respondió que, pensando en la necesidad que tendríamos de venir pronto, dejaba su caballo para Rosita y que así le había encargado se lo dijese a ésta.
 —A propósito de ese americano, voy a indicarte un deseo que tengo.
- 105 —¿Un deseo? —preguntó el marido mostrando desagrado.
 —Sí, se me ha ocurrido un capricho; ya sabrás que todas las mujeres tenemos caprichos.
 —¿Cuál es el que tienes ahora?
- 110 —Deseo que ese hombre no esté con nosotros, que se vaya por su camino y nosotros por el nuestro.
 —¿Habrá sido tan osado —dijo Roldán apretando los puños, impulsado de su genio celoso—, que te haya faltado?
 —No, hombre, es un capricho de mujer y nada más.
- 115 —No lo creo, porque tú no has tenido caprichos hasta ahora.
 —Pues te prevengo que suelo tener muchos.
 —No es verdad; tú algo me ocultas, no tienes confianza en tu marido.
- 120 Clara no sabía en las que se había metido despertando los celos de su esposo; así es que, por las repetidas instancias que éste le hacía en todos los tonos para que le dijese si le había faltado, iba ya a decirle la verdad, cuando entró Walker preguntando, con mucho empeño y con mal pronunciadas frases, por el estado de Rosita. Ésta había dormido y en aquel momento se sentía muy aliviada; llamaron después a los pasajeros para la comida, pero tanto por el estado de Rosita como por el empeño que tenía Roldán de lograr una seria explicación con el yanqui, encargaron que se les sirviese en su cuarto.
- 130

Apenas empezaba la comida cuando tocaron en la puerta de la pieza, que ocupaban los viajeros de que hablamos, unos americanos que preguntaron por Walker, quien se fue inmediatamente con ellos y no volvió hasta en la noche, a tiempo que ya había en la casa de Diligencias un nuevo huésped, don Justo Amable, que había ido inmediatamente a saludar a Roldán y a su familia, retirándose a pocos momentos porque había llegado rendido. 135

Don Fausto volvió a la carga con objeto de averiguar de Clara lo que con razón suponía que le ocultaba respecto de Walker, y tuvo ella, para evitar otra interpretación, que referirle de qué modo había concurrido el americano al asalto de la casa del señor Dávila, lo cual se comprobaba con la circunstancia de que todavía, el día de su casamiento, llevaba aquél un anillo de Rosita, que desde entonces había ocultado. 140 145

Roldán, luego que dejaba de ser suspicaz, tenía una pequeña dosis de prudencia, que aprovechaba toda entera, y no juzgó entonces conveniente romper con el yanqui, a quien forzosamente habían de dar auxilio sus compatriotas que estaban posesionados de Toluca, hacía algunos meses, y solamente se resolvió a vigilarlo temiendo de él toda clase de males. 150

Desgraciadamente, Rosita había vuelto, al caer de la tarde, a la calentura de la mañana, lo que hizo indispensable diferir el viaje que ya estaba fijado para el siguiente día. 155

Roldán, que todo se volvía ojos, desde que sabía quién era el yanqui, al volver éste, entrada ya la noche, vio que pasó al cuarto de don Justo y que allí habían tenido ambos una larga conversación de que apenas pudo percibir, acercándose, frases cortadas que lo llenaron de inquietud por no comprender todo su sentido. Lo que mayor asombro le causó fue que el americano, que nunca podía seguir una conversación en castellano, lo hablaba fácilmente, aunque con muchos disparates, al dis- 160 165

putar con Amable sobre un punto que Roldán no pudo siquiera sospechar.

170 Walker, que había tomado un cuarto aparte para dormir, vino a dar las buenas noches y a preguntar por la enferma con objeto de inquirir si el viaje para México debía ser al día siguiente. En la tarde se había llamado un médico con objeto de preguntarle si Rosita podría caminar sin grave riesgo, y había manifestado que sólo
175 tenía una ligera indisposición que podría desaparecer en poco tiempo, pero que si se la hacía caminar, se exponía a muy fatales consecuencias. Supuesto este dictamen, sólo se pensó ya en curar a la enferma y esperar su restablecimiento.

180 Esto, no obstante, Roldán quiso observar lo que haría el yanqui comunicándole que al día siguiente sería forzosamente el viaje, por cuya noticia le pareció muy contrariado. Se retiró éste último, a breve rato, procurando persuadir antes a Roldán de que no era conveniente la marcha, entró al cuarto de Amable y enseguida
185 salió a la calle, no volviendo al hotel hasta la hora avanzada en que Roldán estuvo en observación.

El cansancio y la desvelada hicieron que éste no abriese su cuarto en la mañana siguiente, sino hasta que
190 fueron a despertarle dando sendos golpes en la puerta. Se levantó despavorido y encontró una patrulla de americanos que, no queriendo esperar, se hacían abrir, los que gastaron pocas palabras que los del cuarto no entendieron, y a pesar de los gritos de Clara, del llanto de
195 Rosita y del espanto de Roldán, pusieron a éste entre filas y lo hicieron marchar.

En ese día se comenzó a hablar en la ciudad de la prisión verificada en la noche anterior de un viejo septuagenario, acusado de proteger la desertión de los americanos, en cuya casa se habían encontrado dos soldados
200 que lo habían denunciado; el viejo, deseando libertarse, había huido por las azoteas y había caído a la calle frac-

turándose una pierna, en cuyo estado lo habían conducido al cuartel de los texanos que se hallaba en el convento de San Francisco, en unión de dos frailes mercedarios a quienes se creía complicados,¹ así como a don Fausto Roldán que, en la mañana que se verificó su aprehensión, iba, según se decía, a fugarse por la diligencia. Se añadía que el general Cadwalader estaba resuelto a hacer un terrible ejemplar, y que el proceso iba a instruirse con gran celeridad. 205

Efectivamente, desde aquel día se abrió la información de testigos en que figuraron principalmente D. Dowis y M. Sexmith, en quienes se observó un singular prurito de hablar, pues cada uno de ellos empleaba dos o tres horas en referir muchos detalles de la acusación, sin otra interrupción que la de escupir a menudo las varias veces en que fueron interrogados. Los jurados, que eran todos oficiales americanos, escuchaban pacientemente en sesiones que duraban días enteros, y hacían que el secretario escribiese con minuciosidad cuanto declaraban los testigos favorables o adversos, en presencia de los acusados, a quienes para nada se les interrogó, aunque se les hizo saber, por medio del intérprete, que podían hacer ellos mismos o sus defensores, que estuvieron también presentes desde el principio del proceso, las preguntas que juzgasen a propósito. 215

Roldán y los demás acusados se hallaban verdaderamente aterrados y no hay duda en que si les hubiesen 220

1 Este hecho, en lo sustancial, es histórico [N. del A.].

209 *Cadwalader*: “Mientras se realizaban las pláticas diplomáticas para llegar a un acuerdo sobre la paz, el enemigo se aproximaba a Toluca. El 6 de enero de 1848, la brigada Cadwalader salió de la ciudad de México para Toluca [...]. Nombraron autoridades norteamericanas y el general Cadwalader se dirigió al gobernador Olaguíbel pidiéndole que recaudara la contribución impuesta por ellos al Estado de México, con la esperada negativa del gobernador” (SALINAS 2000, p. 189).

230 tomado lo que entre nosotros se llama declaración preparatoria, se habría conocido que estaban a punto de volverse locos.

El peligro en que se hallaban era realmente grande. Diariamente hacían los americanos horriblas ejecuciones, azotando cruelmente, y a veces hasta la muerte, a varios mexicanos acusados verdadera o falsamente de robos rateros o de infringir la prohibición que habían hecho de no vender aguardiente a las tropas. Volvían los ejecutados a los cuarteles a lamentar sus heridas y su ignominia, dando gritos tan horriblos que no podían oírse sin espanto, especialmente por los prisioneros que se hallaban acusados de lo que para los americanos debía parecer infinitamente mayor delito, que era seducir a los irlandeses, para que fuesen a unirse con nuestro ejército.

245 El hecho estaba bien probado, si se atenía el jurado a las declaraciones sustancialmente contestes de Dowis y Sexmith, y de ellas resultaba la terminante complicación de Roldán y de uno de los padres, quienes daban, según decían, el dinero para proporcionar a los desertores vestido, caballos y guía.

No privaremos a los que quieren recordar los horriblos sufrimientos con que nos obsequiaron nuestros vecinos del norte, de los retratos hechos a grandes pinceladas de aquellos implacables acusadores que, según hemos
255 indicado, hablaban dos y tres horas continuadamente, aunque no tienen otro mérito que el haberse tomado los apuntes en el mismo lugar en que se verificaba el juicio. Dowis era alto y delgado, de figura repugnante y patibularia; algunos lunares gruesos afeaban más su pálido y descompuesto rostro; la pupila de sus ojos, de un color indeciso, algo verdoso, sus miradas graves pero descon-

236-237 *robos rateros*: “ratero, ra. (De *rata*), tr. Dicho de un ladrón que hurta con maña y cautela cosas de poco valor” (*DLE*).

246 *contestes*: “conteste. Coincidente” (*DUE*).

fiadas; su bigote casi negro, no muy espeso, así como el pelo de su cabeza, venían a inducir duda al que lo creyera de raza pura. Sexmith era muy joven y de pequeña estatura, hablaba un poco menos y siempre después de Dowis; sus facciones eran regulares, su cabello rojo subido; se le creía capaz de alguna simpatía antes de observar su mirada fría y como burlesca, y que sus ojos eran de un azul tan opaco, tan deslavado, que parecían de muerto. Estos individuos, vestidos de un paño grosero, azul oscuro, de pie y con cachucha en mano ante el jurado, escupiendo repetidas veces, eran los que sostenían la culpabilidad de los acusados, refiriendo que en la casa del anciano, que era comerciante, los habían vestido de paisanos; que los frailes mercedarios los exhortaban para que consumasen la desertión y que don Fausto Roldán, a quien ya habían visto en la casa de Diligencias, les había dado dinero así como uno de los mercedarios. Lo único que hubo de indudable en este particular fue que dichos americanos se encontraron sin uniforme una noche en la casa de don Francisco Esteves que vivía en la esquina de la segunda calle de San Juan de Dios y la Merced, y que allí penetró a balazos una patrulla de soldados, atraída probablemente por los denunciantes. ¿Cuál fue el secreto motivo de la furia de éstos al sostener su acusación? Es cosa que no se ha podido averiguar.

Los planes de don Justo Amable se habían realizado, aunque no tan completamente como se esperaba. Roldán no podía proteger a Rosita, es verdad, pero quedaba Clara, a quien no había sido posible complicar en el negocio de los desertores, que había comprendido, aunque confusamente, de dónde les venía a ellos todo el mal y estaba dispuesta a impedir que se lograsen los depravados intentos del mayordomo.

Éste excitaba a Walker a que cumplierse su ofrecimiento, lo cual parecía fácil, porque no se juzgaba un gran obstáculo la presencia de Clara; pero ignoraban que dos

300 mujeres íntimamente unidas son, como en el juego de ajedrez, dos roques, inatacables. Juntas salían a ver al abogado que se había encargado de la defensa de los acusados, juntas visitaban al preso a quien procuraban consolar y fortificar, de manera que la empresa de aislar a la huérfana, para entregarla al sátiro, había fracasado.

305 Walker y Amable tenían fuertes disputas, porque el primero quería separarse de Toluca sin esperar el término del negocio, con objeto de ir a terminar los suyos a México; pero no quería dejar sin paga a sus cómplices, ni marcharse sin garantía, porque en su concepto había ganado ya el precio convenido, mientras que Amable sostenía que no debía nada. Dowis y Sexmith que iban repetidas veces a la casa de Diligencias, exigían de Walker el cumplimiento de las promesas que sin duda éste les había hecho, cuya exigencia era tanto más apremiante, cuanto que los abogados, haciendo uso de la facultad de interrogarles, habían logrado que cayesen en graves contradicciones, que hacían el éxito del negocio muy incierto; pero todas sus instancias se estrellaban en la firmeza de Amable para defender sus monedas, hasta que los tres americanos vinieron a amenazarle con la muerte si seguía mostrándose rebelde. Don Justo tuvo que capitular y facilitó la mitad del precio ofrecido, con promesa de “caballeros”, dada por todos los que participaron del dinero, de llevar a término el negocio. Quiso la mala suerte del mayordomo que, el día mismo en que entregó la mitad de la suma a Walker, salieran inesperadamente todos los presos en libertad, porque habiendo llegado a Toluca la noticia de que se habían firmado los preliminares de la paz entre los comisionados mexicanos y el americano, pereció ya sin objeto la continuación del proceso.

310

315

320

325

II

OTRO VIAJE EN DILIGENCIA

ROLDÁN SALIÓ, AL SIGUIENTE día, de Toluca con Clara y Rosita; Amable y Walker, que no habían abandonado sus planes, se encontraron frente a frente de las jóvenes en el momento en que partía la diligencia, lo cual, como es de suponerse, afligió mucho a la familia del comerciante, prolongando la agonía en que éste había entrado desde el momento de su prisión. Roldán tuvo en aquel viaje otro serio motivo de alarma, y fue el haber conocido en la primera posta a sus acusadores Dowis y Sexmith, a quienes no había visto antes porque iban en el pescante, de donde se bajaron para hablar con Walker que también se apeó allí, invitando a don Justo para que hiciese lo mismo, lo que no quiso verificar, porque sus reumas se habían hecho más rebeldes con el frío de Toluca. Los tres americanos iban perfectamente armados, con pistolas giratorias y rifles; Roldán, Amable y otros cinco o seis mexicanos, absolutamente desarmados, cabizbajos y sin atreverse a cambiar palabra alguna, cosa que rara vez sucede entre viajeros que van en un mismo carruaje.

Probablemente la tristeza visible de Roldán y de su familia se había hecho contagiosa a los demás pasajeros, o acaso la situación lamentable, que entonces guardaba

la República, se reflejaba en el silencio y abatimiento que mostraban los mexicanos.

25 Torrentes de sangre habían corrido en Palo Alto, la Resaca, Monterrey, Angostura, Cerro Gordo, Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, y en todas estas acciones se había conocido que, aunque teníamos
30 excelentes soldados y jefes subalternos, carecíamos absolutamente de generales. Los partidos, que entre nosotros se han parecido tanto a las facciones, olvidaban a la nación para disputarse un mando miserable y llegar a ejercer sus ruines venganzas.

35 El pueblo no presentaba esos grandes ejemplos de dignidad, de entereza y de patriotismo que salvan las nacionalidades amenazadas, y no faltaron traidores que procurasen persuadirlo de que no era la ocasión de combatir. El mal ejemplo cundía desde la capital, en que su Ayuntamiento proclamaba a la faz del mundo, y en presencia del invasor, que “México había recibido una lección de los americanos, semejante a la que la Persia recibió de los Macedonios”, y de aquí tomaba motivo para invitar al resto de la República a que se cubriese de oprobio, solicitando la anexación. El resultado de estas invitaciones fue la más espantosa anarquía: en San Luis Potosí hubo un extraño pronunciamiento por la disolución social; en el Estado de México, la pugna en que se hallaba la Junta Legislativa, que entonces se crió, y su gobernador hizo que desarmasen a éste en Sultepec y que fuese aprehendido en Tenancingo, en vez de encontrar en tales pueblos el auxilio que buscaba contra los americanos; por todas partes, en fin, se difundía esta frase aterradora:
45 “¡Sálvese quien pueda!”

50 Poseídos seguramente del desaliento general, caminaban los mexicanos que iban en el carruaje, según hemos
55

44 *anexación*: “(de anexar). Anexión, agregación” (*Edell*).

48 *crió*: “criar. p. us. Producir” (*DEL*).

dicho, procurando inútilmente adivinar lo que Walker hablaba con sus compatriotas, sacando frecuentemente la cabeza por la portezuela, y después de haber entrado al monte que sigue después de Jajalpam, vieron que aprestaban los americanos sus armas, reconociendo los casquillos de los rifles y de las pistolas. 60

Don Justo Amable, que estudiadamente no había dirigido una palabra a Walker, le dijo casi temblando:

—¿Qué cosa hay, mi querido señor don Guillermo?

—Mucho fandango —respondió éste, sin mirarle, pues tenía fija la vista hacia lo más espeso del monte, a cuyo lugar dirigían los otros americanos del pescante la mano, hablando muy rápidamente. 65

La aflicción de los otros pasajeros era extremada; pero absolutamente pasiva, porque según hemos dicho no llevaban armas. 70

El asalto no se hizo esperar, pues luego que llegó el carruaje a una pequeña subida a que llaman el “Gallinero”, fue rodeado de unos quince hombres a caballo que, dando grandes gritos, pidieron las armas. 75

Todos los bandidos llevaban careta, excepto uno que parecía el jefe que, con voz de trueno y mirada terrible, prevenía a los viajeros entregasen sus armas, y fue el primero en acercarse a la diligencia con una pistola en la mano, encontrándose con el rifle de Walker, que estaba apuntando contra su pecho. Ni el bandido se hizo para atrás, ni el americano, y quedaron apuntándose por un momento. Algo semejante debió pasar por fuera con los otros americanos, porque ya parada la diligencia hubo algunos momentos de silencio horroroso. Un salto que dio el caballo del bandido hizo que dejara de amenazar a Walker, y creyendo éste que era la ocasión de disparar, le dirigió el tiro atravesándolo de parte a parte, pero no ha- 80 85

59 *Jajalpam*: “Jajalpa. (Xaxalpam: en el arenal.) Hacienda de la municipalidad de Ocoyoacac, distrito de Lerma, Estado de México, 101 habitantes” (*DIGE*).

90 bía visto a otro de los asaltantes que en aquel mismo instante lo cazaba, de manera que mientras que por un lado fue a caer del caballo ya muerto el jefe de los ladrones, por otro recibía Walker una bala que le deshizo el hombro derecho y que lo hizo dar una especie de rugido que se hizo oír de todos, a pesar de que los muchos balazos que
95 se siguieron al disparo de Walker atronaban el aire.

Los ladrones, luego que vieron caer a su jefe, lejos de correr como sucede generalmente, cargaron sobre los pasajeros furiosamente, gritándoles que diesen las armas. Don Justo Amable, creyendo que el riesgo que
100 corría personalmente debía cesar luego que lo viesan rendido los asaltantes, olvidándose de sus reumas y atropellando a todos, salió el primero por la portezuela. Como los ladrones ignoraban la disposición en que se hallaba don Justo, y estaban furiosos por la pérdida de
105 su capitán, lo recibieron a machetazos, por cuya causa el mayordomo comenzó a dar espantosos gritos, hasta que cayó al suelo bañado en su sangre. El movimiento que había encabezado Amable se hizo general por mera imitación, y aunque los que le seguían por el lado en que
110 bajó se detuvieron horrorizados al ver su desgracia, los que salieron por el opuesto continuaron bajando, incluso Walker que, debilitado por la sangre que perdía, cayó al suelo, de manera que al pie de una portezuela y junto a la rueda estaba Amable y por el otro lado Walker, el primero rezando lleno de pavor y el otro maldiciendo
115 lleno de rabia. Los americanos del pescante, que no habían recibido daño ni lo habían hecho, entregaron sus armas y bajaron para seguir la suerte de todos. En este momento, Rosita, que había visto caer a Amable, y Clara, que había bajado por donde estaba Walker, se acercaron a uno y otro respectivamente, para restañarles la sangre con sus pañuelos. El dolor le había quitado por
120 un momento el conocimiento a don Justo y sus facciones iban tomando esa rigidez de los cadáveres; cuando

volvió en sí y reconociendo a Rosita, que hincadas las rodillas en tierra procuraba vendarle la herida que tenía en el cuello, una sonrisa de inefable consuelo esparció por su rostro la resignación, porque su vanidad, que no le podía abandonar ni aún en aquel trance, le hizo creer que la compasión de Rosita tenía distinto origen que la bondad de corazón. La joven, aunque extraordinariamente conmovida, no dejó de apercibirse de aquella transformación, verificada en don Justo por su sola presencia. Clara hacía otro tanto con Walker, logrando por recompensa que uno de los ladrones, burlándose de su humanidad y creyendo que era una de esas mujeres perdidas que seguían a los yanquis, le dijese asíéndola de sus largas trenzas.

—¡Hola, Margarita! Yo te enseñaré a querer a los yanquis; y la amenazaba con la espada en ademán de querer cortárselas, cuando otro de ellos, en quien parece había recaído el mando de la cuadrilla, le gritó con enojo:

—¡Déjala, Juan! ¿No ves que es una señorita?

—¿Y tú quién eres para mandarme que la deje?

—Mira quién soy –contestó el otro tirándole desde luego un tajo que el primero paró con dificultad lleno de cólera. Los otros ladrones se interpusieron diciendo:

—Juan, obedece, ya sabes que siempre que ha faltado el Tigre nos ha mandado el Gachupín.

—¡Muchachos, sin maltratar a nadie! –gritó aquel a quien llamaban Gachupín–, y despachemos pronto.

Después de esto, los asaltantes despojaron en el mismo camino a los pasajeros de cuanto llevaban, encontrando en una gran cartera de Walker varias alhajas, que Rosita conoció inmediatamente, y algunos papeles que tiraron al suelo y que recogió Clara reconociendo después ser libranzas giradas por don Fernando Hénkel. Concluida esta operación, los precisaron a que inmediatamente, y sin llevar a los heridos que no daban señales de vida, continuasen su viaje. Los pasajeros, por su parte,

se apresuraron a cumplir tal orden, esperando poder hallar en el camino personas que se encargasen de recoger a aquellos desgraciados.

165 Los bandidos se internaron al monte luego que vieron a la diligencia que se alejaba; pero antes trasportaron a los heridos a una barranquilla extraviada, a donde habían llevado antes a su jefe, cuyo cuerpo cargaron.

170 Desgraciadamente, en las pequeñas rancherías del camino y aun en la Venta de Cuajimalpa, no encontraron los pasajeros, ni aun ofreciendo una regular cantidad de dinero, hombres que quisieran ir a recoger a Walker y a Amable, y éstos quedaron definitivamente abandonados a sí mismos.

175 Walker fue el primero que se incorporó, y agarrándose con el brazo izquierdo de unos arbustos, se puso en pie con ánimo de seguir a los ladrones y suplicarles que le volviesen su cartera.

180 El infeliz, después de dar algunos pasos vacilantes, conoció que no podría dar muchos y exclamó en inglés con acento desesperado: ¿Si hay infierno, por qué tarda en tragarme?

185 La exclamación fue oída de Amable, que se hallaba a corta distancia, y que hizo esfuerzo para sentarse, logrando apenas recargarse sobre el tronco del árbol a cuya sombra lo habían puesto.

Una nube cubría su vista, a pesar de que el sol del medio día lanzaba sus rayos poderosos sobre toda la campiña. Después de un breve rato, algo despejado, buscó a alguien en rededor sin distinguir de pronto a su cómplice.

190 —¡Rosita! ¡Rosita! —exclamó, con voz débil que fue, no obstante, percibida de su compañero, quien hizo un horrible gesto de desprecio al ver a Amable sentado bajo el árbol y repitió con burla, como haciéndole eco: ¡Rosita!, ¡Rosita!

195 El mayordomo oyó a su vez al yanqui y logró entonces distinguirlo como sombra fatídica entre un matorral;

se santiguó cual si hubiese visto al diablo y se puso a rezar mezclando magníficas, actos de fe y de contrición.

El grato aroma que despedía el pañuelo de cambray, que Rosita le había puesto en el cuello, vino a darle recuerdos mundanos; vio, aunque con cierta confusión, la cifra de la joven, como si las letras estuviesen bajo un vidrio de aumento; besó aquel emblema querido y, sintiéndose sin fuerzas para detenerse, dejó caer su cabeza sobre el suelo. 200 205

Walker, cuyo furor crecía con la impotencia, se vio su brazo hecho pedazos, y que apenas pendía del resto de su cuerpo por unos músculos; hizo grandes esfuerzos para acercarse a la orilla de un precipicio que estaba cercano y en el fondo del cual se oía serpentear un arroyo. Extendió rápidamente la vista por un lado del bosque que estaba descampado, como para despedirse de la vida, hiriéndole hondamente el contraste de su situación con el encanto que ofrecía la naturaleza. Millares de aves revoloteaban por el aire o saltaban llenas de contento de rama en rama; el rumor que forman las hojas de los árboles era muy tenue porque apenas las conmovía una pequeña brisa y dejaba oír en toda su claridad el canto de ese pájaro que llaman clarín de la selva, que sabe unir dos notas para darnos ejemplos de armonía. De entre lo más espeso del bosque salió entonces, en muy impetuosa carrera, un venado perseguido por dos enormes lobos; el venado salvó con su natural agilidad aquel precipicio que estaba atrayendo a Walker; los lobos, uno en pos de otro, calcularon muy mal el salto, resbaláronse al caer en la orilla opuesta y se precipitaron a lo más profundo del barranco, haciéndose pedazos entre las peñas. Walker, que presenció esta rápida escena, sintió alternativamente 210 215 220 225

219 *clarín de la selva*: “*Myadectes unicolor*. Ave canora del grupo de los dentirrocos. Es de tamaño algo mayor que el de un gorrión de Europa, de color apizarrado uniforme y con un ribete blanco alrededor de los ojos” (DM).

un rayo de alegría, acordándose de sus tiempos de ca-
zador en que, a las orillas del Potomac y del Delaware,
230 perseguía los ciervos; y después, al ver que los lobos se
despeñaban, un estremecimiento doloroso se apoderó
de todo su cuerpo, reflexionando involuntariamente que
había perdido para siempre su fuerza y que, aun en el
235 caso de que sanase de su herida, carecía de los recursos
necesarios para volver a su patria, porque el fruto de un
año de campañas y de crímenes había desaparecido en
unos minutos. Un doloroso vértigo, causado por lo mu-
cho que se desangraba, le hizo perder en aquel momento
240 el equilibrio y, pareciéndole que la tierra huía bajo sus
pies, dio un paso hacia el abismo en cuyo borde estaba,
quedó suspenso sobre él deteniéndose con una mano y
con los pies del matorral en que por última vez le había
visto don Justo Amable. El espectáculo de todas las bata-
245 llas a que había concurrido se presentó a su imaginación
tenebroso y sangriento; miembros despedazados, ayes de
moribundos, estruendo de la artillería, todo esto vino a
atormentarlo en tan crítico momento; abrió los ojos que-
riendo hacer un último esfuerzo para salvarse, porque
250 la muerte que, poco antes parecía buscar, le espantaba, y
no vio sino círculos rojos sobre un inmenso fondo oscu-
ro; la fuerza le faltaba ya para sostenerse cuando una de
las raíces del matorral, cediendo al peso que sostenía, se
descuajó, y el yanqui, echando una horrible blasfemia, se
255 precipitó de peñasco en peñasco.

Unos cuervos, que estaban tranquilamente posados
sobre las enhiestas ramas de un negro ciprés, lanzaron
un ronco graznido al ver acercarse, al punto en que yacía
don Justo Amable, a unos hombres que traían dos cami-
260 llas y que sin duda habían sido mandados por la autori-
dad de algún pueblecillo cercano, a donde llegaría acaso
la noticia de la catástrofe.

—Si no es por el rastro de sangre —dijo uno de aque-
llos hombres—, nunca habiéramos llegado a dar con ellos.

—Pero los regueros son tres y no hay más que un
muerto —contestó otro. 265

—Mira cómo se quedó —observó el primero, al exami-
nar el cadáver de don Justo Amable—, ¡está mordiendo
su pañuelo!

—¡Pobrecito! —le dolerían mucho sus heridas. 270

Aquellos campesinos no podían alcanzar que el últi-
mo beso dado por el mayordomo de monjas a la cifra de
Rosita había sido tan entusiasta, tan locamente nervioso,
que el lienzo había quedado fuertemente retenido entre
sus labios. 275

—¿Le quitamos el pañuelo? —preguntó otro.

—Quítaselo, ¿para qué ha de ir mordiéndolo como
perro de agua? —contestó el que hacía de jefe, queriendo
hacer reír a los demás con su ocurrencia.

—¿No vieron cómo se estremeció? —observó con
cierto terror el mismo que hacía de jefe. 280

—Lo llevaremos pronto —dijo el más anciano—, pue-
de que todavía esté vivo. Era bueno que uno de nosotros
fuese a Santiago por el médico.

Efectivamente, uno de los peones fue a avisar al mé-
dico de Santiago Tianguistengo, mientras que los demás
llevaron al herido al pueblecillo de Capuluaque, cuyo
alcalde había mandado recogerlo por el aviso que le ha-
bía dado un leñero, que desde lejos había observado la
catástrofe. 285
290

III

ÚLTIMA CONVERSACIÓN DEL GACHUPÍN Y DE JUAN EL COYOTE

ESTOS DOS BANDIDOS SE encontraron después de haber hecho la repartición proporcional entre todos los que concurrieron al asalto, uno enfrente de otro, junto al cadáver del capitán, cerca de aquel lugar en que un año antes habían enterrado a Machorro. 5

El Gachupín, que rara vez había determinado alguna cosa por sí mismo, pues regularmente esperaba las ordenes del Otomí, no sabía lo que debía hacer con aquel cuerpo exánime, ni el camino que él mismo debería tomar. Su vida había sido un reflejo de la de Pedro el Otomí, estaba acostumbrado a pensar y sobre todo a obrar dentro de la órbita que éste le señalaba, y aunque rayaba ya en cuarenta años y era de genio sagaz, duro y porfiado, se sintió como aislado en el mundo luego que fue rota la cadena que lo había unido siempre con su jefe. 10 15

Su contienda con Juan el Coyote le privaba del recurso de la discusión, así es que permanecía como una estatua sin despegar los labios, hasta que vio a éste que disponía su caballo para irse. 20

—¿Juan, te vas? —le preguntó a media voz.

—Si a su “mercé” no le ocurre otra cosa —contestó el

Coyote en un tono indeciso, que no marcaba bien ni la mofa ni la chanza amistosa.

25 —¿Qué no me ayudas a enterrarlo? —dijo el Gachupín, refiriéndose con una expresiva mirada al cadáver.

—Él me habría dejado tirado en el campo, sin volverse a acordar de mí.

30 El Gachupín, ofendido de esta respuesta, buscó la azada que había servido para sepultar a Machorro, y que se guardaba allí para lances semejantes, y se puso a cavar la fosa muy silenciosamente. Su compañero se sentó enfrente mirándole trabajar, hasta que, observando que estaba ya muy fatigado, le dijo:

35 —¡Venga esa azada!, y mire que yo no sé guardar rencor.

El Gachupín por toda respuesta se sonrió, entregó aquel instrumento y se sentó enfrente de la fosa a medio cavar, del mismo modo que lo había hecho su compañero.

40 Concluida la operación, después de que por dos o tres veces se cambiaron en el trabajo:

—Esta ceremonia será ahora sin rezos —dijo Juan—, a no ser que tú quieras hacer de padre; ¿te acuerdas de aquel lego de zancas muy largas que luchó aquí con el Tigre?, ¿no lo has vuelto a ver?

45 —Sí —dijo echando un suspiro el Gachupín, a quien realmente contristaba el tener que enterrar a su capitán, quien había sido el único amigo que había tenido desde su infancia.

50 —¿Dónde has visto a ese loco?

—No recuerdo por qué camino; pero después que salió de la casa del capitán, una tarde, casi de noche, pasaba a pie y parecía que había andado mucho; le ofrecí mi caballo, se montó en él dándome las gracias y desapareció.

55 —Aceptó fray Gil tu caballo.

—Sí.

—Pues no te acuerdas que no quiso recibir del capitán ni el dinero ni el caballo.

—Me acuerdo bien que dejó la casa cojeando y apoyándose en su bordón, sin querer recibir lo que Pedro nos mandó darle; pero los hombres no son siempre los mismos o ¿qué se yo? De mí quiso recibir fray Gil lo que rehusó del capitán. 60

—¿Ya ponemos el cuerpo?

—Sí. 65

Los dos bandidos tomaron el cuerpo exánime de su capitán y, cubriendo el Gachupín su quemado rostro con sus lágrimas, dijo entre dientes, como siempre hablaba, con extraordinaria emoción, al echar la primera tierra sobre el cadáver: 70

—¡Perdónale, Dios mío!

—¿Rezas? —preguntó el Coyote.

—Sí.

—Pues no lo merecía esta alhaja.

El Gachupín, que no quería romper con su compañero porque sentía que se concentraba hacia él una parte del afecto que le tenía a Pedro el Otomí, le preguntó a aquél, después que cubrieron el hoyo. 75

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo que usted mande, mi capitán. 80

—Déjate de bromas, que ya sabes que no sé aguantar.

—¿Pues no eres mi capitán?

—No, ni volveré jamás a ser ladrón.

—¡Cómo! ¿Has sepultado con el Tigre tus antiguas malas mañas? 85

—Creo que sí, esa sepultura me habla al corazón. No pongas ese gesto, pues ya sabes que mi resolución de no volver a robar no puede provenir del miedo, me conoces...

—Sí, confieso que eres valiente... 90

—Pues bien, me parece que hay alguna cosa mejor en que ocuparse, que el robar a los caminantes.

—¿Y que piensas hacer?

—Por ahora no lo sé.

95 —Pues mientras lo piensas, yo voy a seguir mi antigua vida y, según nos fuere a uno y otro, así sabremos quien acierta. A propósito de tu buena vida, creo que la reforma, aunque ya viene tarde, empezará desde ahora, por aquello de más vale tarde que nunca.

100 —Ciertamente.

—Pues entonces dame la parte que te ha tocado en el robillo de esta mañana, aunque no sea más que en retribución de aquel soberbio tajo que me tiraste por defender a la Margarita... Conque dame tu parte, y amigos como siempre.

105 —La he echado al fondo de la sepultura, si quieres sácala; pero no dejes el cuerpo descubierto.

Juan parecía que vacilaba; tomó la azada para sacar la tierra, lo que al fin no verificó, porque le ocurrió otra idea en aquel momento que le hizo volver a sentarse junto a su compañero, diciéndole con mucha gravedad:

115 —No turbemos la paz del capitán, que debe estar juzgado; antes de irnos colocaremos una cruz en ese sepulcro y después haremos decir varias misas por el descanso de su alma.

El Gachupín, engañado con aquel tono y creyendo fácil el atraerse a su compañero a la buena vida que quería abrazar, le dijo con dulzura:

120 —Óyeme, cuando vivía la esposa de Pedro, estaba yo la mayor parte del día cuidando a la chiquilla y venía a reunirse con nosotros la señora para explicarme las cosas de la otra vida; desde entonces tuve la resolución de no volver a la mala ocupación en que hemos vivido; ahora que nadie será capaz de estorbármelo, voy a realizarla.

125 —¿Pues que te decía esa buena señora, a quien no tuve la dicha de conocer?, ya sabes que sólo he tratado a la preciosita María, que ha ido creciendo como un junco y cuya suerte de veras me entristece.

130 —Esa buena señora me decía varias veces: “Gachupín, esta vida es muy corta, y después de ella hay otra en

que vamos a descansar para siempre, o a sufrir por toda la eternidad según nuestras obras. Gachupín, no vuelvas a la mala vida y si, cuando me muera, quiere arrastrarte Pedro a ella, huye antes que volver a robar, porque Dios ve todas las cosas desde el cielo y corta la vida del perverso, luego que colmó éste la medida del mal.” 135

—Pues por lo visto –contestó el Coyote, conservando su apariencia de arrepentido–, no has sido muy escrupuloso que digamos, en esto de haber seguido los consejos de la señora. 140

—Y lo siento muchísimo; de ello tiene la culpa Pedro; pero se lo perdono, porque como decías tú antes, más vale tarde que nunca.

—Pero dime, ¿qué piensas hacer?, acaso yo mismo te acompañaría. Tener uno señalada la medida del mal, haber hecho lo posible para llenarla y quedarse tranquilo al hablar estas cosas, es asunto difícil, porque no hay duda que aunque sea una tina de esas en que echan las infusiones en Tierra Caliente la que Dios nos haya señalado a ti y a mí, nos hemos dado tal prisa que poco debe faltar para que rebose, y entonces... 150

Decía esto Juan burlándose de su compañero, pero afectando cierto respeto, movido de una idea que según hemos indicado antes le había ocurrido.

—Entonces –contestó el Gachupín– sucederá que, en lugar de ir a descansar después de la muerte, va uno a mayores trabajos, como decía la esposa de Pedro. 155

—Pero oye, Gachupín, eso de ser bueno después de haber sido uno malo, no es tan fácil como a ti te parece, porque desde luego, como no sabemos trabajar ni yo ni tú en cosa alguna, yo al menos olvidé para siempre mi oficio de zapatero desde que entré en el batallón... 160

—Yo volveré a labrar la tierra.

—Te acompañaría, aunque es un oficio molesto para los altos como yo; pero haría lo posible, mientras que iba la comisión a cogernos y ¡zas! el proceso, los careos, y 165

170 pague usted al defensor, y salga a buen componer sentenciado a diez años de presidio, y sin otra esperanza que una revolucioncilla, como me sucedió en la primera vez que me cogieron; ¿y todo esto por qué?, por haber querido ser bueno.

El Gachupín guardó silencio confundido por las observaciones de su compañero. Éste continuó muy satisfecho del efecto que había causado.

175 —Nosotros, es verdad, que podríamos evitar esta triste suerte poniendo, como otros han hecho, un comercio en un poblacho y ofreciendo nuestros servicios a la autoridad para coger ladrones.

180 El Gachupín alzó los hombros manifestando gran desprecio por el medio que se le proponía y dijo secamente:

—No tenemos con qué poner el comercio.

—¡Cómo! —exclamó verdaderamente admirado Juan—, ¿y el tesoro del capitán?

—¡Ah!, eso es para María.

185 —Convengo en que sea para esa pobre niña, contestó algo desconcertado Juan el Coyote, porque conoció que marraba el golpe; pero ella no podrá vivir sola, ni menos continuar en dónde se halla, conque así nosotros...

190 —Eso no te toca, Juan —interrumpió el indígena, mirando a su compañero con instintiva desconfianza—, dejemos ese punto y dime si se te ocurre algún otro medio, porque te he dicho la resolución en que estoy.

195 —Pero hombre, reflexiona que ese tesoro en parte nos pertenece, a ti particularmente, que nunca le pedías nada al capitán.

—Es para María.

—No me opongo y sólo te indicaba que con él pudiésemos un buen comercio, trayendo a nuestro lado a la niña.

200 El Gachupín reflexionó un momento y dijo:

—Acaso es una buena idea, se la consultaré; pero nosotros no hemos de perseguir ni denunciar a nadie.

—Veremos si con algunas dádivas a los alcaldes nos libramos de esa parte tan molesta, pero casi siempre necesaria para la quietud de los “arrepentidos”; así nos llamarán. 205

Y enseguida, creyendo que había llegado ya al grado necesario de confianza con el Gachupín para el logro de su designio, le dijo Juan, con cara compungida y dándose un aire como de distracción: 210

—¿Sabes dónde está el tesoro del capitán?

El Gachupín, cuya suspicacia se había despertado, conociendo por esta pregunta que toda aquella plática había tenido por objeto, de parte del Coyote, averiguar dónde estaba el tesoro para robárselo, puso un horrible gesto y respondió muy secamente: 215

—¡No!

Tomó enseguida su caballo, tirando del cabestro al del capitán y, sin darle la mano a su compañero, le dijo:

—A Dios, Juan; acuérdate de la cuba de infusiones y no te olvides de poner la cruz en el sepulcro, después de que saques las alhajas que están en el fondo, y se alejó rápidamente. 220

En aquel mismo instante, pues serían las dos de la tarde, Rosita se instalaba, triste y llorosa todavía en un aposento que expreso se le había dedicado sobre la tienda de la Estrella del Sur, y a don Justo Amable le ponía la primera curación, en el pueblecillo de Capulhuac, el facultativo de Santiago Tianguistengo, por haber reconocido que todavía daba esperanzas de vida. 225
230

IV

DOS AMIGAS

ROLDÁN SE MIRABA SIN creerlo en los brazos de los padres de Clara y en aptitud de ejercer sus altas facultades directivas en su establecimiento comercial, después de su llegada a México, quedándole solamente un ingratisimo recuerdo de las terribles escenas de dolor que casi había presenciado con motivo de los azotados de Toluca; decimos casi porque solamente los gritos desgarradores que el exceso del sufrimiento físico y la vergüenza arrancaban a las víctimas que, después de ejecutadas el primer día, las llevaban a algún cuartel para continuar en la misma operación los siguientes, según su condena, era lo que había llegado a sus oídos, completando el resto la imaginación, mediante las noticias de los criados que llevaban la comida a los prisioneros. 5 10

Era una relación que hacía a todo el mundo en la tienda, dándose como presente a los sucesos, pues no quiso aparecer en calidad de víctima sino hasta que evacuaron la capital los americanos, lo que se verificó a pocos días, pues fue dada la orden al efecto por el general Buttler el 15

19 *Buttler*: "Butler, William Orlando (1793-1880). General norteamericano. Intervino en la invasión de México con el grado de Mayor General a las

20 29 de mayo de 1848, es decir, a los doscientos cincuenta y ocho días de ocupada.

Luego que llegó Roldán a México, fue a preguntar por Fernando a don Abundio, a quien no encontró y supo por los dependientes que éste había marchado a Guadalajara hacia poco tiempo. Visitó a Antonia con el mismo objeto y como, lejos de encontrar noticias, él mismo no sabía qué responder a las preguntas que le hizo la joven, tuvo que decirle todo lo ocurrido, resultando en sustancia que nada sabía el uno ni la otra acerca del paradero de su protector, lo que les dejó en la más congojosa incertidumbre, que para Roldán sólo era inferior, comparada con la terrible inquietud en que estuvo algunos días por el riesgo de ser azotado.

30 Clara había entrado en el lleno de sus facultades y de sus previsiones, y como tenía sobre su marido la ventaja de saber escribir, pronto reasumió la verdadera dirección de la tienda, lo que le había parecido tanto más necesario, cuanto que tenía el concepto, injusto a la verdad, de que Roldán era inclinado a la prodigalidad, pues no podía explicarse de otro modo sus gastos desproporcionados con su capital.

órdenes del General Taylor. El 18 de febrero de 1848 sucedió al General Scott en el mando del ejército invasor” (DP).

19-20 *el 29 de mayo de 1848*: “Los preparativos de marcha de las tropas norte-americanas habían comenzado desde mediados de mayo, y al anunciar Butler el canje de las ratificaciones del tratado, fueron retirados los destacamentos de Toluca, Cuernavaca y Pachuca. La división de voluntarios de Paterson salió de México hacia Veracruz el 30 de Mayo. Las demás divisiones fueron saliendo en los primeros días de Junio, y el 12 de dicho mes las guardias norte-americanas fueron relevadas por tropas nuestras, arriándose la bandera de Estados-Unidos y enarbolándose la de México en el palacio nacional, con un mútuo saludo de artillería nuestra y la del invasor. Inmediatamente despues, la división de Worth, última que había quedado aquí, salió de la ciudad, entraron en ella el presidente y los ministros. [...]”

“El sentimiento de satisfacción de los mexicanos al verlas alejarse, solamente pudo ser comparable al que habrían experimentado Laocoonte y sus hijos al verse libres de las serpientes entrelazadas á sus cuerpos” (ROA BÁRCENA 2003, pp. 773, 775-776).

Rosita había encontrado en la nueva casa, como siempre que se hallaba con la familia de Clara, un trato lleno de respeto, de afecto y atenciones delicadas, que le hacían menos molesta su situación. En esta vez parece que había presidido en la disposición de la casa un pensamiento de exquisita consideración hacia la huérfana, porque de cuantos objetos se habían acopiado para el ornato y comodidad de la recién casada, se había comprado otro tanto para aquélla, por cuya causa conservaba hacia Roldán el más vivo agradecimiento no ciertamente porque desease joyas y vestidos lujosos, de los que hacía tiempo se había despedido de todo corazón, sino porque la comparación habría sido muy humillante, si al mismo tiempo que la desposada aparecía con sus brillantes adornos, la huérfana hubiera tenido que ocultarse para no avergonzarse de su pobreza. La disposición material de la casa favorecía también el pensamiento que en todo se advertía de no causarle mortificación a Rosita, por una desigualdad penosa, porque tenía tres recámaras que servían para los padres de Clara, para ésta misma y para Rosita, siendo de notar que la que se había destinado a la última, que era la más espaciosa, estaba dividida con un tabique para formar una elegante pieza de tocador, empapelada y alfombrada, la cual, entre otros adornos, tenía una magnífica luna embutida en rosa, de cuya madera eran todos los muebles, sobre una vistosa consola, en la cual, con una prolijidad que lisonjeaba mucho a la joven, habían puesto en brillantes pomos de cristal las esencias y pomadas de que más gustaba. Frente al espejo había un estante chino, con graciosas incrustaciones, lleno de libros de recreo y, en la cómoda, piezas intactas de estopilla y Holanda; cerca del balcón, que iluminaba este retrete, un costurero con todos los útiles que pudiera desear la señorita más curiosa. Esta piecesita, *sancta sanctorum* de Rosita,

74 *sancta sanctorum*: “Equivalente latino del nombre que los judíos da-

75 que precedía a la en que dormía y en la que no penetraba
 más que la criada destinada especialmente a su servicio,
 tenía comunicación con un pequeño corredor bañado en
 todo tiempo por el sol, adornado de macetas de porcela-
 na, en las que ostentaban su gallardía algunas camelias
 80 encarnadas y blancas, y varias especies de naranjos ena-
 nos, unos con flores y otros con frutos.

Rosita hallaba un perfecto contraste en los modales
 poco limados de Roldán que, sin embargo, eran siempre
 respetuosos hacia ella, y aquellas delicadas provisiones
 85 de que era objeto, pues en su retrete encontraba, sin que
 se pasasen muchos días, zapatos de raso, medias y otros
 pequeños obsequios propios para una señorita, envuel-
 tos siempre en un papel que tenía escritas estas palabras:
 “La señorita puede pedir lo que guste en la tienda.”

90 Lo singular del caso era que este papel, que no podía
 ser escrito por Roldán pues no sabía escribir, tampoco
 había sido puesto por los dependientes ni por Clara, y
 que ésta, que era la única que podía hacer aquellas com-
 pras que revelaban el buen gusto de una mujer, no inter-
 95 venía en ellas de modo alguno, causando a ambas jóve-
 nes mucha admiración los talentos en que esto mostraba
 Roldán, quien parecía a veces que se olvidaba mejor de
 su esposa que de la amiga de ésta. El enigma tenía, sin
 embargo, una fácil explicación que ignoraron por algún
 100 tiempo Rosita y Clara. Cuando éstas habían ido al cajón
 de La Esperanza, situado en una de las Monterillas, con
 objeto de hacer algunas compras antes de que se verifica-
 se el matrimonio de Roldán, habían encontrado allí dos
 cosas que les causaron una agradable sensación: la pri-
 105 mera fue que el cajón estaba servido por señoras y, la se-
 gunda, que la dueña de él las había acogido con singular
 bondad; Rosita particularmente había sido sorprendida

ban al lugar más recóndito del templo. Se aplica a todo lugar prohibido a los profanos” (DEFL).

al oírse llamar con su nombre por la dueña de la negociación, que no era otra que Antonia, a la que Fernando había prevenido el día en que la señorita Dávila iría con Clara a visitarla, lo cual había sabido por Roldán. 110

Antonia había dispuesto, para recibir a todos sus parroquianos, un elegante estrado en uno de los extremos del cajón, por el lado en que ella tenía el escritorio, de manera que, sin desatender sus negocios, podía darles conversación. Muchos carruajes iban a posarse diariamente ante las puertas del cajón de La Esperanza, porque varias señoras, que preferían hacer en él sus compras, hallaban algún atractivo en pasar algunos momentos descansando en los mullidos sofás y la vistosa alfombra con que Antonia había aseado aquella estancia, que permitía a las parroquianas algo de ese cambio ligero de noticias y de fina crítica, a la vez que por los aparadores miraban sin ser vistas a los transeúntes. 115 120

En una de estas ocasiones, pocas semanas después de que Roldán había hecho su demanda de matrimonio, Rosita y Clara habían venido, como hemos dicho, al cajón de La Esperanza, a la sazón en que había alguna concurrencia de señoras. Rosita había querido retirarse inmediatamente, avergonzada de los cuchicheos que notó entre las señoras que estaban en el estrado y que se decían a media voz: 125 130

—¿Esta señorita es Rosa Dávila?

—¡Jesús, que pálida está!

—¡Y qué flaca!

—¡Mira niña, viene de trapillo! 135

—¡Como desde que murió su padre ha tenido, según dicen, grandes trabajos!

Antonia, advertida por aquel rumor de que habían llegado las personas que esperaba, antes de despachar lo que pedían, les ofreció asiento en el estrado, diciéndoles con amabilidad: 140

135 *trapillo*: “Vestido llano y casero” (DUE).

—¿Qué no descansan ustedes un momento?, es costumbre que tienen las personas que honran mi casa.

145 Rosita y Clara dieron las gracias algo cortadas porque sólo venían a hacer humildes compras y les daba pena renovar su pedido en presencia de aquellas desconocidas de gran tono, que afectaban sobre ellas cierta altiva superioridad.

150 Antonia vino presto a su socorro, encargando a una de las dependientes trajese los objetos que había mandado apartar la señorita Dávila. Ésta, al oírse nombrar por la dueña del cajón, volvió la cara hacia ella, como extrañando el que supiese su nombre.

155 —Aquí tienen ustedes, señoritas —dijo Antonia, mostrándoles varios cortes de gros y de terciopelo, mantillas blancas de punto y algunos vistosísimos tápalos chinos—, los objetos que han mandado apartar; aseguro a ustedes, sin temor de ser desmentida, que en ninguna otra parte los encontrarán de mejor calidad ni de menos precio.

160 Las otras señoras, que estaban en el estrado, se acercaron entonces a ver aquellas donas, pues eran realmente los regalos de boda que don Fausto había mandado apartar, acerca de los cuales nada había dicho a las jóvenes, por sorprenderlas agradablemente. Rosita, que comprendió inmediatamente cuál era el destino de aquellos vestidos, resignándose de antemano a su pobreza, quiso hacerse superior a toda humillación, diciendo:

—Clarita es quien ha de decir si le gustan, porque son para ella.

170 Varias miradas de curiosidad y de secreta envidia se fijaron entonces en la novia. Rosita continuó:

—Todo está duplicado, hasta las mantillas.

—Así mandó usted que se dispusiese.

—¿Yo?

175 —Tal fue al menos el recado que de parte de la señorita Dávila me trajo hoy el señor Roldán.

La joven conoció entonces que necesitaba no descom-

poner delante de personas extrañas lo que hubiese arreglado el señor Roldán y, para desviar la conversación, dijo con aparente distracción: 180

—No pensaba que usted me conociese...

—Tiempo hace que tenía el honor de conocer a la señorita doña Rosa Dávila; en el comercio se sabe pronto quiénes son los mejores marchantes.

Rosita se quedó confundida y ya ni pidió lo que pensaba comprar, despidiéndose inmediatamente. 185

—Mandaré estas cosas a medio día con un criado de confianza —dijo Antonia—, si les parece a ustedes bien.

—¿Sabe usted nuestra casa? —contestó con alguna turbación Rosita, sin aceptar ni repudiar el ofrecimiento, haciendo con tal pregunta el último esfuerzo para asegurarse de que no mediaba alguna equivocación. 190

—Necatitlan, número 3 —dijo la dueña del cajón, mirando los apuntes de su cartera.

—¡Viven en barrio! —dijeron entre sí, al verlas salir, las señoras que según hemos indicado estaban en el estrado, antes de que entrasen las jóvenes. 195

—Sí, pero parece que tienen gran comodidad y que la huérfana no ha quedado tan pobre como decían —replicó una de entre ellas. 200

Después de esta escena se había verificado el casamiento de Clara y el paseo a Tenancingo, en cuyo tiempo, Antonia en persona había ido con don Fernando Hénkel a amueblar la habitación de Rosita, haciendo llevar las mactetas y todo lo demás que en el retrete se encontraba. 205

Luego que volvió Roldán de su peligrosa expedición fue, como hemos dicho antes, a comunicarle a Antonia la llegada de la familia y las diversas ocurrencias del viaje. Antonia conoció, desde luego, que era la ocasión de continuar por sí misma la solícita protección que Fernando había dispensado a su amada, sin darse a conocer, y siguiendo ella esta conducta, había arreglado con Roldán el remitir a Rosita, por su medio, cuanto pudiese necesitar; 210

215 y como no dejaba de alcanzar que aunque don Fausto era una excelente persona para cumplir los encargos del maquinista, estando éste ausente, podía ser menos solícito con Rosita, ignorando si lo que por ella gastase tendría la aprobación del que había sido su amo, ella ponía por sí misma aquel papel en que se le decía siempre a Rosita: “La

220 señorita puede pedir lo que guste en la tienda,” después de haber asegurado a Roldán que ella pagaría inmediatamente cuanto llegase a recibir la señorita Dávila.

No paró en esto su solicitud, pues quiso observar por sí misma el grado de comodidad que disfrutaba la huérfana en casa de los recién casados, y al efecto, insinuó a Roldán que el señor Hénkel le había encargado procurase tener amistad con la joven y que estaba dispuesta para visitar a la familia.

225

Roldán indicó una tarde después de comer que tendrían una visita el inmediato domingo, proposición que sorprendió de pronto a las jóvenes, pero que fue bien acogida, luego que supieron qué persona era la visitante.

230

Llegado el día, Antonia se había presentado con sus dos hermanitos, captándose la estimación de toda la familia.

235

Rosita se encontraba en una de esas situaciones en que el corazón de una joven siente todo el horror del aislamiento y anhela el consuelo de la amistad. Demasiado ulcerado el de la huérfana para poder recordar su amor a Fernando sin positiva angustia, necesitaba una verdadera amiga que la asegurase de que aquella ausencia del maquinista, que no mandaba ni una carta y de quien no tenía noticia alguna, no era el desprecio que suele aparecer después de una declaración ardorosamente correspondida. Clara no podía satisfacer esta necesidad, porque sus nuevos deberes la distraían no poco y principalmente porque, si Rosita le hubiera confiado sus penosas aprehensiones, habría acaso lastimado el verdadero cariño con que era tratada por toda la familia.

240

245

Por otra parte, Antonia tenía a su favor ese natural ascendiente que entre las jóvenes ejercen siempre las que son de carácter resuelto y varonil; así es que desde la primera visita que hizo a Rosita, se atrajo muy decididamente su adhesión y logró el ser introducida a la piecесita en que ésta tenía su tocador, en un momento en que Clara fue llamada para un negocio que se ofrecía en la tienda. Del retrete habían salido Rosa y Antonia al corredorcito en que estaban las macetas y, entre los elogios que ésta última prodigaba a la cuidadora de las plantas, le dijo:

—Rosita, usted, según parece, pasa aquí su vida muy feliz.

—Sí y no —respondió la huérfana poniéndose muy pensativa.

—¿Cómo es eso? —preguntó con un gesto agradable Antonia.

—Paso aquí mi vida rodeada del cariño de la familia de Clara, que me llena de atenciones que no merezco, y por esto me considero feliz; pero al pensar que soy una pobre huérfana que recibo muchos beneficios sin poder pagar uno sólo, soy muy desgraciada.

—En eso último no faltará algún otro recuerdo; las lindas muchachas como usted tienen siempre algunas ilusiones en corriente que las hacen suspirar. Pero esas son boberías, Rosita, perdone usted mi franqueza; yo que no soy bonita y que no oigo muchos elogios, sé a qué atenerme y crea usted que cuando me resuelva a casarme, si es que hay alguno que pueda quererme de veras, el arreglo será liso y llano, pan por pan y vino por vino.

—Aunque dice usted que no es bonita, yo la encuentro muy agradable; pero dejando estas circunstancias, como siempre tenemos que dejarlas a la calificación de otros, me parece que ha tocado usted el punto de mayor dificultad, al decir “si es que hay alguno que me quiera de veras”, ¿cómo se conoce esto?

—Éste es negocio como la conciencia; si en nuestro interior se hace escuchar una voz que nos dice: “este hombre me quiere de veras,” se sigue esta voz como infalible; si no se oye esto, se deja el asunto y santas pascuas.

290 —Ese método —dijo Rosita riéndose— tiene al menos la ventaja de ser muy sencillo.

—Y muy económico en cuanto al tiempo.

—Pero puede ser muy engañoso, porque creyendo uno oír la voz que le dice: “este hombre me ama,” acaso
295 oír solamente esta otra: “yo amo a este hombre.”

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, pues entonces ya no hay remedio —contestó Antonia—; yo hablaba en el supuesto de que uno se hallase perfectamente indiferente.

—Era de desear una regla para discernir el engaño
300 de la fidelidad cuando el corazón ya se halla muy interesado.

—Creo que entonces todas las reglas están por demás —contestó Antonia, poniéndose en el peinado un ramito de azahar que le regalaba Rosita—; pero yo procuraría entonces hacer un esfuerzo sobre mí misma y sujetaría a mi pretendiente a una especie de residencia, a una verdadera “purificación”.

—Tengo curiosidad de saber cómo sería eso.

—Traería yo a mi memoria todas sus palabras, todas
310 sus cartas y todas sus acciones de que tuviese yo noticia.

—¿Y después?

—Si en todas ellas le encontraba delicado, respetuoso y apasionado hacia mi persona, lo declaraba preferido; pero si había algunas faltas, lo obligaba a que se purificase ante mí o dejaba de verlo para siempre.
315

—¡Bravo!, ¡muy bien! —exclamó Rosita, satisfecha de encontrar en Antonia sentimientos tan semejantes a los suyos.

320 Cortísimas les parecieron a estas dos jóvenes las horas que pasaron conversando sobre varios objetos de intimidad, con esa efusión de dos almas que se compren-

den y que gozan al ver reproducidos sus propios pensamientos, como si se adivinasen mutuamente. Quedaron en que Rosita y Clara irían a visitar a Antonia el domingo próximo y se separaron dejando puestos los cimientos de una larga amistad entre las dos huérfanas.

ROSITA VEÍA LLEGAR CON gusto el inmediato domingo señalado para ir a visitar a su amiga. Temprano se peinaron ella y Clara y resolvieron oír la misa de diez en las Capuchinas, para estar después con Antonia, hasta las doce, en la inmediata calle de la Monterilla. 5

Llegaron efectivamente a la casa de Antonia y fueron recibidas por ella de un modo muy agradable, lo que especialmente para Rosita fue motivo de expansión y de que se despertase su genio alegre. La joven comerciante había prometido a su amiga enseñarle su casa, pero sin duda no lo tuvo presente o, seducida por el buen humor de Rosita, sólo pensaba en celebrar sus ocurrencias; aunque a decir verdad, algo sin duda la inquietaba, porque entraba y salía repetidas veces, disculpándose con sus visitas de dejarlas solamente con sus hermanitos que, embelesados de ver a Rosita, estaban pendientes de sus labios. 10 15

En una de estas ocasiones en que Antonia dejaba momentáneamente a sus visitas, percibieron éstas el rumor de personas que subían por la escalera y que llegaron a la puerta de la sala en que ellas estaban, empujando ligeramente la vidriera que Antonia había cerrado echando 20

25 por dentro el pasador. Los niños que, como hemos dicho, se habían quedado con Rosita y Clara, percibieron también aquel rumor y, con la movilidad propia de su edad, se pusieron de un brinco en la puerta vidriera en ademán de abrirla, y advirtiendo entonces que estaba cerrada, empezaron a gritar: ¡papá! ¡papá! yéndose inmediatamente por las otras piezas.

30 Rosita, por un movimiento instintivo, se puso en pie y abrió la vidriera, a tiempo que una señorita a quien daba el brazo un caballero la había empujado suavemente, con intención visible de penetrar a la sala; pero, encontrándola cerrada, siguieron directamente por el corredor hasta la asistencia que se hallaba frente a la esca-
35 lera. Rosita pudo ver perfectamente a aquellas dos personas y aun oír su conversación. La señorita de mediano cuerpo, de facciones imponentes, aunque el conjunto de su hermoso rostro expresaba mucha amabilidad, fue la
40 única que vio a Rosita, cambiando con ella una mirada inocentemente curiosa, como la de un infante. Su traje de terciopelo negro y una mantilla, también negra, daban a toda su figura un aire distinguido que no se escapó a la penetración de la huérfana.

45 Todo esto fue, como es de suponer, obra de un instante, después del cual se ocupó esta última en ver al caballero que daba el brazo a la joven, reconociendo en él inmediatamente a don Fernando Hénkel, quien decía a su compañera:

50 —El paseo me ha hecho bien; siento que se aumenta la fuerza de mi pierna y aún me parece que voy distinguiendo algo; sigues siendo para mi, María, un hada bienhechora.

55 Rosita, que se había quedado en la puerta como petrificada, sintió una indefinible conmoción al oír esta tierna manifestación de agradecimiento hecha por el maquinista a la bella desconocida, y aunque no pudo percibir la respuesta, seguramente fue muy expresiva, a juzgar por

el semblante animado de aquella joven y por la atención con que la escuchaba Fernando, quien después la tomó la mano llevándola sobre su corazón. 60

Rosita entró violentamente a la sala, diciéndole a Clara con apresuramiento:

—Vámonos, pero inmediatamente.

—¿Pero qué te sucede? —preguntó Clara llena de admiración. 65

—Nada, nada; vámonos.

—¿Y la señorita, qué va a decir de nosotros?

—Yo le escribiré.

—¿Pero qué motivo? 70

—Estoy mala, muy mala.

—¡Ah!, eso es diferente, ¿pero qué tienes?

—En la calle te lo diré.

Las dos jóvenes se alejaron de la casa sin despedirse de nadie, porque los niños también habían desaparecido. En la calle redobló sus instancias Clara para saber 75

qué tenía Rosita y ésta tuvo que pretextar un violento dolor de estómago, en lo que no faltaba exactitud, sólo que se presentaba como causa lo que era realmente, así como la violenta salida de la casa, efecto de haber visto a Fernando, que sin avisar de su llegada, se acompañaba con una hermosa joven a quien trataba con tanta confianza y ternura, llamándola su genio bienhechor y llevando la mano de ella a ponerla sobre su corazón. Rosita se encerró en su retrete y no quiso comer. Roldán, que extrañó aquella ausencia, supo por Clara que habían ido a visitar a la dueña del cajón de La Esperanza y que allí se había enfermado del estómago. El comerciante, que ya sabía la llegada del maquinista quien le había encargado no dijese nada a su familia, supuso fácilmente con su natural malicia algo de lo que había sucedido y se preparó para comunicárselo a Fernando, fingiendo dar pleno asentimiento a la relación de Clara, a quien creía también en el secreto. 80

85

90

95 Rosita, entre tanto, ensayaba enviarle a Antonia alguna excusa acerca de su repentina salida, deseando al mismo tiempo poder hablar con ella para que la explicase, si lo sabía, por qué circunstancia el maquinista, que se había desaparecido en Tenancingo, aunque ya tenía noticias de
100 que iba a Guadalajara, volvía sin dar aviso, acompañado de una interesante joven. Esta explicación, que muy ardentemente ansiaba con objeto de fijar su línea de conducta para lo sucesivo, debía obtenerse sin confiar a nadie el secreto de su amor a Fernando, porque al pensar en esto
105 sentía una humillación penosa, y no conociendo a otra persona que pudiese darle aquella explicación como Antonia, se decidió a escribirle en los siguientes términos:

“Querida Antonia:

110 “Muy pronto tengo necesidad de hacer uso de la amistad de usted para pedirle, primero, que disimule mi violenta salida de su casa, porque me atacó repentinamente un serio malestar y, como nos hallábamos solas Clara y yo, no tuvimos a quien avisar; y en segundo lugar, que se digne usted venir a verme, tan pronto como le sea posible,
115 porque sigo mala, muy mala y necesito de sus consejos.

“Su atenta servidora y amiga.”

 En los momentos en que llegó esta carta a poder de Antonia, se hallaba ésta en la mesa con Fernando, quien por su delicada salud comía más temprano que el resto
120 de la familia; María, que era quien acompañaba al maquinista cuando se encontró con Rosita, no estaba presente y se ocupaba de ensayar un modo de peinarse que le habían enseñado, y que entonces era muy de moda; Antonia trinchaba entonces la vianda del plato de Fernando, pues no podía hacerlo éste por sí mismo, a causa
125 de estar ciego, y notando que una criada se acercaba lle-

vando una carta en la mano, le indicó con una seña que la pusiese en la mesa y continuó una conversación que sin duda desde antes había empezado, pues decía:

—Lo que no me ha explicado usted, papacito, y no he podido hasta ahora comprender, es de qué modo tuvo María noticia de que estaba usted en la gruta. 130

—Uno de los dos hombres —respondió Fernando— que acompañaban a mi enemigo, tuvo compasión de mí y dio aviso prontamente a María del estado en que yo me encontraba. Precisamente es el mismo que nos ha traído a María y a mí hasta México y que, según tú me decías ayer, nunca sale del pajar si no es cuando lo llaman a comer. 135

—Realmente ese hombre es una especie de hurón a quien debemos la vida de usted. 140

—Días hace que me ocupo en pensar de qué modo podré recompensarle y no encuentro...

—Podríamos preguntarle qué es lo que quiere y acaso no sea tan difícil de proporcionárselo. 145

—Eso lo haremos por medio de María, a quien respeta mucho.

—Perdone usted, papacito, tantas preguntas, ya sabe usted que las mujeres somos muy curiosas.

—Y tú especialmente, pero yo también seré incansable en responderte. 150

—Quién es ese enemigo que tan gratuitamente ha perseguido a usted.

—¿No hay otra persona en esta pieza más que tú y yo? 155

—Solamente nosotros dos —contestó Antonia, echando en derredor de la pieza una mirada—, porque los niños están jugando en el corredor.

—Pues ese hombre, por quien me preguntas, era el padre de María. 160

—¡El padre de María! —exclamó Antonia llena de asombro, sofocando también la voz.

—Sí, era su padre; pero ha muerto ya. Te digo esto para que no suscites, en presencia de esa niña, ninguna conversación acerca de mis males, porque se aflige mucho al pensar...

165 No acabó la frase Fernando porque oyó el ruido de una mampara que se abría tras él, y luego la voz de María que le decía acercándosele:

170 —Aunque no puedas ver qué bonita estoy con este peinado, corre la mano por mi cabeza.

—Pero te desarreglaré tal vez el pelo, que con tanto cuidado habrás dispuesto.

175 —No importa, me peino para ti que como artista podrás juzgar si estoy bonita, con sólo pasar tu mano sobre mi cabeza.

—De todos modos, siempre eres para mí la más hermosa de todas las mujeres —contestó Fernando acariciando a María.

180 Antonia, entretanto, leyó rápidamente el billete de Rosita y dijo para sí al oír aquel elogio exagerado del maquinista: “¡Pobre amiga mía!, ¡peor te pondrías si vieras esto!”

—¿Quién te escribe, Antonia? —preguntó María.

185 —Una amiga mía —contestó Antonia, guardándose en el seno la cartita.

—¿Y quién era la señorita que tenías de visita esta mañana?

—¿Qué, la viste?

190 —Sí, y por cierto que es la más linda mujer que he conocido hasta ahora; pero cuando fui a la sala para contemplarla despacio, ya se había ido, ¿qué le sucedió?

—Que cansada de esperarme se fue y ahora tendré que ir a satisfacerla.

195 —¿Es tu amiga?

—Sí.

—Pues yo quisiera ser amiga de ella; llévame cuando vayas a verla.

- No es posible.
- ¿Por qué? 200
- Porque alguna de nosotras dos debe quedarse con papá.
- Lo llevaremos.
- Antonia no tuvo que responder; pero Fernando, tomando la palabra, dijo: 205
- Yo no estoy para hacer visitas, pueden ir ustedes, me bastará que me acompañen los niños.
- A esta plática siguió un momento de silencio que para el ciego no era más que la continuación de esta calma perfecta en que forzosamente se hallan los que pierden la vista. María entretanto hacía instintivamente la observación de que Antonia no le quería decir quién acababa de escribirle, ni llevarla a visitar a la joven que había visto en la mañana, en la puerta de la sala; al mismo tiempo, Antonia reconocía congojosamente que allí se preparaba una complicación. 210
- De pronto entró el mayor de los niños, gritando:
- ¡Tonchil!, ahí está una criada esperando la respuesta de la carta que te trajo.
- Dile que iré. 220
- ¿No me llevas, Antonia? —preguntó con cándida insistencia la otra joven.
- Si papá quiere —contestó la primera, refugiándose como en una última esperanza de negativa.
- Sí, que vaya —dijo el maquinista prontamente; es necesario proporcionarle a esta niña todas las ocasiones para que se perfeccione en todos los usos sociales y, yendo contigo, no tienes que preguntarme. Podrían muy bien ir inmediatamente para volver a la hora de la comida; deben ser las dos y cuarto. 225
- Exactamente —contestó María, mirando la muestra de un reloj que había en el comedor—, ¡qué bien calculas!
- Es la primera obligación de un ciego —dijo sin amargura Fernando, y luego añadió: 230

235 —Anda, Tonchi, repasa tu peinado, ponte un elegante vestido y váyanse a pasear; ¿qué necesidad tienen de estar aquí encerradas, especialmente tú, que en toda la semana trabajas?

240 Antonia se sentía impulsada por su padre adoptivo a un serio compromiso, del que de pronto podría salir yendo a otra visita con María, dejando la de Rosita para otra ocasión. Pero Rosita la esperaba, había mandado decirle que iría y bien sabía que en día de trabajo no podía separarse del cajón. Decirle a Fernando a dónde iba era una especie de indiscreción, una advertencia brusca acerca de una persona que él mismo parecía olvidar, haciendo necesarias explicaciones penosas, tal vez, que ella menos que nadie deseaba provocar; le bastaba ver mejorado a su bienhechor y suponía que al cambiar, éste, de amor, lo haría por lo que se hace siempre, a causa de una más fuerte ilusión que habría opacado la primera, y si la última lo hacía feliz, ella no deseaba otra cosa.

255 Las dificultades de Antonia debían reproducirse mientras no tuviera con Rosita una explicación franca, y para obtenerla, le pareció que la insistencia de María en acompañarla era un medio providencial para que todas las personas de este drama quedasen en su verdadero lugar.

260 Estas cavilaciones divagaban el pensamiento de la joven, mientras que maquinalmente cambiaba de traje.

Fernando, cuando oyó que se alejaba, le dijo a María:
—Aunque nada te he dicho hasta ahora acerca del Gachupín, me ocupo hace algunos días de su suerte. Le debemos, yo especialmente, favores que con nada podremos pagar, porque si él no te hubiese avisado prontamente de qué manera quedaba yo en la gruta, toda tu solicitud hubiera sido impotente para salvarme algunos momentos después. Antonia me ha dicho que todo el día está retraído en el pajar y esta circunstancia nos obliga a determinar sin tardanza lo que más le conven-

270

ga; tú, que le conoces más y a quien respeta tanto, puedes escoger o preguntarle lo que desee y yo procuraré que se cumpla.

—Tiene grande dificultad la empresa —respondió María—, porque, por una parte, tú no quieres que se toque, por ahora al menos, el tesoro que dejó mi padre y del cual nos ha dado noticia el Gachupín, mientras que éste no sabe trabajar en cosa alguna. 275

—Habrás que enseñarle a trabajar y esto es todo, pues de ningún modo conviene que este hombre, más desgraciado que perverso, aparezca gozando de comodidades que podrían creerse conseguidas en su vida anterior, cuando por el contrario, debe esforzarse en ser un hombre nuevo a quien todo el mundo respete por su acrisolada honradez. Para llegar a obtener esta dichosa transformación, no conozco más que un lugar. 280

—Sí, la Nueva Filadelfia.

—¿Cómo sabes de este establecimiento?

—Por las cartas que olvidaste en el oratorio de la casita de Cacahuamilpa. 290

—¿Las has leído con atención?

—Sí, y casi las sé de memoria.

—Pues en caso de que te parezca bien y que el Gachupín esté conforme en ir a aprender el trabajo y la virtud en esa casa, no tendremos más inconveniente que la demora. 295

—¿La demora?

—Sí, porque está destruida o, más bien, estaba destruida a tiempo en que fui llevado a la cueva.

—¿Destruida por quién? 300

—Por un militar vengativo que, abusando de las armas que tenía confiadas, fue a tomar por asalto aquella colonia, destruyendo algunos talleres, matando a varios trabajadores y aprisionando a otros.

—¡Ah! —dijo Antonia—, deben ser muy malos esos militares que han causado tan enormes perjuicios. 305

—Así es la verdad.

—¿Y ahora qué remedio tiene ese fatal acontecimiento?

310 —Ya debe haberse puesto, según creo, el único eficaz, que era el restablecer todas las cosas en la colonia al estado que guardaban cuando fue asaltada por la soldadesca; pues a este fin marchó para Guadalajara hace algunas semanas mi socio don Abundio Torres, llevando
315 fondos considerables. Yo debía haberle seguido pocos días después, a fin de ayudar en la empresa, porque soy director de aquella colonia; pero tú sabes bien lo que me ha impedido verificarlo. Me inquieta ahora mucho el
320 no haber recibido carta alguna, ni de Torres, ni del padre don Luis, quien quedaba después de la catástrofe, en Guadalajara, como prisionero de guerra.

—¿Prisionero ese venerable sacerdote, cuyas virtudes he conocido en sus cartas? —exclamó María llena de asombro.

325 —Sí, aunque yo espero que, reconocida su inocencia, y que ha sido víctima de una tropelía verdaderamente salvaje, se le habrá puesto en libertad y se estará procediendo, con el rigor debido, para castigar al jefe de la expedición que destruyó la Nueva Filadelfia.

330 —Pues no hay recurso; esperaremos a que se restablezca esa colonia para mandar allí al Gachupín. Oye-me, ¿no sería bueno que también nosotros nos fuésemos allá?

335 —Sí, bastante que nos convendría, a mí particularmente por mis enfermedades; ya oíste lo que dijo el doctor Vértiz ayer.

335-336 *doctor Vértiz*: “José María Vértiz y Delgado (1812-1876). Médico. Nacido en la Ciudad de México de ilustre familia de origen vasco. En 1835 recibió su grado de cirujano y en 1836 obtuvo su título de médico que le fue otorgado en el recién fundado Establecimiento de Ciencias Médicas. A continuación marchó a Francia, especializándose en oftalmología con el profesor Desmares. Después de permanecer en París varios años retornó a México siendo médico

—Dijo que mucho te mejorarías con el tiempo si procuras tener algún trabajo físico que requiera todas tus fuerzas y dejas el trabajo mental; que ya había tenido casos, aunque raros, de personas que habían perdido temporalmente la fuerza necesaria para la visión en los nervios ópticos, y que la habían recobrado por una reacción natural con sólo variar de clima y método de vida. 340

—Pues si te parece, dispondremos nuestras cosas para ir pronto a la Nueva Filadelfia. 345

—Con mucho gusto, porque tengo grandes deseos de aprender a trabajar y de conocer al padre don Luis. Dime cuál es su figura, porque varias veces lo sueño.

—¿Lo sueñas?

—Sí. 350

—Entonces ya tú sola habrás hecho en tu imaginación su retrato.

—Pero no puede estar bien hecho: ¿es alto?

—Sí.

—¿Rubio? 355

—También.

—¿Sus ojos azules y de una mirada muy dulce?

—Exactamente, cualquiera diría que ya lo conoces.

En aquel momento entró Antonia al comedor haciendo sonar su vestido de raso y María dejó la conversación para ir con ella a la visita, montando en el coche de Fernando que las esperaba en el patio. 360

de los Hospitales de San Andrés y de Jesús, del último de los cuales fue director varios años" (DP).

VI*

LAS DOS RIVALES

ROSITA, DESDE QUE HABÍA recibido el recado de Antonia en que ésta le anunciaba que iría a verla, no había cesado de asomarse al balcón, dirigiendo la vista por el rumbo en que debía llegar. De pronto, creyó reconocer un elegante landó que venía tirado por dos arrogantes frisonos negros, pero caminaba tan aprisa que antes de poderse dar cuenta de lo que quería recordar, vio que dentro de aquel coche venían dos señoras que distinguió muy pronto, dándole un extraño vuelco en el corazón; la una era su amiga Antonia, la otra su rival, joven que había conocido en la mañana de aquel mismo día al lado de Fernando. 5 10

Clara, a quien no había antes dicho Rosita que vendría la dueña del cajón de La Esperanza, estaba cerca de su amiga, cuidadosa por el malestar de que aquella se había quejado, así es que cuando dijo Rosita a grandes voces: ¡Clara!, ¡Clara!, ¡ahí vienen unas visitas!, pudo asomarse sin tardanza al balcón y contestó: 15

* A partir de aquí, en la edición príncipe, el número v del capítulo anterior se repite, y luego se brinca el vi y el vii, para colocar después el número viii y seguir la secuencia normal de los números de los capítulos.

—¡La dueña del cajón de La Esperanza en el coche
20 del señor Hénkel!

Antonia subió con ligereza la escalera, abrió sin ce-
remonia la vidriera de la sala y, al fijar una mirada escu-
driñadora en su amiga, notó que los ojos de ésta se extra-
viaban buscando a la otra joven que venía con ella en el
25 coche. Cuando ésta entró a la sala, Rosita la miró primero
con altivez, después con admiración.

María, por su parte, sin prevención alguna y resguar-
dada con su natural inocencia, abrazó inmediatamente
a Rosita, sin advertir que ésta recibía aquella demostra-
ción con frialdad y la dijo con una animación de voz que
30 le daba una fuerza de atracción irresistible:

—Desde esta mañana que vi a usted en la casa de
Antonia, quise hablarle, pero usted se vino tan pronto
que cuando salí a verla ya no había nadie en la sala.

35 Rosita se encendió como un botón de Jericó para
contestar estas palabras:

—Me puse mala...

—Pero ahora está usted buena, ¿no es verdad? Cuan-
do dos amigas vienen a ver a usted, el gusto sólo deberá
40 aliviarla...

—¡Dos amigas! —murmuró maquinalmente Rosita,
sin saber lo que decir.

—Sí, dos amigas, porque sin duda lo es usted de An-
tonia y yo quiero serlo de usted.

45 Al decir esto, se habían ya sentado las cuatro jóvenes
quedando Rosita entre Antonia y María. Ésta, acarician-

35 *botón de Jericó*: “Rosa de Jericó. (*Anastástica hierochúntica*). Planta crucífera anual, propia de los desiertos de Siria, con flores blancas pequeñas en espigas terminales; al quedar sin humedad, se encoge toda la planta y forma una pelota, la cual, puesta en agua, vuelve a extenderse” (*DUE*). Llama la atención que Pizarro diga que “Rosita se encendió...” y que, de acuerdo a la descripción de esta especie, la rosa de Jericó sea blanca; los diccionarios registran la palabra “encender” relacionada con incendiar y, por analogía, con enardecerse; aunque en este pasaje “encenderse” se refiera a ruborizarse.

do a su rival y tomando entre sus manos los bucles de su pelo, le decía con la misma ternura que solemos emplear con un niño que gana de pronto nuestro cariño:

—¿Qué no me quiere usted? 50

Por una de esas rarezas que el mundo suele presentar, mientras que Rosita procuraba sustraerse al influjo de aquella simpatía que a su pesar iba apoderándose de ella, Clara sentía un vivo dolor de no ser comprendida en tal amistad y se acercaba formando casi un círculo a las tres jóvenes, para contemplar más inmediatamente a aquella sencilla criatura que la embelesaba con su hermosura y, todavía más, con su candor. 55

Antonia, que sabía cuál era la causa de la repulsión de Rosita, aprovechó el primer momento en que pudo hablar para decirle: 60

—Rosita, luego que recibí tu cartita nos hemos apresurado a venir.

—¿Se llama usted Rosita? —preguntó María, dando a sus ojos una fijeza como de aturdimiento. 65

—Rosa Dávila —contestó ésta, dando a su voz una suave inflexión.

Como si hubiese puesto el pie sobre una víbora dormida, así se pintó en la fisonomía de María una extraña mezcla de afectos: de pronto el estupor, después cierta altivez que la hizo erguirse, finalmente el dolor que abatió momentáneamente su frente. Nada de esto percibió Rosita, que inmediatamente había comenzado con Antonia una conversación animada, a la vez que Clara, que seguía con el mayor interés los más ligeros movimientos de María, creyendo que se había ofendido de no encontrar correspondencia en Rosita, y al ver que se separaba ésta con Antonia en dirección de su retrete, propuso a María el ir a ver la calle desde el balcón, deseando ganar su simpatía. 70 75 80

—No es bonita esta calle —le decía—, pero siempre pasa por ella mucha gente.

—A mí me gustan todas —contestó con voz lánguida María—, pero mejor que estar en México deseara...

85 —¿Qué quisiera usted, señorita?

—Volver a mi casita.

—¿Pues dónde está?

—En... lejos de aquí.

90 Fernando le había encargado que no revelase su origen, ni dijese dónde vivía antes, y esta pequeña precaución, a cada paso, estaba a punto de ser olvidada.

—Tal vez está usted triste porque no tiene amigas que la saquen a pasear, que la quieran.

95 —No tengo más que a Antonia, y como siempre está en el cajón, tengo que ocuparme en la lectura, que ya me aburre.

—Pues cuando usted guste venga a esta su casa, iremos a algunos paseos, visitaremos lo más notable de la capital, asistiremos a las funciones religiosas, en que siempre hay excelente música, y las iglesias muy compuestas.

100 —Deseara, en efecto, ver todo eso; pero...

—Cuando usted quiera; precisamente, dentro de pocos días, harán los filarmónicos su función a Santa Cecilia, que es muy rumbosa.

105 —Yo no he de volver aquí...

Esta respuesta, que no puede recibirse generalmente sin tomarla por una falta, hizo sonreír a Clara, que atribuyó el disgusto de María a la mala correspondencia de Rosita, por cuyo motivo contestó:

110 —Yo iré por usted, si no hay inconveniente, y aun irá Rosita...

—¿Rosita? ¿La señorita que está ahora con Antonia?

—Sí, es muy buena y ha de querer a usted mucho, sólo que ahora se halla enferma; no sé que le ha pasado desde esta mañana que fuimos a casa de Antonia, dice

103-104 *Santa Cecilia*: Es la patrona de los músicos y su onomástica es el 22 de noviembre.

que le duele mucho el estómago y por este motivo nos hemos retirado sin despedirnos.

—¡Conque está enferma!

—Sí, desde esta mañana.

—¿Creerá usted una cosa, señorita? 120

—¿Qué cosa, niña?

—Que el mal de Rosita es, según creo, algo contagioso.

—¿Será posible?

—Yo también me siento atacada y quisiera hacer lo que ella hizo, retirarme cuanto antes. 125

—Ha de ser aprehensión, usted está de muy buen color, como una rosa de castilla, y no puede hallarse enferma. Esta mañana, Rosita, antes de estar mala, se puso muy pálida. 130

Después de un rato de silencio, continuó Clara:

—Lo que hay en todo esto es una cosa bien triste para mí y que debería enfermarme si fuese yo más delicada.

—¿Cuál es?

—Que estoy pagando lo que otros hacen. 135

—No comprendo.

—Pues es muy claro, usted ha preferido a Rosita, y tiene razón, pero ella, que quiere más a Antonia, ha hecho enojar a usted, y yo soy quien ha tenido que pagar el pato.

María se sonrió dolorosamente, considerando cuán distante se hallaba Clara de comprender el motivo de su disgusto, y conociendo que en ésta hallaba una verdadera simpatía, le dijo, manifestándose tan afable como lo era naturalmente: 140

—No soy tan mala, Clara, así oí que nombró a usted Antonia al entrar; ¿no es verdad? 145

—Sí, me llamo Clara Nájera, y ¿usted?

—María solamente.

—Pues decía usted...

—Decía o, más bien, voy a decir que estimo la atención de usted sin ofenderme de que Rosita prefiera a An- 150

tonia, pues yo haría lo mismo; además, éste es juego que tiene desquite.

155 María hacía alusión a las melancólicas ideas que le ocurrían en aquel momento, suscitadas por la presencia de su rival, y Clara entendía que se trataba solamente de mostrarse seria cuando Rosita volviese a la sala o de preferir a la misma Clara. Las ideas que vagaban en la mente de María eran dos: volverse sin tardanza a su casita de
160 Cacahuamilpa o entrar en un convento y hacerse monja, porque perseveraba en la resolución de no ser un obstáculo entre Fernando y la señorita Dávila.

—Tengo un deseo —dijo María a Clara—, que tal vez será de fácil realización.

165 —Si en algo puedo contribuir a ello, tendré mucho gusto.

—Quisiera ver una profesión de monja.

—Es cosa fácil, precisamente tiene que profesar una conocida mía dentro de pocos días y ha venido a convidarme para que asista a la ceremonia. Si no hay inconveniente, pasaré por usted a casa de Antonia y la acompañaré, me parece que el próximo jueves, que es día festivo, es el designado para la ceremonia.

170 —Pues le tomo a usted la palabra y le suplico que en esta confianza vea usted una prueba de que no soy indiferente a la simpatía que me ha mostrado...

Mientras Clara y María platicaban, Rosita desahogaba su pena mediante una confidencia sin reserva que hacía a su amiga Antonia.

180 —Me ha llamado usted —le dijo ésta, luego que estuvieron solas.

—Sí, Antonia, antes de abandonarme a la desesperación y de que se rompa mi corazón dentro del pecho, he querido depositar en una amiga como usted, 185 la única que tengo ahora capaz de comprenderme, todo mi sufrimiento, la horrible humillación de que soy víctima.

—Me alarma usted, Rosita, y ciertamente no comprendo...

—Voy a hacerle a usted una rápida relación de mi triste historia, tomando por punto de partida la última temporada que pasé en San Ángel. Deseo que se tome usted la molestia de escucharla porque necesito sus consejos, que fijarán la resolución que estoy a punto de abrazar, y que acaso merecerá la aprobación de usted. 190

Enseguida, la misma joven refirió los varios incidentes que ya conocen nuestros lectores hasta llegar a la desaparición de Fernando en Tenacingo. 195

—¿Qué juzgaría usted, Antonia, de un hombre que después de darle pruebas continuas de un amor acendrado, la dejase a usted sin despedirse, misteriosamente, para aparecer después llevando del brazo a una joven interesante, no lo niego, a la que testificase su cariño del modo más rendido, llamándola en su presencia, “su hada, su ángel bienhechor”? Yo bien sabía que los hombres son volubles por lo general, mas me lisonjeaba, ¡necia de mí!, de que llegaría a encontrar la excepción de esta regla y aún creía que Fernando justificaba al fin la preferencia que instintivamente le he concedido, desde que le conocí, sobre los demás de su sexo. Pero dejemos estas quejas que me avergüenzan, porque me dan claramente a conocer que soy una débil mujer que está a punto de llorar un amor perdido, siendo así que en la resolución que casi he tomado, no debe entrar absolutamente un motivo mundano. 200

—¿Cuál es esa resolución? —preguntó sobresaltada Antonia. 205

—Entrar a un convento.

Antonia enmudeció, porque no se sentía con fuerzas suficientes para dar aliento y esperanza a aquella joven desilusionada, haciéndole creer que Fernando la preferiría, cuando era ella misma un testigo de que el amor del maquinista había cambiado de objeto. Verdad es que no le había preguntado cosa alguna respecto de Rosita y 220

225 que el cariño de Fernando respecto de la otra joven po-
dría tener la muy sencilla explicación de deberle la vida;
pero el silencio en que había entrado después, respecto
de un amor que antes le ocupaba casi constantemente,
era un indicio muy vehemente de que algo nuevo y muy
grave había acontecido, que había variado el curso de
230 sus sentimientos.

Observando Rosita el silencio de su amiga, le dijo:

—¿No es verdad que aprueba usted mi resolución?

—Antes de contestar —dijo Antonia—, necesito indi-
carlo a usted algunas particularidades de mi vida, para
235 pagar al mismo tiempo su confianza. ¿No le ha llamado a
usted la atención al encontrar en casa al señor Hénkel?

—Pensé simplemente que iba de visita a presentarle
a usted esa joven...

—Pues es mi padre.

240 —¿Su padre de usted?

—Sí, mi padre adoptivo, le debo más que el ser, por-
que habiéndonos encontrado al borde del sepulcro, por
efecto de la miseria más horrorosa, a mis hermanitos y
a mí, nos tendió una mano protectora y no podríamos
245 saber decir a usted qué ha sido mayor, si su delicadeza
hacia nosotros o su liberalidad espléndida.

—Oh, ¡sí! —dijo Rosita, dejando escapar un doloroso
suspiro—; reconozco en ese rasgo su corazón.

—Por esto comprenderá usted, Rosita, que siempre
250 que se trate de la persona del señor Hénkel, yo debo ser
muy parcial.

—Lo comprendo y celebro mucho, pues yo deseaba
que él mismo me explicase el motivo de su variación, y
ya que esto no es posible sin que yo me degrade a sus
ojos, ninguna persona puede reemplazarle mejor que su
255 hija adoptiva.

—La explicación, que usted me insinúa, sería para
mí penosísima, si pudiera darla, por tratarse de mi padre
y de una amiga; pero es el caso...

- ¿Qué? 260
- Que no sé nada.
- ¿De veras?
- Con toda verdad.
- Eso es imposible.
- Escuche usted, Rosita: me hallaba hace ocho días llena de la mayor inquietud, acerca de la suerte de mi padre, porque desde su desaparición en Tenancingo, que supe mucho tiempo después que sucediera, ignoraba absolutamente el camino que hubiese seguido, cuando inesperadamente veo que llegan a la puerta de casa, en un coche, un caballero y una señorita seguidos de algunos criados, y reconozco en el primero al señor Hénkel. Corro a abrazarlo, quiero que suba con precipitación para que descanse y me dice: “Despacito, hija mía, porque con la caminata, se ha resentido algo mi pierna; dame la mano y guíame... porque... ¡porque no veo! Mi gusto se cambió en la más desgarradora aflicción...” 265
- ¿Está ciego el señor Hénkel?
- Casi enteramente y apenas hay esperanza de que, variando de clima y de género de vida, recobre algo la vista. 270
- ¿Pero cómo ha sucedido esa desgracia?
- Ahora le referiré a usted lo poco que sé. Como decía, mi gusto se cambió en aflicción, di grandes gritos, lloré enseguida mucho y no procuré reprimirme hasta que pude notar que con mi imprudencia había yo entristecido demasiado a mi padre y que lloraba junto a mí. Conocí entonces que debía consolarle y, al enjugarme las lágrimas después de limpiarle las suyas, fijé mi atención en la señorita que le acompañaba, que se hallaba también muy conmovida y había reunido sus lágrimas a las nuestras. Pasado este primer momento, me dijo mi padre: “Antonia, la niña que tienes delante ha sido mi ángel custodio, sin ella hubiera yo perecido 275
- 280
- 285
- 290
- 295

en el mayor abandono; quiérela, si me quieres.” Desde entonces hago cuanto puedo por consolar a mi padre y por querer a María.

300 —Mucho agradezco a usted, Antonia, la relación que acaba de hacerme, porque ella me asegura en mi resolución.

—¿Cuál resolución?

305 —La de entrar a un convento. Solamente un motivo podría apartarme de ella y sería el estado lastimoso en que se encuentra el señor Hénkel, por estar privado de la vista; sí, sería yo muy feliz si pudiese pasar a su lado mi vida, consolándolo y distrayéndolo de la terrible pena que debe experimentar; él, tan activo, tan laborioso, tan inteligente, debe sufrir infinito y tal consideración me parte el corazón; pero tiene, en primer lugar, a usted, Antonia
310 y, en segundo lugar, a ese ángel de guarda que tan oportunamente se ha encontrado...

—Rosita, puesto que me honra usted llamándome su amiga —interrumpió Antonia, poniéndose muy seria—,
315 debo manifestarle que esta ironía es una prueba evidente de que la resolución que ha tomado usted es violenta y quién sabe si con el tiempo venga a aparecer que también es del todo infundada.

—¿Pero qué camino me queda que seguir?

320 —El de promover una franca explicación.

—¿Yo?

—Sí, usted; porque se trata de su felicidad.

—Nunca, Antonia.

325 Las dos jóvenes guardaron un largo silencio que interrumpió al fin Rosita, diciendo:

—Me resta un favor que pedirle a usted y que no podrá usted negarme porque es tan sagrado como el deseo de un moribundo.

330 —Estoy dispuesta, aunque no tenga un aspecto tan fúnebre la situación en que nos encontramos.

—Desgraciadamente lo tiene; el favor es que me

acompañe usted a pedir de limosna mi dote para entrar de monja.

—¡Persiste en esa idea! —dijo para sí con amargura Antonia. 345

Su amiga que la oyó, contestó.

—Sí, persisto invariablemente.

—¡Usted, tan joven, tan hermosa, tan admirada por cuantos la conocen! Antes de saber si el motivo que tiene es fundado, ¿no teme usted hacer su propia desgracia y seguramente la de otro, aunque no sea más que por el remordimiento? 340

—Los hombres no tienen remordimiento —replicó con desdén—; y en cuanto a nosotras las mujeres, seres débiles y desgraciados para quienes la sociedad hizo todas la penas, demasiado hacemos resignándonos calladamente a nuestra dura suerte para que tengamos necesidad de encargarnos de la felicidad de los otros. 345

—¡Rosita!, ¡Rosita!, no hable usted así porque me destroza el corazón; si es usted amiga mía, como me lo asegura, si en algo estima mi sincera adhesión, deseche usted esa idea, que no es más que la desesperación, con las apariencias de la calma y de la reflexión. Entrar a un convento, cuando hay una pasión ofendida, es cometer un suicidio contra el que la sociedad no se levanta, porque no ve que corra sangre, porque las víctimas sonríen tristemente con la resignación del sacrificio y porque se cree estúpidamente por el vulgo que es el principio de la beatitud, cuando no es más que el oscurecimiento de la inteligencia, la muerte del corazón, la alucinación, el vértigo, la desesperación del suicida. 355 360

—Antonia —contestó Rosita, con una aparente tranquilidad—, me ha prometido usted cumplir mi postrimer deseo, y yo reclamo esta promesa.

—¡No, Rosita, es imposible! Yo que he vuelto a la vida por la poderosa voz de un hombre que me dijo: “en nombre de Dios, sálvate; en nombre de la caridad, leván- 365

tate y anda”; yo que casi he olvidado mis penas y que he entrado gustosa a emplear mi actividad y mi energía en las duras contiendas del comercio, que hago frente a sus crueles rivalidades y a las miserias de los que me cercan, no puedo ver sin confusión, sin horror y sin espanto, que una criatura a quien el Todopoderoso llenó con tantos dones se hunda viva en esos sepulcros que llaman conventos, donde una desgraciada tiene que olvidarse de sí misma, de la humanidad y del prójimo.

—Antonia, yo no sé si tiene usted razón en lo que dice, ni me siento con bastante fuerza para reflexionarlo; pero lo que sí le puedo asegurar a usted es que, desde que di entrada a la idea de ser monja, siento una extraña satisfacción en apegarme a ella más y más. Suponga usted que sea como una especie de suicidio, pues yo tengo que suicidarme, y si no hago esto, no sé lo que haré; tengo que bajar a ese grande sepulcro en que están enterradas muchas mujeres vivas, acusando a la naturaleza de haberles dado un vigor inútil, a la sociedad de haberles dado sentimientos que allí no se satisfacen, rogando, en fin, a Dios que les acorte una vida que Él quiso fuera larga; conozco todo esto; y bien, tengo que hacerlo y lo haré; ¿cómo puedo desviar de mí esta especie de fatalidad?

—Rosita, veo con indecible sentimiento que nada vale mi amistad ante esa desesperante resolución que ha tomado usted; tal vez por conocernos hace poco tiempo, mi voz carece de todo prestigio y mis consejos no son atendidos. Yo no puedo rogarle a usted en nombre de recuerdos de infancia, ni por el lazo sagrado de sufrimientos comunes, porque cada una de nosotras ha girado en muy distinta esfera; pero si nada puedo sacar de lo pasado, para salvar a usted del abismo a que se inclina, y que ya le atrae, le hablaré en nombre del porvenir. A usted le enferma esta vida que lleva, vámonos a mi casa, se divertirá usted unas veces en el cajón trabajando como nosotras, saldrá usted conmigo o sola, para probarse a sí misma que es libre, es-

tará usted con las visitas o sola con algún libro; iremos a una casita de campo que yo he alquilado por San Cosme y cultivará usted allí flores, reunirá usted pájaros, recibirá o no recibirá a las personas que la busquen; volverá usted a reírse de los adoradores, que no tardarán en cercarla, corresponderá usted a quien guste y, si prefiere los arrobamientos místicos, irá usted a los sermones, a las misas de grande orquesta, unas veces oirá usted las robustas voces de los frailes dieguinos o, en el extremo opuesto de la ciudad, visitará a los carmelitas, pidiéndoles sus oraciones, mediante la limosna de algunas misas; y, si la furia de los escrúpulos aprieta, tomará usted ejercicios en Nuestra Señora de los Ángeles o en Belén de las Mochas; en una palabra, hará usted por algún tiempo la prueba de vivir a su gusto, enteramente a su gusto y, si esto no le parece a usted pasable, entonces ya, sin más discusión, derechita al convento. ¿Qué dice usted? 405 410 415 420

—Digo que es usted una amiga adorable; pero...

—¿Acepta usted, no es verdad? Sí, Rosita, manos a la obra; mañana quedará amueblada la casita de San Cosme, y...

En aquel momento entró Clara a decir a las dos amigas: 425

—Han dejado ustedes por tanto tiempo a la otra señorita que ya insta por irse, y tiene razón.

Antonia salió del retrete dirigiendo todavía a Rosita una mirada suplicante, que parecía decirle: “¿Se obstina usted todavía en ser desgraciada?” 430

405 *San Cosme*: “El convento de san Cosme de padres franciscanos recoletos, fue en sus principios hospital para indios forasteros. Lo fundó el ilustrísimo señor don fray Juan de Zumárraga, y en 1584, por falta de rentas, no pudo subsistir. El arzobispo Moya y Contreras concedió el fundo a los franciscanos que moraron allí hasta 1581, en que se establecieron los de la regular observancia, llamados dieguinos. Allí duraron hasta 1667, en que se estableció una casa de recolección de la provincia del Santo Evangelio y se edificó convento e iglesia, que fue dedicada en 1675 bajo la advocación de nuestra señora de la Consolación. El 1855 se separó el edificio para un hospital militar, que se estrenó en febrero de tal año” (DP).

Rosita correspondió aquella mirada con otra, significándole: “Nada puedo contra mi mala suerte.”

Poco tiempo después se despidieron las dos visitantes y Rosita dijo en la escalera a su amiga:

—¿Vendrá usted el próximo día de fiesta?

—Sí.

—Pero temprano, a las nueve de la mañana.

—Estaré sin falta; pero hasta entonces habrá tregua religiosamente guardada.

—Es decir, por tres días; el jueves es día festivo.

—Me conformo aunque sea por tres días —y las dos amigas se abrazaron tiernamente.

Clara, entretanto, decía a María:

—El jueves, a las nueve de la mañana, pasaré a la casa de usted; se habrá peinado y estará usted tan linda como ahora, para que vayamos a curiosear lo que es un monjío.

VII

LA LICENCIA DE ROMA

EN EL CORTO RATO que empleó el coche para volver a la casa, Antonia y María permanecieron en completo silencio, preocupada cada una de ellas con su pensamiento, que en Antonia no era otro que impedir el que Rosa se hiciese monja, y en María el ver de cerca qué cosa era la vida religiosa, para abrazarla, si se sentía con vocación, y en caso contrario, volverse a la casita en que había nacido. 5

A Fernando lo encontraron también muy preocupado porque, mientras las jóvenes hacían su visita, había venido Roldán a decirle: 10

—Señor, esta mañana ha estado en esta casa doña Rosita y ha vuelto enferma; no ha querido comer y se halla muy triste.

—Pero, ¿cómo ha sabido mi llegada?

—No la ha sabido, al menos por mí. 15

—Pues, ¿cómo ha venido?

—A visitar a la señorita Antonia, con quien tiene amistad desde que se compraron en su cajón las donas de mi esposa.

—¡Me habrá visto! 20

—Yo no puedo asegurarlo; pero esto de la enfermedad...

—Yo no he mandado avisarle de mi llegada porque ya ve usted el estado que guardo, enfermo y ciego, no he querido afligirla. Si me ha visto, el mandarle avisar ahora que estoy ya en México puede parecerle mal por varios motivos... Lo mejor sería que usted le avisase hoy que deseaba reponerme para ir a visitarla; pero... no, lo pensaremos despacio... ¿Usted qué cree?

—¿Yo? —contestó—, nada, señor —muy admirado de ver la perplejidad del maquinista—; pero dije para mí: “La señorita se ha enfermado repentinamente estando en la casa de doña Antonia, bueno será que lo sepa el señor don Fernando.”

—Muy bien, ahora dígame usted, Roldán: ¿está ya formada la cuenta de lo que se ha gastado desde que fue usted por primera vez a la casa de Clarita?

—No, señor, solamente tengo unos apuntes de lo que ha pedido doña Rosita.

—Pues encargue usted a uno de los dependientes que forme la cuenta, incluyendo todo gasto desde la época que he dicho, y preséntela usted para que se la paguen en el almacén; que sea en la semana, pues quiero tener liquidadas mis cuentas.

—Poner lo que haya gastado doña Rosita, está muy bien; pero todo, no es justo.

—Hágalo usted así.

—Está muy bien, señor.

—Supongo que nada habrá faltado a la señorita Dávila.

—Nada, señor; y aún ha tenido las cosas de sobra, porque la señorita Antonia cada dos o tres días le enviaba por mi medio, y sin que doña Rosita lo supiese, cuanto podía necesitar.

—Excelente joven es esta Antonia.

—Sí, señor, ¿qué diría usted si la hubiera visto llorar por usted?

—¡Pobre hija mía!, no deja de ser una circunstancia

que puede traer alguna complicación –dijo Fernando en actitud de reflexionar–: el que Antonia tenga amistad, íntima tal vez, con la señorita Dávila. 60

—Ahora está precisamente en la casa con ella.

—¿Dónde? ¿Dice usted que Antonia está en su casa?

—Sí, señor, vi que se paró el coche cerca de la tienda y como al pasar conocí a la niña Antonia; dije para mí: “Es claro que va para allá”. 65

—Sí, es claro, Gregorio, demasiado claro por desgracia. ¡Oh, Dios mío!, ¿qué va a suceder aquí?, ¡con razón Antonia rehusaba llevar a María; pero yo insistí tan neciamente! 70

Apenas había hecho estas exclamaciones cuando entraron las jóvenes a la pieza en que estaba el paciente. Roldán se despidió y quedaron en completo silencio, tanto las personas que acababan de llegar como Fernando.

Al fin, éste rompió el silencio, diciendo: 75

—¿Qué tal fue de visita?

—Bien, papá, sólo que no encontramos a la señorita que íbamos a visitar.

Fernando aspiró una grande cantidad de aire, como si tuviese muy oprimido el pecho, y abrió desmesuradamente los ojos deseando distinguir, aunque inútilmente, las facciones de Antonia; María, a quien su compañera había hecho una seña para que callase, se sonrió tristemente, conociendo la causa por qué Antonia daba aquella respuesta. 80

—Pues vayan a comer –dijo el maquinista–; serán apenas las cuatro, podrán ir después una hora al paseo. ¿Dónde está ahora, Antonia? 85

—En la Viga, papá, ya sabe usted que hasta después del día de la Ascensión, que es el próximo jueves, no pasan los coches al de Bucareli. 90

90 *día de la Ascensión*: La Ascensión del Señor se celebra el jueves de la sexta semana de Pascua.

—¿Y qué han oído decir de los americanos?

—Que mañana empiezan a salir.

—Es lo mismo que me dijo un dependiente que me
195 trajo unas cartas. A propósito, ¿quieres leérmelas?

—Con mucho gusto.

Fernando sacó de su paltó dos cartas, la una más
abultada y la otra mediana, y se las entregó a Antonia,
quien rompió el sobre de esta última, diciendo: “es de don
100 Abundio”.

—¿De don Abundio?, ¿y qué dice?

Antonia leyó:

“Guadalajara, mayo 21 de 1848.

“Señor de todo mi respeto y cariño:

105 “No le había escrito a usted porque esperábamos el
padre don Luis y yo verlo pronto en nuestra compañía;
pero habiéndonos mandado decir un dependiente del al-
macén que aún no venía usted a México, dirijo ésta con
encargo de que se le remita a donde usted se halle, para
110 que sepa que he cumplido sus disposiciones con la ma-
yor felicidad.

“Cuando llegué a esta ciudad estaba ya en libertad
el padre don Luis y plenamente vindicado, tanto que su
acusador, el coronel Montemar, se halla preso y se es-
115 tán activando las diligencias para juzgarlo en consejo
de guerra, por sus atentados y barbarie cometidos en la
Nueva Filadelfia. El padre, sin embargo, se hallaba muy
angustiado antes de mi llegada, porque tenía a su cargo
algunas familias de los que estaban presos, y carecía de
120 recursos para transportarlas a la colonia. Por fortuna, en
la tarde de mi llegada, vino a la casa de correos con ob-
jeto de recibir carta de usted. La diligencia se había de-
tenido en la puerta de la oficina para entregar la valija,
y el padre preguntó al cochero si venía don Fernando

- Hénkel; yo, que oí esta pregunta, salté inmediatamente del carruaje y le dije que venía en nombre de usted. La alegría del sacerdote fue muy grande; ¡juzgue usted la que habría tenido si usted en persona hubiera venido! Me explicó enseguida las desgracias de que había sido víctima y la necesidad de volver pronto a la Nueva Filadelfia, a fin de cuidar lo que había quedado, y repararla en lo posible, para cuyos gastos no contaba con recurso alguno. Yo le contesté que por esto no debía afligirse, que traía libranzas contra las casas más acreditadas de la ciudad, y que usted me había encargado que se procurase poner cuanto antes la colonia en el mismo estado en que se encontraba cuando fue atacada. 125
- “—¡Imposible! —me contestó—, la pérdida pasa de cincuenta mil pesos. 130
- “—Pues cuente usted con ellos. 140
- “—¡Cómo! —replicó muy admirado—, ¿puedo contar con cincuenta mil pesos?
- “—Ciertamente, y supuesto que basta esa suma, le haré a usted otro encargo de parte del señor don Fernando. 135
- “—¿Cuál es? 145
- “—Que se trabaje en la segunda Filadelfia, con la misma actividad que en la primera.
- “—Pues la segunda colonia, hijo mío, aunque cuenta con el auxilio de muchos vecinos que se han inscrito, ni con otra cantidad igual se pondría en corriente. 150
- “—El señor Hénkel —contesté— cree que por dinero no quedará; él llegará dentro de pocos días y, entre tanto, mi inútil persona y los fondos que traigo quedan enteramente a disposición de usted.
- “Dos días después salimos para la Nueva Filadelfia, llevando cuanto se creyó necesario a fin de que continuasen los trabajos, según los informes que ya tenía el padre del estado en que se encontraba. 155
- “Tristísimo era el aspecto que presentaban los edificios centrales en el momento de nuestra llegada, porque 160

en sus paredes ofrecían aún las señales del incendio y la devastación. La maquinaria destrozada y la existencia considerable que había de productos, especialmente en lana hilada y zarapes, habían desaparecido absolutamente, así como el numerario de la caja. En cambio, los campos presentaban el aspecto más lisonjero, porque el trigo se ha dado muy bien, las viñas han crecido mucho, y el maíz, que por fortuna ya estaba sembrado cuando sucedió la catástrofe, reclamaba ya urgentemente la escarda. A la noticia de que había llegado el padre don Luis han venido multitud de familias a abrazarlo, llorando de contento. Ya sabrá usted que muchas de ellas se habían refugiado en la colonia vecina y que de ésta venían a cuidar los animales y las sementeras, no habiendo concluido la escarda que ya habían empezado, porque carecían de instrumentos que en gran número se perdieron y porque también, en la segunda Filadelfia, se ocupaban del mismo beneficio en sus tierras.

“Por fortuna las máquinas que se mandaron hace dos meses para aumentar las de la primera colonia aún no habían pasado de Atoyac y han venido a sustituir las que fueron incendiadas. Muy pronto ha vuelto la primera colonia a tener su antigua animación, de la que apenas tenía yo una idea muy imperfecta por las cartas del padre don Luis, que usted solía enseñarme. Los edificios se han reparado con gran celeridad, es decir, los centrales, porque las habitaciones de los colonos no sufrieron mucho.

“Aunque me perdone usted la vanidad de que me ocupe de mí mismo, tengo la satisfacción de manifestarle que, desde que estoy dedicado a varios trabajos de esta casa, ayudando unas veces a parar una máquina, saliendo al campo, me siento otro, muy feliz y muy sano, porque hasta las terribles jaquecas, que antes padecía, han desaparecido. Sí, señor, creo que he cambiado, porque el padre dice que soy un excelente compañero y que no me

ha de dejar ir. Yo también quisiera me concediese usted el favor de permanecer en esta casa, pues le aseguro a usted que en mis cuarenta y tantos años de edad que llevo, no he tenido semanas tan afortunadas como las que he pasado aquí. 200

“El padre me encarga le comunique a usted que en la próxima semana saldrá para esta capital y sólo espera que yo regrese de esta ciudad a la Nueva Filadelfia para emprender su viaje, pues quiere llegar a México como por el día de la Ascensión. Creo que el principal motivo que lo mueve es el no saber de usted; yo lo veo triste desde que hemos vuelto y no encuentro otra razón para ello, sino el que usted no haya venido. 205

“Concluyo esta carta dejando muchos pormenores sin mencionar, porque de ellos instruirá a usted el padre que, como he dicho, estará en esa ciudad, dentro de diez o doce días; él le dirá a usted lo mucho que hemos adelantado en la segunda colonia y la esperanza que tiene de que, antes de la fuerza de las aguas, estén terminadas las habitaciones de los colonos y una parte de los edificios centrales. 215

“Yo sólo suplico a usted que, si puede reemplazarme en el almacén, sin perjuicio de sus intereses, se sirva mandar liquidar nuestra sociedad, pues deseo inscribirme, con lo que alcance, en la segunda Filadelfia, trayendo a mi familia; si por el contrario, quiere usted que me vuelva, lo verificaré después del regreso del padre, pues ya sabe que siempre cumplirá, con lo que usted me ordene, su humilde servidor: 220 225

“Abundio Torres.”

Cuando concluyó la lectura de esta carta, Fernando preguntó: ¿no hay otra?

—Sí, la más grande —contestó Antonia—, y rompió el sobre que contenía un paquete y una esquila; ésta decía: 230

“Señor don Fernando Hénkel.

“Muy apreciable amigo:

235 “Remito a usted el rescripto pontificio y el pase que he recogido del ministro de justicia, en los que se concede a su recomendado, el presbítero don Luis N., licencia para que pueda casarse. Cuando nos veamos hablaré a usted de la inversión del dinero que puso a disposición de

“Su amigo & c.”

240 —¿Viene abierto el rescripto? —preguntó Fernando.
—Sí —contestó Antonia, extendiéndolo—. Es un pergamino; ¡pero qué blanco y que suave!, parece papel; tiene un plomito como las mantas, aunque éste pende de un cordón de seda de varios colores.

245 —¿Y qué dice, Antonia?
—Dice al principio: *Sanc-tí-sime Pa-ter*; y todo está en...

250 —En latín, hija; lo que está al principio, seguramente son las preces que hace el interesado y abajo de ellas estará la concesión... Guarda con mucho cuidado ese pergamino, porque contiene la felicidad de nuestro amado padre don Luis quien, según escribe don Abundio, estará con nosotros en la entrante semana. ¡Qué gusto va a tener!

255 Antes de que vayamos al teatro esta noche, será bueno contestarle a don Abundio, diciéndole que he quedado muy satisfecho de su eficacia y que voy a mandar hacer un balance para liquidar su cuenta, pues apruebo su determinación de quedarse en la Nueva Filadelfia, en la que estaremos nosotros muy pronto. Dile que estoy algo
260 malo y que por eso le escribes a mi nombre.

Las dos jóvenes entraron al comedor, sin que María hubiese pronunciado una palabra, tanta era su preocu-

pación; Antonia, para estar expedita, mientras ponían la comida, fue a escribir rápidamente la carta que le había encargado su padre, vino a leérsela antes de cerrarla y después de haber recibido entusiastas elogios, por la prontitud con que había cumplido el encargo que acababa de hacerle, se puso a comer en unión de María y de los niños.

VIII

UNA RESURRECCIÓN

DESPUÉS QUE ANTONIA SE despidió de Rosita, ésta había puéstose a reflexionar si acaso su amiga tenía razón en oponerse al proyecto que había formado de hacerse monja, temiendo que su propia resolución fuese el efecto del despecho, más bien que de una verdadera vocación. 5

Clara vino a interrumpirla en sus meditaciones para suplicarle tomase algún alimento, del que Rosita se había olvidado, y encontrándola muy abatida, no tuvo ánimo de hacerle, como se había propuesto, alguna insinuación acerca de la manera poco afectuosa con que había recibido a María. Le preguntó si quería salir a pasear después de comer, y no obteniendo respuesta favorable, iba a retirarse cuando entró Roldán a avisarles que en la sala aguardaba un antiguo conocido. 10 15

Roldán mostraba en su semblante verdadera satisfacción al hacer aquel anuncio, por lo que Clara le preguntó:
—¿Quién es, que te muestras tan complacido?
—¡Cáspita!, aunque yo no haya querido mucho, que digamos, a don Justo Amable... 20
—¡Don Justo Amable! —exclamaron a una voz las dos jóvenes.

—El mismo, que parece se ha escapado del sepulcro para traerme firmadas las condiciones del arrendamiento de esta casa que, según recordarán ustedes, no había podido conseguir que las firmara el otro mayordomo.

Después de decir esto, don Fausto se retiró a acompañar a Amable.

—¿Vamos a saludarle, Rosita? —preguntó Clara.

—Yo no tengo gana para nada, recíbelo tú, que eres la señora de la casa...

Era la primera ocasión que Rosita marcaba esta distinción, así es que Clara le extrañó, diciéndole:

—Me parece que tanto lo eres tú como yo.

—Puede que no; pero dejemos eso, ya sabes que no me es grata la presencia de ese hombre a “quien ya creía muerto”.

Dijo Rosita estas palabras “a quien ya creía muerto”, con tal gesto y con tal entonación de voz, que equivalían a estas otras: “Creía yo una fortuna el que hubiese muerto.”

—¿Pero qué tienes, Rosita? Tú, tan buena, tan resignada como habías llegado a estar con “nuestra suerte”, ahora te veo tan profundamente disgustada.

—Sigo tan resignada como siempre y creo que mucho más; espero que pronto te convencerás de ello...

—¿Pues qué intentas?

—Después del día de la Ascensión lo sabrás.

—¿Pero por qué me lo ocultas?, eso no debe ser bueno, supuesto que empiezas por hacerte agria con tu familia; no creo que tu intención sea separarte de nosotros, bien sabes que esto no lo hemos de consentir.

Rosita no había tomado absolutamente en cuenta el afecto de Clara y el de sus padres, así es que se sintió confundida ante aquel olvidado cariño que defendía sus derechos. No tenía verdaderamente qué responder; pero por fortuna volvió Roldán a instar porque saliesen a recibir a don Justo Amable, y Rosita, vencida por Clara, creyó deber darle una prueba de deferencia saliendo

a acompañarla. Además, le había hecho impresión que su amiga le hubiese dicho que se mostraba agria con la familia y creyó que debía enmendarse comenzando por recibir bien aquella visita. 60

Don Justo, que esperaba encontrar en su amada el gesto despreciativo con que siempre había sido acogido, se sorprendió muy agradablemente al ver que Rosita, imitando a Clara, le daba la mano y lo felicitaba por su alivio. 65

Don Justo se sintió muy animado, refirió sus padecimientos y la buena suerte que había tenido de que encontrase en Tianguistengo un facultativo que se dedicó empeñosamente a su curación, la que había sido lograda en poco más de cuatro semanas. Dijo después que su primer pensamiento había sido venir a ver a sus compañeros de viaje, para informarse si habían llegado bien y para pedir la gracia de conservar el pañuelo que Rosita le había hecho el favor de ponerle sobre su más peligrosa herida, que era la del cuello, a cuyo cuidado debía indudablemente la vida. 70 75

Rosita, que no se acordaba ya del pañuelo, creyó que el pedirlo era peor que concederlo a don Justo, y contestó sencillamente: 80

—Señor don Justo, no tenía intención de recobrar mi pañuelo, y tanto menos cuando creíamos que usted desgraciadamente había fallecido.

—A usted, señorita, le debo el existir; y aunque jamás podré olvidar su generosa acción, deseara tener un objeto que me la recuerde constantemente y por eso pedía respetuosamente el permiso de conservar el pañuelo de usted. 85

—Puede usted conservarlo —contestó Rosita, cubriéndosele el rostro de carmín, y palideciendo como cera el de don Justo. 90

—Tengo aún otra súplica que hacer, acerca de la cual esperaré pacientemente la respuesta ahora, mañana, dentro de un mes o dentro de un año...

95 Todos los que escuchaban suspendieron hasta la res-
piración para no perder palabra de lo que don Justo em-
pezaba a decir con mucha solemnidad. Él mismo se inte-
rumpió, como para darse tiempo de leer en los ojos de
100 la huérfana la impresión que hacía, continuando después
de este modo:

—Cuando es un capricho juvenil o una impresión
violenta, pero pasajera, la que impulsa a un hombre a
rendir sus homenajes a una señorita, suele la pasión ex-
traviarle, por su misma violencia, a cometer actos indis-
105 culpables, y si por ellos se le juzgase, seguro es que se
le calificaría muy desfavorablemente. Pero este mismo
hombre, reflexionando mejor, apreciando debidamente a
las personas con quienes ha tratado, puede rehabilitarse,
si se le da tiempo para mostrar que no ha sido sino mo-
110 mentáneamente inconsiderado y torpe, por haber ofen-
dido tal vez, deseando ardientemente agradar...

Fausto, al oír esta peroración, se rascó desesperada-
mente la cabeza, pues malició el objeto final a que se en-
caminaba, por las miradas inflamadas que don Justo le
115 dirigía a Rosita, dijo que iba a la tienda y se retiró, por-
que no sabía la conducta que debía guardar, hasta no dar
parte a Fernando de las pretensiones del mayordomo;
éste inclinó ligeramente la cabeza ante el comerciante y,
tomando por aprobación de su amada lo que era una fría
120 atención debida a Clara, añadió:

—Vengo hoy, Rosita, a protestarle a usted, que ni sus
desprecios pasados, que confieso eran justos, ni su des-
amor actual, pues aún en este caso me pongo, podrán
jamás quitarme de lo íntimo de mi alma la dicha que
125 experimento al pensar que le debo a usted la vida. Este
sentimiento, cuya elevación confieso que llena toda mi
vanidad, no debe ser estéril; y, por tanto, he deseado
ponerlo a los pies de usted para que haga con él lo que
guste. ¿Quiere usted que, bajo tan respetables y sagrados
130 auspicios, le ofrezca mi mano de esposo?

Rosita hizo un gesto de repugnancia, no obstante la benevolencia con que se había propuesto tratar a don Justo. Clara, que supo entonces hasta dónde llegaban las pretensiones de éste, creyó muy conveniente dejar a la huérfana en absoluta libertad y se retiró. Don Justo dijo
enseguida: 135

—Conozco que es demasiado pronto el aspirar a tanta felicidad; pero la repulsa que leo en los ojos de usted, Rosita, me proporciona la oportunidad de probar la sinceridad de mis ofrecimientos. Seré lo que usted quiera que sea y soportaré gustoso toda clase de sacrificios que quiera usted imponerme, con tal que se dirijan a recobrar por mi parte el aprecio perdido; vendré a verla a usted, si quiere usted que venga; me privaré de esta dulce satisfacción si así lo quiere usted; pero en todo caso, ausente o presente, me permitirá usted un favor a que creo tener algún derecho. 140 145

Rosita se quedó como estatua; realmente aparecía a sus ojos don Justo bajo un aspecto nuevo y temía comprometerse preguntándole cuál era aquel favor que se fundaba nada menos que en un derecho. 150

—Tiene usted sobrada razón, señorita, para ver con desconfianza cuanto de mí proceda; yo mismo me acuso, pero es para conseguir el perdón. Era yo duro de corazón, pero ahora soy sensible; era yo avaro, y deseo ser liberal; era yo mal inclinado, y ansío por probar, a cuantas personas me han conocido, que aún no están extinguidos en mí los gérmenes de la virtud y que puedo ser bueno; pero no debo ocultar a usted que todos los esfuerzos necesarios para esta reparación tienen a usted por objeto y término. 155 160

—Debiera usted dirigirlos a Dios —dijo Rosita— que es el único que premia sin tasa los esfuerzos de la virtud.

Don Justo vio a Rosita con grande atención, procurando investigar si en aquella respuesta entraba alguna parte de ironía; pero la vio tranquila. 165

—Ya que habla usted así, le manifestaré sin rodeos un pensamiento que me asalta frecuentemente y que a pesar mío forma el fondo de mis creencias religiosas, al menos desde mi último viaje. Pienso que Dios cuida sólo de las especies, y eso por medio de las reglas generales impuestas a todos los seres desde la creación, y que no tiene la menor solicitud por los individuos. Así, una mariposita que se precipita en la flama, un pájaro que cae en la red, son tan perfectamente indiferentes a la divinidad, como una mujer, verbi gracia, cuando se hace monja.

—¡Cómo! ¿Usted, mayordomo de monjas, dice eso?

—Precisamente, supuesto que por serlo he tenido ocasión de observar lo que pasa entre las desgraciadas profesas; ahora no será usted quien extrañe mi franqueza, porque me obligaría usted a maldecir el instante en que me resolví a ser bueno.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero ha pensado usted bien lo que me ha dicho? Si no cree usted en una Providencia particular, en un cuidado especial de la Divinidad, respecto de cada criatura racional, por lo menos, ¿por qué quiere usted ser virtuoso?

—Eso es muy diferente; desde que hicimos juntos el viaje de Toluca, estoy convencido de que los buenos tienen alguna dicha que esperar, y los malos algún castigo; así es que presentándoseme una ocasión de asirme a un lazo de salvación, no lo soltaré sino como los naufragos, con la vida.

—¿Y cuál es ese lazo tan bien hecho?

—Usted, Rosita.

La joven volvió a cubrirse de rubor y ambos quedaron en silencio, que a pocos momentos rompió don Justo.

—Le pedía yo a usted antes un favor que no he llegado a expresar y en el que insistiré, porque me importa mucho. Usted es una joven acostumbrada a grandes comodidades y está, al mismo tiempo, privada de los recursos necesarios para proporcionárselas. Muy grande satis-

facción sería para mí que usted quisiese disfrutarlas a mi lado, pero como no merezco tanta dicha, suplico a usted me permita facilitárselas aunque, para que usted acepte, sea necesario que me imponga la pena de no verla. 205

—Verdaderamente, señor don Justo, está usted muy cambiado y, aunque yo no acepto, porque no debo aceptar ninguno de sus ofrecimientos, celebro mucho ese cambio y aun deseara saber qué es lo que lo ha ocasionado; pero acaso será demasiado exigir... 210

—Es cosa muy sencilla, en los días de mi convalecencia he recordado, con espanto, mi vida y he conocido que debía cambiarla, esto es todo.

—¿Y aún así cree usted que la Providencia no vela sobre cada uno de los hombres? 215

—Desde entonces se halla más arraigada en mí la creencia contraria, pues no me figuro que es efecto del cuidado de la Divinidad el percance que me tocó en el último viaje, que tuve el honor de hacer en compañía de usted, aunque en parte. 220

—Algún modo había de emplear Dios para mover a usted tan fuertemente como lo necesitaba.

—Hay otros muchos que no hubieran sido ni tan crueles ni tan peligrosos; y sobre todo, si Dios tuvo tal objeto, ¿cuál fue el que se propuso respecto del yanqui que nos acompañaba? 225

—Castigarlo, aunque no sepa yo de qué.

—Podrá ser, podrá no ser —contestó don Justo después de reflexionar un momento—; porque yo veo todos los días hombres sumamente perversos que han gozado toda clase de comodidades y que mueren tranquilamente, mientras que algunos hombres pacíficos y buenos mueren de un modo lamentable. Creer que Dios envía la muerte por castigo, me figuro que es un grande error, supuesto que todos hemos de morir, y que entonces la misericordia divina se mostraría dándonos larga, larguísima vida, como la que gozó Matusalém. Esta doctri- 235

na tropieza con un gran número de absurdos... Ahora permítame usted que le pregunte, supuesto que ya le he
 240 dado un ejemplo de franqueza, ¿por qué asegura que no debe aceptar ninguno de mis ofrecimientos?

—Porque...

—La verdad, Rosita.

245 —Porque voy a ser monja.

—¿Puede darse una prueba más flagrante de que Dios no cuida con especialidad de ninguna criatura? ¿Usted monja, Rosita?

—Sí, y no lo diga usted delante de Clara, que ya
 250 viene.

Efectivamente, Clara llegó trayendo en una charola unos platos con viandas, y dijo:

—El señor Amable es de confianza y dispensará que en su presencia tomes alguna cosa, pues han pasado mu-
 255 chas horas sin que hayas comido.

Don Justo se apresuró a acercar, donde estaba Rosita, una pequeña mesa sobre la cual se puso la charola, y tuvo el discernimiento de no volver a hablar acerca de su amor, y de tratar algunas frívolas materias en que pudo lucir una que otra chistosa ocurrencia distribuida con oportunidad, de manera que podía asegurarse que, al despedirse de las jóvenes, dejaba casi borradas las impresiones de su mala conducta, un poco por su habilidad y mucho por esa bondad que siempre atesora el corazón de los mexicanos, dispuesto a olvidar y perdonar el agravio inferido.
 260
 265

Rosita, sin hacer partícipe de sus proyectos a Clara, se encerró en su retrete para reflexionar sobre su situación y tomar una resolución definitiva.

¿QUE SOY YO EN esta casa? Se preguntaba Rosita con amargura, reclinándose sobre un mullido sofá que tenía en su retrete; una huérfana, a quien tratan con alguna consideración en virtud del recuerdo, que va apagándose cada día, de que en otro tiempo fui afortunada y que desaparecerá del todo cuando Clara tenga conmigo algún disgusto o que éste se ofrezca cuando tenga chiquillos, cuyo cuidado me encargarán, pues esto sucede siempre con las pobres huérfanas como yo. ¡Ah!, un convento, aunque sea, como dice Antonia, un sepulcro grande, libra a uno de todas esas contingencias. 5

Verdad es que Antonia me ha hecho los más generosos ofrecimientos; ¿pero quién me garantiza su duración? Además, me ofrece toda clase de comodidades la hija adoptiva de ese señor Hénkel, a quien no quiero deber cosa alguna. Sí, el convento es mejor, porque libra a uno de muchas dependencias y necesidades; tiene, es verdad, sus inconvenientes, ¿pero qué cosa hay que no los tenga?, todo estará en acostumbrarse. 10

Podría yo aceptar sin deshonra las propuestas de don Justo Amable; pero no le tengo ni puedo tenerle cariño. Para ser su esposa, necesitaría yo engañarle y cosa rara 20

sería, ciertamente, que mientras él se sintiese regenerado por el amor, yo tuviese que degradarme, fingiendo que le correspondía: ¡Oh!, ¡de todos los sacrificios posibles, éste sería verdaderamente infernal! Muchas desgracias jóvenes como yo lo harían sin vacilar, y vemos que lo hacen diariamente; pero no, aún no me ha gustado la miseria; ¡mejor es el convento!

30 Fuera de esto, la idea fija que tengo de que don Justo fue el instrumento principal de la ruina de mi padre reaparecería constantemente dominando todos mis sentimientos y envenenando para siempre mi triste vida. No, jamás perteneceré a ese hombre...

35 Me sobrecoge, no obstante, una idea aterradora: ¿Recibiré Dios con agrado la consagración que yo intento hacerle de todo mi ser cuando él sabe que antes, y no hace mucho tiempo por desgracia, me había entregado a las gratas ilusiones de una poderosa pasión? ¿Será suficiente disculpa que esta pasión era inocente y casta y, hasta puedo decir, legítima? Mas, ¿qué será de mí, si al cabo de algún tiempo reconozco que lo que ahora llamo vocación no es más que el efecto del orgullo mal encubierto y de despecho?

45 Pero no, por algún camino había de llamarme y atraerme la divinidad a su inmediato servicio. Desengañarme de que los hombres son todos falsos y perversos era ciertamente una necesidad previa, para que cuando me venga su recuerdo en el claustro santo, los pueda aborrecer a todos, ¡sí!, ¡a todos!

55 Privarme de los bienes de fortuna era también una necesidad, para que no me apegase a esos placeres fugitivos que sólo sirven para hacernos amarga la vida cuando nos abandonan. ¡Y que no hubiera yo advertido cuán claramente me llamaba Dios a la vida religiosa! Todo tiene su hora, y la vocación, aunque no muy pronto, al fin ha venido ya. ¿Qué me importará en lo sucesivo el ruido de este mundo tan exigente cuando

tanto conozco su vanidad y sus miserias, estando al abrigo del mismo Dios, gozando la paz de los escogidos? ¡Ah!, ¡cuán equivocados estamos todos al juzgar de esos asilos respetables en que acaban la orfandad, la pobreza y el triste abandono de nuestros deudos! Ciertamente, que si, como luego dicen, han de cerrarse dentro de poco tiempo esos santuarios, primero debieran los hombres establecer lugares de perfección, en que el ser huérfana no sea un motivo de abuso, y el ser pobre motivo de constante humillación; pero esto no lo han de hacer nunca, porque la tierra parece pequeña para sus maldades.

Estoy resuelta, entraré al convento y pediré a Dios que me perdone el sacrilegio de que le lleve un corazón que antes ha pertenecido a un hombre... ¡Pero qué es esto!, ¿por qué me aflijo?, ¿por qué saltan involuntariamente las lágrimas de mis ojos?, ¿no he llorado ya bastante?, ¿por qué ahora que busco un asilo que me asegure la paz me siento débil? ¡Qué incomprensible es el corazón de una mujer, aun para su dueña! Pero no hay que vacilar, mi resolución está tomada; y aunque fuese necesario caminar sobre navajas, yo iría a tocar las puertas del claustro... ¿Querrán recibirme? Yo no tengo dote; pero lo pediré de limosna; en México no hay quien dé lo necesario para una semana a una madre de familia para que alimente a sus hijos huérfanos; pero cuando se trata de enterrar viva a una pobre joven, las grandes señoras y las santurronas abren sus cofres...

¿Pero qué espíritu de rebelión es éste?, ¿por qué brotan de mi boca palabras tan amargas? Ánimo, cumplamos nuestra vocación...

¡Qué fortuna!, tengo un medio de ser admitida en cualquier convento. ¡Oh, qué felicidad!

La joven, loca de alegría, comenzó a dar saltos en la sala, exclamando: ¡qué gusto!, ¡qué gusto!, ¡ahora sí puedo entrar al convento!

95 Algo más calmada, se decía a sí misma: “¡Que no me acordara yo de que sé cantar y tocar, al menos lo suficiente para chapurrar algunas misas! Verdad es que no sé latín; pero ninguna monja lo sabe, y estaremos iguales... Aprovechemos este momento de entusiasmo para
100 hacer algunas despedidas, empezando por la del señor Hénkel; así, en tono ligero, no vaya a creer que él es la causa de mis determinaciones.

 ¡Manos a la obra! Es necesario comprometerme para que ya no pueda volverme atrás; no hay que esperar tam-
105 poco el plazo de tres días convenido con Antonia. De los lazos que me tiende el demonio, ninguno es tan peligroso como los ofrecimientos de esta joven, que podrían hacerme flaquear; tiene también una elocuencia de Satanás y siento todavía en los oídos las quemadoras
110 palabras que esta tarde me ha dirigido. Rompamos con ella bruscamente y sea éste el primer sacrificio con que se asegure mi vocación.

 Y la joven se puso a escribir sobre su costurero, con mano firme y a la vez ligera, una carta que, después de
115 concluida, leyó varias veces y en cuya cubierta escribió:

“Al señor don Fernando Hénkel. —Reservada.”

 En aquel coloquio que apenas hemos podido apuntar, habían pasado muchas horas; la joven se sentía muy agitada por las emociones de aquel día, la temperatura
120 de su retrete se había elevado mucho, y para refrescarse abrió la vidriera de la ventana asomándose enseguida por ella. Vio el escaso alumbrado de la calle que hacía contraste con la claridad de las innumeradas estrellas que pueblan nuestro cielo y oyó a poco una campanilla
125 sonora, pero triste, que anunciaba con sus ecos que las Capuchinas oraban. Suspiró la joven de un modo desgarrador y sintió luego que se le rodaban las lágrimas, porque recordó las últimas noches en que había velado a

su padre. Triste privilegio de los pasados días –dijo limpiándose sus lágrimas–; sentirlos si fueron alegres, llorarlos si fueron infaustos. –Fijando enseguida sus ojos en la altura donde se distinguía la Vía Láctea, y enclavadas las manos, exclamó–: ¡Oh, padre mío, si miras desde el cielo el dolor de tu hija, dignate conseguir del Todopoderoso que me mande el consuelo!

En aquel momento sonaron en muchas alturas los relojes, Rosita no pudo contar la hora que daban, pero oyó que los guardas nocturnos a poco gritaban de un modo lúgubre y prolongado: “¡Las doce y sereno!”

Cerró la huérfana la ventana y entró a su alcobita poniendo, para desvestirse, la carta, que había escrito, debajo de su almohada. Se metió en la cama y oró y, antes de entregarse al sueño que la invadía, buscóla para asegurarse de que estaba donde la había puesto.

Después de varios sueños muy agitados, que lejos de calmar aumentaron su excitación febril, se levantó muy temprano y estuvo con el oído atento para salir a la primera misa que dijese en el convento de San Jerónimo. Llamaron efectivamente poco antes de las seis, y salió a oír-la, entrando desde luego a la iglesia. Concluida que fue la misa, hizo seña al sacristán para que se acercarse y le preguntó por el padre capellán de las monjas. Precisamente era el que acababa de celebrar la misa, y el sacristán se encargó de llamarlo. Salió a la iglesia y, no sabiendo quién quería hablarle de dos o tres personas que habían quedado en ella, se sentó en un confesionario. Rosita, creyendo que

148 *San Jerónimo*: “San Jerónimo, Convento de. La idea de esta fundación fue de don Diego de Guzmán y su esposa doña Isabel de Barrios. Se pidió licencia al arzobispo que accedió en que no habiendo monjas de esta orden que se pensaba establecer, la fundación sería por medio de cuatro monjas concepcionistas. No se sabe a ciencia cierta quien concedió la bula ni la cédula aprobatoria, pero probablemente fueron Sixto V y Felipe II, ya que la fundación se hizo en su tiempo. A este convento se retiró Sor Juana Inés de la Cruz. Con el abandono de las monjas por las Leyes de Reforma, la iglesia de San Jerónimo fue una de las que más sufrieron destrucción y los coros fueron arrasados” (DP).

había sido llamado por alguna otra persona que deseara confesarse, no se le acercó sino hasta que el padre, cansado de esperar, comenzó a sacar la cabeza con impaciencia.

160 La huérfana se acercó entonces a la rejita.

—¿Me ha llamado usted? —le preguntó el sacerdote.

—Sí, padre, deseo que me haga usted un favor.

—Me tiene usted a sus órdenes.

—Quiero ser monja.

165 —No hay cosa más fácil.

—No tengo dote.

—Lo conseguiremos, Dios mediante.

—He oído decir que en los conventos admiten a una sin necesidad de dote, cuando sabe tocar o cantar.

170 —¿Usted sabe cantar?

—He tocado y cantando medianamente, y con el ejercicio y la aplicación...

—La desgracia es que no hay plaza vacante en este convento.

175 —La habrá tal vez en otro; si usted me hiciese favor de indagar.

—Lo haré con gusto, ¿cómo se llama usted?

—Rosa Dávila.

—¿Y por qué quiere usted hacerse monja?

180 La joven ensayó el dar varias respuestas, pero no dio ninguna. Entonces el sacerdote dijo:

—Dios escoge para sus esposas a las que bondadosamente quiere designar; la vocación es en estos casos la única y verdadera razón. Creo, por tanto, que usted habrá sido impulsada de una santa vocación.

185 Rosita permaneció en silencio.

—¿Tiene usted padre? —le preguntó con amabilidad el sacerdote.

190 —No —respondió Rosita dando un suspiro—, ni madre.

De cien religiosas, una habrá que tenga padre, pensó para sí el sacerdote.

—Pues, hija mía, ya comprenderá usted que para ser admitida como cantora u organista será indispensable dar alguna muestra de que puede desempeñar esos oficios; yo bien deseara evitarle a usted la mortificación del examen...

—Mil gracias, padre, por tan generosa delicadeza.

—Pero desgraciadamente son algo exigentes sobre este particular en todos los conventos, y hacen venir un maestro de música para que haga el examen delante de las personas más caracterizadas de la comunidad.

—Yo he dejado de tocar y cantar hace algunos meses —dijo con visible mortificación la pretendiente— y como no me he ejercitado en cosas de Iglesia... El piano lo he tocado poco, lo que conozco mejor es la cítara.

La pena que sentía la joven se comunicó al sacerdote, quien desde las primeras palabras algo sonoras de la joven había creído reconocer que ésta debería tener buena voz.

—Yo entiendo algo de música —dijo el capellán—, toco el violín y alguna vez ha bastado mi calificación para que se admita alguna niña; pero como ahora no hay plaza vacante, sólo que usted tuviese una voz algo notable todas las dificultades se allanarían.

—En cuanto a voz, tengo alguna...

—¿Y buen oído?

—No falta.

—Pues voy a hablarle a la reverenda madre priora, a fin de que baje con la vicaria de coro y se disponga un piano en la reja de la contaduría para las once y media en que volverá usted. Yo estaré allí con mi violín para apuntarle la entonación en cualquier pasaje difícil, porque presentarán algunos papeles de música, que aunque fáciles serán para usted absolutamente desconocidos. Nada de encogimientos; cantará usted a toda voz, segura de que mi violín está allí para que no falseen las notas.

—Muchísimas gracias. Si no fuera importunidad,
230 suplicaría a usted que también se dispusiese la cítara;
como en el piano ejecuto tan poco...

—Ya eso parece más difícil, la cítara es poco usada;
pero indicaré que la bajen, si acaso la tiene alguna mon-
ja. ¿Usted la tiene?

235 La huérfana suspiró involuntariamente, advirtiendo
que nada suyo tenía en el mundo y contestó negativa-
mente. El capellán añadió:

—Otra recomendación tengo que hacerle a usted: A
todas las monjas les besaré usted la mano luego que en-
240 tre, tendrá usted los ojos bajos y un continente humilde,
y a la priora no cesará usted de decirle reverencia.

—Está muy bien. ¿A qué hora debo venir?

—Como a las once y media.

245 El padre tenía gran curiosidad de ver la cara de la
pretendiente; pero no pudo lograrlo, porque ella se ha-
bía cubierto casi enteramente, de manera que no se le
podía distinguir, al través de la rejita del confesionario,
más que los ojos.

250 Luego que volvió a la casa de Clara, Rosita llamó a
la criada, que tenía en su especial servicio, y le encargó
llevase la carta que había escrito para el señor Hénkel,
explicándole que no la diese a otra persona, aunque tu-
viese que esperar, y que no dijese de parte de quién iba,
volviéndose sin esperar respuesta.

255 La criada cumplió puntualmente con lo que se le
previno y volvió dos horas después, diciendo que había
entregado al mismo señor Hénkel la carta; que cuando
éste le preguntó de quién era, había dicho que de una se-
ñora, y que no había esperado respuesta. Rosita empezó
260 a creer entonces que hubiera sido mejor esperarla; pero
ya no había remedio. Se dedicó por tanto a ensayar su
voz, porque se acercaba la hora de la prueba, y en hacer
memoria de alguna pieza a propósito que pudiese eje-
cutar en el piano. En cuanto a la cítara, si por fortuna

se encontraba, estaba segura de no necesitar ensayo. Se fijó, en fin, en la preciosa obertura de “La Primavera”, de nuestro malogrado Beristáin, y luego que dieron las once se fue para la iglesia de San Gerónimo, engañando a Clara respecto del motivo de su salida, pues tuvo que rehusar su compañía. 265 270

A poco de estar en la iglesia, llegó el padre capellán y fueron a la reja que llaman de la contaduría, donde no tardaron en aparecer varias monjas, todas ya muy entradas en años. Aquella especie de fantasmas, uniformemente cubiertos de hábitos blancos, escapulario y manto negros, que llevaban en el pecho un escudo en que estaba pintado el gran anacoreta san Gerónimo, infundieron en la joven una especie de terror que se disipó luego con la benévola acogida que le hicieron las monjas, excepto una, que en aquel mes se había olvidado de pedir licencia a la priora para saludar a las personas extrañas y que por tal causa se quedó como un palo cuando la pretendiente quiso tomarle la mano para besarla. Cerca del piano, esperaba ya la vicaria de coro haciendo un gesto agrio, de muy mal agüero para la huérfana. Ésta volvió la cara hacia el capellán, como para preguntarle lo que debía hacer, a cuyo signo mudo respondió indicándole con la mano se sentase al piano, mientras que el mismo padre templaba su violín para acompañarla. 275 280 285

—¿Trae usted papeles? —preguntó la vicaria de coro. 290

267 *Beristáin*: Joaquín Beristáin (1817–1839). “Músico violonchelista. Nació en la ciudad de México. A los 17 años, en 1834 ya era el primer violonchelista de la orquesta del Teatro Principal y de la Colegiata de Guadalupe. A él se le confiaban la dirección de las óperas. Compuso la obertura *La primavera* que aún hoy ejecutan las bandas militares de México, una *Misa* que el maestro italiano Rossi calificó de obra maestra, y la instrumentación de la partitura de la ópera *Sonámbula*, de Bellini. En 1838 fundó con Agustín Caballero la célebre Academia de Música” (DP).

284 *vicaria*: “*La vicaria* o segunda prelada cuidaba de las ceremonias que se practicaban en el coro, del rezo del oficio divino durante el día y de maitines en la noche, y del buen orden en todas las oficinas del convento” (*LIRE*, p. 19).

—No señora –contestó inmediatamente la pretendiente.

—Será lírica –dijo a media voz, aunque bien perceptible, la vicaria, dirigiéndose a las otras monjas.

295 Rosita sintió que se le subía la sangre a la cabeza y que se le nublaba la vista. Algo repuesta la dijo el capellán:

—¿Qué va usted a tocar?

—La obertura de la “Primavera”.

—Podemos empezar, pues algo la conozco.

300 La joven comenzó la pieza temblando; y fuese que desconoció la pulsación del piano o que el tiempo que había dejado de tocar la había entorpecido, casi no podía continuarla; pero el capellán, que también se acongojaba como si fuera su examen, le marcaba el tiempo, ejecutando con energía y limpieza los pasos de alguna dificultad, de manera que parecía una pieza concertada la que estaban desempeñando.

305 Algo satisfechas las monjas, exceptuando por supuesto la vicaria de coro, le dijo la madre priora a la huérfana:

—Vamos, hija, otra piecésita, como esa que acabas de tocar, tan rumbosa y tan expresiva.

Rosita tocó enseguida la “Muda de Pórtici”, con más fuerza y claridad que la anterior obertura, logrando

309 *priora*: Priora o superiora. “*La abadesa o superiora* cuidaba de todo lo relativo al buen orden y disciplina del monasterio, y del cumplimiento de las obligaciones que incumbía a la comunidad, en general, y a cada religiosa en particular, contando entre sus atribuciones la de convocar a sus hermanas a Capítulo una vez a la semana por lo menos” (*LIRE*, p. 18).

313 *La Muda de Pórtici*: “Daniel-François-Esprit Auber (1782–1871) es uno de esos compositores que en su tiempo alcanzaron máxima fama en el campo de la ópera, pero que en la actualidad, como también sucede con Franz von Suppé y con Jacques Offenbach, son mayormente recordados sólo a través de las oberturas de sus obras escénicas. En el caso particular de Auber, su música más conocida y divulgada hoy en día está conformada por un puñado de oberturas, donde destacan las de *Fra Diábol*, *La muda de Portici*, *Los diamantes de la corona*, *Dominó Negro* y *El caballo de bronce*” (*LAO*).

que las madres la tuviesen en concepto de que era una³¹⁵
 mediana profesora:

Enseguida la vicaria de coro, añadiendo a su gesto
 agrio algo desdenoso, le preguntó a Rosita con una voz
 de tiple muy afectada:

—¿Sabe usted los tonos, hermanita? 320

Esta palabra, “hermanita”, hacía un perfecto con-
 traste con el torvo ceño de la que lo pronunciaba. Rosita
 dejó el piano, se puso en pie y balbuceó las últimas pala-
 bras de la pregunta.

—¡Los tonos! 325

—Sí, los tonos para las antífonas.

—Pues serán do, sol, re...

La monja interrumpió con aire de superioridad y
 magisterio.

—No, hermanita, esos tonos son para el canto figu- 330
 rado; pero en canto llano es cosa muy diferente: en el
 primero basta ver el número de “sostenidos” o bemoles
 que tiene la llave, mientras que en el segundo es indis-
 pensable atender al *sæculorum* de cada antífona.

Rosita creía que se le hablaba en griego y no sabía 335
 que contestar, hasta que el capellán vino en su auxilio,
 diciendo:

—Eso ya lo aprenderá con el mismo ejercicio.

—¡Oh!, ¡si todo lo ha de aprender, no hay qué decir!

Rosita miró de un modo tan fijo a la monja que ésta 340
 se turbó completamente, porque aquella mirada equiva-
 lía a esta pregunta: ¿Por qué te me ofreces como obstácu-
 lo, siendo así que debieras protegerme, siquiera porque
 deseo participar de tus trabajos? Pero la huérfana y la
 monja también ignoraban que la ley de la rivalidad y del 345
 antagonismo es tan constante como la pesantez de los
 cuerpos y que, aunque ha sido dada por Dios para la per-

³²⁶ *antífonas*: “Versículo que se canta o reza en las horas canónicas antes
 y después de un salmo” (*DUE*).

fección y bienestar de los humanos, éstos han hallado el modo de aplicarla haciendo que se aumenten sus dolores y miserias.

350

—Nuestro padre capellán —dijo la superiora— nos aseguró que cantas.

—Un poco, reverenda madre; pero nada de lo que sé es de Iglesia.

355

La vicaria se sonrió malignamente y puso sobre el atril del piano una pequeña partitura de una misa antigua a dos voces, en la que a primera vista se podía distinguir que había mucho recargo de notas para el tiple.

—¿Qué voz tiene usted, hermanita? —preguntó la monja.

360

—Contralto, pero puedo hacer de tiple cuando no se tenga que subir mucho.

—Pues llevará usted en esta misa el tiple segundo.

La joven buscó con la vista al capellán, quien ya estaba dispuesto a impartirle su auxilio.

365

La monja tocó la introducción a los Kiries con demasiada profusión de adornos de mal gusto, que la hacían perder el compás, y acometió con voz chillona y elevada la parte cantante, acompañada de Rosita que la seguía con dificultad, y eso gracias a la entonación que no cesaba de apuntarle el violín. Concluidos los Kiries, siguió la monja con la misma vehemencia la Gloria, causando aquel conjunto un efecto desagradable por la falta de compás, porque Rosita ejecutaba a medias su papel, sin poder pronunciar la letra, pues apenas podía dedicarse a la nota y, finalmente, por la pena que experimentaban las oyentes al ver luchar a la vicaria tan desesperadamente en contra de la naturaleza y del arte.

370

375

La superiora hizo que se cortara la misa antes de que llegasen a la fuga con que generalmente acaba la Gloria, porque eran siempre tan discordantes las que acostumbraba cantar aquella monja, que en el convento había costumbre de decir siempre que sucedía algu-

380

na cosa muy desordenada, “esto se parece a las fugas de la madre vicaria.”

385

La priora, que había oído algunas notas llenas, sonoras y de excelente timbre entre aquella batahola, quiso oír sola a Rosita, y la dijo:

—Aunque sea en una lección, quisiéramos oír sola tu voz, porque las personas que saben la música tan bien como tú, fácilmente ejecutan después los papeles del coro.

390

Casualmente, Rosita se acordaba de las últimas vocalizaciones que había estudiado, las cuales, a una regular dificultad, reunían la circunstancia de hacer mostrar con mucha ventaja la excelente voz de la joven, pues contenían notas sostenidas por largo tiempo, en aquella esfera en que su voz era más clara y bajaban a veces rápidamente con saltos de grandes intervalos a las notas más graves, en que sólo ciertos órganos privilegiados pueden ostentar fuerza, afinación y claridad.

395

400

El efecto causado por la joven fue verdaderamente sorprendente, las monjas todas la abrazaban llenas de entusiasmo, el padre capellán batía las manos con el mayor júbilo, y sólo se oía estas palabras a los circunstantes.

405

—¡Nunca había tenido san Gerónimo cantora semejante!

—¿Qué dices, madre vicaria? —preguntó la priora.

—Es muy buena voz, no se puede negar; ejecuta bien, pero...

410

En aquel momento, la estrella de la madre organista se opacaba, en balde quería protestar contra su antagonista buscando peros.

—¿Qué le hallas a esta magnífica voz?

—Tiene algo de mundano.

415

Las demás monjas, a pesar de su habitual seriedad, no pudieron menos de sonreírse. El capellán recordó entonces el empeño que había mostrado la joven porque se preparase una cítara y le indicó a la superiora lo

420 conveniente que sería mandarla bajar si la había en el convento.

—Sí —contestó ella—, precisamente la han traído para curar a una hermana “poseída”, recordando el buen efecto que causaba en Saúl el oírse la tocar al santo rey David.

425 No tardó mucho en ser traído el pequeño instrumento; lo afinó sin tardanza la pretendiente y preludió, desde luego, desconocidas armonías.

Un silencio profundo acogió los primeros acordes; una admiración general siguió a la destreza de la joven y, en fin, un inexplicable enternecimiento que mostró la
430 artista, y del que luego participaron los circunstantes, puso el sello a su triunfo. ¡Todos lloraban!

Después de esta patética escena, la superiora llamó aparte a Rosita y le dijo:

435 —Nuestro padre capellán nos ha pedido un lugar para ti, porque no tienes dote.

—Así se lo he suplicado, reverenda madre.

—Nuestro instituto previene que a las pretendientes se les sujete a varias pruebas que acrediten su vocación;
440 ¿estás resuelta a sufrirlas?

—Sí, reverenda madre.

—Después de estas pruebas, el defensorio admite o desecha mediante una votación secreta a las pretendientes; y, una vez admitidas, comienza para ellas el año del
445 noviciado. ¿Hay suficiente resolución para esperar, tal vez en vano, el ser admitida?

—Procuraré merecer tal favor.

—¿A costa de cualquier sacrificio?

—Cualquiera que pueda ser.

450 —Muy bien, hija mía, desde luego he conocido que eres “singularmente humilde”. Mi resolución no puede ser dudosa, ni quiero hacértela esperar, pues aunque monja soy franca...

Rosita suspiró involuntariamente, y la priora, mirándola con ternura de madre y suspirando a su vez, le dijo: 455

—Por mi parte estás admitida; anda a despedirte de tus parientes y te espero esta tarde, ven temprano, pues tenemos toma de hábito; el jueves habrá una profesión: entras con fortuna, pues vas a tener dos asuetos casi juntos.

La joven iba a decir: ¡tan pronto!, pero las palabras murieron en sus labios y, dominada por alguna cosa superior que parecía conducirla en aquella situación, apenas pudo balbucear abrazando a la priora. 460

—¡Vendré!

La priora, reuniéndose a las otras monjas, le dijo al capellán: 465

—Admitimos, en calidad de pretendiente, a la recomendada de usted.

El capellán dio las gracias y, dirigiéndose a la madre organista, le dijo: 470

—Buena discípula va usted a sacar —pero ella contestó:

—Lástima que no sepa el canto llano.

La priora, que conocía el genio díscolo de la vicaria, contestó con viveza: 475

—Tú se lo enseñarás.

La vicaria se inclinó en señal de obediencia y sumisión, y añadió luego con hipocresía:

—Viene muy oportunamente este auxilio de la Providencia divina, porque mis males no me permiten ya ir a las misas cantadas, cuando son antes de las siete. 480

Y como para comprobar este aserto, comenzó a toser lastimosamente; pero en realidad, aquello quería decir: dentro de dos o tres días me finjo enferma y, como esta joven no tiene noticia alguna de lo que debe tocarse, haré que toda la comunidad conozca que soy necesaria, pues me irán a llamar inevitablemente. 485

El capellán y Rosita se despidieron de las monjas, volviendo a besar la huérfana las manos de éstas.

490 Cuando llegó Rosita a la casa de Clara, que la espe-
raba para comer, quiso ésta, al principio, embromarla
acerca de su tardanza y provocar su genio chistoso, pero
la halló tan obstinadamente seria y reservada que hubo
de renunciar a su empresa, dejando que la conversación
495 languidciera, quedando por algún tiempo todos los de
la familia en completo silencio.

Clara había notado que Rosita casi no había comido
y se proponía hablarle privadamente, en la absoluta con-
fianza de una amiga, de una hermana, pues lo era, por
500 haber partido la adversidad, para que le confiase sus pe-
nas; mas Rosita, anticipándose a toda pregunta, la llamó
a su retrete y le dijo sin preámbulos:

—Esta tarde entraré al convento.

Clarita, estupefacta, no comprendió al principio; se
505 hizo repetir la frase y, cuando comprendió su sentido, se
echó a llorar amargamente.

—¿En qué te hemos disgustado? —le preguntaba en
medio de su llanto—, ¿por qué sin decirnos cosa alguna te
alejaste de nosotros?, ¿no soy tu amiga, tu hermana?, ¿qué
510 te falta?, ¿por qué nos abandonas?

Involuntariamente vino a la memoria de Rosita la
conversación que en la tarde anterior había tenido con
Antonia y conoció que, en la vida que iba a abrazar, te-
nía que olvidarse de aquellos que la habían amado, por-
515 que para una monja no hay prójimo. Dominándose con
grande dificultad, contestó después de algún tiempo:

—Clara, no te aflijas, porque es inútil; ya he prome-
tido que esta tarde he de entrar a san Gerónimo, y es
preciso cumplirlo. Hazme favor, por tanto, de decírselo
520 al señor Roldán.

Clara quiso llamar en su auxilio a su marido; pero
desgraciadamente había salido a la calle después de la
comida y no volvió a la casa hasta en la noche, encon-
trándose con la novedad de que Rosita había entrado al
525 convento de san Gerónimo.

El buen hombre, conociendo que Fernando iba a disgustarse con él, riñó por primera vez a Clara, sospechando que ella tendría la culpa de aquella violenta separación, en lo que se equivocaba ciertamente. No contento con esto, fue a la casa de Antonia a dar parte del suceso a Fernando, pero éste se hallaba entonces con varias visitas que no le permitieron hablarle a solas. Reducido a la última extremidad, comunicó el suceso a Antonia, y ésta, que había recibido en la tarde una carta de la misma Rosa en que se lo participaba, se limitó a decirle: 530

—Creo conveniente que lo sepa mi papá, pero yo no se lo he de decir; su salud está todavía muy delicada y no quiero cargar con las consecuencias de darle esa noticia. Yo he hecho lo posible para evitar la imprudencia que acaba de cometer Rosita y lo que ahora me toca es abstenirme de toda intervención en el asunto. 540

—¿Según eso, usted ya sabía lo que intentaba la señorita?

—Sí, ayer me lo dijo, pero sólo como un pensamiento, que más a la larga pensaba realizar; esta tarde me ha escrito que su entrada al convento se verificaría hoy mismo y que, si algo la he estimado, procure ayudarle a realizar su vocación. 545

—¿Según eso, no tiene culpa alguna mi pobre Clara en esta violencia? 550

—De seguro que no.

—¡Oh, qué satisfacción!, voy inmediatamente a contentarla; acabo de reñirla con mucha fuerza.

—Vaya usted en buena hora, pues la pobrecita es inocente. 555

—¿Y, si se ofrece, se lo dirá usted así al señor don Fernando?

—Ya he dicho a usted que en este negocio no quiero mezclarme para nada.

Mientras que esto pasaba en la casa de Antonia, Rosita presenciaba en el convento una escena muy impositiva. 560

nente, pues conforme al anuncio de la superiora, tomaba en aquella noche el hábito una novicia. Vestida ésta de blanco y, llevando prendidas muchas flores, se adelantó hacia el altar mayor con una corona de rosas en la cabeza, para hacer sus oraciones en unión del sacerdote que allí invocaba para la joven las bendiciones del cielo. Poco tiempo después entró a la sacristía, donde se hallaba el provisor del arzobispado, con objeto de explorar libremente su voluntad. Salió enseguida con los padrinos y fue por la calle a la portería del convento donde se verificó la “llamada”, cantando una parte de la comunidad el *Veni Sponsa Christi*. Admitida entre las monjas, desapareció en el convento, volviéndose los padrinos muy compungidos a la iglesia, en cuyo coro bajo hallaron ya a la novicia vestida de agustina. Muerta para el mundo, para su familia, para todos los que la habían amado o aborrecido, y aun para su mismo corazón, la novicia oyó el *de profundis*, entonado por todas las monjas, y quedó, como ellas, reclusa, aun antes de pronunciar los votos. Las luces de la iglesia desterrando los últimos rayos del crepúsculo, el canto fúnebre de las religiosas que con vela en mano asistían a aquel entierro de una persona viva, la lívida palidez de la víctima y los sollozos mal reprimidos de sus parientes, daban a aquel conjunto un aspecto verdaderamente aterrador.

Rosita, como el recluta que hace sus primeras armas, que siente orgullo de su propio miedo, en tanto que ha logrado vencerlo, contestó a la superiora, que le preguntó lo que le había parecido de aquella ceremonia:

—Es imponente, reverenda madre, pero es también consoladora.

De seguro, lo menos que tenía era esto último; pero si la fascinación de la huérfana no hubiera llegado a darle este carácter, se habría arrojado a la más cruel desesperación. Quedaba en el fondo de su alma una resignación anticipada, y buscaba el modo de engañarse acerca de

ella, y lo lograba en parte, así como experimentaba una grata sensación llamando a la buena superiora “madrecita”, por sólo el motivo de no haber usado aquella dulcísima expresión en toda su vida. 600

LAS COSAS PERMANECIERON EN el estado que indicamos en el capítulo anterior, porque Roldán no pudo hablar con Fernando en varios días, y éste había olvidado la cartita de Rosa, no teniendo motivo que se la recordara. 5

Llegado el día de la Ascensión, Clara vino, según lo había prometido, por María, a fin de que presenciaran los votos de una joven que debía profesar en el convento de San Gerónimo. 10

Grande impresión causó en María aquel aparato espléndido que ofrecía el templo con motivo de tan solemne ceremonia. La novicia prometió públicamente guardar clausura toda su vida, absoluta obediencia a las superiores, castidad de alma y cuerpo, y ser pobre voluntariamente. 15

La música, que resonaba lánguidamente bajo las bóvedas, parecía interpretar los sentimientos de la concurrencia, porque exhalaba dolorosos gemidos, y la abundante iluminación, que hacía resaltar los envejecidos arabescos de aquel antiguo templo, ponía de manifiesto que por todos sus ángulos brotaban lágrimas que acompañaban a la víctima, cual si fuese a hundirse en el fé- 20

25 retro. El orador cristiano, con feliz inspiración respecto del malestar social y buscando en vano el remedio en el extravío del ideal místico, demostró que la civilización está falseada y que zozobra continuamente, sin poder encontrar un momento de seguridad, porque ha perdido sus dos anclas: la justicia y la verdad.

30 ¡El mundo! –exclamaba–, sirve de rodillas al vil interés; ser rico, he aquí el último fin a que todos aspiran sin distinción de clases, de personas y ni aun de sexos, porque el oro representa el poder absoluto de la tierra, concentra los goces y hace innecesarias las virtudes, en concepto de la casi totalidad de los humanos. En lo antiguo, se expresó con mucha exactitud el estado de anonadamiento a que eran reducidos los que sucumbían en una contienda con aquella enérgica aclamación: *Vae victis!* ¡Ay de los vencidos! Hoy podemos decir con la misma verdad: ¡Ay de los pobres! ¡Ay de los huérfanos! ¡Ay de la joven que se encuentra sin protección en medio del mundo!

45 Ruge –decía– un aquilón de muerte; se extiende por todas partes un hálito emponzoñado; natural es que el sexo débil, tierno e inocente, venga a refugiarse en los claustros santos bajo la protección del Señor. A estas inmaculadas vírgenes se dirige el Esposo divino, en el Cantar de los cantares, cuando dice: “Como lirio entre espinas, así he hallado a mi amada entre las hijas.”¹ “Bajo de un manzano te he encontrado; allí fue corrompida tu madre, allí fue violada la que te engendró.”²

50

Aquella imponente ceremonia producía un estado de fascinación en el ánimo de Rosita, afirmándola en lo que ella misma llamaba su vocación, a la vez que en María causaba sencillamente miedo, pues creía que se había

1 Ct 2 2: *Sicut lilium inter spinas sic amica mea inter filias* [N. del A.].

2 Ct 8 5: *Sub arbore malo suscitavi te, ibi corrupta est mater tua, ibi violata est génitrix tua* [N. del A.].

avanzado mucho en un mar proceloso, que amenazaba sumergirla, y tomaba, por tanto, la resolución de ir a suplicar al maquinista la dejase volver a su casita de Cahuamilpa, donde tanta tranquilidad había encontrado siempre, aun en sus días más desolados. Rosita daba desde aquel momento a sus amores otra forma: aérea, espiritual, enteramente fantástica; iba a embriagarse de ternura con el esposo de que hablan los cantares del rey Salomón, de los que nosotros solamente hemos copiado la parte severa, sin poder repetir lo que en tales casos se dice, tomado del mismo libro, para que se enciendan las almas en el amor divino. 55 60 65

No pudiendo comprender María aquel misticismo, y creyendo que debía renunciar a Fernando, no le quedaba más aspiración que la de volver prontamente a la libertad de los campos. Rosita, por su parte, juzgaba preferida a María, había sufrido una completa transformación, operada por su orgullo, casi sin apercibirse de ella, y dejaba a su rival que triunfase sola. A la una le faltaba la experiencia para juzgar bien de su situación; a la otra la había desnaturalizado su educación, imponiéndole para siempre grandes necesidades, sin darle los medios de satisfacerlas, de suerte que cuando se halló en contacto con la miseria, no logró más que exaltar el sentimiento de la propia dignidad. Una sola industria había aprendido y de ella debería subsistir; iba como la cigarra a cantar por toda la vida. Cuando ésta declinase, si no antes, comprendería por qué una organista, que pasa largos años en el trabajo forzado de producir armonías, puede llegar a agriar su genio, a hacerlo infecundo, disonante, como le había sucedido a la vicaria de coro de san Gerónimo; vendría, tal vez, un tiempo en que, al recordar las gratas melodías de “Belizario y Capuletos”, pareciesen tan 70 75 80 85

87 Belizario y Capuletos: “BELISARIO. Ópera en tres actos de Gaetano Donizetti (1797-1848), sobre libreto de Salvatore Cammarano (1801-1852). Pri-

atrasadas como ahora nos parecen las del *Tío y la Tía* y las de la *Gaza Ladra*; pero mientras llegaba ese tiempo, mientras que la falta de aire y la vida contemplativa robaran lentamente a aquella tierna flor el color de sus pétalos, y su corazón envejeciese consumiéndose en sus propios ardores, había una especie de fatalismo inexorable a que sujetarse desde luego, y se aceptaban por la joven con valor pasivo, con resignación indefinible, todos sus rigores.

Si para que éste se cumpliera era necesario el consorcio de errores propios y ajenos; si aún para ir a llorar dentro de una ignorada celda hay cargos que formular contra uno mismo y contra los demás; en una palabra, si el tedio de la vida ha inventado un modo de morir prematuramente, sin que se le llame suicidio, porque la religión ha acogido todos esos hondos dolores que guardan los claustros, echémosles un velo, en señal de respeto, por la misma razón que se cubre y se respeta a un muerto. La brillante Rosita, que pasó por el mundo dejando como las mariposas entre espinas sus alitas doradas, que

*mera representación: Venecia, Teatro La Fenice, 4 de febrero de 1836. [...] Con Belisario regresaba Donizetti a Venecia después de diecisiete años de ausencia; la ópera tuvo una acogida calurosa, pero luego no pudo contarse entre las de mayor éxito del compositor.” “I CAPULETI E I MONTECCHI (Los capuletos y los Montescos) Tragedia lírica en dos actos de Vincenzo Bellini (1801-1835), sobre libreto de Felice Romani (1788-1865), extraído del drama de Sakespeare Romeo and Juliet. Primera representación: Venecia, Teatro La Fenice, 11 de marzo de 1830. [...] El éxito fue completo: grande, en efecto, fue el trinfo de *I Capuletti e i Montechhi*, pero grande también fue la tensión del compositor, cuya salud resultó comprometida” (LAO).*

88 “*Tío y la Tía*”: “*Tío y la Tía (Il Zio e la Zia)*. Giacchino Rossini” (SOSA 1988, p. 326).

89 *Gaza Ladra*: “*La gaza ladra* (La urraca ladrona). Ópera en tres actos de Gioacchino Rossini (1792-1868), sobre libreto de G. Gherardini (1778-1861). Primera representación: Milán, Teatro alla Scala, 31 mayo 1817. [...] El tema del libreto de Gherardini, tomado de un drama francés de d’Aubigny y Caigniez, titulado *La pie voleuse*, está inspirada en un hecho publicado en los diarios.

“*La gazza ladra* tuvo un éxito discreto en Milán, pero fue particularmente apreciada en sus representaciones parisienses” (LAO).

corrió hacia el amor como ellas persiguen la luz y que lo mismo que ellas se retiraba de la escena herida de muerte, de seguro que únicamente pedía a Dios resignación y a los hombres olvido. Para ella, cuyo genio indomable la torturaba, volver atrás era frase desconocida, y cuanto mayor fuese el tormento que la causase el persistir en una resolución, tanto más inflexible sería en cumplirla; así es que debemos pensar que desde el momento en que había presenciado la toma de hábito de una novicia, ya era novicia, y desde que había asistido a la profesión de una monja, ya era monja. 110 115

Una sola cosa la habría detenido al borde de este abismo: una carta de Fernando satisfactoria, que hubiera recibido en pronta respuesta de la suya, habría hecho desaparecer el colorido fúnebre, que todas las cosas habían adquirido a los ojos de la huérfana, y habría hecho desvanecer su vocación; pero esta carta no vino, al menos, en el tiempo que era conveniente. ¿Por qué no vino? En el orden natural y visible de las cosas, por una causa muy sencilla: el maquinista necesitaba que le leyesen y, al recibir la de Rosita sin saber que era de ella, desgraciadamente no había tenido quien le supliese su falta de vista. Remontándonos a la causa primera, nos limitamos a observar el mero hecho de que tan pequeño incidente fue bastante para dar origen a sucesos altamente importantes para los actores de nuestra historia, especialmente para Rosita. ¿Por qué pasan las cosas de este modo? No lo sabemos; y así como en el caso presente vemos marchitarse una esperanza de vida y nos preguntamos en vano la causa de este aborto, otras muchas veces nos hemos preguntado, sin hallar una causa satisfactoria al alcance de nuestro entendimiento: ¿Por qué mueren infecundos tantos gérmenes?, ¿por qué caen tantas frutas sin madurarse?, ¿por qué desaparecen tantos niños sin haber comprendido siquiera la ternura de sus padres?, ¿por qué fallecen tantos seres sin destino conocido en el mundo?, 120 125 130 135 140

145 y, finalmente, ¿por qué la humanidad en su conjunto camina tan torpemente a sus grandes aspiraciones, y por qué hace y sufre tantas cosas inútiles?...

Clara, que como hemos dicho, había acompañado a María, buscaba en vano en el coro a Rosita sin poder encontrarla, porque ésta permaneció durante la ceremonia en un rincón del coro bajo, llorando por lo pasado y por el porvenir.

En la tarde de aquel día, María se hallaba al lado de Fernando refiriéndole la ceremonia de los votos, después de cuya narración le dijo:

155 —Hoy me concederás un favor.

—¡Favor! —repitió admirado el maquinista—. ¿Pues no mandas tú en todo?

María se sonrió tristemente:

—Sin embargo, quiero un favor algo difícil.

160 —Me alarmas con eso; ¿vamos, di qué quieres?

—Volver a mi casita.

Fernando se echó a reír, creyendo que aquel deseo sería un capricho pasajero.

—No te rías, Fernando, pues yo lloro...

165 —¿Pero qué te ha sucedido? ¿Por qué motivo?...

—Estoy disgustada, espantada, de vivir en esto que se llama sociedad.

—¡Disgustada! ¡Espantada! Si aún no la conoces, ¿qué es lo que te disgusta?, lo apartaremos de tu vista; ¿qué es lo que te espanta?, lo examinaremos y seguramente te vencerás de que es un terror infundado al que acostumbramos llamar pánico. Me parece, María, que si cuando en tu casita, a la que deseas volver, recibieras de visita una joven de México, el ruido de los árboles por la noche y el aullido de algún animal montaraz llenarían de espanto a tu visita; pero tú le dirías, tranquilícese usted: ese rumor lo producen las hojas, nada tiene de ofensivo, y el animal que arroja ese grito nunca se atreverá a acercarse a donde estamos; duerma usted, le dirías, la luz hace falta para

tener valor; pero mañana se reirá usted de sus temores. 180
Esto te digo yo.

—No, Fernando, yo no he tenido miedo el primer día de estar en México, lo tengo desde que empiezo a conocerlo. Todos los días bajo al cajón y veo que lucha incesantemente la pobre Antonia con el marchante que quiere defraudarla, con la señora de tono que quiere sorprenderla con alguna exigencia, con los hombres que vienen a ver cómo destruyen su negociación; lucha, pues, por conservar su dinero y no lucha menos por conservar su honra, porque nadie supone que su padre adoptivo la protege desinteresadamente. Así he visto que vivir en sociedad es vivir en una pugna eterna, porque apenas ha comprado alguna persona alguna memoria, dicen las que están en el estrado: “¡Con razón gasta, si su marido es un tahúr!”; viene otra a comprar y dicen: “¡Le duran aún a esta niña sus productos del tiempo en que tuvo sus relaciones con el señor N!”; se despide una de las más mordaces de la rueda y dicen las otras: “¡Muy descansada vida pasan entre nosotras las esposas de los empleados de hacienda! ¡Como nunca se glosan las cuentas!” Otra que se despide deja, como las demás, su reputación a merced de sus cofrades y no falta quien diga: “He de aconsejarle a mi primo el general que se meta en la primera revolución que hubiere, porque siempre dejan los pronunciamientos alguna cosa.” “¡Pues, vida mía, ya no tendrá usted que aconsejarle” —le dice otra— “¡los periódicos de hoy anuncian que está ya pronunciado en San Luis su primo de usted!” 185
190
195
200
205

Esta guerra incesante me pareció primero que sólo se verificaría entre los malos; pero me he espantado al conocer que el que no entra en esta cadena de odiosidades, o ya es una pobre víctima, o se halla en camino de serlo. ¿Y cuando en el corazón no hay la dureza necesaria para entrar a esta lid, qué cosa más prudente que retirarse? 210
215

—Pero, María, hasta ahora nada anuncia que tengas que entrar en esta rivalidad que te disgusta por tu carácter singularmente recto. Sensible es que mi buena Antonia tenga que lidiar, aunque entra un poco en su constitución la necesidad de luchar, para estar en el uso pleno de sus facultades; pero tú, a quien nadie disputa mi preferencia, tú que tendrás al menos, mientras yo viva, cuanto quieras, tú tan cándida, que te mancharías en esa guerra de miserias: ¿con quién necesitas rivalizar?

220
225 —Con quién, ¿y me lo preguntas, Fernando?

—Sí, te lo pregunto; porque al menos que tú misma no hayas buscado con quien combatir, yo he cuidado de alejar de tu lado todo motivo de disgusto.

—Puesto que según parece, has olvidado con quien tengo que rivalizar, te lo diré...

230
235 La joven iba a pronunciar al oído de Fernando un nombre que nuestros lectores tendrán acaso presente, cuando se abrió la vidriera de la pieza en que estaba y se presentó un nuevo personaje, a cuya vista, María levantándose, exclamó:

—¡El padre don Luis!

240 Fernando, que la oyó, se puso inmediatamente en pie y, olvidándose de que no podía andar por sí sólo, echó a rodar una mesita que tenía delante, con la cual tropezó y cuyo ruido impidió que oyese esta otra exclamación del padre don Luis, al ver a María:

—¡Ella!, ¡aquí!

245 Sin reponerse el padre del estupor que le había causado la presencia de María, fue a abrazar a Fernando, a quien estrechó por largo tiempo contra su pecho.

—¡Bendito sea Dios que me ha permitido el verte bueno! —le dijo—, pues al no recibir en tanto tiempo carta tuya, temía te hubiese sucedido alguna desgracia y por tal motivo he venido a verte.

250 Al decir esto, fijaba el padre en María una mirada casi de espanto, pues deseaba, al parecer, cerciorarse si

la mujer que tenía delante era realidad o una creación de su fantasía.

—Siéntate —le dijo Fernando—, pero antes llévame a mi lugar porque... 255

—¡Cómo llevarte a tu lugar! ¿Pues qué tienes?

—¡Yo... no veo!

—¡Santo Dios! ¿Pero qué desgracia es ésta? ¡Oh, hermano mío! El corazón me decía que alguna gran desgracia te habría sucedido, y no me engañaba. 260

Los dos amigos, abrazados por segunda vez, derramaron abundantes lágrimas. El padre, conociendo después de un rato que hacía mal en afligir a Fernando, procuró reprimir su dolor y dijo para consolarlo:

—Todo tiene remedio, confiemos en la misericordia del Señor, que no tardará en volverte la vista... Ánimo, hermano mío, y alegrémonos por los bienes que aún nos permite disfrutar. 265

Cuando acabó de hablar, le dio la mano a Fernando, quien fue a sentarse a su silloncito en que acostumbraba pasar casi todo el día, sumergido en sus meditaciones; buscó el sacerdote a la joven que allí acababa de ver, pero ésta había desaparecido, a tiempo en que lloraban los dos amigos. El padre don Luis, que no había oído ruido alguno cuando se fue María, creyó que 270

su acalorada imaginación era la que había puesto ante sus ojos aquel fantasma pues, por una coincidencia singular, se parecía mucho la joven a la que había forjado en su imaginación. Aquella creación de su mente, que no era más que el bello ideal de la mujer, al encontrar a María había coincidido, como es natural que coincida, la imagen de lo bello con una realidad casi perfecta. Lo notable del caso, juzgamos que consiste no precisamente en la semejanza más o menos aproximada sino en que la fantasía del padre hubiese hecho elección de aquel género de belleza y que, al examinar aquellas formas prominentes, destacadas que, como hemos indica- 275

280

285

do, poseía María, y eran de una regularidad pasmosa, se desvaneciese lo vaporoso, lo vagamente ideal de su
 290 ensueño y se fijase su ardoroso afán para siempre en un deseo invencible de poseer aquella criatura. Creemos, sin embargo, que era conveniente buscarse, como complemento este género de hermosura, una organización delicada, acompañada de un natural tan apacible como el del padre don Luis. Tal vez en este ligero
 295 rasgo se comprenderá la aplicación de esta teoría poco estudiada, es verdad, pero no por esto menos constante, de que la misma inclinación de los seres en las diversas especies que distinguen a la humanidad, aunque
 300 sea únicamente en la forma, es mayor y por lo general irresistible, según que cada individuo completa el ser del otro, porque encuentran recíprocamente las cualidades que los exaltan y que por esto mismo los atraen, resultando de aquí que muchas veces lo que llamamos
 305 desvío, antipatía y aun odio, no es sino la repulsión que resulta de dos elementos idénticos, como sucede en la electricidad.

Como quiera que sea, el padre don Luis quedó dudoso de que Fernando estuviese sólo desde que él había
 310 entrado y se abstuvo de aclarar esta duda, temiendo que su mismo hermano lo tuviese por loco, si le preguntaba por la señorita que había creído ver al entrar.

Fernando se abstuvo a su vez de mover tal conversación, porque era necesario explicarle antes a su virtuoso
 315 amigo, muy detalladamente, los acontecimientos que se habían verificado para que María se hallase a su lado.

El maquinista, con objeto de desviar la conversación, como hemos indicado, y para dar un placer inesperado a su amigo, le dijo:

- 320 —Tengo ya la licencia de Roma.
 —¿Sí?, ¿tan pronto?
 —Se ha hecho el negocio con eficacia.
 —¿Dónde está el rescripto?

—Lo tiene Antonia en un cajoncito del bufete —y tocó el ciego una campanilla, tirando de una cinta que tenía al lado de su asiento. 325

Se presentó una criada y fue a llamar a Antonia.

—Abraza, hija mía, a mi hermano Luis —le dijo Fernando luego que la oyó llegar.

—¿Antonia, tu hija adoptiva? —exclamó el sacerdote y se adelantó para recibirla en sus brazos. 330

Instruida la joven del objeto con que era llamada, abrió uno de los cajoncitos del bufete de que había hablado Fernando, sacó el rescripto que tenía guardado y lo puso en manos del sacerdote; éste lo leyó rápidamente y dijo, al concluir: 335

—Una parte, no sé si la más difícil de este asunto, está vencida, falta otra.

—¿Otra?, ¿cuál?

El padre iba a responder, pero le contuvo la presencia de Antonia; ésta se había quedado leyendo distraí- 340
damente el sobre de una cartita que había en el bufete, por creer que conocía la letra, la tomó en sus manos y, viendo que estaba cerrada y sellada, le dijo al maqui-
nista: 345

—Aquí tiene usted, papacito, una carta que dice en el sobre “reservada”.

—Desde anteayer por la mañana me la trajeron y me había olvidado de ella; como no dijeron de dónde venía, ábrela y dime lo que contiene. 350

Una exclamación mal comprimida que se le escapó a Antonia, al imponerse de la carta, llamó la atención de Fernando.

—¿Qué es eso?, ¿qué contiene ese papel?

Antonia no respondió. 355

—¿Qué no lo has leído?

—Sí, papacito.

—Pues dime, en sustancia, sea lo que fuere, ya sabes que Luis es otro yo.

360 —La leeré mejor —y Antonia leyó con voz clara lo siguiente.

“Señor don Fernando Hénkel.

“Mayo 28 de 1848.

“Muy apreciable señor mío:

365 “He tomado una resolución definitiva que asegura mi verdadera y más alta conveniencia y paso a comunicársela a usted, pues aún lo cuento entre mis pocos y verdaderos amigos.

370 “Fluctuando entre los escasos medios que podían ofrecerse a una pobre huérfana como yo soy, me he quedado confundida al reconocer que tenía claramente designada una senda que no había seguido hasta ahora, sin poderme explicar el motivo de mi divagación. Cualquiera que haya sido éste, tengo, sin embargo, el gusto de asegurarle a usted que ha cesado absolutamente y que pronto profesaré en un convento. Cuento con que me admitirán, donde falte cantora u organista.

375 “Comprenderá usted fácilmente, pues me conoce un poco, que no le participaría con tal anticipación este suceso, que de paso le diré a usted me ha tranquilizado mucho para el porvenir, llenándome de indecible alegría, si no tuviera una resolución irrevocable.

380 “Siento infinito que el mal estado de la salud de usted, que yo rogaré siempre a Dios se mejore, no le permita asistir a mis votos; cuidaré, no obstante, de avisarle con anticipación el día en que deban verificarse, para que asista, al menos, esa interesante joven a quien daba usted el brazo esta mañana y a quien decía usted, al atravesar el corredor de la casa de su hija adoptiva: «Sigues siendo para mí, María, una hada bienhechora.»

385

390

“Me resta únicamente darle a usted las gracias, no por los favores que me haya hecho, pues éstos los pagará Dios, de quien espero ser esposa, sino porque ha cooperado usted no poco a enseñarme el camino que sigo ahora conducida por mi «vocación».” 395

“Su afectísima servidora

“Rosa Dávila.”

—¿Qué hay en todo esto? —preguntó el sacerdote después de un momento en que los tres personajes de esta escena habían permanecido mudos. 400

—Nada, contestó con forzada tranquilidad el maquinista.

—¡Cómo nada! No adviertes que esa niña va a encerrarse en un convento y que visiblemente se ha ofendido de tu conducta hacia ella misma. 405

—Se ha ofendido de que yo no sea ingrato a la que me ha salvado la vida; y sólo porque ha oído, presenciado o le han dicho, que trato a María con el cariño que merece, ha encontrado su verdadera vocación, que parece tenía olvidada en algún secreto de su costurero. 410

—Pero tú no te justificas con esto sólo, si no haces algún esfuerzo para detener a esa pobre niña, antes de que caiga al precipicio a que va corriendo.

—Será todo esfuerzo enteramente inútil; la conozco mucho. 415

—No obstante, tú debes intentarlo.

—Pues bien, estoy dispuesto; ¿qué es lo que te parece conveniente hacer?

—En primer lugar contestarle su carta, disculpándole de la tardanza. 420

—No me creerá.

—No tendrás entonces responsabilidad ninguna.

—Pues bien, díctale a Antonia, quien escribirá en mi nombre. 425

El padre se puso a dictar la siguiente carta:

“Señora doña Rosa Dávila.

“Junio 1° de 1848.

“Muy apreciable Rosita:

430 “Para contestar su cartita, que hasta ahora me han
leído, es indispensable que hablemos un momento.

“Sin necesidad de ella, habría buscado a usted des-
de antes, pero ya sabrá usted que me hallo muy enfer-
mo de la vista. Este inconveniente no es, sin embargo,
435 tan invencible que no esté dispuesto a ir a donde usted
quiera recibir varias explicaciones que tiene que hacer-
le su amigo.

“Por el señor don Fernando Hénkel:

“Antonia Hénkel”

440 —¿Te parece bien? —preguntó el padre.

—Es excelente, aunque me humilla un poco eso de
dar explicaciones no debidas.

—Son indispensables.

—No producirán resultado.

445 —Vamos a ver.

Había en la insistencia con que Fernando negaba toda
eficacia a aquella carta, algo del propio orgullo ofendido,
que media la altivez que había dictado la carta de Rosita
y había también, por la misma razón, cierto deseo de que
450 la respuesta no surtiese efecto alguno. Hacemos esta con-
fesión que puede perjudicar el buen concepto de nuestro
protagonista, porque faltaríamos a la exactitud, si no ex-
pusiésemos una de las naturales consecuencias que debía
producir en su corazón el entrañable amor que profesaba
455 a María, cuyo carácter suave era el mayor enemigo que la
señorita Dávila podía haber encontrado.

Si le hubieran preguntado a Fernando si amaba todavía a Rosita, habría contestado sin vacilar que sí, y tal era la verdad; pero habría deseado al mismo tiempo que fuese menos altiva, porque María era humilde y que pudiese ser tan tierna como ésta. En resumen, María era preferida; sin que nada pudiese justificar que Rosita era despreciada. 460

Antonia salió con objeto de mandar la carta y el padre don Luis, deseoso de saber todo lo que le había pasado a su amigo desde su venida de California, le rogó que se lo refiriese, a lo que Fernando se prestó con buena voluntad. 465

Un observador prevenido habría notado desde luego que, en todo el resto del relato de Fernando, siempre que se ofrecía tratar de María, lo hacía con un gran entusiasmo; mas el padre no lo advirtió, porque él mismo participaba a cada momento más y más del mismo sentimiento. 470

—Tal es —decía Fernando al concluir su narración y refiriéndose a María— la adorable criatura a quien yo llamaba el domingo último, al pasar el corredor de esta casa, mi hada, mi ángel tutelar, pues que para mí lo ha sido realmente y esto se me increpa como una deslealtad, sin pedir antes una explicación y sin tener la más pequeña consideración al estado que guardo, el cual sólo se recuerda del modo más amargo para lanzarme una cruel ironía. 475

—Pero hombre, reflexiona que esas expresiones vienen de una mujer celosa, y la disculparás.

—Yo sólo atiendo a la pureza de mis intenciones y a la lealtad con que he procedido siempre respecto de toda clase de gentes, pero muy especialmente con Rosita. Ya te he dicho que para mí no puede ser jamás otra cosa María que mi hermana; cualquier otro cariño, cualquier otro lazo, mataría la más pura ilusión, tal vez la única, que deseo conservar toda mi vida: ¿cómo quieres que oiga yo pacientemente, y mucho menos a la señorita Dávila, expresiones que tienden a rebajar su elevada virtud? 485 490

—Ahora tú me alarmas por distinto motivo: ¿qué va a ser de ti cuando esa joven de que me hablas se separe de tu lado?

495

—No se ha de separar jamás.

—Pero en esto hay alguna contradicción: tú no cambiarás nunca el cariño de hermano hacia ella, por ningún otro afecto...

500

—Ciertamente.

—¿Nunca se ha de separar de tu lado?...

—Nunca.

—Luego condenas a esa pobre niña a un celibato perpetuo; así harás dos monjas.

505

—Yo no me opongo a que se case.

—¡Ah!, eso es otra cosa; pero hasta ahora sólo me has presentado a Antonia...

En aquel momento entró una criada trayendo chocolate.

510

—Si quieres, Luis, seguir mi método, tomarás chocolate a esta hora y comerás al medio día; si esto no te parece, comerás con las muchachas al anochecer.

—Prefiero tu método, porque es el que sigo en la Nueva Filadelfia.

515

—Pues si han traído dos pozuelos de chocolate, puedes empezar a tomarlo; si no, pide otro, y de una vez por todas te diré que aquí mandarás como en la Nueva Filadelfia.

—¿Se ha ido la persona que trajo esto? —preguntó el ciego.

520

—No, señor, mande usted —respondió la criada.

—Llame usted a las niñas.

Después que la criada salió, continuó hablando el maquinista:

525

—¿Dime Luis, cómo están Laura y la señora? ¿Cómo se portó Ulseman en el asalto de la Nueva Filadelfia?

—Perfectamente, él era el que estaba a la cabeza de los que deseaban batirse con los soldados, pero viendo mi determinación de no hacer resistencia, se ocupó de

salvar a su mujer y a mi madre. Ahora está con la necesidad de que si la justicia no castiga a Montemar, él lo escarmentará. 530

—¿Y Montemar?

—Van a sujetarlo a un consejo de guerra, según me dijeron; pero está libre en Guadalajara.

—Es necesario influir con el general Arista para que ese hombre no quede impune. 535

—Con el general Arista, ¿por qué?

—Porque me han dicho que viene ya nombrado ministro de la guerra, asegurándome que es el hombre más a propósito y más decidido por devolver al ejército el concepto que ha perdido y que con este objeto va a expurgarlo de todos los bribones que en él se encuentran. 540

En este momento entraron Antonia y María, que habían sido llamadas para acompañar a Fernando a tomar chocolate. María, como en sus dichosos días en que la conoció Fernando, llevaba la cabellera suelta, ondeando sobre su vistoso rebozo de bolita. 545

El padre, que se hallaba cerca de Fernando, quiso hacer lugar para que pasase la joven, pero olvidó la charola que tenía delante y la hizo caer sobre la alfombra, regando el chocolate y esparciendo por el suelo los fragmentos del pan. Tal incidente, que fue para las jóvenes muy sencillo, acaso parecerá a nuestros lectores que tenía una causa algo complicada, y así era la verdad, pues el padre, al convencerse de que no era fantasma la figura de María, 555

533 *Arista*: "Arista, Mariano/n. En San Luis Potosí, SLP, y m. en alta mar, entre Lisboa y Marsella (1802-1855). [...] En 1846 comanda el Ejército del Norte y después de dar la batalla de Palo Alto se repliega a Matamoros. Secretario de Guerra y Marina (1848-49). En enero de 1859 el Congreso lo nombra presidente constitucional y es el primero en recibir pacíficamente el poder. Intenta imponer orden en las finanzas y combate la corrupción, lo que le acarrea serias dificultades y acaba por privarlo del apoyo del Congreso, ante el cual presenta su renuncia después de dos años en el cargo. Se exilia voluntariamente en Europa y, enfermo, muere a bordo de una embarcación que debía llevarlo a Francia" (*GDM*).

había querido reconocerla con exquisita prolijidad, hasta el punto de olvidar que tenía la charola en las manos. Antonia ocurrió a aquel contratiempo haciendo que trajesen otro chocolate y que limpiasen la alfombra.

560 —Te preguntaba yo por Laura —dijo Fernando, que sólo había percibido el ruido apagado que habían formado al caer en la alfombra el pozuelo y la charola.

—Me preguntabas por Laura, sí... es verdad.

—¿Y bien, qué me dices? ¿Ha tenido niños?

565 —Uno solamente.

—¡Oh!, ¡será una linda criatura!, con sólo que se parezca al tío...

El padre se ruborizó cuando, atraídas las dos jóvenes por el elogio de Fernando, fijaron en él simultáneamente una mirada de natural curiosidad. Aunque nadie mejor que él podía sostener este examen, pues sus facciones tenían a la vez toda la majestad varonil con la pureza de unas líneas perfectas y delicadas, el ligero carmín que había dado animación a sus pálidas mejillas llegó al rojo subido, pues por la primera vez en su vida pensó en que carecía de aquella exquisita compostura que todos los hombres quisieran tener en presencia de la mujer a quien desean agradar. El padre don Luis entraba desde aquel momento en el lleno de sus amores reales, saliendo de la esfera de lo imaginativo; y, si podemos emplear una figura aunque vulgar, diremos que era una madera quemada por los ardores del sol, y que puesta a la lumbré debía arder con ímpetu desmesurado. No se extrañe, por tanto, que sus transiciones fuesen violentas y que, sin dejar su virtud, contrariase en algún modo su vida anterior. Era un río salido de madre: sus constantes sufrimientos y mortificaciones debían ser otros tantos motivos de estímulo, y el clérigo, resignado hasta entonces a su vida enfermiza y a sus escrúpulos, vuelto hombre por la gracia del Papa, iba a recobrar su individualidad que antes estaba perdida en la clase a que pertenecía.

570

575

580

585

590

—¿Van ahora al teatro? —preguntó Fernando después de un rato de silencio.

—María no quería —respondió Antonia—, pero ya estaba docilitándose, ahora que usted nos llamó iba a peinarse. 595

—Ni te ofrezco que vayas —dijo el maquinista a su amigo—; tú nunca quieres ir a una concurrencia.

—“Antes no quería”; pero en lo sucesivo iré a cuantos lugares se pueda concurrir con decencia. Hasta aquí había sido yo como los de mi clase, alguna cosa aparte de la humanidad; ahora vuelvo a tomar mi debido participo en todo lo que es bueno y honesto, sin avergonzarme de ser hombre. 600

—¿Y el escándalo? 605

—No admito que exista el escándalo sin obra mala; de manera que, mientras yo esté seguro de que una acción no es mala en sí misma, la calificación injusta que sin razón otros hagan de ella se les imputará a ellos mismos. Aquella extraviada máxima que acaso habrá llegado hasta ti y que dice: “Haz cosas malas que parezcan buenas, y no hagas buenas que parezcan malas” es detestable; yo siempre haré, ayudándome Dios, las buenas, parezcan bien o mal, porque no tengo otra norma de mis acciones que mi conciencia, y no quiero cambiarla por el estúpido qué dirán. 610

—Todo eso está muy bien dicho y, supuesto que de ahí resulta que hemos de ir juntos a al teatro esta noche, lo celebramos mucho; ¿no es verdad, muchachas? 620

—Ciertamente —respondió María—, a no ser que el padre prefiriese seguir platicando con nosotros, pues su conversación es para mí más grata que todas las comedias que he visto.

—Me hace usted demasiado favor, María; y ya que piensa usted así, le manifestaré que podremos reunir las dos satisfacciones: la de ver la comedia y la de platicar con usted. Yo le aseguro que si se digna tomar mi brazo, 625

630 daremos en que pensar a mi querido hermano y a la guapa Tonchita, cuando adviertan que al lado de usted yo no puedo estar en silencio.

—Muy bien, Luis; procura sobre todo quitarle la mala idea que le ha ocurrido hoy a María de volverse a su casita de Cacahuamilpa.

635 —Corre de mi cuenta el hacer los esfuerzos posibles, pero con una advertencia.

—¿Cuál es?

—Que si persiste en irse, yo me voy con ella.

640 Fernando tomó esta salida como efecto del buen humor de su amigo y la celebró largamente; Antonia, cuyos instintos delicados suplían su falta de experiencia, miró con discreta atención al padre y creyó reconocer algo de verdad en lo que acababa de decir; finalmente, la cándida María, dirigiéndose al padre, le dijo:

645 —Quiere decir que desde hoy somos verdaderos amigos —y le tendió la mano, que el padre estrechó con el mayor júbilo.

650 Antonia se convenció de lo que creía suponer, y Fernando, a quien faltaba el principal de los sentidos para juzgar de aquellas emociones, dijo poniéndose en pie y pidiéndole el brazo a su amigo para ir a dar vueltas por la sala:

655 —Vayan, muchachas, y pónganse sus mejores adornos; yo pienso que hemos de estar poco tiempo en México; sacudamos un poco los pesares, que después podremos vivir a lo serio.

MIENTRAS QUE FERNANDO SE disponía a olvidar los pesares de la vida, aceptando con gusto la diversión que se ofrecía en el teatro, Rosita, desprendida de la familia que la había amparado a pesar de su propia miseria, trabajaba por hacerse más pesada y, de todo punto, irremediable su triste situación. 5

A su entrada al convento no le faltaron a la pobre huérfana otras compañeras que, comprendiendo desde luego sus sufrimientos, se interesasen vivamente por ella y procurasen comunicarla las ilusiones que para ellas mismas no tenían ya prestigio alguno. Pero éste era un vano empeño, porque siempre hay algo que nos dice en lo interior cuál es nuestra verdadera situación, y el piadoso engaño de aquellas cautivas servía solamente para que aumentase Rosita sus dolores, notando con sorpresa, que las paredes en que se hallaban encerradas eran para clasificar ciertas especies de mujeres desgraciadas. 10 15

En el primer asueto que tuvo la comunidad, precisamente en la noche de la entrada de Rosita, pudo ésta observar, en su indefinible conjunto, aquella mezcla de deseos reprimidos, de sufrimientos disimulados, de desconfianzas y rivalidades recíprocas, que aun en los cor- 20

tos momentos de distracción que se les permite a aquellas monjas cada mes y cuando hay toma de hábito o
25 profesión, se hallan tan despiertas, tan implacables, que forman como una espesa red para que el pensamiento no vuele y sigan adormecidos los sentidos. La huérfana se estremeció involuntariamente al hallarse en aquella
30 atmósfera, con una sensación semejante a la que experimentamos cuando repentinamente nos sumergimos en agua fría; mas a poco, con la resolución y fuerza de voluntad que la caracterizaban, quiso hacerse ilusión de que aquella era paz y felicidad, y aun llegó a creerlo así, tomando por rebelión, insuflada por el demonio, la especie de resistencia reprimida que le quedaba en el fondo
35 de su alma.

Como no todas las monjas tenían “niña”, no tardó Rosita en verse solicitada por varias ancianas que, desarrugando el ceño y diciéndole palabras afectuosas, se
40 ofrecieron indirectamente a ser sus “nanas”. En los conventos, todo el cariño maternal, que no en balde dio la naturaleza a la mujer, busca objeto a qué dedicarse y se manifiesta en la ternura con que la “nanita” cuida de su “niña”. La auxilia y la protege en cuanto puede; le hace
45 su comida y le dispone su ropa durante el noviciado y en el día del asueto mensual, que es cuando logran estar cerca una de otra, le prepara una meriendita, con tanta solicitud y anhelo como una madre que guarda alguna golosina para el día en que salen sus hijos del colegio. Después que la novicia profesada, pueden ya tratarse con
50 alguna mayor libertad, pues aunque la antigüedad señala los lugares en el coro y en el dormitorio, para las que no son superiores, se buscan, siempre que no están de facción, para contarse sus sueños, para hacer un recuerdo furtivo de la vida del siglo y para juntar sus dolores y
55 sus casi perdidas esperanzas.

La priora había dicho a Rosita al llevarla a la habitación que le destinaba:

—Prefiero ponerte en esta celda, porque aquí vivió la madre cantora sor Juan Inés de la Cruz, célebre por su talento, por sus composiciones, por su hermosura y, más que todo, por su humildad.¹ Aquí vive ahora la madre N., es una excelente nana, pero si no te agrada, avísame para que te pase a otra vivienda. 60

En la sala de ésta, como en todas, había unas sillas corrientes pintadas de verde con asiento de tule, pues no permite otras la regla, algunas estampas de varios santos colgadas en la pared con cuadritos de cartón muy vistosos y, como un objeto de justa distinción para aquella vivienda, el retrato de sor Juana, pintado al óleo. En la recamarita había ya preparada una sencilla colgadura formada de lienzos blancos, que llaman paños, sin adorno ninguno; allí fue colocado el banco verde con pequeña cabecera que el convento da a las religiosas. Rosita sólo había llevado el colchón y la ropa. 70 75

La monja de la celda había empezado desde antes sus oficios de nana porque, al saber que tenía “niña”, había venido a sacudir los paños de la colgadura y a limpiar el retrato de sor Juana. En cuanto a la cocinita, no hay que decir, porque es sabido que poquísimas personas pueden igualar la extremada limpieza de una monja; así es que ya el lector habrá supuesto que los pobres y 80

1 A propósito de esta poetisa mexicana, se dice en un artículo, inserto en la traducción del *Diccionario histórico* de Moreri y publicado en Paris en 1792, lo siguiente: “La madre Juana padeció muchas contradicciones sobre componer versos, sería, sin duda, el motivo lo díscolo que estuvieron entre sí los aprobantes del primer tomo: se le puso entredicho en el estudio de las ciencias mayores por «precepto casero», y entonces enfermó esta prodigiosa mujer de no trabajar con el estudio; así lo testificaron los médicos, y los superiores le hubieron de dar licencia para que sanase con sus tareas. Volvió a sus libros, proponiendo la brevedad en toda ocupación casera, ya de entrar poco o nada en celda alguna, ya en las visitas de rejas que a expensas de no ser descortés, se las costeaba la paciencia. Sólo para responder a las cartas que en verso y en prosa de las dos Españas recibía, un amanuense el más diestro, tendría muy sobrado en que entender. Jamás la observaron quejosa ni impaciente, su delicia era la librería, en la cual entraba a consolarse con cuatro mil volúmenes que la componían.” [N. del A.]

pocos utensilios de aquella oficina albeaban, reverberaban, despedían luz.

85 Apenas había saludado Rosa a su nanita, cuando ésta se apresuró a quitarle un adorno natural, que ella llamó adefesio, con objeto de que las otras monjas no criticaran a su niña y aun para evitar, dijo, un motivo de escándalo, porque la joven tenía su pelo naturalmente rizado y corto
90 que le caía con gracia sobre los hombros, y esto le daba un aspecto de jovencito. La monja comenzó a deshacer los rizos, que creía eran artificiales, y los sujetó con no poco trabajo para hacer con ellos dos trenzas, pues en el convento sería un gran atrevimiento, que a nadie se perdona,
95 el llevar “molote”. Otra falta, o más bien sobra, hubo que remediar: las fundas de las almohadas tenían encajes y fue necesario hacerlos desaparecer incontinenti, lo que verificó la nana sin permitir a Rosita que tomara parte en el trabajo de descoser, pues no quiso que se molestara.

100 Ya se conocerá por esto que la nana de la huérfana a nadie cedía en solicitud por su niña y que ésta no pensó en hacerle el agravio de pedir otra a la madre priora.

Después de aquellos trabajos preliminares, hubo un pequeño refresco, a quien habían sido convidadas las vecinas de más intimidad, en el que campeaban las banderitas picadas sobre un cerco de rodeos y polvorones o en medio de frutas conservadas en platonos de excelentes pastas; la huérfana, encantada de ser el objeto de todas las atenciones, comenzó a hallar muy comfortable la vida
105 del convento. Un incidente inesperado vino no obstante a afligirla mucho, porque repentinamente se presentó una monja que no había sido convidada y, sin que Rosita alcanzase el motivo, disolvió la reunión con su sola presencia. Era esta monja la poseída para quien se había

95 “molote”: “El moño o pelo tenzado que se atan las mujeres en la parte posterior o superior de la cabeza” (DM).

106 rodeos: “Rodeo. Un panecillo o golosina antigua” (DM).

traído la cítara y una señora que sabía tocar un poco en ella; pálida, flaca, aunque joven, de mirada ardiente, llevaba en desorden el escapulario y el manto, y algo roto el hábito. Se sentó sin ceremonia al lado de Rosita, que se había quedado sola con su “nana”, y templando la expresión colérica que se leía en sus ojos contra las que se habían ido, le dijo a la nueva pretendiente, señalando hacia la puerta:

—¡Qué estúpidas! Huyen de mí porque creen que estoy endemoniada.

La nana de Rosita se santiguó al disimulo, y ésta, a quien no pudo menos de interesar desde luego aquella desgraciada, le preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo de profesa?

—Dos años.

—Pues apenas tendrá usted veinte de edad. 130

—Todavía no tenía yo trece cuando murió mi padre; tomé el hábito a los “quince” y he profesado al cumplir los dieciséis.

—¿Es usted huérfana de padre?

—Y de madre también. 135

Rosita no pudo contener un hondo suspiro.

—¿Por qué ha profesado usted tan joven?

—Es la edad en que legalmente puede hacerse; mis tías me decían que esto es muy bueno y yo he encontrado que es muy malo. Como a todas las niñas que entran les digo lo mismo, me llaman las monjas “la Desconsolada”, castigándome de varios modos, hasta que han entendido que debieran llamarme la Desesperada, supuesto que dicen que no tengo remedio. Pero en todo son ellas así, nunca dan a las cosas su verdadero nombre. 140

La Desconsolada paseó su vista por toda la pieza y Rosita, aprovechando el momento en que no hablaba, le ofreció un rosquete azucarado.

—Gracias, hermanita, lo llevaré para mi celda porque no puedo tomarlo. 150

—¿Por qué?

—Porque ayuno todos los días. Yo traía este ramito de flores para usted, ¿quiere usted tomarlo?

155 —Con mucho gusto; ¿qué hay jardín en el convento?

—Hay uno pequeño y arruinado que cuidamos la madre jardinera y yo. Como no tengo otra ocupación, he logrado ponerlo bonito.

160 —¿No tiene usted otra ocupación?

—Ninguna otra.

—¿No va usted al coro?

—¿Para qué?

—Para rezar.

165 —Rezo en mi jardín cuando quiero y sin necesidad del Breviario que para nada entiendo.

—Está muy bonito el ramo que dice usted ha hecho para mí.

170 —¿Para quién otra lo había de hacer? Las monjas dicen que yo y mis flores tenemos al diablo; ¿cree usted esto posible?

175 Rosita iba a responder cuando entró la priora a quien habían ido a dar parte de que la Desconsolada estaba desanimando a la pretendiente. La superiora, que ya tenía ordenes terminantes del prelado eclesiástico, a quien había comunicado la falta de vocación de la Desconsolada, de tratar a ésta con la posible consideración, procurando solamente impedir que su mal ejemplo cundiese, se limitó por entonces a invitar a Rosita y a la monja que la tenía a su cargo para que saliesen a ver la representación de una pastorela que estaban ejecutando las otras monjas.

185 En los siguientes días, no cesó la Desconsolada de traer un ramillete de flores a Rosita, y ésta, que por supuesto no daba crédito a la especie que varias religiosas trataban de infundirle de que aquellas flores por lo menos estaban tocadas del diablo, las guardaba poniéndolas en un trasto de barro, cuidando de renovarles agua.

La mala voluntad de la madre organista, de quien ya hemos hablado, tardó poco en producir su natural efecto, como preludio de lo que debía esperar Rosita más adelante. 190

Al día siguiente de su entrada, hubo que tocar el organo en diferentes horas, y algunas de éstas se le señalaron a la joven para que comenzase a desempeñar sus oficios. Rosita sabía que el teclado del piano es igual enteramente al del órgano, y con esta seguridad no vaciló en pulsarlo luego que le llegó su vez; pero contaba sin la huésped, porque la madre organista había cerrado las misturas que aun por costumbre se dejan puestas en el órgano para que, en el caso de que llegue el ejecutante a última hora, ya no se ocupe en combinarlas. La vicaria de coro se quedó observando la pena que causaba a la nueva organista el no producir sonido alguno, a pesar de que golpeaba el teclado y no obstante que la madre encargada de los fuelles mandaba a torrentes el aire a los tubos, sin producir más que un chillido desapacible que se escapaba de una mixtura mal cerrada. Acordándose entonces vagamente Rosita de haber visto que sacando unos palos que hay al lado del teclado señalados con unas perillas sonaba el organo con más o menos fuerza, sacó a la ventura dos de aquellos palos, pero tuvo que hundirlos con toda precipitación porque fue tal el estruendo que produjeron, y tan disonante, que todas las gentes que había en la iglesia volvieron la vista hacia el coro, sorprendidas de aquel desarreglo. 200 205

Rosita, llena de confusión, miró de un modo suplicante a la madre organista quien, deseosa de mostrar su instrucción delante de algunas monjas que habían venido al coro por oír tocar a la nueva organista, le dijo a ésta: 210 215

—¡Válgame Dios, niña!, ¡qué bien se conoce que nada sabe usted de misturas, aunque son el huevo juanelo!

219 *huevo de juanelo*: “cosa que aparenta tener mucha dificultad pero resulta ser fácil al conocer su artificio” (DLE).

220 “Flautado de seis” en ambas manos –añadió tirando arro-
 gantemente de unas perillas negras que tenían al lado las
 palabras que iba pronunciando–; “Octava” y, si quiere us-
 ted más fuerza, “Quincena y Violón”, son las suficientes
 225 para los casos comunes; aquí tiene usted también los “Lle-
 nos”; pero de éstos no tenemos hoy necesidad y se reser-
 van para cuando toda la comunidad responde una letanía
 o repite las alabanzas.

Después de esta lección, preludió la monja un tono
 con muchos bemoles y ejecutó, con pésimo compás, un
 230 tema del “Tío y la Tía”, se puso enseguida en pie y le
 dijo a Rosita con anticipado despecho: Yo he tocado lo
 de mi tiempo.

Aunque Rosita tocó enseguida bastante bien, com-
 parativamente, dejando satisfechas de su habilidad a las
 235 monjas que habían ido a oírla, le quedó una profunda
 mortificación por el chasco que había llevado y conoció
 que entre sus penas no sería la menor la de sobrellevar
 con paciencia la ojeriza de la vicaria de coro.

Rebozando de aflicción, cuando volvió a su celda
 240 quiso comunicarla a su nanita, pero no la encontró, por-
 que era la madre campanera y estaba repicando; vio a
 poco de estar en la celda que venía a verla la Desconso-
 lada y, olvidándose de los consejos que le habían dado
 para que evitase toda relación con aquella desgraciada, le
 245 dijo lo que acababa de pasarle. La Desconsolada procuró
 darle algún consuelo, diciéndole:

—En la vida de las religiosas, estos disgustos y rivali-
 dades son el pan de cada día; usted no ha tomado el hábito
 ni ha profesado y podrá librarse de todo cuando quiera.

250 Rosita sintió oprimirsele más el corazón.

—Han acabado de aburrirme con sus exigencias
 –continuó la monja–; no tenía otro consuelo que un san-
 to Niño de Atocha, al que tomaba en mis brazos siempre
 que no estábamos en coro; pero una “definidora” quiso
 255 que le cediese mi Niño y yo me negué a ello, de aquí me

han venido los mayores males. Me han quitado mi Niño y lo han puesto en la sacristía, sin que me hayan permitido siquiera verlo, por más instancias que he hecho. Cuando recuerdo que por la envidia de esa mala religiosa me veo privada de mi Niño, no puedo contener las lágrimas: ¡es tan hermoso!, ¡lo había puesto yo tan guapo, con su vestidito de raso galoneado, sus calzoncitos de punto, sus cacles de terciopelo, su sombrerito de cartón!... —y la monja se puso a llorar amargamente. 260

Rosita comprendió con espanto que aquel lloro era producido por el sentimiento de la maternidad que tienen aun las vírgenes; creyó que una fatídica luz alumbraba el abismo en que se encontraba, pero recordando la voz general del convento que atribuía a la Desconsolada relaciones muy íntimas con el diablo, hizo la cruz sin que la viese la monja, diciéndole con gran agitación: 265 270

—¡Me voy, me voy!, porque están llamando a vísporas —y se salió apresuradamente.

En la tarde del día de la Ascensión, recibió Rosita un papel abultado de parte de Clara, por medio de la criada que tenía especialmente dedicada a su servicio, antes de entrar a San Gerónimo; ¡y cosa inesperada! las lágrimas que vio desprenderse de aquella pobre mujer la conmovieron más que las patéticas y aterradoras ceremonias de la toma del hábito y de la profesión. 275 280

Clara le escribía en los siguientes términos:

“Señorita doña Rosita Dávila.

“Su casa, junio 1° de 1848.

“Muy querida Rosita: 285

“Desde tu separación de esta casa, tan violenta, tan inmotivada y tan cruel, no ceso de llorar; ¡es posible, me

digo, que lo que nunca hizo ni pensó hacer cuando está-
 bamos pobres, cuando teníamos que trabajar para ganar
 290 nuestro sustento, lo haya hecho hoy que, por la bondad
 divina, habíamos salido de tan triste situación? ¿Y todo
 por qué? Ella solamente lo sabe, sin dignarse comuni-
 cárselo a su amiga, a su hermana, que está segura de no
 haberla ofendido, ni dádole motivo para semejante pro-
 295 ceder y que, sin embargo, sufre todas las consecuencias,
 como si tuviese la culpa de tal separación. Sí, todas las
 consecuencias pues, por tu causa, Fausto me ha reñido el
 lunes de un modo terrible, tanto que creí iba a pegarme,
 pues no quería creer que tú nos hayas dejado sin motivo,
 300 asegurando que yo lo habría dado. Lloré y lloro tanto
 que ahora trata en vano de consolarme.

“Te digo esto para suplicarte que te vengas. ¡Vuelve,
 hermanita!, ven a animar nuestra triste casa de la que pa-
 rece que ha salido un muerto; ven a regar tus flores que
 305 están mustias y tristes, como si conociesen que les faltas,
 hasta tu jilguero, que empezaba a cantar muy recio, ha
 enmudecido, tal vez porque en lugar de los mimos que tú
 le hacías me ve llorar, siempre que voy a tu retrete.

“¿Verdad que no estás enojada conmigo? ¿Verdad que
 310 todo ha sido un acaloramiento de cabeza, desde la des-
 graciada visita que hicimos a la señorita Antonia?

“Por no haber podido verte ni hoy, ni ayer, ni antier,
 pues la madre portera sólo me responde cuando te bus-
 315 co: “¡Todavía no tiene reja!” Te mando una carta de don
 Justo Amable, que escribió ayer en casa, y otra que pa-
 rece ser del señor Hénkel y que acabo de recibir con un
 recado de la señorita Antonia.

“A propósito de este señor Hénkel: ¡qué hombre tan
 bueno!, ¡qué corazón tan generoso! ¿Crearás que no ha
 320 querido permitir que ninguno de los gastos hechos por
 mi marido, desde que comenzó a visitarnos, se carguen
 a cuenta de éste? ¡Qué más!, hasta los regalos de boda,
 que según recordarás fueron dobles, para ti y para mí,

los ha pagado ya el señor Hénkel! Ayer vi casualmente la
 cuenta, ¡qué minuciosamente llevada!, en ella están los 325
 alquileres de nuestra casita, la pensión de mis padres que
 se pagó en el hospital, el ajuar de la casa en que vivimos;
 todo, todo, hasta el gasto diario de nuestra estada en Te-
 nancingo. Ya verás que todo esto no importa una peque-
 ña suma; ¡y yo que culpaba a mi marido de prodigalidad, 330
 cuando todos los gastos los ha hecho el señor Hénkel!
 Él, según parece, es rico, sumamente rico, y ha podido
 gastar sin inconveniente haciendo bien a una pobre fami-
 lia, mientras que mi Fausto tiene un reducido capital.
 Yo pienso ir a darle las gracias al señor Hénkel en uno de 335
 estos días y no se qué decirle de ti...

“Antes de que leas la carta de don Justo Amable, debo
 advertirte que, según creemos Fausto y yo, ha perdido el
 juicio, seguramente por efecto de sus heridas. Cuando
 supo tu entrada al convento, se conmovió mucho, y lue- 340
 go, serenándose repentinamente y con una seriedad que
 daba miedo, me decía: «¡No lo dude usted, Clarita, el lazo
 único de salvación que me ha quedado está rompiéndose
 y yo me iré al infierno sin remedio!» Este hombre, a pe-
 sar del mal estado de su juicio, ha sentido tu ausencia de 345
 un modo tal que ha hecho enternecer a Roldán, que ya
 sabes cuán poco le quiere.

“Deseara que esta carta fuese una letanía de súplicas
 para que te vuelvas con nosotros; pero reflexiono
 que, si ya nos has perdido el cariño, mis instancias se- 350
 rán importunas. En tal caso ruégale a Dios nos permita
 romper, como tú, los dulces lazos de una amistad de
 más de diez años, sin que para esto sufra nada el cora-
 zón que desgraciadamente en esta vez sentimos herido
 todos los que teníamos el orgullo de contarte como de 355
 nuestra familia.

328 *estada*: “(De *estar*) f. Permanencia, detención o demorar en un lugar”
 (DEL).

360 “A Dios, Rosita, el dolor me ahoga, las lágrimas anu-
blan mis ojos y, cayendo sobre el papel, borran lo que
escribo; piensa siquiera que el sentimiento que las hace
verter es al menos tan puro como la piedad que te ha lle-
vado a ese horrible lugar...

365 “No puedo más, no quiero maldecir esa cárcel en
que te has metido, por el horror que me causa pensar
que un día me arrastre a ella algún fatal destino. Cuando
te considero tan inocente, tan hermosa, no sé que pensar
de la suerte, que así castiga a la virtud...

370 “Consigue que te señalen día de reja para que poda-
mos hablarte. Hoy fui a la ceremonia de la profesión con
objeto de verte, pero mi intención no se logró, porque en
ninguna parte pude distinguírte.

“A Dios, Rosita; sé feliz, aunque para esto hagas des-
graciada a tu verdadera amiga y hermana.

“Clara Nájera de Roldán”

XII

LA HUMILDAD EN EL CLAUSTRO

CUANDO ROSITA ACABÓ DE leer esta carta, un temblor involuntario se apoderó de todo su cuerpo, sus piernas flaquearon y, cayendo de rodillas en el pavimento de la vivienda en que por fortuna se hallaba sola, exclamó: 5

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es la vocación, si cada día ha de traerme tan terribles combates? ¡Tres días llevo en el claustro y nunca sueño sino en mi libertad; y cuando despierto lloro de que mi sueño no sea una realidad! ¡Clara!, 10
¡amiga de mi infancia, compañera leal de mis grandes infortunios, tienes mucha razón para estar quejosa, porque yo he roto bruscamente los lazos más sagrados, los de la familia que debieron serme tanto más respetables cuanto que no es a mi propia familia a quien he llenado imprudentemente de amargura! ¡Clara!, aún eres gene- 15
rosa, porque pudieras reprocharme que tu casamiento con un hombre a quien no amabas tuvo por objeto el que a mi no me faltase nada. ¡Oh!, ¡Dios mío! ¿Será posible que sobre todo lo que padezco tenga que venir el remordimiento? La muerte, la muerte, es ya mi última espe- 20
ranza, porque salir, ¡jamás! ¡Ah!, no son estas paredes las que detienen a las religiosas, no son las pesadas rejas,

que están a la vista de todos, las que hacen imposible la salida: no, lo que enclava a uno aquí es “el qué dirán”,
 25 la crítica sangrienta que hacen de la pobre religiosa las gentes hipócritas que, sin tener la más pequeña idea de lo que aquí se sufre, lanzan una especie de excomuni6n social contra la que rompe sus votos. Verdad es que no soy profesora; pero yo no sabr6a motivar mi salida sin que
 30 se dijese que era yo una infeliz locuela, que juega con las cosas santas. La misma fatalidad que me ha tra6do me retiene aqu6i.

Lo que dec6a Clara acerca de la carta de don Justo pic6 la curiosidad de Rosita y se puso a leerla, no sin
 35 echar antes una mirada indefinible a la otra carta, que seg6n le indicaban, era del se6or H6nkel.

La de don Justo, cuya cubierta rompi6, no ten6a al principio, como es costumbre, direcci6n ni fecha y estaba concebida en estos t6rminos algo estramb6ticos:
 40

“¡Vocaci6n! ¡Indudablemente, mi querida se6orita, en la de usted hay dos, porque a usted la llaman del cielo y a m6 del infierno! *Cur tam varie?* (Iba yo a pedirle a usted perd6n por el latinajo, pero recordando que hoy
 45 todo el d6a estar6 usted con el breviario en la mano, me ha parecido que, un poco de confusi6n y de no entender, nunca est6 de sobra, especialmente para una monja.)

“Vocaci6n es una palabra que significa la acci6n de llamar. Yo creo que todos somos llamados al reino de Dios y que, si no todos son escogidos, es porque hay que exceptuar algunos sordos, pues de otro modo no se comprende c6mo puede dejar de seguirse una tan poderosa voz. Si todos somos llamados, si todos tenemos vocaci6n, ¿a qu6 viene esa alharaca, esos encierros y esos
 50

43 tam : tan.

43 *Cur tam varie?*: “¿Por qu6 de tan distinto modo?” Se usa para censurar a quien en cuestiones id6nticas emite opiniones distintas” (DEFL).

votos de gentes que, cuando nadie lo esperaba, se sienten con una inspiración muy mundana y que quieren hacer pasar como sobrenatural?” 55

Al llegar a este punto, Rosita, a pesar del estado en que se encontraba, se sonrió diciendo: ¡Verdaderamente este hombre está trastornado! 60

“De mí sé decir –continuaba la carta– aunque nadie me lo pregunta, que he sentido únicamente dos vocaciones; primera, la de ser mayordomo de monjas; ésta la adquirí desde que estudié latín en el seminario; segunda, que fuese usted mi esposa. Pues he aquí que, en cuanto a esta última, cuando estoy más entusiasmado por cumplirla, tiene que exhalarse por falta de objeto. Confiese usted que en materia de vocaciones es el chasco más horroroso y que, si no fuera por la mayordomía que me queda como adherida al cuerpo, tendría que salir por las calles preguntando a todo el mundo por mis vocaciones. 65 70

“Cualquiera que sea la verdad de estas teologías, que confieso me son muy engorrosas, tengo que cumplir con usted diferentes deberes de que voy a ocuparme, tomando el hilo de lo que platicamos antier. Yo he mancillado repetidas veces la pobreza de algunas desgraciadas, cuya reparación es ahora imposible; pues bien, deseaba yo que usted volviera a tener en la sociedad el lustre que en otro tiempo la circundaba, porque usted representaba para mí, antes de entrar al convento, se entiende, la virtud desvalida y, al mismo tiempo, fuerte, el santo orgullo del pobre que prefiere la miseria y la muerte antes que sufrir la ignominia. ¿Quiere usted ser en el mundo el ejemplo único, para que esta clase de virtud se vea premiada? Si acepta usted le cedo mis bienes sin condición alguna, sin que se inquiete usted por mi porvenir, pues yo tengo que ir a vivir a San Hipólito. 75 80 85

“Veo a usted ahora en el convento abdicando la mayor ventaja y lo más meritorio en la mujer que es la resistencia. Si todo el mundo conociese a usted como yo la 90

conozco, nada tendría de particular el que se retirase defendida por su propia gloria, pues creo que la única vez que los conventos sirven de algo es cuando reciben en su seno astros brillantes que comenzaban a mirar su ocaso.

95 Una mujer que encanta y que seduce con sus escándalos y que después se arrepiente, un Carlos Quinto que nada tiene que pedir a la suerte sin acreditarse de tonto, son personajes que debieran tener en los conventos su celda preparada; pero una joven honesta como usted, obscurificada y que se atreve a ser buena contra el demonio, mundo y carne, ¿qué va a buscar al claustro? ¿Se esconde para pelear tras de murallas el que acaba de vencer al enemigo en campo raso?

100 “Pero es usted mujer y con esto se dice voluntariosa, débil y tenaz como el alambre; quiere usted ser monja, precisamente porque no debe serlo. Sea en buena o mala hora, a mí me corresponde desempeñar mi último y doloroso deber, mas ya he dicho a usted que soy su verdadero amigo a falta de otra cosa. ¿Qué hace un amigo cuando muere su buena amiga? Busca un buen lapidario y le encarga un mausoleo de mármol, con inscripciones doradas en latín y castellano, desliza un poco de oro en la mano de un pobre poeta y escoge, de entre las composiciones de éste, la que más cuadra a la situación. ¿Se obstina usted, 115 pues, en morir para el mundo y, principalmente, para mí? Pues bien, yo pagaré el dote, la música, el sermón y la cera, el vestido de gala con que debe usted salir a pasear y, cosa bizarra, como diría un francés, vendrá usted a mi casa con su madrina mi señora doña Clara, a tomar un refresquillo, para separarnos después, usted para el cielo 120 y yo para el infierno: ¿Acepta usted?

“Conozco a usted y no sería extraño que saliese con un «no» descomunal. Entonces pongo a usted bajo la siguiente presión moral: El día en que tome usted hábito,

118 *bizarro* : “extravagante, sorprendente o gracioso” (DUE).

que las madrecitas han de procurar que sea cuanto antes, porque ansían el participar de su dicha al mayor número, iré a colocarme junto a usted en el altar y, al levantarse usted para el altar a la sacristía, me levanto yo la tapa de los sesos. 125

“Espera respuesta su afectísimo amigo y servidor 130

“Justo Amable”

—¡Verdaderamente este hombre está loco! –exclamó Rosita–, y lo peor del caso es que, no teniendo yo otro padrino, me veré obligada a aceptar sus oficios. ¡Que pague algo del mal que me ha hecho! Si don Justo, lejos de haber sido un cínico que pretendía envolverme en sus vicios, hubiera sido para mí un generoso protector, el curso de mis ideas sería otro; pero todos los hombres son malos y, al encerrarnos nosotras mismas en estas paredes, deberían conocer que nada esperamos ya de ellos. 135 140

Quedó la joven sumergida por un largo rato en una meditación profunda, luchando interiormente con el indomable instinto de libertad e independencia que grita con más fuerza en nosotros a medida que nos hallamos en mayor opresión. Debió seguramente hacer una gran mella la esperanza en aquel terrible carácter, pues repentinamente se puso en pie, recogió las cartas que se le habían caído, diciéndose a sí misma: Aquí hay una carta del señor Hénkel, acaso se disculpe en ella; tal vez me demuestre mi ligereza, y entonces... 145 150

Leyó con avidez la carta que conocen ya nuestros lectores, y de pronto no la entendió, a pesar de su claridad y sencillez, porque buscaba en ella otra cosa.

Volvió a leerla. Esto en sustancia –dijo con voz alterada, y como deseando ser desmentida por alguno– quiere decir que el señor Hénkel espera que yo lo llame. ¡Nunca! ¡Ni aunque estuviese en el infierno y él pudiera llevarme a la gloria! 155

—¡Ánimo! —continuó hablando consigo misma—, ¡re-
 160 signación!, mala religiosa a quien el menor airecillo mun-
 dano arroja a mil cavilaciones. La vida que he aceptado,
 como decía hoy el predicador, debe ser toda de combates
 165 contra nosotras mismas; y supuesto que anhelamos ser
 esposas del Cordero, es preciso mostrar que, fuera de él,
 ya no necesitamos nada.

En aquel momento entró la superiora a la pieza en
 que estaba la huérfana.

—¿Estás rezando? —le preguntó con voz muy apacible.

—De todo, madrecita.

170 —Nadie se hace en un día perfecta: puedo asegurar-
 te que en más de veinte años que llevo de clausura, me
 siento como si nada hubiese adelantado.

Rosita suspiró al oír aquellas desconsoladoras pala-
 175 bras, que indicaban podía prolongarse el martirio por
 más de veinte años.

—Te busqué en el coro y, creyendo que estabas
 mala...

—No, madrecita, como no me habían escrito de mi
 casa, se me pasó la hora leyendo las cartas.

180 —¿Pues no me decías que no tenías casa?

—Es la verdad, sólo que llamaba mi casa a la de una
 amiga con quien he vivido desde la muerte de mi padre.

—Vengo a comunicarte una cosa para que veas cuán-
 185 to te quiero. Esta noche va a reunirse el definitorio, para
 varios asuntos importantes, y voy a pedirle te dispense las
 pruebas para que te recibas de novicia; ¿te parece bien?

Rosita sintió que se le contenía la respiración; pero
 sobrecogida por una profunda mirada que le dirigió la
 superiora, hubo de responder a media voz: “sí”.

190 —Tengo que prevenirte una cosa, y es que las madres
 definidoras dudan mucho de tu vocación, y la votación
 podría desgraciarse...

190-191 *madres definidoras*: “Las *definidoras* o *discretas* eran cuatro reli-

—¿Dudan de mi vocación? —preguntó aterrada la joven.

—Sí, pues dicen que no tienes el aire de buena religiosa; que hablas a las superiores con prontitud, poniendo un gesto algo desdeñoso y aun, a veces, parece que te burlas, porque tienes los ojos muy mundanos; que nunca los bajas y que hay motivos suficientes para asegurar que eres orgullosa. 195 200

—¿Pero de qué modo podría quitar esa mala idea que tienen de mí, reverenda madre?

—Yo les he dicho que no deben juzgar por las apariencias y que el buen continente de una reclusa, así como su perfección, vienen con el tiempo; pero ellas rebaten mis razones con un hecho al que nada he podido oponer. 205

—¡Con un hecho!

—Sí, porque a pesar de las indicaciones que todas te hemos hecho de que te retirases de la Desconsolada, te has intimado más con ella. 210

—¿Yo?

—Has ido al jardín en su compañía dos tardes y la has ayudado a sacar agua para regar las flores y, como si esto no bastara para probar que haces tu voluntad, sabiendo que la perfecta religiosa no debe tenerla, conservas en la celda los ramos de flores que te trae todos los días. 215

Rosita se quedó anonadada.

—No tienes que responder, lo sé; pero todos estos cargos se desvanecerían como el humo si hicieses una cosa que otras varias han hecho en tu lugar y que han sido después muy estimadas... 220

—Estoy dispuesta a hacer cuanto sea necesario; ya recordará usted, reverenda madre, que desde que tuvo la

gias de las más antiguas y prudentes, y tenían la obligación de tratar reunidas, en consejo, con la Prelada, todos los asuntos concernientes al régimen del convento, y si éstos se referían a los bienes e intereses del mismo, asistía a la conferencia el Mayordomo" (*LIRE*, p. 19).

225 bondad de admitirme le hice esta promesa y yo no acostumbro olvidar lo que una vez ofrezco.

—Me alegro que recuerdes esto, porque bien necesitarás de todas tus fuerzas para hacer lo que según te indicaba han hecho otras en tu caso, y no porque sea difícil en sí mismo, sino porque, recién entradas las pretendientes,
230 conservan todavía las costumbres del siglo y creen que los actos de verdadera humildad son bajezas indignas.

—¿Pues de qué se trata? —interrumpió la pretendiente, abriendo desmesuradamente sus lindos ojos, que con razón parecían mundanos a las definidoras.

235 —Ya te he dicho que es cosa muy sencilla en sí misma y que frecuentemente hemos visto.

—Pues lo haré...

—Irás a pedir su voto a cada una de las definidoras...

—Lo pediré.

240 —Hincándote de rodillas y andando sobre ellas desde la puerta de tu celda...

Rosita lanzó un agudo grito, como si le hubiesen puesto un ascua ardiendo y se cubrió la cara con ambas manos.

245 —Pues si no te hallas dispuesta a hacer esto, yo misma creeré que eres orgullosa...

La joven, poniéndose erguida después de un rato de silencio, manifestando su semblante contraído, del que había huido súbitamente el color, contestó con voz cavernosa que hizo estremecer a la superiora:
250

—Sí, soy orgullosa, no lo niego, siento que lo soy; pero la prueba más grande de ese orgullo estará en lo que mis superiores van a creer que es humildad. Reverenda madre priora, estoy ya de rodillas; ¿no se dignará usted dar su voto para que esta infeliz pretendiente
255 tome el hábito?

La superiora, que de pronto se sorprendió, abrazó con verdadera afección a Rosita, la levantó del suelo y le dijo llorando:

—No es a mí, hija mía, a quien debes hablar de rodillas, pues aunque me llamen priora, soy en realidad la primera de las esclavas; no es a mí a quien debes suplicar, porque te quiero como si fueras la hija de mis entrañas; guarda tus sollozos para las otras, que son tan implacables contra sus compañeras y aun contra sí mismas. 260 265

Rosita estrechó entre sus brazos a la superiora y le dijo con voz entrecortada por los sollozos.

—Voy en este instante a pedir de rodillas los votos y ya sabe usted prácticamente que he de hacer cuanto me mande. 270

—Contando con esa humilde disposición, había pensado que tomases el hábito en la pascua de Pentecostés, que empieza del domingo en ocho, o en el siguiente, que es el de la Santísima Trinidad; ya vez que te tocan días grandes. 275

En esta vez no se percibió absolutamente la respuesta de Rosita; pero la superiora, a quien sin duda, por razón de su oficio, interesaba que hubiese muchas tomas de velo y muchas profesiones, interpretó aquel silencio siguiendo la famosa regla que dice: “El que calla otorga”, y se salió enseguida diciendo a la joven: no pasará mucho tiempo sin que resplandezca en tu persona la gracia de una vocación santa. 280

Algo entrada la noche volvió la priora a darle parte a la pretendiente del buen resultado de la votación. La habían admitido las definidoras, haciendo muchos elogios de su habilidad en la música, que con el tiempo se aumentaría mucho, de su voz, de su hermosura y, sobre todo, de su humildad; y como prueba de su aprecio extraordinario, habían acordado se le diese, además de los cuatro mil pesos del dote, los gastos de la toma de hábito, los del noviciado y los de la profesión, todo por cuenta del convento. La priora tenía una gran satisfacción por anunciarle a Rosita estos acuerdos, pues ella había contribuido mucho, ya por el consejo que había dado a la jo- 285 290 295

ven de pedir los votos de rodillas, cuanto por la firmeza con que había sostenido en el Definitorio las relevantes virtudes de la pretendiente; pero ¿cuál sería su asombro cuando al buscar a ésta en su celda, no la encontró? Era ya la hora de silencio y no juzgó oportuno avisar a nadie de esta ocurrencia, que todavía podía tener causas muy sencillas. Desconfiando, no obstante, sin saber de qué, se fue en derechura a la celda de la Desconsolada, que también encontró vacía. Pensó que estarían en el jardín, porque hacía una luna clarísima, que podía haberlas convidado a gozar del fresco, pues era la época del mayor calor, pero no encontró a nadie en el jardín. Ya se retiraba muy apesadumbrada, avergonzada de su protegida, cuando le ocurrió que acaso se hallaría en el coro; encaminó para allá sus pasos, alumbrando su camino con una linternita que usaba, y luego que la débil claridad que ésta arrojaba pudo vencer un tanto las tinieblas de aquel lugar, comenzó a distinguir dos religiosas que oraban puestas de rodillas. La una con vestido seglar, que era Rosita, estaba muy cerca de las rejas, la otra con el santo hábito, que era la Desconsolada, bastante retirada de aquella que parecía olvidada de sí misma. Ningún ruido exterior turbaba la fervorosa plegaria de la pretendiente; la lámpara que arde siempre en el altar reservado para el Sacramento enviaba sus rayos luminosos, que llegaban medio confusos a quebrarse en las rejas del coro y a veces se oscurecían del todo, cuando se interponía alguna de esas aves fatídicas, que según cuentan, se afanan, aunque en vano, por robar el aceite que alimenta la llama; así también algunos deseos demasiado vivos para ser sólo espirituales vinieron a ofrecerse a la imaginación de la joven, como una terrible amenaza para la tranquilidad que buscaba en el porvenir o como una despedida cruel para el tiempo pasado, pero prevaleció en ella el alma sobre el cuerpo, la fe en el cielo sobre el materialismo del mundo.

La primera que sintió la llegada de la superiora fue la Desconsolada, que hizo seña para que no se interrumpiese la especie de arrobamiento que experimentaba su compañera; pero la priora se había adelantado demasiado y había proyectado la luz de la lámpara sobre la cara de la pretendiente, quien había vuelto en sí como despertando de un sueño agradable, reconociendo entonces a la otra joven que la había seguido por cuidarla. 335

—Ya es muy tarde, hijas mías —dijo la priora con dulzura—; es necesario que se vaya cada una a su celda. 340

Las dos jóvenes se pusieron en pie inmediatamente, obedeciendo aquel mandato.

—Mucho tiempo hace que no venías al coro —dijo la superiora, dirigiéndose a la Desconsolada. 345

—Mucho tiempo, reverenda madre.

—Y tú Rosita, da gracias al Señor de que te han admitido las madres definidoras, señalándote dote y todos los gastos por cuenta del convento.

—Precisamente en esto me ocupaba, cuando ha llegado su reverencia al coro. 350

—¿Pues qué ya lo sabías?

—Sí, reverenda madre.

Efectivamente, la nanita de Rosa, que era definidora, le había dado primero la noticia, encargándole que fuese a dar gracias, a tiempo que entraba en su celda; la priora, que ignoraba esto, atribuyó a algún medio sobrenatural la comunicación de esta noticia y se quedó como confundida y no habló otra palabra mientras acompañó a las dos jóvenes hasta la puerta de su celda. 355 360

Desde el siguiente día se difundió por todo el convento la voz de que Rosita Dávila era una criatura singularmente favorecida del cielo y, entre otras razones que se hacían valer, destituidas algunas de todo fundamento y otras monstruosamente exageradas, se presentaba la conversión de la Desconsolada, contra quien no había podido todo el rigor de la regla y de las superiores y que 365

370 sólo por la misteriosa influencia de Rosita era ya una de las religiosas observantes, pues había vuelto al dormitorio común, asistía con suma puntualidad a los cuatro rezos del coro y ya no armaba camorra por su santo Niño de Atocha.

XIII

AMISTAD

LA HUÉRFANA FUE DISPENSADA por el Definitorio, compuesto de las monjas más ameritadas y observantes, de algunas pruebas que suelen exigirse a las que desean entrar de novicias, y ellas mismas fijaron, para la toma del hábito, la tarde de la dominica de la Trinidad, que apenas distaba unas dos semanas. 5

Durante este tiempo, Rosita recibió varias cartas de Fernando en que le rogaba suspendiese la ejecución del proyecto de hacerse monja hasta que pudiesen hablar, a cuyo efecto le manifestaba que estaría puntual a la reja el día en que quisiese recibirle; pero la joven dejó sin respuesta alguna todas las esquelas. 10

Entre tanto, sufría una dura prueba el maquinista, porque al día siguiente de la llegada del padre don Luis, éste le había manifestado su resolución de casarse con María, si él no se oponía. 15

—Me has indicado desde el momento de mi llegada —le dijo— que de María no has pretendido nunca, ni esperas otra cosa que el cariño de hermana, me has asegurado también que a lo único que te opondrías es a una separación. Te confieso que en estas palabras, tú mismo me has dado la idea de enlazarme con ella, luego que por 20

el rescripto de su Santidad me he visto en aptitud de verifi-
 25 carlo. Debo también decirte francamente, porque nin-
 gún interés me hará jamás proceder con deslealtad, que
 María es la realidad angélica de aquella figura graciosa,
 seductora y diabólica, que según te escribí exaltaba mis
 deseos, hacía más risueñas mis ilusiones y más punzantes
 30 mis dolores. Yo no sabré explicarte esta rareza, aunque
 es lo menos importante para nosotros. Lo que yo deseo
 saber de tu boca es que me digas, con toda lealtad de ver-
 daderos amigos, si María es indispensable para tu felici-
 dad, porque en tal caso devolveré la licencia pontificia,
 35 huiré como san Gerónimo a los montes, supuesto que soy
 tan desgraciado que ya no puedo vivir entre los hombres.
 ¿Qué dices, pues, hermano mío?

Fernando, de pronto, no había dado respuesta algu-
 na; el golpe era rudo e inesperado, interesaba tan hon-
 40 damente su corazón, que las palabras se negaron a ser
 intérpretes de aquella confusión de sentimientos y de
 contradictorias ideas. Su imaginación le presentó rápi-
 damente la serie de favores absolutamente desinteresados
 que había recibido del padre a quien realmente debía
 la vida, pensó también que negándose por egoísmo a sus
 45 pretensiones, reducía a una terrible y tal vez desesperada
 situación al mejor de todos sus amigos. Por otra parte
 reflexionaba y se decía: Yo soy responsable de la felici-
 dad de María y si, por satisfacer deberes de amistad, la
 sacrificio, mi remordimiento será eterno. Ella me ama, y
 50 yo... pienso que no podré vivir sin sentir cerca de mí su
 grata presencia... Pero no hay que tomar por pretexto la
 felicidad de otro, cuando en el fondo del corazón exis-
 te realmente una grande pasión que afecta toda clase de
 formas para defenderse; en esta rivalidad no debe haber
 55 caretas... ¡Que María decida!... ¡Y si ha de haber un des-
 graciado, lo seré yo!...

Todos estos pensamientos, con infinidad de acceso-
 rios, cruzaron con más rapidez que el relámpago por la

mente del maquinista; sin embargo, no pudo formular respuesta alguna, por lo que se vio obligado a decirle el padre don Luis: 60

—Conozco ahora la inmensidad del sacrificio que imprudentemente acabo de proponerte; sírvanme de excusa tus palabras de ayer y mi ignorancia. Perdona, hermano mío, mi insensatez, porque debí conocer que hallarse cerca de María sin amarla ardorosamente requería un esfuerzo sobre humano. No te apenes, ni creas que nuestra amistad por esto pueda entibiarse, ¡jamás! Me volveré mañana a la Nueva Filadelfia a esperar que llegue fray Evaristo, quien me ha escrito que debe hallarse allí, dentro de pocos días; le manifestaré que una gran parte de lo que se hizo en la colonia con su dinero se ha consumido por las llamas y por el pillaje de la soldadesca y que su reposición se debe a tu generosa cooperación. A ustedes dos corresponde determinar de aquello; y mientras que el estado de tu salud y de los negocios te permite ir allí, dejaré la casa en poder de fray Evaristo y de don Abundio, quien te representa muy bien y que se halla muy contento en aquellos lugares. 70 75

Mientras hablaba así el padre, se le había ido acercando el maquinista guiado por la voz, hasta que abrazándole, le dijo con un indefinible acento: 80

—Has dudado de mí, pero no tienes razón. Se trata de la felicidad de María, no de la mía; debo ser por tanto infinitamente circunspecto; la amo, es verdad, la disputaría al mundo entero, pero no contra ti... 85

—Yo te he hablado en el supuesto de que...

—Calla, porque no se trata ni de mí ni de ti, sino de ella; ¿lo comprendes?, de ella; y de antemano debemos obligarnos a respetar su decisión... No temas que abuse de alguna ventaja que acaso pueda yo tener por haberme conocido antes que a ti; ¡no!, pues voy a decirle que no la amo... y que contigo indudablemente asegura su felicidad... No me interrumpas ni te opongas, porque ésta 90

95 es la única manera con que nos aseguraremos, tú de que
 podrás llegar a alcanzar su amor, yo de que he cumplido
 con ella y contigo mis deberes. Vete a la sala y desde allí
 oirás lo que va a pasar.

100 El padre quiso replicar, pero se lo impidió Fernando,
 que con el pelo erizado, pálido y con una terrible agita-
 ción se dirigió, tentando las sillas, a la mampara, y luego
 que dio con ella la abrió y gritó con voz terrible:

—¡María!, ¡María!

105 Ésta no tardó en presentarse con todo el esplendor de
 su hermosura. El padre, a quien había impuesto la espanto-
 sa actitud de Fernando, quiso nuevamente oponerse; pero
 el maquinista, con una solemnidad irresistible, le dijo:

—Padre don Luis, tengo que hablar con esta niña so-
 bre asuntos de familia...

110 El padre se retiró lleno de estupefacción, volviendo
 la cara, como deseando todavía hacer un esfuerzo para
 impedir la escena que debía seguir.

—¡María, hija mía! Acércate; tengo que platicarte
 cosas muy importantes.

115 María y Fernando se sentaron.

—Estás muy agitado, Fernando.

—¿Yo?, no —el maquinista se tranquilizó con sólo el
 esfuerzo de su voluntad; dio una expresión apacible a su
 semblante, y añadió—: son cosas muy gratas las que tengo
 120 que decirte.

—Pues habla y acaso ellas me hagan desistir de la
 idea que aún no abandono y de que te hablé ayer; insisto
 en irme a mi casita.

125 La frente del maquinista se anubló por un instan-
 te, pero inmediatamente volvió a mostrar una absoluta
 tranquilidad.

—En eso ya no hay que pensar.

—¿Por qué?

130 —Porque acaba de pedirte en matrimonio el padre
 don Luis, quien como sabes, tiene ya las licencias nece-

sarias de Roma; es un amigo a quien debo mucho, hasta la vida, así como te la debo a ti.

La joven, con una sorpresa inexplicable, clavó una mirada de fuego sobre Fernando, deseando leer hasta el fondo de su alma; pero no pudo observar más que una calma que se conocía era forzada y que la desconsoló muchísimo. 135

El maquinista debió sentir el influjo de aquella mirada, pues experimentó un estremecimiento nervioso que corrió por todo su cuerpo. 140

—Al lado de mi hermano tendrás una existencia tranquila, vivirás como deseas, fuera de México, en la colonia, cuyos estatutos conoces; yo no puedo ocultarte que, al saber que vas a ser feliz, disminuirán mucho mis penas... Si además de esto, algunas veces me escribes o vienes con él a visitarme... será cuanto pueda ambientar... 145

María creyó ver en esta propuesta un medio con que Fernando deseaba convencer a Rosita de que su antiguo amor era invariable y que, si tenía algún cariño a la pobre joven que había encontrado en las montañas de tierra caliente, no pasaba de una gratitud muy fina en verdad y desinteresada, pero muy tibia para que pudiese rivalizar con aquel primitivo ardor. 150

Esta idea cruel hizo asomar las lágrimas a los ojos de la joven; pero como Fernando no las vio, nada pudo interpretar acerca de su silencio. La tomó una de sus manos y notó que temblaba. 155

—Estás muy agitada —la dijo.

María a su vez ordenó a su cuerpo que obedeciese y, serenándose prontamente, respondió: 160

—Es natural que en estas ocasiones una débil mujer sienta alguna inquietud, sin embargo de que...

—¿Juzgas que uniéndote con mi amigo no serás feliz?

Fernando deseaba que la joven le asegurase que no sería feliz con el padre; pero ella contestó: 165

—Muy feliz será cualquiera mujer que se una con tan apreciable persona; pues aunque le conozco poco, te aseguro que su conversación me encanta, que su voz me atrae, que su figura me seduce...

170

Una sorda e indefinible interjección, que parecía quejido de un moribundo, se le escapó a Fernando e interrumpió a María:

175

—Es una felicidad para todos el que juzgues así a mi amigo, a mi hermano, quien puedo asegurarte te profesa una decidida pasión; voy pues a llamarle para darle una respuesta favorable que él ansía...

180

—¡Pero es muy pronto!... —se atrevió a decir la joven enclavijando las manos en actitud de ruego.

—Para estas cosas nunca hay demasiada prontitud... —y Fernando tiró del cordón de la campanilla.

185

María, creyendo que todo aquel apresuramiento tenía por objeto la satisfacción de su rival, hizo un decisivo esfuerzo sobre sí misma y dijo, al notar que el padre al oír la campana iba a entrar a la pieza donde estaban:

—Sí, dile que estoy dispuesta a unirme con él para siempre, pero que es porque tú lo quieres; y desapareció por la mampara.

190

El padre, que había oído todo, presenciando una lucha terrible entre el amor y la verdadera amistad, quedó asombrado, él que era tan virtuoso, de que hubiese triunfado esta última.

XIV

EL DÍA DE LA LIBERTAD

CUANDO LE NOTIFICARON A Rosita que estaba admitida como novicia por el Definitorio y que éste señalaba, para el día de la toma del hábito, el día de la Trinidad, exclamó involuntariamente, como Clara en Almoloyita: ¡Tan pronto!, como todas las personas a quienes tiraniza un adverso destino. Esta misma exclamación es la que hace la joven que muere en la flor de la edad y el que camina al cadalso, cuando todas sus esperanzas están vivas. Repuesta de aquella sensación, escribió a Clara un billeteito, diciéndole:

“Clarita: en la primera reja que me concedan, te llamaré para platicarte largamente, si es que la madre escucha no me lo impide; pero como pudiera suceder que no tenga este gusto antes de tomar el velo, pues ya estoy admitida como novicia, te ruego que seas mi madrina en tal ceremonia, que será del domingo en quince, el día de la Santísima, y que le digas a don Justo que acepto su ofrecimiento para ser mi padrino en unión de un sacerdote que él mismo buscará.

12-13 *madre escucha*: Las religiosas “*tenían reja* cada quince o veinte días para recibir a sus parientes y a sus amistades, mas en ningún caso dejaba de estar presente la *Madre Escucha*” (*LIRE*, p. 19).

20 “Te suplico que no te aflijas por mí; cuando pienso en esto, siento que se debilita mi vocación.

“A Dios, Clarita; da mil expresiones al señor Roldán y a tus padres, y ruega a Dios que le conceda a tu amiga lo que le he pedido.

25 “Rosa Dávila”

Para tomar el hábito, no quiso usar Rosita de los varios días de libertad que generalmente se conceden a las que van a entrar de novicias. ¿A dónde podría ir la pobre huérfana? El día de la Trinidad, cediendo a los ruegos de
30 sus padrinos y a las indicaciones de las superiores, que le guardaban extraordinarias consideraciones, se decidió a salir por sólo aquel día, para volver a tomar el hábito en la tarde.

Don Justo, Clara y Fausto, seguidos de muchos convidados, esperaban a Rosita en varios lujosos carruajes que
35 estaban en la portería de san Gerónimo. Faltaba el otro padrino que, según costumbre, debe ser sacerdote. Amable había convidado al cura del Sagrario, y no aparecía, por cuya causa no marchaban, hasta que viniendo un criado,
40 a todo correr, trajo una esquila en la que el cura le decía a don Justo que se había visto precisado a acompañar en San Ángel a unos novios, que en aquella mañana se habían desposado; pero que debiendo ser la comida de la novicia en el mismo pueblo, se les uniría al momento en que
45 llegasen. Con esta noticia ya se pusieron en camino.

26-27 *varios días de libertad*: Hecha por la aspirante “la renuncia de los bienes de que podía disponer a favor de los pobres, preparábase a entrar en el convento, a cuyo acto precedían los *tres días de libertad* durante los cuales la joven, ricamente vestida, muy alhajada y acompañada de su madrina, paseaba en carruaje, yendo y viniendo por las calles de la ciudad, para hacer sus visitas de despedida a todas sus amistades, siendo frecuente que de cada casa saliese más adornada con una flor prendida en el pecho y la cual contenía una moneda de oro, la que, unida a las demás, servíale muchas veces para completar el dote de 4,000 pesos de que se hacía cargo la mayordomía del convento” (*LIRE*, p. 14).

De antemano, había remitido Amable varios trajes de mucho lujo y Rosita había escogido un vestido blanco de punto que era precisamente el de menos valor y una corona de rosas de Jericó y Bengala, con la que apareció en la portería, montando con Clara en un landó abierto. Don Justo, vestido de luto, subió a otro coche con Roldán. Rosita había indicado a su padrino, cuando fue a rogarle que saliese, el deseo de pasar el último día de su libertad en la misma casa de San Ángel, en que se había celebrado su natalicio, dos años antes, y tal deseo iba a ser cumplido, pues al efecto no había perdonado el mayordomo gasto ni fatiga. El poco tiempo de que había podido disponer, no le había permitido hacer las reparaciones que la casa exigía para ponerla en el mismo estado en que la había visto Rosita por la última vez. Los destrozos hechos en parte por el abandono y mucho más por los americanos ofrecían un triste ejemplo de la fácil decadencia de las cosas humanas. Los árboles más frondosos, derribados para alimentar las luminarias en que se calentaban los invasores, presentaban apenas un tronco mutilado, que en vano se cubría de retoños para recobrar su perdida lozanía. Sólo quedaban los pedestales truncados que en otro tiempo sustentaban estatuas primorosas distribuidas en medio del jardín. La yerba había invadido todos los senderos, y los que antes habían sido prados esmeradamente atendidos, en que se leían los nombres de Rosita y su padre como un obsequio del jardinero que abonaba el terreno de manera que el crecimiento del pasto marcara las letras necesarias, eran ahora matorrales abandonados. Los peces de los estanques se habían extinguido; los faisanes, los cisnes y los pavos reales habían desaparecido. El gran cenador había perdido sus molduras y hasta sus vidrios, y la estatua de la Abundancia, que no podía ser impasible en medio de tanta destrucción, carecía del cuerno que producía flores y frutos, y tenía mutiladas las manos, por lo que pareció más conveniente retirarla de la vista de los convidados.

La comitiva había salido algo tarde de México, por la razón que ya hemos dicho, así es que, a poco de haber llegado y habiéndose incorporado a ella el cura, se dispuso servir el almuerzo, lo que a Rosita pareció muy bien, para disminuir el tiempo que pensaba estar en aquella casa que en otro tiempo había sido suya, pues todo el gusto que esperaba tener de visitarla se le había cambiado en profunda tristeza. Tenía además que hacer varias visitas que le habían encargado algunas monjas, y era necesario, para verificarlas, pasar a varios conventos en México en el resto de la tarde.

Cuando se comenzó a servir el almuerzo, Rosita creyó que debía dar el ejemplo manifestando alegría, aunque no la tuviera, y propuso que siendo la costumbre que las señoras fuesen atendidas de preferencia y obsequiadas por los señores, en aquella ocasión fuese al revés. Esta proposición suscitó alguna oposición de parte del sexo feo; pero venció la insistencia de las señoras que se pusieron desde luego de parte de Rosita, animándose mucho con este motivo, y con el auxilio del buen vino, la alegría del convite que a los principios andaba escasa.

Rosita estaba en medio de sus padrinos, lo que daba ocasión al mayordomo para suplicarla que no profesase, quemando sus últimos cartuchos sin que el respeto de la concurrencia le detuviese, pues toda se hallaba revuelta por la emoción que acababa de hacer la novicia. En un momento en que se restableció el silencio, Rosita, con objeto de acallar la inoportunidad del mayordomo, dijo al otro padrino con amabilidad.

— Señor cura, no puedo perdonarle a usted que el día de mi libertad haya tardado tanto en ir a sacarme del convento y que al fin nos haya usted dejado esperándolo.

— Voy a disculparme, ahijadita; tuve hoy un casamiento de mucho rumbo...

— Pudo hacerlo el vicario.

—No, porque las personas que se han unido son de distinción y me suplicaron estuviese presente; después me comprometieron a que las acompañase a este pueblo y ya ve usted, las he abandonado por reunirme con ustedes. 120

—¿Qué tal era la novia?

—¡Hermosísima!, tanto como usted ahijadita.

—Gracias, padrino; ¿no toma usted un poco de vino del Rhin? 125

—Yo, dulcecito.

La novicia tomó en las manos una botella y leyó: “Lágrimas de San Pedro”.

—Éste es muy suave, padrino —y le llenó una copa mediana al cura, quien la apuró enseguida elogiando la calidad del vino. 130

—Con que decía usted padrino, con mucho entusiasmo por cierto, que la novia es muy hermosa...

—Sí, ahijadita.

—¿Recuerda usted su nombre? 135

—María —contestó bruscamente el cura, haciendo los honores a un buen plato de pichones que acababan de ponerle delante.

—¡María!, todo mundo se llama María, es decir, el mundo en que yo vivo, señor cura; pero preguntaba por el apellido de la novia. 140

—¿El apellido de la novia? —repitió con voz no muy clara el cura, pues acababa de llenarse la boca.

Rosita volvió a ponerle vino en la copa, y después que lo tomó de un sorbo, desembarazándose con aquella avenida de líquido de los obstáculos que pasajeramente le impedían el libre uso de su lengua, exclamó mirando para el cielo del cenador, como queriendo hacer un recuerdo: 145

—¡Ah!, ya caigo; se llama Hén... Hén... Hén... ¡Estos diablos de nombres extranjeros! 150

La joven, que también había bebido vino y que ostentaba en su blanquísima epidermis el suave carmín de

155 la rosa de Jalapa, instantáneamente se puso tan pálida como don Justo a quien tenía a su lado, sumergido en una profunda meditación que sólo interrumpía para hacer frecuentes libaciones.

—¿Decía usted, señor cura, que la novia se llamaba María Hénkel? —preguntó dominando su emoción la novicia.

160 —Sí, estoy seguro, así escribí yo mismo la partida.

—Pero no me ha dicho usted el nombre del esposo; añadió con visible inquietud la joven.

—¡Usted no come, ahijadita! —dijo el cura, no queriendo, al parecer, continuar aquella conversación.

165 —¡Otra copita, padrino! ¡Otra copita! —exclamó la joven, como si no hubiese oído lo que éste le decía; pero al echar el vino lo vertió inadvertidamente en la mesa.

—Yo tomo el vino y a usted le hace el efecto, ahijadita.

170 —¡Qué torpe soy!, lo echaré en esta copa grande —y la joven quedó con la botella en la mano en ademán de llenar la copa, preguntando antes de verificarlo:

—¿Cuál es, pues, el nombre del novio?

—Lo que es el nombre del desposado, no lo puedo decir, ahijadita.

175 —Es que tal vez ese nombre es el único que me importaría saber.

—Los nombres sólo nos importan por las personas...

—Así es.

180 —¿Luego, usted quiere saber quién es la persona casada con María Hénkel?

—Exactamente.

—Pues figúrese usted lo más difícil, lo imposible casi...

—¿Y?

185 —Y no acertará.

—Por eso deseo y suplico a usted que me diga quién es.

—No puedo, ahijadita.

—¿No son públicos los casamientos?

—Sí, pero...

190

Urgido por la última pregunta el cura, que efectivamente había asistido al matrimonio de María con el padre don Luis, no sabía que responder, pues no quería divulgar el casamiento del sacerdote; le ocurrió entonces un ardid que le pareció sencillo y sin consecuencias y fue el de confundir el nombre del padrino con el del nuevo desposado.

195

—¿En qué piensa usted, padrino?

—Deseaba darle a usted las señas del novio, ya que no me acuerdo del nombre, para que en el caso de que lo conociese usted, me lo recordase, pero ni aun eso puedo, mi memoria es mala, apenas recuerdo que el novio es casi ciego.

200

—¡Casi ciego! —interrumpió muy agitada la novicia.

—Sí, y tanto que le llevaba de la mano la madrina; ¡y decían que estaba muy aliviado!

205

Rosita continuaba en aptitud de echar el vino.

—¡Pero por Dios, padrino, acabará usted de decir el nombre de...!

—¡Ah!, ya caigo... esto es...

—Se llama...

210

—Fernando Hénkel.

El sonido finísimo que produjo la copa al romperse, por un golpe demasiado fuerte que Rosita le dio con la botella, y la acción repentina con que la joven quedó desmayada sobre su asiento causaron en el cura la mayor confusión y comenzó a dar algunos gritos muy alarmantes, que trajeron a la concurrencia en derredor de Rosita.

215

—¡Un médico!, ¡un médico!, ¡Fausto, ve por un médico! —gritaba Clara, que inmediatamente había venido a tomar en sus brazos a la novicia.

220

Roldán se apretaba las manos, mirando a todos lados, porque no sabía dónde podría hallarse un médico con la prontitud que era necesaria, hasta que el cura le dijo:

—Mire usted señor, aquí a dos pasos, entre las personas con quienes he venido vi que le decían a uno de los

225

concurrentes doctor, sin ser eclesiástico, seguramente es médico, vaya usted a llamarle, luego, pues el caso aprieta.

Fausto fue a traer al médico, mientras que Clara hizo llevar a Rosita a una de las habitaciones de la casa.

230 El médico no tardó en llegar seguido de Antonia Hénkel y de María, a quienes el enviado había instruido del accidente ocurrido a Rosita y venían a socorrerla.

Mientras que penetraban a la pieza en que se hallaba la paciente, don Justo Amable, en una extraña peroración y teniendo en la mano la corona de rosas que había traído en la cabeza la novicia, explicaba a algunos amigos, que se habían quedado con él, los naturales efectos de la vocación con todas las apariencias de hallarse completamente borracho.

240 —¡Vocación! —exclamaba como si estuviese en un púlpito—, ¡todos la tenemos! Yo reconocí desde mis mocedades que era llamado a la mayordomía, porque soy, o era al menos, codicioso, duro de corazón, afable y meloso con todas las gentes de alguna valía, entonado con los pobretes, el santo de las iglesias, demonio y carne en este pícaro mundo.

—Pero veamos, amigo don Pancrancio —dijo tomando la mano a uno de los que le escuchaban—. ¿No todas las profesiones son en el fondo unas mismas? Usted, que es comerciante, adula al almacenista que le fía, besa la correa del agiotista que le saca de apuros, para maldecir de él en secreto; eso importa un comino, pero apuesto a que se sintió usted desde chiquillo llamado a la noble profesión que ejerce. Vivir del prójimo, amigo mío, ésta es la vocación universal; vender al público dando poco y malo por la mayor cantidad de dinero posible, he aquí el secreto del comerciante.

255 Con la risa en los labios, como si hubiese oído muy lisonjeras alabanzas, se alejó un poco don Pancrancio, dejando descubierto a un hombre gordo, mofletudo, colorado y vestido con poco gusto.

—¡Oh!, ¡mi querido señor don Arnulfo!, ¡todos los
 comerciantillos se maman el dedo junto a usted! Prestar
 con logro es el *summum* del saber; usted no tiene camo-
 rras, pues le ruegan para que haga pingües ganancias. 265
 Toma usted la alhaja y hace un gesto feo, que en usted es
 cosa muy fácil, pues tiene grandes disposiciones y mu-
 cho arte; la apoca, calcula usted prestar sobre ella un
 tercio de su valor, descuenta anticipadamente el logro,
 de un cuatro o un seis por ciento mensual, y ¡zaz!, ¡un 270
 recibito del dueño en que aparece vendida la prenda con
 el ingenioso pacto de retroventa! Que se expongan en el
 camino público los ladrones, es muy puesto en razón,
 pues su vocación es la horca; pero un hombre de nego-
 cios, con cerrar una puerta de su prendería para que no 275
 penetre mucho la luz o poniendo un testafarro que car-
 gue con la odiosidad, ha asegurado una de las mejores
 canonjías que la sociedad agradecida concede al trabajo,
 a la honradez y a la economía.

—Tiene usted razón en sonreírse, señor don Atenó- 280
 genes —dijo Amable dirigiéndose a un hombre flaco, pá-
 lido y de ojos centelleantes—; al lado de ustedes los juga-
 dores, somos niños de teta los comerciantes, los usureros
 y hasta los mayordomos de monjas, con todas nuestras
 camándulas y la fama que llevamos de revoltosos. El jue- 285
 go es las sinopsis más acabada del estado social; venid
 aquí, dice a todos los pobres, acudid todos los que estáis
 agobiados, yo los acabaré de empujar a la mendicidad.
 En el juego se premia al más diestro y se le recompensa
 ampliamente. ¿Quién no tiene una regular idea de su 290
 propio talento? ¿Sois hábil?, pregunta el jugador al que
 se le acerca; pues tomad cuanto oro queráis e id a pre-
 gonar por el mundo el triunfo del dinero. Sin inquietud
 y sin remordimiento, gozad, comprad a los poetas y a
 los políticos que son locos de un género aunque de dis- 295
 tintas especies, corromped la belleza, humillad al traba-
 jo, reíos de la virtud, pues sabéis cuándo ha de venir la

“Sota” para el “Tres” o el Tres para la Sota; pero ¡ay del
 que no supiere este secreto!, más le valiera no haber na-
 cido, porque le dice el jugador: no sabéis atinar cuál de
 300 esas cartas viene primero, pues bien, sois mi esclavo, y
 lo sois con vuestros hijos; id a arrancar las alhajas que
 adornan a vuestra mujer; empeñaos cansando a la amis-
 tad, vendeos para siempre del alma y cuerpo, recibid un
 305 cohecho, participad de un robo, pedid el premio de una
 traición y ofreceos a una infamia, mientras os espero en
 esta carpeta, pues os tengo cogido; he sobreexcitado, vol-
 canizado las pasiones que Dios quiso daros para el bien y
 que por mi arte están sirviendo para el mal; apresuraos a
 310 cumplir vuestra vocación y la mía; vaciad vuestros bolsi-
 llos y henchid mis cofres; después quedaréis en libertad
 de ir a llorar de miseria con vuestra familia sin tener a
 quien quejaros, pues nadie os ha violentado; os perdéis
 por actos muy voluntarios, ensayando el ser diestros,
 315 invocando a la fatalidad que es el culto del demonio.
 ¡Cumplís con vuestro destino, así como nosotros con
 el nuestro, que gozamos de las mujeres como Salomón,
 nos alimentamos como Lúculo, gobernamos la socie-
 dad en nombre del oro, con imperio más verdadero que
 el de los napoleones...!

—Os reís de mí, señores políticos —continuó diri-
 giéndose a dos personajes que ocupaban los extremos del
 corro que se habían formado delante del mayordomo y
 que creían degradarse si se acercaban el uno al otro—; os
 325 reís de mí y acaso decís en secreto que soy el diablo pre-
 dicador; sea en buena hora, pues estáis en vuestro dere-
 cho; aunque cuando llega la vez, no sabéis respetar el de
 los demás. Sois el uno escocés, borbonista conservador o
 reaccionario, todo es lo mismo; el otro sansculote, fede-
 330 ralista, puro, todo va allá: pues tened el mayor cuidado,
 señores médicos de la patria, porque no sabéis cuál es la
 enfermedad de que adolece; sois empíricos, tanto preten-
 déis curar con la agua fría como con el agua caliente, y

todo va de mal en peor; sin querer tomar en cuenta los hechos, lo cual sería en vosotros la señal de un extraordinario buen sentido, sabed que todos los partidos en este desgraciado país lo han hecho muy mal; vuestra regla es hacer lo que más se opone a lo que hacen vuestros contrarios y todos en sustancia causáis perjuicios irreparables, aunque en escala opuesta. El liberal, que proclama la absoluta libertad del pobre, cumple su vocación y dice a la vez una imperdonable tontería, pues no hay mayor esclavitud que la que impone el vientre vacío; el reaccionario que sueña retrasar las cosas al año de ocho es un estúpido que también cumple su vocación, queriendo volver el río a su origen. 335

Libertad y orden son una misma cosa, señores, cuando hay honradez; la diferencia la dan los bribones según el lado en que se cargan... y como son tantos, hay sobradamente para los dos partidos... 340

Los que escuchaban al mayordomo de monjas no sabían qué pensar al oír tan inesperada peroración, que amenazaba no perdonar a ninguno de los circunstantes, cuando vinieron las señoras que habían acompañado a la novicia, a quienes Clara había persuadido volviesen a la mesa, pues quedaba la enferma con el médico y los de su familia. 355

Don Justo, muy obsequioso con toda la concurrencia a la que suplicó terminase el almuerzo, invitó al cura que también había acompañado a la paciente, diciéndole: 360

—Siéntese usted, señor cura, y hablaremos un poco acerca de la vocación; gusto mucho de hablar con la gente entendida.

El ruido que comenzaron a hacer los convidados impidió el que se oyese lo que don Justo y el cura platicaron, que a veces fue de mucha animación de parte de este último, quien puso fin a la conversación agarrándose la cabeza y diciendo: 365

—¡Decididamente está loco el hombre!

370 Entre tanto pasaba esta otra escena en la pieza en
que estaba Rosita: Recostada en un sofá, pues no ha-
bía cama, mostraba una languidez alarmante, tenía los
ojos entreabiertos, de los que se escapaban de tiempo
en tiempo gruesas lágrimas que rodaban por sus meji-
375 llas; aún no había distinguido quiénes la rodeaban, que
eran como hemos indicado: Clara, María y Antonia; el
médico estaba cerca de su cabecera observándola aten-
tamente; don Fausto había ido a traer lo que el doctor
había ordenado.

380 —¡Rosita!, ¡Rosita! —exclamaba Clara, tomándole ca-
riñosamente la mano; ¡vive para hacer la felicidad de los
que te aman!

La paciente abrió los ojos y, paseándolos vagarosos
por la estancia, dijo con voz dolorida:

385 —¿Dónde estoy?

—Con sus amigos, con su familia a quien había us-
ted olvidado —contestó Antonia.

Rosita se esforzó en reconocer a todos y murmuró en
voz algo inteligible:

390 —¡Antonia! ¿Y cómo la han dejado entrar aquí? Cla-
ra, ¡siempre tan cariñosa conmigo! ¿Te acuerdas de aque-
lla terrible noche en que murió mi padre? ¿Quién es esa
otra señorita? —preguntó refiriéndose a María, que esta-
ba algo más lejos y un poco cubierta con Clara.

395 Ésta retiró su silla de modo que Rosita distinguie-
ra a María. La paciente, al verla, hizo seña para que se
acercase, tendiéndole la mano que María apretó entre
las suyas.

400 —¿Por qué tienes esa corona de rosas blancas, vas
también a profesar como yo? Pero yo te he visto en algu-
na parte, ¿quién eres?

María iba a responder, cuando lanzó un grito la en-
ferma, diciendo:

405 —¡Su esposa! ¡Su esposa! —y se incorporó hasta sen-
tarse en el sofá. María iba a retirarse.

—No, no te vayas; también voy a casarme, y como mi prometido excede en hermosura a todo lo creado, cometería una grave falta si echara de menos el amor de algún hombre. Es verdad que en un tiempo yo quise mucho a ese con quien ahora te has casado; por esto no te enojas, ¿es verdad? 410

María, sollozando, abrazó a Rosita; ésta continuó:

—Fuera de que ese tiempo pasó; ¿y le quieres mucho? Sí, debes quererle porque es bueno; yo todavía le quiero... pero ya ese tiempo pasó... 415

Antonia, que conocía la equivocación que hacía sufrir a Rosita y que de paso torturaba el corazón de María, preguntó:

—¿Pero de quién habla usted, Rosita?

—¡Silencio! —respondió con severidad la paciente; y estrechando cariñosamente a María, le decía con mucha ternura: 420

—Anda, hija mía; anda a la felicidad, que no en balde el cielo te hizo tan hermosa, mientras que a mí...

Un profundo y prolongado suspiro mostró cuánto sufría Rosita en tal momento. 425

—¿Me quieres? —preguntó María, haciéndole un cariño.

—Sí, aunque eres la causa inocente de mi desgracia... El moribundo no puede odiar a nadie, pues que tanto necesita del perdón de Dios; así la que va a profesar, que se mete a la tumba para esperar allí la muerte. Delante de personas que mucho me han amado, debo conceder a mi corazón el último desahogo que en toda la triste vida que me resta será permitido y por esto voy a decir lo que siento en este momento. 430 435

Clara y María escuchaban sollozando a la novicia que se había puesto en pie.

—Yo he amado una sola vez, pero no sabré decirte qué ha sido mayor en esta pasión desgraciada, si la ternura o el orgullo. Debes compadecerme, María, por- 440

que tú que has nacido y vivido libre, sin las exigencias
continuas que me han rodeado desde mi cuna, que me
han aprisionado en mi infancia, y más aún, en mi triste
445 aunque brillante juventud, no comprenderás, tal vez,
por qué una pobre mujer tiene que asirse siempre de un
poco de altivez que la defiende de las críticas injustas
y de las acusaciones calumniosas. Formada así en una
segunda naturaleza, todos mis afectos, todos mis go-
450 ces y dolores se han resentido, primero de la vanidad
que a porfía todos me inspiraban, y de que pronto supe
curarme, después de la soberbia, que te confieso ha te-
nido siempre un eco poderoso en mi alma. Pues bien,
ahora que nada soy, que nada espero, que no temo a la
455 sociedad, es cuando me despojo del orgullo que me ha
acompañado tanto tiempo; pero al sentirme libre de este
peso que me agobiaba, descubro que vive aún en mí el
amor de un hombre a quien he preferido en otro tiem-
po, porque era bueno. Pero no te alarmes, María, que
460 nunca te lo disputaré; marchó resignada a la muerte del
claustro donde espero morar por poco tiempo, pues lle-
vo una herida mortal: ¡te he dicho ya que soy humilde!
Permíteme la última confesión de hermanas, después de
la cual iré a cubrirme para siempre con el santo hábito,
465 pues me quedan ya pocos momentos de libertad, y no
extrañes que mi última palabra se refiera al hombre que
he amado, porque cuando pienso que vas a estar toda
tu vida con él, que vas a tener la dicha de probarle a
todo momento tu amor, de consolarle en sus dolores,
470 de guiarle, porque a un ciego es necesario conducirlo
por la mano...

María se puso tan pálida como Rosita y comenzó a temblar.

—¿Te espanta tu propia felicidad?... ¡Veremos si yo
475 tiemblo al pronunciar mis votos! Días hace que te he con-
vidado para que los presenciaras; ¿qué nada te ha dicho
“él” acerca de esto?

—Me espanta el pensar —dijo María— que para disfrutar la felicidad de que hace poco me hablabas, hubiera sido preciso que yo te hubiera privado de ella. 480

—Eso es lo que has hecho.

—¡Nunca!

—¿Pues no te has casado hoy?

—Sí, precisamente ahí viene mi marido —y señaló con la mano hacia el lado en que llegaba un joven elegantemente vestido, en quien no se notaba otra insignia de sacerdote que el llevar cuello; pero como traía del brazo al maquinista, Rosita quedó en una completa incertidumbre y, por ella, en una actitud indefinible. María, a la sazón que llegaba el padre don Luis y su amigo, tomó la mano de éste y lo acercó a donde estaba Rosita, diciéndole con resolución: 485

—¡Fernando!, tú me has dado un esposo a quien amaré más que a mi vida; ahí tienes a la virgen de tus primeros amores que merece toda tu ternura. 490 495

—¡Rosita!

—¡Fernando!

Un tierno abrazo que se dieron la novicia y el ciego fue el principio de su reconciliación.

En ese mismo día, la superiora del convento de san Gerónimo, a tiempo que esperaba la novicia, ya formada la comunidad en el coro bajo, recibió una esquila en que se le avisaba que Rosita había sufrido un ataque inesperado y que el médico era de opinión que en mucho tiempo no volviese a la clausura. Un bienhechor desconocido acompañaba a esta esquila una libranza de cinco mil pesos, para que sirviese de dote a la primera niña que “sin profesar” quisiese vivir en el convento, indicando que esta limosna era en remuneración de los cuidados que en aquella casa había recibido la señorita Dávila. 500 505 510

EPÍLOGO

DIEZ AÑOS DESPUÉS

EL ESTRUENDO DE LOS combates a que estaba entregado México desde 1810 se hacía escuchar con más fuerza en el año de 1858, en varios puntos importantes de la República, dando principio a una guerra civil tan encarnizada y asoladora como la de la insurrección. 5
El partido reaccionario había vencido en México y en Salamanca, y se preparaba a asediar a Guadalajara, en donde había tenido lugar con anterioridad una sedición de la tropa de línea y los presos de la cárcel, que llegaban a ochocientos hombres contra las autoridades locales, y 10
la suprema, que en aquella ciudad estaba refugiada, en marzo del año a que nos referimos. El presidente legítimo huía con sus ministros después de haber corrido los mayores riesgos en Guadalajara, con dirección al estado de Colima, escapando otra vez en Santa Ana Acatlán de 15
las garras de los pronunciados, a quienes la guardia na-

6-7 *en México y en Salamanca*: “El mando del ejército de la coalición fue encomendado al general Anastasio Parrodi, quien acordó con Juárez el plan de campaña que opondría al ejército conservador comandado por Luis G. Osollo. En el primer encuentro en Salamanca, las tropas liberales sufrieron una seria derrota, y con ellas la separación de las tropas de Guanajuato del ejército de coalición” (DÍAZ 1994, p. 843).

cional de Jalisco había obligado a capitular y a soltar su
 importantísima presa, pues dio la desgracia que los capi-
 20 tulados y los miembros que componían el supremo go-
 bierno siguiesen casi un mismo camino y se encontrasen
 en el pueblo indicado, donde se trabó un nuevo combate
 entre la corta fuerza que custodiaba al Presidente y los
 rebeldes de Guadalajara. Este contratiempo, terrible por
 lo inesperado y porque venía después de otros muchos,
 25 no fue motivo suficiente para batir el ánimo del jefe de
 la nación y de sus ministros; sin embargo, de que única-
 mente tenían delante de sí, como medio de salvación, el
 destierro, embarcándose por el Manzanillo, si atendían
 sólo a la pujanza que había adquirido el bando clerical
 30 con la caída de don Ignacio Comonfort y con el triunfo
 sobre la coalición de los Estados.

Don Benito Juárez, hombre que guarda en lo más re-
 cóndito todas sus impresiones, sin permitir a los músculos
 de su cara que se contraigan o se alarguen para expresar
 35 la alegría o el dolor, indio puro, que se ha elevado a fuerza
 de su mérito, el cual consiste principalmente en su carác-
 ter indomable; don Melchor Ocampo, talento privilegia-

31 *coalición de los Estados*: “[...] los bandos políticos se definieron en forma terminante: de un lado, los conservadores con el programa de Zuloaga; del otro los liberales, con los principios de legalidad proclamados en Guanajuato. Dispuestos a defender la Constitución de 1857 y con ella el presidente Juárez, se hallaban los estados de Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Michoacán, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Colima y Veracruz. Por el Plan de Tacubaya, los de México, Puebla, San Luis potosí, Chihuahua, Durango, Tabasco, Tlaxcala, Chiapas, Sonora, Sinaloa, Oaxaca y Yucatán” *Loc. Cit.*

32-37 *Don Benito Juárez [...] don Melchor Ocampo*: Juárez y Ocampo son dos figuras señeras en la guerra de Reforma. Ocampo tuvo la oportunidad de educarse y viajar a Europa. Esta oportunidad le proporcionó solidez a sus ideas liberales y, sobre todo, un abierto antagonismo hacia el clero. Juárez tuvo en Ocampo a un eficaz e inteligente colaborador. Desterrados ambos por Santa Anna se encuentran por primera vez en Nueva Orleans. (El destierro de uno fue por oponérsele, y el otro por no permitirle el paso: Después de la toma del Castillo de Chapultepec por los invasores, “Santa Anna fracasó en su empeño de organizar la resistencia. Había perdido la confianza de la población y, cuando intentó entrar en Oaxaca, el gobernador don Benito Juárez

do, carácter moral intachable, severo como Arístides; don Santos Degollado, don Manuel Ruiz y don León Guzmán,

se lo impidió” [VÁZQUEZ 1997, p. 121]). “En Nueva Orleans, Ocampo hipotecó bienes para financiar la revolución de Ayutla contra Santa Anna, se enteró de la intervención de su hacienda por el gobierno, apoyó con planes e ideas la revolución contra «el héroe de sainete que por su impericia, cuando no por traición, nos entregó en detalle a los norteamericanos» e hizo algo más casi inadvertido por él y que a la postre sería decisivo para el destino de la discordia de nación: descatequizaría al gobernador de Oaxaca, quien como él, había sido desterrado por Santa Anna; un indio que con Ocampo era tan suave como inescrutable: Benito Juárez.” De acuerdo con Enrique Krauze, respecto de Benito Juárez: “El México de la Reforma no se entiende sin su biografía” (*vid.* KRAUZE 2002, pp. 192-220).

38 *Arístides*: 540-469 a. C. General y político ateniense. Destacó en la batalla del Maratón, pero su rival político, Temístocles, logró su destierro. Cuando Jerjes invadió Atenas fue llamado y, tras reconciliarse con Temístocles, combatió en Salamina y Platea y organizó la confederación marítima de Delos (476 a. C.)

39 *Santos Degollado*: “n. en Guanajuato, Gto., y m. en Salazar, estado de Méx. (1811-1861). Político liberal. Partidario del federalismo, participó en su primer hecho de armas en 1836. [...] colabora con Melchor Ocampo en el gobierno de Michoacán. Incorporado al ejército, se adhiere en 1854 al Plan de Ayutla. Al triunfo de los rebeldes se le nombra gobernador de Jalisco (1855-56). Juárez lo designa en 1858 ministro de Guerra y general en jefe de las fuerzas republicanas y en 1860 ministro de Relaciones. [...] En 1861, al ser asesinado Melchor Ocampo, pidió su reincorporación a filas lo cual se le concedió. Murió en el enfrentamiento con los conservadores en los llanos de Salazar” (*GDM*).

39 *Manuel Ruiz*: “n. en Oaxaca Oax., y m. en la Cd. De México (1822-1871) Con Antonio León en el Poder Ejecutivo de Oaxaca, sustituyó a Benito Juárez en la secretaría federal de Gobierno [...] Al triunfo de la revolución de Ayutla fue secretario del Consejo de Gobierno. Diputado federal (1857), secretario de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública de Ignacio Comonfort (del 20 de septiembre al 16 de diciembre de 1857), ministro universal en el primer día de gobierno de Benito Juárez (del 19 al 20 de enero de 1858) y secretario de Justicia (del 20 de enero de 1858 al 20 de enero de 1861). Redactó dos de las leyes de Reforma (la de nacionalización de los bienes de la iglesia y la excaustración de las órdenes religiosas y sobre el matrimonio civil). Después del triunfo liberal volvió a ser diputado y, más tarde, magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación” (*GDM*).

39 *León Guzmán*: “n. en Tenango del Valle, estado de Méx., y m. en el rancho San Isidro, NL (1821-1884). Abogado y político liberal. [...] Al triunfo del Plan de Ayutla, fue diputado al Congreso Constituyente (1856-57), en el que fungió como secretario, vicepresidente y presidente. En 1857 se le designó procurador

40 caminaban en una mañana de marzo de 1858 llevando por
enseña la Constitución de 1857, que era el arca de la alianza,
escapada de entre los filisteos, la bandera que había de re-
unir al gran partido liberal, dispersado momentáneamente,
45 con las palomas sorprendidas por una parvada de aves
de rapiña.

 Caminaban, decimos, con dirección a Zapotlán, lugar conocido desde la guerra de la Independencia, el cual ha sido después ilustrado con una importante victoria, conseguida por los liberales al mando de don Ignacio Comonfort contra las huestes de Santa Anna en 1855. Los

50

general de Justicia de la Nación. Al producirse el golpe de Estado de Comonfort se unió a Juárez, de quien fue ministro de Fomento (29 de enero al 3 de junio de 1858) y de Gobernación y Relaciones Exteriores (10 de mayo al 17 de junio de 1861). General de auxiliares del ejército, tomó parte en diversos combates. Después de la guerra de Tres Años, nuevamente fue diputado federal” (GDM).

40 *una mañana de marzo*: Como más adelante aclara el narrador que, al otro día de este suceso, era el 22 de marzo, se deduce la sutileza para hacer que Juárez, en su cumpleaños, contemple el modelo de población a seguir durante su presidencia, bajo las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857.

41 *Constitución de 1857*: “Ley fundamental aprobada y jurada por el Congreso Constituyente y por el presidente Ignacio Comonfort el 5 de febrero de 1857 y promulgada el 11 de marzo del mismo año. Los conservadores se negaron a aceptar la nueva Constitución y Comonfort la desconoció en diciembre de ese año, al dar un golpe de Estado y encarcelar a diversos ciudadanos, entre ellos a Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte a quien formalmente correspondía la Presidencia en un caso semejante. Al fracasar su golpe, Comonfort huyó y Juárez, en libertad, ocupó el Poder Ejecutivo, mientras los conservadores designaban a Zuloaga como presidente. Acosada la capital por los reaccionarios, Juárez, con la legitimidad constitucional, inició su presidencia itinerante en enero de 1858. Durante la guerra civil de los Tres Años y durante la intervención francesa y el imperio haría valer la Carta de 1857. Al triunfo republicano continuó en vigor y formalmente lo estuvo hasta 1917, en que diversos planes y pronunciamientos la modificaron de hecho” (DGM).

46 *Zapotlán*: Hoy Ciudad Guzmán. “Municipio de Jalisco, situado al sur de Guadalajara, cerca de los límites con Colima. Superficie: 273.44 km²” (GDM).

50 *contra las huestes de Santa-Anna en 1855*: “Don Ignacio Comonfort, que había sido destituido, con violencia y calumnia, del puesto de administrador de la aduana de Acapulco, reformó en este puerto el Plan de Ayutla y

viajeros no podían ya resistir la fatiga del camino, porque habían tenido que hacerlo a trote muy largo, temiendo ser alcanzados por los rebeldes, cuando uno de los guías les dijo que podían descansar en el pueblo de Atoyac, que se hallaba muy cerca.

55

—Sí, “tras lomita” —respondió Ruiz, esforzándose en reanimar con el chiste sus adoloridos miembros, pues desgraciadamente su alma grande no está en justa proporción con su físico débil y enfermizo.

—Quiere decir que habrá tres o cuatro leguas mortales —observó Guzmán dando un suspiro—; en tal caso, voy a apearme del caballo y me tiraré en medio del camino; si llega Rocha, seré de vida; si Landa, acabarán mis penas.

60

se constituyó en el alma de la revolución, contra la que personalmente salió su Alteza Serenísima al frente de un lucido ejército, en medio de las aclamaciones que le prodigaban los pueblos a su tránsito. [...] Así, entre prodigios, aplausos y escaramuzas con los pintos, su Alteza Serenísima cruzó el mortífero país y se situó frente a la sorprendente bahía [...]. Se intimó rendición, inútilmente: las banderas gobiernistas que invitaban a parlamento fueron baleadas por los insurrectos que estaban atrincherados en el castillo de San Diego. En la madrugada del día 20 de abril, 900 soldados dieron el asalto, casi por sorpresa, y después de cuatro horas fueron rechazados [...] se pactó una tregua; en espec-tación transcurrieron cinco días y el 26 de abril, de súbito, apenas explicable-mente, con un arranque de paranoico semejante al que determinó la retirada de Angostura, Santa Anna levantó el sitio y se volvió a México.

“Los 5 000 hombres de Santa Anna habían soportado las penalidades de uno de los viajes más duros que podían hacerse en aquella época; la retirada sería aún más cruel no habiendo reducido a los pronunciados; en el castillo de San Diego estaban encerrados no más de 500 hombres, soldados de la noche a la mañana, mal provistos [...].

“Ansiedad rayana en pavor invadía a la corte de México por la carencia de noticias del ejército expedicionario, desde su salida de Chilpancingo; los pro-nunciados cortaron toda comunicación; parecía que la tierra se había tragado aquellos 5 000 hombres y a su jefe [...].

“A pesar de sus tamaños sacrificios la semilla de la revolución había que-dado intacta. Con escueta ironía el Sr. Portilla da fin al relato de la expedición: «El 16 de mayo entró el general Santa Anna en la capital y pasó bajo el arco del triunfo»; este arco del triunfo fue arrasado a los dos días por un huracán” (*vid.* YAÑEZ 1993, pp. 251-257).

65 Efectivamente, el general don Juan N. Rocha iba en persecución de Landa, siendo lo más notable que ambos tenían una parte del quinto batallón de infantería, del cual uno era coronel y el otro teniente coronel.

70 Juárez y Degollado caminaban silenciosamente, como si esto de experimentar cansancio fuese cosa desconocida para ellos. El guía, que era un soldado de policía de México, conociendo que no podía tener bastante autoridad su palabra, se dirigió a don Francisco Iniestra, su

65 *Juan N. Rocha*: Juan Nepomuceno Rocha (1810?-1859). Militar, nació en Atoyac, Jalisco. Combatió la dictadura de Santa Anna adhiriéndose al Plan de Ayutla. En 1856 se le ascendió a general, a las órdenes del general Degollado, en la Reforma.

66 *Landa*: "Antonio Landa (1820?-1858). Nació en Arandas Jalisco. Notable por haber encabezado el famoso pronunciamiento de Guadalajara, el 13 de marzo de 1858, cuando don Benito Juárez y sus ministros estuvieron a punto de ser fusilados en el Palacio de Gobierno de aquella ciudad. Después se dirigió Landa a sur de Jalisco, y pasó a Zacatecas. En abril el general Zuazua tomó la ciudad, y el 30 del mismo Landa fue fusilado junto con otros jefes conservadores" (*DP*).

73 *Francisco Iniestra*: "El día veinte a la madrugada salió Juárez y su séquito, por el mismo camino que la víspera había tomado Rocha, escoltando al presidente, ochenta hombres de la Guardia Municipal de México, al mando del general Francisco Iniestra.

"Vencida la primera jornada, en Santa Ana Acatlán, cuando Juárez acababa de alojarse en el mesón del pueblo, se presenta Landa que había dejado libre el paso a la columna de Rocha, y comienza atacar a la escolta, que tomó posiciones en las alturas de la iglesia, del mesón y de una casa inmediatas, rómpese el fuego logrando rechazar por tres veces a los asaltantes, distinguiéndose en la defensa el capitán de ingenieros Leandro Valle que fungía como ayudante de Iniestra"

Iniestra comunica a Juárez la gravedad de la situación debido a que no soportarían un tercer ataque, por lo que sugiere que se oculten en otras casas o huyan hacia el campo. Juárez resuelve permanecer mientras que ofrece a sus ministros la opción sugerida por Iniestra; sin embargo, ninguno se resuelve a abandonarlo. "El presidente les dio las gracias y dispuso, que si en el resto de la tarde no sufrían el asalto aprovecharían la noche para romper el sitio, único medio de salvación que había. Se comunicó la determinación a Iniestra; no se intentó el asalto por los pronunciados, y el presidente y su comitiva emprendieron la marcha, todos a caballo, a las once la noche en dirección de Zocoalco continuando sucesivamente por Sayula y ciudad Guzmán, y llegaron a Colima sin otra novedad" (*CAMBRE* 1986, pp. 84-85).

- jefe, que iba allí y que era el que más había contribuido a salvar al gobierno en Santa Ana Acatlán. 75
- Mi coronel, ¿ha caminado usted por estos pueblos?
- Hasta ahora.
- Pues si tenemos tiempo y me da usted permiso, yo llevaré a los señores a la Nueva Filadelfia, que dista muy poco de aquí. 80
- ¿La Nueva Filadelfia? —preguntó con curiosidad Ocampo, a quien le había llamado la atención aquel nombre griego—: ¿Qué es eso?
- Señor, es una hacienda o creo que pueblo...
- Vamos, será las dos cosas; ¿pero qué hay en él? 85
- Hay en él —contestó el soldado llevándose involuntariamente la mano a la frente en señal de respeto— que allí el pobre no es pobre.
- ¿Es posible?
- Usía dispense, como yo no me sé explicar... pero allí, sí señor, es otra cosa de lo que vemos en los pueblos y en las haciendas. 90
- Al decir esto había ya subido la comitiva a la cima de una eminencia, desde donde se distinguía el pueblo de Atoyac y a la derecha de éste la Nueva Filadelfia de que venía hablando el soldado. Todos se detuvieron para contemplar aquel delicioso panorama. Al pie de la eminencia en que se hallaban los viajeros, se extendía una gran rinconada defendida por una cadena de cerros que la abrigaba de los vientos y permitía sembrar en ella la vistosa planta del algodón, que entonces ostentaba sus capullos entreabiertos, los que dejaban colgar sus copos blancos como la nieve, teniendo por 100

75 *Santa Ana Acatlán*: Pueblo cabecera de Municipio del 4º Cantón del Estado de Jalisco. Se halla situado al pie de una colina, frente a un valle grande y delicioso, en el que se cultiva caña de azúcar y los magueyes de que se extrae vino mezcal, lo que conjuntamente con varios molinos de caña y de trigo constituyen la principal industria de la población. Dista de Guadalajara 49 kilómetros al S. y de Sayula 85 al N^o (*DIGE*).

fondo el verde oscuro del follaje. Multitud de mujeres,
105 cubiertas con sombreros de paja y vestidas con blusas
de algodón de diferentes colores, recogían en aquel mo-
mento los capullos, echándolos en canastillos que iban
a vaciar siempre en orden, a varias sacas colocadas fue-
110 ra del sembrado. Cerca de éste, una tropa de robustos
labradores dirigían las yuntas de bueyes, que rompían
con el arado la tierra en que otros trabajadores iban de-
positando el maíz, y allá, en lontananza, una imponente
masa de edificios, colocada en el centro de dos líneas cir-
115 culares de pequeñas habitaciones, completaba el paisa-
je, distinguiéndose en la gran superficie que encerraban
las líneas de casitas, diferentes sembrados que en aquella
distancia parecían de trigo, separados por líneas de fron-
dosas parras.

—¿Pero de quién es esto? —preguntó Ocampo, a quien
120 el gusto por las escenas de la vida campestre hacía olvidar
enteramente las importantes meditaciones de que se ha-
bía ocupado en todo el camino—. ¡Qué lujo de vegetación!
¡Qué maestría en el trabajo! ¡Vea usted, señor Presidente,
con qué seguridad llevan esos trabajadores la mancera y
125 qué líneas tan rectas van trazando! Y allá, a lo lejos, ¡qué
caserío tan elegante en el centro, y en lugar de cabañas
para los pobres, qué hermosas vivienditas, blanqueadas
y colocadas en forma circular, probablemente para que
unos a otros se ayuden los campesinos y para seguridad
130 de los edificios principales!

—¿Quién será el dueño de estos terrenos? —preguntó
el Presidente—; debe ser un verdadero liberal el que trata
tan magníficamente a sus sirvientes.

—Señor —dijo el soldado—, estos terrenos no son de
135 ninguno en particular.

—Pues sólo que sean de alguna comunidad —dijo
Degollado—; es la primera ocasión que veo a una comu-
nidad hacer algo bueno.

—Señor, esos terrenos son de todos.

—¡De todos! –exclamaron varias voces a un mismo tiempo. 140

—Usías perdonen mi rudeza –dijo el soldado quitándose definitivamente el chacó–; si yo hubiera estado por más tiempo en la Nueva Filadelfia, sabría hablar mejor, pero como sólo estuve unos pocos meses, apenas pude aprender a leer. 145

—¿Ha estado usted en esa finca?

—Sí señores; y la verdad, me echaron de ella, porque reñí con un capataz; me fui hasta México y entré entonces en la policía, pero aquí está mi coronel que puede decir si he tenido buena conducta en el batallón. 150

—Sí, es un buen muchacho –contestó Iniestra.

—¿Conque decía usted que las tierras de la Nueva Filadelfia son de todos los trabajadores? –preguntó Degollado. 155

—Sí señor, y no sólo las tierras, sino también los ganados, las semillas, los edificios; todo es de todos; por esto allí los hombres, las mujeres y hasta los niños cuidan y trabajan con gusto como en cosa propia. ¿A que no ve usted gente con chicote, ni mandones que maltraten a los sirvientes? No señor; el capitán es el que más trabaja y los otros siguen su ejemplo. Pues además de esto, cada uno tiene allí un capital. Yo, por ejemplo, que ya había recibido un premio, tenía mil y tantos pesos de inscripción en el libro. 160

Unos a otros se miraban los circunstantes sin comprender de pronto lo que el soldado refería. 165

—¿Y qué sucedió con el capital? –preguntó uno de ellos.

—Lo perdí con mi salida, pues fue ésta por mala conducta, y así lo reza el reglamento. 170

—¿Y cuánto le dan a uno para comer diariamente? –preguntó otro.

—Cuanto necesita.

—Será indispensable una inmensa riqueza, y aun así se acabará pronto. 175

—Yo no sé; pero esta Filadelfia, que ven ustedes, y otra que está más adelante llevan diez años de establecidas y no han necesitado nuevos fondos, sino fue cuando una partida de soldados quemó la primera. Entonces el director, que estaba en México, consiguió dinero, se reedificaron las casas, se repusieron las máquinas y se concluyó la segunda. En todos los años siguientes, no obstante que los colonos están bien asistidos en comida y vestido y que su trabajo es moderado, ha habido sobrantes que se han aplicado a los trabajadores y a los fundadores en proporción de su capital.

En aquel momento, el eco sonoro de una campana que partió del punto más elevado de los edificios centrales de la Nueva Filadelfia, y era repetido por otras campanas colocadas en la entrada de las calzadas, en los cuatro vientos, hizo cesar repentinamente los trabajos de las mujeres que recogían el algodón y que llenas de gozo se volvieron al lugar a que eran llamadas, porque era llegada la hora de comer. Los pequeños carros destinados al acarreo de las sacas de algodón hicieron su último viaje y los boyeros, desunciendo a los animales, siguieron con ellos el movimiento general hacia el centro de la colonia.

—Vámonos —dijo Ocampo—; la campana que ha sonado desde aquella torrecilla parece destinada a recordar a cada uno su deber. El nuestro, como buenos demócratas, es ir siempre adelante. Vámonos —dijo mirando por última vez la campiña—; ésta es la tierra de promisión; Dios ha querido que la veamos, así como dicen los libros santos que Moisés divisó la tierra de Canaan. Acaso nuestro destino es como el suyo, no llegar a ella en nuestra vida; bajaremos al sepulcro oyendo en lugar de responsos, que no hacen gran falta, los gritos insensatos de los que nos llaman impíos y ladrones; pero mucho nos consolará el pensar que ayudamos y servimos a la humanidad, que en nuestro país hace, como en otras partes,

un último esfuerzo para mejorar decididamente su condición moral y física.

Aquellos viajeros, de quienes sólo incidentalmente hemos querido ocuparnos, continuaron su peregrinación; nosotros, para terminar el trabajo que hemos emprendido, referiremos al lector las escenas que pasaron el día siguiente, en el interior de la colonia. 215

Era el 22 de marzo: desde la aurora las campanas anunciaron un día de fiesta doméstica. Los colonos habían recibido con anticipación, y se habían medido muy a su gusto, uno de los dos vestidos que les daba la asociación, y que todos llevaban muy satisfechos, porque no era la librea de los hospicios que avergüenza y degrada, sino el fruto de un trabajo libre y honroso; esta satisfacción era mayor en aquellos que habían recibido premios en el año y que escogían generalmente los días de mayor solemnidad para ostentarlos. Los habitantes de la segunda Filadelfia habían sido invitados para tomar parte en la fiesta y se esperaba que viniesen presididos de sus fundadores que eran muy conocidos y queridos de todos, porque se sabía que ellos habían proporcionado los fondos necesarios para reparar la primera colonia, devastada hacía diez años por un mal militar y su chusma. Era universal el alborozo porque, después de aquel día, sabían los colonos de qué cantidad podían disponer en la caja de la Asociación, que aunque módica, proporcionaba a los solteros hacer sus gastos de matrimonio y a los padres de familia facilitar algunos goces a sus hijos. La generalidad esperaba hallarse muy bien con sus conocidos de la otra Filadelfia, y como las sencillas satisfacciones que esperaban estaban exentas de toda inquietud respecto del porvenir y de cualquiera otra sensación penosa, eran de tal manera a propósito para llenar el alma que verdaderamente no podría concedérseles toda su importancia sino por personas preparadas para los gustos inocentes. 220
225
230
235
240
245

Después de haber ido al Templo conforme era cos-
tumbre y de tomar el desayuno, habían vuelto los colo-
250 nos a vestirse y asearse, esperando la señal que debía dar
el vigía de la torrecilla central, anunciando la llegada de
los vecinos.

Todo el mundo estaba de gorja; mujeres y hombres
sólo pensaban en adornarse o en ir a entablar sabrosa
255 plática con sus compañeros, excepto una hermosa señora
que se hallaba en una de las piezas altas de la casa, que en
la puerta tenía escrita esta palabra: “Tesorería”. La bella
apariencia de aquella persona, en quien los atractivos de
la juventud se conservaban aún bastante frescos para que
260 un desconocido se equivocase creyéndola en la prime-
ra flor de la vida, hacía un inesperado contraste con su
seriedad y con la grave ocupación a que estaba dedicada
en aquellos momentos, pues sentada a un bufete, con la
pluma en la mano, examinaba multitud de cuentas, ha-
265 ciendo rápidamente varias sumas que enseguida pasaba
a un secretario que tenía delante y a quien llamaba don
Abundio. Cerca de ellos jugueteaba desordenando varios
papeles, con los que formaba casitas, un niño como de
nueve años, rubio, de ojos negros, de tez muy rozagante,
270 de facciones muy bien delineadas.

—¡Bendito sea Dios, que acabamos! —dijo la señora
poniéndose en pie—; no tardará en venir Rosa y hubiera
275 sido una vergüenza que la función se detuviese por no
haber arreglado y extractado las cuentas. ¡Y creíamos
que era negocio de un par de horas!

—Yo bien le decía a usted, María, que era asunto lar-
go; ya ve usted, hemos empezado a las tres de la mañana
y ya son las nueve.

—¡Válgame el cielo! —exclamó con alguna violencia
280 la señora, al ver que el chiquillo había desordenado ente-

253 *gorja*: “(Del fr. «gorge», del lat. «gurges, -itis», palabra imitativa.)
Garganta” (DUE).

ramente uno de los montones de papeles que había sobre unas sillas—. Pedrito, me cansas la paciencia. Vea usted, don Abundio, lo que ha hecho este muchacho.

—No, mamá, yo no me meto contigo, estaba haciendo mis casitas. 285

—¡Qué casitas! Bueno sería darte una zurra, y si no fuera porque tu padre te consiente tanto, no me quedaría con las ganas. Me has desarreglado esos papeles y tenemos ahora que volver a empezar.

—Te ayudaré —respondió el niño. 290

—Sí, y de mucho me servirás; anda que hoy le diré a tu madrina que eres un niño malo, para que no te quiera Rosaura.

—¡Viene mi madrina Rosita! ¡Viene mi madrina y también mi padrino que me quieren tanto! —decía el niño dando pequeños saltos por la pieza, a manera de baile. Oye mamá... mamacita, ¿estás enojada conmigo? 295

—Sí.

—Pues ahora que vengan mis padrinos me iré con ellos a la otra Filadelfia y que te dejen a Rosaura. 300

La señora, ocupada en volver a poner en orden los papeles, ayudándola don Abundio, no atendía a su hijo, ni vio que se le acercaba una persona que acababa de entrar en la pieza.

—¿Tienes ya listos tus papeles, María? —le preguntó con acento dulce la persona que acababa de entrar. 305

La señora, con ese semblante que pone el que desea dar una queja sin perder su apacibilidad, contestó:

—No, porque Pedrito vino a hacer una casa con ellos; pero la cuenta está concluida y revisada a satisfacción de don Abundio. Oye, Luis, bueno sería que no le permitieses al niño que saliese de sus distribuciones, pues siempre viene a aumentarme el quehacer. 310

—¿Qué quieres?, no soy yo quien lo consiente; ya sabes que fray Evaristo anda siempre sacándole de la escuela y de sus trabajos, por el gusto de oír sus ocurrencias. 315

—Tú y él lo protegen en cuanto quiere y a mi me da vergüenza de que haya otros niños de su edad que le ganen en varios trabajos.

320 —Es verdad, pero también él aventaja a todos en la lectura y particularmente en el dibujo. Por lo demás —añadió sonriéndose—, esa propensión que manifiesta por las construcciones es cosa que no debemos contrariar; y aunque a veces se llena de lodo y pasa las horas
325 de asueto en el sol, tal vez se anuncia en él una excelente disposición para la arquitectura.

—Papá, ahora había yo hecho una casa de tres pisos con los papeles de mamá; pero no servía el material y se vino abajo.

330 El papá se echó a reír de buena gana y la señora puso un gesto de enojada tal, que al verlo cualquiera habría dicho: esta mujer es muy feliz, y si pretende ser severa con su hijo es porque conoce que con mayor consentimiento que el que le otorga su padre, y toda la familia, podría
335 perjudicarse.

Mientras platicaba se terminaba el arreglo de los papeles, que por fortuna no había sido difícil. En aquellos momentos entró una señora de edad avanzada, aunque todavía muy esbelta y con muy buen color, llevando de la mano una niñita rosada y de facciones delicadísimas.
340

—Vamos —dijo—, ya está vestida Luisita y vengo por Pedrito para que salgan a encontrar a sus padrinos que ahí vienen ya.

345 Efectivamente, a pocos instantes las campanas con un alegre repique avisaron la llegada de las personas que se esperaban, es decir, don Fernando Hénkel y su esposa doña Rosa Dávila que venían de la Segunda Filadelfia, acompañados de casi todos sus colonos, a visitar a los de la primera.
350

Hénkel había sanado enteramente de la vista, y Rosa, que ya no se acordaba del convento, le ayudaba en los

trabajos de la dirección de la colonia, lo mismo que hacía María con su esposo. Ambos matrimonios habían sido bendecidos por Dios con varios hijos, que hacían la dicha de sus padres. Pedrito y Luisita, que eran los primeros que había dado a luz María, habían sido apadrinados por Rosa y Fernando; Rosaura y Domingo eran los nombres de los dos mayorcitos del maquinista. 355

Éste había experimentado una cosa inesperada y que diremos porque puede servir para muchos: su matrimonio había cambiado la forma de su afecto a María, a quien nunca había dejado de amar, porque si retrotrayendo el tiempo le hubieran puesto a elegir libremente entre ella y Rosa, habría escogido a esta la última. Lo mismo decimos de María, habría elegido a su esposo, no obstante que no le habría sido fácil decidir en caso necesario a quien amaba más, si a éste o a Fernando. Tales son los beneficios que el Todopoderoso se digna conceder a los matrimonios que tienen por base una virtud sólida y una educación elevada. 360 365 370

Por lo que toca a las dos matronas, sólo tenemos que añadir que sostenían, sin que nadie lo apercibiese, una mutua rivalidad cuyo objeto era hacer la dicha de sus esposos y desempeñar con mayor inteligencia la parte directiva de la colonia que éstos les habían confiado casi enteramente, lo cual no las impedía velar por la educación y adelanto de sus hijos. 375

María y su esposo salieron también a recibir a sus compadres y a los habitantes de la segunda colonia, no dejando de colorearse las mejillas de la primera al abrazar a Fernando. 380

—Ya saben ustedes —le dijo a éste y a Rosita— que en cada año, el día 22 de marzo, acostumbramos dar cuenta a los socios del estado de nuestra colonia, así como ustedes lo hacen en fines de diciembre. Ahora tenemos que añadir a nuestras satisfacciones la de haber logrado que se diese muy bien en nuestros campos la caña de 385

390 azúcar, cuya molienda ha concluido con toda felicidad.
 Iremos primeramente al templo, donde nos espera fray
 Evaristo, a dar gracias al Todopoderoso; después se leerá
 la memoria anual y se repartirán los premios; enseguida
 comeremos reunidos; en la tarde habrá algunos juegos
 395 de destreza y fuerza que están preparados, en los que
 podrán tomar parte los colonos que quieran de una y otra
 Filadelfia, y concluirá tan bello día yendo nosotros a de-
 jar a ustedes.

Antes de entrar al templo, conforme había indicado
 María en su compendiado programa, fue necesario pa-
 400 sar a la Rotunda para dar lugar a que acabasen de reunir-
 se los concurrentes que excedían de dos mil personas.
 Por esta misma causa no todos pudieron colocarse en
 la iglesia, donde fray Evaristo, que se había retirado de
 las misiones, entonó con voz temblorosa ya por los años,
 405 pero ferviente, el gran himno cristiano, *Te Deum Laudamus*,
 que hasta aquí ha servido generalmente para hacer
 presente, con la mayor impudencia ante Dios, el triun-
 fo del partido que derrama más sangre y que en aquella
 ocasión transmitían en sus armoniosas cadencias, acom-
 410 pañadas de una música verdaderamente solemne, el tier-
 no agradecimiento de un pueblo de hermanos, limpio de
 toda mancha, cuyos esfuerzos no habían sido dirigidos
 y empleados contra sus semejantes, sino contra la tierra,
 para arrancarle ricos dones, ayudándose poderosamente
 415 de la inteligencia aplicada a las artes, ya en los procedi-
 mientos de la mecánica, ya en los de la química.

Concluido el cántico latino, el pueblo entonó el him-
 no compuesto por Fernando, como más a su alcance.

De la iglesia pasaron todos al gran patio que com-
 420 prendía la Rotunda, único capaz de contener tal multi-
 tud. Allí, bajo la portalería interior que daba a los talleres
 y a la sombra de los naranjos y de los plátanos, se habían
 dispuesto los asientos convenientes. En el centro había
 un tablado que ocuparon fray Evaristo, que presidía la

solemnidad, el padre don Luis y Fernando como directores: a continuación de esto seguían los miembros del consejo de ancianos de ambas Filadelfias y los del administrativo. Rosa, con sus hijos y los de María, se hallaba en unión de la madre del padre don Luis, en lugar separado donde estaban también Laura y su esposo. 425 430

María, encargada de leer la memoria anual, refirió con voz clara y llena los adelantos que había alcanzado la colonia, que tenía en aquellos momentos la dicha de contemplar juntos a sus fundadores. Especificó muy pormenor cuáles eran las riquezas que se habían acumulado en diez años de trabajo, marcó cuáles eran las ganancias que se habían alcanzado en el último y lo que correspondía a los asociados en proporción de sus inscripciones, a tanto por peso, para que comprendiesen los menos avisados. 435 440

“HEMOS REALIZADO –DECÍA– LO QUE MUCHOS NO SE ATREVIERON NI A DESEAR.

“Entre nosotros no hay mendigos, tampoco hay ladrones.

“El que se imposibilita en el trabajo por cualquier accidente inculpable no tiene que temer a la miseria, pues hasta su lecho, modesto es verdad, pero limpio y aseado, le llegarán los alimentos necesarios para la subsistencia, sin que falte la de sus hijos. 445

“Aquí no hay hospital que es temor del desvalido. No hay mujeres perdidas, ni se deprava la naturaleza porque no se retardan indefinidamente los matrimonios. 450

“La mujer no es aquí carga pesada para el hombre, que sólo le aumente los gastos sin ayudarle a producir, ¡no!, porque aquí es verdadera compañera y ayudadora del hombre, cuya superioridad se reduce a la dirección de la familia y al respeto doméstico, pero sin esas crueles dependencias que se originan de la desigualdad de condiciones que acarrea la miseria, y por las cuales siempre ha sido en todo el mundo más que compañera esclava degradada. 455 460

“Sienten aquí, el hombre y la mujer juntamente, res-
tablecida la dignidad humana que en tantas partes des-
truye la falta de medios de subsistencia; y si alguno pro-
pende a la soberbia, la oculta cuidadosamente, porque
465 donde todo está nivelado según el mérito, la arrogancia
se parecería muy bien a la locura y nadie quiere pasar
voluntariamente por loco. Todos los padres de familia
son aquí económicos, sin que asome jamás la avaricia.
Ésta es una pasión engendrada por el miedo de cam-
470 biar de posición empeorándola; pero desde que estamos
ciertos de que nuestra colonia sólo puede acabar con
nuestra vida, la avaricia no tiene ya lugar: ¿quién se afa-
naría por vestirse de gruesas lanas si supiera que ya no
había invierno?

475 “La ira, la gula y aun la envidia son defectos que el
aspecto tranquilo, y siempre ordenado de nuestras cos-
tumbres, corrige sin esfuerzo, hablando en general: si
hay, como no puede evitarse, casos particulares en que
se muestren esas pasiones desordenadamente, sirven
480 sólo de escarmiento a los niños, y de vergüenza a los que
tienen la debilidad de abandonarse a ellas, aunque sólo
sea momentáneamente.

“En cuanto a la pereza, no necesito recordaros que es
el vicio verdaderamente capital que nuestras institucio-
485 nes no pueden consentir. Quiso Dios que viviésemos to-
dos de nuestro trabajo, corporal e intelectual, y así debe
cumplirse. Los que pretendan sustraerse de esta condi-
ción esencial de nuestro ser no pueden vivir entre no-
sotros. Las grandes ciudades presentan muy frecuente-
490 mente el ejemplo desmoralizador de personas que nada
hacen más que fastidiarse, diciendo que se divierten, y
para quienes parecen hechos los goces más exquisitos;
no las envidiamos, pues creemos que nuestra vida de
inteligencia y de acción es más feliz que esa somnolen-
495 cia enervadora, esa penosa nulidad que hace aborrecible
hasta la luz y enfadosa la carrera del tiempo. Y, si pode-

mos sostener tan ventajosamente nuestra vida societaria con los seres más felices de la actual civilización, ¿qué diremos de tantos millares de desgraciados que se arrastran mendigando el sustento en derredor de los palacios de esos hombres a quienes el mundo llama grandes? Y no penséis que hablo sólo de los que, imposibilitados para el trabajo, tienen que pedir, a la escasa conmiseración del rico, un mendrugo. Hablo también de los que ofrecen su trabajo sin ser admitidos o que, para subvenir a su subsistencia, tienen que esclavizarse noche y día, sin lograr una hora de verdadera satisfacción, por no ver nunca asegurado un módico porvenir. ¡Dichosos todos nosotros que a las imperfecciones naturales de nuestro ser no tenemos que añadir los tormentos que experimenta el pobre en las grandes ciudades!

“La limosna, que es generalmente la careta con que cubre el cristiano sus riquezas, procurando, aunque en vano, engañar a la sociedad y engañarse a sí mismo, ha dejado aquí el lugar a la verdadera caridad.

“Aquí hay rivalidad porque es un elemento que aumenta la fuerza del hombre, pero sin odio; sirve solamente para el bien; ya sabéis que en lo que se llama civilización, es fuente perenne de infinidad de males.

“Aquí no hay soldados: la junta de ancianos ha mandado que en caso de ser atacados, nos defendamos hasta morir para que no seamos, como en otra memorable ocasión, fácil presa de los ladrones o de cualquiera tropa armada; cosa de mil hombres instruidos todos en el manejo del rifle que pueden salir de las dos Filadelfias –pues en esto, como en todo, deben hallarse estrechamente unidas– impondrán el respeto suficiente para que no seamos burlados. Excusado es añadir que llegada la ocasión, las mujeres sabremos también cumplir nuestro deber. Esperando que la Divina Providencia alejará de nosotros todas las calamidades que pueden venirnos de nuestros vecinos los civilizados, podemos enumerar con

humilde satisfacción los dones que con su protección hemos alcanzado.

535 “Recogemos anualmente suficiente cantidad de maíz, de trigo, de frijol y de otras semillas para alimentarnos frugalmente, y para vender a los que comercian y vienen a buscarlas a nuestras puertas. Últimamente, hemos logrado que se dé muy bien la caña de azúcar, cuya molienda se
540 concluyó ayer. Aún no hemos llegado a grande perfección en este ramo; sin embargo, por la que ahora tomaréis en vuestro café reconoceréis que los primeros ensayos la han producido de una mediana calidad y ya no tendremos que hacer este gasto que no era pequeño.

545 “Sabemos producir excelentes mantas y zarapes, y medianos casimires, de manera que casi no tenemos necesidad de comprar otros artículos para vestirnos, porque es tan condescendiente el espíritu de vuestras mujeres que sin pena se avienen a cubrirse con lo que sabemos construir, a trueque de que los gastos comunes sean
550 menores y tengan un aumento los ahorros que dedicamos a nuestros hijos.

“Poco, muy poco, necesitamos de los pueblos vecinos, y sin embargo les remitimos anualmente nuestros sobrantes, con cuyo precio aumentamos nuestros fondos.
555

“Si en los diez años que han trascurrido hubiéramos contado con la protección eficaz del gobierno, se habrían multiplicado las colonias, pero lejos de esto, parece que se nos persigue con las alcabalas, contribuciones y levas, que
560 frecuentemente nos roban un padre de familia o un joven que pronto la habría formado, cuando los pillan fuera de la colonia. Todos éstos son graves inconvenientes que hacen crecer nuestros precisos gastos, porque nos encargamos de las familias huérfanas. Entre nuestros mayores
565 dispendios tenemos que contar, por desgracia, lo que pagamos por obvenciones y derechos parroquiales.

“Esperemos, a pesar de tales dificultades, que el incesante trabajo en que vivimos y, más que todo, la pro-

tección divina allanarán los obstáculos que ahora existen para que nuestra cristiana institución se generalice cuanto es necesario, cooperando con ella a la dicha del género humano.” 570

La oradora fue recibida, al dejar la tribuna, con estrepitosos palmoteos y, conducida por Fernando, fue a entregar al concejo de ancianos los libros y documentos que había preparado y que, en pos de ella, llevaba don Abundio Torres, los cuales quedaron en la tesorería a disposición del que quisiera examinarlos, después de que el consejo administrativo dio acerca de ellos su dictamen que fue muy favorable. Don Rafael Torreblanca, que en su calidad de médico de las dos colonias era miembro del consejo administrativo de una y otra, leyó la lista de los que conforme al reglamento debían ser premiados. 575 580

Diremos a nuestros lectores, si conservan algún interés por algunos viejos conocidos, que los dos primeros lugares de la lista estaban ocupados por Gil Adán y Dimas Tostado. Fray Gil, después de su despedida de la casa de María, recordando haber leído en las cartas, que dejó en ella Fernando, que había un establecimiento en que, con sólo trabajar, se libraría de cuantas dependencias le habían atormentado hasta entonces, se encaminó hacia él, verdaderamente a la ventura, pues no sabía dónde podría hallarle. Conservaba, es verdad, con su prodigiosa memoria, el recuerdo de todas las prevenciones del reglamento; pero por más que preguntó por la Nueva Filadelfia, nadie le daba razón hasta que en Guadalajara había encontrado al Gachupín, a la sazón en que éste iba con María ya casada a la colonia. Grande fue el gozo de la joven al reconocer a su maestro, así como el del Gachupín, aunque éste quedó muy amargado al saber de fray Gil, que en una de sus excursiones a Morelia, en busca de la Nueva Filadelfia, había encontrado a Juan el Coyote en el camino, colgado de un palo, después de haber sido fusilado casi a su vista. 585 590 595 600 605

Fray Gil, para entrar a la colonia, había omitido el “fray” y, no teniendo apellido, se había puesto “Adán”, y como no estaba ligado con ningún voto, al año siguiente se había casado, lo que, junto con el trabajo de campo, le había quitado los ataques de epilepsia como por encanto.

En aquella vez recibía un premio extraordinario, porque era el mejor maestro de escuela y juntamente el primero de los capitanes.

El Otomí se había puesto por nombre Dimas, y por no tener apellido le llamaban “Tostado”, desde que en un incendio, que casualmente empezaba en las máquinas de despepitar algodón, había mostrado tal arrojo que por su decisión se había librado la casa de una gran desgracia. Por tal causa recibía un premio extraordinario. Verdad es que él se había tostado media cara y que su sobrenombre correspondía muy bien al hecho, pero la destreza del doctor Torreblanca lo había salvado a su vez, no quedándole en la cara otro vestigio más que el color un tanto renegrido. Por aquella cura que había sido muy pronta y feliz, pues el paciente, al parecer, había perdido el ojo derecho y el uso de la mano y la pierna, quedando después enteramente sano, el consejo de ancianos de cada una de las Filadelfias había determinado que se remunerase a Torreblanca extraordinariamente, dando un real por cabeza, los chicos, y dos reales, los grandes, con lo que el doctor había reunido aproximadamente mil pesos que en aquel momento recibió. Dimas decía a Gil Adán, con motivo de su que-

615 *El Otomí*: entiéndase el Gachupín: En 3, al final de iv, le dice el Gachupín a Pedro el Otomí: “—Ya sabes que los otomíes no tenemos miedo; si a otros les asusta la sangre, a nosotros nos embravece...” Más adelante (6, v) dice el narrador: “El capitán contestó en otomí, explicándole al Gachupín todo lo que había observado en María y las revelaciones que había logrado tener en la tarde. Juan el Coyote se picaba siempre de que sus compañeros hablasen en un lenguaje que no comprendía”.

madura, descargando un poco el ceño y mostrando sus
pequeños dientes: 635

—Vale más que haya sido antes y no después; ya sabes que yo tenía forzosamente que pasar por el fuego.

—No sé que decirte —contestaba Adán—; porque aquí
entre nos, si Dios vence en la eterna y grande lucha del
bien y del mal, todos nos salvamos; si vence el demonio,
todos nos condenamos. 640

La disputa no pasaba de aquí, pues Dimas no se sentía
fuerte en metafísica, porque las pláticas del padre don Luis
se dirigían siempre a algún objeto de moral en acción; en
cambio, sabía que el arrojarle a las llamas para evitar el
que muchos perciesen era una cosa bien hecha y estaba
resuelto a tostarse por el otro lado, en caso necesario. 645

Pero continuaremos nuestra comenzada narración.
Concluida la repartición de premios, habían pasado a
comer y enseguida se representó, en el mismo patio, la
pieza titulada *La gracia de Dios*, en que el papel de la
protagonista fue desempeñado por Laura, conmoviendo
extraordinariamente a la concurrencia. 650

En la tarde se verificaron los juegos de fuerza. Al
principio no había querido consentir en ellos el padre don
Luis, creyéndolos peligrosos; pero fray Evaristo lo había
convencido, diciéndole que por mucho tiempo la vida de
los hombres será una lucha continuada y, puesto que es
necesaria, vale más que los buenos estén preparados para
ella con todos sus recursos. 655 660

Aquellos colonos de formas hercúleas y de muscula-
ción desarrollada y endurecida por un trabajo graduado,
según la complejión del individuo, hicieron cosas asom-
brosas en materia de fuerza y de destreza. Corrieron pri-
meramente a pie, igualando la velocidad de un caballo 665

652 *La gracia de Dios*: “*La gracia de Dios, o la Perla de Saboya*. Drama en cuatro actos por Gustavo Lemoine. Traducción de Gustavo García Gutiérrez” (RHT).

regular, en lo que sacó la ventaja a todos Gil Adán, que de cada zancada tragaba algunas varas. Lucharon después como los antiguos atletas, aunque sin herirse, dando pruebas de singular caballerosidad cuando disputaban con sus vecinos. Dimas Tostado demostró en esto mucha astucia, sacando grande partido de su cuerpo rechoncho que nunca llegó a tocar el suelo con la espalda. Alzaron pesos enormes e hicieron vistosos equilibrios, terminando con carreras de caballos que allí mismo fueron ajustadas. A la hora del crepúsculo volvieron a la Rotunda que ya estaba profusamente iluminada y comenzaron a bailar, yendo sucesivamente por grupos a tomar una sencilla colación.

680 Mientras que bailaban, el padre don Luis tenía con el maquinista la siguiente conversación:

—En el largo tiempo que nos conocemos —le dijo—, no te he hecho una pregunta que, te confieso, excita mi curiosidad.

685 —Puedes hacérmela.

—Me ha llamado siempre la atención el que cuando habías ya gastado sumas considerables en esta Filadelfia, pues supe que se había perdido el importe de una de las libranzas de Fray Evaristo, que tú supliste generosamente, te quedasen aún tan grandes fondos que pudimos reedificar esta casa cuando fue quemada y dotar la segunda Filadelfia. Bien recuerdo que en el viaje a California hiciste una buena rebusca de oro; pero no sé por qué he creído que tú has contado con algún recurso más cuantioso.

695 —Tienes razón y, supuesto que me lo preguntas, te haré la explicación que deseas y que, de otro modo, nunca te habría comunicado; está reducida a pocas palabras: Hacía moneda falsa.

—¡Moneda falsa!

700 —Sí, desde los primeros días que pasé en estos lugares ayudándote en los trabajos de la fundación, conocí que la obra que emprendíamos no podía tener otro apo-

yo que el dinero, y aunque se contaba con el necesario para practicar el ensayo, el menor contratiempo haría que fracasara. Una obra de esta naturaleza, que no cuenta con el entusiasmo que reinaba cuando se fundaron los conventos, que no halaga fuertemente la imaginación y el interés de los ricos, por más que sea en sí misma caritativa y dirigida al bienestar de los pobres, por más que éstos luego que la comprenden se disponen a toda clase de sacrificios, si no tenía por fundamento la abundancia de recursos para empezar, habría quedado relegada a la categoría de hermosos sueños. Para evitar que tan gratas esperanzas, las únicas tal vez capaces de satisfacer el anhelo de un corazón cristiano, se disipasen, me dediqué a buscar los fondos indispensables para la refacción, en caso de cualquier contratiempo, y marché por esto a California. Allí habría conseguido cuanto necesitaba pues, en los pocos meses que estuve, hice grandes ganancias, aunque a costa de indecibles penalidades; pero los enemigos de nuestra patria me arrojaron de allí y los tratados de Guadalupe hicieron imposible mi vuelta porque, como tú sabes, aquella región, explorada por los Jesuitas y medio civilizada por nuestros antepasados, descuidada enteramente por nosotros desde que somos independientes, pasó a ser de la Unión Americana en castigo de nuestra criminal patía.

Hallándome de vuelta en México, pesé muchas veces mi oro, buscando el modo de que valiera más, cuando me ocurrió hacer con él moneda falsa. Te confieso que vaci-

721-722 *Tratados de Guadalupe*: "GUADALUPE, TRATADO DE (1848). Convenio con que se dio término a la invasión norteamericana. Fue firmado, por parte de México, por el Lic. Bernardo Couto, el Lic. Miguel Atristáin y D. Luis G. Cuevas, ex Ministro de Relaciones; por los Estados Unidos, Nicholas P. Trist. [...] El gobierno se encontraba en Querétaro y el tratado se firmó el 2 de feb. de 1848. [...] Como el tratado se firmó cuando las tropas norteamericanas ocupaban aún gran parte del país, se fijó una indemnización de quince millones de pesos [...]. México perdió, incluyendo Texas, cerca de dos y medio millones de Km. cuadrados. Llamado de Guadalupe por haberse firmado en la sacristía del Santuario Nacional" (DP).

lé por mucho tiempo y que aun pensé comunicarte mi
 proyecto. Él me perdonará, decía yo, que cuando hasta
 lo más santo está falseado entre los hombres, yo adultere
 un poco de metal para hacerlos buenos; pero me retrajo
 735 el recuerdo de tu severidad y la necesidad que había de
 proceder con presteza, pues tú librabas contra mi casa en
 cada correo, sin saber que se habían perdido los últimos
 cincuenta mil pesos de fray Evaristo. Me resolví al fin a
 740 ejecutar mi proyecto, haciendo uso de una combinación
 que había ideado desde que estudié química, pues sabía
 que el rey de España dispuso que se tirasen los granos
 de platina que se encontraban en algunas minas de las
 Américas del Sur, como si fuese un metal inútil, con el
 fin de que no sirviesen para la adulteración del oro. La
 745 mayor densidad de aquella sustancia, pues como sabes
 es el metal más pesado, servía muy bien para mi cálculo,
 pues permitía aumentar un poco la dosis de cobre,
 que intencionalmente buscaba yo de color muy subido,
 esperando que todo lo que aumentase la liga de platina
 750 y cobre disminuiría el oro, si lograba hacer las monedas
 con la más perfecta apariencia de este metal.

Había hecho correr de antemano las voces de que
 venía inmensamente rico de California y que allí había
 adquirido de los chinos la costumbre de adormecerme
 755 con opio, casi todo el día; y no faltó quien añadiese
 que esto último lo verificaba yo para borrar de mi memoria
 el recuerdo demasiado penoso de unos amores
 desgraciados.

Me puse a construir los troqueles imitando hasta
 760 en sus imperfecciones el cuño mexicano para las onzas
 de oro; dispuse los volantes que había en mis almace-

742 *platina*: "Platino. (De *platina*.) m. *Quím.* Metal de color de plata, aunque menos vivo y brillante, muy pesado, difícilmente fusible e inatacable por los ácidos, excepto el agua regia. En estado de pureza es relativamente blando, lo que permite estirarlo en finos hilos y extenderlo en láminas. Es uno de los metales preciosos. Núm. atómico 78. Simb.: *Pt*" (DLE).

nes destinados a la fabricación de botones de águila, que
 no habían tenido salida. Orgulloso con estos prepara-
 tivos me puse a fundir mi mezcla; ¡pero cuál sería mi
 desconuelo, cuando después de muchos afanes conocí 765
 que la platina era infusible, al menos por los medios co-
 munes! Como esta dificultad hería de muerte mi pro-
 yecto, me puse a indagar en los libros, y en los pocos es-
 tablecimientos que tenemos, de qué medios me podría
 valer para concentrar el calor de un modo tan poderoso 770
 que llegase a fundir la platina, pero en ninguna parte
 pude salir de mi ignorancia. Ya desesperaba de la em-
 presa cuando el acaso vino a favorecerme, pues me lle-
 garon del extranjero unos “sopletes” de gran fuerza, que
 no había pedido, hechos exprofeso para fundir la pla- 775
 tina. Practiqué todo lo que el cuaderno de explicación,
 que traían, indicaba como conveniente y me puse a la
 obra. ¡Qué inmensa satisfacción experimenté cuando vi
 que comenzaba a correr mi metal amarillo, salido de mis
 tres ingredientes, cobre, platina y oro, que imitaba per- 780
 fectamente la constitución de este último! Lo examiné
 con el microscopio, lo probé con ácido sulfúrico, lo en-
 sayé por el fuego a una temperatura regular y en todo,
 Luis, en todo había la más admirable semejanza con el
 oro puro, a tal punto que creí haber encontrado la piedra 785
 filosofal. Yo mismo dispuse el primer volante y recorté
 mis piezas, imprimí en ellas mis troqueles y, aunque de
 pronto no salieron tan perfectamente sellados como era
 necesario, desde luego mostraron el mismo color, igual
 peso, idéntico sonido al de nuestras onzas comunes, has- 790
 ta con la particularidad de que podía producirlas con un
 color más o menos subido, según disminuía la dosis de la
 platina, quedando siempre fija la del cobre, que ya te he
 dicho era siempre del más encendido y en muy pequeña
 cantidad para que mi mezcla no fuese atacable por los 795
 ácidos. Dos partes de cobre, cuatro de platina y ocho de
 buen oro era mi combinación ordinaria.

Luego que se enfriaba el compuesto tomaba un color que tiraba un poco a gris, pero sumergiéndolo en una
800 mezcla caliente de dos partes sal de nitro, una sal común y otra de alumbre, obtenía definitivamente el más hermoso color de oro.

Como en el buen éxito de la empresa iba nada menos que mi vida y el bienestar de algunos miles de criaturas, pues era para mí evidente que la Nueva Filadelfia
805 habría de necesitar grandes recursos y, que en el caso muy feliz, ciertamente, de que no los necesitara, servirían para propagar la institución, hice mil experiencias con mi metal, sin que se descubriese la adulteración,
810 pues hasta los tiradores lo tuvieron por bueno, sacando de él hilos tan delgados y resistentes como de una moneda de oro corriente.

Busqué peones que me ayudasen en mi empresa y, acordándome de mi origen y primitiva ocupación, escogí
815 al efecto dos indios mexicanos, de los que vienen a vender carbón por las calles de México. Casualmente habían sido escogidos de leva, y después de sacarlos del cuartel, mediante un regular rescate dado al coronel, les puse una carbonería en uno de los barrios menos poblados de la
820 capital, de cuya negociación se encargaron sus mujeres. Transportamos a aquella casa los volantes y una maquina para hacer el cordón de la moneda, y cuando tenía fundidas y dispuestas las pequeñas láminas de mi metal, iba a trabajar en su compañía, disfrazándome como ellos,
825 sin darles a conocer mi nombre ni mi casa, de suerte que en caso de que nos hubiesen sorprendido, sólo habrían aprehendido a tres indios desconocidos. Volví con mis piezas elaboradas a mi casa; apartaba las que no tenían lacra ni defecto visible, las reunía con las legítimas, que don Abundio compraba por mi encargo, y todas juntas pasaban por conducto de mi criado Gregorio al cajón de
830 La Esperanza, donde Antonia las cambiaba a los jugadores, por plata, sacándoles un corto premio. No sé hasta

dónde hubieran podido llegar mis ganancias, pues en cada onza de mi metal reducido a moneda, me quedaban unos seis pesos, dando por la platina un valor cuádruplo del que tiene la plata, el cual esperaba reducir de manera que mi ganancia fuese cómodamente de más de cien pesos en cada libra manufacturada; pero Dios quiso ponerle término, entregándome en manos de mis enemigos y privándome temporalmente de la vista, en cuya desgracia, según creo, no tuvo pequeña parte el intensísimo fuego que encendía yo en los cuartos de la azotea de mi casa para fundir el metal. Te he dicho ya lo que deseabas saber. 835

—Perdona, Fernando, lo que voy a decirte, pero en todo eso hay algo muy malo. 840

—Ya sabía tu respuesta; pero acaso no esperas la mía. Hay algo muy malo según dices; tu moderación impide el dar a lo que yo he hecho el nombre que se acostumbra darle; cualquiera diría que es un robo, aunque nunca tuve el ánimo de apropiarme el producto de mi industria. Debemos por tanto restituir lo robado y, como en tal caso quedaremos infinitamente pobres, dime cómo restituiremos, por ejemplo, el dinero que costó el que diesen en Roma la licencia para que pudieses casarte. Si te parece devolveremos el rescripto... Estas gentes, ahora tan alegres y tan felices, deben volver también a sus pasados sufrimientos, a la esclavitud rural de peones de hacienda o a la esclavitud doméstica de sirvientes; realizaremos todo lo que hay en ambas Filadelfias y lo restituiremos, sólo espero que me digas ¿a quién? El porvenir dichoso de la humanidad debe quedar como hasta aquí, rodeado de obstáculos que es imposible vencer. No hay que esperar que los ricos imiten a fray Evaristo, porque los ricos no son cristianos, ni demócratas, ni nada, son solamente ricos; los pobres nada pueden, y si alguno de ellos encuentra una gran masa de dinero para hacer los ensayos que deben preceder a la mejora universal de la humanidad, debe 845 850 855 860 865

870 restituirla. ¿Qué respondes, querido amigo? Ya es hora de que termine el baile de nuestros colonos. ¿Te parece que les digamos: Señores, cese vuestra alegría; hasta aquí habíamos sido felices por un robo, vamos a restituirlo y ustedes deben volver a sus antiguos sufrimientos? O de este
875 otro modo: Señores, ha dado ya la hora en que debéis ir a descansar, para comenzar con más ardor desde mañana vuestros interesantes trabajos.

El antiguo vicario de Tepepam hizo cesar inmediatamente el baile; pero no dijo lo primero, acompañó con
880 su esposa y con los colonos a sus vecinos y en el camino habló con su amigo acerca de la posibilidad que había de fundar en el año inmediato una tercera Filadelfia, por el aumento gradual que habían tenido los fondos de la primera; Fernando contestó:

885 —No hay necesidad de esperar a que concluya este año; Dimas puede decirte, si lo permite María, donde se halla un gran tesoro que podría servir al efecto, porque, convéncete, Luis, si hay algunas restituciones que hacer, por todas partes las reclama, con un derecho preferente,
890 el pueblo, de quien salen todas las riquezas en el mundo dejándole pobre.

Tal vez convenció esta razón al padre don Luis o algún otro cristiano viejo aprontó los fondos; el hecho es que no concluyó el año de que hablaban los dos amigos
895 sin que se abriesen los cimientos de la tercera Filadelfia.



APÉNDICE

ERRORES DE LA EDICIÓN 2005*

quince o veinte : quince a veinte (187, 86)
espléndido y de : espléndido de (190, 9-10)
¿De quiénes fueron antes? : ¿fueron antes? (190, 17-18)
polca : polea (193, 96)
provenido : prevenido (195, 151)
pre : premio (197, 205)
halla : hallaba (200, 40)
“de” : *om.* (200, 43)
Congreso Honorable : Honorable Congreso (202, 86)
la : le (203, 110)
un Diez : una Diez (209, 295)
sobre : sobra (210, 316)
ese... : ése... (210, 341)
vive : vivió (223, 18)
gracial : glacial (224, 37)
con : *om.* (227, 102)
prosternado : postrado (240, 35)

* El texto en cursivas corresponde a la enmienda en la presente edición y el texto en redondas al error en la edición 2005. Para su ubicación anotamos entre paréntesis, primero, el número de página, y luego el del renglón correspondiente.

- visita*; : visita y (240, 41)
allá : allí (249, 51)
e : o (251, 115)
Cueitli : *Cuetli* (253, nota al pie 2)
impendido : emprendido (255, 220)
corriero : corrieron (261, 108)
dijiero : dijieron (261, 109)
echaro : echaron (261, 111)
Mirando : —Mirando (261, 119)
poyo : payo (261, 122)
so : su (261, 127)
muere : mueren (261, 128)
pagamo : pagamos (261, 131)
llamó a : *om.* (265, 236)
bañándole : variándole (273, 151)
su : en (289, 81)
deseara : desearía (293, 172)
entre : entro (294, 228)
ahora : hace (298, 32)
al : el (300, 115)
sí : él (303, 212)
ceño : sello (303, 215)
chacó : chaleco (312, 153)
Viñas : Villas (313, 160)
le : lo (315, 208)
derramaré : derramar (317, 286)
pues : *om.* (326, 42)
quedará : quedaré (329, 142)
le : lo (335, 59)
“*de*” : *om.* (338, 166)
lastarlas : gastarlas (338, 188)
es : *om.* (339, 213)
esplendente : resplendente (346, 25)
suavísima : suavísima (346, 27)
están : estén (350, 140)
están : estén (352, 202)

ministre : ministró (352, 214)
será : sería (354, 303)
alta estatura , : *om.* (357, 2)
porque : que (359, 87)
controversista : controvertista (359, 88)
—¿*Qué cosa es gracia?* : *om.* (359, 89)
escotista : escolista (360, 95)
los teólogos : *om.* (360, 93)
—¿*La gracia?* : —La gracia (360, 117)
condena : conduzca (361, 137)
gracia : *om.* (361, 139)
insuflado : inculcado (362, 166)
esperaban : expresaban (362, 178)
sino : sitio (362, 195)
hacen : ha (363, 199)
y : *om.* (363, 202)
a la persecución y a los : la persecución y los (363, 210-211)
riela : vela (365, 19)
e : o (366, 28)
y : *om.* (368, 107)
derribándole : derribándolo (371, 192)
le : lo (372, 247)
había salvado : se salvó (373, 274-275)
posibles : posibilidades (375, 6)
lo necesario : *om.* (375, 7)
responde : respondo (377, 73)
e : o (378, 109)
de : da (380, 157)
en : *om.* (380, 178)
de la distancia : *om.* (380, 180)
a : *om.* (382, 219)
llanadas : llamadas (382, 246)
hubiese : hubiere (384, 304)
asalta : da (384, 312)
su : en (386, 364)
mueblaje de las : mueblajes, (387, 398)

- y* : *om.* (387, 399)
le : *lo* (389, 461)
que se aíslan , : *om.* (389, 464)
Les : *om.* (389, 486)
yo : *om.* (391, 556)
los : *las* (394, 644)
profunda : *om.* (395, 695)
está : *esté* (399, 58)
acabó : *se acabó* (399, 70)
atravesaron : *atraverson* (399, 75)
Habrían : *Habrán* (399, 79)
habiéndosele : *habiéndole* (403, 183)
eolina : *colina* (404, 209)
usted : *om.* (406, 267)
para : *más* (406, 287)
puertas : *puertos* (406, 292)
he de : *om.* (410, 371)
pueda yo : *yo pueda* (411, 405)
en : *en la* (411, 422)
dos : *om.* (413, 1)
en la : *a* (414, 30-31)
como pueda, pues la : *om.* (417, 138-139)
mismo : *misma* (417, 146)
tenían : *tenía* (419, 184)
el : *al* (419, 208)
y : *om.* (422, 278)
le : *lo* (426, 97)
espaldas : *espalda* (429, 212)
le : *lo* (430, 243)
¿Las condiciones? : *Las condiciones* (438, 95)
como padrino en ningún desafío , : *om.* (440, 155-156)
llamado : *om.* (447, 3)
el penoso sendero, se hundía en las entrañas de aquellos montes.
La : *om.* (447, 4-5-6)
caía : *cala* (448, 24)
le : *lo* (451, 101)

- una beatitud tan seductora* : unos sentidos tan seductores (455, 237)
- la entrada a* : om. (457, 4)
- con su pelo claro rizado, con sus ojos negros, de miradas vivaces y como de relámpago* : con sus ojos negros, de miradas vivaces y como de pelo claro rizado, relámpago (458, 34-35)
- la* : om. (458, 40)
- pequeñita* : om. (459, 50)
- silbido* : silbido (460, 86-87)
- huitzitziqui* : Huitzuziqui (461, 111)
- tiene* : tengo (475, 441)
- y* : om. (478, 34)
- al* : a él (478, 38)
- Como* : om (479, 76)
- poniéndole* : poniéndolo (482, 201)
- le* : lo (486, 321)
- al* : a el (488, 370)
- ha dejado cosa de un año* : hallo (488, 371)
- han llegado* : iban llegando (489, 417)
- se* : le (492, 47)
- le* : lo (494, 108)
- se intenta* : le intentan (498, 219)
- Sr.* : om. (498, 223)
- las* : los (498, 233)
- vista* : visita (499, 252)
- prenderle* : prenderlo (501, 315)
- las* : los (508, 51)
- ninguno* : ni ninguno (510, 93)
- todos* : om. (510, 97)
- su* : la (511, 147)
- ventilada* : ventilados (512, 176)
- diviertan* : divierta (512, 178)
- cualquier* : cada (512, 195)
- y* : om. (515, 7)
- considerándolo* : om. (515, 15)
- sostengan* : contengan (516, 38)

- ni llegará* : al llegar (516, 52)
hallan : hayan (517, 58)
(esta : de esta (517, 63)
puesto : impuesto (517, 86)
pesos : om. (518, 94)
y : om. (518, 104)
tanto: om. (518, 108)
en : aum. (519, 154)
los : om. (521, 191)
alguna regla : algunas reglas (521, 206-207)
consultarle : consultarte (522, 250)
admitido : admitida (523, 263)
puedan : pueden (527, 428)
de los que : om. (528, 436)
ganan : ganando (528, 436)
para hacer las azoteas : om. (528, 452)
le : lo (529, 500)
le : lo (529, 504)
que se : quienes (538, 71)
continúaren : continúen (539, 102)
sátrapas : sátrapa (540, 121)
éste : esto (541, 162)
casas : camas (543, 17)
todas : todos (547, 138)
venían : om. (555, 48)
por : add. (557, 125)
le : lo (557, 134)
ha de quedar : me ha quedado (566, 93)
le : lo (568, 166)
preveía : previera (569, 181)
vicaría : om. (572, 45)
vez : om. (573, 70)
empezaba a reunirse : se había reunido alguna (575, 145-146)
no : om. (577, 204)
instrumentos : instrumentos (584, 459)
al : del (589, 7)

por : para (590, 22)
permanecía : permaneció (590, 24)
enteramente : totalmente (590, 31)
abundar : andar (590, 51)
pobre : *om.* (591, 60)
dejaremos debajo : dejamos abajo (591, 67-68)
y : *om.* (591, 70)
harías : harás (591, 88)
en : *om.* (592, 103)
se : *om.* (593, 125)
sola : *om.* (593, 134)
memoria : mente (593, 138)
otros muchos : muchos otros (593, 156)
de aquí : *om.* (593, 157)
de : nada (596, 246)
unos : algunos (596, 249)
la : *om.* (597, 267)
quien : que (597, 271)
cual : como se (598, 309)
echarlo : cebarlo (601, 88)
juro : juré (607, 295)
deseara : desearía (609, 358)
le : lo (609, 360)
sucedirá : suceder (612, 437)
trasporte : transporte (614, 56)
impetrar : implorar (615, 65)
1847 : 1857 (616, 98)
puedan : pueden (616, 101)
¿sabe usted cantar? : ¿usted canta? (620, 49)
deseara : desearía (622, 95)
están : estén (629, 87)
en : *om.* (645, 53)
constituye : constituyó (645, 54)
tendejón : tendajón (649, 210)
¿Tú lo hiciste? : ¡Tú lo hiciste! (656, 46-47)
vistoso : virtuoso (657, 62)

las escuelas : la escuela (667, 10)
Admirablemente : Admirable (667, 17)
despreciado :preciado (670, 124)
desagradará : agradará (671, 132)
sacerdote : *om.* (671, 136)
nos : me (671, 137)
comprende : comprehende (674, 244)
pequeños : *om* (675, 299)
las : *om.* (678, 375)
teñida : tejida (678, 378)
uno o : *om.* (682, 43)
al : *om.* (683, 73)
ya : *om.* (686, 171)
feminae : *feminoe* (686, 185)
omnibus : *oranibus* (686, 186)
remotae : *remotoe* (686, 186)
“Rosita”: Rosita (697, 140)
¿Cómo de usted? : *om.* (702, 26)
a : *om.* (709, 306)
de : *om.* (719, 155)
mejor es casarse : es mejor casarse (720, 176-177)
golondrino : *om.* (724, 24)
y : *om.* (724, 38)
chalupones : chulapones (726, 109)
o : *om.* (726, 112)
mientras que : *om.* (726, 117)
facticio : ficticio (727, 137)
... : *om.* (727, 154)
le : lo (727, 154)
e : o (729, 199)
platos : platillos (729, 207)
reconocer : reconocerse (729, 228)
imponente : impotente (730, 235)
fuese : fuera (731, 300)
lo : *om.* (732, 312)
indígenas : inteligentes (732, 328-329)

y : *om.* (732, 330)
cesión : *ocasión* (733, 356)
Rafael : *om.* (735, 420)
va : *ya* (735, 428)
delante : *adelante* (735, 429)
la actitud : *om.* (735, 430)
y : *om.* (737, 15)
instalarse : *instalarles* (737, 19)
rosicler : *reciclar* (738, 43)
todo : *om.* (744, 228)
de : *om.* (744, 235)
confirmaban tal : *confirmaron aquella* (744, 238)
y no : *add.* (751, 153)
influentes : *influyentes* (752, 171)
dejé : *dijo* (752, 179)
le : *lo* (752, 181)
ansiedad : *de ansiedad* (752, 191)
pintándole : *pintándolo* (753, 216)
le : *lo* (759, 67)
una : *om.* (759, 75)
al : *en el* (760, 122)
de : *del* (761, 124)
producciones : *producción* (761, 139)
1846 : 1810 (761, 142)
podría : *podía* (761, 146)
dos pesos y : *om.* (764, 233)
le : *lo* (770, 95)
muy : *om.* (774, 261)
la : *om.* (776, 35)
que ocurriese : *om.* (777, 57-58)
le : *lo* (780, 191)
cuando : *om.* (781, 206)
—*Gracias, Rosita* : *om.* (781, 223)
om. párrafo completo (783, 12-16)
usted : *om.* (783, 20)
había : *habría* (784, 23)

pedía : podía (784, 45)

le : lo (784, 49)

concurría : ocurría (785, 63)

¿Cómo es que quiere usted apresar a todos? ¿Qué motivo hay para que venga usted a molestar a estas señoritas? ¿Cómo es que viene usted a molestar a estas señoritas? (786, 79-81)

participar : particular (786, 85)

transmitido : transmitió (787, 113)

haciendo : haciéndose (788, 158)

repentinamente : *om.* (797, 60-61)

le : lo. (797, 73)

peñas : perlas (800, 178)

le : la (801, 207)

le : lo (809, 157)

echaba : andaba (811, 204)

desde que : *om.* (815, 340)

a volver a la vida, manifestaba : a (815, 340-341)

¿cómo! : *om.* (819, 468)

le : lo (822, 23)

porque : pues (822, 53)

un : su (826, 188)

fuerzas : fuerza (829, 17-18)

noche ni día : ni de noche (835, 200-201)

me : *om.* (835, 210)

te quiere, que : *om.* (837, 302-303)

tus : sus (839, 361)

a las primeras : *om.* (844, 37)

a la calle : *om.* (848, 202)

en : ante (854, 39)

anexación : anexión (854, 44)

crió : creó (854, 48)

al : por (855, 78)

aprestaban los americanos : los americanos aprestaban (855, 59-60)

mi querido : *om.* (855, 64)

a : *om.* (855, 73)

- porque* : pues (855, 84)
algunos : unos (855, 85)
se : *om.* (856, 95)
y estaban : *om.* (856, 104)
magnificas : magníficos (859, 198)
de : por (864, 29)
contristaba : contrariaba (864, 47)
de su : del (865, 66)
de : *add.* (865, 78)
alguna : una (865, 91)
así : *om.* (866, 96)
aunque : ya (866, 98)
que : *add.* (866, 99)
por : para (866, 103)
sácala : cala (866, 107)
descanso : perdón (866, 114-115)
por : *om.* (867, 131)
en que echan : donde echen (867, 148)
debe : ha de (867, 150)
ni yo ni tú : ni tú ni yo (867, 160-161)
labrar : laborar (867, 163)
nunca le pedías nada : nada le pedías (868, 194-195)
libramos : liberamos (869, 204)
de parte del Coyote : *om.* (869, 214)
están : estén (869, 222)
el : *om.* (871, 15)
los : *om.* (872, 20)
envuelto siempre en un papel que tenía escritas estas palabras :
om. (874, 87-88)
una : la (874, 94)
en que : que en (874, 96)
les : le (874, 104)
sus : los (875, 112)
después : *om.* (875, 125)
se : *om.* (875, 131)
trapillo : trapito (875, 135)

- que* : om. (878, 241)
el : om. (879, 254)
por : con (879, 269)
pero : om. (879, 281)
entonces : om. (880, 305)
algo sin duda la inquietaba, porque entraba y salía repetidas veces : om. (883, 13-14)
¡papá! ¡papá! : ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! (884, 28)
Vámonos : Vamos (885, 64)
la : le (886, 97)
le : lo (886, 114)
y : om. (888, 168)
que con : con que (888, 172)
despacio : desapareció (888, 192)
le : om. (890, 270)
que : om. (891, 271)
modo : manera (891, 280)
a : add. (892, 318)
don : om. (893, 346)
¿Lo sueñas? : Lo sueñas. (893, 349)
de mi llegada : om. (910, 23)
mal por varios motivos... Lo mejor sería que usted el avisase :
om. (910, 26-27)
pensaremos : pensaré (910, 28)
y : om. (912, 98)
le : om. (912, 105)
en : om. (913, 147)
saliendo : puliendo (914, 192-193)
é c. : om. (916, 238)
Sanc-tí-sime Pa-ter : Sane...ti...sime Pa...ter (916, 245)
estará : estar (916, 29)
la : om. (920, 36)
su : ese (921, 66)
de : a (924, 189)
presentándoseme : presentándose (924, 191)
una : alguna (924, 191)

pedía : pedí (924, 198)
acordara : acordaré (930, 96)
la del : el (930, 100)
quiere : quiera (932, 183)
esos : los (933, 195)
del : de (939, 392)
abrazaban : abrazaron (939, 403)
oírse : oírse (940, 424)
desde luego : *om.* (940, 427)
a : con (943, 527)
así : *om.* (943, 556)
su : el (944, 578)
primeras : propias (944, 587)
no : *om.* (945, 600)
omite el corte (948, 50)
si no antes, comprendería : si antes no comprendería (949, 81-82)
la om. (950, 89)
No : Yo (953, 182)
mancharías : marcharías (954, 223)
la vidriera : el vidriero (954, 233)
están : estén (968, 53)
unas, : *add.* (969, 65)
Moreri : Morelia (969, nota de autor 1)
violón : violín (974, 223)
no señala el corte (975, 274)
pobre : *om.* (975, 279)
en ella : *om.* (977, 325)
estada : estaba (977, 328)
que : *om.* (977, 334)
el : *add.* (977, 339)
me : *add.* (977, 345)
no señala el corte (980, 33)
tan : tam (980, 43)
que : *add.* (980, 46)
bizarra : bizarras (982, 118)
el : *add.* (982, 124)

- te* : *om.* (985, 209)
desvanecerían : desvancerían (985, 219)
sea : será (986, 228)
lo : *add.* (986, 136)
relevantes : revelantes (988, 297)
linternita : linterna (988, 311)
qué : *om.* (989, 352)
en : *om.* (991, 11)
y : *om.* (992, 49)
muy : *om.* (994, 114)
Rosa Dávila : *om.* (998, 25)
como : *om.* (1007, 349)
de : *om.* (1022, 106)
 no señala el corte (1025, 214)
necesarios : *om.* (1031, 448)
una : *om.* (1032, 469)
añadir : *om.* (1033, 510)
los tormentos que experimenta : experimentar (1033, 510)
el : del (1033, 510)
sirve : sirva (1033, 517)
en : *om.* (1033, 518)
El Otomí : “El Gachupín” (1036, 615)
aprontó : aportó (1044, 893)

ÍNDICES

Agradecimientos.....	3
Por qué una edición crítica de <i>El monedero</i>	9
Prólogo	17

ESTUDIO PRELIMINAR

i. <i>El monedero</i> ante la crítica.....	21
II. El contexto cultural	35
1. El marco histórico	35
2. <i>El monedero</i> , ¿novela histórica?	48
3. El Romanticismo Social.....	61
III. Cómo está hecho <i>El monedero</i>	77
1. Composición y estructura	77
2. Configuraciones temáticas y discursivas	88
iv. Ideología y utopía	103
1. Liberalismo, socialismo, comunismo	103
2. El horizonte utópico	130

Bibliohemerografía	147
Bibliografía directa	147
Bibliografía citada en el estudio preliminar y en las notas del texto	148
Criterios de edición	165
Siglas y acrónimos utilizados en las notas del texto	169

TEXTO Y NOTAS

PRIMERA PARTE

I. EL DÍA DE SANTA ROSA.....	183
II. EL CABRÍO	189
III. DON DOMINGO DIEZ DE DÁVILA.....	199
IV. FERNANDO.....	213
V. EL CENADOR.....	223
VI. EL SARAÓ Y EL JUEGO	239
VII. UNA CHOZA	247
VIII. EL PADRE DON LUIS	257
IX. EL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)	269
X. CONFIDENCIAS.....	277
XI. UN CRISTIANO MUY VIEJO	287
XII. SOCIALISMO	297

SEGUNDA PARTE

I. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846.....	307
II. EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1846 (CONTINUACIÓN).....	323
III. LA CARTA FUERTE.....	333
IV. EL CONCILIÁBULO	345
V. EL LEGO MERCEDARIO	357
VI. EL VIAJE EN DILIGENCIA.....	365
VII. LA NUEVA FILADELFIA	375

VIII. LA DESPEDIDA DE FRAY EVARISTO.....	397
IX. EL DESAFÍO	413
X. LAURA	423
XI. EL ALMUERZO EN FAMILIA	435

TERCERA PARTE

I. EL PUENTE DE DIOS	447
II. HUITZITZIQUI.....	457
III. FRAY GIL (CONTINUACIÓN).....	477
IV. LA LLEGADA DEL TIGRE	491
V. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS	507
VI. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)	515

CUARTA PARTE

I. LA OCUPACIÓN DE MÉXICO	535
II. LA DESOLACIÓN.....	543
III. LA PAZ CON LOS INVASORES.....	553
IV. LA FAMILIA DE MAURICIO.....	563
V. MONTEMAR Y MAURICIO	571

QUINTA PARTE

I. EL PAYO	589
II. ENRIQUE WALKER Y ANTONIA	599
III. LOS HIJOS ADOPTIVOS	613
IV. UN NUEVO CAJÓN DE ROPA	619
V. LAS CARTAS DE FERNANDO AL PADRE DON LUIS	627
VI. SAN SALVADOR EL VERDE	643
VII. ANTONIA HÉNKEL.....	655
VIII. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)	667
IX. UN PROTECTOR.....	681

X. LA TENTACIÓN	693
XI. CÓMO ES FÁCIL ALCANZAR UNA NOVIA CUANDO SE TIENE UNA ESTRELLA EN LA MANO	701

SEXTA PARTE

I. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN).....	715
II. EL PUEBLO DE ALMOLOYAM.....	723
III. TEOTLA.....	737
IV. MAGNETISMO-VISIÓN A DISTANCIA-VISIÓN RETROSPECTIVA.....	747
V. LA VENTA Y EL TIANGUIS	757
VI. LOS ENEMIGOS.....	767
VII. LA ÚLTIMA CARTA DEL PADRE DON LUIS.....	775
VIII. LO QUE VALE UNA ROSA	783
IX. LA GRUTA DE CACAHUAMILPA.....	795
X. LA PRIMERA VELADA DEL ENFERMO	805
XI. LA REALIDAD ES SUEÑO	821
XII. HISTORIA DE UN HADA	829

SÉPTIMA PARTE

I. UN PROCESO.....	843
II. OTRO VIAJE EN DILIGENCIA.....	853
III. ÚLTIMA CONVERSACIÓN DEL GACHUPÍN Y DE JUAN EL COYOTE	863
IV. DOS AMIGAS.....	871
V. UNA SORPRESA	883
VI. LAS DOS RIVALES.....	895
VII. LA LICENCIA DE ROMA.....	909
VIII. UNA RESURRECCIÓN.....	919
IX. LA VOCACIÓN	927
X. LA LLEGADA DEL PADRE DON LUIS	947
XI. LA PRETENDIENTE.....	967
XII. LA HUMILDAD EN EL CLAUSTRO.....	979

XIII. AMISTAD	991
XIV. EL DÍA DE LA LIBERTAD	997

EPÍLOGO

DIEZ AÑOS DESPUÉS.....	1015
------------------------	------

APÉNDICE

Errores de la edición 2005.....	1047
Índices	1061